

Hispaniæ

Las provincias hispanas en el mundo romano

Hispaniæ

Las provincias hispanas en el mundo romano

Javier Andreu Pintado
Javier Cabrero Piquero
Isabel Rodà de Llanza
(editores)

Con la colaboración científica
del Centro Asociado de la UNED de Tudela (Navarra)

DOCUMENTA 11

INSTITUT CATALÀ D'ARQUEOLOGIA CLÀSSICA
Tarragona, 2009

Reunión de Tudela sobre Historia Antigua (3a : 2007)

Hispaniæ : las provincias hispanas en el mundo romano. – (Documenta ; 11)

Recull de les ponències de la III Reunión de Tudela sobre Historia Antigua, que va tenir lloc a Tudela (Navarra) els dies 18, 19 i 20 d'abril de 2007. – Bibliografia. Índexs

ISBN 9788493680954

I. Andreu Pintado, Javier, 1973- , ed. II. Cabrero, Javier, ed. III. Rodà, Isabel, ed. IV. Institut Català d'Arqueologia Clàssica V. Títol VI. Col·lecció: Documenta (Institut Català d'Arqueologia Clàssica) ; 11

1. Romans – Península Ibèrica – Congressos 2. Península Ibèrica – Història – 218 aC-414 dC, Període romà – Congressos 3. Península Ibèrica – Arqueologia romana – Congressos
946"-0218/0415"(061.3)

Aquesta obra recull les ponències de la III Reunión de Tudela sobre Historia Antigua, que va tenir lloc a Tudela (Navarra) els dies 18, 19 i 20 d'abril de 2007, organitzada pel Centro Asociado de la UNED de Tudela i amb el suport del Ministerio de Ciencia y de Innovación. Hi van col·laborar les entitats següents: el Departamento de Historia Antigua de la UNED, el Vicerrectorado de Extensión Universitaria de la UNED, la Sociedad Española de Estudios Clásicos, la Sociedad de Estudios Históricos de Navarra, la Institución Príncipe de Viana del Gobierno de Navarra i l'Institut Català d'Arqueologia Clàssica.

© d'aquesta edició, Institut Català d'Arqueologia Clàssica (ICAC)

Plaça d'en Rovellat, s/n, 43003 Tarragona

Telèfon 977 249 133 – Fax 977 224 401

info@icac.net – www.icac.net

© dels textos, els autors

© de les figures, els autors, llevat que s'indiqui el contrari

© de la correcció, Carla Palacio Pastor (castellà)

Primera edició: juny del 2009

Coordinació: Publicacions de l'ICAC

Fotografia de la coberta: figura d'Hispania en el revers d'un denari d'Adrià
(Museu Nacional d'Art de Catalunya / Fotògrafs: Calveras, Mérida, Sagristà)

Disseny de la col·lecció i de la coberta: Formats

Maquetació i impressió: Indústries Gràfiques Gabriel Gibert

Dipòsit Legal: T-637-2009

ISBN: 978-84-936809-5-4

DOCTISSIMO MAGISTRO CARISSIMO AMICO OPTIMO VIRO

GÉZA ALFÖLDY

ADVERSISSIMA INFIRMITATE MIRIFICE DEBELLATA

SODALES ET COLLEGAE ET AMICI
RERVM ANTIQVARVM LATINARVMQVE INSCRIPTIONVM STVDII CVRANTES
PROPTER SALVTEM RESTITVTAM
GAVDII PLENI ATQVE LAETITIAE EXVLTANTES

HOC DE ROMANIS HISPANICIS PROVINCIIIS VOLVMEN
ADMIRATIONIS FIDELITATIS PIGNVS
LIBENTER EO BENEMERENTI DEDICANT

TVTELA NAVARRENSIS ET TARRACONE
ANTE DIEM X KALENDAS IVLII ANNO DOMINI MMIX

SUMARIO

<i>Praefatio</i>	
<i>Luis J. Fernández Rodríguez</i> , director de la UNED de Tudela	9
<i>Isabel Rodà de Llanza</i> , directora del Institut Català d'Arqueologia Clàssica	10
Nota de los editores	11

Pars I: Imago Hispaniarum **En torno a las fuentes sobre las *Hispaniae***

La visión de Hispania en las fuentes clásicas	17
<i>Javier Cabrero Piquero</i>	
La documentación arqueológica: su aportación al conocimiento de la Hispania romana	29
<i>Manuel Bendala Galán</i>	
Las amonedaciones hispanas en la Antigüedad	47
<i>Francisca Chaves Tristán</i>	
Los estudios epigráficos en Hispania (1756-1920). Un apunte desde los fondos manuscritos de la Real Academia de la Historia	99
<i>Juan Manuel Abascal Palazón</i>	
Algunos condicionantes estructurales a la disposición epigráfica en la ciudad romana hispana	125
<i>Ángel A. Jordán Lorenzo</i>	
<i>Scripta manent, loquuntur saxa</i> : epigrafía latina e Hispania romana.	139
<i>Javier Andreu Pintado</i>	
La imagen de Hispania en la historiografía de los siglos XVIII y XIX.	159
<i>Mirella Romero Recio</i>	
Orígenes y consolidación de los estudios sobre Hispania antigua en la universidad española	173
<i>José M^a. Blázquez Martínez</i>	

Pars II: Hispaniae ex Roma **La presencia de las *Hispaniae* en la historia de Roma**

Hispania en las provincias occidentales del Imperio durante la República y el Alto Imperio: una perspectiva arqueológica	193
<i>Isabel Rodà de Llanza</i>	
Hispania y su conquista en los avatares de la República Tardía	223
<i>Francisco Pina Polo</i>	
Escritores hispanorromanos	237
<i>Antonio Alvar Ezquerro</i>	
Hispanos en el trono imperial: reflexiones en torno a Trajano y Adriano	251
<i>Pilar Fernández Uriel</i>	
La extracción de hispanos para formar parte de la aristocracia imperial: senadores y caballeros	265
<i>Antonio Caballos Rufino</i>	

Soldados hispanos en el ejército imperial romano	283
<i>Patrick Le Roux</i>	
Productos hispanos en los mercados de Roma: en torno al consumo de aceite y salazones de <i>Baetica</i> en el Alto Imperio.	293
<i>Lázaro Lagóstena Barrios</i>	
La importancia del <i>marmor</i> en Hispania y las piedras locales. Aportaciones al caso de <i>Tarraco</i> y su territorio en época altoimperial	309
<i>Pedro Otiña Hermoso</i>	

Pars III: Roma ex Hispania

Las Hispaniae como provinciae del Imperio

Organización administrativa y territorial de las provincias hispanas durante el Alto Imperio	323
<i>Pablo Ozcáriz Gil</i>	
Luces y sombras del Edicto de Augusto hallado en El Bierzo	339
<i>Carmen Castillo García</i>	
La organización provincial de Hispania durante el Imperio Romano (siglos I-III)	345
<i>Francisco Javier Navarro</i>	
Vida municipal y ordenamiento político de las comunidades hispanorromanas	361
<i>Juan Francisco Rodríguez Neila</i>	
Reflexiones sobre la latinización de Hispania en época republicana.	377
<i>Estela García Fernández</i>	
Las elites municipales hispanorromanas a fines de la República y en el Alto Imperio: ideología y conductas socio-políticas	391
<i>Enrique Melchor Gil</i>	
<i>Imago Romae</i> : autorrepresentación de la sociedad a través del retrato	411
<i>Trinidad Nogales Basarrate</i>	
El culto imperial y su proyección en Hispania	425
<i>Fernando Lozano y Jaime Alvar</i>	
La organización sacerdotal del culto imperial.	439
<i>Marta González Herrero</i>	
Organización y gestión del territorio hispano	453
<i>Carmen Santapau Pastor</i>	
Aspectos da religiosidade vernácula na Hispânia Romana	465
<i>José d'Encarnação</i>	
La crisis del siglo III en Hispania: algunas reflexiones.	473
<i>Christian Witschel</i>	

Índices analíticos

Índice geográfico.	507
Índice de fuentes.	515
Índice onomástico	529
Índice de materias	534

PRAEFATIO

Luis J. Fernández Rodríguez
Director de la UNED de Tudela

Desde hace algunos años, y gracias al empuje del coordinador de nuestra división en Geografía e Historia y Antropología, el Dr. Javier Andreu, y al apoyo del Departamento de Historia Antigua de la UNED, especialmente en la persona de su directora, María Jesús Perex, el Centro Asociado de la UNED en Tudela ha venido realizando una muy activa labor de extensión universitaria en el campo de las Humanidades en general y de las Ciencias de la Antigüedad en particular. Perfectamente alineada con uno de los objetivos estratégicos de nuestro Centro Asociado (la oferta de una extensión universitaria interesante tanto en calidad como en cantidad), dicha labor está permitiendo no solo que nuestra universidad –como, de hecho, reza su lema: *omnibus mobilibus sapientia mobilior*– irradie conocimiento a la sociedad que la acoge, sino que, además, nuestros estudiantes sean protagonistas activos y decisivos de los procesos de discusión, debate y, en definitiva, creación del conocimiento científico. De esta forma, la UNED de Tudela –cuya cifra de alumnos de extensión ronda ya los 2.200 alumnos anuales– se afianza como referente cultural en la Ribera de Navarra y, además, cumple con las nuevas directrices derivadas del Espacio Europeo de Educación Superior y –desde luego– con el compromiso docente e investigador que debe presidir toda actividad universitaria.

Dentro de las ya cuatro reuniones sobre Historia Antigua organizadas en el Centro –y bautizadas como «Reuniones Tudelanas de Historia Antigua Peninsular»–, la que en abril de 2007 reunió a más de quince especialistas de otras tantas universidades y centros de investigación españoles y extranjeros para reflexionar sobre el rol y la función de Hispania en las provincias occidentales del Imperio romano ha sido, sin duda, una de las más celebradas. En aquellos ya lejanos días de la penúltima primavera tudelana, la capital de la Ribera de Navarra –a orillas del Ebro, el *flumen Hiberus* de las fuentes antiguas– lució sus mejores galas para acoger a tan destacados investigadores. El espléndido clima de la primavera navarra, la buena mesa de nuestra igualmente celebrada huerta y el apoyo de diversas instituciones locales –encabezadas por el ayuntamiento de la ciudad– sirvieron de telón de fondo inmejorable

para tres días de reflexión, encuentro personal, diálogo multidisciplinar y debate sosegado sobre algunos de los aspectos más decisivos de la antigua Hispania. Como siempre –y es de justicia reseñarlo, con ánimo de que quede constancia–, el alumnado de nuestro Centro Asociado –y el procedente de otros centros asociados de la UNED y aun de otras universidades españolas– estuvo a la altura del evento, alimentando los debates, conviviendo con los ponentes y, en definitiva, estimulando la actividad científica, ejerciendo el auténtico espíritu de la *curiositas* universitaria.

Nuestra universidad, la UNED, es una «Universidad del libro». Sus Unidades Didácticas –revolucionarias desde hace tiempo y pioneras en su sentido y en su misión pedagógicas– son «libro de cabecera» no únicamente de nuestros alumnos, sino también de muchos estudiosos –incluso especialistas– que ven en ellas unos manuales serios y solventes sin perder, en cualquier caso, la claridad y la utilidad que debe acompañar a cualquier texto universitario. Es por ello que cuando la codirectora del coloquio, la Dra. Isabel Rodà, sugirió llevar a cabo la edición de un volumen monográfico sobre Hispania romana en el que dar cabida a las ponencias presentadas en el coloquio y dar entrada a trabajos de otros investigadores, la UNED de Tudela –cuyas publicaciones en Humanidades son ya bien conocidas– aceptó el reto, convencida de la utilidad que el citado trabajo tendría para generaciones y generaciones de estudiantes universitarios, para profesionales de la Historia e, incluso, para el público en general. El concurso del ayuntamiento de Tudela, del Institut Català d'Arqueologia Clàssica, y de la facultad de Geografía e Historia de la UNED han hecho posible que el libro vea hoy la luz. La calidad de su acabado y, sobre todo, de sus contenidos, no se ocultará a nadie que, siquiera, recorra someramente su sumario.

Redactar esta presentación es, pues, solo una manera de agradecer rendidamente a quienes –autores y editores– lo han hecho posible y, desde luego, un escenario desde el que volver a poner la UNED de Tudela a disposición de cualquier iniciativa científica como la que hace ya dos años inspiró las páginas que siguen.

Sumar... es la primera regla que aprendemos y a veces la que nos olvidamos de practicar con mayor facilidad. Y perdemos de manera sistemática magníficas oportunidades.

Pero en esta ocasión, afortunadamente, no ha sido así. Hemos querido sumar y el resultado no ha podido ser más positivo ya que, aunando esfuerzos, pudimos ofrecer en abril del año 2007 un curso en Tudela en el que hubo entusiasmo y ganas de progreso por parte de todos: organizadores, profesores y los alumnos siempre ejemplares de la UNED.

Durante la celebración del curso hicimos votos por un deseo cuya materialización parecía muy lejana entonces: la pronta recuperación del profesor Géza Alföldy, aquejado de una larga enfermedad. Afortunadamente, hace poco más de un año lo que parecía un milagro es una feliz realidad y el profesor Alföldy vuelve a enriquecernos con su maestría y amistad para ilustrarnos sobre el mundo clásico que comprende y domina como nadie; no en vano es, además, un hispano de corazón desde su Panonia natal y su Germania de adopción.

Y ahora, un libro que pretende hacer un balance y puesta al día de los conocimientos que se han ido generando sobre las *Hispaniae* romanas. Queremos que sirva de manual universitario actualizado y a la vez de obra de síntesis en la que tanto los especialistas como los amantes de la Historia encuentren una visión completa y renovada de aquella primera organización global de la península Ibérica.

Y de ahí surge una vacilación que planea de manera persistente: ¿*Hispania* o *Hispaniae*? Acostumbramos a identificar *Hispania* con la península Ibérica, pero hay dos inconvenientes. De *Hispania* deriva España y parece que con ello arrinconamos a Portugal y, además, hubo siempre más de una *Hispania*: primero dos, la *Vltior* y la *Citerior* según estuvieran más lejos o más cerca de Roma, y después tres: *Baetica*, *Lusitania* y *Citerior* o *Tarraconensis*. Por lo tanto, lo más correcto sería usar siempre el plural y, si empleamos el singular, seamos conscientes que lo hacemos de una manera genérica.

Cuando hace poco más de dos años el profesor Javier Andreu, con su juventud en la que se combinan ímpetu y madurez en un extraordinario y raro equilibrio, me propuso llevar a cabo de manera conjunta esta empresa, me convenció de inmediato. Acababa de estrenarme en la dirección del ICAC y pensé que eran caminos como éste por los que se habían de dirigir los pasos.

El Institut Català d'Arqueologia Clàssica (ICAC) es también joven, ya que abrió sus puertas el 26 de septiembre de 2003 con sede en Tarragona. La elección es la justa, ya que desde *Tarraco* se gobernó la mayor de las provincias del Imperio romano y, hoy, gracias a los restos monumentales de su pasado clásico, la ciudad y sus alrededores son patrimonio de la Humanidad. Pero si bien el ICAC está en Tarragona no es de Tarragona, sino que, como su nombre indica, tiene que incidir en el territorio de Cataluña y en el campo de la arqueología clásica, lo que lleva a una interacción con la dilatada geografía que abarcó el mundo antiguo y con aquellas instituciones que en otros continentes, más allá del Océano, investigan y difunden conocimientos y avances sobre estas etapas históricas en las que múltiples culturas estuvieron en contacto.

Y una ocasión de oro para poner en práctica estos objetivos vino de la mano de la UNED y del profesor Andreu: un foro interdisciplinar e internacional en el que cada uno de nosotros, desde la posición correspondiente, ha intentado dar lo mejor para conseguir una obra conjunta útil para los estudiantes universitarios y que sirva para que las *Hispaniae* romanas sean más conocidas y conocidos también los hallazgos, muchas veces sorprendentes, que en los últimos años han permitido dar pasos de gigante en nuestra ciencia.

Sin ningún tipo de complejo pero en honor a la verdad, podemos recordar que hasta no hace demasiado tiempo la arqueología de la península Ibérica no ocupaba en absoluto un lugar preeminente dentro de los intereses de los investigadores extranjeros y el castellano era poco leído, por no hablar ya de las otras lenguas del Estado. Hoy la arqueología hispánica sorprende y es absolutamente tenida en cuenta en el contexto de los países occidentales y también se ha introducido el castellano al mismo nivel que los otros cuatro idiomas hasta ahora habituales: inglés, italiano, francés y alemán, los cuatro al uso en los congresos internacionales de la especialidad.

Con todo este bagaje llegamos a Tudela y ahora recordamos aquellos magníficos y estimulantes días pasados en común en los que nos sentimos auténticamente mimados por la propia UNED de Tudela y por el resto de las instituciones ciudadanas, y en los que pudimos convivir de manera relajada e intensa entre amigos, colegas y estudiantes porque, en el fondo, todos somos eternos estudiantes de diversa cronología, movidos por la curiosidad y, por qué no, por la pasión por nuestro pasado común que sentimos y sabemos ahí, a la vuelta de la esquina.

NOTA DE LOS EDITORES

Javier Andreu Pintado
UNED y UNED de Tudela

Javier Cabrero Piquero
UNED

Isabel Rodà de Llanza
ICAC

El volumen que el lector tiene en sus manos es –esencialmente– el resultado de un seminario internacional de investigación celebrado en el Centro Asociado de la UNED en Tudela en abril de 2007. Éste –que mereció la oportuna financiación del Ministerio de Educación y Ciencia a través de una acción complementaria de su Programa de I+D+i (HUM 2006-27966-E/HIST)–, fue convocado con un objetivo evidente: servir de foro de intercambio de opiniones, valoración del estado actual de nuestros conocimientos y trazado de líneas futuras de investigación en torno al tema propuesto: Hispania como *prouincia* del Imperio romano. Sí queremos precisar, como hemos dicho, que el volumen contiene «esencialmente» los trabajos presentados en dicho seminario porque, en realidad, a éste se han incorporado –en el lapso transcurrido entre 2007 y 2009– algunas interesantes aportaciones y porque, como suele ser habitual –en este caso, si cabe, de un modo especial–, gran parte de los frutos intelectuales de aquellos días de diálogo interdisciplinar exceden lo que pueden acoger unas páginas de papel. Sin embargo, todas y cada una de las contribuciones recogidas en esta obra, como la propia convocatoria del coloquio, no resultan casuales. Cuando la UNED de Tudela y el ICAC resolvieron organizar al unísono el aludido seminario lo hicieron con la convicción de que el resultado debía ser una puesta al día sólida, rigurosa y con vocación de futuro sobre nuestros conocimientos en relación a la Hispania romana, un volumen –y no solo eso, pues el recuerdo de los fructíferos días tudelanos sigue siendo un acicate para seguir trabajando en esta línea– que sirviera para estudiantes y para estudiosos, y que, desde luego, generase un hito bibliográfico de referencia en la investigación sobre la Hispania romana.

Es cierto que la bibliografía sobre las provincias hispánicas en época romana es todo menos escasa y que recientes y excelentes diccionarios,¹ misceláneos coloquios internacionales² y monumentales e insustituibles catálogos de exposiciones³ –a los que en absoluto se pretende suplantar–, se agolpan en las estanterías de nuestras bibliotecas junto a muy novedosos manuales sobre la cuestión o, al menos, sobre parte de sus implicaciones,⁴ pruebas todas ellas de la perennidad y el poder evocador de la cuestión a la que se consagran estas páginas. A la vez, la investigación en Ciencias de la Antigüedad en nuestro país –con el asunto de Hispania como telón de fondo– asiste a cotas de madurez internacional hasta ahora desconocidas pero, al tiempo, previsibles, fruto del atractivo que el solar peninsular en la Antigüedad tiene para el conocimiento de la Historia Antigua universal y recompensa merecida al riguroso y magistral trabajo de precedentes generaciones de investigadores, trabajo al que, además, se quiere rendir un especial homenaje desde estas páginas. Sin embargo, *Hispaniae. Las provincias hispanas en el mundo romano*, aun participando del enfoque de muchas de las obras que han sido citadas unas líneas más arriba, y como heredera de ese favorable ambiente intelectual al que aquí se ha aludido, pretende ser un volumen diferente, y la pretensión, desde luego, nos parece que va más allá de un simple tópico por más que sea al lector a quien le corresponda juzgarlo.

Por un lado, su estructura –clara y no gratuitamente tripartita– quiere ofrecer un repaso multitenfoque de las cuestiones clave de los que nos parecen los tres componentes esenciales de la realidad político-administrativa que constituyeron los territorios peninsulares en época romana: sus fuentes, sus aportaciones al mundo romano y los elementos de aquél recibidos. Es

1. ROLDÁN, J. M. (dir.) 2006: *Diccionario Akal de la Antigüedad Hispana*, Madrid.

2. HERNÁNDEZ GUERRA, L.; SAGREDO, L.; SOLANA, J. M^a. (eds.) 2002: *La Península Ibérica hace 2000 años*, Valladolid.

3. ARCE, J.; ENSOLI, S.; LA ROCCA, E. 1997: *Hispania, de tierra de conquista a provincia del Imperio*, Madrid; y VV. AA. 1998: *Hispania, el legado de Roma. En el año de Trajano*, Zaragoza, que unirá al tratamiento de cuestiones hispanas abordado en el catálogo Rodà, I. (ed.) 2007: *Roma. S. P. Q. R. Senatus Populusque Romanus*, Madrid.

4. BRAVO, G. 2001: *Hispania y el Imperio*, Madrid; ROLDÁN, J. M.; SANTOS, J. 2004: *Hispania romana: conquista, sociedad y cultura (siglos III a.C.-IV d.C.)*, Madrid; o RICHARDSON, J. S. 2004: *Hispaniae: Spain and the Development of Roman Imperialism, 218-82 BC*, Cambridge, por ejemplo.

sabido que los territorios hispanos fueron, como escribe con acierto uno de los colegas en las páginas que siguen, imagen por todo el Mediterráneo antiguo de la potencia y la grandeza de Roma. Así, y porque nuestra investigación en Antigüedad debe describirse día a día al ritmo de nuevos hallazgos⁵ –y a fe que los ha habido en el último lustro tal como documentan, por ejemplo, las contribuciones de C. Castillo sobre el bronce de El Bierzo, de J. M. Abascal sobre la documentación de contenido epigráfico del archivo de la Academia de la Historia, o de P. Le Roux sobre algunos recientes y elocuentes epígrafes de naturaleza militar–, el volumen pretende ofrecer una valoración actual, pero también clásica, de aquello que se considera esencial en lo que las fuentes nos transmiten sobre Hispania, en la imagen que de ella permiten que nos formemos, muchas veces repleta de tópicos y otras alumbrada por realidades bien tangibles. El primer bloque, titulado *Imago Hispaniarum*, pretende ofrecer un acercamiento a la semblanza que las fuentes literarias antiguas –por medio del género de las *laudes Hispaniae*– acuñaron sobre las provincias hispánicas incluso antes de que éstas existieran como tales –en la contribución de J. Cabrero–, llamar la atención del fenómeno de la ciudad como uno de los elementos clave del legado romano a los territorios peninsulares, cruce, sin duda, de influencias mediterráneas y de energías preexistentes –en la contribución de M. Bendala–, o subrayar el modo cómo la amonedación peninsular –antes y después de Roma, como demuestra el trabajo de F. Chaves–, fue exhibiendo la condición de encrucijada de culturas y civilizaciones que ha dado siempre razón de ser a la historia y aun al carácter peninsular.

Lógicamente, en este primer bloque se ha reservado un espacio central a trazar una panorámica sobre cómo la documentación epigráfica y la documentación arqueológica –escudriñadas *grosso modo* en el volumen por J. Andreu e I. Rodà, respectivamente– nos ofrecen pautas para nuestra investigación cotidiana sobre Hispania –y para la que habrá de arrojar aún más satisfacciones en el futuro– y, desde luego, se ha atendido también a tres líneas en las que la investigación hecha en nuestro país está resultando referente: la historiográfica –tratada por M. Romero, en su contenido estrictamente histórico; por J. M. Abascal, en su dimensión epigráfica; y por J. M^a. Blázquez, en su vertiente más académica– y la que, a partir de la interacción entre los datos arqueológicos y los epigráficos –eso que se ha dado en llamar «paisaje epigráfico»–, nos ayuda a comprender mejor el papel que el texto inscrito jugaba como vehículo de comunicación en el espacio antiguo por excelencia: la ciudad. A este último punto se consagra la colaboración de Á. A. Jordán. Precisamente, el objetivo de que en estas páginas no

faltasen espacios para la presentación de trabajos sobre cuestiones –como la gestión territorial, abordada por C. Santapau; el comercio de *marmora*, estudiado por P. Otiña; la prosopografía y la administración provincial y territorial, por A. Caballos, J. Navarro o P. Ozcáriz; o la contribución de los territorios hispánicos a la *annona* imperial, por L. Lagóstena– en las que bien Hispania, bien sus investigadores, están aportando materiales de referencia para la mejor inteligibilidad de la política imperial, puede decirse que ha presidido la larga labor de gestación editorial de este volumen. El elenco de autores invitados revela, además, una segunda realidad que no quiere ocultarse: conviven en él maestros consagrados con jóvenes pero solventes investigadores que, sin duda, habrán de tomar el testigo de la investigación en los años venideros. La madurez de sus propuestas es, desde luego, una garantía de la vitalidad de nuestro tejido investigador. Darles, pues, entrada ha resultado una responsabilidad gratísima. No podía ser de otro modo al constituir esta obra el primer fruto –es deseable que no sea el último– de la colaboración entre dos instituciones –la UNED de Tudela y el ICAC– comprometidas sobremanera con la formación y la investigación universitarias.

Estudiadas, pues, las fuentes de información en el primer bloque –siempre, además, con toda la bibliografía disponible y aunando el rigor científico y la amenidad discursiva, otra de las líneas programáticas del texto–, nos pareció que un estudio global de Hispania en el seno del Imperio romano no podía hacerse sin atender al modo cómo aquella exportó elementos –ideológicos, artísticos, históricos, personales, etc.– a la historia y la cultura romanas, pero también –visión, si se quiere, más tradicional, pero igualmente necesaria– al modo cómo recibió de aquéllas una particular e innegable impronta. Desde luego, otra cosa no fue el tan manido proceso de Romanización sino –como quedará claro, una vez más, a través de estas páginas– un proceso de globalización cultural liderado por Roma, pero abierto, sin duda, a los rasgos vernáculos –variadísimos en el caso hispano– de cada uno de los solares incorporados a su geografía. Así, el segundo bloque de este trabajo –titulado *Hispaniae ex Roma*– ofrece un recorrido por algunas de las realidades que los territorios peninsulares aportaron al Imperio. Entre otras que se detallan en dichos capítulos, cabe destacar la de los productos comerciales cotizadosísimos –analizados por L. Lagóstena, experto conocedor del asunto annonario y oleario hispanos–, la de las oportunidades políticas y militares en el agitado escenario de la República final –estudiadas y, en algunos casos, sagazmente cuestionadas en su alcance final por F. Pina– y, sobre todo, la de los hombres, recursos humanos bien para las letras –estudiados por A. Alvar–, bien para la polí-

5. ALFÖLDY, G. 1986: «La Historia Antigua y la investigación del fenómeno histórico», *Gerión*, 1, 42.

tica, la administración provincial y el Senado —estudiados por A. Caballos—, bien, en definitiva, para el trono imperial —valorados por P. Fernández Uriel a partir de los casos paradigmáticos de Trajano y Adriano—, hasta ahora uno de los elementos tenidos por centrales en el denominado *saeculum aureum* hispano, aunque, lógicamente, no el único.

Pero, naturalmente, una visión completa del tema debía detenerse en el modo en que Roma dejó su impronta —seguramente, de forma ya indeleble pese a los más de quince siglos transcurridos— en los actuales territorios de España y Portugal. A ese objeto obedece el último bloque —por otra parte, el más amplio— de los tres en que se estructura el volumen: *Roma ex Hispania*. En él, diversos colegas —casi nos atreveríamos a decir que representantes de algunas de las más activas líneas de investigación al uso en Historia Antigua y en Arqueología peninsulares— no solo ofrecen revisiones críticas de documentos singulares —como la ya aludida de C. Castillo sobre el bronce de El Bierzo—, sino que detallan de qué modo los territorios hispánicos se configuraron —primero— y funcionaron —después y en la práctica— al peculiar modo romano. Así, J. F. Rodríguez Neila sintetiza —atendiendo, además, a asuntos hasta ahora menos tratados como el de los cauces de representatividad popular— cómo las elites rectoras de las comunidades romanas gestionaron la vida municipal —asunto para el que la Historia Antigua del Mediterráneo occidental estaría huérfana de datos de no mediar el excepcional lote de documentación proporcionado por las provincias hispánicas—, E. Melchor estudia los ideales y comportamientos promocionales de dichas elites en lo social y en lo político, y T. Nogales aporta una visión concreta de parte de dichos ideales a partir del estudio de uno de los aspectos más singulares de los hábitos autorrepresentativos de la elite, el del retrato. Junto al asunto de la elite dirigente a nivel municipal, J. Navarro y P. Ozcáriz abordan en detalle la organización provincial y conventual que dio cobertura a dicha vida municipal —tema éste en el que, además, la documentación y su mejor estudio han producido algunas novedades dignas de atención— y E. García Fernández vuelve a subrayar el totalmente singular —y, a veces, ciertamente, poco reconocido— carácter de los territorios hispánicos como los más latinizados del Imperio,

contribuyendo, de ese modo, a integrarlos mejor en la dinámica de los procesos de extensión del modelo político, cívico y jurídico romanos, preámbulo, sin duda, de su ulterior integración. El apartado se cierra con un bloque monográfico dedicado al culto imperial —también estudiado de forma bipolar: en su dimensión ideológica, por J. Alvar y F. Lozano, y en su dimensión personal, organizativa y sacerdotal, por M. González Herrero— y con un sugerente capítulo sobre uno de los campos en los que el fenómeno de la Romanización adquirió en Hispania tintes más globales, seguramente, porque privilegió lo local: el religioso, estudiado por J. d'Encarnação. Casi a modo de colofón —y con vocación de actualización, pues ésta ha presidido todos y cada uno de los capítulos y la labor misma de edición— se ofrece una síntesis de Ch. Witschel sobre el modo en que Hispania vivió la transformación del siglo III d.C., para muchos preludio ya de la alteración del Imperio hacia los tiempos medievales. Su contribución y la del profesor portugués quieren ser también un reflejo del atractivo que la cuestión hispana ejerce sobre la investigación desarrollada en otras universidades del tan laureado Espacio Europeo de Educación Superior, con el que la UNED de Tudela está en perfecta sintonía.

Resultaría pretencioso —desde luego injusto y, muy probablemente, también inapropiado— glosar aquí lo que nos parece que estas páginas aportarán a la investigación sobre la Hispania romana. Casi por un elemental principio de justicia sabemos que será mucho, pues mucha ha sido también la generosidad y la ilusión de quienes han compartido —y asumido como suyo a lo largo de casi dos años— este proyecto editorial y que merecen, desde aquí, el sincero agradecimiento por su disciplina, rigor y buen hacer. Como editores, en cualquier caso, nos conformaremos con que esta colección de casi treinta textos y el aparato de índices que la acompaña —que hemos querido fuera primoroso como nos parece debe competir a una obra con vocación de futuro— siga motivando a quienes —como investigadores, docentes o alumnos— nos dedicamos a la Historia Antigua peninsular y sirva para seguir mostrando que, efectivamente, como ya anotara Tácito⁶, el complejo administrativo que hemos dado en denominar Hispania —y la investigación desarrollada en su torno— fue *in omnes prouincias exemplum*.

6. Tac. *Hist.* 1, 78.

PARS I. IMAGO HISPANIARVM
EN TORNO A LAS FUENTES SOBRE LAS *HISPANIÆ*

LA VISIÓN DE HISPANIA EN LAS FUENTES CLÁSICAS

Javier Cabrero Piquero
Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED)

Resumen

El presente capítulo aborda –a partir de una propuesta de antología de textos selecta– las distintas imágenes que han transmitido de Hispania las fuentes antiguas griegas y romanas. Dichas menciones –con el eje común del género de la *laus Hispaniae*– se analizan a partir de sus exactitudes, sus tópicos, sus componentes míticos, sus elementos de realidad y, en último término, sus usos políticos. Estos últimos permiten, además, trazar una evolución paralela de estas alegorías con el avance de la integración de los territorios peninsulares desde la *Hispania capta* republicana a la *Hispania regina prouinciarum* isidoriana.

Palabras clave

Laus Hispaniae, fuentes literarias, Hispania, tópicos, mitos, alegorías numismáticas.

Abstract

The present chapter studies –from an anthology of selected ancient literary evidences– the different images of Hispania in Greek and Roman ancient sources. Those references –from the well-known style of the *laus Hispaniae*– are analyzed from their accuracy to reality, their topics and also their political uses. Those last uses let us, also, to design a general evolution of those ancient images of Hispania with the development of the conquest and integration of its provinces, from the *Hispania capta* of the Republican period to the *Hispania regina prouinciarum* of Isidore.

Keywords

Laus Hispaniae, Literary Sources, Hispania, Topics, Myths, Numismatic Allegories.

Con el presente trabajo pretendemos bosquejar un panorama general –pues, por desgracia, no puede ser en profundidad dadas las características de la publicación–, de cuál era la visión que los autores clásicos grecolatinos tenían de la península Ibérica, visión que en muchos casos es apoyada por otro tipo de documentos como pueden ser los procedentes de la Arqueología, la Epigrafía o la Numismática.

Con mucha frecuencia, la imagen de Hispania que los autores clásicos proporcionaban ha sido variable y, en ocasiones, bastante negativa. La opinión no siempre fue uniforme, existiendo notables diferencias si nos atenemos al momento en que se redactaron cada uno de los escritos, y también a la región a la que éstos se referían. Necesariamente, no puede ser igual la visión que tenían de zonas en las que abundaban los recursos naturales, como la Bética, las zonas costeras o las regiones mineras peninsulares; y la de otras más áridas y no tan productivas como podía ser la Meseta y, sobre todo, las zonas montañosas.

El clima, las condiciones sanitarias, las comunicaciones, los productos naturales, la producción agrícola, los habitantes de cada una de las regiones y sus costumbres, todo ello y otras muchas cosas fueron objeto de la atención de un sinnúmero de escritores antiguos que escribieron sobre la península Ibérica. En las siguientes páginas esbozaremos el contenido de algunas de esas reflexiones, al tiempo que propondremos algunas vías interpretativas para el acercamiento a las mismas.

Condicionantes y patrones generales de las fuentes

En lo primero que debemos hacer hincapié es en que no todos estos escritores que nos transmiten sus impresiones sobre la península Ibérica la visitaron personalmente; en muchas ocasiones emplearon relatos de terceros para hacer los suyos propios o impresiones de sus contemporáneos que sí habían estado en ella. La consecuencia de todo ello es que, a menudo, la información que transmiten no es totalmente fiel a la realidad del momento, cuando no es completamente errónea.

Al repasar los textos grecolatinos referentes a la península Ibérica llama la atención que, muchas veces, nos encontramos ante dos realidades muy diferentes: por un lado, la que nos plantean los propios textos y, por otro, la que nos proporciona la Arqueología. Periódicamente se hacen intentos por parte de la investigación de aproximar ambas realidades, algo que presenta innumerables dificultades e, incluso en ocasiones, se hace prácticamente imposible. Con frecuencia, los relatos de los autores griegos son un claro ejemplo de lo que decimos, y no solo los de los más antiguos, sino también los de aquellos que escribieron ya en época

imperial. Sus escritos adolecen de la ecuanimidad necesaria y, cuando hablan de Iberia, se mueven más dentro de lo esperado por los posibles lectores que de la realidad objetiva que deberían reflejar. Es decir, presentan la Iberia que debería ser y no la que era en realidad: la «Hispania tierra de felicidad» –*Hispania terris omnibus felicior*–, de la que hablaremos más adelante como uno de los tópicos característicos.

Es muy probable que con sus relatos buscaran excitar la imaginación del lector y su deseo de conocer lejanas tierras. En este sentido, recordemos que, en la Antigüedad, Hispania se encontraba en los límites occidentales del mundo conocido. Allí estaban, por ejemplo, las Columnas de Hércules. En estos relatos se habla de poblaciones bárbaras de extrañas costumbres y valientes guerreros; reyes que gobernaban sobre tierras ricas en oro, plata y todo tipo de metales; bosques paradisíacos e interminables; en definitiva, una tierra de oportunidades para el lejano lector que luego no lo era tanto para el arriesgado colono que se aventuraba a cruzar el Mediterráneo y a instalarse en la Península. Era evidente, ya entonces, que un territorio utópico y legendario era mucho más atrayente que uno real.

Ello, lógicamente, dio lugar a la aparición de una serie de tópicos ideales, que arrancan del momento en el que las tierras occidentales hispanas eran poco conocidas y visitadas apenas en sus costas, pero que, sin embargo, se mantuvieron a lo largo de toda la Antigüedad Clásica. Estos tópicos no son muy diferentes a los que surgieron en la España posterior a los Reyes Católicos, tras los primeros viajes al Nuevo Mundo. El bárbaro indígena contrapuesto al civilizado griego o romano fue uno de esos primeros tópicos. También la fertilidad de sus tierras, la espesura de sus bosques, sus caudalosos ríos, la riqueza de metales o la existencia de gentes más civilizadas en la zona meridional.

Otra constante fue la falta de una información directa tomada sobre el terreno por los autores de relatos sobre Hispania. Debemos esperar hasta el siglo II a.C., concretamente a Polibio de Megalópolis, para encontrarnos con el primer relato conservado de un autor griego que estuvo personalmente en Hispania. Antes ya habían estado Sóssilo y Sileno, cuyos relatos no se nos han conservado; y, además, recordemos que dos de los más importantes escritores antiguos al respecto como Apiano y Estrabón, nunca visitaron la Península. Pero, a pesar de que Polibio tomó datos directos de la Península cuando la visitó acompañando a Escipión Emiliano, en él se encuentran también algunos de esos tópicos de los que, en ocasiones, es difícil desprenderse.

Procedimientos de engrandecimiento de la imagen de Hispania: las *laudes Hispaniae*

Es comúnmente aceptado por la investigación moderna que los historiadores griegos van a proporcionar

una imagen idealizada de la península Ibérica por tres procedimientos: ampliación de los elementos reales de los que parten, que engrandecen y multiplican abundando las maravillas; contraposición de los elementos hispanos y griegos, comparando las tierras de Iberia con las de Grecia y remarcando aquellas cosas que existen en la primera y no en la Hélade; y, finalmente, traslación de un lugar a otro de características imaginarias, como pueden ser la bonanza de la climatología, las riquezas económicas o la exuberancia de la naturaleza, que también se dan en otras regiones periféricas como la Arabia Félix.

Con la conquista romana, la imagen mítica de la península Ibérica no desaparece del todo, en muchos de sus aspectos se mantiene en los escritores de época imperial, entre los que comienzan a proliferar las *laudes Hispaniae*, que tienen mucho de retórico y poco de real, como la de Trogo Pompeyo, de finales del siglo I, o la más tardía de San Isidoro, escrita a caballo entre los siglos VI y VII e inspirada en la anterior; siendo, además, en la Antigüedad Tardía cuando encontramos un mayor número de ellas. Las dos, precisamente, nos servirán como punto de partida y de cierre de estas reflexiones.

Es conocido que las provincias hispanas son de las más alabadas por los escritores latinos de época imperial, quienes buscaban, probablemente, al realizar estas *laudes Hispaniae*, alabar al propio Imperio romano por cómo había sabido integrar en su estructura los territorios conquistados.

Un claro ejemplo lo tenemos en dos de estas *laudes Hispaniae*. La primera, la ya mencionada de Trogo Pompeyo, autor que vivió en época de Augusto, cuya obra por desgracia se ha perdido. Sin embargo y afortunadamente, la alabanza de Hispania que realizaba en el libro cuarenta y cuatro fue recogida en los epítomes de Justino. Se trata de una de las *laudes* más completas y extensas, que se inicia indicando al lector cuál es la ubicación geográfica de la Península: entre África y *Gallia*, limitada al norte por los Pirineos y, al sur, por el estrecho del *Oceanus*. Continúa con los tópicos del clima benigno, de la abundante lluvia que favorece los frutos, de que es abastecedora de Roma... De las grandes riquezas agrícolas (cereal, aceite, vino y miel) y ganaderas, destacando sus veloces yeguas. De los minerales, destacando el oro de sus ríos y el minio. De los ríos abundantes y mansos, que favorecen la agricultura y la pesca. Del clima saludable de toda ella. De sus habitantes, que practican la abstinencia y la moderación, que prefieren la guerra al ocio y, cuando son capturados, el tormento a la delación.

Luego se entretiene en la mención de algunos mitos regionales, como las yeguas preñadas por el viento de los lusitanos o el oro que se encuentra en *Callaecia* con solo arar la tierra. El texto completo, transmitido por Justino (Just. *Epit.* 44, 1-2), traducido aquí

y que reproducimos dada su representatividad, es el siguiente:

«Ya que Hispania cierra los límites de Europa, ha de ser por ello el final de esta obra. La llamaron los antiguos primeramente Iberia, del río *Iberus*, y luego Hispania, de *Hispalus*. Hállase situada entre África y *Gallia*, y está limitada por el estrecho del *Oceanus* y por los montes *Pyrenaei*. Es menor que estas dos tierras; pero, en cambio, es más fértil que ambas, pues ni la abrasa sol violento como a África, ni vientos continuos la azotan como a *Gallia*; por el contrario, situada entre las dos, goza, por una parte, de una temperatura módica y, por otra, de lluvias abundantes y oportunas; por ello es rica en toda clase de frutos, de tal modo que abastece pródigamente con toda clase de cosas no solo a sus propios habitantes, sino también a Italia y a la ciudad de Roma. En ella hay abundancia de trigo, de vino, miel y aceite; produce mucho lino y esparto, y no solo sobresale por sus minas de hierro, sino que también por sus yeguas de ligeros caballos. Pero no han de alabarse solamente los bienes que ofrece la superficie de la tierra, sino también las abundantes riquezas en metales que ella esconde. Produce mucho lino y esparto, y no hay tierra alguna que ofrezca en mayor abundancia el minio. Sus corrientes fluviales no son tan impetuosas y rápidas que perjudiquen, sino tranquilas, sirviendo para regar las viñas y los llanos, abundando en pesca, que les entra del *Oceanus*. Son también, en su mayoría, ricas en oro, del que arrastran las *paluces*... La salubridad del suelo es la misma en toda Hispania, porque las corrientes de aire no están infectadas por nieblas nocivas surgidas de pantanos. Añádase a ello las auras marinas y los vientos constantes que soplan en todas direcciones, los cuales, al penetrar por el interior de la provincia, renuevan el aire de las tierras, llevando la salud a sus habitantes. Sus hombres tienen el cuerpo acostumbrado a la abstinencia y al trabajo, y su ánimo dispuesto para la muerte. Todos practican una moderación severa y firme. Prefieren la guerra al ocio, y si les faltan enemigos fuera, los buscan dentro. Con frecuencia han perecido en el tormento antes que declarar un secreto a ellos confiado; hasta tal punto es para ellos preferible la reserva silenciosa a la vida. Aún se celebra la constancia de aquel esclavo que durante la guerra púnica, habiendo vengado a su señor, manifestaba su gozo con risas mientras lo atormentaban, venciendo así con su serena alegría la crueldad de sus verdugos. Este pueblo tiene ágil movimiento e inquieto ánimo, siendo para la mayoría de ellos más queridos los caballos y los arreos militares que la sangre de los suyos. Los días festivos los celebran sin ningún aparato en los banquetes. Tras la Segunda Guerra Púnica aprendieron de los romanos la costumbre de lavarse en baños termales [...]. Muchos autores han contado que entre los *Lusitani* que habitan junto al río *Tagus* las yeguas conciben sus crías del viento, fábula que tiene

su origen en la fecundidad de las yeguas y en la multitud de sus rebaños, los cuales pueden verse, tanto en *Callaecia* como en *Lusitania*, en tal alto número y tan veloces que no sin razón parecen como concebidos por el mismo viento [...]. También *Callaecia* es muy rica en oro, de tal modo que con el arado suelen descubrirse con frecuencia trozos áureos. Entre estas gentes hay un monte sagrado y el violarlo con hierro se considera sacrilegio; mas si alguna vez la tierra es hendida por un rayo, lo que acaece con bastante frecuencia en estos lugares, entonces se permite recoger el oro puesto al descubierto como si fuese un don de Dios.»

Como podemos apreciar, se trata de una colección de tópicos que pasan prácticamente de una *laus* a otra, incluso, en algunas ocasiones, de agradecimiento.

La segunda, en esta misma línea de la alabanza es la *laus Hispaniae* de Plinio, aunque es mucho más moderada que la anterior al incluir en ella elementos no tan favorecedores y al hacer algunas distinciones entre las diversas regiones hispanas (Plin. *HN*. 37, 203):

«Inmediatamente después [de Italia], y exceptuando las fabulosas regiones de la India, debo colocar a Hispania, al menos todo su borde costero; es [Hispania], en verdad, pobre en parte, pero allí donde es fértil da en abundancia cereales, aceite, vino, caballos y metales de todo género, en lo cual la *Gallia* va a la par; pero Hispania la vence por el esparto de sus regiones desérticas, por la piedra especular, por la belleza de sus colorantes, por su ánimo para el trabajo, por sus fornidos esclavos, por la resistencia de sus hombres y por su vehemente corazón.»

Como vemos, Plinio sitúa, en importancia, a Hispania inmediatamente después de Italia, pero puntualiza que, aunque hay zonas pobres donde ésta no se da, su riqueza es extraordinaria. Además, alaba a sus habitantes por su fortaleza, su resistencia y su coraje. La opinión que Plinio expone sobre la Bética es inmejorable y dice de ella que aventaja a todas las demás provincias por su aspecto y por su fertilidad.

La mitología como instrumento para la exaltación de Hispania

La mitología también va a estar muy presente en los autores grecolatinos y será empleada por ellos para hacer más atractivas las tierras hispanas. A ellas van a ligar algunos mitos o la continuación de otros, todos muy populares entre griegos y romanos, ligándose al ciclo de la guerra de Troya con la presencia en Hispania de héroes como Odiseo o Menelao, o el robo de los bueyes de Gerión por Hércules, entre otros. Así lo podemos comprobar en un pasaje de Apolodoro (Apolod. *Bibl.* 2, 5, 10):

«Como décimo trabajo se ordenó a Heracles el ir a buscar el ganado de Gerión de Eriteia. Es ésta una isla situada en las proximidades del Océano, que ahora

se llama Cádiz, habitada por Gerión, hijo de Crisaor y de Callíroeo, la hija del Océano. Gerión tenía los cuerpos de tres hombres, crecidos juntos, unidos en uno por el vientre y divididos entre tres desde los costados y los muslos. Era propietario de un rojo rebaño. Euritión era su pastor, y su perro guardián, Orto, de dos cabezas, hijo de Equidna y de Tifón. Viajando a través de Europa a buscar el rebaño de Gerión, Heracles mató muchas bestias salvajes. Se fue a Libia y, al pasar por Tartessos, levantó los dos pilares, uno a cada lado, en los límites de Europa y de África, como monumento de su viaje. A lo largo de su viaje fue abrasado por el Sol y él dobló su arco contra el Sol. El Sol, admirado de su atrevimiento, le dio una copa de oro, con la que atravesaría el Océano. Llegó a Eriteia, y se hospedó en el monte Abas. El perro lo divisó y se precipitó sobre él, pero lo golpeó con su maza. Cuando el pastor vino a salvar al perro, Heracles lo mató también. Menetes, que pastoreaba el rebaño de Hades en aquel lugar, le contó a Gerión lo sucedido. Gerión sorprendió a Heracles, al lado del río Antemo, en el preciso momento de llevarse el rebaño. Luchó con él, y lo mató. Heracles embarcó el rebaño en la copa, atravesó el mar hacia Tartessos y devolvió la copa al Sol.»

En ocasiones, podemos encontrar claras contradicciones en la ubicación de estos mitos por parte de los autores grecorromanos, así, por ejemplo, el jardín y las manzanas de oro de las Hespérides se situarían indistintamente en Hispania o en el norte de África y, mientras que Apolodoro sitúa el pasaje de los bueyes rojos de Gerión en nuestra Península, Arriano (Arr. *Anab.* 2, 16, 5-6) lo hace en Ampracia. También estarían relacionados con la península Ibérica otros mitos como el de los Argonautas, el de Perseo o el de las Gorgonas, entre otros muchos. Según parte de ellos, muchos de los héroes de la Guerra de Troya, tras la destrucción de la ciudad, llegaron al occidente del Mediterráneo, así sabemos que lo hicieron Menelao y, sobre todo, Odiseo, cuyo paso por la Península es recogido por Estrabón (Str. 3, 2, 13):

«Me parece cierto, así mismo, que Odiseo llegase hasta aquí [Turdetania] en su expedición, la cual sirvió a Homero de pretexto para que, como en la *Iliada*, también en la *Odisea*, convirtiera lo histórico en narración fabulosa, según costumbre de los poetas. En efecto, no solo se hallan vestigios de estas cosas en Italia, Silkeia y otros lugares, sino en Iberia, donde hay una ciudad de nombre Odisea, un templo a Atenea y mil otros indicios de la andanza del héroe y de los demás que sobrevivieron a la guerra troyana.»

Los autores clásicos, además de situar algunos pasajes de los mitos más populares en la península Ibérica, también narraron algunos cuyo origen estaba en la propia Península, como el mito de Habis, recogido también por Justino (Just. *Epit.* 44, 4, 1):

«Los bosques de los tartesios, en los cuales se dice que los titanes lucharon contra los dioses, fueron habitados por los cunetes, de los cuales el rey más antiguo de quien se tiene noticia, Gárgoris, fue el primero que descubrió la forma de aprovechar la miel. Este rey tuvo una hija que de soltera tuvo un niño, hijo incestuoso de su padre; la vergüenza que le produjo fue causa de que Gárgoris quisiera deshacerse de él; pero el niño, salvaguardado en medio de todas las desgracias por alguna buena suerte, llegó finalmente al trono con la compasión de tantos peligros. Primero, mandó abandonarlo y al cabo de unos días, cuando mandó interesarse por él, se lo encontró alimentado por la leche de varias fieras. Después, tras ser llevado a casa, mandó colocarlo en un desfiladero por el que acostumbraban a transitar rebaños; el rey era el colmo de la crueldad, ya que prefería que su nieto fuera pisoteado a que muriera por una muerte sencilla. Al no recibir daño allí tampoco, ni haberle faltado alimentos, lo echó primero a unos perros hambrientos que, además, estaban atormentados por la abstinencia de varios días, después a los cerdos. Así pues, como no solo no moría, sino que, bien al contrario, crecía amamantado por algunas fieras, como último recurso mandó arrojarlo al mar. Entonces, protegido por alguna divinidad en medio de los movimientos del mar y los vaivenes de las olas, lo mismo que una nave, no fue arrastrado por torbellinos, sino que fue llevado suavemente a la orilla por el mar; poco después acudió allí una cierva que amamantó al niño. A partir de entonces, gracias al contacto con su nodriza, el niño adquirió agilidad; en medio de las manadas de ciervos recorría los montes y los bosques con una velocidad similar a la de ellos. Finalmente, apresado con lazo por unos cazadores, fue enviado como regalo al rey, su padre y abuelo. Éste lo reconoció por los rasgos familiares y por los signos corporales. Impresionado el rey por tantos riesgos y peligros como había superado el niño, lo nombró su sucesor al trono. Al niño se le impuso el nombre de Habis. Cuando subió al poder, el reino alcanzó tal grandiosidad que no había duda de que había sido salvado de tantos peligros por la majestad de los dioses. Incluso sometió al pueblo bárbaro con las leyes y fue el primero en enseñar a arar la tierra con bueyes y a cultivarla; además obligó a los hombres a alimentarse con alimentos del campo por odio de todo aquello que él mismo había padecido.»

Aspectos de realidad en la literatura antigua sobre Hispania

La idílica Hispania, que no deja de estar presente en las *laudes Hispaniae*, cede su puesto en otros autores a una más real que tiene su reflejo en las obras de, entre otros, Estrabón, Mela o Plinio, y también en muchas referencias de historiadores, como Polibio o Tito Li-

vio. Aunque sea brevemente, debemos referirnos aquí a aquellos relatos que se inspiraron en documentaciones muy antiguas.

Este sería el caso, por ejemplo, de la conocida *Ora Maritima* de Avieno, que, a pesar de ser escrita en el siglo IV de nuestra era, recoge información que, a decir de muchos investigadores, se remonta a cerca de mil años antes, y hace referencia a datos —sobre todo de las zonas costeras— que podían ser de gran utilidad para los navegantes.

La *Ora Maritima* es una obra controvertida sobre la que se ha discutido y se continúa discutiendo en torno a cuales fueron las fuentes en las que se inspiró. Para una buena parte de la investigación, encabezada por A. Schülten, la obra de Avieno está claramente inspirada o es, directamente, una traducción de un periplo masaliota, atribuido a Estimes, del siglo VI a.C.; otros ven fuentes fenicias o cartaginesas en la *Ora Maritima*, concretamente, en el llamado *Periplo de Himilcón*, también del siglo VI a.C.; sin embargo, estas opiniones —en el pasado y aún hoy— fueron altamente criticadas por otras posturas que no ven en la *Ora Maritima* de Avieno una traducción del mencionado periplo masaliota. Para ellos, se trataría de una obra original del autor, pero enormemente influida por una buena cantidad de informaciones de distintas procedencias. Por tanto, se inspiraría en una serie heterogénea y a veces contradictoria de antiguos datos geográficos.

La *Ora Maritima* tiene un valor muy relativo a la hora de ofrecer una visión de Hispania. Su intención es clara: ofrecer a los navegantes una visión de las costas de este extremo del Mediterráneo, proporcionando para ello una larga lista de poblaciones, de ciudades y de lugares geográficos, en muchas ocasiones, de difícil identificación. Abundan las referencias a lugares míticos, como cuando dice que cerca de Cádiz están las columnas del porfiado Hércules (Av. *Or.* vv. 265-274):

«Aquí se halla la ciudad de *Gadir*, llamada antes Tarteso. Aquí están las columnas del porfiado Hércules, Ábila y Calpe (ésta se encuentra a la izquierda del territorio mencionado; aquélla, próxima a Libia): retumban bajo el recio septentrión, pero aguantan firmes en su emplazamiento.»

Más adelante, sobre la región de Cádiz, dice (vv. 280-287):

«Toda la comarca que sigue es de terreno cubierto de hierba; a sus habitantes se les ofrece una bóveda celeste nublada en su parte más alta, el aire espeso, una luminosidad diurna muy densa y un rocío copioso como el de por la noche. Ninguna brisa, según es costumbre, logra entrar, ni un solo soplo de viento despeja la capa alta de la atmósfera: una perezosa caligine se echa sobre las tierras y el suelo se humedece ampliamente.»

En otro pasaje dice, a propósito del río Tinto y del Odiel, a los que da el nombre del Ebro (vv. 248-251):

«Entre tanto, acto seguido, corre el río Ebro y su caudal fecunda los terruños. La mayor parte de los autores referirán que los iberos se llaman así justo por este río, no por aquel que baña a los revoltosos vascones.»

Otra referencia importante, por lo que se refiere a la riqueza de algunos territorios, es la que se hace al monte Argentario, de difícil localización (vv. 90-97):

«[...] por su parte, el monte Argentario se recorta sobre la laguna; así llamado en la Antigüedad a causa de su belleza, pues sus laderas brillan por la abundancia de estaño y, visto de lejos, irradia más luminosidad aún a los aires cuando el sol hierde con fuego las alturas de sus cumbres. Este mismo río, además, arrastra en sus aguas raeduras de estaño pesado y transporta este pesado mineral a la vera de las murallas.»

En otro orden de cosas, es probablemente la obra del geógrafo Estrabón una de las más interesantes o, al menos, de las más prolijas a la hora de proporcionarnos datos sobre la península Ibérica, a la que dedicó el libro tercero de su *Geografía*. El principal problema que nos encontramos al valorar la obra de Estrabón, es que, como ya dijimos, nunca visitó la Península, por lo que todos sus datos son una reelaboración de datos anteriores o de noticias de terceras personas.

Así, entre las fuentes de Estrabón, cabe citar a Posidonio, del que toma datos de la morfología de Iberia y de las costas de Turdetania. Además de Posidonio, su información proviene de otros muchos autores de lengua griega, como Éforo, Eratóstenes, que recorrió la costa de Cádiz; Polibio, que proporciona una abundante información sobre la Celtiberia, *Lusitania* y Galicia; Artemidoro y Asclepiades de Myrlea, sobre el interior de la Turdetania. Pero también utilizó información de procedencia romana, como Asinio Polión, del que parece tomar los datos relativos a la época de la guerra civil entre César y Pompeyo y que, tal vez, recorrió el valle del Betis y la costa desde *Carthago Noua* a Gibraltar.

La obra de Estrabón hace especial referencia a temas etnográficos, relatando las costumbres de los pueblos y la influencia que en ellas tenía la climatología, y comienza su descripción de Iberia de una manera un tanto negativa, que poco a poco se va suavizando (Str. 3, 1, 2):

«Iberia, en su mayor parte, es poco habitable, pues casi toda ella se halla cubierta de montes, bosques y llanura de suelo pobre y desigualmente regado. La región septentrional es muy fría, por ser accidentada en extremo. Y por estar al lado del mar se halla privada de relaciones y comunicaciones con las demás tierras, de manera que es muy poco hospitalaria. La meridional casi toda ella es fértil, principalmente la de fuera de las Columnas de Hércules.»

En la visión que Estrabón da de Hispania pone de manifiesto las grandes diferencias que se dan entre unas tierras y otras, incluso en aquellas zonas que son

más fértiles, como, por ejemplo, cuando habla de la región existente entre el Tajo y el Guadiana (3, 1, 6):

«Es país irregularmente fértil; pero aquél que le sigue hacia el Oriente y el Mediodía no cede a ninguno de los más ricos territorios de la *oikoumene* por las excelencias de sus bienes, tanto terrestres como marítimos.»

Es, por tanto, una visión que se suaviza cuando habla de las regiones más prósperas, como la Turdetania, y dice de ella que es maravillosamente fértil y que abundan toda clase de frutos, añadiendo (3, 1, 6):

«Es necesario hablar de la Turdetania más ampliamente, así como de las regiones continuas, y de la cuantía de lo que contiene, y de la excelencia de sus regiones.»

Dice que en esta región, habitada por los bastetanos, que limita a occidente con el río *Anas* y, a oriente, con carpetanos y oretanos, hay más de 200 ciudades (3, 2, 1) y añade:

«Las más importantes por su tráfico comercial son las que se alzan junto a los ríos, los esteros o el mar. Entre ellas destacan Córdoba, fundación de Marcelo, y por su gloria y su poderío, la ciudad de los gaditanos; ésta sobresale además por sus empresas marítimas y su adhesión a su alianza con los romanos; y aquélla, que domina un gran trecho del Betis, por la fecundidad y amplitud de su territorio.»

Además de las ciudades, Estrabón deja constancia de las riquezas que produce la región, sobre todo vino, trigo y aceite (3, 2, 7):

«Se exporta trigo, mucho vino y aceite; éste, además, no solo en cantidad, sino en calidad insuperables. Exportándose también cera, miel, pez, mucha cochinilla y minio mejor que el que da la tierra sinópica... Tiene sal fósil y muchas corrientes de ríos salados, gracias a lo cual tanto en estas costas como en las de más allá de las Columnas de Hércules abundan los talleres de salazón de pescados... De gran calidad también son los tejidos ligeros que fabrican los *saltietai*. La abundancia de ganados de toda especie allí es enorme, así como la caza.»

Un capítulo aparte, en opinión de Estrabón, merece la riqueza de minerales que adornaba la Turdetania (3, 2, 8):

«A tanta riqueza como tiene esta comarca se añade la abundancia de minerales. Ello constituye un motivo de admiración; pues si bien toda la tierra de los iberos está llena de ellos, no todas las regiones son a la vez tan fértiles y ricas, y con más razón las que tienen abundancia de minerales, ya que es raro se den ambas cosas a un tiempo, y raro es también que en una pequeña región se halle toda clase de metales. Pero la Turdetania y las regiones comarcanas abundan de ambas cosas, y no hay palabra digna para alabar justamente esta virtud. Hasta ahora, ni el oro, ni la plata, ni el cobre, ni el hierro nativos se han hallado en ninguna parte de la tierra tan abundantes y excelentes. El oro no se extrae

únicamente de las minas, sino también por lavado. Los ríos y torrentes arrastran arenas auríferas. Otros muchos lugares desprovistos de agua las contienen también; el oro, empero, no se advierte en ellos, pero sí en los lugares regados, donde el placer de oro se ve relucir; cuando el lugar es seco, basta irrigarlo para que el placer reluzca; abriendo pozos, o por otros medios, se lava la arena y se obtiene el oro; actualmente son más numerosos los lavaderos de oro que las minas.»

A pesar de todo esto, la visión global que Estrabón proporciona de Iberia es que, salvo Turdetania y partes de la costa mediterránea, es una región pobre y, además, puntualiza (3, 4, 13):

«Así me parece que los que han contado más de mil ciudades en Iberia, lo han hecho por haber dado el nombre de ciudades a aldeas grandes, pues la naturaleza del país no es apta para dar vida a un gran número de ciudades siendo, como es, sumamente pobre, de una situación excéntrica y de aspecto inculto; por otra parte, ni el género de vida de sus habitantes ni sus actividades (excepto, naturalmente, las ciudades sitas sobre la costa de Nuestro Mar), dan pie para ello.»

Es, por tanto, una descripción que difiere en muchos puntos con la información proporcionada por las *laudes* que veíamos con anterioridad.

Otro geógrafo, éste de origen hispano, Pomponio Mela, que vivió probablemente durante el reinado de Claudio, hace numerosas referencias a Hispania en su *Chorografía*: señala su fertilidad, pero también que, en algunas zonas, la falta de agua la hace estéril (Pompon. 2, 86):

«Es abundante en hombres, caballos, hierro, plomo, cobre, plata y oro; y es tan fértil que, en algunos lugares donde la falta de agua la hace estéril y pobre, produce, no obstante, el lino o el esparto.»

Tal vez sea algo exagerado su comentario sobre algunas islas situadas en la costa del Algarve portugués, zona que alaba por su fertilidad (3, 47):

«En *Lusitania* está Erythia, que según nos informaron, fue la mansión de Geryones, y algunas [islas] más que no tienen nombres particulares, aunque son tan fértiles que la semilla que en ellas se echa, al producir otras y renovarse a sí mismas de manera constante, basta para dar, por lo menos, siete cosechas seguidas, y a veces más.»

La obra de Pomponio Mela es de corte escolar y de valor relativo, en la que los accidentes geográficos están mucho más presentes que en la obra de Estrabón, sobre todo en lo referente a los litorales del noroeste y del Cantábrico, con valiosas referencias a tribus y pueblos. Probablemente, recoge informaciones tomadas por otros autores durante las guerras cántabras y que Estrabón no supo aprovechar. Vemos, por tanto, que algunos relatos de geógrafos y naturalistas tienden a ajustarse algo más a lo que debía de ser la realidad de la península Ibérica en época antigua.

Precisamente esto también se deja traslucir en historiadores como Polibio, Apiano y Tito Livio, y si por referirnos a alguna de las regiones menos favorecidas, lo hacemos a la Meseta, es evidente que cuando los romanos llegaron a la península Ibérica, ésta se abrió ante ellos como una región inhóspita. Las amplias llanuras no podían competir en riquezas con la Bética, ni siquiera podían hacerlo las más prósperas cuencas del Tajo y del Ebro. Estrabón, cuando habla de la Celtiberia, remarca su carácter de región áspera y pobre (Str. 3, 4, 12):

«Más allá de la Idoúbeda comienza inmediatamente la Celtiberia, región amplia y de vario aspecto, pero cuya mayor parte es áspera y está regada por ríos.»

Apiano menciona la carencia de madera que dificultaba la construcción de las casas e incluso hacer fuego, pero sin embargo, más adelante, dice que Numancia estaba rodeada de bosques (App. *Hisp.* 76):

«Numancia era de difícil acceso, pues estaba rodeada por dos ríos, precipicios y bosques muy densos.»

Durante la guerra de Numancia, sabemos que los ejércitos pasaron grandes dificultades para aprovisionarse de alimentos, hasta el punto de que muchos de sus soldados, desnutridos, se veían obligados a abandonar el campamento en busca de alimentos; y lo mismo sucedió a los soldados de Lúculo en su campaña contra *Pallantia*, en el año 134 a.C., noticias ambas que nos transmite Apiano. Las vías de comunicación que tenía la región se volvían impracticables en época de lluvias, lo que aumentaba en gran medida el aislamiento de las ciudades.

Su clima y sus condiciones de salubridad tampoco eran demasiado buenas. Marcial menciona lo desagradable que puede ser el viento del Cierzo en uno de sus epigramas (Mart. 1, 44), dedicado a Liciniano, aunque la mención a dicho viento también se encuentra en el misceláneo Aulo Gelio (Gell. *NA.* 2, 22, 29-31). Así, dice el bilbilitano:

«Pero cuando el nevado diciembre y el invierno desaforado brame con el bronco Cierzo, buscarás los soleados litorales de Tarragona en tu laietania.»

Y en otro epigrama (5, 9), a propósito de la visita del médico, dice:

«Estaba flojo y tú Símaco, has venido a visitarme acompañado de cien discípulos. Me han palpado cien manos heladas por el Cierzo: no tenía fiebre, Símaco, pero ahora la tengo.»

Apiano hace hincapié en la dureza del clima que llevó a la muerte a muchos soldados durante la guerra de Numancia (App. *Iber.* 47):

«Nobilior, perdidas las esperanzas totalmente, invernó en su campamento guarneciéndose como le fue posible. Al contar únicamente con las provisiones que tenía en él sufrió severamente por la falta de las mismas, por la abundancia de nevadas y el rigor del frío, de modo que perecieron muchos soldados, algunos

mientras estaban recogiendo leña, otros dentro del campamento, víctimas de la falta de espacio, y otros de frío.»

A las inclemencias climatológicas se añadían otros factores, como un poco más adelante refleja también Apiano en otro episodio de la guerra de Numancia. Lúculo, al poner sitio a *Intercatia* vio cómo su campamento era rodeado por los jinetes indígenas que no podían regresar a la ciudad por estar sitiada (54):

«Por lo cual un extraño temor invadió a los romanos. A ello se añadía el cansancio por la falta de sueño a causa de la guardia y la falta de costumbre de la comida del país. No tenían vino, sal, vinagre ni aceite y, al comer trigo, cebada, gran cantidad de carne de venado y de liebre cocida y sin sal, enfermaban del vientre y muchos incluso morían.»

A pesar de ello, la Meseta proporcionaba algunas riquezas: en la zona este, el ganado lanar y el vacuno (Diod. *Sic.* 5, 32) era uno de los fundamentos de la economía, y la carne era la base fundamental de la alimentación nos dice Diodoro (5, 34); también eran abundantes los caballos, uno de los botines de guerra más codiciados por los romanos (5, 33). En materia agrícola, trigo y cebada eran los cultivos más frecuentes, noticia que nos transmiten, entre otros, Apiano (App. *Iber.* 89) cuando habla del saqueo realizado por Escipión, en 134 a.C., de las zonas cercanas a Numancia; Livio (Liv. *Per.* 91), cuando narra la solicitud de trigo que hizo Sertorio a arévacos y pelendones; y Orosio (Oros. 5, 7), Floro (Flor. 1, 39, 11) y Plinio (HN. 14, 149), cuando hablan de la *caelia*, bebida alcohólica fabricada en esa región. La caza, en opinión de Varrón (Varro, *Rust.* 3, 21, 5), era el complemento perfecto a los recursos económicos de la Meseta; abundaban los conejos, así como ciervos, corzos y jabalíes.

En menor cantidad que otras regiones, la Meseta era productora de minerales y metales. Plinio (Plin. HN. 36, 160) menciona las famosas minas de espejuelo de las proximidades de *Segobriga*, que se extraía de pozos muy profundos, así como las piedras de afilar. A esto se añadían algunas explotaciones de metales preciosos, pero, sobre todo, hierro, en cuya forja los celtíberos se convirtieron en auténticos expertos, según dice Marcial (Mart. 4, 55).

***Laudes Hispaniae* y visión política de Hispania**

Mención aparte merece la visión política de Hispania que autores griegos y, sobre todo, latinos desarrollaron y que, en ocasiones, aparece claramente reflejada en las que hemos venido denominando *laudes Hispaniae*. Es sabido que los escritores latinos comienzan a ocuparse de la península Ibérica a partir del momento en el que ésta entra en su esfera de influencia, con el

estallido de la Segunda Guerra Púnica y el comienzo de la conquista militar peninsular, que las primeras *laudes* aparecen entre los siglos I-II d.C. y que lo que probablemente pretenden es dar una imagen política de la Península.

Los estudios sobre las *laudes Hispaniae* son bastante abundantes y los autores que se han ocupado de ellas han llegado a establecer una adecuada clasificación de ellas, con base en el momento en que aparecen y a la visión que proporcionan de la Península. Esta visión varía con el paso del tiempo y, en ellas, Hispania aparece como *Hispania deuicta*, *Hispania capta* e *Hispania suplicans* —en el último periodo de la República romana—, *Hispania pacata* —en época de Augusto—, *Hispania in omnes prouincias exemplum* —ya en época de los Antoninos—, *Hispania terris omnibus felicior* —en la Antigüedad Tardía—, e *Hispania regina prouinciarum* —en la obra de San Isidoro de Sevilla.

Hispania capta e Hispania deuicta

Antes de que comiencen a realizarse las *laudes*, Hispania va a tener una serie de representaciones estandarizadas. Se dan éstas, sobre todo, en las monedas del último siglo de la República, en las que aparece representada una *Hispania capta*, acorde con la igual y posterior representación de otras provincias también conquistadas. «También mi instinto, mi adivino más fiable hasta la fecha, presiente que Hispania será nuestra», pone Livio en boca de Escipión en el discurso previo a la toma de *Carthago Noua* (Liv. 36, 41, 7) y aquí probablemente se trasluce el deseo de Augusto de



Figura 1. Reverso de denario de Adriano, acuñado hacia el 136-138 d.C., con representación del tipo *Hispania capta*, con la *prouincia* arrodillada ante el emperador (RIC, 326) y rótulo *RESTITVTORI HISPANIAE*.

concluir, con las guerras cántabras, la conquista peninsular comenzada doscientos años antes.

La imagen de Hispania arrodillada ante el poder romano (fig. 1) aparece también en los escritos de Tito Livio cuando, en varias ocasiones, narra cómo las embajadas de hispanos que fueron a Roma se postraban ante el Senado para hacer sus peticiones, como la que, en el 171 a.C., llegó a la capital para quejarse de la actuación de los magistrados romanos (Liv. 43, 2):

«A continuación fueron introducidos en el Senado los embajadores de varios pueblos de las dos Hispanias. Después de quejarse de la codicia y arrogancia de los magistrados romanos se postraron de rodillas y pidieron al Senado que no permitiera que ellos, sus aliados, fueran expoliados y vejados de modo más ignominioso que los enemigos.»

Hispania suplicans

Como bien han señalado algunos investigadores, la imagen que Livio intenta proporcionar de Hispania en sus últimos libros es la de una «Hispania suplicante», la de una provincia que ha sido conquistada y que, con frecuencia, acude a Roma para pedir su intervención. Esta actitud de los hispanos implícitamente conlleva la aceptación de la dominación romana. Pero si nos remontamos a la época de los primeros contactos con la Península, en ocasiones la súplica se transforma en lealtad, como sucede en el caso de Sagunto. Es la lealtad de los aliados, no la de los vencidos, que con el paso del tiempo dará lugar a la creación del tópico de la «Hispania fiel», muy difundido en la Tardoantigüedad (Liv. 28, 39):

«Después presentó en el Senado a los embajadores saguntinos. Habló el de más edad: “Aunque no hay males peores, padres conscriptos, que los que hemos padecido por guardaros lealtad hasta las últimas consecuencias, son sin embargo tan grandes los servicios que nos habéis prestado vosotros y vuestros generales que no lamentamos nuestros quebrantos...” El Senado respondió a los embajadores saguntinos que la destrucción y reconstrucción de Sagunto sería en el futuro para el mundo entero un ejemplo de lealtad entre aliados mantenida por ambas partes; que sus generales habían actuado de forma correcta y regular y conforme a la voluntad del Senado al reconstruir Sagunto y liberar de la esclavitud a los ciudadanos saguntinos; que cualquier otro beneficio que les hubieran hecho se había debido a la voluntad expresa del Senado; y que se los autorizaba a depositar su ofrenda en el Capitolio.»

Esta misma visión de Hispania conquistada e Hispania fiel la podemos encontrar en las *Res gestae* de Augusto (RG, 25 y 29):

«Vencido completamente al enemigo, recuperé de la Hispania, la *Gallia* y los Dálmatas muchas insignias militares perdidas por otros jefes.»

«Juraron también en mi nombre las provincias de la *Gallia*, Hispania, África, Sicilia y Cerdeña.»

Hispania pacata

Durante el principado de Augusto y el de sus sucesores, la imagen de Hispania comienza a evolucionar en los escritores, y la *Hispania capta* comienza a ser vista como una *Hispania pacata*, una «Hispania pacificada». Uno de los máximos exponentes de este modo de pensar es Velejo Patérculo, que escribe durante el reinado de Tiberio. La pacificación de Hispania que propugna Velejo Patérculo, sin duda, forma parte del sistema de propaganda imperial iniciado por Augusto. Se trata de una pacificación basada en la superación de las pérdidas: la pérdida de generales y ejércitos, los primeros de los cuales fueron los hermanos Escipión en la primera parte de la Segunda Guerra Púnica; la pérdida de la moral por las derrotas sufridas y la dureza del clima y los combates, cuyo mejor ejemplo tenemos en la guerra de Numancia, que obligó a los dirigentes a firmar tratados indignos que luego fueron rechazados por el Senado; y la pérdida de confianza en la conquista hasta el punto de que en época de Sertorio se dudaba si saldrían victoriosos los hispanos o los romanos.

En la propaganda imperial de Augusto, la pacificación de Hispania va, pues, unida a la salvación del Imperio, amenazado desde ella.

La pacificación de Hispania, además, tiene otra consecuencia clara, que es el comienzo de su exaltación como tierra fecunda y próspera, de grandes riquezas agrícolas y mineras, retomándose de nuevo las antiguas tradiciones griegas de una Iberia rica que ya estudiamos a propósito de las *laudes Hispaniae*.

Hispania in omnes prouincias exemplum

La *Hispania capta* y la *Hispania pacata*, sometida al poder romano, tal y como vimos, aparece en una moneda de Adriano en la que puede verse a Hispania arrodillada ante el emperador (fig. 1), pronto cedieron paso a una nueva visión en los textos clásicos, la de «Hispania ejemplo de provincias» que aparece con el ascenso al trono imperial de Galba, y que queda patente en los escritos de Suetonio y en las series numismáticas acuñadas en época de dicho emperador, sobre todo, las procedentes de *Tarraco*, en las que Hispania aparece bien como un busto de mujer, bien como una figura de cuerpo entero, llevando como atributos espigas de trigo, jabalina y escudo (fig. 2).

Está ya muy lejos aquella visión en la que Hispania era una amenaza para el poder romano y, poco a poco, se abre camino la imagen de una Hispania como origen del poder, que se manifiesta, por ejemplo, con la breve llegada al trono imperial de Galba en el 68 d. C, aunque no se puede descartar que esta visión de Hispania



Figura 2. Denario de Galba, acuñado hacia el 68 d.C., con representación de Hispania y leyenda *HISPANIA* en el reverso. El tipo incorpora la representación de la *provincia* como figura de cuerpo entero, con tres atributos: espigas de trigo, jabalina y escudo (RIC, 20).

se desarrolle en el siglo II, cuando ya habían accedido al trono de Roma otros emperadores de origen o estrechamente relacionados con Hispania. Tal vez en este contexto habría que poner la moneda ya comentada de la figura 1. De esta época data también la alegoría de Hispania más reproducida en la numismática romana hispana. Se trata de una figura femenina con larga túnica, con corona de laurel o de olivo, recostada hacia la izquierda; el brazo izquierdo se apoya en unas rocas y, en la mano derecha, porta una rama de olivo, sin duda en referencia a la riqueza oleícola de la península Ibérica; a los pies está representado un conejo, animal emblemático de Hispania (fig. 3).



Figura 3. Una de las más usuales y reproducidas alegorías de Hispania en la Numismática. Denario de Adriano (RIC, 305), hacia el 134-138 d.C., con representación de Hispania apoyada entre unas rocas, portando rama de olivo y con un conejo a los pies.

La Hispania ejemplo de provincias también aparece en los *Anales* de Tácito, en el conocido y comentadísimo pasaje en el que los hispanos de la Tarraconense piden permiso a Roma para levantar un templo en honor de Augusto (Tac. *Ann.* 1, 78):

«Se accedió a la petición de los hispanos para erigir un templo a Augusto en la colonia de Tarragona y con ello se dio a todas las provincias un ejemplo.»

Hispania terris omnibus felicior

Todas estas visiones, que de una manera o de otra evocan la *Hispania fidelis* de los orígenes, aquella Hispania de Sagunto, capaz de sucumbir por no romper la alianza con Roma, una Hispania en la que la lealtad y la paz eterna fue asegurada, dice Floro (Flor. 5, 37), y que es cuna de príncipes, se transforman en la *Hispania terris omnibus felicior*, «Hispania tierra de felicidad» que se documenta en el *Panegírico de Teodosio* de Latini Pacato y que arranca de las épocas de Trajano y de Adriano.

Pacato habla de la madre Hispania, la tierra más feliz de todas, embellecida por el supremo creador por encima de todas las demás; de clima agradable, no expuesta ni a los rigurosos fríos ni a los ardientes calores, llena de ciudades incomparables y de todo tipo de riquezas, cuna de soldados resistentes, generales experimentados, oradores elocuentes, poetas ilustres, y madre de gobernadores y emperadores (*Paneg.* 4, 1, 815):

«Tratemos, pues, de todos estos puntos, remontándonos al comienzo, según el plan que acabo de indicar: sin duda todo el mundo reconocerá que el Emperador que ha sido nombrado es el que debía ser elegido por todos y entre todos. En primer lugar, en efecto, tu madre es España, tierra más feliz que todas las tierras, que el Supremo Creador se complació en embellecer, más aún en enriquecer con más liberalidad que a los demás países. Ella no está expuesta ni a los ardientes calores del mediodía ni a los rigurosos fríos del norte, sino que goza de una temperatura intermedia entre uno y otro clima. Ceñida a un lado por la cadena de los Pirineos, a otro por las mareas del Océano, y a un tercer lado por las aguas del mar Tirreno, permanece encerrada, gracias al espíritu ingenioso de la naturaleza, como un mundo distinto. Añadid a esto tantas ciudades incomparables, añadidle todos los espacios cultivados o sin cultivar llenos de mieses o rebaños, añadidle las riquezas de los ríos que arrastran oro en sus arenas, añadidle, en fin, las minas en que brillan las piedras preciosas. Yo sé que las fábulas de los poetas, creadas para causar placer al oído, han atribuido maravillas a ciertos pueblos: aun admitiendo que éstas existan, cada uno de ellos no posee más que una sola de aquellas; pero no discuto ahora la verdad de todo eso. Admitamos que sea como se escribe: que Gargara sea rica en cosechas de trigo, que Mevania sea célebre por sus rebaños de vacas, que la Campania deba su fama al monte Gauro, que la Lidia tenga fama por el río Pactolo, con tal que a Hispania sola se le conceda todo lo que se alaba en otras partes. Ella es la que da a luz a los soldados más resistentes, a los generales más experimentados, a los oradores más elocuentes, a los poetas más ilustres: ella es la madre de los gobernadores y de los emperadores. Ella fue la que dio al Imperio el ilustre Trajano y luego

Adriano, y de ella te ha recibido el Imperio. Que ante esta tierra se eclipsen la tierra de Creta, orgullosa de haber sido la cuna de Júpiter niño, y Delos, donde los divinos mellizos dieron sus primeros pasos, y Tebas, ilustre por haber nutrido a Hércules. Nosotros no sabemos nada de la autenticidad de estas tradiciones, mientras que Hispania nos ha dado un Dios a quien vemos.»

Hispania regina prouinciarum

Este panorama culmina en la *laus Hispaniae* de Isidoro de Sevilla, compuesta para abrir su *Historia de los godos*. Con él, la visión de Hispania llega a la *Hispania regina prouinciarum*, «reina de todas las provincias», y en ella se lleva a la exageración más absoluta las alabanzas de todas las anteriores, y se la coloca a la cabeza del orbe (Isid. *Hist. Goth.* 1, 1-4):

«Eres, ¡oh España!, la más hermosa de todas las tierras que se extienden del Occidente a la India; tierra bendita y siempre feliz en tus príncipes, madre de muchos pueblos. Eres con pleno derecho la reina de todas las provincias, pues de ti reciben luz el Oriente y el Occidente. Tú, honra y prez de todo el Orbe; tú, la porción más ilustre de todas. En tu suelo campea alegre y florece con exuberancia la fecundidad gloriosa del pueblo godo. La pródiga naturaleza te ha dotado de toda clase de frutos. Eres rica en vacas, llena de fuerza, alegre en mieses. Te vistes con espigas, recibes sombra de olivos, te ciñes con vides. Eres florida en tus campos, frondosa en tus montes, llena de pesca en tus playas. No hay en el mundo región mejor situada que tú; ni te tuesta de ardor el sol estivo, ni llega a aterirte el rigor del invierno, sino que, circundada por ambiente templado, eres con blandos céfiros regalada. Cuanto hay, pues, de fecundo en los campos, de precioso en los metales, de hermoso y útil en los animales, lo produces tú. Tus ríos no van en zaga a los más famosos del Orbe habitado. Ni Alfeo iguala tus caballos, ni Clitumno tus boyadas; aunque el sagrado Alfeo, coronado de olímpicas palmas, dirija por los espacios sus veloces cuadrigas, y aunque Clitumno inmolara antiguamente en víctima capitolina, ingentes becerros. No ambicionas los espesos bosques de Etruria, ni admiras los plantíos de palmas de Holorco, ni envidias los carros alados, confiada en tus corceles. Eres fecunda por tus ríos; y graciosamente amarilla por tus torrentes auríferos, fuente de hermosa raza caballar. Tus vellones purpúreos dejan ruborizados a los de Tiro. En el interior de tus montes fulgura la piedra brillante, de jaspe y mármol, émula de los vivos colores del sol vecino. Eres, pues, ¡oh, España!, rica de hombres y de piedras preciosas y púrpura, abundante en gobernadores y

hombres de Estado; tan opulenta en la educación de los príncipes, como bienhadada en producirlos. Con razón puso en ti los ojos Roma, la cabeza del Orbe; y aunque el valor romano vencedor se desposó contigo, al fin el floreciente pueblo de los godos, después de haberte alcanzado, te arrebató y te armó, y goza de ti lleno de felicidad entre las regias ínfulas y en medio de abundantes riquezas.»

Bibliografía*

- ARCE, J. 1980: «La iconografía de Hispania en época romana», *AEspA*, 53, 77-94.
- BLÁZQUEZ, J. M^a. 2003: «Los productos de la tierra [en Hispania]», en: *El Mediterráneo y España en la Antigüedad. Historia, religión y arte*, Madrid, 137-149.
- 1996: «Cólquida e Iberia. La saga de los Argonautas y otras leyendas de la Península Ibérica», en: LOR-
DKIPANIDZÉ O.; LÉVÊQUE P. (eds.): *Sur les traces des Argonautes*, París, 101-109.
- 1978: *Economía de la Hispania romana*, Bilbao.
- FERNÁNDEZ CHICARRO, C. 1948: *Laudes Hispaniae*, Madrid.
- GALLETIER, E. 1930: «L'Eloge de l'Espagne dans le panegyrique de Théodose par Pacatus», en: MELANGES P. TH., *Recueil de mémoires concernant la philologie classique*, Brujas, 327-341.
- GARCÍA Y BELLIDO, A. 1978: *España y los españoles hace dos mil años según la Geografía de Estrabón*, Madrid.
- 1978: *La España del siglo I de nuestra era (según P. Mela y C. Plinio)*, Madrid.
- GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J. 2004: «La imagen de lo céltico en la historiografía grecorromana», en: CRUZ, G.; CANDAU, J. M^a; GONZÁLEZ PONCE, J. (eds.): *Historia y mito. El pasado legendario como fuente de autoridad*, Málaga, 211-240.
- GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J.; PÉREZ LARGACHA, A.; VALLEJO, M. 1994: *La imagen de España en la Antigüedad Clásica*, Madrid.
- GROSSE, R. 1959: *Fontes Hispaniae Antiquae. VIII. Las fuentes desde César hasta el siglo V d. C.*, Barcelona.
- 1947: *Fontes Hispaniae Antiquae. IX. Las fuentes de la época visigoda y bizantina*, Barcelona.
- LASSÈRE, F. 1966: *Strabon: Géographie. Tome II (Livres III et IV)*, París.
- RAMOS, E. A. 2004: «La Iberia legendaria. Tipología de las leyendas sobre Iberia y paralelismos en la mitología grecorromana», en: CRUZ, G.; CANDAU, J. M^a; GONZÁLEZ PONCE, J. (eds.): *Historia y mito. El pasado legendario como fuente de autoridad*, Málaga, 181-192.

* Como en todos los capítulos del volumen, las revistas aparecen abreviadas en los listados bibliográficos conforme a las abreviaturas al uso en *L'Année Philologique*.

- SCHÜLTEN, A. 1922: *Fontes Hispaniae Antiquae. I. Avienii Ora Maritima*, Barcelona.
- TORREGARAY, E. 2005: «Realidad histórica y elaboración retórica en los *exempla* hispanos de Valerio Máximo», en: TROIANI, L.; ZECCHINI, G. (eds.): *La Cultura Storica dei primi due secoli dell'Impero Romano*, Roma, 77-98.
- 2004: «Construcción historiográfica y proyección iconográfica de la representación política de la Hispania romana», en: CRUZ, G.; CANDAU, J. M^a.; GONZÁLEZ PONCE, J. (eds.): *Historia y mito. El pasado legendario como fuente de autoridad*, Málaga, 297-328.
- URSO, G. 2001: *Hispania terris omnibus felicior. Premesse ed esiti di un processo di integrazione*, Pisa.

LA DOCUMENTACIÓN ARQUEOLÓGICA: SU APORTACIÓN AL CONOCIMIENTO DE LA HISPANIA ROMANA

Manuel Bendala Galán
Universidad Autónoma de Madrid

Resumen

El presente capítulo se detiene en una de las principales contribuciones de la Arqueología a nuestro conocimiento de la Hispania romana: el estudio de la urbanística. A partir del análisis del substrato urbano existente en Hispania antes de la llegada de Roma –introducido por griegos y cartagineses, así como por el desarrollo de formas de organización precedente con origen en el Bronce Final– se analizan, a través de algunos ejemplos singulares, las concepciones estratégicas, de jerarquización del territorio y de colonización que estimularon el desarrollo de la urbanización de las provincias hispanas y que dan razón de ser a algunas de sus más importantes *ciuitates*.

Palabras clave

Ciudad, Urbanismo, desarrollo urbano, monumentalización, municipalización.

Abstract

The following chapter deals with the reflection about one of the most magnificence contributions of Archeology to our knowledge of Roman Hispania: the study of the Roman urbanism. From the analysis of the very important urban substratum of Hispania that was developed before the Romans –and introduced in our country by Greeks and Carthaginians, even from the hierarchized societies of the Late Bronze Age– the strategic, hierarchization and colonization's purposes of the urbanization of Hispania by the Romans are studied in this paper as key-factors to impulse the development of this process in the Spanish Roman provinces and the origin and success of some of its more important *ciuitates*.

Keywords

City, Urbanism, Urban Development, Monumentalization, Municipalization.

¿Qué aportan, en lo esencial, las fuentes arqueológicas al conocimiento de la Hispania romana? Es una pregunta que nos sitúa ante un horizonte vastísimo de respuestas, que no resulta fácil describir o valorar. Puede comenzarse por responder que son muchas las aportaciones. Dibujan un panorama que, en principio, completa y matiza —con colores propios— el cuadro que componen las fuentes literarias, a menudo ratificando sus datos o apreciaciones, también enriqueciéndolas y, no pocas veces, rectificándolas o reconduciéndolas.

Es cierto que, dada la enorme aportación de la Arqueología al conocimiento histórico en general y al de la Hispania romana en particular, es difícil optar por qué subrayar o seleccionar en un breve escrito como éste, que encabeza esta inicial reflexión. Pero tampoco me asaltan dudas a la hora de responder a este cuestionamiento prestando atención a una cuestión básica para la que la Arqueología, en su especial carácter como ciencia histórica atenta a las huellas materiales de las culturas pretéritas, ha sido determinante: la recuperación del urbanismo en época romana y, muy especialmente, en su acepción más integral en tanto que paisaje antropizado con toda su profunda significación.

La Arqueología es, sobre todo, una ciencia que se ocupa de las culturas, de hacer Historia mediante su recuperación a través de las huellas materiales, en la medida en que lo esencial de una determinada cultura es la forma en que la comunidad que la protagoniza se fija en un determinado medio geográfico y lo transforma para su explotación, su aprovechamiento, y de qué medios e instrumentos se vale para ello. Los arqueólogos se convierten en notarios e intérpretes de esa transformación, del grado y el carácter de la antropización proyectada sobre el paisaje, transmutado el natural paisaje cultural, en el que queda reflejado lo esencial de la personalidad colectiva de los protagonistas de esa transformación. Es una forma de aproximación a las huellas materiales de las culturas y de hacer arqueología alentada por la progresiva maduración de nuestra ciencia, con planteamientos teóricos y metodológicos condensados en la moderna arqueología del paisaje, un paso avanzado y más integral resultante de las propuestas epistemológicas propias de la arqueología espacial o territorial, que es uno de los más agudos frentes de renovación conceptual y metodológica de cuantos ha vivido la moderna Arqueología, en el marco, por supuesto, de la gran revolución conceptual experimentada por nuestra disciplina en los últimos decenios del pasado siglo (sobre dicho paradigma puede verse una densa bibliografía: Barrer/Lloyd 1991; Barrer/Mattingly (eds.) 1999; Rossignol/Waadsnider (eds.) 1992; Bender 1993; Bernardi (ed.) 1992; y, para las aportaciones de la investigación hispana, los trabajos de Orejas 1995, 2006; y de Criado 1999).

Tras las etapas milenarias de la primera Prehistoria, en que los grupos humanos desarrollaron sus culturas en su dimensión de «criaturas» de una naturaleza que, en cada caso y en cada nicho ecológico, procuraban aprovechar de la mejor manera posible, el desarrollo de las culturas más recientes de la Historia de la humanidad —asombroso en términos antropológicos— condujo a formas de creciente intervención en el medio, que hicieron superar la inicial de condición de criatura para ir adquiriendo la de «creador» de una naturaleza nueva. Este proceso, que tuvo un hito básico en el llamado Neolítico, con la aparición y el desarrollo de la agricultura y la ganadería, alcanzó con la configuración del Estado y la ciudad un estadio principal y decisivo.

Las nuevas, robustas y complejas formas de cultura propias de la ciudad y el Estado, que suponían la aparición de una especie humana verdaderamente nueva o renovada —la que Aristóteles definió como *zoon politikón* o «animal de la ciudad»—, tenían una poderosa proyección en el paisaje, profundamente antropizado y modificado, y con un grado de identificación tan alto entre el carácter de cada sociedad y su paisaje propio, que permite tener en él, como materialización privilegiada de su propia realidad, el mejor testimonio de su opción cultural y de su carácter propio, y a la Arqueología, desde esta perspectiva, en una vía científica igualmente privilegiada con la que penetrar en ellos para conocerlos.

Partamos, en efecto, del hecho de que la ciudad romana y, en general, la ciudad mediterránea antigua, es en esencia, como ya en el siglo XIX señaló N. D. Fustel de Coulanges en su libro *La cité antique* (Fustel de Coulanges 1880), una realidad de naturaleza social y jurídica, cuya materia prima principal son sus gentes: una población bien articulada y diferenciada de las demás, con fuertes nexos para la vinculación colectiva, dotada de formas de poder bien estructuradas y beneficiaria de estructuras económicas complejas que implican especialización y comercio, tanto interno como externo. Este conjunto de ciudadanos, materia básica, como decíamos, de la ciudad, se asienta en un territorio que tiene como propio y ejerce sobre él modificaciones que acaban por transformar radicalmente el paisaje natural originario en otro antropizado, a la medida de sus necesidades económicas, sociales, políticas y de todo orden.

El foco principal de esta transformación lo constituyen los núcleos habitados, cuya conformación definitiva estará en función de la complejidad social y de las necesidades propias de cada sociedad urbana. Éstas son básicamente las mismas, aunque varían de forma sustancial en función del tiempo, de la organización social de cada época o de la idiosincrasia particular de cada entidad urbana. Entre ellas podemos incluir el comercio, el almacenamiento, la representación, el ceremonial colectivo, el culto, la defensa, etc. Es un

fenómeno que, siguiendo al tratadista italiano Aldo Rossi (Rossi 1982, 60), podríamos llamar la «arquitectonización» de la ciudad, por el que se convierte a la urbe (el «domicilio» de la ciudad, como decía Fustel de Coulanges) en el centro básico de un ecosistema cultural adecuado a la especie humana, verdaderamente renovada, que representaba el urbanita, el citado *zoón politikón* aristotélico.

La ciudad fijará sus centros de acción en un determinado territorio en función de exigencias específicas que la diferencian de las organizaciones no urbanas, entre ellas, la de producir más allá de la satisfacción de las necesidades de subsistencia y obtener excedentes para el comercio. De forma que tanto el comercio interno como el externo determinarán aspectos esenciales de la organización interna y de la ordenación estratégica de su territorio, en la que tendrán prioridad, por ejemplo, los criterios de viabilidad o comunicabilidad, por encima, a menudo, de la ubicación más directa en los focos de producción (porque prevalecen los de vehiculación de la producción obtenida, los de suministro adecuado de mercancías propias y ajenas). En las fases formativas y de primera consolidación de las ciudades y de las formas de Estado que ellas representan, las grandes urbes protagonistas tienen un especial papel en las comunicaciones, un paradigma que representan Troya o Biblos, Atenas, Roma y, en Hispania, Tarragona, Cartagena, Sevilla, Córdoba, Cádiz, Mérida, Lisboa y tantas otras ciudades. Destacaron, en fin, por su particular papel vertebrador de estructuras urbanas y estatales que demostrarán una gran virtualidad, como centros de carácter portuario y pontuario, asociados a puertos y a puentes que ejemplifican de la mejor manera su vocación de núcleos concebidos, prioritariamente, para la comunicación y el comercio.

A partir, pues, de la comunidad ciudadana, estructurada con los niveles de complejidad estatales, se transforma y articula el territorio elegido en un proceso de antropización que suele conducir, como se ha dicho, a la creación de centros urbanísticos complejos, en procesos muy creativos y muy activos en cuanto a préstamos y adaptaciones de modelos formales, para obtener en cada caso «domicilios» adecuados a la personalidad colectiva de cada ciudad. Pero es un paso de segundo nivel, porque lo esencial –y requisito para que éste se pueda llevar a cabo– es la existencia de la comunidad ciudadana –la ciudad misma– con la complejidad social y económica que le es propia, y su afincamiento territorial con criterios estratégicos urbanos.

En cualquier caso, la ciudad material, según la percepción antigua, no se constriñe o se acaba en la urbe, que, con matices diferenciadores según culturas o épocas, es concebida como el centro nodal de un territorio y de una determinada percepción del mundo o, mejor, de su recreación en un *cosmos* nuevo, y

también como su expresión o su metáfora. La urbe se convierte en su centro neurálgico, con una dimensión principal –como señalaba Fustel de Coulanges– en su carácter de núcleo sagrado al que se acoge la ciudadanía para sentirse protegida y ordenar, con la compañía y la complacencia de los dioses, el *cosmos* propio. No existe dicotomía entre ciudad y campo, al menos tal como ahora suele percibirse, tras el desarrollo de la sociedad industrial, puesto que el campo, sobre todo en sociedades de base fundamentalmente agropecuaria, es parte sustancial de la ciudad: la más antropizada del territorio que le pertenece. Y sin olvidar que incluso el ámbito incultivado o salvaje ha de ser percibido como controlado o controlable desde la ciudad, integrado a manera de periferia dominada e incluida en el orden perfecto que la ciudad quería representar.

En la antigua Roma percibimos la relación entre ciudad y territorio –y cosmovisión, podría añadirse– con una contundencia particular, gracias a la expresividad de su urbanística, a su rica tradición literaria y a la importancia concedida a esta cuestión en la ciencia histórica moderna (véase, al menos: Ryckwert 1985, donde desarrolla ampliamente, con apoyo fundamental en Roma, las complejas pulsiones, ideológicas, religiosas, simbólicas, etc., que confluyeron en la urbe antigua hasta darle sentido y forma; para el caso de Roma, puede verse también: Duret/Néraudau 1983). El complejo ritual que se seguía en la fundación de las ciudades romanas, con pasos propios de la *inauguratio* como la *conregio*, por la que el augur trazaba un diagrama en el suelo para delimitar las regiones –divididas y ensambladas por los ejes perpendiculares vinculados a los puntos cardinales del universo–, ajustaba el esquema urbano a una regularidad axial, de orientación astronómica, que trataba de reproducir el *templum* celeste, esto es, el ámbito regular, inamovible y eterno de los astros, que es también el de los dioses inmortales. El ritual garantizaba el misterioso traslado a la tierra de esa esfera superior y convertía al territorio de la ciudad señalado con el *sulcus* perimetral también en un *templum*, un terreno acotado y sagrado y, por ello, inviolable, como crudamente recordaba la muerte de Remo a manos de Rómulo al saltarse el surco delimitador de la naciente urbe.

La armónica organización de la ciudad, con calles bien trazadas, paralelas y perpendiculares entre sí, que determinaban espacios regulares donde ubicar las casas, los edificios públicos, los templos, los espacios abiertos, encabezados por el foro, representaba mucho más que la supuesta aplicación de criterios de racionalidad organizativa: era la forma de obtener y hacer perpetuamente tangible la vinculación de la ciudad a un orden cósmico que garantizaba su perduración. La ciudad, concebida a imagen del *cosmos*, era un microcosmos a escala humana donde se hacía perceptible y visible el infinito universo.

Pero la urbe era, además, el foco definidor de un territorio pautado desde ella, e imbricado con ella mediante la distribución del campo en parcelas —formando las llamadas *centuriationes*—, organizadas a partir de la prolongación de los dos ejes —norte/sur y este/oeste— que señalan en la ciudad las calles principales que denominamos habitualmente *cardo maximus* y *decumanus maximus*, nombres que son precisamente los que daban los agrimensores a los ejes principales de distribución de las parcelas de la *centuriatio*. Urbe y campo quedaban solidariamente organizados en una retícula común, expresión formal de una vinculación que subrayaba su pertenencia a una estructura unitaria (sobre ella puede verse el magistral estudio de: Caro Baroja 1966, 19-20, que ha sido ampliamente tratada después, por ejemplo, en: López Paz 1989).

Por otra parte, más allá de cuanto se deduce de la sugestiva ritualidad fundacional y de la concepción inicial de la ciudad, el triunfo de Roma como centro de un imperio que se extendió por casi todo el Viejo Mundo, subrayó la dimensión ideológica de la urbe y de la civilización que representaba, como proyección prácticamente universal de un *cosmos* nuevo, ordenado y perfecto. Como resultado de ello, la ciudad misma debía espejar, en su propia configuración, ese *cosmos* ordenado que el Imperio representaba, estímulo básico de los extraordinarios programas urbanísticos desarrollados por Roma (Bendala 1997) y multiplicados en las demás ciudades del Imperio. A su servicio se puso el descomunal esfuerzo técnico y material que suponen sus afamadas arquitectura e ingeniería, desarrolladas en construcciones y obras profundamente ideologizadas.

La creación de este nuevo *cosmos* no significaba el apartamiento de la naturaleza sino su modelación, antropizando sustancialmente una parte de ella —transformada en campos de cultivos, dehesas, etc.—, o su dominio, que se extendía, como se decía antes, incluso a la *silva*, el sector más natural o salvaje del territorio controlado desde la urbe (como se demuestra en el esfuerzo de los dirigentes de Roma y de otras civilizaciones antiguas en mostrarse como cazadores o vencedores triunfantes sobre las bestias y animales salvajes que representaban la naturaleza inculta, pero sometida al poder representante del orden de la ciudad, de la civilización). Son tres ámbitos o esferas que podrían resumirse en el esquema teórico de un círculo con un núcleo completamente antrópico —la urbe—, una corona fuertemente antropizada —el campo— y otra exterior, en estado de naturaleza o cerca de él (Bendala 2003a).

Con todo, la estructura urbana, con su implantación en el territorio y una progresión hacia la solidez de su fijación en el mismo que será proverbial en época romana como resultado de la contundencia de la arquitectura y la ingeniería de la Roma imperial, determinó en la Antigüedad formas de articulación y

de caracterización muy estables y visibles del paisaje, con consecuencias que llegan hasta nuestros días en casos como el específicamente hispano. La recuperación arqueológica de ese paisaje antiguo, de su proceso histórico, de los criterios que lo determinaron, constituye un logro fundamental en el marco de nuestras ciencias históricas y una aportación fundamental al conocimiento de una estructuración cultural que alcanza nuestros días.

La génesis de la estructura urbana en la Hispania antigua

Aunque, tradicionalmente, se estableció una fuerte conexión entre el nacimiento y la consolidación de la estructura urbana de la Hispania antigua y la conquista de Roma y los efectos de la Romanización, la investigación arqueológica reciente impone la necesidad de conceder su verdadera importancia a los procesos de urbanización registrados en la península Ibérica desde mucho tiempo antes, y a su impronta y su perduración en la época romana, efectivamente decisiva a los efectos de la extensión, maduración y caracterización de nuestra estructura urbana antigua.

Es cierto que la consistencia de los monumentos de época romana y la visibilidad de la estructura urbana de entonces en determinadas ciudades, como Tarragona o Mérida, alimentaron siempre la percepción de la existencia de una poderosa base romana en la configuración urbanística de muchas de nuestras ciudades y, en general, de la estructura urbana de España (y Portugal). Este hecho y la menor presencia y conocimiento de las etapas anteriores, condujeron durante mucho tiempo a negar o tener en muy poco la existencia de estructuras urbanas, incluidas las materiales y urbanísticas, en las culturas y etapas prerromanas de la península Ibérica. Lo poco que se podía decir, prestando atención a las formas de hábitat más personales de las culturas ibérica y castreña, y con la casi excepción que representaba la urbanística colonial centrada fundamentalmente en *Emporion*/*Emporiae* (Ampurias), es lo que sumariamente se recoge en el libro clásico de A. García y Bellido sobre *Urbanística de las grandes ciudades del mundo antiguo*, editado en 1966 (reeditado con nuevas aportaciones en 1985 y actualmente en proceso de una tercera edición: García y Bellido 1985) y se desarrolla más ampliamente por A. Balil en algunos artículos monográficos sobre «Casa y urbanismo en la España antigua», publicados poco después en el *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología de Valladolid* (los dedicados a la Hispania prerromana corresponden a los números 36, 1970, 289-334; y 37, 1971, 5-83; los dedicados a la Hispania romana, iniciado en el inmediato anterior, se publicaron en los números 38, 1972, 55-131; y 39, 1973, 115-188).

La investigación de las últimas décadas, sin embargo, ha puesto de relieve la franca existencia de formas de vida urbanas bastante desarrolladas en la Península antes de la llegada de Roma, con expresiones urbanísticas de gran personalidad, en todo lo cual descansa una parte importante de la implantación posterior de las estructuras organizativas y de las ciudades romanas, con fuerte incidencia, por supuesto, de los modelos urbanísticos y arquitectónicos romanos, impulsados por la extraordinaria importancia que adquirieron en el juego político y en los procesos de obtención y perpetuación del poder en los tiempos de fines de la República y el largo Principado de la Roma imperial (me he ocupado del asunto en numerosos trabajos aunque, para una consideración detenida de la cuestión y el acceso a demás bibliografía, remito a Bendala 1989, 2003*b*, 2005).

Los cimientos de esa estructura urbana cabe rastrearlos, tras las ricas culturas de la Edad del Bronce, con la emergencia entonces de estructuras sociales y culturales cada vez más robustas y mejor conocidas, en la civilización tartésica, que alcanzaría su más alto desarrollo por obra de la acción colonizadora (Bendala 2000*a*, donde dicha cultura es estudiada con amplia atención a los fenómenos urbanos y urbanísticos). Sin entrar en todos los problemas, sí resulta oportuno aludir a lo que pueda decirse de la colonia fenicia principal de *Gadir/Cádiz*. No se ha avanzado demasiado, aparte de en las cuestiones topográficas básicas, en el conocimiento de la su urbanística, pero se compensa en algo por los importantes datos que aporta el asentamiento inmediato del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María), en la órbita de la colonia y verdadera prolongación suya en su ámbito de la Bahía de Cádiz (Ruiz Mata/Pérez 1995; Ruiz Mata 1999, 2001). Se consolidó como centro de habitación desde el siglo VIII a.C., con una base en el poblamiento de la zona desde, al menos, el Bronce Final (había asentamientos en lugares más altos, a corta distancia de la pequeña loma costera que ocuparía el asentamiento definitivo). Desde el comienzo, el asentamiento del Castillo de Doña Blanca fue concebido en virtud de un ambicioso proyecto de control económico y político de la zona, como demuestra el lugar elegido y su inmediato amurallamiento. De su vitalidad abundan los indicios, como la continua renovación de la muralla en un marco de actividad edilicia general muy acusada, siempre el mejor testimonio del pulso vital de un núcleo habitado. Se ha documentado un nuevo amurallamiento en el siglo V y, con carácter general, una fase de gran reactivación en los siglos IV y III que vuelve a tener en la renovación del muro defensivo una de sus expresiones más significativas. Por entonces, la ciudad se dotó de una potente muralla de casamatas, apoyada en parte en la cerca del siglo V, muralla de la que se conservan bastantes tramos, torres y puertas que dan cuenta de

su monumentalidad. Una de esas fases de importantes remodelaciones se asocia a la época de los Barca, a la que también parecen corresponder algunas más que notables construcciones en la zona del espigón, con muros muy característicos de sillares engatillados, y con suaves y cuidadosos almohadillados.

Y sobre la urbanística griega, aparte de su influencia en la ibérica y en las demás culturas hispanas, el único foco de atención sigue siendo *Emporion*, que ha adquirido un semblante muy renovado por las últimas excavaciones, y de la que se ha obtenido una secuencia aceptable de su evolución urbanística, las ampliaciones sucesivas y los procesos de monumentalización hasta época romana (véase la síntesis de: Marcel/Sanmartí 1990; Aquilué/Castanyer *et al.* 2000; y para sus fases romanas: Mar/Ruiz de Arbulo 1993).

Muy sucintamente cabe recordar cómo la primera colonia focense se instaló a comienzos del siglo VI a.C. en el islote próximo a la costa de Sant Martí d'Empúries, junto a la desembocadura del río Fluvià, en el golfo de Roses. Era un modesto poblado, que contaba con un santuario dedicado a la diosa Artemisa, en el que las excavaciones detectan una clara convivencia con gente del lugar, como acredita el predominio de manufacturas locales. Poco después, hacia mediados del mismo siglo, el núcleo principal de la colonia se trasladó a la costa, a un espacio mayor y mejor comunicado con el interior, aunque algo aislado por marismas y brazos de mar, donde la colonia se desarrollaría como una pequeña *polis*, muy afirmada en su papel económico ya en la centuria siguiente, en que empieza a acuñar moneda de plata. Pero siempre fue un centro de reducidas dimensiones, que en fechas tempranas no alcanzaba toda la superficie que llegaría a tener ya en época romana, cuando, extendiéndose hacia el sur, se construyó la poderosa muralla con torres de su flanco meridional (en el siglo II a.C.). Más al norte se sitúan los restos de un lienzo de muralla del siglo V a.C., fuera de la cual se han hallado los restos de un templo decorado con elementos de piedra, de los que se recuperaron tejas decoradas y fragmentos de acroteras o adornos primorosamente tallados. Quizás estuvo dedicado a Artemisa Efesia, la diosa tutelar de la ciudad, que debió de convertirse en referencia sacra para un centro de mercado, en el que se agruparon los indigetes de la zona hasta constituir un poblado estable, que debe de ser el que, según Estrabón y Livio, formaba con *Emporion* una ciudad doble. Las dos comunidades acabarían por fundirse en la ciudad ampliada al sur, bajo la que se hallaron los restos del templo y de las cabañas indigetes. Y en esta zona, ya en época helenístico-romana, se desarrollaría el gran conjunto de templos y espacios sacros que, junto con el ágora, igualmente reformada por aquel entonces, constituyen los focos más monumentales de la modesta pero muy importante ciudad portuaria de *Emporion* (véase, a este respecto, todo

el amplio caudal de datos reunidos en los textos del catálogo de la exposición dedicada recientemente a la famosa estatua del dios Esculapio o Serapis hallada en el lugar: Izquierdo [dir.] 2007).

En cuanto a la cultura ibérica, la investigación última ha consolidado, como decía, el diagnóstico de su carácter urbano desde tiempos bastante antiguos, que enlazan con la tradición tartésica, sobre todo en el mediodía y el sudeste peninsular, donde regiones más específicas, como la Turdetania, disfrutaban de una vieja *politeía*, reconocida ya en la Antigüedad por el geógrafo Estrabón y otros autores (Bendala 1988, 2006a, 166-198). Las excavaciones en asentamientos de ámbitos distintos, como Tejada la Vieja, en Escacena del Campo, Huelva (Fernández Jurado 1987), Plaza de Armas de Puente de Tablas, en Jaén (Ruiz/Molinos 1993, 190 y ss., y 2007) y El Oral, en San Fulgencio, Alicante (Abad/Sala 1993, 2001), entre otros, demuestran la posesión de criterios de planificación urbanística bastante evolucionados desde fechas que se remontan al siglo VI a.C., y la aplicación de sistemas de ordenación funcional y de regularización de los espacios que maduran en plena época ibérica y entroncan con las novedades aportadas en la oleada helenística y romana (para información más completa del panorama urbanístico del conjunto de las culturas ibéricas, con multitud de aportaciones y novedades, remito a la bibliografía citada, en especial a los trabajos reunidos en las actas del congreso *Los iberos. Príncipes de Occidente* (Aranegui [ed.] 1998) y en las del coloquio *Los asentamientos ibéricos ante la romanización*, (VV. AA. 1986). Para un aspecto tan definitorio como las murallas, puede consultarse con provecho la monografía de Moret 1996).

Ha sido de gran importancia el reconocimiento de una primera penetración en Hispania de las fórmulas urbanísticas del Helenismo, antes de la conquista de Roma, por obra fundamentalmente de la imposición de los príncipes cartagineses de la familia de los Barca, y el rápido desarrollo de su ambicioso proyecto imperial en Hispania. Fue un fenómeno que se anticipó y, en cierta medida, preparó el camino a la acción de Roma y la aplicación de su propio proyecto urbano y sus modelos urbanísticos (Bendala 1990). La recuperación, aunque todavía muy parcial, de aspectos principales de la primera gran metrópolis helenística de Hispania, *Qart Hadasht*, fundada por Asdrúbal en la actual Cartagena, constituye todo un hito en los estudios modernos de la urbanística hispana. Figuran entre esos aspectos parte de la monumental muralla púnica y datos sobre el trazado general de la ciudad (Martín Camino/Roldán Bernal 1992; Martín Camino 1994), que será en buena parte perpetuado y consolidado en la época romana, con grandes cambios y una decidida apuesta por una extraordinaria monumentalización, recuperada también, en gran medida, en los estudios

recientes sobre este centro principal. Por otra parte, la urbanística y la arquitectura púnica de matriz helenística impulsada por los Barca se detecta en muchos otros centros, como Tossal de Manises (Alicante), Carmona (Sevilla) o la notable ciudad portuaria de *Carteia* (San Roque, Cádiz) (con toda la bibliografía y los datos arqueológicos obtenidos en estos centros en: Bendala 2000b; Bendala/Blázquez 2002-2003; Olcina/Pérez Jiménez 1998 –para el Tossal de Manises–; Roldán/Bendala *et al.* 2003, 2006), en este último caso –el de *Carteia*– con testimonios bien acreditados en nuestras campañas de excavación últimas. Entre otras cosas, han permitido comprobar la fundación de la ciudad en el siglo IV a.C., como traslado de la factoría fenicia asentada algo más al interior, aguas arriba del Guadarranque, en el Cerro del Prado, con una vigorosa planificación urbanística; y una gran monumentalización en época de los Barca, a fines del siglo III a.C., particularmente detectada en un acceso en rampa a la ciudad, con entrada dignificada y robustecida mediante una estructura de casamatas, adosada a la antigua muralla del IV, que ofrecía al exterior magníficos paramentos de sillares escuadrados y almohadillados, en la mejor línea de las fábricas púnico-helenísticas.

La extensión y la consolidación de la estructura urbana de Hispania en época romana

La conquista romana y la integración progresiva de la península Ibérica en el Imperio fue un revulsivo en el proceso de expansión y consolidación de la estructura urbana. Sobre la base del aprovechamiento de la ya existente, y de la dinámica en marcha acerca de la progresiva incorporación de las comunidades hispanas a las formas de vida urbanas, Roma ejerció el más poderoso impulso en la Antigüedad a la definitiva configuración de la estructura urbana de la Hispania antigua, hasta determinar, a la postre, aspectos sustantivos de su trama en general y, muy acusadamente, de su proyección urbanística, por el triunfo de los prestigiosos modelos arquitectónicos romanos. El resultado será una fuerte impronta en la estructuración del paisaje antropizado de la Península con consecuencias que alcanzan nuestros días.

En el análisis de las perduraciones y transformaciones de la estructura urbana tras la conquista romana, es obvio que resulta un punto de partida imprescindible determinar la naturaleza de la situación o de las situaciones preexistentes, resumidas en los párrafos precedentes. Y gracias a los progresos alcanzados, puede ya contemplarse en su justo valor la imagen transmitida por Estrabón de una Iberia acomodada a los tres estadios platónicos del progreso, desde el civilizado (*politikós*), consistente en la posesión de las formas de orga-

nización y de vida propias de la ciudad (*polis*), al semi-salvaje (*mesagroikos*) y el salvaje (*agroikos*); tres estadios visualizables geográficamente en tres amplias franjas que cubrirían la Península de sur/sureste a norte/noroeste, imagen que contiene ingredientes de una realidad más o menos bien captada y entendida (Abascal/Espinosa 1989, 11-15), pero que responde también, en buena medida, a modelos subjetivos o ideológicos, según señalan numerosos trabajos modernos.

La Iberia que se fue incorporando al Imperio, presentaba, pues, en cuanto a su urbanismo, una gran variedad, con una de sus facetas más destacadas en el desarrollo de importantes procesos de cambio estructural, de movilidad organizativa, en la etapa de la conquista, tanto en los años que inmediatamente la antecederon, como en los correspondientes a los dos siglos largos que transcurrieron desde su comienzo hasta la ultimación con Augusto. Roma hubo de afrontar esa dinámica aprovechándola, intensificándola, frenándola o reconduciéndola según sus propios intereses, con fórmulas que acreditan una capacidad de improvisación que fue un ingrediente fundamental de su éxito. Basta ver un mapa del viario romano de Hispania, tal como puede trazarse a través de fuentes como el Itinerario de Antonino (Roldán 1975), para comprobar la existencia de una gran diagonal nordeste/suroeste, que arranca en los extremos en centros como *Tarraco* y *Olisipo* (Lisboa), ambos de vieja tradición portuaria y viaria, y se apoya en su recorrido por el gran territorio centropeninsular en ciudades de nueva creación romana, fundamentalmente *Caesar Augusta* (Zaragoza) y *Augusta Emerita* (Mérida). Esa gran diagonal marca una frontera con los territorios más desarticulados desde el punto de vista urbano y, por tanto, viario en época prerromana, que desde su integración en el Imperio se vertebrará con calzadas trazadas con apoyo en centros de nueva creación, como *Asturica Augusta* (Astorga), *Bracara Augusta* (Braga, en Portugal) y *Lucus Augusti* (Lugo). Solo los nombres de las ciudades mencionadas hacen patente el papel de Augusto en la terminación de la incorporación de estos territorios al dominio romano y en su estructuración territorial urbana y urbanística (Bendala 1990).

El control y el gobierno de las provincias hispanas se realizó improvisando soluciones sobre la marcha, explotando la posición de dominio militar y sabiendo aprovechar la estructura organizativa de que disponían las ciudades y regiones que se incorporaban al Imperio para los intereses de Roma y de sus dirigentes (Salinas de Frías 1995, 152-153, donde se subraya el *amateurismo* de la administración republicana). Es claro que la existencia de una organización suficiente de las Hispanias, al menos de parte importante de ellas, era una condición necesaria para que la conquista romana pudiera llevarse a cabo en la época en que se hizo; y esa organización descansaba en estructuras urbanas,

tanto más aprovechables por Roma, cuanto más cerca se hallaran de los propios modelos romanos o itálicos. He subrayado en otros lugares que el amplio desarrollo urbano de Hispania en la franja más «politizada» del mediodía y la costa mediterránea facilitó la conquista y dio ancho cauce a la romanización, mientras, en las tierras del interior, la más limitada incorporación a esos mismos procesos urbanizadores y la carencia más o menos acusada, por tanto, de la considerada como condición estructural necesaria, fue la verdadera razón de las dificultades con que se toparon los romanos a la hora de la conquista, y de la angostura del cauce por el que habría de discurrir el caudal de la romanización (Bendala 1998b, 308). Fue una cuestión de falta de sintonía estructural y no, como tantas veces se ha dicho, una consecuencia de la particular belicosidad de las gentes de la zona, de su afán de independencia, o de todo ello por un impulso innato de carácter étnico —el indoeuropeísmo o celtismo de los pueblos del interior— que impulsaran a rechazar el dominio extranjero y a aferrarse con particular celo a su independencia o a las propias tradiciones.

En punto a la sintonía estructural de la región más urbanizada del mediodía, parece innecesario volver a insistir en que, aparte de ser escenario de la vieja *politeía* de la que se hace eco Estrabón, toda esta región se vio envuelta en un proceso de integración en la oleada helenística, cuyos principales artífices fueron los Barca, que anticipó y franqueó el camino a las mismas pautas que después habrían de generalizarse con la conquista romana y la consiguiente romanización.

Todo el ámbito ibero-púnico, el dominado por la potencia a la que se enfrentó inicialmente Roma, extendido desde el mediodía hasta el nordeste peninsular, constituyó el primer territorio de ocupación de Roma, pronto estructurado en las dos provincias de *Hispania Citerior* e *Hispania Ulterior* —consolidadas como tales al menos desde el 197 a.C.—, que fueron la base logística y militar de la extensión de la conquista al resto del territorio peninsular, mucho más lenta y esforzada por la indicada necesidad de proceder a reformas estructurales más profundas (aunque ya los generales púnicos se anticiparon a Roma en la proyección hacia el interior con intereses militares de corte imperialista: Domínguez Monedero 1986; Sánchez Moreno 2000). Aquí empezó Roma a ensayar sus fórmulas de integración urbana respecto de los territorios dominados, que pueden resumirse en las que enunciábamos en un trabajo conjunto de la década de 1980 (Bendala/Fernández Ochoa *et al.* 1987, 128): aprovechar cuanto fuera posible la estructura anterior, lo que se complementaba con la práctica de flexibilizar el propio concepto de ciudad para hacerlo más fácilmente adaptable a fórmulas organizativas, más o menos cercanas a las propias, existentes en los territorios conquistados (y una de las recetas era la creación, junto a los ya exis-

tentes, de núcleos o barrios nuevos, configurando una *dípolis* o ciudad doble); potenciar ciudades nuevas a partir de centros ya existentes –a menudo en estadios de organización cercanos a los niveles urbanos o que los habían alcanzado plenamente– mediante su aglutinación por sinecismo o *contributio*; y fundar ciudades completamente nuevas.

Estos tres criterios se aplicaban según necesidad, administrados a partir de un principio general de economía política que, además de aconsejable, era inevitable en los tempranos tiempos en que se desarrolló la conquista de Hispania, sobre todo en las etapas primeras, con limitaciones que irían atenuándose en las etapas finales de la República, hasta obtener una maquinaria imperialista bastante completa y engrasada en época de César y Augusto, con la instauración definitiva por el segundo del Principado como sistema político más adecuado al gobierno del Imperio. También, como entonces decíamos, si en las primeras fases de la conquista hubo de conformarse Roma con aplicar, sobre todo, el primer criterio y basarse en la organización urbana ya existente, con el tiempo fueron creciendo los propósitos y la capacidad de intervenir en ellas, entre otras razones por el hecho de que la conquista iba extendiéndose a territorios de nivel organizativo menos próximo a los apropiados para el Imperio; y, como bien se sabe, el resultado será, por la acumulación de cambios y el seguimiento de patrones de actuación, cada vez más caracterizadamente romanos, una transformación de gran calado tanto en el plano organizativo como en el morfológico.

Los ejemplos de continuidad urbana son abundantísimos y, conforme avanza la investigación arqueológica, se va haciendo posible comprobar cómo se produjo en cada caso la continuidad y cómo se fueron produciendo paulatinamente los cambios. Queda en eso mucho camino que recorrer, porque no abundan las excavaciones de amplitud suficiente como para reconstruir la historia urbanística de los centros urbanos, y es, además, frecuente que muchos de los principales de la Antigüedad sigan siendo ciudades vivas en la actualidad, lo que ha producido la desaparición o la ocultación de las estructuras antiguas, y hace muy difícil la recuperación o el análisis de las conservadas. Pese a todo, algunos casos, por despoblados o por beneficiarios de la política preservadora del patrimonio arqueológico urbano, van sumando multitud de datos con los que reconstruir –siquiera sea parcialmente– la historia urbanística de muchos centros y con ello obtener nuevas perspectivas a la hora de trazar más acertadamente las pautas generales.

Una de las formas más interesantes, como ejemplo de continuidad y de cambio, es la citada configuración de ciudades dobles o *dípolis*: Roma creaba un núcleo nuevo junto a otro ya existente, en su mismo lugar o en el mismo territorio, para, aprovechando su papel

estratégico, económico y político, convertirlo en apoyo a su propia estrategia de control, de creación de Imperio. El primer caso y más paradigmático lo constituyó *Emporion*, puerto de desembarco inicial de las legiones romanas en territorio hispano. Explica Livio (Liv. 34, 9) cómo, a la llegada de los romanos, era ya Ampurias una ciudad doble –*duo oppida erant*– como resultado de la comentada yuxtaposición de los indiketes del lugar y de los colonos focenses. Fundida ya en una ciudad única, al decir de Estrabón (Str. 3, 4, 8), los romanos repitieron el fenómeno de la *dípolis* asentándose al oeste de la *neápolis* griega, en la inmediata zona algo más elevada, desde donde se ejercía evidente dominio físico sobre el viejo establecimiento griego. Fue primero un núcleo de carácter militar, una especie de *praesidium*, levantado por Catón hacia el 195 a.C. Se convertiría después en una verdadera ciudad hacia el cambio del siglo II al I a.C., en que se llevó a cabo la creación de un amplio recinto urbano según los patrones de ciudad romanos, dotado, entre otras cosas, de un espacioso foro (Sanmartí *et al.* 1984, además de la bibliografía citada más arriba). Más tarde, los dos núcleos quedarían unidos jurídica y físicamente, consagrándose en el nombre plural romano de *Emporiae* la duplicidad de la ciudad (Ruíz de Arbulo 1978).

Fenómenos parecidos o asimilables se dieron en *Arse-Saguntum*, en *Tarraco* (como advierte la duplicidad de *Kese-Tarraco*), seguramente en *Italica*, tal vez en *Myrtilis* (Mértola, Portugal), en *Vrso* (Osuna, Sevilla), seguro que en *Gadir* (convertida en una ciudad doble, la *Didyme* de Estrabón, con la forma pluralizada del nombre latino *Gades*), y en otras en las que puede deducirse su condición de ciudad doble por el apelativo específico de *gemella* contenido en el nombre oficial de la ciudad, como ocurre con la *Colonia Iulia Gemella Acci* (Guadix, Granada), o la *Colonia Augusta Gemella Tucci* (Martos, Jaén).

Nuevos datos y los progresos de la investigación permiten profundizar y dar con facetas de detalle en la aplicación de estas fórmulas de integración que, en la práctica y para cada caso, resultan bastante complejas, con implicación de variados aspectos jurídicos, territoriales y de propiedad y distribución de la tierra, organizativos, etc. Por ejemplo, en relación con *Acci*, una de las ciudades citadas, se cuenta con una nueva inscripción que alude a un *ordo Accitanorum Veterum*, al tiempo que menciona a un individuo que es *Accitanus ueteris*. El estudio de la inscripción y de sus implicaciones (Stylow 2000; Pastor 2000 = *HEp*10, 321) ha permitido replantear algunas cuestiones, afectas a la ciudad de *Acci* y a las otras insertas en la misma o parecida problemática, y conducido a discutir por uno de los editores del nuevo epígrafe (Stylow 2000, 798-803) una propuesta de interpretación sobre el valor del apelativo *Gemella* hecha hace unos años (Bendala 1990), que puede interesarnos comentar aquí.

Las ciudades calificadas de *gemellae* plantean una interesante problemática por el hecho, entre otras cosas, de que se constata la existencia de ciudades «viejas» con la misma denominación –*Acci Vetus*, *Tucci Vetus*, *Astigi Vetus*–, que aparecen después designadas como colonias –*Colonia Iulia Gemella Acci*, *Colonia Augusta Firma Astigi*, *Colonia Augusta Gemella Tucci*– y que vendrían a sugerir (Stylow 2000, 797) que la ciudad antigua había cedido parte de su territorio para la creación de la colonia, y sería esa cesión o apropiación el origen de la relación entre ambas entidades que se manifiesta en la duplicación del nombre. Las ciudades antiguas seguían manteniendo su autonomía municipal: *Tucci Vetus* y *Acci Vetus* como estipendiarias, *Astigi Vetus* como *ciuitas libera* (Stylow 2000, 805). Por otra parte, los núcleos urbanos o asentamientos a estas ciudades, «vieja» y «nueva», podían estar en lugares distintos e incluso bastante distantes, como sería el caso de *Acci Vetus*, que estaría situada en el actual Cortijo de Periate, cerca de Iznalloz (Granada), donde se hallaron el epígrafe con la alusión al *ordo Accitanorum uetus* y el togado de bronce recuperado en 1982 en el mismo lugar (la bibliografía generada por el mismo, en: Stylow 2000, 775, 1), cortijo que dista de Guadix (donde se sitúa la *Colonia Gemella Acci*) unos cuarenta kilómetros. Se discute dónde pudieron estar los asentamientos correspondientes a *Astigi Vetus* y a *Tucci Vetus*, aunque, para esta última, algunos indicios apuntan a que se hallaba en el mismo Martos, junto a la colonia, de la que pudo estar separada por una muralla y mantener ambas su autonomía (Stylow 2000, 798-802; Pastor 2000, 65).

Formarían, por tanto, *Tucci Vetus* y la nueva colonia una casi paradigmática *dípolis* o ciudad doble, y aquí viene al caso si el apelativo *Gemella* guarda alguna relación con esa duplicidad, sea de núcleos próximos como en este ejemplo de *Tucci*, sea de núcleos distantes como los dos de *Acci*. Ya García y Bellido propuso que la denominación de *Gemella* se debía en *Acci* al hecho de que había sido fundada por una *deductio* a partir de dos legiones, origen que podía extenderse a otros casos como el de la cercana *Tucci*, una idea ampliamente aceptada después (García y Bellido 1959, 474-475; planteamiento después seguido por: Santero 1972, 206). Sin embargo, al valorar el fenómeno de las *dípolis*, propuse hace unos años (Bendala 1990, 35-36, después valorada como hipótesis oportuna por algunos investigadores respecto de la propia *Acci*, como González Román 2001, 289) que la denominación *Gemella* debía de guardar relación con él, y obedecer a la duplicación de la ciudad y no al hecho de que se hubiera producido el asentamiento de dos legiones. Así sucedió, por ejemplo, en la cercana y tan citada *Tucci*. Además, ciudades que fueron fundadas fehacientemente por dos legiones como *Augusta Emerita* (por la *v Alauda* y la *x Gemina*) no llevan tal sobrenombre, razón que

nos parecen de peso en este sentido, al margen de otras que se citarán más adelante. La problemática no es –desde luego– sencilla, y A. U. Stylow (Stylow 2000, 202 y ss.), sobre la dificultad de aceptar un significado relativo a una doble comunidad, vuelve para el caso de *Acci* a considerar segura la derivación de *Gemella* de las dos legiones probadas para la *deductio* accitana, con la argumentación añadida de que, a tal caso, sirve de apoyo un pasaje de la guerra civil de César, en el que, refiriéndose a las legiones organizadas por Pompeyo, una de ellas, veterana, de Cilicia, *factam ex duabus, Gemellam appellabat* (Caes. Bell. Ciu. 3, 4, 1).

No obstante, no parece que el uso del término *Gemella* asociado a una *legio* pruebe nada en relación con la problemática de *Acci*: es solo uno de tantos casos del uso del adjetivo, equivalente a *gemina*, para aludir a realidades dobles o geminadas. Todo lo más, recuerda un uso del adjetivo que connota fundamentalmente el sustantivo al que se refiere, en este caso la legión; en el de *Acci* y otras ciudades, a ellas mismas como entidad calificada de doble o duplicada. Su exacto sentido debe de estar más en relación con la existencia constatada de ciudades con *ordines* viejos que reciben nuevas fundaciones o deducciones coloniales que absorben la antigua denominación. La adscripción al mismo territorio, en función de la presión colonial, parece evidente, por lo aquí recordado, y quizás haya que pensar en alguna vinculación más profunda, que explique mejor la duplicación del nombre, dada la importancia que en las concepciones romanas tiene la población misma como materia prima o sustancia principal de la ciudad y, tal como la definía Cicerón (Cic. Rep. 6, 13, comentada en: Clavel/Lévêque 1971, 192): «concilia coetusque hominum iure sociati» [reuniones y asambleas de hombres asociados por el Derecho] o *iuris societas* (comunidad de derecho). Quizá se dio, como en los casos de *Corduba* y *Carteia*, una fusión de la población de la antigua ciudad, o de una parte de ella, con la población *deducta* para la nueva fundación romana; o una vinculación jurídica o de dependencia política entre ellas, como se conoce para el caso del *ordo Singiliensis uetus*, que podía funcionar como órgano autónomo o como parte integrada en el *ordo* general de la ciudad de *Singilia Barba* (Stylow 2000, 781-782).

Al aprovechamiento más o menos directo de una ciudad anterior, a veces a título de la comentada duplicación de la ciudad, se añadió la creación de ciudades nuevas, *ex nihilo*, que suelen llevar nombres demostrativos de esa desconexión con la estructura del poblamiento anterior –aunque siempre habrá algún nexo con la red poblacional preexistente–, como en el caso de *Valentia* (Ribera 1998) o del gran ejemplo de ciudad colonial que representa *Augusta Emerita*. Pero muchas veces se fundan ciudades nuevas que no lo son del todo, porque se apoyan en la organización del poblamiento anterior, aunque con transformaciones de

mucho más calado que la integración directa, tanto o más que la ampliación o la duplicación que suponen algunas de las renovadas mediante la comentada fórmula de la *dípolis*. Este nuevo sistema de ciudades nuevas que muestran sus débitos con los asentamientos prerromanos de los que parten con el mantenimiento de su nombre, puede englobarse, como he propuesto en otros lugares (Bendala 1990, 1998b), en la fórmula del sinecismo o *contributio* (Rodríguez Neila 1977).

Suponía un importante cambio respecto de la organización urbana heredada, aunque se apoyara en ella, y podía tener como efecto más destacado la creación de un núcleo urbano nuevo a partir de aglomeraciones preexistentes, a menudo sobre la base de una principal, cuyo nombre se mantiene en la nueva ciudad, y con frecuencia aglutinando física o jurídicamente otros centros menores de la zona, a lo que podía sumarse el añadido de contingentes de origen romano o latino, lo que puede suponerse en muchos casos y se sabe con seguridad para algunos (incluso en *Augusta Emerita* se perciben propósitos de integración entre los colonos, la nueva colonia y los indígenas de la zona, según: Le Roux 1982, 69-70), como ocurrió con uno de los más notables, el de *Corduba* (pueden verse los trabajos reunidos en: León [ed.] 1996; Vaquerizo [ed.] 1996). Las aglomeraciones de partida podían estar alejadas todavía del nivel organizativo urbano o podía tratarse, como el caso citado, de núcleos urbanos ya consolidados, promovidos ahora a una nueva situación por razones geoestratégicas, económicas o políticas.

Corduba, desplazado el núcleo urbano respecto de su antiguo emplazamiento en la zona del actual parque de Cruz Conde –aunque la antigua ciudad duró todavía un tiempo, al menos todo el siglo II a.C., dándose temporal y parcialmente un sistema de *dípolis* (Muriillo/Vaquerizo 1996 o Carrillo/Hidalgo *et al.* 1999)–, experimentó un notable crecimiento (42 hectáreas aproximadamente, ampliadas desde Augusto, con la extensión hasta el río, a 78: Ventura 1996), y adquiriría un nuevo empuje como centro de apoyo a una estrategia de control territorial de más altos vuelos al proyectarse como núcleo vinculado al paso estable del río Guadalquivir por un nuevo puente, convirtiéndose en una de tantas ciudades pontuarias de Hispania y del Imperio (en realidad, habría que decir «pontiarías» para ser congruentes con la derivación a partir del nombre latino, pero, como he dicho en otros lugares, la acepción «pontuaria» traslada más viva y directamente el valor semántico de la voz «portuaria», bien asentada en nuestro vocabulario para, con una palabra, definir el carácter de una ciudad por su vinculación o su dependencia del puerto; en este caso, como el de la misma Roma, sería decisiva la vinculación al puente). Un caso parecido sería el de *Celsa* (Velilla de Ebro, Zaragoza), creada a partir de una ciudad celtibérica de ubicación todavía desconocida, asociada también a

un puente sobre el Ebro (Beltrán Lloris 1985), o el de *Caesarobriga* (Talavera de la Reina, Toledo) (Bendala 1999) y muchas otras cuyo estudio arqueológico y su formalización urbanística y arquitectónica demuestran que son una creación nueva, promovida por Roma, aunque mantienen su nombre prerromano: *Baetulo* (Badalona), *Barcino* (Barcelona), *Iesso* (Guissona), *Bílbilis* (Calatayud), *Segobriga* (Cabeza de Griego, Cuenca), *Baelo* (Bolonía, Cádiz), etc. Otra cosa bien distinta en este sentido es que la personalidad particular de sus habitantes aflore con rasgos propios, a menudo derivados del sustrato cultural antiguo, a través del estudio de su cultura material, de sus costumbres funerarias, de sus tradiciones religiosas, de su antroponomía, etc., en lo que la cultura de estas ciudades en su conjunto muestra o puede mostrar algunas de las facetas más coloristas de lo hispanorromano. Por otra parte, tanto en estas ciudades como en las directamente integradas en la organización del Imperio, puede percibirse el mantenimiento de las antiguas magistraturas, que en los textos o en la epigrafía pueden aparecer con nombres latinos o latinizados, las antiguas corporaciones ciudadanas, o aspectos como el mantenimiento del uso y la tenencia de la tierra, todo ello como ingredientes de una perpetuación en la organización de la Hispania romana que irá progresivamente romanizándose, con un punto de inflexión importante en época de Augusto que se dejará sentir más acentuadamente en el curso del Alto Imperio. (Véanse, sobre estas últimas cuestiones, los trabajos: Rodríguez Neila 1998; Sáez 1998). De hecho, el peso de las instituciones propias de las ciudades provinciales es cuestión señalada hace tiempo por los especialistas: «L'Empire se présente comme une somme de cités dans le cadre de chaque province. Chacune d'elles jouit d'*institutions* qui lui sont propres, fortement marquées dans certains cas par l'héritage préromain, est dépit d'une uniformisation certaine qui est l'apport de Rome» (Clavel/Lévêque 1971, 169).

Tarraco, otra ciudad principal en la organización urbana del ámbito mediterráneo y del conjunto de Hispania, capital provincial como *Corduba*, representa un modelo distinto de renovación sobre la base de una continuidad, que, más en línea con el proceso comentado para las *dípolis*, dejó escasas huellas del núcleo prerromano en la poderosa configuración urbanística y arquitectónica que adquiriría la ciudad en función de su rango y su papel en la órbita de la Hispania romana. Se conoce bastante bien el proceso urbanístico en época romana, que partió de la creación de un asentamiento de fuerte vocación militar –como subraya su soberbio amurallamiento–, junto a un núcleo portuario indígena, de nombre *Kese*, al que dominaba físicamente desde el lugar en alto de las inmediaciones del llano costero, constituyendo una urbe doble o *dípolis*. Después, el asentamiento romano se extendería hacia el llano, hasta la rada portuaria, absorbiendo al núcleo

indígena y proyectándose en todo el espacio una ciudad de corte plenamente romano, con el desarrollo, según avanzaba el Principado, de un extraordinario programa urbanístico y arquitectónico, en la mejor línea de la arquitectura pública romana.

La tercera capital provincial, *Augusta Emerita*, aunque el lugar hubiera sido ocupado o frecuentado con anterioridad, representa la fundación de una ciudad nueva en un punto que se convertiría en la clave de la vertebración territorial de todo el occidente peninsular (en buena parte adscrito en época romana a la provincia *Lusitania*), y sujeto de un riquísimo proceso urbanístico, arquitectónico y decorativo que la convierte en uno de los mejores testimonios hispanos del traslado del modelo romano de ciudad. No es casualidad, por otra parte, que las tres capitales provinciales romanas sigan siendo hoy día centros clave de la organización territorial, administrativa y, en una palabra, política, de sus respectivos territorios y, en conjunto, de la generalidad de España y de la Península.

Pueden cerrarse estas páginas con la evocación de tres interesantes ciudades que, en función de las investigaciones últimas, dan cuenta con nuevos detalles de los fenómenos de continuidad y de renovación urbanas en época romana que nos han ocupado. Son los casos de *Celti* (Peñaflor) y *Carmona* (Carmona), en la provincia de Sevilla; y *Carteia*, en San Roque, provincia de Cádiz, más directamente tratada en nuestras propias investigaciones.

Se han publicado no hace mucho las excavaciones realizadas en la antigua *Celti*, una ciudad situada en el corazón de la baja Andalucía, a orillas del Guadalquivir, analizada con el propósito de reconstruir su historia urbanística con métodos de excavación y de prospección superficial muy adecuados, todo ello facilitado por el hecho de que la actual Peñaflor no se halla sobre los restos de la ciudad antigua, sino en terrenos aledaños a los ocupados por ésta, un fenómeno bastante repetido (Keay/Creighton *et al.* 2000). Como en muchas ciudades de la Turdetania, *Celti* ofrece una secuencia arqueológica que arranca del Bronce Final Tartésico y llega sin solución de continuidad hasta la Antigüedad Tardía, una continuidad basada en la explotación de un lugar estratégicamente bien situado junto a la gran arteria de comunicaciones del Guadalquivir, que controla tierras muy aptas para la agricultura, dispone de un *hinterland* rico en minerales y rocas explotables para la construcción, y servía a los propósitos de un eficaz control territorial de amplios horizontes geográficos –y económicos– como nudo de comunicaciones para el comercio de mercancías o el movimiento de los ganados en la trashumancia (Keay/Creighton *et al.* 2000, 69-87, 195-211).

La superficie de *Celti* en sus momentos de máxima expansión era de algo más de 26 hectáreas, un módulo relativamente amplio de ciudad en la Hispania

antigua, propio de la región en que se halla. Pero esa superficie urbana, por los datos obtenidos, no estuvo enteramente ocupada en todas sus etapas históricas, de modo que en las más antiguas hubo de darse un poblamiento disperso del área urbana, que experimentaría un proceso de densificación creciente hasta alcanzar carácter de asentamiento unitario en época turdetana. Debía de disponer de muralla total o parcial, quizá desde el siglo VI a.C., que fue seguramente remodelada en época turdetana tardía o romano-republicana (Keay/Creighton *et al.* 2000, 40, 197, 199). Sería esa ciudad, de cuyo trazado se sabe poco, pero que debió de condicionar el desarrollo urbanístico posterior, la que experimentaría, con cambios notables, el impacto de la Romanización (en época altoimperial parece que se mantuvo o se acentuó la densidad de ocupación de su solar, y sufriría un proceso de contracción del hábitat desde el Bajo Imperio: Keay/Creighton *et al.* 2000, 40-42). Se detectan cambios culturales sensibles hacia la época de Augusto, pero los urbanísticos –en las zonas exploradas– no serán de importancia hasta una fase flavia temprana o neroniano-flavia, en que se construyó un amplio edificio porticado, que los excavadores interpretan hipotéticamente como el foro de la ciudad (Keay/Creighton *et al.* 2000, 176). Aunque, personalmente, por el tamaño del espacio porticado –bastante reducido–, la ubicación en la ciudad, la división posterior en dos casas o una casa con dos patios más pequeños, no creo improbable se tratara de una amplia *domus*, testimonio de romanización urbanística y de proyección en la arquitectura doméstica de las poderosas familias que residían en la ciudad, enriquecidas fundamentalmente por la producción y comercio del aceite (como apunté en: Bendala 2002).

La continuidad urbana y urbanística tiene en *Celti* una expresiva prolongación en la dimensión cultural del fenómeno al haberse comprobado arqueológicamente algo que ya resulta habitual en muchos centros: que es la perduración de los rasgos de la cultura propia hasta bien entrada la época imperial. Se detectan, en esta línea, indicios de gran calado en cuestiones de ritualidad o de creencias, o en el apego a las propias tradiciones en la dieta alimentaria (Keay/Creighton *et al.* 2000, 200 y 113), pero, desde el punto de vista arqueológico, resulta muy probatorio el hecho de que la cerámica siga siendo predominantemente turdetana todavía en la fase neroniano-flavia en que se construyó la citada construcción porticada (Keay/Creighton *et al.* 2000, 89-93), un testimonio de convivencia de las tradiciones prerromanas y de las novedades aportadas por la Romanización, que aquí, como en tantas otras ciudades, dará su color particular a lo hispanorromano.

Lo percibido últimamente en la reciente y cuidadosa investigación sobre *Celti* puede hacerse extensivo a muchas otras ciudades, algunas igualmente renovadas,

por lo que de ellas conocemos, gracias a la reactivación reciente de la investigación arqueológica urbana. Es el caso de la cercana *Carmona* (Carmona), acerca de la que pueden ya proponerse hipótesis verosímiles sobre su historia urbanística, pese a que la población actual cubra directamente los vestigios de las etapas antiguas por una continuidad física que materializa la general, expresada en el tan común mantenimiento del nombre antiguo. La amplia península del Alcor ocupada en la Antigüedad como núcleo urbano, para desempeñar un papel primordial en el control estratégico –militar y económico– del bajo Guadalquivir, superaba las cuarenta hectáreas, y existen testimonios de presencia humana desde muy antiguo, en la Prehistoria. Debió de consolidarse como núcleo importante, con continuidad posterior como definitivo centro urbano, desde el Bronce Final Tartésico, con una gran incidencia de la colonización fenicia y púnica. Parece comprobarse que, como en *Celtili*, el amplio espacio definido después como núcleo urbano estaba ocupado solo parcialmente, con preferencia del sector situado al norte/noroeste de la línea que enlaza los puntos ocupados por las posteriores Puerta de Sevilla y Puerta de Córdoba, por donde discurría la Vía Heraclea (después *Via Augusta*), aproximadamente fosilizada luego en el callejero de la ciudad (lo que suele llamarse impropia-mente su *kardo maximus*). En ese sector septentrional se ubicó un barrio fenicio y será núcleo principal en la época turdetano-púnica.

Al sur de la citada arteria viaria, seguramente hacia la periferia del gran espacio ciudadano, hubo zonas de ocupación de límites mal definidos, que debían de dejar un amplio espacio deshabitado hacia el centro; el asentamiento se iría haciendo más denso desde la dominación romana, aunque todavía en época republicana, a juzgar por los escasos datos disponibles, seguía habiendo amplios espacios no construidos e, incluso, sectores destinados a necrópolis en la periferia, al este de la ciudad, donde se construyó luego el llamado Alcázar del Rey. La zona de hábitat seguía preferentemente concentrada en la tradicional zona norte/noroeste, donde se detectan renovaciones que mantienen la estructura urbanística anterior, a lo que se añadirían nuevos focos de ocupación en la zona oeste, cerca de la Puerta de Sevilla. A partir de la época de Augusto, coincidiendo con la general activación urbana y urbanística de entonces, se advierte una densificación del hábitat, que iría obteniendo el carácter de asentamiento unitario en toda la amplia meseta, aunque no sea posible perfilar la idea con muchos detalles urbanísticos. Sí se documenta la construcción de un espacio foral hacia el centro del trazado de la *Via Augusta*, en fechas tempranas de la época julio-claudia, y se tienen testimonios de marmorización reflejada en los edificios más nobles del centro urbano, entre los que destacan los restos de un gran templo, con capiteles de mármol

importado de Luni, una contundente expresión de la creciente incorporación de la ciudad a los patrones de la arquitectura romana (Belén/Anglada *et al.* 1996; Belén/Lineros 2001; Beltrán Fortes 2001; Márquez Moreno 2001; para el barrio fenicio de la ciudad y su templo: Belén/Anglada *et al.* 1997).

Sirve, pues, *Carmona*, de ejemplo de continuidad, de ampliación y progresiva modificación con la incorporación al Imperio, y de prueba de un aprovechamiento estructural que tiene una espléndida metáfora en la Puerta de Sevilla: el bastión púnico-helenístico seguirá siendo en época romana el núcleo central del gran organismo defensivo de esta entrada principal de la ciudad, puesto al día por los romanos en fecha temprana –seguramente hacia finales del siglo II a.C.–, con el añadido de las magníficas puertas arqueadas que todavía se conservan (véase en este sentido: Bendala/Roldán 1999, donde nos detenemos en la renovación tecnológica de la arquitectura, con la incorporación del arco y la bóveda por influjo romano). Más tarde, tal vez en época augustea, la apariencia y el sentido del enorme bastión defensivo fueron completados y transformados con la construcción sobre el antiguo bastión de un templo inscrito en un pequeño espacio porticado, no se sabe en honor a qué divinidad (Jiménez Martín 1989). Aparte de los numerosos complementos medievales y posteriores –como la espléndida puerta en arco de herradura de la etapa musulmana–, la Puerta constituye, para la historia de la urbanística antigua, un espléndido paradigma de continuidad en la función y de uso de sus valores aparentes y simbólicos, basados en el poder de sugestión de la masividad y la dignidad de fábricas de inspiración helenística; de estar al servicio del poder militar, pasarán a servir de plataforma –como en los santuarios locales con templos sobre grandes estructuras artificiales– de un edificio sacro, y a constituirse, por ello, en referencia paisajística de gran contundencia en el perfil urbanístico que desde la *Pax Augusta* quiso otorgarse a la ciudad.

Carteia, también citada, nos ofrece un caso en parte parecido y en parte distinto, según podemos analizar con datos de primera mano. La ciudad alcanzó una notable monumentalidad en la fase púnica reciente, como antes se dijo y, tras la conquista romana, entró en una nueva y decisiva etapa de su historia con el establecimiento en el lugar de una colonia de derecho latino y su conversión en la *Colonia Libertinorum Carteia*, en el 171 a.C., una precoz acción colonial que, de nuevo, se hacía posible por su acomodo a la realidad preexistente. Debió de traducirse en el comienzo de una importante ampliación de la ciudad, aunque no parece que comportara reformas urbanísticas o arquitectónicas de importancia en su núcleo viejo, correspondiente a la urbe púnica. Aquí lo que se comprueba es una clara continuidad de la estructura urbanística anterior,

que debió de convivir con el proceso de ampliación de la urbe, según pautas que por ahora no es posible precisar, pero es probable que fuera considerable, correspondiente o cercana a la definitiva de la ciudad romana, que con una extensión de unas 27 hectáreas ampliaba en mucho la de la ciudad púnica, seguramente constreñida a la zona en alto, de unas cuatro o cinco hectáreas, donde se construiría después el templo republicano, y parece que se situó el punto focal del foro de una renovada ciudad romana.

Es presumible que en la ampliación de la ciudad hacia el este, ganando terreno hacia el interior respecto de la lengua de agua correspondientes al actual río Guadarranque (que desemboca al fondo de la bahía de Algeciras), se fueran ubicando las familias *hibridae*, descendientes de los romanos o latinos e hispanos, que reclamaron al Senado la solución de su condición de siervos, mientras los carteenses que se quisieron quedar —que puede suponerse que fueron la mayoría— pudieron seguir residiendo en sus antiguas casas, aunque ignoramos los detalles acerca de cómo se hizo el reparto de los lugares y de las tierras, ahora coloniales, de la antigua ciudad y su territorio.

Lo que sí se comprueba arqueológicamente es que, si inicialmente no se detecta en el sector antiguo ninguna transformación, pasadas unas tres generaciones, hacia la transición entre el siglo II y el I a.C., la ciudad experimenta una brusca remodelación, que supuso nada menos que la amortización de la antigua muralla, cuyos materiales fueron en gran parte desmontados y reutilizados para la construcción de, al menos y, como se constata en lo hasta ahora excavado, el gran templo romano republicano, que a su vez amortiza las estructuras del santuario púnico anterior. Sobre los restos de la antigua muralla, en el sector analizado de la puerta, se construyó otra nueva, que respeta el paso y el alineamiento de la púnica, aunque quedan muy pocos vestigios de la misma. El templo, que no es un capitolio como se sostuvo largo tiempo, se trata de un templo de una *cella*, períptero *sine postico*, de una estructura muy cercana al del templo de Juno en *Gabii* (Almagro-Gorbea 1982), y de cronología también próxima, algo más reciente el carteense, que hay que llevar, como toda la remodelación de la ciudad, hacia los años finales del siglo II a.C.

La ciudad experimentó una grave sacudida durante la guerra civil y, como consecuencia de la misma, el templo quedó sorprendentemente amortizado y la zona remodelada e integrada en un nuevo plan urbanístico a partir de época de Augusto que se comprueba en todo el espacio excavado, incluido el sector de la muralla, integrado desde este momento en un gran conjunto de terrazas y construcciones públicas y domésticas, a cuyo ingreso, con la gran escalinata ahora conservada, debe asociarse el gran conjunto de elementos arquitectónicos de piedra fosilífera estucada que incluye

los característicos prótomos de toro, tradicionalmente asociado al templo republicano. Hoy puede decirse que formaban la parte más visible y sobresaliente de un espectacular programa arquitectónico de época augustea, que daba una nueva monumentalidad a este sector nuclear de la ciudad antigua y de la romana, de cuya apariencia definitiva irán dándonos nuevos datos las excavaciones en curso.

En cuanto a los territorios hispanos menos politizados, poco o nada insertos en las formas de vida urbanas, sería imposible describir aquí la incidencia de la Romanización, a lo que solo puedo aludir, como cierre de este ensayo, a una leve aproximación a unas ideas o realidades básicas. Es obvio que en las zonas menos desarrolladas desde el punto de vista urbano, fue poco aplicable la fórmula del aprovechamiento directo (aunque la investigación en ciudades del interior matizan esta afirmación, como los conocidos casos de las ciudades celtibéricas de *Vxama Argaela*, en Osma, Soria; o de *Termes*, en Montejo de Tiermes, también en Soria [García Merino 2000; Gutiérrez Dohijo/Rodríguez Morales 2000, con la bibliografía anterior]), pero será una de las claves la promoción de ciudades mediante la aglutinación o sinecismo de centros ya existentes, su combinación con una mayor flexibilización de la idea de la *ciuitas*, y la directa fundación de núcleos nuevos que serán imprescindibles para la nueva articulación de muchos territorios. Ejemplo extraordinario del primer procedimiento —el del sinecismo— lo ofrecería *Caesarobriga* (Talavera de la Reina, Toledo) que aglutinó poblaciones muy evolucionadas del entorno, entre ellas muy probablemente la del Castro del Raso de Candeleda (Ávila), proyectándolas a un nuevo horizonte con la fundación de un centro nuevo (Bendala 1999b), en otra ocasión más asociado a un puente como resultado de un planteamiento estratégico anclado en el viario y en comunicaciones que contemplaban también el movimiento regular de los ganados de trashumancia, un fenómeno de gran importancia en la vertebración económica de amplios territorios de la Península, al que se le está prestando creciente atención (Gómez-Pantoja [ed.] 2001). Por otra parte, El Raso de Candeleda, como otros grandes centros de la Meseta, demuestra una dinámica en amplias comunidades de la misma de acercamiento o incorporación a patrones urbanos muy acusada a partir del siglo III a.C., una dinámica que podía crear problemas a Roma, en el plano de la conquista, como ocurrió con *Segeda*, cuya aglutinación y fortalecimiento fue el detonante del estallido de las guerras celtibéricas, pero que facilitaría la implantación del Imperio al poder integrarse más fácilmente en su estructura organizativa (una reflexión de conjunto reciente sobre la continuidad y las transformaciones en época romana, en: Abásolo 2000). Para el segundo caso, el de la flexibilización de la idea de la *ciuitas* la Hispania interior

y del norte/noroeste ofrece interesantes paradigmas con la consolidación de *ciuitates* que mantienen los sistemas de organización suprafamiliares propios de la zona (*gentes, gentilitates, cognationes, castella*), o se manifiesta en una larga convivencia de castros según los viejos patrones de asentamiento ajenos a la vida urbana, con algunas ciudades que articulan el territorio, como hace ver M. Salinas de Frías (Salinas de Frías 1990, 263) para los vettones de la *Lusitania* oriental durante el Alto Imperio, cuya organización urbana descansaba en unas pocas ciudades: *Turgalium, Norba, Capera* o *Salmantica*; o se daba el caso de actualizar zonas castreñas para adecuarlas a las necesidades del Imperio fundando «núcleos castreños de cuño romano» (de vocación fundamentalmente agrícola y minera), lo que se traducía en el paso de «castros prerromanos al urbanismo castreño», según conceptos propuestos hace unos años por C. Fernández Ochoa (Fernández Ochoa 1986).

En todo esto, y por razones fáciles de entender, jugaría un papel importante el ejército, tanto por la consolidación de núcleos urbanos a partir de establecimientos antes campamentales —con el caso paradigmático de *Legio VII Gemina* (León) (véanse los trabajos de Morillo/González Fernández *et al.*; y Vidal; reunidos en: Fernández Ochoa [ed.] 1986)—, como por el papel de los veteranos como base de la *deductio* de muchos centros, entre ellos algunos tan principales como *Augusta Emerita* y *Caesar Augusta*, fundados como puntos estratégicos y focos de integración social y territorial entre las tierras más urbanizadas y las que aún no lo estaban tanto (Le Roux 1982, 69-73).

Subrayaré, finalmente, la importancia general de la romanización urbanística y arquitectónica, que refleja mucho más que un cambio en las modas o en las capacidades económicas y técnicas de las ciudades. Roma impulsó vigorosamente la arquitectura de la ciudad por muy diversas razones (Gros 1978; Zanker 1995, entre otros) y sus dirigentes asumieron la obligación de favorecer la *dignitas* de la ciudad, y hacer arquitectura como acto evergético, lo que desencadenó una revolución arquitectónica en Roma, aparte de que convirtió la promoción de obras para la ciudad en una forma de hacer política. Al cabo, la íntima relación entre pulsiones sociales y arquitectura condujo a una identificación particular entre la propia cultura y el paisaje antropizado modelado por ella, uno de cuyos elementos definidores esenciales eran los propios núcleos urbanos, y todo cuanto demostraba la proyección de la ciudad a una naturaleza interiorizada y dominada, en lo que jugaban un papel primordial las carreteras, los puentes, los acueductos, las obras de ingeniería que tanto interesaron a los romanos y siguen asombrando también tanto en el presente. En todo ello percibía Roma, y quería hacer percibir a todos, la consecución de un *cosmos* nuevo, el *cosmos* civilizado

que sustituía al salvajismo o la primitiva barbarie —la *ferocia barbara*—, extendido a todas partes con la expansión del Imperio.

Roma originó una arquitectura fuertemente codificada, convertida en un poderoso sistema de lenguaje de alta capacidad de transmisión, prestigiado por sus elementos formales y materiales, que arrancaban de la inteligente adopción del gran caudal grecohelenístico en la materia, y progresó hasta la obtención de una entidad propia. La alta tipificación de los elementos y los modelos arquitectónicos —definidores de la que los estudiosos alemanes denominaron la *Stadtrömische Architektur*, la «Arquitectura de la ciudad» (véase: Gros 1978, 63)— componían un lenguaje poco equívoco, que los dirigentes romanos se esforzaron por difundir con el Imperio, y que por su prestigio se convertía también en parte del lenguaje vehicular que los dirigentes provinciales, romanos o no romanos, se dispusieron asumir como vehículo de la propia autoafirmación.

Roma iba a suponer, por tanto, la llegada de un factor determinante en el papel de la urbanística y la arquitectura en el ámbito de la ciudad, impulsado obviamente por la acción de los conquistadores, y también progresivamente aceptado por las elites locales por cuanto se podían incorporar a expresiones que, de inmediato, suponían sintonizar con el lenguaje y los usos de los poderosos en una trayectoria que se acentuará a partir de la imposición del Principado (al respecto, se remite a los trabajos reunidos en: Trillmich/Zanker [ed.] 1990; o a los de: Melchor 1994).

La creación de nuevas ciudades o de núcleos nuevos por traslado y sinecismo de asentamientos o ciudades anteriores, proporcionará ocasiones de proyectar los nuevos centros cívicos con aplicación de las prestigiosas fórmulas urbanísticas y arquitectónicas romanas, y más desde el Principado; y sea en los antiguos centros, sea en los de nueva creación, se harán frecuentísimos los programas arquitectónicos al servicio de la política imperial, con atención a la marmorización como expresión de la *dignitas* de Roma y de sus representantes, la construcción de edificios apropiados para la escenografía política y la propaganda en torno al emperador y su familia, como los teatros, y un cúmulo de fenómenos, que no es el caso detallar, que forzarán la imposición de las nuevas formas arquitectónicas en las ciudades romanas o romanizadas. Si el latín se iba convirtiendo en lengua oficial y vehicular, manifestación casi única de la escritura, aunque un tiempo más o menos largo siguieran en uso las lenguas vernáculos, la apariencia de las ciudades irá definiéndose por el lenguaje común de la codificada arquitectura del Imperio, también un lenguaje vehicular aceptado universalmente, incluso por poblaciones que podían seguir cultivando —más o menos tiempo, más o menos intensamente— sus propias tradiciones.

Bibliografía

- ABAD, L.; SALA, F. 2001: *Poblamiento ibérico en el Bajo Segura. El Oral (II) y La Escuela*, Madrid.
- 1993: *El poblado ibérico de El Oral (San Fulgencio, Alicante)*, Valencia.
- ABASCAL, J. M.; ESPINOSA, U. 1989: *La ciudad hispano-romana, privilegio y poder*, Logroño.
- ABÁSOLO, J. A. 2000: «Una perspectiva de ocupación del territorio a la llegada de los romanos. La submeseta norte», en: TAVARES, L.; ARAÚJO, J. M. (eds.): *Emergência e desenvolvimento das cidades romanas no norte da Península Ibérica*, Oporto, 17-36.
- ALMAGRO-GORBEA, M. 1982: *El Santuario de Juno en Gabii*, Madrid.
- AQUILUÉ, X.; CASTANYER, P.; SANTOS, M.; TREMOLEDA, J. 2000: *Ampurias*, L'Escala-Tarragona.
- ARANEGUI, C. (ed.) 1998: *Actas del Congreso Internacional: Los Iberos, Príncipes de Occidente. Estructuras de poder en la sociedad ibérica*, Barcelona.
- BARKER, G.; LLOYD, J. 1991: *Roman Landscapes: Archaeological Survey in the Mediterranean Region*, Londres.
- BARKER, G.; MATTINGLY, D. (eds.) 1999: *The Archaeology of Mediterranean Landscapes*, Oxford.
- BELÉN, M.; ANGLADA, R.; JIMÉNEZ, A.; LINEROS, R.; RODRÍGUEZ, I. 1997: *Arqueología en Carmona (Sevilla). Excavaciones en la Casa-Palacio del Marqués de Saltillo*, Sevilla.
- 1996: *Apuntes para un centro de interpretación de la ciudad en la Casa-Palacio Marqués de las Torres*, Carmona.
- BELÉN, M.; LINEROS, R. 2001: «15 años de Arqueología en Carmona», en: CABALLOS, A. (ed.): *Carmona romana*, Carmona, 109-133.
- BELTRÁN FORTES, J. 2001: «Arqueología de la Carmona romana: el esquema urbano», en: CABALLOS, A. (ed.): *Carmona romana*, Carmona, 135-158.
- BENDALA, M. 2005: «Urbanismo y romanización en el territorio andaluz: aportaciones a un debate en curso», *Mainake*, 27, 9-32.
- 2003a: *La ciudad, ayer y hoy*, Madrid.
- 2003b: «De Iberia in Hispaniam: el fenómeno urbano», en: ABAD, L. (ed.): *De Iberia in Hispaniam. La adaptación de las sociedades ibéricas a los modelos romanos*, Alicante, 15-36.
- 2002: «Reseña a Celti. Peñaflores. The Archaeology of a Hispano-roman Town in Baetica», *JRA*, 15, 587-590.
- 2000a: *Tartessos, iberos y celtas. Pueblos, culturas y colonizadores de la Hispania antigua*, Madrid.
- 2000b: «Panorama arqueológico de la Hispania púnica a partir de la época bárquida», en: GARCÍA-BELLIDO, M^a. P.; CALLEGARIN, L. (eds.): *Los cartagineses y la monetización del Mediterráneo occidental*, Madrid, 75-88.
- 1998a: «La ciudad entre los iberos, espacio de poder», en: ARANEGUI, C. (ed.): *Actas del Congreso Internacional: Los Iberos, Príncipes de Occidente. Estructuras de poder en la sociedad ibérica*, Barcelona, 25-34.
- 1998b: «Fórmulas de promoción y desarrollo urbano y urbanístico en la Hispania tardorrepública», en: MANGAS, J. (ed.): *Aspectos de la colonización y municipalización de Hispania*, Mérida, 307-312.
- 1997: «Urbanismo y poder en la Roma imperial», en: DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.; SÁNCHEZ FERNÁNDEZ, C. (eds.): *Arte y poder en el mundo antiguo*, Madrid, 189-202.
- 1990: «El plan urbanístico de Augusto en Hispania: precedentes y pautas macroterritoriales», en: TRILLMICH, W.; ZANKER, P. (eds.): *Stadt und Ideologie. Die Monumentalisierung hispanischer Städte zwischen Republik und Kaiserzeit*, Munich, 25-42.
- 1989: «La génesis de la estructura urbana en la España antigua», *CuPAUAM*, 16, 127-147.
- BENDALA, M.; FERNÁNDEZ OCHOA, C.; FUENTES, Á.; ABAD, L. 1987: «Aproximación al urbanismo prerromano y a los fenómenos de transición y de potenciación tras la conquista», en: *Los asentamientos ibéricos ante la romanización*, Madrid, 121-140.
- BENDALA, M.; BLÁNQUEZ, J. 2002-2003: «Arquitectura militar púnico-helenística en Hispania», en: BENDALA, M.; MORET, P.; QUESADA, F. (eds.): *Formas e imágenes del poder en los siglos III y II a.C.: modelos helenísticos y respuestas indígenas*, *CuPAUAM*, 28-29, Madrid, 145-160.
- BENDALA, M.; MORET, P.; QUESADA, F. (eds.) 2002-2003: *Formas e imágenes del poder en los siglos III y II a.C.: modelos helenísticos y respuestas indígenas*, *CuPAUAM*, 28-29, Madrid.
- BENDALA, M.; ROLDÁN, L. 1999: «El cambio tecnológico en la arquitectura hispanorromana: tradición, novedades y peculiaridades», en: BALBÍN, R. DE; BUENO, P. (eds.): *II Congreso Peninsular de Arqueología. IV*, Madrid, 103-115.
- BENDER, B. 1993: *Landscapes. Politics and Perspectives (Explorations in Anthropology)*, Londres.
- BERNARDI, M. (ed.) 1992: *Archeologia del Paesaggio*, Florencia.
- CABALLOS, A. (ed.) 2001: *Carmona romana*, Carmona.
- CARO BAROJA, J. 1966: *La ciudad y el campo*, Barcelona.
- CARRILLO, J. R.; HIDALGO, R.; VENTURA, Á.; MURILLO, F. 1999: «Córdoba. De los orígenes a la Antigüedad Tardía», en: GARCÍA VERDUGO, F. R.; ACOSTA, F. (eds.): *Córdoba en la Historia: la construcción de la Urbe*, Córdoba, 37-74.
- CLAVEL, M.; LÉVÊQUE, P. 1971: *Villes et structures urbaines dans l'Occident romain*, París.

- CRIADO, F. 1999: *Del terreno al espacio. Planteamientos y perspectivas para la Arqueología del paisaje*, Santiago de Compostela.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. 1986: «La campaña de Aníbal contra los Vacceos: sus objetivos y su relación con la Segunda Guerra Púnica», *Latomus*, 45, 241-258.
- DURET, L.; NERAUDAU, J. P. 1983: *Urbanisme et métamorphoses de la Rome antique*, París.
- FERNÁNDEZ JURADO, J. 1987: *Tejada la Vieja: una ciudad protohistórica*, Huelva.
- FERNÁNDEZ OCHOA, C. 1996: *Los finisterres atlánticos en la Antigüedad. Época prerromana y romana*, Madrid.
- 1986: «El impacto romano sobre el hábitat del noroeste (estado de la cuestión sobre los fenómenos de transición y articulación del territorio)», *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 120, 1099-1123.
- FUSTEL DE COULANGES, N. D. 1880: *La cité antique*, París.
- GARCÍA-BELLIDO, M^a. P.; CALLEGARIN, L. (eds.) 2000: *Los cartagineses y la monetización del Mediterráneo occidental*, Madrid.
- GARCÍA Y BELLIDO, A. 1985: *Urbanística de las grandes ciudades del mundo antiguo*, Madrid.
- 1959: «Las colonias romanas de Hispania», *AHDE*, 29, 447-517.
- GARCÍA MERINO, C. 2000: «Urbanización y ordenación del territorio en *Uxama Argaela*», en: TAVARES, L.; ARAÚJO, J. M. (eds.): *Emergência e desenvolvimento das cidades romanas no norte da Península Ibérica*, Oporto, 191-220.
- GARCÍA VERDUGO, F. R.; ACOSTA, F. (eds.) 1999: *Córdoba en la Historia: la construcción de la Urbe*, Córdoba.
- GÓMEZ-PANTOJA, J. (ed.) 2001: *Los rebaños de Gerión. Pastores y trashumancia en la Iberia antigua y medieval*, Madrid.
- GONZÁLEZ ROMÁN, C. 2001: «Ciudad y poblamiento romano en la provincia de Granada durante el Alto Imperio», *Habis*, 32, 271-296.
- GORGES, J.-G. (ed.) 1990: *Les villes de Lusitanie romaine*, París.
- GROS, P. 1978: *Architecture et société à Rome et en Italie centro-méridionale aux deux derniers siècles de la République*, Bruselas.
- GUTIÉRREZ DOHIJO, E.; RODRÍGUEZ MORALES, F. J. 2000: «Tiermes. Nacimiento, formación y desarrollo de una ciudad romana en la Celtiberia», en: TAVARES, L.; ARAÚJO, J. M. (eds.): *Emergência e desenvolvimento das cidades romanas no norte da Península Ibérica*, Oporto, 175-190.
- IZQUIERDO, P. (dir.) 2007: *L'Esculapi. El retorn del Déu*, Barcelona.
- JIMÉNEZ, A. 1989: *La Puerta de Sevilla en Carmona*, Sevilla.
- KEAY, S.; CREIGHTON, J.; REMESAL, J. 2000: *Celti. Peñaflor. The Archaeology of a Hispano-roman Town in Baetica*, Oxford.
- LEÓN, P. (ed.) 1996: *Colonia Patricia Corduba. Una reflexión arqueológica*, Córdoba.
- LE ROUX, P. 1982: *L'armée romaine et l'organisation des provinces ibériques d'Auguste à l'invasion de 409*, París.
- LÓPEZ PAZ, P. 1989: «La relación ciudad-campo: revisión», *Veleia*, 6, 111-133.
- MANGAS, J. (ed.) 1989: *Aspectos de la colonización y municipalización de Hispania*, Mérida.
- MAR, R.; RUIZ DE ARBULO, J. 1993: *Ampurias romana. Historia, Arquitectura y Arqueología*, Sabadell.
- MARCEL, R.; SANMARTÍ, E. 1990: *Ampurias*, Barcelona.
- MÁRQUEZ MORENO, C. 2001: «La ornamentación arquitectónica de la Carmona romana», en: CABALLLOS, A. (ed.): *Carmona Romana*, Carmona, 251-262.
- MARTÍN CAMINO, M. 1994: «Carthago Noua», en: *Lejenda y arqueología de las ciudades prerromanas de la Península Ibérica*, Madrid, 45-49.
- MARTÍN CAMINO, M.; ROLDÁN BERNAL, B. 1992: «Aspectos arqueológicos y urbanísticos de la Cartagena púnica», *Historia de Cartagena. IV*, Cartagena, 107-149.
- MELCHOR, E. 1994: *El mecenazgo cívico en la Bética. La contribución de los evergetas a la vida municipal*, Córdoba.
- MORET, P. 1996: *Les fortifications ibériques de la fin de l'Âge du Bronze à la conquête romaine*, Madrid.
- MURILLO, F.; VAQUERIZO, D. 1996: «La Corduba prerromana», en: *Colonia Patricia Corduba. Una reflexión arqueológica*, Córdoba, 37-48.
- OLCINA, M.; PÉREZ JIMÉNEZ, R. 1998: *La ciudad ibero-romana de Lucentum (El Tossal de Manises, Alicante). Introducción a la investigación del yacimiento arqueológico y su recuperación como espacio público*, Alicante.
- OREJAS, A. 2006: *Landscapes as Cultural Heritage in the European Research*, Madrid.
- 1995: *Del marco geográfico a la Arqueología del paisaje. La aportación de la fotografía aérea*, Madrid.
- PASTOR, M. 2000: «Notas acerca de la epigrafía granadina: *Ordo Accitanorum Veterum* y *Colonia Ilulia Gemella Acci*», *Anales de Arqueología Cordobesa*, 11, 53-72.
- RIBERA, A. 1998: *La fundació de València*, Valencia.
- RODRÍGUEZ NEILA, J. F. 1977: «Notas sobre la contribución en la administración municipal de la Bética romana», *Archivo Hispalense*, 185, 55-61.
- 1998: «Continuidad/discontinuidad de las formas administrativas de las comunidades de la Hispania Ulterior», en: MANGAS, J. (ed.): *Aspectos de la colonización y municipalización de Hispania*, Mérida, 255-270.

- ROLDÁN, J. M. 1975: *Itineraria Hispana. Fuentes antiguas para el estudio de las vías romanas de la Península Ibérica*, Valladolid-Granada.
- ROLDÁN, L.; BENDALA, M.; BLÁNQUEZ, J.; MARTÍNEZ LILLO, S. 2006: *Estudio histórico-arqueológico de la ciudad de Carteia (San Roque, Cádiz), 1994-1999*, Madrid.
- 2003: *Carteia II*, Madrid.
- ROSSI, A. 1982: *La arquitectura de la ciudad*, Barcelona (ed. original, Milán, 1966).
- ROSSIGNOL, J.; WAADSINIDER, L. (eds.) 1992: *Space, Time and Archaeological Landscapes*, Nueva York.
- RUIZ, A.; MOLINOS, M. 1993: *Los iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*, Barcelona.
- 2007: *Iberos en Jaén*, Jaén.
- RUIZ DE ARBULO, J. 1978: «La evolución urbana de Emporion en época republicana. La complejidad de una tradición», *Primer Symposium Internacional de Arqueología Romana*, Granollers, 311-319.
- RUIZ MATA, D. 2001: «Arquitectura y urbanismo en la ciudad protohistórica del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz)», en: RUIZ MATA, D.; CELESTINO, S. (eds.): *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*, Madrid, 261-274.
- RUIZ MATA, D.; PÉREZ, C. J. 1995: *El poblado fenicio del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz)*, El Puerto de Santa María.
- RUIZ MATA, D.; CELESTINO, S. (eds.) 2001: *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*, Madrid.
- RYCKWERT, J. 1985: *La idea de ciudad. Antropología de la forma urbana en el mundo antiguo*, Madrid (ed. original, 1976).
- SÁEZ, P. 1998: «Transformaciones agrarias de la República al Imperio en la zona meridional hispana», en: MANGAS, J. (ed.): *Aspectos de la colonización y municipalización de Hispania*, Mérida, 99-106.
- SALINAS DE FRÍAS, M. 1995: *El gobierno de las provincias hispanas durante la República romana (218-27)*, Salamanca.
- 1990: «Las ciudades romanas de Lusitania oriental», en: GORGES, J.-G. (ed.): *Les villes de Lusitanie romaine*, París, 255-263.
- SÁNCHEZ MORENO, E. 2000: «Releyendo la campaña de Aníbal en el Duero (220 a.C.): la apertura de la meseta occidental a los intereses de las potencias mediterráneas», *Gerión*, 18, 109-134.
- SANMARTÍ, E. et al. 1984: *El Fòrum romà d'Empúries*, Barcelona.
- SANTERO, J. M. 1972: «Colonia Iulia Gemella Acci», *Habis*, 3, 203-222.
- STYLOW, A. U. 2000: «Die Accitani veteres und die Kolonie Iulia Gemella Acci. Zum Problem von veteres, Alt-Stadt und Kolonie in der Hispania Ulterior», *Chiron*, 30, 775-805.
- TRILLMICH, W.; ZANKER, P. (eds.) 1990: *Stadt und Ideologie. Die Monumentalisierung hispanischer Städte zwischen Republik und Kaiserzeit*, Munich.
- VAQUERIZO, D. (ed.) 1996: *Córdoba en tiempos de Séneca. Catálogo de la Exposición conmemorativa del MM Aniversario del nacimiento de Lucio Anneo Séneca*, Córdoba.
- VENTURA, Á. 1996: «De Corduba a Colonia Patricia», en: VAQUERIZO, D. (ed.): *Córdoba en tiempos de Séneca. Catálogo de la Exposición conmemorativa del MM Aniversario del nacimiento de Lucio Anneo Séneca*, Córdoba, 26-29.
- VV. AA. 1986: *Los asentamientos ibéricos ante la Romanización*, Madrid.
- ZANKER, P. 1992: *Augusto y el poder de las imágenes*, Madrid.

LAS AMONEDACIONES HISPANAS EN LA ANTIGÜEDAD

Francisca Chaves Tristán
Universidad de Sevilla

Resumen

El presente trabajo plantea un recorrido por las características básicas y la historia de las producciones monetales antiguas en territorio peninsular desde las primeras emisiones emporitanas al final de las acuñaciones provinciales hispanorromanas. Se expone además una llamada de atención acerca de ciertos temas problemáticos, ofreciendo asimismo un comentario sobre los trabajos que se realizan en la actualidad siguiendo los últimos avances de la investigación en la Numismática antigua de Hispania, al tiempo que se plantean nuevas líneas de estudio y se efectúa un balance del camino recorrido por la Historiografía respecto a la cuestión.

Palabras clave

Moneda hispánica, cecas locales, Numismática, acuñaciones hispanorromanas, tipos monetarios antiguos.

Abstract

The present work is a study on the basic characteristics and on the History of the ancient coinage production in Spain's territory. The paper studies from emporitan coinages to the end of provincial mints in Spain. Also, it offers a general evaluation of the development or recent research in ancient Numismatic, trying to open new researching fields for future. A general reflection on the main topics of Historiography on the subject is also done among those pages.

Keywords

Hispanic Coinage, Indigenous Coinage, Numismatic, Hispanorroman Mints, Ancient Numismatic Types.

Hacia el conocimiento de las monedas

Se ha repetido en numerosas ocasiones el puesto privilegiado que ocuparon las monedas en el interés de los estudiosos que, al menos desde inicios del siglo XVI, fijaban su atención en el conocimiento de la Antigüedad Clásica. Se iniciaría desde entonces un proceso en cierto modo circular: los eruditos necesitaban el material para estudiarlo, con lo que fueron impulsando la formación de colecciones y, a su vez, éstas necesitaban quienes estuvieran capacitados para organizarlas, mejorarlas y, en definitiva, entenderlas.

Desde los primeros momentos, las monedas romanas ocuparon, por razones obvias —relativa abundancia, facilidad de lectura, variedad de tipos muchos de los cuales resultaban ya familiares por otras fuentes, etc.—, el primer puesto en la atención de coleccionistas y eruditos, siguiendo más adelante el interés por las emisiones procedentes de las ciudades griegas. Pero, poco a poco, entrarían en el juego series monetales que, aun guardando cierta relación, no se englobaban directamente en estos campos. Las monedas producidas en suelo de la península Ibérica serían uno de los conjuntos que suscitarían interés, primero solo a nivel local, pero luego atraerían también la atención de estudiosos foráneos.

Los temas

La confección de catálogos donde se recogieran las monedas dispuestas de forma que cualquier persona interesada pudiera localizar los ejemplares que viniesen a sus manos, resultó el primer y primordial paso desde el momento en que se prestó atención a esta materia. Aparte de ello, en el caso de la península Ibérica hubo también dos temas que quizá fueron los que despertaron más interés y en algunas ocasiones constituyeron objeto, tanto de los mayores aciertos, como de los más enconados e inútiles debates. Los alfabetos no latinos derramaron mucha tinta y los estudios en torno a ellos oscilaron desde la encomiable y aún en parte vigente obra de Velázquez, hasta las ridículas insistencias del cura de Escalonilla recogidas en la fértil correspondencia que hoy conserva la Real Academia de la Historia (Chaves 1999, 219). El otro tema, al que se deben tanto logros y aciertos como grandes errores, fue la pretendida localización de cecas sin contar para ello con apoyos de suficiente rigor histórico ni arqueológico, propuestas a veces vanas, inventadas por el mero hecho de engrandecer el lugar de origen del erudito local (Mora 2004).

Los estudiosos

La figura de Antonio Agustín, arzobispo de Tarragona, se ha venido considerando como el iniciador del estudio de las monedas antiguas producidas en nuestro país durante la Antigüedad. La publicación, en 1587,

de su obra *Diálogos de medallas, inscripciones y otras antigüedades*, evidencia no solo una incipiente aunque sería aproximación a nuestras amonedaciones, sino que refleja los conceptos entonces imperantes, marcando la idea de la primacía de las monedas sobre otras fuentes: de los once diálogos que incluye en su obra, ocho versan sobre monedas.

Pero sería en el siglo XVIII cuando se produjera un avance notable en el conocimiento de las monedas de la península Ibérica. Con pocos años de diferencia se publicarían las obras de Velázquez (Velázquez 1752) y del padre Enrique Flórez (Flórez 1757-1758, 1773). Obra señera por su estudio de los alfabetos no latinos el primero, punto de referencia durante largo tiempo el segundo, que se ocuparía de las inscripciones monetales en lengua latina (fig. 1).



Fig. 1. *Medallas de las colonias, municipios y pueblos antiguos de España*, E. Flórez, Madrid, 1757.

Una figura de relevante interés durante el siglo XIX sería D. Antonio Delgado (figs. 2 y 3), Anticuario de



Fig. 2. Retrato de D. Antonio Delgado (1805-1879), Anticuario de la Real Academia de la Historia, 1848-1879.

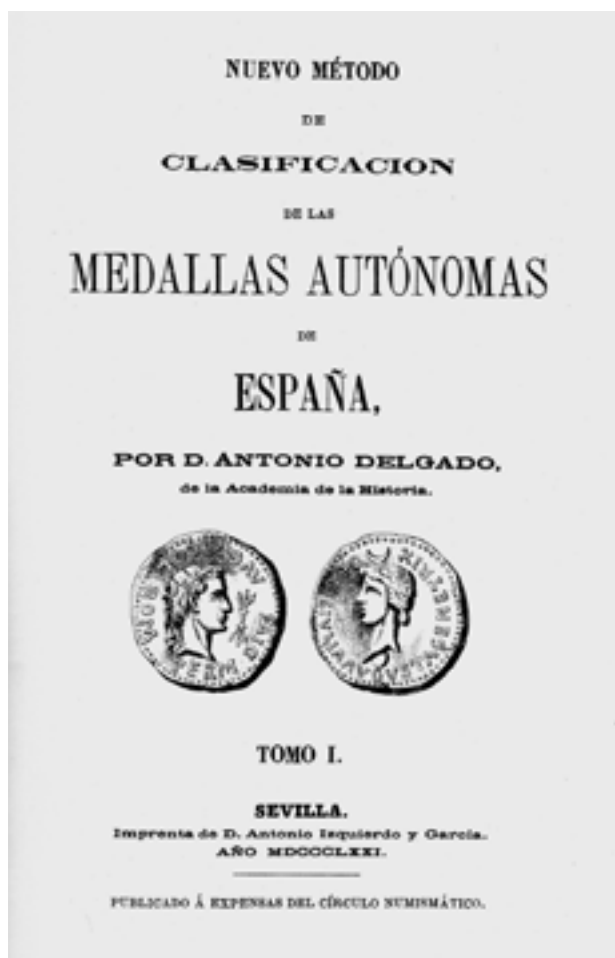


Fig. 3. Tomo I del *Nuevo Método...* de D. Antonio Delgado, Sevilla, 1871.

la Real Academia de la Historia de 1848 a 1867, desde cuya entidad realizó una encomiable labor rescatando algún tesoro –como La Oliva– y protegiendo la adquisición de monedas, además de redactar con la fértil colaboración de otros estudiosos de la Numismática hispana –Collantes, Mateos Gago, Rodríguez de Berlanga, etc.– una obra que rompía con las tendencias del mero catálogo tratando de situar las amonedaciones de la península Ibérica en su contexto histórico relacionándolas con las fuentes epigráficas, arqueológicas y los textos escritos conocidos: *Nuevo Método de clasificación de las medallas autónomas de España*, publicada en Sevilla en 1871 (Mora Serrano 1997).

En este siglo el interés hacia las monedas acuñadas en Hispania rebasaba las fronteras peninsulares y obras como la de A. Heiss (Heiss 1870) serían utilizadas durante mucho tiempo fuera de nuestras fronteras. Al mismo tiempo, se desenvolvería un inquieto y curioso personaje, J. Zóbel de Zangroniz, ligado asimismo a quienes se movían en la Real Academia de la Historia donde se conserva una interesante documentación al respecto (Chaves 1999, 2005). Este autor no solo dejó un sugerente «Estudio histórico de la moneda antigua española desde su origen hasta el Imperio romano», pu-

blicado en el *Memorial Hispánico Español* en Barcelona, en 1878 y 1880, sino que sus planteamientos a partir de los entonces recién hallados tesoros de Mazarrón (1861) y Cheste (1864), dieron pie a que se reconociera como amonedación producida en suelo de la península Ibérica la que los cartagineses emitieron en ella durante la Segunda Guerra Púnica, series que hasta entonces se habían tenido como norteafricanas.

La figura clave de la primera mitad del siglo xx fue sin duda D. Antonio Vives, a quien se le debe un depurado catálogo –*La Moneda Hispánica* (Vives 1926)– que aún hoy sigue siendo punto de referencia por haber desechado piezas inventadas o falsas y presentar una renovada seriación de la moneda hispana que, desde hace unos años y poco a poco, se va revisando a través de minuciosas monografías sobre las cecas peninsulares.

Tras una etapa gris, en los años cincuenta del pasado siglo, comenzaría a renacer la Numismática en la universidad estimulada por los profesores Mateu y Llopis, Navascués y Beltrán Martínez. Pero sería a partir de los años setenta cuando las corrientes de investigación europeas, en buena parte por impulso y de la mano de L. Villaronga (Villaronga 1994, 2004), actualizaran estos estudios, cristalizando así una nueva generación de investigadores como se observa en la bibliografía adjunta, al final del capítulo.

Las colecciones

El trabajo de los eruditos y estudiosos mencionados no hubiera sido posible sin contar con las monedas mismas. Por ello es preciso resaltar el papel que desempeñaron –y desempeñan– para este fin las principales grandes colecciones hispanas, máxime cuando, en la actualidad, quién se interese por el estudio de la amonedación peninsular antigua deberá necesariamente contar con sus ejemplares.

La colección más notable es la que hoy se guarda en el Museo Arqueológico Nacional (Alfaro 1999, 15-49) compuesta por más de 300.000 ejemplares, de los que una parte interesante fue emitida en suelo hispano durante la Antigüedad (Navascués 1971) y, por fortuna, recientemente se está publicando habiendo aparecido ya tres volúmenes dentro de la serie internacional *Sylloge Nummorum Graecorum* (Alfaro 1994, 2004; Arévalo 2005), estando ya otros en preparación. Su formación se inicia con Felipe V, fecha en que la colección del monarca se integró en el Gabinete de Medallas de la Biblioteca Real en 1712, y tuvo un importante punto de inflexión cuando, en 1836, pasaba a ser pública y no privada de la Casa Real. Después de recorrer diversas sedes, en 1867 quedó integrada en el recién fundado Museo Arqueológico Nacional como uno de sus más importantes fondos. Paralelamente, la Real Academia de la Historia fue formando una excelente colección que, por diversos avatares, tras un bri-

llante principio en 1751, supervisada por una serie de anticuarios especialistas en Numismática (Manuscrito de Velázquez, fig. 4) entre los que se contaría en el



Fig. 4. Lámina conservada en la Real Academia de la Historia con dibujos de monedas de la Ulterior de L. J. Velázquez, autor del *Ensayo sobre los alfabetos de letras desconocidas que se encuentran en las más antiguas medallas y monumentos de España*, Madrid, 1752.

siglo XIX D. Antonio Delgado (fig. 2), quedó rezagada y eclipsada por la del Museo Arqueológico Nacional. No obstante, la riquísima documentación que en ella se guarda y las aún numerosas monedas que conserva, con presencia de ejemplares hispánicos antiguos (Almagro 1999; Chaves 1999; Ripollès/Abascal 2000), la siguen presentando como fundamental en el estudio de las cecas peninsulares. También en esta institución se vienen publicando minuciosamente sus fondos, no sólo la colección numismática, que cuenta ya con seis volúmenes, sino la interesante documentación reunida desde los inicios de su funcionamiento.

Una relación de las abundantes colecciones privadas y locales sería demasiado prolija. Aún en Madrid se encuentran otras muy notables, como la del Instituto Valencia de D. Juan (Ruiz Trapero 2000), la del marqués de Cerralbo o la perteneciente a la Fábrica de Moneda y Timbre. Es también de justicia mencionar el archivo y los conjuntos de monedas conservados en el Gabinete Numismático de

Cataluña, hábilmente gestionados, con ejemplares muy diversos, destacando los procedentes de la actual zona catalana. Como muestra de las colecciones que se reunieron en otra época y de la importancia que llegaron a revestir y que aún mantienen al conseguirse que no se dispersaran, vale la pena aludir a la colección de D. Francisco Mateos Gago (fig. 5),



Fig. 5. Retrato de D. Francisco Mateos Gago (1827-1890), presbítero y coleccionista afincado en Sevilla.

quién dejó en Sevilla más de 12.000 ejemplares entre los que se encuentran numerosas piezas, algunas de gran rareza, pertenecientes a monedas hispanas antiguas. El lote fue comprado por el ayuntamiento hispalense, donde hoy se conserva (Fernández Chaves/Chaves Tristán 2004) y se está tratando de actualizar el antiguo catálogo de Collantes (fig. 6). La tendencia a la publicación de los fondos de las instituciones aumenta por fortuna aunque aún queda mucho por hacer. Algunos ejemplos, entre otros, pueden ser el conjunto propiedad del ayuntamiento de Huesca (Domínguez Arranz *et al.* 1996), las monedas de la colección Gómez-Moreno del Museo Arqueológico de Málaga (Mora Serrano 1994) o el Monetario de la Universidad de Sevilla (Chaves 1997).

Además de lo expuesto, en los últimos años se está llevando a cabo una importante labor de catalogación y recuperación para el investigador de la moneda hispana dispersa en grandes colecciones y museos ubicados fuera de nuestro país. Solo tres ejemplos bastarán para valorar su envergadura: British Museum (Purefoy/Meadows 2002), Bibliothèque Nationale de France y la antigua colección Loring, hoy en el Royal Coin Cabinet de Estocolmo (Ripollès 2003, 2005).

Primeros contactos de la península Ibérica con las monedas

Como enseguida veremos, en el suelo peninsular y salvo varias notables excepciones, la producción de moneda propia no se extendería hasta después de la Segunda Guerra Púnica, en paralelo a la expansión de Roma. Solo ciertos hallazgos esporádicos y la presencia de escasos tesoros, representan un testimonio de la reducida y casi esporádica circulación monetaria de piezas foráneas,



Fig. 6. Antiguo catálogo de la colección de D. Francisco Mateos Gago, hoy en el ayuntamiento hispalense, realizado por F. Collantes de Terán y F. Caballero Infante, Sevilla, 1892.

procedentes en su mayoría del occidente griego (Campo 1997). Se discute si representaban un valor económico, de prestigio o simbólico, y si arribaban a manos de mercenarios contratados por los contendientes mediterráneos en liza —griegos y púnicos— o se introducían por vías comerciales. El caso es que no tenemos constancia de una circulación fluida ni, por el momento, se ha planteado una valoración específica de los mencionados numismas aparte de su mero valor metálico. Al final del capítulo ofrecemos un selectivo aparato cartográfico y también una tabla con la relación de cecas hispanas y propuestas de ubicación (tabla 1).

Los griegos (mapa 1)

Si el nacimiento y uso de las monedas más antiguas se sitúa hoy en Lidia a fin del siglo VII a.C., o más bien a inicios del VI a.C. y fueron los griegos quienes llevaron hacia Occidente —Magna Grecia y Sicilia— esa forma de dinero que en definitiva representa un nuevo modo de relación financiera y económica, cabe esperar que el fenómeno no tardara en llegar a Iberia de su mano. En

efecto, sería una colonia focense muy ligada a *Massalia*, *Emporion*, la que produjera las más antiguas monedas emitidas en suelo peninsular (Campo 1992). Los pasos iniciales se nos presentan aún confusos en cuanto a fijar unas fechas exactas, que hoy planteamos en torno a mediados del siglo V a.C., y a definir el patrón monetario seguido (Campo, en *HMHA*, 20-24). De todos modos, parece clara su relación con el ambiente de la plata focense y con *Massalia*, como se advierte en la presencia de piezas que ahora se atribuyen a *Emporion* (Villaronga 1995b), en el célebre tesoro de Auriol, donde la mayoría de sus ejemplares proceden de la ceca massaliota. Ya se encuentran en él unas menudas monedas fraccionarias de plata, con una cabeza de carnero como tipo principal y punzón al reverso, que se acuñaron en la mencionada ceca «catalana» (fig. 7).

Estos pequeños valores fraccionarios, anepígrafos, es decir, sin leyenda identificativa, y cuyos tipos predominantes se tomarían del variado acervo oriental (fig. 8), darían paso años después a monedas donde ya se introducen las iniciales de la ceca, siempre en alfabeto griego, inspirando ahora su tipología en la rica gama de las emisiones griegas suritálicas y sicilianas, abandonando los flanes globulares y el estilo arcaizante por formas más acordes con el circulante mediterráneo del momento, tendencia que se iba a acrecentar a lo largo del siglo IV a.C. Un desfile variopinto de cabezas de dioses —Apolo, Atenea, etc.—, de animales —gallo, lechuza, toro, etc.— y hasta de objetos —ánfora, astrágalo, etc.—, ilustran los tipos de estas monedas, realizadas siempre en plata y en valores fraccionarios (fig. 9 y 9 bis) sin que llegasen aún a emitir dracmas, que hubieran constituido las unidades (Campo 2002b). Las relaciones comerciales con otros centros mediterráneos, en especial *Massalia*, pueden justificar las emisiones emporitanas, pero es preciso sopesar en este sentido otros dos ambientes, el gadeirita y el púnico cartaginés. Respecto al primero se ha señalado un dato interesante que atañe ya a la emisión de las dracmas: la similitud de los patrones metrológicos utilizados tanto en la ciudad griega como en la fenicia (4,70 g), que no responden a los habituales en el Mediterráneo. Además, el tipo de reverso que los de *Emporion* colocaron en sus dracmas, iniciadas a fines del siglo IV a.C., parece inspirarse en una figura básica que resulta una de las más utilizadas en la amonedación cartaginesa: un caballo parado (fig. 10) (Villaronga 2000).

Comienza así la colonia griega una serie nueva emitiéndose el valor de dracma y eligiendo para el anverso una cabeza femenina inspirada en la factura de Aretusa presente en las célebres monedas siracusanas o, más bien, en los ejemplares cartagineses a los que también la siciliana había servido de modelo. Sobre el anverso escriben en griego la leyenda de la ciudad, completa y en genitivo plural, algo característico de la amonedación urbana griega. En el reverso figura un caballo sobre el que vuela una victoria de la misma manera que ésta aparecía encima

de las cuadrigas de Siracusa y como también la copiaron algunas emisiones de Cartago en Sicilia. Sin embargo, algo debió de hacer cambiar la selección tipológica y, ya entrado el siglo III a.C., se advierte un giro hacia imágenes más claramente griegas. En esta serie, las dracmas sustituyen el caballo parado por un Pegaso y el nombre de los ciudadanos aparece situado en el reverso; la cabeza femenina se vuelve a derecha en vez de a izquierda y se rodea de los delfines que siempre habían acompañado al modelo de la Aretusa siracusana, pero que no figuraban en el grupo anterior (fig. 11).

Aunque la fecha precisa de la modificación iconográfica es difícil de precisar, un cambio de intereses comerciales a raíz de los acontecimientos que se sucedieron en el Mediterráneo occidental, pudo originar esta sustitución de tipos en un momento en que los de *Emporion* quizá no querían que su moneda pudiera confundirse con la de los derrotados cartagineses tras la Primera Guerra Púnica, pues, aunque las fuentes histórico-arqueológicas no indican que ésta influyera directamente sobre los emporitanos (Campo, en *HMHA*, 32), era evidente que el equilibrio de fuerzas en el Mediterráneo se estaba inclinando del lado romano. Una aproximación a Cartago, desde el punto de vista de la propaganda que podía representar la moneda, no debía de considerarse oportuna incluso si la ceca hubiera estado inactiva un tiempo, como se podría pensar observando el relativamente corto número de cuños que se detecta para la primera serie. Se observa con claridad una mayor producción de las segundas emisiones de dracmas que tendrían una vida intensa, siendo además copiadas por los galos y, muy profusamente, por los habitantes de la propia península Ibérica, como veremos más adelante. Recordemos que también se emitieron varios divisores en plata, nunca en bronce, que serían asimismo imitados por cecas indígenas (Campo 2002b).

En cuanto a la identificación de la diosa figurada en el anverso, no es suficiente esgrimir las espigas del pelo presentes en las dracmas iniciales para pensar en Perséfone, ya que las siguientes se rodean de los delfines característicos de la ninfa siracusana y sería absurdo identificarla en ellas con Aretusa. Al copiar el modelo se hizo igual con los atributos que conllevaba, pero la imagen en sí es más plausible que corresponda a Artemis, divinidad políada de focenses y massaliotas (Pena 1973). Además esta diosa, andado el tiempo, aparecería en *Emporion* con arco y carcaj, en una escasa serie de bronce acuñada a finales del siglo I a.C. (Llorens 2005, 119-120).

Si las circunstancias políticas influyeron en un cambio de tipos, al final del siglo III a.C. asistimos a una curiosa modificación de la cabeza de Pegaso, diseñada ahora como una figura humana doblada sobre sí misma agarrándose los pies con las manos (fig. 12, rev.). Este matiz diferenciador se ha atribuido a la presencia romana, pensando que la ceca emporitana pudo suministrar moneda a las legiones que, tras el 218 a.C.

y el desembarco de Escipión, se hicieron permanentes en la península Ibérica (Villaronga 1981-1983). No es fácil sin embargo decidir cuándo se dejaron de emitir dichas dracmas modificadas, últimas de la ceca, y mientras unos autores se inclinan por los primeros años del siglo II a.C. (Villaronga 2002, 59-72), otros observan que estas monedas se encuentran en tesoros formados a finales del mismo y a inicios del siguiente siglo (Campo *HMHA*, 47-49; 1992). Con el tiempo, las nuevas series llegan a incluir en las dracmas símbolos y/o letras constituyendo los grupos de las últimas emisiones. Se caracterizan también por un descenso en la calidad artística y técnica, aprovechando a menudo viejos cuños, pero hay que reiterar que durante este periodo la ceca solo emitió plata y que el bronce utilizado por los de *Emporion* fue el numerario acuñado por el pueblo de los indiketes –*Untikesken*–, es decir, por los indígenas que rotularon sus piezas en ibérico, formando parte de la misma ciudad y conviviendo en vecindad con los emporitanos. La tipología continúa siendo del gusto griego, aquí con unidades donde figura Palas-Atenea en anverso y, en reverso, el consabido Pegaso (fig. 13) y un toro embistiendo en las mitades (fig. 14) (Campo 2002a).

La otra colonia griega cercana, *Rhode*, también produjo una exquisita serie de dracmas, similares en estilo y peso a las de *Emporion*, con cabeza femenina en el anverso, a izquierda, y leyenda urbana en griego, mientras que en el reverso colocaron el tipo parlante de la ciudad, una rosa que, a diferencia de la *Rhode* oriental, se dibuja vista desde abajo o, en una serie más escasa, vista desde arriba, acompañando a las unidades varios divisores en plata (fig. 15) (Villaronga 2000, 27-74). Otra novedad a diferencia de *Emporion*, es la producción de moneda en bronce con los mismos tipos, reacuñándose buena parte de los ejemplares conservados sobre piezas cartaginesas sardas de caballo/palmera que actúan como soporte. Su ceca no alcanza ni el volumen ni el tiempo de emisión de la emporitana, lo que no es óbice para que también en las Galias se imitan estas monedas, siendo el probable origen tipológico de las llamadas *monnaies-à-la-croix* (Campo, en *HMHA*, 36).

Los púnicos (mapa 2)

Es imprescindible recordar que con este nombre nos estamos refiriendo a un conjunto poblacional muy amplio que engloba tanto a los fenicios asentados desde el siglo IX a.C. en adelante en ciertos lugares de la península Ibérica, configurando una «colonia», como a gentes que, de forma más o menos aislada, constituyeron minorías mezcladas con la población local o al menos conviviendo con ella sin limitarse a las franjas costeras. A éstos se superponen los intereses que mantuvieron los cartagineses mucho antes de la Segunda



Mapa 1. Ubicación de las cecas en la *Hispania Citerior* (autora e ICAC/UDG, a partir de *HMHA*: 1997, 123).

Guerra Púnica y su presencia activa durante algunos años precedentes de la misma. Si entre todos estos componentes existen rasgos que podríamos calificar de étnicos, la evolución de cada cual y las progresivas diferencias hacen que los diversos grupos adquieran características personales. En este sentido, las monedas producidas por ellos deben considerarse como un hilo conductor de su desarrollo, a veces por caminos diferentes, y testimonio del proceso de etnogénesis que cada cual ha seguido (Chaves, en prensa b).

Gadir (Alfaro 1988, 1994; *HMHA*), la renombrada colonia tiria más antigua de Occidente, solo iniciaría sus emisiones con menudas piezas de bronce, a las que la Arqueología ha atribuido la fecha de primer cuarto del siglo III a.C. por su hallazgo en la factoría de Las Redes (Fuentebravía, Cádiz) (Alfaro 1988, 94). Su asociación con ambientes industriales, que se repite en excavaciones varias, ha hecho pensar en monedas dedicadas a pequeños pagos relacionados con las actividades pesqueras e industriales –salsas de pescado, envases cerámicos– con las que el propio templo de Melkart pudiera estar relacionado (Chaves/García Vargas 1991), aunque en las piezas iniciales se ha querido ver también una finalidad votiva (Arévalo 2004).

Se acuñan varias emisiones con tipos que avalan las propuestas anteriores –cabeza de Melkart y rostro helíaco de frente, atunes y delfines– siempre en cobre

y con tres valores, anepígrafas en principio (fig. 16) y luego con alguna letra marcando la emisión. Pero es interesante advertir que la ciudad se encontraba inmersa en un mundo iconográfico helenístico como se advierte en la presencia del Melkart portando leonté a la manera del Heracles griego y en el uso además de un rostro de frente, muy probable representación solar, que recuerda las palabras de Estesícoro cuando alude al viaje de Heracles al extremo Occidente en la copa de Helios (fig.17) (Mora 2005a, 1354). No hay seguridad acerca del momento preciso en que la ciudad comenzara a emitir sus piezas de plata (fig. 18), pero de las dos series argénteas conocidas puede que la inicial, que incluye por vez primera el nombre de los ciudadanos de *Gadir*, se produzca tras la derrota de los cartagineses en la Primera Guerra púnica (341 a.C.) y antes del desembarco de Amílcar (Chaves, en prensa b). Esto supondría un intento de respiro para los gadeiritas tras la derrota cartaginesa y la sublevación de los mercenarios libios, respiro que la presencia bárcida (337 a.C.) reduciría a un fallido intento, como veremos enseguida. De forma al parecer paralela a la plata tuvo lugar una interesante pero corta emisión en bronce, también con el nombre urbano completo, con la cabeza de Melkart de frente (fig. 19).

La plata gadeirita se inicia con un patrón similar al seguido en *Emporion* como antes hemos señalado.

Si se demuestra la hipótesis de García-Bellido sobre el origen oriental de este patrón al que la autora relaciona con un sistema de pesos de raíz costero-siria que ella detecta en los ponderales hallados en Cancho Roano (García-Bellido 2002), tendríamos que replantear los elementos que perviven a partir de la presencia de gentes orientales, también en el interior de la península Ibérica, al menos desde el s. VIII a.C. Estaríamos entonces ante una unidad *-shekel-* de 9,70 g, y así, los de *Gadir* no seguirían el patrón cartaginés coetáneo de 7,70 g, sino que emitirían mitades de 4,70 g, según aquel antiguo sistema ya tradicional en ellos. Este dato también abonaría el inicio de la emisión argénteo gadeirita antes del desembarco de Amílcar, no habiéndose fabricado en exclusiva por impulso de los cartagineses para financiar sus gastos en la península Ibérica. En todo caso, la segunda serie, acuñada con el peso reducido, puede haber cedido al empuje bárcida y estar conectada con sus necesidades bélicas (Chaves, en prensa b).

Tras la derrota cartaginesa de *Ilipa* (207 a.C.), los gadeiritas abrirían las puertas a los romanos cesando la plata por completo para no volver a emitirse ni en ésta ni en ninguna otra ciudad del sur peninsular. Durante los últimos años se ha propuesto que la primera serie de la colonia fenicia de *Malaca* tuviese lugar ya al final del siglo III a.C., compuesta por unas pequeñas piezas de bronce con una cabeza portadora de la doble corona egipcia en el anverso y una estrella en el reverso (fig. 20), basándose en que la última iba a ser más adelante un tipo clave en la ceca malacitana (Campo/Mora 1995, 124). Queda aún en suspenso si unos menudos pero interesantes y escasos ejemplares en plata con temas también egipcizantes salieron de su taller (Campo/Mora 1995, 201).

Una ceca notable, perteneciente al ambiente púnico y cuyo inicio fue anterior al desembarco de Escipión, es *Ebusus* (Campo 1976, 1993). Fundación cartaginesa del VI a.C., en la isla se abre un taller, puede que en paralelo a *Gadir* o más bien después, aunque los datos de que disponemos no permiten precisión en este sentido. Comenzaría emitiendo cobre y con patrón de unidades 9/9,5 g, aunque aquí solo se producen pequeños divisores (Campo 1993a, 148). La plata aparecerá, primero, en moneda fraccionaria con una rara y brevísima emisión que, a partir de la Segunda Guerra Púnica, conoce series más voluminosas, utilizando en ambos metales la figura de Bes, a modo de tipo parlante, y el toro en diversas actitudes. Se mantuvieron sin el rótulo urbano, inicialmente anepígrafas y luego incluyendo letras o símbolos, hasta el último tercio del siglo II a.C. (Campo 1976, 29), época que conoce su mayor volumen de producción a la vez que sus monedas se expanden por todo el occidente del Mediterráneo (fig. 21). Fue, además, la única ciudad hispana que emitió una serie en época de Claudio.

El levante: *Arse* y *Saitabi* (mapa 1)

Hasta hace poco se consideraba la Segunda Guerra Púnica el momento del inicio de las emisiones de la ciudad de *Arse-Sagunto*, pero nuevas piezas y un detenido estudio (Ripollès/Llorens 2001) han remontado la cronología de unos óbolos con cabeza femenina en anverso y, en el reverso, rueda, a la segunda mitad del siglo IV a.C. (fig. 22). En adelante, diversos valores, siempre en plata y con una metrología característica de la zona, presentan tipos en su mayoría de inspiración griega como, entre otros, el toro androcéfalo o la diosa con un casco similar al que porta Atenea en las estateras de Alejandro (fig. 23). Pero la leyenda alusiva a la ciudad, siguiendo la norma que impera en la ceca desde su inicio, se escribe en alfabeto ibérico, conjugando así los propios hábitos culturales de los arsetanos con una iconografía inspirada en una zona del exterior, Magna Grecia en especial (fig. 24), con la que sin duda fluían las relaciones comerciales. Sus acuñaciones continuaron durante la Segunda Guerra Púnica y así no es difícil encontrarlas entre las piezas de los tesoros ocultos por esta época. También en levante, pero aquí solo en la última década del siglo III a.C., *Saitabi* emitió didracmas, dracmas y hemidracmas, serie completa de plata (Ripollès 2007, 107 y ss.) al parecer en patrón similar a la próxima *Arse*, con cabezas de Heracles en anverso y, en reverso, un águila de alas abiertas (fig. 25), supuestamente inspirada la última en el coetáneo oro romano, pero no olvidemos que la misma ave rapaz venía caracterizando los reversos de monedas ptolemaicas. Se trata, pues, de bellas pero breves emisiones con leyenda en ibérico, que cesarían pronto para dar paso a series muy distintas y en bronce medio siglo después.

Las emisiones bárcidas

Aunque hemos mencionado la acuñación de moneda en varias zonas de la península Ibérica antes del desembarco de Amílcar, sin duda, la presencia de numerario se incrementó de modo muy notable a partir de ese momento. Pero el reconocimiento y hallazgo de ejemplares cartagineses emitidos en ceca norteafricana, siciliana y sarda antes de dicha fecha, ha venido a aportar datos inesperados y nuevos puntos de reflexión. Por el momento los conjuntos más interesantes y copiosos, aunque no únicos, se limitan a bronce procedentes de El Gandul (Sevilla) y Fuentes de Andalucía (Sevilla), emplazamientos no lejanos de la rica ciudad de *Carmo* (Ferrer Albelda 2007, 208-212). Pago de soldadas a mercenarios, puntos de reclutamiento o campamentos (Pliego 2003), mantenimiento de una infraestructura de explotación pactada con los habitantes locales; varias son las hipótesis expuestas, pero la posibilidad de nuevos hallazgos aconseja aún prudencia. De he-

cho han sido no pocas las novedades que en los últimos años han ampliado el estudio del siglo III a.C. y el horizonte de la Segunda Guerra Púnica en Hispania, entre ellas algunos divisores de plata y bronce desconocidos hasta hoy (García Garrido/Montañés 1989) o la interesante identificación de la ceca púnica de *Tagilit* en zona almeriense, debida a la malograda C. Alfaro (Alfaro 1991-1993), así como algunos tesoros aún en estudio.

Es claro que los bárquidas traían consigo la idea de aprovechar a fondo los riquísimos filones de metal hispano, tanto en plata como en cobre, y su amonedación en suelo peninsular responde a ello. Al menos desde el desembarco de Amílcar, acuñaron múltiplos y divisores de su moneda en plata, el *shekel*, con un peso de 7,25 g, entonces en declive, pero en contrapartida producidos en emisiones copiosas. Varias de ellas muestran un excelente arte helenístico y tipos sugerentes que podrían haber sido ideados por cualquier griego, pero junto a estas imágenes aparecen otras con sello típicamente bárcida, sin olvidar incluir los clásicos esquemas cartagineses de larga tradición. Desfilan así proas (fig. 26), elefantes con o sin guía (fig. 27), figuras masculinas cuyo aspecto tanto respondería a un personaje heroicizado a la manera helenística como a una divinidad (fig. 28), diosas de claro carácter púnico (fig. 29), caballos (fig. 30), palmeras (fig. 31), etc. Las series de plata se completan con monedas de bronce correspondientes a valores diversos (fig. 32), emitidas también en grandes cantidades, que se dispersan por amplias zonas de suelo peninsular (fig. 33) (Villaronga 1973b; Alfaro 1993a).

Las piezas de plata, acuñadas probablemente tanto en cecas fijas como itinerantes, puede que en zona gadearita primero y luego remontándose hasta fijar su emisión en *Carthago Noua*, serían atesoradas junto con otras monedas que circulaban en ese duro momento: viejos ejemplares griegos, dracmas de *Emporion* y sus imitaciones galas, monedas de *Gadir*, *Ebusus* y *Arse*, e incluso quadrigatos y otras especies romanas como las más antiguas didracmas, sin olvidar partes de joyas y orfebrería de plata o, simplemente, metal informe, en ocasiones habiendo fraccionado las monedas con sumo cuidado. Este ambiente hizo proponer la existencia de posibles campamentos cartagineses en el transcurso de la guerra ligados a lugares donde, además de una concentración inusual de tales piezas, desmonetizadas tras la conquista, se daban otras condiciones adecuadas (Chaves 1990). Es obvio que tras la derrota de los cartagineses en *Ilija* el aparente equilibrio de fuerzas en el Mediterráneo occidental iba a decantarse por Roma. Y la amonedación de la península Ibérica, como tantas otras cosas, acabaría sensibilizándose a ello. Pero el camino era largo y complejo, no se trataría de un fenómeno inmediato. Antes iban a ocurrir muchas cosas: las veremos después.

Roma en Hispania: las monedas en el proceso de conquista (mapas 1 y 2)

Si la presencia de moneda foránea y el inicio de algunas cecas costeras iban lenta pero paulatinamente habituando a ciertas zonas y/o ambientes sociales al uso de la moneda, no cabe duda de que el punto de inflexión tuvo lugar durante la Segunda Guerra Púnica. Al hecho de que una notable masa de piezas se moviera en suelo peninsular a causa del desplazamiento de los ejércitos, pago de mercenarios, gastos de avituallamiento e incluso posibles sobornos, se añadiría la presencia directa de Roma, portando consigo un numerario diferente e iniciando pronto una conquista que iba a acarrear tributos, multas, sanciones y, de modo más o menos directo, nuevo movimiento de monedas.

La reacción de muchos pueblos y ciudades de la península Ibérica ante estos acontecimientos los condujo, en bastantes casos, a iniciar una amonedación propia, escalonándose el funcionamiento de las diversas cecas desde el final del siglo III a.C. hasta el I a.C., aunque tras las guerras sertorianas hay un drástico descenso de la producción y cese de gran cantidad de cecas. No obstante, hay otras que continúan e incluso se inician en ciertos casos, abriendo además otras nuevas durante el principio del Imperio. Sin embargo, sería impensable atribuir unas mismas razones para la puesta en marcha de todos los talleres locales que funcionaron en la península Ibérica durante el periodo republicano. Las causas que se han esgrimido para justificar el comienzo de estas emisiones han sido muy diversas y difieren según se refieran a monedas de plata, bronce, o se trate de una u otra zona. Entre las hipótesis propuestas, unas se apoyan en el pago de tributos e impuestos, a Roma, otras suponen cajas locales de reserva de bienes comunitarios, se piensa en soldadas de los propios ejércitos, en finanzas a escala local para pequeños pagos que aliviasen las retribuciones industriales o de poca monta, en una reacción ante Roma de los gobiernos locales reafirmando su propia identidad o en un intento de captación del prestigio que conlleva el acuñar moneda, bien por la propia ciudad, bien por las minorías dirigentes.

La cuestión sigue abierta, pero la realidad es que en la provincia *Citerior* se contabilizarían unas 100 cecas, mientras que la *Vltior* alcanzaría algo más de 70, sin contar las que funcionaron en la península Ibérica al inicio del Imperio que, en total, superan las 40. Estas altas cifras contrastan con el resto del Mediterráneo occidental, no solo en número, sino en cronología, ya que a finales del siglo II e inicios del I a.C. la mayoría de talleres habían cesado su producción, caso de la Magna Grecia, Sicilia o, en buena parte, la Cisalpina, manteniéndose no obstante la producción local en las Galias y en el norte de África. Sin embargo, esta imagen puede resultar en cierto modo engañosa, ya

que las amonedaciones realizadas en Hispania fueron muy diferentes en regularidad y volumen. Con relativa frecuencia se redujeron a emisiones cortas y puntuales o bien intermitentes, lo que no es óbice para que también hubiera cecas con una abundante y continuada producción.

Un tema interesante sobre el que volveremos luego, es la diferente utilización de los metales monetarios en ambas provincias. Mientras que en la *Citerior* se emitió plata y bronce, en la *Vlterior*, salvo el mencionado episodio gadeirita, solo se acuñaría el bronce, a pesar de que esa zona era la gran productora del preciado metal. En principio parece dibujarse un horizonte de uso de la plata amonedada, más relacionado con la tradición griega, irradiando de *Emporion-Rhode*, hasta la costa levantina –*Arse*–, asimismo en contacto con esos ambientes. En cambio, el sur y también *Ebusus*, ligados desde antiguo a intereses púnicos, se decantaron en su inicio por la menuda moneda de bronce.

La *Citerior* (mapa 1)

En torno a Emporion

Si los emporitanos continuaron durante un tiempo con su plata, es importante recordar que estas monedas habían sido copiadas por ciertos grupos galos, pero también por pueblos del interior peninsular. Son las llamadas «dracmas de imitación emporitana» de las que también se imitaron los divisores. En realidad este proceso había empezado mucho antes y, tuviera o no qué ver con ello el reclutamiento de mercenarios galos, el hecho es que en la zona del Languedoc-Rosellón se habían copiado las monedas de *Emporion* y en la cuenca del Garona las de *Rhode* (Villaronga 2000, 177). Pero sería a partir del 218 a.C., es decir, del desembarco de Escipión, cuando los pueblos iberos comenzaran a imitarlas y a emitir las, supuestamente para financiar sus luchas contra Roma, durando estas emisiones hasta los inicios del siglo II a.C. en que debieron de formar parte del célebre *argentum oscense* que llevaron a Roma en sus triunfos los generales victoriosos, según nos narran las fuentes antiguas (García Riaza 1999).

Tales imitaciones, que se realizaron también copiando monedas de *Massalia*, se caracterizan por seguir con menor calidad y arte los tipos originales, pero en especial por incluir reproducciones defectuosas de las leyendas griegas o, lo que es más interesante, escribirlas en ibérico y pseudo-ibérico, unas veces legible y otras no (Villaronga 1998, 104), incluyendo también símbolos diversos (fig. 34 y 35). Así se han podido localizar una serie de nombres correspondientes a los emisores como por ejemplo *Itirta*, *Kese*, *Barkeno* o *Kertekunte*. Más de cien leyendas que, en su mayoría, son étnicas, topónimos y algún antropónimo, proceden de lugares que, según Villaronga (Villaronga 1998, 100), se situaban en lo que hoy es Cataluña y su

entorno, alcanzando algunos puntos de Aragón y de la provincia de Castellón. Sea como fuere, la llegada del denario romano –con cuyo peso las dracmas de 4,80 g no coinciden– y el inicio del llamado «denario ibérico» acabaron, definitivamente, con ellas.

Las monedas de la Citerior a lo largo del periodo republicano

El impulso para una relativa monetización de esta zona no se limitó a las cecas griegas y a las dracmas de imitación emporitana. Entre éstas, las que portan la leyenda *Tarakonsalir* deben de ser el precedente de la futura *Tarraco*, que ahora, con el nombre de *Kese* (cessetanos) (Villaronga 1983), iba a iniciar unos bronce de patrón púnico con cabeza masculina en anverso y, en el reverso, un caballo galopando al estilo cartaginés (fig. 36), aunque pronto aparecería un tipo llamado a permanecer con gran éxito en el futuro: el jinete, en este caso, portador de una palma (fig. 37). No hay acuerdo total sobre la cronología de estas series tempranas y mientras unos datan el inicio antes de 218 a.C. (García-Bellido/Ripollès 1998, 208), la mayoría se inclinan por la propuesta de Villaronga (Villaronga 1983, 205 y ss) situándolo hacia 211 a.C., y aun hay quien lo baja más, pensando en 195 a.C. (Crawford 1985, 95). Sea como fuere, lo importante es que asistimos a los comienzos de la que viene conociéndose como «amonedación ibérica» (Domínguez 2006), aunque ciertos autores prefieren delimitar el término, considerando que la zona propiamente ibérica se concentra en Edetania y Contestania, mientras que en el resto y al norte del Ebro, ven un ambiente asociado mejor a pueblos de origen celta que a los propiamente iberos. No obstante, la cultura ibérica habría sido adoptada por ellos al menos en aspectos tan importantes como la escritura y la lengua (García-Bellido/Ripollès 1998, 210-211). El siglo II a.C. conocerá la expansión de estas amonedaciones, realizadas en bronce pero también abundantemente en plata, que se prolongarán en el I a.C., desapareciendo, con pocas excepciones, tras las guerras sertorianas.

Aunque aún se desconoce la ubicación de algunas cecas de las que solo se ha podido leer el nombre, los lugares de emisión se extienden por la actual Cataluña, concentrándose más en la franja costera y valle del Llobregat, así como en las márgenes del Ebro y sus afluentes, subiendo a territorio vascón para luego adentrarse en la Celtiberia, mientras que se sitúan únicamente unas pocas cecas más al sur, en la zona levantina (Domínguez 1997). No siempre coinciden las agrupaciones de estos centros de emisión que los diversos autores han propuesto, basándose unos en el pueblo emisor, y otros, en el territorio, la tipología y/o la metrología (Villaronga 2004, 163 y ss.; Pérez Almoquera 1996). En líneas generales podemos presentar un panorama de expansión geográfica que no rebasa

por el oeste la provincia de Burgos con *Sekobirikes* (fig. 38) –salvo la curiosa excepción de la extremeña *Tamusia* (fig. 39)– y por el sur, ya bastante alejada de su núcleo fundamental, *Saitabi* (fig. 57), en la provincia de Valencia. Como esbozo, y citando solo una ceca por cada zona, partimos de las ya mencionadas emisiones de *Kese* (cessetanos) (fig. 37) y *Untikesken* (fig. 13 y 14), en la costa catalana, para recordar otras: de los layetanos (*Laiesken*) (fig. 40), los ausetanos (*Ausesken*) (fig. 41), los ilergetes (*Iltirta*) (fig. 42), los suessetanos e iacetanos (*Bolskan*) (fig. 43), los vascones (*Baskunes*) (fig. 44), los sedetanos (*Kelse*) (fig. 45), los edetanos (*Ikalesken*) (fig. 46) y las pertenecientes a los habitantes de la Celtiberia. En ésta última y recordando la dificultad de fijar unas fronteras para sus términos, hubo talleres importantes como *Arekorata* (fig. 47) o *Turiasu* (fig. 48) en territorio lusón, o entre los belos, *Sekaisa* (fig. 49) y *Bilbilis* (fig. 60) (Domínguez HMHA).

El punto de referencia fundamental de estas emisiones, tanto las acuñadas en bronce como las de plata, sobre las que volveremos luego, es la presencia de una inscripción relativa a la «ciudad-ceca» o al pueblo emisor, escrita en alfabeto ibérico y situada en la parte inferior del reverso. Se ha destacado con frecuencia la repetición de los tipos en estas emisiones de la *Citerior* pero, estudiando más detenidamente las imágenes, se advierte que los elementos diferenciadores no faltan. Es cierto que los anversos se ocupan con una cabeza masculina, con o sin barba, cuya identificación es discutida, sin embargo, no solo las diferencias de estilo son frecuentes –compárese, por ejemplo, una moneda de *Konterbia Belaisca* (fig. 50) con otra de *Titiakos* (fig. 51)–, sino que su indumentaria también varía: cuellos vestidos con manto e incluso con fíbula (*Lauro*, fig. 52; *Orosis*, fig. 53), adornados con torques (*Aratikos*, fig. 54; *Belikiom*, fig. 55), cabezas desnudas (*Baitolo*, fig. 56), tocadas de láurea o con cinta e *infulae* (*Saiti*, fig. 57), etc. Además, pueden acompañarse de diversos símbolos, figuras o letras (*Konterbia Karbika*, fig. 58; *Eusti*, fig. 59), y abundan las emisiones que rodean el tipo de uno (*Bilbilis*, fig. 60), dos (*Sekaisa*, fig. 61) o tres delfines (*Lakine*, fig. 62), alternando su número incluso dentro de una misma ceca, mientras que algunas no llevan ninguna marca (*Ilturo*, fig. 63). Las cabezas miran a la derecha, con la excepción de una serie de *Ilturo*.

Tampoco es siempre idéntico el jinete, tipo característico del reverso (Domínguez 1979, 206-217). Lo encontramos llevando una palma en las monedas de *Kese* (fig. 37) (Villaronga 1983), igual que hará en las de *Ausesken* e *Iltirta* (figs. 41 y 42), siendo el preferido aunque no el único (*Ilturo*, fig. 63) de las cecas catalanas. Las emisiones con el caballero portador de lanza aparecen asimismo en gran número tanto en el valle del Ebro como en la Celtiberia, y sus armas defensivas u ofensivas han sido tratadas en algunas ocasiones

(Guadán 1979; Lorrio 1995). Suele llevar casco, muy raramente escudo, y también puede portar una espada (*Bentian*, *Baskunes*, fig. 44), una hoz (*Oilaunes*, fig. 64), algo parecido a una doble hacha (*Arsaos*, fig. 65) y hasta en *Sekaisa*, un ave sobre una especie de cetro figurando un estandarte o *signum* (fig. 66), lo que ha suscitado diversas hipótesis (Beltrán Martínez 1991-93, 191; Gomis 2001, 41 y ss.). Esto no es óbice para que en la misma zona se encuentren también algunos jinetes con palma. Un tipo interesante, aunque escaso, es el jinete que tira de otro caballo. Aparece en denarios de *Kese* portando una palma (fig. 67), en quinarios de *Turiasu* llevando una corona (fig. 68) (Gozalbes 2004-2005) y también en la copiosa serie de denarios de *Ikalesken* (Villaronga 1988), ceca situada mucho más al sur, donde el caballero, clámide al viento y escudo al brazo, camina hacia la izquierda cuando la dirección normal en el resto de estos personajes es marchar hacia la derecha (fig. 46).

Mucho se ha escrito acerca de la interpretación del «jinete ibérico», desde la inspiración en monedas de Hierón de Siracusa a denarios romanos, pero hoy parece más aceptada la idea de que el bien conocido y acuñado en abundancia «jinete macedón» tuvo que ver en la gestación del tipo que en realidad debió constituir una elección personal de la propia *Kese*, donde prácticamente se inició, y puede que lo escogieran para diferenciarlo del caballo cartaginés (Arévalo 2002-2003, 248-249). Es bastante probable que, como ha visto M. Almagro (Almagro Gorbea 1995, 58-61), esta figura ecuestre pretendiera ser la representación del *heros equitans*, sujeto adecuado a la mentalidad de las elites que reflejaban en él su superioridad social y prestigio, tanto en el aspecto lúdico como guerrero, de ahí la gran aceptación de un tipo que resultaba válido y altamente significativo para amplios sectores sociales y extensas zonas peninsulares. No obstante, últimamente, se ha propuesto una interesante relación de un grupo de estos jinetes, lanceros pero sin escudo, con la actividad cinegética (Gozalbes 2006).

A estas imágenes de uso más general escapan varias excepciones. Permanece algún tipo griego, como el Pegaso y el toro embistiendo en *Untikesken* (figs. 13 y 14) en emisiones ligadas a *Emporion*, mientras que en bronce de valor mitad de *Sekobirikes* encontramos el raro reverso de un león (fig. 69). De raíz indígena pueden suponerse el lobo representado en *Iltirta* (fig. 70) y el gallo sobre divisores de *Arekorata*. Incluso alguna vez aparecen figuras de aspecto romano, como en la última pieza citada de *Sekobirikes*. También se encuentra una cabeza femenina galeada en *Sesars* y en bronce de valor mitad de *Turiasu*. Otro rostro masculino, asimismo con casco, se muestra en quinarios de *Turiasu* (fig. 71) (Gozalbes 2004-2005). Pero es evidente que las cabezas viriles y el tipo del jinete en sus dos variantes básicas se extenderían por toda la *Citerior* con menor

penetración en la zona levantina. Debemos también tener en cuenta que muchas cecas acuñaron divisores, unidades, mitades y cuartos en bronce, y denarios y quinaros en plata. Se caracterizaban por diferentes tipos en el reverso, de forma que las denominaciones viniesen así señaladas, aunque es de resaltar que tanto las unidades de plata —los llamados «denarios ibéricos»— como las de bronce, presentan los mismos tipos. Normalmente, aunque con excepciones, un caballo sin jinete (*Kese*, fig. 72) se reservó a las mitades de la unidad mientras que un medio Pegaso (*Kese*, fig. 73) y un jabalí ocupaban los valores inferiores en algunas cecas. No obstante, se ha supuesto que ciertas letras presentes en determinadas emisiones se puedan considerar como marcas de valor (Villaronga 1973a).

Aparte de la compleja interpretación de los tipos no es problema fácil determinar la metrología seguida por las emisiones de bronce y las opiniones al respecto no son siempre coincidentes (Domínguez 1997, 165). En opinión de Villaronga, *Kese* se inició utilizando un sistema relacionado con el cartaginés de 10/11 g, mientras que *Untikesken* e *Iltirta* lo hicieron en relación al romano coetáneo que, desde los aproximadamente 35-40 g del sextantal reducido, había descendido en el primer cuarto del siglo al uncial de 24 g. De ese modo cada cual influyó en zonas diversas (Villaronga 2004, 118 y ss). Sin embargo, se advierten cambios internos en el funcionamiento de muchas cecas, con una tendencia a la aceptación de los patrones romanos, lo que oscurece un panorama que resulta especialmente complejo en la Celtiberia, cuya variedad metroológica ha dado pie a diversas teorías sin que ninguna sea hoy por hoy aceptada por todos, entre las que destaca la propuesta de Villaronga, que considera para la zona un patrón de 14/15 g basado en la mitad del romano coetáneo (Villaronga 2006, 201).

Las primeras emisiones de *Kese* y de otros centros emisores que la siguen en el tiempo se habían realizado en bronce, sin embargo, el papel que desempeñó la plata en la amonedación de la *Citerior* fue muy importante, conociéndose estas piezas argénteas como denarios ibéricos. Pero no olvidemos que ni el volumen de producción de todos los talleres fue similar, ni todos emitieron plata y bronce. Hubo buen número de cecas mixtas (*Iltirta*, *Kese*, etc.) mientras que la mayoría de las mono-metálicas acuñaron solo bronce (*Lauro*: Llorens/Ripollès 1998) y raramente alguna solo plata (*Kolounioku*), sin que las causas de estas diferencias acaben de estar definitivamente resueltas. Se han expuesto varias hipótesis, entre ellas la situación geográfica de las ciudades emisoras de plata, ubicadas en lugares estratégicamente centrados, desde donde se podría suministrar el numerario a las de alrededor (Burillo 1995).

También se ha pensado en su función (Otero 1998), tema muy discutido ya que varios autores aso-

cian estas monedas al pago de tributos a Roma (García-Bellido 1993a) y suponen que el valioso metal se reservaba a pagos de las tropas romanas o a los contingentes indígenas de apoyo, correspondiendo así a las obligaciones tributarias (Beltrán Lloris 1986; matiza el tema en 2006, 113), e incluso se ha querido ver su inicio y avance con un desarrollo paralelo a la línea de conquista romana, con la propuesta de «monedas de frontera» (Knapp 1979). En opinión de otros autores, al menos en los primeros momentos de su producción, los impuestos no eran aún fijos y no se puede con ello justificar la imposición de emisiones (Aguilar/Ñaco del Hoyo 1995, 1997; Ñaco del Hoyo 2003 y 2006b). Aún pueden tenerse en cuenta posibles cajas públicas ciudadanas disponibles para otras variadas necesidades financieras o incluso económicas, de los mismos emisores, lo que podríamos traducir por reservas locales, prontas, eso sí, para responder también a un cúmulo de exacciones irregulares cuya existencia dejan bien claras las fuentes antiguas.

La tipología de estas piezas argénteas, con pesos de unos 3,80 g, difieren ligeramente de los habituales en el denario romano y en ocasiones se acompañan de divisores, repite el esquema de las unidades de bronce, es decir, cabeza masculina y jinete. No está definitivamente cerrado el problema de su inicio e incluso Crawford, que había propuesto su comienzo en los primeros años del siglo II a.C. (Crawford 1969), cambió más adelante de idea bajándolo, a mediados del mismo (Crawford 1985). No obstante, la investigación española (Villaronga 1995a, 67; 2004, 133; Beltrán Lloris 2006, 111) tiende a la cronología alta para la producción de dicha plata en la *Citerior*, de modo que durante el primer tercio del siglo II a.C. podrían haber funcionado algunas cecas emitiendo denarios como *Kese*, *Iltirta*, *Ausesken* e *Ikalesken*, aunque la época de mayor expansión tendría lugar a partir de la mitad del siglo. En ese último periodo continuaron algunos talleres que ya se habían iniciado algunos años antes, como *Bolskan*, *Sekaisa* o *Arekorata*, pero sería entonces cuando alcanzaran su mayor producción. Paralelamente, funcionaba otro relativamente elevado número de cecas locales, entre las que podemos destacar *Sekia*, *Baskunes* o *Turiasu*. Varias alcanzarían la época sertoriana pero, salvo excepción, no la sobrepasan. Sin embargo, la idea de una producción masiva, realizada expresamente para apoyar la causa de Sertorio por parte de cecas locales como *Bolskan* o *Turiasu*, está hoy en entredicho (Gozalbes 2004-2005).

Estas monedas de plata peninsulares se tesaurizan con los denarios romanos y así encontramos tanto tesoros de una de las dos especies, como mixtos. Se intensifican a partir del último cuarto del siglo II a.C. (Villaronga 1993a; Campo 1982), predominando en la *Citerior* (Ripollès 1982), pero con cierta presencia de sus monedas en los ocultamientos de la *Vltior*,

especialmente en los ubicados en zonas mineras (Chaves 1996). El momento álgido de las pérdidas parece coincidir con la guerra de Sertorio, quedando solo como moneda residual los pocos denarios ibéricos que se incluyen en los hallazgos posteriores compuestos, básicamente, por plata republicana oficial.

En la Edetania, la mencionada *Arse* no seguiría el mismo compás de las cecas del norte. Aunque las emisiones de dracmas se mantuvieron tras la conquista romana con tipos ya tradicionales en ella como el toro, el bronce iba a hacer también acto de presencia utilizando patrones romano-campanos (Ripollès/Llorens 2001, 166-167). No obstante, se advierte una más clara influencia romana, no solo en la paulatina introducción del latín, ya en el siglo I a.C., sino en la adopción de ciertos tipos. Encontramos así una cabeza femenina galeada, esta vez al estilo de los denarios de Roma y al igual que se hacía en la no lejana *Valentia*. Incluso la proa, situada en numerosos reversos (fig. 74), es característica asimismo de los bronceos coetáneos de la República. Con el tiempo aparecen magistraturas mencionando a ediles y es frecuente la inclusión de símbolos. Sin embargo, a pesar de la presencia en los anversos de numerosas emisiones arsetanas de cabezas masculinas, el característico reverso del jinete con lanza en ristre solo llegó a ser utilizado por los saguntinos en una ocasión (fig. 75). Por otra parte, hay una lógica predilección por ciertos temas marinos que habían gozado de gran éxito en el Mediterráneo griego, como la venera y el delfín (fig. 76). El taller mantendría su actividad con intermitencias hasta Tiberio, cuyo rostro aparece en varios anversos (fig. 201).

La otra ceca levantina que ya produjo emisiones antes de la conquista romana, *Saitabi* (fig. 76 bis), mantuvo el alfabeto ibérico salvo en una tardía emisión bilingüe (fig. 77). Sitúa cabezas masculinas en los anversos, mientras que los reversos comienzan con jinetes portadores de palma y piezas de peso alto que se han considerado duplos de la unidad (fig. 78), hasta que, avanzado el siglo II a.C., ésta se sustituye por la lanza (fig. 57). Como la no lejana *Arse*, que también emitió varios divisores (Ripollès 2007).

Valentia, un caso especial

Aunque brevemente, interesa recordar cómo la ciudad de *Valentia* (Ripollès 1988), fundada por D. Junio Bruto en 138 a.C., no iba a seguir las reglas habituales en las cecas de población básicamente local, sino que se adaptaría a otras normas reflejando a la vez su fundación. Las piezas emitidas en ella son semises que se ciñen al peso de los mismos valores contemporáneos en la ceca de Roma, pero además, no solo aparecen magistrados con nombres latinos, sino que los tipos escogidos hablan con claridad de sus inicios y sus pobladores (fig. 79). Los ases efigian en anverso una cabeza semejante a la Roma de los denarios oficiales y para el

reverso seleccionan una cornucopia sobre rayos, rodeada de láurea, trasunto del tipo que en 127 a.C. apareciese sobre los denarios del monetal romano Q. Fabio Máximo (*RRC*, 265, 2). La fuerte ligazón de la familia Fabia con la península Ibérica y su participación en las guerras lusitanas, con cuyos veteranos se fundó la ciudad, debieron de influir en que, al comenzar las emisiones, *Valentia* escogiera un tipo previamente utilizado por un miembro de dicha *gens*. A ello puede añadirse la frecuente aparición de tales motivos en emisiones del sur de Italia, de donde procedían varios de los magistrados monetales cuya presencia se constata en la ciudad hispana.

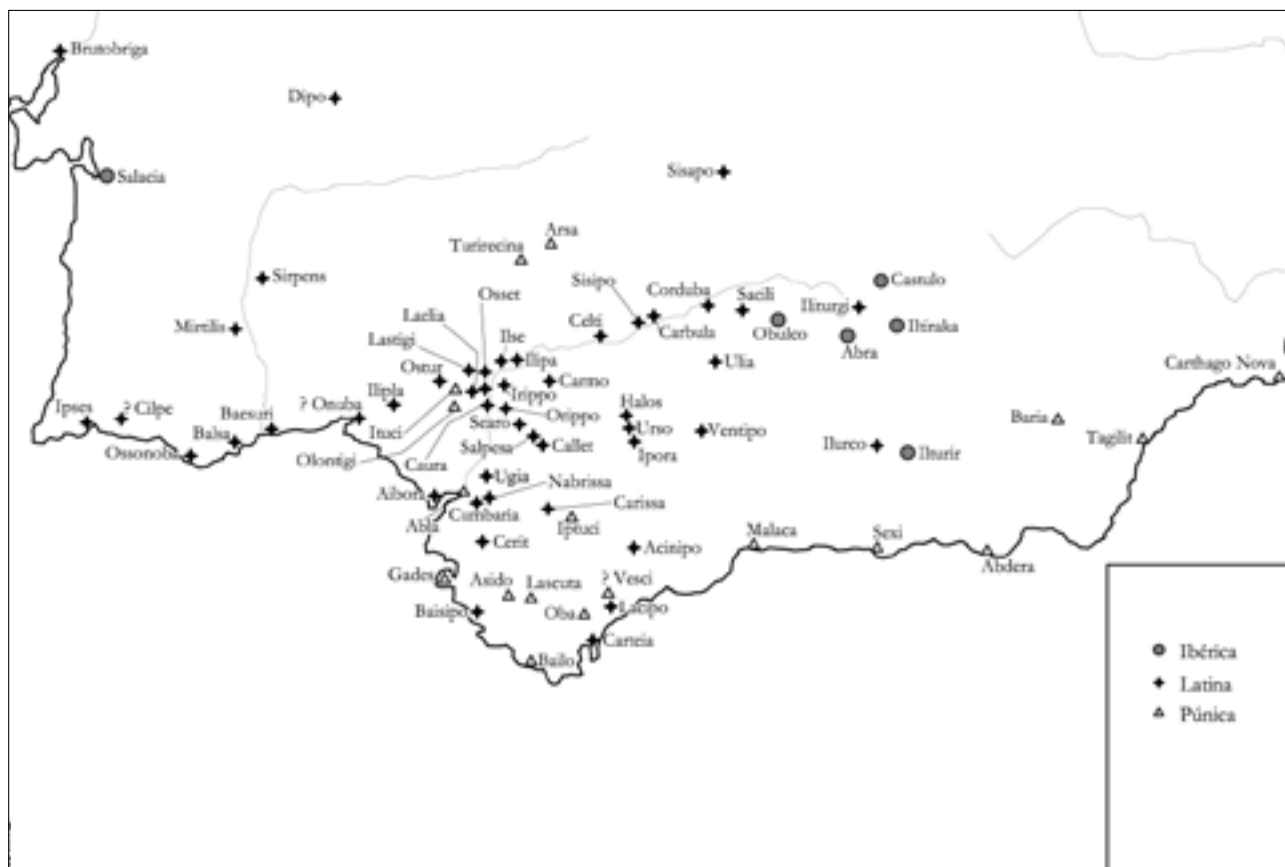
Precisamente la inclusión de nombres de magistrados es una interesante particularidad en la ceca levantina de la que, en su momento, participarán también *Saitabi* y *Carthago Nova*, cuando se reinicien sus emisiones ya muy al final de la República. La presencia de estos nombres, salvo algunas excepciones, no tendría lugar en las cecas locales de la *Citerior* hasta prácticamente la época imperial, momento en que abundan sus menciones. En cambio, como veremos más adelante, sí se encuentran en el sur peninsular durante la época republicana, aunque no sean demasiado frecuentes, pero desaparecen ahí por completo a partir de Augusto (un listado de nombres y cargos puede verse en García-Bellido/Blázquez 1995; también en: *HMHA*, 422-432).

La *Uterior* (mapa 2)

El ambiente feno-púnico

El sur de la península Ibérica, aparte de las monedas foráneas y las hispano-cartaginesas, solo había conocido antes y en el transcurso de la Segunda Guerra Púnica, las emisiones gadeiritas y en todo caso alguna malacitana. La situación política que vivió esta rica zona durante el siglo II a.C. debió de influir en el inicio y desarrollo del nacimiento y actividad de numerosas cecas locales, y la complejidad de su funcionamiento es similar a la difícil época que por entonces debieron de padecer sus habitantes. El fin de la presencia de los ejércitos cartagineses en Hispania no significaría el cese de los intereses ni de las relaciones de ciertos sectores locales con el mundo púnico. Ya hemos apuntado que en suelo peninsular los elementos feno-púnicos estaban presentes desde mucho tiempo antes, no solo en las colonias de la costa, sino también en puntos claves del interior, donde es muy probable que ciertos grupos de población controlaran parte del mecanismo de aprovechamiento y comercialización de las riquezas de la zona. Podemos suponer que también les sería útil la producción y movimiento de la moneda, incluso la de valores fraccionarios, adecuada para facilitar sus pagos menores.

La presencia de estos elementos, afincados desde antiguo y perfectamente integrados con el resto de la



Mapa 2. Ubicación de cecas en la *Hispania Vlterior* (autora e ICAC/UDG, a partir de *HMHA*: 1997, 53, 236).

población, sobre la que sin duda habían ejercido clara influencia, se dejaría sentir en un conjunto de cecas importantes, donde el uso del alfabeto fenopúnico se hace patente (Alfaro 1991, 2004; Mora 1993). En el grupo de las antiguas colonias fenicias costeras destacan *Gadir* y *Malaca*. La primera se desmarcó en cuanto pudo de los cartagineses, flanqueando sus puertas a Roma, que la consideraría *ciuitas foederata*, lo que iba a fortalecer sus redes comerciales, abiertas ahora a este nuevo frente, sin que ello supusiera en la realidad una ruptura con las propias vías tradicionales, ni tampoco con las relaciones púnicas anteriores al conflicto. En las monedas gadeiritas, salvo el cese definitivo de la plata, no hubo cambios tipológicos notables, solo la distinta posición de la clava junto a la cabeza del dios y la introducción de algún símbolo y/o letra, mientras que permanecerían la leyenda de la ciudad en púnico, la imagen de Melkart, los atunes y los delfines, continuando así hasta el inicio del Imperio (fig. 80). Se emitieron unidades y divisores y se detectan alteraciones en los pesos, pasando del patrón 8/9 g a 10/11 g la unidad, para acabar subiendo a más de 13,5 g, lo que las acercaba paulatinamente a pesos más acordes con los utilizados en Roma (Alfaro 1988, 73 y ss.). Sus copiosas emisiones se expanden por un área amplia, destacando las zonas costeras peninsulares y el norte de África, en especial la zona atlántica, donde las tra-

dicionales redes comerciales del Círculo del Estrecho eran más firmes. Los hallazgos, que evidencian un amplio radio de dispersión de sus monedas, han dejado abundantes testimonios de sus intereses económicos, constatados también por la Arqueología y las fuentes (Gozalbes Cravioto 1994).

Muy distinta, probablemente con intención de mostrarse diferente, era la amonedación malacitana (Campo/Mora 1995; Mora 1993). En *Malaca* se reiteran tipos muy personales: cabezas radiadas de iconografía heliaca (fig. 81), otras con gorro cónico o plano que se acompañan de martillo y tenazas inspirándose en representaciones de Hefaiostos, mientras que en los reversos colocan también estrellas (fig. 82, 83) y, más adelante, se incluye un estandarizado templo tetrástilo (fig. 84). Se acompañan además de una leyenda en púnico con el nombre de la ciudad. Sin duda, tales figuras de aspecto romano-helenístico, solapan divinidades feno-púnicas que podrían tener relación tanto con la función de la ciudad como puerto y la importancia que el sol reviste para los marinos (Chaves/Marín Ceballos 1992), como con la salida al mar de los minerales que se transportaban desde Sierra Morena (Melchor 2000). Las series malacitanas, relativamente copiosas, se expanden por la baja Andalucía costera y saltan al norte de África, en especial a las costas mediterráneas (Gozalbes Cravioto 1994).

De las otras colonias púnicas costeras la más interesante y con emisiones más fecundas es *Seks* (Alfaro 1986), donde se muestra una tipología algo más variada, mezclando cabezas masculinas de Melkart que porta o no la leonté (fig. 85), con otras masculinas y femeninas, galeadas (fig. 8, anv. y rev.) o desnudas, atunes, toro, cornucopia, etc. También *Abdera* (fig. 87) (Alfaro 1996) produjo monedas propias, siempre con leyendas urbanas en púnico como la anterior, reiterando cabezas de Melkart y atunes con delfines y más adelante un templo tetrástilo que, en época de Tiberio, adoptará una curiosa forma labrando unas columnas que simulan atunes (fig. 171) (Alfaro, en *HMHA*, 97, 103).

En el bajo Guadalquivir, en una zona hoy interior pero en aquél momento muy próxima al estuario del *Baetis*, dos ciudades, *Ituci* y *Olontigi*, emitieron moneda con leyendas en púnico (Alfaro, en *HMHA*, 103-105), seguramente impulsadas por los grupos que se ocupaban de controlar el transporte del mineral que descendía desde los centros de producción ubicados en la margen derecha del Guadalquivir. Los tipos seleccionados por ellas se asemejan más al estilo de otras cecas vecinas, representando cabezas viriles, jinetes (*Ituci*, *Olontigi*, fig. 88), espigas, toros, etc., sin que falten algunos diseños muy personales, como la piña de *Olontigi*, en un lugar aún hoy rico en abundantes pinares (fig. 89). Las series iniciales, seguramente tras un cese temporal, acabaron una vez más adoptando el latín.

Aún hay otro grupo de talleres que utilizaron un raro alfabeto derivado del púnico, pero sólo conocido por estas emisiones monetales, impropriamente llamado «libio-fenicio» o, mejor, «púnico aberrante» (Alfaro 1991; García-Bellido 1993b). Comienzan rotulando sus nombres en él, pasando algunas cecas por una etapa bilingüe y acabando por adoptar el alfabeto latino. La mayoría se sitúa entre la franja de la costa atlántica que va de Cádiz a Gibraltar y la sierra interior, pero dos ciudades se escapan de esta región para ubicarse en la actual Extremadura, donde el control del mineral extremeño también debía de estar relacionado con ellas. Forman parte del primer grupo *Asido* (fig. 90), *Baelo* (fig. 91), *Lascuta*, *Iptuci* y *Oba*, ya que *Vesci* permanece sin localizar con seguridad. Utilizan una tipología de raíz púnica, con presencia de Melkart y un posible Baal en *Asido* (fig. 92, anv. y rev.), donde a la simbología astral de estrellas y crecientes se une el tipo marino del delfín y otras imágenes ligadas al ambiente de la zona como toros y espigas.

No faltan tipos especiales, como el ara y el elefante de *Lascuta* (fig. 93), la rueda de *Iptuci* (fig. 94) o la cornucopia de *Asido*, sirviendo ésta de reverso a un rostro femenino ataviado con un casco similar al que suele llevar Roma en los denarios. Los elementos religiosos se entrelazan con los económicos y, a su vez, sugieren relaciones con otras cecas, formando un entramado

difícil de definir unilateralmente. Cada uno de estos temas es susceptible de diversas interpretaciones e hipótesis acerca de su origen y significado, pero tanto ellos como su evolución, muestran la complejidad poblacional que imperaba en el sur de la península Ibérica. En este sentido, en la zona extremeña, y dado que las piezas de *Arsa* son muy escasas y mal conservadas, es el tipo de *Turirecina* (fig. 95), el que suscita mayor interés. Aparece en sus monedas una diosa tocada a la manera frigia a la que se oponen en reverso una rodela y una falcata además de escribirse al centro en dos líneas, el nombre de la ciudad de forma bilingüe, es decir, utilizando el alfabeto local y el latín, lo que ha dado pie a interpretaciones varias (García-Bellido 1991).

La Alta Andalucía y el mundo ibérico

Si los gadeiritas habían sido los primeros en amonedar en el sur de la península Ibérica, en el alto Guadalquivir tendría lugar un conjunto de emisiones de gran interés que marcarían la pauta y ejercerían gran influencia en buena parte del resto de la futura provincia Bética. La propuesta del funcionamiento de dos cecas en el alto Guadalquivir, *Castulo* y *Obulco*, emitiendo bronce para Cartago coetáneamente a la Segunda Guerra Púnica con pesos alrededor de 18 g –dúplos de la unidad púnica–, deberá comprobarse o, al menos, explicarse más detenidamente, ya que la considerada primera emisión obulconense porta el topónimo de la ciudad solo en latín.

La característica básica en ambas cecas es el uso de un alfabeto meridional que difiere algo del resto de la escritura ibérica y suele conocerse como «ibérico del sur» (Arévalo 2005). *Castulo* (García-Bellido 1982), en cuya proximidad se explotaban riquísimos filones de galenas argentíferas, comenzó realizando unas series que mantendrían, durante el siglo II y parte del I a.C., las mismas imágenes. En anverso, una cabeza masculina laureada a la que se opone un reverso muy especial, una esfinge marchando a derecha y tocada con casco rematado en un vástago puntiagudo bajo la que se escribe el nombre de la ciudad en caracteres ibéricos (fig. 96). Emisiones sucesivas se distinguen por una letra ibérica o por un símbolo (fig. 97), correspondiendo el grupo más abundante a la serie que incluye una mano abierta (fig. 98). Ésta se ha querido asociar con el suministro de la ciudad a las minas mencionadas incluso proponiéndola como una serie paralela a las acuñadas en el centro urbano, que en cambio se realizaría en el mismo lugar de las explotaciones (García-Bellido 1982, 145). En un momento que se supone en torno al final del primer tercio del siglo I a.C. y que puede relacionarse también con un giro en el control de la actividad minera, la ceca castulonense introduciría nombres, supuestamente, de magistrados, y escritos ya en latín, utilizando este alfabeto también para escribir

el topónimo de la propia ciudad. Su numerario resultó bastante fluido, con el uso reiterado de varios divisores, donde toros (fig. 99) y jabalíes (fig. 100) están presentes tanto en las series de alfabeto local como en las bilingües (fig. 101) y las solo latinas (fig. 102). Tales emisiones, que a su vez alcanzaron gran volumen, se encuentran por todo el suelo peninsular e incluso fuera de él, con mayor concentración en ambientes relacionados con explotaciones mineras (Melchor 2000).

La otra ceca de notable importancia en la zona de Andalucía oriental es *Obulco* (Arévalo 1999). A la mencionada primera emisión latina (fig. 103) siguen otras bilingües, latín e ibérico, que llevan en anverso una cabeza femenina peinada con moño bajo, pendientes y collar de cuentas al igual que en las monedas iniciales, que se acompaña de un creciente lunar en alguna serie y se rodea de una gráfila a modo de corona de hojas. Para los reversos prefieren elementos agrícolas formando combinaciones diferentes, tales como espigas, arado y yugo, siendo estos últimos de extrema rareza en toda la amonedación antigua (fig. 104). La divinidad del anverso, frugífera y astral, corresponde a un esquema de larga tradición mediterránea y es complejo aventurar una etiqueta con su nombre. La amonedación obulconense proporciona además otro dato importante durante el siglo II a.C.: la presencia de siete pares de magistrados de nombre indígena y escritos en alfabeto local (fig. 105), quienes, en el último tercio del mismo, serán sustituidos por una pareja con nombre y alfabeto latino –*L. Aimil/M. Iuni*– mencionando el cargo de *aedilis* (fig. 106). En un momento temprano unos divisores portan jinete con lanza en ristre al reverso (fig. 107) y algo más adelante, también en los valores fraccionarios, aparecerá el toro y un águila con las alas abiertas (fig. 108). Otra serie de interés es la que sitúa en anverso una cabeza de tipo apolíneo (fig. 109), acompañada en la otra cara por aperos de labranza, un toro o una lira. Dicha imagen presenta una iconografía similar a la usada en Roma por varios magistrados monetales, en especial por la familia de los Calpurnios (Chaves 2008a, en prensa a). Esto ocurriría ya en el siglo I a.C., aproximadamente en la misma época que también *Castulo* estaba cambiando su selección tipológica y su estilo.

Las relativamente copiosas emisiones obulconenses se encuentran diseminadas por buena parte de la *Vlterior* e incluso fuera de ella, habiéndoseles supuesto estrechas relaciones con la rica producción cerealística de la misma zona, ligada a su vez con necesidades de los ambientes mineros y/o el desplazamiento hacia ellos de los pobladores de *Obulco* (Arévalo 2002). Esto no excluye la posibilidad de que hubiese constituido un punto de abastecimiento para avituallar a las legiones romanas, en especial, en la época en que descendían al sur a invernar. El estar situada desde un momento temprano en territorio prácticamente de retaguardia

respecto a la conquista del resto de la Península podía haber sido clave en este asunto (Chaves 2000).

Hay otra ceca de localización indeterminada, *Abra* (García Garrido 1984), que utiliza tipos y alfabeto similares a *Obulco* (fig. 110), pero mayor interés despierta *Iliberris*, de la que se supuso una amonedación muy temprana que hoy se descarta gracias a tesoros, datos arqueológicos y a una revisión de ejemplares que han resultado retocados en época moderna (Orfila/Ripollès 2004). Sus monedas se encuadran en el siglo II y I a.C., representando en las series más abundantes un rostro masculino con tosca esfinge al reverso y leyenda urbana en escritura meridional, *Ilturir*, luego sustituida por el latín (fig. 111). Deberá asimismo estudiarse el motivo que los impulsa a escoger para sus emisiones iniciales, donde *Ilturir* aparece en alfabeto local, una tosca cabeza masculina galeada y, en reverso, una triquetra, mientras que en los divisores figura una victoria con escudo, corona, palma y punta de lanza (fig. 112). Curiosamente, tiempo después y probablemente en las que serían sus últimas emisiones, se vuelve al mismo tipo, pero entonces incluyendo una leyenda latina, *Florentia*, alusiva al nuevo estatuto municipal de la ciudad, conseguido probablemente en época cesariana o augustea. Al contrario que en el caso de las cecas anteriores, sus emisiones no son voluminosas y apenas salen fuera del propio territorio.

Tanto *Castulo* como *Obulco* tuvieron una clara influencia en buena parte del valle del *Baetis*, marcando una manera de hacer y un estilo característicos que se manifestarán en talleres relativamente alejados como *Vlia* (fig. 113), *Carbula* (fig. 114), *Vrso* (fig. 115) o *Carmo* (fig. 116, anv. y rev.), calificándose de «estilo de *Obulco*» (Chaves, en *HMHA*, 293). Los tipos clave de ambas cecas también se encontrarán en lugares más o menos alejados y así se repite la figura femenina en *Vlia* y *Carbula* mientras que la esfinge se representa de nuevo en *Abra*, *Ilturir* y también en *Vrso*. La selección de dichas imágenes no tiene que justificarse necesariamente por una mera copia de un tipo de prestigio sino que otras razones debieron de inducirles a ello. También los patrones metroológicos seguidos por las dos grandes cecas orientales y su evolución repercutieron en la zona occidental. Ya vimos que en su inicio se relacionaron con parámetros púnicos, pero luego adoptaron un sistema de pesos que puede relacionarse con el sextantal reducido imperante en Roma –47 y 31 g–, para ir descendiendo progresivamente hasta que, en el siglo I a.C., bajan a unos 12,5 g. En el transcurso de este tiempo los pesos sucesivos de las unidades de estas grandes cecas –22-25 g, 17-18 g y 14-15 g– también se encontrarán en numerosos talleres del resto de Andalucía (Chaves, en *HMHA*, 297-299; Mora 2006a). La reducción a los 12,5 g, supuestamente, los aproximaría al semiuncial establecido en Roma en 91 a.C., pero en realidad este sistema apenas llegó a utilizarse en la ceca

oficial romana ya que casi no se emitió bronce en los primeros años del siglo I a.C. hasta que con Sila cesaron por completo las amonedaciones en dicho metal durante el resto del periodo republicano.

Aún hay una interesante ceca en el extremo atlántico, identificada con Alcácer do Sal: *Salacia* (fig. 117). Su alfabeto ha sido muy discutido y se le atribuyen diferentes lecturas. Para Faria (Faria 1992) debe leerse *Beuipum* y califica la escritura de meridional, contra los que la llaman surlusitana. A lo largo del siglo II y I a.C. produjo nueve emisiones en alfabeto local y latín, con algunos nombres de magistrados y cierta influencia gadeirita en los tipos donde aparecen cabezas de Melkart, atunes y delfines (fig. 118).

El valle del Guadalquivir y otras cecas de alfabeto latino

En el territorio de la actual Andalucía se concentran, desde el valle medio del Guadalquivir hacia el suroeste, el mayor número de las cecas que solo emplean el latín en sus leyendas, con fuerte presencia en la actual provincia de Sevilla, pero alcanzando también ciertos puntos de la costa. Se caracterizan por la inclusión del topónimo de la ciudad, adjetivado en unos pocos casos, escrito en alfabeto latino. Algunas cecas mencionan el nombre de uno o más magistrados, precisando en ocasiones el cargo de *quaestor* o *aedilis*. Por ejemplo, los *L. Aeli* y *Q. Publici* en *Onuba* (fig. 119) o *L. Folce aedile* en *Acinipo* (fig. 120). La presencia de una S o de tres puntos en ciertas monedas se han supuesto marcas de valor (*Searo*, fig. 121), mientras que, como ya vimos, su metrología según la zona y el momento, está relacionada con las dos importantes ciudades emisoras de Andalucía oriental —en el fondo también con Roma— o con los patrones de bajo peso y raíz púnica del sur. Hay también una evolución dentro de las diversas series de cada ceca como anunciamos líneas arriba, y en bastantes casos se acuñan divisores cuya tipología conecta normalmente con el tipo de los valores mayores, algunos de cuyos ejemplos veremos más adelante.

En realidad, varios talleres se limitaron a producir emisiones muy cortas o muy puntuales —*Cerit* (fig. 122), *Vgia*— y ninguna ceca alcanzó el volumen de las antes citadas. Sin embargo, la variedad tipológica es francamente notable, hasta el punto que determinados temas resultan únicos en el Mediterráneo. Son los casos del palmito presente en las monedas de *Laelia* (fig. 123) (Chaves 2005a), o de la bellota en las de *Ostur* (fig. 124) o la ya mencionada piña en la *Olontigi* púnica. Un listado de todos sería prolijo, pero recordemos al menos el desfile de cabezas femeninas diademadas (*Corduba*, fig. 125); veladas (*Bora*, fig. 126), con casco (*Osset*, fig. 127), las masculinas desnudas (*Searo*, fig. 121, anv.) o galeadas (*Lastigi*, *Ventipo*, fig. 128), toros en diferentes posturas (*Orippe*, fig. 129 y 130; *Bora*,

Ipore, etc.), caballos (*Sacili*, fig. 131), jinetes en diversas actitudes (*Carissa*, fig. 132; *Laelia*, *Ilipila*, fig. 133), jabalís (*Halos*, *Celti*, fig. 134), racimos de vid (*Acinipo*, fig. 120) o incluso de olivo (*Vlia*, fig. 113), palmas (*Laelia*, *Lastigi*; *Ostur*, fig. 124) y numerosas espigas (*Carmo*, fig. 116, rev.), *Ilipa*, fig. 135; *Searo*, etc.). También se deben recordar las iconografías que responden a Heracles-Melkart (*Sisipo*, *Carmo*), e incluso aparece algún delfín en cecas del interior aunque, como veremos, el sábal, pez de río, tendrá mayor importancia.

Es cierto que algunos tipos parecen copiarse o inspirarse en las cecas de Andalucía oriental o en las más importantes de la zona occidental, como ya vimos, lo que ha originado el criterio de agruparlas por «zonas de influencia» (Villaronga 2004). No obstante, la personalidad de estos talleres aflora incluso en las copias de prototipos extraídos del acervo clásico-helenístico o romano (Chaves/Marín Ceballos 1981). Así ocurre con las iconografías tomadas de Mercurio (*Carmo*, fig. 136; *Halos*), Apolo (*Salpesa*, fig. 137), Sileno (*Sacili*, fig. 131), Juno (*Bora*, fig. 126, anv.), etc., que muestran su conocimiento de estos temas y formas, pero su interpretación puede que no coincida siempre con la originaria. Símbolos ligados en principio a ciertas divinidades como la lira a Apolo (*Carbula*, fig. 138; *Salpesa*, fig. 137) o el caduceo a Mercurio (*Carmo*, fig. 139) aparecen también representados sobre las monedas del sur. Se encuentran asimismo modelos que pueden inspirarse en el acervo clásico mediterráneo, pero que se readaptan de forma personal como un curioso soldado con escudo oblongo (*Ventipo*, fig. 128), un personaje desnudo con racimo (*Osset*, fig. 127, rev.) o una imagen sentada y vestida portando cornucopia (*Irippe*, fig. 140). Desde muy pronto y como ya se ha visto sobre piezas de *Obulco*, la corona de hojas tipo láurea tuvo buena aceptación rodeando varios tipos de *Carmo* y otras ciudades e incluso se muestra en algunos divisores enmarcando las iniciales urbanas como en el caso de *Lastigi* (fig. 141).

Una larga serie de imágenes se expanden por las monedas del sur andaluz, abriendo de nuevo el resbaladizo tema de su elección, planteándonos si fue pensada con criterio simbólico-religioso y/o político-económico. Pero, en definitiva, es claro que nos avisan de la intención que subyace en estas emisiones: los tipos se convierten en blasones de las ciudades (Arévalo 2002-2003) y, más allá de su valor liberatorio, simbolizan la entidad ciudadana a la manera de las *poleis* griegas. Ciudades y ciudadanos estaban recorriendo un camino de *aemulatio*, *imitatio* e *integratio* que iba a culminar con el Imperio (Chaves 2008a, en prensa a).

Entre el alto número de cecas es conveniente destacar algunas de singular interés, como las de *Carbula* e *Vlia*, que mantienen en anverso una cabeza femenina al estilo de la obulconense, supuesta divinidad difícil de nominar sin más datos, pero de indudable carácter

astral y frugífero como hemos visto, con unos reversos que invitan a la reflexión: lira en la primera, racimos de olivo en la segunda. Por su parte, en la importante ciudad de *Vrso*, una esfinge parecida a la de *Castulo* ocupa el reverso de unas controvertidas emisiones con cabezas masculinas de muy diferente estilo y la leyenda *L. Ap. Dec. Q.* (fig. 115, rev.), hasta que un oso sentado (fig. 142) y otro rampante sustituyen a la esfinge apareciendo entonces *Marc. Q.* También en los alrededores del actual Aljarafe (Sevilla), en óptima situación respecto al estuario del *Baetis* y a la zona minera vecina, otras ciudades como *Lastigi*, *Laelia* (Chaves 2005a), *Ilipla* u *Ostur*, emiten varias series interesantes y con tipos de fuerte personalidad mencionados más arriba.

Pero serían *Carmo* e *Ilipla* las dos cecas fundamentales de las que tanto su metrología, relacionada al parecer con los grandes talleres de la cabecera del río, como sus tipos, ejercerían notable influencia en otros talleres más o menos próximos. La excepcional situación de la primera, sobre un alcor que domina el fértil valle del río Corbones, así como la posición de la segunda, a orillas del Guadalquivir y con los caminos que suben hacia la serranía minera detrás, hacen esperar emisiones de un volumen mayor que otras ciudades vecinas. *Carmo* (Chaves 2001) reitera también en reverso el tipo de las dos espigas con el topónimo urbano al centro, mientras que por sus anversos desfila, primero, una cabeza galeada muy sencilla (fig. 116 a), luego otra con casco tipo Roma, y una tercera con casco frigio (fig. 143). Asimismo aparece una figura con iconografía de Mercurio llevando petaso y caduceo (fig. 136) (Rodríguez Casanova 1999), sin que falten las cabezas de Heracles-Melkart a juzgar por la clava presente en algunas. En la serie más tardía, a un tosco rostro masculino lo acompaña un delfín como se hacía en ciertas monedas de la *Citerior*, pero cosa insólita en el sur. Varios divisores con caduceo (fig. 139), espiga y también con una interesante cabeza femenina, completan estas series que conocen una relativamente amplia expansión en la Bética occidental. Es preciso destacar el notable éxito de la espiga, que se repite en otras cecas, bien enmarcando el topónimo (*Cerit*, *Caura*, *Lastigi*, *Searo*, etc.), bien en otra disposición (*Iliturgi*, *Ilipla*, etc.).

Ilipla (Rodríguez Mérida 1992; Chaves 2007), la ciudad en cuyos aldeaños los cartagineses habían sufrido su derrota definitiva, se decantó por otro de los tipos que copiarían varias cecas del sur: un sábal, pez del mismo río *Baetis*, en una de sus caras, y en la otra, una preciosa espiga. En principio, ésta aparece flanqueada por sendos caduceos, mientras que al pez lo acompañan dos estrellas con un creciente al centro (fig. 144). En las emisiones sucesivas queda solo el creciente (fig. 135) y en las posteriores desaparecen todos los símbolos. También emitió divisores en menor cantidad, y es una de las cecas donde se muestra la enigmática letra A (fig. 145), presente en varios

talleres del sur, letra que ha recibido interpretaciones muy diversas, desde ser considerada marca de valor a símbolo religioso (Arévalo 1993), o a distintivo de determinadas emisiones correspondientes a un conjunto de cecas unidas para una actividad relacionada con la minería (Chaves 1993a). De hecho, al estudiarse la dispersión de las monedas de *Ilipla* (Arévalo 1994) se observa cómo éstas se extienden claramente por el ámbito minero, especialmente el extremeño. También junto al *Baetis*, *Caura* (fig. 146; Chaves 1993) sigue el mismo tipo del sábal mezclándolo con las espigas carmonenses y, a orillas del Guadiana, *Murtili* (fig. 147) lo usará también en unas toscas, pero reiteradas series que se acompañan de un nombre en latín (Faria 1995; 2001).

En el largo elenco de cecas que tuvieron alguna actividad a lo largo de este periodo en el territorio que luego sería la provincia romana de la Bética, es inevitable aludir a dos que revisten una especial personalidad y marcan unas características diferentes del resto, pudiendo aportar interesantes datos para comprender la actividad de Roma en la Península: *Carteia* y *Cor-duba*.

Carteia (Chaves 1979a) había sido establecida de forma anómala en 171 a.C. (Liv. 43, 3) para asentar a hijos de soldados componentes de las legiones y mujeres indígenas (Pena 1988). Pero estos fundadores de la dicha *Colonia Libertinorum Carteia* no debieron de estar nunca solos sino conviviendo con un núcleo de cierta importancia formado por los habitantes originarios del lugar, gentes con fuerte raíz semita quienes, desde mucho tiempo atrás, estaban insertos en un sólido entramado de relaciones comerciales que no habría tenido sentido desperdiciar entonces.

Las monedas carteenses reflejan la variopinta sociedad que habitó la ciudad y las tensiones que debieron de sucederse en ella. A nivel de oportunidad política y con un estatuto tan peculiar, resultaba muy adecuado ceñirse a la amonedación romana oficial, lo que indican ciertos tipos de divinidades como Júpiter o Saturno, Mercurio, Heracles o las reiteradas proas de reverso, sin que falte la representación del *fulmen*, símbolo de Júpiter, mientras que a la vez se utilizan marcas de valor también de forma similar a Roma. Sin embargo, cuidaron de emitir valores fraccionarios, del semis hacia abajo, siguiendo con ello el tamaño de monedas más habitual en la zona del Estrecho. Aunque comienzan mencionando solo el nombre urbano (fig. 148), pronto incluyen magistraturas latinas –*censor* (fig. 149), *quaestor*, *Illuir* (fig. 150)– y fórmulas romanas –*EX D.D.*, *D. D.* (fig. 151), *EX S.C.F.C.*–, que además parecen estar ocupadas en su mayoría por descendientes de hijos de los antiguos fundadores de procedencia itálica: *L. Agrius*, *L. Atinius*, *P. Falcidius*, *C. Maius Pollio*, *C. Minius* (fig. 150, rev.), *Q. Opsilius*, *Q. Pedecaius* (fig. 152), *L. Marcius* (fig. 153), etc.

(Chaves 1979, 35-49; González Román/Marín Díaz 1994; Pena 2000). Pero también se utilizan figuras ligadas en buena parte al conjunto de sus pobladores y a las actividades que se venían desempeñando entre los carteenses. Así se representan delfines y timones, se efigia la imagen de Neptuno con su tridente (fig. 154) o la de un sencillo pescador de caña (fig. 155), caso único en las amonedaciones antiguas. A estos tipos se añade una cabeza femenina torreada estilo Tiché, en la que se han querido apreciar las raíces orientales. Aún es posible detectar las tendencias políticas, a veces opuestas, de la sociedad carteense a través de los magistrados que signan las monedas y en su selección de tipos, como parece dibujarse en la aparente simpatía de algunos hacia los partidarios de Pompeyo.

El otro caso especial es *Corduba* (Chaves 1977), ciudad que sería elegida capital de la provincia *Baetica* por Augusto, pero que ya antes venía ejerciendo una importante función de centro político-administrativo en toda la zona, albergando altos magistrados, además de ser una potente colonia de itálicos y romanos. Sus monedas no pasan de cuadrantes marcados con los tres glóbulos de rigor, es decir, son valores menores en bronce, pero debieron de desempeñar un especial papel en ciertos momentos, extendiéndose por Andalucía y Extremadura, saliendo de la provincia y siendo también tesaurizadas (Chaves 2006). Sobre la interpretación de sus tipos no hay acuerdo definitivo, aunque en el anverso el rostro femenino puede responder a una posible imagen de Venus que encajaría con la figura tipo Eros, portadora de antorcha y cornucopia, situada en el reverso. Si ello tiene que ver con el nombre del *quaestor*, *Cn. Iuli L. f.*, que firma la pieza, el círculo se cerraría (figs. 125 y 156). También se discute si se inician sus emisiones a final del siglo II a.C. o se realizan en época sertoriana, pero sin duda pertenecen a éste último momento las más numerosas (Chaves 1977, 37-79, 2006; Knapp 1982; Amela 2006).

Del Principado al final de las emisiones locales (mapa 3 y tabla 2)

La transición al Principado

Uno de los momentos menos claros en la amonedaación peninsular tuvo lugar tras la derrota de Sertorio. Generalmente, se viene atribuyendo al periodo de enfrentamientos entre senatoriales y populares que se desarrolló en Hispania, una relativa intensidad en la producción de moneda local por parte de ciertas ciudades que habría estado encaminada a colaborar con la causa sertoriana, lo que, en contrapartida, iba a provocar después el cese de las mismas. El tema no se presenta hoy tan simple, y estudios como el de la ceca de *Sekaisa* (Gomis 2002) o *Turiaso* (Gozalbes 2004-

2005) han mostrado que las series más copiosas atribuidas hasta ahora a dicho periodo son anteriores a él. No obstante, hallazgos y tesoros parecen indicar que, con la victoria *optimata*, al menos la plata dejó de acuñarse en la *Citerior*, aunque ya antes había disminuido notablemente.

De todas formas, es difícil delimitar cuando e incluso porqué la mayoría de las cecas peninsulares cesaron en sus emisiones (Campo 2005). Es cierto que el taller de Roma a partir de Sila había dejado de emitir bronce pero, en todo caso, ésa sería una razón de más para que la producción de moneda local en ese metal se acrecentase. El hecho es que pocos son los casos en que tengamos cierta seguridad de seguir encontrando amonedaciones hispanas (Campo 2005; Llorens 2005). No obstante, importantes cecas como *Emporion* (fig. 157) o *Gades* no se cerraron, ni tampoco *Arse*, *Ilici* y *Carteia*, y probablemente permanecieron activas durante un tiempo *Obulco* y, con renovadas emisiones, *Castulo*.

Se han atribuido a este momento unas series monetales donde el latín aparece junto a la lengua local, pero sin abandonar los tipos tradicionales: *Kelse* (Amela 2004; Mullor/Ripollès 2004; fig. 158), *Saiti* y *Kili* (Llorens 2005). Un caso curioso lo representan monedas de *Usekerte/Osicerda* (fig. 159), donde se copia el tipo cesariano del elefante pisando la trompa gala y una victoria en la otra cara. Otras, como *Segobriga* (fig. 160) *Toletum*, *Segovia* o *Clunia* (fig. 161), mantienen el consabido jinete pero con leyenda solo en latín. Asimismo, hubo varias ciudades que comenzaron series renovadas poco antes del Principado, aunque con Augusto continuarían produciendo emisiones relativamente importantes según se observa en *Celsa*, *Osca*, *Bilbilis* o *Turiaso* (Llorens 2005). Es interesante observar como las monedas reflejan el cambio de denominación de la colonia que comenzó siendo fundación de Lépido incorporando su nombre al urbano (fig. 162), pero a la caída de éste se abandonó dicho *nomen* pasando a usar el de *Celsa* (García-Bellido 2003) (fig. 163). Un caso especial lo representan los denarios emitidos en *Osca* en 39 a.C. por Cn. Domicio Calvino, tras su victoria sobre los cerretanos. Curiosamente, la cabeza masculina de estos anversos recuerda la que fue tradicional en *Bolskan*, pero el topónimo urbano se escribe ahora en latín y en el reverso figuran los instrumentos propios del sacerdocio romano y el nombre del cónsul (fig. 164) (Domínguez 1991).

En los años inmediatamente anteriores al inicio del Principado o en un momento consecutivo a la derrota de los pompeyanos, parece que tuvieron lugar ciertas emisiones en las que, bien no se encuentra el retrato del emperador, bien la figura masculina puede interpretarse como tal, pero sin la leyenda con su nombre como luego suele ser habitual. Es el caso de la primera emisión de la ceca de *Segobriga* (fig. 160) (Ripollès/

Abascal 1996, 114), donde los anversos se inician mostrando estereotipadas e impersonales cabezas que darán paso a otras al estilo de los retratos augusteos. Más adelante, incluirán el título de Augusto y luego el de Tiberio, siempre con el nombre de la ciudad en latín, mientras que en el reverso mantienen el jinete lancero hasta que, con el último emperador, lo sustituyen por una láurea.

Ciertamente, no es habitual que las cecas que emiten en época augustea lo hagan sin el nombre imperial, pero hay otros casos. Por ejemplo, se ha propuesto que, en el sur, *Osset* e *Irippo*, talleres que ya tuvieron su inicio durante la República, lanzaron alguna serie con la imagen de Augusto, aunque luego no tendría continuidad con el nombre del emperador (Ripollès, en *HMHA*, 341). Esto no es óbice para que se realizasen emisiones de volumen notable, lo que ocurrió concretamente con *Irippo*, cuyas monedas se encuentran por toda la *Baetica* y son también objeto de tesaurización. Por otra parte, *Ilercaunia-Dertosa* (fig. 165) (Llorens/Aquilué 2001) comenzó por estos años con una emisión cuyos tipos representan naves, tanto en anverso como en reverso, escribiendo el estatuto municipal y el topónimo urbano, pero sin efigie ni nombre imperial. No obstante, con Tiberio sí lo incluirían.

Una novedad en este periodo fue la apertura de cecas en varias ciudades que antes no habían emitido, como el caso muy notable de *Carthago Noua* (Llorens 1994), que, desde que funcionara para los bárcidas, no había vuelto a producir moneda. Hacia mediados del I a.C. y habiendo recibido el estatuto colonial en 57 a.C., comenzaría unas interesantes series haciendo gala de una rica variedad de tipos, unos muy del gusto romano, otros reflejando monumentos (fig. 166) o acontecimientos de la ciudad, como el posible culto a la Salud (Uroz 2003). Desfilan por sus series, desde entonces y también con los primeros emperadores, una rica gama de magistrados, duunviros quinquenales, que muestran la importancia de la colonia (fig. 167). Los nombres de éstos señalan a su vez el origen itálico de las elites, enriquecidas con el comercio de los productos que salían por su puerto, y la habilidad de las mismas al atraerse como magistrados honorarios a personajes de la talla de Augusto, Agripa, Tiberio o los reyes mauritanos Ptolomeo y Iuba II, siendo además los tres últimos patronos de la ciudad (fig. 168). Mantendría sus emisiones hasta Calígula con una abundante producción (fig. 169). Aunque no emitió más que valores pequeños, semises y cuadrantes, los produjo en cantidad apreciable. La otra colonia levantina y no muy lejana de la anterior, *Ilici* (Llorens 1987), también atravesó un momento transicional anterior a Augusto, pero no pasaría de la época de Tiberio, emitiendo en este caso ases y semises bajo la orden de sus duunviros.

La amonedación peninsular durante el Imperio

El paso de un sistema de gobierno a otro —de República a Imperio— tuvo como es bien sabido una enorme repercusión en la moneda romana, y la península Ibérica no se iba a ver libre de ello (Ripollès, en *HNHA*). Es importante recordar que la inmensa mayoría de los talleres que funcionaron antes ya habían cerrado definitivamente y los pocos que permanecían activos estaban sufriendo cambios notables a tenor de los nuevos tiempos. Un ejemplo servirá para ilustrar esta realidad: *Gadir*.

Gadir (Alfaro 1988, 85 y ss., y 153 y ss.) estaba atravesando un periodo de apogeo ante la elevación de algunos de sus ciudadanos a las más altas esferas. El caso de los Balbos, valedores de César y Augusto, es bien conocido, y la sociedad gadeirita, ahora gaditana tras la concesión del estatuto municipal, debía de estar presentando su cara más agradable y romanizada ante los nuevos dueños del poder. Al final del siglo I a.C. tuvieron lugar unas emisiones muy diferentes a las tradicionales que, por ello y por su inhabitual tamaño, se consideraron un tiempo medallones conmemorativos (Guadán 1963). Sin embargo, sus altos pesos responden al recién estrenado sistema augusteo —sestercios y dupondios— y sus ejemplares se han hallado también formando parte de tesaurizaciones junto a otras monedas de curso normal (fig. 170) (Chaves 1991-93). Los tipos utilizados son fuertemente expresivos, más de lo que la sociedad local pretendía mostrar: aparecen en ellos Augusto, Gayo y Lucio, Tiberio, un templo de factura clásica, Agripa como *patronus parens*, el acrostolio, etc., e incluso se menciona el pontificado obtenido por Balbo el Menor, sin que se atrevan a colocar su efigie, pero sí los instrumentos sacerdotales propios del cargo. En estas últimas monedas, y también en algunas otras, se incluye la tradicional imagen del dios tutelar, Melkart, pero debemos tener en cuenta que por entonces Roma había asumido su culto en el propio santuario y la visita al mismo, tanto de César como de otros generales romanos, lo evidencia (Chaves, en prensa b).

Otros casos notables para comprender cómo aún los más reticentes acabaron sumándose a las tendencias de la casa gobernante se pueden apreciar en cecas como la púnica *Abdera*, que, a pesar de mantener su tipología tradicional, en época de Tiberio colocaría la efigie del emperador y, en el reverso, un templo de factura clásica, pero donde las columnas tienen la forma del tipo local, el atún (fig. 171). También es interesante el recurso de la ceca de *Carteia*, que venía emitiendo series muy copiosas como la del Neptuno con tridente o el delfín, también con tridente. En ella, a pesar de no incluirse retratos imperiales, durante el gobierno de Tiberio y acompañando a dos de sus tipos tradicionales, la cabeza femenina torreada y el timón,



Mapa 3. Ubicación de cecas hispanas al inicio del Imperio (autora e ICAC/UDG, a partir de *HMHA*: 1997, 359 y 360).

aparecen mencionados como *IIIuiri* honorarios los herederos Germánico y Druso (fig. 172) (Chaves 1979, 103).

Salvo contadas excepciones, las cecas que funcionaron en ese periodo habían recibido un estatuto privilegiado, bien municipal, bien colonial; estatuto que colocaron en la leyenda de sus monedas y del que alardeaban escribiéndolo junto a los tipos seleccionados. Un ejemplo notable es la fundación de *Augusta Emerita*, en el corazón de *Lusitania*, donde se dio el caso único, aunque breve, de emisiones en plata, denarios y quinarios, con el nombre urbano y el del emperador (fig. 173). Las guerras cántabras habían necesitado un numerario en plata y bronce para sufragar sus gastos y también los de la recién fundada ciudad, de lo que se encargó el legado P. Carisio, quien también signaría las monedas (fig. 174). Una de las series en bronce, controvertida por el lugar de su emisión que unos suponen en el corazón de Galicia, *Lucus Augusti*, y otros lo creen producto de una ceca móvil, lleva en el reverso un escudo tipo *caetra* (fig. 175). Pero luego la plata cesaría y la nueva colonia seguiría amonedando con las mismas pautas que veremos en otras cecas locales hispanas, es decir, recordando su fundación y sumán-

dose a las líneas laudatorias de la propaganda imperial, aunque incidiendo en algunos tipos específicos muy personales, como veremos luego. Sus emisiones, realizadas en diversos valores de bronce, fueron numerosas y relativamente abundantes, cubriendo supuestamente las necesidades de la zona hasta el gobierno de Tiberio, pues el *municipium Liberalitas Iulia Eboracensis* (fig. 176) emitió dupondios y ases en no gran cantidad y solo con Augusto, al igual que fue muy corta la emisión de la *Colonia Pax Iulia*.

Punto básico a tener en cuenta es que a partir del Principado, y como ya se explica en otro lugar de este volumen, Augusto hizo una nueva división de las provincias hispanas, *Tarraconensis*, *Baetica* y *Lusitania*, lo que tendría una evidente repercusión en las nuevas acuñaciones locales. Entre ellas existen claras diferencias en leyendas y cronología. Quizá la más notable discrepancia para la que por ahora no se ha encontrado una interpretación satisfactoria sea la presencia del permiso imperial –*perm. Aug.*; *perm. Caes. Aug.*, e incluso *perm. diui Aug.*– en las ciudades de la *Baetica* y en algunas de la *Lusitania*, mientras que tal fórmula nunca aparece en la *Tarraconense*, donde, en cambio, se muestran en muchas ocasiones nombres de magis-

trados con sus cargos, algo ausente en el resto. Se ha especulado sobre la justificación del uso diferente de este permiso pensando que la *Baetica* era provincia senatorial y la Tarraconense imperial, pero en la *Lusitania* también aparece el permiso, siendo asimismo provincia imperial. Muy interesante es la mencionada inclusión de los nombres de magistrados locales en las ciudades del norte y el levante, personajes de los que en repetidas ocasiones nos ha llegado otro testimonio paralelo de ellos o de su familia en la epigrafía lapidaria local. Los cargos mencionados con mayor frecuencia son los de *Ilvir*, con repetición a veces de la magistratura, o bien quinquenal, aunque también aparecen *quaestores* en *Emporion* y *aediles* en varios puntos.

También hay diferencia en la cronología del funcionamiento de estos talleres según las provincias: hay cecas que solo amonedan con Augusto en todas las provincias –*Colonia Patricia*, *Ilerda*, *Ebora*...–, otras lo hacen solo con Tiberio –*Colonia Romula*, *Cascantum*...– y también las hay que emiten con ambos –*Emerita*, *Ercauica* (Gomis 1997)...–, pero serán únicamente varias ciudades de la Tarraconense, como por ejemplo *Bilbilis* o *Caesar Augusta*, las que produzcan moneda propia durante el gobierno de Calígula. Un caso muy curioso que revela cómo estas diferencias van ligadas a la pertenencia a una u otra provincia es el de *Acci* (Chaves 1976). La ciudad empezó sus emisiones cuando aún pertenecía a la *Baetica*, siguiendo las pautas habituales en ella, permiso imperial incluido. Pero en 7 a.C. tuvo lugar la segunda reforma del territorio ordenada por Augusto, y la *Colonia Iulia Gemella Acci* pasaba a la Tarraconense. A partir de ese momento su producción se iba a adaptar a las normas de esta última provincia y, como otras cecas de esta circunscripción, llegaría también a funcionar con Calígula, caso único en el sur (fig. 177) (Chaves 1976).

Un punto clave en las emisiones de estas ciudades es su clara incorporación a las líneas de propaganda de la casa imperial, colocando nombres, títulos –*Pater Patriae*, *Imperium*– y retratos del emperador de turno y su familia, tanto incidiendo en los programas sucesorios como en los temas que apoyaban las líneas de gobierno del nuevo poder y resaltaban sus símbolos. Señalamos con un ejemplo únicamente algunos de ellos, que se reiteran en bastantes más ciudades de las aquí indicadas: láureas –*Iulia Traducta* (fig. 178); *Segobriga* (fig. 179)–, aras –de la *Providentia Augusta* en *Emerita* e *Italica* (fig. 180); a *Salus Augusta* en *Ilici* (fig. 181)–, templos –*Gades*, *Tarraco* (fig. 182)–, instrumentos sacerdotales –*Carthago Noua*, *Colonia Patricia* (fig. 183)–, etc. La renovación urbana que propugnaba la política imperial se plasma en la presencia de edificios y arquitecturas (Beltrán Martínez 1980) y el recuerdo simbólico de obras de ingeniería como acueductos o abastecimiento de aguas. En este sentido, *Emerita* es un buen ejemplo al presentar la puerta de la ciudad

(fig. 184) y cabe recordar de forma simbólica sus obras de ingeniería hidráulica (fig. 179 anv.) (Beltrán Martínez 1976).

Un caso singular es el de *Colonia Romula*, único en el Imperio, que refleja hasta qué extremo podía llegar el afán de *laudatio* en torno a la casa imperial. En unos dupondios pertenecientes a época tiberiana se sitúa en anverso la imagen de Augusto divinizado, con estrella y radiado, titulándolo *Diuus Augustus Pater*, cosa que Tiberio también haría en la ceca de Roma. Pero de forma insólita, le corresponde un reverso donde se representa el busto de Livia con globo y creciente, calificando también a la insigne viuda como *Augusta* y con el extraordinario apelativo de *Genetrix Orbis* (fig. 185) (Chaves 1978a). Otra exageración se debe a *Tarraco*, donde se graba un ara que muestra una palma florecida en ella, supuesto milagro a ojos de los enardecidos ketanos, historia que mereció la ácida burla del propio emperador (fig. 186). Y, naturalmente, la propaganda sucesoria no quedaba atrás, como se refleja tanto en cecas de la Tarraconense como de la Bética y, siguiendo la moda de la época, la presencia de las cabezas afrontadas de los herederos no es rara, como ocurre en el caso de *Colonia Romula* con Germánico y Druso (fig. 187) o en *Carthago Noua* con Nero y Druso (fig. 188). Por otra parte, y ocupando un importante papel en la selección temática de muchas de estas ciudades, la adopción del nuevo estatuto colonial o municipal que habían recibido buena parte de las nuevas cecas también se refleja con la inclusión de yuntas fundacionales –*Emerita*, *Caesar Augusta* (fig. 197)– o *signa militaria* –*Colonia Patricia* (fig. 189)–, a veces mencionando las propias legiones fundadoras, como ocurre en *Acci* o *Caesar Augusta*.

No obstante, también hubo lugar para tipos especiales o específicos de ciudades concretas. En unos casos, porque aun con el retrato del emperador, en reverso se mantuvieron viejos esquemas, como ocurrió con varias cecas de la Tarraconense, que reiteran, como hemos visto, el arraigado tipo del jinete lancero –*Bilbilis* (fig. 190)– o establecen uno nuevo, caso del toro –*Calagurris* (fig. 191)–, o bien porque la selección tiene que ver directamente con los habitantes del lugar. Ejemplo notable de esto en la *Baetica* es *Italica*, primera fundación fuera de Roma allá por el 207-206 a.C. Sus tipos incluyen a la Loba Capitolina con Rómulo y Remo (fig. 192), al Genio del pueblo Romano –*GEN. POP. ROM.* (fig. 193)– y efigian una figura militar con la leyenda *ROMA* (fig. 194). Sin duda todos ellos resultaban temas suficientemente significativos para recordar los orígenes de la ciudad y reflejar el pensamiento político de las elites del momento (Chaves 1973, 2008b) sin que ello los privara de sumarse a la propaganda sucesoria del emperador (fig. 195).

También en este periodo siguió habiendo mucha diferencia en cuanto al volumen de producción,

tanto entre una ceca y otra, como entre las diversas emisiones de una misma (Ripollès/Muñoz/Llorens 1993). Una de las ciudades más prolíficas en la que los nombres de magistrados abundan, a la vez que muestra otros datos de interés para mejor comprender el funcionamiento de sus estructuras municipales y la relación con el gobierno central, es *Caesar Augusta* (fig. 196) (Beltrán Martínez 1956; Gómez 2003; Domínguez Arranz 2006b). Produjo quizás el volumen más alto de monedas de este periodo en Hispania, batiendo diversos valores en al menos nueve series que alcanzan hasta Calígula (fig. 197). A los tipos alusivos a su fundación y a las legiones (fig. 198) que intervinieron en ello se unen los que ensalzan a la casa imperial uniéndose a la hábil propaganda sucesoria: Cayo y Lucio, Nero y Druso, Livia, Germánico, Agripa y Agripina se festejan en sus emisiones junto al emperador de turno. También atrae la atención el toro coronado por una especie de tocado característico del animal que se conducía al sacrificio dentro de la ceremonia de los *suovetaurilia*, como también se encuentra en *Ercavica* (fig. 199). Este tema, unido a la importante presencia de los instrumentos sacerdotales en muchas emisiones hispanas del periodo imperial, refleja la evolución de la mentalidad de los emisores en tal momento.

En líneas generales, se puede considerar que la Tarraconense gozó de una producción más elevada que la *Baetica* y, como vemos, también más prolongada en el tiempo, e incluso en *Ebusus* se produjo un corta emisión con Claudio. Ni siquiera la capital bética, *Colonia Patricia*, poseyó emisiones de gran volumen, aunque subsiste la teoría de que tanto ésta como algunas otras ciudades hispanas –*Emerita* y *Caesar Augusta*– albergaron en su ceca variadas emisiones de plata estrictamente imperiales, aprovechando para ello la existencia de su taller local (Sutherland *RIC*, I, 41-51).

Recordando también que se emitieron todos los valores del sestercio al cuadrante pesando por dupondios, ases y semises, aunque raramente una misma ciudad los acuñó todos, no podemos obviar un punto de interés que afecta al uso de los metales y refleja al mismo tiempo la penetración gradual de las reformas imperiales: el empleo del oricalco por las cecas locales. Se trata de una aleación de cobre y estaño, pero que debía de contener también un porcentaje mínimo de 12% de zinc, modalidad introducida en la reforma augustea para la composición de los valores mayores acuñados en metal no noble. La analítica realizada sobre las monedas hispanas ha demostrado que en principio no se siguió la norma, empleándose el bronce sin zinc en la Bética (Chaves 1978b), mientras que en la *Tarraconensis* fue a partir de Tiberio cuando las cecas locales se adaptaron a la regla general (Ripollès, en *RPC*).

Un balance

En definitiva, la última etapa de la amonedación realizada por las ciudades de la península Ibérica, presenta grandes diferencias con el periodo anterior. La acusada personalidad que desde el primer momento habían mostrado muchas de ellas, en especial en el sur y el levante, se había ido diluyendo con el tiempo. Los alfabetos locales fueron sustituidos por el latín, los nombres de los magistrados, cuando aparecen, van insertándose no solo en escritura, sino también en las formas nominales itálicas y/o romanas, y las iconografías van haciéndose cada vez más similares a las empleadas en monedas oficiales de la República.

El inicio del Imperio marcaría unas diferencias mucho más netas. Las ciudades que amonedan no perderían la ocasión de resaltar esta vez su admiración y fidelidad a la política imperial, celebrando continuamente los paradigmas de su propaganda (Beltrán Lloris 2002; Chaves 1998a). Una evaluación hipotética sobre el volumen de monedas producido por estas cecas ha puesto de manifiesto que tales emisiones no solucionaban el montante de los gastos edilicios –y de otro tipo– de las nuevas colonias y de los municipios en un momento clave para ajustarse a los planes de engrandecimiento urbano surgidos con Augusto (Ripollès/Muñoz/Llorens 1993). Tanto esto como el cese absoluto de la producción durante el gobierno de Calígula nos hace suponer que en tales emisiones primaba más una intención política, la de aparecer como decididos seguidores de la política imperial, que un fin financiero o económico. Sin embargo, también debieron de ejercer una función económica de cierto interés, como lo muestra el que, una vez cerradas dichas cecas, ya en época de Claudio, se recurriese a imitar determinados ases del emperador; es más, la falta de moneda fraccionaria hubo de suplirse aún antes partiendo monedas en trozos menores para obtener divisores, y también contramarcando piezas en mal estado para que siguieran circulando (figs. 200 y 201). En este sentido, son notables las contramarcas que aplican las legiones para revalorizar y usar entre ellos la moneda de las cecas locales (Blázquez 1999; García-Bellido 2004).

No sabemos si la idea de señalar su devoción hacia las premisas ideológicas del Imperio partió del conjunto de los ciudadanos o de sus minorías dirigentes, a las que empezamos a ver ascender rápidamente a puestos antes nunca soñados (Caballeros 1990): el hecho es que, cuando ya no se consideró necesaria esa tarjeta de presentación, cesaron todas las emisiones. Pero también es evidente que, a pesar de que en teoría toda esta amonedación no hubiera debido permanecer vigente largo tiempo después de emitida, es claro que las monedas procedentes de las cecas locales de la península Ibérica, y no solo éstas sino las acuñadas durante la República, siguieron circulando sin problema, no siendo raro en-

contrarlas en las excavaciones arqueológicas ocupando niveles que corresponden a siglos posteriores.

Problemas, temas de estudio y líneas de investigación

Algunos temas problemáticos

Aunque el estudio de la Numismática hispana antigua ha avanzado vertiginosamente en los últimos cuarenta años, hay muchos temas pendientes en los que se ha insistido sin llegar a un acuerdo o es difícil avanzar más con los datos que hoy poseemos. Un ejemplo del primer caso podría ser la dificultad de explicar satisfactoriamente la falta de emisiones de plata en el sur, donde las ricas minas abundaban, mientras en la *Citerior* dichas emisiones se producían con una relativa frecuencia. Tal vez, entre otras causas, haya que profundizar precisamente en esto: en el norte, la menor accesibilidad a la plata pudo inducir a conseguirla y a mantenerla acuñada en ciertos sectores, reservándola así para los momentos y usos oportunos.

Afecta al mismo sujeto determinar las causas del inicio y de la función de la moneda, en especial con referencia a los denarios argenteos (Beltrán Lloris 1998, 2006), pues mientras goza de gran predicamento la hipótesis de un supuesto impulso por parte de Roma, que justificaría la relativa homogeneidad de tipos, también es cierto que las diferencias específicas entre cecas son habituales y además se marcan los nombres de los emisores para no confundir unas con otras. Como en su momento notaran K. Jenkins (Jenkins 1961, 20) y otros autores, tal aparente uniformidad no tiene que traducirse de forma automática en un control romano. De hecho, los pueblos celtas estaban habituados a copiar un tipo de prestigio que repetían en cecas muy diversas y alejadas. Asimismo, el precedente de las dracmas de imitación emporitana constituye un aviso al respecto, porque el que copiasen el tipo de la ciudad griega no implica en modo alguno una orden o dependencia de *Emporion*. En este estado de cosas, las diversas propuestas sobre la función de las monedas ibéricas encuentran argumentos en pro y en contra. Así, en el caso del conocido *argentum oscense*—dracmas de imitación emporitana y plata hispano-cartaginesa—, transportado en bloque a Roma por los generales victoriosos a principios del siglo II a.C. e incorporado al erario público para obtener más moneda oficial, puede justificarse la ausencia de plata hispana en hallazgos italianos suponiendo la inmediata fundición de estas monedas foráneas. Pero si más adelante los soldados de Roma eran pagados también con denarios ibéricos, no se explica que, a nivel personal, dichos denarios no fueran llevados—y perdidos o tesaurizados— a la península itálica, donde prácticamente nunca aparecen.

Respecto a la actual carencia de nuevos datos, la cronología de una serie de cecas podría fijarse con mayor precisión si se hallaran ejemplares en niveles arqueológicos bien datados. Este sería el afortunado caso de poder contar con la presencia de plata gadeirita en estratos pre-bárcidas o de hallar monedas procedentes de las series iniciales de *Castulo* y *Obulco* en contextos coetáneos a la Segunda Guerra Púnica, sellados y no posteriores a ella. Nuevas reacuñaciones y nuevos tesoros aportarían datos de interés en cuanto a la cronología relativa de emisiones dudosas, mientras que todos los hallazgos de monedas con procedencia conocida acrecentarán nuestro conocimiento de la circulación monetaria de la antigua península Ibérica.

Al aludir a estos temas es inevitable recordar que muchos de estos anhelados datos se evaporan irremisiblemente cuando los hallazgos no proceden de una excavación arqueológica científica. La indiscriminada proliferación de detectores de metales desde la década de los 70 del pasado siglo inundó el mercado de monedas descontextualizadas y, si bien llegaron a conocerse algunos ejemplares inéditos, la mayor parte de su valor y las informaciones que las podían acompañar se perdieron al privarlos de su contexto originario, ya por desgracia irrecuperable. En este sentido, se ha demostrado que la simple política represiva, aplicada en la mayoría de las veces de forma arbitraria, no produce resultados satisfactorios y, por el contrario, una más lenta pero más eficaz tarea de formación-información-concienciación del Patrimonio, se muestra en la realidad como la mejor arma.

Temas de estudio en la actualidad

Solo una lista de ellos sería enormemente prolija. Recordemos algunos que resultan claves, como lo viene siendo el estudio de las tesaurizaciones, cuya recopilación (Villaronga 1993a) y análisis pormenorizado cuenta cada vez con más aportes, no solo referidos a monedas de plata (Campo 1982; Ripollès 1982; Chaves 1996), sino que se han recogido también los hallazgos de bronce locales que por fortuna han podido estudiarse o al menos conocerse (Chaves 1991, 1992, 1993). Ya hemos aludido a la importancia de realizar un análisis detenido de las monedas procedentes de excavación, en cuanto a las piezas como individuos y también en lo que respecta a su movimiento, es decir, a la circulación monetaria. Este constituye uno de los temas que ha suscitado mayor atención en los últimos tiempos y del que podríamos poner numerosos ejemplos (Ripollès 1982, 1994; García-Bellido 2006). Con tales trabajos se abren nuevas vías de estudio como, por ejemplo, la sensibilización del uso monetario en las zonas indígenas próximas a las más antiguas cecas griegas de la actual Cataluña (Campo 2004a y 2004b), la presencia de monedas emitidas por cecas celtibéricas

e ibéricas en las zonas mineras del sur (Chaves/Otero 2002) o la repercusión de la guerra de Sertorio (Marcos 1999; Chaves/García/Ferrer 2002).

No solo es básico el estudio de grandes conjuntos excavados –recordemos *Conimbriga* (Pereira/Bost/Hiernard 1974), *Clunia* (Gurt 1985) o *Baelo Claudia* (Bost *et al.* 1987)—, sino de excavaciones puntuales (por ejemplo: Arévalo 2004; Orfila/Ripollès 2004), e incluso sería muy importante revisar material antiguo que adolece de una publicación poco profunda o simplemente permanece inédito. Precisamente, del análisis detenido y minucioso del material procedente de la excavación arqueológica se desprenden renovadas conclusiones que atañen a la perduración y uso de los numismas, como se viene observando en niveles arqueológicos correspondientes a los siglos v y vi d.C., parcela en la que se insiste en la actualidad con excelentes resultados (Marot 2001-2002; Mora Serrano 2007).

La dispersión de las monedas, la producción de las cecas y su volumen, se vienen valorando en función de ciertas necesidades como la agricultura y, en especial, la rica minería hispana, lo que conlleva reveladores datos acerca de la sociedad y economía de la Hispania republicana. Estudios de cecas como *Castulo* (García-Bellido 1982) u *Obulco* (Arévalo 1999), trabajos de conjunto sobre el tema (García-Bellido 1986; Arévalo 2002) o reflexiones sobre el material disperso, en forma de tesoros (Chaves 1996) o esporádico (Chaves 1987, 1988; Arévalo 1994), acompañan al conocimiento de monedas procedentes de excavaciones arqueológicas (Otero 1993; Chaves/Otero 2002). El último estudio citado resultó muy sugerente al contar con un relativamente elevado número de monedas contextualizadas, procedentes de la excavación de un poblado minero, algo inusual en el periodo republicano.

Al estudiar el desarrollo de las cecas y su producción ha debido profundizarse en un mejor conocimiento de los cuños y su elaboración, y también en el funcionamiento del trabajo en los talleres y, en este caso, se han constatado formas específicas de realizar la labra de los troqueles (García-Bellido 1982; Arévalo 1999; Chaves 2001). Aplicando los métodos estadísticos más aceptados, no se ha perdido la oportunidad de realizar una aproximación al volumen que muchas cecas hispanas pudieron producir (Villaronga 1990; Ripollès *et al.* 1993), utilizándose también un exquisito análisis de los mencionados cuños para seriar las emisiones. Derivado de esta minuciosa atención sobre los detalles de ejecución de las monedas, se han logrado detectar artesanos itinerantes trabajando para varias cecas (Llorens 1987, 1994; Ripollès 1988, 2006; Ripollès/Llorens 2002, etc.). Si éste ha sido uno de los temas en que el uso de métodos estadísticos resulta imprescindible, también la Estadística se ha venido utilizando, en especial desde el impulso de los trabajos de L. Villaronga

(1995c). Circulación monetaria, estudio del volumen de las emisiones y, por supuesto, metrología, han visto matizar interesantes resultados aún muy recientemente (Villaronga 2007), sin que tampoco olvidemos que nos estamos moviendo en los cauces de una disciplina humanística, con las salvedades que ello conlleva ante la rigidez de las fórmulas matemáticas.

Están también en el punto de mira las manipulaciones que sufre la moneda una vez puesta en circulación por los datos que pueden desprenderse de ello. Son los casos de las reacuñaciones que aportan una cronología relativa entre soporte y reacuñadora, como ocurre por ejemplo en las monedas de *Acinipo* sobre las de *Obulco* (fig. 202) (Mora Serrano 1991; Ripollès 1995). También se presta atención a las contramarcas que llevan a evaluar la permanencia en circulación de piezas, readaptándolas mediante tal proceso (Guadán 1960; Chaves 1979b). Se está valorando de manera especial la importancia que tanto para las mismas ciudades (Hurtado 2005; Arévalo 2006), como para su uso en el ejército (Blázquez 1999; Morillo 1999; García-Bellido 1999, 2006a y 2006b), desempeñó este sistema con las connotaciones sociales y económicas que de ello se pueden deducir. En esta misma línea, se estudian las monedas partidas (Blázquez 1995), tema que nos abre dobles posibilidades de lectura. Estas últimas no solo nos informan acerca de las necesidades de numerario en momentos difíciles de carencia de especies monetarias, sino que, según el periodo y determinadas circunstancias, nos adentra en el interesante problema de la utilización de la moneda como dinero-metal, sin tener en cuenta su valoración propiamente numaria, estudio al que en los últimos tiempos se está dedicando una especial atención (Campo 2004; Ripollès 2004).

No podemos olvidar en este apartado la existencia de las imitaciones de moneda (Arévalo/Campo 1997), que se ha puesto de manifiesto especialmente respecto a los pequeños bronce que siguen el modelo normalmente de los semises republicanos oficiales con variaciones en el estilo o en la situación de figuras y leyenda. Se han planteado diversas hipótesis acerca de sus emisores y su función, desde ligarlas al ejército, hasta concebirlas como obra de itálicos o romanos desplazados que, careciendo de suministro de numerario de curso legal, recurren a este subterfugio (Villaronga 1985; Chaves 1993; Marcos 1994). También una serie de hallazgos habidos en época no lejana está llamando la atención y haciendo reflexionar sobre la existencia de imitaciones de la moneda local, como podrían ser los que copian las piezas de *Corduba*, *Castulo* u *Obulco* (Chaves 1986, 2006).

La colaboración de otras disciplinas con la Numismática se viene haciendo cada vez más estrecha y, además de la Estadística, la Física se viene aprovechando por los numismatas desde hace bastantes años (Chaves

1973) para analizar la composición metálica de las piezas y sus variaciones, pero siempre que las muestras estudiadas alcancen un número suficiente (Domínguez Arránz 2004). Así, se ha observado un procedimiento distinto entre ciertas cecas de la Celtiberia, según presenten aleaciones binarias o ternarias (Ripollès/Abascal 1999; Chaves/Otero 2005) y, aun reconociendo la diversidad del sur, hay datos sugerentes como el inicio en cobre muy puro de las emisiones gadeiritas (Alfaro/Marcos 1994) o su peculiar desarrollo (Chaves/Gómez Tubío 1999).

También se está dedicando nueva atención a las téseras de plomo, debido a que han ejercido cierta función paralela a la monetar e, incluso, en algunos casos poco frecuentes, pudieron funcionar como tales monedas. En este sentido, llama la atención que en la costa atlántica del sur del actual Portugal, al final del siglo I a.C. o muy avanzado éste, además de algunas pequeñas cecas como *Ipses*, hay otras que funcionan casi exclusivamente con plomo, como ocurre en *Balsa*. En los últimos tiempos se han publicado y reinterpretado ejemplares interesantes de téseras, en buen número inéditos, que abren nuevas posibilidades de estudio y de planteamientos novedosos (Casariego/Cores/Pliego 1987; Villaronga 1993b; Mora Serrano 2004a).

Líneas de investigación

Es evidente que la Numismática avanza y encuentra caminos y vías de investigación que, en muchas ocasiones, progresan en paralelo a los que va recorriendo la Arqueología, con la que la unen estrechos lazos, sin que por ello pierda su individualidad (Chaves, en prensa c). Entre las varias posibilidades barajadas en la actualidad, podemos aludir a las reflexiones acerca del uso no monetar de los numismas, tema que ha dado pie a numerosas publicaciones dentro y fuera de nuestras fronteras, incluso llegó a celebrarse en Milán un congreso con el tema *Moneta non Moneta* (Campo 1993b; Alfaro 1993b). En él también se prestó una especial atención al uso votivo de los numismas, línea en la cual se continúa trabajando (Abad 1992; Arévalo *et al.* 1998; Arévalo/Marcos 2000; Arias *et al.* 2004). Esta relación de la moneda con la sacralidad, estudiando el tema desde prismas diversos, está cobrando un especial predicamento en la investigación reciente, como muestra el volumen *Moneda, cultes i ritus*, curso con interesantes artículos publicado en Barcelona en 2006.

Goza hoy de renovado interés la historiografía numismática porque, sin duda, al exhumar una antigua documentación, es frecuente que aparezcan datos inesperados (Chaves 2005b; Mora Serrano 2006b) y es, a su vez, patente que el conocimiento más profundo de los autores antiguos nos muestra no solo la calidad de determinados avances realizados por ellos y a menudo cargados de sugerencias, sino el proceso que ha llevado a

esta disciplina, la Numismática, a convertirse en lo que hoy es (Mora Serrano 1997; Domínguez Arranz 2006).

Por último, y sin agotar ni mucho menos las líneas más actuales, se viene dedicando una atención especial a las posibilidades que ofrecen las monedas en cuanto a informarnos acerca de los procesos de etnicidad (García-Bellido 2001; Beltrán Lloris 2004a; Chaves *et al.* 2006; Chaves 2008b; en prensa b), sin olvidar que un estudio tipológico y epigráfico es fundamental en este sentido (Beltrán Lloris 2004b). Es cierto que la importancia de las leyendas presentes en las monedas, asunto ya tratado por la Anticuaria, continua siendo un tema recurrente y sus datos son de gran interés. Por recordar solo como un botón de muestra algunos de ellos, pensemos en la labor de Untermann (1975, 1980, 1990) respecto a los alfabetos ibéricos, la síntesis de Alfaro con relación a los feno-púnicos (1991), las precisiones de Rodríguez Neila respecto a los cargos locales (1995); de González Román y Marín Díaz (1994) o de Pena (2000) con relación al origen de los magistrados. Incluso se ha dedicado monográficamente a dicho tema el *III Encuentro Peninsular de Numismática (Moneta qua scripta. La moneda como soporte de escritura, Anejos de AEspA, XXXIII, 2004)*. En éste último, Mora Serrano plantea un nuevo frente de análisis atendiendo a los caracteres paleográficos presentes en las inscripciones monetales (2004b).

Además de estos indudables avances, las novedades en el enfoque y perspectiva acerca de las muchas posibilidades que ofrece el estudio de las monedas son cada vez más, como se advierte, por ejemplo, en las recientes publicaciones de G. Chic (2004, [ed.] 2006, 2007) y García Vargas (2004), donde el papel «prestigio» se presenta como un factor clave en la comprensión de la moneda antigua.

Hasta aquí hemos presentado de forma muy sucinta el panorama de las emisiones que produjeron las cecas locales en la península Ibérica. Sin embargo, para llegar a comprender la relación entre éstas y la sociedad del momento durante el periodo en cuestión, sería necesario adentrarnos también en el estudio de las emisiones foráneas que circulaban, por el suelo de Iberia. Griegas en una primera fase, cartaginesas e incluso galas más adelante y, por supuesto, las amonedaciones romanas, sin olvidar que en pequeña escala también los numismas norteafricanos llegaron a nuestras costas. En tesoros o hallazgos aislados, el conjunto de esas emisiones extrapeninsulares formaron un entramado con la moneda producida en los talleres hispanos, que ilustra ciertas facetas de su sociedad y su política. De la misma manera, el movimiento y circulación de las piezas producidas por las cecas de la península Ibérica, así como los ocultamientos de diversos ejemplares, plantean temas de singular interés. Pero para exponer su desarrollo necesitaríamos otro capítulo completo de este libro y hemos, por tanto, de limitarnos a apuntar su existencia

como llamada a la reflexión, sin olvidar que constituye un tema de fuerte atractivo para la investigación actual.

En definitiva, el estudio adecuado de la moneda ofrece hoy día múltiples facetas de información y variadas líneas de análisis, presentándose como un valor en alza dentro de las disciplinas que intentan aproximarse desde los puntos de vista más diversos e incluso sutiles a la Historia, en este caso, de la Hispania Antigua.

Nota: agradecemos al Dr. Pere Pau Ripollès habernos proporcionado algunas ilustraciones de monedas.

Tabla 1: Listado de cecas hispanas con sus reducciones geográficas
(según *HMHA*, 419-422, 1997)

1. Cecas griegas

Emporion (Empúries, Girona)

Rhode (Roses, Girona)

2. Cecas feno-púnicas

Abderat/Abdera (Adra, Almería)

Arsa (zona de Azuaya, Badajoz)

Asido (Medina Sidonia, Cádiz)

Bailo (Bolonia, Cádiz)

Gadiri/Gades (Cádiz)

Incierta: *`ypbr* (¿Eborá, Ituci?, Huelva)

Incierta: *'lbt'* (¿Abla?, Almería)

Incierta: grupo con caballo y palma (¿Vrsone?, Sevilla)

Iptuci (Cabezo de Hortales, Prado del Rey, Cádiz)

Ituci (Tejada la Nueva, Huelva)

Lascuta (Mesa de Ortega, Alcalá de los Gazules, Cádiz)

Malaca (Málaga)

Oba (Jimena de la Frontera, Cádiz)

Olontigi (Aznalcázar, Sevilla)

Seks (Almuñécar, Granada)

Tagilit (Tíjola, Almería)

Turirecina (Casas de Reina, Badajoz)

Vesci (¿Cerro Gordo, Agatocín/Gaucín?, Málaga)

Ybusim/Ebusus (Ibiza)

3. Cecas ibéricas y celtibéricas de la *Citerior*

Abañiltur (¿cerca de Cabrera de Mar, Barcelona?)

Alaun (Alagón, Zaragoza)

Añatis/Añatikos (¿Aranda de Moncayo, Zaragoza?)

Añekoñatal/Añekoñatas (El Castejón, Luzaga, Guadalajara)

Añkailikoš (¿provincia de Soria?)

Añketurki (¿Seu d'Urgell, Lleida?)

Arsakos (¿Navarra?)

Arsaos (¿Navarra?)

Arse (Sagunto, Valencia)

Auśesken (Vic, Barcelona)

Baitolo (Badalona, Barcelona)

Baśkunes/Baśskunes (Pamplona, Navarra)

Bašti (¿cerca de Cabrera de Mar, Barcelona?)

Belaiškom (¿provincia de Soria o Logroño?)

Belikiom (Azuara, Zaragoza)

Bentian (¿Navarra?)

Bilbilis (Valdeherrera, Calatayud, Zaragoza)

Biluaon (localización incierta)

Biñikantin/Biñikantio (¿Narbona?)

Biñbil Loggostaletón (¿Narbona?)

Bolśkan (Huesca)

Boñneśkon (¿valle del Jalón?)

Buñsau (Borja, Zaragoza)

Ekualakoš (¿cuenca alta del Duero?)

Erkauiika (Castro de Santaver, Cañaveruelas, Cuenca)

Ešo (¿provincia de Lleida?)

Euñtil/Euñtibaikula (cerca de Vich, Barcelona)

Iaka (Jaca, Huesca)

Iešo (Guissona, Lleida)

Ikalesken (¿Cuenca o Albacete?)

Ikesankom Kombouto (Alcalá de Henares, Madrid)

Iltiñkesken (Solsona, Barcelona o Tortosa, Tarragona)

Iltiñta (Lleida)

Iltukoite (Oliete, Teruel)

Ilturo (Burriac, Cabrera de Mar, Barcelona)

Kaio (localización incierta)

Kaiśesa (localización incierta)

Kaiśkata (Cascante, Navarra)

Kalakorikoš (Calahorra, Logroño)

Kañalus (¿provincia de Logroño?)

Karaues (Magallón, Zaragoza)

Kelin (Los Villares, Caudete de las Fuentes, Valencia)

Kelse (Velilla de Ebro, Zaragoza)

Kese (Tarragona)

Kili (localización incierta)

Kolounioku (Peñalba de Castro, Burgos)

Kontebakom Bel (Cabezo de las Minas, Botorrita, Zaragoza)

Kontebia Kañbika (Fosos de Bayona, Huete, Cuenca)

Kueilokoš (¿cuenca alta del Ebro?)

Kuñukuñuatin (localización incierta)

Laieśken (localización incierta)

Lakine (La Corona, Fuentes de Ebro, Zaragoza)

Lauro (Llerona, Barcelona)

Letaiśama (¿Ledesma, Logroño?)

Louitiskoš (localización incierta)

Lutiakoš (¿Luzaga, Guadalajara?)

Masonsa (¿provincia de Tarragona?, ¿Monzón?)

Metuainum (¿Logroño?)

Neronken (Mont Laurés, Narbona)

Neñtobiś (Calatorao, Zaragoza)

Oilaunes/Oilaunikoš (localización incierta)

Okalakom (¿Oncala, Soria?)

Olkañrun (¿cuenca alta del Ebro?)

Ontikes (¿Navarra?)

Ore (Orrit, Isona, Lleida)

Oñosiś (La Caridad, Caminreal, Teruel)

Oškunken (entre el Vallès y el Maresme, Barcelona)
Otošešken (Bajo Aragón)
Šoturkom (localización incierta)
Šaitil/Šaitabi (Játiva, Valencia)
Saluie (Zaragoza)
Šamala (localización incierta)
Šekaisa (El Poyo de Mara, Calatayud, Zaragoza)
Sekia (Ejea de los Caballeros, Zaragoza)
Šekišanos/Šekišamos (¿provincia de Logroño?)
Šekobiřikes (Pinilla de Trasmonte, Burgos)
Šekotias Lakas (Sigüenza, Guadalajara)
Šelonken (¿próxima a Narbona?)
Sesars (Sesa, Huesca)
Seteis (Sástago, Zaragoza)
Tabaniu (¿Débanos, Soria?)
Tamaniu (Hinojosa de Jarque, Teruel)
Tamušial Tanušia (Villasviejas de Tamuja, Botija, Cáceres)
Teitiakoš (¿Logroño?)
Teřkakom (Tierga o Trasobares, Zaragoza)
Titiakoš (¿Tricio, Logroño?)
Tiřsos (localización incierta)
Tuřiasu (Tarazona, Zaragoza)
Uařakoš (Varea, Logroño)
Uařkaš (¿Logroño?)
Uiřouias (Briviesca, Burgos)
Unambaate (localización incierta)
Untikesken (L'Escala, Ampurias, Girona)
Ušamus (entre Osma y Burgo de Osma, Soria)
Usekerte (Osera, Zaragoza)

4. Cecas ibéricas de la *Vlterior*

Abra (localización incierta, provincia de Jaén)
Florential Iltuřir o *Ilibiřir/Iliberri* (Granada)
Iltiřaka (localización incierta)
Ipolkal Obulco (Porcuna, Jaén)
Kaštilo/Castulo (Cazlona, Jaén)
¿Ketouibon?/Salacia (Alcácer do Sal, Portugal)
Urkesken (Urci, Almería)

5. Cecas latinas de la *Vlterior*

Acinipo (Ronda, Málaga)
Aibora (cerca de Sanlúcar de Barrameda, Cádiz)
Baesuri (Castro Marim, Portugal)
Baicipo (costa desde Vejer de la Frontera hacia Barbate, Cádiz)
Balsa (Torre d' Ares, Faro, Portugal)
Bora (Casillas de Martos, Jaén)
Brutobriga (Santarêm, Portugal)
Callet (cerca de El Coronil, Sevilla)
Carbula (Almodóvar del Río, Córdoba)
Carissa (cerca de Bornos, Cádiz)
Carmo (Carmona, Sevilla)
Carteia (Cortijo del Rocardillo, San Roque, Cádiz)
Caura (Coria del Río, Sevilla)
Celti (Peñaflor, Sevilla)

Ceret (Jerez de la Frontera, Cádiz)
Cilpes (Marchena, Sevilla o Silves, Portugal)
Corduba (Córdoba)
Cumbaria (entre Lebrija y Las Cabezas, Sevilla)
Dipo (Elvas, Portugal)
Halos (Cortijo de Repla, al norte de Osuna, Sevilla)
Ilipa (Alcalá del Río, Sevilla)
Ilipla (Niebla, Huelva)
Iliturgi (Mengíbar, Jaén)
Ilse (Gerena, Sevilla)
Ilurco (Cerro de los Infantes, Pinos Puente, Granada)
Ipora (sur de Osuna, Sevilla)
Ipses (Vila Velha, Portimão, Portugal)
Irippo (entre El Aljarafe y Lebrija, Sevilla-Cádiz)
Lacipo (Casares, Málaga)
Laelia (Cerro de la Cabeza, Olivares, Sevilla)
Murtili (Mértola, Portugal)
Nabrissa (Lebrija, Cádiz)
Onuba (Huelva)
Orippo (Torre de los Herberos, Dos Hermanas, Sevilla)
Osset (San Juan de Aznalfarache, Sevilla)
Ossonoba (Faro, Portugal)
Ostur (al norte de Villalba de Alcor, Huelva)
Sacili (Dehesa de Alcorrucén, Pedro Abad, Córdoba)
Salpensa (Cerro del Casar, El Coronil, Sevilla)
Searo (Torre del Águila, Utrera, Sevilla)
Sirpens (Serpa, Portugal)
Sisapo (La Bienvenida, Almodóvar del Campo, Ciudad Real)
Sisipo (Posadas, Córdoba)
Ugia (Las Cabezas, Sevilla)
Ulia (Montemayor, Córdoba)
Urso (Osuna, Sevilla)
Ventipo (Casariche, Sevilla)

6. Cecas provinciales romanas de Hispania: emisiones del final de la República y el inicio del Imperio.

Abdera (Adra, Almería)
Acci, colonia Gemella Acci (Guadix, Granada)
Bilbilis, municipium Augusta Bilbilis (Cerro de Bám-bola, Calatayud, Zaragoza)
Caesar Augusta, colonia (Zaragoza)
Calagurris, municipium Calagurris Iulia (Calahorra, Logroño)
Carteia, colonia (Cortijo del Rocardillo, San Roque, Cádiz)
Carthago Noua, colonia Vrbs Iulia Noua Carthago (Cartagena, Murcia)
Cascantum, municipium (Cascante, Navarra)
Celsa, colonia Victrix Iulia Celsa (Velilla de Ebro, Zaragoza)
Clunia, municipium (Peñalba de Castro, Burgos)
Dertosa, municipium Hibera Iulia Ilercaunonia Dertosa (Tortosa, Tarragona)

Ebora, municipium Liberalitas Iulia Ebora (Évora, Portugal)
Ebusus, insula Augusta (Ibiza)
Emerita, colonia Augusta Emerita (Mérida, Badajoz)
Emporiae, municipium (Ampurias, L'Escala, Girona)
Ercauica, municipium (Castro de Santaver, Cañaveruelas, Cuenca)
Gades, municipium (Cádiz)
Gracurris, municipium (Alfaro, Logroño)
Ilercaunia, municipium Hibera Iulia Ilercaunia Der-tosa (Tortosa, Tarragona)
Ilerda, municipium (Lleida)
Ilici, colonia Iulia Ilici Augusta (Elche, Alicante)
Irippo (cerca de Sevilla)
Italica, municipium (Santiponce, Sevilla)
Laelia (Cerro de la Cabeza, Olivares, Sevilla)
Lepida, colonia Victrix Iulia Lepida (Velilla de Ebro, Zaragoza)
 NO (Caetra) (localización incierta)
Oscas, municipium Vrbs Victrix Osca (Huesca)
Osicerda, municipium (Puebla de Híjar, Teruel)
Osset, municipium Iulia Constantia Osset (San Juan de Aznalfarache, Sevilla)
Patricia, colonia (Córdoba)
Pax Iulia, colonia (Beja, Portugal)
Romula, colonia Hispanis Romula (Sevilla)
Saguntum, municipium (Sagunto, Valencia)
Salacia, municipium Salacia Imperatoria (Alcacer do Sal)
Segobriga, municipium (Cabeza del Griego, Saelices, Cuenca)
Segouia (Segovia)
Sexi Firmum Iulium (Almuñecar, Granada)
Tarraco, colonia Iulia Vrbs Triumphalis Tarraco (Tarragona)
Toletum (Toledo)
Traducta, colonia Iulia Traducta (entre Gibraltar y Carteia, Cádiz)
Turiaso, municipium (Tarazona, Zaragoza)

Valentia, colonia (Valencia): emisiones siglo II a.C.

Tabla 2: Cecas hispanorromanas: cecas con magistrados monetales y tipología más reiterada

(según Chaves 1998a, 85)

Leyenda: A = Augusto, T = Tiberio, C = Calígula

Magistrados

Bilbilis (A, T, C)
Carthago Noua (A, T, C)
Ilici (A, T)
Saguntum (T)
Lepida-Celsa (A, T)
Oscas (A, T, C)

Caesar Augusta (A, T, C)
Turiaso (A, T)
Calagurris (A, T)
Clunia (T)
Ercauica (T, C)
Carteia (T: solo Germánico y Druso)

Toro

Tarraco (A)
Clunia (T)
Caesar Augusta (A, T)
Lepida-Celsa (A, T)
Turiaso (T)
Cascantum (T)
Calagurris (A, T)
Ercauica (A, T, C)
Osicerda (T)
Gracurris (T)
Segobriga (A)

Yunta fundacional

Emerita (A)
Lepida (anterior a Augusto)
Caesar Augusta (A, T, C)

Láurea

Ebora (A)
Iulia Traducta (A)
C. Patricia (A)
Acci (T, C)
Tarraco (T)
Oscas (T, C)
Caesar Augusta (A, T)
Bilbilis (A, T, C)
Turiaso (A, T)
Calagurris (A)
Ercauica (T, C)
Segobriga (T, C)

Instrumentos sacerdotales

Emerita (A)
Ebora (A)
Acci (A)
Iulia Traducta (A)
C. Patricia (A)
Gades (A, T)
Carthago Noua (A, T)
Ilici (T)
Caesar Augusta (A)

Jinete

Turiaso (A)
Bilbilis (A)
Oscas (A, T, C)
Segobriga (A)
Segouia (A)

Insignias militares

Emerita (A, T)
Italica (T)
Carthago Noua (A)
Ilici (A, T)
Caesar Augusta (T, C)
C. Patricia (A)
Acci (A, T, C)

Monumentos

Templo

Emerita (A, T)
Carthago Noua (T)
Ilici (A)

Caesar Augusta (T)
Abdera (T)
Gades (A)
Tarraco (T)

Puerta de ciudad

Emerita (A, T)

Altar

Emerita (T)
Ilici (T)
Italica (T)
Tarraco (T)

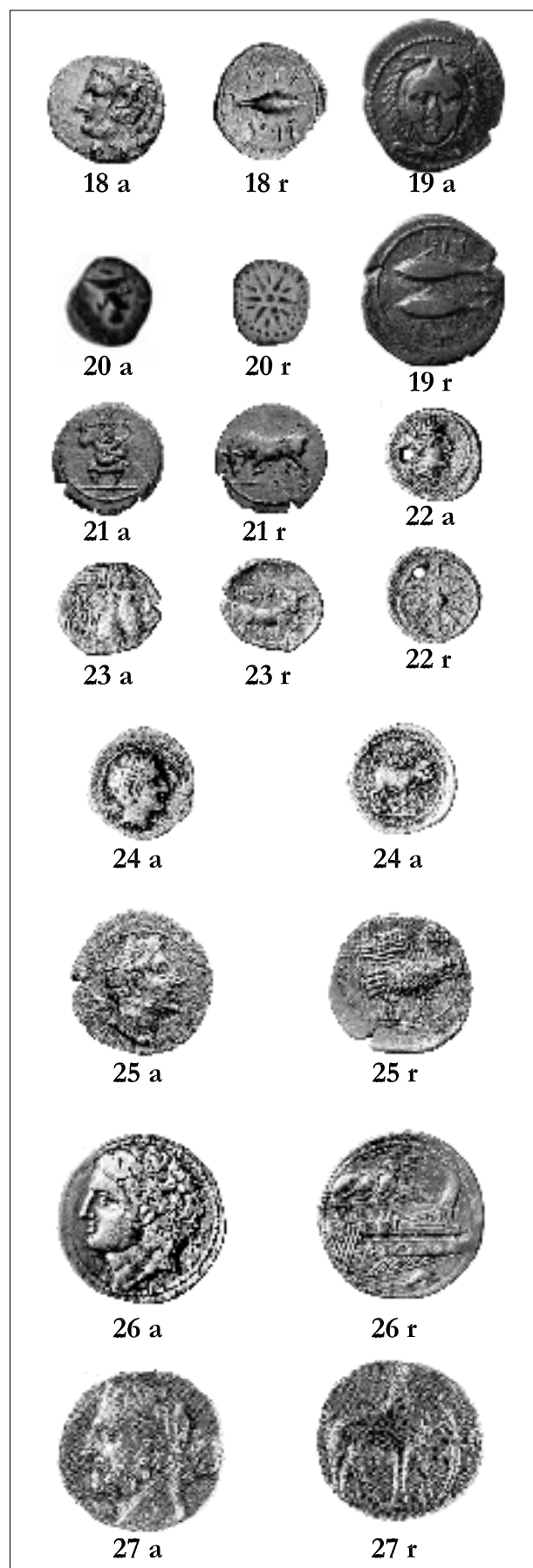


Fig. 7-15, 21-25: emisiones de monedas de la *Hispania Citerior*; 16-20: *Hispania Ulterior*; 26-27: emisiones hispano-cartaginesas (autora e ICAC/UDG).



Fig. 28-33: emisiones hispano-cartaginesas; 34-45: *Hispania Citerior* (autora e ICAC/UDG).



Fig. 46-61: *Hispania Citerior* (autora e ICAC/UDG).

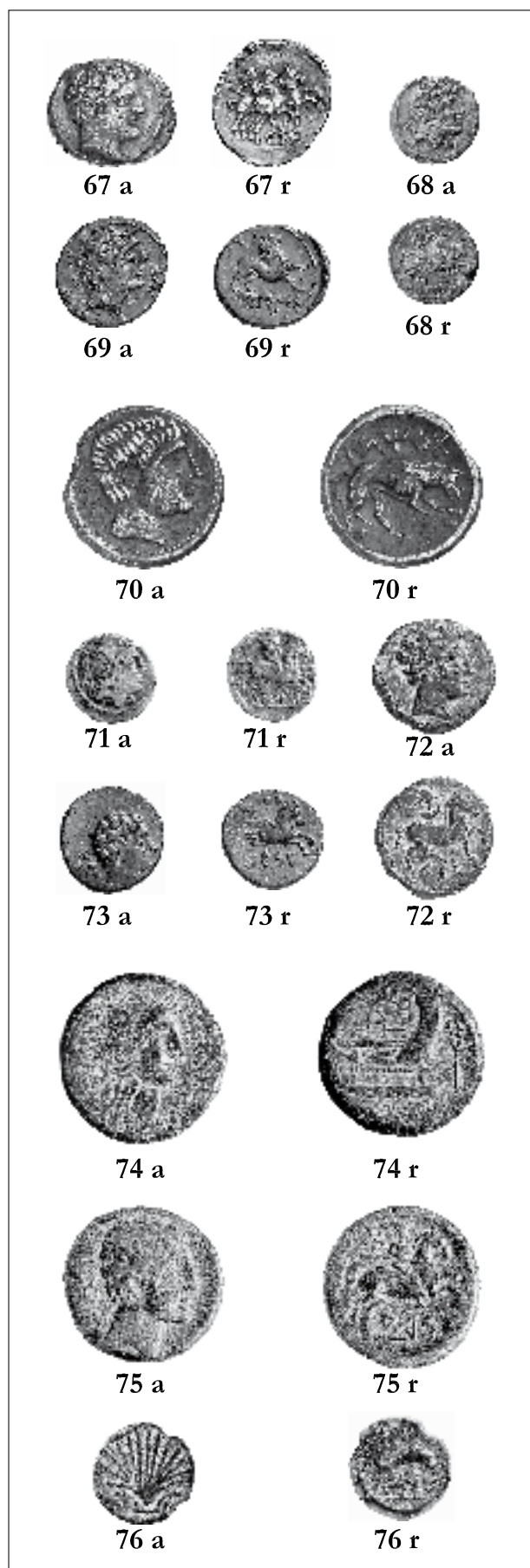
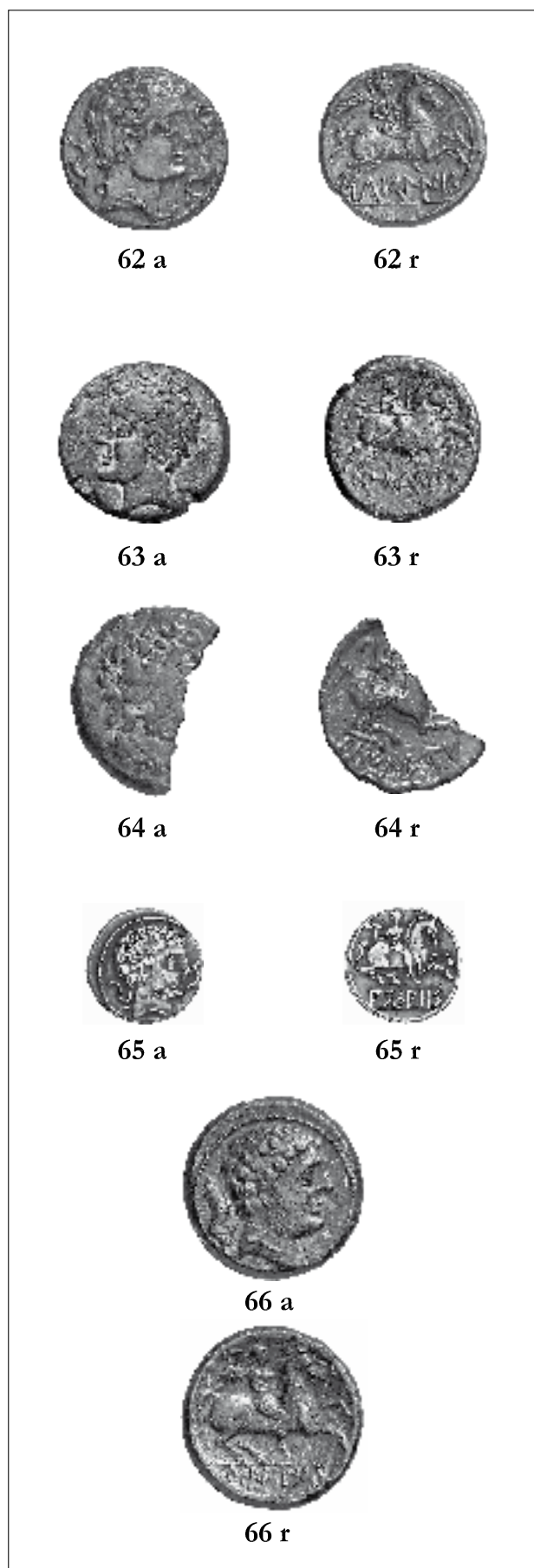


Fig. 62-76: *Hispania Citerior* (autora e ICAC/UDG).

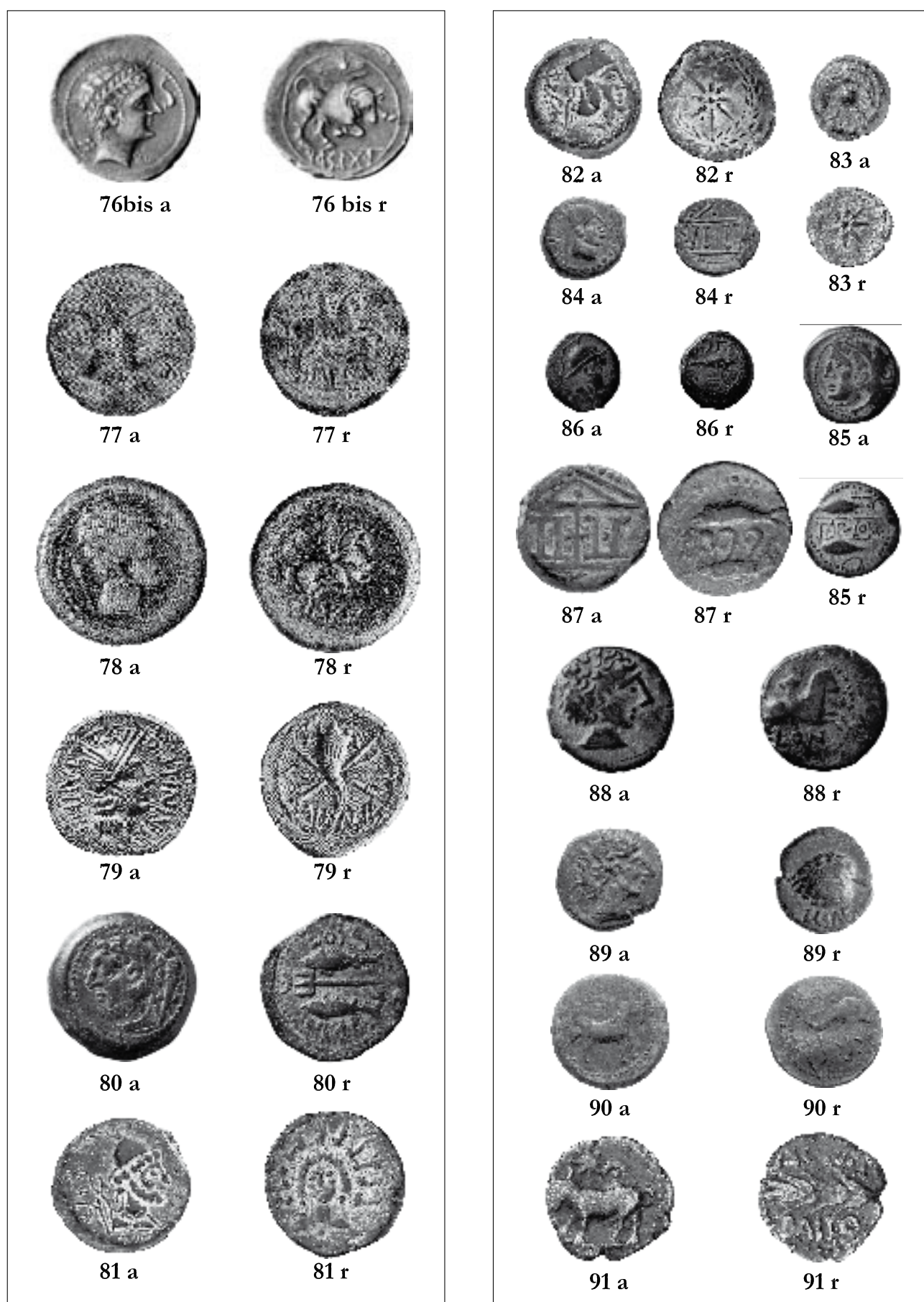


Fig. 76 bis-79: *Hispania Citerior*; 80-91: *Hispania Ulterior* (autora e ICAC/UDG).

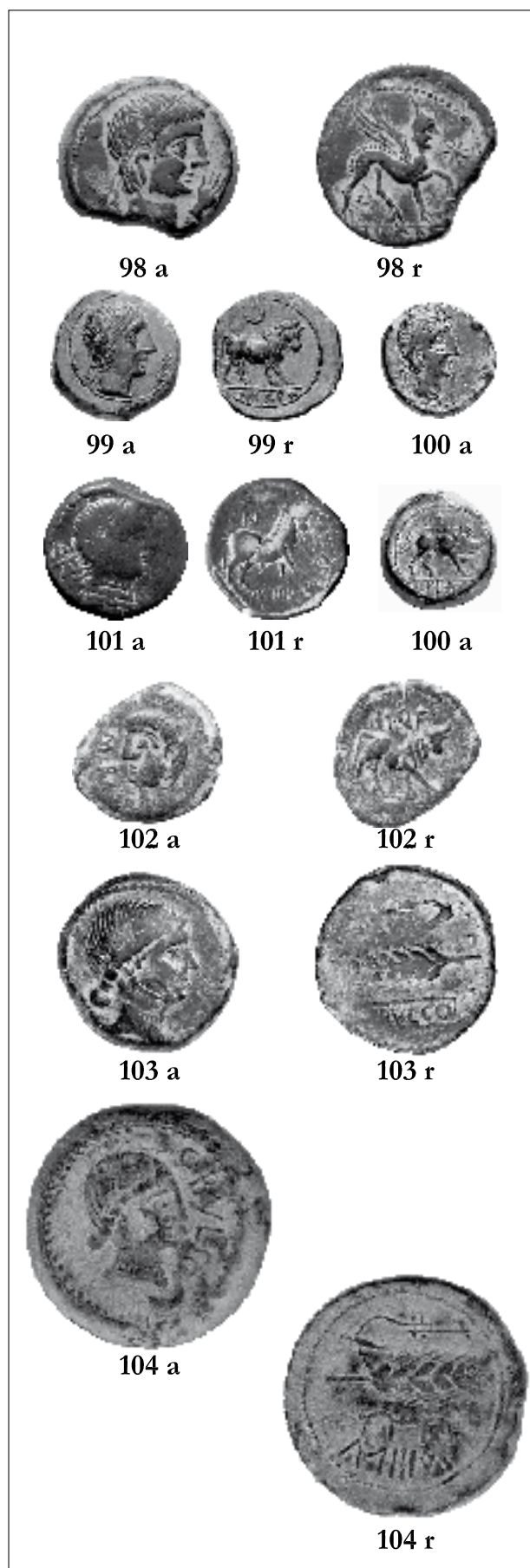


Fig. 92-104: *Hispania Vltior* (autora e ICAC/UDG).

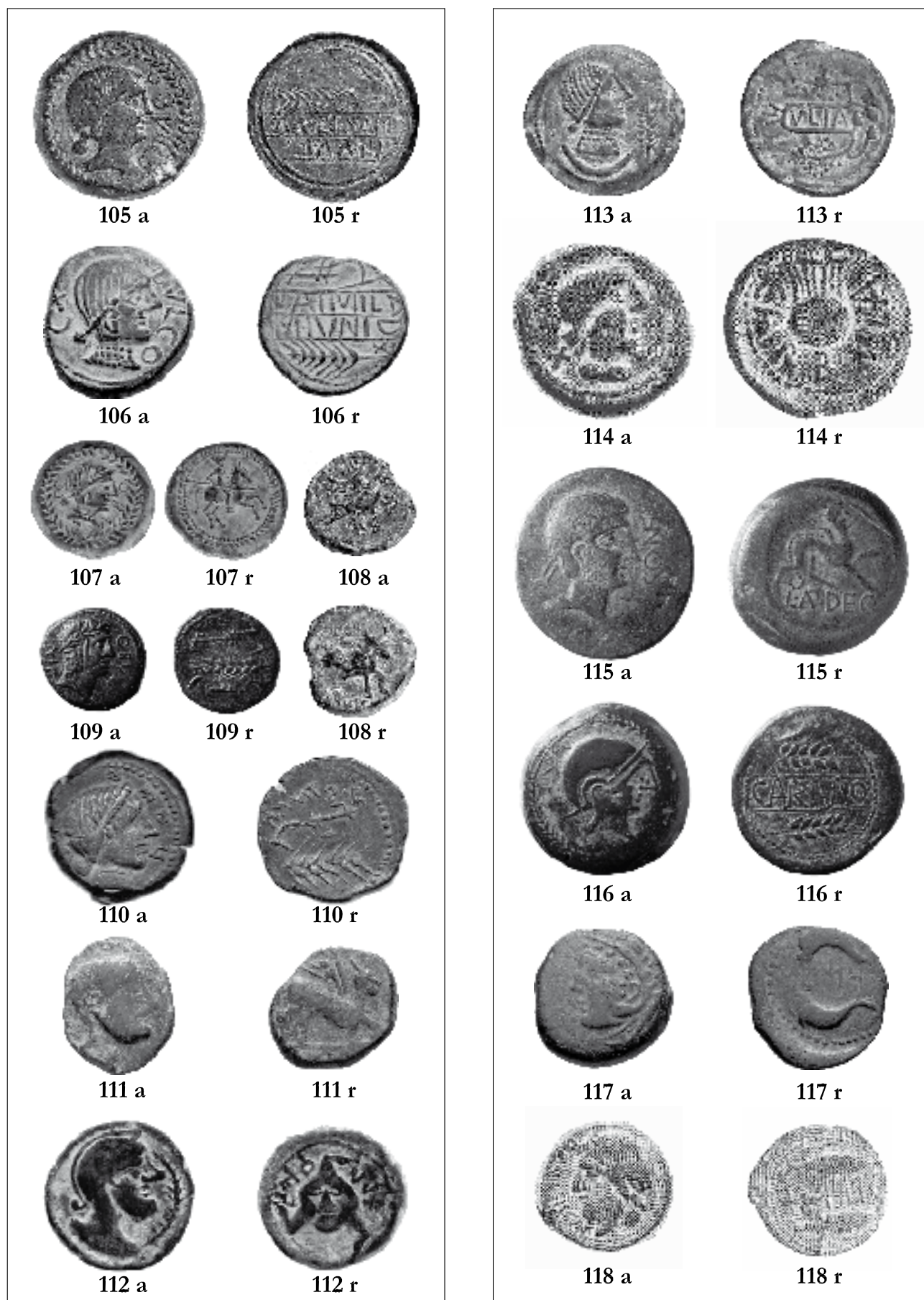


Fig. 105-118: *Hispania Ulterior* (autora e ICAC/UDG).

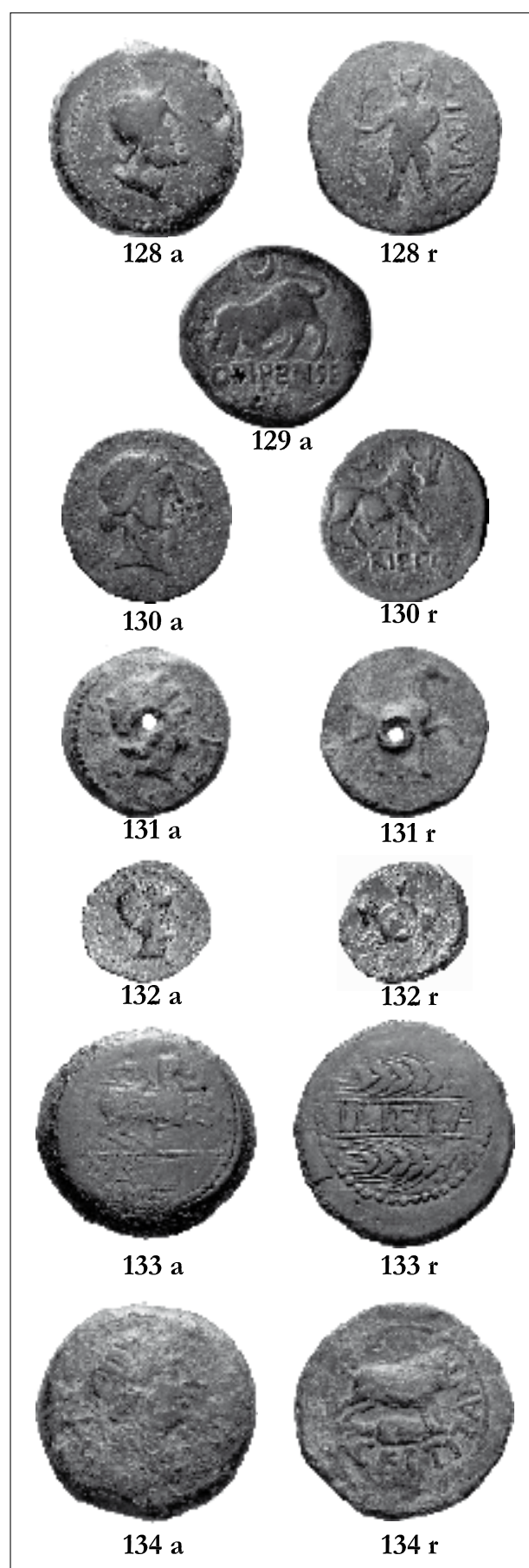
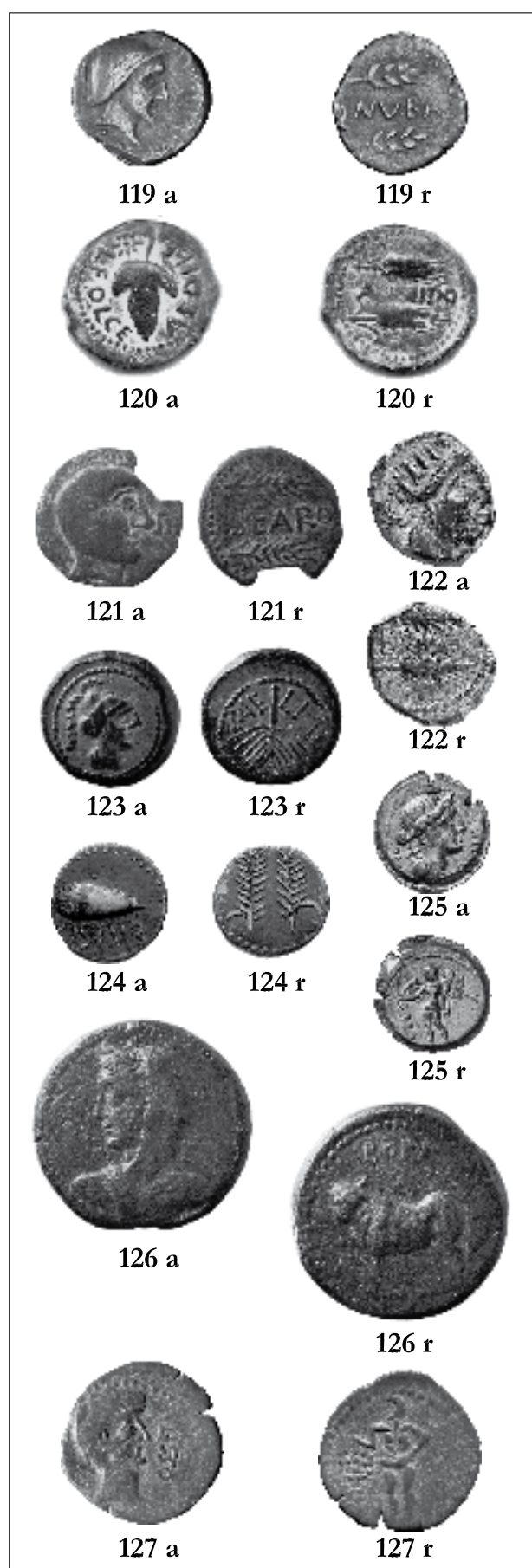


Fig. 119-134: *Hispania Vltior* (autora e ICAC/UDG).



Fig. 135-145: *Hispania Vltior* (autora e ICAC/UDG).

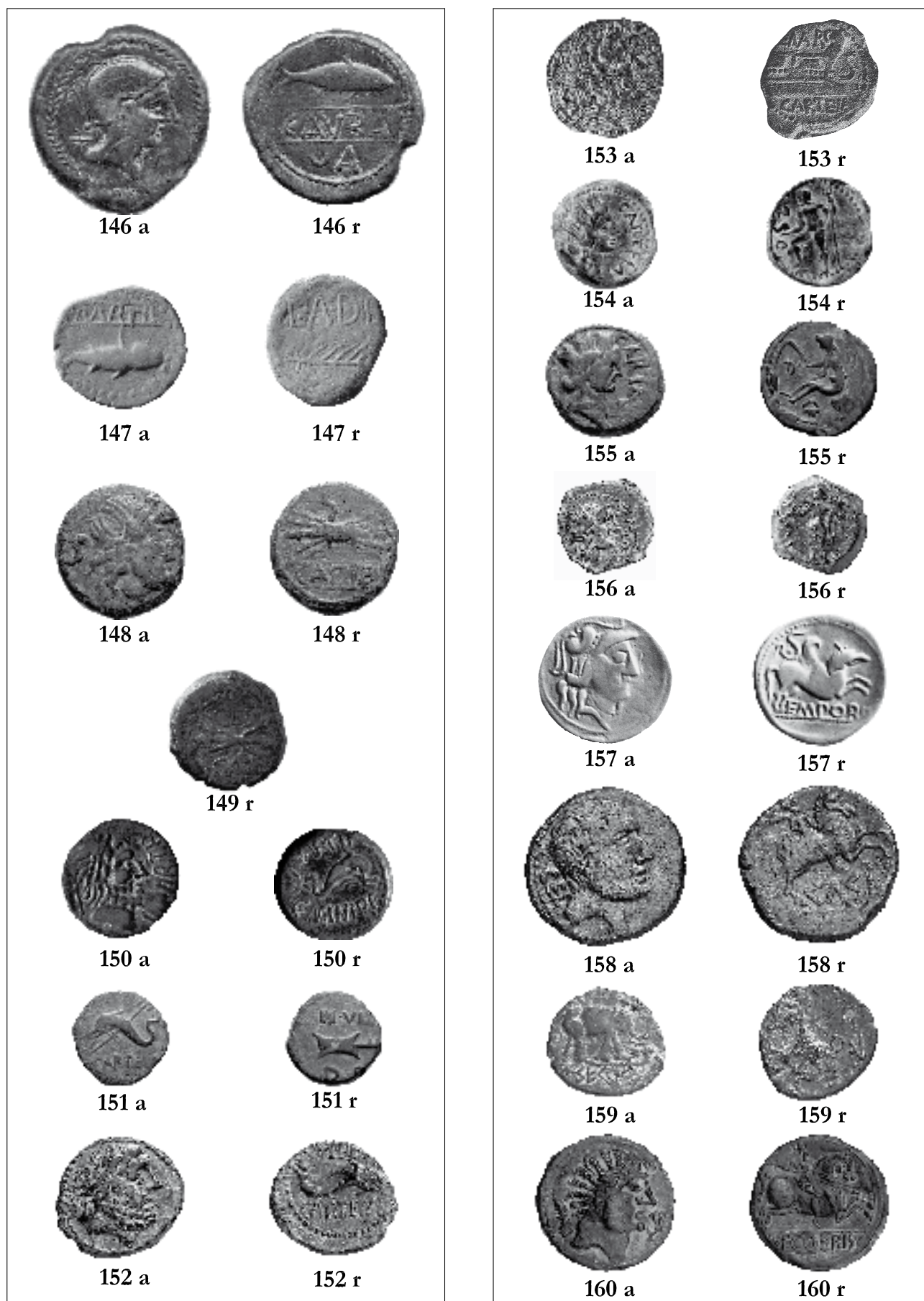


Fig. 146-156: *Hispania Ulterior*; 157-160: *Hispania Citerior* (autora e ICAC/UDG).



Fig. 161-169: Hispania, *provincia Tarraconensis*; 170-172: Hispania, *provincia Baetica*; 173-174: Hispania, *provincia Lusitania* (autora e ICAC/UDG).



Fig. 175-176, 184: Hispania, *provincia Lusitania*; 177, 179, 181-182, 186, 188: Hispania, *provincia Tarraconensis*, 178, 180, 183, 185, 187: Hispania, *provincia Baetica* (autora e ICAC/UDG).



Fig. 189, 192-195, 200, 202: Hispania, *provincia Baetica*; 190-191; 196-199, 201: Hispania, *provincia Tarraconensis* (autora e ICAC/UDG).

Bibliografía

- ABAD, M. 1992: «La moneda como ofrenda en los manantiales», *Espacio, Tiempo y Forma. Historia Antigua*, serie II, tomo v, 133-191.
- AGUILAR, M^a. A.; ÑACO DEL HOYO, T. 1997: «Fiscalidad romana y la aparición de la moneda ibérica. Apuntes para una discusión. II. 195-171 a.C.: Algunos textos polémicos», *Habis*, 28, 71-86.
- 1995: «Fiscalidad romana y la aparición de la moneda ibérica. Apuntes para una discusión. I Periodo protoprovincial (206-195 a.C.)», en: GARCÍA-BELLIDO, M^a. P.; CENTENO, R. M. S. (eds.): *La moneda hispánica, ciudad y territorio*, Anejos de *AEspA*, XIV, Madrid, 281-288.
- ALFARO, C. 2004: *Sylloge Nummorum Graecorum España. Museo Arqueológico Nacional. Vol. I. Hispania. Ciudades fenopúnicas. Parte 2: Acuñaciones cartaginesas en Iberia y emisiones ciudadanas*, Madrid.
- 1999: *Tesoros del Gabinete Numismático. Las 100 mejores piezas del Monetario del Museo Arqueológico Nacional*, Madrid.
- 1997: «Las emisiones fenopúnicas», en: *Historia monetaria de la Hispania Antigua*, Madrid, 50-115.
- 1996: «Avance de la ordenación de las monedas de Abderat/Abdera (Adra, Almería)», *Numisma*, 237, 1-40.
- 1994: *Sylloge Nummorum Graecorum España. Museo Arqueológico Nacional. Vol. I. Hispania. Ciudades fenopúnicas. Parte 1: Gadir y Ebusus*, Madrid.
- 1991-1993: «Tagilit, nueva ceca púnica en la provincia de Almería», en: *Homenaje al Dr. L. Villaronga*, AN, 21-23, 133-146.
- 1993a: «La ceca de Gadir y las acuñaciones hispano-cartaginesas», en: *VII Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica (Ibiza, 1992)*, Ibiza, 27-61.
- 1993b: «Uso no monetar de algunas monedas púnicas de la península ibérica», *Convegno Internazionale di Studi Numismatici, Tra Moneta e non Moneta (Milano, 1982)*, RIN, 95, 261-273.
- 1991: «Epigrafía monetar púnica y neopúnica en Hispania. Ensayo de síntesis», en: MARTINI, R.; VISMARA, N. (eds.): *Ermanno A. Arslan Studia Dicata. I, Glauk*, 7, Milán, 109-156.
- 1988: *Las monedas de Gadir/Gades*, Madrid.
- 1986: «Observaciones sobre las monedas de Seks según la colección del MAN», en: *Almuñecar, Arqueología e Historia III*, Almuñecar, 75-103.
- ALFARO, C.; MARCOS, C. 1994: «Tesorillo de moneda cartaginesa hallado en la Torre de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz)», *AEspA*, 67, 229-244.
- ALFARO, C.; ARÉVALO, Á.; CAMPO, M.; CHAVES, F.; DOMÍNGUEZ, Á.; RIPOLLÈS, P. P. 1997: *Historia monetaria de Hispania Antigua*, Madrid = HMHA.
- ALMAGRO GORBEA, M. 1999: «El Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia», en: ALMAGRO GORBEA, M. (ed.): *El Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia*, Madrid, 15-173.
- 1995: «Iconografía numismática hispánica: jinete y cabeza varonil», en: GARCÍA-BELLIDO, M^a. P.; CENTENO, R. M. S. (eds.): *La moneda hispánica, ciudad y territorio*, Anejos *AEspA*, XIV, Madrid, 53-73.
- AMELA, L. 2006: «La ceca de Corduba en época republicana», en: *XII Congreso Nacional de Numismática (Madrid, 2004)*, Madrid, 177-193.
- 2004: «La acuñación bilingüe de Kelse/CEL(sa)», *Habis*, 35, 207-217.
- 1990: «El nomen de Pompeius en la numismática hispana y su relación con Cneo Pompeyo Magno», *Gaceta Numismática*, 96, 13-18.
- ARÉVALO GONZÁLEZ, A. 2006: «Sobre el posible significado y uso de algunas contramarcas en moneda de Gadir/Gades», *Numisma*, 250, 69-100.
- 2005: *Sylloge Nummorum Graecorum España. Museo Arqueológico Nacional. Vol. II. Hispania. Ciudades del área meridional. Acuñaciones con escritura indígena*, Madrid.
- 2004: «Sobre la presencia de moneda en los talleres alfareros de San Fernando (Cádiz)», en: *Actas Congreso Internacional Figlinae Baeticae. Talleres alfareros y producciones cerámicas en la Bética romana (ss. II a.C.-VII d.C.)*, Oxford, 515-526.
- 2003: «La moneda hispánica del jinete ibérico. Estado de la cuestión», en: QUESADA, F.; MORA, M. (eds.): *El caballo en la antigua Iberia. Estudios sobre los équidos en la Edad del Hierro*, Madrid, 63-74.
- 2002-2003: «Las imágenes monetar hispanicas como emblemas de Estado», *CuPAUAM*, 28-29, 241-258.
- 2002: «Función y producción de las cecas indígenas del Alto Guadalquivir», en: *Funció i producció de les seques indígenes. VI Curs d'Història monetària d'Hispania*, Barcelona, 35-52.
- 1999: *La ciudad de Obulco: sus emisiones monetar*, Guadalajara.
- 1997: «Las acuñaciones ibéricas meridionales, turdetanas y de Salacia en la Hispania Ulterior», en: *Historia monetaria de la Hispania Antigua*, Madrid, 194-232.
- 1994: «La dispersión de las monedas de Ilipa Magna», en: *IX Congreso Nacional de Numismática*, Elche, 39-48.
- 1993: «¿Marcas de valor o símbolos en las monedas de la Ulterior?», *Numisma*, 232, 47-59.
- 1990: «Análisis de las reacuñaciones sobre Obulco», *CuPAUAM*, 17, 307-314.
- ARÉVALO GONZÁLEZ, A.; CAMPO, M. 1997: «Las emisiones romanas y sus imitaciones en Hispania durante la República», en: *Historia monetaria de Hispania Antigua*, Madrid, 318-334.

- ARÉVALO, A.; MARCOS, C. 2000: «Sobre la presencia de moneda en los santuarios hispánicos», en: *XII Congreso Internacional de Numismática*, Berlín, 28-37.
- ARÉVALO, A.; MARCOS, C.; PEREA, A.; PRADOS, L. 1998: «El origen votivo del tesoro de Salvacañete (Cuenca)», en: *Congreso Internacional «Los Iberos: príncipes de Occidente»*, Barcelona, 255-264.
- ARIAS, L.; EGEA, A.; MATILLA, G. 2004: «*Stipes iacere*. Ofrendas monetales en el santuario romano de Las Aguas de Fortuna (Murcia)», en: CHAVES, F.; GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. (eds.): *Moneta qua scripta. La moneda como soporte de escritura*, Anejos de *AEspA*, XXXIII, Sevilla, 383-393.
- BELTRÁN LLORIS, F. 2006: «Origen y función de la moneda ibérica», en: BURILLO, F. (ed.): *Segeda y su contexto histórico. Entre Catón y Nobilior (195 al 153)*, Zaragoza, 95-115.
- 2004a: «*Non Celtis genitos et ex Hiberis*. Apuntes sobre las identidades colectivas en Celtiberia», en: CRUZ, G.; MORA, B. (eds.): *Identidades étnicas - Identidades políticas en el mundo prerromano hispano*, Málaga, 15-29.
- 2004b: «Imagen y escritura en la moneda hispana», en: CHAVES, F.; GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. (eds.): *Moneta qua scripta. La moneda como soporte de escritura*, Anejos de *AEspA*, XXXIII, Madrid, 125-139.
- 2002: «Identidad cívica y adhesión al príncipe en las monedas municipales hispanas», en: MARCO, F.; REMESAL, J. (eds.): *Religión y propaganda en el mundo romano*, Barcelona, 159-187.
- 1998: «De nuevo sobre el origen y la función del denario ibérico», en: *La moneda en la societat ibèrica*, Barcelona, 101-117.
- 1986: «Sobre la función de la moneda ibérica e hispanorromana», en: *Estudios en homenaje a D. Antonio Beltrán Martínez*, Zaragoza, 889-914.
- 1978: «Los magistrados monetales en Hispania», *Numisma*, 150-155, 169-211.
- BELTRÁN MARTÍNEZ, A. 1991-1993: «Nota sobre el “Vogelreiter” de las monedas de Segaisa: planteamiento histórico», en: *Homenatge al Dr. L. Villarronga, AN*, 21-23, Barcelona, 185-197.
- 1980: «La significación de los tipos de las monedas antiguas de España y especialmente de los referentes a monumentos arquitectónicos y escultóricos», *Numisma*, 30, 123-141.
- 1976: «Las monedas romanas de Mérida: su interpretación histórica», *Augusta Emerita. Actas del Bimilenario de Mérida*, Madrid, 93-105.
- 1956: «Las antiguas monedas de Zaragoza», *Numisma*, 20, 9-40.
- 1950: *Curso de Numismática I. Numismática antigua, clásica y de España*, Cartagena.
- BLANCO VILLERO, J. M.; SÁEZ, J. A. 2003: «Las monedas de Baicipo», *Gaceta Numismática*, 150, 13-27.
- BLÁZQUEZ, C. 2002: *Circulación monetaria en el área occidental de la península ibérica. La moneda en torno al «Camino de la Plata»*, Montagnac.
- 1999: «Nota sobre la contramarca cabeza de águila y su distribución geográfica en el territorio peninsular», en: CENTENO, R. M. S.; GARCÍA-BELLIDO, M^a. P.; MORA, B. (eds.): *Rutas, ciudades y moneda en Hispania. II Encuentro Peninsular de Numismática Antigua*, Anejos de *AEspA*, XX, Madrid, 91-100.
- 1995a: «Consideraciones sobre los hallazgos de monedas partidas en la península ibérica», en: GARCÍA-BELLIDO, M^a. P.; CENTENO, R. S. M. (eds.): *La moneda hispánica, ciudad y territorio*, Anejos de *AEspA*, XIV, Madrid, 297-304.
- 1995b: «Sobre las cecas celtibéricas de Tamusia y Seikaia y su relación con Extremadura», *AEspA*, 68, 243-258.
- BOST, J. P.; CHAVES, F.; DEPEYROT, J.; HIERNARD, J.; RICHARD, J. C. 1987: *Belo IV. Les Monnaies*, Madrid.
- BURILLO, F. 1995: «Celtiberia: monedas ciudades y territorios», en: GARCÍA-BELLIDO, M^a. P.; CENTENO, R. S. M. (eds.): *La moneda hispánica, ciudad y territorio*, Anejos de *AEspA*, XIV, Madrid, 161-177.
- BURNETT, A.; AMANDRY, M.; RIPOLLÈS, P. P. 1992: *Roman Provincial Coinage*, Londres-París = *RPC*.
- CABALLOS, A. 1990: *Los senadores hispanorromanos y la romanización de Hispania (siglos I-III. Prosopografía)*, Écija.
- CAMPO, M. 2005: «Finances públiques i fiscalitat provincial durant la Baixa República», en: *La moneda al final de la República: entre la tradició i la innovació. IX Curs d'Història monetària d'Hispania*, Barcelona, 73-93.
- 2004a: «Dinero de metal y moneda en territorio indigete: el testimonio de Mas Castellar (siglos V-III a.C.)», en: CHAVES, F.; GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. (eds.): *Moneta qua scripta. La moneda como soporte de escritura*, Anejos *AEspA*, XXXIII, Madrid, 345-353.
- 2004b: «La moneda en el área de influencia de *Emporion* y *Rhode*», *Atti XII Convegno Presenza e funzioni della moneta nelle choraie delle colonie greche dall'Iberia al Mar Nero*, Roma, 3-18.
- 2002a: «La producció d'Untikesken i Kесе: funció i producció a la ciutat i al territori», en: *Moneda i administració del territori. IV Curs d'Història monetària d'Hispania*, Barcelona, 57-75.
- 2002b: «Las emisiones de *Emporion* y su difusión en el entorno ibérico», en: *La monetazione dei Focei in Occidente, Atti dell'XI Convegno del Centro Internazionale di Studi Numismatici (Napoli, 1996)*, Roma, 139-165.
- 1997: «La moneda griega y su influencia en el contexto indígena», en: *Historia monetaria de Hispania Antigua*, Madrid, 19-49.

- 1993a: «Las monedas de *Ebusus*», en: *VII Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica* (Ibiza, 1992), Ibiza, 147-171.
- 1993b: «Objetos paramonetales y monedas objeto en *Emporion-Emporiae*», *Convegno Internazionale di Studi Numismatici, Tra Moneta e non Moneta* (Milano, 1982), *RIN*, 95, 193-205.
- 1992: «Inicios de la amonedación en la península ibérica: los griegos en *Emporion* y *Rhodes*», en: CHAVES, F. (eds.): *Griegos en Occidente*, Sevilla, 195-209.
- 1982: «Circulación monetaria y tesoros hispánicos de época preimperial», *Numisma*, 174-176, 51-70.
- 1976: *Las monedas de Ebusus*, Barcelona.
- CAMPO, M.; MORA, B. 1995: *Las monedas de Malaca*, Madrid.
- CASARIEGO, A.; CORES, G.; PLIEGO, F. 1987: *Catálogo de plomos monetiformes de la Hispania Antigua*, Madrid.
- CRAWFORD, M. 1985: *Coinage and Money under the Roman Republic. Italy and the Mediterranean Economy*, Londres.
- 1969: *Roman Republican Coin Hoards*, Londres.
- CHAVES TRISTÁN, F. en prensa a: «Il riflesso dell'iconografia ellenica nelle coniazioni della Hispania Ulterior», en: PERA, R. (ed.): *Il significato delle immagini. Numismatica, Arte, Filologia, Storia*, Génova, s. pp.
- en prensa b: «Identidad, cultura y territorio en la Andalucía prerromana a través de la Numismática: el caso de *Gadir/Gades*», en: WULFE, F. (ed.): *Identidades, cultura y territorio en la Andalucía prerromana*, Málaga, s. pp.
- en prensa c: «De la tierra al Gabinete. Arqueología y moneda hoy», en: *XIII Congreso Nacional de Numismática* (Cádiz, 2007), Cádiz, s. pp.
- 2008a: «Monedas en la Hispania republicana ¿integración o autoafirmación?», en: *Iberia e Italia: Modelos romanos de integración territorial. IV Congreso Hispano-italiano histórico-arqueológico*, Murcia, 353-377.
- 2008b: «*Lupa Romana. Municipium Italicense*: una mirada al pasado», en: *Le due Patrie acquisite. Studi di Archeologia dedicati a Walter Trillmich. Supplemento del Bullettino Della Commissione Archeologica Comunale di Roma 18* [a cura di E. La Rocca, P. León, C. Parisi], Roma, 117-127.
- 2007: «Una aproximación a la ceca de *Ilipa*», en: FERRER ALBEDA, E. et al. (eds.): *Ilipa Antiqua. De la Prehistoria a la Época Romana*, Sevilla, 211-226.
- 2006: «Un hallazgo de monedas de *Corduba* en Extremadura», *Numisma*, 250, 363-392.
- 2005a: «La amonedación de *Laelia*», en: CABALLOS, A.; ESCACENA, J. L.; CHAVES, F. (eds.): *Arqueología en Laelia (Cerro de la Cabeza, Olivares, Sevilla), Spal Monografías*, 6, Madrid, 57-65.
- 2005b: *Monedas de Roma I. República. Real Academia de la Historia. Catálogo del Gabinete de Antigüedades*, Madrid.
- 2002: «Urso: la historia pendiente», en: CHAVES, F. (ed.): *Urso: a la búsqueda de su pasado*, Osuna, 5-26.
- 2001: «La ceca de Carmona», en: CABALLOS, A. (ed.): *Carmona romana*, Carmona, 339-362.
- 2000: «Moneda territorio y administración. Hispania Ulterior: de los inicios de la conquista al final del siglo II a.C.», en: *Moneda i administració del territori. IV Curs d'Història monetària d'Hispania*, Barcelona, 9-35.
- 1999: «El Monetario de la Real Academia de la Historia», en: ALMAGRO, M. (ed.): *El Gabinete de Antigüedades. Real Academia de la Historia*, Madrid, 201-224.
- 1998a: «Monedas para una sociedad nueva», en: *Hispania. El legado de Roma*, Zaragoza, 83-93.
- 1998b: «The Iberian and Early Roman Coinage of *Hispania Ulterior Baetica*», en: KEAY, S. (ed.): *The Archaeology of Early Roman Baetica*, Portsmouth, 147-170.
- 1997: «Las acuñaciones latinas de la Hispania Ulterior», en: VV. AA.: *Historia monetaria de Hispania Antigua*, Madrid, 233-317.
- 1996: *Tesoros en el sur de Hispania. Conjuntos de denarios y objetos de plata durante los siglos II-I a.C.*, Sevilla.
- 1994: *La Colección Numismática de la Universidad de Sevilla*, Sevilla.
- 1993a: «La amonedación de *Caura*», en: *Arqueología de Coria del Río y su entorno, Revista Azotea*, 11, Coria del Río, 65-74.
- 1993b: «Hallazgo de un conjunto monetario a orillas del Guadalete (Cádiz)», en: *Studia Paleohispanica J. Untermann ab amicis Hispanicis oblata, Aura Saecula*, Barcelona, 117-128.
- 1991-1992-1993: «Consideraciones sobre los tesorillos de monedas de bronce en Hispania. República e inicios del Imperio romano. II», en: *Homenaje al Dr. Leandre Villaronga, AN*, 21-23, Barcelona, 267-284.
- 1990: «Los hallazgos numismáticos y el desarrollo de la Segunda Guerra Púnica en el sur de la península ibérica», *Latomus*, 49-3, 613-622.
- 1987-1988: «Aspectos de la circulación monetaria en dos cuencas mineras andaluzas: Riotinto y Cástulo (Sierra Morena)», *Habis* 18-19, 613-637.
- 1986: «Nuevo aspecto de la moneda minera en España: El tesorillo de las Arenillas (Riotinto, Huelva)», *Homenaje al Prof. A. Beltrán*, Zaragoza, 863-872.
- 1978a: «Livia como Venus en la amonedación de Colonia Rómula», *AN*, 8, 89-95.
- 1978b: «Nuevas aportaciones al estudio metalográfico y metalógico de las cecas de época romana en la

- Ulterior», en: *III Congreso Nacional de Numismática, Numisma*, 150-155, Madrid, 337-357.
- 1979a: *Las monedas hispanorromanas de Carteia*, Barcelona.
 - 1979b: «Contramarcas en las amonedaciones de C. Patricia, C. Romula, Itálica, I. Traducta y Eboræ», *Acta Numismática*, 9, 41-52.
 - 1977: *La Cordoba hispanorromana y sus monedas*, Sevilla.
 - 1976: «Las monedas de Acci», en: *II Congreso Nacional de Numismática, Numisma*, 138-143, 141-148.
 - 1973: *Las monedas de Itálica*, Sevilla.
- CHAVES TRISTÁN, F.; GARCÍA VARGAS, E. 1991: «Reflexiones en torno al área comercial de Gades: Estudio numismático y económico», en: *Homenaje al Profesor M. Ponsich*, Anejos de *Gerión*, I, Madrid, 139-168.
- CHAVES TRISTÁN, F.; GARCÍA VARGAS, E.; FERRER, E. 2000: «Sertorio: de África a Hispania», en: *XIII Convegno Int. di Studi L'Africa Romana, Djerba, Túnez (10-13, diciembre 1998)*, Roma, 1463-1486.
- CHAVES TRISTÁN, F.; GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J.; FERRER, E.; GARCÍA VARGAS, E. 2006: «Relaciones interétnicas e identidades culturales en la Turdetania (siglos II a.C-I d.C)», en: *L'Africa Romana/14*, Roma, 813-828.
- CHAVES TRISTÁN, F.; GÓMEZ TUBÍO, B. 1999: «Nuevos datos acerca de la composición metálica de monedas hispanas: el caso de Gades», en: *Mélanges Claude Domergue, Pallas*, 50, Toulouse, 313-325.
- CHAVES TRISTÁN, F.; MARÍN CEBALLOS, M^a. C. 2004: «Las cabezas galeadas en la amonedación hispánica», en: CACCAMO, M.; CASTRIZIO, D.; PUGLISI, M. A. (eds.): *La tradizione iconica come fonte storica*, Messina, 351-384.
- 1992: «L'influence phénico-punique sur l'iconographie des frappes locales de la Péninsule Ibérique», en: *Numismatique et Histoire Economique du monde phénico-punique*, Bruselas, 167-194.
 - 1981: «Numismática y religión romana en Hispania», en: *La religión romana en Hispania*, Madrid, 29-46.
- CHAVES TRISTÁN, F.; MELCHOR, E.; ORIA SEGURA, M.; GIL FERNÁNDEZ, R. 2000: «Los monumentos en la moneda hispanorromana», *Quaderni Ticinesi Numismatica e Antichità Classiche*, 29, 289-312.
- CHAVES TRISTÁN, F.; OTERO, P. 2005: «Análisis metalográfico de las monedas halladas en el poblado minero de La Loba (Fuenteobejuna, Córdoba)», en: *XIII Congreso Internacional de Numismática*, Madrid, 487-496.
- 2002: «Los hallazgos monetales», en: BLÁZQUEZ, J. M^a.; DOMERGUE, C.; SILLIÈRES, P. (eds.): *La mine et le village minière antique de La Loba (Fuenteobejuna, province de Cordoube, Espagne)*, Burdeos, 161-230.
- CHIC, G. (ed.) 2007: *Perdona nuestras deudas. Economía de prestigio versus economía de mercado. II*, Sevilla.
- 2006: *Economía de prestigio versus economía de mercado*, Sevilla.
- CHIC, G. 2004: «De lo cualitativo a lo cuantitativo», en: CHAVES, F.; GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. (eds.): *Moneta qua scripta. La moneda como soporte de escritura*, Anejos *AEspA*, XXXIII, Sevilla, 415-431.
- DOMÍNGUEZ ARRANZ, A. 2006a: «Los estudios de Numismática aragonesa en la Antigüedad. Una aproximación bibliográfica», *Numisma*, 250, 449-475.
- 2006b: «Las monedas de Zaragoza. Una radiografía de la ciudad», en: *XII CNN (Madrid-Segovia 2004)*, Madrid, 195-211.
 - 2004: «La expresión del sacerdocio en las monedas cívicas de Hispania», en: CHAVES, F.; GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. (eds.): *Moneta qua scripta. La moneda como soporte de escritura*, Anejos, *AEspA*, XXXIII, Sevilla, 165-183.
 - 2001: «La moneda celtibérica», en: *Celtas y vetones*, Ávila, 219-228.
 - 1997: «Las acuñaciones ibéricas y celtibéricas de la Hispania Ulterior», en: VV. AA.: *Historia monetaria de Hispania Antigua*, Madrid, 116-193.
 - 1991: *Medallas de la Antigüedad. Las acuñaciones ibéricas y romanas de Osca*, Huesca.
 - 1979: *Las cecas ibéricas del valle del Ebro*, Zaragoza.
- DOMÍNGUEZ, A.; ESCUDERO, F.; LASA, C. 1996: *El Patrimonio Numismático del Ayuntamiento de Huesca*, Huesca.
- DOMÍNGUEZ, A.; ROVIRA, S.; MONTERO, I. 2004: «Aportación a la composición metalográfica de las monedas hispanas. Análisis cuantitativos de las monedas de la ceca de Bolskan/Osca», *Acta Numismática*, 34, 47-64.
- ESCUDERO, F. DE A. 1981: «Los templos en las monedas antiguas de Hispania», *Numisma*, 31, 153-203.
- FARIA, A. M^a. DE 2001: «Oppida latii Eboræ, quod item Liberalitatis Iulia et Myrtilis ac Salacia (Plin. Nat. 4. 117)», *Vipasca*, 10, 71-82.
- 1995: «Moedas de época romana cunhadas em território actualmente português», Anejos de *AEsp*, 14, 143-153.
 - 1992: «Ainda sobre o nome pré-romano de Alcacer do Sal», *Vipasca*, 1, 39-48.
- FERNÁNDEZ CHAVES, M.; CHAVES, F. 2004: «Semblanza de un erudito decimonónico y crónica de un olvido: Francisco Mateos Gago y su colección numismática», en: CHAVES, F.; GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. (eds.): *Moneta qua scripta. La moneda como soporte de escritura*, Anejos de *AEspA*, XXXIII, Sevilla, 313-330.

- FERRER, E. 2007: «Fenicios y cartagineses en el Tarracó postcolonial», en: BENDALA, M.; BELÉN, M. (eds.): *El nacimiento de la ciudad: la Carmona protohistórica. V Congreso de Historia de Carmona*, Carmona, 195-223.
- FLÓREZ, E. 1757-1758 y 1773: *Medallas de las colonias, municipios y pueblos antiguos de España*, Madrid.
- GARCÍA-BELLIDO, M^a. P. 2006a (coord.): *Los campamentos romanos en Hispania (27 a.C.-192 d.C.). El abastecimiento de moneda*, Anejos de *Glaudius*, Madrid.
- 2006b: «Sobre la perduración y uso de la escritura púnica en Hispania meridional. Una contramarca de *tglyt* sobre moneda tiberiana de *Acci*», *Numisma*, 250, 139-150.
- 2004: «El símbolo de la *legio I Adiutrix* en las contramarcas de las monedas emporitanas», en: CHAVES, F.; GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. (eds.): *Moneta qua scripta. La moneda como soporte de escritura*, Anejos *AEspA*, XXXIII, Sevilla, 151-163.
- 2003: «La historia de la colonia Lépidia-Celsa según sus documentos numismáticos: su ceca imperial», *AEspA*, 187, 273-290.
- 2002: «Los primeros testimonios metrológicos y monetales de fenicios y griegos en el sur peninsular», *AEspA*, 75, 93-106.
- 2001: «Numismática y etnias: nuevas y viejas perspectivas», en: VILLAR, F.; FERNÁNDEZ, M^a. P. (eds.): *Religión, lengua y cultura prerromana en Hispania*, Salamanca, 135-160.
- 1999: «Los resellos militares en moneda como indicios de movimiento de tropas», en: MORA, B.; CENTENO, R. M. S.; GARCÍA-BELLIDO, M^a. P.; DE DIEGO, G. (eds.): *Rutas, ciudades y moneda en Hispania*, Anejos de *AEspA* XX, Madrid, 55-70.
- 1993a: «Origen y función del denario ibérico», en: *Sprachen und Schriften des antiken Mittelmeerraums. Festschrift für Jürgen Untermann zum 65 Geburtstag*, Innsbruck, 97-123.
- 1993b: «Las cecas libiofenicias», en: *Numismática hispano-púnica*, Ibiza, 97-146.
- 1991: «Las religiones orientales en la península ibérica: documentos numismáticos», *AEspA*, 64, 37-81.
- 1986: «Nuevos documentos sobre agricultura y minería romanas en Hispania», *AEspA*, 59, 13-46.
- 1982: *Las monedas de Castulo con escritura indígena*, Barcelona.
- GARCÍA-BELLIDO, M^a. P.; BLÁZQUEZ, C. 2001: *Diccionario de cecas y pueblos hispánicos*, Madrid.
- 1995: «Formas y usos de las magistraturas en las monedas hispanas», en: GARCÍA-BELLIDO, M^a. P.; CENTENO, R. M. S. (eds.): *La moneda hispánica. Ciudad y territorio*, Anejos *AEspA*, XIV, Madrid, 381-428.
- GARCÍA-BELLIDO, M^a. P.; RIPOLLÈS, P. P. 1998: «La moneda ibérica: prestigio y espacio económico de los iberos», en: *Los Iberos. Príncipes de Occidente*, Barcelona, 205-215.
- GARCÍA GARRIDO, M. 1984: «Nuevas aportaciones al estudio de las monedas de *Abra*», *AN*, 14, 79-89.
- GARCÍA GARRIDO, M.; MONTANES, J. 1989: «Divisores de plata inéditos o poco conocidos de la Hispania Antigua», *AN*, 19, 45-52.
- GARCÍA GARRIDO, M.; VILLARONGA, L. 1987: «Las monedas de la Celtiberia», *Gaceta Numismática*, 86-87, 35-63.
- GARCÍA RIAZA, E. 1999: «El cómputo del metal precioso en los botines de guerra hispano-republicanos», *Hispania Antigua*, 23, 119-136.
- GARCÍA VARGAS, E. 2004: «Aspectos económicos de la moneda romana imperial», *VII Curs d'Història monetària d'Hispania. La moneda de l'Imperi romà*, Barcelona, 9-25.
- GÓMEZ, M. 2003: «El papel de la colonia de *Caesaraugusta* en el contexto imperial augústeo: El testimonio histórico de la Numismática», *AEspA*, 187, 291-307.
- GOMIS, M. 2002: *Las acuñaciones de la ciudad celtibérica de Segeda/Sekaiza*. Teruel-Mara-Zaragoza.
- 1997: *La ceca de Ercavica*, Barcelona-Madrid.
- 1996-1997: «Las acuñaciones de *Usekerte/Osicerda*», *Annals de l'Institut d'Estudis Gironins*, 36, 321-333.
- GONZÁLEZ ROMÁN, C.; MARÍN DÍAZ, M^a. A. 1994: «Prosopografía de la Hispania meridional en época republicana», en: GONZÁLEZ ROMÁN, C. (coord.): *La sociedad de la Bética. Contribuciones para su estudio*, Granada, 242-318.
- GOZALBES, M. 2006: «Jinetes sin escudo. Las representaciones ecuestres de la Citerior», *Numisma*, 250, 295-317.
- 2004-2005: «Desarrollo y contexto de las emisiones de *Turiazus*», *Kalathos*, 22-23, 251-270.
- GOZALBES CRAVIOTO, E. 2002: «Notas sobre las relaciones hispano-tigitanas en la Antigüedad clásica», en: *Vivre, produire et échanger, Mélanges offerts à Bernard Liou*, 133-139.
- 1994: «Moneda y proyección económica. La difusión de las monedas de cecas hispanorromanas en el norte de África», *Numisma*, 234, 47-59.
- GUADÁN, A. M. DE 1979: *Las armas en la moneda ibérica*, Madrid.
- 1963: *Las monedas de Gades*, Barcelona.
- 1960: «Tipología de las contramarcas en la Numismática ibero-romana», *Numario Hispánico*, 9, 7-121.
- GURT, J. M. 1985: *Clunia III*, Madrid.
- HEISS, A. 1870: *Description general des monnaies antiques de l'Espagne*, París.
- 1997: *Historia monetaria de la Hispania Antigua*, Madrid.

- HURTADO MULLOR, T. 2005: «La función de las contramarcas locales aplicadas en Hispania», *XIII CIN (Madrid, 2003)*, Madrid, 867-875.
- HURTADO MULLOR, T.; RIPOLLÈS, P. P. 2004: «La emisión bilingüe de Kelse», en: CHAVES, F.; GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. (eds.): *Moneta qua scripta. La moneda como soporte de escritura*, Anejos *AEspA*, XXXIII, Sevilla, 41-58.
- JENKINS, K. 1961: «Problems of the Celtiberian Coinage», *Atti IV Congresso Internazionale di Numismatica*, II, Roma, 322-354.
- KNAPP, R. C. 1982: «The Coinage of Corduba, Colonia Patricia», *AIIN*, 29, 183-202.
- 1979: «Celtiberian conflict with Rome: policy and coinage», en: *II Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la península ibérica*, Salamanca, 465-472.
- LORRIO, A. J. 1995: «El armamento de los celtiberos a través de la iconografía monetaria», en: GARCÍA-BELLIDO, M^a. P.; CENTENO, R. M. S. (eds.): *La moneda hispánica, ciudad y territorio*, Anejos de *AEspA*, XIV, Madrid, 75-80.
- LLORENS, M^a. M. 2005: «Les emissions llatines de la Hispania Citerior (72-27 a.C.)», en: *La moneda al final de la República: entre la tradició i la innovació. IX Curs d'Història monetària d'Hispania*, Barcelona, 115-128.
- 1994: *La ciudad de Cartago Nova. Las emisiones romanas*, Murcia.
- 1987: *La ceca de Ilici*, Valencia.
- LLORENS, M^a. M.; RIPOLLÈS, P. P. 1998: *Les encunyacions ibèriques de Lauro*, Granollers.
- LLORENS, M^a. M.; AQUILUÉ, X. 2001: *Ilercavonia-Dertosa i les seves encunyacions monetàries*, Barcelona.
- MARCOS, C. 1999: «La moneda en tiempos de guerra: el conflicto de Sertorio», *Moneda i exèrcits, III Curs d'Història monetària d'Hispania*, Barcelona, 83-106.
- 1994: «Imitaciones de numerario romano-republicano de bronce en el MAN», en: *VII Congreso Nacional de Numismática*, Madrid, 441-452.
- MAROT, T. 2001-2002: «La península ibérica en los siglos V y VI: consideraciones sobre provisión, circulación y usos monetarios», *Ptrenae*, 31-32, 133-160.
- MEDRANO, M. M. 1988: «Aproximación a un modelo matemático para determinar la ubicación de cecas y estudiar la circulación de sus emisiones», *Caesar-augusta*, 65, 169-194.
- MELCHOR, E. 2000: «La red viaria romana y la comercialización de los metales de Sierra Morena», en: MORA, B.; CENTENO, R. M. S.; GARCÍA-BELLIDO, M^a. P.; DE DIEGO, G. (eds.): *Rutas, ciudades y moneda en Hispania*, Anejos *AEspA*, XX, Madrid, 311-322.
- MORA SERRANO, B. 2007a: «Moneda tardo-antigua en Malaca (Málaga): un ocultamiento monetario del siglo V d.C. procedente del teatro romano», *Numisma*, 251, 191-212.
- 2007b: «Numismática romana: la ceca de Cumbaria y la circulación monetaria», en: BELTRÁN, J.; ESCACENA, J. L. (eds.): *Arqueología en el Bajo Guadalquivir. Prehistoria y Antigüedad de Las Cabezas de San Juan*, Sevilla, 211-236.
- 2006a: «Metrología y sistemas monetarios en la península ibérica (siglos V-I a.C.)», *Actas XII Congreso Nacional de Numismática*, Madrid, 23-61.
- 2006b: «Hallazgos antiguos y colecciones numismáticas malagueñas de los siglos XVIII y XIX», *Numisma*, 250, 577-590.
- 2005a: «Notas sobre representaciones solares en la Numismática púnica», en: *Atti V Congresso Internazionale di Studi Fenopunici (Palermo, 2000)*, Palermo, 1351-1358.
- 2005b: «Numismática y arqueología en la Málaga antigua», *Mainake*, XXVII, 225-250.
- 2004a: «Plomos monetiformes y su relación con la producción y transporte de aceite bético», en: *Figlinae Baeticae. Talleres alfareros y producciones cerámicas en la Bética Romana (siglos II a.C.-VII d.C.)*, Oxford, 527-535.
- 2004b: «Notas sobre la escritura latina en la amoneda antigua de Hispania», en: CHAVES, F.; GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. (eds.): *Moneta qua scripta. La moneda como soporte de escritura*, Anejos de *AEspA*, XXXIII, Sevilla, 115-122.
- 1999: «La circulación monetaria en la ciudad de Acinipo (Ronda, Málaga) y las comunicaciones entre el Estrecho y el valle del Guadalquivir», en: MORA, B.; CENTENO, R. M. S.; GARCÍA-BELLIDO, M^a. P.; DE DIEGO, G. (eds.): *Rutas, ciudades y moneda en Hispania*, Anejos de *AEspA*, XX, Sevilla, 341-348.
- 1997: «La Arqueología en el discurso numismático del siglo XIX: el Nuevo Método de D. Antonio Delgado», en: MORA, B.; DÍAZ, M. (eds.): *La cristalización del pasado: Génesis y desarrollo del marco institucional de la Arqueología en España*, Málaga, 163-171.
- 1994: «La Colección Gómez-Moreno de los fondos monetarios del Museo de Málaga», en: *VIII CNN (Avilés, 1992)*, Madrid, 425-448.
- 1993: «Las cecas de Malaca, Sexs, Abdera y las acuñaciones púnicas de la Ulterior Baetica», en: *Numismática hispano-púnica*, Ibiza, 63-95.
- 1991-1993: «A propósito de un divisor de plata con estrella en el reverso», *Homenatge al Dr. L. Villarronga, AN*, 21-23, 147-154.
- 1991: «Sobre algunas reacuñaciones del taller de Acinipo», en: *VII Congreso Nacional de Numismática*, Madrid, 213-223.
- MORA, G. 2004: «Topografía y numismática. La identificación de las antiguas ciudades a través de las

- monedas», en: CHAVES, F.; GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. (eds.): *Moneta qua scripta. La moneda como soporte de escritura*, Anejos *AEspA*, XXXIII, Sevilla, 303-311.
- MORILLO, Á. 1999: «Contramarcas militares en monedas de la submeseta norte. Algunas consideraciones generales», *AEspA*, 20, 71-90.
- NAVASCUÉS, J. M. 1971: *Las monedas hispánicas del Museo Arqueológico Nacional de Madrid*, Madrid.
- ÑACO DEL HOYO, T. 2006a: «Reardguard Strategies of Roman Republican Warfare in the Far West», en: *Ward and Territory in the Roman World / Guerra y territorio en el mundo romano*, Oxford, 149-167.
- 2006b: «*Bellum se ipsum alet*: la guerra como dinámica fiscal autosostenible en la República», en: BURILLO, F. (ed.): *Segeda y su contexto histórico. Entre Catón y Nobilior (195 al 153)*, Zaragoza, 95-104.
- 2003: *Vectigal incertum. Economía de guerra y fiscalidad republicana en el occidente mediterráneo: su impacto en el territorio (218-133 a.C.)*, Oxford.
- ORFILA, M.; RIPOLLÈS, P. P. 2004: «La emisión con leyenda *Florentia* y el tesoro del Albaicín», *Florentia Iliberritana*, 15, 367-388.
- OTERO, P. 1998: «Uso y función de las monedas ibéricas», *La moneda en la sociedad ibérica*, Barcelona, 119-140.
- 1993: «Consideraciones sobre la presencia de acuñaciones celtibéricas en zonas mineras de la Hispania Ulterior», *XI CIN*, vol. II, Louvain-la-Neuve, 49-58.
- PENA, M^a. J. 2000: «¿Quiénes eran los magistrados monetales?», en: *Moneda i administració del territori. IV Curs d'Història monetària d'Hispania*, Barcelona, 99-109.
- 1988: «Nota sobre Livio, XLIII, 3. La fundación de la colonia de *Carteia*», *ETF(1)*, 267-276.
- 1973: «Artemis-Diana y algunas cuestiones en relación con su iconografía y su culto en Occidente», *Ampurias*, 35, 109-134.
- PEREIRA, I.; BOST, J. P.; HIERNARD, J. 1974: *Fouilles de Conimbriga, III. Les Monnaies*. París.
- PÉREZ ALMOGUERA, A. 1996: «Las cecas catalanas y la organización territorial romano-republicana», *AEspA*, 69, 37-96.
- PLIEGO, R. 2003: «Sobre el reclutamiento de mercenarios turdetanos. El campamento cartaginés de El Gandul (Alcalá de Guadaira, Sevilla)», *Habis*, 34, 39-56.
- PUREFOY, P. B.; MEADOWS, A. 2002: *Sylloge Nummorum Graecorum. The British Museum, Vol. IX, Part 2. Spain*, Londres.
- RIPOLLÈS, P. P. 2006: *La ceca de Saitabi*, Valencia.
- 2005: *Monedas hispánicas de la Bibliothèque Nationale de France*, Madrid.
- 2004: «Las primeras acuñaciones griegas e ibéricas en la península ibérica: formalización de la plata al peso. *Emporion y Arse*», en: CHAVES, F.; GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. (eds.): *Moneta qua scripta. La moneda como soporte de escritura*, Anejos *AEspA*, XXXIII, Sevilla, 333-344.
- 2003: *The Collection of the Royal Coin Cabinet National Museum of Economy Stockholm, Part 6. The G. D. Lorichs collection, Sylloge Nummorum Graecorum. Sweden II*, Estocolmo.
- 2002: «La moneda romana imperial y su circulación en Hispania», *AEspA*, 75, 195-214.
- 1997: «Las acuñaciones cívicas romanas de la península ibérica (44 a.C.- 54 d.C.)», en: *Historia monetaria de la Hispania Antigua*, Madrid, 335-395.
- 1995: «Una aproximación a las reacuñaciones en la península ibérica durante la Antigüedad», en: GARCÍA-BELLIDO, M^a. P.; CENTENO, R. M. S. (eds.): *La moneda hispánica, ciudad y territorio*, Anejos de *AEspA*, XIV, Madrid, 289-296.
- 1994: «Circulación monetaria en Hispania durante el periodo republicano y el inicio de la dinastía Julio-Claudia», en: *VIII Congreso Nacional de Numismática*, Madrid, 115-148.
- 1993: «Hispania: las acuñaciones locales y la financiación de las *rei publicae*», *Convegno Internazionale di Studi Numismatici, Tra Moneta e non Moneta (Milano, 1982)*, *RIN*, 95, 261-276.
- 1988: *La ceca de Valentia*, Valencia.
- 1982: *La circulación monetaria en la Tarraconense mediterránea*, Valencia.
- RIPOLLÈS, P. P.; ABASCAL, J. M. 2000: *Monedas hispánicas. Gabinete de la Real Academia de la Historia*, Madrid.
- 1999: «*Varia metallica* (III): anàlisi de monedes provincials romanes d'Hispania», *AN*, 29, 49-58 [con la bibliografía anterior I y II].
- 1996: *Las monedas de la ciudad romana de Segobriga (Saelices, Cuenca)*, Barcelona-Madrid.
- RIPOLLÈS, P. P.; LLORENS, M^a. M. 2002: *Arse-Saguntum. Historia monetaria de la ciudad y de su territorio*, Sagunto.
- RIPOLLÈS, P. P.; MUÑOZ, J.; LLORENS, M^a. M. 1993: «Estimación original del número de cuños utilizados en las acuñaciones provinciales de Hispania. Las cecas», en: *IX Congreso Internacional de Numismática, I*, Louvain-la-Neuve, 315-324.
- RODRÍGUEZ CASANOVA, I. 1999: «Consideraciones sobre la iconografía monetaria de la ceca de *Carmo*: el mercurio africano», en: MORA, B.; CENTENO, R. M. S.; GARCÍA-BELLIDO, M^a. P.; DE DIEGO, G. (eds.): *Rutas, ciudades y moneda en Hispania*, Anejos de *AEspA*, XX, Sevilla, 333-340.
- RODRÍGUEZ MÉRIDA, J. A. 1990: «La ceca de *Urso*», *Numisma*, 222-227, 23-46.
- 1991: «La ceca de *Osset*», *Numisma*, 228, 9-30.
- 1992: «La ceca de *Ilipe Magna*», *Numisma*, 229, 43-67.

- RODRÍGUEZ NEILA, J. F. 1995: «Organización administrativa de las comunidades hispanas y magistraturas monetales», en: GARCÍA-BELLIDO, M^a. P.; CENTENO, R. M. S. (eds.): *La moneda hispánica. Ciudad y territorio*, Anejos *AEspA*, XIV, Madrid, 261-273.
- RODRÍGUEZ RAMOS, J. 2006: «Sobre la identificación de la ceca ibérica de *Lamini(um)*», *Acta Numismática*, 36, 56-61.
- RUIZ TRAPERO, M. 2000: *Las monedas hispánicas del Instituto Valencia de Don Juan*, Madrid.
- SUTHERLAND, C. H. V. 1984: *Roman Imperial Coinage, 31 BC-AD 69. The Roman Imperial Coinage, I*, Londres = *RIC I*.
- UNTERMANN, J. 1995: «La latinización de Hispania a través del documento monetar», en: GARCÍA-BELLIDO, M^a. P.; CENTENO, R. S. M. (eds.): *La moneda hispánica, ciudad y territorio*, Anejos de *AEspA*, XIV, Madrid, 305-316.
- 1975, 1980, 1990, 1997: *Monumenta Linguarum Hispanicarum*, I, II, III, IV, Wiesbaden.
- UROZ, H. 2003: «La importancia de los cultos salutariferos y el cosmopolitismo en la *Carthago Nova* tardorrepública y altoimperial», *Eutopia III*, 1-2, 7-31.
- VELÁZQUEZ, L. J. 1752: *Ensayo sobre los alfabetos de las lenguas desconocidas que se encuentran en las más antiguas medallas y monumentos de Hispania*, Madrid.
- VILLARONGA, L. 2007: «Méthode de l'intervalle de confiance pour l'étude comparative des poids des émissions monétaires», en: MOUCHARTE, G. *et al.* (eds.): *Liber amicorum Tony Hackens*, Louvain-la-Neuve, 107-110.
- 2006: «La datación de las monedas de *Segeda I*», en: BURILLO MOZOTA, F. (ed.): *Segeda y su contexto histórico. Entre Catón y Nihilior (195 al 153)*, Zaragoza, 197-201.
- 2004: *Numismàtica antiga de la península ibèrica*, Barcelona.
- 2002: *Les dracmes emporitanes. De principi del segle II a.C.*, Barcelona.
- 2000: *Les monedes de plata d'Empòrion, Rhode i les seves imitations. De principi del segle III a.C. fins a l'arribada dels romans, el 218 a.C.*, Barcelona.
- 1998: *Les dracmes ibèriques i llurs divisors*, Barcelona.
- 1997: *Monedes de plata emporitanes dels segles V-IV a.C.*, Barcelona.
- 1995a: *Denarios y quinarios ibéricos. Estudio y catalogación*, Barcelona-Madrid.
- 1995b: «L'emissió emporitana amb cap de be i revers de creu puntejada de la segona meitat del segle V a.C.», *AN*, 25, 17-34.
- 1995c: «La masa monetaria acuñada en la península ibérica antes de Augusto», en: GARCÍA-BELLIDO, M^a. P.; CENTENO, R. M. S. (eds.): *La moneda hispánica, ciudad y territorio*, Anejos de *AEspA*, XIV, Madrid, 7-14.
- 1994: *Corpus Nummum Hispaniae ante Augusti aetatem*, Madrid = *CNH*.
- 1993a: *Tresors monetaris de la península ibèrica anteriors a August: repertori i anàlisi*, Barcelona.
- 1993b: «Plomos monetiformes de la Citerior de época romano-república», en: *Convegno Internazionale di Studi Numismatici, Tra Moneta e non Moneta (Milano, 1982)*, *RIN*, 95, 307-320.
- 1990: «Assaig-balanç dels volums de les emissions monetàries de bronze a la Península Ibèrica d'abans d'August», *Acta Numismática*, 20, 19-35.
- 1988: *Els denaris d'Ikalkusken*, Valencia.
- 1987: «Uso de la ceca de *Emporion* por los romanos para cubrir sus necesidades financieras en la península ibérica durante la Segunda Guerra Púnica», en: *Studi per Laura Breglia. I, Suppl. Boll. di Numismatica*, 4, Roma, 209-214.
- 1985a: «Imitaciones de moneda romano-república de bronce en la Península», *GN*, 9, 33-40.
- 1985b: *Estadística aplicada a la Numismática*, Barcelona.
- 1984: «Las primeras emisiones de bronce en Hispania», en: *Papers in Iberian Archaeology*, Oxford, 205-215.
- 1983: *Les monedes ibèriques de Tarraco*, Tarragona.
- 1981-1983: «Las necesidades financieras en la península ibérica durante la Segunda Guerra Púnica y primeros levantamientos de los iberos», *Nummus*, 4-6, 119-154.
- 1973a: «Marcas de valor en monedas ibéricas», *XII CNA*, Zaragoza, 531-536.
- 1973b: *Las monedas hispano-cartaginesas*, Barcelona.
- 1970: «Emisión monetaria augustea con escudo atribuible a P. Carisio y la zona norte de Hispania», en: *XI Congreso Nacional de Arqueología*, Madrid, 591-600.
- VIVES, A. 1926: *La moneda hispánica*, Madrid.
- VV. AA. 2001: *Celtas y Vettones*, Ávila.

LOS ESTUDIOS EPIGRÁFICOS EN HISPANIA (1756-1920). UN APUNTE DESDE LOS FONDOS MANUSCRITOS DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA*

Juan Manuel Abascal Palazón
Universidad de Alicante

Resumen

El Archivo de la Real Academia de la Historia alberga la mayor colección de manuscritos epigráficos existente en España. Muchos de ellos son originales, y otros, copias obtenidas desde su creación en 1738. Con ellos se puede trazar sin dificultad la historia de los estudios epigráficos en nuestro país. Este trabajo narra ese proceso entre 1756 y 1920 a partir de ejemplos fundamentales.

Palabras clave

Epigrafía, manuscritos, España, Real Academia de la Historia.

Résumé

Dans les archives de la Royal Académie de l'Histoire à Madrid on y trouve la plus grande collection de manuscrits sur l'épigraphie latine de l'Espagne. La plus part d'eux sont textes originaux, mais il y a plusieurs copies obtenues depuis sa création, en 1738. Avec tous ces textes on y peut récréer l'histoire des études épigraphiques à notre pays. Ce travail décrit cette histoire entre 1756 et 1920 prenant le support des oeuvres des principaux auteurs.

Mots clé

Épigraphie, Manuscrits, Espagne, Royal Académie de l'Histoire.

* La redacción de este trabajo se ha realizado en el marco del proyecto HUM-2006-07904 (José Andrés Cornide y la tradición manuscrita de la epigrafía hispanorromana en los siglos XVIII y XIX), financiado por el Ministerio de Educación y Ciencia y como complemento al proyecto HUM-2006-04596 (El hábito epigráfico en la Bética occidental: una realidad lingüística y su dimensión histórica). En la transcripción de documentos se ha normalizado toda la tipografía.

Gregorio Mayans y el inicio de una época

La más antigua historia de los estudios epigráficos en Hispania acaba de cumplir 250 años y se debe a Gregorio Mayans (1699-1781), quien el 24 de junio de 1756 firmaba en su localidad natal de Oliva (Valencia), lo que tituló *Introductio ad veterum inscriptionum historiam litterariam* (Mayans 1756), un relato amplio pero necesariamente apresurado, escrito en forma de carta a Johann Ernst Immanuel Walch (1725-1778), en el que relataba lo que un buen conocedor de los fondos manuscritos de Hispania —como era Mayans— consideraba hitos claves de los estudios epigráficos; no en vano había sido Bibliotecario en la Biblioteca Real en Madrid desde 1733 hasta 1739 (Peset 1975, 71 y ss.; Mestre 1978, 1981, 53-76, y 1983, 21-31). El original de ese texto se conserva en la Biblioteca de Göttingen (Codex 153, 4º, fol. 79-116), junto a otra serie de manuscritos de Mayans, donde lo vio Hübner después de aparecer la primera edición de *CIL* II en 1869, por lo que solamente en el *supplementum* (*CIL* II supp., LXXXIII) pudo dar noticia de su existencia, denominándolo entonces como *Historia Hispanicarum collectionum veterum inscriptionum*.

Aquellos años centrales del siglo XVIII conocerían una intensa actividad literaria centrada en los estudios de historia de la Epigrafía y en la propia compilación de inscripciones. Los aires ilustrados que se habían propagado por Europa salpicaban todos los centros universitarios, bibliotecas reales y círculos de bibliófilos, en donde la flor y nata del humanismo dieciochesco se afanaba en marcar distancias con centurias anteriores, y lo hacía —o pretendía hacer, pues no siempre se logró— dando a la posteridad una evidencia física de su nueva forma de trabajar y de compilar antigüedades desde la cercanía al monumento, desde la fidelidad al dato, desde la erudición ejemplar que nos ha llegado en las obras de todos estos autores.

En ese puzzle, Mayans había de ocupar un papel principal como máximo referente de su tiempo a nivel internacional en el conocimiento de la bibliografía española. Eso explica que se convirtiera en interlocutor de algunas de las grandes figuras que pasarían a la historia de la Epigrafía por sus compilaciones (Muratori, Burmann o Hultmann) y del propio Walch.

Johann Ernst Immanuel Walch, director de la Sociedad Latina de Jena, fue conocido como autor de diversos trabajos epigráficos de índole menor; se ocupó de las inscripciones hispanas en dos obras de 1750 (sobre Hübner: *CIL*, II, 231*) y 1753, y conocemos además otros trabajos suyos de difusión reducida y de relativo impacto en la literatura científica de la época (Walch 1751a, 1751b, 1757, 1761); su contacto con Mayans (Peset 1975, 135 y ss.) se traduciría en la valiosa información que publicó más tarde (Walch 1761-1764).

Pero la fama del de Oliva como referente bibliográfico lo llevó el mismo año de 1756 a recibir otra carta con la misma petición, esta vez de J. A. Hultmann, que necesitaba datos para preparar una obra que reemplazara a la de Muratori. Mayans acababa de enviar a Jena la epístola de Walch, y no tenía interés en repetir el trabajo, por lo que satisfizo los ruegos de su corresponsal con una recapitulación sobre las inscripciones falsas en España, que se publicaría íntegra (Hultmann 1758). Años antes, L. A. Muratori se había dirigido a él con el mismo ruego para dar forma definitiva a su *Thesaurus* (Muratori 1739-1742) y, en 1757, Mayans recibió una cuarta petición, esta vez de P. Burmann, que se encontraba realizando su trabajo sobre composiciones métricas latinas y que deseaba incluir las nuevas que hubieran podido darse a conocer en España (éstas aparecerían en el segundo volumen de: Burmann 1773).

De todas estas contribuciones nos interesa destacar la carta enviada a Walch en 1756. En aquel manuscrito deslizaba Mayans un comentario que no debe pasar desapercibido: su interés en realizar un catálogo de las inscripciones hispanorromanas al modo que más tarde lo haría Hübner o como lo intentaron otros estudiosos entre los siglos XVIII y XIX:

«Pues entre las muchas cosas que tengo en mente no ocupa el último lugar una Recopilación de las Inscripciones Hispanas, en la cual se diferencien las verdaderas de las falsas y se adscriban, teniendo en cuenta los rasgos cronológicos, a años concretos, a gobiernos de emperadores o a reyes determinados. Después, realizar un Índice general de todos los temas en ellas contenidos... » (Mayans 1756, § 1).

Más aún, Mayans se hacía eco de una carta escrita por el portugués Luis Andrés Resende (1498-1573) el 19 de marzo de 1570 a Ambrosio de Morales en la que aquél le decía:

«Alabo tu interés en reunir afanosamente inscripciones antiguas. Y no considero necesario advertir a un hombre como tú que no confíes fácilmente en la honradez ajena si no estudias la piedra por ti mismo» (Mayans 1756, § 7).

Con estos datos se puede decir sin dificultad que con Gregorio Mayans había nacido en España la epigrafía moderna.

Eso no significa que debemos compartir necesariamente todos los juicios que Mayans hizo de quienes lo precedieron, especialmente en lo referente al inicio de los estudios científicos de la epigrafía hispánica; sin duda alguna mucho tuvo que ver su mejor conocimiento de la bibliografía local de su tierra con que atribuyera el mérito de ser el primer hispano que estudió inscripciones antiguas al valenciano Jaume Roig (1401-1478), médico de la reina María, esposa de Alfonso V de Aragón, mientras que reservaba la condición de primer coleccionista a otro valenciano, Juan Andrés Strany, citado por Luis Vives pero del

que ya en época de Mayans se había perdido todo recuerdo y de quien hoy carecemos de referencias. Tampoco podemos compartir su juicio sobre la atribución a Benito Arias Montano de los máximos laureles de los estudios epigráficos peninsulares, pese a su indiscutible erudición (Arias Montano 1571, 1601, 1605, 1698) y a su magnífico conocimiento de la Biblioteca de El Escorial:

«El sevillano Benito Arias Montano es, sin duda, quien más inscripciones ha leído y reunido y mejor ha entendido y explicado, puesto que él mismo era muy experto escritor de ellas» (Mayans 1756, § 55).

El prolijo relato del de Oliva y la intensa investigación sobre manuscritos epigráficos llevada a cabo en los últimos quince años por Helena Gimeno (Gimeno 1993, 1995, 1997) nos ahorran el insistir aquí sobre la historia bibliográfica de una disciplina a la que después de Mayans aún aguardaban días de gloria.

En los 250 años que nos separan del relato escrito por Gregorio Mayans —exactamente 252—, la epigrafía hispanorromana pasó de ser un conocimiento reservado a círculos eruditos a convertirse en tema frecuente de la bibliografía anticuaria hispánica y luego a disciplina académica, adquiriendo el auge con que hoy la conocemos, y ocupando un puesto reconocido en los estudios de Historia Antigua.

Ese camino de dos siglos y medio no es un itinerario regular con un *crescendo* continuo, sino que tuvo etapas de gran prosperidad y otras de silencio casi absoluto. Desde mediados del siglo XVIII —desde los tiempos de Mayans— la institucionalización de los estudios anticuarios alrededor de la Real Academia de la Historia y de otras academias regionales como la Academia Sevillana de Buenas Letras, creó un marco estable para aquello que ahora sabemos que era lo más importante: reunir en una biblioteca los manuscritos y conseguir su conservación durante siglos al alcance de los estudiosos.

Mayans había disfrutado de ese privilegio en la Biblioteca Real, pero más tarde el protagonismo se trasladaría a la Real Academia de la Historia —creada en 1738—, donde se han venido guardando y conservando los cientos de textos con los que Hübner haría una gran parte del volumen segundo del *Corpus Inscriptionum Latinarum* y que, aún hoy, siguen siendo fuente de sorpresas, por lo que un relato ordenado sobre el ayer de nuestra disciplina debe empezar con una mirada a la tradición epigráfica en esta institución.

La epigrafía hispanorromana en el Archivo de la Real Academia de la Historia

El primer catálogo de manuscritos de la Real Academia de la Historia que vio la luz como tal es el del

arco cronológico 1910-1912, y quedó inédito. Su autor, el Facultativo del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios Antonio Rodríguez Villa, reunió, en varios cientos de páginas, el que se puede considerar hasta la fecha el primer intento de ofrecer una sistematización alfabética de los manuscritos cuya utilidad está fuera de toda duda pues, aún hoy, sigue siendo útil para localizar obras en el archivo. Junto a él, el catálogo manuscrito elaborado por Gómez Centurión constituye la plasmación práctica de más de un siglo y medio de esfuerzos por presentar al usuario esta gigantesca colección documental que día a día va ganando en importancia a medida que conocemos su contenido.

Si tuviéramos que valorar, en el ámbito específico de las inscripciones, qué es lo más importante de este archivo, las páginas de este trabajo se quedarían cortas. A las riquísimas series de RAH-9-3929 a 3942 y 7944 a 7980 ya publicadas (Almagro-Gorbea/Maier 2003; Cebrián 2002), cuyo valor epigráfico ya ha sido reconocido, hay que unir las 4.000 nuevas piezas dadas a conocer recientemente (Abascal/Cebrián 2005). Y, más aún, la catalogación de expedientes hasta ahora mudos, ha puesto al descubierto la existencia de figuras destacadas de la investigación epigráfica y arqueológica que hasta ahora eran desconocidas, como es el caso de los autores que concurrieron a los premios *por descubrimiento de antigüedades* convocados por la Academia desde 1858 y que no vieron finalmente publicados sus trabajos.

Desde el momento de su fundación, en 1738, la recopilación de las inscripciones antiguas de Hispania, como una de las fuentes directas de conocimiento para construir la Historia, fue una tarea prioritaria de la Real Academia de la Historia. El impulso de viajes como los del Marqués de Valdeflores —sobre el que se hablará más adelante— fue solo una de las manifestaciones de ese objetivo que venía expresado en los fines fundacionales. En esa línea se insertaría el encargo a Enrique Flórez (1702-1773) de la redacción de la *España Sagrada*, concebida como una Geografía eclesiástica de España (Vega 1950, 39); o empresas como la *Colección Lithológica*, un proyecto redactado por el sevillano Martín de Ulloa (1719-1787) en 1750 (Mora 1998, 67). El cúmulo de empresas de este tipo abordadas en las últimas décadas del siglo XVIII da idea de la importancia que se concedía a esa recogida de inscripciones que se consideraba fundamental para sentar las bases de una investigación rigurosa y alejada de las supercherías que poblaban los falsos *Cronicones* (Godoy Alcántara 1868; Caro Baroja 1992), «aclarando la importante verdad de los sucesos, desterrando las fábulas introducidas por la ignorancia o por la malicia, conduciendo al conocimiento de muchas cosas, que oscureció la Antigüedad o tiene sepultadas el descuido», como indicaba la Real Cédula por la que se renovaron los estatutos de la Academia en 1792. Otra Real

Cédula, la de 1803, sentaría las bases de la legislación sobre el patrimonio arqueológico y monumental en España (Maier 2003).

La generación del Marqués de Valdeflores (1722-1772) y sus continuadores

Durante más de 250 años, la Real Academia de la Historia ha venido atesorando y custodiando uno de los más fascinantes archivos de manuscritos históricos hoy existentes. Tras las tapas de sus legajos —de muy diversa índole, pero siempre fascinantes y accesibles a los investigadores— se esconde un impresionante universo que sirve de estímulo al conocimiento y que renueva día a día la pasión por la Historia de quienes lo exploran.

En sus algo más de dos siglos y medio de vida, se han ido depositando en sus estanterías papeles y volúmenes de muy diversa procedencia y de temática muy variada. Biografías, relatos históricos, documentos administrativos, cartas y hasta algunos poemas se aprietan en las lejas albergando un conjunto inconmensurable de datos que servirían y sirven para casi todas las disciplinas humanísticas, incluyendo la Epigrafía, a la que tradicionalmente la Academia ha prestado una especial atención.

Este valioso archivo de manuscritos fue concebido, inicialmente, como un recurso para la investigación de quienes constituyeron y potenciaron aquella primera Academia que en un lejano día de 1738 inició su andadura. El objetivo fundacional de establecer «la importante verdad de los sucesos, desterrando las fábulas introducidas por la ignorancia o por la malicia, conduciendo al conocimiento de muchas cosas que oscureció la Antigüedad o tiene sepultadas el descuido» requería disponer de los instrumentos en que aquellas fábulas se desarrollaban y situar junto a ellos la obra de quienes se ocupaban de deshacer aquellos mitos y de sentar las bases de la futura investigación histórica.

Por desgracia, sabemos muy poco de la labor de acopio documental en las primeras décadas de existencia de la Academia y apenas podemos seguir el rastro en las obras escritas en esa etapa. Sin embargo, el volumen de textos experimentó en pocos años un crecimiento exponencial de manera que, a finales del siglo XVIII, se disponía ya de una nutrida colección de manuscritos en la que incluso había dificultades para localizar algunos textos, situación que aparece perfectamente reflejada en las actividades diarias de José Andrés Cornide (1734-1803); sus diferentes viajes por España y Portugal lo llevaron a buscar en la Biblioteca los documentos de siglos anteriores que habían de servir de soporte documental a sus actividades y que le permitirían preparara sus itinerarios. En esa búsqueda, Cornide localizó un gran número de obras que, gracias a esta sistematización, quedaron ubicadas defini-

tivamente. Sin embargo, otros muchos trabajos que se sabía existían por haber ingresado en fechas anteriores, no llegaron a ser localizados. El ejemplo exacto de tal situación es el referente al *Tratado de las Marinas* de Fariñas del Corral, escrito en 1663, y del que la Academia tiene dos copias del siglo XVIII (RAH-9-5996-2 y 9-8073-4). Cornide las buscó sin éxito o, más exactamente, la buscó, pues creía que solo había una y sobre ella dice lo siguiente:

«El *Tratado de las Marinas de la Bética*, aunque se han repasado los Índices y no se encuentra, resolverá a hacer otra vez el mismo examen; puede ser, que aunque esté citado en Carta al Señor Pingarrón por el Sr. D. Miguel de Espinosa, Conde del Águila, esté metido en algún vol. de los muchos que hay de Misceláneas, cuyo trabajo es largo y es menester dejarlo para cuando haya más proporción» (Cornide ms. RAH 9-3918-12a, fol. 14).

A finales del siglo XVIII, el archivo de manuscritos que poseía la Academia, siendo importante, carecía del rico volumen informativo atesorado en centros como la Biblioteca del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial o en Simancas. La Academia se había puesto como tarea la copia parcial de aquellos documentos conservados en otras bibliotecas que pudieran tener un especial interés para el trabajo de sus miembros o para la elaboración de las grandes empresas que se habían proyectado, como el *Diccionario biográfico*, el *Geográfico* (RAH-11-8221) o las colecciones arqueológica y numismática.

Ejemplo de tales iniciativas es el viaje de Martín Fernández de Navarrete (1765-1844) a Sevilla con el objeto de realizar copias de documentos. De este viaje queda huella en el expediente RAH-11-8138-4, que el propio autor rotuló como *Índice de los manuscritos copiados en la Comisión de que he estado encargado en la Ciudad de Sevilla, y se comprenden en 17 tomos colocados en ellos, por orden de descubrimientos a que corresponden, las materias de que tratan, y ordenados cronológicamente*; en la portadilla exterior se indica que el viaje tuvo lugar en 1795.

No siempre las copias de documentos en otros centros eran sistemáticas, pues en ocasiones solo se pretendía disponer en Madrid de algunas piezas singulares o de especial interés; un documento anónimo (RAH-11-8240-19), no fechado pero contemporáneo del viaje de Fernández de Navarrete a Sevilla, lleva por título *Crónica escrita por Don Fray García de Enguí obispo de Bayona, copiada por Don Manuel Abella de un manuscrito en folio que se halla en la biblioteca del Escorial, estante letra X, II, num. 22*. Al final del pliego se lee lo siguiente: «Esta noticia parece bastante para satisfacer los deseos del Sr. Director. Lo que tiene la Academia de esta Crónica de Enguí es solo un catálogo o díptica cronológica de los Reyes de Navarra, remitido con otras noticias curiosas por el Señor Don

Domingo Fernández del Riego y Campomanes, y todo se halla encuadrado en un tomo folio pasta de poco volumen. El Obispo Don García de Enguí parece que fue confesor del Príncipe Don Carlos de Viana».

Evidentemente, uno de los lugares de los que más copias se obtuvieron en aquellos años tempranos fue la Biblioteca de El Escorial, que nutría generosamente el archivo académico aunque no siempre se conoce el destino que se dio a esta información o el interés que podía tener para los trabajos en curso, pues, a veces, los textos copiados guardan muy poca o nula relación con las publicaciones de ese periodo, como ocurre con el documento RAH-11-8240-17 de 1797, referido a documentos de Alfonso el Sabio transcritos de originales escorialenses.

A este respecto merece destacarse el contenido del legajo RAH-11-8220, que contiene documentos copiados entre el 21 de octubre de 1793 y el 15 de febrero de 1794, cuyo título es suficientemente expresivo: *Libro de Juntas extraordinarias celebradas los lunes y miércoles de la semana para el reconocimiento, examen y elección de manuscritos que se conservan en la Biblioteca de la Academia y pueden darse a la prensa*. Es decir, había voluntad de comenzar a publicar aquellos manuscritos cuya importancia así lo aconsejara; no solo se trabajaba en la catalogación y acopio de nuevos textos, sino que la edición impresa constituía también un objetivo.

En el marco de esta empresa de recuperación de textos –y por seguir un necesario orden cronológico respecto a sus autores– hay que referirse en primer lugar a Luis José Velázquez, Marqués de Valdeflores, contemporáneo, pero silenciado en el relato de Mayans pese a que en vida del de Oliva –y antes de la carta a Walch de 1756– había publicado alguna de sus obras fundamentales (Velázquez 1752).

Luis José Velázquez de Velasco, Marqués de Valdeflores, Señor de Sierrablanca y Caballero de la orden de Santiago (Málaga, 1722-1772), estudió Lógica y Jurisprudencia en Granada, estableciéndose en Madrid en 1748, donde en 1752 fue elegido Académico de Número en la Real Academia de la Historia. Considerado como una de las figuras claves del conocimiento anticuario de su tiempo (Sempere 1789a [reed. 1969], 139-153; Escribano 1959; Rodríguez Oliva 1980; Canto 1994; Aguilar Piñal 1995, 361-366; Álvarez Martí-Aguilar 1996), viajó por los archivos de España durante 18 años, con el fin de recopilar materiales para elaborar una *Historia General de España* (Mora 1991, 31) –o más exactamente para «hacer una colección general de todos los antiguos monumentos originales y contemporáneos de la Historia de España y después formar una historia general de la Nación únicamente deducida de ellos» (Álvarez Martí-Aguilar 1996, 20)– y publicó numerosas obras, además de dejar una importantísima colección de manuscritos que fueron enviados tras su muerte a la Academia. Entre sus obras

impresas destaca el *Ensayo sobre los alfabetos de las letras desconocidas* (Velázquez 1752), que fue leído en la Academia en diferentes sesiones entre el 25 de junio de 1751 y mayo de 1752, y que se terminó de imprimir en noviembre de ese último año (Uhagón 1926, 88).

Valdeflores fue comisionado por la Real Academia de la Historia para recoger las antigüedades de España, básicamente de Extremadura y Andalucía, y fruto de tales pesquisas fueron cientos de bocetos de inscripciones y monumentos y un altísimo número de manuscritos, hoy custodiados en la Real Academia de la Historia (Abascal/Cebrián 2005, 465-491).

Las fechas exactas de los viajes fueron siempre motivo de duda entre sus contemporáneos y entre quienes emplearon su documentación en la centuria siguiente. Baste decir que en el archivo de la propia Academia hay algunas notas cruzadas a lo largo del siglo XIX entre diferentes investigadores tratando de esclarecer ese asunto; la conclusión a que llega una de las más fundamentadas (RAH-9-7364-69) es que el viaje de Extremadura comenzó el 10 septiembre de 1753, cuando el propio Valdeflores indica que esa es la fecha en que cruzó la divisoria entre Extremadura y Andalucía al final del primero de los recorridos. Muchas de las observaciones de estos viajes quedaron recogidas en sus *Anales de la nación española...* (Velázquez 1759a); sin embargo, los bocetos, impresiones, anécdotas, etc., siguen esperando la luz pública en sus manuscritos.

Por lo que se refiere a esta serie manuscrita sobre viajes, el autor elaboró y preparó para la imprenta seis volúmenes (*Viaje de España, hecho de orden de S. M. por todas sus Provincias, con las memorias para la geografía antigua y moderna de estos países y observaciones sobre las antigüedades de sus pueblos*) que llevaba consigo cuando retornó a Madrid, según confiesa en una nota sobre sus progresos literarios (RAH-9-4131-49); de alguno de ellos, aún en ruta, envió una copia a la Academia para que se conocieran estos progresos. Todos estos manuscritos, probablemente no cosidos y en forma de pliegos sueltos, fueron empleados por otros investigadores en las dos centurias siguientes y se fueron desmembrando para mezclarse con sus anotaciones sobre monedas, textos de autores clásicos e inscripciones, de forma que hoy es casi imposible reconstruir la estructura original de este gigantesco legado (RAH-9-4095-4159). Especial interés reviste para la epigrafía hispánica el manuscrito RAH-9-7018 (Cebrián/Salamanqués/Sánchez 2005).

El más preciso informe sobre sus viajes es el autógrafo titulado *Memoria presentada por el Sr. Don Luis Velázquez, y leída en Academia de 21 de noviembre de 1760 sobre las obras y colecciones que ha hecho durante sus viajes literarios y de resultas de ellos. Sobre este particular véanse las Actas de 21 y 28 de Noviembre, 5, 12, y 19 de Diciembre de 1760* (RAH-9-4160-1), que precisa con claridad los itinerarios y sus fechas de esta manera:

«1. Viaje de Extremadura: 1 de diciembre de 1752 a 10 de septiembre de 1753. Salida de Madrid, *llevando conmigo un diseñador*. Viaje por “una parte del reino de Castilla la nueva, toda la Provincia de Extremadura de León, y parte del Reino de León hasta Salamanca”, con un informe al rey de lo realizado hasta entonces (RAH-CAG-9-7980-5/42).

2. Viaje de Andalucía: 10 de septiembre de 1753 a 31 de diciembre de 1754. El viaje se realizó por “la mayor parte de los cuatro reinos de Andalucía”. Al término del viaje remitió al rey un nuevo informe.

3. Viajes complementarios sin financiación oficial pero con consentimiento de la Academia: febrero de 1755 a noviembre de 1760. Se trata de “cuatro viajes por la Provincia de Andalucía con el fin de concluir el de sus cuatro Reinos ... la Ciudad de Ceuta en África ... y he hecho otros tres viajes por la Provincia de la Mancha y parte del Reino de Castilla la nueva”.

Unos años después de la muerte de Valdeflores, en 1795, José Andrés Cornide (1734-1803) escribió al director de la Academia sugiriéndole que se pidieran a Carlos Velázquez, hermano del difunto Luis José Velázquez, Marqués de Valdeflores (1722-1772), los papeles de éste relativos a la proyectada *Descripción General de la España antigua*, como los define Cornide (RAH-9-4160-4 y RAH-11-8055-32, Madrid, 24 de julio de 1795). La petición se hizo en el marco de un informe del autor sobre las diferentes comisiones y viajes encargadas por la propia Academia a lo largo del siglo XVIII, bajo la coordinación de Andrés Marcos Burriel, hasta su partida a Roma. Lo cierto es que esta solicitud fue aceptada y una semana después salía hacia Palacio una memoria razonada dirigida al rey en nombre de la Real Academia de la Historia, pidiendo que se ordenara a Francisco Velázquez (no Carlos, como Cornide suponía) que remitiera a la Academia los manuscritos de éste que quedaron en Málaga tras su muerte (RAH-9-4160-5, Madrid, 31 de julio de 1795).

Por el interés que esos manuscritos tienen para la historia de la epigrafía española y, sobre todo, que tendrían luego en *CIL* II y en la bibliografía posterior, merece la pena detallar las peripecias de su adquisición.

La recuperación de los manuscritos inéditos de Valdeflores era un tema que requería una cierta celeridad, habida cuenta de que Cornide proyectaba nuevas expediciones y deseaba conocer el material acumulado y no publicado por Velázquez de Velasco; eso explica que a comienzos de agosto de ese año, Antonio de Capmany se dirigiera al mismísimo Godoy para pedirle que se interesara por el tema (RAH-9-4160-6), a lo que accedió el Duque de Alcudia, como demuestra la contestación recibida en la Academia, en la que se informaba a Capmany de que el rey había autorizado solicitar a Francisco Velázquez de Velasco que entregara a la Academia los manuscritos de su difunto hermano sobre

geografía y antigüedades de España (RAH-9-4160-7. Manuel de Godoy, desde San Ildefonso; 15 de agosto de 1795). El asunto no había hecho más que empezar: a la recepción de la carta, Francisco Velázquez de Velasco escribió al director, Tomás Antonio Sánchez, dándose por enterado de la Real Orden, añadiendo a cambio dos peticiones: de una parte, solicitaba que la Academia lo ayudara a recuperar el título de Marqués de Valdeflores, perdido por no pagar los derechos reales; de otra, aceptaba la entrega de los documentos como provisional, de forma que una vez copiados se le devolvieran (RAH-9-4160-8, Málaga, 9 de septiembre de 1795). Desconocemos cuál fue la respuesta que obtuvo a ambas peticiones, pero lo cierto es que en sendas cartas a Vicente María Ladrón de Guevara (Duque de la Roca) y Tomás Antonio Sánchez, como director el primero y anterior director el segundo, Francisco Velázquez comunicaba el 30 de abril de 1796 el envío a Madrid de cuatro cajones con los documentos de su hermano, extremo que ya había puesto en conocimiento de Godoy (RAH-9-4160-9 y 9-4160-10).

La llegada de los cajones con papeles de Valdeflores a Madrid estaba prevista para los primeros días de mayo de 1796, pero lo cierto es que en la Academia se esperó en vano esa entrega; estaban en Madrid, efectivamente, pero habían sido trasladados a la Corte y no a la Real Academia de la Historia, sin que en ningún documento se explicaran las razones. El remitente, que había cumplido con su parte del acuerdo, reiteró en carta de 7 de septiembre de 1796 su petición para que su hermano Carlos recuperara el título de Marqués de Valdeflores (RAH-9-4160-11), a lo que se le contestó que la Academia podría informar favorablemente esa petición si se le consultaba desde la Corte (RAH-9-4160-12). En octubre, los cajones seguían en la Secretaría de Estado «al cuidado de un portero», pese a las intensas gestiones de Manuel Abella y Antonio Capmany para recuperarlos y trasladarlos a la Academia (RAH-9-4160-13 a 15). Finalmente, el 23 de diciembre de 1796, Godoy accedía a la petición reiterada y comunicaba que los materiales se enviaban a la Academia, pero advirtiéndole que, en todo caso, había que respetar el acuerdo a que se había llegado con la familia Velázquez de Velasco un año antes (RAH-9-4160-16). Así fue como la Academia recibió uno de los más importantes legados documentales sobre las antigüedades de España.

Mayor que el Marqués de Valdeflores, pero fácilmente «encardinable» en la misma generación, fue Tomás Andrés de Gusseme (1712-1774). Asistente y Justicia Mayor de la Villa de Marchena, miembro de la Real Academia de la Historia y de la de Buenas Letras de Sevilla (véase, al respecto: Sempere 1789b, 97-98; y Remesal 1998). Escribió un buen número de obras, algunas de ellas publicadas en las *Memorias de la Academia de Sevilla* (Gusseme 1773b; Remesal 1981),

tocantes al poblamiento antiguo de diversas zonas de la Bética. Fue autor de un completo *Diccionario Numismático* en varios volúmenes (Gusseme 1773a). La presencia de los autógrafos de Gusseme en la Academia se explica con la noticia de Clemencín, quien afirma que «adquirió la Academia los manuscritos que contienen varias obras inéditas de su antiguo Individuo don Tomás Andrés de Gúseme, autor del Diccionario numismático de la España antigua, relativas a nuestra historia» (Clemencín 1832, 12).

Esa relación de obras adquiridas es muy numerosa a juzgar por lo que hoy existe en el archivo de la Academia, incluyendo el tratado de *Munigua* y sus inscripciones (RAH-9-5977-4), el de Arva (RAH-9-5977-2) y el de Setefilla (RAH-9-5977-3), el autógrafo de la *Desconfianzas críticas* sobre las inscripciones granadinas (RAH-9-4027-1; 9-4028-3; 9-4029-1) y algunas notas epigráficas (RAH-9-4106-2/2; 9-5977-5; 9-4775-2; etc., sobre ellas: Abascal/Cebrián 2005, 280-281).

Entre las figuras clave de esta etapa se encuentra el valenciano Francisco Pérez Bayer (1714-1794). Fue catedrático de Hebreo en Valencia y Salamanca y director de la Biblioteca Real y tomó parte en numerosas actividades científicas bajo los reinados de Fernando VI, Carlos III y Carlos IV. A él debemos el catálogo de los manuscritos castellanos, latinos y griegos de la biblioteca de El Escorial con el auxilio de Juan Antonio Fernández. Su segunda gran empresa fue el viaje a Andalucía y Portugal, cuyo relato quedó inédito tras su muerte (Pérez Bayer 1772 y 1998). Intervino también en la demostración de la falsedad de los plomos granadinos y viajó por Italia recogiendo noticias de manuscritos y de antigüedades (Sempere 1785, 189-202; Juan 1918; Mateu y Llopis 1953; Hernández 1983; Pastor 1991; Gimeno 2003, 193-196). Sus viajes por la costa mediterránea hacia Andalucía fueron fuente importante de autopsias epigráficas (Mas/Abascal 1998).

La Academia conserva copia de parte del manuscrito del viaje a Andalucía y Portugal (Pérez Bayer 1772; RAH-9-5974 y 9-5498; Abascal/Cebrián 2005, 381-383), así como el interesante texto titulado *Varias inscripciones romanas halladas en diferentes pueblos del Reino de Valencia y del Principado de Cataluña* (RAH-9-5676-2), que parece una copia de los datos enviados por Pérez Bayer a Alejandro Panel en la carta de 1745, recogida en la *sylloge* conservada en la Biblioteca Nacional de Madrid (véase Stylow, en: *CIL* II²/7, XXXI), de donde debió de obtenerse esta copia de la Academia. Asimismo, se conservan su refutación de las inscripciones falsas de Granada (RAH-9-6121) y algunas obras menores.

Algo más joven fue el extremeño Ignacio Hermosilla de Sandoval y Rojas (1720?-1794). Miembro de la Real Academia de la Historia, en la que fue censor en

1754 y su secretario desde 1763; perteneció también a la Real Academia de Bellas Artes, en la que fue secretario general (1753-1776). Su popularidad científica se debe a los meticulosos estudios sobre las ruinas e inscripciones de Talavera la Vieja (*Augustobriga*. RAH-9-5994-4 y 5; RAH-CC-9-3931-1/2-13) y del enclave de *Vascos* (RAH-9-5999-5 y 9-5996-13), cuyos estudios llegaron a la Academia en vida del autor (Abascal/Cebrián 2005, 284).

El interés por las antigüedades de la Bética y la fuerza de los círculos intelectuales sevillanos explica la proliferación de autores con vocación epigráfica en las diferentes capitales andaluzas. Sus textos, sometidos en décadas posteriores a un intenso proceso de sucesivas copias, han llegado a nosotros de la pluma de escribanos anónimos a veces muy posteriores.

Esa nómina bética debe empezar por el II Conde del Águila, Miguel de Espinosa y Maldonado Tello de Guzmán (1715-1787), bibliófilo y anticuario sevillano que consiguió reunir una gran biblioteca que contenía no solo copias, sino algunos autógrafos de las principales figuras de la anticuaria andaluza (Abascal/Cebrián 2005, 199-200). Conocedor de los círculos eruditos de su época, por sus manos pasaron muchos ejemplares que fueron copiados o extractados, y que después se difundieron a través de López de Cárdenas, Jurado y Trigueros; gran parte de su legado está integrado hoy en el Archivo Municipal de Sevilla.

Como veremos más adelante, fue él quien hizo llegar en 1755 a Enrique Flórez la obra de José del Hierro, según sabemos por el documento RAH-9-7567-I-41, y sin duda alguna se le puede considerar el mejor conocedor de las obras de Juan Fernández Franco (1520/25-1601), básicas para entender el desarrollo de la anticuaria andaluza a finales del siglo XVIII: sus cartas a Fernando José López de Cárdenas (RAH-9-7382-3 y 9-7382-6), de 1775-1777, demuestran que fue él quien propagó entre los círculos sevillanos la obra del epigrafista de Pozoblanco.

Fernando José López de Cárdenas (1719-1786), contemporáneo de Valdeflores pero algo más longevo, fue citado por algunos de sus contemporáneos como *el cura de Montoro* en razón de haber desempeñado en esta ciudad su ministerio, aunque era natural de Priego de Córdoba (López del Toro 1961-1962, 469-511; Campos 2002; Salas 2004, 51-54). Fue editor de los textos de Juan Fernández Franco (RAH-9-7382-6m), miembro de la Academia Sevillana de Buenas Letras y Correspondiente de la Real Academia de la Historia, al tiempo que mantuvo correspondencia con muchas de las figuras de la anticuaria de su tiempo y fue amigo personal de Enrique Flórez.

A López de Cárdenas debemos el riquísimo manuscrito epigráfico titulado *Noticias pertenecientes a la topografía de muchos lugares antiguos de la Bética, con muchas inscripciones inéditas* (RAH-9-7379-20), que

contiene algunas anotaciones marginales posteriores firmadas y autógrafas de Aureliano Fernández-Guerra, quien usó de él para proporcionar algunos datos a Hübner. El texto de este manuscrito original –pues no se trata de una copia– fue redactado hacia 1772 y, según Hübner (*CIL*, II, 302), fue propiedad del citado Fernández-Guerra (véase Stylow, en: *CIL*, II²/7, XX-VII; y Abascal/Cebrián 2005, 320-327).

Es el caso de Francisco de Bruna y Ahumada (1719-1802), decano de la Real Audiencia de Sevilla y alcalde de los Reales Alcázares, cuya pasión epigráfica lo llevó a redactar su propio epitafio (RAH-9-2009-80). Los manuscritos y copias de Bruna conservados en la Academia (Abascal/Cebrián 2005, 108-110) se datan entre c. 1773 y 1796 y casi todos forman parte del legajo RAH-9-2009. Entre ellos se encuentran cartas a Diego Antonio Rejón de Silva (1740-1796), José Vargas Ponce (1760-1821), Manuel Godoy (1767-1851) y a Gaspar Melchor de Jovellanos (1744-1811), a quien Bruna se refiere como *Gasparito*, mientras él mismo se autocita como *El tío Curro* (9-2009-55, 59, 61, etc.), siguiendo una práctica extendida en el círculo de Jovellanos. Sus manuscritos contienen referencias a inscripción de las provincias de Cádiz y Sevilla, incluyendo el magnífico dibujo del trapezóforo de Cabezas de San Juan (RAH-9-4128-14/4, sobre *CIL*, II, 1302).

El tercer autor nacido en 1719 es el jesuita y bibliófilo conquense Andrés Marcos Burriel (1719-1762), cuya actividad constituyó una referencia para contemporáneos como Gregorio Mayans o Francisco Pérez Bayer (Sempere 1785, 233-245), llegando a participar con este último entre 1750 y 1755 en el reconocimiento y catalogación del archivo de la catedral de Toledo. A su muerte, el rey dio a la Real Academia de la Historia (Abascal/Cebrián 2005, 111) muchos de los documentos que se encontraban en su celda (RAH-9-5921-3), gracias a lo cual se conservan diversas papeletas epigráficas (RAH-9-4125-1 y 2), así como comentarios a obras ajenas (RAH-9-5961-1).

Las coincidencias históricas hacen que también en 1719 naciera un cuarto personaje con vocación epigráfica, el cordobés Bartolomé Sánchez de Fera y Morales (1719-1800), matemático y médico de Castro del Río (Córdoba). Redactó y envió para juicio de la Real Academia de la Historia (Abascal/Cebrián 2005, 430-432) una *Disertación Histórica y Geográfica de la Noble Villa de Castro el Río* con todo su aparato epigráfico (RAH-9-5951-7); fue autor también de unas *Antigüedades de Castro el Río*, de las que conserva una copia la Academia (RAH-9-7567-I-37) y, otra, la Biblioteca Nacional (Gimeno 1993, 297, n.º 40).

En esos mismos años hay que situar a Antonio Mateos Murillo (1721-1791), que fue censor, bibliotecario y tesorero de la Real Academia de la Historia. Además de la censura (RAH-9-4027-5) a las *Desconfianzas críticas* de Tomás Andrés de Gusseme (1712-1774), la

Real Academia de la Historia conserva su crítica a la obra de López de Cárdenas (RAH-11-8055-31), de altísimo interés por sus comentarios epigráficos (Abascal/Cebrián 2005, 346-347). También perteneció al círculo sevillano José Ceballos Ruiz de Vargas (1724-1776), miembro de la Real Academia de Buenas Letras de Sevilla y académico honorario (1753) y supernumerario (1772) de la Real Academia de la Historia. El más importante de sus documentos en la Academia es la *Relación del Dr. Don Josef Cevallos de la Villa de Alcalá de Guadaira*, una recopilación epigráfica fechada en mayo de 1763 que tiene el interés de contener autopsias personales realizadas por el autor (Abascal/Cebrián 2005, 131-132).

También contemporáneo y también interesado en los estudios de inscripciones fue el canónigo malagueño Cristóbal Medina Conde (1726-1793), aunque su contribución a la disciplina fue menos relevante (RAH-9-4027-4 y 9-4151-6) y Sempere Guarinos (1785, 200) lo considera uno de los principales responsables de la propagación de los falsos plomos granadinos, para lo que en 1765 estuvo en Toledo, tratando de convencer de su autenticidad a Francisco Pérez Bayer (Abascal/Cebrián 2005, 350).

En la nómina de los autores fallecidos antes de 1808 hay que incluir al cántabro José Martínez Mazas (1731-1805), inicialmente vinculado a Santander pero que se trasladó más tarde a Jaén, donde fue penitenciario del Cabildo de la Catedral de esta ciudad y fundador de su Real Sociedad Económica de Amigos del País (Rodríguez Molina, en: Martínez Mazas 1794/1978; VV. AA. 1996; Abascal/Cebrián 2005, 343). A Martínez Mazas debemos la *Descripción del sitio y ruinas de Castulo y noticias de esta antigua ciudad en el Reino de Jaén*, un valioso documento para la epigrafía castulonense del que conserva una copia la Academia (RAH-9-5959-11). Clemencín lamentaba (Clemencín 1832) que esta obra siguiera inédita, aunque se editó finalmente entre 1914 y 1915 en diferentes entregas en la revista *Don Lope de Sosa*.

Pese a su discutible papel en pro de la Epigrafía, a la que muchas veces más confundió que ayudó con sus fabulaciones, hay que incluir en este relato al cervantista y anticuario Cándido María Trigueros (1736-1798), que transcribió numerosos documentos en los Reales Estudios de San Isidro y en diferentes bibliotecas sevillanas y madrileñas (Hübner 1862; Aguilar Piñal 1979, 1987 y 2001; Remesal 2003; Mora 1988 y 1998, 63-65). La Academia conserva muchos de sus manuscritos y transcripciones (Abascal/Cebrián 2005, 450-453).

A esa generación pertenece también el cordobés Manuel José de Ayora y Pinedo (Abascal/Cebrián 2005, 90-91), que mantuvo correspondencia con Fernando José López de Cárdenas y con Manuel Trabuco y Belluga sobre las inscripciones de Dos Torres –*olim*

Torremilano— y Adamuz (Córdoba). Esa correspondencia está fechada entre 1760 (RAH-9-6049-2) y 1779 (RAH-9-8073-9g).

Menos datos tenemos de los apasionantes manuscritos del jesuita José del Hierro, a quien conocemos por una referencia tangencial de Céan Bermúdez, que en la introducción al *Sumario de las Antigüedades* (Céan Bermúdez 1832, XXVII), le cita entre los autores que a lo largo del siglo XVIII se ocuparon de estudiar la historia romana; es lástima que siga ilocalizable la *Noticia de la vida y escritos del P. José del Hierro* que Luis María Ramírez y De las Casas Deza regaló a la Academia en 1870 (Sabau 1870, 5). En todo caso, ha llegado hasta nosotros su utilísima *Antigüedades de Ulia*—escrita en 1749—, cuyo original conserva la Biblioteca Nacional y del que hay una copia (RAH-9-7567-I-40a) y algunos extractos (RAH-9-5996-7b, 9-6118-7, 9-8073-10) en la Real Academia de la Historia, en su mayor parte realizados para uso del P. Enrique Flórez en la redacción de la *España Sagrada*, quien recibió datos sobre la obra de José del Hierro en una carta de Miguel de Espinosa y Maldonado Tello de Guzmán (II Conde del Águila) (RAH-9-7567-41). José del Hierro mantuvo correspondencia con casi todos los eruditos de su tiempo, incluyendo al propio Marqués de Valdeflores (RAH-9-5772-5) y nos dejó además un valioso manuscrito titulado *Cuaderno de inscripciones antiguas de la Bética* (RAH-9-5772-4) de valor incalculable para la historiografía posterior (Abascal/Cebrián 2005, 293-295).

Casi contemporáneo de Mayans y Valdeflores fue el portugués Antonio José de Acunha, a quien debemos una *Litología lusitana: inscripciones, monumentos etc. principalmente anteriores a la conquista de los árabes* (RAH-9-5587), fechada en marzo de 1759, de la que la Academia conserva un ejemplar manuscrito (Abascal/Cebrián 2005, 55). La lectura de una de sus inscripciones en la Academia en la sesión del 23 de marzo de 1759 provocó un duro enfrentamiento entre Vicente García de la Huerta y Felipe García Samaniego (Uhagón 1926, 102). Acunha, de quien no conocemos más que una parte de su producción, fue también autor de una *Disertación sobre si la Colonia de Pax Iulia fue Badajoz o Beja* (RAH-9-5996-10a) y mantuvo correspondencia con el asturiano Pedro Rodríguez de Campomanes (1723-1802) en 1755, antes de que éste dirigiera la Real Academia de la Historia (1764-1791 y 1798-1801).

Y la misma parquedad de datos hay que extenderla al cartagenero Nicolás Montanaro, a quien debemos unas *Observaciones sobre las antigüedades de Cartagena* (RAH-9-4175-27), editadas en 1977 por J. M^a. Rubio Paredes. El manuscrito de Montanaro (Abascal/Cebrián 2005, 354), del que es copia el ejemplar conservado en la Academia, contiene referencias de casi 50 inscripciones de la localidad y sigue siendo imprescindible para su estudio (Abascal/Ramallo 1997).

Los intereses literarios de esta generación de ilustrados contemporánea de Gregorio Mayans y del Marqués de Valdeflores fueron muy diversos, aunque independientemente de su quehacer histórico casi todos ellos dedicaron parte de su tiempo a recopilar inscripciones, siguiendo esa pauta de la que se había hecho eco Mayans de ver personalmente los epígrafes y huir de la mera y confusa transmisión textual de centurias anteriores.

Por eso no debe extrañar la presencia en el oficio de escritores cuya actividad profesional estaba muy alejada de la Epigrafía. Es el caso del médico ilderdense José Alsinet, que ha pasado a la posteridad como autor de una popular obra sobre el uso de la quina (Alsinet 1774); fue «médico de familia» en Aranjuez, según testimonio de Cristóbal Medina Conde, que lo conoció allí y se preciaba de su antigua amistad (RAH-9-4151-6), y en 1753 residía en Mérida, en donde acompañó al Marqués de Valdeflores en sus recorridos por la ciudad (RAH-9-4118-7). Alsinet fue autor de un *Viaje desde Mérida, a Llerena, y desde esta ciudad hasta Burguillos, y Mérida, con las distancias, y cosas deparables que hallé en el camino* (RAH-9-4131-11), en donde trata en primera persona de las inscripciones del sur de la provincia de Badajoz; el manuscrito debió de escribirlo entre 1755 y 1760, aunque no podemos fecharlo con precisión (Abascal/Cebrián 2005, 58-59).

Fue algo más joven —46 años más que Gregorio Mayans (1699-1781), por situarlo con exactitud en el tiempo— y se encuentra situado a caballo entre dos siglos el canónigo asturiano afincado en Tarragona, Carlos Benito González de Posada (1745-1831), quien envió regularmente a la Real Academia de la Historia un caudal de noticias de Cataluña y Baleares (Ruiz 1914; Demerson 1984; Almagro-Gorbea 2003, 440; Abascal/Cebrián 2005, 272-273) al menos entre 1797 y 1826. Una gran cantidad de esos datos se referían a inscripciones de Tarragona (RAH-T-9-3930-2 y ss.), pero también ejerció como corresponsal de los hallazgos en otras localidades de Cataluña. En realidad, ejerció el papel que más tarde asumiría Buenaventura Hernández Sanahuja (1810-1891). Contemporáneo suyo es el beneditino Juan Sobreyra y Salgado (1746-1805), del que la Academia conserva 15 volúmenes de documentos (Abascal/Cebrián 2005, 440-441) en los que las inscripciones tienen un gran protagonismo; hay que resaltar el cuaderno titulado *Inscripciones desde el año 537 hasta 1633. 104 Inscripciones* (RAH-9-4041-2), que ofreció a Cornide en una carta de 1798 (RAH-9-3921-20), por lo que debe de ser anterior a esa fecha. En la misma horquilla temporal hay que situar al escolapio aragonés Joaquín Traggia de Santo Domingo (1748-1802), miembro de la Real Academia de la Historia (Abascal/Cebrián 2005, 448-450) y su bibliotecario desde 1798 hasta su muerte, a quien la Epigrafía debe contribuciones tan valiosas como las

Excerpta ex sylloge inscriptionum Romanorum in Catalonia a D. Joseph de Finestres et Monsalvo de Cervariae Lacetanorum an. 1762 (RAH-9-5219-2).

En el mismo año que Traggia nació en Alicante Antonio Valcárcel Pío de Saboya y Moura, conde de Lumiares (1748-1808); su figura es un referente inexcusable en los trabajos sobre la epigrafía hispanorromana (Rubio Paredes 1983), que ha sido objeto de atención en diferentes momentos (Sempere 1789e, 114-127; Fita 1902, 357-359; Morel-Fatio 1896; Mestre 1980, 121-134; Mora 1998, 91-92; y Abascal 2002). Tras una etapa volcado en los estudios numismáticos que culmina en 1773 (Valcárcel 1773), compaginó las excavaciones con la recogida de inscripciones latinas en sucesivos viajes. Sus publicaciones siguientes aluden a excavaciones y hallazgos arqueológicos, salpicados ya con la edición de textos epigráficos como los de *Lucentum* (Valcárcel 1779 y 1780), y, solo desde 1781, su interés parece volcado en la Epigrafía, hasta su muerte en 1808 (Valcárcel 1781, 1796 y 1852/1979). Muchos de los manuscritos inéditos que aún conserva la Academia (Abascal/Cebrián 2005, 457-458) verán la luz próximamente en una edición que preparamos.

Una de las anécdotas más repetidas sobre el conde de Lumiares es la referida al origen de su afición por la Epigrafía y la Numismática. Es un lugar común la cita de su coincidencia en la cárcel del castillo de Santa Bárbara de Alicante con Luis José de Velázquez, marqués de Valdeflores, que le habría contagiado su interés por las antigüedades (Sempere 1789e, 114-127; Goberna 1985, 12). La noticia la recoge Manuel Rico García (1780) y de ella se ha hecho eco recientemente Mestre (Mestre 1980, 124), que sitúa esta coincidencia de ambos en Alicante antes de que el conde de Lumiares cumpliera los veinte años.

De las fechas centrales o finales del siglo XVIII debe de ser un clásico de la literatura epigráfica que Hübner bautizó como *Anonymus Cluniensis* y que lleva por título *Inscripciones de Alcubilla, Coruña y Peñalva de Castro* (RAH-C-9-3931-5/2); más de un siglo y medio después seguimos sin conocer su autoría, aunque ya Hübner supuso que era obra de un autor local (Abascal/Cebrián 2005, 86).

A esta etapa corresponde otro famoso anónimo, el *Obulconensis* (Abascal/Cebrián 2005, 86), que lleva por título *Noticias de la villa de Porcuna, escritas por un vecino, y remitidas al Doctor Siruela por Don Nicolás Antonio* (RAH-9-6118-12); se trata de una copia posterior a 1740 formada para uso de Enrique Flórez, cuyo original figura como apéndice al catálogo del Museo cordobés de Pedro Leonardo de Villacevallos (Gimeno/Stylow 2003, 149-218) que posee la Biblioteca Nacional y del que hay una copia en la Academia (RAH-9-5770-2).

En las décadas finales del siglo XVIII, el ingreso de manuscritos epigráficos en la Real Academia de la His-

toria se multiplicaba de forma importante día a día. Lástima es que de todos esos ingresos no tengamos constancia documental y no podamos siquiera establecer su origen. Es el caso de las colecciones epigráficas de Ascensio de Morales (Abascal/Cebrián 2005, 360-361) sobre Badajoz (RAH-9-5676-1: *Lápidas o inscripciones romanas halladas en Badajoz, y lugares de su obispado*), Alicante-Elche (RAH-9-5676-3), Cartagena (RAH-9-5676-4) o Plasencia (RAH-9-5676-5).

Juan Antonio Fernández (1752-1814) y José Andrés Cornide (1734-1803)

El final del siglo XVIII es clave desde el punto de vista de la creación de manuscritos epigráficos, que en su mayor parte llegaron a la Real Academia de la Historia, y parte de la responsabilidad de esa trascendencia descansa en el navarro Juan Antonio Fernández (Tudela 1752-1814), archivero de la Orden de Santiago, que alcanzaría la popularidad en su tiempo por sus excavaciones y éxitos en *Segobriga* (Abascal/Cebrián 2005, 204-209).

Juan Antonio Fernández fue trasladado en 1789 desde Tudela al monasterio de Uclés con el encargo de ordenar su documentación; allí conoció al prior Antonio Tavira —que tras este priorato de Uclés ocuparía, sucesivamente, los obispados de Canarias y Salamanca—, con quien en 1789-1790 protagonizó las primeras excavaciones continuadas en *Segobriga*, y cuyos resultados le permitieron entrar por derecho propio en los círculos eruditos de la época. Por su trabajo en Uclés fue nombrado el 14 de mayo de 1793 *Archivero general de la Orden de Santiago*; más tarde fue destinado a Zaragoza con el fin de ordenar el archivo de la Orden de San Juan en aquella ciudad, lugar en que residía ya en 1793 y donde estuvo probablemente hasta 1808, antes de regresar a su Tudela natal (Clemencín 1832, 14).

El 17 de octubre de 1789 abandonó el monasterio de Uclés una comisión presidida por su prior, Antonio Tavira, de la que formaban parte otros clérigos del monasterio y Juan Antonio Fernández. Su destino eran las ruinas de Cabeza del Griego, en término de Saelices, donde hacía más de veinte años se habían producido algunos descubrimientos casuales y donde los manuscritos conservados en el monasterio señalaban la presencia de los restos de una ciudad romana. Allí se encontraron con Vicente Martínez Falero, que mostró a los visitantes los restos de la lápida sepulcral del obispo Sefronio, recuperada a los pies del cerro de Cabeza del Griego. A todas luces, aquella era la evidencia del enterramiento de un obispo visigodo y abría las puertas a nuevos hallazgos de innegable interés para la historia eclesiástica de Hispania.

Antonio Tavira dispuso que había que realizar, cuanto antes, una excavación en aquel lugar y ofreció financiar la mitad del coste de tales trabajos, que se ini-

ciaron de forma inmediata y se prolongarían durante varios meses. Había comenzado a excavar la basílica hispano-visigoda de *Segobriga*, que tanto eco tendría en la literatura científica de los siguientes dos siglos.

Estamos muy bien informados de lo que ocurrió entre ese 17 de octubre y los primeros días de enero del año siguiente. Fernández quedó en Saelices a cargo de la excavación por cuenta de Tavira, y se hizo cargo de registrar minuciosamente los descubrimientos hasta conseguir redactar un auténtico diario de las excavaciones en el que figuran día a día todas las novedades que se iban produciendo. Durante semanas, Fernández fue recuperando fragmentos de inscripciones, objetos de época romana reaprovechados en la construcción del edificio basilical y llegó incluso a abrir la cripta del recinto, en donde lo esperaba la más grandes de las sorpresas.

Fue un 14 de diciembre de 1789: Tavira había acudido a ver la excavación acompañado del párroco de Saelices, de su alcalde y de algunos clérigos, ansiosos por contemplar los crecientes avances de los trabajos. Su visita coincidió con los trabajos en la cripta de la basílica, donde los trabajadores acababan de descubrir lo que parecían unos sarcófagos aún intactos. Tras la oportuna limpieza, pudo verse que los fragmentos de las lápidas que los cubrían contenían parte de unas largas inscripciones que mencionaban a algunos obispos; al retirar estos fragmentos, y para sorpresa de todos los presentes, se descubrieron los cadáveres de quienes, según todos los indicios, habían sido los obispos Sefronio y Nigrino, titulares del obispado segobrigense en época visigoda.

La emoción del descubrimiento hizo que se recogieran los huesos y se depositaran en una arca de madera en la iglesia de Saelices; el médico de la localidad extendió una certificación describiendo con detalle los restos exhumados. Fernández redactó aquella misma tarde, en su celda de Uclés, una acta notarial que firmarían todos los testigos en que se relataba la sucesión de los acontecimientos (RAH-11-8167-74; 11-8167-75; 11-8109-4a); días más tarde, el conde de Florida Blanca había sido informado ya por el propio Tavira para que lo pusiera en conocimiento del rey y, en poco más de un mes desde el hallazgo, ya se discutía sobre la santidad de los obispos allí enterrados.

En la memoria final de los trabajos, redactada en 1790 (RAH-11-8109-4b), Fernández iniciaba su discurso con un párrafo que más parece tomado de un relato terrorífico de Lovecraft o de Henry James: «Las raras, y extrañas circunstancias que precedieron, y han ocurrido en el progreso de la excavación de que se da noticia en este breve discurso, apenas parece que las podía preparar la casualidad...»; las «circunstancias» a que aludía Fernández fueron, en primer lugar, las que dieron lugar a las excavaciones: el nombramiento como prior de Uclés de Antonio Tavira, su interés por orde-

nar el archivo, la llamada al propio Fernández para que se hiciera cargo del trabajo, la casualidad de encontrar las noticias sobre las ruinas de *Segobriga* nada más iniciarlo y la facilidad con descubrieron los sepulcros de los obispos segobrigenses. No es extraño que el autor atribuyera tal cúmulo de circunstancias a que «la Providencia sin duda las dispuso acordadamente para sacar del olvido a dos santos obispos». Todo esto ocurrió entre el 8 de agosto, día de llega de Fernández a Uclés, y el 21 de octubre de 1789, fecha del descubrimiento de la cripta en la basílica visigoda.

Los diarios y las notas conservadas prueban, sin lugar a dudas, que fue Juan Antonio Fernández el autor físico de las excavaciones de 1789 y 1790; sin embargo, el tiempo y las envidias personales lo relegaron al olvido. Tras la euforia inicial de los descubrimientos, a comienzos de 1790 surgieron los primeros problemas: viendo que las ruinas excavadas se debían conservar, acordó construir alrededor de ellas una cerca de piedra hoy perdida, en la que se colocaron sendas inscripciones en latín y en castellano para conmemorar el descubrimiento (RAH-9-5597-4). Tanto en la primera, redactada por Antonio Tavira, como en la segunda, obra de Juan Francisco Martínez Falero, nunca figuró el nombre de Juan Antonio Fernández pero sí el del resto de quienes intervinieron, aunque fuera como meros visitantes, en la excavación.

Tras este desaire inicial, muy pronto surgieron las primeras disputas sobre la interpretación de los restos; y no solo por su cronología, aspecto en el que nunca se llegaron a acercar las posturas, sino por la naturaleza de los difuntos allí enterrados —obispos para unos, obispos y santos para otros— con todo lo que ello implicaba.

El debate llegó a agriarse de tal modo que pronto aparecieron las primeras descalificaciones mutuas en los escritos que circularon por Madrid y Cuenca. A la vista de la situación, Juan Antonio Fernández, la única persona que podía dar fe de lo descubierto, optó finalmente por recurrir al obispo de Cuenca (RAH-9-5597-2), al que escribió el 4 de febrero de 1791 en estos términos: «El haber intervenido yo en la excavación hecha en el territorio llamado Cabeza del Griego [...] puede ser motivo para que me supongan autor de algunos yerros que no he cometido, y que los inteligentes notarán en ciertos papeles que se van esparciendo y andan ya en manos de muchos, donde hay verdaderas noticias y especies más de que se han aprovechado, callando mi nombre; pero ésta que parece ingratitud, me es por otra parte favorable, por cuanto no me atribuyen los defectos que voy a anotar y son dignos de corrección...»

No le faltaba razón. Hacía falta poner en orden toda la documentación y ceñirse a un relato fiel de los descubrimientos. Terminada su labor en ese Uclés que tantos sinsabores le había proporcionado, partió Fer-

nández con sus notas y bocetos hacia su nuevo destino en Zaragoza a mediados de mayo de 1793, fecha en la que comienza su correspondencia desde aquella ciudad; desde allí aún escribió a José Andrés Cornide (1734-1803) para decirle que se estaban preparando las planchas para publicar sus dibujos (RAH-9-3921-78); el retraso en esta labor y una guerra de la Independencia de por medio lo llevaron a la tumba en 1814 sin ver cumplido su sueño.

A comienzos de abril de 1794, el ruido creado en los círculos eruditos de Madrid por los constantes descubrimientos en Cabeza del Griego era enorme. De una parte, llegaban las noticias sobre nuevos hallazgos y los informes de sus excavadores; de otra, crecía la polémica entre quienes pensaban que éstas eran las ruinas de *Segobriga* y quienes suponían lo contrario.

Tal polémica había dejado de ser una discusión de tertulia y había llegado a los libros, en los que las plumas se afilaban con dureza y habían dado lugar a algunas rivalidades personales. Por si eso fuera poco, entre quienes habían iniciado las excavaciones en 1789 tampoco había ya concordia: Juan Antonio Fernández apelaba al obispo de Cuenca para defender sus puntos de vista y buscar el reconocimiento de su labor; Cossío, el párroco de Saelices, había elaborado sus propias conclusiones de los trabajos; Capistrano, también párroco de Fuente de Pedro Naharro, había enviado a imprenta su propia versión de los hechos, y Antonio Tavira, el prior de Uclés, estaba ya muy lejos de Cuenca.

Lo que había sido un gran descubrimiento se había convertido en fuente de polémica y rivalidades. Había que buscar una solución y ésta llegó de mano de la Real Academia de la Historia, que el 25 de abril de 1794 decidió enviar a Saelices a José Cornide de Folgueira, académico con una larga experiencia en viajes que continuaría toda su vida y que tenía los conocimientos suficientes para poner orden en las disputas y elaborar un informe completo de lo que estaba pasando.

Su relato es una pieza deliciosa de la literatura de viajes que tanto éxito tuvo en el siglo XVIII, y sus impresiones y su minucioso diario nos permiten seguirle en sus andanzas durante los meses de junio y julio de aquel año (Cornide 1799).

Desde Madrid, y por caminos no siempre frecuentados, Cornide llegó el día 27 de junio de 1794 por la noche al Molino de So la Cabeza, el mismo molino que hoy sigue al pie de *Segobriga* y que ha cumplido ya cinco siglos. Antes de convertirse en un lugar deshabitado fue el lugar preferido por los viajeros de la época para pernoctar en los recorridos por la comarca. Cornide fue uno de ellos, como antes lo habían sido Ambrosio de Morales o Capistrano de Moya.

En esta ocasión, el viajero no iba solo; con él había llegado a *Segobriga* Melchor de Prado y Mariño, uno de los mejores dibujantes de la época, con el encargo

de trasladar al papel cuantos descubrimientos estuvieran a la vista y las imágenes generales del paisaje. El plan de viaje era sencillo: Cornide recorrería las ruinas y la comarca, mientras Melchor de Prado se quedaba en el molino para dibujar durante varias semanas con total tranquilidad.

Tras reconocer los alrededores de *Segobriga*, Cornide emprendió el estudio de la comarca. En su diario de viaje se encuentra la siguiente anotación: «salí de la Cabeza el día siete (de julio) a las cuatro de la mañana sólo acompañado de un práctico de país y me dirigí entre norte y oriente a la ciudad de Huete». Había empezado un largo viaje que lo llevaría a la Alcarria conquense y a las riberas del Guadiela, en el norte de Cuenca, en busca de antigüedades. Huete, Gascuña, Cañaveras, Priego, Cañizares, Alcohujate, Vellisca, Rozalén y tantas otras localidades vieron aquellos días pasar a un curioso, acompañado de su guía, que no dejaba rincón por escudriñar o ruinas por describir, incluyendo las de *Ercauica*. Decirle a Cornide que inspeccionara una región era darle azúcar a un goloso; la prueba es que años más tarde el rey Carlos IV le encargó que viajara por Portugal y tardó tres años en volver cuando casi se lo daba por desaparecido (Abascal/Cebrián 2005, 140-184).

En esta ocasión la tarea era asequible y el día 10 por la noche, Cornide y su acompañante estaban de regreso en Saelices. Melchor de Prado permaneció en el Molino de So la Cabeza junto a *Segobriga* todo el tiempo que duró la expedición, registrando en sus bocetos, aún hoy conservados, lo que de interesante había en aquel cerro de Cabeza del Griego que tanta polémica había levantado. De regreso a Madrid, Cornide publicaría un largo informe de su viaje que se ha convertido en un trabajo clásico sobre *Segobriga*, y Melchor de Prado dio a grabar sus bocetos para convertirlos en las magníficas ilustraciones que Cornide publicó. Muy lejos de *Segobriga*, Juan Antonio Fernández, el archivero de Uclés que había dirigido las excavaciones causantes de la polémica, escribía a Cornide unos días después desde su nuevo destino en Zaragoza para felicitarlo por el éxito de su viaje (RAH-9-3921-83).

El coruñés José Andrés Cornide de Folgueira y Saavedra (1734-1803) se trasladó en 1789 a Madrid, en donde sería aceptado en la Real Academia de la Historia como supernumerario en 1791 y luego como individuo de número en 1792. Fue secretario de la institución desde el 19 de febrero de 1802 al 22 de febrero de 1803, simultaneando esta función con la de bibliotecario, que ejerció desde el 4 de junio de 1802 hasta su muerte.

Cornide fue un hombre interesado en la Literatura, la Historia, la Geografía, la Zoología, etc., con una clara presencia de su Galicia natal, a la que dedicó gran parte de sus estudios, especialmente hasta la llegada a

Madrid. Mantuvo una muy generosa correspondencia –en gran parte perdida, salvo excepciones– con muchísimas figuras de su generación y tuvo acceso a las más altas instancias del Estado, que le confiaron cuestiones delicadas, incluso de política exterior.

La gran empresa de su vida fue el viaje a Portugal encargado por la Academia y alentado por el propio Godoy, que veía la posibilidad de conocer de primera mano el sistema defensivo del vecino país ante un eventual conflicto. Cornide realizó este viaje entre octubre de 1798 y marzo de 1801, aunque su prematura muerte en 1803 dejó inconclusos todos los estudios que tenía en marcha como consecuencia de su larga estancia portuguesa. En el primer volumen de su obra (Cornide 1893-1897) hay una «Nota preliminar» de Antonio Sánchez Moguel (V-XVI) en la que narra los pormenores de la organización, desarrollo y publicación del viaje; en la página XII dice Moguel que Cornide presentó en la Junta de 22 de octubre de 1802 «varios cuadernos de apuntes y diferentes materiales» que pretendía poner en limpio. Pero murió cuatro meses después, el 22 de febrero de 1803, por lo que no lo pudo hacer (Moguel, nota preliminar en: Cornide 1893, XII) y solo dejó terminado el *Estado de Portugal* (Cornide 1893-1897). En este año 2008 verá por fin la luz la edición de esos materiales que quedaron inéditos.

Tanta actividad intelectual de Cornide se tradujo en una acumulación infinita de notas que aparecen intercaladas por decenas de legajos de la Academia y en donde no siempre es posible seguir un hilo que permita su clasificación. Hübner, al referirse a su obra en *CIL*, II, dice: «Est farrago rudis omnino et indigesta, nam Cornide nec docto nec diligenter rem egit [tam diu interdum ne academiae quidem ubi esset scribebat, ut amici dubitarent utrum viveret necne]» (Hübner, en: *CIL*, II, XXIV). La fuente de referencia de casi todos los trabajos del coruñés es la obra de Carlos Ramón Fort (Fort y Pazos 1868), que, en 1868, hizo un balance de las obras publicadas e inéditas de Cornide –en el que se incluyen los trabajos de corte epigráfico (Cornide 1792, 1796, 1799)–, aunque desconociendo en detalle aún el riquísimo acerbo documental inédito que había dejado.

Su obra ha tenido un cierto eco en las últimas décadas como evocación de quien se ocupó casi antes que nadie de la geografía y la historia, primero, de Galicia, y luego, de toda la península Ibérica. Estudios monográficos sobre su figura (Martínez-Barbeito 1965; López Gómez 1977; Gil Merino 1992) y exposiciones (Martínez-Barbeito 1968) han cultivado la memoria de quien en el ámbito profesional (Rumeu de Armas 2001, 101-102; Maier 2003, 453-454; Almagro-Gorbea 2003, 434) se comienza ahora a valorar como uno de los auténticos pioneros de los estudios epigráficos en Hispania.

Los textos del siglo XIX hasta la llegada de Hübner a Madrid (1801-1860)

La generación que protagonizó el empuje epigráfico en esta etapa había nacido en las últimas décadas del siglo XVIII y no había llegado a conocer, por tanto, a las grandes personalidades con que hemos iniciado estas páginas. Formados ya en los aires ilustrados que impregnaban la vida intelectual, muchos de ellos fueron personajes secundarios desde el punto de vista de la producción literaria, pero de sus plumas salieron apuntes sobre inscripciones de valor trascendental por la cercanía a la pieza y por la autopsia directa de los epígrafes.

En orden temporal habría que comenzar refiriéndonos al académico Juan Bautista Barthe (1785-1853), de quien la Academia conserva documentos autógrafos (Abascal/Cebrián 2005, 97-98) sobre inscripciones y antigüedades hasta 1850, y que redactó algunos informes sobre epígrafes granadinos y sevillanos entre c. 1829 y 1836 (11-8134-9b-d).

A esta nómina corresponde un autor descubierta en fechas recientes –y, por lo tanto, no conocido por Hübner–, el valenciano Francisco de Paula Aragó (Abascal/Cebrián 2004b; Abascal/Cebrián 2005, 87), que mantuvo correspondencia con el P. Jaime Villanueva –el genial literato y diputado en las Cortes de Cádiz– y que, entre 1818 y 1820, redactó varios informes sobre inscripciones de los territorios de *Edeta* y *Saetabis* (RAH-9-4578-2).

Un anónimo pero interesante manuscrito fechado el 1 de julio de 1818 lleva por título *Inscripciones romanas pertenecientes a la región de los Astures Transmontanos* (RAH-9-7363-72; Abascal/Cebrián 2005, 75). El interés de la pieza radica en la escasez de testimonios literarios sobre la epigrafía asturiana y en la directa dependencia que manifiesta de los trabajos de Francisco de Paula Caveda, que había enviado inscripciones a la Academia en 1794 (RAH-O-9-3932-4/15; Cebrián 2002, 111); las referencias contenidas en el nuevo documento indican que se escribió en Madrid.

Al iniciarse el siglo XIX la copia de manuscritos alojados en otras bibliotecas para enriquecer el archivo académico se había convertido ya en una prioridad del trabajo diario; prueba de ello es lo tratado en la sesión del 4 de diciembre de 1801, resumida en un documento que lleva este título *Noticias presentadas por Señores Académicos de varios Archivos y Bibliotecas de estos Reinos en que existen monumentos históricos, y de los sujetos de las Provincias a quienes puede la Academia encargar su copia o noticia. Contiene Noticias dadas por el Señor Cornide, el Señor Pellicer y el Señor Flores que presenta el Índice de manuscritos del difunto Señor Floranes de Valladolid* (RAH-11-8252-7a). Al legado Floranes hay que añadir la recepción en aquellos años de los manuscritos de José Ortiz (RAH-11-8252-11a)

y de otros conservados en los monasterios de Cataluña (RAH-11-8252-7c).

En 1815 tuvo lugar una importante incorporación de documentos procedentes de Simancas al archivo de la Real Academia de la Historia. Tomás González, *Comisionado por S.M. para arreglar el Real Archivo de Simancas*, comunicó el 3 de septiembre de 1815 a la Academia (11-8240-13a) que se habían descubierto una serie de manuscritos de gran valor histórico que, por mediación de D. Pedro Cevallos, llegarían a la institución. Con un celo poco habitual, solo una semana después, Cevallos (RAH-11-8240-13b) escribía al secretario de la Real Academia de la Historia para notificarle el envío, por orden del rey, no de copias sino de los originales de tales documentos trasladados desde Simancas. La relación de dichas obras habla por sí misma: 1, la vida del Cardenal Cisneros, escrita por Alvar Gómez; 2, cuatro libros de la *Historia de la orden de San Jerónimo* escritos por el P. Fr. José de Sigüenza (incompleta); 3, la *Crónica de la orden de San Benito* escrita por Prudencio de Sandoval; 4, la *Vida de Carlos V de Prudencio de Sandoval*, autógrafo y anotada (incompleta); 5, Cuatro libros de la descripción de África; 6, una gran parte de la *Crónica General* de Ambrosio de Morales y varios opúsculos de este autor, incluyendo todos los manuscritos empleados para la imprenta con notas y retoques de Morales.

Entre ellos se encontraban los fundamentales textos de *Las antigüedades de las ciudades de España que se nombran en esta coronica: con un descargo al principio de las maneras que pueden haber para averiguar y entender el verdadero sitio y nombre, que antiguamente tuvieron* (RAH-9-3954 a 3960) y las *Inscripciones sacadas de un manuscrito existente en la Biblioteca de los Estudios de San Isidro de Madrid el cual tiene por título Memorial de cosas antiguas de Romanos y de San Pedro de Arlanza y de otros*, que copiara de los originales Cándido María Trigueros (RAH-9-3918-6a) y luego revisara Cornide en 1790.

A la vista de esta entrega ordenada por el primer secretario de Estado y autorizada por el rey, puede deducirse que la Real Academia de la Historia se había convertido en el archivo de referencia para manuscritos relacionados con la Historia de España, incluyendo obviamente aquellos que contenían su importante acervo epigráfico.

En mayo de 1816, un año después de recibirse los originales manuscritos de Ambrosio de Morales, seguían llegando desde Simancas algunas piezas excepcionales como la *Interpretación Latina del Cantar de los Cantares* de Fray Luis de León, remitida por Tomás González (RAH-11-8240-14a), y desde esa fecha hasta 1856 se copiaron numerosos manuscritos árabes en la biblioteca de El Escorial, tarea encargada inicialmente a Manuel Malo de Molina (RAH-11-8057-7). Las donaciones particulares de manuscritos por aquellos años

también son importantes; José de la Canal y José Mus-só clasificaron en 1829 la donación Lamadrid (RAH-11-8138-11). De estas décadas iniciales del siglo XIX son también los manuscritos enviados por Próspero Bofarull desde el archivo de la Corona de Aragón en Barcelona (RAH-11-8240-11).

Más allá de la mera labor de copia, a comienzos del siglo XIX, la epigrafía hispanorromana comenzó a recibir la atención de numerosas personalidades que, desde todos los rincones de la Península se afanaban en la recogida de inscripciones y en su estudio. Para muchos de ellos se trataba de un mero ejercicio de erudición que les permitiría integrarse en los círculos sociales de su tiempo. Pero para muchos otros fue una auténtica vocación, y con su trabajo rindieron un servicio impagable a la investigación epigráfica.

Tal es el caso del franciscano José María Jurado, natural de Espejo (Córdoba), que vivió primero en el convento de Lopera y luego en el de San Pedro de Alcántara de Córdoba. Tuvo acceso a los manuscritos de Fernando José López de Cárdenas (1719-1786) y, a través de él, a los de escritores como José Vázquez Venegas (1713-1774) o Juan Fernández Franco (1520/25-1601), lo que explica la riqueza de la documentación que nos ha llegado a su nombre. Aunque desconocemos las fechas de su nacimiento y de su muerte, su actividad profesional se fecha entre 1816 y 1832, intervalo en el que se sitúan todos los manuscritos conocidos (Abascal/Cebrián 2005, 304-306).

Entre las obras de Jurado destacan, en primer lugar, las copias de textos ajenos y, entre ellas, las compilaciones epigráficas basadas en Fernández Franco; el más interesante de los documentos es la *Memoria de la colección de los manuscritos que del Licenciado Juan Fernández Franco recogió y copió en un Libro de a folio el insigne cura de Montoro D. Fernando José López de Cárdenas por los años de 1773* (RAH-11-8056-9), que reúne casi todos los trabajos de Fernández Franco.

De los textos surgidos de la pluma de Jurado hay que destacar la *Historia abreviada de la Villa de Espejo o sea Compendio de otra ideada con este Epígrafe... La colonia Claritas Iulia hoy Espejo villa del reino de Córdoba con algunas disertaciones y apéndices justificativos al fin. Historia surgida de varios remiendos por un Fraile del Instituto así vulgarmente llamado y natural de la dicha villa. Año de 1829* [y suplementos en borradores de 1831, 1833 y 1834] (RAH-9-7378-1); se trata del documento con mayor caudal epigráfico para la zona, aunque en muchos casos se trate de copias de inscripciones tomadas de otros autores.

Mención aparte merecen en aquellos años los informes sobre el archivo del monasterio de Uclés, parcialmente perdido durante la guerra de la Independencia y conservado hoy en el Archivo Histórico Nacional. El archivero Juan Antonio Fernández, que había sido reclamado por el prior Antonio Tavira para ordenar esta

magnífica colección, nos dejó una evaluación general de su contenido, que llegó a la Real Academia de la Historia tras su fallecimiento, cuando su autor ya se había ocupado también en Zaragoza del archivo de la Orden de San Juan de Jerusalén. Este cuaderno (RAH-11-8167-70) contiene una crónica de la situación del archivo de Uclés desde sus orígenes hasta la época de Carlos IV, lo que su autor denominó como *Noticia del principio, progresos y último estado del Archivo general de la Orden de Santiago*. En el mismo legajo se conservan aún unas notas de Fernández que llevan por título *Noticias sobre el Archivo de Uclés, Orden del Temple y otras con otros Manuscritos*, lo que da idea del interés que la Academia tenía por reunir esta información y del empeño con que sus colaboradores se afanaban en la tarea. Diego Clemencín (Clemencín 1832, 14) alude en su informe de 1832 a esta recepción de los papeles de Fernández a los que se daba la importancia que merecían, habida cuenta de la trayectoria profesional de su autor:

«La Academia, no contenta con procurar la conservación de sus manuscritos propios, ha extendido su solicitud a la de otros depósitos de esta clase de preciosidades. Practicó diligencias para que no se perdieran ni oscureciesen los manuscritos que dejó don Juan Antonio Fernández, archivero que fue de la orden de Santiago; en los cuales puede creerse que se habrán salvado noticias importantes, relativas a dicha orden, cuyo archivo general fue saqueado y destruido de resultas de la funesta batalla de Uclés en Enero de mil ochocientos y nueve.»

Durante el siglo XIX, la preocupación por ordenar el archivo y biblioteca aparece continuamente en los informes anuales y de trienios de los diferentes directores. Para todos ellos era evidente que la Academia atesoraba un caudal riquísimo de información insuficientemente valorado y que, solo tras un exhaustivo análisis y recolocación de los fondos, sería posible ponerlo a disposición de los estudios históricos.

En las *Noticia de las Actas* de la Academia de 1832, Diego de Clemencín y Viñas (1765-1834) dice lo siguiente (Clemencín 1832, 13):

«Pero las riquezas literarias que en sus manuscritos tiene la Academia, serían poco menos que inútiles, si su arreglo y colocación no estuviesen dispuestos de manera que sea fácil y cómodo su uso. Para este objeto se ha formado una Comisión, que reconociendo todos los códices y papeles de la Academia, forme su catálogo con la especificación y claridad conveniente. La Comisión trabaja con actividad y perseverancia en el desempeño de esta prolija operación; y ya se han empezado a disfrutar los buenos efectos de su laboriosidad en los diferentes trabajos en que entienden las demás Comisiones del Cuerpo.»

Esa Comisión debió de llevar a cabo su labor con una diligencia fuera de toda duda, pues solo dos años

después, en 1834, el informe trienal de dirección de Martín Fernández de Navarrete indicaba que ya estaban disponibles varios miles de fichas y que el archivo servía ya como fuente de referencias para los trabajos académicos:

«La Comisión encargada del arreglo de los manuscritos que posee la Academia ha adelantado también sus trabajos conforme lo han permitido las circunstancias y las ocupaciones de sus individuos. Se ha concluido el índice general, pero faltan todavía muchos pormenores que coronarán la obra y serán objeto de las tareas sucesivas. Aún en el estado en que se halla este índice puede servir y ha servido en efecto para auxiliar los trabajos de los señores Académicos, proporcionándoles documentos y noticias útiles y poco conocidas para sus investigaciones históricas. Del caos y confusión en que antes estaba esta preciosa parte de nuestro archivo literario, ha renacido por medio de este trabajo el orden y la facilidad de hallar lo que se quiere o necesita. Los tomos sueltos, todas las colecciones, los mapas y estados generales relativos a geografía y estadística, las estampas, los dibujos de restos de antigüedades, las Memorias de mayor importancia leídas por los señores Académicos, todo se halla continuado en el índice con el orden y referencias oportunas, para lo cual se han formado las papeletas correspondientes, que no bajan de seis a siete mil. De los papeles sueltos de materias inconexas se han formado legajos, poniendo en la parte exterior una nota expresiva de las materias de que tratan; y lo mismo se ha ejecutado en los que existen en el archivo de la Academia, donde entre la correspondencia se encuentran papeles o Memorias muy apreciables. Resultado de estos prolijos reconocimientos para el arreglo de nuestros manuscritos ha sido la adquisición de varias noticias curiosas con que ilustrar la bibliografía española» (Fernández de Navarrete 1835, 11-12).

Del trabajo diario de aquella Comisión encargada del orden del archivo quedan muchas evidencias en cuadernos con anotaciones, apuntes, listados interminables de obras por revisar, etc. Sirva como ejemplo el largo documento RAH-11-8138-12, titulado *Índice de los Mapas, planos, plantas, dibujos y muestras de letra antigua que se han encontrado sueltos y sin ordenar en la Biblioteca de esta Real Academia*. Pero la tarea no era pequeña y el trabajo se prolongó durante todo el siglo XIX con diferentes altibajos.

En aquellos años seguían llegando a la biblioteca textos copiados en diversos archivos e incluso originales enviados desde diferentes puntos de España, como los «documentos históricos. Monasterios suprimidos. 1850 a 1855» (RAH-11-8253) o los «procedentes de conventos» entre 1856 y 1858 (RAH-11-8085-n), aunque no siempre del interés que se esperaba. Ejemplo de ello es el informe que en enero de 1842 emite Pedro Sáinz de Baranda (1797-1853)

sobre los manuscritos enviados por el obispo electo de Ciudad Rodrigo (RAH-11-8240-15), de los que dice que no tienen demasiado valor para la Academia. A cambio, en 1859 se pidió expresamente la entrega de parte de los «papeles de Jesuitas» conservados en el Ministerio de Gracia y Justicia, que se consideraban de un altísimo interés (RAH-11-8138-9e). De esos años centrales del siglo XIX es el *Índice de los documentos regalados a la Real Academia de Historia por el Señor Don Pascual de Gayangos, su individuo de número* (RAH-11-8138-7).

Mientras tanto, avanzaba el trabajo de catalogación e inventario, cruzando índices, elaborando enormes listados confrontados con ficheros antiguos, etc. Esta tarea fue importante entre 1815 y 1851, como demuestran los documentos conservados, que indican que el mantenimiento de este empeño consumía gran parte de la labor de los sucesivos bibliotecarios de la Real Academia de la Historia.

La generación de Emil Hübner (1834-1901)

Entre 1825 y 1840 nació la generación contemporánea de Emil Hübner (1834-1901), cuyos miembros alcanzarían el cenit de su producción intelectual c. 1865-1880. A ella pertenecieron figuras como Fidel Fita (1835-1918), Aureliano Ibarra (1834-1890) o Ramón Barros Sivelo (1828-?), entre otros. Esta generación se encadenó intelectualmente con algunas personalidades nacidas unos años antes, que tendrían una gran trascendencia en los estudios epigráficos y que impulsarían de forma importante la recogida de testimonios, aquella a la que pertenecieron Aureliano Fernández-Guerra (1816-1894) o Buenaventura Hernández Sanahuja (1810-1891).

El mayor de todos ellos fue Buenaventura Hernández Sanahuja (1810-1891), que marcaría los estudios epigráficos en la Cataluña de la segunda mitad del siglo XIX. Correspondiente de la Real Academia de la Historia en Tarragona desde 1851 (Sabau 1862, VIII), director del museo de la ciudad (1852) e Inspector de Antigüedades por nombramiento del gobierno a propuesta de la Real Academia de la Historia (1853), Buenaventura Hernández Sanahuja fue la referencia ineludible de la Epigrafía y Arqueología de Tarragona durante varias décadas. Su formación clásica y su afición numismática le permitieron afrontar con rigor los agitados años en que Tarragona mostró lo mejor de su patrimonio arqueológico durante las transformaciones urbanas de la segunda mitad del siglo XIX. Fue autor de varias obras fundamentales (Hernández Sanahuja 1855; Hernández Sanahuja/Arco 1894) y como tal ha recibido el reconocimiento de la investigación moderna (Nogués 1936, 169-172; Riu 1991; Massó *et al.* 1992; Soberanas/Massó 1992; Sada/Massó 1997, 149-154; Almagro-Gorbea 2003, 441-442).

Los manuscritos de Hernández Sanahuja en la Real Academia de la Historia son muchos y trascendentales, con la ventaja añadida de que se trata de textos y cartas enviados por el propio autor entre 1851 y 1886, lo que permite fechar con precisión los descubrimientos epigráficos en Tarragona y sus alrededores. Merece destacarse la riquísima serie de RAH-T-9-7974-5 a 27, datada entre 1853 y 1881, y la colección de cartas e informes guardados en RAH-9-7373 y RAH-9-7369-5b, entre otros (puede seguirse la relación en: Abascal/Cebrián 2005, 285-287).

Dos años más joven que Hernández Sanahuja fue el intelectual granadino Manuel de Góngora Martínez (1812-1884), Inspector de Antigüedades en Granada y Jaén por nombramiento del gobierno a propuesta de la Real Academia de la Historia (1859) y catedrático de la facultad de Filosofía y Letras de Granada. En el campo de las antigüedades romanas, solo uno de los que cultivó, su obra fundamental es el *Viaje literario por las provincias de Granada y Jaén* (Góngora/Sanders 1915), que le valió el premio por descubrimientos de antigüedades otorgado por la Academia en 1858 y cuyo manuscrito e ilustraciones se conservan en la institución (RAH-9-5359; Abascal/Cebrián 2005, 271).

En los años centrales del siglo XIX, poco antes de que Hübner llegara a Madrid, hay que situar a un desconocido hasta ahora en los estudios epigráficos. Se trata de Rafael Martínez Carnero, profesor de enseñanza de Instrucción primera de la villa de Almedina y residente en Torrenueva (Ciudad Real). Sus estudios sobre el miliario de Aldeahermosa de Montizón (*CIL*, II, 4935) le valieron en 1859 el premio a trabajos históricos convocado por la Real Academia de la Historia, a la que envió diversos textos de un altísimo interés, que pronto verán la luz, sobre la epigrafía en la zona limítrofe entre Ciudad Real y Jaén, con algunos datos fundamentales para el área de Albacete (Abascal/Cebrián 2005, 340-341). Su caso no es sin duda único, pero sí es uno de los más llamativos: erudito latinista, investigador incansable, su alejamiento de los círculos oficiales de la cultura de su tiempo lo relegó al olvido, del que solo han podido sacarlo sus páginas manuscritas ocultas durante siglo y medio en un archivo.

Una de las figuras clave de esta generación es Aureliano Fernández-Guerra y Orbe (1816-1894), cuya vida estuvo al servicio de la educación y de la cultura de su tiempo (Señán y Alonso 1915; Vázquez de Parga 1935; Vargas-Zúñiga 1981, 540-545; Almagro-Gorbea 1999, 142-144; Abascal 2004b, 293-298; Miranda Valdés 2005). Fue literato y amigo de literatos, autor teatral, periodista, persistente investigador en el mundo de las antigüedades, editor, crítico, etc., y en ese cúmulo de intereses la Epigrafía constituyó un área de actividad muy importante.

El mundo de la epigrafía latina lo llevó a entrar en relación con correspondientes y aficionados de muchas

ciudades; parte de esas relaciones se evidencian en su enorme actividad epistolar, de la que son buena prueba el archivo familiar y el de la Real Academia de la Historia, entre otros. Pero, sin duda, su mejor amigo y aliado científico fue Fidel Fita. La llegada de Hübner a Madrid dio a Fernández-Guerra la oportunidad de convertirse en su apoyo en la Academia, facilitándole cientos de noticias y calcos de inscripciones, trabajando una amistad que se prolongaría durante tres décadas.

Además de numerosas publicaciones en monografías y artículos científicos, Aureliano Fernández-Guerra dejó un riquísimo fondo documental con apuntes, mapas, manuscrito inéditos, fichas epigráficas, etc., que, en parte, fueron entregadas, tras su muerte, a la Academia (RAH-11-8138-3a; Abascal/Cebrián 2005, 221-249). Ese legado es complementario del importantísimo material dado a conocer recientemente por Javier Miranda Valdés (Miranda Valdés 2005).

Ramón Barros Sivelo (La Coruña, 1828-?) se convirtió en el referente en los estudios viarios y de epigrafía viaria en el noroeste peninsular. Correspondiente de la Real Academia de la Historia en Orense, destacó por sus continuos informes sobre vías romanas de Galicia, que recorrió personalmente. Fue autor de unas *Antigüedades de Galicia* (Barros Sivelo 1875a) y de un *Mapa Arqueológico de Galicia* (Barros Sivelo 1875b). La Academia conserva un buen número de sus manuscritos, sus importantes descripciones de miliarios y los mapas que los acompañan (RAH-OR-9-7965-5; 9-6666-4d; 9-6440-1 y 2), además de una copiosa correspondencia fechada entre 1859 y 1868 (Abascal/Cebrián 2005, 96-97).

Por su fecha de nacimiento e, incluso, por sus intereses científicos, habría que relacionar con Barros al tarraconense Eduardo Saavedra (1829-1912), una de las figuras más interesantes de su tiempo (Mañas 1983). Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos, trabajó en el trazado de las redes férreas por tierras de Castilla antes de llegar a Madrid como profesor universitario. Fue senador del reino (1895) e ingresó en la Real Academia de la Historia en 1861, siendo su tesorero de 1878 a 1895 y su director desde junio de 1908 a diciembre de 1909. Perteneció también a la Real Academia de San Fernando. Su estudio arqueológico más conocido es la *Descripción de la vía romana entre Uxama y Augusto-briga* (Saavedra 1861; Gabinete de Antigüedades, n.º antiguo 11-2-6/n.º 27), que aún hoy sigue siendo un modelo a imitar. Entre sus publicaciones destaca también una edición del Nubiense (Saavedra 1881).

Las inscripciones fueron un interés constante para Saavedra, que pudo documentar por su oficio en primera persona los hallazgos epigráficos de la necrópolis de Palencia (RAH-9-7581 y RAH-LE-9-7959-4/3), levantando además un sin fin de planos donde se encuentran los trazados viarios y los hallazgos epigráficos que los jalonan (Abascal/Cebrián 2005, 417-419).

Por ello, su obra fue el referente principal de Hübner para algunas zonas de la Meseta y probablemente fue él quien animó en los primeros estudios epigráficos a quien habría de ser un discípulo aventajado, el P. Fidel Fita.

En el área valenciana y alicantina hay que incluir en esta generación a Aureliano Ibarra Manzoni (1834-1890), vinculado durante toda su vida a La Alcudía de Elche (*Ilici*), en donde excavó y reunió una importante colección de antigüedades e inscripciones que sería vendida luego al Museo Arqueológico Nacional (Tortosa 2004, 175-179). A los hallazgos en este enclave dedicó su principal trabajo literario (Ibarra Manzoni 1879/1981). Su descripción de las inscripciones romanas empotradas en la puerta del archivo de Elche y la recopilación de los datos de su hallazgo (RAH-9-4106-1/2) sigue siendo un documento insustituible (Abascal/Cebrián 2005, 299).

El mismo año que Aureliano Ibarra nació en Düsseldorf Emil Hübner (1834-1901), llamado a desempeñar un papel nuclear en la epigrafía hispanorromana, no solo como compilador y autor del volumen segundo del *Corpus Inscriptionum Latinarum*, sino como impulsor, merced a su trabajo, de los estudios epigráficos en España y Portugal (Leite de Vasconcelos 1901, 49-59; Gildersleeve 1901; Rodríguez de Berlanga 1901a y 1901b; Cardozo 1947; Le Roux 1984, 17-31; Stylow 1995, 17-29; Stylow/Gimeno 2004, 333-340; Abascal/Cebrián 2005, 296). Educado primero en Dresde y luego en Berlín, se doctoraría en la Universidad de Bonn en 1854, cuando solo contaba 20 años de edad. En 1858 recibió de Theodor Mommsen el encargo de redactar el volumen dedicado a Hispania del *Corpus Inscriptionum Latinarum* (Hübner 1869 y 1892) tarea que inició en 1859, llegando a España en febrero de 1860, donde permanecería hasta octubre de 1861. Visitó consecutivamente Cataluña, Madrid, Segovia, Valencia y Alicante, Baleares, Murcia, Andalucía y Extremadura, para continuar luego por Portugal y Galicia, visitando más tarde algunas colecciones de Asturias y Castilla.

Veinte años después de su primer viaje, en 1881, Hübner se encontraba de nuevo en España para recoger inscripciones y, principalmente, para comprobar los fondos del Museo Arqueológico Nacional, aunque realizó viajes puntuales a Galicia, Sevilla e *Italica*, Pamplona, Astorga y León, etc. e incluso llegó a Portugal. En junio de 1885, Hübner había terminado su *Exempla scripturae epigraphicae Latinae a Caesaris dictatoris morte ad aetatem Iustiniani* (Berlín, 1885). Una carta del día 29 de ese mes dirigida a la Real Academia de la Historia anunciaba ya su intención de retomar los estudios epigráficos sobre la península Ibérica, cosa que hizo en el verano de 1886, en que inició su tercer viaje por España en busca de inscripciones. En esta ocasión el periplo incluyó Baleares, Sagunto, Málaga y

una estancia de varios días en Granada junto a Manuel Rodríguez de Berlanga, alojados ambos en la residencia que el marqués de Casa Loring tenía en la Alhambra. El cuarto y último viaje de Emil Hübner a España tuvo lugar en 1889. Fue uno de los hispanistas con mejores y más amplias relaciones en España, contándose entre sus amistades muchas de las grandes personalidades del humanismo de su tiempo: Antonio Delgado, Demetrio de los Ríos, Eduardo Saavedra, Pedro Ibarra Ruiz, Joaquín Costa, Ángel del Arco, Luis Jiménez de la Llave, Rodríguez de Berlanga, los Gómez-Moreno, Gabriel Llabrés, Manuel de Góngora, etc., pero sobre todo Aureliano Fernández-Guerra y Fidel Fita, que llevó a la Academia la voz de Hübner.

Solo un año más joven que Hübner fue el jesuita barcelonés Fidel Fita (1835-1918). Se convirtió en su momento uno de los mejores lingüistas de la Compañía, pues dominaba el latín, el griego y el hebreo, pudiendo mantener correspondencia en alemán, inglés y, por supuesto, en francés; esto le dio un abanico de posibilidades que se tradujo en múltiples relaciones nacionales e internacionales con todos los círculos intelectuales de su época. Fue amigo personal de Eduardo Saavedra (1829-1912) y de Aureliano Fernández-Guerra (1816-1894), que apoyaron su ingreso en la Academia, de la que llegaría a ser director de 1912 a 1918, sustituyendo a Marcelino Menéndez Pelayo.

Fidel Fita editó cientos de inscripciones de casi todas las regiones españolas (Pérez de Guzmán 1918, 97-112; Abascal 1994, 1996, 1999a, 2004a; Abascal/Cebrián 2005, 250-253) gracias a una extensa red de correspondientes y a una frenética actividad epistolar, especialmente desde 1875. Solo para el periodo 1879-1918 tenemos noticia de más de dos mil cartas (Frías 1919, 493-509; García Iglesias 1995, 1996, 1997a y 1997b).

Entre sus correspondientes hay que citar, por encima de cualquier otro, a Emil Hübner, con quien mantuvo relaciones cordiales, especialmente desde 1879; sus cartas habrían de servir para incorporar al *Corpus Inscriptionum Latinarum* noticias imposibles de conseguir por otros conductos, como lo reconoció el propio Hübner al referirse a Fita en el prólogo a su obra. Tras la muerte de Hübner, Fita prodigó las mismas atenciones a Herman Dessau. Su obra epigráfica impresa es innumerable y su bibliografía abarca cientos de títulos. Quizá por lo temprano de su redacción y por tratarse de autopsias personales habría que citar sus estudios de epígrafes leoneses (Fita 1866) y su crónica del viaje a Santiago junto a Fernández Guerra (Fita/Fernández-Guerra 1880).

Casi contemporáneo de Hübner fue el talaverano Luis Jiménez de la Llave († Talavera de la Reina 1905), a quien debemos la información sobre las inscripciones de la antigua *Caesarobriga* (Abascal/Cebrián 2005, 303) y la primera recopilación de las mismas, que serviría de base al catálogo publicado en 1882 por Fidel Fita (Fita 1882, 248-302).

Sería injusto no incluir en esta sucinta relación al cántabro Romualdo Moro, fallecido en Comillas en 1896 y casi desapercibido en la bibliografía española (Abascal 1994, 380-382; Abascal 1999a, 100-104 y 129-130; Abascal/Cebrián 2005, 364; Cisneros/Quintana/Ramírez 2005, 566-570), por lo que diremos algo más de su figura y su obra. Entre 1891 y 1893 dirigió excavaciones en sitios tan distantes como *Iuliobriga* (Retortillo, Cantabria), Arganda y Perales de Tajuña (Madrid), Calatorao (Zaragoza), Arconada y Frómista (Palencia), Amaya (Burgos) y Olleros de Pisuerga (Palencia), siempre bajo el paraguas financiero de Claudio López Bru, II marqués de Comillas (1853-1925), por lo que la mayor parte de sus hallazgos ingresaría en la colección del marqués de Comillas. De sus excavaciones en Monte Bernorio, Monte Cildá (Olleros de Pisuerga, Palencia) y la Peña de Amaya (Burgos), remitió unos cuidados informes al jesuita Fidel Fita entre 1890 y 1891 (RAH-9-7580); en estas cartas aparecerían por primera vez algunos de los *termini Augustales* que separaban el asentamiento de la *legio IV Macedonica* de la ciudad de *Iuliobriga*, convirtiéndose así en *editio princeps* de una parte fundamental del patrimonio epigráfico de Cantabria. Como muestra de su modestia frente al interés de sus investigaciones hay que destacar que rehusó ser nombrado Correspondiente de la Real Academia de la Historia al considerarse «indigno de tanto honor» (*Boletín de la Real Academia de la Historia* 29, 1896, 269).

Menos datos tenemos de Elías García-Tuñón y Quirós, académico Correspondiente en Bailén, a quien habría que referirse no por el volumen sino por la calidad de su información sobre la necrópolis e inscripciones romanas del Cortijo de la Toscana en esa localidad (Abascal/Gimeno 2000, 199-202; Abascal/Cebrián 2005, 264). García-Tuñón no solo envió textos de las inscripciones sino calcos, y mantuvo informada a la Academia de los hallazgos en el área jiennense entre 1870 y 1877. De esos años son también los informes del cordobés Victoriano Rivera Romero sobre hallazgos epigráficos en Córdoba (RAH-11-8525) y Porcuna (RAH-9-7388-14; Abascal/Cebrián 2005, 406).

También es escasa la información sobre Tomás María Garnacho, a quien la investigación española debe casi todo lo que sabemos sobre las inscripciones de Moral de Sayago (Abascal/Cebrián 2005, 265; Abascal, en prensa). En abril de 1859, durante una visita rutinaria por motivos de trabajo a la comarca de Bermillo de Sayago (Zamora), Tomás María Garnacho tuvo noticia de que el día anterior a su llegada se habían descubierto en Moral de Sayago «de veinte a veinte y cinco piedras sepulcrales de media a dos varas de longitud, perfectamente conservadas, todas de granito y de una forma análoga, las más labradas con esmero y llenas de inscripciones latinas». Con esas palabras describió el hallazgo este inspector de estadística de Zamora, comandante de infantería y luego secretario del

gobierno militar de esta ciudad, quien, el 20 de abril de 1859, puso el hallazgo en conocimiento del gobernador civil de Zamora por si considerase conveniente dar «conocimiento de este hallazgo a la Real Academia de la Historia». Su comunicación al gobernador civil en forma de breve *Memoria* (RAH-9-7373-37) iba acompañada de un segundo documento sobre la fortaleza de Castro-Torafe, fechado unas semanas antes, el 12 de marzo de 1859 (RAH-9-7373-36).

No pertenece a esta generación por nacimiento, pero sí por su temprana muerte, el emeritense Pedro María Plano (1851-1900), Correspondiente de la Academia y vicepresidente de la Subcomisión Provincial de Monumentos de Mérida, a quien debemos un manuscrito básico para epigrafía religiosa de la Hispania romana, *Piedras votivas romanas, dedicadas a las aguas de Montemayor por enfermos que hallaron en ellas alivio o curaciones. Se encontraron en abril de 1894 para encauzar aguas* (RAH-9-7580), así como una riquísima correspondencia sostenida en 1894 con Fidel Fita sobre los hallazgos epigráficos en Mérida, lo que justifica su inclusión en este apresurado relato (Abascal/Cebrián 2005, 387).

Otro tanto ocurre con Mariano Carlos Solano Gálvez de San Pelayo y Villalpando, V Marqués de Monsalud (1858-1910), Académico de Número de la Real Academia de la Historia y Correspondiente del Instituto Arqueológico Germánico, entre otros méritos (García Iglesias 1997a). Fue uno de los principales corresponsales de Fita (RAH-9-7585) y su obra epigráfica y sus estudios históricos (Solano Gálvez de San Pelayo 1900, entre otros), impresos en decenas de artículos, hablan por sí solos (Abascal/Cebrián 2005, 442).

La primera mitad del siglo xx

Había muerto ya Hübner cuando despuntó en los estudios epigráficos el almeriense Diego Jiménez de Cisneros (1869-1933), que fue Correspondiente de la Academia en Cartagena desde el 22 de diciembre de 1905, a quien encontraremos en 1912 como Correspondiente en Baeza (Jaén) y que el 27 de junio de 1915 comunicó a la Academia su nueva residencia en La Laguna (Tenerife) (RAH-J-9-7958-40/3). No siendo un reconocido epigrafista, Jiménez de Cisneros fue un fiel corresponsal de la Academia (Abascal/Cebrián 2005, 302-303) en lo referente a las inscripciones de Cartagena, y a él debemos la ubicación correcta de los hallazgos que tuvieron lugar entre 1909 y 1919 —en lo que ahora sabemos que fue el foro de *Carthago Noua* (RAH-MU-9-7963-63 y 65)— y las noticias sobre el descubrimiento de las anclas con inscripciones del Cabo de Palos (RAH-9-6414-229).

Huelga decir que en esta nómina de epigrafistas hay que incluir a Manuel Gómez-Moreno Martínez (1870-1970), arqueólogo, arabista e historiador, a

quien se debe el desciframiento de la escritura ibérica y que colaboró desde muy joven con Hübner (Mata Carriazo 1977; Vargas Zúñiga 1978, 318-324, n.º 250; Gómez-Moreno 1995; Almagro-Gorbea 1999, 156-158). Además de su contribución a los *Catálogos Monumentales de España*, su obra epigráfica tiene un especial interés en lo relativo al estudio de las pizarras visigodas (RAH-9-8154-2) y la Academia conserva el manuscrito y los materiales auxiliares de su obra sobre el particular (Gómez-Moreno 1966; Abascal/Cebrián 2005, 270). De su influencia en la epigrafía posterior pueden dar idea sus palabras en el discurso de recepción en la Academia:

«Yo vine traído por el P. Fita, como heredero suyo en Epigrafía, abonado desde fecha casi remota por uno de mis descubridores, el benemérito maestro Emilio Hübner; y debo a la gran benevolencia del P. Fita el que me perdonase desvíos respecto de sus doctrinas y un gracioso juicio de mi discurso de entrada, diciendo que era cosa de poco ruido y muchas nueces. El se mantuvo durante muchos años cultivando con éxito y atrayendo corresponsales en la tarea de publicar inscripciones. Yo, pese a mi buen deseo, no he sabido fomentarlas; pues confieso que no me seducen los *Dis manibus, votum solvit, in pace* y demás fórmulas de la “canaglia epigraphica”; pero también es verdad que ninguna pieza clásica trascendental se me ha venido a las manos, y en cambio con lo ibérico he tenido y sigo teniendo suerte: valga como descargo» (Navascués/Gómez-Moreno 1953, 88).

En los albores del siglo xx hay que situar los estudios epigráficos del cartagenero José Lafuente Vidal; fue profesor de Geografía de la Escuela Elemental Municipal de Industrias de Cartagena (1902) y opositó hacia 1908 a una cátedra de Latín con un estudio sobre las inscripciones romanas de Cartagena (RAH-11-8249-18), llegando a ser director del Museo Arqueológico Provincial de Alicante, del que publicó un primer catálogo (Lafuente Vida 1959). Su estudio sobre los textos de su ciudad natal lleva por título *Leyes fonéticas y morfológicas que explican los arcaísmos más usuales en la epigrafía romana tomando como base para su exposición el estudio particular de 60 inscripciones latinas que se conservan en la Sociedad Económica de Amigos del País de Cartagena*, y constituye la primera recopilación posterior a Hübner, siendo la base de los trabajos modernos (Abascal/Cebrián 2005, 309-310).

Por la correspondencia de Fidel Fita y su intenso caudal de noticias epigráficas enviadas al *Boletín* de la Real Academia de la Historia sabemos de Enrique Romero de Torres (1876-1956), Correspondiente de la Real Academia de la Historia en Córdoba y hermano del pintor Julio Romero de Torres, de quien se conservan los manuscritos de algunas de sus publicaciones y un sin fin de noticias fechadas entre 1896 y 1921, casi todas en el expediente cordobés RAH-CO-9-7952 y

algunas dispersas en otros legajos (RAH-9-7581; 11-8244-2; 11-8246-55, etc., sobre las que puede verse: Abascal/Cebrián 2005, 410-411). Fue contemporáneo del abogado extremeño Mario Roso de Luna (1872-1931), Correspondiente de la Real Academia de la Historia (Redondo 1989; Cortijo 1982, 1989, 1991 y 1992), de quien conservamos numerosas comunicaciones sobre hallazgos epigráficos de los años 1902-1917 en los legajos RAH-9-7582 y RAH-CC-9-7948 (Abascal/Cebrián 2005, 411-412).

La nómina de autores dedicados a los estudios epigráficos a partir de 1910-1920 podría incrementarse de forma significativa por la mayoría de edad de los géneros históricos locales que se popularizan por toda la geografía peninsular. Sin embargo, queremos detener este relato solo con un nombre, el de César Morán Bardón (1882-1952), religioso agustino de origen salmantino que nos dejó trabajos fundamentales aún hoy sobre las inscripciones de la provincia de Salamanca y los vestigios viarios de este territorio (Morán 1920, 1922, 1946, 1949). La Academia conserva el manuscrito original de las *Curiosidades epigráficas de la provincia de Salamanca* (RAH-11-8246-50), publicado en 1920 (Abascal/Cebrián 2005, 361-362).

* * *

Hace unos años nos ocupamos de los impulsos de la recogida epigráfica protagonizados por la Real Academia de la Historia en unas páginas dedicadas a presentar el catálogo de los objetos epigráficos de la institución (Abascal/Gimeno 2000). Allí nos lamentábamos de la ausencia de un catálogo completo de sus manuscritos epigráficos que creemos haber paliado recientemente (Abascal/Cebrián 2005). En las páginas precedentes, más allá de un catálogo alfabético, hemos propuesto un recorrido temporal por algunos de los más importantes textos epigráficos que custodia la Academia. Esta relación, necesariamente incompleta para ser abarcable en unas pocas páginas, se inició con la generación del marqués de Valdefflores —para dar una pálida y pobre continuidad al relato que Gregorio Mayans firmó en 1756— y termina con algunos autores que, naciendo en el siglo XIX, publicaron la parte sustancial de su obra en la primera mitad del XX, entre los que destaca Manuel Gómez Moreno. Todo el relato ha sido, pues, construido a partir de los manuscritos de la Real Academia de la Historia, donde originales y copias suman su valor para recrear la Historia de más de dos siglos de estudios epigráficos con muy pocas lagunas.

Bibliografía

ABASCAL, J. M., en prensa: «Las inscripciones romanas de Moral de Sayago (Zamora, Hispania Citerior) y su descubrimiento en 1859», *Lancia*, 7, s. pp.

- 2004a: «Fidel Fita», en: *Pioneros de la Arqueología en España del siglo XVI a 1912*, Zona Arqueológica, 3, Alcalá de Henares, 299-305.
- 2004b: «Aureliano Fernández-Guerra y Orbe», en: *Pioneros de la Arqueología en España del siglo XVI a 1912*, Zona Arqueológica, 3, Alcalá de Henares, 293-298.
- 2002: «Dos palabras sobre las Inscripciones de Cartagena del Conde de Lumiares», en: ABASCAL, J. M.; NOGUERA, J. M.; NAVARRO, F. J. (eds.): *Cartagena romana. Historia y epigrafía*. Edición facsímil y estudio de: *Inscripciones de Carthago Nova, hoy Cartagena, en el reino de Murcia, ilustradas por el excelentísimo señor Conde Lumiares, individuo de la Academia de Ciencias y Artes de Padua*, Murcia, 19-48.
- 1999a: *Fidel Fita (1835-1918). Su legado documental en la Real Academia de la Historia*, Madrid.
- 1999b: «Los fondos documentales sobre arqueología española de la Real Academia de la Historia», en: ALMAGRO-GORBEA, M. (ed.): *El Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia*, Madrid, 259-285.
- 1996: «Fidel Fita y la epigrafía hispanorromana», *BRAH*, 193.2, 305-334.
- 1994: «Inscripciones romanas y celtibéricas en los manuscritos de Fidel Fita en la Real Academia de la Historia», *Archivo de Prehistoria Levantina*, 21, 367-390.
- ABASCAL, J. M.; CEBRIÁN, R. 2005: *Manuscritos sobre Antigüedades de la Real Academia de la Historia*, Madrid.
- 2004a: «Cornide, Freire y la Torre Ciega de Cartagena en 1797», *Mastia*, 3, 177-182.
- 2004b: «Los informantes valencianos de Jaime Villanueva y las inscripciones romanas de los territorios de Edeta y Saetabis (Hispania Citerior)», *Archivo de Prehistoria Levantina*, 25, 345-357.
- ABASCAL, J. M.; GIMENO, H. 2000: *Epigrafía Hispánica. Real Academia de la Historia. Catálogos del Gabinete de Antigüedades*, Madrid.
- ABASCAL, J. M.; RAMALLO, S. F. 1997: *La ciudad de Carthago Noua III. La documentación epigráfica*, Murcia.
- AGUILAR PIÑAL, F. 2001: *El académico Cándido María Trigueros (1736-1798)*, Madrid.
- 1995: *Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII. Anónimos I*, vol. 9. Madrid.
- 1987: *Un escritor ilustrado: Cándido María Trigueros*, Madrid.
- 1979: *La obra ilustrada de don Cándido María Trigueros*, Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, M. 2003: *Epigrafía Prerromana. Real Academia de la Historia. Catálogos del Gabinete de Antigüedades*, Madrid.
- 1999: «El Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia», en: ALMAGRO-GORBEA, M.

- (ed.): *El Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia*, Madrid, 15-173.
- ALMAGRO-GORBEA, M.; MAIER, J. 2003: *250 Años de Arqueología y Patrimonio*, Madrid.
- ALSINET, J. 1774: *Nuevas utilidades de la Quina, demostradas, confirmadas, y añadidas por el Doctor D. José Alsinet Médico de familia e SS. Se manifiesta el modo cómo cada uno... podrá quitar el amargor a la Quina, sin perjuicio de su virtud febrífuga*, Madrid.
- ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M. 1996: *La Antigüedad en la historiografía del siglo XVIII: El Marqués de Valdeflores*, Málaga.
- ARIAS MONTANO, B. 1698: *Benedicti Ariae Montani Rethoricorum libri quattuor*, Venecia.
- 1605: *Ben. Ariae Montani hispalensis in XXXI Davidis psalmos priores commentaria*, Amberes.
- 1601: *Naturae historia: prima in magni operis corpore pars*, Amberes.
- 1571: *Humanae salutis monumenta. B. Ariae Montani studio constructa et decantata*, Amberes.
- BARROS SIVelo, R. 1875a: *Antigüedades de Galicia. Dedicada a las Exmas. diputaciones provinciales de Coruña, Lugo, León, Orense, Oviedo y Pontevedra*, La Coruña.
- 1875b: *Mapa Arqueológico de Galicia*, La Coruña.
- BURMANN, P. 1773: *Anthologia veterum latinorum epigrammatum et poematum*, Amsterdam.
- CAMPOS Y FERNÁNDEZ DE SEVILLA, F. J. 2002: «El P. Enrique Flórez y la España Sagrada. Estudio preliminar», en: LAZCANO, R. (ed.): *España Sagrada*, vol. I, Madrid, IX-CLXXXI.
- CANTO, A. M^a. 1994: «Un precursor hispano del CIL en el siglo XVIII: el marqués de Valdeflores», *BRAH*, 191, 499-516.
- CARDOZO, M. 1947: *Correspondencia epistolar entre Emilio Hübner e Martins Sarmento (Arqueología e epigrafía 1879-1899)*, Guimarães.
- CARO BAROJA, J. 1992: *Las falsificaciones de la Historia (en relación con la de España)*, Barcelona.
- CEBRIÁN, R. 2002: *Comisión de Antigüedades de la Real Academia de la Historia. Antigüedades e inscripciones 1748-1845, Catálogo e Índices*, Madrid.
- CEBRIÁN, R.; SALAMANQUES, V.; SÁNCHEZ, E. 2005: «La documentación sobre la memoria del viaje del Marqués de Valdeflores por España (Real Academia de la Historia, ms. 9/7018)», *Spal*, 14, 11-57.
- CEÁN BERMÚDEZ, J. A. 1832: *Sumario de las antigüedades romanas que hay en España*, Madrid.
- CISNEROS, M.; QUINTANA, J.; RAMÍREZ, J. L. 2005: «Peña Amaya y Peña Ulaña: toponimia y arqueología prerromana», *Palaeohispanica*, 5, 566-570.
- CLEMENCÍN, D. 1832: *Noticia de la Real Academia de la Historia o Resumen de sus Actas desde el año de 1821 hasta concluir el de 1831, leído en sus Juntas del mes de marzo de 1832*, Madrid.
- CORNIDE, J. A. 1893-1897: *Estado de Portugal en el año de 1800*, Madrid.
- 1799: «Noticia de las antigüedades de Cabeza del Griego», *Memorias de la Real Academia de la Historia*, 3, 71-243.
- 1796: «Continuación de la Memoria de Ignacio Hermosilla sobre las ruinas de Talavera la Vieja», *Memorias de la Real Academia de la Historia*, 1, 363-408.
- 1792: *Investigación sobre la fundación y fábrica de la Torre llamada de Hércules situada a la entrada del puerto de la Coruña*, Madrid (Bilbao 1980, reprod. facsímil de la de 1792; La Coruña 1986, reprod. facsímil de la de 1792; La Coruña 1991, reprod. facsímil de la de 1792).
- CORTIJO, E. 1992: *Mario Roso de Luna*, Badajoz.
- 1991: *Vida y obra del Dr. Mario Roso de Luna (1872-1931), científico, abogado y escritor*. Madrid.
- 1989: *Mario Roso de Luna. Estudios y opiniones*, Cáceres.
- 1982: *Mario Roso de Luna, teósofo y ateneísta*, Cáceres.
- DEMERTON, G. 1984: *Don Carlos González de Posada: aproximación a su biografía*, Oviedo.
- ESCRIBANO, J. M. 1959: *El Marqués de Valdeflores. Su vida, su obra y su tiempo*, Madrid.
- FERNÁNDEZ DE NAVARRET, M. 1835: *Discurso leído a la Real Academia de la Historia en junta de 28 de noviembre de 1834 por su Director el Excmo. Sr. D... al terminar el trienio de su dirección en cumplimiento de lo mandado en los Estatutos*, Madrid.
- FITA, F. 1902: «Noticias» [Sobre E. Marín, Trabajos inéditos del Conde de Lumiares], *BRAH*, 40, 357-359.
- 1882: «Inscripciones romanas de la ciudad y partido de Talavera (provincia de Toledo)», *BRAH*, 2, 248-302.
- 1866: *Epigrafía romana de la ciudad de León, con un prólogo y una noticia sobre las antigüedades de La Milla del Río por D. Eduardo Saavedra*, León.
- FITA, F.; FERNÁNDEZ-GUERRA, A. 1880: *Recuerdos de un viaje a Santiago de Galicia*, La Coruña, 1993 (2ª edición).
- FONT Y PAZOS, C. R. 1868: *Discurso en elogio de Don José Cornide de Saavedra*, Madrid.
- FRÍAS, L. 1919: «La correspondencia científica del P. Fita con sabios extranjeros», *BRAH*, 74, 493-509.
- GARCÍA IGLESIAS, L. 1997a: *El noble estudioso de Almedralejo. Autógrafos del Marqués de Monsalud en el Archivo del P. Fidel Fita, S. J.*, Badajoz.
- 1997b: «Las dificultades del P. Fidel Fita S. J. para afincarse en Madrid», *BRAH*, 194.3, 525-588.
- 1996: «Corresponsales pacenses del P. Fidel Fita, S. J.», *Memorias de la Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes*, 3, Trujillo, 189-223.
- 1995: «Cartas de Roso de Luna al P. Fidel Fita S. J.», *REExt*, 51, 221-230.

- GIL MERINO, A. 1992: *La vida y obra de don José Cornide Saavedra*, La Coruña.
- GILDERSLEEVE, B. L. 1901: «Emil Hübner», *AJPh*, 22.1, 113-115.
- GIMENO, H. 2003: «Avances y retrocesos de una disciplina: Ilustrados españoles ante la Epigrafía», en: *Iluminismo e Ilustración. La Antichità e i loro protagonisti in Spagna e in Italia nel XVIII secolo*, Roma, 183-200.
- 1997: *Historia de la investigación epigráfica en España en los siglos XVI y XVII a la luz del recuperado manuscrito del Conde de Guimerá*, Zaragoza.
- 1995: «Novedades sobre los estudios epigráficos en España en los siglos XVI-XVII. Manuscritos y epigrafía. Metodología: el ejemplo del ms. Cattaneo», en: GASCÓ, F.; BELTRÁN, J. (eds.): *La Antigüedad como argumento II. Historiografía de arqueología e historia antigua en Andalucía*, Sevilla, 99-120.
- 1993: «Manuscritos y epigrafía latina: datos para un censo español», en: CRAWFORD, H. (ed.): *Antonio Agustín between Renaissance and counter-Reform*, Londres, 291-302.
- GIMENO, H.; STYLOW, A. U. 2003: «Las Inscripciones», en: BELTRÁN, J.; LÓPEZ RODRÍGUEZ, J. R. (coords.): *El Museo cordobés de Pedro Leonardo de Villacevallos*, Málaga-Madrid, 149-218.
- GOBERNA, M^a. V. 1985: «Arqueología y Prehistoria en el País Valenciano: Aportaciones a la historia de la investigación», en: *Arqueología del País Valenciano. Panorama y perspectivas*, Alicante, 9-30.
- GODOY ALCÁNTARA, J. 1868: *Historia crítica de los falsos cronicones*, Madrid.
- GÓMEZ MORENO, M. E. 1995: *Manuel Gómez-Moreno Martínez*, Madrid.
- GÓMEZ-MORENO MARTÍNEZ, M. 1966: *Documentación goda en Pizarra*, Madrid.
- GÓNGORA, M.; SANDARS, H. 1915: *Viaje literario por las provincias de Granada y Jaén*, Jaén.
- GUSSEME, T. A. DE 1773a: *Diccionario Numismático general, para la perfecta inteligencia de las Medallas antiguas, sus signos, notas, e inscripciones, y generalmente de todo lo que se contiene en ellas; con informe de las Deidades paganas, Héroe, Ninfas, Reyes, Emperadores, Augustas Personas, y Familias: de las Provincias, Regiones, Países, Ciudades, Pueblos, Montes, Ríos, Fuentes, Árboles, Plantas, Frutas, Animales, Aves, Peces, Edificios, Armas, Magistrados, Oficios, Dignidades, y demás de que se hace expresa mención en ellas*, Madrid.
- 1773b: «Noticias pertenecientes a la historia antigua, y moderna de la villa de Lora del Río en Andalucía», *Memorias literarias de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras*, 1773, 228-263 [Remesal, J.: 1981].
- HERNÁNDEZ, B. 1983: «La correspondencia de Pérez Bayer, Risco y Cornide con Antonio Távira», *Boletín del Centro de Estudios del Siglo XVIII*, Oviedo, 10-11.
- HERNÁNDEZ SANAHUJA, B. 1855: *Resumen histórico-crítico de la ciudad de Tarragona*, Tarragona.
- HERNÁNDEZ SANAHUJA, B.; ARCO, A. DEL 1894: *Catálogo del Museo Arqueológico de Tarragona*, Tarragona.
- HÜBNER, E. 1892: *Corpus Inscriptionum Latinarum, voluminis secundi supplementum. Inscriptionum Hispaniae Latinarum supplementum*, Berlin.
- 1869: *Corpus Inscriptionum Latinarum, volumen secundum (CIL, II). Inscriptiones Hispaniae Latinae*, Berlin.
- 1862: «Inscripfen von Carmona, Trigueros und Franco, zwei spanische Inschriftensammler», *Rheinische Museum*, 17, 228-268.
- HULTMANN, J. A. 1758: *Miscellaneorum epigraphicorum liber singularis*, Zutphen.
- IBARRA MANZONI, A. 1879-1981: *Ilici: su situación y antigüedades*, Valencia (reedición en Alicante).
- JUAN GARCÍA, L. 1918: *Pérez Bayer y Salamanca. Datos para la bio-bibliografía del hebraísta valenciano*, Salamanca.
- LAFUENTE VIDAL, J. 1959: *Museo Arqueológico Provincial de Alicante. Catálogo Guía*, Alicante.
- LE ROUX, P. 1984: «E. Hübner ou le métier d'Épigraphiste», en: *Épigraphie hispanique. Problèmes de méthode et d'édition (Actes de la Table Ronde du CNRS, Bordeaux 1981)*, París, 17-31.
- LEITE DE VASCONCELOS, J. 1901: «Emilio Hübner e a archeologia lusitano-romana», *O Archeologo Português*, 6, 49-59.
- LÓPEZ DEL TORO, J. 1961-1962: «Correspondencia entre Don José López de Cárdenas y Don Fernando José de Velasco», en: *Homenaje al Profesor Cayetano de Mergelina*, Murcia, 469-511.
- LÓPEZ GÓMEZ, P. 1977: *José Cornide. El coruñés ilustrado*, La Coruña.
- MAIER, J. 2003: «II Centenario de la Real Cédula de 1803. La Real Academia de la Historia y el inicio de la legislación sobre el patrimonio arqueológico y monumental en España», *BRAH*, 200, 453-454.
- MAÑAS, J. 1983: *Eduardo Saavedra, ingeniero y humanista*, Madrid.
- MAS, C.; ABASCAL, J. M. 1998: «El viaje literario de Francisco Pérez Bayer por Valencia y Murcia (1782)», *Saetabi*, 48, 79-111.
- MARTÍNEZ-BARBEITO, C. 1968: *Exposición Cornide y su época. La Coruña, agosto-octubre 1966. Introducción, guía y catálogo por Carlos Martínez-Barbeito*, La Coruña.
- 1965: *Evocación de José Cornide*, La Coruña.
- MARTÍNEZ MAZAS, J. 1794/1978: *Memorial al Ilmo. y muy venerable estado eclesiástico del obispado de Jaén, sobre el indebido culto que se da a muchos santos no canonizados o que no le pertenecen por otro título que*

- el de los falsos cronicones y Retrato al natural de la ciudad y término de Jaén: su estado antiguo y moderno, con demostración de cuanto necesita mejorarse su población, agricultura y comercio*, Jaén [ed. facsímil: RODRÍGUEZ MOLINA, J.; MARTÍNEZ MAZAS, J. 1978: *Retrato al natural de la ciudad y término de Jaén*, Barcelona].
- MASSÓ, J. et al. 1992: *Un home per a la Història. Homenatge a Bonaventura Hernández Sanahuja*, Tarragona.
- MATA CARRIAZO, J. DE 1977: *El maestro Gómez-Moreno contado por él mismo*, Madrid.
- MATEU Y LLOPIS, F. 1953: *En torno de Pérez Bayer, numismata y bibliotecario*, Valencia.
- MAYANS, G. 1756: *Introductio ad veterum inscriptionum historiam litterariam*. Traducción y edición crítica de: ABAD, L.; ABASCAL, J. M. 1999, Madrid.
- MESTRE, A. 1983: «Mayans historiador», en: MAYANS, G.: *Obras completas, I. Historia*, Oliva-Valencia.
- 1981: *Perfil biográfico de Don Gregorio Mayans y Siscar*, Valencia.
- 1980: *Humanismo y crítica histórica en los ilustrados alicantinos*, Alicante.
- 1978: *El mundo intelectual de Mayans*, Valencia.
- MIRANDA VALDÉS, J. 2005: *Aureliano Fernández-Guerra (1816-1894). Un romántico, escritor y anticuario*, Madrid.
- MORA, G. 1998: *Historias de mármol. La arqueología clásica española en el siglo XVIII*, Madrid.
- 1997: «Literatura anticuaria», en: AGUILAR, F. (ed.): *Historia literaria de España en el siglo XVIII*, Madrid, 883-914.
- 1991: «Arqueología y poder en la España del siglo XVIII», en: ARCE, J.; OLMOS, R. (eds.): *Historiografía de la arqueología y de la historia antigua en España (siglos XVIII-XX). Congreso Internacional, Madrid, 13-16 diciembre 1988*, Madrid, 31-32.
- 1988: «Trigueros y Hübner. Algunas notas sobre el concepto de falsificación», *AEspA*, 61, 344-348.
- MORÁN, C. 1949: *La calzada romana de la Plata en la provincia de Salamanca*, Madrid.
- 1946: *Reseña histórico-artística de la provincia de Salamanca*, Salamanca.
- 1922: *Epigrafía salmantina*, Salamanca.
- 1920: «Curiosidades epigráficas de la provincia de Salamanca», *BRAH*, 77, 400-409.
- MOREL-FATIO, A. 1896: «Lettres d'antiquaires espagnols de la fin du XVIII siècle adressées au comte de Lumieres», *Bibliothèque de l'Ecole des chartes*, 57.
- MURATORI, L. A. 1739-1742: *Novus thesaurus veterum inscriptionum in praecipuis earumdem collectionibus hactenus praetermissarum*, Milán, 4 vols.
- NAVASCUÉS, J. M.^a; GÓMEZ-MORENO MARTÍNEZ, M. 1953: *El concepto de la Epigrafía. Consideraciones sobre la necesidad de su ampliación. Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia por los señores D. Joaquín M.^a de Navascués y de Juan y D. Manuel Gómez-Moreno y Martínez en la recepción pública del primero el día 18 de enero de 1953*, Madrid.
- NOGUES, A. 1936: «Bibliografía de Bonaventura Hernández Sanahuja», *BA*, 5, n.º 6, 169-172.
- PASTOR FUSTER, J. 1991: *Elogio histórico y bibliográfico del ilustrísimo señor don Francisco Pérez Bayer*, Valencia.
- PÉREZ BAYER, F. 1998: *Francisco Pérez Bayer: viajes literarios*. Edición de Antonio Mestre Sanchís, Pablo Pérez García y Jorge Antonio Catalá Sanz. Valencia.
- 1782: *Diario del viaje que hizo desde Valencia a Andalucía y Portugal en 1782* (segunda parte), ms. Univ. de Valencia, Biblioteca, sign. M.935 (la primera parte no se conserva); F. Pérez Bayer, *Diario del viaje que hizo desde Valencia a Andalucía y Portugal en 1782*, 2 vol., Madrid, Biblioteca Nacional, sign. 5953-5954 (sin ilustraciones); F. Pérez Bayer, *Diario del viaje que hizo desde Valencia a Andalucía y Portugal en 1782*, Madrid, Real Academia de la Historia, sign. 9-5974 (olim: C-77), transcrito por Vicente Joaquín Noguera Climent (parcialmente impreso en *La Alhambra* 3, 1900, 295 y ss., 349 y ss. y 4, 1901, 9 y ss. y 154 y ss.); cf. Hübner, *CIL*, II, XXIII, n.º 75, que dio por perdido el ejemplar valenciano y empleó los dos conservados en Madrid; Gimeno 1993, 295, n.º 29; Stylow, *CIL*, II²/5, XXXV.
- PÉREZ DE GUZMÁN, J. 1918: «El Excmo. Sr. y R. P. D. Fidel Fita, S. J., Director de la Real Academia de la Historia», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 72, 97-112.
- PESET, V. 1975: *Gregori Mayans i la cultura de la Il·lustració*, Barcelona.
- REDONDO, J. A. 1989: «Mario Roso de Luna. Una visión muy particular de la historia antigua extremeña», *Alcántara*, 16, 115 y ss.
- REMESAL, J. 2003: «Trigueros epigrafista. La pasión de Hübner por Trigueros», en: GONZÁLEZ JIMÉNEZ, M. (ed.): *Carmona en la Edad Moderna. III Congreso de Historia de Carmona*, Carmona, 463-486.
- 1988: «Cuatrocientos años de historia e historiografía a través de la inscripción de C. Iuventius Albinus (*CIL*, II, 1054). La labor de Tomás Andrés de Gusseme en Lora del Río (Sevilla)», *Gerión*, 16, 223-253.
- 1981: *Tomás Andrés de Gusseme. Noticias pertenecientes a la historia antigua y moderna de Lora del Río, Alcolea del Río, Setefilla y Arva*, en: *Andalucía*, Lora del Río.
- RICO GARCÍA, M. 1780: *Lucentum, hoy la ciudad de Alicante en el reino de Valencia*, Valencia [hay edición crítica de Fletcher y Pla en Alicante, 1964].
- RIU, E. 1991: «Del mismo modo que el geólogo explica las edades de la tierra... La reflexión estratigráfica de B. Hernández Sanahuja en Tarragona (h. 1850-

- 1870)», en: ARCE, J.; OLMOS, R. (eds.): *Historiografía de la arqueología y de la historia antigua en España (siglos XVIII-XX). Congreso Internacional, Madrid, 13-16 diciembre 1988*, Madrid, 85-90.
- RODRÍGUEZ DE BERLANGA, M. 1901a: «Estudios epigráficos (Ensayo bio-bibliográfico del Doctor Emilio Hübner)», *Revista de la Asociación Artístico-arqueológica de Barcelona*, 3, n.º 26, 185-210.
- 1901b: «Estudios epigráficos. Ampliación a la nota necrológica hübnneriana inserta en esta revista», *Revista de la Asociación Artístico-arqueológica de Barcelona*, 3, n.º 28, 313-321.
- RODRÍGUEZ OLIVA, P. 1980: «Investigaciones arqueológicas del Marqués de Valdeflores», *Jábega*, 31, 41-46.
- RUBIO PAREDES, J. Ma. 1983: «Historia de la arqueología cartagenera II. Siglo XVIII», en: *XVI Congreso Nacional de Arqueología. Cartagena-Murcia 1982*, Zaragoza, 891-904.
- 1977: *Nicolás Montanaro. Observaciones sobre antigüedades de Cartagena*, Murcia.
- RUMEU DE ARMAS, A. 2001: *La Real Academia de la Historia*, Madrid.
- RUÍZ, J. 1914: «Els canonges Foguet i González de Posada, arqueòlegs de Tarragona», *BA* 2I, n.º 3 y 4, 93-112 y 121-144.
- SAAVEDRA, E. 1881: *La geografía de España del Edrisí*, Madrid.
- 1861: *Descripción de la vía romana entre Uxama y Augustobriga*, Madrid.
- SABAU, P. 1870: *Noticia de las Actas de la Academia de la Historia, leída en Junta Pública el 26 de junio de 1870, por el Excmo. Señor Don ... Académico de Número y Secretario*, Madrid.
- 1862: *Noticia de las Actas de la Real Academia de la Historia leída en Junta Pública de 29 de junio de 1862 por D. ... Académico de Número y Secretario*, Madrid.
- SADA, P.; MASSÓ, J. 1997: «El Museo Arqueológico de Tarragona: un siglo y medio de historia», en: MORA, G.; DÍAZ ANDREU, M. (eds.): *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la Arqueología en España. Madrid, 27-29 de noviembre de 1995*, Málaga, 149-162.
- SALAS, J. 2004: «José López de Cárdenas. El cura de Montoso», en: *Pioneros de la Arqueología en España del siglo XVI a 1912, Zona Arqueológica*, 3, Alcalá de Henares, 51-54.
- SEMPERE GUARINOS, J. 1785-1789: *Ensayo de una biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III*, Madrid, vol. 1: 1785; vol. 2: 1789a; vol. 3: 1789b; vol. 4: 1789c; vol. 5: 1789d; vol. 6: 1789e.
- SEÑÁN Y ALONSO, E. 1915: *Ensayo biográfico-crítico del Excmo. Señor D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe*, Granada.
- SOBERANAS, A.; MASSÓ, J. 1992: *Bibliografía impresa de Bonaventura Hernández Sanahuja*, Tarragona.
- SOLANO GÁLVEZ DE SAN PELAYO Y VILLALPANDO (MARQUÉS DE MONSALUD); FITA, F. 1900: *Arqueología romana y visigótica de Extremadura. Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública del Excmo. Sr. D. Mariano... el día 3 de junio de 1900. Contestación de Fidel Fita*, Madrid.
- STYLOW, A. U. 1995: «Von Emil Hübner zur Neuauflage von CIL, II. Anhang: Zu einer neuen Pales Inschrift aus Mirobriga», *MM(DAI)*, 36, 17-29.
- STYLOW, A. U.; GIMENO, H. 2004: «Emil Hübner», en: *Pioneros de la Arqueología en España del siglo XVI a 1912, Zona Arqueológica*, 3, Alcalá de Henares, 333-340.
- TORTOSA, T. 2004: «Aureliano Ibarra y Manzoni. Pedro Ibarra y Ruiz», en: *Pioneros de la Arqueología en España del siglo XVI a 1912, Zona Arqueológica*, 3, Alcalá de Henares, 175-185.
- UHAGON, F. R. (MARQUÉS DE LAURENCÍN) 1926: *Don Agustín de Montiano y Luyando. Primer Director de la Real Academia de la Historia*, Madrid.
- VALCÁRCCEL, A. 1852-1979: *Inscripciones y antigüedades del reino de Valencia. Memorias de la Real Academia de la Historia* 8, Madrid 1852 [editado por Antonio Delgado a partir del manuscrito enviado por el autor a la Real Academia de la Historia en 1805: *Inscripciones del Reino de Valencia la mayor parte inéditas copiadas de sus originales por el Excmo. Señor Príncipe Pío, Marques de Castel Rodrigo, de la Real Academia de la Historia de Madrid, de la de Buenas Letras de Barcelona, de las Geografo-Histórica y de Matemáticas de Valladolid y de la de Artes y Ciencias de Padua*; edición facsímil, Valencia, 1979].
- 1796: *Inscripciones de Carthago Noua, hoy Cartagena en el reyno de Murcia*, Madrid 1796.
- 1781: *Carta que escribe el Excmo. Sr. D. Antonio Valcárcel Pío de Saboya y Moura, conde de Lumiares, a D. F.V.R. sobre los monumentos antiguos descubiertos últimamente en el barrio de Santa Lucía en la ciudad de Cartagena*, Valencia, 1781 [reeditado en edición facsímil bajo el título *Los monumentos antiguos de Cartagena*, Murcia, 1968].
- 1780: *Lucentum=Lucentum, hoy la ciudad de Alicante en el reyno de Valencia*, Valencia 1780.
- 1779: *Barros saguntinos. Disertaciones sobre estos monumentos antiguos, con varias inscripciones inéditas de Sagunto (hoy Murviedro) en el reino de Valencia*, Valencia.
- 1773: *Medallas de las colonias, municipios y pueblos antiguos de España hasta hoy no publicadas*, Valencia.
- VALDEFLORES, Marqués de: vid. VELÁZQUEZ DE VELASCO.

- VÁZQUEZ DE PARGA, L. 1935: *Colección de antigüedades que perteneció a D. Aureliano Fernández-Guerra; nota descriptiva por...*, Madrid.
- VARGAS ZÚÑIGA Y MONTERO DE ESPINOSA (MARQUÉS DE SIETE IGLESIAS) 1981: *Real Academia de la Historia. Catálogo de sus individuos. Noticias sacadas de su archivo I. Académicos de número*, Madrid.
- 1978: «Real Academia de la Historia. Catálogo de sus individuos. Noticias sacadas de su Archivo», *BRAH*, 175, 19-105, 309-352 y 533-574.
- VEGA, A. C. 1950: *La España Sagrada y los Agustinos en la Real Academia de la Historia*, El Escorial.
- VELÁZQUEZ DE VELASCO, L. J. (MARQUÉS DE VALDE-FLORES) 1765: *Noticia del viaje de España hecho de orden del Rey y de una nueva historia general de la nación desde el tiempo más remoto hasta el año de 1516 sacada únicamente de los escritores y monumentos originales, y contemporáneos con la colección universal de estos mismos escritores y monumentos recogidos en este viaje*, Madrid.
- 1759a: *Anales de la nación española desde el tiempo más remoto hasta la entrada de los romanos: sacados únicamente de los escritos originales y monumentos contemporáneos*, Málaga.
 - 1759b: *Conjeturas sobre las medallas de los Reyes Godos y Suevos de España*, Málaga.
 - 1752: *Ensayo sobre los alfabetos de las letras desconocidas, que se encuentran en las mas antiguas Medallas y Monumentos de España. Por Don ... de la Academia Real de la Historia. Escrito, revisto y publicado de orden de la misma Academia*, Madrid.
- VV. AA. 1996: *Actas del I Congreso «La Ilustración y Jaén». Homenaje a un ilustrado: José Martínez de Mazas, Jaén, 7-10 de diciembre de 1994*, Jaén.
- WALCH, J. E. I. 1761-1764: *Das steinreich systematisch Entworfen*, La Haya.
- 1761: *Antiquitates Corinthicae ... praeside Io. Ern. Imman. Walchio... ad disputandum d. XXIII. octobr. MDCCCLXI publice propositae a Ioanne Guilelmo Schmidio*, Jena.
 - 1757: *Commentatio de veterum diis patriis qua loc. Act. XXIII, 14. illustratur*, Jena.
 - 1753: *Persequutionis christianorum neronianae in Hispania ex antiquis monimentis probandae uberior explanatio...*, Jena.
 - 1751a: *Dissertatio De Simone Coriario Act. X. 6... praeside Io. Ern. Imman. Walchio... publicae dissentientium disquisitioni submissa a Ioanne Carolo Augusto Masaeo*, Jena.
 - 1751b: *Antiquitates Herculenses litterariae. Accedit Sylloge inscriptionum Herculanei atque in eius confiniis erutarum*, Jena.
 - 1750: *Marmor Hispaniae antiquum vexationis Christianorum Neronianae insigne documentum illustratum...*, Jena.

ALGUNOS CONDICIONANTES ESTRUCTURALES A LA DISPOSICIÓN EPIGRÁFICA EN LA CIUDAD ROMANA HISPANA

Ángel A. Jordán Lorenzo
Universidad de Navarra
Archivo Epigráfico de Hispania

Resumen

El objetivo del trabajo es analizar las posibilidades epigráficas que tenían los edificios de carácter público más extendidos en las ciudades romanas, obteniéndose con ello algunas pautas que condicionaron la disposición epigráfica pública. Así, tomando como referente los textos literarios e inscripciones halladas *in situ*, en las siguientes páginas se estudiarán algunas de las posibilidades que ofertaban al promotor de una inscripción los foros, basílicas, curias y templos; elementos arquitectónicos cuya interrelación creó el espacio epigráfico de carácter público más importante de las *ciuitates* romanas.

Palabras clave

Epigrafía, foro, basílica, curia, templo, autorrepresentación, representación pública.

Abstract

The aim of this work is to analyze the epigraphic possibilities that had the buildings of public character most extended in Roman cities. This will allow us to obtain some guidelines that determined the public epigraphic disposition. On this way, taking the literary texts and inscriptions found *in situ*, in the following pages there will be analyzed some of the possibilities that were offering to the promoter of an inscription by the forums, basilicas, *curiae* and temples, architectural elements which interrelationship created the epigraphic space of more important public character of the Roman *ciuitates*.

Keywords

Epigraphy, Forum, Basilica, *Curia*, Temple, Self-Representation, Public Representation.

El Principado romano se caracterizó, entre otras muchas cosas, por la creación de una ingente cantidad de inscripciones grabadas sobre piedra. Los más de 300.000 epígrafes conocidos para todo el Imperio suponen una eclosión del medio escrito sin precedentes, que no volvió a repetirse hasta bien entrado el siglo XIX. Esta cifra sorprende más si son correctos los cálculos de G. Alföldy, quien estima que el número total de inscripciones habría alcanzado, como mínimo, una cantidad de entre 20 a 40 millones (Alföldy 2004, 148). Por estas razones se puede hablar, sin temor a errar, de la existencia de una auténtica «cultura epigráfica» (véase, al respecto: Woolf 1996; Alföldy 2004). Es decir, de un hábito de plasmar mensajes sobre soportes pétreos que se extendió por todo el orbe romano.

En el caso peninsular, por el momento, se conocen más de veintidós mil inscripciones latinas, datadas entre el siglo III a.C. y el siglo VIII d.C. (Alföldy 1999, 325), lo cual sitúa a las provincias hispanas entre las más fértiles del Imperio romano en este sentido. Además, la importancia de las inscripciones hispanas no es solo cuantitativa, sino también cualitativa, pues de la península Ibérica proceden algunos de los textos jurídicos más importantes, como el senadoconsulto de Gn. Pisón padre o las *leges Malacitana* o *Irnitana* (sobre la importancia de estos textos hispanos grabados sobre bronce, puede verse: Caballos 1999), aunque en este aspecto se detendrá el capítulo que, en este volumen, sigue al que el lector ahora lee.

Sin embargo, la inscripción no es un fenómeno aislado en el espacio, sino que se inserta en una estructura mucho mayor. Esta peculiaridad del *titulus* no debe ser despreciada, pues las dimensiones, usos y particularidades propias de los espacios, condicionaron el epígrafe que se dispuso en él, así como su uso publicitario. Por ello, no debe extrañar que desde mediados del siglo pasado se haya hecho patente la necesidad de estudiar el monumento epigráfico desde un punto de vista semiótico, integrándolo en el entorno espacial que lo rodea. Tratando de profundizar más en este aspecto, y tomando como referente los textos literarios e inscripciones halladas *in situ*, en las siguientes páginas se analizarán algunas de las posibilidades que ofertaban al promotor de una inscripción los foros, basílicas, curias y templos, elementos arquitectónicos cuya interrelación creó el espacio epigráfico de carácter público más importante de las *ciuitates* romanas, como se hizo constar más arriba.

Ciudad romana, legislación y paisaje epigráfico

Las ciudades romanas estaban llenas de cosas para leer (Harris 1983, 91), pues la cultura romana desa-

rolló los múltiples usos de la escritura, tanto públicos como privados: archivos administrativos, correspondencia, literatura, inscripciones, grafitos, etc. Ahora bien, estos aspectos requerían la plena alfabetización del lector, lo cual no siempre era frecuente (al respecto, pueden verse las consideraciones de: Harris 1989; si bien es posible que sus conclusiones sobre la alfabetización en el mundo antiguo deban de matizarse y no hayan de ser tan pesimistas). Sin embargo, el gran acierto de Augusto fue la creación de un sistema de reglas no escritas a la hora de escribir el texto epigráfico, que permitían a cualquier lector comprender, al menos, el mensaje principal de la inscripción con independencia de su nivel de alfabetización. Ello se consiguió mediante el empleo de un código de abreviaturas que permitía su interpretación por cualquiera mediante diferentes recursos mnemotécnicos, algo muy extendido en las primeras civilizaciones (sobre el recurso mnemotécnico y a la memoria en las civilizaciones antiguas y, de modo particular, en Roma, puede verse: Corbier 1991, 113-115). Así, por ejemplo, la aparición de las letras *DD* al final de una inscripción indicaba que en ese monumento había intervenido el *ordo decurionum* de la ciudad. Una vez incorporados estos símbolos en el entorno urbano —lo que ocurrió rápidamente bajo el reinado de Augusto— es posible que, a partir de entonces, el individuo los asumiera de manera natural, puesto que los encontraba corrientemente en la comunidad donde nació. De esta forma, mientras vivía, posiblemente los utilizara de manera espontánea, pasando a constituir una «fuente simbólica» (Geertz 2003, 52). Así, para que estos textos fueran efectivos, solo fue necesario desarrollar la capacidad de reconocer las letras capitales, lo cual requería un esfuerzo menor que la lectura de textos en cursiva. De esta forma, se necesitaba una leve alfabetización de la sociedad urbana para que el mensaje fuera práctico (Corbier 2006, 75). Por otro lado, estos convencionalismos formularios, necesarios para facilitar la interpretación del texto por parte de un lector semi-alfabetizado, permitían a la sociedad «jugar» visualmente con el lector. Así, por ejemplo, en *Abdera*, *Auctus* honró a su pupilo *C. Annius Hispanus* con un herma en cuya última línea escribió la abreviatura *DD*, siguiendo modelos públicos (*CIL*, II, 1981). Con ello, el promotor, un sencillo *paedagogus*, otorgaba, aparentemente, una dignidad superior al monumento ante el público potencial, posibles clientes de su alumno, resaltando aun más la importancia de *C. Annius Hispanus*.

Dentro de este entorno conceptual, el medio epigráfico encontró en la *ciuitas* el marco idóneo de extensión. En palabras de Cicerón, la ciudad constituía la expresión más plena de la civilización romana. Ello favoreció que desde finales de la República, y especialmente durante el Principado, se extendiera el concepto de ciudad como unidad homogeneizadora del

Imperium Romanum, siendo parte constitutiva de su *maiestas* (Zaccaria 1995a, 220; a propósito, por ejemplo, de Vitruvio *De arch.* 1, 2 y Suetonio *Aug.* 28, 3, en los que se maneja el concepto de *maiestas imperii* a través de la *auctoritas egregia publicorum aedificiorum* y de la *ornatio* de la *ciuitas*). La ciudad, como expresión de la *maiestas imperii*, formó parte del canon central de la labor política de Augusto y propició más tarde diversas intervenciones normativas o legislativas, de carácter local y universal, centradas en las nociones de *decor* o *adspectus* (el buen aspecto de la obra), *urbanitas* (forma de la obra) y *pulchritudo* (belleza). El primer testimonio conservado en este sentido es el *senatus consultum Hosidianum*, datado hacia el 44-45 d.C., y, posiblemente, inspirado por Claudio (Zaccaria 1995a, 204-206). De algo más tarde –hacia el 56 d.C.– sería el *senatus consultum Volusianum* y, por último, del 122 d.C., el *Acilianum*: todos sensacionales ejemplos de este tipo de disposiciones. En general, todas éstas emanaron del Senado de Roma o del propio emperador, y establecieron a las *curiae* de las diferentes ciudades como las principales garantes de su cumplimiento en la *ciuitas*. Además, muestran la preocupación del emperador por el mantenimiento de los inmuebles urbanos, un interés posiblemente ligado con motivaciones de carácter estético y con el mantenimiento de las imágenes del poder ligadas a la *facies* de la *ciuitas*. En este sentido, de unos edificios bellos y de la conservación de la integridad del conjunto, derivaba una buena imagen del Imperio. Junto a ello, poco a poco, se desarrolló la idea de la *senectus*, identificando la ciudad como un organismo viviente, donde el tiempo pasado no constituía su decadencia fisiológica y el inevitable declive, sino que apuntalaba la *memoria*, signo de vigor y prestigio (Sacaría 1995a, 209). Dentro del ámbito epigráfico, la consecuencia de este trasfondo ideológico fue el desarrollo de un cierto proteccionismo sobre el *titulus*, que no debe ser olvidado a la hora de analizar el uso epigráfico de los diferentes espacios, pues influyó de forma determinante. Así, por ejemplo, en el *Digesto* (*Dig.* 34, 2) se especifica que una persona que había sido honrada con una estatua pública podía actuar por medio de un *interdictum quod ui aut claim* contra cualquiera que moviera la efigie de su sitio por la fuerza.

Con este marco ideológico como telón de fondo, Roma desarrolló en las ciudades diferentes espacios donde la sociedad podía ser representada. El uso epigráfico de estos lugares dependió de su administrador. En el caso de los espacios públicos, como las plazas, calles, pórticos o monumentos civiles y religiosos, éste era el *ordo decurionum*, que estaba formado por miembros de la elite local (Corbier 2006, 36), como, de hecho, se explica en otro capítulo de este volumen. Su permiso explícito era necesario para disponer un epígrafe *in loco publico* (en contra de esta afirmación y

como opinión divergente pueden verse las reflexiones de A. U. Stylow al hilo de *CILA*, 2, 399, una estatua privada encontrada detrás de la escena del teatro de *Italica*, si bien el monumento quizá se pueda vincular con programas iconográficos realizados por uno de los promotores de la construcción, a ejemplo de lo ocurrido en el anfiteatro de *Segobriga*). En cualquier caso, antes de conseguir este consentimiento, era necesario un largo proceso de discusión sobre la idoneidad del honrado o del monumento, la naturaleza de la estatua, su lugar de emplazamiento y el texto que la acompañaría. Así, por ejemplo, de *Singilia Barba* procede el pedestal de una estatua de bronce con que el *ordo* del municipio honró a M. Valerio Proculino, especificando que, *consensu omnium, in foro publice gratias egerunt* (*CIL*, II²/5, 789; y otro ejemplo puede verse en: *TAM* III. 1, 1). Lógicamente, la necesidad de un consenso de la curia para realizar cualquier acción pudo desembocar, en ocasiones, en el caso contrario, rechazando algunas propuestas, aunque, por desgracia, no se conservan testimonios epigráficos de ello. En este sentido, llama la atención el pedestal de una estatua de plata, perdida, de ciento cincuenta libras de peso, consagrada al *Bonus Euentus* por la sacerdotisa Aponia Montana, en *Astigi* (*CIL*, II, 1471 = *CIL*, II²/5, 1162). En él, la promotora se preocupó de plasmar que había realizado juegos circenses *ob honorem sacerdotii*, quizá manteniendo para la posteridad en un epígrafe una espléndida acción evergética que el *ordo* de *Astigi* no conmemoró, a su juicio, de la forma adecuada. Volviendo a la realización pública, la decisión del levantamiento de una estatua financiada por el *ordo decurionum* se reflejó en las inscripciones por medio de las expresiones *decreto decurionum* o *decreto ordinis*, si el senado local intervenía directamente en la acción, financiándola, o con la frecuente abreviatura *LDDD* o similares si, por el contrario, simplemente concedía espacio público donde ubicar la estatua/obra. En ocasiones, si la ciudad promovía el monumento, se podía prescindir de todo formulario, pues la ausencia de un promotor privado y su ubicación en un espacio público permitían inferir de forma correcta el origen de la inscripción. Éste puede ser el caso, por ejemplo, del conjunto de pedestales ecuestres hallados en *Vllia Fidentia* en honor de la familia imperial (*CIL*, II, 1525 = *CIL*, II²/5, 486; *CIL*, II, 1526 = *CIL*, II²/5, 487; *CIL*, II, 1527 = *CIL*, II²/5, 488; *CIL*, II, 1528 = *CIL*, II²/5, 489; y *CIL*, II, 1529 = *CIL*, II²/5, 490).

Una vez tomada la decisión de levantar un epígrafe *in loco publico*, el siguiente paso era elegir un emplazamiento donde ubicar el monumento. Su elección podía tener una función simbólica o funcional (o ambas a la vez) que estaba directamente relacionada con el estatuto social del individuo protagonista del epígrafe, y el mensaje que se deseaba transmitir. Así, por ejem-

plo, el lugar más importante de la ciudad, el foro, era designado con el nombre de *celeberrimus locus* y, de acuerdo a su importancia, estuvo ocupado de forma preferencial por el emperador. Un segundo ejemplo puede encontrarse en *Singilia Barba*, de donde proceden dos pedestales en honor de *M. Hirrius M. f. Quir. Annianus* y *M. Hirrius [Pr]olixus* hallados en el foro del municipio (*CIL*, II²/5, 786 y 799). Ambos monumentos fueron realizados *ob merita* por suscripción popular y, como indica su lugar de hallazgo, fueron dispuestos en el foro, pese a que el primer honrado era un duunviro de la localidad y, el segundo, posiblemente un liberto (al respecto, sobre el estatuto social del segundo honrado, puede verse: *AE*, 1990, 536; y los comentarios de Canto a *HEp*5, 576). En este sentido, el hecho de ubicar en un mismo espacio ambas estatuas permitía hacer patente la relación entre ambos, creando un programa iconográfico paralelo a la de la figura imperial (de *Singilia Barba* proceden, por el momento, homenajes a Adriano –*CIL*, II, 2014 = *CIL*, II²/5, 775– y a Septimio Severo –*CIL*, II²/5, 776), aunque más modesto, en donde se resaltaba la *gens Hirria*, de carácter local.

Por otro lado, todo mensaje debía estar ubicado en el lugar apropiado, para que pudiera cumplir su función. Un ejemplo de ello se puede encontrar en la celebración de la atribución a Augusto del título de *pater patriae* en el 2 a.C. A juzgar por las fuentes (*IGRRP*, III, 159: *in uestibu[lo] a[ed]ium mearum [i]nscr[ri]ben[dum] esse et in curia e[st] in foro Aug[ust]o / sub quadr[ig]is quae mihi [ex] s[enatus] c[onsulto] pos[ita]e sunt censuit*), este importante hecho fue publicitado por el Senado en tres ámbitos concretos: la curia (lugar donde se había emitido el decreto), el vestíbulo de la mansión de Augusto en el Palatino (lugar de residencia del emperador) y la base de la cuadriga de Augusto levantada en el centro del *Forum Augustum* (posiblemente, el lugar más frecuentado en ese momento: Corbier 2006, 36). En otro ámbito, son frecuentes las alusiones en los edictos imperiales o las leyes municipales a la necesidad de emplazar los documentos en los *fora*, en lugares donde pudieran ser leídos (Corbier 2006, 47). En el caso contrario, puede aludirse a una anécdota de Suetonio, sobre la impopularidad de unos impuestos establecidos por Calígula que, para evitar su difusión, se hizo escribir en *minutissimis litteris et angustissimo loco* (Suet. *Cal.* 41).

Sin embargo, el senado local no era omnipotente. Como prueban algunos episodios históricos –por ejemplo, la prohibición de Augusto de honrar a los gobernadores provinciales durante el ejercicio de su cargo (*Dig.* 56, 25, 6)–, su acción estaba limitada por las disposiciones legislativas emanadas desde Roma (Corbier 2006, 47) y, sobre todo, por su propia concepción epigráfica del uso del espacio. Además, aprobar la instalación de un epígrafe en público o quitarlo,

no siempre estaba exento de peligros. Así, es muy conocido el caso del pretor de Bitinia, Granio Marcelo, quien fue acusado de colocar una estatua suya por encima de la del emperador (Tac. *Ann.* 1, 74), y también se pueden imaginar las repercusiones que tendría para la ciudad de *Nemausus* la destrucción de las estatuas de Tiberio que realizó cuando éste partió a su estancia en Grecia (Suet. *Tib.* 13). Otro ejemplo más cercano se encuentra en *Barcino*. La ciudad hispana permitió que un prometedor inmigrante, *L. Fulvius Numisianus*, dispusiera una estatua *in loco publico* a su madre, [*Numisia L. Numisi Attici fil.*] *Perpernia* (*CIL*, II, 4555 = *IRC*, IV, 131). Con posterioridad, Numisiano fue cooptado por Cómodo al Senado (*HEp*9, 534) y, tal vez en ese momento, la colonia efectuó una drástica *damnatio* de la primera inscripción, resaltando el nombre del senador y ocultando los más que probables orígenes serviles de la *gens*, si se confirma que el abuelo de L. Fulvio Numisiano era *L. Numisius Atticus*, quizás un liberto. Borrando las dos primeras líneas, la colonia evitaba una situación que podría resultar embarazosa a la par que, al mantener el *cognomen Perpernia*, seguía manteniendo el carácter inicial del monumento, identificando, además, a ambos progenitores del senador.

Por último, una vez dispuestas las estatuas, muchas de ellas adquirirían carácter perpetuo, asumiendo los herederos del honrado o del promotor, la obligación de mantener el monumento (Dio Cass. 53, 2, 4; y, al respecto: Corbier 2006, 66). Un signo de la perennidad que la sociedad concedía a las estatuas públicas puede apreciarse en los archivos conservados de los *Sulpicii* en *Pompeii*. En las tablas del citado repertorio se establece de forma recurrente a las estatuas honoríficas emplazadas en el foro como hitos referenciales geográficos. Así, por ejemplo, una de ellas explicita «[...] en Roma, sobre el foro de Augusto, delante de la estatua triunfal de Gn. Sentius Saturninus» (*TPSulp.* 13 y 14; y, nuevamente: Corbier 2006, 60, sobre la temporalidad de las inscripciones). Aun siendo un espacio de titularidad pública, el retirar un epígrafe no era una labor fácil, debido a que la obligación legal de ofrecer al honrado, o sus descendientes, la estatua antes de quitarla entorpecía esta labor y, en ocasiones, requería la presencia de funcionarios específicos para realizarlo (Zaccaria 1995a, 99; y, como ejemplos: *Dig.* 41, 1, 41; 42, 5, 29 y 44, 1, 23). Como consecuencia, quizá no se produjo una gran renovación estatutaria. Así, una vez que el espacio estaba ocupado por un monumento, había muchas posibilidades de que permaneciese allí hasta la definitiva amortización de ese lugar, lo que no obsta para el reemplazo de las bases, como por ejemplo *RIT*, 171, 89, 94 y 95, si bien este fenómeno tampoco debió de ser tan frecuente como se ha dado a entender (Stylow 2001, 145-146).

La disposición epigráfica en las ciudades hispanas

El foro

Como se ha dicho con anterioridad y como es sabido, el foro era el lugar más importante de la ciudad romana. De hecho, el reconocimiento más alto para cualquier persona era recibir una estatua en este espacio (Lahusen 1983, 132; Eck 1992, 359). Habitualmente, el foro estaba situado en una posición central, constituyendo el núcleo en torno al cual se configuraba la ciudad y donde participaba la comunidad (Zaccaria 1995b, 167-178). Solía tener la forma de una gran plaza rectangular, rodeada de pórticos, que servía de marco a los principales edificios religiosos (capitolio, templo de la principal deidad local o de culto al emperador), administrativos (basílica y curia) e incluso comerciales (*tabernae*, *macellā*). Durante el Principado, el foro fue reflejo de la nueva sociedad augústea. El emperador lo asimiló al ágora política griega, alejando de él los aspectos más comerciales e impulsando los políticos y culturales (Zaccaria 1995a, 168). De esta forma, en él se realizaban las principales actividades de la vida pública (elecciones, procesiones religiosas, etc.). Esta evolución propició que, en general, las *tabernae* fuesen desapareciendo, quedando reducida la actividad comercial a la basílica (Mar/Ruiz de Arbulo 1988, 278-279). En este contexto, con un público potencial tan numeroso, el panorama epigráfico de las plazas centrales era rico y complejo. Este fue un espacio de titularidad pública, razón por la cual el *ordo decurionum* era el principal responsable de su administración (Zaccaria 1995a, 98-99). Sin embargo, la ubicación de otros edificios en este ámbito provocó que el resultado epigráfico final fuese consecuencia de la confluencia de las posibilidades epigráficas de las distintas estructuras.

Aunque el foro fue un importante espacio publicitario, ello no significó que toda la plaza se dejara libre para la colocación de monumentos. La concepción inicial del foro implicaba la existencia de un programa ornamental que no tenía por qué reducirse únicamente a las paredes de los pórticos. Por el contrario, se dispusieron complejos conjuntos estatuarios que, en ocasiones, eran anepígrafos, pues su propia iconografía informaba al observador. El peso y el espacio que debieron de ocupar estas estatuas decorativas no pueden obviarse. Así, por ejemplo, las basas sin inscripción, posiblemente ornamentales, representan un 29,5% de las inscripciones conservadas en el foro de *Cuicul*, y en el de *Thamugadi* suponen un 25% (véase, al respecto: Zimmer 1989). Sin duda, el ejemplo más impresionante, conservado en la Península, es el del foro de *Emerita Augusta*. A imitación del *Forum Augustum*, estuvo decorado por el ciclo de Eneas y, po-

siblemente, estuvo acompañado por las estatuas de los míticos reyes de *Alba Longa*, de las que se conservan dos epígrafes (*ERAE*, 503 = *HEp*7, 109 y *ERAE*, 47 = Ramírez Sádaba 2003, n.º 77). Por otro lado, referencias al pasado de la ciudad también se encuentran en *Saguntum*, de donde procede un homenaje a Publio Escipión, e *Illiturgi*, en donde se ha encontrado un pedestal en honor de Tiberio Sempronio Graco (*CIL*, II, 3836 = *CIL*, II²/14, 327 y *CIL*, II²/7, 32 = *CILA*, 3, 225). Junto a ellos, es interesante un pedestal procedente de *Asido* (*HEp*10, 149) que presenta en la cara que apoyaba en el suelo la inscripción: «L(oco, -ocatione) XIIIX d(extr-?)». Sin duda, debía de tratarse de información específica sobre su ubicación en el contexto de un escenario mayor, quizás el foro. Además, puesto que no tiene ningún otro texto, es posible que formara parte de algún programa decorativo que englobara otras estatuas.

Junto a estos programas iconográficos, en el foro también se exponían los principales documentos jurídicos de la *ciuitas*, como leyes o fastos. Así, en la *lex Irnitana* se establece que ésta debía ser ubicada *in loco celeberrimo eius municipii figatur ita ut d(e) p(lano) r(ecte) l(egi) p(ossit)*. De esta forma, las diferentes leyes eran fijadas a la pared por medio de clavos, pudiendo formar una sucesión de hasta diez tablas, como sucedía con las leyes municipales (*Lex Irn.* 95; y, al respecto: Caballos/Eck/Fernández 1996, 136-137; Caballos 1999, 213-214; Corbier 2006, 31). Sin salir de la documentación oficial, también es posible que los foros sirvieran de marco donde emplazar los fastos consulares y municipales, normalmente grabados sobre mármol, así como un calendario con la sucesión de los días fastos, nefastos, las fiestas romanas y las propias fiestas locales, aunque este último bien pudo ir pintado sobre la pared, para ser reutilizado o corregido, anualmente.

Dentro de este contexto iconográfico y legislativo, a través de la documentación existente, puede inferirse que los monumentos epigráficos que se dispusieron en los *fora* adoptaron una distribución perimetral, dejando libre el espacio interior y adoptando diferentes ejes axiales. Así, en los foros de *Pompeii* y *Thamugadi* se aprecia una fuerte concentración de estatuas en uno de sus lados. Por el contrario, en los de *Cuicul* y *Philippus* se tendió a disponerlas delante de las columnas de los pórticos, y en el de *Segobriga* sobre las *antae* de las escaleras (sobre estos casos puede verse, respectivamente: Zanker 2000; Wallace-Hadrill 1995; Dobbins 1994, para el pompeyano; Zimmer 1989, para los africanos; Séve 2004, para el de *Philippus*; y Abascal/Cebrián/Trunk 2004, para el hispano de *Segobriga*). Esta disposición de las estatuas no debe sorprender, pues se debía dejar sitio para las procesiones o la realización de asambleas y elecciones. Es posible que no fuera hasta un momento más tardío, posiblemente a partir del siglo IV d.C., cuando se empezó a ocupar de forma sistemática el es-

pacio central, como ejemplifica el foro de *Cuicul*. En el de *Segobriga*, por su parte, se aprecian las huellas que dejaron algunos pedestales (n.º 8-15 del catálogo de: Abascal/Cebrián/Trunk 2004, 221), si bien se desconoce a qué monumento correspondieron. Un ejemplo de la importancia que suponía mantener libre este espacio se aprecia en una inscripción conservada de *Cirta/Constantina* (CIL, VIII, 7046), donde se informa de la «limpieza» del foro, pues los monumentos *iter fori angustabant* hacían angosto, por tanto, el camino del foro. Lógicamente, esto limitaba el espacio disponible, ya de por sí condicionado por las dimensiones del recinto, su ornamentación y las disposiciones legislativas.

Las inscripciones conservadas muestran que, en el foro, se colocaron diversos tipos de epígrafes. En primer lugar, pueden considerarse los conmemorativos de su construcción. Una obra de tan gran dimensión y relevancia urbana era asumida normalmente por el emperador o por las propias ciudades, como puede ser el caso del *Forum Iulii* de Roma, cuya erección estuvo acompañada por un elocuente epígrafe: «Iussu Imp(eratoris) Caesaris diui f(ili) / C(aius) Cornelius Cn(aei) f(ilius) Gallus / praef(ectus) fabr(um) Caesaris diui f(ili) / forum Iulium fecit» (CIL, VI, 882 = 31191), lo cual invita a considerar que, normalmente, no existiría una inscripción de este tipo. Sin embargo, en algunas ocasiones, evergetas privados asumían los costes de su edificación o, al menos, parte de ella. En este sentido, se han conservado ocho inscripciones en la península Ibérica que atestiguan la construcción de un foro por parte de un generoso evergeta. La primera, datada a inicios del Principado, conmemora la pavimentación del foro de *Segobriga* por un desconocido *[Pro]culus Spantamicus* (HEp10, 210). En un momento cronológico similar, posiblemente un legado del emperador financió la construcción del foro (o parte de él) de *Iluro* (IRC, I, 214), y a un periodo más tardío debe retraerse el fragmento conservado que hace mención a una desconocida obra del foro de *Carthago Noua*, quizá, como el de *Segobriga*, a su pavimentación (HEp13, 453). Ya en época de Tiberio, se conserva el testimonio de *Gn. Baebius Gn. f. Gal. Geminus*, quien sufragó, *ex testamento*, la construcción del foro de *Saguntum* (CIL, II, 3869 = 6022 = CIL, II²/14, 374). En general, esta producción epigráfica inicial podía disponerse, sobre todo en época augustea, en el suelo, posiblemente, en un lugar central de la plaza, siendo común el uso de *litterae aureae*, como son los casos de *Segobriga* y *Carthago Noua* (sobre este tipo de caracteres puede verse: Alföldy 1997).

Avanzado el Principado, las tipologías epigráficas se fueron ampliando, siendo frecuente el uso de pedestales y placas, que bien pudieron soportar una estatua del donante. De todas formas, conviene advertir que es posible que muchas de estas evergesías alusivas al foro posiblemente no estén remitiendo al *forum* principal

de la ciudad, sino a una plaza secundaria. Así, se ha datado entre los siglos I-II d.C. la espléndida donación de un *forum, aedes, quinque signa deor(um)* y *quinque statuas* realizada por el duunviro *C. Valerius C. f. Gal. Valerianus* en *Cisimbrium* (CIL, II, 2098 = CIL, II²/5, 294). Una evergesía similar se conserva en *Ipolcobulcula*, municipio en donde *L. Porcius Quir. Quietus* donó a la localidad el templo de una desconocida deidad, junto a la estatua de ésta y la plaza donde se ubicó la construcción, con la particularidad de que el solar era de su propiedad (CIL, II, 1649 = CIL, II²/5, 276). Por último, se conservan dos textos alusivos a la sufragación del *forum* de *Munigua* por *L. Valerius Quir. Firmus*, quien, además, también construyó los pórticos, exedras y el *tabularium* (CILA, 2, 1076 y 1077).

En segundo lugar, la plaza central fue un lugar preferencial para disponer estatuas honoríficas, sobre todo en honor del emperador. Éstas, como se ha dicho, solían guardar una distribución perimetral, bien sobre la propia plaza, bien extendiéndose a los pórticos, como en el foro de *Thamugadi*, donde aparecen algunas estatuas emplazadas en los muros medianiles de las *tabernae*. Estos homenajes se disponían formando grandes programas iconográficos de carácter dinástico, como se ha podido atestiguar en *Vllia Fidentia* y ya hicimos notar más arriba (sobre estos programas puede verse: Abascal 1996). De esta localidad proceden seis inscripciones erigidas entre el 12 a.C. y el 4 d.C., que bien pudieron ser estatuas ecuestres, aunque no todas se han conservado. La serie está compuesta por una «columna» en honor de *G. Caesar*, un pequeño pedestal ecuestre dedicado a *L. Caesar*, otro epígrafe que puede aludir a cualquiera de los dos anteriores y otros pedestales, también ecuestres, para *Agrippa, Agrippa Postumus* y Tiberio antes de asumir el trono (CIL, II²/5, 486-490). No se va a entrar a tratar en detalle todas las connotaciones que pueden desprenderse de la presencia de la estatuaria imperial en los foros, pues se excedería con creces los límites asignados a este trabajo. Tan solo se apuntará que era una manifestación de lealtad (de hecho, en la *Historia Augusta* –SHA, Marc. 18, 5– se llega a afirmar que aquellos que no tuviesen en sus casas una imagen del difunto emperador Marco Aurelio serían considerados *sacrilegi*, con comentario en: Navarro 2000, 36), garantizaban la seguridad de la ciudad, pues desde temprano el culto al *numen* del emperador desembocó en un culto a su persona como garante de la estabilidad del Imperio (Fishwick 1987-2002; y, recientemente, respecto de las dedicaciones *pro salute imperatoris* en Asia Menor: Moralle 2004), constituían un medio de legitimación y de control político, pues mantenía presente de forma constante la figura de quien ostentaba el poder (Niquet 2003, 158-159) y, por último, también podían transmitir mensajes, especialmente cuando las estatuas eran dispuestas expresamente por el emperador (Zanker 1992).

Por otro lado, también se conservan homenajes a patronos de ciudades y miembros destacados de la elite local. Con respecto a los primeros, por medio de las estatuas a ellos dedicadas se hacía patente ante la ciudadanía la importancia de la propia *ciuitas*, la cual se veía acrecentada cuanto más importante era el patrono. En un primer momento, en las provincias hispanas éste fue un privilegio recibido por los emperadores y senadores (para el caso senatorial puede verse: Jordán 2002, 159). Sin embargo, aquél enseguida fue canalizado y «coartado». Así, en el 11 d.C., Augusto intentó regular las estatuas que recibían los senadores, prohibiendo que los gobernadores y sus acompañantes pudiesen recibir cualquier tipo de honor durante el ejercicio de sus funciones y hasta no haber transcurrido sesenta días de su conclusión. Esta disposición fue completada más adelante, cuando en el año 62 d.C. se aprobó un ya aludido senado consulto por el que se prohibía a las provincias dar las gracias ante el Senado por la labor de un determinado gobernador. Por último, desde Tiberio, los emperadores renunciaron al patronazgo efectivo de las ciudades, pues la figura imperial se erige en la «patrona suprema» de todo el Imperio.

Esta situación ha generado que la producción epigráfica conservada en la península Ibérica no sea demasiado extensa, pues apenas se conocen, por el momento, medio centenar de inscripciones. De entre ellas destaca el conjunto epigráfico procedente de *Emporiae*, que fue ubicado en el Capitolio. El primer homenaje conocido de la serie emporitana, que puede considerarse imperial, se levantó a M. Junio Silano, procónsul de *Achaia* en el 34-33 a.C. y cónsul el 25 a.C., momento que aprovecha la ciudad para honrarlo como patrono (*IRC*, III, 29). De todas formas, esta serie arranca ya en época republicana, como indica el recibido por Cn. Domicio Calvino (*IRC*, III, 26) y Ap. Claudio Pulcro (*IRC*, III, 25). Tras Junio Silano, fueron honrados M. Emilio Lépido (*IRC*, III, 31), si bien su restitución es bastante dudosa, y M. Agripa (*IRC*, III, 24). Lépido era hijo del cónsul del 34 a.C. Paulo Emilio Lépido, quizás honrado en la misma ciudad (*IRC*, III, 32), accediendo él mismo al consulado en el 6 d.C. Tras ser legado de Tiberio en el Ilírico en el año 8 d.C., permaneció probablemente como gobernador de la provincia de *Pannonia* hasta el 10 u 11 d.C., siendo posteriormente nombrado gobernador de la *Hispania Citerior*, en donde permaneció hasta una fecha desconocida, pero comprendida entre el 17 y el 22 d.C. Por último, esta serie se completa con una honra a Cayo César como patrono del municipio (*IRC*, III, 19), y otra a M. Emilio Lépido, datada en época de Tiberio (*IRC*, III, 32).

Para finalizar, también se realizaron estatuas a divinidades, seguramente las principales del panteón local (posiblemente, *CIL*, II, 2006 = *CIL*, II²/5, 838

de *Nescania*). La presencia de estatuaria cultural en este ámbito es importante, pues en el foro de *Cuicul* las inscripciones sacras representan un 33% de todas las inscripciones conservadas y en el de *Thamugadi*, un 22,5%.

De esta forma, estatuas imperiales, figuras mitológicas, honras a patronos, efigies de dioses y reconocimientos públicos a notables locales, constituían la «memoria» de la ciudad y la voz de la *maiestas imperii*. Una voz que contaba el éxito del sistema social, el poder del emperador o la prosperidad del Imperio. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que estos programas epigráficos no estaban aislados, sino que se completaban con los dispuestos en las estructuras adyacentes, como son las basílicas, curias y templos que, en ocasiones, podían extenderse a los pórticos.

La basílica, los *augustea* y las curias

La basílica estaba en uno de los lados del foro, normalmente, formando un eje axial con el *capitolium*. En general, estaba compuesta por una planta rectangular dividida en tres naves longitudinales, siendo la central el doble de ancha y más alta que las laterales. Además, las paredes del fondo solían tener forma semicircular, emplazándose en uno de los extremos la tribuna para los magistrados, que estaba elevada sobre el resto. Como consecuencia de su carácter administrativo y comercial, la basílica desarrolló múltiples salas anexas y, además, podía tener más de un piso. Este edificio se relacionaba de forma estrecha con el foro, pues servía de refugio en los días de lluvia permitiendo continuar la actividad cotidiana en ella (Rodá 1995, 21). El peso de las basílicas en la composición urbanística creció durante el reinado de Augusto. Así, se evolucionó hacia una interdependencia entre foro-basílica que convirtió a esta última en un complemento representativo del primero. Por otro lado, una ciudad podía tener una o más basílicas, muchas de las cuales podían ser construidas en honor de distintas personas. En este sentido, es significativo el caso de la basílica que Adriano construyó en *Nemausus* en honor a Plotina (SHA, *Hadr.* 12, 2), y que inauguró una tradición que derivó en el Bajo Imperio en la consagración de los edificios a los santos, como se aprecia, por ejemplo, en fórmulas del tipo *basilicam in honorem s(an)c(t)ae Iustinae* (*AE*, 1961, 279).

La disposición de inscripciones en este espacio dependía del *ordo decurionum* (SHA, *Maxim. et Balb.* 1, 14, respecto de la responsabilidad de éste en relación a las basílicas; o Tac. *Ann.* 3, 72, sobre los edificios bajo tutela del Senado). De todas formas, si el edificio era construido con capital privado, el programa iconográfico y epigráfico inicial era elegido por el evergeta, como quizá podría mostrar el ejemplo de la basílica de Neptuno, construida por Agripa, quien ordenó pintar

un mural con la representación de los Argonautas (Dio Cass. 53, 27). Esta decoración inicial era variada y se extendía sobre las paredes —por ejemplo, en la basílica constantiniana, las paredes estaban adornadas con dieciséis nichos rectangulares que estuvieron ocupados por otras tantas estatuas (Coarelli 1993, 173) y, en la *basílica Aemilia*, dicho espacio se decoró con *clupeí* (Plin. HN. 35, 13)—, los suelos —en forma de mosaicos— o incluso en los frisos, rodeando una nave —en la basílica de *Ostia*, por ejemplo, puede apreciarse un relieve con los gansos capitolinos y en la *Aemilia*, el episodio del rapto de las Sabinas ocupaba la nave central (Cavaliere 2000, 465)—. Por último, se solían ubicar grandes estatuas de emperadores en el ábside donde se emplazaba el tribunal, como la estatua colosal de Constantino en la basílica constantiniana o la estatua de Augusto que presidía la basílica de Fano (Vitr. *De arch.* 5, 1, 6-10). En el ámbito hispano, puede mencionarse la estatua dedicada a Galieno por los *Ercaucenses* hallada *in situ* en la basílica del municipio (AE, 1987, 662). A partir de época augústea y durante los julio-claudios, se dotaron de salas anexas especiales, *aedes Augusti* o *augustalia*, situadas en la cabecera o en el eje de uno de los lados mayores. En ellas se instalaron esculturas alusivas al *Princeps* y a los miembros de su familia, generalmente dispuestas de forma perimetral. Resulta interesante el *augustaeum* de *Narona*, donde las estatuas se dispusieron sobre un *podium* único simulando un banquete (Mar/Ruiz de Arbulo 1988, 278, a partir de Vitr. *De arch.* 5, 1, 6-8; Marín/Rodà (eds.) 2004; sobre *augusteia* se puede ver el caso de *Lucus Feroniae*, donde se ubicaron estatuas de Augusto, Agripa y otros miembros de la dinastía Julio-Claudia, el de *Segobriga* o el citado de *Narona*: Walthew 1995, 133-149; Rosso 2004, 42).

En el ámbito epigráfico, la basílica, como cualquier otra obra, era susceptible de recibir diversos tipos de inscripciones. En primer lugar, estaban las procedentes del programa decorativo. Estos programas se encontraban sobre todo vinculados a los *Augustalia* y eran inscripciones que identificaban las estatuas. En ocasiones, las inscripciones estaban dispuestas en nominativo, como quizá podría ejemplificar un fragmento de base procedente de *Segobriga*, con el texto fragmentado: «[---]us / ---» (HEp8, 276). También es posible encontrar epígrafes musivos, identificativos de las diferentes salas o simplemente saluatorios. Así, por ejemplo, en la basílica Hilariana de Roma se conserva un mosaico con el texto: «Intransib[us] hic deos / propitios et basilic[ae] / Hilarianae» (CIL, VI, 30973).

En segundo lugar, podían ponerse monumentos conmemorativos de la construcción de la basílica. Los testimonios conservados muestran dos tipologías distintas: bloques o tablas, quizá reservados a soportar una estatua del promotor (CIL, XI, 1185-1186 y 4819; AE, 1992, 1817; CIL, III, 304 = 6874; o CIL, VI, 30973a y b), o bien grandes epistilios de mármol

destinados a estar empotrados en la pared (CIL, VIII, 794; CIL, XIII, 950-954; o CIL, XI, 289, además de los casos del procónsul M. Nonio Balbo, que construyó una basílica en Herculano, o del senador M. Antonio Rufino, que lo hizo en *Abellinum* según CIL, X, 1425 y CIL, X, 1120). Ambos tipos debieron de colocarse en lugares preferentes, de paso obligatorio. Por ejemplo, el homenaje de M. *Poblicius Hilarus*, constructor de la basílica *Hilariana*, se encontró en el vestíbulo y la inscripción conmemorativa de la construcción de la basílica de *Cremna* se dispuso en la pared oriental de ésta, mirando hacia el foro (CIL, III, 304 = 6874). Junto a ellos, también era posible encontrar inscripciones alusivas a la financiación de una parte concreta de la basílica. Dos ejemplos tardíos son la realización de parte de los mosaicos de la basílica de *Parentium* por *Infantius* e *Innocentia* (AE, 1987, 423), así como la sufragación de la construcción de la basílica de Ares. Ésta fue iniciada por los *Venusianenses*, cinco columnas fueron financiadas por los *Mucrionenses* y otras seis fueron costeadas por los *Cruzabetenses*, quienes también decoraron los ábsides (AE, 1894, 138). En la península Ibérica, se conserva el caso de L. Clodio Montano, quien *solum basilicae marmor[e] stravit* en *Singilia Barba* (CIL, II²/5, 794), y de [---] *Ser. Perseus*, quien adornó la basílica de *Iliberri Florentia*, hecho que conmemoró con, al menos, dos textos (CIL, II²/5, 633 y 634).

En tercer lugar, existieron epígrafes alusivos a la reparación de parte de la basílica (por ejemplo: AE, 1898, 79, de *Superaequum*; CIL, IX, 4063, de *Carseoli*; o CIL, X, 7946, de *Turris Libisonis*). Este tipo de inscripciones monumentales permitía al interesado disponer en un lugar público complejos programas autorrepresentativos. Este es el caso de *Gabinus Vettius Probianus*, quien *statuam quae basilicae Iuliae a se nouiter reparaatae ornamento esset adiecit*. Para recordarlo levantó, al menos, cuatro inscripciones (CIL, VI, 1658a-d). En *Iguuium*, Cn. *Satrius Cn. f. Rufus* intervino en la basílica de su ciudad y lo recordó con tres epígrafes (CIL, XI, 5820a-c).

En cuarto lugar, la titularidad pública de la basílica propició que su interior fuera utilizado como un lugar donde poner honras a emperadores, patronos y personajes ilustres. Este es el caso de Calpurnio Pisón, cuya estatua fue ubicada en la basílica de *Veleia* junto a las de la familia imperial (Rosso 2004, 40; y CIL, XI, 1182 = ILS, 900). En otro ámbito, Juvenal (Iuv. 1, 4, 81) cuenta que fue colocada la estatua del orador *Crispus* en la basílica Julia, como reconocimiento a su frecuente patrocinio legal gratuito. Estos monumentos podían disponerse a lo largo de las paredes o delante de las columnas, como muestra la basílica de *Thamugadi* (Zimmer 1989, 39). Además, en el caso de que un *collegium* ocupara una basílica, este espacio estaba disponible para las necesidades honoríficas de sus integrantes. Así, la honra de M'. *Poblicius Hilarus*, el

constructor de la basílica Hilariana, fue realizada por el colegio de *Dendrofori*, quienes posiblemente ocuparon parte de las instalaciones (*CIL*, VI, 30973). Por último, hay que señalar la presencia de inscripciones cultuales, como es el caso de la consagración a la Victoria procedente de la basílica de *Thamugadi* (*CIL*, VIII, 2353). En este sentido, la existencia en estos recintos de espacios de carácter cultural, como los *augusteia*, propició el desarrollo de este tipo epigráfico, aunque posiblemente en menor medida que en los templos, puesto que su aprobación dependía del ordo. Un ejemplo puede ser la estatua que P. Cornelio Dolabella dispuso en el *Augusteum* de *Narona*. Sin embargo, como muestra el propio *Augusteum*, la cantidad de epígrafes de este tipo debió de ser escasa (Marín 2004, 67).

Para finalizar este apartado, dentro de la estructuración urbanística de la ciudad que podía afectar al foro, estaban las curias. Puesto que este es un tema que se ha tratado con detenimiento en otro lugar, tan solo se anotarán los aspectos más importantes (Jordán 2004-2005). La curia era el principal lugar de reunión del senado local, por lo cual las inscripciones allí dispuestas tuvieron un público mucho más concreto que las de otros espacios. En general, los edificios podían tener dimensiones y formas variables, aunque mantenían en común que no eran demasiado grandes y que todas tenían un vestíbulo y una *aula*, donde se reunían los decuriones. Sin duda, su pequeño tamaño condicionó la cantidad estatuaría existente, no siendo muy elevada.

El primer lugar susceptible de recibir inscripciones era la fachada. Así, en la curia de *Mons* se dispuso en la fachada una honra a Antonino Pío (Balty 1991, 112). Si imitaba a un templo, no es descartable la disposición de algún tipo de inscripción en la cornisa o el arquitrabe, de cara al exterior, especialmente si el edificio procedía de una donación privada, como ocurre en la curia de *Philippos* (*AE*, 1934, 49). En segundo lugar, en el vestíbulo se colocaban estatuas flanqueando la puerta de entrada al *aula*. Por ejemplo, en el vestíbulo de la curia de *Thamugadi* se ubicaron dos grandes pedestales (Zimmer 1989, 39) y en la de *Cuicul*, se encontraron una honra a Antonino Pío y una estatua del *Genio senatus Cuiculitanorum* (*AE*, 1916, 12 y 17). Por último, estaba la sala de reunión del Senado. En sus muros podían abrirse edículas, donde se ponían imágenes (como en la curia de *Thuburbo Maius* en la que se encontró una dedicación a la *Pax Augg(ustorum)*: *IL Afr.*, 252, con comentarios en: Balty 1991, 56). En el muro se fijaba el *album* municipal (Balty 1991, 78, para el caso de *Thamugadi*) y, en el resto de la sala, pegadas a la pared, podían disponerse diferentes estatuas (en las cuatro esquinas, por ejemplo, en el caso de esta última ciudad africana, según: Balty 1991, 78). Éstas eran de dos tipos: dedicaciones a abstracciones con el objetivo de propiciar el buen entendimiento de los de-

curiones y homenajes al emperador. Por el contrario, apenas se han encontrado otros tipos de epígrafes (Jordán 2004-2005, 368-369).

Los templos

Para finalizar estas reflexiones, se centrará la atención en los templos, el último edificio de importancia que podía disponerse en el foro. No cabe duda de que la ciudad romana era el principal espacio cultural de su entorno. En este ámbito se producía la comunicación con las deidades cara a cara, lo cual provocaba la presencia constante de la divinidad en el seno de la comunidad, aspecto éste que condicionaba la localización de los edificios en la ciudad (Zaccaria 1995b, 135 y 167). Como heredera directa de su homónima griega, la *ciuitas* romana manifestó su sentido concreto de orden frente al caos externo. Este orden vital era salvaguardado por los dioses (*Cic. Nat. D.* 1, 4.) y, en época imperial, también por el emperador. Para mantenerlo, los ciudadanos establecían una relación directa con las deidades por medio de pactos y ceremonias renovadas anualmente (*Lex Vrs.* 70 y 71). La plasmación física y perdurable de estas ceremonias se concretaba en los templos. Además, los centros religiosos también adquirieron importancia política, pues respondían a necesidades sociales, generalmente ligándose con el centro político de la comunidad. Esta faceta política, de hecho, se muestra en el importante papel realizado en este ámbito por los magistrados de la ciudad. El sacerdote —como se explica en otro lugar de este volumen— ocupaba una parte dentro del *cursus honorum* municipal y en la *lex Vrsionensis* (*Lex Vrs.* 77), se establece que son los duunviros quienes destinan, del fondo público, la cantidad de capital anual que debe gastarse en las ceremonias religiosas. El dinero sería administrado por los ediles quienes, según otro capítulo de dicha *lex* (*Lex Vrs.* 19), tenían la potestad de exigir y repartir las contribuciones para lugares sagrados y religiosos (al respecto puede verse: Castillo Pascual 2000, 99-100; y, en otro nivel, sobre la relación entre los *flamines* con la elite local: Delgado Delgado 2000, 41-42, aunque el tema es tratado también en el presente volumen).

Con el tiempo, los templos devinieron en importantes centros sociales, económicos y políticos, como podría ejemplificar el templo de *Mars Vltor* dedicado por Augusto en Roma el 2 a.C., del que se conocen al menos ocho usos diferentes (Stambaugh 1978, 555-556; Castillo Pascual 2000, 83-84; y, también, a partir del caso del Herakleion gaditano: Blázquez 2001, 599-606; con otros ejemplos a partir de *Act.* 19, 24-28 y *Str.* 12, 5, 3). Estas funciones se regulaban por medio de una *lex dedicationum* o *lex consecrationum* que legislaba sobre su extensión, privilegios, la gestión de sus bienes y el desarrollo del culto (Castillo Pascual 2000, 97 y ss.), a partir, por ejemplo, de la *lex Eurfensis*, la *tabula*

Veliterana o la *lex Luci Spolentina* (CIL, IX, 3513; CIL, III, 1933 y CIL, VI, 30387). El templo, así caracterizado, se convirtió en un contenedor privilegiado de epígrafes, como atestigua Plinio el Joven para el caso del de *Clitumnus* (Plin. *Ep.* 8, 8, 7). Además, la religión romana favoreció este fenómeno al evolucionar hacia modos expresivos gráficos con los que se establecía el contacto entre la deidad y el oferente y se definía al devoto dentro de la comunidad religiosa (Béard 1991, 46-48). Por último, las funciones de estos recintos garantizaban la presencia continua de público, razón por la cual podía apertecerse como un espacio autorrepresentativo de primer orden.

El espacio disponible en un templo romano era limitado, y ello condicionaba la cantidad de inscripciones susceptibles de ser emplazadas en él. Además, cada templo ofrecía unas posibilidades distintas, dependiendo de su función y promotor. El modelo típico de templo romano se componía de una o varias salas (*cellae*), dispuestas sobre un *podium* al que se accedía por una escalinata frontal, que estaban rodeadas por una columnata que delimitaba un vestíbulo (*pronaos*). Por último, el conjunto podía estar circundado por un espacio libre (*temenos*).

Culturalmente, el lugar más importante era la *cella*, pues en ella se disponía la estatua de la deidad. El fondo de este recinto estaba destinado a la estatua del dios, creando un eje axionométrico con la entrada y atrayendo sobre ella el punto de vista. Su pedestal era el primer sitio susceptible de llevar grabada una inscripción. Ésta, posiblemente, era muy concisa, pues generalmente reflejaba el teónimo y, a lo sumo, el nombre del promotor. Así, la consagración que debió presidir el templo de Júpiter de *Aquae Flaviae* presenta un escueto texto: *I(oui) O(ptimi) M(aximi) / mun(icipalis)* (HEp2, 843). Para ilustrar una financiación privada puede ser interesante la consagración al Genio que realizó *M. Clodius Flaccus* en *Labitolosa*: *Genio / municipi(i) / Labitulosani / M(arcus) Clodius / Flaccus* (AE, 1995, 892 = HEp6, 600), donde, a pesar de ser un notable local, no se dispuso en la inscripción cargo alguno del *cursus honorum*. En general, puede considerarse que el entorno condicionaba la *lectio* de la estatua principal, pudiendo llegar a no existir, pues con la imagen era suficiente. Así ocurre en el santuario de Serapis en *Ostia* (Mar [ed.] 2001) o incluso en el *augustaeum* de *Narona*, donde se ha encontrado una consagración *Diuo Augusto* realizada por *P. Cornelius Dolabella*, pero no una inscripción que soportara la gran estatua de Augusto (Marín 2004). Junto a la estatua, el suelo de la *cella* era susceptible de recibir algún tipo de inscripción musiva –por ejemplo, en Hispania, los mosaicos cultuales de Cartagena (Abascal/Ramallo 1997, n.º 204 y 205) y las paredes se reservaban para colgar epígrafes (Tac. *Ann.* 11, 14 y 3, 63; una de las placas encontradas

en *Labitolosa*, por ejemplo, conserva los restos de los clavos que la sujetaron verticalmente: AE, 1995, 897 = HEp6, 604). Además, también era posible crear pequeñas hornacinas donde ubicar estatuas, lo cual podía ser reflejado en la inscripción bajo el nombre de *aedes* o, incluso, *templum*. Un ejemplo de ello es el templo de la Fortuna de Pompeya, donde ambos lados laterales de la *cella* fueron diseñados con cuatro nichos para contener estatuas del promotor, su familia y posiblemente de miembros de la casa imperial (Zanker 2000, 84). Por último, es posible que en el suelo de la *cella* se dispusieran estatuas, algunas de ellas conmemorativas de la construcción del edificio. Así, la inscripción conmemorativa de la construcción del templo de la Fortuna de Pompeya se dispuso en el interior del templo (CIL, X, 820).

Como se ha visto, las posibilidades epigráficas de este espacio eran grandes, sin embargo tenía un importante condicionante: la *cella* solo se abría durante las festividades del dios. De ello se desprenden dos ideas. En primer lugar, como la *cella* se abría una o dos veces al año, las posibilidades publicitarias de los epígrafes ubicados ahí dentro eran escasas, puesto que el culto se realizaba en el exterior. En segundo lugar, un espacio concebido de esta forma necesariamente debía ser amortizado en poco tiempo. Periódicamente, las ofrendas deberían trasladarse de sitio, cuando no destruirse. Así, por ejemplo, Augusto quitó muchas de las estatuas que estaban dispuestas en el *area Capitolina* y las trasladó al Campo de Marte para limpiar el área. Esta no era la primera vez que sucedía, pues ya en el 179 a.C. los censores *M. Aemilius Lepidus* y *M. Fulvius Nobilior* habían limpiado la zona y, con posterioridad, Julio César hizo lo mismo en el 49 a.C. (Colley 2000, 16).

De esta forma, los epígrafes susceptibles de realizar una mayor labor propagandística debían ponerse en el exterior de los templos. En este sentido, su disposición dependía de la propia morfología del conjunto distinguiéndose, en general, dos modelos templarios, en función de su imbricación en la trama urbana. El primero está ejemplificado por el templo de la Fortuna de Pompeya. Es de pequeño tamaño y está adaptado al plano existente en la ciudad. El segundo se superpone a la trama urbana, rompiendo el plano existente, al crear una macro-estructura con un *temenos* circundante. Esto se aprecia en el templo de Apolo, de la misma ciudad, de origen republicano. El arquitrabe fue, posiblemente, el principal lugar donde ubicar un epígrafe. En él se hacía alusión a la deidad y al evergeta, en el caso de que el templo se hubiera financiado con capital privado, como, por ejemplo, el *Serapeon* de *Ostia* (Zevi 2001, 171-174) o el Ninfeo de Trajano en Éfeso (*IK Ephesos*, 424). En la Península sobresale el friso consagrado a Marte por *Vetilla*, esposa del gobernador *L. Roscius Paculus*, en *Augusta Emerita*

(CIL, II, 468 = *ERAE*, 2, a los epígrafes señalados con anterioridad, que posiblemente estuvieron dispuestos en el arquitrabe, se pueden añadir cuatro testimonios más de construcciones templarias, si bien en este caso los epígrafes conmemorativos no estuvieron en el arquitrabe, sino sobre altares o bases de estatuas: CIL, II, 2660 = *ERPL*, 32 de *Legio*; *AE*, 1963, 16, de *Petauonium*; CIL, II, 3706, de *Mago*; y CIL, II, 3786 = CIL, II²/14, 121, de *Edeta*). Sin embargo, esto no impide que en el interior se pudieran disponer otros monumentos conmemorativos de la construcción como veremos, por ejemplo, para el caso de *M. Tullius*. En segundo lugar, había un altar en la entrada del templo, ante el pórtico, donde realizar sacrificios. Sin embargo, estos altares, aunque profusamente adornados, no solían llevar inscripciones. En este sentido, en Pompeya se conocen tres altares similares, el del templo de la Fortuna, el del templo de Apolo y el del templo del Genio de Augusto, y ninguno está grabado con textos. Del mismo modo, el altar del Serapeon de *Ostia* tampoco tiene texto (véase, al respecto: Dobbins 1992). De esta forma, un templo como el de *M. Tullius* en Pompeya, quizá solo presentaba al exterior un epígrafe, ubicado en el arquitrabe, aunque es posible que se pudieran desarrollar otras muestras expresivas, que podían escapar al control de los responsables, como pueden ser los grafitos. En este sentido, Juvenal (Iuv. 12, 100-101), apunta que los pórticos de los templos estaban cubiertos de *libelli* (¿grafitos?), con votos a la divinidad. Así, se conoce que el templo de Apolo en Cirene estaba cubierto por unos 60 grafitos y, en la península Ibérica, sobresale el conjunto procedente de la Cueva de Román, en *Chunia* (Béard 1991, 41-42; Gasperini 1992).

Como sucede, por ejemplo, en el templo de Apolo en Pompeya (Dobbins *et al.* 1998, 739-756; Zanker 2000, 78-81), más posibilidades permitían los templos que desarrollaron un *temenos*. Este espacio exterior estaba pavimentado y cerrado por un muro porticado que podía servir como un lugar donde colocar placas y estatuas. Además, era accesible al público, incluso por la noche (CIL, VI, 358: *locavit Q. Pedius q(uaestor) Vrb(is) murum Iunonis Lucinae*, o CIL, I, 587: *ad aedem Saturni in pariete intra caulas proxume ante hanc legem scripta*; al respecto véase: Stambaugh 1978, 571). La entrada libre propiciaba que, a las posibilidades espaciales del anterior, se añadiera una amplia plaza donde poder disponer epígrafes y monumentos, quizá de forma similar al foro. Así, del *temenos* del templo de Apolo de Pompeya procede una inscripción conmemorativa de la construcción de un muro perimetral realizada por los duunviros de la ciudad, la donación de un reloj de sol por otros dos *duumviri* y diversas basas anepígrafas, quizá relacionadas con el programa decorativo del templo. Estas bases, que posiblemente sustentaran las estatuas de Apolo y Diana, estaban puestas delante

de sendas columnas del pórtico, al igual que el reloj solar mencionado más arriba. Esta secuencia quizás esté reflejando una disposición de las donaciones siguiendo un sistema perimetral, en torno al edificio (CIL, X, 787 y 802, según: Zanker 2002, 65-66 y 79-80). Por último, este conjunto se completaría con la ubicación de tablas votivas dentro del pórtico, como ejemplifica CIL, VI, 358, donde se especifica que el texto fue dejado en el *murum Iunoni Lucinae*.

Lógicamente, el contenido natural de estos edificios fue la inscripción cultural, en sus más variadas formas (para una tipología, véase: Béard 1991). De ellas, el modelo más conservado es el epígrafe pétreo (altares, tablas o bases de estatua). Sin embargo, es posible que no fuese el más habitual. Existían otras tipologías más susceptibles a su destrucción, por su carácter móvil o su material fácilmente deleznable que, quizás, eran empleadas con mayor frecuencia (Veyne 1983). Un ejemplo puede ser el caso del culto a Hércules en *Saguntum*. Por el momento, no se conoce algún epígrafe consagrado a esta deidad en el municipio. Sin embargo, se han encontrado abundantes testimonios materiales de su culto, siendo especialmente interesante una pequeña estatuilla de bronce y un vaso (Aranegui 2004, 105-107). En un nivel general, es significativa la nota de Suetonio (Suet. *Aug.* 59), donde señala que los miembros de las procesiones al Capitolio llevaban placas con expresiones de su gratitud por Augusto, que debían depositarse en el templo. Por otro lado, se conocen exvotos consistentes en objetos-mueble de bronce, con o sin inscripción, como la enorme cantidad de placas de bronce consagradas a Júpiter procedentes del templo de Júpiter *Poeninus* en St. Bernard (*Inscr. It.*, 1.1, 27-38), o un depósito de trece estatuillas de bronce encontrado en una pequeña estructura adosada al templo republicano de *Saguntum* (Aranegui 2004, 109-111). También se conservan testimonios pintados sobre instrumentos domésticos de piedra (CIL, XIV, 2855, de *Praeneste*) o cerámica, de las que se conocen varios ejemplos en las provincias hispanas, como la fusayola consagrada a *Rebe* procedente de *Brigantium* (*HEp*13, 309), la pequeña plaquita consagrada a Marte procedente de la villa de Quintana del Marco (*ERPL*, 22), un pequeño altar de terracota con la expresiva inscripción *V(eneri) V(ictrici) elx uis(u) / Moal/n(-) l(ibens) m(erito)*, procedente de la villa de Carranque (*HEp*5, 780), un grafito realizado sobre la parte interna de una pátera de terra sigillata encontrada en Jávea (*HEp*9, 50) o una consagración a Júpiter procedente de La Alcudia de Elche, realizada sobre un fragmento cerámico (CIL, II, 6349, 30). Además, no se puede descartar el uso de tablillas de madera (sobre este uso, por ejemplo, puede verse: *HEp*5, 553), cera, papiros o incluso el simple grafito sobre los muros (Beard 1991, 42-43; Veyne 1983), usos todos que, como peculiares opcio-

nes culturales, deben ser un acicate para cuestionar la representatividad real de las inscripciones pétreas conservadas.

Junto a las ofrendas depositadas por los fieles, el templo desarrolló otras posibilidades tipológicas. Así, cabe pensar que la *lex consecrationum* quizás estuviera grabada sobre una tabla de bronce, a ejemplo de las leyes municipales. Este puede ser el caso de un fragmento de *lex sacra* encontrada en *Saguntum*, en las cercanías del templo de Diana (CIL, II, 3820 = CIL, II²/14, 292). Por otro lado, también pueden encontrarse leyes de carácter civil, como es el caso del tratado entre Roma y Maronea (AE, 1999, 1365). Por último, también era posible encontrar honras, generalmente dispuestas por el promotor del edificio, como parte del programa iconográfico del templo, e incluso el calendario de la localidad. Así, por ejemplo, cuando el calendario juliano se introdujo en Asia, se incluyó un decreto que establecía que debía ser copiado y expuesto en todos los *kaisarea* de la provincia, mientras que el original se fijó en el templo de Augusto en Pérgamo (sobre el uso del calendario en los templos puede verse, nuevamente: Beard 1991, 54-56).

Por último, debe tenerse en cuenta que dejar una inscripción en un templo no era una acción libre, especialmente cuando se trataban de monumentos pétreos, es decir, que un oferente no podía acudir al templo y depositar sin más la ofrenda. Las fuentes, de hecho, nos obsequian con casos de ofrendas propuestas por devotos y rechazadas por las instancias de poder como la estatua de oro en el templo de Marte y el altar a la Venganza en Roma que propusieron Valerio Mesalino y Cécina Severo y que fueron rechazadas por el mismo Tiberio (Tac. *Ann.* 3, 18). En el ámbito local, es posible que se debiera de pedir permiso al *flamen* local, o al pontífice, pues eran los administradores de las *res sacrae*. Así lo documentan por ejemplo CIL, VI, 712 de Roma: *D[eo] / Soli Vi[ctori] / Q[uintus] Octavius Daphnicu[s] / negotia(n)s uinarius a sei[---] / tric(u)liam fec(it) a solo inpe[sa] / sua permissu kalator pon[tifficis] / et flaminum cui immunitas / data est ab eis sacrum faciend[i]*; CIL, IX, 4881 = ILS, 8390 de Trebula: *Egnatiae A(uli) filiae Aul[inae] / flaminicae in colonia [---] / prouinciae Narbon[ensis] / L(ucio) Caecilio L(uci) filio Pom(ptina) Longino / corpus pontificum perm[issu] / monumento in hoc tral[atun] / Egnatia Aulina mammae s[uae] / et Q(uinto) Vibio Cirspi l(iberto) A*; ILAlg, 2131 de Madaura: *Ti(berius) Cl(odius) Loquella aedil(icius) Iluiral(icius) fl(amen) p(er)p(etuus) / sacerdos Liberi aedem sanctuari sulis sumptib(us) fecit post cuius obitum / petentib(us) Cl(odis) Florentino et Dio fil(iis) eius / ordo sacrator(um) memoriae eius / causa titulos infigi permittit*; o CIL, IX, 1729 = ILS, 8110: *«P(ublius) Aelius Venerianus / hoc uas disomum sibi et / Felicitati suae posuit et / tribunal(em) ex permissu pontiff(icum) perfecit* (véase también: Delgado Delgado 2000, 41-45).

Los *flamines* o los *pontifices*, por tanto, decidirían su emplazamiento en función del tamaño, forma y cuantía económica, generalmente dentro del recinto cultural apropiado, no siendo improbable que pudiera ubicar algunas ofrendas en espacios distintos, previo consentimiento del *ordo* y del evergeta. En este sentido, es interesante el caso del santuario de Apolo en Mileto, donde se estableció por ley, en el siglo III a.C., un lugar específico para depositar las ofrendas y así evitar el colapso del pórtico de madera (Beard 1991, 43). Un proceso sensiblemente distinto se debía seguir en el caso de que el templo hubiese sido promovido con capital privado. En este caso, es posible que el donante y su familia tuvieran plena libertad para disponer monumentos en él, como puede ejemplificar el templo del Genio en *Labitolosa* (Jordán 2004-2005, 373-374). Por otro lado, si el evergeta había establecido la existencia de un cuerpo de *magistri* para su custodia y mantenimiento también se debía recabar su permiso. Así, por ejemplo, ocurría en el templo de la Fortuna Augusta de Pompeya. Con posterioridad al conjunto epigráfico planeado por *M. Tullius*, se añadió una base de estatua consagrada por *L. Statius Faustus* en el 45 d.C. con permiso de los *ministri*, posiblemente sustituyendo una estatua anterior (CIL, X, 825). Un muestra de este fenómeno en la península Ibérica se puede encontrar en *Baria*, en la *Baetica*, donde [---] *Caesianus* dispuso *ex testamento* una suma *at custo[diam te]mpli* (HEp10, 5). Además, si el templo formaba parte de la infraestructura de un *collegium*, posiblemente cualquier miembro podía disponer monumentos en su interior. Un ejemplo de esta situación se puede encontrar en el santuario de Serapis en *Ostia*. La titularidad del santuario por parte de un colegio le permitía disponer en este espacio estatuas honoríficas a patronos, como la honra que, por ejemplo, recibió *M. Vmbilius M. f. Arn. Maximinus* (AE, 1988, 214). Ahora bien, se desconoce qué información del monumento había de aportarse en el momento de efectuar la petición (sobre los problemas que plantea este último paso en el diseño de la inscripción cultural puede verse: Beard 1991). Parece claro que la cuantía económica debía explicitarse, así como su tamaño o forma, para poder disponerlo correctamente en el espacio. Sin embargo, quizá no se debiera establecer el texto desde un inicio. La posibilidad de que la inscripción acabara en un emplazamiento distinto al que el promotor tenía en mente debía propiciar una cierta flexibilidad en el texto inicial. En este sentido, para finalizar, la expresión *hunc ubi [uid]eo sacr(a) Aug(usta)* que aparece en una consagración de *Tarraco* (RIT, 59 = HEp5, 765) no podía estar concebida desde un primer momento, por cuanto que hace referencia a un espacio posiblemente distinto al del templo en sí, donde, *a priori*, hubiera debido emplazarse.

Conclusión

A modo de conclusión, puede considerarse que, para el ciudadano con anhelos «publicitarios», con independencia de su estatuto social, las posibilidades de representarse en un espacio público pasaban por conseguir la aprobación expresa del senado local o por promover una obra. En general, el análisis del uso epigráfico de los principales espacios públicos de la ciudad romana suscita una clara impresión: si un individuo deseaba disponer un monumento suyo en público, la solución más frecuente quizá fue la promoción de una obra, por cuanto que el *ordo* local fue centrando su interés, de forma progresiva, en la figura del emperador. El recurso a la construcción evergética permitió al interesado tener un espacio escenográfico amplio y con muy pocas limitaciones legislativas, con la seguridad de que las inscripciones no podían ser eliminadas. Sin embargo, no estaba exento de condicionantes. Una vez construidos los principales recintos, las posibilidades de representarse *in loco publico* eran escasas, pues quizá pasaban por la reparación de las donaciones y no podía eliminarse el programa iconográfico establecido por el evergeta. Esto implicaba que la presencia del evergeta en el espacio público siempre quedaría subordinada a la del promotor inicial. Un procedimiento alternativo, menos costoso, podía ser el uso del espacio cultural con fines autorrepresentativos. En este sentido, la promoción de un monumento sagrado estaba condicionada por una más que posible temprana amortización o, en el caso de ser muy valioso, por su permanente encierro en la *cella*, con lo cual se perdía gran parte de su efecto propagandístico. Otra alternativa quizá pasaba por formar parte de una asociación, bien como miembro o bien como patrono. Si bien analizar con detalle las particularidades de los *collegia*, excede con creces los límites de este trabajo, puede señalarse que, jurídicamente, los *collegiae* estaban situados en un punto intermedio. Al estar sus lugares de culto o reunión emplazados en lugares públicos como basílicas o foros, las ciudades estaban capacitadas para erigir allí inscripciones. Sin embargo, como eran recintos de uso privado, las asociaciones también tenían libertad para administrar este espacio. Gracias a ello, el interesado obtenía de una forma menos costosa la posibilidad de ser representado *in loco publico*, aunque los espectadores potenciales eran más reducidos. De esta forma, las posibilidades autorrepresentativas que ofrecía la ciudad a sus ciudadanos eran limitadas. Además, no solo por la estructura, sino también por la cronología. Un individuo que vivió durante los primeros años del municipio tuvo mayores posibilidades de ocupar espacio público que otro que habitó un siglo más tarde, pues aquél —a diferencia de éste último— no se encontró los principales lugares escenográficos ocupados.

Bibliografía

- ABASCAL, J. M. 1996: «Programas epigráficos augusteos en Hispania», *AAC*, 7, 45-82.
- ABASCAL, J. M.; CEBRIÁN, R.; TRUNK, M. 2004: «Epigrafía, arquitectura y decoración arquitectónica del foro de Segobriga», en: *La decoración arquitectónica en las ciudades romanas de occidente. Actas del congreso internacional celebrado en Cartagena entre los días 8 y 10 de octubre de 2003*, Cartagena, 219-256.
- ABASCAL, J. M.; RAMALLO, S. 1997: *La ciudad de Carthago Noua: la documentación epigráfica*, Murcia.
- ALFÖLDY, G. 2004: «Theodor Mommsen und die römische Epigraphik aus der sicht hundert Jahre nach seinem Tod», *Epigraphica*, 66, 217-245.
- 1999: «Aspectos de la vida urbana en las ciudades de la meseta sur», en: *Ciudades privilegiadas en el occidente romano*, Sevilla, 467-485.
- 1998: «La cultura epigráfica de la Hispania romana: inscripciones autorrepresentación y orden social», en: *Hispania: el legado de Roma: en el año de Trajano*, Zaragoza, 289-301.
- 1997: *Die Bauinschriften des Aquaduktes von Segovia und des Amphitheaters von Tarraco*, Berlín.
- ARANEGUI, C. 2004: *Sagunto. Oppidum, emporio y municipio romano*, Barcelona.
- BALTY, J. CH. 1991: *Curia ordinis. Recherches d'architecture et d'urbanisme antiques sur les curies provinciales du monde romain*, Bruselas.
- BÉARD, M. 1991: «Writing and religion: Ancient Literacy and the function of the written word in Roman religion», en: *Literacy in the Roman World*, Michigan, 35-58.
- BLÁZQUEZ, J. M^a. 2001: «El Herakleion gaditano y sus ingresos», en: *Actas del I Congreso Internacional de Historia Antigua «La Península Ibérica hace 2000 años»*, Valladolid, 599-606.
- CABALLOS, A. 1999: «Las fuentes del derecho: la epigrafía en bronce», en: *Hispania. El legado de Roma. En el año de Trajano*, Zaragoza, 205-222.
- CABALLOS, A., ECK, W.; FERNÁNDEZ, F. 1996: *El Senadoconsulto de Gneo Pisón padre*, Sevilla.
- CASTILLO PASCUAL, M^a. J. 2000: «Las propiedades de los dioses: los loca sacra», *Iberia*, 3, 83-110.
- CAVALIERI, M. 2000: «La basilica in Italia: decorazione scultorea e sue valenze politico-culturali», *Athenaeum*, 88, 465-476.
- COARELLI, C. 1993: «Basilica Constantiniana, B. Nova», en: *Lexicon topographicum urbis Romae. Volumen Primo. A – C*, Roma, 170-173.
- COOLEY, A. E. 2000: «Inscribing history at Rome», en: *The afterlife of inscriptions. Reusing, rediscovering, reinventing & revitalizing ancient inscriptions*, Londres, 7-20.
- CORBIER, M. 2006: *Donner à voir, donner à lire. Mémoire et communication dans la Rome ancienne*, París.

- 1991: «Cité, territoire et fiscalité», en: *Epigrafia. Actes du colloque en Mémoire de Attilio Degraffi*, Roma, 629-665.
- DELGADO DELGADO, J. A. 2000: «Los sacerdotes de las ciudades del occidente latino: una síntesis», *Iberia*, 3, 35-50.
- DOBBINS, J. J. 1994: «Problems of chronology, decoration, and urban design in the forum at Pompeii», *AJA*, 98, 629-694.
- ECK, W. 1992: «Ehrungen für Personen hohen sozio-politischen Ranges im öffentlichen und privaten Bereich», en: *Die römische Stadt im 2. Jahrhundert n. Chr.: der Funktionswandel des öffentlichen Raumes, Kolloquium in Xanten von 2. Bis 4. Mai 1990*, Colonia, 359-376.
- FISHWICK, D. 1987-2002: *The imperial cult in the latin west*, Leiden.
- GASPERINI, L. 1992: «Sul complesso ipogeico cluniese della Cueva de Román e le sue iscrizioni», *Miscellanea Greca e Romana*, 17, 283-296.
- GEERTZ, C. 2003: *La interpretación de las culturas*, Barcelona.
- HARRIS, W. V. 1989: *Ancient Literacy*, Oxford.
- 1983: «Literacy and epigraphy», *ZPE*, 52, 87-111.
- JORDÁN, Á. A. 2004-2005: «Curia ordinis. Uso epigráfico de un edificio singular», *ETF(2)*, 17-18, 361-374.
- 2002: «Homenaje senatorial en la Península Ibérica», *Polis*, 14, 147-176.
- LAHUSEN, G. 1983: *Untersuchungen zur Ehrenstatue in Rom*, Roma.
- MAR, R. (ed.) 2001: *El santuario de Serapis en Ostia, Tarragona*.
- MAR, R.; RUIZ DE ARBULO, J. 1990: «El foro de Ampurias y las transformaciones augusteas de los foros de la tarraconense», en: *Stadtbild und Ideologie. Die Monumentalisierung hispanischer Städte zwischen Republik und Kaiserzeit*, Munich, 145-164.
- 1988: «Tribunal/Aedes Augusti. Algunos ejemplos hispanos de la introducción del culto imperial en las basílicas forenses», en: *Estudios sobre la Tabula Siarensis*, Madrid, 277-304.
- MARÍN, E. 2004: «Les inscriptions», en: *Divo Augusto. La descoberta d'un temple Romà a Croàcia. El descubrimiento de un templo romano en Croacia*, Split, 67-69.
- MARIN, E.; RODÀ, I (eds.) 2004: *Divo Augusto. La descoberta d'un temple Romà a Croàcia. El descubrimiento de un templo romano en Croacia*, Split.
- MORALEE, J. 2004: «For Salvation's Sake»: *Provincial Loyalty, Personal Religion, and Epigraphic Production in the Roman and Late Antique Near East*, Nueva York-Londres.
- NAVARRO, F. J. 2000: «La presencia del emperador en las ciudades de la Hispania romana», en: *De Augusto a Trajano: un siglo en la historia de Hispania*, Pamplona, 35-55.
- 1997: «*Tituli honorarii*: Vínculos intensos entre senadores y comunidades en el Imperio romano», *Veleia*, 14, 255-293.
- RAMÍREZ SÁDABA, J. L. 2003: *Catálogo de las inscripciones imperiales de Augusta Emerita*, Mérida.
- RODÀ, S. 1995: «Forum et basilica. Gli spazi della vita collettiva e l'identità cittadina», en: «*Forum et Basilica in Aquileia e nella Cisalpina romana*», Udine, 15-46.
- ROSSO, E. 2004: «Élites et imitatio: La reprise par les élites des types statuariers impériaux», en: *Autocélébration des élites locales dans le monde romain. Contextes, images, textes (IIe s. av. J.-C. / IIIe s. ap. J.-C.)*, Clermont-Ferrand, 33-57.
- SÉVE, M. 2004: «Le forum de Philippes, lieu d'autocélébration de l'élite municipale?», en: *Autocélébration des élites locales dans le monde romain. Contextes, images, textes (IIe s. av. J.-C. / IIIe s. ap. J.-C.)*, Clermont-Ferrand, 107-119.
- STAMBAUGH, J. E. 1978: «The Functions of Roman Temples», *ANRW*, II, 16.1, 554-608.
- STYLOW, A. U.: 2001: «Las estatuas honoríficas como medio de autorrepresentación de las elites locales de Hispania», en: *Élites hispaniques*, Burdeos, 141-155.
- VEYNE, P. 1983: «“Titulus praelatus”: Offrande, solennisation et publicité dans les ex-voto gréco-romains», *RA*, 2, 281-300.
- WALLACE-HADRILL, A. 1995: «Public honour and private shame: the urban texture of Pompeii», en: *Urban society in roman Italy*, Londres, 39-62.
- WALTHER, C. V. 1995: «Roman Basilicas: a progress report», *Classics Ireland*, 2, 133-149.
- WOOLF, G. 1996: «Monumental writing and the expansion of roman society in the early empire», *JRS*, 86, 22-39.
- ZACCARIA, CL. 1995a: *Spazio privato e spazio pubblico nella città romana*, Roma.
- 1995b: «Foro pubblico e foro privato. L'autorappresentazione dei ceti municipali emergenti nelle iscrizioni della Regio X», en: «*Forum et Basilica in Aquileia e nella Cisalpina romana*», Udine, 97-112.
- ZANKER, P. 2000: *Pompeii. Public and private life*, Cambridge.
- 1992: *Augusto y el poder de las imágenes*, Madrid.
- ZEVI, F. 2001: «Iscrizioni e personaggi nel Serapeo» en: MAR, R. (ed.), *El santuario de Serapis en Ostia, Tarragona*, 169-200.
- ZIMMER, G. 1989: *Locus datus decreto decurionum. Zur Statuenaufstellung zweier Forumsanlagen im römischen Afrika*, Munich.

SCRIPTA MANENT, LOQVVNTVR SAXA: EPIGRAFÍA LATINA E HISPANIA ROMANA

Javier Andreu Pintado
Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED)
UNED de Tudela

Resumen

Pocas disciplinas auxiliares de la Historia Antigua obsequian a ésta con tantos datos como la epigrafía latina. El volumen de datos epigráficos con que contamos para las provincias que integraron la unidad que conocemos como Hispania romana ha experimentado en los últimos años un desarrollo tal –cuantitativa y cualitativamente– que dicho territorio se presenta como un espacio muy adecuado para la caracterización de las peculiares formas del hábito epigráfico latino al tiempo que sus avatares históricos son conocidos gracias a este singular género de documentos. En el presente capítulo –y con una vocación simplemente introductoria– se ofrecen algunas reflexiones sobre las distintas formas de concretarse éste en el mundo romano, a partir de la consideración de algunos ejemplos hispanos y del comentario de trabajos historiográficos sobre ellos que se consideran esenciales respecto de la relación especificada en el título del capítulo.

Palabras clave

Epigrafía latina, Hispania, hábito epigráfico, tipología epigráfica, Historiografía, fuentes para el estudio de la Historia Antigua, inscripciones romanas.

Abstract

Few Antiquity's subsidiary sciences like Latin Epigraphy provide us such an important amount of information like it does. The value of the epigraphic data that we've got in order to write the History of the provinces that integrated the unity called «Roman *Hispania*» have increased in such a way in the last years that today –in quality but also in number of evidences– *Hispania* shows itself like an accurate territory from which the main characters and peculiarities of the so-called «Latin epigraphic» habit can be drawn at the same time that the History of this part of the Roman Empire is well-known specially by the contribution of this unique sort of material. The following chapter –only written with an introductory purpose– offers some reflections about the different ways that this epigraphic habit took form all along the Roman Empire from the consideration and analysis of some Hispanic examples and, also, from the commentary of the literature written on those and considered on the relationship related in the title of this chapter.

Keywords

Latin Epigraphy, *Hispania*, Epigraphic Habit, Types of Roman Inscriptions, Historiography, Sources in the study of Ancient History, Roman Inscriptions.

Pocos elementos han caracterizado tanto a las sociedades antiguas –y de modo especial a la romana, a la que, lógicamente, aquí nos referiremos– como su «hábito epigráfico» (MacMullen 1982). Tal como nos recuerda Plinio (Plin. *HN*. 34, 17, 2) no solo las necrópolis sino también los espacios de esparcimiento propios de la vida pública romana estaban repletos de *tituli*, de inscripciones de la más diversa naturaleza que funcionaron, desde luego, en Roma, como esenciales medios de comunicación –primero (Donati 2002; y Corbier 2006)– y de autorrepresentación –después (Alföldy 1998; Alföldy/Panziera 2001)–, generando de ese modo un característico paisaje epigráfico urbano del que se ocupan otras contribuciones al presente texto. El célebre grafito pompeyano *admiror te paries, te non cecidisse [ruina] qui tot scriptorum taedia sustineas* (CIL, IV, 1904: «te admiro, pared, porque no has sucumbido aun a la ruina sosteniendo tantas estupideces de escritores») nos ofrece una buena medida del extraordinario protagonismo del texto escrito entre los romanos tanto para situaciones solemnes y conmemorativas emanadas de las altas instituciones del Estado –las *Res Gestae diui Augusti* sean, tal vez, el mejor ejemplo en este sentido (CIL, IX, 1811, citadas, además, por Suet. *Aug.* 101, 4)– como para la celebración íntima o recordatoria –por ejemplo– del paso de un individuo por un determinado lugar –como la serie *audiui Memnonen* de CIL, III, 30-66 de Medinet-Habu, en Egipto, textos con los que los turistas del Alto Imperio conmemoraban su paso por los célebres Colosos de Memnón– y que, desde luego, mucho tiene que ver con el que aquél sigue teniendo en nuestros días formando parte de calles, plazas y edificios públicos de nuestros pueblos y ciudades (Encarnação 2006, 19-44; Gómez Pallarès 2007, 387-388) en una clara manifestación más de herencia del mundo clásico.

Propio de Roma (Saquete 1997), pero adoptado –y adaptado– progresivamente por los indígenas (Beltrán Lloris 1995, que se detiene en algunos casos referidos al mosaico de culturas paleohispánicas en su relación con Roma), la plasmación material de dicho hábito –y en concreto la parte que de ella ha llegado a nosotros– se ha convertido, sin lugar a dudas, en un caudal informativo de primer orden para reconstruir aspectos sociales, políticos, ideológicos, económicos, lingüísticos y culturales de la Roma antigua con un decidido protagonismo –tanto cuantitativo como cualitativo– de dicha información en la construcción histórica y con una función documental que a veces resulta incluso más decisiva que la de las fuentes literarias, específicas de la labor del historiador de la Antigüedad (Millar 1986, 92). Por ello, la Epigrafía, la disciplina auxiliar de la Historia Antigua encargada de «leer, completar, interpretar y datar las inscripciones latinas» (Lassère 2005, 4) ha asumido en los últimos años un papel preponderante en la bibliografía que cada año

se edita sobre ciencias de la Antigüedad permitiendo, además, en el caso hispano, constatar no solo la existencia de documentos extraordinarios –como, por citar dos casos singulares, el senadoconsulto de Cneo Pisón padre, recuperado en la *Baetica* hispana (HEp6, 881, con estudio en: Caballos/Eck/Fernández Gómez 1996; y magnífica síntesis en: Eck/Caballos/Fernández Gómez 1997) o la *lex riui Hiberiensis* (AE, 1993, 1043; Beltrán Lloris 2006) procedente de un pago del territorio central del antiguo *conuentus Caesar Augustanus*–, sino también aportando bien la confirmación de realidades hispanas que se sospechaban –como el extraordinario flujo comercial del aceite bético hacia Roma, refrendado ya ahora a partir de la vastísima colección de *tituli picti* anfóricos del monte Testaccio de Roma (Blázquez/Remesal 1999-2007)– bien la novedad de algunas otras que, sorprendentes, solo el azar de la aparición de documentos epigráficos ha acabado por desvelar como, por ejemplo, la existencia de la *prouincia Transduriana*, recientemente documentada a partir del conocido edicto augústeo de El Bierzo (HEp7, 378, con estudio, al menos, en: Sánchez-Palencia/Mangas 2000), también, como el asunto del aceite y, por su importancia, objeto de análisis específico en un capítulo de este volumen.

Reflejo de ese protagonismo de las inscripciones latinas en nuestra reconstrucción de la historia de la Hispania romana y también de la ambiciosa renovación de los métodos de investigación que ha vivido la disciplina epigráfica en los últimos cinco años han sido no solo la progresiva edición de *corpora* y estudios epigráficos de regiones peninsulares hasta hace poco vírgenes o dotadas de repertorios epigráficos totalmente desfasados –como Segovia (Santos/Hoces de la Guardia/Hoyo 2005), Ávila (Hernando 2005), Zamora (Alonso/Crespo Ortiz de Zárate 2000), Salamanca (Hernández Guerra 2001), León (Rabanal/García Martínez 2001), parte de la actual Comunidad Valenciana (Cebrián 2000; Corell 2005, 2002) o Granada (Pastor 2002)– y, sin duda, prólogo de una labor que habrá de tener continuidad para otras zonas, sino también la sistematización de singulares conjuntos pendientes de una revisión nueva –como los miliarios del área del noroeste peninsular (Rodríguez Colmenero *et al.* 2004), las inscripciones imperiales de *Augusta Emerita* (Ramírez Sádaba 2003) o el sensacional conjunto de *Segobriga* (Alföldy/Abascal/Cebrián 2003a y 2003b), entre otros– así como el estudio de textos conformando grupos temáticos peculiares especialmente atractivos –como el de la epigrafía de espectáculos, por ejemplo (Caballos 2004), o el de la epigrafía republicana (Díaz 2008)–. Al margen de todo ello, elocuente es en sí mismo el ritmo al que se están cerrando los nuevos fascículos del *Corpus Inscriptionum Latinarum* (Alföldy *et al.* 1995; Stylow/González Román/Alföldy 1995; Stylow *et al.* 1998) y, desde luego, la aparición

de nuevos repertorios instrumentales –como el Atlas Antroponímico de *Lusitania*, por ejemplo (Grupo Mérida 2003)– y la proliferación de nuevas herramientas informáticas al servicio de la investigación. En ellas nuestro país tiene dos extraordinarios y utilísimos ejemplos en la página web del Centro *CIL II* de Alcalá de Henares –con conexión, además, a la, seguramente, más completa *datenbank* epigráfica hoy disponible en red: la *Epigraphische Datenbank* de Heidelberg– y en la de *Hispania Epigraphica on Line*, un ambicioso proyecto de digitalización de textos e imágenes de inscripciones latinas hispanorromanas con el refrendo de calidad de los trabajos de *Hispania Epigraphica* a los que estábamos ya acostumbrados en formato de papel y que anualmente actualizan nuestro bagaje documental de naturaleza epigráfica. La reciente celebración en Barcelona del penúltimo coloquio de la Asociación Internacional de Epigrafía Griega y Latina (VV. AA. 2007) puede considerarse –si se quiere– un hito más de la madurez alcanzada por la ciencia epigráfica en nuestro país, madurez que, en cualquier caso, no debe sorprender dada la extraordinaria tradición de investigación sobre la materia que atesora ya nuestro país y que, además, ha sido objeto de revisión en trabajos recientes (Gimeno 1996 y 1998, 25-29) y de la que en otro capítulo del presente volumen se ofrece un recorrido detallado y selecto que nos exime aquí de más profundas consideraciones al respecto.

Partiendo de estas premisas –y con una vocación de fondo semejante a la de las extraordinariamente útiles crónicas que, puntualmente, durante todo el siglo xx, C. Castillo vino publicando sobre los avances de la epigrafía hispánica (Castillo 1973, 1979, 1985, 1991 y 1995; y, con valoración general en: Castillo 1999)– se pretende ofrecer en las páginas que siguen una revisión de la tipología de la documentación epigráfica latina desde la perspectiva hispana. Nuestro país ha adolecido en los últimos años –y prácticamente desde la traducción que P. Battle (Battle 1946) hiciera del empleadísimo manual de R. Cagnat (Cagnat 1914) lo que ha convertido la carencia en casi endémica– de la falta de un manual específico en castellano que, especialmente ligado a la documentación epigráfica hispana, valorase la contribución de ésta a nuestro conocimiento de la Historia Antigua en general y de la Hispania romana en particular. Los esfuerzos para cubrir dicha laguna iniciados en su día por el trabajo de P. López Barja (López Barja 1993) han tenido continuidad recientemente en el extraordinario manual publicado por J. d'Encarnação (Encarnação 2006) –calificado como especialmente orientado a estudiantes de epigrafía latina de la península Ibérica y, desde luego, muy recomendable en este sentido– y algo antes en la adaptación –y traducción– que del escueto manual francés de P. Corbier (Corbier 1998) ha hecho para la Universidad de Granada M. Pastor (Pastor 2004). Cuando se im-

primen estas líneas ve la luz la edición de un manual de fundamentos de epigrafía latina coordinado por quien suscribe (Andreu 2009) que trata, precisamente, de ofrecer al estudiante –y también al docente de Epigrafía y al investigador– una visión sucinta y básica de los fundamentos esenciales de la ciencia epigráfica, así como un repaso detallado a las peculiaridades de los distintos tipos de inscripciones latinas sobre los que las páginas que siguen van, sencillamente, a verter una valoración –necesariamente sucinta, como parece propio del volumen que el lector tiene en sus manos– desde la perspectiva de la documentación hispana. El objetivo no es otro que el de, a partir de dichos tipos, calibrar de qué modo las distintas clases de inscripciones latinas están arrojando en el ámbito hispano información que, de otro modo, no habría llegado a nosotros o lo habría hecho, sin duda, de un modo totalmente incompleto, menos elocuente, menos vivo: *scripta manent*, afirma, de hecho, el conocido adagio latino (otro intento válido en este sentido sería el de: Abascal 1995). Y de la fe de Roma en dicho aserto da buena prueba la presencia del hábito epigráfico hasta en los más recónditos confines del Imperio romano (Cooley 2002) y, por supuesto, también en Hispania.

Tipología de las inscripciones latinas y epigrafía hispana

Como puede suponerse, el acercamiento a los tipos de inscripciones latinas que constituyen el objeto de estudio de la epigrafía latina ha distado mucho de ser uniforme a lo largo de la historia de dicha disciplina. No han faltado quienes, orillando parcialmente los aspectos materiales o semánticos de los textos epigráficos, han preferido –de forma, por otra parte totalmente legítima– estudiarlos en función de la información que nos proporcionan, retratando así las conexiones entre Epigrafía y economía, Epigrafía y vida política, Epigrafía e individuo, etc. (Lassère 2005). Sin embargo, estas clasificaciones –que, desde luego, ya traslucen el extraordinario caudal documental con el que la Epigrafía contribuye al mejor conocimiento de la Antigüedad Clásica– corren, a nuestro juicio, el riesgo de obviar que pese a que todos los textos epigráficos, efectivamente, ilustran sobre aspectos bien concretos del pasado –a veces incluso insondables o múltiples para un mismo texto, por pequeño que sea– cada uno de dichos textos obedece a unos propósitos concretos y formó parte del paisaje epigráfico romano con una finalidad y unos objetivos que es necesario no perder de vista. Por eso, conscientes de la vocación introductoria y de capítulo tipológico de estas páginas y, sobre todo, de que cada texto epigráfico ha de ser leído en su contexto como paso previo para que el estudio de todos y cada uno de ellos ilumine nuestro conocimiento

de –en este caso– la Hispania romana, proponemos seguir aquí una tipología epigráfica que, si bien participa de una cierta base académica tradicional (Cagnat 1914), fue *grosso modo* la que diseñaron en su día los mentores del *Corpus Inscriptionum Latinarum* y que, recientemente, ha sido recuperada por los nuevos fascículos de esta obra.

Así, de un modo convencional que, desde luego, podrá resultar mejorable –quizá no para los propósitos de estas páginas– abordaremos aquí los distintos tipos de textos epigráficos latinos siguiendo la terminología de *tituli sepulcrales* –a) inscripciones funerarias–, *tituli honorarii* –b) inscripciones honoríficas–, *tituli operum publicorum* –c) inscripciones de obras públicas– y *tituli sacri* –d) inscripciones votivas– (Schmidt 2004, 15), por un lado, categorías éstas a las que se añadirán tres grupos específicos más –e) la epigrafía jurídica; f) el *instrumentum domesticum scriptum*, y g) las inscripciones sobre soportes y objetos diversos– relacionados con otras tantas áreas en las que viene siendo parcelada la documentación epigráfica para su más eficaz estudio, crítica e interpretación. De igual modo que hoy, un texto compuesto sobre una lápida funeraria está dotado de unas connotaciones diversas –y, por tanto, provisto de un lenguaje también diferente– de las que impregnan un documento administrativo, así sucedía también en la Antigüedad Clásica, de ahí que –aunque la epigrafía latina pueda, ocasionalmente, verse como un todo– a la hora de calibrar su contribución al conocimiento de un asunto determinado parezca recomendable abordar sus múltiples realidades agrupadas en categorías manejables, si es que manejable puede resultar un hábito que dejó un número ingente de testimonios por todas las *prouvinciae* del Imperio y un tema que genera millares y millares de novedades editoriales al año (al respecto puede verse: Bérard *et al.* 2000) y en el que la actualización supone tal vez un reto demasiado ambicioso.

Huelga aquí insistir en que el hábito epigráfico latino –*mutatis mutandis*– puede considerarse prácticamente como el primer proceso de globalización de nuestra Historia forjándose en torno suyo una auténtica *koiné* comunicativa y cultural que, desde luego, hace poco diferentes los documentos epigráficos procedentes de una *prouvincia* del Oriente romano respecto de los que puedan constatar en Hispania y que, por tanto, separa poco el paisaje epigráfico de las ciudades de uno y otro ámbito geográfico. Sí es cierto que –como consecuencia de preferencias de la población, de su extracción social, de su nivel cultural o incluso del mayor o menor arraigo de determinadas tradiciones vernáculas– puedan rastrearse algunos usos más acentuados en unos ámbitos geográficos o en otros, y que dichos usos deberán ser puestos en consideración como marcas genuinas de una determinada zona, pero también que, en líneas generales, el hábito de grabar

quadratae litterae in pariete –como las llaman Encolpio y Hemerote en el *Satiricón* de Petronio (Petron. *Sat.* 29, 1 y 58, 7)– se difundió siguiendo estándares más o menos comunes que, como oportunamente se dirá para algún tipo concreto de inscripciones, es posible que encontraran una formalización más estructurada y menos improvisada a partir de época augustea (Alföldy 1991).

Las inscripciones funerarias

Aeterna domus hec est, pausum laboris hic est, aliquid memoriae hoc est: «aquí está la morada eterna, la pausa del trabajo, algo de la memoria de alguien». Este elocuente texto de un *carmen latinum epigraphicum* –es decir, de un epitafio versificado, uno de los más singulares tipos de *titulus sepulcralis romano* (Buecheler 1895-1897)– procedente de *Lamasba*, en *Numidia* (CLE, 225), evidencia con claridad hasta qué punto una inscripción funeraria era parte fundamental de la memoria escrita de los romanos (Comes/Rodà 2002). Los estudios que se han llevado a cabo sobre las necrópolis mejor conservadas del Occidente latino –Roma (Balasarre 2002) u *Ostia* (Heinzelmann 2000)– o sobre aquellas que han arrojado un caudal epigráfico suficiente como para alimentar conclusiones de carácter estable –notablemente el caso de *Thugga* (Khanoussi/Maurin 2002) en *Numidia*, por ejemplo– permiten evidenciar en estos conjuntos una múltiple serie de espacios y de usos funerarios que, desde luego, el ritmo de la investigación arqueológica (Vaquerizo 2002) y epigráfica (Hesberg 1993) está documentando cada vez con más notoriedad en la península Ibérica, al tiempo que dichos datos nos están permitiendo profundizar en la poliédrica y multiforme espiritualidad que rodeaba el cotidiano hecho de la muerte en el mundo antiguo (Toynbee 1971; y, con una perspectiva actual excelente en: Carroll 2006, 30-58 y 53-58), espiritualidad que –muchas veces– puede seguirse a partir del formulario típico de este género de inscripciones.

En este sentido, mucho se ha profundizado recientemente –a partir de trabajos sobre conjuntos epigráficos extraordinarios (Feraudi-Gruénais 2003, 158-162; Hasewaga 2005)– en la carga autorrepresentativa de los hábitos epigráficos y funerarios –en general, también en su aspecto material y arquitectónico– de la sociedad romana. La conocida y casi cómica disposición testamentaria que Trimalción hace en el *Satiricón* de Petronio (Petron. *Sat.* 71) respecto de cómo debía ser su sepulcro –y que encuentra su mejor paralelo epigráfico en el testamento del anónimo ciudadano de la *ciuitas Lingonum* gala (CIL, XII, 5708) que contemplaba los materiales a emplear en la construcción del sepulcro, la estatua sedente que del difunto debía colocarse en él y hasta los dispositivos de apertura y clausura de la cámara funeraria–, subraya que, efec-

tivamente, los monumentos funerarios –fueran de la naturaleza que fueran– se hacían para ser vistos –de ahí que Trimalción pidiese a sus *heredes* que colocasen un reloj de sol justo en el lugar del epitafio en que debía ir su nombre– y es desde esa perspectiva desde la que, muchas veces, deben ser leídos los textos epigráficos que constituían su parte fundamental.

En el contexto de la rehabilitación del soporte epigráfico, es decir, del elemento material sobre el que se grababan las inscripciones, a la que –y precisamente a partir de la documentación hispana– asistió la ciencia epigráfica a partir de mediados de la década de 1980 (Bonneville 1984), tal vez hayan sido las inscripciones funerarias, junto con las honoríficas, las que se hayan beneficiado de una mejor delimitación terminológica de sus variantes formales (un elenco de tipos, algunos hispanos, puede verse, por ejemplo, en: Rodà 2007, 294-318). Así, la terminología adoptada por los nuevos fascículos del *Corpus Inscriptionum Latinarum* (Gregori/Mattei 1999) ha estimulado un mayor rigor en la consideración de los conjuntos funerarios –bien arquitectónicos, bien exentos– de los que formaban parte los textos epigráficos que, muchas veces, han llegado a nosotros fuera de contexto y, por tanto, desprovistos de unos parámetros esenciales para su interpretación y que, necesariamente y cuando puedan ser reconstruidos, no han de ser pasados por alto. Así, por ejemplo, los soberbios y bien documentados estudios de A. U. Stylow (Stylow 1995) sobre la documentación epigráfica funeraria de la Bética han constatado una cierta preferencia de la elite republicana por monumentos fúnebres de naturaleza arquitectónica, de ahí que los epitafios más tempranos conservados se hayan grabado sobre grandes bloques paralelepípedos –por tanto arquitectónicos– pertenecientes a monumentos funerarios de cualquiera de las gamas testimoniadas arqueológicamente en la península Ibérica (Cancela 2001) o en algunas de las singulares necrópolis itálicas antes referidas. De igual modo, las fórmulas epigráficas, en especial las que evidencian indicaciones de extensión de los acotados funerarios –como *in fronte pedes tot / in agro pedes tot* (CIL, II²/5, 403 de Castro del Río: *l(ocus) in fronte p(edum) CCXXV et in agro p(edum) CL*, es decir, «hacia delante doscientos veinticinco pies, hacia el interior del campo ciento cincuenta pies», elocuente en sí misma respecto de las medidas del conjunto)– añaden a este tipo de consideraciones las lógicamente derivadas de la extensión territorial de los espacios que los miembros de la elite se reservaban para ellos y para sus familias en las necrópolis ciudadanas (Rodríguez Neila 1992, 1991) convirtiéndose éstas, en realidad, reflejo extraordinario de las más notables desigualdades sociales del mundo romano (Varro, *Ling.* 5, 25).

Con todo –dado que los despojos humanos debían yacer no descuidados sino «con nombre e inscripción» (Plin. *Ep.* 6, 10), pero que grandes masas de la socie-

dad romana apenas tenían dinero para pagarse una sencilla *tabula* con indicación de su nombre–, fue la estela funeraria el soporte por excelencia para dejar constancia de los datos básicos del paso de una persona por la vida: su nombre, su edad, la dedicatoria piadosa con la que –bajo bien diversas fórmulas (*coniugi pietissimo*, en CIL, II, 2534 de *Aquae Flaviae*; *filio dulcissimo parentes infelicissimi*, en RIT, 610 de *Tarraco*; *uxori carissimae mulieri super omnes simplicissimae* en CIL, II²/14, 113 de *Valentia*)– querían homenajearlo sus seres queridos y, por supuesto, la invocación a las divinidades protectoras del espíritu del difunto, los *Dii Manes*. Es bastante posible –y el caso hispano así permite suponerlo con algunos ejemplos notablemente representativos– que, ante un formulario textual tan estandarizado y con poco margen a la originalidad, en la forma final de este tipo de piezas, ejercieran un notable peso no solo criterios de producción o de *officina* epigráfica (Susini 1961) –el taller en que estas inscripciones eran encargadas y elaboradas por los oportunos artesanos especialistas– y condicionantes derivados del tipo de material empleado –por ejemplo, el duro granito (Edmonson 2007)– o de la moda de la época, sino, especialmente, arraigadas tradiciones vernáculas que guardasen alguna relación con la imagen de la muerte de quienes encargaron dichas lápidas (Ramírez Sádaba 2007). Con dicha explicación deben conectarse los numerosos sepulcros oikomorfos –en forma de casa, por tanto– documentados en el área central y oriental del *conuentus Cluniensis* (Abásolo/Albertos/Elorza 1975) y la notable variedad de monumentos funerarios con retrato del difunto, remate discoideo, creciente lunar y otro tipo de motivos decorativos atestiguados en las áreas de tradición indoeuropea de la península Ibérica (Abásolo 2002; y, especialmente: Marco 1976), muestra, sin duda, del arraigo de tradiciones prelatinas al que se hizo referencia con anterioridad como factor a considerar en la concreción final del hábito epigráfico latino. Otras veces, es posible también que modas cronológicas o razones de especial arraigo de un determinado tipo de soporte en grupos sociales concretos sean las que mejor convengan a la proliferación –en torno de *Barcino*, el área nororiental del solar de los *Vascones*, el *conuentus Pacensis* y la *Baetica* (Julia, 1965, 30-39), por ejemplo– del singular monumento epigráfico conocido como *cupa*, dada su singular forma de tonel (Baratta 2006, con toda la bibliografía), y que alcanzó una cierta notoriedad a partir de mediados del siglo I d.C., y su florecimiento ya durante la segunda centuria de la era.

El recurrente carácter público de la muerte en el mundo romano, qué duda cabe, quedaba especialmente acentuado en aquellos casos en que los *funera* –las honras fúnebres, es decir, todo el periodo que mediaba entre la muerte y la deposición del féretro en la sepultura, a veces continuadas anualmente en función

de disposiciones testamentarias como las antes aludidas— eran revestidos de categoría pública (Wesch-Klein 1993, 122-127; Arce 2000) y pasaban a convertirse, prácticamente, en «funerales de Estado», aunque lo fueran solo a escala local o municipal. La documentación epigráfica hispana —aunque, desde luego, no se trata de un asunto exclusivo de ésta— arroja un notable repertorio de casos en los que los notables locales obtienen del consejo local dirigente de su comunidad —el *ordo decurionum*— bien una *statua* fúnebre (*ob merita locum sepulturae et statuam decreuit* en: *CIL*, II, 1065 de *Arua*), bien la gratuidad del *locus sepulturae* (*ordo dec(reuit) locum sepulturae* en: *AE*, 1982, 554 de *Asido*), bien la de toda la ceremonia fúnebre aderezada con los honores antes indicados (*impensa funeris* en: *IRC*, I, 162b de *Baetulo*: *locum sepulturae eius impensa funeris publica et omnes honores dedit*), casos todos estos que —especialmente bien documentados en la Bética (Dardaine 1980a), aunque no únicamente (Gállego 1994)— subrayan la importancia que la autorrepresentación *postmortem* del difunto tenía para quienes, como sus herederos, aspiraban a acogerse a la reputación que aquél hubiese tenido en vida. Los casos en que, además, eran los herederos quienes —agradecidos y honrados por los honores tributados por el *ordo* a su malogrado ascendiente— acababan por pagar esos homenajes que, inicialmente, se había dispuesto cubrir con cargo a las arcas municipales (*huius tituli honore contentus impe(n)sam remisit* en: *IRCP*, 187 de *Salacia*: «satisfecho por el honor de esta inscripción, corrió con los gastos [derivados de la misma]») subrayan aun más, si es posible, el carácter de auto-proclamación de la epigrafía funeraria al que nos venimos refiriendo (Dardaine 1980b).

Todo este conjunto de comportamientos cívicos y el hecho de que la legislación romana (*Dig.* 42, 12, 2-3, sobre las penas para quien dañase un sepulcro, o 47, 12, 11, sobre las sanciones para quien reutilizase, sin permiso, una cámara funeraria ajena, y también *Lex Vrs.* 73-74, comentados en: López Melero 1997; Remesal 2002) no dejase nada a la improvisación ni en la forma ni en el control legal de los enterramientos, subrayan las claves interpretativas del fenómeno de la muerte que desde un sucinto análisis de la epigrafía funeraria pueden trazarse. Fórmulas epigráficas como *hoc monumentum heredes non sequetur* (*[hoc monumentum] [siue se]p[h]ulcrum est heredem [non sequetur]* de *CIL*, II, 3317 de *Castulo*; *hoc munimentum(!) her(edem) non sequetur* de *CIL*, II, 900 de *Caesarobriga*; u *hoc monumentum herede[m] non sequetur* de *CIL*, II²/7, 288 de *Corduba*: «que este monumento no pase a los herederos») o *sit tibi terra levis* (*AE*, 1988, 712 de *Siarum*, por ejemplo, con la fórmula exacta, frecuentísima, o la variante *hoc peto nunc dicas sit tibi terra levis* de *CIL*, II, 1235 de *Hispalis*: «pido que ahora digas: “que la tierra te sea leve”», dirigiéndose al caminante que contemplase el epitafio), frecuentísimas en el re-

pertorio epigráfico del Occidente latino, glosan muy bien la dimensión anímica, pero también legal y jurídica, del hecho funerario en el imaginario cotidiano del hombre romano, aspectos todos que habrían permanecido seguramente ocultos al historiador de la Antigüedad de no mediar el singular concurso de la documentación de naturaleza epigráfica objeto de estudio en estas páginas.

Las inscripciones honoríficas

En nuestra modesta opinión, si ha habido un término que ha caracterizado a la investigación en epigrafía latina en el último decenio —y buena prueba de ello es que ha aparecido reiteradamente en las páginas anteriores como clave interpretativa de la producción epigráfica romana— éste ha sido el de «autorrepresentación». A través de él, las instancias de poder, primero, pero a la postre, todos los agentes sociales y políticos del mundo romano, se afanaban por legar de sí mismos a la consideración pública la información que considerasen pertinente sobre su persona, sus hazañas e incluso sus virtudes. Aunque éste, como hemos visto, también funcionó en el código epigráfico del más frecuente tipo de inscripciones latinas —las funerarias—, sin lugar a dudas, el contexto en el que la gramática de la autorrepresentación —muy verosíblemente iniciada por Augusto y continuada luego por la elite a lo largo y ancho del Imperio (Alföldy 1991, 305-312)— encontró un mejor caldo de cultivo o aquel en el que, al menos, sus consecuencias resultaron más tangibles, fue el cívico, el urbano. Y en contextos urbanos, sin lugar a dudas, debieron ser los *tituli honorarii* el tipo de inscripciones más frecuentes.

Así, tal como documentan los textos antiguos —ya antes consignamos que Plinio el Viejo se admiraba de que en los foros de cualquier ciudad romana hubiese más textos para leer que en los cementerios (Plin. *HN.* 34, 17, 2) y, de igual modo, Casiodoro (Cassiod. *Var.* 7, 13) hablaba de una *urbs*, Roma, provista de un *populus copiosissimus statuarum*—, las ciudades —y en especial sus foros y monumentos públicos, en los que se hacinaban homenajes más o menos seriados (Alföldy 1979) dedicados a lo *uiri illustres* locales, a los «ciudadanos distinguidos»— acabaron por convertirse en escenario y vehículo para la notoriedad de la elite entendida siempre en clave política. Un reciente trabajo de A. U. Stylow (Stylow 2001, 141) ha resumido muy bien el proceso por el que la concesión de *honores* a ciudadanos notables por parte de los órganos decisorios de una comunidad, la recepción de éstos por parte de la elite y su ulterior plasmación epigráfica y —por tanto— pública, se convirtieron en elementos centrales en la vida de las comunidades romanas y todo el proceso acabó por generar una de las marcas más características del hábito epigráfico latino. Como hacen notar diferentes

fuentes antiguas (Gell. *NA.* 16, 13 y Fest. *Gloss. Lat.* 177 L y 262 L), desde el momento en que, en una comunidad dada, existían individuos (*ciues*) capaces de desempeñar una serie estipulada de funciones públicas (*munera*) la legislación romana actuaba de forma omnímoda y, desde luego, el mecanismo de concesión y recepción de *honores* estatuarios constituía cuando menos una parcela esencial –tal vez incluso cotidiana o, en cualquier caso, frecuente– de dicha actuación. La *nobilitas*, las oligarquías locales, competían por adquirir a los ojos de sus conciudadanos una serie de *merita* –que, a veces, eran la razón de los homenajes que recibían, como prueba el frecuente uso de la expresión *ob merita* en la epigrafía honorífica (*ob merita eius* en: *AE*, 1972, 250 de *Italica*; *ob plurima in rem publicam merita* en: *CIL*, II, 2822 de *Vxama*; *ob plurima erga rem p(ublicam) suam merita* en: *CIL*, II, 5837 de *Labitolosa*: «por sus múltiples y meritorios desvelos a favor de la comunidad»– y la comunidad –unas veces bajo la forma de la munificencia de las propias elites (Melchor 1999), otras bajo la erección de estatuas honoríficas que se convertían en elemento del ornato urbano, en *ornamenta rei publicae* (*Dig.* 43, 9, 2)– se beneficiaba, a la postre, de dicha competitividad.

Por todo ello, en este tipo de textos, ni el rango de los dedicantes –muchas veces omitido pero, en la mayoría de los casos, parte misma de la nobleza municipal (Melchor 2003)–, ni el del homenajeado –generalmente adornado no solo con su *cursus honorum* sino con el elogio de las que eran tenidas por más respetables de entre las virtudes cívicas y políticas: la *munificentia*, «generosidad», muy presente en el ámbito hispano; la *aequitas*, «justicia»; la *moderatio*, «moderación» (*ob munificentiam statuam posuit*, en: *AE*, 2003, 903 de *Iporca* u *ob plenissimam munificentiam erga patriam et populum* en: *CIL*, II, 1185 de *Hispalis*, con análisis de todas ellas en: Rodríguez Neila 1987-1988)–, ni la especificación de la instancia responsable de la validación pública del documento en cuestión eran asuntos baladí que se dejaran al azar. Todo monumento epigráfico en suelo público (Musumeci 1978) debía contar con la autorización decurional –concretada en fórmulas del tipo *l(ocus) d(atus) d(ecreto) d(ecurionum)* bien documentadas en Hispania: *loco dato ex decreto ordinis* en: *CIL*, II, 3228 de *Laminium*: «en lugar dado por autorización del senado local»– y, por ello, es lícito suponer que los miembros de dicho *ordo* pudieron regular de tal modo las concesiones de estos *honores* (Rodríguez Neila 1999, 65) que los convirtieron en vía no solo para potenciar la presencia pública –y casi reiteradamente exclusiva– de una serie determinada de familias, sino también en medio para perpetuar la habitual endogamia política de la clase dirigente romana o para dar rango de notoriedad pública a singulares casos de promoción política que, desde luego, no debieron de ser nada frecuentes –o que, en cualquier caso, resul-

taron extraordinarios– en el mundo romano (Alföldy 1988, 64). Lo que debió de ser una práctica común en los municipios hispanos, también debió de traslucirse a escala provincial, como prueba el sensacional conjunto de pedestales dedicados por la *p(rouincia) H(ispania) C(iterior)* a sus más notables funcionarios en el foro de *Tarraco* (Ortiz de Urbina 2006).

La costumbre de remontar la filiación de homenajeados y dedicantes a varias generaciones atrás como queriendo subrayar aun más su honorabilidad y su vinculación con la comunidad, los ritmos de ocultación o exhibición de la *origo* (Andreu 2008) en dichos textos, la asociación en las dedicaciones a familiares y herederos o el acompañamiento de la inauguración de una estatua –*dedicatio*– con banquetes, fiestas o juegos públicos para todo el pueblo como vía para multiplicar su efectismo (Melchor 1992, 377), constituyen otros elementos de los muchísimos que convirtieron a los *tituli honorarii* en la mejor síntesis del «imperio del honor» (Lendon 1997) en que se convirtió la vida política romana en la Antigüedad a nivel de la *urbs* y, también, de todas y cada una de las comunidades con estatuto privilegiado del *orbis Romanus*.

Inscripciones de obras públicas

Pocos pasajes en la literatura romana como algunos cartas de la vastísima correspondencia de Plinio el Joven (Plin. *Ep.* 10, 8, 2; 3, 4, 2 y 4, 1, 5), resultan, a nuestro juicio, tan esclarecedores para la definición de los móviles que inspiraron la frecuente apuesta de la elite romana por la construcción pública como vehículo de contribución a la vida municipal y, seguramente, como mejor concreción de la imitación del *Princeps* como *πρώτος καὶ μέγιστος καὶ κοινὸς εὐεργέτης*: «primero, mayor y común evergeta» (Philo, *Leg.* 149). En la primera de las cartas citadas –dirigida al emperador Trajano–, Plinio cuenta que ha pedido permiso al *ordo decurionum* de la comunidad itálica de *Tifernum Tiberinum* para construir en ella un templo que, además, proyecta convertir en museo de muchas de las obras de arte que había venido coleccionando en los años precedentes y que, por tanto, ha decidido legar para el disfrute comunitario. En la segunda epístola referida –esta vez dirigida a uno de sus *amici*, Cecilio Macrino–, Plinio se jacta de que el citado templo –construido *mea pecunia*, «con mi dinero», subraya– esté ya terminado y de que debe, por tanto, desplazarse a *Tifernum* lo antes posible para su inauguración, pues dilatar ésta en el tiempo resultaba un evidente acto de impiedad o, cuando menos, una acción de carácter impopular. Por último, en la tercera misiva –dirigida por el autor a Calpurnio Fabato, el abuelo de su esposa–, Plinio el Joven recapitula los motivos por los que la comunidad en cuestión lo había designado *patronus* y

le había erigido en destacados lugares del espacio urbano *tituli* que recordaban su apretado *cursus honorum*, relatando, además, ufano, a Calpurnio la habitual celebración en *Tifernum* –y a sus expensas– de banquetes públicos (*epula*) con motivo no solo de la dedicación del templo en cuestión sino también de la erección de muchas de las referidas estatuas y de sus habituales viajes a la citada comunidad de la Umbría de la que, ni siquiera, era natural.

Lo que Plinio cuenta casi como confidencia a varios de sus *amici* y *familiares* sanciona con total nitidez una realidad que la documentación epigráfica hispana arroja por doquier: junto al protagonismo del *Princeps* (el conjunto tardoantiguo relacionado con la refacción y la ampliación del circo de *Augusta Emerita*, por ejemplo, resultaría un buen ejemplo: *AE*, 1915, 33; 1935, 4 y 1975, 472, comentadas en: Ramírez Sádaba 2002, n.º 62 y 63) –manifestación clara de la bautizada como *liberalitas Principis* (Kloft 1970)– y a la intervención en este asunto de las instancias municipales (*templum Pietatis* [*Aug(ustae)*] *uetustate conlapsum r(es) p(ublica) R(eginensium) sumpto suo refecit* en: *CIL*, II²/7, 976 de *Regina*), la participación de la elite local en la construcción pública municipal fue uno de los rasgos más cotidianos de las comunidades hispanas (con un inventario de ejemplos en: Melchor 1992-1993, 162-170) y, desde luego, uno de los más singulares casos de reparto de responsabilidades municipales que ha documentado la praxis administrativa romana (Jouffroy 1986; Goffin 2002). La perennidad de este tipo de construcciones (*Dig.* 50, 10, 7 y 1, 16, 7, entre otros), su popularidad a los ojos del juicio público (Rodríguez Neila/Melchor 2001, 154-162, 228), su vinculación con la mejora de las condiciones de vida de los conciudadanos (Melchor 1999, 42-47), el orgullo cívico (Andreu 2004a, 26-28), la *aemulatio* de la monumentalidad de ciudades vecinas (*Dig.* 50, 10, 3), la gratitud por los honores recibidos en el pasado (Navarro 1997) o incluso la habitual conexión de los notables con negocios inmobiliarios que pudieran verse beneficiados por intensas políticas edilicias (Melchor 1993-1994, 347), pueden rastrearse como las motivaciones más frecuentes para explicar la verdadera *cupiditas aedificandi* (Lactant. *De mort. Pers.* 8, 30) que caracterizó a la clase dirigente romana y que nos ha legado tan intenso recuerdo epigráfico.

Como puede suponerse, al margen de arrojar datos sobre los réditos políticos que el auxilio a la construcción pública tributaba a los notables y sobre los más habituales protagonistas de este tipo de actos de munificencia, los *tituli operum publicorum* nos permiten –por ejemplo– constatar la existencia en las comunidades de edificios de los que no se nos han conservado datos arqueológicos. La gramática de este tipo de inscripciones es, además, prolija en detalles sobre éstos (un elenco de términos habituales en este tipo de textos puede verse en: Andreu 2009) de tal modo que

la epigrafía hispánica nos ilustra sobre la construcción de grandes conjuntos públicos como *amphitheatra* ([*a*] *m[phit]h[eatru]m [cum] g[radib]us [pul]pit[o p]o[dio et] po[rt]i[s] refecit*], en: *AE*, 1997, 882 de *Tarraco*: «restauró el anfiteatro con (sus) gradas, (su) púlpito, (sus) puertas y (su) podio»), cívicos como *fora* (*templum et signum et forum d(e) s(ua) p(ecunia) f(acienda) c(urauit)* en: *CIL*, II²/7, 276 de *Ipolcobulcula*: «se ocupó de construir a sus expensas el templo, la estatua y el foro») o *basilicae* ([*basili*] *cam cum hypa[ethro]* en *HEp*9, 64 de *Abdera*), religiosos como *templa* (*templum d(e) s(ua) p(ecunia) r(estituit) i(dem)q(ue) p(robauit)*), en: *CIL*, II, 3563 de *Lucentum*: «restauró a sus expensas el templo y también lo inauguró») y de complemento como *oraria*, *arcus* o *porticus* (*orarium donauit Igaiditanis* en *AE*, 1992, 9151 de *Ciuitas Igaeditanorum* –«ofreció un reloj a los Igaeditanos»–, *ex [p]atrim[onio suo arc]us porticu[s] de sua] pecunia [dedit idem]q[ue] dedicauit*, en: *CILA*, 2, 382 de *Italica* –«con cargo a su propio patrimonio dio e inauguró con su dinero los arcos y pórticos»–, *porticus [op]us faciu[ndum cur(auit)]*, en: *AE*, 1991, 1116 de *Emporiae* –«se ocupó de que se completase la obra del pórtico»).

Al margen, pues, de los datos que este tipo de textos nos proporcionan sobre el paisaje arquitectónico urbano, en los últimos años, la mejora de las técnicas de trabajo epigráfico y, especialmente, la sistemática autopsia de emblemáticas inscripciones hispanorromanas ha colocado a Hispania en un lugar de privilegio en la bibliografía sobre epigrafía latina en general y sobre epigrafía de obras públicas en particular. Así, del mismo modo que en el último lustro, por ejemplo, se ha procedido a revisar la lectura de la –seguramente– más emblemática inscripción de toda la romanidad –la que Tito hizo grabar en el *amphitheatrum Flauium* de Roma para dejar constancia de la construcción del mismo (*CIL*, VI, 32098 y *AE*, 1995, 111b; Alföldy 1995, 210)–, el desciframiento del texto alusivo a la construcción del trajaneo acueducto de Segovia (*AE*, 2002, 65; Alföldy 1997, 1-56) o del domicianeo arco de Medinaceli (*AE*, 2002, 796; Abascal/Alföldy 2002, 71-118) –con textos producidos a partir de la técnica de las *litterae aureae*, es decir, de letras de bronce aplicadas sobre agujeros previamente establecidos al efecto en el soporte epigráfico y que, a la postre, ha sido lo único que se nos ha conservado del texto– y la propuesta de restitución de la –hasta la fecha– más extensa inscripción latina del Occidente romano –la que conmemoraba la restauración del anfiteatro de *Tarraco* por Heliógabalo en el 221 d.C. (*AE*, 1990, 654; Alföldy 1997, 59-95) con un larguísimo texto a lo largo de casi 150 metros de *balteus* del citado edificio– han colocado a la epigrafía hispánica –como anotábamos más arriba– en una posición preponderante en los estudios sobre las inscripciones monumentales (Horster 2001), uno de los tipos que mejor sintetizan la imagen

casi popular que se tiene del mundo romano y su extraordinaria capacidad de modificar el paisaje (Salama 1951, 30).

Pero, aparte de la dimensión cívica de los *tituli operum publicorum*, la mayor parte de clasificaciones de la tipología epigráfica latina (Cagnat 1914, 272-276; Battle 1946, 82; Lassère 2005, 917-919) han englobado dentro de estos a todas aquellas inscripciones vinculadas con la organización, balizamiento y vertebración de los *territoria* ciudadanos, a saber –y de un modo especial–, las que tomaban la forma de miliarios y de hitos terminales. Sabido es que la investigación sobre los mojones kilométricos de las *viae* romanas que surcaban el territorio de las provincias hispanas cuenta ya con una notable tradición bibliográfica en nuestro país, al abrigo de estudios bien estrictamente epigráficos (como el de Lostal 1992), bien también de carácter arqueológico (como el de Sillières 1990). Sin embargo, en los últimos años, la proliferación de grandes obras modernas de infraestructura viaria o el rastreo de la documentación epigráfica de rutas constatadas en las fuentes han devenido no solo en la consignación de nuevos ejemplares de miliarios (Stylow/Atencia/Vera 2004), sino también en el mejor estudio de algunos de los conjuntos más representativos de este tipo de documentos (Rodríguez Colmenero/Ferrer/Álvarez 2004), todo ello al abrigo, además, de nuevos enfoques multidisciplinares en el estudio de la red viaria romana (Moreno 2004). El muchas veces grato azar de los hallazgos epigráficos nos ha obsequiado, en los últimos años, además, con extraordinarios documentos vinculados a la administración y funcionamiento del entramado viario romano. En ese sentido, pueden citarse el mojón de El Laderón, cerca de la antigua *Corduba* (*CIL*, II²/5, 343), que, con el texto *uiator uiam publicam dextra pete* («caminante, para la carretera principal, dirígete hacia la derecha») nos informa sobre el balizamiento y señalización de las *viae publicae* y también de una tupidísima red de *itineraria* y *diuerticula* secundarios que ponía en conexión las rutas principales con otras de menor rango; y, por supuesto, también merecen un comentario particular las tablas del denominado Itinerario de Astorga (*AE*, 1921, 6-9), con indicación de las *mansiones* que salpicaban las rutas que conectaban diversas comunidades del siempre atractivo noroeste peninsular y que conocíamos ya gracias a los conocidos Itinerario de Antonino y Cosmógrafo de Ravena.

De igual modo, la proliferación de los estudios sobre organización y administración territorial (Castillo Pascual 1996; Settis/Gabba 2003) han puesto en valor la información que sobre la cuestión de las *delimitationes* nos arrojan los hitos terminales, de los que el catálogo hispano ofrece abundantes ejemplos (*AE*, 1976, 263; *CIL*, II, 460; *CIL*, II, 857 y 859; *AE*, 2000, 709, por citar varios casos del área central de la *prouincia*

Lusitania; con un inventario de los de época flavia, especialmente atractivos, en: Andreu 2004b, 184-185; y otro genérico en: Cortés 2002-2003) y que, últimamente, además, han empezado a estudiarse bien para ámbitos en los que la plasmación de la *consuetudo* local respecto de este tema no tomó la forma habitual que suele presentar este tipo de documentos –sencillos cipos pétreos frecuentemente moldurados y emanados por la autoridad imperial, a la que normalmente aluden como criterio de datación– sino que, grabados sobre roca, sus textos pudieron venir a sancionar un equilibrio territorial que –como aún sucede hoy con los territorios rurales– debió de ser motivo habitual de confrontación comunitaria (un caso peculiar puede verse en: Ariño/Paule 2001-2002: *AE*, 2002, 706) y, por tanto, objeto de sucesivas revisiones de las que estos *termini* son elocuente testimonio.

Inscripciones votivas

Pocas realidades definen mejor el mundo romano como la de su actitud tremendamente religiosa. Objeto ésta de análisis recientes desde la perspectiva epigráfica hispana (Mayer/Gómez Pallarès 1993; Ribeiro 2002; estudios que nos eximirán aquí de consideraciones detalladas sobre el asunto) y sobradamente revisada su documentación por inventarios y repertorios epigráficos aún de referencia (especialmente: Encarnação 1975; Blázquez 1983; Vázquez 1983, sobre alguno de cuyos enfoques se vuelve en otro capítulo del presente volumen), todas y cada una de las inscripciones que, normalmente, se denominan votivas o *tituli sacri* (Schmidt 2004, 44-50) están no solo documentando el referido talante religioso de Roma –aparentemente «superior al de otros pueblos y razas», como afirmaba Cicerón (*Cic. Har. resp.* 9, 10)–, sino legándonos a los investigadores, además, «evidencias de actitud religiosa» (Encarnação 1994, 552) que nos permiten profundizar en las motivaciones que subyacían a este tipo de actos, y, sobre todo, en la peculiar gramática del hecho religioso entre los romanos, un hecho –como demuestra la Epigrafía– necesariamente íntimo, pero también con proyección pública.

Más aún –y es éste el elemento que se nos antoja más representativo de la naturaleza de la documentación epigráfica al respecto– el extraordinariamente amplio abanico de soportes de textos votivos por medios de los cuales un devoto realizaba una ofrenda o consagración del tipo que fuera a la divinidad –y que incluye, para el caso hispano, desde exvotos en materiales metálicos, los denominados *donaria* como la conocida pátera de Otañes consagrada a la *salus Vmeritana* (*CIL*, II, 2917), a las aras de todos los tamaños y variedades, pasando por las *hermae*, los pedestales estatuarios y, por supuesto, por los conjuntos arquitectó-

nicos (Andreu 2000) y hasta rupestres (Stylow/Mayer 1987, en relación a *HEp*2, 485-505 y *HEp*6, 678-680 de la Cueva Negra de Fortuna, en Murcia; o Alföldy 2002, respecto de *AE*, 1997, 857 y 2002, 663 y *CIL*, II, 2935b de Panóias) debidamente sacralizados—, está insistiendo en la omnipresencia del fenómeno religioso en Roma y en el hábito latino de convertir en *loca sacra* casi todos los lugares y actividades de su quehacer cotidiano (Hor. *Carm.* 1, 10 y Ov. *Tr.* 5, 5, 9), convirtiendo las inscripciones votivas, desde luego, en un acto íntimo de comunicación con la divinidad que, sin embargo y como hemos dicho, tenía también consecuencias de carácter público (Sartori 1993, 433-434).

Al margen de esto —y de las informaciones que sobre los componentes piadosos y hasta jurídicos del *uotum* arrojan este tipo de textos (Rives 2007, 98; Turlan 1955, 516-517) a partir de sus habituales fórmulas *u(otum) s(oluit) l(ubens) m(erito)* o de otras más precisas que nos obsequian con datos sobre las razones del acto piadoso: *ex uisu (Libero [P]at(ri) ex uisu a(ram) l(ibens) f(ecit)* en: *CIL*, II, 799 de *Caurium*: «fabricó de buen grado una ara para Líbero Padre como consecuencia de una visión», *ex responsu (Deo Indouellico sacrum ex responsum* en: *IRCP*, 513 de Vila-Viçosa: «consagrado al dios Endovelico en respuesta [a un oráculo, petición...]», *ex monitu (Dianae sacrum) ex monitu*, en: *AE*, 1994, 937 de *Aquae Flaviae*: «consagrado a Diana según [su] consejo»)...; en relación a la inspiración directa de la divinidad en el acto votivo—, ha sido sin duda el estudio del panteón hispanorromano y de sus múltiples pervivencias indígenas —el sincretismo constituye, de hecho, otro de los fenómenos básicos del hábito epigráfico latino en general y de su modo de concretarse en la esfera religiosa en particular (Goudineau 2006, 203-206)— el que —en la historia de la religión romana en Hispania—, más se ha visto dinamizado por la progresiva aparición de nuevos documentos epigráficos con referencia a teónimos. Así, recientes trabajos se han detenido en la pervivencia de un cierto arraigo de divinidades de ambiente céltico en estadios cronológicos ya avanzados del proceso de aculturación (Olivares 2002), de igual modo que, gracias a los avances logrados en el estudio y caracterización del perfil social de los dedicantes y en el del desenraizamiento del contexto de ubicación de los monumentos consagrados (Le Roux 1994, 565-567) —claves fundamentales para la feliz comprensión de toda la semántica que encierra un monumento epigráfico cualquiera—, empiezan a estar más claras las atribuciones de algunas de esas divinidades —de raigambre indígena como *Aracus* (*AE*, 1977, 351 de Cascais), *Bandua* (*AE*, 1987, 562m de *Aquae Flaviae*), *Endouellicus* (*IRCP*, 483-492), *Nabia* (*AE*, 1955, 258 de *Bracara Augusta*) o *Selatse* (*AE*, 1911, 92 y 93), por citar solo algunas de un panteón inabarcable— que encontraron su hueco en la dimensión religiosa del hábito epigráfico hispano-

latino (Martínez Maza 2006; Ribeiro 2002, 79-90). Lo hicieron al lado de los que, en este sentido, podrían considerarse cultos oficiales —Júpiter, Juno y Minerva, por citar la Tríada Capitolina (*Ioui ex uisu uotum soluit itemque templ(um) d(e)d(icauit)*, en: *CIL*, II, 1965 de *Malaca* o *I(oui) O(ptimo) M(aximo) Iunoni Mineruae* en: *RIT*, 34 de *Tarraco*)— y, por supuesto, del omnipresente y político culto imperial, objeto de atención monográfica también en otras páginas del presente trabajo y excepcionalmente bien conocido en su contenido, en su organización y en su funcionamiento gracias —esencialmente y como podrá comprobarse en dichos capítulos— a los documentos epigráficos.

La epigrafía jurídica

Pocas áreas de la epigrafía latina han alcanzado un desarrollo tan notable en los últimos diez años como la consagrada al «análisis de los textos normativos promulgados por el pueblo (leyes y plebiscitos), el Senado (senadosconsultos), los magistrados (edictos) y el Emperador (constituciones)» (López Barja 1993, 183), por tanto, a la investigación en torno de los documentos que conforman las «fuentes del Derecho» (Caballeros 1998, 181), una de las más singulares creaciones del Estado romano y, por otra parte, una de las líneas tradicionalmente más activas —quizá desde una perspectiva más romanista que epigráfica— de la historiografía hispana sobre Estudios Clásicos (D'Ors 1953; González 1990).

Ya en la década de 1980, G. Alföldy (Alföldy 1989, 11) advertía de la necesidad de —por la natural carga jurídica de cualquier documento epigráfico (Andreu 2009)— delimitar el concepto de epigrafía jurídica, pues en él podían incluirse —en sentido lato— no solo los documentos vinculados a disposiciones públicas del Estado romano a través de sus bien diversas instancias de emisión de Derecho —el Senado, el emperador, los magistrados e incluso las comunidades—, sino también aquellos otros textos epigráficos que nos permitían reconstruir la carrera política de los protagonistas de la vida pública romana al menos a escala ecuestre o senatorial; área ésta, precisamente, que se cuenta entre las mejor estudiadas por la investigación en los últimos diez años.

Sea cual sea el concepto que deba emplearse para abordar esta categoría, qué duda cabe que Hispania —y algunos capítulos del presente volumen son buena prueba de ello— ha aportado un elenco de documentos que se cuentan en este sentido entre los más elocuentes, estudiados y referenciados del repertorio epigráfico del Occidente latino. Mucha ha sido la bibliografía que, en este sentido, se ha vertido sobre ellos en los últimos años, pero también las líneas de investigación de futuro abiertas en torno de la información con que

dichos textos nos han obsequiado. Los procedimientos de heurística y de hermenéutica documental que han tomado forma a partir de algunas de las ediciones de estos textos nos parece constituyen una de las más singulares aportaciones de la epigrafía hispana al ámbito de la investigación sobre el Derecho romano y a la praxis analítica particular sobre este tipo de documentos (Andreu 2009). Así, de considerarse el texto jurídico —hace algunos años— tan solo como un documento con validez legislativa y vinculado a la Historia del Derecho antiguo, se ha pasado a —recientemente— aplicar sobre éste las consideraciones textuales, materiales, de fabricación, divulgación y publicación que, en realidad, son consustanciales a cualquier documento inscrito, pero resultan especialmente interesantes, si cabe, en un texto normativo (Caballos 1998: 188-189) compuesto, de hecho, *monumento ut esset* (Liv. 8, 11, 6), «para que sirviese en calidad de recuerdo público» y, como recalca una de las rúbricas de la *lex Irnitana* (*Lex Irn.* 95), *ut de plano recte legi possit*: «para que pudiese ser leído de frente, sin dificultad».

Así, en el grupo de textos que, *stricto sensu*, podríamos catalogar como epígrafes jurídicos —y con un inventario más pormenorizado y exhaustivo, con bibliografía, en: Beltrán Lloris 1999, 34-37—, Hispania ofrece a la ciencia epigráfica, por ejemplo y sin ánimo alguno de exhaustividad —para la cual se remite al inventario ya mencionado y también al de: Caballos 1998, 188-190, con comentarios e imágenes— al menos dos completísimos casos de senadoconsultos —aunque ambos de época tiberiana—: el ya citado de Cneo Pisón padre y el igualmente interesante caso —por la información que arroja sobre las disposiciones funerarias imperiales derivadas del asesinato de Germánico, al que se alude también en el texto de Cneo Pisón— de la *tabula Siarensis* (*AE*, 1983, 515), del que, precisamente, no hace mucho se ha llevado a cabo una completa revisión (Sánchez-Ostiz 1999); un amplio elenco de tablas legales con textos constitutivos y reglamentarios de otras tantas municipalidades, bien de época cesariana —como la *Lex Vrsoneis* (*CIL*, II²/5, 1022, con estudio monográfico y toda la bibliografía en: Mangas/García-Garrido 1997)—, bien de época flavia (con valoración en: Cruz Andreotti/Rosado 2001; Andreu 2004b, 227-239) —como la *Lex Salpensana* (*CIL*, II, 1963), la *Malacitana* (*CIL*, II, 1964), la *Irnitana* (*AE*, 1984, 454) y un elenco de otros fragmentos recuperados bien en hallazgos sueltos (*CIL*, II²/5, 1145 de *Carruca* o *HEp*4, 445bis de *Corticata*, *CIL*, II²/5, 959 de *Ostippo* o *HEp*6, 876 de *Villona*), bien en la revisión de piezas atesoradas durante los últimos años en el Museo Arqueológico Provincial de Sevilla (Fernández Gómez 1991, como la conocida como «Ley Modelo» de *HEp*4, 837)—, así como el extraordinario caso de una ley de validez local vinculada a varios *pagi* de los *territoria* del *municipium Cascantum* y de la *colonia Caesar August-*

ta, en la *Citerior*, como la citada *lex riui Hiberiensis*—; varias disposiciones de magistrados y de emperadores, ya de los primeros momentos de la conquista —como el bronce de Alcántara (*AE*, 2002, 6, con estudio pormenorizado en: López Melero 1984; Nörr 1989) o la *tabula gaditana* de Alcalá de los Gazules alusiva a los habitantes de la *turris Lascutana* (*CIL*, II, 5041)—, ya de los comienzos de la administración territorial estable de los territorios pacificados —como el citado edicto de El Bierzo—, ya de periodos decisivos en la historia de la Hispania romana, como las *Epistulae Vespasiani ad Saborenses* (*CIL*, II²/5, 871) y *Titi ad Muniguenses* (*AE*, 1972, 257), sobradamente conocidas. Completaría el conjunto, por último —aunque el catálogo de tipos es, desde luego, algo más amplio— un disperso y fragmentario —pero igualmente interesante— lote de *diplomata militaria* (*BJRA*, 8 y 9; *CIL*, II²/7, 127a; *AE*, 1989, 450 y ss.), los salvoconductos entregados por el Estado romano a los soldados que cumplían su *honesta missio* —es decir, que se licenciaban— y que eran, por tanto, beneficiados con la *ciuitas Romana* conforme a decretos imperiales, cuyo original se conservaba en el *tabularium* de la capital (Corbier 2006, 129-146).

En todo el conjunto de la epigrafía denominada jurídica ha cobrado especial singularidad —y la adquiere, además, precisamente, desde la perspectiva hispana— un amplio repertorio de documentos epigráficos que —enraizados en la tradición indoeuropea que cada vez conocemos mejor (Beltrán Lloris 2003)— documentan la soberanía que Roma concedía a sus comunidades —capaces de, incluso en los momentos aún precoces de la conquista, establecer pactos de diverso género con otras unidades cívicas y con particulares (Díaz 2004)— y también la generalización progresiva de la praxis político-administrativa romana y el reconocimiento por parte de Roma del ajuste a Derecho de muchas de las instituciones de raigambre netamente prelatina (García Fernández 2001). Para este tipo de documentos, a veces agrupados entre los «documentos de municipalidades» (Cagnat 1914, 327) pero generalmente calificados —a partir de su soporte y de su peculiar contenido— como *tesserae hospitales* o *tesserae patronatus*, contamos con un notable elenco de casos —especialmente presentes en la *Citerior*— en el que pueden singularizarse, sin embargo, a nuestro juicio, las conocidas —y perdidas— placas de Arre, no muy lejos de Villava (*CIL*, II, 2958-2960) —por las que la comunidad de *Pompelo* establecía relaciones de patronazgo y vinculación con miembros de la elite de otras comunidades del *conuentus Caesaraugustanus* (Sayas 1989) y que nos informan, de ese modo, también de los equilibrios estratégicos y políticos existentes entre la elite local de diversas comunidades de la zona—, así como las *tesserae* de Paredes de Nava (*EJER*, 16bis), *Clunia* (*EJER*, 21) o Herrera de Pisuerga (*AE*, 1967, 239), que ilustran muy bien no solo la tipología, sino

también la problemática interna de este tipo de textos (para un inventario concreto de casos puede verse, nuevamente y respecto de *Baetica*, *Lusitania* y *Citerior*: Beltrán Lloris 1999, 34, n.º 37-43; 34-35, n.º 55-59 y 35, n.º 69-86), así como el género de información con que nos obsequian.

Dentro de la denominada epigrafía jurídica –o tal vez debiéramos de hablar ya de epigrafía de contenido jurídico, siguiendo las arriba referidas precisiones de G. Alföldy al respecto–, la documentación hispana ha sido especialmente elocuente en relación a la información alusiva a los funcionarios y subalternos de la administración provincial. Así, trazados ya en su día los *Fasti Hispanienses* (Alföldy 1969), el hallazgo de nuevos documentos ha permitido incrementar progresivamente nuestro conocimiento de estos personajes, por otra parte tratados en un capítulo específico de este volumen. Ahondando en este asunto, pocas provincias han sido tan bien estudiadas como Hispania en su contribución al Senado romano y los trabajos de A. Caballos –fundamentalmente, aunque no solo, a partir de datos epigráficos, como es esencial en la práctica prosopográfica (Caballos 1990a, 191)– sobre dicho asunto (especialmente: Caballos 1990b) han seguido la formidable estela trazada en otro tiempo –a impulsos del ya aludido Á. d’Ors– por C. Castillo (Castillo 1965) y últimamente retomada con notable energía tanto por J. Navarro (Navarro 2006) –que ha ahondado, además, en una de las informaciones más esenciales que, al respecto, arroja la documentación epigráfica, la de la procedencia de estos personajes: su *origo* (Navarro 1999; objeto de un debate monográfico reciente en: Caballos/Demougin 2006)– como, más recientemente, por E. Tobalina (Tobalina 2006) o, respecto del *ordo equester*, por M. González Herrero (González Herrero 2006). Es seguro que esta línea, tomando como referencia la documentación epigráfica, habrá de dar notables frutos en el futuro, como los ha dado recientemente a nivel de nuestro mejor conocimiento de la clase dirigente romana en Hispania y de la contribución de los hispanos a la administración estatal de Roma y, también, respecto de los ritmos que siguió la promoción política de los denominados *ordines superiores* en el mundo romano: el *cursus honorum* (Tobalina 2007).

El *instrumentum domesticum*

Aunque, *stricto sensu*, el término latino *instrumentum* (Varro, *Ling.* 2, 127) designa los utensilios empleados en el mundo industrial y doméstico romano, en los últimos años, seguramente por la atención que la investigación epigráfica ha prestado a parte de este conjunto, se ha venido configurando en epigrafía latina el término de *instrumentum domesticum* –o el más pre-

ciso de *instrumentum domesticum scriptum*– para designar todos aquellos elementos propios de la actividad industrial romana –de hecho, a veces, se ha preferido el término «epigrafía de la producción» (Lassère 2005, 440-455) como vía, además, para deslindarlo del de las «inscripciones sobre soportes y objetos diversos» que serán referidas en un último apartado– que, al margen de su interés para la historia de la producción y de la industria, se nos presentan como soporte de textos inscritos. La nómina de estos –amplísima– ya fue tentativamente delimitada por el conocido y prestigioso arqueólogo alemán H. Dressel (Dressel 1891, 1898) que, en una clasificación centrada en criterios materiales, incluyó en ella las cerámicas –*amphorae* y *dolia*, de almacenaje y transporte, y *uasa*, es decir, cerámica de mesa de uso doméstico–, los ladrillos –normalmente catalogados como *lateres*– y los lingotes metálicos, casi todos incorporando textos relacionados con el dilatado proceso económico que acompañaba a estas piezas.

Como se anticipó más arriba, ésta ha sido una de las áreas que más se ha dinamizado en la epigrafía latina hispana de los últimos años. Los estudios detallados de las marcas pintadas tras la cocción de las ánforas –*tituli picti*– que, desde los puertos hispanos, viajaban a Roma, han permitido que tome carta de naturaleza la «epigrafía anfórica» (Remesal 2004). A partir de ella, la investigación ha vuelto los ojos hacia la información facilitada por dichas marcas, generalmente referidas bien a los *negotiatores* encargados de su distribución, bien al contenido que portaban, pudiéndose, a partir de ello, trazar interesantes conclusiones sobre la dedicación comercial de determinados clanes hispanos y sobre los elementos básicos de la aportación de Hispania a la *annona*, asunto que es sobradamente tratado en otro capítulo del presente volumen. Como, en ocasiones, dichas ánforas llevan, además, una serie de textos en relieve que les fueron grabados en el momento previo a su cocción –lo que, normalmente, se conoce como marcas *ante cocturam* (Ozcáriz 2009), frente a los *tituli* pintados arriba aludidos: *post cocturam*–, se ha podido reconstruir de ese modo todo el proceso industrial vinculado a estas piezas, desde su producción en diversas *officinae* y talleres –a cuyos propietarios podemos conocer, pues marcaron con sus iniciales las piezas que salían de sus hornos– hasta su envasado, difusión comercial y recepción en destino.

Si, al margen de esta epigrafía anfórica, el lector tiene la oportunidad de contemplar cualquiera de los recientes catálogos sobre documentación arqueológica de la Hispania romana (VV. AA. 1997, 322-451; VV. AA. 1998, 465-613; o Comes/Rodà 2002, 159-162; los tres excelentes) o de contemplar el que se exhibe en las vitrinas de muchos de los museos arqueológicos del país, constatará la gran variedad de soportes de escritura de carácter industrial que se han documentado en las provincias hispanas. Así, y aunque la

proporción en este sentido sea mucho menor a la, por ejemplo, documentada en *Britannia* (Colingwood/Wright 1990-1995), Hispania ofrece casos de marcas de propiedad sobre *tegulae* y ladrillos (*C(aii) Obulni*, por ejemplo, en: *CIL*, II, 6252, 32 de *Emporiae* –«de Cayo Obulnio»– y otros con marcas relativas a unidades militares como los diversos con el texto *L(egio) VII G(emina) Gor(diana) P(ia) F(elix)* recuperados en *Legio VII Gemina*: *CIL*, II, 6252, 1 o *AE*, 1916, 70) –que nos transmiten abundante información no solo sobre la producción de este tipo de piezas, sino también sobre el protagonismo de los ejércitos en la construcción pública romana (Mac Mullen 1959)–; o de textos alusivos a las sociedades contratistas de explotaciones mineras marcados sobre los lingotes de plomo elaborados a partir del metal de sus vetas (*HEp*11, 84 de *Barcino*, por ejemplo, con marca *Naeu(ii)*); también de taponos –*signacula*–, habitualmente empleados para la oportuna grabación del texto –escrito sobre ellos en negativo– sobre cerámicas u otros soportes antes de ser cocidos; y, por último, singulares casos en los que las piezas de cerámica de mesa añaden, junto a los habituales *sigilla* con el nombre de sus fabricantes, textos de naturaleza celebrativa e incluso de sabor literario (Mayer 1998), acompañando a sus también habituales motivos decorativos.

Inscripciones sobre soportes y objetos diversos

En la epigrafía antigua –y, seguramente, también en sus modernas pervivencias y ulteriores usos miméticos– grabar un texto sobre piedra era, sin más, una forma más de escribir (Février 1987, 191), pero una forma más de un abanico de opciones que resultaba amplísimo. Por eso, el ya calificado como omnipresente hábito epigráfico romano dejó igualmente su huella sobre un amplio y muy diverso conjunto de soportes textuales –lo que R. Cagnat bautizara como «inscripciones sobre soportes y objetos diversos» (Cagnat 1914, 333)– que conforman una vastísima categoría, en la que pueden incluirse desde los textos grabados sobre mosaicos –bien con la firma de los musivarios, bien con *picturae illustrantes historiam* (Paul. *Carm.* 27) casi a modo de antecesores de la fórmula estética y narrativa del cómic: «rótulos ilustrando la historia (representada)»– o sobre paredes –grafitados o pintados como los *programmata* pompeyanos–, hasta los denominados «textos circulares» (Andreu 2009), que remitían un mensaje a una tercera persona; o a un sin número de inscripciones sobre útiles de uso privado que también incorporaban escritura: anillos, vasijas, útiles de hueso para el tocado personal, etc.

Aun siendo estos últimos los más frecuentes –textos grabados sobre anillos, grafitos de propiedad sobre piezas cerámicas, originales *tabulae lusoriae*, como la

de la sensacional *uilla* de La Olmeda (Mayer 1993), pesas de bronce como la de *Edeba* (Alföldy 1987, 45) o campanas rituales, como la minúscula de *Tarraco* (*RIT*, 369 de *Tarraco*)–, también Hispania –sin ofrecer conjuntos tan extraordinarios como los de la colina Palatina de Roma (Solin/Iktonen-Kailan 1966; Castrén/Lilius 1970) o los de Pompeya (Chiavria 2002)– nos ha obsequiado con algunos de estos tipos de textos cuya toma en consideración por parte de la investigación ha resultado, sin embargo, algo tardía respecto del momento en que aquellos empezaron a ser valorados por la ciencia epigráfica en general. Así, se sigue trabajando en la recopilación de los textos escritos sobre soporte musivo (Gómez Pallarès 1993) y en la toma en consideración del valor textual, iconográfico y edilicio que les daba sentido (Gómez Pallarès 1994). Ha visto la luz recientemente una recopilación de las inscripciones grabadas sobre proyectiles de honda documentados en Hispania (Díaz 2005) –testigos excepcionales de los episodios bélicos de la República Tardía romana– y que suelen contener imprecaciones al enemigo o fórmulas de exaltación del general de turno; conocemos mejor los casos de tablas de execración y maldición –las *defixionum tabellae* de la terminología de A. Audollent (Audollent 1904)–, atestiguados en el territorio peninsular (Museros 2002); y algunos documentos –como la *tabula de uendendo* de Bonanza (*CIL*, II, 5042)– nos acercan a situaciones comerciales cotidianas semejantes a las de los pujantes *Sulpicii* de *Puteoli* (Camodeca 1999). Falta, sin embargo, en la península Ibérica, un repertorio doméstico del tipo del de *Vindolanda*, en *Britannia*, reflejo de la práctica cotidiana de la escritura y correspondencia romanas (Bowman/Thomas 1994), y a partir del cual se nos ofrece una golosa aproximación a la vida cotidiana de los antiguos romanos.

Conclusión

Resulta difícil concluir un capítulo casi de miscelánea epigráfica como el que han conformado estas páginas. Seguramente porque la presentación de tan vastísimo material transmite por sí sola una conclusión que ya se advirtió como premisa: el carácter extraordinariamente vivo –contra lo que pudiera parecer *a priori*– de una de las fuentes fundamentales con que el historiador cuenta para el estudio de la Antigüedad: la documentación epigráfica.

Tal vez por ello, quizá la mejor conclusión deba adoptar la forma de una reflexión de naturaleza metodológica. Es casi recurrente –pero real– la afirmación de que muy pocas disciplinas dentro de los estudios históricos mantienen una tan decisiva dependencia de sus fuentes de información como la Historia Antigua. Tanto es así que, prácticamente, puede afirmarse que,

en esta disciplina, el término «método» puede considerarse sinónimo del término «fuentes». La escasez de éstas impide extraer conclusiones que, en cualquier caso, estarán siempre condicionadas por el satisfactorio vaivén producido por nuevos hallazgos. La verdad histórica, por tanto, solo podrá estar cimentada a partir de una continua revisión y sistematización de las fuentes conocidas y, desde luego, a partir de dar entrada en el discurso histórico a nuevos datos derivados, a su vez, de nuevas fuentes (Alföldy 1983, 59-60). Las antiguas, además, adquirirán nuevos reflejos a partir de dichos nuevos hallazgos y será siempre necesario un espíritu crítico que se cuenta –a nuestro juicio– entre las grandes virtudes del historiador de la Antigüedad, como ya lo recordara Luciano de Samósata (Lucian. *Hist. Conscr.* 59, 41 y 62). Por todo ello, en Historia Antigua, como sentenciaba J. Ortega y Gasset (Ortega y Gasset 1941, 28), la verdad está siempre en proceso y depende de «lo que sea descubierto en un futuro determinado». El historiador ha de ser, por tanto, capaz, en primer lugar, de seleccionar sus fuentes –y, para ello, habrá de buscarlas– y, después, de organizarlas –algo de dicho espíritu de organización ha podido percibirse en la estructura tipológica vertida en estas páginas– y someterlas a la oportuna crítica (Millar 1981, 152), sabiendo rectificar si el avance de la investigación lo invita a matizar sus antiguas conclusiones en un proceso que tiene mucho de positivista y de historicista; derroteros ambos que la investigación epigráfica de los últimos años se ha visto obligada a volver a recorrer. En pocos terrenos estas afirmaciones se cumplen con tanta vigencia como en el de la epigrafía latina.

Qué duda cabe de que todas estas premisas –y el carácter activísimo de la ciencia epigráfica y, desde luego, el igualmente activo ritmo de aparición de nuevos documentos–, convierten a la epigrafía latina en uno de los fundamentos básicos de la que debe ser la labor del historiador. Como han permitido, si quiera, insinuar estas líneas, y como se habrá mostrado a partir de los ejemplos arriba tratados, la dependencia de la Historia Antigua respecto de la Epigrafía es tal que –si bien puede sonar a tópico– todo historiador de la Antigüedad ha de ser, en cierta medida, epigrafista; pero, desde luego, todo epigrafista habrá de culminar su labor en beneficio de una mejor caracterización del objeto de estudio de la Historia Antigua. La información que ofrecen, pero también las interrogantes que arrojan los distintos tipos de inscripciones latinas que, desde la perspectiva hispana, se han analizado en las páginas anteriores, resultan un buen ejemplo del que constituye el gran compromiso del historiador de la Antigüedad: reflexionar en torno a una serie inestable –pero siempre creciente– de documentos del pasado, en este caso, de documentos epigráficos que, efectivamente, fueron grabados por el deseo de *celebritas* y perennidad del hombre romano y que, al cabo de tan-

tos siglos de Historia, se han convertido en elocuentes piedras que hablan, cuando otros documentos –por el contrario– permanecen callados.

Bibliografía

- ABASCAL, J. M. 1995: «Epigrafía latina e Historia Antigua», *Antigüedad y Cristianismo*, 12, 437-450.
- ABASCAL, J. M.; ALFÖLDY, G. 2002: *El Arco romano de Medinaceli (Soria, Hispania Citerior)*, Madrid.
- ABÁSOLO, J. A. 2002: «El mundo funerario romano en el centro y norte de Hispania. Aspectos diferenciales», en: VAQUERIZO, D. (ed.): *Espacios y usos funerarios en el Occidente romano. II*, Córdoba, 145-162.
- ABÁSOLO, J. A.; ALBERTOS, M^a. L.; ELORZA, J. C. 1975: *Los monumentos funerarios de época romana en forma de casa de la región de Poza de la Sal (Bureba, Burgos)*, Burgos.
- ALFÖLDY, G. 2002: «Panóias. O Santuário rupestre», en: RIBEIRO, J. C. (ed.): *Religiões da Lusitânia. Loquuntur saxa*, Lisboa, 211-214.
- 1998: «La cultura epigráfica de la Hispania romana: inscripciones, autorrepresentación y orden social», en: VV. AA.: *Hispania. El legado de Roma*, Zaragoza, 289-301.
- 1997: *Die Bauinschriften des aquäduktes von Segovia und des amphiteaters von Tarraco*, Berlín-Nueva York.
- 1995: «Eine Bauinschrift aus dem Colosseum», *ZPE*, 109, 195-226.
- 1991: «Augustus und die Inschriften: Tradition und Innovation. Die Geburt der Imperialen Epigraphik», *Gymnasium*, 98, 298-324.
- 1989: «Consideraciones sobre el concepto de Epigrafía jurídica y novedades en las provincias del noroeste. 1978-1986», en: CASTILLO, C. (ed.): *Novedades de Epigrafía jurídica romana en el último decenio*, Pamplona, 9-24.
- 1987: *Römisches Städtewesen auf der neukastilischen Hochebene. Ein Testfall für die Romanisierung*, Heidelberg.
- 1983: «La Historia Antigua y la investigación del fenómeno histórico», *Gerión*, 1, 39-61.
- 1979: «Bildprogramme in den römischen Städten des Conventus Tarraconensis. Das zeugnis der Statuenpostamente», *Revista de la Universidad Complutense. Homenaje a García Bellido, IV*, 118, 177-275.
- 1969: *Fasti Hispanienses. Senatorische Reichsbeamte und Offiziere in den spanischen Provinzen des römischen Reiches von Augustus bis Diokletian*. Baden-Baden.
- 1968: *Historia social de Roma*, Madrid.
- ALFÖLDY, G. et al. (eds.) 1995: *Corpus Inscriptionum Latinarum. Editio altera uoluminis secundi pars XIV. Co-*

- nuentus Tarraconensis. Fasciculus Primus. Pars Meridionalis Conuentus Tarraconensis (CIL IP/14), Berlín.
- ALFÖLDY, G.; ABASCAL, J. M.; CEBRIÁN, R. 2003a: «Nuevos monumentos epigráficos del foro de Segobriga. Parte primera: inscripciones votivas, imperiales y de empleados del Estado romano», *ZPE*, 143, 255-274.
- 2003b: «Nuevos monumentos epigráficos del foro de Segobriga. Parte segunda: inscripciones de dignatarios municipales, fragmentos de naturaleza desconocida, hallazgos más recientes», *ZPE*, 144, 217-234.
- ALFÖLDY, G.; PANZIERA, S. (eds.) 2001: *Inchriftliche Denkmäler als medien der Selbstdarstellung in der Römischen Welt*, Stuttgart.
- ALONSO, Á.; CRESPO ORTIZ DE ZÁRATE, S. 2000: *Corpus de Inscripciones Romanas de la Provincia de Zamora (fuentes epigráficas para la Historia social de Hispania Romana)*, Valladolid.
- ANDREU, J. 2009: (ed.): *Fundamentos de Epigrafía latina*, Pamplona.
- 2008: «Sentimiento y orgullo cívico en Hispania. En torno a las menciones de origo en la Hispania Citerior», *Gerión*, 26, 331-360.
- 2004a: *Munificencia pública en la prouincia Lusitania (siglos I-IV d.C.)*, Zaragoza.
- 2004b: *Edictum, municipium y lex: Hispania en época Flavia (69-96 d.C.)*, Oxford.
- 2000: «El comportamiento munificente de las elites hispanorromanas en materia religiosa: la construcción de templos por iniciativa privada en Hispania», en: *Lo sagrado en el proceso de municipalización del Occidente latino, Iberia*, 3, 111-128.
- ARCE, J. 2000: *Memoria de los antepasados. Puesta en escena y desarrollo del elogio público entre los romanos*, Madrid.
- ARIÑO, E.; PAULE, Á. 2001-2002: «Una delimitación territorial de época de Vespasiano: dos inscripciones rupestres en el norte de la provincia de Cáceres (España)», *Aquitania*, 18, 411-419.
- AUDOLLENT, A. 1904: *Defixionum tabellae*, París.
- BALDASARRE, I. 2002: «La necropoli dell'Isola Sacra», en: VAQUERIZO, D. (ed.): *Espacios y usos funerarios en el Occidente romano. II*, Córdoba, 11-26.
- BARATTA, G. 2006: «Alcune osservazioni sulla genesi e la diffusione delle cupae», en: *L'Africa Romana/17*, Sassari, 1669-1681.
- BATTLE, P. 1946: *Epigrafía latina*, Barcelona.
- BELTRÁN LLORIS, F. 2006: «An Irrigation Decree from Roman Spain: the lex Riui Hiberiensis», *JRS*, 96, 147-197.
- 2003: «Una variante provincial de hospitium: pactos de hospitalidad y concesión de ciudadanía local en la Hispania Tarraconense», en: *Epigrafía y sociedad en Hispania durante el Alto Imperio: estructuras y relaciones sociales*, Madrid, 33-56.
- 1999: «Inscripciones sobre bronce: ¿un rasgo característico de la cultura epigráfica de las ciudades hispanas?», en: *XI Congresso Internazionale di Epigrafia Greca e Latina. Roma, 18-24 settembre 1997*, Roma, 21-37.
- 1995 (ed.): *Roma y el nacimiento de la cultura epigráfica en Occidente. Actas del Coloquio Roma y las primeras culturas epigráficas del Occidente mediterráneo (siglos II a.E - I d.E.)*, Zaragoza.
- BÉRARD, F. et al. 2000: *Guide de l'épigraphiste. Bibliographie choisie des épigraphies antiques et médiévales*, París.
- BLÁZQUEZ, J. M^a. 1983: *Primitivas religiones ibéricas*, Madrid.
- BLÁZQUEZ, J. M^a; REMESAL, J. (eds.) 1997-2007: *Estudios sobre el monte Testaccio (Roma). I-VI*, Barcelona.
- BONNEVILLE, J. N. 1984: «Le support monumental des inscriptions: terminologie et analyse», en: *Epigraphie Hispanique. Problèmes de Méthode et d'Édition*, París, 117-152.
- BOWMANN, A.; THOMAS, J. D. 1994: *The Vindolanda Writing Tablets*, Londres.
- BUECHELER, F. 1895-1897: *Carmina Latina Epigraphica*, Leipzig.
- CABALLOS, A. 1998: «Las fuentes del Derecho: la epigrafía en bronce», en: *Hispania. El legado de Roma*, Zaragoza, 181-195.
- 1990a: «La técnica prosopográfica en Historia Antigua ante la pérdida de Sir Ronald Syme», *Veleia*, 7, 189-207.
- 1990b: *Los senadores hispanorromanos y la romanización de Hispania (siglos I-III)*, Écija.
- CABALLOS, A.; DEMOUGIN, S. (eds.) 2006: *Migrare. La formación des élites dans l'Hispanie Romaine*, Burdeos.
- CABALLOS, A.; ECK, W.; FERNÁNDEZ-GÓMEZ, F. 1996: *El senadoconsulto de Cneo Pisón padre*, Sevilla.
- CAGNAT, R. 1914: *Cours d'Épigraphie Latine*, París.
- CAMODECA, G. 1999: *Tabulae Pompeianae Sulpiciorum. Edizione critica dell'archivio puteolano dei Sulpicii. I-II*, Roma.
- CANCELA, M^a. L. 2001: «Los monumentos funerarios de las elites hispanas», en: NAVARRO, M.; DEMOUGIN, S. (eds.): *Élites hispaniques*, Burdeos, 105-120.
- CARROLL, M. 2006: *Spirits of the Dead. Roman Funerary Commemoration in Western Europe*, Oxford.
- CASTILLO, C. 1999: «Ciudades privilegiadas en Hispania: veinticinco años de estudio (1972-1996)», en: *Ciudades privilegiadas en el Occidente romano*, Sevilla, 269-278.
- 1995: «El progreso de la epigrafía romana en Hispania (1988-1992)», *Emérita*, 63, 197-223.
- 1991: «El progreso de la epigrafía romana en Hispania (1983-1987)», *Emérita*, 59, 225-273.

- 1985: «El progreso de la epigrafía romana en Hispania (1977-1982)», *Emérita*, 53, 205-248.
- 1979: «El progreso de la epigrafía romana en Hispania (1972-1977)», *Emérita*, 47, 35-66.
- 1973: «El progreso de la epigrafía romana en Hispania (1967-1972)», *Emérita*, 41, 19-127.
- 1965: *Prosopographia Baetica*, Pamplona.
- CASTILLO PASCUAL, M^a. J. 1996: *Espacio en orden. El modelo gramático-romano de ordenación del territorio*, Logroño.
- CASTRÉN, P.; LILIUS, M. 1970: *Graffiti del Palatino. II. Domus Tiberiana*, Helsinki.
- CEBALLOS, A. 2004: *Los espectáculos en la Hispania romana. La documentación epigráfica. I y II*, Mérida.
- CEBRIÁN, R. 2000: *Titulum fecit. La producción epigráfica romana en las tierras valencianas*, Madrid.
- CHIAVIA, C. 2002: *Programmata. Manifesti elettorali nella colonia romana di Pompei*, Turín.
- COLLINGWOOD, R. G.; WRIGHT, R. P. 1990-1995: *The Roman Inscriptions of Britain. Volume II. Instrumentum domesticum*, Oxford.
- COMES, R.; RODÀ, I. (eds.) 2002: *Scripta manent. La memoria escrita dels romans – La memoria escrita de los romanos*, Barcelona.
- COOLEY, A. E. (ed.) 2002: *Becoming Roman, Writing Latin? Literacy and Epigraphy in the Roman West*, Portsmouth-Rhode Island.
- CORBIER, M. 2006: *Donner à voir, donner à lire. Mémoire et communication dans le Rome ancienne*, París.
- CORBIER, P. 1998: *L'Épigraphie Latine*, París.
- CORELL, J. 2005: *Inscripcions romanes del País Valencià. II: 1. L'Alt Palència, Edeba, Lesera i els seus territoris. II: 2. Els mil·liaris del País Valencià*, Valencia.
- 2002: *Inscripcions romanes del País Valencià. IA e IB. Sanguntum i el seu territori*, Valencia.
- CORTÉS, C. 2002-2003: «Epigrafía y territorio en la Hispania romana: los *termini* públicos», *Anas*, 15-16, 107-126.
- CRUZ ANDREOTTI, G.; ROSADO, V. 2001: *Las leyes municipales en Hispania. 150 Aniversario del descubrimiento de la Lex Flavia Malacitana*, Mainake, 23, Málaga.
- DARDAINE, S. 1980a: «Honneurs funebres et notables municipaux dans l'épigraphie de la Bétique», *Habis* 23, 139-151.
- 1980b: «Le formule épigraphique impensam remisit et l'évergétisme en Bétique», *MCV*, 16, 39-55.
- DÍAZ, B. 2008: *Epigrafía latina republicana de Hispania*, Barcelona.
- 2005: «Glandes inscriptae de la península ibérica», *ZPE*, 153, 219-236.
- 2004: «Pactos entre ciudades, un rasgo peculiar del hospitium hispánico», en: BELTRÁN LLORIS, F. (ed.): *Antiqua Iuniora. En torno al Mediterráneo en la Antigüedad*, Zaragoza, 97-108.
- D'ORS, Á. 1953: *Epigrafía jurídica de la España romana*, Madrid.
- DONATI, Á. 2002: *Epigrafía romana. La comunicazione nell'antichità*, Bolonia.
- DRESSEL, H. 1898: *Corpus Inscriptionum Latinarum. Vol. XV. Inscriptiones Urbis Romae Latinae. Instrumentum domesticum. Pars 2*, Berlín.
- 1891: *Corpus Inscriptionum Latinarum. Vol. XV. Inscriptiones Urbis Romae Latinae. Instrumentum domesticum. Pars 1*, Berlín.
- ECK, W.; CABALLOS, A.; FERNÁNDEZ GÓMEZ, F. 1997: «El Senatus Consultum de Cn. Pisone Patre», en: *Hispania Romana. Desde tierra de conquista a provincia del Imperio*, Madrid, 215-221.
- EDMONSON, J. 2007: *Granite Funerary Stelae from Augusta Emerita*, Mérida.
- ENCARNACIÓN, J. D' 2006: *Epigrafía. As pedras que falam*, Coimbra.
- 1994: «La contribution de l'épigraphie à l'étude des divinités indigènes dans la Péninsule Ibérique», en: *L'Afrique, la Gaule, la religion à l'époque romaine. Mélanges à la mémoire de Marcel Le Glay*, Bruselas, 551-559.
- 1975: *Divindades indigenas sob o dominio romano em Portugal. Subsídios para o seu estudo*, Lisboa.
- FERAUDI-GRUENAI, F. 2003: *Inschriften und «Selbstdarstellung» in Stadtrömischen Grabbauten*, Roma, Libitina-Quasar.
- FÉVRIER, J. A. 1987: «Paroles et silences (à propos de l'épigraphie africaine)», en: *L'Africa Romana/4*, Sassari, 167-192.
- GALLEGO, H. 1994: «Laudationes, impensa funeris, locus sepulturae: la mujer y los honores funerarios en Hispania», *Hispania Antiqua*, 18, 267-276.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, E. 2001: *El municipio latino. Origen y desarrollo constitucional*, Madrid.
- GIMENO, H. 1998: «El descubrimiento de Hispania», en: *Hispania. El legado de Roma*. Zaragoza, 25-35.
- 1996: *Historia de la investigación epigráfica en España en los siglos XVI y XVII a la luz del recuperado manuscrito del conde de Guimerà*, Zaragoza.
- GOFFIN, B. 2002: *Euergetismus in Oberitalien*, Bonn.
- GOUDENAU, CH. 2006: *Religion et Société en Gaule*, París (Editions Errance/Rhône).
- GÓMEZ PALLARÈS, J. 2007: «El espacio cultural de Roma, ayer y hoy», en: RODÀ, I. (ed.): *Roma S. P. Q. R. Senatus Populusque Romanus*, Madrid, 385-395.
- 1994: «Els paviments musius amb inscriptions a "Hispania" i el seu context iconogràfic i edilici», en: *La ciudad en el mundo romano. XIV Congreso Internacional de Arqueología Clásica*, Tarragona, 176-177.
- 1993: «Epigrafía romana sobre mosaico en Hispania», en: MAYER, M.; GÓMEZ PALLARÈS, J. (eds.): *Religio Deorum*, Sabadell, 261-270.

- GONZÁLEZ, J. 1990: *Bronces jurídicos romanos de Andalucía*, Sevilla.
- GONZÁLEZ HERRERO, M. 2006: *Los caballeros procedentes de la Lusitania romana. Estudio prosopográfico*, Madrid.
- GREGORI, G. L.; MATTEI, M. M. 1999: *Supplementa Italica-Imagines. Roma (CIL, VI). 1. Musei Capitolini*, Roma.
- GRUPO MÉRIDA 2003: *Atlas Antroponímico de la Lusitania romana*, Mérida-Burdeos.
- HASEGAWA, K. 2005: *The Familia Urbana during the Early Empire. A Study of Columbaria Inscriptions*, Oxford.
- HEINZELMANN, M. 2000: *Die Nekropolen von Ostia. Untersuchungen zu den Gräberstrassen vor der Porta Romana und an der Via Laurentina*, Munich.
- HERNÁNDEZ GUERRA, L. 2001: *Epigrafía de época romana de la provincia de Salamanca*, Valladolid.
- HERNANDO, R. 2005: *Epigrafía romana de Ávila*, Pensac.
- HESBERG, H. VON 1993: «Römische Grabbauten in den hispanischen Provinzen», en: *Hispania Antiqua. Denkmäler der Römerzeit*, Mainz, 159-181.
- HORSTER, M. 2001: *Bauinschriften römischen Kaiser. Untersuchungen zu Inschriftenpraxis und Bautätigkeit in Städten des Westlichen Imperium Romanum in der Zeit des Prinzipats*, Stuttgart.
- JOUFFROY, H. 1986: *La construction publique en Italia et dans l'Afrique Romaine*, Estrasburgo.
- JULIA, D. 1965: «Les monuments funéraires en forme de demi-cylindre dans la province romaine de Tarragonaise», *MCV*, 1, 29-54.
- KHANOUSSE, M.; MAURIN, L. (dirs.) 2002: *Mourir a Dougga. Recueil des inscriptions funéraires*, Burdeos-Túnez.
- KLOFT, H. 1970: *Liberalitas Principis. Herkunft und Bedeutung. Studien zur Prinzipatsideologie*, Colonia-Viena.
- LASSÈRE, J.-M. 2005: *Manuel d'Épigraphie Romaine. L'individu - La cité*, París.
- LE ROUX, P. 1994: «Cultes indigènes et religion romaine en Hispanie sous l'Empire», en: *L'Afrique, la Gaule, la religion à l'époque romaine. Mélanges à la mémoire de Marcel Le Glay*, Bruselas, 560-567.
- LONDON, J. E. 1997: *Empire of Honour. The Art of Government in the Roman World*, Oxford.
- LÓPEZ BARJA, P. 1993: *Epigrafía Latina. Las inscripciones romanas desde los orígenes al siglo III d.C.*, Santiago de Compostela.
- LÓPEZ MELERO, R. 1997: «Enterrar en Vrso (Lex Vrsonensis, LXXIII-LXXIV)», en: MANGAS, J.; GARCÍA-GARRIDO, M.: *Lex Vrsonensis. Estudio y edición crítica, Studia Historia. Historia Antigua*, 15-16. Salamanca, 105-118.
- 1984: «El bronce de Alcántara, una deditio del 104 a.C.», *Gerión*, 1984, 265-324.
- LOSTAL, J. 1992: *Los miliarios de la provincia Tarraconense (conventos Tarraconense, Cesaraugustano, Cluniense y Cartaginense)*, Zaragoza.
- MAC MULLEN, R. 1982: «The Epigraphic Habit in the Roman Empire», *AJPh*, 103-3, 233-246.
- 1959: «Roman Imperial Building in the Provinces», *HStClPh*, 64, 207-235.
- MANGAS, J.; GARCÍA-GARRIDO, M. 1997: *Lex Vrsonensis. Estudio y edición crítica, Studia Historia. Historia Antigua*, 15-16, Salamanca.
- MARCO, F. 1976: *Tipología y técnicas en las estelas decoradas de tradición indígena de los conventos cesaraugustano y cluniense*, Zaragoza.
- MARTÍNEZ MAZA, C. 2006: «Aracus Arantoniceo», «Bandua», y «Nabia», en: ROLDÁN, J. M. (dir.): *Diccionario Akal de la Antigüedad Hispana*, Madrid, 85, 130 y 658.
- MAYER, M. 1998: «Propuesta de lectura para el vaso de los circenses del alfar de La Maja», *Kalakorikos*, 3, 187-192.
- 1993: «Vinari Letari», *BSAA*, 49, 179-181.
- MAYER, M.; GÓMEZ PALLARÈS, J. (eds.) 1993: *Religio Deorum*, Sabadell.
- MELCHOR, E. 2003: «Indicaciones y omisiones del rango personal de los dedicantes en los homenajes estatuarios realizados en los municipios y colonias hispanorromanos», *Salduie*, 3, 129-142.
- 1999: *La munificencia cívica en el mundo romano*, Madrid.
- 1993-1994: «Las elites municipales de Hispania en el Alto Imperio: un intento de aproximación a sus fuentes de riqueza», *Florentia Iliberritana*, 4-5, 335-349.
- 1992-1993: «La construcción pública en Hispania romana: iniciativa imperial, municipal y privada», *MHA*, 13, 129-170.
- 1992: «Evergetismo y distribuciones en la Hispania romana», *Florentia Iliberritana*, 3, 375-398.
- MILLAR, F. 1982: «Epigrafía», en: CRAWFORD, M. (ed.): *Fuentes para el estudio de la Historia Antigua*, Madrid, 81-136.
- 1981: «Style Abides (Ronald Syme, *Roman Papers* I-III)», *JRS*, 71, 144-152.
- MORENO, I. 2004: *Vías romanas. Ingeniería y técnica constructiva*, Madrid.
- MUSEROS, L. 2002: «Las defixionum tabellae latinas de Hispania», en: *Noua et Vetera: Nuevos Horizontes de la Filología Latina. II*, Lugo, 1215-1225.
- MUSUMECI, F. 1978: «Statuae in publico positae», *SDHI*, 44, 191-203.
- NAVARRO, J. 2006: «Senadores y caballeros hispanos de época flavia», en: RODRÍGUEZ NEILA, J. F.; MELCHOR, E. (eds.): *Poder central y autonomía municipal. La proyección pública de las elites romanas de Occidente*, Córdoba, 185-209.

- 1999: «El retorno a las ciudades de la aristocracia romana. Los senadores hispanos», en: RODRÍGUEZ NEILA, F. F.; NAVARRO, J. (eds.): *Elites y promoción social en Hispania romana*, Pamplona, 167-199.
- 1997: «Tituli honorarii: vínculos intensos entre senadores y comunidades en el Imperio romano», *Veleia*, 14, 255-293.
- NORR, D. 1989: *Aspekte des römischen Völkerrechts. Die Bronzetafel von Alcántara*, Munich.
- OLIVARES, J. C. 2002: *Los dioses de la Hispania céltica*, Madrid.
- ORTIZ DE URBINA, E. 2006: «La exaltación de la elite provincial. Los homenajes estatuarios decretados o autorizados por la provincia Hispania Citerior», *Epigraphica*, 68, 45-84.
- ORTEGA Y GASSET, J. 1941: *Historia como sistema y del Imperio romano*, Madrid.
- OZCÁRIZ, P. 2009: «El instrumentum domesticum y el instrumentum inscriptum», en: ANDREU, J. (ed.): *Fundamentos de Epigrafía Latina*, Pamplona, 553-577.
- PASTOR, M. 2004: *Epigrafía latina*, Granada.
- 2002: *Corpus de Inscripciones Latinas de Andalucía. IV*, Granada-Sevilla.
- RABANAL, A.; GARCÍA MARTÍNEZ, S. 2001: *Epigrafía romana de la provincia de León: revisión y actualización*, León.
- RAMÍREZ SÁDABA, J. L. 2007: «Arqueología de la muerte en época romana», en: *La tierra te sea leve. Arqueología de la muerte en Navarra*, Pamplona, 133-148.
- 2003: *Catálogo de las inscripciones imperiales de Augusta Emerita*, Mérida.
- REMESAL, J. 2004 (ed.): *Epigrafía anfórica*, Barcelona.
- 2002: «Aspectos legales del mundo funerario romano», en: VAQUERIZO, D. (ed.): *Espacios y usos funerarios en el Occidente romano. I*, Córdoba, 369-378.
- RIBEIRO, J. C. 2002: *Religiões da Lusitânia. Loquuntur saxa*, Lisboa.
- RIVES, J. B. 2007: *Religion in the Roman Empire*, Oxford.
- RODÀ, I. (ed.) 2007: *Roma S. P. Q. R. Senatus Populusque Romanus*, Madrid.
- RODRÍGUEZ COLMENERO, A.; FERRER, S.; ÁLVAREZ, R. D. 2004: *Callaeciae et Asturiae Itinera Romana. Miliarios e outras inscrições varias romanas do Noroeste Hispánico (conventos bracarense, lucense e asturicense)*, Lugo.
- RODRÍGUEZ NEILA, J. F. 1999: «Elites municipales y ejercicio del poder en la Bética romana», en: RODRÍGUEZ NEILA, J. F.; NAVARRO, J. (eds.): *Elites y promoción social en la Hispania romana*, Pamplona, 25-102.
- 1992: «Algunas observaciones sobre los acotados funerarios romanos», en: *In Memoriam J. Cabrera Moreno*, Granada, 437-448.
- 1991: «Espacios de uso funerario con indicación de medidas en las necrópolis romanas», *Conimbriga*, 30, 59-94.
- 1987-1988: «Elogio público de un magistrado municipal romano», *Habis*, 18-19, 407-435.
- RODRÍGUEZ NEILA, J. F.; MELCHOR, E.: 2001: «Evergetismo y cursus honorum de los magistrados municipales en las provincias de Bética y Lusitania», en: CASTILLO, C.; NAVARRO, J.; MARTÍNEZ, R. (eds.): *De Augusto a Trajano. Un siglo en la Historia de Hispania*, Pamplona, 139-238.
- SALAMA, P. 1951: *Les voies romaines de l'Afrique du Nord*, Argel.
- SÁNCHEZ-OSTIZ, Á. 1999: *Tabula Siarensis. Edición, traducción y comentario*, Pamplona.
- SÁNCHEZ-PALENCIA, F. J.; MANGAS, J. (coords.) 2000: *El edicto del Bierzo, Augusto y el noroeste de Hispania*, Ponferrada, 2000.
- SANTOS, J.; HOCES DE LA GUARDIA, Á. L.; HOYO, J. DEL 2005: *Epigrafía romana de Segovia y su provincia*, Segovia.
- SAQUETE, J. C. 1997: «El hábito epigráfico entre los romanos», en: *Hispania romana. Desde tierra de conquista a provincia del Imperio*, Madrid, 273-281.
- SARTORI, G. 1993: «Epigrafía sacra e appariscenza sociale», en: MAYER, M.; GÓMEZ PALLARÈS, J. (eds.): *Religio Deorum*, Sabadell, 423-434.
- SAYAS, J. J. 1989: «Los pactos de hospitalidad de Pompaelo en el contexto de los pactos de la península ibérica», en: *El solar vascón en la Antigüedad. Cuestiones de lengua, arqueología, epigrafía e historia*, San Sebastián, 95-125.
- SCHMIDT, M. 2004: *Einführung in die Lateinische Epigraphik*, Darmstadt.
- SETTIS, S.; GABBA, E. 2003: *Misurare la terra: centuriazione e coloni nel mondo romano*, Módena.
- SILLIÈRES, P. 1990: *Les voies de communication de l'Hispanie meridionale*, París.
- SOLIN, H.; IKTONEN-KAILA, M. 1966: *Graffiti del Palatino. I. Paedagogium*, Helsinki.
- STYLOW, A. U. 2001: «Las estatuas honoríficas como medio de autorrepresentación de las elites locales de Hispania», en: NAVARRO, M.; DEMOUGIN, S. (eds.): *Élites Hispaniques*, París, 141-156.
- 1995: «Los inicios de la epigrafía latina en la Bética. El ejemplo de la epigrafía funeraria», en: BELTRÁN LLORIS, F. (ed.): *Roma y el nacimiento de la cultura epigráfica en Occidente. Actas del Coloquio Roma y las primeras culturas epigráficas del Occidente Mediterráneo (siglos II a.E.- I d.E.)*, Zaragoza, 219-238.
- STYLOW, A. U. et al. (eds.) 1998: *Corpus Inscriptionum Latinarum. Editio altera voluminis secundi pars V. Conuentus Astigitanus (CIL II²/5)*, Berlín.
- STYLOW, A. U.; MAYER, M. 1987: «Los tituli de la Cueva Negra. Lectura y comentarios literario y paleográfico», *Antigüedad y Cristianismo*, 4, 191-235.

- STYLOW, A. U.; ATENCIA, R.; VERA, J. C. 2004: «Via Domitiana Augusta», en: *Siedlung und Verkehr im römischen Reich. Römerstrassen zwischen Herrschaftssicherung und Landschaftsprägung. Akten des Kolloquiums zu Ehren von Prof. H. E. Herzig*, Berna, 361-378.
- STYLOW, A. U.; GONZÁLEZ ROMÁN, C.; ALFÖLDY, G. (eds.) 1995: *Corpus Inscriptionum Latinarum. Editio altera uoluminis secundi pars VII. Conuentus Cordubensis (CIL IP/7)*, Berlín.
- SUSINI, G. C. 1961: *Officine epigrafiche e ceti sociali, Urbana*.
- TOBALINA, E. 2007: *El cursus honorum senatorial durante la época julio-claudia*, Pamplona.
- 2006: «Aelius», «Aemilius», «Caecilius», «Cassius», «Claudius», «Cornelius», «Grattius», «Herennius», «Licinius», «Sulpicius» y «Valerius», en: ROLDÁN, J. M. (dir.): *Diccionario Akal de la Antigüedad hispana*, Madrid, 36-37, 37-38, 178-180, 221-222, 265-266, 309-314, 453, 467-468, 558-560, 879-880 y 955-957.
- TOYNBEE, J. M. C. 1971: *Death and Burial in the Roman World*, Londres.
- TURLAN, J. B. 1955: «L'obligation "ex voto"», *RHDFE*, 33, 504-536.
- VAQUERIZO, D. (ed.) 2002: *Espacios y usos funerarios en el Occidente romano. I y II*, Córdoba.
- VÁZQUEZ, A. M^a. 1982: *La religión romana en Hispania. Fuentes epigráficas, arqueológicas y numismáticas*, Madrid.
- VV. AA. 2007: *XII Congressus Internationalis Epigraphiae Graecae et Latinae*, Barcelona.
- 1998: *Hispania. El legado de Roma*, Zaragoza.
- 1997: *Hispania. De tierra de conquista a provincia del Imperio*, Madrid.
- WESCH-KLEIN, G. 1993: *Funus publicum. Eine Studie zur öffentlichen Beisetzung und Gewährung von Ehrengräbern in Rom und den Westprovinzen*, Heidelberg.

LA IMAGEN DE HISPANIA EN LA HISTORIOGRAFÍA DE LOS SIGLOS XVIII Y XIX*

Mirella Romero Recio
Universidad Carlos III de Madrid

Resumen

La imagen de Hispania en la historiografía de los siglos XVIII y XIX resulta, en general, contradictoria. Frente a la resistencia a admitir el sometimiento al Imperio romano, estudiosos y eruditos no pudieron obviar los innegables vestigios de la Romanización, puestos de manifiesto en los abundantes restos arqueológicos y en la documentación escrita, así como la herencia romana en numerosos aspectos de la cultura nacional, lo que en muchas ocasiones derivó hacia una interpretación en la que primaba el estudio del desarrollo histórico-cultural de Hispania como un ente autónomo, prácticamente al margen de las restantes provincias imperiales. No será hasta bien avanzado el siglo XIX cuando algunos autores logren despojarse de los prejuicios y aborden sin hostilidad la presencia romana como algo positivo.

Palabras clave

Historiografía, Historia Antigua, Hispania, Historia de España, Historia del libro.

Abstract

The image of *Hispania* in the historiography of the 18th and 19th centuries is, in general, contradictory. While reluctant to admit the subjugation to the Roman Empire, specialists and scholars could not ignore the undeniable vestiges of Romanization. This is clearly seen in the abundance of archaeological remains and writings, as well as in the Roman inheritance in many aspects of national culture. This, on many occasions drifted towards an interpretation in which the study of the cultural-historical development of *Hispania* as an autonomous entity prevailed practically on the fringes of the other imperial provinces. It was not until the late 19th century that some writers managed to shed their prejudices and hostility and approach Roman presence as something positive.

Keywords

Historiography, Ancient History, *Hispania*, Spanish History, History of the Book.

* Este trabajo ha sido realizado en el seno del proyecto de investigación financiado por el Ministerio de Educación y Ciencia nº HUM2005-07357-C03-01 y del financiado por la Universidad Carlos III y la Comunidad Autónoma de Madrid nº CCG06-UC3M/HUM-0798.

La imagen de Hispania en la historiografía de los siglos XVIII y XIX resulta, en general, contradictoria. Frente a la resistencia a admitir el sometimiento al Imperio romano, estudiosos y eruditos no pudieron obviar los innegables vestigios de la Romanización, puestos de manifiesto en los abundantes restos arqueológicos y en la documentación escrita, así como la herencia romana en numerosos aspectos de la cultura nacional, lo que en muchas ocasiones derivó hacia una interpretación en la que primaba el estudio del desarrollo histórico-cultural de Hispania como un ente autónomo, prácticamente al margen de las restantes provincias imperiales.

Es necesario tener en cuenta que, hasta bien avanzado el siglo XIX, en España no va a existir un especial interés por el estudio de la historia de Roma salvo cuando éste se aborde en relación con la historia de España. La mayor parte de las publicaciones que afronten de manera exclusiva la historia de Roma serán traducciones –que, en general, mutilarán los capítulos que no se adecuan a la ideología imperante– u obras realizadas por españoles en las que se incide en el aspecto divulgativo y ejemplarizante de esta etapa histórica (Romero 2005, 42-46, 73 y 94-97). Y es que el objetivo prioritario no era ni la Historia Antigua, ni la historia de Roma, sino la reconstrucción de la historia de la nación española, infravalorada e incluso despreciada, según historiadores y políticos, por la historiografía extranjera (Wulff 2003a). «No han tenido pequeña parte nuestros Españoles en esta gloria –dirán los hermanos Rodríguez Mohedano– por más que, o la emulación, y olvido afectado de algunos Extranjeros, o mayormente el descuido, y preocupación de muchos Patricios hayan contribuido no poco a oscurecer esta verdad. Éste es uno de los poderosos estímulos, que nos han movido a emprender esta obra. Deseamos hacer ver el distinguido mérito de muchos Héroes de nuestra literatura en todos sus géneros; y mostrar cuántos Colonos de ella han hecho expediciones gloriosas, y felices descubrimientos en el nuevo mundo literario» (Rodríguez Mohedano 1766, I, IV).

La bibliografía foránea que abordaba la historia de Hispania no era, por tanto, completamente despreciada, pero sí, como se verá a continuación, seleccionada y manipulada. Trataremos de abordar dicha realidad a partir del somero estudio de las dos centurias que centran este capítulo.

El siglo XVIII

La imagen de Hispania a comienzos del siglo XVIII arrastra los tópicos que las primeras historias generales de España fijaran ya en el siglo XVI, prevaleciendo hasta finales del XIX e incluso más allá. El éxito de estas obras hizo que, por ejemplo, la *Historia General de España* de

Juan de Mariana, publicada por primera vez en latín en 1591, fuese la más reeditada y leída todavía en el siglo XIX (Martínez Martín 1991, 117, y 145-146; Álvarez Junco 2003, 91 y 97; García Hernán 2004, 127 y ss.). La historiografía del Antiguo Régimen fijó la imagen de una Hispania ocupada por los invasores romanos, pero no solo con cualidades suficientes como para brillar por sí misma frente a las restantes provincias, sino también como para imponerse a la propia Roma con un grupo de literatos y emperadores anacrónicamente denominados «españoles». Y es ésta la imagen de Hispania que interesaba destacar, por más que resultase contradictoria e incluso incongruente pues, por ejemplo, por una parte, las antigüedades romanas servían como referente para la erudición española –siendo el mejor modelo para el estudio de las antigüedades patrias– (Beltrán 2003, 47-64) y se aceptaban las positivas contribuciones de los romanos en la Lengua, el Arte, el Derecho o la Ingeniería, pero por otra, se defendía que estos prácticamente no condicionaron la esencia «española» que residía en la idiosincrasia de los pueblos autóctonos peninsulares (Wulff 2003a).

Uno de los modelos fundamentales que van a heredar los historiadores españoles del siglo XVIII va a ser el proporcionado por Florián de Ocampo en su *Crónica General de España* (Ocampo 1553; Wulff 2003a, 23-29). Historiador oficial de Carlos I, Ocampo resume las aportaciones bajomedievales y marca en su obra la desunión de los hispanos, divididos entre cartagineses y romanos. Esta idea de la división de los españoles va a ser desarrollada por Ambrosio de Morales, cronista de Felipe II, en *La Coronica General de España* (Morales 1574; Wulff 2003a, 29-36). Su peculiar imagen de Hispania, constituida prácticamente ya como una entidad, viene marcada por la llegada de los romanos invasores –atraídos por las innumerables riquezas peninsulares– que fueron capaces de aprovechar la desunión de unos pueblos que, aunque conquistados por no ser capaces de afrontar su defensa unidos –algo que solo conseguirían los Reyes Católicos– poseían, sin embargo, algunos de los rasgos que caracterizarían a los españoles a lo largo de su Historia: valor, arrojo, inteligencia e ingenuidad. Ahora bien, Ambrosio de Morales también mostrará un profundo interés por el legado romano en Hispania a través de sus restos arqueológicos, realizando viajes para recopilar –además de documentos y manuscritos– epígrafes, monedas y objetos arqueológicos, convenciendo al monarca para que se enviase a las distintas localidades del país un cuestionario en el que se solicitaban datos arqueológicos, toponímicos, históricos y eclesiásticos –las habitualmente llamadas «relaciones topográficas» (Alvar 1999, 275-290)– y publicando las *Antigüedades de las ciudades de España* (Alcalá de Henares, 1575). La información obtenida en sus viajes y en estos interrogatorios también sería incorporada en gran parte a su *Coronica*, donde

de nuevo intenta dar a conocer la Antigüedad romana de España (Morán/Rodríguez 2001, 32 y ss.; Sánchez Madrid 2002). Pero la Hispania imperial sería básicamente valorada desde la perspectiva de su aportación al encumbramiento de Roma, es decir, subrayando la labor de las grandes personalidades de origen hispano que destacaron en la política —emperadores como Trajano, Adriano y Teodosio—, las letras —Séneca o Quintiliano— y en la entrega a la fe cristiana —santos, mártires y clérigos—, llegando a ser incluso foco de atracción de los apóstoles durante la etapa de cristianización de la parte occidental del Imperio.

La historiografía del XVIII seguirá, así pues, la huella de historiadores humanistas que, como Ambrosio de Morales, habían puesto de manifiesto la importancia de realizar una recopilación de documentos y restos arqueológicos para abordar adecuadamente los estudios históricos. A través de la Real Academia de la Historia se fomentaron los viajes en suelo peninsular con el fin de recopilar la documentación necesaria que permitiera elaborar una nueva historia del país (Mora 1998, 41 y ss.). Estos iban a poner a la luz un abundante número de restos de época romana que ayudarían a desechar de una vez por todas los falsos cricones —que habían gozado de un gran éxito en anteriores centurias— y pondrían también de manifiesto la importancia de Hispania como parte del Imperio (Godoy Alcántara 1999 [1868]; Caro Baroja 1991; Gimeno 1998, 31-32). Ya a comienzos de siglo, Juan de Ferreras, en su *Sinopsis histórico-chronologica* (1700-1727) —una de las pocas obras que se traduce a otra lengua: el francés (Romero 2005, 74)—, había realizado un esfuerzo por eliminar aquellas fábulas que envolvían la Historia Antigua de España aunque la influencia de la ideología católica seguía condicionando inevitablemente su interpretación histórica.

Comisionados por la Academia, varios especialistas realizaron viajes literarios con diferentes objetivos (Almagro-Gorbea/Maier 2003, 1-27). Fernando VI, por ejemplo, nombró en 1750 una comisión científica para el estudio y la recuperación de la documentación y del legado histórico, y autorizó a la Real Academia de la Historia para que enviara a uno de sus miembros a reconocer las antigüedades de España. Con este propósito, Luis José Velázquez de Velasco, marqués de Valdeflores, acompañado por un dibujante, Esteban Rodríguez, recorrió la geografía española mientras recopilaba cuantas fuentes documentales se le daban a conocer (Álvarez Martí-Aguilar 1996; Canto 1997, 499-516; León 2006, 45-57). Los datos sobre este viaje, que comenzó significativamente en Mérida —pues el doctor José Alsinet y Cortada, médico de Mérida, había enviado al director de la Academia, Agustín de Montiano y Luyando, una carta donde denunciaba el mal estado en que se encontraban los restos arqueológicos de la antigua *Augusta Emerita* (Almagro-Gorbea/

Maier 2003, 5 y 8)—, no llegaron a publicarse. Solo en 1765 saldría a la luz una *Noticia del Viage* donde se reestructura esta memoria de los trabajos realizados que se conserva en la Academia (RAH, 9/6000). Más adelante, entre junio de 1798 y marzo de 1801, José Cornide de Folgueira y Saavedra, bibliotecario y secretario de la Real Academia de la Historia, completó en gran medida el viaje realizado por el marqués de Valdeflores, recopilando antigüedades (inscripciones, esculturas, edificios) y recorriendo los caminos romanos de Extremadura y Portugal (Almagro-Gorbea, M.: 1997, 37-39). Entre otros viajes también merece la pena destacar los realizados por Ignacio de Hermosilla a Talavera la Vieja en 1762, el viaje por España encomendado por Campomanes a Antonio Ponz —uno de los pocos que llega a publicarse (*Viage de España*, 1772-1794)—, o el realizado por José Cornide a *Segobriga* en 1793 (Almagro-Gorbea/Maier 2003, 8-9, y 19-20).

Una buena parte de los dibujos que se realizaron durante estos viajes fueron incluidos en una de las grandes obras históricas del XVIII, la *España Sagrada* del agustino Enrique Flórez de Setién y Huidobro (fig. 1), continuada a la muerte de éste —que publicó hasta el tomo XXVII— por el P. Manuel Risco y por otros autores (al respecto, puede verse: Campos, y Fernández Sevilla, F. J.: 2000, lx-xxxvii). Se trata de una



Figura 1. Portada de una de las más importantes obras de la historiografía sobre Hispania en el siglo XVIII, la *España Sagrada* de Enrique Flórez.

geografía eclesiástica donde el autor sigue la división en diócesis, extendiéndose a los dominios españoles y portugueses en las Indias orientales y occidentales. Aunque el P. Flórez tuvo el poco acierto de eliminar algunos documentos, en su afán por proteger la excelsa historia eclesiástica de Hispania, lo cierto es que su obra supone una excelente recopilación de materiales que remiten al Bajo Imperio en Hispania. Aunque el objetivo de la *España Sagrada* fuese la descripción de las sedes episcopales, Enrique Flórez mostró un gran interés por el estudio de la fase más antigua de éstas, dedicando cuatro tomos al origen de las sedes, deteniéndose en las bases geográficas, cronológicas y, de manera particular, en el nacimiento del Cristianismo en España. Y es que el agustino fue uno de los eruditos españoles del XVIII que mostró un mayor interés por la Antigüedad, como muestran sus obras, su afición por la numismática antigua o los viajes científicos que realizó para recoger materiales destinados a apoyar su labor investigadora (Campos y Fernández de Sevilla 2003, 57-96).

En el siglo XVIII es habitual que, con el fin de ensalzar el sentimiento católico y la raigambre cristiana del país, aparezcan publicaciones en las que se analiza, por una parte, la presencia de España en los textos bíblicos y, por otra, la existencia de santos en suelo peninsular. Las obras de Historia más sobresalientes que abordaremos más adelante se someten a estas premisa que son ampliamente desarrolladas por autores como Pablo Ignacio Dalmases y Ros (1702), Pablo Yáñez de Avilés (1733), Manuel Villodas (1796) o José Tolrá (1797), entre otros (Romero Recio 2005, 81-83). En general, la imagen de la Península cristianizada por San Pablo, Santiago Apóstol o los Varones apostólicos (Vives 1964, 495-508) prevalecía, a pesar de los vestigios arqueológicos, sobre la de una Hispania romanizada, tanto en el ámbito político, económico, social y cultural, como en el religioso.

En la imagen de Hispania que transmite la Historiografía influyó también, y mucho, el afán localista. Las historias locales que pretendían ensalzar los orígenes de determinadas regiones o pueblos identificando restos arqueológicos con ciudades mencionadas en los textos antiguos prevalecieron frente a las historias de conjunto. La historiografía local andaluza, que ha sido una de las mejor estudiadas (Guinea 1991, 241-257, 1995, 121-133; Wulff 1992, 137-149, 2003b, 127-215), cuenta con destacados eruditos como Antonio Jacobo del Barco y Gasca —que mostró un gran interés por el estudio de la Antigüedad del sur de la península Ibérica (Fombuena 2003, 33-48, con bibliografía)— o Tomás Andrés de Gussemme, uno de los mejores críticos de inscripciones de la época (Remesal 1981, 1998a, 499-517, 1998b, 223-253). De manera general, la historiografía local centra básicamente su atención en tratar de identificar los topónimos antiguos, conocidos

por las fuentes literarias, epigráficas o numismáticas, con las localidades en cuestión (Guinea 1995, 125-126). Además, sus intereses se volcaron en intentar mostrar que los núcleos urbanos, cuya historia abordaba, fueron ciudades importantes en época romana y, mejor aún, que llegaron a disfrutar del estatuto de colonia o municipio. De nuevo, así pues, queda patente la incongruencia entre la resistencia a admitir la Romanización y el sometimiento al poder romano y el deseo de gloria buscado en los méritos y dignidades alcanzadas durante la etapa de Hispania como provincia romana.

El colmo de la gloria de una localidad se producía, de nuevo, cuando además se era capaz de demostrar la existencia de mártires cristianos y grandes dignidades eclesiásticas en su suelo. El deseo de justificar la mayor antigüedad de algunos lugares, frecuentemente con la intención de relacionarlos con la llegada de los apóstoles, los varones apostólicos u otros acontecimientos vinculados a la propagación del Cristianismo, llevó incluso a la falsificación de documentos, epígrafes y restos arqueológicos (Godoy Alcántara 1999 [1868]; Caro Baroja 1991; Álvarez Barrientos/Mora 1985, 163-189; Gimeno 1998, 31-32, 2003, 183 y ss.), como las conocidas falsificaciones de Granada por las que fueron condenados, en 1777, Juan de Flores, Juan de Echeverría y Cristóbal Medina Conde, este último, por cierto, autor de unas *Conversaciones históricas malagueñas* (1789-1793) en las que se exalta la Málaga romana. Las grandes falsificaciones, como ya sucediera en épocas anteriores, se relacionan con el ámbito religioso y todavía en el XVIII se continúa recurriendo a obras admitidas como falsas. En este sentido, resulta más que elocuente el hecho de que en 1738 se autorizase, con el beneplácito de las instituciones, la publicación de la *España primitiva* de Francisco Xavier Manuel de la Huerta y Vega, dedicada a Felipe V, a pesar de haber sido elaborada sin ningún rigor científico, como ponía de manifiesto la censura realizada por Mayans, crítico de las falsas historias que acentuaban el desprestigio de España frente a los restantes países europeos (Mestre 1980, 77).

En las obras de historia de España más vinculadas al movimiento ilustrado se perciben algunos cambios en la valoración de la intervención romana en Hispania. La *Historia Literaria de España* (fig. 2) de los PP. Rodríguez Mohedano (1766-1791) es una de las más importantes en este sentido, pues apunta ya una nueva manera de concebir la Historia Antigua y la historia nacional, ahora bien, siempre desde la perspectiva de lo que hasta bien entrado el siglo XIX se consideraba que debía estudiar la «historia literaria», esto es, la historia de los conocimientos humanos y su progreso cultural, con el fin de que el conocimiento del pasado fuese útil en el desarrollo histórico presente (Urzainqui 1987, 565-589). Es ahora, de hecho, cuando se constituye

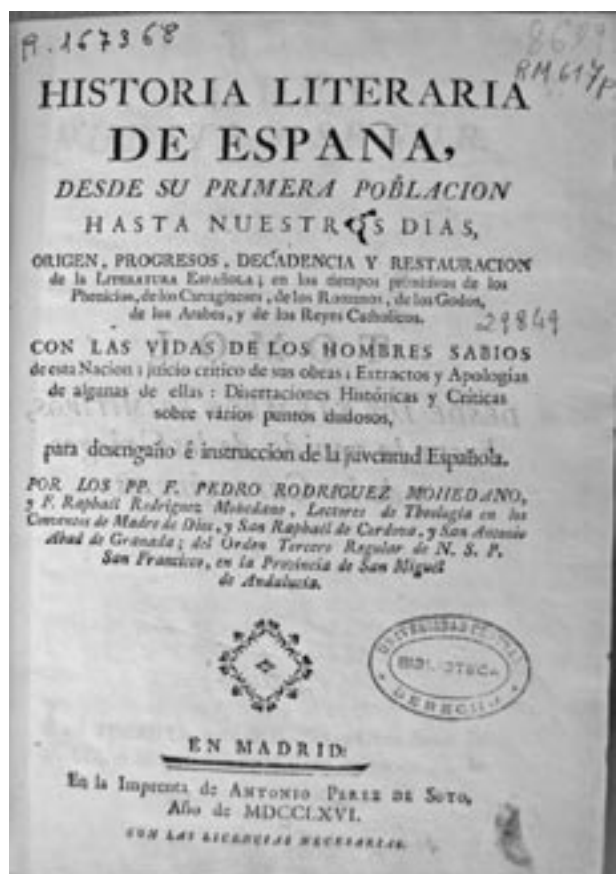


Figura 2. Portada de la *Historia Literaria de España*, de los PP. Rodríguez Mohedano, extraordinario ejemplo, ésta última, de la denominada «historia literaria».

la Cátedra de Historia Literaria en los Reales Estudios de San Isidro (Romero 2004, 235-262). La valoración que se hace de la Hispania romana –cuyo desarrollo abarca hasta el Alto Imperio– es, en general, positiva, si bien se marca el acento en el hecho de que «España» recibió de Roma tanto como esta última recibió de los españoles (Wulff 2003a, 80-81). Roma habría vencido militarmente en un periodo en el que aún no se había producido una degradación de su civilización, pero España habría sabido absorber hasta tal punto dicho grado de civilización que habría superado a Roma tanto en el ámbito cultural –gracias a sus hombres de letras–, como en el institucional, proporcionando hombres de Estado capaces de mantener al Imperio en las cotas más altas.

También gozó de gran consideración en el ámbito de la historia literaria la obra del jesuita expulso Juan Andrés y Morell, *Orígenes, progresos y estado actual de toda la literatura*. Escrita originalmente en italiano, fue traducida por su propio hermano y recomendada como manual a los alumnos de la Cátedra de Historia Literaria de los Reales Estudios de San Isidro (Romero 2004, 241 y ss.). La obra no se detiene propiamente en el estudio de la Hispania romana, pero sí hace una valoración de la literatura latina que afecta a la

imagen de los literatos hispanos y de la propia Roma que es, en general, muy positiva, pues el P. Andrés fue, además, un gran amante de las antigüedades. Sabemos que se formó en la tradición de la escuela valenciana de Manuel Martí y Gregorio Mayans, fue académico y secretario perpetuo de la Academia Herculanense de Inscripciones y Bellas Artes y estudió inscripciones y papiros –hallados todos en las excavaciones que se estaban realizando en Pompeya y Herculano–, monedas y códices. Además, manifestó un gran interés por los restos arqueológicos, que pudo contemplar en su viaje por Italia, y mostró su conocimiento de Virgilio y de otros clásicos, así como de la mitología griega y romana, en algunas publicaciones (Batllori 1966, 534 y ss.; Domínguez Moltó 1978; Caerols 1996; García Gabaldón/Navarro Pastor/Valcárcel 1997, XXIX-CLXVI). Esta aproximación constante a los clásicos y a la Antigüedad tendrá su reflejo en *Origen, progresos y estado actual de toda la literatura*, donde, además de tratar en el primer tomo las literaturas orientales, en menor medida, y, con mayor extensión, la griega y la latina, se dedica un apartado a las literaturas clásicas en casi todos los capítulos de la obra que divide en tres clases –Buenas Letras, Ciencias Naturales y Ciencias Eclesiásticas– y una más que precede a las otras tres, la historia general filosófica de toda la literatura. Sin duda, resulta reseñable el hecho de que esta imagen de un amante de las antigüedades y la literatura clásica romana fuese la que se transmitiese en la Cátedra de los Reales Estudios de San Isidro a los alumnos a través de los *Orígenes, progresos y estado actual de toda la literatura* del P. Andrés, pues pone de manifiesto que también había una historiografía que, desde otra perspectiva, pero asociada a la historia literaria, valoraba el papel de la cultura romana.

Un tratamiento más científico e ilustrado de la imagen de Hispania se realiza también en la *Historia crítica de España*, de Juan Francisco de Masdeu (fig. 3). Como sucediera con el abate Andrés, el jesuita Masdeu hubo de vivir la expulsión promovida por Carlos III en 1767, y su obra, inacabada, fue publicada en español en 20 volúmenes entre 1783 y 1805. Ahora bien, la *Historia crítica* de Masdeu refleja una mayor hostilidad hacia el mundo romano. Su defensa de los pueblos españoles frente al invasor se trasladará a los ámbitos más diversos como, por ejemplo, la prensa. Así, en el *Memorial Literario* de Febrero de 1790, la obra de Masdeu se reseña del siguiente modo: «Los Seviro de la España Romana fueron todos del Orden Sacerdotal; los soldados Brittones eran Españoles, y no Ingleses y Franceses como hasta ahora se ha creído; los corruptores del estilo en Roma fueron los Italianos; los Españoles lo sostuvieron y restablecieron». La visión negativa de los romanos que aparece en la obra de Masdeu presenta a estos últimos como opresores de los hispanos siempre desunidos y, por tanto, presa

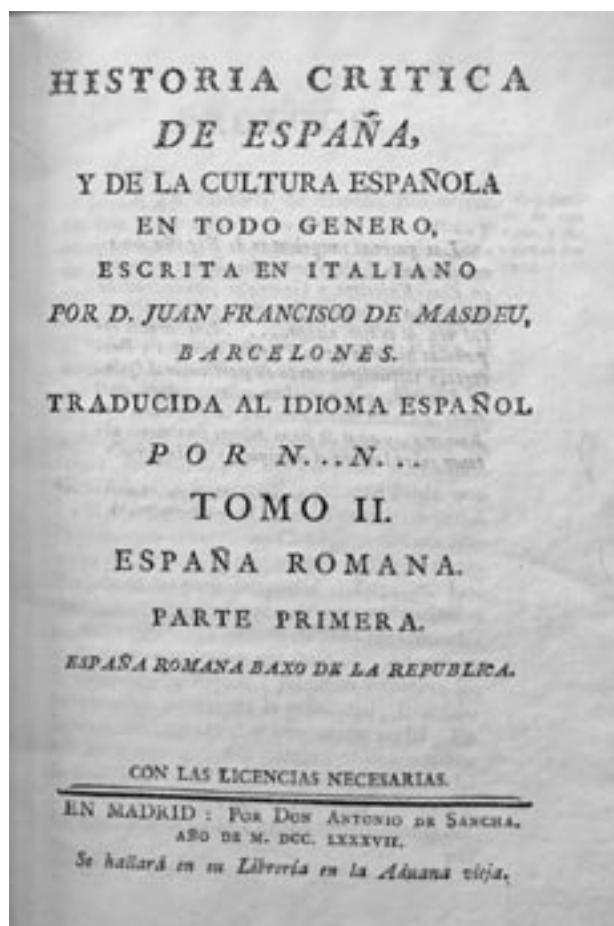


Figura 3. Cubierta de la *Historia Crítica de España*, editada entre 1783 y 1805 por Juan Francisco de Masdeu, seguramente, una de las obras con un tratamiento más científico de la imagen de Hispania.

fácil para la conquista, sobre todo en aquellas provincias que, como la Bética, se habían dejado empapar en mayor medida por la civilización romana dando rienda suelta al vicio y el amor al lujo. A pesar de que el fin de Roma se presenta como una liberación que da paso a una etapa visigoda muy positiva para España, el autor abunda muchísimo en el estudio de la Hispania romana, subrayando, eso sí, que el país pudo desarrollarse mucho más durante este periodo, porque contaba ya con un potencial cultural importante del que no disfrutaban otras provincias imperiales. El elogio de España en la obra de Masdeu no impidió, sin embargo, que la obra fuese incluida en el *Índice de libros prohibidos* y condenada por el Santo Oficio en 1826 a consecuencia de las críticas que el autor había vertido contra el P. Flórez y el P. Risco (Sainz Rodríguez 1989; Mantelli, 1981, 137-148; Peiró 2006, 64, n.º 71).

La visión de los romanos como conquistadores implacables que «no extendían [...] en España sus miras más allá del robo, y de una frenética vanidad de dilatar los límites de sus Repúblicas con la ruina de las ajenas, aunque a costa de innumerables trabajos y vidas» se repite en la obra de otro de los mejores representantes de

la ilustración, José Francisco Ortiz y Sanz: *Compendio cronológico de la Historia de España* (Ortiz y Sanz 1796, II, 16). Y eso a pesar de que el bibliotecario honorario real y académico de la Historia y de San Fernando, fue un gran amante de la literatura clásica y proyectó varios viajes histórico-arqueológicos, entre ellos, uno a Roma, con el fin de estudiar en profundidad las antigüedades clásicas antes de abordar la traducción de la obra de Vitruvio (sobre Ortiz y Sanz puede verse: Rodríguez 1991; Morán 2001, 119 y ss.; Canto 2001, 29-55). Tomando como base la obra de Mariana, la cual admira profundamente, Ortiz y Sanz traza una historia de Hispania que aporta pocas novedades salvo la profunda valoración que hace de las fuentes arqueológicas otorgándoles una importancia fundamental en la correcta interpretación de la realidad histórica. «La Geografía de España antigua —destaca en el prólogo del volumen I— yace todavía cubierta de nieblas. Se sabe poco de ella respecto a lo que falta por saber; y sus progresos serán lentos o ningunos, mientras alguna sociedad de sujetos versados en antigüedades no corran la península con el objeto de descubrir cuantas ruinas de pueblos, y monumentos antiguos oculta la tierra y el descuido» (Ortiz y Sanz 1796, VIII-IX).

Mención aparte merecen las obras de historia de España escritas por autores extranjeros. Al margen de los títulos que pudieran leerse en su versión original, normalmente en francés, las traducciones de publicaciones sobre el tema se limitaron a aquellas obras que trataran con benevolencia la historia patria, y se vieron sometidas a tal cantidad de cambios que pasaban a convertirse en obras prácticamente nuevas que ofrecían la visión que se intentaba imponer sobre la historia general de España (Romero 2005, 51 y ss.). Sin duda la más utilizada, aplaudida y rechazada fue la obra del jesuita Jean Baptiste Duchesne, *Compendio de la Historia de España*, traducida primero por el también jesuita Antonio Espinosa (1749) y, después, por el P. José Francisco de Isla (1754) (sobre las ediciones en cuestión, puede verse: Romero 2005, 51-52). Pocas novedades aporta esta pequeña obra a la imagen de Hispania, pues ya en el Sumario abunda en el carácter conquistador y explotador de los romanos con frases como «Roma envidiosa, con mayor codicia, hace razón de Estado la avaricia», «con que sujeta España a los Romanos, doradas las esposas a las manos. De sus conquistadores, convirtiendo en remedo los horrores, recibió —sin embargo— ceremonias, Lengua, ritos, costumbre y colonias». También en las traducciones aparece, así pues, el eterno conflicto entre inconvenientes y beneficios de la conquista, sin olvidar las ventajas que Roma obtendría al encontrar en Hispania grandes emperadores —por ejemplo, Teodosio, enaltecido en obras como *El héroe español. Historia del emperador Teodosio el Grande*, escrita por Valentin-Esprit Fléchier e igualmente traducida por el padre Isla (1731)—. La

aparición de este tipo de obras entronca, por otra parte, con el interés que despierta en España —donde, a la sazón, se está desarrollando un gobierno absolutista— la historia de los emperadores romanos, pues no debemos olvidar que los propios Borbones llegaron a adoptar un lenguaje visual clasicista, a través del cual se identificaban con estos emperadores, y pusieron la antigüedad clásica al servicio de los intereses regalistas (Mora 1998, 62 y ss.).

El siglo XIX

En el siglo XIX se va a producir un cambio importante en la concepción de la Historia que afectará a la imagen de Hispania en la Historiografía. Aunque este cambio se va a ir produciendo paulatinamente a partir de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, no será hasta mediados de esta centuria cuando verdaderamente sea posible observar una variación importante que afectará tanto a las materias, como a los profesionales dedicados a su enseñanza. Una vez superado el gobierno absolutista de Fernando VII, se avanzó hacia la apertura de nuevas corrientes de pensamiento, que también se vieron representadas en los estudios sobre mundo antiguo, beneficiados ligeramente por una apertura hacia Europa y breves accesos al poder del partido liberal (Romero 2008, 35-55). La reforma potenciada por el ministro de Fomento, Claudio Moyano, en 1857, supuso un momento de inflexión en la edición de libros sobre la Antigüedad. Gracias a ésta, más conocida como Ley Moyano, la facultad de Letras pasó a convertirse en Facultad mayor, y la Historia aparece por primera vez en España como disciplina universitaria con dos asignaturas, Historia de España e Historia Universal (Álvarez de Morales 1972; Peset 1974; Hernández Sandoica/Peset 1990). Los avances en la publicación de obras sobre mundo antiguo a partir de esta fecha vendrán, asimismo, marcados por los cambios políticos, pero se verán beneficiados por el fomento del estudio de la Historia en las aulas universitarias y por un auge de la Historia, gracias también al Romanticismo, que se muestra especialmente sensible al estudio de esta disciplina y, en particular, al desarrollo de los acontecimientos colectivos (Moreno Alonso 1979, 60 y ss.; aunque la influencia romántica solo se dejará notar pasado el reinado de Fernando VII, según hemos sostenido en: Romero 2007, 431-442). La burguesía reclama su espacio en el devenir histórico.

En un primer momento, tanto desde las cátedras de la universidad, como desde otras instituciones como el Ateneo, se había desarrollando una Historia poco crítica. Se trataba, básicamente, como ha puesto de manifiesto I. Peiró (Peiró 2006, 34 y ss.), de una historia política que presentaba el relato del pasado como una generalización de hechos de los cuales podían extraerse

las leyes del devenir histórico que explicaban el presente. Paralelamente a esta forma de hacer Historia se estaba desarrollando otra, heredada del siglo XVIII, centrada en la recopilación de datos —antigüedades, medallas, manuscritos, etc.— que consideraba que podía explicar hechos históricos muy particulares. Pero, según avanza la segunda mitad del siglo XIX, comienza a canalizarse esta erudición y desde instituciones como la Real Academia de la Historia, depositaria de los documentos nacionales necesarios para «ilustrar la historia nacional» y la Escuela Superior de Diplomática, centro fundado en 1856 con el fin de formar funcionarios para las bibliotecas, archivos y museos del Estado, se comienzan a diseñar los principios de la crítica histórica y a asumir como propias las técnicas y ciencias de anticuario (Peiró/Pasamar 1996; Peiró 2006, 34 y ss.). El movimiento romántico también influyó en la conformación de la disciplina arqueológica marcando claramente la evolución de la Anticuaria a la Arqueología que, necesariamente, iba acompañada de una nueva valoración del patrimonio y de los monumentos históricos (Maier 2006, 95-111, y en prensa, s. pp). Precisamente una precoz sensibilidad sobre estos aspectos había llevado ya en 1803, apenas inaugurado el XIX, a la publicación de la Real Cédula por la que Carlos IV aprobaba y mandaba observar la *Instrucción formada por la Real Academia de la Historia sobre el modo de recoger y conservar los monumentos antiguos descubiertos o que se descubran en el Reino* (Maier 2003b, 439-473).

No puede decirse que las publicaciones que se generan para abastecer la demanda de libros de texto que reclama la enseñanza secundaria y universitaria repercutan directa e indiscutiblemente en el desarrollo y progreso de los estudios históricos en España. La proliferación de manuales es destacable, pero se debe fundamentalmente a que supone una importante fuente de ingresos, además de un mérito para la obtención de puntos en el caso del profesorado funcionario (Peiró 1993, 39-57). Algunos, como el *Compendio de la Historia de España*, de Manuel Ibo Alfaro, publicado por primera vez en 1853, continuaban reeditándose a comienzos del siglo XX. Otros, incluso, eran readaptados por los herederos de los difuntos autores que se resistían a perder tan pingües beneficios. De hecho, el deseo de publicar manuales llevó a la pérdida de calidad de los mismos, como criticó Rafael Altamira, de quien hablaremos más adelante, y otros profesionales que reivindicaban una transformación en la forma de investigar y enseñar la historia nacional.

Tanto en los manuales como en los programas de Historia Universal e Historia de España, si bien se aprecia un creciente interés por el estudio de la historia de Roma antigua al margen de la historia patria, se siguen arrastrando los tópicos que habían calado profundamente en la historiografía española y que acabamos de destacar en el apartado dedicado al siglo XVIII.

En este sentido, citaremos únicamente dos ejemplos elocuentes. En primer lugar, en el *Curso de Historia de la civilización de España*, de Fermín Gonzalo Morón, donde se valoran algunos aspectos de la Romanización como la implantación de colonias o municipios, se atribuye a los romanos tal grado de degradación y corrupción que la decadencia del Imperio y, por ende, la de la propia Hispania habría sido un hecho inevitable (Wulff 2002, 138-140). En cuanto al segundo ejemplo, puede hacerse notar que en el *Programa de Historia Universal* para la facultad de Filosofía y Letras de Madrid firmado por Miguel Morayta –político republicano que, como veremos a continuación, valora positivamente la llegada de los romanos a la Península– encontramos epígrafes como: «Protección que a Trajano deben las provincias y determinadamente España» o «Renacimiento de las letras latinas a impulso de los escritores españoles» (Morayta 1878, 40). La intervención de Hispania en la gloria de Roma continua siendo, así pues, uno de los aspectos más subrayados.

Pero, a pesar de que los manuales tienden a consolidar una determinada imagen de la Hispania antigua, van a ser las grandes historias generales de España, elaboradas en gran medida por historiadores/políticos, las que van a trascender en la Historiografía hasta el siglo xx. Además, en España seguía percibiéndose con inquietud la inexistencia de una historia nacional escrita por los propios españoles, por lo que los proyectos que vienen a cubrir este vacío serán recibidos con entusiasmo.

Uno de los proyectos más ambiciosos en este sentido será el ideado por Antonio Cánovas del Castillo (fig. 4), principal ideólogo y político activo de la Restauración alfoncina (especialmente, sobre Cánovas, y en relación a su visión de la Historia: Yllán Calderón 1985). Cánovas fue presidente de la Real Academia de la Historia y desde esta institución promocionó la publicación de una Historia de España que, tomando como punto de partida la etapa prehistórica, fuese escrita por miembros de número de la Academia. Esta Historia se proponía, desde el respeto al catolicismo, abandonar aquellas interpretaciones basadas en los textos bíblicos que carecían de base histórica. Su objetivo, por tanto, era publicar una historia colectiva de España, siguiendo la tendencia europea que abogaba por la publicación de obras realizadas por especialistas en cada materia, pero el proyecto quedó incompleto, pues de los veintiocho estudios ideados solo se completaron ocho. Desgraciadamente, ninguna de las obras publicadas trata la etapa romana de la antigüedad hispana por lo que se pierde la visión «oficial» de la Academia, volcada por otra parte, en la recuperación de restos arqueológicos romanos, como volveremos a destacar más adelante. Desde luego, su visión más abierta a las nuevas investigaciones que rechazaban las viejas interpretaciones de la Biblia, tuvieron poco



Figura 4. Retrato de Antonio Cánovas del Castillo, además de insigne político, uno de los grandes protagonistas de los esfuerzos historiográficos que caracterizaron el periodo de la Restauración.

impacto en algunos sectores conservadores que continuaban abogando por una Historia de España anclada en presupuestos ajenos a cualquier interpretación histórica rigurosa. Este es el caso de la *Historia general de España desde los tiempos antehistóricos hasta nuestros días*, de Manuel Merry y Colón, que, además de rechazar de plano los avances de la Prehistoria, minimiza los aportes de los pueblos conquistadores, entre ellos los romanos, para centrar su atención en la importancia de los acontecimientos asociados a la propagación del Cristianismo como la llegada de Santiago Apóstol o los Varones apostólicos (Álvarez Junco 2003, 420 y ss.; Wulff 2003a, 147-149). Sin duda alguna, la obra de Merry y Colón representa un retroceso radical en los avances producidos en la investigación de la Historia de España a la altura de 1886, así como una constatación de la existencia de un sector de la población muy conservador varado en antiguos presupuestos hacía tiempo rebatidos y descartados.

Sí abundó en el estudio de la Hispania romana otra de las obras más influyentes del xix, la *Historia General de España* de Modesto Lafuente (fig. 5), publicada en treinta volúmenes entre 1850 y 1867. Político liberal y periodista de éxito, considerado el padre de la historia nacional decimonónica y uno de los principales impulsores de la erudición histórica moderna, Modesto Lafuente fue también catedrático de Filosofía y Teología y el primer director de la Escuela Superior de Diplomática. La *Historia general de España* de Lafuente fue la obra por excelencia de la burguesía decimonónica

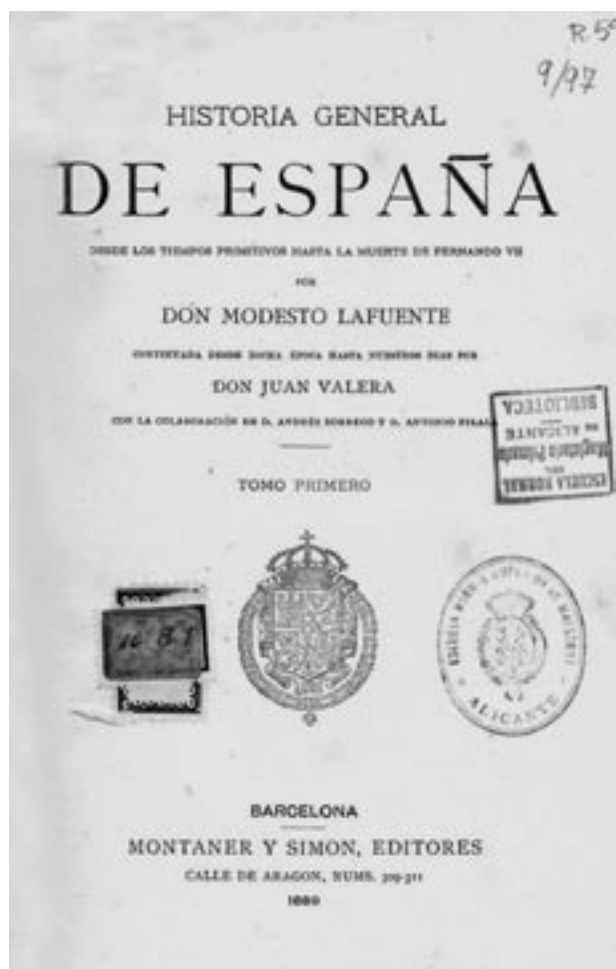


Figura 5. Portada de la *Historia General de España*, de Modesto Lafuente, publicada en treinta volúmenes entre 1850 y 1867.

española, con continuas reediciones y continuaciones que alcanzan la segunda década del siglo xx. Con esta obra se puso fin a la escuela de continuadores de la *Historia de España* del P. Mariana y sirvió de modelo a otras Historias de España, mucho más conservadoras, como las escritas por Fernando Patxot y Ferrer —que firmaba con el pseudónimo Ortiz de la Vega (Patxot y Ferrer 1857-1859)— o Víctor Gebhardt y Coll (Gebhardt y Coll 1863-1864) (sobre ellos, puede verse: Wulff 2003a, 116 y ss.).

Lafuente dejó marcados la mayoría de los tópicos historiográficos que desde entonces serían la base del nacionalismo español. El objetivo de su *Historia General*, que abarca hasta el reinado de Fernando VII, es trazar la evolución de la nación española y, desde esta perspectiva, el estudio de la conquista romana cobra especial relevancia, pues se observa como una de las etapas que, entre otras, lentifica la esperada unificación. Es esta una de las razones por las que la presencia de los romanos en la Península —que se aborda en los dos primeros volúmenes— no sea valorada positivamente por Modesto Lafuente, pero no es la única. Puesto que la obra se inserta en una nueva concepción

de la Historia que, como destacábamos más arriba, trata de integrar a las nuevas clases sociales, el autor no ve con buenos ojos una sociedad en la que no existían las clases medias donde suele residir, dice, «la ilustración y la virtud» (Wulff 2003a, 108 y ss.). Valora, sin embargo, además del papel de los incuestionables emperadores y literatos españoles, el *municipium* —como principio de la libertad futura que representan los fueros—, si bien reprocha a los españoles su pasividad y su excesiva adaptación a la civilización romana, con lo que implícitamente acepta la profunda romanización de la península Ibérica. Enlazando con la historiografía dieciochesca, Lafuente defiende que el gran cambio se producirá con la llegada del Cristianismo que pondrá fin a la degradación romana. No es, por tanto, una imagen positiva la que transmite Lafuente de los romanos en la península Ibérica, aunque sí lo sea la del producto resultante de la integración del territorio hispano en todos los niveles —económico, político, social, cultural— de la estructura del Imperio.

Pero Hispania, o más bien los «españoles» como ya defendiera la historiografía del xviii, también habrían superado a sus propios opresores en la interpretación que ofrece, en la época, el catedrático de Historia de la Literatura en la Facultad de Letras de la Universidad de Madrid, José Amador de los Ríos (fig. 6). Éste estuvo directamente implicado en el desarrollo de la Arqueología y la Museología en España a través de diferentes cargos como la Secretaría de la Comisión Central de Monumentos Históricos y Artísticos entre 1844 y 1868, la Presidencia de la Comisión de Antigüedades de la Real Academia de la Historia y la Dirección del Museo Arqueológico Nacional (sobre su figura, véase Rivière 1992, 64 y ss.; y, más recientemente: Balmaseda 2004, 257-288). Defensor, por tanto, a ultranza de la conservación de los monumentos arqueológicos, entre ellos por supuesto los romanos, fue bastante crítico con el papel de Roma en la Península. Amador de los Ríos defiende en su *Historia crítica de la literatura española* —cuyo primer volumen está dedicado a la literatura latina y la poesía de época visigoda— la importancia de los literatos, rectores y gobernantes españoles en el Imperio. Desde un punto de vista claramente nacionalista, el autor prácticamente hace de España la ejecutora de la venganza contra la opresión de Roma, pues no solo llega a igualarse a ella, sino que además la somete. La antipatía hacia Roma se entiende mejor si se comprenden sus simpatías a la Edad Media, influido claramente por el movimiento romántico; no en vano dedicó a esta etapa la mayor parte de sus estudios. «El siglo xix —dice en la Circular de la Comisión Central de Monumentos al Secretario de Estado y de Gobernación de 13 de julio de 1844— que con tan señalado empeño vuelve la vista a los pasados tiempos para tomar de ellos enseñanza, para comprender la vida de los antiguos pueblos y tenerlos por norma de sus he-

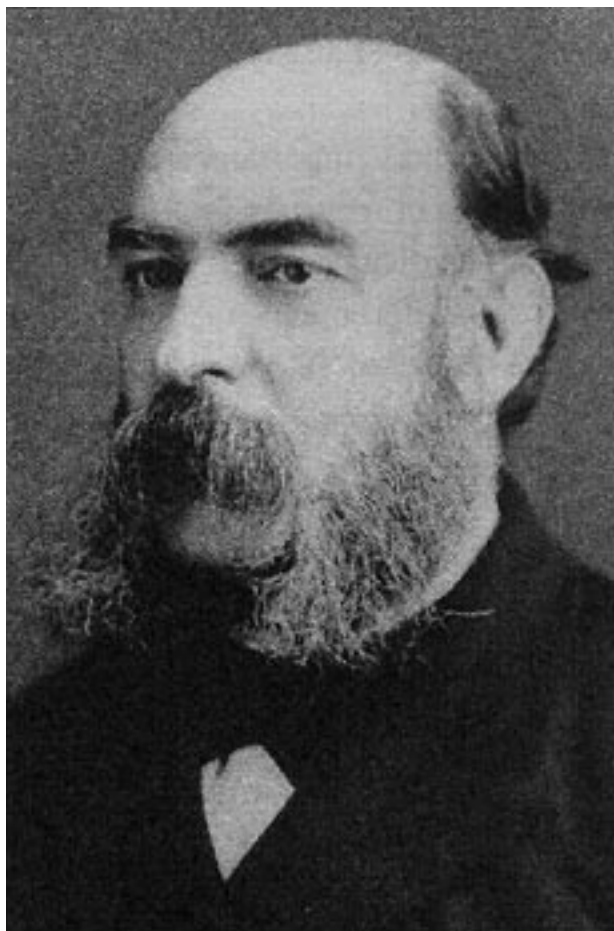


Figura 6. Fotografía de José Amador de los Ríos, catedrático de Historia de la Literatura en la Universidad de Madrid y gran impulsor de diversas iniciativas e instituciones de investigación histórico/arqueológica entre 1844 y 1868.

chos, ha prestado una latitud inaudita a los estudios arqueológicos, que sin prescindir de las civilizaciones griega y romana, se ha fijado más principalmente en la Edad Media. Se ha reconocido que a esta grande época, oculta hasta nuestros días entre las tinieblas, y vista con amargo desdén por los hombres doctos de otros siglos, debían referirse los trabajos más importantes de la historia; y la arqueología cristiana, la arqueología de los tiempos medios ha venido a suplantarse hasta cierto punto a la arqueología pagana» (Amador de los Ríos 1845).

Sin embargo, la «arqueología pagana» gozó de buena salud durante el siglo XIX, como demuestra la actividad de la Academia de la Historia y la publicación de estudios arqueológicos e histórico-regionales sobre ciudades romanas. Las antigüedades de Mérida, Segovia o Córdoba, entre otras muchas, serán estudiadas —con desiguales resultados— y publicadas en obras como: *Historia de las Antigüedades de Mérida*, de G. Fernández Pérez (1857), *El acueducto y otras antigüedades de Segovia*, de A. Gómez de Somorrostro (1861), o *Historia de Córdoba desde los más remotos tiempos hasta nuestros días*, de L. Maravey y Alfaro (1863). Las historias

locales —donde el tratamiento de la etapa romana suele hacerse con más admiración que reproche— continúan teniendo una gran importancia que irá en aumento a medida que nazcan y se desarrollen los museos provinciales y las comisiones provinciales de monumentos (Belén/Beltrán 2002 y 2007).

Al margen, por tanto, de las historias generales de España en las que el romano, como invasor, arrastra un lastre negativo, la reconstrucción del legado de Roma en Hispania irá ganando adeptos sobre todo gracias a la Arqueología. La Comisión de Antigüedades de la Real Academia de la Historia, por ejemplo, crea unos Premios por descubrimiento de Antigüedades donde se otorgaba una especial atención a la localización y estudio de vías e inscripciones romanas que además pudieran contribuir a la ubicación de antiguas colonias y municipios. Destaca entre los galardonados el ingeniero Eduardo Saavedra Moragas, quien recibió el premio en 1862 por su trabajo sobre la vía romana entre *Vxama* y *Augustobriga* (Maier 2003a, 42 y ss.). Otro personaje bien conocido, Manuel de Góngora —catedrático de Granada que, por cierto, también se había unido al hábito de las publicaciones de manuales sobre Historia de España e Historia Universal—, obtuvo el premio en 1860 por la localización de unas inscripciones de Cástulo, y repitió galardón en 1867 por conseguir fijar el sitio de la Colonia *Salariense* en Úbeda la Vieja. Vinculados a la Academia, los trabajos sobre restos de época romana aumentaron en número y calidad gracias a la dedicación de destacados investigadores como Aureliano Fernández Guerra, Fidel Fita o Antonio Delgado, a quienes, y como se verá en otro capítulo del presente volumen, debemos importantes avances en el ámbito de los estudios sobre Epigrafía y Numismática de época romana en España.

El ámbito de la investigación en Arqueología, Epigrafía y Numismática trató de reconstruir el pasado romano de Hispania dejando casi siempre de lado el carácter invasor de sus protagonistas para centrar la atención en su legado, pero aquellos que abordaron la historia de la Hispania romana desde la historia general de España no lograrán despojarse de sus prejuicios hasta bien avanzada la segunda mitad del siglo XIX con la publicación de la *Historia general de España* de Miguel Morayta y Sagrario (Morayta y Sagrario 1886-1898). Catedrático de Historia Universal de la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central, Morayta es uno de los historiadores españoles con dedicación parcial al mundo antiguo más relevantes de la centuria. Destaca sobre todo por haberse acercado al estudio de ámbitos desatendidos por la historiografía española como el mundo griego o el oriental, poniendo de manifiesto su admiración por estas culturas. «Ya no es lícito colocar en cabeza de la Historia Universal á Israel —declara formalmente en un discurso de inauguración del curso académico 1884-1885 en la Uni-

versidad Central (p. 85) donde se ha desprendido del lastre de una religión excesivamente conservadora— y ni aun siquiera estudiar separadamente la historia de cada uno de los demás pueblos orientales; que ni el hebreo fue el más antiguo, ni los pueblos orientales, una vez constituidos en imperios, vivieron aislados, sino bien, por el contrario, en íntimas y continuadas relaciones». Su militancia como republicano —y también masón— permite una valoración más positiva de la Hispania republicana y, al contrario de lo que venía sucediendo, más desfavorable de la imperial, donde los emperadores actúan como déspotas explotando a las clases más desfavorecidas y extendiendo el esclavismo. Contempla, sin embargo, con agrado la Romanización —que había llevado a España a progresar económica, social y culturalmente— y, sobre todo, la municipalización, pues considera que es el germen de las estructuras republicanas, aunque no democráticas (Wulff 2003, 144 y ss.). Su interés por este sistema de gobierno ya se había plasmado en la publicación de una breve *Historia de la Grecia antigua* entre 1878 y 1880. En realidad, como él mismo reconoce en la «Advertencia» al lector, se trata de una reelaboración de los apuntes que uno de los alumnos había tomado en sus clases y que estaba destinada a los estudiantes, aunque también pudiera ser útil, puntualiza, a literatos, artistas y jurisconsultos.

Esta imagen positiva de la presencia romana en Hispania —que relega a un segundo plano la cristianización de la península Ibérica— continuará desarrollándose en obras como la *Historia de España y de la civilización española*, de Rafael Altamira (Jover 2001, I, VII-XXIX; Villacañas 2004, 69-76), pero también será rechazada por otras visiones más tradicionalistas. Altamira da un paso más, pues además de valorar la Romanización de la Península, hace hincapié en el distinto grado de integración que existió en las diferentes provincias hispanas teniendo en cuenta, también, la desigual permanencia de las estructuras sociales, económicas y culturales de los pueblos prerromanos.

En cuanto a las obras de Historia de España traducidas de otros idiomas, éstas no difieren demasiado de la imagen general de Hispania que se transmite en las publicaciones más conservadoras. La obra del francés Romey —*Historia de España desde el tiempo primitivo hasta el presente*— se ajusta en general a los tópicos señalados más arriba. Significativo resulta también el hecho de que continúe reeditándose a lo largo del XIX el *Compendio de Historia de España*, de Duchesne, que, como veíamos más arriba, dista mucho de ser una obra de calidad sobre el tema. La *Historia de España desde los tiempos primitivos*, de Samuel Astley Dunham (1844-1846), «redactada y anotada» por Antonio Alcalá Galiano —completada y modificada por otros autores— dedica únicamente en el primer volumen un capítulo a «la Península bajo la dominación romana» y otro al

«estado civil, político y religioso de España dominando los romanos».

En conclusión, la historiografía española de finales del XIX —y, sobre todo, del XX— empezará a entender de manera más adecuada el papel de Roma en la península Ibérica por varias razones:

1. Porque los historiadores serán capaces de abordar el estudio de Hispania como una provincia más dentro del Imperio, sometida, por tanto, a los vaivenes históricos que afectan a todas las provincias imperiales y donde Roma fue proyectando desigualmente su estructura socio-económica y sus elementos político-ideológicos.
2. Porque la Historia de la Antigüedad se distanciará cada vez más de los postulados de la Iglesia Católica y, por tanto, de una Historia de Roma donde no sea fundamental defender que España destacó en la Antigüedad por su protagonismo en la difusión del Cristianismo y por la regeneración del Imperio romano a partir de la nueva fe cristiana.
3. Porque en España comenzarán a traducirse más libros sobre la Antigüedad y también a entrar más originales que aborden el estudio de la Historia de Roma.
4. Porque la Historia de Roma comenzará a estudiarse como disciplina desgajada de una reconstrucción de la Historia de España, plagada de intereses políticos de diversa índole.

Bibliografía

- ALMAGRO-GORBEA, M. 1997: «El descubrimiento y estudio de las ruinas de Segóbriga. José de Cornide y la Real Academia de la Historia», en: *Anticuaria y arqueología. Imágenes de la España Antigua, 1757-1877*, Madrid, 37-39.
- ALMAGRO-GORBEA, M.; MAIER, J. 2003: «La Real Academia de la Historia y la arqueología española en el siglo XVIII», en: BELTRÁN, J.; CACCIOITTI, B.; DUPRÉ, X.; PALMA, B. (eds.): *Illuminismo e Illustración. Le Antichità e i loro protagonisti in Spagna e in Italia nel XVIII secolo*, Roma, 1-27.
- ALVAR, A. 1999: «Las relaciones topográficas», en: MARTÍNEZ RUIZ, E. (coord.): *Felipe II, la ciencia y la técnica*, Madrid, 275-290.
- ÁLVAREZ BARRIENTOS, J.; MORA, G. 1985: «El final de una tradición. Las falsificaciones granadinas del siglo XVIII», *Revista de dialectología y tradiciones populares*, 40, 163-189.
- ÁLVAREZ JUNCO, J. 2003: *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, 5ª ed. (1ª ed. 2001), Madrid.
- ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M. 1996: *La Antigüedad en la historiografía española del siglo XVIII: el marqués de Valdeflores*, Málaga.

- ÁLVAREZ DE MORALES, A. 1972: *Génesis de la Universidad española contemporánea*, Madrid.
- AMADOR DE LOS RÍOS, J. 1861-1865: *Historia crítica de la literatura española*, 7 vols., Madrid.
- 1845: *Memoria comprensiva de los trabajos verificados por las Comisiones de Monumentos Históricos y Artísticos del Reino desde 1º de julio de 1844 hasta igual fecha de 1845*, Madrid.
- ANDRÉS Y MORELL, J. 1784-1806: *Origen, progresos y estado actual de toda la literatura*, [trad. Carlos Andrés], 10 vols., Madrid.
- BALMASEDA, L. J. 2004: «José Amador de los Ríos y Serrano», en: *Pioneros de la Arqueología en España. Del siglo XVI a 1912*, Alcalá de Henares, 275-281.
- BATLLORI, M. 1966: *La cultura hispano-italiana de los jesuitas expulsos españoles, hispanoamericanos, filipinos, 1767-1814*, Madrid.
- BELÉN, M.; BELTRÁN, J. 2007: *Las instituciones en el origen y desarrollo de la Arqueología en España*. Sevilla.
- 2002: *Arqueología fin de siglo. La Arqueología española de la segunda mitad del siglo XIX (I Reunión Andaluza de Historiografía Arqueológica)*, Sevilla.
- BELTRÁN, J. 2003: «La Antigüedad romana como referente para la erudición española del siglo XVIII», en: BELTRÁN, J.; CACCIOTTI, B.; DUPRÉ, X.; PALMA, B. (eds.): *Illuminismo e Illustración. Le Antichità e i loro protagonista in Spagna e in Italia nel XVIII secolo*. Roma, 47-64.
- CAEROLS, J. J. 1996: *Las literaturas clásicas en Juan Andrés, Cuadernos de Slavística, Traductología y Comparatismo*, 6, Madrid.
- CAMPOS Y FERNÁNDEZ DE SEVILLA, F. J. 2003: «El P. Enrique Flórez (1702-1773): Historia de una vida dedicada a la investigación histórica», *Cuadernos de investigación histórica*, 20, 57-96.
- 2000: «El P. Enrique Flórez y la *España Sagrada*», en: FLÓREZ, E.: *España Sagrada*, tomo I, Madrid, IX-CLXXXI.
- CANTO, A. M^a. 2001: «El viaje arquitectónico-anticuario de Fray José Ortiz y Sanz: una carta arqueológica de España a fines del XVIII», *Spal. Revista de Prehistoria y Arqueología*, 10, 29-55.
- 1997: «Un precursor hispano del CIL en el siglo XVIII: el Marqués de Valdeflores», *BRAH*, 191, 499-516.
- CARO BAROJA, J. 1991: *Las falsificaciones de la Historia (en relación con la de España)*, Madrid.
- DALMASSES Y ROS, P. I. DE 1702: *Dissertacion historica por la patria de Paulo Orosio, Discipulo, y amigo de las dos claras lumbreras de la Iglesia S. Geronymo, y S. Agustin, que fue Tarragona en Cataluña, y no Braga en Portugal. En que se satisfacen las razones, que en contra escribió el Excelentissimo Señor Marqués de Mondejar*, Barcelona.
- DOMÍNGUEZ MOLTÓ, A. 1978: *El abate D. Juan Andrés Morell (un erudito del siglo XVIII)*, Alicante.
- DUCHESNE, J. B. 1754: *Compendio de la Historia de España* [trad. J. F. de Isla], 2 vols., Amberes.
- 1749: *Compendio de la Historia de España* [trad. A. Espinosa], 2 vols., Madrid.
- DUNHAM, S.A.: 1844-1846: *Historia de España desde los tiempos primitivos hasta la mayoría de la Reina doña Isabel II, con una reseña de los historiadores españoles de más nota por D. J. Donoso Cortés y un discurso sobre la historia de nuestra nación por D. F. Martínez de la Rosa*, 5 vols., Madrid.
- FERNÁNDEZ GUERRA, A.; HINOJOSA, E. DE 1890: *Historia de España desde la invasión de los pueblos germánicos hasta la ruina de la monarquía visigoda*, 2 vols., Madrid.
- FERNÁNDEZ PÉREZ, G. 1857: *Historia de las Antigüedades de Mérida*, Badajoz.
- FERRERAS, J. DE 1700-1727: *Sinopsis histórico-chronologica de España*, 16 vols., Madrid.
- FLÉCHIER, V. E. 1731: *El héroe español. Historia del emperador Theodosio el Grande* [trad. J. F. de Isla], 2 vols., Madrid.
- FLÓREZ DE SETIÉN Y HUIDOBRO, E. 1747-1775: *España Sagrada. Theatro geográfico-histórico de la Iglesia de España. Origen, divisiones y límites de todas las provincias, antigüedades, traslaciones y estado antiguo del presente de sus Sillas, con varias disertaciones críticas*, 29 vols., Madrid.
- FOMBUENA, V. 2003: «Antonio Jacobo del Barco: un clérigo ilustrado andaluz del siglo XVIII», en: BELTRÁN, J.; BELÉN, M. (coords.): *El clero y la arqueología española (II Reunión Andaluza de Historiografía Arqueológica)*, Sevilla, 33-48.
- GARCÍA GABALDÓN, J.; NAVARRO PASTOR, S.; VALCÁRCCEL, C. 1997: «Estudio Preliminar», en: ANDRÉS, J.: *Origen, progresos y estado actual de toda la literatura*, I, Madrid, XIX-CCX.
- GARCÍA HERNÁN, E. 2004: «Construcción de las historias de España en los siglos XVII y XVIII», en: GARCÍA CÁRCCEL, R. (coord.): *La construcción de las Historias de España*, Madrid, 127-193.
- GEBHARDT Y COLL, V. 1863-1864: *Historia general de España y de sus Indias*, 7 vols., Madrid-Barcelona-La Habana.
- GIMENO, H. 2003: «Avances y retrocesos de una disciplina: ilustrados españoles ante la Epigrafía», en: BELTRÁN, J.; CACCIOTTI, B.; DUPRÉ, X.; PALMA, B. (eds.): *Illuminismo e Illustración. Le Antichità e i loro protagonista in Spagna e in Italia nel XVIII secolo*, Roma, 183-200.
- 1998: «El descubrimiento de Hispania», en: *Hispania. El legado de Roma. En el año de Trajano*, Zaragoza, 25-35.
- GODOY ALCÁNTARA, J. 1999: *Historia crítica de los falsos cronicones*, Madrid.
- GÓMEZ DE SOMORROSTRO, A. 1861: *El acueducto y otras antigüedades de Segovia*, Segovia.

- GÓNGORA, M. DE 1867: *Memoria premiada por la Real Academia de la Historia, fijando definitivamente el sitio de la Colonia Saláriense*, Madrid.
- GONZALO MORÓN, F. 1841-1846: *Curso de historia de la civilización de España: lecciones pronunciadas en el Liceo de Valencia y en el Ateneo de Madrid en los cursos de 1840 y 1841*, 6 vols., Madrid.
- GUINEA, P. 1995: «Tergiversaciones en la historiografía local andaluza del siglo XVIII sobre la Antigüedad y la Arqueología», en: GASCÓ, F.; BELTRÁN, J. (eds.): *La Antigüedad como argumento. Historiografía de la Arqueología e Historia Antigua en Andalucía, II*, Sevilla, 121-133.
- 1991: «Antigüedad e historia local en el siglo XVIII andaluz», *Florentia Iliberritana*, 2, 241-257.
- HERNÁNDEZ SANDOICA, E.; PESET, J. L. 1990: *Universidad, poder académico y cambio social (Alcalá de Henares 1508-Madrid 1874)*, Madrid.
- HUERTA Y VEGA, F. X. M. 1738: *España primitiva. Historia de sus reyes y monarcas desde su población hasta Christo*, 2 vols., Madrid.
- JOVER, J. M. 2001: «Prólogo», en: ALTAMIRA, R: *Historia de España y de la civilización española*, I, Madrid, VII-XXIX.
- LAFUENTE Y ZAMALLOA, M. 1850-1867: *Historia general de España desde los tiempos primitivos a nuestros días*, 30 vols., Madrid.
- LEÓN, A. 2006: *Imágenes arqueológicas de la España ilustrada. El teatro romano de Sagunto en el siglo XVIII*, Sevilla.
- MAIER, J., en prensa: «Arqueología y Romanticismo en España: los primeros maestros», en: *Historiografía de la Arqueología española. Precursores y Maestros*, Madrid, s. pp.
- 2006: «Las Antigüedades en la España de Fernando VII: de la Anticuaria a la Arqueología (1814-1883)», *Revista de Historiografía*, 5, 95-111.
- 2003a: «La Comisión de Antigüedades de la Real Academia de la Historia», en: ALMAGRO-GORBEA, M.; MAIER, J. (eds.): *250 Años de Arqueología y Patrimonio*, Madrid, 27-51.
- 2003b: «II Centenario de la Real Cédula de 1803. La Real Academia de la Historia y el inicio de la legislación sobre el Patrimonio Arqueológico y Monumental en España», *BRAH*, 200-203, 439-473.
- MANTELLI, R. 1981: «L'ús de la crítica en els escrits de l'historiador català Joan Francesc de Masdeu», en: *Recerques*, 11, 137-148.
- MARAVEZ Y ALFARO, L. 1863: *Historia de Córdoba desde los más remotos tiempos hasta nuestros días*, Córdoba.
- MARTÍNEZ MARTÍN, J. A. 1991: *Lectura y lectores en el Madrid del siglo XIX*, Madrid.
- MASDEU, J. J. DE 1783-1805: *Historia crítica de España, y de la cultura española* [trad. N.N.], 20 vols., Madrid.
- MEDINA CONDE, C. 1789-1793: *Conversaciones históricas malagueñas, ó materiales de noticias seguras para formar la historia civil, natural y eclesiástica de la M.I. Ciudad de Málaga*, 4 vols., Málaga.
- MERRY Y COLÓN, M. 1886-1888: *Historia general de España desde los tiempos antehistóricos hasta nuestros días*, 6 vols., Sevilla.
- MESTRE, A. 1980: *Humanismo y crítica histórica en los ilustrados alicantinos*, Alicante.
- MORA, G. 1998: *Historias de Mármol. La Arqueología clásica española en el siglo XVIII*, Madrid.
- MORALES, A. DE 1574: *La coronica General de España*, Alcalá de Henares.
- MORÁN, M.; RODRÍGUEZ, D. 2001: *El legado de la Antigüedad. Arte, arquitectura y arqueología en la España moderna*, Madrid.
- MORAYTA Y SAGRARIO, M. 1886-1898: *Historia general de España desde los tiempos antehistóricos hasta nuestros días*, 9 vols., Madrid.
- 1884: *La civilización faraónica y las razones y medios en cuya virtud se extiende a tantas comarcas: discurso leído en la Universidad Central en la solemne inauguración del curso académico de 1884-1885*, Madrid.
- 1878-1880: *Historia de la Grecia antigua*, 2 vols., Madrid.
- 1878: *Programa de Historia Universal conforme a las explicaciones del Catedrático de esta asignatura, en: la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid*, Madrid.
- OCAMPO, F. DE 1553: *Los cinco libros primeros de la Coronica general de España que recopilaua el maestro Florian de Ocampo*, Medina del Campo.
- ORTIZ Y SANZ, J. F. 1795-1803: *Compendio cronológico de la historia de España*, 7 vols., Madrid.
- PATXOT Y FERRER, F. 1857-1959: *Anales de España desde sus orígenes hasta el tiempo presente*, 10 vols., Madrid-Barcelona.
- PEIRÓ, I. 2006: *Los guardianes de la historia. La historiografía académica de la Restauración*, Zaragoza.
- 1993: «La difusión del libro de texto: autores y manuales de historia en los institutos del siglo XIX», *Didáctica de las Ciencias Experimentales y Sociales*, 7, 39-57.
- PEIRÓ, I.; PASAMAR, G. 1996: *La Escuela Superior de Diplomática (Los archiveros en la historiografía española contemporánea)*, Madrid.
- PESET, M. y J. L. 1974: *La Universidad española (siglos XVIII y XIX)*, Madrid.
- PONZ Y PIQUER, A. 1772-1794: *Viage de España: cartas en que se da noticia de las cosas mas apreciables, y dignas de saberse que hay en ella*, 19 vols., Madrid.
- REMESAL, J. 1998a: «Epigrafía y política en el siglo XVIII: La inscripción dedicada a Nerva hallada en Río Tinto (CIL II 956)», *Florentia Iliberritana*, 9, 499-517.

- 1998b: «Cuatrocientos años de historia e historiografía a través de la inscripción de *C. Iuventius Albinus* (CIL II 1054). La labor de Tomás Andrés de Gusseme en Lora del Río (Sevilla)», *Gerión*, 16, 223-253.
- 1981: Edición de *Tomás Andrés de Gusseme. Noticias pertenecientes a la historia antigua y moderna de Lora del Río, Alcolea del Río, Setefilla y Arva*, en: *Andalucía*, Lora del Río.
- RIVIÈRE, A. 1992: *Historia, historiadores e Historiografía en la Facultad de Letras de la Universidad de Madrid (1843-1868)*, tesis doctoral UCM en CDRom.
- RODRÍGUEZ, D. 1991: *Instituciones de arquitectura civil acomodadas en lo posible a la doctrina de Vitruvio*, 2 vols., Madrid.
- RODRÍGUEZ MOHEDANO, P. y R. 1766-1791: *Historia literaria de España desde su primera población hasta nuestros días*, 12 vols., Madrid.
- ROMERO, M. 2008: «Traductions libérales d'histoire ancienne, un espace de liberté dans la pensée absolutiste hégémonique», *Anabases. Traditions et réception de l'Antiquité*, 7, 35-55.
- 2007: «Las traducciones de obras sobre la Antigüedad en España entre 1800 y 1833: aceptación y rechazo de las nuevas corrientes de pensamiento», en: GARCÍA TEJERA, M. C. et al. (eds.): *Lecturas del pensamiento filosófico, político y estético. Actas del XIII Encuentro de la Ilustración al Romanticismo (1750-1850)*, Cádiz, 431-442.
- 2005: *Historias antiguas. Libros sobre la Antigüedad en la España del siglo XVIII*, Madrid.
- 2004: «La Historia Antigua en la enseñanza: los ejercicios de Historia Literaria en los Reales Estudios de San Isidro (1790-1791)», en: *Cuadernos del Instituto Antonio de Nebrija de Estudios sobre la Universidad*, 7, 235-262.
- SAINZ RODRÍGUEZ, P. 1989: *Historia de la crítica literaria en España*, Madrid.
- SÁNCHEZ MADRID, S. 2002: *Arqueología y Humanismo. Ambrosio de Morales*, Córdoba.
- TOLRÁ, J. 1797: *Justificación histórico-crítica de la venida del Apóstol Santiago el Mayor á España, y de su sepulcro en Compostela: contra las pretensiones de algunos autores modernos*, Madrid.
- URZAINQUI, I. 1987: «El concepto de *Historia literaria* en el siglo XVIII», en: *Homenaje a Álvaro Galmés de Fuentes. III*, Oviedo-Madrid, 581-582.
- VELÁZQUEZ DE VELASCO, L. J. (MARQUÉS DE VALDE-FLORES) 1765: *Noticia del Viage de España hecho de orden del Rey. Y de una nueva Historia General de la Nación desde el tiempo más remoto hasta el año de 1516. Sacada únicamente de los Escritores y Monumentos originales, y contemporáneos*, Madrid.
- VILLACAÑAS, J. L. 2004: «Rafael Altamira y el concepto de civilización española», en: RUBIO, E.; VALERO, E. M. (coords.): *Rafael Altamira: historia, literatura y derecho. Actas del Congreso Internacional celebrado en la Universidad de Alicante, Diciembre de 2002*, Alicante, 69-76.
- VILLODAS, M. 1796: *Análisis de las antigüedades eclesiásticas de España para instrucción de los jóvenes. Comprende los sucesos mas notables de los once siglos primeros*, 2 vols., Valladolid.
- VIVES, J. 1964: «Tradición y leyenda en la hagiografía hispánica», *Hispania Sacra*, 17, 495-508.
- WULFF, F. 2003a: *Las esencias patrias. Historiografía e Historia Antigua en la construcción de la identidad española (siglos XVI-XX)*. Barcelona.
- 2003b: «Andalucía antigua en la historiografía española entre dos medios siglos: de Modesto Lafuente a J. Caro Baroja», en: *III Congreso de Historia de Andalucía, Córdoba 2001*, Córdoba, 127-215.
- 2002: «La Antigüedad en España en el siglo XIX: seis Historias de España», en: BELÉN, M.; BELTRÁN, J. (eds.): *Arqueología fin de siglo. La Arqueología española de la segunda mitad del siglo XIX (I Reunión Andaluza de Historiografía Arqueológica)*, Sevilla, 119-155.
- 1992: «Andalucía antigua en la historiografía española (XVI-XIX)», *Ariadna*, 10, 9-32.
- YANEZ DE AVILÉS, P. 1733: *España en la Santa Biblia. Exposición historial de los textos tocantes á españoles*, 2 vols., Madrid.
- YLLÁN CALDERÓN, E. 1985: *Cánovas del Castillo. Entre la Historia y la Política*, Madrid.

ORÍGENES Y CONSOLIDACIÓN DE LOS ESTUDIOS SOBRE HISPANIA ANTIGUA EN LA UNIVERSIDAD ESPAÑOLA*

José M^a. Blázquez Martínez
Real Academia de la Historia

Resumen

El presente trabajo repasa y valora someramente la producción historiográfica de los catedráticos de Historia Antigua de la Universidad española, agrupados en función de diversas escuelas y con un seguimiento detallado del modo cómo sus trabajos han contribuido al avance de los estudios sobre la Hispania antigua en general y la romana en particular. Partiendo de los primeros estudios de mediados del siglo XIX y con la labor del profesor Blázquez y su escuela como referencia, se estudian también algunas otras destacadas escuelas historiográficas locales.

Palabras clave

Historia Antigua de España, Hispania romana, Historiografía, Historia Antigua y Universidad.

Abstract

The aim of this paper is to review in a brief way the scientific production of the Professors of Ancient History of the last twentieth century in Spain specially among their contributions to our knowledge of Ancient Spain and, specially, but not only, of Roman *Hispania*. From the beginning of those studies, in the first quarter of 19th century and with Dr. Blázquez's work as a referee, the paper also deals with some other interesting Spanish group of research born under the influence of some of the related Professors.

Keywords

Ancient History of Spain, Roman *Hispania*, Historiography, Ancient History and University.

* Nota de los editores: El presente capítulo –una retrospectiva sobre la implantación, desarrollo y madurez primera de los estudios sobre Hispania antigua en la Universidad española a cargo de uno de los testigos privilegiados y principales agentes de dicho proceso: el Dr. D. J. M^a. Blázquez– no incorpora bibliografía final pues ésta se incluye –comentada, si procede– en el cuerpo del texto. Cuando se ha creído oportuno, y sin ánimo de exhaustividad, los editores han proporcionado –entre corchetes– pautas o datos bibliográficos complementarios o aclaratorios a los comentarios del autor y que tratan de abundar en algunos de los datos que él aporta.

Tras la desaparición de varios de mis compañeros, alguno de los cuales me precedieron, en la actualidad soy el más antiguo de los catedráticos de Historia Antigua de España. Los catedráticos M. Vigil, A. Montenegro y F. Presedo, fundadores de escuelas cuya labor se repasará en estas páginas, nos dejaron hace años, así como también lo hicieron muchos de los maestros de generaciones de historiadores de la Hispania antigua. En la coyuntura que me brinda este volumen me creo obligado a trazar una breve síntesis de la Historia Antigua de España desde los comienzos hasta el día de hoy, así como de las escuelas de historiadores que han existido, de los miembros que las han formado, de su formación histórica, de los temas investigados y de sus aportaciones. Lo haré únicamente enumerando los libros publicados por cada uno, prescindiendo de los artículos, que convertirían esta sencilla retrospectiva en un libro. Como segundo criterio de referencia solo me detendré en los que han sido catedráticos de la materia, pues de los demás ya hablé en una visión general en un trabajo anterior (ver *Revista de la Confederación Española de Centros de Estudios Locales*, 2, 2002 [Blázquez Martínez, J. M^a.; García Gelabert, M^a. P. 2002: «Historiografía de la España romana imperial», en: *Hispania y los hispanos hace 2000 años, Revista de la Cecel*, 2, 5-43]). Con todo, también incluiremos en estas líneas a otros catedráticos que, aunque se dedicaron fundamentalmente a la Historia de Grecia y de Roma, o a la Religión, en artículos o en conferencias diversas trataron aspectos de la Historia Antigua de España y de la Hispania romana creando escuela en ese sentido, contribuyendo con sus ideas a la renovación de nuestro conocimiento del mundo antiguo o formando discípulos especialistas en diversos asuntos de la Hispania romana, objeto de la atención monográfica de este volumen.

Precedentes: los estudios sobre la Hispania romana en el siglo XIX y los comienzos del siglo XX

Los orígenes de los estudios sobre la Historia Antigua de España –y en especial su presencia como tal en las universidades– son recientes. Se remontan al siglo XX. Como ha estudiado M. Romero en otro capítulo, en el siglo XIX se tradujeron al castellano importantes obras de autores extranjeros sobre la Historia de Grecia y Roma, pero no hubo investigadores españoles dedicados a dichos campos y menos a la Historia y los avatares de la Hispania romana.

Sin embargo, sí hubo en la última mitad del siglo XIX varios autores que, sin ser profesionales de la Historia Antigua de España, publicaron algunos excelentes trabajos sobre puntos concretos abriendo, en muchos casos, senderos de investigación que serían seguidos en

los años venideros. Dos eran abogados y conocían perfectamente el Derecho romano. Se trata de M. Rodríguez Berlanga –por un lado–, que ejercía la abogacía en Málaga desempeñando, además, importantes cargos políticos y a quien Th. Mommsen, el gran historiador de Roma y del Derecho romano –con cuyos trabajos aún estamos en deuda–, tenía en gran consideración. En 1881 publicó *Los Bronces de Lascuta, Bonanza y Aljustrel* (Málaga, 1881), comentario que todavía es útil. El segundo fue Joaquín Costa, notario aragonés y hombre político, que estudió también las instituciones del mundo celtibérico [Costa, J. 1877: *Cuestiones celtíberas: religiones, organización política, civil y religiosa de los celtíberos*, Huesca]. Tenía un excelente conocimiento de las fuentes literarias y epigráficas. En ese elenco cabría citar también –en otro nivel, pues estaba más cercano al mundo científico que al político– a Antonio Blázquez, que publicó varios trabajos sobre diferentes calzadas romanas de Hispania, siendo el primero que se dedicó a este importante tema de la Hispania romana, no en vano en una fecha tan temprana como 1892 publicó en el *Boletín de la Real Academia de la Historia* –órgano fundamental en la transmisión de noticias sobre Historia Antigua peninsular en gran parte de la época aludida en este trabajo y aún hoy– un «Nuevo estudio sobre el Itinerario de Antonino» [BRAH, 1892, 21, 54-128], asunto que tantos desvelos generó en la primera generación de eruditos de la Historia Antigua peninsular.

Estudios sobre la Hispania romana en la primera mitad del siglo XX

En los años sucesivos el propio A. Blázquez publicó importantes trabajos sobre vías romanas. De 1910 data –por ejemplo– «La mansión de Deobrigula», también aparecido en el *Boletín de la Academia* [BRAH, 1910, 56, 343-348]. Cinco años después, en las Memorias de la Junta Superior de Excavaciones Arqueológicas, Antonio Blázquez publicó su *Reconocimiento de algunas vías romanas del valle del Duero. Memorias de los resultados obtenidos en los viajes y excavaciones practicadas en el año 1915* (Madrid, 1915). Como indica el título, Blázquez no solo se ocupó de realizar prospecciones de las vías, sino también excavaciones. En 1918, igualmente en la citada –y entonces prolífica– serie de Memorias vio la luz un trabajo en colaboración con otros autores –entre ellos C. Sánchez Albornoz, en quien pronto nos detendremos– que llevó por título *Vías romanas de Briviesca a Pamplona y de Briviesca a Zaragoza* (Madrid, 1918). En 1920, esta vez en el *Boletín de la Academia*, dio a conocer su estudio titulado «Cuatro téseras militares» [BRAH, 1920, 77, 99-107]. Ese mismo año, publicó, en las Memorias de la Junta de Excavaciones, un trabajo colectivo que llevaba por título *Vías romanas de*

Fuente la Higuera a Cartagena y de Cartagena a Cástulo (Madrid, 1920), en la misma línea que los anteriores. Antonio Blázquez se interesó, pues, por el estudio de las vías romanas en puntos diferentes de Hispania. Es de justicia mencionarlo pues, sin duda, es el indiscutible precedente de los numerosos estudios aparecidos sobre vías romanas en los últimos decenios y que en los últimos años, además, han asistido a un impulso considerable [notablemente, a partir, por ejemplo, de: Moreno, I. 2004: *Vías romanas. Ingeniería y técnica constructiva*, Madrid].

C. Sánchez Albornoz, catedrático de Historia Medieval en la Universidad de Madrid, rector de la universidad y hombre político y, sin duda, el mejor medievalista español del siglo xx, se interesó por el reino Astur-Leonés en 1929, publicando –también en el *Boletín de la Academia*– su largo estudio «Divisiones tribales y administrativas del solar del reino de Asturias en época romana» [*BRAH*, 1929, 95, 313-395].

El primer libro publicado en España sobre la Historia de la España romana data de época de la República española y vio la luz en 1935, en la serie Espasa-Calpe de Historia de España [*Historia de España. II. España Romana (218 a.C.-414 d.C.)*, Madrid, 1935]. Sin embargo, paradójicamente, ninguno de los autores que colaboraron en su elaboración era profesor de Historia Antigua, titulación que no existía entonces en la universidad española y dato que, por otra parte, nos ofrece un primer indicio sobre las peculiaridades de la investigación en nuestro campo en la época. Se trataba de prehistoriadores, filólogos clásicos o historiadores en general: P. Bosh Gimpera, de Prehistoria; P. Aguado Bleye, especialista en Historia general de España; M. Torres, especialista en Instituciones; J. M. Pabón, de Filología Clásica; P. Galindo, latinista; J. R. Mélida, de Arqueología Clásica; P. M. de Artiñano y J. Ferrandis, de Historia del Arte. En la edición de 1955, A. García y Bellido, entonces catedrático de Arqueología Clásica en la Universidad Central, hoy Universidad Complutense, añadió un apéndice sobre obras de Arqueología Clásica aparecidas en España desde la primera edición. El libro, magníficamente ilustrado, presentaba unos contenidos muy válidos para la época.

Primeras cátedras de Historia Antigua universal

Como se ha dicho antes, hasta 1942 no hubo en los planes universitarios españoles ninguna disciplina de Historia Antigua. La primera Cátedra de Historia Antigua fue la de la Universidad de Barcelona y data de 1942. La ganó el profesor M. Almagro Basch, excelente prehistoriador, discípulo de G. von Merhart en la Universidad de Marburg, en Alemania. Enseguida, sin embargo, y como parecía lógico, optó a una Cátedra de Prehistoria [una válida valoración de esta fase

de la investigación y de la problemática que generó puede verse en un poco conocido trabajo de Remesal, J. 1989: «Historia Antigua. Estado actual de una disciplina académica», en: *Actas del Primer Congreso Peninsular de Historia Antigua. Volumen III*, Santiago de Compostela, 313-319; que, junto con el estudio de Pereira, G. 1978: «Alguns problemes de la investigació en història antiga», *Fonaments*, 1, 43-62; el de Bravo, G. 1985: «Hechos y teoría en Historia (Antigua): cuestiones teóricas en torno a un modelo-patrón de investigación», *Gerión*, 3, 19-41 –éste, más general–, y un capítulo reciente de Beltrán Lloris, F.; Marco, F.: «Historia Antigua», en: Gómez Pallarès, J. (ed.) 1991: *Antiqua Tempora. Reflexiones sobre las Ciencias de la Antigüedad en España*, Madrid, 22-47, constituyen las muestras básicas de la reflexión disciplinar sobre Historia Antigua en nuestro país publicadas hasta la fecha].

Casi a la vez, en 1942, S. Montero Díaz –éste sí, vinculado a los estudios sobre Historia Antigua, como luego veremos– ganó una Cátedra de Historia Universal en la Edad Antigua en Madrid. Procedía de la Universidad de Murcia, donde había desempeñado la Cátedra de Prehistoria, Antigua y Medieval, titulación que durante muchos años fue la frecuente en las universidades españolas, hasta que, en 1968, se separaron las titulaciones de las referidas tres áreas: Prehistoria, Historia Antigua e Historia Medieval. Los primeros catedráticos con la nueva titulación fueron J. M^a. Blázquez, A. Montenegro y M. Vigil Pascual. Los tres habían cursado Filología Clásica en la Universidad Central de Madrid.

La obra del profesor A. García y Bellido

Para estas fechas, mi maestro, A. García y Bellido, en el discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia en 1945, trató el tema de *Bandas y guerrillas y su lucha con Roma*. El profesor A. García y Bellido cayó en la cuenta, con el manejo exhaustivo de las fuentes antiguas, que la actuación de estas bandas contra Roma obedecía a motivos económicos y sociales, como eran la concentración de la riqueza agrícola y ganadera en pocas manos. Era la pobreza la que obligaba a muchos pueblos al bandidaje, como medio de subsistencia. Esta conclusión –que podrá parecer ingenua– suponía un grandísimo avance en la interpretación de los pueblos de la España Antigua. El profesor A. García y Bellido era un excelente conocedor de las fuentes de la Antigüedad, que manejaba con gran soltura, como lo había demostrado en dos libros *Fenicios y Cartagineses en Occidente*, redactado durante la Guerra Civil española y publicado en 1942 por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas –e incorporado a la monumental Historia dirigida por R. Menéndez Pidal, en el tomo de Protohistoria–, y en *Hispania Graeca*

(Barcelona, 1948), incorporado también, casi en su totalidad, en el mismo volumen de la *Historia de España* dirigida por Menéndez Pidal [Almagro, M. (ed.) 1952: *Historia de España. Tomo 1. España primitiva. Vol. 2. España protohistórica*, Madrid].

El profesor A. García y Bellido dedicó gran parte de su investigación a aspectos concretos de la Historia de la España antigua, bien conocidos por cualquier especialista en la antigüedad peninsular y que huelga aquí destacar. Publicó gran número de trabajos monográficos recogidos en *La Península Ibérica, los orígenes de su Historia* (Madrid, 1953), con una segunda edición que data de 1985.

El profesor A. García y Bellido defendía la tesis de que los arqueólogos eran todos ellos historiadores, opinión que no aceptaba su discípulo el profesor A. Banco Freijeiro, catedrático de Arqueología Clásica en las universidades de Sevilla y Complutense de Madrid. García y Bellido prestó especial interés al ejército romano en España, principalmente a la *legio VII Gemina*, cuyo centenario de fundación celebró organizando un congreso internacional, que reunió en España a los mejores especialistas europeos sobre el ejército romano. Las actas, con el título del nombre de la legión, se publicaron en León, en 1970 y han constituido durante años un volumen de referencia. Puede decirse que el profesor García y Bellido fue, pues, el introductor de los estudios sobre el ejército romano en España y uno de los primeros grandes historiadores de la antigüedad peninsular.

Discípulos del profesor A. García y Bellido fueron dos conocidos catedráticos de Historia Antigua: quien escribe estas líneas –J. M^a. Blázquez– y M. Vigil, catedráticos de Salamanca y Madrid el primero, y de Granada y Salamanca el segundo. Sobre ellos hablaremos oportunamente.

La obra historiográfica del profesor S. Montero Díaz y sus discípulos

Figura insigne de la época fue S. Montero Díaz, que había ampliado estudios en la Universidad Humboldt de Berlín. Era un profesor de gran cultura. Dominaba a la perfección la Filosofía antigua de Grecia y de Roma, su historia y la Historia de Oriente. De todas estas especialidades impartió cursos. Sus clases eran apasionantes. Asistían sus alumnos sin faltar un solo día. Era también un gran conferenciante y dirigió cerca de quinientas tesis doctorales, la mayoría de ellas sobre la Antigüedad. Su impacto en la universidad fue grande. Sus libros dedicados a la Antigüedad –que dan prueba de la versatilidad de su orientación– son los siguientes: *Alejandro Magno* (Madrid, 1944); *De Calicles a Trajano. Estudios sobre historia política del mundo antiguo* (Madrid, 1948, con segunda edición en Pamplona, 2004); *Estudios sobre pensamiento*

antiguo e historiografía (Lérida, 1988); o *Estudios de Historia Antigua y Medieval* (Madrid, 1988). El profesor Montero Díaz se interesó durante toda su vida por la figura de Alejandro Magno, con una interpretación próxima a las propuestas de G. Radet [Radet, G. 1931: *Alexandre le Grand*, París] y de U. Wilcken [Wilcken, U. 1931: *Alexander der Grosse*, Leipzig], así como siempre mostró interés por el pensamiento político de la Antigüedad.

Discípulos suyos son los actuales catedráticos de Historia Antigua, J. Martínez Pinna, en la Universidad de Málaga, Santiago Montero Herrero y Domingo Plácido, en la Complutense, y Francisco Presedo, que ejerció en la de Sevilla y al que aludiremos en relación a la escuela andaluza de historiadores de la Antigüedad que formó en torno suyo. Martínez Pinna es especialista en los orígenes de Roma y a él se deben los siguientes libros: *Los orígenes del ejército romano* (Madrid, 1981); *Tarquino Prisco* (Madrid, 1996); *Los orígenes de Roma* (Madrid, 1999); *La prehistoria mítica de Roma* (Madrid, 2002); o *Tusculum Latina* (Roma, 2004). Es un investigador de gran prestigio en Italia. Otro discípulo de S. Montero es Domingo Plácido, hoy catedrático en la Universidad Complutense de Madrid, especialista de Grecia Clásica, que ha publicado varios libros sobre la Historia de Grecia, entre otros: *La polis en el pensamiento de Protágoras* (Madrid, 1972); *Fuentes y bibliografía para el estudio de Historia Antigua* (Madrid, 1983); *La civilización griega en la época clásica* (Madrid, 1989); *Cultura y religión en la Grecia Arcaica* (Madrid, 1989); *Introducción al Mundo Antiguo: problemas teóricos y metodológicos* (Madrid, 1993); *La sociedad ateniense* (Barcelona, 1997); o *La dépendance dans l'Economie de Xénofon* (París, 2001).

Por su parte, S. Montero Herrero, hijo del profesor S. Montero Díaz y que recientemente ha ganado una Cátedra en la Universidad Complutense, especialista en religión romana, y con un gran prestigio internacional, es autor de los siguientes libros: *Pensamiento historiográfico de Claudio Claudiano* (Madrid, 1983); *Política y adivinación en el Bajo Imperio Romano: emperadores y harúspices (193 d.C.-408 d.C.)* (Bruselas, 1991); *Diosas y adivinas. Mujer y adivinación en la Roma antigua* (Madrid, 1994); *Diccionario de adivinos, magos y astrólogos de la Antigüedad* (Madrid, 1997); *Romana Religio (Religio Romanorum). Diccionario bibliográfico de la religión romana* (Madrid, 1999); *Traiano y la adivinación. Prodigios, oráculos y apocalíptica en el Imperio Romano (98-117 d.C.)* (Madrid, 2000); y su muy reciente *Augusto y las aves. Las aves en la Roma del Principado: prodigio, exhibición y consumo* (Barcelona, 2006).

Cabría destacar también a Francisco Presedo, que fue catedrático en la Universidad de Sevilla. Egiptólogo, excavador en Nubia y en Egipto, su tesis doctoral,

que se publicó postumamente en varias ediciones, versó sobre bizantinos en España (*La España Bizantina*, Sevilla, 2004). Fundó en Sevilla una buena escuela de egiptólogos. También los profesores M. Vigil y J. M^a. Blázquez fueron discípulos del profesor S. Montero Díaz, aunque hicieran su tesis doctoral de la mano del profesor A. García y Bellido.

No quisiera terminar esta primera parte de mi síntesis sin un merecido recuerdo al profesor C. Viñas, que fue catedrático de Historia Antigua de España de la Universidad Complutense de Madrid, maestro de los catedráticos M. Vigil y J. M^a. Blázquez, hoy injustamente olvidado y que, tal vez por ello, merece un espacio en estas páginas. Se interesó por los problemas económicos y sociales de la España antigua. Publicó varios volúmenes de un *Anuario de Historia Económica y Social de España*, en el que colaboró el profesor J. M^a. Blázquez, con varios artículos de tema económico [*Anuario de Historia Económica y Social*, Madrid, 1968-1970, con contribuciones de Blázquez, J. M^a.: «Exportación e importación en Hispania al final de la República romana y durante el gobierno de Augusto y sus consecuencias» –en el primer volumen, 37-84–, «Explotaciones mineras en Hispania durante la República y el Alto Imperio romano. Problemas económicos, sociales y técnicos», –9-68–, y «Migraciones en la Hispania romana en época imperial» –en el tercero, 1-12–, todas ellas novedosas en su tiempo por el tema y el enfoque presentado].

La obra del profesor M. Vigil y su escuela

El profesor M. Vigil Pascual amplió estudios en Londres y en Roma. Se interesó por los problemas económicos y sociales de la España antigua y tuvo gran predicamento entre los alumnos, tanto en la Universidad de Granada como en la de Salamanca. Sus libros, de gran aceptación entre los estudiosos fueron los siguientes: *El vidrio en el Mundo Antiguo* (Madrid, 1969); *Historia de España Antigua* (Madrid, 1973); *Sobre los orígenes sociales de la Reconquista* (Madrid, 1974); y *La formación del feudalismo en la Península Ibérica* (Barcelona, 1977).

Su monografía sobre el vidrio –tal vez no suficientemente conocida– es una gran síntesis sobre el tema y la única que hay en castellano, no habiendo perdido interés con el paso de los años. En ella se estudian los vidrios de la España antigua. Por otro lado, su tesis sobre la baja romanización de los pueblos del norte hispano, que se mantuvo varios años y que nosotros seguimos durante algún tiempo –expuesta en su citadísima *Sobre los orígenes sociales de la Reconquista*–, en la actualidad es indefendible. Los estudios de Bobes sobre la toponimia de Asturias [*Emérta*, 28, 1960-1961, 242-284 o *Emérta*, 29, 1961, 1-52; entre otros], demuestran que las formas típicas de explotación de la

tierra de la tardoantigüedad, estuvieron muy extendidas en Asturias. Lo mismo demostró J. Caro Baroja para Álava [Caro Baroja, J. 1945: *Materiales para una historia de la lengua vasca en su relación con la latina*, Salamanca]. Las excavaciones de C. Fernández Ochoa y M. Fernández Miranda en Gijón [por ejemplo: Fernández Miranda, M. (ed.) 1992: *Los orígenes de Gijón*, Madrid; y Fernández Ochoa, C.; Morillo, Á. 1994: *De Brigantium a Oiasso. Una aproximación al estudio de los enclaves marítimos cántabros en época romana*, Gijón] confirman que el norte estaba muy romanizado, lo mismo que se puede afirmar de los cántabros y de los vascones [Aja, R.; Cisneros, M.; Ramírez Sádaba, J. L. 2007: *Los cántabros en la Antigüedad. La Historia frente al mito*, Santander; Peréz, M^a. J. 1986: *Los Vascones (el poblamiento en época romana)*, Pamplona]. Tampoco se puede considerar un movimiento social a los bagaudas, que saquearon una extensa zona del Ebro. Eran simples bandas de ladrones, que daban golpes de mano, cometían asesinatos, robos, rapiñas, etc., como lo ha señalado no hace mucho J. C. Sánchez León, discípulo del profesor A. Chastagnol en París, uno de los mejores especialistas que ha habido sobre el Bajo Imperio y sobre las fuentes referidas al fenómeno de la bagaudia [Sánchez León, J. C. 1996: *Los bagaudas, rebeldes, demonios, mártires*, Jaén]. Volviendo a M. Vigil, el libro que escribió sobre el feudalismo (*La formación del feudalismo en la Península Ibérica*, arriba citado) en colaboración con Abilio Barbero, entonces catedrático de Historia Medieval de la Complutense, propuso una interpretación totalmente contraria a la del gran medievalista español C. Sánchez Albornoz [Sánchez Albornoz, C. 1942: *En torno a los orígenes del feudalismo*, Mendoza] y resultó citadísimo durante algún tiempo por más que hoy esté superado.

Discípulos de M. Vigil y también catedráticos de Historia Antigua fueron M^a. J. Hidalgo, en la Universidad de Salamanca, M^a. L. Sánchez León, en la de Palma de Mallorca, A. Prieto en la Universidad de Barcelona, y L. García Moreno, en la de Alcalá de Henares; todos de interesante y bien conocida producción científica.

La profesora María Josefa Hidalgo se ha interesado por los problemas de la ideología y el poder en los siguientes libros: *Sociedad e ideología en el Imperio Romano: Apuleyo de Madaura* (Salamanca, 1986); *Historia de Grecia Antigua* (Salamanca, 1988); o *El intelectual: la realeza y el poder político en el Imperio Romano* (Salamanca, 1995). Amplió estudios sobre el Oriente Antiguo por el que siempre sintió un gran interés. Ha organizado una amplia serie de congresos internacionales sobre la religión en la Antigüedad, que han tenido un gran éxito de concurrencia y han reunido a ponentes de alta calidad. El último reunió a más de setenta especialistas nacionales y extranjeros. Siempre se han publicado las actas en la serie *Religions del*

Món Antic, que en breve detallaremos. Sus libros más importantes son: *Economía de la Hispania Meridional durante la dinastía de los Antoninos* (Salamanca, 1978, aunque con reimpresión del año 2000); *Revueltas de esclavos en la crisis de la República* (Madrid, 1991); *El Alto Imperio Romano (14-235)* (Madrid, 1998); o *Roma y la municipalización de las Baleares* (Palma de Mallorca, 2000). Como editora, ha publicado los siguientes libros colectivos: *Captius i esclaus a l'Antiguitat i al Món Modern. Actes del XIC Col·loqui Internacional del G.I.R.E.A.* (Nápoles, 1996); *Religió de l'Antic Orient* (Palma de Mallorca, 2000); *Religions del Món Antic. La Creació* (Palma de Mallorca, 2001); *Les Illes Balears a l'Antiguitat. Continuitats i ruptures* (Palma de Mallorca, 2003); *Entre politeisme i monoteisme* (Palma de Mallorca, 2003); *Religions del Món Antic. El Més Enllà* (Palma de Mallorca, 2004); *L'Antiguitat clàssica i la seva pervivència a les Illes Balears. Actes de les XXIII Jornades d'Estudis Històrics Locals (24-26 nov. 2004)* (Palma de Mallorca, 2005); *Religions del Món Antic. La Màgia* (Palma de Mallorca, 2006); *Religions del Món Antic. L'Endiviniació* (Palma de Mallorca, 2007); y *Mediadores con lo divino en el Mediterráneo Antiguo. Actas del Congreso Internacional de Historia de las Religiones (Palma, 13-15 de octubre 2005)* (Palma de Mallorca, 2008).

El profesor A. Prieto, por su parte, es de tendencia marxista, a él se debe –entre otros títulos– el libro *Estructura social del Conventus Cordubensis* (Madrid, 1974), muy en la línea con las investigaciones que sobre Historia Social se desarrollaron en aquella época también en el campo de la Historia Antigua peninsular en general y de modo especial en la Historia de la España romana. Después ha incentivado una amplia línea de investigación –con bien conocidos discípulos– sobre cuestiones de economía y sociedad romanas así como historiográficas [Prieto, A. 1976: *La historia como arma de la reacción*, Madrid; o sus prólogos a *Hacia una nueva Historia* o *El modo de producción esclavista*, Madrid, 1978].

El último de los discípulos de Vigil, el profesor A. García Moreno, sin duda el especialista en visigodos de más calidad científica con que cuenta España en la actualidad, es un investigador infatigable sobre la Antigüedad, que no se ha centrado únicamente en los visigodos, abarcando sus trabajos toda la Antigüedad. Sus libros son los siguientes: *Hispani tumultuantes: de Numancia a Sertorio* (Alcalá de Henares, 1987); *Judíos de la España Antigua. Del primer encuentro al primer repudio* (Madrid, 1993); *De Gerión a César. Estudios históricos y filosóficos de la España indígena y romano-republicana* (Alcalá de Henares, 2001); y su muy conocido *El Bajo Imperio romano* (Madrid, 1998).

Los estudios sobre Hispania antigua de mediados del siglo XX a nuestros días

La obra histórica del profesor J. Ma. Blázquez

El profesor J. Ma. Blázquez –hablaré a partir de aquí en tercera persona– amplió estudios dos cursos, los de 1953 y 1956, en la Universidad de Roma, donde estudió religión etrusca con el profesor M. Pallottino, la máxima autoridad en la materia, y cinco trimestres con los profesores de la Universidad de Marburg, F. Matz y Ch. Habicht. Toda su producción histórica une las fuentes de la Historia Antigua, la Epigrafía, la Numismática y la Arqueología. Trabajó un semestre en el Instituto Arqueológico Alemán de Estambul, y otro en el de Damasco. Cursó estudios de Etruscología en la Universidad de Perugia oyendo clases de los mejores especialistas del momento en Italia, el citado Pallottino, Devoto y Banti, entre otros. Fruto de dichos años de estudio en Italia, el profesor Blázquez siempre conservó un gusto por los estudios de esta materia, publicando importantes trabajos sobre el tema, como sobre la Tumba del Cardenal, cuyas pinturas hoy perdidas, pero copiadas en el siglo XIX, revelan unas evidentes tendencias órfico-pitagóricas. El profesor Blázquez, por sugerencia de M. Pallottino, la estudió detenidamente, siendo el único gran estudio publicado sobre estas importantes pinturas y sobre el papel del caballo en las creencias funerarias de los etruscos; trabajo, por tanto, gemelo al realizado por el autor sobre el carácter fúnebre del caballo en las creencias griegas, tema tratado por L. Malten hace ya casi un siglo. Sobre etruscos también abordó los espejos etruscos del Museo Arqueológico Nacional, algunas urnas etruscas guardadas en museos españoles, la presencia etrusca en la Hispania romana, y estudios de epigrafía y de fuentes literarias sobre el influjo etrusco en Occidente en los periodos tartésico e ibérico. Ha publicado una síntesis de la religión etrusca en *Historia de las religiones de la Europa Antigua* (Madrid, 1994), donde se recoge la bibliografía sobre dichas cuestiones [el listado completo de la producción científica del profesor Blázquez, al menos hasta 1993 puede seguirse en: Mangas, J.; Alvar, J. (eds.) 1993: *Homenaje a José Ma. Blázquez. I*, Madrid, XVI-XXVI, donde ésta se presenta, además, organizada cronológicamente].

El profesor Blázquez –así como su discípulo J. Remesal, de quien luego hablaremos– tuvo siempre como modelo al genial M. Rostovtzeff, el gran economista del mundo grecorromano, lo que, sin duda, ha inspirado algunos de sus trabajos. Blázquez dirigió tres campañas de excavación en la ciudad romana de *Capera*, situada al norte de Cáceres; dos campañas en Huelva, en el Cabezo de San Pedro, yacimiento tartésico de excelente estratigrafía para dilucidar los orígenes de la colonización fenicia y griega; dieciséis campañas en *Castulo*

(Linares, Jaén), importantísima ciudad ibero-romana, capital del distrito minero de Oretania; y hasta cuatro campañas en la mina romana de La Loba —no lejos de Cástulo, en Fuenteovejuna, en Córdoba—, trabajada hacia el año 100 a.C. por las sociedades de publicanos y en la que se contactó con los almacenes tal y como los dejaron los romanos en esa fecha, con ánforas, campanas, magnífica Campaniense B, variado y muy completo instrumental minero, y un tesoro de denarios romanos y de monedas indígenas que demuestra que los mineros, o parte de ellos, procedían de la Cuenca del Ebro. Esta última excavación fue hispano-francesa; participaban dos equipos, uno español, dirigido por el profesor J. M^a. Blázquez, y otro francés, a las órdenes del profesor Claude Domergue, catedrático de Arqueología en la Universidad de Toulouse-Le Mirail, que dedica toda su vida al estudio de la minería romana en España y Portugal [Domergue, C. 1990: *Las mines de la Péninsule Ibérique dans l'antiquité romaine*, Roma, entre otros títulos]. Toda esta labor arqueológica se ha visto completada con la publicación continua de importantes y fundamentales estudios. Finalmente, en el campo arqueológico quedan por citar las, por el momento, veinte campañas de excavación realizadas en el monte Testaccio de Roma, que han sido realizadas en codirección con el profesor J. Remesal. El Testaccio constituye, prácticamente, el único archivo fiscal del mundo romano y de todo el Mediterráneo en la Antigüedad, fabricado —en sentido estricto— con ánforas hispanas, en su mayoría procedentes de la zona comprendida entre Córdoba, capital de la provincia romana de la Bética e *Hispalis*; también contiene de un 9 a un 12% de ánforas africanas, principalmente de época de los Severos. Las ánforas portan unos completos controles fiscales sobre el cuello y los hombros, y los nombres de los productos sobre las asas. Se fechan por los años de los cónsules, por lo que el Testaccio proporciona fechas exactas para todas las ánforas béticas diseminadas por Europa, Alejandría y el Oriente, de ahí la importancia de su excavación y la entidad de los datos que han arrojado sus memorias, [puntualmente publicadas en la serie *Estudios del monte Testaccio* (Madrid/Barcelona, 1994-2007), que después se citan].

El profesor Blázquez siempre procuró que sus alumnos —casi todos llegaron luego a ser catedráticos y profesores titulares de Historia Antigua en las universidades españolas—, pasaran por sus excavaciones, para que tuvieran la experiencia del trabajo de campo. Además, convencido de que una excavación sin memoria es trabajo e información perdidos siempre se ha ocupado de publicar las memorias de dichos trabajos. Dichas memorias de excavación son las siguientes: tres dedicadas a Cáparra, aparecidas en la colección que lleva por título *Excavaciones Arqueológicas en España*, n.º 34, 54 y 67; dos al Cabezo de San Pedro, una publicada en *Huelva Arqueológica*, n.º 1, y la otra, que

lleva por título *Excavaciones en el Cabezo de San Pedro (Huelva)* y está firmada por J. M^a. Blázquez, D. Ruiz Mata, J. Remesal, J. L. Ramírez Sadaba y K. Klaus, publicada también en *Huelva Arqueológica*, 102; siete a *Castulo*, la primera, *Cástulo I*, en la colección *Acta Arqueológica Hispánica*, n.º VIII y las cuatro siguientes en la ya citada colección *Excavaciones Arqueológicas en España*, *Cástulo II* (105), *Cástulo III* (117), *Cástulo IV* (131) y *Cástulo V* (140). Las dos últimas fueron publicadas en la importante colección *British Archaeological Reports BAR International Series: La necrópolis del Estacar de Robarinas. Cástulo, Jaén, España. Ritos y creencias*, 425, 1988; y *Cástulo, Jaén, España. II el Conjunto arquitectónico del Olivar*, 789. Muchas de estas memorias fueron escritas en colaboración con algunos de sus discípulos, que en esos momentos eran ya profesores de Historia Antigua en distintas universidades. Cástulo ha sido objeto de estudios por una buena parte de los alumnos del profesor Blázquez, que han centrado sus tesis doctorales en diferentes aspectos de esta ciudad, como la del profesor de la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED), J. Cabrero, que estudió y comentó, a inicios de la década de 1990, las fuentes literarias y epigráficas de la ciudad [Cabrero, J. 1991: *Análisis de textos documentales para el estudio de la Historia Antigua de Castulo*, Madrid].

De las memorias sobre *Castulo* arriba consignadas, una estudia de forma monográfica la mina romana de La Loba y lleva por título *La Loba (Fuenteovejuna, province de Cordoue, Espagne). La mine et le village minier antique*, firmada por J. M^a. Blázquez, C. Domergue y P. Sillières, publicada (Burdeos, 2002) con el apoyo del Ministère des Affaires Étrangères et l'Inuone Tolousaine d'Archeologie et d'Histoire y el prestigioso Institut Ausonius francés.

Uno de los proyectos que heredó el profesor Blázquez de su maestro A. García y Bellido fue redactar el *corpus* de mosaicos romanos de España. El profesor A. García y Bellido había publicado algunos conjuntos de mosaicos como los de Córdoba, antes de morir, en 1972. El proyecto estaba planeado por A. Fernández Avilés y por el propio A. García y Bellido. Desde el momento en que J. M^a. Blázquez se hizo cargo del Instituto de Arqueología del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, decidió poner en práctica el proyecto. Ante las dificultades de planearlo a partir los *conuentus* jurídicos de la España romana, decidió hacerlo por las provincias actuales, incorporando a otros investigadores interesados en la materia para abarcar todo el territorio peninsular. Así, los dos primeros volúmenes aparecidos se deben al profesor A. Blanco, que ya había publicado algún importante trabajo sobre mosaicos báquicos en el *Boletín* de la Academia en 1952 [BRAH, 1952, 131, 273-316, luego revisado por J. M^a. Blázquez, en: *AEspA*, 1984, 57, 69-95]. El

proyecto se incorporó a la *Association Internationale pour l'Etude de la mosaïque antique-AIEMA*, con sede en París. Los mosaicos publicados por el profesor Blázquez fueron los siguientes: *Mosaicos romanos de Córdoba, Jaén y Málaga* (Madrid, 1981); *Mosaicos romanos de Sevilla, Granada, Cádiz y Murcia* (Madrid, 1982); *Mosaicos romanos de la Real Academia de la Historia, Ciudad Real, Toledo, Madrid y Cuenca* (Madrid, 1982); *Mosaicos romanos de Soria* (con la colaboración de T. Ortego) (Madrid, 1983); *Mosaicos romanos de Navarra* (con la colaboración de M^a. A. Mezquíriz) (Madrid, 1985); *Mosaicos romanos de Lérida y Albacete* (con la colaboración de G. López Monteagudo, M^a. L. Neira y M^a. P. San Nicolás) (Madrid, 1989); *Mosaicos romanos del Museo Arqueológico Nacional* (con la colaboración de G. López Monteagudo, M^a. L. Neira y M^a. P. San Nicolás) (Madrid, 1989); y *Mosaicos romanos de León y Asturias* (con la colaboración de G. López Monteagudo, T. Mañanes y C. Fernández Ochoa) (Madrid, 1993). A estos volúmenes han seguido otros dos dedicados a los mosaicos de Valladolid y Burgos, debidos, el primero, a M^a. L. Neira y T. Mañanes y, el segundo, a G. López Monteagudo, R. Navarro y P. de Palol (Valladolid, 1998, ambos); la directora del proyecto era G. López Monteagudo, del CSIC. Todos estos volúmenes han sido publicados en el Instituto Español de Arqueología, y han tenido un notable éxito dentro y fuera de España. El equipo, dirigido por el profesor J. M^a. Blázquez y la Dra. G. López Monteagudo, e integrado por los profesores M^a. L. Neira, de la Universidad Carlos III; M^a. P. San Nicolás, de la UNED; y, recientemente, J. Cabrero, también de la UNED, ha participado en todos los congresos internacionales organizados por la AIEMA con comunicaciones; en los de la África romana, y en multitud de otros congresos y homenajes con el asunto de los mosaicos como telón de fondo.

Los libros del profesor Blázquez, alguno de los cuales recogen trabajos aparecidos en revistas, además de los ya citados, son: *Religiones primitivas de Hispania. I. Fuentes literarias y epigráficas* (Madrid, 1962); *Estructura económica y social de Hispania durante la Anarquía militar y el Bajo Imperio* (Madrid, 1964); *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia de Occidente* (Salamanca, 1968, con una segunda edición de 1975); *El Imperio y las invasiones desde la crisis del siglo III al año 500. Historia económica y social de España I. La Antigüedad* (Madrid, 1973); *Historia social y económica. La España romana (siglos III-IV)* (Madrid, 1975); *Historia de la Hispania romana* (en colaboración con A. Tovar) (Madrid 1975, reeditado en 1997); *La Romanización* (2 volúmenes, Madrid, 1974 y 1975); *Diccionario de las religiones primitivas de Hispania* (Madrid, 1975); *Imagen y Mito. Estudios sobre religiones mediterráneas e ibéricas* (Madrid, 1977); *Historia económica de Hispania; Historia del Arte hispánico. La Antigüedad*

(Madrid 1978); *Economía de la Hispania romana* (Bilbao 1978); *Historia de España Antigua, II. Hispania romana* (Madrid, 1978); *Historia de España Antigua, I. Protohistoria* (Madrid, 1980); *Historia de España. España romana* (tomos I-II, Madrid, 1982); *Primitivas religiones ibéricas, II* (Madrid, 1983); *Asimilación y resistencia a la romanización en el norte de Hispania* (Universidad del País Vasco, dactilografiado); *Historia de España, 3. España romana* (Madrid, 1986); *Gran Historia Universal. El mundo griego* (Madrid, 1987); *Época de la Pax romana. Economía y sociedad. Historia general de España y América. III* (Madrid, 1987); *Aspectos económicos de la República romana. Historia general de España y América. Tomo 1-2. De la protohistoria a la conquista romana* (Madrid, 1987); *Historia de España, 2. Colonizaciones y formación de los pueblos prerromanos (1200-218 a.C.)* (Madrid, 1988); *Los hebreos. Historia del mundo antiguo. Oriente 10* (Torrejón de Ardoz, 1989); *Nuevos estudios sobre la romanización* (Madrid, 1989); *Historia de Grecia antigua* (Madrid, 1989); *La sociedad del Bajo Imperio en la obra de Salviano de Marsella* (Madrid, 1990); *Artesanado y comercio durante el Alto Imperio. Historia del mundo antiguo. Roma 55* (Torrejón de Ardoz, 1990); *Prehistoria. Historia Universal. Tomo 1* (Madrid, 1990); *Aportaciones al estudio de la España romana en el Bajo Imperio* (Madrid 1990); *Estudio sobre religiones de la España Antigua* (Madrid, 1991); *Agricultura y minería romanas en el Alto Imperio* (Torrejón de Ardoz, 1991); *Urbanismo y Sociedad en la Hispania Antigua* (Madrid, 1991); *Religiones en la España Antigua* (Madrid, 1991); *Prehistoria y Primeras Culturas* (Barcelona, 1991); *Prehistoria y Edad Antigua. Manual de Historia de España, I* (Madrid, 1991); *Fenicios, Griegos y Cartagineses en Occidente* (Madrid, 1992); *Historia del Oriente Antiguo* (con otros autores) (Madrid, 1992); *Los enigmas de Tartessos* (Madrid, 1993); *Mosaicos romanos de España* (Madrid, 1994); *Historia de las religiones antiguas. Oriente, Grecia y Roma* (Madrid, 1994); *Cástulo, ciudad ibero-romana* (Madrid, 1994); *Historia de las religiones de la Europa Antigua* (Madrid, 1994); *Cristianismo primitivo y religiones místicas* (Madrid, 1995); *La España Romana* (Madrid 1996); *La romanización de Occidente* (Madrid, 1996); *Intelectuales, ascetas y demonios al final de la Antigüedad* (Madrid 1998); *Mitos, dioses, héroes, en el Mediterráneo Antiguo* (Madrid, 1999); *Fenicios y cartagineses en el Mediterráneo* (Madrid 1999); *Los pueblos primitivos de España y del Mediterráneo en la Antigüedad* (Madrid, 2000); *Grecia helenística* (Madrid, 2000); *Religiones, ritos y creencias funerarias en la Hispania prerromana* (Madrid, 2001); *Dioses, mitos y rituales de los semitas occidentales en la Antigüedad* (Madrid, 2001); *El Mediterráneo y España en la Antigüedad* (Madrid, 2003); *Trajano* (Madrid, 2003); *Los pueblos de España y el Mediterráneo en la Antigüedad. Estudios de Arqueología, Historia y Arte*

(Madrid, 2006); y *Arte y religión en el Mediterráneo Antiguo* (Madrid, 2007).

Como antes se indicó, J. M^a. Blázquez, en colaboración con J. Remesal, como coordinadores, ha publicado los siguientes volúmenes de las excavaciones del monte Testaccio en Roma: *Excavaciones Arqueológicas en el Monte Testaccio (Roma)* (Madrid, 1994), y cuatro gruesos volúmenes de *Estudios sobre el Monte Testaccio (Roma)*, aparecidos en la colección *Instrumenta*, dirigida por el profesor J. Remesal en la Universidad de Barcelona, en los años 1999, 2001, 2003 y 2007, y a la que, por su entidad, dedicaremos atención pormenorizada más adelante. Todos estos volúmenes van magníficamente ilustrados y llevan varios apéndices referentes al aceite en la Antigüedad. Pertenecen a la Unión Académique Internationale Corpus International des Timbres Amphoriques, bajo los auspicios de la Real Academia de la Historia española.

Como se habrá podido verificar en el amplio elenco de obras citadas, el profesor Blázquez se ha interesado por diferentes temas de la Antigüedad, como cultura tartésica, fenicios y cartagineses, economía —principalmente, minas y explotación del aceite bético—, religiones indígenas hispanas, de las que recoge las últimas aportaciones y nuevos teónimos, y algunas figuras fundamentales de la patrística, como Clemente Alejandrino, el impacto en la sociedad del ascetismo cristiano y, últimamente, la violencia religiosa cristiana a finales de la Antigüedad.

Ha fundado la revista *Gerión* —órgano del departamento de Historia Antigua de la Universidad Complutense de Madrid— que lleva veinticinco años en funcionamiento y se mantiene como una de las revistas más prestigiosas de la especialidad en nuestro país. Ha sido nombrado Doctor *Honoris Causa*, por las universidades de Bolonia, Salamanca, Valladolid y León, Académico correspondiente de la Academia dei Lincei, de la Academia des Inscriptions et Belles-Lettres, de la Academia de Córdoba, de la de Santa Isabel de Hungría, de la de Cultura Valenciana, de la de Bones Lletres de Barcelona, de la New York Academy of Sciences y miembro ordinario del Instituto Arqueológico Alemán de Berlín y de la Hispanic Society de New York.

Los discípulos del profesor J. M^a. Blázquez y la historiografía hispana en Historia Antigua

Los discípulos del profesor J. M^a. Blázquez son numerosos. Todos enseñan Historia Antigua en diferentes universidades españolas. Trazaremos aquí sus semblanzas y valoraremos sus aportaciones y obras más representativas.

El profesor J. Mangas es actualmente catedrático de Historia Antigua en la Universidad Complutense aunque antes lo fue en la de Oviedo. Siempre se ha interesado por la epigrafía latina y por los problemas

sociales de la Hispania romana. A él se debe, por ejemplo, el volumen *Esclavos y libertos en la Hispania Romana* (Salamanca, 1971). Se trata del único gran estudio aparecido hasta el momento en ese sentido y sobre esa cuestión, tal ha sido su validez. Otros trabajos suyos son *Séneca o el poder de la cultura* (Madrid, 2001); en colaboración con J. M^a. Solana, *Historia de Castilla y León. 2. Romanización y germanización en la Meseta Norte* (Valladolid, 1985); o, en colaboración con C. González, *Corpus de Inscripciones Latinas de Andalucía. III. Jaén*, (Sevilla 1991). Pero, sin duda, la obra más importante del profesor J. Mangas es la edición, como editor, de los *Testimonia Hispaniae Antiquae*, con la colaboración de otros investigadores hispanos. Los editores del primer volumen, dedicado a Avieno, son J. Mangas y D. Placido (Madrid, 1991), al que han seguido *I.A. La Península Ibérica en los autores griegos: de Homero a Platón* (Madrid, 1998); el *I.B. La Península Ibérica prerromana de Éforo a Eustaquio* (Madrid, 1999); y, por último, en colaboración con M^a. L. Miró *III. Medio físico y recursos naturales de la Península Ibérica en la Antigüedad* (Madrid, 2003).

Juan Santos Yanguas, catedrático de Historia Antigua de la Universidad del País Vasco, discípulo del anterior, es el mayor especialista de España en la romanización de los pueblos del norte peninsular. Sus libros fundamentales sobre estos pueblos son los siguientes: *Pueblos de la España Antigua* (Madrid, 1989); *Comunidades indígenas y administración romana en el noroeste hispánico* (Bilbao, 1985); *Epigrafía romana de Segovia y su provincia* (Segovia, 2005), éste último en colaboración con A. Hoces de la Guardia y J. del Hoyo. Su alumna, la profesora M^a. C. González Rodríguez, igualmente catedrática de Historia Antigua en la Universidad del País Vasco, se ha dedicado a estudiar las organizaciones sociales indígenas en los siguientes libros: *Las unidades organizativas indígenas del área indoeuropea de Hispania*, (Vitoria, 1986); *Las estructuras sociales indígenas del norte de la Península Ibérica* (Vitoria, 1994), ésta en colaboración con el propio J. Santos Yanguas; *Los astures y los cántabros vadinienses. Problemas y perspectivas de análisis de las sociedades indígenas de la Hispania indoeuropea* (Vitoria, 1997). Sus estudios han cambiado los conocimientos sobre las sociedades indígenas hispanas.

La profesora A. Lozano, catedrática de Historia Antigua de la Universidad Complutense, se ha dedicado fundamentalmente a la epigrafía griega de Asia Menor. Estudió en la Universidad de Marburg con el profesor Ch. Habicht, entonces catedrático de esta universidad alemana, aunque después paso a la prestigiosa universidad norteamericana de Princeton. Ha estudiado la epigrafía griega *in situ*. Sus libros son: *Importancia social y económica de la esclavitud en Asia menor helenística* (Salamanca, 1974); *Análisis y comentario de textos históricos I. Edad Antigua y Media* (Madrid, 2ª edición,

1986); *La esclavitud en Asia Menor helenística* (Oviedo, 1987); *La colonización griega en el Mediterráneo* (Madrid, 1988); *La Edad Oscura en Grecia* (Madrid, 1988); *Las monarquías helenísticas I: el Egipto de los Lápidas* (Madrid, 1989); *Las monarquías helenísticas II: Los Seleúcidas* (Madrid, 1989); *Asia Menor helenística y las monarquías menores* (Madrid, 1989); *Die Inschriften von Stratonikeia, Band II 11-2* (Bonn, 1990); *El mundo helenístico*, (Madrid, 1992); o el muy útil *Die griechischen Personennamen auf der Iberischen Halbinsel* (Heidelberg, 1998).

El profesor J. M. Abascal es catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Alicante. Se ha dedicado con especial cuidado al estudio de la epigrafía de las calzadas romanas de Hispania y de las monedas, así como, últimamente, a aspectos historiográficos. Es el director de las excavaciones de la importante ciudad romana de Segobriga, cabeza de Celtiberia, como la llama Plinio, y de la sección de Historia Antigua de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, donde hace una labor fructífera, dando a conocer a todo el mundo científico la investigación española sobre el Mundo Antiguo [<http://www.cervantesvirtual.com/seccion/historia> y <http://www.cervantesvirtual.com/portal/Antigua>]. Sus libros son los siguientes: *Vías romanas de la provincia de Guadalajara*, (Guadalajara, 1982); *Presencia romana en las tierras de Guadalajara* (Guadalajara, 1984); *La cerámica pintada romana de tradición indígena en la Península Ibérica* (Madrid, 1986); *La circulación monetaria del Portus Ilicitanus (Santa Pola-Alicante)* (Valencia, 1989); *La ciudad hispanorromana: privilegio y poder*, en colaboración con U. Espinosa (Logroño, 1989); *El tesoro romano de Cachapets (Crevillente, Alicante)*, en colaboración con A. González Prats (Crevillente, 1989); *Inscripciones romanas de la provincia de Albacete* (Albacete, 1990); *Textos para la historia de Alicante. Historia Antigua*, en colaboración con L. Abad (Alicante, 1992); *Bronces antiguos del Museo de Albacete*, en colaboración con R. Sanz (Albacete, 1993); *La colección numismática Jose M^a. Soler en Villena*, en colaboración con J. M^a. Soler y C. Domenech, (Alicante, 1993); el extraordinario *Los nombres personales en las inscripciones latinas de Hispania* (Murcia, 1994); *Un tesoro de sestercios romanos procedente del territoriium de Dianium (Hispania Citerior)*, en colaboración con M. Olcina y J. Ramón (Alicante, 1995); *Las monedas de la ciudad romana de Segóbriga (Saelices, Cuenca)*, en colaboración con P. P. Ripollès (Barcelona-Madrid, 1996); *La ciudad de Cartago Nova III. La documentación epigráfica*, en colaboración con S. Ramallo (Murcia, 1997); *Moneda antigua y vida económica en las comarcas del Vinalopó*, en colaboración con A. Alberola (Valencia, 1998); *Fidel Fita (1835-1918). Su legado documental en la Real Academia de la Historia* (Madrid, 1999); *Segobriga y su conjunto arqueológico*, en colaboración con M. Almagro-Gorbea (Madrid, 1999); Traducción y edición

crítica de G. Mayans, *introductio ad veterum inscriptio-num historiam litterariam*, y también en colaboración con L. Abad (Madrid, 1999), y también de la Universidad de Alicante; *Monedas hispánicas. Real Academia de la Historia. Catálogos del Gabinete de Antigüedades*, en colaboración con P. P. Ripollès (Madrid, 2000); *Epigrafía Hispánica. Real Academia de la Historia. Catálogos del Gabinete de Antigüedades*, en colaboración con H. Gimeno (Madrid, 2000); *El arco romano de Medinaceli (Soria, Hispania Citerior)*, en colaboración con G. Alföldy (Madrid, 2002); *Segobriga, guía del parque arqueológico*, en colaboración con M. Almagro-Gorbea y R. Cebrián (Madrid, 2003); *Las ciudades y los campos de Alicante en época romana*, en colaboración con L. Abad (Alicante, 2003); *Manuscritos sobre antigüedades de la Real Academia de la Historia*, en colaboración con R. Cebrián (Madrid, 2005); *Segobriga. Ciudad celtibérica y romana. Guía del parque arqueológico*, en colaboración con M. Almagro-Gorbea y R. Cebrián (Toledo, 2007); *Adolfo Herrera Chiesanova (1847-1925). Su legado en la Real Academia de la Historia*, en colaboración con R. Cebrián (Madrid, 2006); *Monedas antiguas de los Museos de Elche*, en colaboración con A. Alberola (Madrid, 2007); *Baños de la Reina (Calpe, Alicante). Un vicus romano a los pies del peñón de Ifach*, en colaboración con R. Cebrián, F. Sala y A. M^a. Ronda (Calpe, 2007). Recientemente, el profesor J. M. Abascal ha sido nombrado, debido a su gran prestigio internacional, como epigrafista latino de la Academia de Berlín.

El profesor J. Remesal, catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Barcelona, es uno de los mayores especialistas mundiales en todos los problemas relacionados con las ánforas romanas, su comercialización, distribución y todo lo referente a la explotación del aceite en el Imperio romano. Procede de la región más productiva de aceite del Imperio romano, Cora del Río (Sevilla), cuyas ánforas olearias inundaron Roma de aceite en época imperial, como constata su presencia en el monte Testaccio de Roma. Como nacido en las riberas del Guadalquivir, productoras en época romana de grandes cantidades de aceite, estaba familiarizado con los alfares romanos, con los gigantes amontonamientos de fragmentos de ánforas Dressel 20. Se inició en el estudio de ánforas romanas con dos buenos especialistas en la materia: E. Rodríguez Almeida, de Roma, y M. Ponsich, miembro de la Casa de Velázquez, que había prospectado las riberas del Guadalquivir. La tesis doctoral la redactó sobre la región oleícola de la Bética, publicando un largo artículo sobre las conclusiones en el muy prestigioso *Archivo Español de Arqueología* [AEspA, 1977, 50, 87-143], que sin duda auguraba ya la labor que después ha venido realizando. El profesor J. Remesal disfrutó de dos becas anuales, una del CSIC y otra del gobierno italiano, que le permitieron ampliar estudios y relacionarse en Roma con multitud de colegas italianos inte-

resados en los mismos temas que él. También obtuvo una prestigiosa beca de la Fundación Humboldt en Heidelberg, trabajando con el hispanista G. Alföldy, de reconocido prestigio internacional. Los trabajos del profesor J. Remesal han revolucionado los estudios sobre la *annona*, no solo en lo referente a las frumentaciones, como tradicionalmente se afirmaba, sino para el abastecimiento de Roma y del ejército, y sobre la organización del Estado romano en la administración de las provincias, para obtener de ellas el mayor número de recursos. Ha creado en la Universidad de Barcelona un grupo de investigación sobre la interdependencia provincial en la Antigüedad Clásica (CEIPAC) –de la que ya son muchos los investigadores de él surgidos, algunos colaboradores de este volumen– y una base de datos, sistematizando la epigrafía anfórica hispana [<http://ceipac.gh.ub.es>]. Esta base de datos es un punto de referencia mundial. El profesor J. Remesal hace arrancar la administración del Imperio romano de Augusto, y no de César como creía Th. Mommsen, tesis que, al principio, encontró una dura oposición en la investigación alemana y francesa, pero poco a poco se ha impuesto al ritmo de las evidencias. Se ha dedicado también a trabajar sobre la historiografía del siglo XVIII y la epigrafía de la Bética.

Sin lugar a dudas, uno de sus grandes logros ha sido crear la colección *Instrumenta*, de la que han aparecido más de veinticinco volúmenes que estudian: *Producción cerámica y economía rural en el bajo Ebro en época romana. El alfar de l'Aumedina, Tivissa (Tàrragona)* (Barcelona, 1993), de V. Revilla; *Las ánforas fenicio-púnicas del Mediterráneo central y occidental* (Barcelona, 1995), de J. R. Torres; *Veteranos en el África romana* (Barcelona, 1997), de A. Chausa Sáez; *Las ánforas de aceite de la Bética y su presencia en la Cataluña romana* (Barcelona, 1998), de P. Berni; *Britannia y el Mediterráneo. Estudios sobre el comercio de aceite bético y africano en Britannia* (Barcelona, 1998), de C. Carreras y P. P. A. Funari; *Estudios sobre el monte Testaccio (Roma) I* (Barcelona, 1999), de J. M^a. Blázquez, J. Remesal (eds.); *Las ánforas tardo-antiguas en Tarraco (Hispania Tarraconensis)* (Barcelona, 2000), de J. A. Remolà; *Economía de la Britania romana: la importación de alimentos* (Barcelona, 2000), de C. Carreras Monfort; *Il culto di Mercurio nella Penisola Iberica*, (Barcelona, 2001), de G. Baratta; *Estudios sobre el monte Testaccio (Roma) II*, (Barcelona, 2001), de J. M^a. Blázquez, J. Remesal (eds.); *La producción de salsas y conservas de pescado en la Hispania romana* (Barcelona, 2001), de L. Lagóstena; *Religión y propaganda política en el mundo romano* (Barcelona, 2002), de F. Marco, F. Pina, J. Remesal (eds.); *Las clientelas de Cneo Pompeyo, Magno en Hispania* (Barcelona, 2003), de L. Amela; *Estudios sobre el monte Testaccio (Roma) III*, (Barcelona, 2003), de J. M^a. Blázquez y J. Remesal (eds.); *Immaturi et innupti. Terracotas figuradas en ambiente fune-*

rario de Corduba, colonia patricia (Barcelona, 2004), de D. Vaquerizo; *Vivir en tierra extraña: emigración e integración cultural en el mundo antiguo* (Barcelona, 2004), de F. Marco, F. Pina, J. Remesal (eds.); *Epigrafía anfórica* (Barcelona, 2004), de José Remesal (ed.); *Del Hiberus a Carthago Noua. Comercio de alimentos y epigrafía anfórica grecolatina* (Barcelona, 2005), de J. C. Márquez y J. Molina; *Morfología histórica del territorio de Tarraco (ss. III-I a.C.)* (Barcelona, 2005), de I. Arrayás; *Las ventas por subasta en el mundo romano: la esfera privada* (Barcelona, 2005), de M. García; *Repúblicas y ciudadanos: modelos de participación cívica en el mundo antiguo* (Barcelona, 2006), de F. Marco, F. Pina y J. Remesal (eds.); *Augusto y las aves. Las aves en la Roma del principado: prodigio, exhibición y consumo* (Barcelona, 2006), de S. Montero; *La production de sigillées africaines. Recherches d'histoire et d'archéologie en Tunisie Septentrionale et Centrale* (Barcelona, 2007), de Moncef ben Moussa; *Estudios sobre el monte Testaccio (Roma) IV*, (Barcelona, 2007), de J. M^a. Blázquez y J. Remesal (eds.); *In Africa et in Hispania: études sur l'huile africaine* (Barcelona, 2007), de A. Mrabet y J. Remesal (eds.), a los que se ha unido el reciente *Epigrafía latina republicana de Hispania* (Barcelona, 2008), de B. Díaz. En varios volúmenes el propio profesor J. Remesal participa con trabajos importantes y algunos se deben exclusivamente a él. Es una colección que se ha consolidado con el tiempo y que cada vez goza de un mayor prestigio internacional.

Al margen de esta labor, J. Remesal es autor de los siguientes libros: *La necrópolis del sureste de Baelo* (Madrid, 1979); *La annona militaris y la explotación del aceite bético en Germania* (Madrid, 1986); o *Celti (Peñaflor): la arqueología de una ciudad hispanorromana en la Baetica: prospecciones y excavaciones 1987-1992* (Sevilla, 2001). Prueba del grandísimo prestigio del que goza el profesor Remesal en Alemania es que haya sido llamado desde Xanten para estudiar todas las ánforas que allí se conservan y que la Unión Académica Internacional lo ha nombrado miembro de su buró.

Otro discípulo del profesor Blázquez es el profesor U. Espinosa, catedrático de la Universidad de La Rioja. Amplió estudios de Historia Antigua en la Universidad de Colonia, bajo la dirección del catedrático de Historia Antigua de esta universidad, W. Eck. Ha publicado importantes libros como: *Administración territorial en el Imperio romano: una aproximación histórica* (Logroño, 2006); *Gentes y pueblos de Ocón* (Ocón, 2002); *Los Severos* (Madrid, 1991); *Epigrafía romana de La Rioja* (Logroño, 1986); *Calagurris Iulia* (Logroño, 1984); *Debate Agripa-Mecenas en Dión Casio: Respuesta senatorial a la crisis del Imperio romano en época severiana* (Madrid, 1982); *Estudio de bibliografía arqueológica riojana: prehistoria e historia antigua* (Logroño, 1981); *Comunidades locales y dinámicas de poder en el norte de la Península durante la Antigüedad*

Tardía (Logroño, 2006). Su labor se ha circunscrito principalmente a su región. Últimamente, se dedica al emperador Cómodo, revitalizando su figura. Ha sido rector de su universidad a la que ha dotado de excelentes bibliotecas y en la que ha implementado una activa labor investigadora [muestra de ello, por ejemplo, es la activa línea abierta por una de sus discípulas, la profesora Castillo Pascual, que convocó no hace mucho un extraordinario coloquio internacional, recientemente editado: Castillo, M^a. J. (ed.) 2008: *Congreso Internacional «Imágenes». La Antigüedad en las Artes escénicas y visuales. International Conference «Imágenes». The reception of Antiquity in performing and visual arts*, Logroño; y consagrado a cuestiones de legado y recepción del mundo clásico].

El profesor R. Teja, catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Cantabria, se ha dedicado a patrística. Goza de un prestigio grande en Italia, donde pasa, en Roma, largas temporadas, dedicándose al estudio de la Iglesia oriental en la Antigüedad Tardía. Su prestigio en Italia queda confirmado por su nombramiento de Doctor *Honoris Causa* por la Universidad de Bolonia. Fruto de sus investigaciones sobre los escritores cristianos del Oriente son: *Organización económica y social de Capadocia en el siglo IV, según los padres capadocios* (Salamanca, 1974); una traducción de *Lactancia: Sobre la muerte de los perseguidores* (Madrid, 1982); *El cristianismo primitivo en la sociedad romana* (Madrid, 1991); *La tragedia de Éfeso (431): Herejía y poder en la Antigüedad Tardía* (Santander, 1995); *Cristianismo marginado. Rebeldes, excluidos, perseguidos* (Madrid, 1998); *Emperadores, obispos, monjes y mujeres protagonistas del cristianismo antiguo* (Madrid, 1999); *Teodoreto de Ciro. Historia de los monjes de Siria* (Madrid, 2008); *Marco el diácono. Vida de Porfirio de Gaza* (Madrid, 2008). Ha formado en Oxford una buena escuela de mujeres dedicadas al cristianismo antiguo.

J. M. Iglesias Gil, es catedrático de Historia Antigua en la Universidad de Cantabria. Se ha centrado fundamentalmente en los estudios de Cantabria, donde ha realizado importantes excavaciones. Ha publicado: *Excavaciones de monte Cildà: Olleros de Pisuerga (Palencia). Campañas de 1966 a 1969*, en colaboración con M. A. García Guinea y C. Caloca (Madrid, 1973); *Onomástica prerromana en la epigrafía cántabra* (Santander, 1974); *Epigrafía cántabra* (Santander, 1976); *Juliobriga* (Santander, 1985); *Comunicaciones en la Cantabria romana*, en colaboración con J. A. Muñiz Castro (Santander, 1992); *Intercambio de bienes en el Cantábrico oriental en el Alto Imperio romano* (Santander, 1994); *Flaviobriga. Castro Urdiales romano. Arqueología de intervención (años 1991-1994)*, en colaboración con A. Ruiz (Castro Urdiales-Bilbao, 1995); *Cantabria. La génesis de un pueblo*, en colaboración con J. A. Muñiz (Santander, 1999); *Epigrafía romana de Cantabria*, en colaboración con A. Ruiz (Burdeos-Santander, 1998);

Regio Cantabrorum, en colaboración con J. A. Muñiz (Santander, 1999); *Jerónimo Zurita, Cantabria. Descripción de sus verdaderos límites* (Santander, 2000); *Arqueología en Juliobriga (Retortillo, Campoo de Enmedio, Cantabria)* (Santander, 2002); *Vademecum para la epigrafía y numismática latinas*, en colaboración con J. Santos Yanguas (Santander, 2002); o *Paisaje arqueológico y natural de la ruta de Celada Marlantes a Retortillo. Campoo de Enmedio*, en colaboración con J. J. Cepeda y A. Ruiz (Santander, 2006). Como puede verse, está, pues, especializado en la Epigrafía, la Onomástica y la Arqueología del área cántabra.

Narciso Santos Yanguas es catedrático de la Universidad de Oviedo donde, además de un importante trabajo científico, ha realizado una importante labor de divulgación de la Asturias romana en cursos de verano y conferencias. Sus libros sobre la Historia Antigua son los siguientes: *Los pueblos germánicos en la segunda mitad del s. IV d.C.* (Oviedo, 1976); *Textos para la Historia Antigua de Roma* (Madrid, 1977); *Textos para la Historia Antigua de la Península Ibérica* (Oviedo, 1980); *Textos para la historia del próximo Oriente Antiguo*, en colaboración con F. Marco (Oviedo, 1980); *El ejército romano y la romanización de los astures* (Oviedo, 1981); *El ejército y la romanización de Galicia* (Oviedo, 1988); *Cristianismo e Imperio romano durante el siglo I d.C.* (Madrid, 1991); *La romanización de Asturias* (Madrid, 1992); *El cristianismo en el marco de la crisis del siglo III en el Imperio romano* (Oviedo, 1996); *Asturias hasta la época medieval* (Madrid, 1996); *La concepción de la Historia de Roma en Salustio* (Oviedo, 1997); *Cristianismo y sociedad romana en el Imperio romano durante el siglo II* (Oviedo, 1998); *Los castros en el norte de Hispania*, (Oviedo, 2001); *Romayeloro hispano* (Oviedo, 2001); *El Imperio romano y el oro de los astures* (Oviedo, 2004); *Asturias, los astures y la cultura castreña* (Oviedo, 2006); y *Ejército romano, administración y vida civil en territorio de los astures* (Astorga, 2006). Aunque centradas sus publicaciones en los astures, el profesor N. Santos Yanguas ha dado también importancia a las fuentes de Oriente, de Roma y de Hispania, así como al Cristianismo en el Imperio romano.

El profesor M. A. Rabanal es catedrático de Historia Antigua en la Universidad de León. Amplió estudios en el departamento de Historia Antigua de la Universidad de Munich. Se interesó por la provincia romana de Asia Menor, con base epigráfica. También prestó especial interés a las fuentes, pero al ganar la Cátedra de Historia Antigua de la Universidad de León, se centró en los estudios sobre esta región, importante durante el Imperio romano por sus minas de oro y por tener acuartelada la única legión en Hispania a partir del 68, la *legio VII Gemina*. Sus libros más destacados son: *Epigrafía romana de la provincia de León: revisión y actualización*, en colaboración con S. García Martínez (León, 2001); *La romanización de León* (León, 1990);

Alejandro Magno y sus sucesores (Madrid, 1989); *Monarquías helenísticas III. Grecia y Macedonia* (Madrid, 1989); *Textos de España antigua*, (León, 1989); *Vías romanas de la provincia de León* (León, 1988); *Fuentes literarias y epigráficas de León en la Antigüedad* (León, 1982); *España en la Antigüedad: textos históricos* (Alicante, 1981); *Comentario de textos históricos: método y recopilación*, en colaboración con F. Lara Peinado (Lérida, 1977); *La provincia romana de Asia según la epigrafía griega (época imperial, ss. I-IV)* (Sevilla, 1974); o *España antigua en las fuentes griegas* (Madrid, 1970). Muchos de estos trabajos y, en general, los estudios desarrollados por el profesor M. A. Rabanal han renovado en profundidad el conocimiento de León en época imperial romana.

El catedrático de Historia Antigua, Víctor Alonso Troncoso, de la Universidad de Ferrol, redactó la tesis doctoral bajo la dirección del profesor J. M^a. Blázquez, pero fue discípulo también del profesor J. Fernández Nieto. Amplió estudios de la Antigüedad en la Universidad de Heidelberg bajo la dirección de G. Alföldy. También estudió con el profesor E. Will en Nancy. Se ha dedicado casi exclusivamente a la Historia de Grecia, sobre la que ha publicado los siguientes libros: *El comercio griego arcaico: historiografía de las cuatro últimas décadas 1954-1993* (La Coruña, 1994); *El genio de Grecia* (Madrid, 1988); *Neutralidad y neutralismo en la Guerra del Peloponeso (431-404 a.C.)* (Madrid, 1987); y *Pautas y guiones para una Historia de Grecia* (Santiago de Compostela, 1994).

El profesor J. M. Roldán fue profesor adjunto en la Cátedra del profesor F. Jordá, catedrático de Prehistoria en la Universidad de Salamanca, uno de los mejores prehistoriadores con los que ha contado España en el siglo xx, pero siempre vinculado con el profesor J. M^a. Blázquez por tener también interés en la Historia Antigua. A continuación, Roldán fue catedrático de Historia Antigua en las universidades de Granada y Salamanca, y en la actualidad lo es de la Universidad Complutense, en Madrid. Es el gran especialista en el ejército romano de Hispania. Su interés se ha extendido a otros campos, como las vías romanas, la Historia de Roma, y la Hispania romana en general. Su producción científica ha sido de calidad y muy abundante. Sus libros son los siguientes: *Iter ab Emerita Asturicam. El Camino de la plata* (Salamanca, 1971); *Hispania y el ejército romano. Contribución a la historia social de la España Antigua*, (Salamanca, 1974); *Itineraria Hispana. Fuentes para el estudio de las vías romanas en la Península Ibérica* (Granada-Valladolid, 1975); *Historia de Roma I. La República* (Madrid, 1981); *Granada romana. El municipio latino de Illiberri* (Granada, 1983); *Ejército y sociedad en la España romana* (Granada, 1989); *Los hispanos en el ejército romano de época republicana* (Salamanca, 1993); *El imperialismo romano. Roma y la conquista del Mediterráneo (264-133 a.C.)*

(Madrid, 1994); *Historia de Roma* (Salamanca, 1993); *Historia Antigua de España I. Iberia prerromana. Hispania republicana y altoimperial* (Madrid, 2001); o *Historia de España 2. Hispania romana: conquista, sociedad y cultura (ss. III a.C.- IV d.C.)*, ésta última en colaboración con J. Santos Yanguas (Madrid, 1997). Sin embargo, la obra que dejará un impacto más duradero es el *Diccionario Akal de la Antigüedad hispana* (Madrid, 2006), publicación de la que es director y en la que han participado destacados investigadores jóvenes y menos jóvenes del panorama universitario nacional en nuestra disciplina.

Su discípulo es el hoy catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Málaga, F. Wulff, que se ha dedicado al estudio de la historiografía hispana aunque también sobre la Hispania antigua –en especial, en época republicana– ha publicado varios trabajos [especialmente: Wulff, F. 2003: *Las esencias patrias. Historiografía e Historia Antigua en la construcción de la identidad española (siglos XVI-XX)*, Barcelona; y Roldán, J. M.; Wulff, F. (eds.) 2001: *Citerior y Ulterior. Las provincias romanas de Hispania en la era republicana*, Madrid]. También es discípulo del catedrático J. M. Roldán, Arcadio del Castillo, catedrático de Historia Antigua de la Universidad de León, y después de la Universidad de Alicante. La tesis doctoral la hizo bajo la dirección del profesor J. M^a. Blázquez, siendo después alumno del profesor J. M. Roldán. Frecuenta las bibliotecas de Londres con periódicas estancias en la capital británica. Comenzó su vida profesional dedicándose a la situación de la mujer en el siglo I, publicando un libro que tiene por título *La emancipación de la mujer en el siglo I d.C.* (Granada, 1976). Desde hace años, sin embargo, se dedica a la transición entre la Antigüedad Tardía y la Edad Media, habiendo publicado sobre el tema varios trabajos.

El profesor A. García Iglesias, discípulo de los catedráticos A. García y Bellido y del propio J. M^a. Blázquez, fue catedrático de Historia Antigua de la Universidad Autónoma de Madrid. Es un excelente y consumado epigrafista; no en vano su tesis doctoral versó sobre la epigrafía de Mérida, desgraciadamente inédita aunque frecuentemente citada como *corpus* de referencia. El área de su investigación fue los judíos en la Antigüedad. Sus libros son: *El noble estudio de Almendralejo. Autógrafos del marqués de Monsalud en el archivo de P. Fidel Fita S.J.* (Badajoz, 1997); *Los judíos en la España antigua* (Madrid, 1978); y *El pueblo elegido*, (Madrid, 1998).

El profesor de Historia Antigua de la Universidad Carlos III de Madrid, J. Alvar, es también discípulo del profesor J. M^a. Blázquez. Ha perfeccionado estudios de la Antigüedad en la Universidad de Colonia, con el profesor W. Eck, y en Estados Unidos. Tres han sido las áreas de su investigación: los orígenes de la colonización fenicia en Occidente, los persas y las religiones

orientales, en los siguientes libros: *La navegación prerromana en la Península Ibérica: colonizadores e indígenas* (Madrid, 1981); *Los pueblos del mar y otros movimientos de pueblos a fines del II milenio* (Madrid, 1988); *La navegación en la Antigüedad* (Cartagena, 1988); *Las claves del arte mesopotámico y persa* (Barcelona, 1989); *Los persas* (Madrid, 1989); *Las claves de los imperios del Próximo Oriente. 3000-500 a.C.* (Barcelona, 1993); *De Argantonio a los romanos. La Iberia protohistórica* (Madrid, 1995); o *Los misterios. Religiones «orientales» en el Imperio Romano* (Barcelona, 2001). Ha colaborado en varias obras de conjunto con importantes aportaciones y ha dirigido *Mitología Universal* (Madrid, 2000); *Diccionario de Historia de España y América* (Madrid, 2002), y coordinado el *Diccionario de Historia de España* (Madrid, 2001), tres obras de gran impacto. En la actualidad dirige la *Revista de Historiografía*, la única en su género editada en España, de gran altura científica, y ha promovido una interesante revista –ARYS– sobre sociología de las religiones antiguas, tema en torno al que se desarrollan diversos e interesantes coloquios.

El catedrático de Historia Antigua, J. Fernández Nieto, de la Universidad de Valencia, discípulo también del profesor J. M^a. Blázquez, amplió estudios en la Universidad de Bonn bajo la dirección de los catedráticos H. Wolf, máxima autoridad en derecho griego, y H. Strasburger. Se ha especializado en Historia de Grecia, publicando los siguientes libros: *La guerra del Peloponeso* (Madrid, 1988); *Grecia en la primera mitad del s. IV a.C.* (Madrid, 1988); *El mundo griego y Filipo de Macedonia* (Madrid, 1989); *Las condiciones de la polis del s. IV a.C.* (Madrid, 1989); *El nacimiento de Grecia* (Madrid, 2000); *Grecia Clásica* (Madrid, 2000); e *Historia de Grecia y Roma* (Valencia, 2005). Ha estudiado también la colonización griega en Hispania y ha publicado una excelente edición de Solino (Madrid 2001), con traducción y comentario.

El profesor F. Díez de Velasco, discípulo del profesor J. M^a. Blázquez, fue catedrático de Historia Antigua en la Universidad de La Laguna, pasando después a la titulación de Historia de las Religiones, que era lo que a él realmente le interesaba, en la misma facultad de Geografía e Historia. Se ha especializado en la historia comparada de las religiones del mundo antiguo y en la iconografía religiosa, temas sobre los que ha publicado excelentes libros, siendo los principales: *El origen del mito de Caronte* (Madrid, 1988); *Los caminos de la muerte, religión, rito e iconografía del paso al más allá en la Grecia Antigua* (Madrid, 1995); *Hombres. Ritos. Dioses. Introducción a la Historia de las Religiones* (Madrid, 2002); *Termalismo y religión* (Madrid, 1998); *Lenguajes de la religión, símbolos e imágenes de la Grecia Antigua* (Madrid, 1998); *Las nuevas religiones* (Madrid, 2002); *Historia de las religiones. Métodos y perspectivas* (Madrid, 2005); o *Nueva historia de las religiones* (Madrid, 2006). Ha contribuido con artículos al *Lexicon*

Iconographicum Mythologiae Classicae. Ha fundado la revista de Historia de las Religiones *Bandue*, que toma el nombre de una diosa indígena hispana atestiguada en las inscripciones.

El profesor de Historia Antigua de la Universidad de Murcia, Antonino González Blanco, es discípulo del profesor J. M^a. Blázquez. Amplió estudios en Roma y en Friburgo. Su actividad investigadora se ha centrado en excavaciones arqueológicas en Siria y, más recientemente, en otras áreas geográficas peninsulares con la Cueva Negra de Fortuna en Murcia y sus trabajos en Calahorra como las más destacadas. Sus libros son: *Begastri*, con varios colaboradores (Murcia, 1984); *El yacimiento de Sorbán y la primera Edad del Hierro en Calahorra y La Rioja*, también obra colectiva (Calahorra, 1983); *Los pozos de nieve (neveras) en La Rioja*, con varios colaboradores (Zaragoza, 1980); *La cueva de La Camareta (Agramón, Hellín-Albacete)*, en colaboración de R. González Fernández y M. Amante (Murcia, 1993); *Urbanismo romano en la región de Murcia* (Murcia, 1996); y el citadísimo y singular *La Cueva Negra de Fortuna (Murcia) y sus tituli picti. Un santuario de época romana*, en colaboración con M. Mayer y A. U. Stylow (Murcia, 1997). Ha fundado la revista *Antigüedad y Cristianismo*, de carácter monográfico y de gran prestigio en el extranjero, y varios discípulos suyos imparten ya docencia en universidades españolas. También ha estudiado la heráldica de la región de Murcia, publicando varios volúmenes al respecto, que aquí no citaremos por exceder los propósitos de este estudio.

Un último discípulo del profesor J. M^a. Blázquez que debemos mencionar es J. J. Sayas, catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Cáceres y, en la actualidad, en la UNED de Madrid. Amplió estudios con el catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Bonn, J. Straub, especialista en la Antigüedad Tardía y en la *Historia Augusta*. Al comienzo de su vida científica se interesó por la Historia de Grecia y siempre mantuvo este interés, como los prueban sus manuales de Historia de Grecia, en primero de ellos redactado en compañía de su maestro y de la profesora R. López Melero, también de la UNED, publicado en Madrid 1989 [Blázquez, J. M^a.; López Melero, R.; Sayas, J. J. 1989: *Historia de Grecia Antigua*, Madrid], y el último como unidades didácticas de la UNED, del año 2007 [Sayas, J. J. 2007: *Historia de Grecia Antigua*, Madrid]. Sin embargo, en los últimos años, el campo que ha trabajado con más interés son los vascones antiguos, sobre los que ha publicado muchos trabajos con importantes aportaciones en artículos de revistas y obras colectivas bien diversas, luego debidamente recogidas –algunas de ellas– en *Los Vascos en la Antigüedad* (Madrid, 1994). Ha publicado también –sobre otra de sus áreas de interés, la Antigüedad Tardía– un volumen valioso titulado: *Historia Antigua de*

España II. De la Antigüedad Tardía al ocaso visigodo (Madrid, 2001).

Aunque, efectivamente, el profesor Blázquez, haya representado un hito en la Historia Antigua peninsular –tanto a partir de sus trabajos como, especialmente, a partir de sus discípulos–, la Historia Antigua de España y, en particular, de la Hispania romana, ha contado también con diferentes escuelas de investigación de las que queremos singularizar algunos casos en estas últimas páginas, a saber, la escuela andaluza, la gallega, la valisoletana y la aragonesa, todas con singulares contribuciones a nuestro conocimiento del mundo antiguo en España. A ellas, pues, dedicaremos nuestra atención en estos últimos bloques.

El profesor Presedo y la escuela andaluza de historiadores de la Antigüedad

El profesor Francisco Presedo –a quien ya aludí más arriba– fue catedrático de la Universidad de Sevilla. Fue discípulo del profesor S. Montero y estuvo varios años vinculado al profesor S. Martínez Santaolalla, comisario general de Excavaciones, ayudante de Obermaier, y que había estudiado varios años en la Universidad de Bonn. Como hicimos notar más arriba, comenzó su carrera profesional interesándose por la España bizantina, ampliando estudios sobre este tema en París. Con posterioridad, se interesó mucho por el antiguo Egipto, por Sudán y por Nubia, donde hizo importantes excavaciones. No abandonó las excavaciones en España y los estudios sobre los pueblos de la Hispania prerromana, sobre los que publicó buenas síntesis en conocidos manuales. Los títulos de sus libros expresan bien cuáles eran sus predilecciones: *La España bizantina* (Sevilla, 2003); *El arte del antiguo Egipto* (Madrid, 1989); *Egipto durante el Imperio Nuevo* (Madrid, 1989); *El tercer periodo intermedio y la época Saita* (Madrid, 1989); *La religión egipcia*, en colaboración con J. M. Serrano (Madrid, 1982); *A la sombra de la esfinge* (Madrid, 1988); *La necrópolis de Baza* (Madrid, 1982); *Carteia I* (Madrid, 1982); *El Laurel*, en colaboración con J. M. Luzón y otros (Madrid, 1980); *La Dama de Baza* (Madrid, 1973); *La necrópolis de Mirmad (Arin Sur-Nubia sudanesa)* (Madrid, 1970); *El poblado cristiano de la isla de Abkanarti en la segunda catarata del Nilo. Sudán*, en colaboración con L. Monreal, I. Vázquez y J. Zozaya (Madrid, 1965); *La fortaleza nubia de Chikh-Daud: Tumas (Egipto)* (Madrid, 1964); o *Antigüedades cristianas de la isla de Kasar-Ico (2ª catarata del Nilo, Sudán)* (Madrid, 1963). La muerte lo sorprendió dando los últimos retoques a un libro cuyo tema siempre lo había fascinado: la España bizantina, que remató, editó y publicó su discípulo, el profesor de Historia Antigua de la Universidad de Sevilla, G. Chic. Su nombre siempre irá unido a uno de los hallazgos más sensacionales del arte ibérico, la Dama de

Baza, cuya necrópolis –como se ha hecho constar más arriba– excavó, estudió y publicó de forma totalmente modélica [para una colección de estudios en su memoria puede verse: Sáez, P.; Ordóñez, S. (eds.) 1994: *Homenaje al profesor Presedo*, Sevilla].

Formó una buena escuela de egiptólogos en la Universidad de Sevilla y logró un gran prestigio internacional entre los egiptólogos de fuera de España. Discípulo del profesor Presedo es, por ejemplo, el profesor F. J. Lomas, que enseña Historia Antigua en la Universidad de Cádiz. Éste, en los primeros años de profesión, investigó sobre los astures, publicando dos libros: *Asturias prerromana y altoimperial* (Sevilla, 1975) y *El contenido etnológico de la denominación astures* (Madrid, 1973). En los últimos años se ha dedicado al Bajo Imperio y al cristianismo del Bajo Imperio.

El profesor A. Caballos, catedrático de Historia Antigua en la Universidad de Sevilla, es también discípulo del profesor F. Presedo. Perfeccionó sus conocimientos de Historia Antigua y Prosopografía en la Universidad de Colonia, en Alemania, bajo la dirección del profesor W. Eck. Sus estudios se han centrado en la prosopografía bética, en los nuevos bronceos béticos, en Itálica y en la actuación de Julio César en la Bética. Sus libros son los siguientes: *Contribución al estudio de la obra colonizadora de Julio César en la Ulterior: C. Claritas Iulia Ituci y C. Hasta Regia*, (Sevilla, 1978); *Los senadores hispanorromanos y la romanización de Hispania (siglos I a III d.C.). 1. Prosopografía* (Écija, 1990); *El senadoconsulto de Gneo Pisón padre*, en colaboración con W. Eck y F. Fernández (Sevilla, 1996); *Itálica y los italicenses. Aproximación a su historia* (Sevilla, 1994); *Itálica arqueológica* (Sevilla, 1999); *El nuevo bronce de Osuna y la política colonizadora de Roma* (Sevilla, 2006); o *Arqueología en Laelia (Cerro de la Cabeza, Olivares, Sevilla)*, en colaboración con J. L. Escacena y F. Chaves, (Sevilla, 2005).

El profesor J. F. Rodríguez Neila es catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Córdoba. Amplió estudios en Berkeley, California. Ha dedicado su actividad investigadora principalmente a la Bética, estudiando a alguno de sus personajes más importantes, como los Balbos de Cádiz, y aspectos de la sociedad y administración de la Bética romana en los libros: *Los Balbos de Cádiz. Dos españoles en la Roma de César y de Augusto* (Sevilla, 1973); *El municipio romano de Gades* (Cádiz, 1980); *Sociedad y administración local en la Bética romana* (Córdoba, 1981); *Historia de Córdoba I. Del amanecer prehistórico al ocaso visigodo* (Córdoba, 1988); *Confidentes de César. Los Balbos de Cádiz* (Madrid, 1992); *Ecología en la Antigüedad Clásica* (Madrid, 1996); *Cuatro lecciones sobre la Antigüedad Clásica* (Caracas, 1988); *Los Gracos y el comienzo de las guerras civiles* (Madrid, 1990); *Antigüedad Clásica* (Barcelona, 1991); *El legado de Roma a la construcción de Europa. Discurso de apertura de curso en la Universi-*

dad de Córdoba (Córdoba, 2002); y «*Tabulae publicae*», *archivos municipales y documentación financiera en las ciudades de la Bética* (Madrid, 2005), habiendo coordinado además importantes trabajos sobre cuestiones relativas a la vida municipal y al comportamiento de las elites hispanas [notablemente: Rodríguez Neila, J. F.; Melchor, E. (eds.) 2006: *Poder central y autonomía municipal. La proyección pública de las elites romanas de Occidente*, Córdoba; y, anteriormente, Rodríguez Neila, J. F.; Navarro, J. (eds.) 1999: *Elites y promoción social en la Hispania romana*, Pamplona], parte de los cuales se recogen en la bibliografía de su contribución a este volumen, centrada, precisamente, en esa cuestión y en la de su discípulo E. Melchor. Ha organizado varios importantes congresos sobre la Bética, todos de gran calidad científica. Era discípulo del profesor A. Blanco, pero se vinculó pronto con el citado profesor F. Presedo, pues la Arqueología Clásica –en la que profesaba A. Blanco–, como tal, no era su campo de interés.

El profesor C. González Román, catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Granada, discípulo del profesor J. M. Roldán, es otro de los grandes especialistas de España sobre la Bética, a la que ha dedicado tres importantes libros: *La Bética y su problemática histórica* (Granada, 1991); *La sociedad de la Bética: contribución para su estudio* (Granada, 1994); y *Estudios sobre las ciudades de la Bética* (Granada, 2002), este último en colaboración con A. Padilla. Es mérito del profesor González Román el haber logrado reunir en el departamento de Historia Antigua de la Universidad de Granada –que edita la conocida revista *Florentia Iliberritana*– un grupo de colaboradores importantes. Ha creado una excelente biblioteca del mundo antiguo y ha convocado varios congresos de interés sobre la Bética romana. Bajo la dirección del profesor J. M^a. Blázquez, también ha participado en las excavaciones de la mina romana de La Loba y de Cástulo, ya antes citadas.

El profesor J. Fernández Ubiña, catedrático de Historia Antigua de la misma universidad andaluza –la de Granada– es discípulo del profesor González Román. Al principio de su labor científica se interesó por la crisis del siglo III en la Bética, derivando después al estudio del cristianismo primitivo. Ha publicado los siguientes libros: *La crisis del siglo III en la Bética* (Granada, 1981); y *Cristianos y militares. La Iglesia antigua ante el ejército y la guerra* (Granada, 2000). Esta línea de investigación –unida a la del profesor Teja, antes citado, por ejemplo– ha permitido, sin duda, que por vez primera se hayan creado en varias universidades españolas, en los departamentos de Historia Antigua, áreas de estudio específicas sobre el cristianismo primitivo. Así en la universidades Complutense de Madrid, Cantabria, Zaragoza, Valencia, Salamanca, Córdoba y Cádiz –entre otras– se mantiene una cierta investigación sobre tan interesante cuestión. El propio J.

Fernández Ubiña, en colaboración con M. Sotomayor, también de Granada y máxima autoridad en la historia del cristianismo en la Hispania romana, ha publicado una excelente *Historia del Cristianismo I. El Mundo Antiguo* (Madrid, 2005), que en dos años ha logrado dos ediciones, obra, además, redactada en su mayoría por profesores españoles de Historia Antigua laicos.

Un último representante de esta escuela andaluza es el profesor G. Chic, catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Sevilla. Se ha dedicado a problemas relacionados con la economía de la Bética. Su producción de libros es la siguiente: *Epigrafía anfórica de la Bética I* (Sevilla, 1985); *Tres estudios sobre la Colonia Augusta Firma Astig*, (Écija, 1988); *Epigrafía anfórica II* (Sevilla, 1988); *Navegación por el Guadalquivir. La navegación por el Guadalquivir entre Córdoba y Sevilla en época romana* (Sevilla, 1990); *Los principios teóricos en la Historia* (Madrid, 1990); *La dinastía de los Antoninos* (Madrid, 1990); *La proyección económica de la Bética en el Imperio romano (época altoimperial)* (Sevilla, 1994); *Historia económica de la Bética en época de Augusto* (Córdoba, 1997); *Breve historia económica de la Bética romana (siglos I-III d.C.)* (Sevilla, 1998); *Datos para un estudio socioeconómico de la Bética* (Madrid, 2001); *Tiempo y civilización* (Madrid, 2002); *El Imperio romano* (Madrid, 2002); *El mundo mediterráneo arcaico. Apuntes para la comprensión de una época* (Madrid, 2003); *Andalucía, reflexiones sobre su historia* (Sevilla, 2003); *Gadir-Gades: nueva perspectiva interdisciplinar* (Cádiz, 2004); y *Economía de prestigio versus economía de mercado* (Sevilla, 2006). Bajo su impulso se ha creado –y él mismo ha dirigido– una colección de estudios monográficos sobre la Bética de gran interés histórico para el conocimiento de esta provincia romana a la que pertenecen algunos de los títulos arriba reseñados.

Los historiadores gallegos de Historia Antigua

Un segundo grupo de singulares historiadores de la Antigüedad –algunos discípulos de los hasta aquí citados– lo constituye el grupo de investigadores que ocupa diversas cátedras en las universidades de la actual Comunidad Autónoma de Galicia, en especial en la tradicional Universidad de Santiago de Compostela. El primero de ellos, sin duda, sería el profesor J. C. Bermejo, catedrático de Historia Antigua en la Universidad de Santiago. Perfeccionó estudios en París. Es discípulo del ya aludido profesor J. Fernández Nieto. Ha centrado sus investigaciones en los mitos y religiones de la Antigüedad. Es autor de los siguientes libros: *Introducción a la sociología del mito griego* (Madrid, 1979); *Mito y parentesco en la Grecia Arcaica* (Madrid, 1980); *Mitología y mitos en la Hispania prerromana I y II* (Madrid, 1982 y 1986); *Psicoanálisis del conocimiento histórico* (Madrid, 1983); *El final de la*

Historia (Madrid, 1987); *Replanteamiento de la Historia* (Madrid, 1989); *Fundamentación lógica de la Historia* (Madrid, 1991); *Mitología y mitos de la Hispania prerromana I* (Madrid, 1994); *Grecia Arcaica. Mitología griega* (Madrid, 1996); *Orígenes de la mitología griega* (Madrid, 1996); *Mitología y mitos de la Hispania III* (Madrid, 1999); y *Lectura del mito griego* (Madrid, 2002). La sola enumeración de los títulos de sus libros indica claramente sus campos de investigación: la mitología griega, e Hispania y el conocimiento histórico. La singularidad de su enfoque pasa por el hecho de que Bermejo es el único catedrático de Historia Antigua en la universidad española que se ha dedicado con profusión al mito griego e hispano antiguos.

Un segundo catedrático de Historia Antigua en la misma universidad es G. Pereira Menaut. Amplió estudios bajo la dirección de G. Alföldy en la Universidad de Heidelberg. A este conocido profesor alemán se debe, probablemente, su interés por la epigrafía hispana, ya que G. Alföldy es uno de los mayores epigrafistas del momento actual y ha trabajado intensamente en la epigrafía de nuestro país. Los libros del profesor Pereira sobre esta materia son los siguientes: *Inscripciones romanas de Valentia* (Valencia, 1979) y *Corpus de inscripciones romanas de Galicia. I. Provincia de A Coruña* (Santiago, 1991). También se ha dedicado al estudio de los galaicos en la Antigüedad en trabajos como *Estudios de cultura castrexa e de Historia Antiga de Galicia* (Santiago, 1983); o «Los galaicos», en el interesante volumen *Los pueblos prerromanos del norte de Hispania. Una transición cultural como debate histórico* (Pamplona, 1998), coordinado por el profesor Rodríguez Neila y el profesor Navarro Santana y editado por la Universidad de Navarra.

El tercer catedrático de Historia Antigua de la misma universidad —la de Santiago de Compostela—, y después de la de Universidad de Lugo, es A. Rodríguez Colmenero, vinculado primero con M. Almagro Basch, catedrático de Prehistoria de la Universidad Complutense, y después con el conocido y prolífico profesor A. Montenegro Duque, en Valladolid, de quien luego hablaremos respecto de la escuela vallisoletana. Su campo de investigación ha sido las inscripciones y vías romanas del noroeste hispano y la historia de Hispania en época de Augusto; sus libros llevan por título: *Carta arqueológica del partido judicial de Bergantiños (Coruña)*, *Studia Archaeologica* 34 (Valladolid, 1974); *Red viaria romana del sudeste de Galicia* (Valladolid, 1976); *Galicia meridional romana* (Bilbao, 1977); *Augusto e Hispania, conquista y organización del norte peninsular* (Bilbao, 1979); *Aquae Flaviae I: Fontes epigráficas* (Chaves, 1987); *Corpus-Catálogo de inscripciones rupestres de época romana del cuadrante noroeste de la Península Ibérica* (La Coruña, 1993); *Aquae Flaviae I. Fontes epigráficas da Gallaecia meridional interior* (Chaves, 1997); *O santuario rupestre galaico-romano de Panóias (Vila*

real, Portugal) Novas achegas para a sua reinterpretação global (Vila Real-Vigo, 1999); y el reciente *Miliarios e outras inscripcions viarias romanas do noroeste hispánico (Conventos Bracarense, Lucense e Asturicense)* (Lugo, 2004). Ha dirigido varios congresos internacionales sobre el noroeste hispánico [Rodríguez Colmenero, A. (ed.) 1998: *Los orígenes de la ciudad en el noroeste hispánico*, Lugo] y uno sobre ciudades amuralladas romanas [Rodríguez Colmenero, A.; Rodà, I. (eds.) 2007: *Murallas de ciudades romanas en el Occidente del Imperio: Lucus Augusti como paradigma*, Lugo], habitualmente citados en la investigación por la colección de interesantes contribuciones reunidas en los mismos.

Los historiadores aragoneses

Otro departamento que se ha convertido en referencia en los últimos años es el área de Historia Antigua de la Universidad de Zaragoza, parte de la cual está integrado por los discípulos del profesor G. Fatás, catedrático de Historia Antigua en esta universidad y por los del profesor F. Marco, igualmente catedrático en dicho centro. Ambos han sabido generar una escuela de investigación —sobre todo relacionada con las cuestiones de la República romana, la Hispania indoeuropea y el mundo tardoantiguo, aunque no solamente— de cuya valían dan prueba las recientes promociones a cátedras de dos de sus profesores: Francisco Pina y María V. Escribano, que han ganado dichos puestos mientras se ultiman estas líneas y Francisco Beltrán ha obtenido la acreditación.

El profesor G. Fatás —aunque no únicamente, como se podrá comprobar por los títulos que a continuación se ofrecen— ha centrado sus estudios en cuestiones relativas a la Historia Antigua del territorio aragonés. En ese sentido, es autor de los siguientes libros: *La Sedetania: las tierras zaragozanas hasta la fundación de Caesar-augusta* (Zaragoza, 1973); *La Antigüedad. Los aragoneses* (Zaragoza, 1977); *Contrebia Belaisca (Botorrita, Zaragoza) II: Tabula Contrebiensis* (Zaragoza, 1980); *El periodo de las primeras guerras púnicas* (Madrid, 1990); *Epigrafía romana de Zaragoza y su provincia*, en colaboración con M. Martín Bueno (Zaragoza, 1997); e *Historia de Zaragoza. Vol I. Salduie ciudad ibérica*, en colaboración con M. Beltrán (Zaragoza, 1997). Más recientemente ha realizado una buena labor al frente de la Institución Fernando el Católico, de la Diputación de Zaragoza, publicando muy buenos libros de Historia de España antigua de otros investigadores y conformando una colección también ya de referencia, en materia de Historia Antigua.

F. Marco Simón es asimismo catedrático de Historia Antigua de la citada universidad. Ha ampliado estudios en las universidades de Munich, Princeton y Oxford. Se ha especializado en religión celta en Hispania, haciendo importantes y novedosas aportaciones en multitud de estudios. De una amplia producción

científica cabe destacar en ella: «El poblamiento primitivo», en *Aragón en su historia* (Zaragoza, 1980); «El poblamiento prerromano», en *Historia de Aragón I* (Zaragoza, 1985), y el citadísimo y bien conocido *Las estelas decoradas de los conventos cesaraugustano y cluniense* (Zaragoza, 1978), aun no superado. Ha publicado una excelente síntesis sobre la religión indoeuropea en la *Historia de las religiones de la Europa Antigua* (Madrid, 1999). Además, otro de sus méritos ha sido, como se ha dicho, el de generar muy buenos discípulos, que han seguido la misma línea que su maestro y ha renovado los estudios de la Hispania indoeuropea dando prueba del prestigio de la escuela aragonesa de historiadores de la Antigüedad. En la contribución de J. d'Encarnação a este volumen se valora, por ejemplo, su vinculación al Proyecto FERCAN sobre la religión céltica europea.

La escuela vallisoletana

Como se ha hecho constar más arriba, el profesor A. Montenegro Duque fue catedrático de la Universidad de Valladolid. En un primer momento de su producción científica se dedicó a la Onomástica y a la Lingüística, ampliando después el área de su investigación, como lo indica su producción científica, que es la siguiente: *La onomástica de Virgilio y la antigüedad preítálica* (Salamanca, 1949); *El Imperio Hitita* (Bilbao, 1967); *Onomástica precelta y herencia étnica de los antiguos Vacceos* (Valladolid, 1994); y *Oscos y umbros (paradigmas gramaticales, inscripciones, léxicos)* (Madrid, 1949). Su libro sobre la onomástica virgiliana obtuvo una buena aceptación entre los estudiosos italianos y se mantuvo vigente durante años. En el año 1975 estudió la Hispania de Vespasiano [Montenegro, A. 1975: «Problemas y nuevas perspectivas en el estudio de la Hispania de Vespasiano», *HAnt.*, 5, 7-88] y en los sucesivos algunas téseras hospitalares, planteando nuevos aspectos sobre ellas [parte de esos estudios pueden verse en: Montenegro, A.; Alonso, M^a. A. (eds.) 1999: *Últimas aportaciones a las religiones indígenas de Hispania: a propósito de la religiosidad celta*, Valladolid;

que constituye, además, el homenaje tributado por varios colegas a su labor]. Fundó la primera revista que hubo en España dedicada a la Historia Antigua –*Hispania Antiqua*–, de la que van publicados ya más de treinta volúmenes. Promovió también una excelente biblioteca especializada en la Hispania antigua y una escuela que se dedica a la Historia romana de la Meseta castellana con algunos de cuyos miembros terminaremos esta relación.

Precisamente miembro de la escuela fundada por el profesor Montenegro es José María Solana, catedrático de Historia Antigua de la misma universidad y discípulo del anterior. Constituye una evidente muestra, pues, de la importancia de la línea de investigación especializada en los estudios sobre la Meseta en época romana fundada por Montenegro. Su interés investigador se ha centrado en los turmogos, cántabros y autrigones, en las vías romanas y en las ciudades, y el urbanismo antiguo del valle del Duero. Su producción de libros es abundante: *Turmogos durante la época romana. Vol. I. Fuentes literarias* (Valladolid, 1973); *Los autrigones a través de las fuentes literarias* (Vitoria, 1974); *Flaviobriga: Castro Urdiales* (Santander, 1977); *Autrigonia romana: zona de contacto Castilla-Vasconia* (Valladolid, 1978); *Los cántabros y la ciudad de Iulio-briga* (Santander, 1981); *La red viaria romana en Hispania: siglo I-IV d.C.*, en colaboración con L. Sagredo (Valladolid, 2006); *La política viaria en Hispania siglo III d.C.*, en colaboración con L. Hernández (Valladolid, 2002); *Religión y sociedad en época romana en la meseta septentrional*, en colaboración con L. Hernández (Valladolid, 2000); *Ciudades y vías romanas en la Cuenca del Duero (Castilla-León)*, en colaboración con T. Mañanes (Valladolid, 1985); «Etnias, territorio y costumbre», en: *Los pueblos prerromanos del norte de Hispania. Una transición cultural como debate histórico* (Pamplona, 1998); e *Inscripciones de época romana de la provincia de Valladolid*, también en colaboración con T. Mañanes (Valladolid 1999). Sus estudios han supuesto un buen avance en el conocimiento de la Meseta castellana y de varios pueblos del norte de Hispania.

PARS II. HISPANIÆ EX ROMA
LA PRESENCIA DE LAS *HISPANIÆ* EN LA HISTORIA DE ROMA

HISPANIA EN LAS PROVINCIAS OCCIDENTALES DEL IMPERIO DURANTE LA REPÚBLICA Y EL ALTO IMPERIO: UNA PERSPECTIVA ARQUEOLÓGICA

Isabel Rodà de Llanza
Institut Català d'Arqueologia Clàssica
Universitat Autònoma de Barcelona

Resumen

El siguiente trabajo repasa los procesos y acontecimientos clave de la incidencia de Roma en la península Ibérica —en las denominadas «provincias hispanas»—, con especial atención al espacio comprendido entre el desembarco de Escipión en *Emporion* (218 a.C.) y el reinado de Adriano, por tanto, durante la República y el Alto Imperio. A partir de la documentación arqueológica y, en ocasiones, epigráfica, se esboza un panorama de la romanización peninsular partiendo de los acontecimientos más representativos de la misma y de sus huellas más evidentes. De igual modo, la bibliografía ofrecida pretende aportar la luz de las últimas novedades sobre la cuestión.

Palabras clave

Hispania, conquista romana, República, Alto Imperio, programas arquitectónicos, ciudad, organización del territorio.

Abstract

The following paper deals with the most important processes and events of the Roman experience in the Iberian Peninsula, in the so-called «hispanic provinces» with special focus in the times between the reaching of Scipio to *Emporion* in 218 BC and the reign of Adrian, so between the Republic and all the High Empire. From the point of view of the archaeological documentation and sources, and, occasionally, also from an epigraphical perspective, a proposal of map of the romanization of Spanish territories is done by the most relevant facts of such an interesting process and from its most clear evidences. Also, the presented and discussed literature leads us to present the last news on the subject.

Keywords

Hispania, Roman Conquest, Republic, High Empire, Architectonical Programmes, City, Territorial Organization.

Hablamos comúnmente de Hispania a pesar de ser conscientes de que bajo este topónimo se encierran plurales diversos. Sería siempre más correcto hablar, en efecto, de *Hispaniae*, abarcando con ello todo el territorio peninsular que Roma hizo totalmente suyo solo después de doscientos años de haber puesto pie en las costas mediterráneas. Por otra parte, el singular Hispania halla su correspondencia con el nombre que los griegos dieron a nuestra Península: *Iberia*, topónimo que es usado por Estrabón en torno al cambio de era (Str. 3, 1, 2).

Menos acertada nos parece aún la traducción de Hispania directamente por España. La similitud fonética lleva a ello, pero es un craso error histórico, ya que es como si, en lugar de hablar de Galia, habláramos de Francia. Y, además, las *Hispaniae* romanas abarcaban toda la península Ibérica que hoy componen dos estados: España y Portugal. Traducir, pues, directamente Hispania por España amputa una parte importante del territorio; es una cuestión que tendríamos que intentar normalizar tanto en la bibliografía nacional como extranjera.

La conquista paulatina de la península Ibérica, aun no siendo en un primer momento intencionada, se inició en el 218 a.C. y terminó en el 19 a.C. Largo periodo es éste y, como resulta lógico a todas luces, los grados de asimilación y resistencia dibujaron un amplísimo abanico de posibilidades.

No cabe ninguna duda de que la península Ibérica constituyó el auténtico campo de aprendizaje de la expansión de Roma más allá de Italia. No sería exagerado decir que Roma aprendió a serlo en nuestro suelo.

No pretendemos en el ámbito de este trabajo elaborar un resumen de la Historia de las *Hispaniae* romanas, sino hacer una síntesis de las aportaciones recientes de la Arqueología al conocimiento de unas fases determinantes de la integración de éstas en la órbita romana, desde finales del siglo III a.C. hasta el final del Alto Imperio, que situaremos en el marco del desarrollo en las provincias vecinas, singularmente, la Galia, Dalmacia e Italia.

La Segunda Guerra Púnica

Si bien las relaciones, los contactos y los intercambios, directos o indirectos, precedieron la presencia estable de los romanos en Hispania, el primer contingente militar, al mando de Cn. Cornelio Escipión, desembarcó en la aliada *Emporion* (Ampurias) en agosto del año 218 a.C. con la única intención primera de cortar la retaguardia a Aníbal, que se dirigía, amenazante, a Roma (sobre su itinerario véase: Beltrán Lloris 1984; Roddaz 1998; Zecchini 2002; y sobre el periodo abierto por la Segunda Guerra Púnica hasta César puede verse también las síntesis de Cadiou 2008; Naco

del Hoyo 2003, 127-193 [que abarcó del 218 a.C. al 132 a.C.]; y de Gómez-Pantoja 2008, 291-385). Era la Segunda Guerra Púnica y en la misma Neápolis emporitana encontramos las huellas arqueológicas de estos hechos históricos, ya que a finales del siglo III a.C. se construyó delante de la puerta de ingreso a la ciudad griega un potente muro de unos dos metros de anchura, a modo de parapeto (*proteichisma*), para impedir un ataque de las máquinas de asalto ideadas por la poliorcética del momento (Mar/Ruiz de Arbulo 1993, 141-149 y fig. 1; aunque en otras áreas costeras, como el Maresme, se detectan huellas de estos episodios, como ha documentado Olesti 2000, 57).



Figura 1. *Proteichisma* de Ampurias delante de la puerta de la Neápolis.



De *Emporion*, los romanos saltaron a *Kese-Tarraco*. Sabemos hoy que la ciudad ibérica de *Kese* se asentaba en una pequeña elevación en la parte baja de Tarragona, en el área en la que surgiría más tarde el foro colonial de la ciudad (Otiña/Ruiz de Arbulo 2000; Fiz/Macías 2007, 25; VV. AA. 2007, 125-128, 140-143 y 147; Panosa 2009; además de Arrayás 2005, 23-28). Junto a esta ciudad indígena, los romanos establecieron su base, desde la cual atacaron con éxito los campamentos púnicos de la zona del Ebro, según relata Tito Livio (Liv. 21, 60). Y la arqueología, en este caso, ha venido a corroborar la validez de la fuente literaria, ya que los hallazgos de La Palma (L'Aldea) y del Castellet de Banyoles (Tivissa) constituyen una evidencia de las actuaciones militares en la desembocadura del Ebro, en este momento, siendo muy recientes el descubrimiento y los estudios de estos dos campamentos romanos (Noguera 2008, en prensa; Noguera/Tarradell-Font, en prensa; junto con el planteamiento genérico sobre los campamentos romanos que propo-



Figura 2. Fortaleza del Brull (Turó del Montgròs, Barcelona).

ne el volumen de Morillo/Cadiou/Hourcade 2003, 25-156).

Otras fortificaciones en la zona del interior de Cataluña hablan de las consecuencias de los movimientos de tropas a raíz del conflicto bélico. Para controlar el paso por el macizo del Montseny, los iberos ausetanos construyeron una notable fortificación en el enclave del Montgròs (El Brull), en el último cuarto del siglo IV a.C., que fue destruida hacia el año 200 a.C. en el marco del enfrentamiento de los ausetanos con Roma (Riera/López Mullor 2004a y 2004b; así como López Mullor 2002) (fig. 2).

Son estas novedades recientes las que permiten engrasar el bagaje del conocimiento directo de las actitudes diversas que suscitó la primera presencia estable de Roma entre los pobladores del área de la actual Cataluña a finales del siglo III a.C. (Nolla/Sanmartí 1984): actitud receptiva en la costa en las zonas de presencia focea, y mayor resistencia en el interior, donde ilergetes, ausetanos y lacetanos no se sometieron fácilmente; la sublevación de Indíbil y Mandonio constituye quizás el episodio más conocido (Garcés/Rovira 1996-1997; Moret 2002-2003).

Volvamos a Tarragona. En la parte alta de la ciudad los ingenieros romanos, empleando mano de obra local, proyectaron y empezaron a construir las impresionantes murallas casi al día siguiente de haber puesto el pie en esta zona. En efecto, desde las investigaciones pioneras de J. Serra i Vilaró, verificadas y ampliadas por J. Sánchez Real y por N. Lamboglia en 1951, pero dadas a conocer posteriormente (Lamboglia 1974), sabemos que las murallas de basamento ciclópeo son obra totalmente romana, datable en su primera fase en las postrimerías del siglo III a.C., con inclusión de torres (Hauschild 1988 y 2006; así como Aquilué/Dupré/Massó/Ruiz de Arbulo 1991; y fig. 3). Además de esta gran obra arquitectónica y de una misma fecha tan remota, poseemos también un relieve y una inscripción alusivos a Minerva (fig. 3) (Pina 2003; con



Figura 3. Torre de Minerva de Tarragona.

los trabajos de Trillmich *et al.* 1993, 248-249, lám. 3; y Grünhagen 1976, para el relieve; y de Alföldy 1981 y Sordi 2006 —que la ha interpretado, creemos que erróneamente, como una etrusca Menrva—, para la inscripción; además del trabajo de Díaz 2008c, 36-38 y 146-148, n.º C 58, sobre los grafitos sobre ánforas y vasos cerámicos de la misma época), que no solo constituyen los más antiguos testimonios de su género en la península Ibérica sino que, en la propia Italia, los paralelos se reducen a unos pocos ejemplos, siendo espectaculares las murallas de *Cosa*, la colonia del 273 a.C., y en cambio poco ostensibles los restos de aquellas colonias que, como Cremona y la vecina *Placentia* (Piacenza), fundadas en el 218 a.C. en la Cisalpina, controlaban el paso del Po y, en último término, aseguraban la defensa de Roma (Polyb. 3, 40, 2) (al respecto véase: Bandelli 2007; Pagliani 1991; Vullo 1994).

Desde *Emporion* y *Tarraco*, los romanos iniciaron, así pues, su expansión hacia el sur, en pos de las huestes cartaginesas, creando alianzas con las elites indígenas siempre que les fue posible (Ruiz de Arbulo 1991). De esta manera, a finales del año 218 a.C. se puso fin al dominio púnico al norte del Ebro; el año 209 se tomó *Qart Hadasht* (Cartagena), solo 20 años después de haber sido fundada por Asdrúbal, y en el año 206 a.C. se pudo dar por acabada la Segunda Guerra Púnica en el territorio peninsular, después de la victoria de *Ilipa* y el establecimiento de los veteranos de Escipión Africano en la nueva colonia de *Italica* (Caballos/León

1997 [ed.]; así como Corzo 2002, entre la numerosa bibliografía sobre *Italica*).

A finales del siglo III a.C., Roma tenía otro frente abierto al este de la península itálica: la zona ilírica, en las actuales costas croata y albanesa. Allí, los continuos actos de piratería, que diezmaban el comercio, y las peligrosas alianzas con Macedonia, provocaron las guerras ilíricas. La primera, entre 229 y 228 a.C., y la segunda, en el 219 a.C., trajeron como consecuencia la consolidación del protectorado romano en Iliria. En la tercera, después de una breve campaña en el año 167 a.C., un año después de la célebre victoria de Pidna sobre Macedonia, se impuso a las ciudades ilíricas rebeldes un impuesto, pero quedaba todavía muy lejos la constitución en la zona de una provincia romana. En cambio, las *Hispaniae* estaban a punto de constituir la primera experiencia de una estructuración en provincias.

El siglo II a.C.

Si bien a finales del siglo III a.C. el interés primordial de Roma era vencer militarmente a los cartagineses en la península Ibérica, a comienzos del siglo II a.C. (época para la que existe abundante bibliografía: Bandelli 2002; Cadiou 2008; Gómez-Pantoja 2008, 323-355; la clásica obra de Knapp 1977; y las más breves y recientes síntesis de Laffi 2002; Pena 1994; Pina 2007; Bravo 2008, 21-93; o, nuevamente, Cadiou, en prensa; y Caballos, en prensa) Roma consolida y organiza administrativamente por primera vez unos dominios fuera de Italia y las islas, desde los Pirineos hasta Cádiz. Aprovecha para ello las estructuras físicas y sociales preexistentes. Normalmente, Roma recurre a la fundación de nuevos núcleos urbanos frente a los indígenas preexistentes o bien se asienta en ciudades sólidas, potenciándolas y confiriéndoles un aspecto romano. El fenómeno urbano en el sur tenía una larguísima tradición desde la Edad del Bronce a la ocupación cartaginesa, imbuida de cultura helenística (Bendala/Blánquez 2002-2003; Prados 2008, 110-120; y Niveau de Villedary 2008); no es de extrañar, por ello, que la densidad de ciudades en el valle del *Baetis* (Guadalquivir) sea realmente espectacular, insólita en el Occidente (Roldán Hervás 1996).

Por otra parte, no podemos olvidar las estructuras sociales, ya que Roma se apoyó siempre que le fue posible en los caudillos y en las aristocracias locales, bien desarrolladas en el mediodía peninsular. También tuvo la habilidad de encauzar en su beneficio las diversas costumbres propias de los diferentes pueblos, como documenta el caso de los pactos de hospitalidad y fidelidad.

En el año 197 a.C., la fachada mediterránea y el valle del Guadalquivir constituyen respectivamente

las provincias de *Hispania Citerior* (la más cercana a Roma, que abarca Cataluña y el levante hasta Cartagena) y la *Hispania Ulterior* (la más alejada respecto a Roma y correspondiente a una parte de la Andalucía actual) (sobre su administración ver: Beltrán 2008; Roldán/Wulff 2001; Salinas de Frías 1995). Son los territorios más habituados y abiertos a los contactos exteriores, con una larga tradición urbana y con régu-los que controlan sus áreas de dominio y que Roma supo atraer hábilmente a su causa.

Con todo, el proceso de integración no estaba absolutamente cerrado, ya que en el año 195 a.C. Roma tuvo que enviar al nordeste hispánico a Catón el Censor para reprimir la sublevación de algunos de los pueblos ibéricos (Martínez Gázquez 1992; Ñaco del Hoyo 2003, 145-151). La acción fue contundente desde su base militar en el *praesidium* de Ampurias, en el área en la que después se desarrollará la zona pública de la ciudad romana. A la acción de Catón se deben, por ejemplo, el fin de la ciudad amurallada de Ullastret, el de la ciudad helenística de *Rhode* (Roses) y diversos poblados layetanos de la vertiente norte de la cordillera litoral (Martín/Buxó/López/Mataró 1999; Martín/Plana 2001; Martín 2007; Puig/Martín 2006, 619-620; y García/Martín/Cela 2000). La intervención de Catón fue definitiva y se desarrolló por una amplia zona peninsular, por el Guadalquivir, el interior, el valle del Ebro y el norte hispánicos.

A partir de este momento, *Emporion* cobra una especial relevancia. En el extremo nordeste peninsular (actual provincia de Gerona) nos encontramos un auténtico crisol en el que se funden los modelos helénicos con los indígenas en un interesante proceso sincrético en el que Roma impondrá un nuevo orden; un ejemplo muy interesante de este proceso lo hallamos en el extraordinario yacimiento de Mas Castellar, en Pontós, de donde procede un magnífico altar de mármol pentélico y unas refinadas decoraciones arquitectónicas realizadas en estuco (Pons 2002; Asensio/Pons/Fuertes 2007; y Ruiz de Arbulo 2002-2003).

A partir de este momento, a Roma le quedaron dos peligrosos vecinos: en la *Hispania Citerior*, la amenaza de los celtíberos, y en la *Ulterior*, los lusitanos (sobre los enfrentamientos con éstos: Alarcão 1988, 4-9). En la primera mitad de la centuria, el gobernador de la *Hispania Citerior* entre 180 y 178 a.C., Tiberio Sempronio Graco, padre de los famosos Gracos, intentó establecer una delimitación estable con los celtíberos en el valle del Ebro, después de diversos enfrentamientos y del establecimiento de pactos (Ñaco del Hoyo 2003, 155-160). Fundó en la zona de La Rioja, hoy Alfaro, una ciudad a la que dio su nombre: *Gracchurris* (Gómez-Pantoja 2008, 333-334; Hernández Vera 2002), iniciando con ello en el nordeste peninsular una tradición que seguirían después otros generales victoriosos, como Pompeyo y Lépido en el siglo I a.C.

Paralelamente, Roma afianzaba posiciones en la Cisalpina y en Istria, con la fundación en el año 181 a.C. de la colonia latina de *Aquileia*, que se convertiría en el centro neurálgico del Adriático septentrional (Bandelli 2002a; Maselli Scotti/Mandrizzato/Tiussi 2007; Pina, en prensa).

Sigue en Hispania, a medida que avanza el siglo II a.C., una intensa dinamización en los núcleos urbanos, con fundación de nuevas ciudades y potenciación de las ya establecidas, con el progresivo abandono de los lugares de habitación encastillados para descender al llano (un caso que ha empezado a documentarse, por ejemplo, es el de *Ilerda*, a través de Pérez Almoguer 1994, aunque para la problemática general puede verse: Moret 2003). Singulares son las continuidades que nos presentan muchos de los núcleos de la Turdetania, en la actual Andalucía y en aquel momento, la provincia *Hispania Ulterior*.

Un caso bien conocido es el de *Carteia* en el año 171 a.C., una colonia latina que comportó la instalación en el área del estrecho de Gibraltar de un importante contingente de itálicos mestizos, en una curiosa fórmula narrada por Tito Livio (Liv. 43, 3, 1-4, estudiada en detalle por Pena 1988) y que se transparenta en la denominación de *colonia Libertinorum Carteia* como, de hecho, se aborda en otro trabajo de este mismo volumen. Las modélicas excavaciones de la ciudad permiten ver hoy la realidad de este estratégico enclave, primero emplazamiento cartaginés como evidencia su propio nombre, y lugar al que Roma supo dar su justa valoración (Roldán/Bendala/Blánquez/Martínez 1998; Roldán/Bendala/Blánquez/Martínez/Bernal 2003; Bendala/Roldán/Blánquez 2002; así como Bendala/Roldán 2005).

Por otra parte, se potenciaba también una de las fuentes de riqueza del área del Estrecho: la industria de las salazones (*cetariae*) (Arévalo/Bernal/Torremocha 2004; así como los trabajos de Étienne/Mayet 2002, de Lagóstena 2001 y de Lagóstena/Bernal/Arévalo 2007) en el área de influencia de *Gades* (Cádiz); *Carteia*, en la bahía de Algeciras, y *Baelo* (Bolonía), a partir de la segunda mitad del siglo II a.C., en la vertiente occidental del Estrecho; puntos todos que controlarían el paso de los atunes y harían de su pesca uno de los pilares de sus respectivas economías. Las investigaciones arqueológicas, además del buen implante urbanístico, han puesto de manifiesto la relación y, diríamos, dependencia de *Baelo* con respecto a *Carteia* (ya desde Sillières 1997; y ahora, más recientemente, con los trabajos de Arévalo/Bernal 2007).

Por otra parte, en la vertiente meridional del Estrecho (Bernal/Raissoni/Ramos/Zouak/Parodi 2008), los núcleos de la costa tingitana, con la importante ciudad atlántica fenicio-púnico-romana de *Lixus* (Aranegui 2001; Aranegui/Mar 2008; Aranegui/Gómez 2009), jugarían también un papel semejante, como si de los

efectos de una mancha de tinta se tratara, aunque en *Septem Fratres* (Ceuta) y en *Cotta* (alrededores de Tánger) los hallazgos no se remontan por ahora a una antigüedad paralela a los de las costas hispanas (Arévalo/Bernal/Torremocha 2007, 40-44, con bibliografía; y Mederos/Escribano 2005, 231-246, para la costa marroquí hasta Canarias; así como Bernal/Pérez 1999, para el área de Ceuta).

Puestos a elegir otra de las ciudades que presentan una continuidad a lo largo de la historia en Andalucía, traeríamos a colación el caso de *Carmona* (Carmona), con una ocupación urbana que se remonta al siglo VIII a.C. (Moret 1996) y neurálgico centro de poder púnico. Las investigaciones en la puerta de Sevilla han puesto de manifiesto las diferentes fases de remodelación, a pesar de que recientemente se ha reivindicado su carácter totalmente romano. Fue erigida quizá sobre el emplazamiento de una primitiva entrada púnica; sería el caso de un bastión con un carácter más propagandístico y espectacular que defensivo, coronado por un templo (Bendala 2001; Jiménez 1989, que distinguía tres fases en la configuración del bastión defensivo de Carmona: una púnica, otra romana y una última medieval, aunque recientemente T. G. Schattner ha defendido con argumentos sólidos que se trata de una construcción netamente romana: Schattner 2005).

En fechas no demasiado alejadas de las de la fundación de *Carteia*, se produce la de la ciudad que habría de ser la capital de la *Hispania Ulterior*, *Corduba*, frente al primitivo asentamiento indígena de la Colina de los Quemados (Murillo/Vaquero 1996; Murillo 1994; además de Vaquerizo 2006). Por Estrabón (Str. 3, 2, 1) sabemos que fue fundación de Marcelo, identificado con el cónsul que estuvo en Hispania dos veces, en 169-168 y en 152-151 a.C. En uno u otro momento, quizás en el primero, tuvo lugar la fundación de la Córdoba romana (Dupré 2004a, 7-20; Knapp 1983, 9-14; Murillo/Jiménez 2002; así como Panzram 2002, 129-145; y Stylow 1996), llamada a ser una de las urbes más espléndidas del Imperio, abierta al gran comercio gracias a la navegabilidad del *Baetis* (Guadalquivir) que permitía una fácil salida al mar. Las excavaciones de los últimos años, que continúan con intensidad en la actualidad, han permitido dibujar con mucha mayor precisión su trazado urbanístico y evolución, e incluso poder tener evidencias de algún tramo de la muralla de época fundacional con una técnica que halla sus paralelos en Roma (Murillo/Jiménez 2002; así como la síntesis de Ventura/León/Márquez 1998; y, específicamente sobre la muralla, el trabajo de Molina/Valdivieso 2007, 31, donde la relacionan con los Muros Servianos levantados en Roma en el 278 a.C.).

Paralelamente, en la otra capital hispana del momento, *Tarraco*, se acometen obras de remodelación en las murallas, cuyos lienzos ganaron espectacularmente

en anchura, sin construcción de torres, que, gracias a las investigaciones arqueológicas, han podido ser estudiadas y fechadas con posterioridad al 150 a.C., y puestas en relación con la ampliación urbanística de finales de la centuria, que cuenta con monumentos de gran singularidad como la fuente de los leones de la zona portuaria (Arrayás 2005, 38-64; Fiz/Macías 2007; Hauschild 2006; así como Remolà/Pociña 2005; y Pociña, en prensa, de forma monográfica estos últimos para la fuente de los leones).

A caballo entre los siglos II y I a.C. se sitúan las murallas republicanas de la *Emporiae* romana, con base poligonal y paramentos de *opus caementicium*, que constituye una técnica constructiva puramente itálica, por primera vez aplicada fuera de Italia (Aquilué/Dupré/Massó/Ruiz de Arbulo 1991, 294-298). Hispania continua siendo, pues, el laboratorio y la primera gran experiencia expansiva de Roma.

A Plinio (Plin. *HN*. 3, 21) le debemos la célebre aseveración *Tarraco Scipionum opus sicut Carthago Poenorum*, poniendo en paralelo las dos grandes ciudades fundadas a finales del siglo III a.C. Son muchas las similitudes entre ambas y tan grande era su relevancia que incluso se ha pensado que fuera *Carthago Noua* y no *Tarraco* la primera capital de la *Hispania Citerior* (Ruiz de Arbulo 1992 y 2006; así como Hauschild 1995-1996; Panzram 2007, 26-29). De todas maneras, aunque no tengamos evidencias ni literarias ni arqueológicas para estos momentos iniciales de la creación de la provincia ibérica, parece que debía ser *Tarraco* la sede del gobernador y la que ejercería la capitalidad.

En *Carthago Noua* (Cartagena) hubo una clara continuidad, incluso en el nombre, una traducción literal del púnico *Qart Hadasht*. Continuidad lógica dadas las idóneas características del emplazamiento y el puerto; en un primer momento continuaron en servicio las murallas púnicas que fueron reestructuradas con posterioridad (Díaz Ariño 2008a; Ramallo/Ruiz 1994 y 2002; Ramallo 2006a y 2006b; y Ramallo/Fernández/Madrid/Ruiz 2008). Pero la gloria de la Cartagena romana llegaría más tarde, con un carácter cosmopolita y una sólida base económica gracias a la riqueza de plomo y plata de la zona.

Pero no solo las áreas urbanas fueron privilegiadas. En el área de influencia de *Carthago Noua* destacan los dos templos itálicos del santuario de La Encarnación (Caravaca), ambos de la primera mitad del siglo II a.C. El A, más pequeño y asentado directamente sobre la roca natural, es el más antiguo, y el B, sobre una plataforma enlosada, puede fecharse, por las terracotas principalmente, entre el 175-160 a.C. (Brotons/Ramallo 1994; Ramallo 1992 y 1993).

Doblada ya la mitad del siglo II, el año 146 a.C. marca un punto de inflexión para Roma con la toma de Corinto y la destrucción de Cartago. Las excavacio-

nes en la colina de Byrsa ponen de manifiesto la violencia con que fue arrasada la gran enemiga de Roma. Tan fuerte era el temor al resurgimiento de la ciudad que no fue hasta los tiempos de Augusto, con un poder fuerte centralizado, cuando empezó la reconstrucción sistemática de la ciudad, empezando por una nueva planificación que cambió radicalmente la fisonomía de la acrópolis, con la gran zona pública a base de impresionantes trabajos de aterrazamiento.

Roma, a partir del año 146 a.C., se siente más segura y por ello consolida su posición hegemónica en el Mediterráneo y también en la península Ibérica.

En Hispania, en la segunda mitad del siglo II a.C., el panorama es muy diverso en las zonas bajo administración romana o en las fronterizas. Así vemos que en la provincia de *Hispania Citerior* surgen nuevos núcleos o se potencian los ya existentes.

En la zona valenciana, en la Edetania, en el año 138 a.C. se funda *Valentia*, de marcado acento itálico. Gracias a las intensas investigaciones arqueológicas, la realidad física de la ciudad y sus materiales son bien elocuentes, aunque los aspectos jurídicos de la *deductio* continúan suscitando polémica (Ribera 1998, 308-346; 2006 y 2008; así como VV. AA. 2002; y Cadiou, en prensa).

Y Sagunto, la ciudad aliada de Roma y cuyo ataque causó el inicio de la Segunda Guerra Púnica, no fue olvidada, naturalmente, siéndole conferido el estatuto de *ciuitas foederata*. Las excavaciones han puesto al descubierto estructuras diversas a lo largo del siglo II a.C., concretamente en la cara norte de la montaña del Castillo y en el área del foro (Aranegui 2002, 2004, 96-111, y 2006; así como Ripollès 2002a y 2002b, para las acuñaciones monetarias del siglo II a.C.).

En la zona alicantina, en la Contestania, comprobamos la continuidad de los núcleos urbanos principales, como *Ilici* (La Alcudia de Elche) (Ramos/Uroz 1992; Abad 2006), aunque poco sabemos todavía de *Saetabis* (Játiva), cuyas mejores evidencias de finales del siglo III y del II a.C. continúan siendo las emisiones monetarias (Ripollès 2007). Por otra parte, en el Tossal de Manises (Alicante), la romana *Lucentum* se asienta en el emplazamiento de la primitiva ciudad ibérica (Olcina 1994, 1998, 2002, 2005 y 2006).

En el año 123, Quinto Cecilio Metelo conquista las Baleares y funda *Palma* y *Pollentia* en la isla de Mallorca (VV. AA. 1983; Orfila 2005; y Orfila/Chávez/Merino/Aranegui 2006, sobre la romanización en Baleares; y Orfila 2000; Orfila/Chávez/Cau 2006; y Orfila/Cau/Chávez 2008, sobre el caso particular de *Pollentia*).

En la actual costa catalana, entre *Tarraco* y *Emporiae*, no hay ningún otro núcleo urbano romano en el siglo II a.C., pero sí hay importantes centros ibéricos (Moret 1996, 165-168). Olérdola, por ejemplo, se refortifica a finales del siglo II o comienzos del I a.C. (Molist 2000; y Rodà 2001, 28). Quisiéramos destacar el gran poblado



Figura 4. Termas republicanas de Cabrera de Mar (Barcelona).

layetano de Burriac (Cabrera de Mar), que experimenta una gran reforma urbanística de patrón romano en la segunda mitad del siglo II a.C. (Olesti 2000; Zamora 2006-2007), al pie del cual, en el valle, a mediados del siglo II a.C. se produce un extraordinario asentamiento de itálicos, posiblemente de la Campania, con una finalidad probable de centro administrativo que contaba con sus propias termas, las más antiguas de la Península (Martín 2000; García/Martín/Cela 2000; Martín/García 2002; Olesti 1995 y 2000; y Tsiolis 2008) (fig. 4), anteriores incluso a las de *Valentia* (Ribera 2002; Tsiolis 2008). Se ha planteado, incluso, la posibilidad de que en este establecimiento romano se ubicara la ceca que emitía las monedas ibéricas de *Iluro* (Villaronga 1982); lo que sí es seguro es que precede a la fundación del municipio de *Iluro*, actual Mataró, en el que se asentaron tanto itálicos y sus descendientes, como los habitantes de los poblados ibéricos del entorno, incluidos los del propio *oppidum* de Burriac; volveremos sobre ello más adelante (Rodà 2002).

Un caso paralelo puede ser el que comprobamos en Gerona, en el poblado de Sant Julià de Ramis, que presenta un sistema defensivo de principios del siglo II a.C. con unas obras de aterrazamiento posteriores que permitieron la construcción de una plataforma sobre la que se edificó un templo de tipo itálico sin podio, construido hacia 130-110 a.C. Estos contactos con el mundo romano posibilitaron la fundación, hacia el año 70 a.C., del *municipium* de *Gerunda*, que absorbió gran parte de los habitantes del *oppidum* de Sant Julià de Ramis, que quedó definitivamente abandonado de forma pacífica hacia el año 50 a.C. (Burch 1995; Burch *et al.* 2000a y 2001; Nolla 2007; Nolla/Palahí 2007; así como Rodà 2002).

Mientras todo ello sucedía en las zonas de la *Citerior* y la *Vlterior* controladas por Roma y en las que el desarrollo de las estructuras urbanas avanzaba imparable, en los confines lusitanos y celtibéricos el panorama era bien diferente.



Figura 5. Calle celtibérica y Casa de las Columnas de Numancia (Soria).



Casi en paralelo los celtíberos se rebelaron y los lusitanos entraron en el valle del Guadalquivir (155 a.C.), desencadenándose el punto álgido de las guerras lusitanas, en las que el caudillo por excelencia fue Viriato hasta su asesinato por traición en el 139 a.C. (Alarcão 1988, 6-8; Gómez-Pantoja 2008, 342-347; Pastor 2006), lo que permitió a Roma avanzar la frontera de la *Vlterior* hasta el Tajo y la actual Lisboa (*Olisipo*), con la expedición del procónsul Décimo Junio Bruto al norte del Duero, en territorio de los *Callaeci*, lo que, según Velejo (Vell. Pat. 2, 5, comentado y recogido en: Schulten 1937, 136-139; Tranoy 1981, 126-129; Bandelli 2002), le valió el sobrenombre de *Callaicus* y el dar su nombre a la ciudad de *Brutobriga*. El control de los territorios fue efímero, pero abrió el camino a los primeros contactos con Roma y sus repercusiones sobre la cultura castreña.

Por otra parte, en la Celtiberia, en el año 154 a.C., el propósito de los habitantes de *Segeda*, junto al Jiloca, de agrandar su muralla fue el detonante de los veinte años de cruentas guerras celtibéricas, según narra Apiano (*Iber.* 44-45; Naco del Hoyo 2003, 163-179; Gómez-Pantoja 2008, 337-340 y 347-351). Escipión Emiliano, en el año 133 a.C., puso final a esta etapa con la toma y destrucción de Numancia, después de su dura resistencia, por todos bien conocida (fig. 5).

Podemos recordar aquí que precisamente las dos ciudades hispanas cuyo trágico final está todavía vivo

en nuestra memoria colectiva, acabaron de la misma dramática manera, pero por actitudes dispares: una en el Mediterráneo, Sagunto, por su fidelidad a Roma; la otra, Numancia, en la Meseta, por oponérsele feroz y radicalmente.

Numancia resistió inútilmente en el siglo II a.C. y ahora, en nuestros días, ha de volver a resistir, espere-mos que esta vez con éxito, ante la amenaza de destrucción de un gigantesco polígono que destruiría la belleza del entorno, invadiendo el área de respeto que tendría que circundar necesaria y obligatoriamente los monumentos y yacimientos singulares y, en especial, uno tan emblemático como Numancia. Meritorios son en estos momentos los esfuerzos de instituciones muy diversas por evitar esta nueva destrucción de Numancia, entre los que destaca la decidida actuación de la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED).

Roma celebró profusamente el triunfo de Escipión Emiliano y emprendió una etapa de amplia reestructuración de los territorios conquistados y de las zonas de retaguardia, a pesar de que a finales del siglo II a.C. hubo episodios de enfrentamientos, tanto con los cel-tíberos como con los lusitanos, aunque ninguno de ellos fue de la envergadura de los anteriores, por más que diversos gobernadores celebraran triunfos oficiales en Roma. Con todo, una cierta inestabilidad permitió en el 104 a.C. la incursión de los cimbrios por los Pirineos (Gómez-Pantoja 2008, 365).

Los finales del siglo II a.C. son también de gran trascendencia para la estructuración del sur de la Galla. Narbona (*Narbo Martius*) se funda en el año 118 a.C. y, además, Domicio Enobarbo amojona y reestructura la vía que los franceses conocen por su causa como Vía Domicia que, cuando entra en Hispania por el paso pirenaico de Panissars (El Pertús-La Jonquera), conocemos como Vía Augusta (Castellví *et al.* 1997).

La reorganización de Hispania, desde el Atlántico hasta la fachada mediterránea, a finales del siglo II a.C., es un hecho atestiguado tanto por las fuentes (Pina 1997; y, para la documentación epigráfica Díaz 2008c, 38-41), como por la arqueología. Ya nos hemos referido a las ciudades de la segunda mitad de la centuria; podemos mencionar ahora que en el mundo rural se intensifican las explotaciones agrícolas, con la instalación de numerosas villas por doquier, que tendrán mayoritariamente su continuidad en los periodos siguientes. Por otra parte, las obras públicas no dejan de manifestar su impronta militar, como es el caso de la sistematización de las vías republicanas a cargo de procónsules, como nos indican el miliario de Fabio Labeón en Lérida hacia el 118-114 a.C. y los tres miliarios de Manio Sergio en la provincia de Barcelona, fechables entre 120 y 110 a.C. (*IRC*, I, 175, 176 y 181; *IRC*, II, 89; y Díaz 2008c, 58 y 90-93, n.º C3-C6). La vía amojonada por Manio Sergio



Figura 6. Monumento funerario de Malla, con Hércules, Nesos y Deyanira (foto de R. Manent).

cruzaba las actuales comarcas del Vallès y de Osona; junto a ella, en el municipio de Tona y, en concreto, en el Camp de Les Lloses, se ha podido excavar y musealizar un interesante establecimiento de carácter militar de corta vida (120-80 a.C.) con talleres metalúrgicos para la elaboración de objetos de bronce y plomo (Durán/Mestres 2008; Durán/Mestres/Principi [coords.] 2008).

Otro monumento singular se alzaba junto a esta vía que amojonó Manio Sergio. Entre Tona y Vic (*Auso*) se localizaron, en la iglesia de Malla, los restos de un monumento funerario excepcional con relieves alusivos a la leyenda de Hércules, representando en concreto a Hércules, Nesos y Deyanira, y la introducción del héroe en el Olimpo (fig. 6). Para nosotros resulta claro que se trata de un monumento romano-republicano de finales del siglo II a.C. (Rodà 1993, 1998; Vivó, 2007).

Si en el norte de la provincia de *Hispania Citerior* contamos con ejemplos de escultura romano-republicana en el siglo II a.C., es lógico que en el sudeste y el mediodía los ejemplos aumenten día a día y que el *corpus* de la totalidad de los materiales estatuarios sea ya muy considerable desde finales del siglo III a.C. al siglo I a.C. (Noguera 2005; Noguera/Rodríguez Oliva 2008; y Rodríguez Oliva 1996. Un volumen del CSIR-España se dedicará próximamente a establecer un *corpus* completo de las esculturas de época republicana en Hispania).



Figura 7. Bronces de Áscoli y de Botorrita (Museos Capitolinos y Museo de Zaragoza respectivamente).

El siglo I a.C.

Al empezar el siglo I a.C. se arrastran todavía los últimos coletazos de las guerras contra los celtíberos, que fueron definitivamente liquidadas por Valerio Flaco en el año 93 a.C. (Gómez-Pantoja 2008, 366). Solo unos pocos años después, este mismo gobernador (93-83 a.C.), que dio su nombre a la ciudad de *Valeria*, sería la autoridad garante de lo establecido en el bronce de Botorrita (*Contrebia Belaisca*) sobre el acceso a las aguas del Ebro y los canales de riego en el año 87 a.C. (fig. 7). Otro documento singular, el bronce de Áscoli, nos da fe de la concesión de la ciudadanía romana en el 89 a.C. a los hispanos componentes de la *turma Salluitana* (para el bronce de Botorrita, véase: Díaz 2008c, 95-98, n.º C9, con toda la bibliografía anterior; y para el de Áscoli puede verse: Ricci, en *CIL*, VI, 8, fasc. 3, 37045; Criniti 1970; y Mattei 2001, 71, n.º 27).

Pero los acontecimientos que marcaron fuertemente la historia hispánica de los años centrales de la primera mitad del siglo I a.C. fueron no ya las luchas contra los pueblos no romanos, sino los enfrentamientos bélicos de romanos contra romanos, como repercusión de la guerra de los partidarios de Mario contra los de Sila, aprovechando en territorio ibérico las enemistades precedentes de lusitanos y celtíberos, sin pretender por ello ningún tipo de liberación de Hispania.

El protagonista fue Sertorio, nombrado gobernador de *Hispania Citerior* el año 83 a.C. y destituido fulminantemente por Sila al año siguiente (sobre Sertorio sigue siendo válido el trabajo de García Mora 1991; así como las contribuciones de Gómez-Pantoja 2008, 370-373; Roddaz 2006; Scardigli 2002; y Olesti 1995, 56-63, con un buen resumen para las implicaciones de la guerra contra Sertorio en el nordeste peninsular). Considerándose el procónsul legítimo, en el 80 a.C. se

puso al frente de una nueva sublevación lusitana contra Roma que no pudo sofocar en el 79 el nuevo gobernador de la *Vlterior*, Q. Cecilio Metelo Pío (Alarcão 1988, 9-10), aun estando apoyado éste por los gobernadores de la *Citerior* y la *Narbonensis*. Sertorio dejó a su cuestor Hirtuleyo en *Lusitania* y, aliándose con los celtíberos, marchó hacia el valle del Ebro, recibiendo el refuerzo de los soldados mandados por Perperna, del partido antisilano, asentando posiciones y devastando las ciudades opositoras como *Bursau* (Borja), *Cascantum* (Cascante) y *Gracchurris* (Alfaro). Las investigaciones arqueológicas han revelado la crudeza de la guerra de Sertorio en el Ebro, con destrucciones provocadas por los dos bandos contendientes y con el final de importantísimos enclaves, como el de Azaila (existe una amplísima bibliografía al respecto del episodio sertoriano en el Ebro: Beltrán Lloris 1990; Ferreruella/Mínguez 2002; Pina 2000 y 2007; Pina/Pérez Casas 1998; además del estudio sobre Azaila, obra de Beltrán Lloris 1990. Para el paso por la zona de *Complutum* y la ciudad en la época puede verse: Rascón/Sánchez 2006, 60-61). Se sumaron al bando sertoriano muchas ciudades del levante mediterráneo, siendo *Dianium* (Denia) la principal base naval sertoriana, con abundante material cerámico de estos años (Gisbert 1998; Grau 2002).

Todo parecía sonreír a Sertorio, pero en el año 76 a.C. el Senado de Roma decidió enviar a Hispania a un partidario acérrimo de Sila, Pompeyo el Magno, con un *imperium* extraordinario.

Pompeyo sufrió un primer desastre en *Lauro*, en la costa levantina, después de cruzar el Ebro. Pero al año siguiente, 75 a.C., las tornas empezaron a cambiar, después de que Metelo derrotara en *Lusitania* a Hirtuleyo. Metelo y Pompeyo unieron sus fuerzas, lo que fue el definitivo principio del fin de Sertorio, asesinado en el año 73 a.C. en «su ciudad» de *Oscá* (Huesca), donde había intentado reproducir en el exilio el sistema de gobierno de Roma (Juste 2000, 96 y ss.).

Pompeyo se quedó en la zona en los meses siguientes para acabar de apagar los posibles rescoldos y afianzar una clientela en la zona, según recoge el propio Julio César (*Bell. Ciu.* 2, 18, 7), aunque debamos ir matizando la cuestión (Pina Polo 2008). Parece que a él se debe el nombre romano de Pamplona, *Pompelo*. En la propia capital *Tarraco* se le dedicó una inscripción (*RIT*, 1; Díaz 2008c, 148-149, n.º C59; y sobre su actividad clientelar: Amela 2002a; Badian 1997, 252-284, 278-284 y 303-305; y Arrayás 2005, 64-71), y en *Emporiae* tenemos inscripciones con personajes de la *gens Pompeia* (*IRC*, III, 79 y 80), frecuentes también en la vertiente norte de los Pirineos (*IRC*, III, 188; y *CIL*, XIII, 20, 65, 66, 70, 236, 237 y 315). Por otra parte, la fundación de algunas ciudades en el área de Cataluña puede ponerse en relación con un programa pompeyano (Olesti 1994), como veremos para *Gerunda* e *Iluro*.

Pompeyo marchó triunfante a Roma el año 71 a.C., después de erigir unos trofeos en los Pirineos a los que los autores latinos se refieren de una manera muy lacónica. Afortunadamente, en los años 80 y 90 del pasado siglo pudieron ser identificados y excavados en el paso natural pirenaico de Panissars (El Pertús-La Jonquera), flanqueando la Vía Augusta-Domicia. Componen un impresionante monumento arquitectónico, el primero en su género, ya que para celebrar las victorias, anteriormente, se recurría a amontonamientos de armas sobre un soporte artificial a modo de maniquí. Los restos están muy depredados, pero es posible imaginar un monumento turriiforme sobre la vía (Castellví/Nolla/Rodà 2008) (fig. 8).

A caballo entre los siglos II y I a.C. continuó la labor de municipalización en Hispania. Ya hemos mencionado más arriba la ciudad de *Emporiae* y sus murallas. Ciudades de nueva fundación en esta etapa, como *Iesso* (Guissona) y *Aeso* (Isona), integraron y promocionaron a habitantes de origen indígena (Moret 1996, 166-167; Rodà 2001; además, para *Iesso* pueden verse los trabajos de Guitart/Pera 1994; Guitart 2006 y 2008, 18-24 y 28; Rodrigo 2004; y para *Aeso*, Payà/Puig/Reyes 1994; y Reyes/González Villaescusa/García 1998). Por otra parte, los catastros de algunas ciudades parecen responder a represalias por el apoyo al bando de Sertorio, como podría haber ocurrido con *Osca* y *Calagurris* (Ariño 1991). En *Iesso*, una estela del siglo I a.C. escrita en lengua ibérica nos da a conocer a *Neitin(ke)*, hijo de *Suba(ke)*, pero con un formulario ya netamente romano, en una muestra de clara integración cultural (Guitart 2006, 30; Guitart *et al.* 1996; y Pera 2005). Por otra parte, en *Aeso*, la epigrafía de época imperial menciona diversos personajes de una misma familia, con *cognomina* como *Celtiber* o *Numantina*, lo que pone de manifiesto una clara procedencia geográfica dentro de una sociedad aristocrática y cerrada en la que las mujeres juegan un importante papel en un sistema matriarcal (*IRC*, II, 27, 28, 29 y 38 –para el *cognomen Celtiber*– y 26 y 29 –para el *Numantina*).

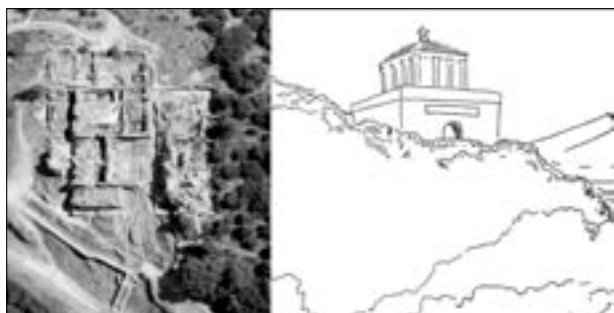


Figura 8. Vista aérea de los Trofeos de Pompeyo (foto de R. Prat) y propuesta de reconstrucción (dibujo de R. Mar en *Gallia*, 58, supl. 2008, 158).

A lo largo del siglo I a.C. vemos una continua progresión en la asimilación de los habitantes indígenas en el sistema romano. Los documentos epigráficos del tercer bronce de Botorrita (Zaragoza) y de los mosaicos de *Andelo* (Navarra) y Caminreal (Teruel) son ejemplos más que significativos, con diversas versiones en escritura ibérica de *Licinus-Licinius*. *Licinus* sería un nombre indígena de raíz celta (*Licnos*) y los firmantes de los dos pavimentos musivos de *Andelos* y Caminreal podrían ser, quizá, la misma persona (Beltrán Lloris 1996, 146; Wodko 2000). Estos testimonios nos muestran cómo ya no hay posible vuelta atrás en el proceso de integración, que acabará convirtiendo a todos los habitantes de la península Ibérica en hispano-romanos o, mejor aún, en romanos de Hispania.

El final de la guerra sertoriana tuvo también su consecuencia en la constitución de algunos núcleos urbanos, como en el caso de *Gerunda* (Gerona), fundada en la década de los 70 a.C. (Nolla 1987 y 2001; Burch *et al.* 2000b; y Rodà 2001). Los romanos habían tomado contacto con el territorio gracias a su presencia en el poblado ibérico de Sant Julià de Ramis, a cuyo templo itálico sin podio ya hemos hecho referencia más arriba.

Otras ciudades de fundación republicana en el área catalana, por esos mismos años, son las de *Iluro* (Mataró) y *Baetulo* (Badalona), aunque su datación oscila entre el 100 a.C. y el segundo cuarto de la centuria (por ejemplo, las primeras estructuras en Mataró se documentan en los años 80-70 a.C., con evidencias más palpables a partir de mediados de la centuria. Véase, al respecto: Martín/García 2002, 204; y, para los materiales de *Baetulo*, también algunos fechables en el segundo cuarto del siglo I a.C., los trabajos de Comas *et al.* 1994. Por su parte, Guitart/Padrós/Fonollà 1994; Guitart/Padrós 1990; Guitart 2008; y Rodà 2001, abogan por una fundación en una cronología de finales del II o comienzos del I a.C.).

El caso de *Iluro* lo hemos comparado con el de *Gerunda*, ya que un primitivo asentamiento del siglo II a.C. al pie de un poblado ibérico en el caso de Burriac precede la fundación de la romana *Iluro*. Asimismo, la presencia romana en el poblado de Sant Julià de Ramis prefigura el futuro municipio gerundense. Las fundaciones de *Iluro* y de *Baetulo* parecen responder a la reacción romana después del ataque de los cimbrios de los últimos años del siglo II a.C., aunque no podemos descartar del todo que correspondieran al programa pompeyano después de la victoria sobre Sertorio (además de la bibliografía específica referida a *Baetulo* y citada más arriba, puede verse: Cerdà *et al.* 1994, 97-99; Olesti 1995, 61-63; García/Martín/Cela 2000, 41-51).

La zona costera en esta época entra de lleno dentro de una sólida organización romana y es por ello por lo que se van abandonando ciertos puntos de control es-

tratégico, como el yacimiento excavado recientemente en los términos de Montmeló y Montornès del Vallès (Can Tacó), que parece responder a un asentamiento de tipo militar que, tal vez, pudiera corresponder a la *mansio* de *Praetorium* de los vasos de Vicarello, aunque las distancias no acaban de cuadrar (fig. 9). Las investigaciones arqueológicas dan como horizonte de ocupación de este enclave unos cien años, entre el 150 y el 50 a.C. aproximadamente (Choren/Mercado/Rodrigo 2007; Guitart/Mercado/Palet/Rodrigo 2006a y 2006b; y Mercado/Rodrigo/Flórez/Palet/Guitart 2008).

A mediados del siglo I a.C., nuevamente, una guerra civil entre romanos tiene como escenario el territorio hispánico (Gómez-Pantoja 2008, 375-382). Se trata del enfrentamiento entre Pompeyo y César, ambos conocedores directos del terreno. Pompeyo lo había pisado en su lucha contra Sertorio, y en la conferencia de Lucca del año 56 a.C. le correspondieron las dos *Hispaniae*, mientras que la Galia era adjudicada a César. Por su parte, Julio César, en el 61 a.C., fue nombrado gobernador de la *Hispania Ulterior*, lo que lo llevó a consolidar posiciones frente a los lusitanos entre el Tago y el Duero, con un importante establecimiento militar en Santarem (*Scallabis Praesidium Iulium*) que, con todo, pudo haber sido fundado también en la época de la guerra civil (Beltrán Fortes 2008). Ese mismo año 61, César se aventuró por mar hasta *Brigantium* (La Coruña), pero la expedición no tuvo mayores consecuencias sobre el territorio, salvo la de surcar de nuevo la ruta atlántica conocida desde antiguo (Alarcão 1988, 10-12; Tranoy 1981, 131-132). Recientemente, además, sobre la cultura castreña: De Blas/Villa 2002; y para el nordeste, de nuevo: Olesti 1995, 63-65).

En el año 49 a.C. César cruza el Rubicón e inicia las hostilidades. Pompeyo, sorprendentemente, marcha a Grecia, pero César lleva la guerra a Hispania y vence en *Ilerda* (Lérida) a las tropas pompeyanas mandadas por Petreyo, desmantelando el ejército pompeyano en la península Ibérica. Al año siguiente, la nueva victoria



Figura 9. Asentamiento romano republicano de Can Tacó (Montmeló-Montornès).

de César y de su general Domicio Calvino en Farsalia, inclina la balanza a favor de César. Pompeyo huye a Alejandría donde es asesinado.

Entre los años 48 y 46 a.C., César había confiado el gobierno de la *Hispania Ulterior* a Q. Casio Longino (Díaz Ariño 2008b), cuya gestión provocó una sublevación que llevó al hijo de Pompeyo, Gneo, a desplazarse a Hispania con el deseo de alzarla contra César y muchas ciudades se alinearon en el bando pompeyano. Julio César volvió rápidamente a Hispania y, en el año 45 a.C., venció definitivamente en *Munda* a los hijos de Pompeyo, Cneo y Sexto. La represión fue muy dura y la misma *Corduba*, por haber abrazado la causa pompeyana, fue incendiada y arrasada, mientras que las fidelidades fueron premiadas, como en el caso de los Balbos de Cádiz (Caes. *Bell. Hisp.* 34, 1; Ferreiro 2003; León 1996, 20-22; Ventura 1993. Sobre César e Hispania puede verse: Rodríguez Neila 1992; Roddaz 2000; y el trabajo colectivo de Melchor/Mellado/Rodríguez Neila 2005; Bravo 2008, 95-136).

Tarraco fue también privilegiada, ya que parece que recibió el estatuto de colonia por parte de César en el año 49 a.C., cuando, después de vencer a las tropas pompeyanas en *Ilerda*, recibió las delegaciones de las diversas tribus (*BC.* 2, 21, 4-5). El *deductor* fue Publio Mucio Escévola, en cuyo honor se grabó una inscripción que reaprovechó el dorso de la placa primitivamente dedicada a Pompeyo que, de esta manera, vio borrado su recuerdo (*RIT.* 2; Díaz 2008c, 148-149, n.º c59; Ruiz de Arbulo 2002, con una hipótesis aceptada luego por Alföldy 2004; y Arrayás 2005, 72-86). Poco después de esta *deductio*, *Tarraco* nombró patrono a Gneo Domicio Calvino, según G. Alföldy ha podido demostrar gracias a la genial restitución de una placa fragmentaria (Alföldy 2000a: Díaz 2008c, 149-150, n. C60).

Otra ciudad privilegiada fue *Emporiae*. Tito Livio (*Liv.* 34, 9) comenta *coloni ab diuo Caesare post deuictos Pompei liberos adiecti* y, con posterioridad a la muerte de Julio César, en época triunviral y protoimperial, *Emporiae* eligió como patronos a los más directos colaboradores y partidarios de César y de Augusto, empezando por el mismo Gneo Domicio Calvino y, cerrando el ciclo, Agripa (*IRC.* III, 24-29. Además, puede verse: Rodà 1986-1989; y, recientemente, Cardon 2004, que ha puesto en duda la identificación de la segunda P de la inscripción emporitana –*IRC.* III, 24–, que reivindicamos para la identificación del personaje con Agripa; ver: Roddaz 2009, 54).

Por otra parte, la acción de César tuvo también su repercusión en la vecina Galia Narbonense, ya que, por ejemplo, *Arelate* (Arles) y *Nemausus* (Nîmes) recibieron el estatuto colonial por esos mismos años. Arles fue colonia de derecho latino, seguramente, en el 46 a.C., en agradecimiento por el apoyo recibido, y, por su parte, Nîmes asumió el rango de colonia, probablemente,

en los últimos años de César o en época triunviral, ya que las emisiones monetarias de los años 44-42 a.C. presentan la leyenda *NEM. COL* (Burnett/Amandry/Ripollès 1992, 152-153, n.º 519-521; Christol 1999, 17-18; Gros 2008, 19-30).

Augusto

Con Augusto, Roma es definitivamente el centro del mundo, pero un mundo de ciudades y de comunidades provinciales que cabe considerar y, lo más importante, hacer que se consideren y aspiren a ser romanas, con una integración de las elites y capacidad de promoción personal. Importa hacer sentir el poder y el bienestar que conlleva el Estado romano, tanto a nivel colectivo como privado (muy interesante al respecto son los diversos trabajos que integran el volumen de González 1999; asimismo, el volumen de Belayche 2006: y, particularmente, Le Roux 2006). La movilidad social, la posibilidad de acceso a la ciudadanía y el desempeño de cargos públicos, constituyeron poderosos incentivos, incluso para las clases dependientes que aspiraban a no serlo, como es el caso de los libertos, auténticos poderes fácticos en muchas ciudades hispanas (como ha estudiado Schulze-Oben 1989). El análisis de las elites ha constituido una bien cuidada línea de estudio (destacamos los trabajos de Navarro/Demougin 2001; Panzram 2007; Rodríguez Neila/Melchor 2006; y, más antiguamente, el de Rodríguez Neila/Navarro 1999).

Los inicios del Imperio aportan unos cambios importantísimos en Hispania (Gómez-Pantoja 2008, 435-485; Roddaz 2002). Tradicionalmente, se fecha en el año 27 a.C. la nueva división en tres provincias: la *Citerior*, la *Baetica* y la *Lusitania*, pero el proceso sería más complicado e implicaría ensayos varios, según nos indican los recientes hallazgos epigráficos.

En primer lugar, en el año 27 a.C. todavía faltaba por conquistar el norte peninsular. Augusto se propuso organizar las provincias occidentales, Galia e Hispania, y para ello residió en Tarragona durante un par de años (26-25 a.C.), periodo en el que la ciudad fue el centro político del Imperio. En el año 25 a.C. se pensó erróneamente que había finalizado el sometimiento de cántabros y astures, y este mismo año se fundó, con los veteranos de las operaciones, la nueva ciudad de *Augusta Emerita* (Mérida), llamada a ser la capital de la provincia de *Lusitania*, dotada progresivamente de unos foros (Álvarez/Nogales 2003; Mateos [ed.] 2006) que han proporcionado excepcionales programas decorativos para el culto imperial, con una fidelidad extraordinaria a los modelos de Roma; emblemáticos son, sin duda, el grupo de Eneas, Anquises y Ascanio, y el *ara Providentiae*, magistralmente restituidos por W. Trillmich y T. Nogales (como obra de síntesis de las muchísimas novedades que la arqueología emeritense

está desvelando en los últimos años, gracias a los intensos trabajos desarrollados por el Museo Nacional de Arte Romano-MNAR, por el Consorcio Monumental y por el Instituto de Arqueología de Mérida, citaríamos a Dupré 2004b; y, para los programas escultóricos, especialmente: Nogales 2004, 118-124, donde se cita y recoge toda la bibliografía anterior).

Pero en el año 25 a.C. las hostilidades no habían finalizado y se tuvo que acometer una segunda fase de las guerras cántabras, que Agripa concluyó radicalmente en el año 19 a.C. (Morillo [ed.] 2007; Rodà 2005, 319-331; Roddaz 1984, 402-418). A partir de entonces, se pudo proceder a una planificación global de la estructuración del tercio norte peninsular, más allá de los escenarios de los conflictos bélicos. Dicha reestructuración no fue ajena a la ley del ensayo y del error, y para llevarla a cabo se emplearon los componentes de las mismas legiones que habían sido artífices de la victoria final: las legiones IV, VI y X. De esta manera, estas legiones, después de ser el instrumento de la conquista, fueron los medios para la integración de territorios, para la ejecución de grandes obras públicas y el camino de promoción personal, creando las estructuras necesarias para la incorporación de los pueblos recién conquistados a la esfera romana.

En las zonas de retaguardia, la empresa era menos compleja dado el largo tiempo de presencia romana. Vías y ciudades fueron los objetivos principales, sin olvidar los asentamientos urbanos en zonas de montaña, como el núcleo de *Labitolosa*, en el Pirineo aragonés, que, no obstante, fue monumentalizado en época flavia, como más adelante recordaremos. En época augustea se amplió la red viaria, conformando el sistema que conocemos como Vía Augusta, que va más allá de ser el itinerario único de Cádiz a Roma, comportando otros ramales para conectar zonas de interior, como comprobamos en el caso de Aragón (Lostal 1992, 390). Nacieron ciudades de nueva fundación, como las colonias de *Barcino* (Barcelona) y de *Caesar Augusta* (Zaragoza), que surgen del mismo programa político forjado con posterioridad al 19 a.C. y reciben un nombre de marcado carácter propagandístico. En efecto, los títulos completos de *Barcino* son rimbombantes: *colonia Iulia Augusta Faventia Paterna Barcino*; y el de *Caesar Augusta* refleja el nombre mismo del emperador: mayor honor, imposible.

La fundación de *Caesar Augusta* comportó el declive de *Celsa* (Velilla de Ebro), fundada en el año 44 a.C., que se fue despoblando paulatinamente. Seguramente, al alto precio de llamarse *Lepida*, antes de cambiar su nombre por *Celsa*, y a la enemistad manifiesta de Augusto hacia Lépido, vino a sumarse la competencia de una nueva urbe bien situada y con una gran potencialidad (Beltrán Lloris 1985, 1990, 1997; Mostalac/Beltrán Lloris 1994; Beltrán Lloris/Mostalac 2008; y Amela 2002b).

Otras capitales, como Córdoba y Cartagena, experimentaron un fuerte impulso urbanístico en época augustea, siendo edificios emblemáticos los teatros y su decoración (Márquez/Ventura [eds.] 2006; Monterroso 2004; Ramallo/Ventura/Márquez/Monterroso/Carmona [eds.] 2002; Ruiz 1998).

En el cuadrante noroeste cabe distinguir claramente entre la zona galaica, que no participó en las guerras, y el norte cántabro, en el que astures y cántabros conformaron los focos de resistencia. El estado de nuestros conocimientos ha avanzado a pasos de gigante desde la organización de aquel histórico Congreso de León (1968), en el que participaron los más insignes investigadores del momento (VV. AA. 1970). Si nos situamos en los años 90 del siglo xx, recordaremos la magna exposición *Astures* (1995) en diversas sedes de Gijón, que permitió dar a conocer a gran escala la intensa labor arqueológica y los magníficos resultados obtenidos (Fernández Miranda/Fernández Ochoa 1995). Pocos años después, en 1999, le siguió la exposición *Cántabros*, en Santillana de Mar (Iglesias/Muñiz 1999). En ambos casos se dedicó especial atención a la cuestión de las guerras en el norte peninsular, elaborando interesantes síntesis.

En la misma década de los 90, un congreso revolucionó el panorama de los conocimientos sobre el noroeste peninsular: fue el señero Congreso de Lugo (1996) (Rodríguez Colmenero 1998), en el que se pusieron sobre la mesa y de manera conjunta las investigaciones arqueológicas que se venían llevando a cabo en las diversas ciudades y en los campamentos. Tener en las manos el enorme conjunto de datos fue una grata sorpresa, pues se comprobó que era mucho más de lo que se esperaba.

Las excavaciones y publicaciones han continuado con fuerza, ofreciendo una visión totalmente renovada de las principales ciudades del noroeste, como Lugo, Astorga, Braga (sobre *Bracara*, primera de las ciudades norteñas poseedoras de un edificio teatral en curso de excavación, puede verse: Garrido/Mar/Martins 2008; y Martins 2006) y León, y también de la instalación de los diferentes campamentos de las legiones iv, vi y x (con un estado de la cuestión en: Rodà 1998, completado en García-Bellido 2006; y Morillo/Aurrecoechea 2006, 53-63). Tanto es así que conocemos no solo los acantonamientos militares de las unidades legionarias iv (Herrera de Pisuerga), vi (León) y x (Astorga y Rosinos de Vidriales), sino también otros de destacamentos menores, como el de *Aquae Querquennae* (Bande, Orense) (García-Bellido 2006; y Rodríguez Colmenero/Ferrer 2006) (fig. 10), entre otros que han ido saliendo a la luz.

Tan importante ha sido el avance de la arqueología militar en Hispania desde los estudios de síntesis sobre el ejército que, además de la celebración de dos congresos dedicados a la temática (Roldán 1974; Le

Roux 1982; junto con el libro de Cadiou 2008; y los congresos editados por Morillo 2002 y 2006), se edita la revista *Gladius*, especializada en la problemática. Y el año 2006 se celebró en León el 20th. *International Congress of Roman Frontier Studies*, impensable solo unos pocos años antes (una buena síntesis con exhaustiva bibliografía puede verse en: Morillo [ed.] 2007 y Morillo/Aurrechoenea [eds.] 2006).

La remodelación augustea del norte peninsular fue espectacular y muy profunda. Pudo acometerse después de finalizada la segunda fase de las guerras cántabras (19 a.C.) y, para llevarla a cabo, Augusto contó con la ayuda inestimable de su gran colaborador, Agripa, que estuvo en la Península en 19-18 a.C. Para tener un conocimiento directo, Augusto viajó de nuevo a Hispania en el 16-15 a.C., momento en el que Casio Dión dice que fundó muchas ciudades en Hispania y la Narbonense (Dio Cass. 54, 23, 7 y 25), entre ellas *Barcino* y *Caesar Augusta*, a las que ya hemos hecho referencia.

Es muy comprensible que un proyecto tan amplio y ambicioso no saliera perfecto a la primera. De esta manera, sabemos que en un primer momento se adscribieron *Asturia* y *Gallaecia* a la *Lusitania*, y *Cantabria*, en cambio, quedó adscrita a la *Citerior*. Esta primera planificación debía de responder al propósito de Agripa de separar las dos zonas más conflictivas: la de los astures y la de los cántabros.

Por suerte, la epigrafía viene en nuestra ayuda con unos hallazgos sorprendentes, que han causado no solo expectación, sino también controversia sobre su autenticidad. Queremos avanzar que, a nuestro modo de ver, las placas de bronce que vamos a comentar son antiguas y dignas de todo crédito.

La primera, fechada en el consulado de Gayo César y de Emilio Paulo, es una tabla de hospitalidad en la que se menciona con toda claridad: *ex gente Asturum conuentus Arae Augustae* (Eck 1997a; Fernández-Ochoa/Morillo 2002; Rodríguez Colmenero 1995 y Ozcáriz en este mismo volumen). Se trata de una inesperada mención de un nuevo convento jurídico hasta ahora desconocido: el del *Ara Augusta*.



Figura 10. Campamento de *Aquae Querquennae* (Orense).

Una hipótesis de propuesta para la sede de este nuevo *conuentus* ha sido *Noega*, que se sitúa en la Campa Torres (Gijón). Aunque este extremo es difícil de demostrar, no cabe duda que este enclave tenía una posición privilegiada, como pone de manifiesto la torre con función de faro que muy probablemente fue erigida por Calpurnio Pisón en 9-10 d.C. (Fernández Ochoa/Morillo/Villa 2005), aunque la ubicación nada tiene que ver con las *arae Sestianae*, preferentemente situables en la costa galaica (Fernández Ochoa/Morillo 2002; Grüner 2005; y Castillo en este volumen).

La segunda tabla de bronce, conocida como bronce de El Bierzo –tratada en otro capítulo de este volumen–, contiene un decreto del emperador Augusto del año 15 a.C., en el que se menciona la provincia Transduriana: otra gran sorpresa (Alföldy 2000b; Costabile/Licandro 2000; Grau/Hoyas 2001; Rodríguez Colmenero 2007; y Velaza 2008).

Novedades también han presentado las delimitaciones de los conventos jurídicos (Beltrán Lloris 2008, 130-137) a raíz del estudio de P. Ozcáriz, señalando el puerto de *Oiasso* (Irún) como la salida al mar del *conuentus Caesaraugustanus*, lo que refuerza la importancia de este puerto cantábrico, que las recientes y constantes investigaciones arqueológicas han puesto en valor (Ozcáriz 2006; Fernández Ochoa/Morillo 1994; Arteaga 2000 y 2006. De suma importancia ha sido la creación del Museo de Oiasso, una síntesis del cual puede verse en: Barandiarán/Arteaga 2008).

A partir de Augusto se intensifican las grandes explotaciones de la península Ibérica, tanto por lo que a los materiales lapídeos respecta (Rodà 1999 y 2005; Álvarez *et al.* 2009), como sobre todo a las grandes explotaciones mineras (Domergue 1987, 1990 y 1998; Fernández [ed.] 2008). El plomo y la plata del distrito de Cartagena-Mazarrón experimentan un enorme incremento, y la figura de Agripa deja su impronta personal (Nicolàs/Rodà 2007; y Rodà 2004). También denotan una gran actividad las explotaciones de Sierra Morena, con una zona nuclear importantísima en *Sisapo*, en la zona de Almadén (Ciudad Real) (Fernández Ochoa *et al.* 2002).

A la extracción y comercialización del *lapis specularis*, *Segobriga* (provincia de Cuenca) debió su riqueza, convirtiéndose en una ciudad de espectacular monumentalidad en el centro de la Península, con unos programas arquitectónicos, epigráficos y escultóricos de gran impacto (Abascal/Almagro-Gorbea/Cebrián 2003 y 2006; Abascal/Almagro-Gorbea/Cebrián/Hortelano 2008; Alföldy/Abascal/Cebrián 2003a y 2003b; así como Abascal/Cebrián/Trunk 2004 y 2009).

Naturalmente, el ya aludido control del noroeste conllevó, paralelamente, el control de las zonas auríferas, en especial la explotación del yacimiento señero de La Médulas (El Bierzo, León) (fig. 11) (Domergue/

Sillières 1977; Domergue/Martin 1977; y Sánchez Palencia 1996).

La época augustea fue asimismo una etapa de incremento de la producción agrícola, siendo sintomático el alto nivel alcanzado por la viticultura (Prevosti/Martin i Oliveras [eds.] 2009, con bibliografía al día).

Para acrecentar la idea del poder imperial, Augusto confirió forma definitiva a la filiación divina del emperador, ensalzando al máximo la figura ancestral de la diosa Venus, a la que habían ya recurrido con anterioridad Sila y Julio César, pero sin llegar a articular una teocracia tan precisa y bien diseñada.

Augusto era bien consciente que en Occidente «no vendía» la idea de un dios viviente, perfectamente normalizada en Oriente –por no hablar ya de Egipto, donde al emperador le bastaba revestirse con la indumentaria real para ser considerado un ser divino–. Por ello se recurrió a la divinización *post mortem* y, de esta manera, Julio César pasó a ser el primer *diuus* de la historia romana. Augusto era, por lo tanto, *diui filius*.

La organización del culto imperial no solo tuvo por finalidad la exaltación del poder imperial, sino que también permitió la promoción personal de los antiguos esclavos que habían obtenido la libertad como asistentes (*seuiri augustales*). Por su parte, los magistrados culminaban brillantemente una carrera municipal como *flamines* y, si desempeñaban el flaminato provincial, accedían a la categoría de los caballeros (*ordo equester*).

Aunque toda esta maquinaria –a la que se dedican dos excelentes capítulos en este volumen– estaba pensada para rendir culto al gobernante ya muerto, a Augusto vivo se tributó un cierto homenaje religioso, como nos indican las aras o altares que le fueron dedicados, la presencia de ciertos pontífices –como los del teatro de Itálica– o las galerías de estatuas que fueron proliferando por doquier, en vida de Augusto, dentro de edificios especialmente dispuestos al efecto en la zona del foro ciudadano (*augusteia*). Hispania, Galia y Dalmacia fueron realmente pioneras en esta manera de ensalzar la figura del primer emperador (decisivos a este respecto son los trabajos de Fishwick 1987, 1991-1992 y 2002-



Figura 11. Yacimiento aurífero de Las Médulas (El Bierzo).

2005; así como el ya tradicional de Étienne 1958, al que se añade el congreso sobre la cuestión celebrado en Mérida en 2006, recogido en Nogales/González 2007. Para las comparaciones con el territorio itálico, véase el trabajo de Buonocore 2007; y para la Galia, el volumen de Christol/Darde 2009). En este punto, queremos mencionar, por ejemplo, la extraordinaria serie estatuaría excavada por E. Marin en el *augustaeum* del foro de *Narona* (Vid, Croacia), que se inició con la erección de una estatua de tamaño mayor que el natural en el punto central, que representaba a Augusto con indumentaria militar. Esta escultura se ha datado hacia el año 10 a.C. y, progresivamente, se fue acompañando por las efigies de otros miembros de la familia imperial Julio-Claudia (Marin/Rodà 2004; Marin/Claridge/Kollega/Rodà 2007 y 2007-2008).

Hispania después de Augusto (14 d.C.-137 d.C.)

A modo de colofón, y para no alargar en demasía estas páginas, quisiéramos tan solo enumerar algunas de las novedades más destacadas que presentan las *Hispaniae* en los dos primeros siglos del Imperio (Gómez-Pantoja 2008, 444-450 y 487-500; Roddaz 2002; Sillières [dir.] 2005; Bravo 2008, 137-223), terminando nuestro recorrido con los dos emperadores nacidos en la Bética: Trajano y Adriano, que, si bien suponen por una parte una etapa «dorada», por otra comportan cambios substanciales, con la pérdida de poder y consiguiente decaimiento de núcleos otrora opulentísimos. Pero solo nos detendremos en los hitos que la investigación reciente ha puesto ante nuestros ojos.

El reinado de Tiberio supuso, en buena parte, la continuidad de la política de Augusto y ello lo vemos claramente en la obra de municipalización y construcción de ciudades y grandes infraestructuras: las iniciadas por su predecesor siguieron su curso y ello es especialmente ostensible en el noroeste peninsular, que se hallaba en plena efervescencia reestructuradora a partir del 19 a.C., y continúa la potenciación de los núcleos urbanos estratégicos como *Bilbilis* (Calatayud) (Martín-Bueno 1993, 121-124; Martín-Bueno/Núñez Marcén/Sáenz Preciado 2006).

La arqueología hispánica aporta dos elementos del más alto interés para documentar esta época: el templo de *Tarraco* y la *tabula Siarensis*. En efecto, la erección del gran templo octástilo en honor a Augusto que los tarraconenses solicitaron expresamente poder erigir en *Tarraco*, causó un gran impacto, ya que, al decir de Tácito, fue un ejemplo preclaro para las restantes provincias. Con seguridad, su construcción se prolongó largos años, a pesar de que esté representado en las monedas de Tiberio (fig. 12) (Burnett/Amandry/Ripollès 1992, 104-105). Después de años de discusiones, parece que

ahora podemos asegurar que el templo se ubicaba debajo de la catedral actual, en lo más alto de la ciudad, ya que recientes prospecciones geofísicas han aportado evidencias al respecto (VV. AA. 2007, 18-22, con evidencias de dicha situación, que ya había defendido antes parte de la bibliografía aludida respecto de *Tarraco*), que se añaden a los primeros elementos de decoración arquitectónica previamente detectados (Pensabene 1993; Ruiz de Arbulo/Mar/Fiz 2004). Era lógico suponer que el templo coronase y presidiese las estructuras urbanas públicas de *Tarraco*, pero faltaba demostrarlo.

El segundo extraordinario elemento que Hispania ha aportado para el mejor conocimiento de la época de Tiberio es la *tabula Siarensis*. Bien sabida es la conmoción que causó en el año 19 d.C. la muerte de Germánico y esta tabla de bronce documenta los honores fúnebres que se dispuso que se tributaran a su persona (González/Arce 1988; Fraschetti [ed.] 2000). Realmente, la epigrafía jurídica que la Bética ha proporcionado constituye una auténtica «joya de la corona» para el conocimiento del Derecho romano, con documentos originales (González 2008).

Un poco posteriores, y absolutamente excepcionales también, son las copias de bronce halladas en diversos puntos de la Bética, publicadas por el gobernador de la provincia, Numerio Vibio Sabino, entre el 20 y el 22 d.C., que recogen el senadoconsulto, firmado por Tiberio en el año 20 d.C., en el que se dispone el castigo a Gneo Calpurnio Pisón por su mala actuación en Oriente y no ya por su implicación en la muerte de Germánico. Se trata de uno de los escasísimos *senatus consulta* que nos han llegado y constituye un testimonio valiosísimo para calibrar la política del emperador Tiberio, para alejar las sospechas sobre su responsabilidad en la muerte de Germánico y recobrar al mismo tiempo el favor popular (Caballos/Eck/Fernández 1996a y 1996b; y Caballos 2002).

Con el reinado de Tiberio acaban también las emisiones monetales hispánicas, si exceptuamos Ibiza, que continuó acuñando moneda hasta Claudio (López Sánchez 2001-2002). Con posterioridad, cabe precisar la ceca hispánica de los denarios de 68-69 d.C. del reinado de Galba (Burnett/Amandry/Ripollès 1992, 9, con bibliografía; y Rodà 2009).



Figura 12. Moneda de Tiberio acuñada en *Tarraco* (MNAT).

Con Claudio, la Bética en especial experimenta un auge, con la promoción del *municipium Claudium Baelonense* (Bolonia, Cádiz) (fig. 13), paralelamente a las de otras ciudades de la Tingitana, en un marco de organización del área del estrecho de Gibraltar. Por otra parte, un número considerable de miembros de la aristocracia local consigue entrar en el *ordo senatorius*, entre los que se cuentan los *Annaei* de *Corduba*, la familia de Séneca –considerado, con poco acierto, autor de la *Apoloquintosis*, una dura diatriba contra, precisamente, la política claudia de concesión indiscriminada de la ciudadanía romana (Caballos 1990, 53-56 y 171-173, con datos también en su contribución a este mismo volumen; así como Gómez-Pantoja 2008, 446-447; y Mayer/Rodà 1998).



Figura 13. Foro y basilica de Baelo Claudia (Cádiz).

La política de Nerón suscitó una notoria reacción contraria en Hispania (Fernández Uriel/Palop 2000) y podemos interpretar el notable número de efigies y homenajes en la Península a *Apripina minor* como una manifestación del partido antineroniano (Trillmich 1974, 1982 y 1983).

No en vano el escenario hispánico fue clave para el desarrollo de los hechos que, desde la proclamación de Galba, durante ocho años gobernador de la *Hispania Citerior*, habían de llevar a la designación en el año 69 de Vespasiano como emperador y dar paso a una nueva dinastía, la Flavia (Gómez-Pantoja 2008, 447-450). Una ciudad en este caso cobró especial relevancia: *Chunia*, cognominada precisamente *Sulpicia* (Garzetti 1970; Palol 1991a y 1991b), en la que encontramos incluso la inscripción de un *miles Otonianus* (Palol/Vilella 1987, 57, n.º 56).

Vespasiano, del que precisamente en 2009 se cumple el bimilenario del nacimiento (con una exposición monográfica en Roma –Coarelli 2009–), supo recompensar a los hispanos con la concesión del *ius Latii* (con notables estudios de Andreu 2004, 2005 y 2007; que pueden confrontarse con los diferentes trabajos coor-

dinados por Ortiz de Urbina/Santos 1996; o el firmado por Morales 2003, para el caso bético) y la promoción de muchas ciudades, cuyos ciudadanos pasaron a ser adscritos a la tribu Quirina. También se llevaron a cabo, a partir de Vespasiano, importantes obras urbanísticas cuyo buque insignia podría ser la monumentalización de la parte alta de *Tarraco*, iniciada ya en los últimos tiempos julio-claudios, con espacios de representación de dimensiones realmente colosales y un empleo masivo del mármol de Luni-Carrara, trabajado en la propia ciudad, siguiendo el modelo de la decoración arquitectónica del foro de Augusto en Roma, con grandes clípeos en cuyo centro campea la imagen de Júpiter Amón (Koppel 1990; Pensabene 1993; Trillmich *et al.* 1993, 325-325, lám. 102; Ruiz de Arbulo 2007; Ruiz de Arbulo/Mar/Domingo/Fiz 2004; y Puche/Macías/Fiz 2007). Estas grandes obras públicas culminarían bajo el reinado de Domiciano, cuando se ultima la construcción del circo que corre en paralelo a la Vía Augusta y que divide en dos el ámbito urbano de *Tarraco*: la colonia propiamente dicha por un lado y, por otro, las estructuras de la capital provincial con el circo, la gran plaza y la terraza superior coronada por el templo de culto imperial de época julio-claudia.

En la segunda mitad del siglo I d.C. se aprecia también una intensificación de la explotación de los recursos naturales en la alta montaña (Rico 1997, 249-293), como, por ejemplo, el hierro en el yacimiento del Goleró (Sierra del Cadí), a más de 2.000 metros de altura, donde se han localizado tres hornos metalúrgicos fechados entre esta época y el siglo II d.C. (Palet *et al.* 2007). También en el valle del Madriu, en Andorra y a 2.320 metros, se ha excavado un cercado ganadero fechado entre los años 50 y 80 d.C. Por otra parte, la ciudad de *Labitolosa*, en el Pirineo oscense, experimenta una notable transformación en estos cincuenta años, con la construcción de diversos edificios públicos (Chasseigne *et al.* 2007). Se van colmando de esta manera lo que hasta ahora constituían lagunas documentales, y las zonas de montaña se nos presentan transitadas y frecuentadas, no siendo desdeñada en absoluto su potencial riqueza.

Característica realmente distintiva de la arqueología hispana es la enorme cantidad de placas de bronce jurídicas procedentes del área de la actual Andalucía, como ya hemos mencionado; ninguna otra zona del Imperio ha sido tan generosa en hallazgos de este género. Y entre ellas cobran, precisamente, especial relieve las leyes municipales que nos documentan el funcionamiento de las ciudades en época protoimperial y también flavia (sobre las leyes flavias pueden verse los trabajos de Ors 1986; González 1986, 2001 y 2008; Galsterer 1988; y Fernández Gómez/Del Amo 1990; y, para un documento de época tardoagustea o tiberiana: Caballos 2006).

El siglo II d.C. se estrena con el imperio de un emperador nacido en Itálica, en la Bética (Gómez-Pantoja

2008, 487-496). Por primera vez, un emperador no originario de Italia ocupa el trono. Itálica tenía una larga tradición de vocación romana desde su misma fundación en aquel remoto 206 a.C., con una aristocracia local que gestó el caldo de cultivo propicio para que de sus élites saliera el primer emperador no itálico, aunque el factor decisivo para el ascenso de Trajano al trono imperial fue su calidad de hijo adoptivo de Nerva y de *legatus Augusti pro praetore* de la *Germania Superior* (Eck 1997b).

Bajo el gobierno del *optimus princeps*, el Imperio alcanza su máxima expansión. Hispania, naturalmente, se benefició de este buen estado de salud del Imperio y aportó su contribución al buen funcionamiento de la maquinaria estatal. Mención especial merece la exportación del aceite bético a Roma, cuyo más claro exponente es la creación, primordialmente a base de las ánforas béticas amortizadas, de la montaña artificial del Testaccio (Remesal 1998; Blázquez/Remesal 1999 y 2001; Berni 2008), y que, por su importancia, es también tratado en este volumen.

En 1998, en ocasión de los 1900 años del inicio del reinado de Trajano, diversas celebraciones sirvieron para revisar y poner al día esta etapa. Destacaríamos la exposición *En el año de Trajano. Hispania el legado de Roma* que se presentó en Zaragoza y en Mérida (1998-1999) y el Congreso de Sevilla (1998) (para la exposición puede verse: Álvarez Martínez/Almagro-Gorbea 1999; y, para el congreso sobre Trajano el volumen: González 2000). Por tratarse de uno de los monumentos emblemáticos de la Hispania romana, queremos hacer expresa mención a la datación del acueducto de Segovia en tiempos trajaneos, gracias a la minuciosa restitución de la inscripción de bronce, fundamentada en las improntas de los soportes de las letras, labor iniciada por A. Blanco Freijeiro y completada por G. Alföldy (Blanco 1977; Alföldy 1992 y 1997).

Pero, realmente, Trajano tuvo poca relación directa con su patria de origen. Incluso su íntimo colaborador, Licinio Sura, no era itálicense, como en una cierta época se supuso, sino un senador cuyos antecedentes familiares estaban enraizados en la Tarraconense (Marco/Rodà 2008). El minucioso estudio sobre el arco de Berà llevado a cabo por Dupré (1994) ha demostrado bien a las claras que el comitente del arco no fue el famoso Licinio Sura, estrecho colaborador de Trajano, sino un antepasado suyo directo de la época augustea.

En cambio, el sucesor de Trajano, Adriano, sí estuvo en Itálica de muy joven, antes de ser emperador (Gómez-Pantoja 2008, 496-500). A él se debe la gran transformación urbanística de *Italica*, con la fastuosa ampliación de la *noua Vrbs*, de vida efímera. Para honrar la memoria de su padre adoptivo y antecesor en el trono, dispuso la construcción del magno edificio que, siguiendo el modelo de la biblioteca adrianea de Atenas, mandó erigir como homenaje a Trajano: el *Traianeum* (fig. 14) (León 1988; Boatwright 1997; Rodero 2002; y Ahrens 2007, 131-132).

Bien conocida y de gran trascendencia fue también la presencia de Adriano en *Tarraco* el año 122-123 d.C., cuando presidió el *concilium prouvinciae Hispaniae citerioris* y dispuso que se restaurara el templo de Augusto. Pudo ser huésped incluso del propietario de

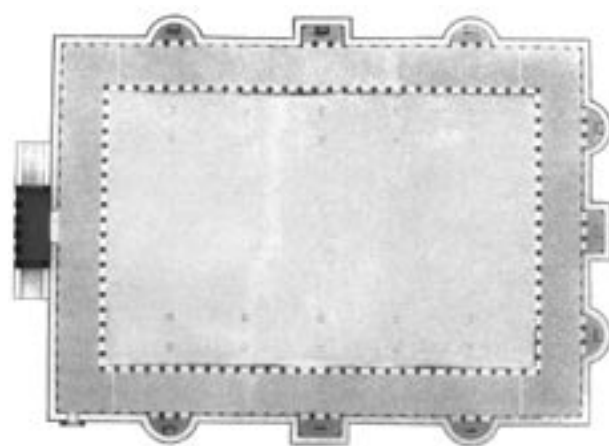


Figura 14. Planta del *Traianeum* de Itálica (dibujo en P. León, *Traianeum*, 2008, 94).

la villa de Els Munts (Altafulla), la más lujosa entre las que rodeaban la capital provincial en el siglo II d.C. Esta suposición se podría apoyar en el hecho de que en Els Munts se hallara una estatua de cuerpo entero de Antínoo (Koppel 2000, láms. 68-70).

Documento de sumo interés de época adrianea es la placa de bronce de Agón, recientemente publicada, que regula el acceso y mantenimiento de un canal del río Ebro por parte de diversos *pagi* pertenecientes a las ciudades de *Caesar Augusta* (Zaragoza) y *Cascantum* (Cascante) (Beltrán Lloris 2006). El agua del Ebro, como lo había sido desde la época republicana, continuaba siendo motivo de conflicto...

Pero mientras unas ciudades y zonas nos dan una idea de auge y desarrollo en el siglo II d.C., con una cuantiosa documentación epigráfica que nos habla de la promoción de las elites y de actos de evergetismo ciudadano (Alföldy 2004; Ruiz de Arbulo 2007; y, para el tema del evergetismo, Melchor 1994; y Melchor/Mingoia 2004, además de la aportación del propio E. Melchor a este volumen); otras que habían tenido una gran pujanza en época augustea y julio-claudia ven acabada su etapa de esplendor. Así, por ejemplo, *Emporiae* no experimenta la actividad comercial y portuaria anterior, y *Carthago Noua* sufre las consecuencias de la drástica disminución de las explotaciones mineras que la habían llevado a ser una urbe magnífica en el siglo I d.C.

Y es que, además de los vaivenes de las circunstancias históricas, a partir de la época de Adriano se inician unos cambios tan profundos en la sociedad

que marcarán el principio del fin del Alto Imperio. Se detiene la expansión geográfica, con abandono de algunas conquistas recientes, y se experimenta un incremento de las religiones mistericas, de carácter intimista, cuyos seguidores practican el rito de la inhumación. Es una época de aparente esplendor que empieza a acusar las debilidades y transformaciones de un Imperio que avanza lenta pero inexorablemente hacia su fin. Un siglo después, el asesinato de Alejandro Severo, en el año 235 d.C., marcará el definitivo punto de inflexión.

Bibliografía*

a) Básica sobre las *Hispaniae* romanas

- ABAD, L.; KEAY, S.; RAMALLO, S. 2006: *Early Roman Towns in Hispania Tarraconensis*, JRA, supl. 62, Portsmouth.
- ALARCÃO, J. 1988: *Roman Portugal*, Warminster.
- ÁLVAREZ MARTÍNEZ, J. M^a; ALMAGRO-GORBEA, M. (eds.) 1999: *En el año de Trajano. Hispania, el legado de Roma*, Zaragoza.
- ARCE, J.; ENSOLI, S.; LA ROCCA, E. (eds.) 1997: *Hispania romana. De tierra de conquista a provincia del Imperio*, Roma.
- BENDALA, M. (dir.) 2000: *Tartessos, iberos y celtas. Pueblos y culturas colonizadoras de la Hispania antigua*, Madrid.
- 1993 (comis): *La ciudad hispanorromana*, Barcelona.
- BLÁZQUEZ, J. M. 1996: *España romana*, Madrid.
- BRAVO, G. 2007: *Hispania. La epopeya de los romanos en la Península*, Madrid.
- CURCHIN, L. A. 1996: *España romana. Conquista y asimilación*, Madrid.
- LE ROUX, P. 2006: *Romanos de España. Ciudades y política en las provincias (siglo II a.C.-siglo III d.C.)*, Bellaterra.
- DÍAZ ANDREU, M.; KEAY, S. (eds.) 1997: *The Archaeology of Iberia. The Dynamics of Change*, Londres-Nueva York.
- GALSTERER, H. 1971: *Untersuchungen zum römischen Städtewesen auf der iberischen Halbinsel*, Berlín.
- GÓMEZ-PANTOJA, J. L. 2008: «Historia romana: de Escipión a los visigodos», en: SÁNCHEZ-MORENO, E. (coord.): *Protohistoria y antigüedad de la península ibérica, II. La Iberia prerromana y la Romanidad*, Madrid, 283-623.
- JIMÉNEZ, J. L.; RIBERA, A. (eds.) 2002: *Valencia y las primeras ciudades romanas de Hispania*, Valencia.
- KEAY, S. 2003: «Survey articles recent archaeological work in Roman Iberia (1990-2002)», JRS, 93, 146-211.
- 1998: *The Archaeology of Early Roman Baetica*, JRA, supl. 29, Portsmouth.
- 1988: *Hispania romana*, Sabadell.
- KEAY, S.; TERRENATO, N. (eds.) 2001: *Italy and the West. Comparative Issues in Romanization*, Oxford.
- RICHARDSON, J. S. 1998: *Hispania y los romanos*, Barcelona.
- SARTORI, A.; VALVO, A. (eds.) 2006: *Hiberia-Italia. Italia-Hiberia*, Milán.
- TRILLMICH, W. et al. 1993: *Hispania Antiqua. Denkmäler der Römerzeit*, Mainz am Rhein.
- TRILLMICH, W.; ZANKER, P. (eds.) 1990: *Stadt und Ideologie. Die Monumentalisierung hispanischer Städte zwischen Republik und Kaiserzeit (Madrid, 1987)*, Munich.
- UROZ, J.; NOGUERA, J. M.; COARELLI, F. (eds.) 2008: *Iberia e Italia: modelos romanos de integración territorial (Murcia, 2006)*, Murcia.

b) Citada en el texto

- ABAD, L. 2006: «The juridical promotion of *oppida* of the Southeast of the Iberian Peninsula: the cases of *Ilici* and *Ilunum*», en: ABAD, L.; KEAY, S.; RAMALLO, S. (eds.): *Early Roman Towns in Hispania Tarraconensis*, JRA, supl. 62, Portsmouth, 118-132.
- ABASCAL, J. M.; ALMAGRO-GORBEA, M.; CEBRIÁN, R. 2006: «Segobriga: *caput* Celtiberiae and Latin *municipium*», en: ABAD, L.; KEAY, S.; RAMALLO, S. (eds.): *Early Roman Towns in Hispania Tarraconensis*, JRA, supl. 62, Portsmouth, 184-196.
- 2003: *Segobriga. Guía del parque arqueológico*, Madrid.
- 2002: «Segobriga 1989-2000. Topografía de la ciudad y trabajos en el foro», MM, 43, 123-161.
- ABASCAL, J. M.; ALMAGRO-GORBEA, M.; CEBRIÁN, R.; HORTELANO, I. 2008: *Segobriga 2007. Resumen de las intervenciones arqueológicas*, Cuenca.
- ABASCAL, J. M.; ALMAGRO-GORBEA, M.; CEBRIÁN, R.; HORTELANO, I. 2009: *Segobriga 2008. Resumen de las intervenciones arqueológicas*, Cuenca.
- ABASCAL, J. M.; CEBRIÁN, R.; TRUNK, M. 2004: «Epigrafía, arquitectura y decoración arquitectónica del foro de Segobriga», en: RAMALLO, S. (ed.): *La decoración arquitectónica en las ciudades romanas de Occidente (Cartagena, 2003)*, Murcia, 219-244.
- AHRENS, S. 2007: «Überlegungen zu Planung, Bauverlauf und Erfolg der so genannten *nova urbs* von

* Lo extenso del capítulo –y de la documentación arqueológica que lo centra–, así como el carácter general del mismo, justifican, a nuestro juicio, la inclusión de una breve bibliografía selecta y básica sobre Hispania romana –que, en el primer apartado, reúne las obras más importantes publicadas en los últimos años– que añadir a la más extensa, que se cita a propósito de los asuntos que vertebran este trabajo y que se presenta en un segundo apartado de cuya utilidad futura estamos convencidos.

- Italica*», en: PANZRAM, S. (ed.): *Städte im Wandel. Bauliche Inszenierung und literarische Stilisierung lokaler Eliten auf der iberischen Halbinsel*, Hamburgo, 128-147.
- ALARCÃO, J. 1988: *Roman Portugal*, Warminster.
- ALFÖLDY, G. 2004: «Introducción histórica», en: DUPRÉ, X. (ed.): *Colonia Iulia Vrbs Triumphalis Tarraco*, Roma [trad. cat. Tarragona, 2006], 7-14.
- 2000a: «Wann wurde Tarraco römische Kolonie?», en: PACI, G. (ed.): *Epigrafai. Miscellanea Epigrafica in onore di Lidio Gasperini. I*, Macerata, 3-22.
- 2000b: «Das neue Edikt des Augustus aus El Bierzo in Hispanien», *ZPE*, 131, 117-132.
- 1997: *Die Bauinschriften des Aquäduktes von Segovia und des Amphiteaters von Tarraco*, Berlín-Nueva York.
- 1992: «Die Inschrift des Aquäduktes von Segovia. Ein Vorbericht», *ZPE*, 94, 231-248.
- 1981: «Die älteste römische Inschrift der iberischen Halbinsel», *ZPE*, 43, 1-12.
- ALFÖLDY, G.; ABASCAL, J. M.; CEBRIÁN, R. 2003a: «Nuevos monumentos epigráficos del foro de Segobriga (I)», *ZPE*, 143, 255-274.
- 2003b: «Nuevos monumentos epigráficos del foro de Segobriga (II)», *ZPE*, 144, 217-234.
- ÁLVAREZ, A.; DOMÈNECH, A.; LAPUENTE, P.; PITARCH, À.; ROYO, H. 2009: *Marbles and Stones of Hispania*. Catálogo de la exposición celebrada en ocasión del IX ASMOSIA International Conference – Congrès Internacional (Tarragona, 8-14 de juny de 2009), Tarragona.
- ÁLVAREZ, J. M.; NOGALES, T. 2003: *Forum Colomiae Augustae Emeritae*, 2 vols., Mérida.
- AMELA, L. 2002a: *Las clientelas de Cneo Pompeyo Magno en Hispania*, Barcelona.
- 2002b: «Lépido en Hispania», *HAnt*, 26, 35-38.
- ANDREU, J. 2007: «En torno al *ius Latii* flavio. A propósito de una nueva publicación sobre Latinidad», *Faventia*, 29-2, 37-46.
- 2005: «*Edictum, municipium y lex: la prouincia Lusitania* en época flavia (69-96 d.C.)», *Conimbriga*, 44, 69-145.
- 2004: *Edictum, municipium y lex. Hispania en época flavia (69-96 d.C.)*, Oxford.
- AQUILUÉ, X.; DUPRÉ, X.; MASSÓ, J.; RUIZ DE ARBULO, J. 1991: «La cronología de las murallas de Tarraco», *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 1, 271-301.
- ARANEGUI, C. 2006: «From Arse to Saguntum», en: ABAD, L.; KEAY, S.; RAMALLO, S. (eds.): *Early Roman Towns in Hispania Tarraconensis*, *JRA*, supl. 62, Portsmouth, 63-74.
- 2004: *Sagunto. Oppidum, emporio y municipio romano*, Barcelona.
- 2002: «Ob restitutam Saguntum Bello Punico Secundo», en: JIMÉNEZ, J. L.; RIBERA, A. (eds.): *Valencia y las primeras ciudades romanas de Hispania*, Valencia, 245-254.
- ARANEGUI, C. (ed.) 2001: *Lixus: colonia fenicia y ciudad púnico-mauritana. Saguntum*, n.º. extra 4, Valencia.
- ARANEGUI, C.; GÓMEZ BELLARD, C. 2009: «El paisaje de Lixus (Larache, Marruecos) a la luz de las excavaciones recientes», en: GONZÁLEZ ANTÓN, R.; LÓPEZ PARDO, F.; PEÑA ROMO V. (eds.): *Los Fenicios y el Atlántico. IV Coloquio del CEFYP (Santa Cruz de Tenerife, 2004)*, Madrid, 217-229.
- ARANEGUI, C.; MAR, R. 2008: «Lixus: el sector oeste del conjunto monumental», en: BERNAL, D. et al.: *En la orilla africana del Estrecho. Historiografía y proyectos actuales (Cádiz 2008)*, Cádiz 2008, 425-437.
- ARÉVALO, A.; BERNAL, D. 2007: *Las cetariae de Baelo Claudia. Avances de las investigaciones arqueológicas en el barrio meridional 2000-2004*, Sevilla.
- ARÉVALO, A.; BERNAL, D.; TORREMOCHA, A. 2004: *Garam y salazones en el Círculo del Estrecho*, Algeciras.
- ARIÑO, E. 1991: *Catastros romanos en el convento jurídico Caesaraugustano: la región aragonesa*, Zaragoza.
- ARRAYÁS, I. 2005: *Morfología histórica del territorio de Tarraco (siglos III-I a.C.)*, Barcelona.
- ASENSIO, D.; PONS, E.; FUERTES, M. 2007: «La darrella fase d'ocupació al Mas Castellar de Pontòs (Alt Empordà, Girona)», en: PALAHÍ, L.; NOLLA, J. M.; VIVÓ, D. (eds.): *De Kerunta a Gerunda. Els orígens de la ciutat*, Girona, 97-131.
- BADIAN, E. 1997: *Foreign Clientelae (264-70 BC)*, Ámsterdam.
- BANDELLI, G. 2007: «Conziderazioni storiche sull'urbanizzazione cisalpina di età repubblicana (283-89 a.C.)», en: BRECCIAROLI TABORELLI, L. (ed.): *Forme e tempi dell'urbanizzazione nella Cisalpina (II secolo a.C.-I secolo d.C.) (Torino, 2006)*, Florencia, 15-28.
- 2002a: «Aquileia colonia latina», en: JIMÉNEZ, J. L.; RIBERA, A. (eds.): *Valencia y las primeras ciudades romanas de Hispania*, Valencia, 57-69.
- 2002b: «La colonizzazione romana della penisola Iberica da Scipione Africano a Bruto Callaico», en: URSO, P. (ed.): *Hispania terris omnibus felicio. Atti del Convegno Internazionale (Civildale del Friuli, 2001)*, Pisa, 105-142.
- BARANDIARÁN, K.; URTEAGA, M. 2008: «Museo Romano de Oiasso (Irún). Un museo de gestión novedosa y técnicas culturales innovadoras», *Revista de Museología*, 40, 86-98.
- BELAYCHE, N. (dir.) 2006: *Rome, Les Césars et la Ville aux deux premiers siècles de notre ère*, Rennes.
- BELTRÁN FORTES, J. 2008: «La arqueología cesariana de la provincia Hispania Ulterior», en: GARCÍA-BELLIDO, M^a. P.; MOSTALAC, A.; JIMÉNEZ, A. (eds.): *Del Imperium de Pompeyo a la auctoritas de Augusto. Homenaje a Michael Grant*, Anejos de *AespA*, XLVII, Madrid, 41-48.
- BELTRÁN LLORIS, F. 2008: «Les debuts de l'Hispania Citerior: précédents de la régionalisation de l'administration provinciale», en: PISO, I. (ed.): *Die*

- römischen Provinzen. Begriff und Gründung (Cluj-Napoca, 2006)*, Cluj-Napoca, 123-141.
- 2006: «An Irrigation Decree from Roman Spain: The “Lex Rivi Hiberiensis”», *JRS*, 96, 147-197.
 - 1996: *El tercer bronce de Botorrita (Contrebia Belaisca)*, Zaragoza.
 - 1990: «La pietas de Sertorio», *Gerión*, 8, 211-226.
 - 1984: «El año 218 a.C. Problemas en torno al comienzo de la Segunda Guerra Púnica en la península ibérica», en: GONZÁLEZ, A.; Díez, M. (coord.): *Hannibal Pyrenaeum transgreditur. XXII Centenari del pas d'Anníbal pel Pirineu 218 a.J.C.-1982 d.J.C. 5è Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà* (1982), Puigcerdà, 147-171.
- BELTRÁN LLORIS, F.; MOSTALAC, A. 2008: «La Colonia Lepida/Celsa y Salduie: sus testimonios arqueológicos durante el segundo triunvirato y comienzos del Imperio», en: GARCÍA-BELLIDO, M^a. P.; MOSTALAC, A.; JIMÉNEZ, A. (eds.): *Del Imperium de Pompeyo a la auctoritas de Augusto. Homenaje a Michael Grant*, Anejos de *AespA*, XLVII, Madrid, 107-127.
- BELTRÁN LLORIS, M. 1997: *Colonia Celsa. Velilla de Ebro*, Madrid.
- 1990: «El valle medio del Ebro y su monumentalización en época republicana y augustea (antecedentes, Lepida-Celsa y Cesaraugusta)», en: TRILLMICH, W.; ZANKER, P. (eds.): *Stadt und Ideologie. Die Monumentalisierung hispanischer Städte zwischen Republik und Kaiserzeit* (Madrid, 1987), Munich, 183-186.
 - 1985: *Celsa*, Zaragoza.
- BENDALA, M. 2001: «La Carmona bárquida», en: CABALLOS, A. (ed.): *Carmona romana. Actas del II Congreso de Historia de Carmona (Carmona, 1999)*, Carmona, 37-51.
- BENDALA, M.; BLÁNQUEZ, J. 2002-2003: «Arquitectura militar púnico-helenística en Hispania», *CuPA-UAM*, 28-29, 145-159.
- BENDALA, M.; ROLDÁN, L. 2005: «El templo republicano de Carteia (Hispania) y su problemática arqueológica e histórica», en: LAFON, X.; SAURON, G. (eds.): *Théorie et pratique de l'architecture romaine. Études offertes à Pierre Gros*, Aix-en-Provence, 153-166.
- BENDALA, M.; ROLDÁN, L.; BLÁNQUEZ, J. 2002: «Carteia: de ciudad púnica a colonia latina», en: JIMÉNEZ, J. L.; RIBERA, A. (eds.): *Valencia y las primeras ciudades romanas de Hispania*, Valencia, 157-172.
- BERNAL, D.; PÉREZ, J. M. 1999: *Un viaje diacrónico por la historia de Ceuta. Resultados de las intervenciones arqueológicas en el Paseo de Las Palmeras*, Ceuta.
- BERNAL, D.; RAISOUNI, B.; RAMOS, J.; ZOUAK, M.; PARODI, M. eds. 2008: *En la orilla africana del Estrecho. Historiografía y proyectos actuales* (Cádiz 2008), Cádiz.
- BERNI MILLET, P. 2008: *Epigrafía anfórica de la Bética. Nuevas formas de análisis*, Instrumenta 29, UB, Barcelona.
- BLANCO, A. 1977: «Epigrafía en torno al acueducto de Segovia», en: *Segovia y la arqueología romana (Segovia, 1974)*, Segovia, 141-146.
- BLÁZQUEZ, J. M^a.; REMESAL, J. 2001: *Estudios sobre el Monte Testaccio, II*, Barcelona.
- 1999: *Estudios sobre el Monte Testaccio, I*, Barcelona.
- BOATWRIGHT, M. T. 1997: «The Traianeum in Italica (Spain) and the Library of Hadrian in Athens», en: BUITRON-OLIVER, D. (ed.): *The Interpretation of Architectural Sculpture in Greece and Rome. Studies in the History of Art 49. Symposium Papers*, 29, Washington, 193-217.
- BRAVO, M^a J. 2008: *El largo camino de los hispani hacia la ciudadanía*, Madrid.
- BROTONS, F.; RAMALLO, S. 1994: «Un santuario suburbano: La Encarnación de Caravaca (Murcia)», en: *Actes del XIV Congrès Internacional d'Arqueologia Clàssica. La ciutat en el món romà (Tarragona, 1993)*, vol. 2, Tarragona, 74-75.
- BUONOCORE, M. 2007: «Le iscrizioni ad Augusto e alla sua domus nelle città dell'Italia centro-apenninica (regio IV)», en: *Contributi alla epigrafia d'età augustea. Actes della XIIIe Rencontre franco-italienne sur l'épigraphie du monde Romain (Macerata, 2005)* [*Ichnia* 8], Macerata, 31-90.
- BURCH, J. 1995: «El poblat ibèric de Sant Julià de Ramis, noves aportacions», en: AGUSTÍ, B.; BURCH, J.; MERINO, J. (eds.): *Excavacions d'urgència a Sant Julià de Ramis, anys 1991-1993*, Gerona, 85-94.
- BURCH, J. et al. 2001: *Excavacions arqueològiques a la muntanya de Sant Julià de Ramis 1. El sector de l'antiga església parroquial*, Gerona.
- 2000a: «La fi del món ibèric: l'exemple de l'oppidum de la muntanya de Sant Julià de Ramis», en: BUXÓ, R.; PONS, E. (dirs.): *L'habitat protohistòric a Catalunya. Rosselló i Lluenguadoc Occidental. Actualitat de l'arqueologia de l'Edat del Ferro*, Gerona, 135-136.
 - 2000b: «La fundació de Gerunda. Dades noves sobre un procés complex de reorganització del territori», *Empúries*, 52, 11-29.
- BURNETT, A.; AMANDRY, M.; RIPOLLÈS, P. P. 1992: *Roman Provincial Coinage*, Londres-París.
- CABALLOS, A. en prensa: «Les colonies romanes de Bétique: migrations, integration, vertebration», en: *XV Rencontre franco-italienne d'épigraphie du monde romain (Paris, 2008)*, París, s. pp.
- 2006: *El nuevo bronce de Osuna y la política colonizadora romana*, Sevilla.
 - 2002: «El senadoconsulto de Gneo Pisón padre», en: RODÀ, I. (ed.): *Scripta Manent*, Barcelona, 78-109 y 304-306.
 - 1990: *Los senadores hispanorromanos y la romanización de Hispania*, Écija.
- CABALLOS, A.; ECK, W.; FERNÁNDEZ, F. 1996a: *El senadoconsulto de Gneo Pisón padre*, Sevilla.

- 1996b: *Das senatus consultum de Cn. Pisone patre*, Munich.
- CABALLOS, A.; LEÓN, M^a. P. (eds.) 1997: *Actas de las Jornadas del 2.200 aniversario de la fundación de Itálica (Sevilla, 1994)*, Sevilla.
- CADIOU, F. en prensa: «Les colonies de l'Hispanie republicaine: le dossier de Valence», en: *XV Reencontre franco-italienne d'épigraphie du monde romain (Paris, 2008)*, París, s. pp.
- 2008: *Hibera in terra miles. Les armées romaines et la conquête d'Hispanie sous la république (218-45 av.J.-C.)*, Madrid.
- CARDON, E. 2004: «Le patronat municipal en Bétique et en Tarraconaise sous les premiers Julio-Claudiens. Un exemple de loyalisme dynastique», en: ANDRÉ, J. M. (ed.): *Hispanité et romanité*, Madrid, 43-47.
- CASTELLVÍ, G. et al. (dirs.) 1997: *Voies romaines du Rhône à l'Èbre: via Domitia et via Augusta*, DAF, 61, París.
- CASTELLVÍ, G.; NOLLA, J. M.; RODÀ, I. (eds.) 2008: «Le trophée de Pompée dans les Pyrénées (71 av.J.-C.)», *Galia*, 58, París.
- CERDÀ, A. et al. 1994: «*Iluro, oppidum civium Romanorum*: estado de la cuestión», en: *Actes del XIV Congrés Internacional d'Arqueologia Clàssica. La ciutat en el món romà (Tarragona, 1993)*, vol. 2, Tarragona, 97-99.
- CHASSEIGNE, L. et al. 2007: «*Labitolosa* and other Roman towns on the South side of the Pyrenees», en: ABAD, L.; KEAY, S.; RAMALLO, S. (eds.): *Early Roman Towns in Hispania Tarraconensis*, *JRA*, suppl. 62, Portsmouth, 213-222.
- CHOREN, J.; MERCADO, M.; RODRIGO, E. 2007: «El jaciment de Can Tacó: un assentament de caràcter excepcional al Vallès Oriental», en: *Ponències. Anuari del Centre d'Estudis de Granollers 2006*, Granollers, 57-76.
- CHRISTOL, M. 1999: «La municipalisation de la Gaule Narbonnaise», en: DONDIN-PAYRE, M.; RAEPSAET-CHARLIER, M. T. (eds.): *Cités, municipes, colonies. Les processus de municipalisation en Gaule et en Germanie sous le Haut Empire romain*, París, 1-27.
- CHRISTOL, M.; DARDE, D. (dir.) 2009: *L'expression du pouvoir au début de l'Empire: Autour de la Maison Carrée à Nîmes*, París.
- COARELLI, F. (ed.) 2009: *Divus Vespasianus: Il bimillenario dei Flavi*, Milán.
- COMAS, M. et al. 1994: «Un espai d'ús públic a l'àrea central de *Baetulo* (Hispania Tarraconensis). Evolució històrica i transformacions urbanístiques», en: *Actes del XIV Congrés Internacional d'Arqueologia Clàssica. La ciutat en el món romà (Tarragona, 1993)*, vol. 2, Tarragona, 110-112.
- COSTABILE, F.; LICANDRO, O. 2000: *Tessera Paemeiobrigensis. Un nuovo editto di Augusto dalla Transduriana Provincia e l'imperium proconsulare del Princeps*, Roma.
- CORZO, R. 2002: «La fundación de Itálica y su desarrollo urbanístico», en: JIMÉNEZ, J. L.; RIBERA, A. (eds.): *Valencia y las primeras ciudades romanas de Hispania*, Valencia, 123-135.
- CRINITI, N. 1970: *L'epigrafe di Asculum di Gn. Pompeo Strabone*, Milán.
- DE BLAS, M. A.; VILLA, A. 2002: *Los poblados fortificados del noroeste de la península ibérica. Formación y desarrollo de la cultura castreña. Homenaje a J. M. González y Fernández Vallés. Coloquios de Arqueología de la cuenca del Navia*, Navia.
- DÍAZ ARIÑO, B.: 2008a: «Las murallas romanas de Cartagena en la segunda mitad del siglo I a.C.», *Zephyrus*, LXI, 225-234.
- 2008b: «Un *quaestor pro praetore* republicano en *Carthago Nova*», *Journal of Roman Archaeology*, 21/1, 255-263.
- 2008c: *Epigrafía latina republicana de Hispania*, Barcelona.
- DOMERGUE, C. 1998: «A View of *Baetica's* external commerce in the 1st c. AD based on its traded in metals», en: KEAY, S. (ed.): *The Archaeology of Early Roman Baetica*, *JRA*, suppl. 29, Portsmouth, 201-215.
- 1990: *Les mines de la Péninsule Ibérique dans l'Antiquité romaine*, Roma.
- 1987: *Catalogue des mines et des fonderies antiques de la Péninsule Ibérique*, Madrid.
- DOMERGUE, C.; MARTIN, T. 1977: *Minas de oro de la provincia de León, II*, Madrid.
- DOMERGUE, C.; SILLIÈRES, P. 1977: *Minas de oro de la provincia de León, I*, Madrid.
- DUPRÉ, X. 2004a: *Córdoba. Colonia Patricia Corduba*, Roma.
- 2004b: *Mérida. Colonia Augusta Emerita*, Roma.
- 1994: *L'arc romà de Berà*, Barcelona.
- DURÁN, M.; MESTRES, I. 2008: «El Camp de Les Lloses (Tona, Osona)», *Monografies del Montseny*, 23, 197-209.
- DURÁN, M.; MESTRES, I.; PRINCIPAL, J. (coords.) 2008: *Les col·leccions de l'exposició permanent del Camp de Les Lloses. Tona*, Barcelona.
- ECK, W. 1997a: «Fünf Ehreninschriften auf Bronze aus Spanien», *Chiron*, 27, 200-204.
- 1997b: «*Italica*, die Bätischen Städte und Ihr Beitrag Zur Römischen Reichsaristokratie», en: CABALLOS, A.; LEÓN, M^a. P.: *Actas de las Jornadas del 2200 Aniversario de la fundación de Itálica (Sevilla, 1994)*, Sevilla, 65-86.
- ÉTIENNE, R. 1958: *Le culte impérial dans la Péninsule Ibérique d'Auguste à Diocletien*, París [reimpr. 1974].
- ÉTIENNE, R.; MAYET, F. 2002: *Salaisons et Sauces de poisson hispaniques*, París.

- FERNÁNDEZ, C. (ed.) 2008: *Metalisteria de la Hispania romana*, Sautuola, XIII, Santander.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F.; AMO, M. DEL 1990: *La lex Irnitana y su contexto arqueológico*, Sevilla.
- FERNÁNDEZ MIRANDA, M.; FERNÁNDEZ OCHOA, C. 1995: *Astures, pueblos y culturas en la frontera del Imperio romano*, Gijón.
- FERNÁNDEZ OCHOA, C. et al. 2002: *Arqueominería del sector central de Sierra Morena. Introducción al estudio del área Sisaponense*, Anejos de *AEArq.*, 26, Madrid.
- FERNÁNDEZ OCHOA, C.; MORILLO, Á 2002: «El convento Araugustano y las aras Sestianas: reflexiones sobre la primera organización administrativa del noroeste hispánico», *Latomus*, 61-4, 889-910.
- 1994: *De Brigantium a Oiasso. Una aproximación al estudio de los enclaves cantábricos en época romana*, Madrid.
- FERNÁNDEZ OCHOA, C.; MORILLO, Á.; VILLA, A. 2005: «La torre de Augusto en la Campa Torres (Gijón, Asturias). Las antiguas excavaciones y el epígrafe de Calpurnio Pisón», *AEspA*, 78, 129-146.
- FERNÁNDEZ URIEL, P.; PALOP, I. 2000: *Nerón: la imagen deformada*, Madrid.
- FERREIRO, M. 2003: «Rebelión de la Hispania Vltior entre los años 48 y 46 a.C. (comentario a las fuentes de información y establecimiento de una cronología verosímil)», en: *Actas del III Congreso de Historia de Andalucía. Historia Antigua (Córdoba, 2001)*, Córdoba, 235-247.
- FERRERUELA, A.; MÍNGUEZ, J. A. 2002: «La Cabañeta (El Burgo de Ebro, Zaragoza)», en: JIMÉNEZ, J. L.; RIBERA, A. (eds.): *Valencia y las primeras ciudades romanas de Hispania*, Valencia, 205-214.
- FISHWICK, D. 2002-2005: *The Imperial Cult in the Latin West*, Vol. III, 1-4, Leiden.
- 1991-1992: *The Imperial Cult in the Latin West*. Vol. II, 1-2, Leiden.
- 1987: *The Imperial Cult in the Latin West*. Vol. I, 1-2, Leiden.
- FIZ, I.; MACIAS, J. M. 2007: «Forma Tarraconis: una descubierta en evolució», en: VV. AA.: *Planimetria arqueològica de Tarraco*, Documenta 5, ICAC, Tarragona, 25-40.
- FRASCHETTI, A. (ed.) 2000: *La commemorazione di Germanico nella documentazione epigrafica: Tabula Hebana e Tabula Siarensis*, Roma.
- GALSTERER, H. 1988: «Municipium Flavium Irnitana: a Latin Town in Spain», *JRS*, 78, 78-90.
- GARCÍA, J.; MARTÍN, A.; CELA, X. 2000: «Nuevas aportaciones sobre la romanización en el territorio de Iluro (Hispania Tarraconensis)», *Empúries*, 52, 31-53.
- GARCÉS, I.; ROVIRA, M. C. 1996-1997: *Indibil i Mandoni. Reis i guerrers*, Lérida.
- GARCÍA-BELLIDO, M^a. P. (coord.) 2006: *Los campamentos romanos en Hispania (27 a.C.-192 d.C.)*. El abastecimiento de moneda, Anejos de *Gladius*, 9, Madrid.
- GARCÍA-BELLIDO, M^a. P.; MOSTALAC, A.; JIMÉNEZ, A. (eds.) 2008: *Del Imperium de Pompeyo a la auctoritas de Augusto. Homenaje a Michael Grant*, Anejos de *AespA*, XLVII, Madrid.
- GARCÍA MORA, F. 1991: *Un episodio de la Hispania republicana: la guerra de Sertorio*, Granada.
- GARZETTI, A. 1970: «Legio VII Hisp(ana)», en: VV. AA.: *Legio VII Gemina (León, 1968)*, León, 331-336.
- GARRIDO, A.; MAR, R.; MARTINS, M. 1998: *A fonte do Idolo. Analise, interpretação e reconstituição do santuario*, Braga.
- GISBERT, J. A. 1998: «Ànfores i vi al territorium de Dianium (Dènia). Dades per a la sistematizació de la producció anforal al País Valencià», en: *Actes del 2on Col·loqui Internacional d'Arqueologia romana. El vi a l'Antiguitat. Economia, producció i comerç al Mediterrani occidental (Badalona, 1998)*, Badalona, 385-388.
- GÓMEZ-PANTOJA, J. L. 2008: «Historia romana: de Escipión a los visigodos», en: SÁNCHEZ-MORENO, E. (coord.): *Protohistoria y antigüedad de la península ibérica, II. La Iberia prerromana y la Romanidad*, Madrid, 283-623.
- GONZÁLEZ, J. 2008: *Epigrafía jurídica de la Bética, Roma*.
- 2001: «*Ius Latii* y *lex Flavia municipalis*», en: CRUZ, G.; RAMOS, V. (coords.): *Las leyes municipales en Hispania en el 150 aniversario del descubrimiento de la lex Flavia municipalis*, *Mai-nake*, 23, Málaga, 121-135.
- 2000: *Trajano, emperador de Roma*, Sevilla.
- 1999: *Ciudades privilegiadas en el Occidente romano*, Sevilla.
- 1986: «The *Lex Irnitana*: a new Flavian municipal law», *JRS*, 76, 147-243.
- GONZÁLEZ, J.; ARCE, J. 1988: *Estudios sobre la tabula Siarensis*, Anejos de *AEspA*, 9, Madrid.
- GRAU, I. 2002: *La organización del territorio en el área central de la Contestania ibérica*, Alicante.
- GRAU, L.; HOYAS, J. L. (eds.) 2001: *El bronce de Bembibre. Un edicto del emperador Augusto*, León.
- GROS, P. 2008: *La Gaule Narbonnaise. De la conquête romaine au III^e siècle apr. J.-C.*, París.
- GRÜNER, A. 2005: «Die Altäre des L. Sextius Quirinalis bei Kap Finisterra. Zur geopolitischen Konstruktion des römischen Herrschaftsraum», *MM*, 46, 247-266.
- GRÜNHAGEN, W. 1976: «Bemerkungen zum Minerva-Relief in der Stadtmauer von Tarragona», *MM*, 17, 209-225.
- GUITART, J. (dir.) 2008: *L'arqueologia i els orígens de les ciutats romanes de Catalunya*, Barcelona.
- 2006: *Iesso-Guisona. La descubierta d'una ciutat romana*, Lérida.

- GUIART, J. *et al.* 1996: «Noticia preliminar y sobre una inscripción ibérica encontrada en Guissona (Lleida)», en: *La Hispania prerromana. Acta Sal-manticensia* 262, Salamanca, 163-170.
- GUIART, J.; MERCADO, M.; PALET, J. M.; RODRIGO, E. 2006a: «El *castellum* de Can Tacó/Turó d'en Roïna (Montmeló-Montornès) i la romanització de la Laietània interior. Cap a un estudi arqueològic del jaciment i del territori», *Notes*, 21, 241-266.
- 2006b: «Can Tacó: un recinte fortificat d'època republicana», *Cota Zero*, 21, 23-26.
- GUIART, J.; PADRÓS, P. 1990: «Baetulo. Cronología y significación de sus monumentos», en: TRILLMICH, W.; ZANKER, P. (eds.): *Stadtbild und Ideologie. Die Monumentalisierung hispanischer Städte zwischen Republik und Kaiserzeit* (Madrid, 1987), Munich, 165-177.
- GUIART, J.; PADRÓS, P.; FONOLLÀ, A. 1994: «Aproximació a l'esquema urbanístic fundacional de la ciutat romana de Baetulo (Badalona)», en: *Actes del XIV Congrés Internacional d'Arqueologia Clàssica. La ciutat en el món romà (Tarragona, 1993)*, vol. 2, Tarragona 188-191.
- GUIART, J.; PERA, J. 1994: «La ciutat romana de Iessop (Guissona, La Segarra)», en: *Actes del XIV Congrés Internacional d'Arqueologia Clàssica. La ciutat en el món romà (Tarragona, 1993)*, vol. 2, Tarragona, 186-187.
- HAUSCHILD, TH. 2006: «Die römischen Tore des 2. Jhs. V. Chr. in der Stadtmauer von Tarragona», en: *Stadttore Bautyp und Kunstform. Puertas de ciudades. Tipo arquitectónico y forma artística* (Toledo, 2003), Maguncia, 153-171.
- 1995-1996: «Tarraco, Hauptstadt der Provinz Hispania Citerior», *Nürnberger Blätter zur Archäologie*, 12, 75-84.
- 1988: «Excavaciones en la muralla romana de Tarragona», *Butlletí Arqueològic*, V, n.º 6-7, 11-38.
- HERNÁNDEZ VERA, J. A. 2002: «La fundación de *Gracurris*», en: JIMÉNEZ, J. L.; RIBERA, A. (eds.): *Valencia y las primeras ciudades romanas de Hispania*, Valencia, 173-182.
- IGLESIAS, J. M.; MUÑIZ, J. A. 1999: *Cántabros. La génesis de un pueblo*, Santander.
- JIMÉNEZ, A. 1989: *La Puerta de Sevilla en Carmona*, Sevilla.
- JUSTE, M. N. 2000: «Bolskan-Osca, ciudad iberorromana», *Empúries*, 52, 87-106.
- KNAPP, R. 1983: *Roman Corduba*, Berkeley-Los Angeles.
- 1977: *Aspects of the Roman experience in Iberia 206-100 BC*, Valladolid-Vitoria.
- KOPPEL, E. M^a. 2000: «Informe preliminar sobre la decoración escultórica de la villa romana de "Els Munts" (Altafulla, Tarragona)», *MM*, 41, 382-383.
- 1990: «Relieves arquitectónicos de Tarragona», en: TRILLMICH, W.; ZANKER, P. (eds.): *Stadtbild und Ideologie. Die Monumentalisierung hispanischer Städte zwischen Republik und Kaiserzeit* (Madrid, 1987), Munich, 332-339.
- 1985: *Die Römischen Skulpturen von Tarraco*, Berlín.
- LAFFI, U. 2002: «La colonización romana desde el final de la guerra de Aníbal a los Gracos», en: JIMÉNEZ, J. L.; RIBERA, A. (eds.): *Valencia y las primeras ciudades romanas de Hispania*, Valencia, 19-26.
- LAGÓSTENA, L. 2001: *La producción de salsas y conservas de pescado en la Hispania romana (II a. C. - VII d. C.)*, Instrumenta 11, Barcelona.
- LAGÓSTENA, L.; BERNAL, D.; ARÉVALO, D. (eds.) 2007: *Cetariae. Salsas y salazones en Occidente en la Antigüedad*, Oxford.
- LAMBOGLIA, N. 1974: «Il problema delle mura e delle origini di Tarragona», en: *Miscelánea Arqueológica. XXV Aniversario de los cursos de Ampurias (1947-1971)*, I, Barcelona, 397-405.
- LE ROUX, P. 2006: «L'Vrbs, les provinces et l'Empire de César à la mort de Commode. Autour de la notion capitale», en: BELAYCHE, N. (dir.): *Rome, Les Césars et la Ville aux deux premiers siècles de notre ère*, Rennes, 231-266.
- 1982: *L'armée romaine et l'organisation des provinces ibériques d'Auguste à l'invasion de 409*, París.
- LEÓN, M^a. P. 1996: «Hacia una nueva visión de la Córdoba romana», en: LEÓN, M^a. P. (ed.): *Colonia Patricia Corduba. Una reflexión arqueológica (Córdoba, 1993)*, Córdoba, 20-22.
- 1988: *Traianeum de Italica*, Sevilla.
- LÓPEZ MULLOR, A. 2002: «Arqueología y restauración: el *oppidum* del Turó del Montgròs (El Brull, Barcelona)», en: GONZÁLEZ, A.; Díez, M. (coords.): *I Biennal de la Restauració Monumental (L'Hospitalet del Llobregat, 2000)*, L'Hospitalet del Llobregat, 53-65.
- LÓPEZ SÁNCHEZ, F. 2001-2002: «La afirmación soberana de Calígula-Claudio y el fin de las acuñaciones ciudadanas en Occidente», *Salduie*, 2, 213-235.
- LOSTAL, J. 1992: *Los miliarios de la provincia Tarracense*, Zaragoza.
- MAR, R.; RUIZ DE ARBULO, J. 1993: *Ampurias romana. Historia, arquitectura y arqueología*, Sabadell.
- MARCO, F.; RODÀ, I. 2008: «Sobre una de *defixio* de Sisak (Croacia) al dios Savus con mención del hispano L. Licinius Sura», *MHNH*, 8, 105-132.
- MARIN, E.; RODÀ, I. (eds.) 2004: *Divo Augusto. El descubrimiento de un templo romano en Croacia*, Split.
- MARIN, E.; CLARIDGE, A.; KOLEGA, M.; RODÀ, I. 2007-2008: «Le cinque sculture inedite (nn. 5, 9-12): Giulia(?), Lucio e Caio Cesare, Germanico, Druso e le ultime frammentarie dell'*Augusteum* di Naron», *Rendiconti. Atti della Pontificia Accademia Romana di Archeologia*, 80, 341-392.

- 2007: «Le due sculture inedite (nn. 3-4) dell'Augusteum di Narona: Ottavia e Antonia minor?», *Rendiconti. Atti della Pontificia Accademia Romana di Archeologia*, 79, 177-203.
- MÁRQUEZ, C.; VENTURA, A. (coord.) 2006: *Jornadas sobre teatros romanos en Hispania* (Córdoba, 2002), Córdoba.
- MARTÍN, A. 2007: «La ciutat ibèrica d'Ullastret: dels orígens a la Romanització», en: PALAHÍ, L.; NOLLA, J. M.; VIVÓ, D. (eds.): *De Kerunta a Gerunda. Els orígens de la ciutat*, Gerona, 71-96.
- 2000: «Las termas republicanas de Cabrera de Mar (Maresme, Barcelona)», en: FERNÁNDEZ OCHOA, C.; GARCÍA-ENTERO, V. (eds.): *Termas romanas en el Occidente del Imperio. II Coloquio Internacional de Arqueología de Gijón* (Gijón, 1999), Gijón, 157-162.
- MARTÍN, A.; GARCÍA, J. 2002: «La romanización del territorio de los layetanos y la fundación de la ciudad romana de Ilutro (*Hispania Tarraconensis*)», en: JIMÉNEZ, J. L.; RIBERA, A. (eds.): *Valencia y las primeras ciudades romanas de Hispania*, Valencia, 199-204.
- MARTÍN, A.; BUXÓ, R.; LÓPEZ, J. B.; MATARÓ, M. (dirs.) 1999: *Excavacions arqueològiques a l'Illa d'en Reixac* (1987-1992), Gerona.
- MARTÍN, A.; PLANA, R. (dirs.) 2001: *Territori polític i territori rural durant l'Edat del Ferro a la Mediterrània Occidental. Actes de la Taula Rodona* (Ullastret, 2000), Gerona.
- MARTÍN-BUENO, M. 1993: «La ciudad hispanorromana en el valle del Ebro», en: BENDALA, M. (comis.): *La ciudad hispanorromana*, Barcelona, 108-127.
- MARTÍN-BUENO, M.; NÚÑEZ MARCÉN, J.; SÁENZ PRECIADO, J. C. 2006: «El teatro de Bilibis», en: MÁRQUEZ, C.; VENTURA, A. (coord.): *Jornadas sobre teatros romanos en Hispania* (Córdoba, 2002), Córdoba, 223-265.
- MARTÍNEZ GÁZQUEZ, J. 1992: *La campaña de Catón en Hispania*, Barcelona.
- MARTINS, M. 2006: «Bracara Augusta. A Roman town in the Atlantic area», en: ABAD, L.; KEAY, S.; RAMALLO, S. (eds.): *Early Roman Towns in Hispania Tarraconensis*, *JRA*, suppl. 62, Portsmouth, 213-222.
- MASELLI, F.; MANDRUZZATO, L.; TIUSSI, C. 2007: «Primo impianto colonario di Aquileia: l'aerea tra foro e macellum», en: BRECCIAROLI TABORELLI, L. (ed.): *Forme e tempi dell'urbanizzazione nella Cisalpina (II secolo a.C.-I secolo d.C.)* (Torino, 2006), Florencia, 35-40.
- MATEOS, P. (ed.) 2006: *El «foro provincial» de Augusta Emerita: un conjunto monumental de culto imperial*. Anejos de *AEspA* XLII, Madrid.
- MATTEI, M. 2001: «Decreto de Gneo Pompeyo Estrabón», en: RODÀ, I. (ed.): *Tarraco, puerta de Roma*, Barcelona, 71.
- MAYER, M.; RODÀ, I. 1998: «Claudio e Hispania», en: BURNAND, Y.; LE BOHEC, Y.; MARTIN, J. P. (eds.): *Claude de Lyon, empereur Romain* (Paris-Nancy-Lyon, 1992), París, 243-254.
- MEDEROS, A.; ESCRIBANO, G. 2005: «El comercio de sal, salazones y garum en el litoral atlántico norteafricano», *Empúries*, 54, 231-246.
- MELCHOR, E. 1994: *El mecenazgo cívico en la Bética. La contribución de los evergetas en la vida municipal*, Córdoba.
- MELCHOR, E.; MINGOIA, V. 2004: «Evergetismo relativo agli edifici da spettacolo romani. Una rassegna di testi epigrafici della Baetica», *Romula*, 3, 219-238.
- MELCHOR, E.; MELLADO, J.; RODRÍGUEZ NEILA, J. F. 2005: *Julio César y Corduba: tiempo y espacio en la campaña de Munda (49-45 a.C.)* (Córdoba 2003), Córdoba.
- MERCADO, M.; RODRIGO, M^a. E.; FLÓREZ, M.; PALET, J. M.; GUITART, J. 2008: «El castellum de Can Tacó/Turó d'en Roïna (Montmeló-Montornès del Vallès, Vallès Oriental) i el seu entorn territorial», en: *Tri-buna d'Arqueologia 2007*, Barcelona, 195-211.
- MOLINA, J. A.; VALDIVIESO, A. 2007: «Aportaciones sobre la evolución de las murallas de la Córdoba romana a partir de los datos arqueológicos», *Romula*, 6, 29-50.
- MOLIST, N. 2000: «L'oppidum cossetà d'Olèrdola. L'etapa ibèrica d'un assentament d'ocupació continuada», en: BUXÓ, R.; PONS, E. (dirs.): *L'hàbitat protohistòric a Catalunya. Rosselló i Lluçanès Occidental. Actualitat de l'arqueologia de l'Edat del Ferro*, Gerona, 91-106.
- MONTERROSO, A. 2004: «La influencia de los teatros de Roma en la Provincia Baetica. El teatro augusteo de Córdoba», en: BURRI, R.; DELACRÉTAZ, A.; MONNIER, J.; NOBILI, M. (eds.): *Ad limina II*, Alejandría, 279-297.
- MORALES, E. M^a. 2003: *La municipalización flavia de la Bética*, Granada.
- MORET, P. 2003: «Fortifications ibériques tardives et défense du territoire en Hispanie Citerieure», en: MORILLO, Á.; CADIOU, F.; HOURCADE, D. (eds.): *Defensa y territorio en Hispania de los Escipiones a Augusto*, Madrid, 167-168.
- 2002-2003: «Los monarcas ibéricos en Polibio y Tito Livio», *CuPAUAM*, 28-29, 23-33.
- 1996: *Les fortifications ibériques de la fin de l'âge du bronze à la conquête romaine*, París.
- MORILLO, Á. 2007: *El ejército romano en Hispania. Guía arqueológica*, León.
- 2007 (ed.): *El ejército romano en Hispania. Guía arqueológica*, León.
- 2006: *Arqueología militar romana en Hispania. II*, León 2004.
- 2002: *Arqueología militar romana en Hispania. I*, Segovia, 1998.
- MORILLO, Á.; AURRECOECHEA, J. (eds.) 2006: *The Roman Army in Hispania. An archaeological guide*, León.

- MORILLO, Á.; CADIOU, F.; HOURCADE, D. (eds.) 2003: *Defensa y territorio en Hispania de los Escipiones a Augusto*, Madrid.
- MOSTALAC, A.; BELTRÁN LLORIS, M. 1994: *Colonia Victrix Iulia Lepida Celsa (Velilla de Ebro. Zaragoza). II. Estratigrafía, pintura y cornisas de la «Casa de los Delfines»*, Zaragoza.
- MURILLO, J. F. 1994: «Corduba: de la ciudad indígena a la romana», en: *Actes del XIV Congrés Internacional d'Arqueologia Clàssica. La ciutat en el món romà (Tarragona, 1993)*, vol. 2, Tarragona, 303-304.
- MURILLO, J. F.; JIMÉNEZ, J. L. 2002: «Nuevas evidencias sobre la fundación de Corduba y su primera imagen urbana», en: JIMÉNEZ, J. L.; RIBERA, A. (eds.): *Valencia y las primeras ciudades romanas de Hispania*, Valencia, 183-193.
- MURILLO, J. F.; VAQUERIZO, D. 1996: «La Corduba prerromana», en: LEÓN, M^a. P. (ed.): *Colonia Patricia Corduba. Una reflexió arqueològica (Córdoba, 1993)*, Córdoba, 37-47.
- NAVARRO, M.; DEMOUGIN, S. 2001: *Élites Hispaniques*, Burdeos.
- NICOLÁS, J. C.; RODÀ, I. 2007: «Un nuevo lingote de plomo con la marca Agrip», en: *XII Congressus Internationalis Epigraphiae Graecae et Latinae (Barcelona, 2002)*, vol. II, Barcelona, 1017-1020.
- NIVEAU DE VILLEDARY, A. M^a. 2008: «Estado de la cuestión y nuevas perspectivas de la arqueología púnica en la península ibérica: el caso de la bahía de Cádiz», en: VITA, J. P.; ZAMORA, J. Á. (eds.): *Nuevas perspectivas II: La Arqueología fenicia y púnica en la península ibérica. Cuadernos de Arqueología Mediterránea*, 18, Madrid, 81-127.
- NOGALES, T. 2004: «La escultura», en: DUPRÉ, X. (ed.): *Mérida. Colonia Augusta Emerita*, Roma.
- NOGALES, T.; GONZÁLEZ, J. 2007: *Culto imperial: política y poder*, Roma.
- NOGUERA, J. en prensa: «Los campamentos romanos de época republicana en el curso inferior del río Ebro», en: *XX International Congress of Roman Frontier Studies (León, 2006)*, León, s. pp.
- 2008: «Los inicios de la conquista romana de Iberia: los campamentos de la campaña del curso inferior del río Ebro», *AEspA*, 81, 31-48.
- NOGUERA, J.; TARRADELL-FONT, N. en prensa: «Noticia sobre las monedas del campamento romano de la Segunda Guerra Púnica de La Palma (L'Aldea, Tarragona)», en: *XII Congreso Nacional de Numismática (Cádiz, 2007)*, Cádiz, s. pp.
- NOGUERA, J. M. 2005: «La escultura hispanorromana en piedra de época republicana», en: ABAD, L. (ed.): *De Iberia in Hispaniam. La adaptación de las sociedades ibéricas a los modelos romanos*, Alicante, 151-207.
- NOGUERA, J. M.; RODRÍGUEZ OLIVA, P. 2008: «Sculptura hispánica in epoca republicana: note su generi, iconografía e cronología», en: UROZ, J.; NOGUERA, J. M.; COARELLI, F. (eds.): *Iberia e Italia: modelos romanos de integración territorial (Murcia, 2006)*, Murcia, 377-452.
- NOLLA, J. M. 2007: «Kerunta: l'oppidum de Sant Julià de Ramis», en: PALAHÍ, L.; NOLLA, J. M.; VIVÓ, D. (eds.): *De Kerunta a Gerunda. Els orígens de la ciutat*, Girona, 213-234.
- 2006: «The integration of NE Iberian communities and consolidation of the urban phenomenon», en: ABAD, L.; KEAY, S.; RAMALLO, S. (eds.): *Early Roman Towns in Hispania Tarraconensis*, *JRA*, supl. 62, Portsmouth, 44-50.
- 2001: «El lloc de la ciutat», *Annals de l'Institut d'Estudis Gironins*, 42, 151-152.
- 1987: *Girona romana. De la fundació a la fi del món antic*, Girona.
- NOLLA, J. M.; PALAHÍ, L. 2007: «La fundació de Gerunda», en: PALAHÍ, L.; NOLLA, J. M.; VIVÓ, D. (eds.): *De Kerunta a Gerunda. Els orígens de la ciutat*, Girona, 213-234.
- NOLLA, J. M.; SANMARTÍ, E. 1984: «Algunes consideracions entorn de la romanització al NE de Catalunya», en: GONZÁLEZ, A.; Díez, M. (coord.): *Hannibal Pyrenaeum transgreditur. XXII Centenari del pas d'Annibal pel Pirineu 218 a.J.C.-1982 d.J.C. 5è Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà (1982)*, Puigcerdà, 13-27.
- ÑACO DEL HOYO, T. 2003: *Vectigal Incertum. Economía de guerra y fiscalidad republicana en el occidente romano: su impacto histórico en el territorio (218-133 a.C.)*, *BAR Int. Ser.* 1158, Oxford.
- OLCINA, M. 2006: «Lucentum: origin and evolution of a Roman municipium in the Sinus Illicitanus», en: ABAD, L.; KEAY, S.; RAMALLO, S. (eds.): *Early Roman Towns in Hispania Tarraconensis*, *JRA*, supl. 62, Portsmouth, 105-118.
- 2005: «Lucentum. Una ciudad romana de la Hispania Citerior», en: RASCÓN, S.; SÁNCHEZ, A. L. (eds.): *Civilización*, Madrid, 77-85.
- 2002: «Lucentum», en: JIMÉNEZ, J. L.; RIBERA, A. (eds.): *Valencia y las primeras ciudades romanas de Hispania*, Valencia, 255-266.
- 1998: *La ciudad ibero-romana de Lucentum (El Tossal de Manises, Alicante). Introducción a la investigación del yacimiento y su recuperación como espacio público*, Alicante.
- 1994: «Investigaciones en El Tossal de Manises (Alacant)», en: *Actes del XIV Congrés Internacional d'Arqueologia Clàssica. La ciutat en el món romà (Tarragona, 1993)*, vol. 2, Tarragona, 314-315.
- OLESTI, O. 2000: «Integració i transformació de les comunitats ibèriques del Maresme durant el s. II-I a.C: un model de romanització per a la Catalunya litoral y prelitoral», *Empúries*, 52, 55-86.

- 1995: *El territori del Maresme en època republicana* (ss. III-I a.C.): estudi d'Arqueomorfologia i Història, Mataró.
- 1994: «Les actuaciones pompeianes a Catalunya: reorganització del territori i fundació de noves ciutats», en: *Actes del XIV Congrés Internacional d'Arqueologia Clàssica. La ciutat en el món romà* (Tarragona, 1993), vol. 2, Tarragona, 316-317.
- ORFILA, M. (dir.) 2005: *El món romà a les Illes Balears*, Palma de Mallorca.
- 2000: *El forum de Pollentia. Memòria de les campanyes d'excavació realitzades entre els anys 1996 i 1999*, Alcúdia.
- ORFILA, M.; CAU, M. A.; CHÁVEZ, M^a. E. 2008: «Pollentia y las Baleares en época republicana», en: UROZ, J.; NOGUERA, J. M.; COARELLI, F. (eds.): *Iberia e Italia: modelos romanos de integración territorial* (Murcia, 2006), Murcia, 43-66.
- ORFILA, M.; CHÁVEZ, M^a. E.; CAU, M. A. 2006: «Pollentia and the Balearic Islands», en: ABAD, L.; KEAY, S.; RAMALLO, S. (eds.): *Early Roman Towns in Hispania Tarraconensis*, JRA, supl. 62, Portsmouth, 133-145.
- ORFILA, M.; CHÁVEZ, M^a. E.; MERINO, J.; ARANEGUI, C. 2006: *Historia de las Baleares, 4. Las Baleares en época romana y tardoantigua*, Palma de Mallorca.
- ORS, Á. D' 1986: *La ley flavia municipal (texto y comentario)*, Roma.
- ORTIZ DE URBINA, E.; SANTOS, J. (eds.) 1996: *Teoría y práctica del ordenamiento municipal en Hispania. Revisiones de Historia Antigua II* (Vitoria-Gasteiz, 1993), Vitoria.
- OTIÑA, P.; RUIZ DE ARBULO, J. 2000: «De Cese a Tàrraco. Evidencias y reflexiones sobre la Tarragona ibérica y su proceso de romanización», *Empúries*, 52, 107-136.
- OZCÁRIZ, P. 2006: *Los conventus de la Hispania Citerior*, Madrid.
- PAGLIANI, M. L. 1991: *Piacenza. Forma e urbanística*, Roma.
- PALET, J. et al. 2007: «Formes d'ocupació d'alta muntanya a la vall de la Vansa (Serra del Cadí, Alt Urgell) i a la vall del Madriu-Perafita-Claror (Andorra): estudi diacrònic de paisatges culturals pirinencs», *Tribuna d'Arqueologia* 2006, Barcelona, 201-225.
- PALOL, P. DE 1991a: «Clunia Sulpicia, ciudad romana. Su historia y su presente», en: *Clunia 0. Studia Varia Cluniensia*, Valladolid, 15-17.
- 1991b: «Clunia», en: *Clunia 0. Studia Varia Cluniensia*, Valladolid, 235-238.
- PALOL, P. DE; VILELLA, J. 1987: *Clunia II. La epigrafía de Clunia*, Madrid.
- PANOSA, M^a. I. 2009: *De Kese a Tarraco*, Tarragona.
- PANZRAM, S. 2007: *Städte Wandel. Bauliche Inszenierung und literarische lokaler Eliten auf der Iberischen Halbinsel*, Hamburgo.
- PANZRAM, S. 2002: *Stadtbild und Elite: Tarraco, Corduba und Augusta Emerita zwischen Republik und Spätantike*, Stuttgart.
- PASTOR, M. 2006: *Viriato. O héroi lusitano que lutou pela liberdade do seu povo*, Lisboa.
- PAYÁ, X.; PUIG, F.; REYES, T. 1994: «Primeres datacions dels nivells fundacionals d'Aeso», *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 4, 151-172.
- PENA, M. J. 1988: «Nota sobre Livio XLIII, 3. La fundación de la colonia de Carteia», *ETF(1)*, 267-276.
- PENA, M. J. 1994: «Conquête et colonisation dans la péninsule ibérique pendant le II^e siècle au n.è.», en: CLAVEL-LÉVÊQUE, M.; JOUFFROY, I.; VIGNOT, A. (eds.): *De la terre au ciel I. Paysages et cadastres antiques* (Besançon, 1993), París, 247-258.
- PENSABENE, P. 1993: «La decorazione architettonica dei monumenti provinciali di Tarraco», en: MAR, R. (ed.): *Els monuments provincials de Tarraco. Noves aportacions al seu coneixement*, Tarragona, 36-37.
- PERA, J. 2005: «Pervivencia de la lengua ibérica en el siglo I a.C. El ejemplo de la ciudad romana de Iesso (Guissona, Lleida)», *Paleohispanica*, 5, 315-331.
- PÉREZ ALMOGUERA, A. 1994: «Sobre las fundaciones republicanas en Hispania. El caso de Ilerda», en: *Actes del XIV Congrés Internacional d'Arqueologia Clàssica. La ciutat en el món romà* (Tarragona, 1993), vol. 2, Tarragona, 325-327.
- PINA, F. en prensa: «Las migraciones en masa y su integración en el Imperio romano», en: *Italia Iberia-Iberia Italia* (Pamplona-Olite, 2008), Pamplona, s. pp.
- PINA, F. 2008: «Hispania of Caesar and Pompey. A conflict of clientelae?», en: GARCÍA-BELLIDO, M^a. P.; MOSTALAC, A.; JIMÉNEZ, A. (eds.): *Del Imperium de Pompeyo a la auctoritas de Augusto. Homenaje a Michael Grant*, Anejos de *AespA*, XLVII, Madrid, 41-48.
- 2007: «Kontinuität und Innovation im Städtenetzwerk der nordöstlichen iberischen Halbinsel zur Zeit der Republik», en: PANZRAM, S. (ed.): *Städte im Wandel. Bauliche Inszenierung und literarische Stilisierung lokaler Eliten auf der iberischen Halbinsel*, Hamburgo, 25-35.
- 2003: «Minerva, custos urbis de Roma y de Tarraco», *AEspA* 76, 111-119.
- 2000: «La conquista», en: BELTRÁN LLORIS, F.; MARTÍN-BUENO, M.; PINA, F.: *Roma en la cuenca media del Ebro. La Romanización en Aragón*, Zaragoza, 31-37.
- 1997: «Las comisiones senatoriales para la reorganización de Hispania (App. Iber. 99-100)», *DHA*, 23-2, 83-104.
- PINA, F.; PÉREZ CASAS, J. Á. 1998: «El oppidum de Castra Aelia y las campañas de Sertorius en los años 77-76 a.C.», *JRA*, 11, 245-264.

- POCIÑA, C. A. en prensa: «Evolució arquitectònica de la font monumental romana del carrer de Pere Martell», en: *Tarraco: construcció i arquitectura d'una capital provincial romana. Congrés Internacional en homenatge a Theodor Hauschild (Tarragona, 2009)*, *Butlletí Arqueològic*.
- PONS, E. 2002: *Mas Castellar de Pontós (Alt Empordà). Un complex arqueològic d'època ibèrica (excavacions 1990-1998)*, Girona.
- PRADOS, F. 2008: *Arquitectura púnica. Los monumentos funerarios*, Madrid.
- PREVOSTI, M.; MARTÍN I OLIVERAS, A. (eds.) 2009: *El vi tarraconense i laietà: ahir i avui. Actes del Siompòsium (Tarragona-Teià, 2007)*, Documenta 7, ICAC, Tarragona.
- PUCHE, J. M.; MACÍAS, J. M.; FIZ, I. 2007: «Proyecciones urbanísticas», en: *Planimetria arqueològica de Tarraco*, Documenta 5, Tarragona, 42-46.
- PUIG, A.; MARTÍN, A. 2006: *La colònia grega de Rhode (Roses, Alt Empordà)*, Girona.
- RAMALLO, S. 2006a: «Carthago Nova: urbs opulentissima omnium in Hispania», en: ABAD, L.; KEAY, S.; RAMALLO, S. (eds.): *Early Roman Towns in Hispania Tarraconensis*, JRA, supl. 62, Portsmouth, 91-104.
- 2006b: «Carthago de Hispania. Puerto privilegiado de la costa mediterránea», en: RASCÓN, S.; SÁNCHEZ, A. L. (eds.): *Civilización*, Madrid, 97-121.
- 1993: «Terracotas arquitectónicas del santuario de La Encarnación (Caravaca de la Cruz, Murcia)», *AEspA*, 66, 71-98.
- 1992: «Un santuario de época tardo-republicana en La Encarnación, Caravaca, Murcia», *Cuadernos de Arquitectura Romana*, 1, 39-66.
- RAMALLO, S.; FERNÁNDEZ, A.; MADRID, M.ª J.; RUIZ, E. 2008: «Carthago Nova en los dos últimos siglos de la República: una aproximación desde el registro arqueológico», en: UROZ, J.; NOGUERA, J. M.; COARELLI, F. (eds.): *Iberia e Italia: modelos romanos de integración territorial (Murcia, 2006)*, Murcia, 573-602.
- RAMALLO, S.; RUIZ, E. 2002: «Carthago Nova. Capital de Hispania Citerior», en: JIMÉNEZ, J. L.; RIBERA, A. (eds.): *Valencia y las primeras ciudades romanas de Hispania*, Valencia, 133-122.
- 1994: «Transformaciones urbanísticas en la ciudad de Carthago Nova», en: *Actes del XIV Congrés Internacional d'Arqueologia Clàssica. La ciutat en el món romà (Tarragona, 1993)*, vol. 2, Tarragona, 342-343.
- RAMALLO, S.; RUIZ, E. 1998: *El teatro romano de Cartagena*, Murcia.
- RAMOS, R.; UROZ, J. 1992: «Illici», *Dialoghi di Archeologia*, 10, 3ª ser., 95-104.
- RASCÓN, S.; SÁNCHEZ, A. L. 2006: «Complutum, ciudad de las ninfas», en: RASCÓN, S.; SÁNCHEZ, A. L. (eds.): *Civilización*, Madrid, 60-72.
- REMESAL, J. 1998: «Baetican olive oil and the Roman Economy», en: KEAY, S. (ed.): *The Archaeology of Early Roman Baetica*, JRA, supl. 29, Portsmouth, 183-199.
- REMOLÀ, J. A.; POCIÑA, C. A. 2005: «La font dels lleons», en: SADA, P. (dir.): *Tarraco i l'aigua*, Tarragona, 53-66.
- REYES, T.; GONZÁLEZ VILLAESCUSA, R.; GARCÍA, J. E. 1998: «Estudi de l'ager Aesonensis (Isona i Conca Dellà, Pallars Jussà)», *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 8, 39-59.
- RIBERA, A. 2008: «Valentia (Hispania Citerior), una fundación itálica de mediados del siglo II a.C. Novedades y complementos», en: UROZ, J.; NOGUERA, J. M.; COARELLI, F. (eds.): *Iberia e Italia: modelos romanos de integración territorial (Murcia, 2006)*, Murcia, 169-197.
- 2006: «The Roman foundation of Valencia and the town in the 2nd-1st c. BC», en: ABAD, L.; KEAY, S.; RAMALLO, S. (eds.): *Early Roman Towns in Hispania Tarraconensis*, JRA, supl. 62, Portsmouth, 75-89.
- 1998: *La fundació de València*, Valencia.
- RICO, CHR. 1997: *Pyrénées romaines. Essai sur un pays de frontière (III^e siècle av. J.-C - IV^e siècle ap. J.-C)*, Bibliothèque Casa Velázquez 14, Madrid.
- RIERA, M.; LÓPEZ MULLOR, A. 2004a: «Intervencions recents (1997-2001) a l'oppidum del Turó del Montgròs (El Brull, Osona)», *Tribuna d'Arqueologia 2000-2001*, Barcelona, 135-186.
- 2004b: «Resultats de les excavacions de 1997 a 2001 a l'oppidum del Turó del Montgròs (El Brull, Osona)», en: GENERA, M. (coord.): *Actes de les Jornades d'Arqueologia i Paleontologia 2001: Comarques de Barcelona 1996-2001*, La Garriga, 267-282.
- RIPOLLÈS, P. P. 2007: *Las acuñaciones de la ciudad ibérica de Saitabi*, Valencia.
- 2002a: «La ordenación y cronología de las emisiones», en: RIPOLLÈS, P. P.; LLORENS, M. M.: *Arse-Saguntum. Historia monetaria de la ciudad y su territorio*, Sagunto, 276-291.
- 2002b: «El panorama monetario», en: RIPOLLÈS, P. P.; LLORENS, M.: *Arse-Saguntum. Historia monetaria de la ciudad y su territorio*, Sagunto, 331-339.
- RODÀ, I. 2009: «La Tarragona de mitjans del segle I d.C.», *Congrés Internacional «Pau, Fructuós i el cristianisme primitiu a Tarragona (segles I-VIII)» (Tarragona, 2008)*, Tarragona.
- 2005: «La difusión de los mármoles pirenaicos en Hispania y la datación epigráfica de los inicios de la explotación de las canteras», en: *L'Aquitaine et l'Hispanie septentrionale à l'époque julio-claudienne. Organisation et exploitation des espaces provinciaux. IV Colloque Aquitaine (Saintes, 2003)*, Burdeos, 461-471.
- 2005: «La figura de Agripa en Hispania», en: *Actas del Congreso Arqueología militar romana en Europa (Segovia, 3-14 de julio de 2001)*, Segovia, 319-331.

- 2004: «Agripa y el comercio del plomo», *Mastia*, 3, 183-194.
- 2002: «Indígenes i romans a l'ibèric final», *Limes*, 8, 153-155.
- 2001: «La cronología de las fortificaciones de las ciudades romanas de *Hispania Citerior* (al norte del Ebro y del Duero)», *Historia Antiqua*, 7, 27-31.
- 1999: «La explotación de las canteras en Hispania», en: ÁLVAREZ MARTÍNEZ, J. M.^a; ALMAGRO-GORBEA, M. (eds.): *En el año de Trajano. Hispania, el legado de Roma*, Zaragoza, 123-131.
- 1998: «La difícil frontera entre escultura ibérica y escultura romana», en: *Actas del Congreso Internacional "Los Iberos. Príncipes de Occidente". Estructuras de poder en la sociedad ibérica (Barcelona, 1998)*, Barcelona, 265-273.
- 1996: «El papel de Augusto en la trama urbana de la Hispania Augustea», en: *Actas del Congreso Internacional "Los orígenes de la ciudad en el noroeste hispánico" (Lugo, 15-18 de mayo de 1996)*, Lugo, 275-293.
- 1993: «Escultura republicana en la *Tarraconense*: el monumento funerario de Malla», en: *Actas de la I Reunión sobre Escultura Romana en Hispania (Mérida, 1992)*, Mérida-Madrid, 207-219.
- 1986-1989: «Els lloctinents de Juli Cèsar, primers patrons d'Empúries», *Empúries*, 48-50, 246-249.
- RODDAZ, J.-M. 2009: «De Nîmes à Lesbos: Agrippa et le patronage des cités», en: CHRISTOL, M.; DARDE, D. (dir.): *L'expression du pouvoir au début de l'Empire: Autour de la Maison Carrée à Nîmes*, París, 53-57.
- 2006: «D'une péninsule à l'autre: l'épisode sertorien», en: SARTORI, A.; VALVO, A. (eds.): *Hiberia-Italia. Italia-Hiberia*, Milán, 99-115.
- 2002: «*Hispania pacata*: l'empereur et les Espagnes aux deux premiers siècles de l'Empire», en: URSO, P. (ed.): *Hispania terris omnibus felicior. Atti del Convegno Internazionale (Civiale del Friuli, 2001)*, 201-223.
- 1998: «Les Scipions et l'Hispanie», *Revue des Études Anciennes*, 100, 341-358.
- 1994: *Marcus Agrippa*, París - Roma.
- RODERO, M. T. 2002: «Algunos aspectos de la decoración arquitectónica del *Traianeum* de *Italica*», *Romula*, 1, 75-106.
- RODRIGO, E. 2004: «L'estructuració del territori de Iesso en època romana», en: GUITART, J.; PERA, J. (eds.): *Iesso I. Miscel·lània Arqueològica*, Barcelona-Guisona, 171-186.
- RODRÍGUEZ COLMENERO, A. 2007: «Tabula Paemeio-brigensium», en: *XII Congressus Internationalis Epigraphiae Graecae et Latinae (Barcelona, 2002)*, vol. II, Barcelona, 1221-1233.
- 1998: *Los orígenes de la ciudad en el noroeste hispánico. Actas del Congreso Internacional (Lugo, 1996)*, Lugo.
- 1995: *Lucus Augusti, Urbs romana. Los orígenes de la ciudad de Lugo*, Lugo.
- RODRÍGUEZ COLMENERO, A.; FERRER, S. (ed.) 2006: *Excavaciones arqueológicas en Aquis Querquennis. Actuaciones en el campamento romano (1975-2005)*, Anejos de *Larouco*, 4, Lugo.
- RODRÍGUEZ NEILA, J. F. 1992: *Confidentes de César. Los Balbos de Cádiz*, Madrid.
- RODRÍGUEZ NEILA, J. F.; MELCHOR, E. 2006: *Poder central y autonomía municipal. La proyección pública de las elites romanas de Occidente*, Córdoba.
- RODRÍGUEZ NEILA, J. F.; NAVARRO, F. J. 1999: *Elites y promoción social en la Hispania romana*, Pamplona.
- RODRÍGUEZ OLIVA, P. 1996: «Primeras manifestaciones de la escultura romana en la Hispania meridional», en: MASSÓ, J.; SADA, P. (eds.): *Actas de la II Reunión sobre escultura romana en Hispania (Tarragona, 1995)*, Tarragona, 13-30.
- ROLDÁN, J. M. 1974: *Hispania y el ejército romano. Contribución a la historia social de la España antigua*, Salamanca.
- ROLDÁN, L.; BENDALA, M.; BLÁNQUEZ, J.; MARTÍNEZ, S. 1998: *Carteia*, Madrid.
- ROLDÁN, L.; BENDALA, M.; BLÁNQUEZ, J.; MARTÍNEZ, S.; BERNAL, D. 2003: *Carteia II*, Madrid.
- ROLDÁN HERVÁS, J. M. 1996: «Conquista y colonización en la Bética en época republicana», en: ORTIZ DE URBINA, E.; SANTOS, J. (eds.): *Teoría y práctica del ordenamiento municipal en Hispania. Revisiones de Historia Antigua II (Vitoria-Gasteiz, 1993)*, Vitoria, 27-39.
- RUIZ DE ARBULO, J. 2007: «Bauliche Inszenierung und literarische Stilisierung: das "Provinzialforum" von Tarraco», en: PANZRAM, S. (ed.): *Städte im Wandel. Bauliche Inszenierung und literarische Stilisierung lokaler Eliten auf der iberischen Halbinsel*, Hamburg, 149-212.
- 2006: «*Scipionum opus* and something more: an Iberian reading of the provincial capital (2nd-1st c. BC)», en: ABAD, L.; KEAY, S.; RAMALLO, S. (eds.): *Early Roman Towns in Hispania Tarraconensis*, *JRA*, suppl. 62, Portsmouth, 33-44.
- 2002-2003: «Santuarios y fortalezas. Cuestiones de indigenismo, helenización y romanización en torno a *Emporion* y *Rhode* (s. VI-I a.C.)», *CuAPUAM*, 28-29, 161-202.
- 2002: «La fundación de la colonia de *Tarraco* y los estandartes de César», en: JIMÉNEZ, J. L.; RIBERA, A. (eds.): *Valencia y las primeras ciudades romanas de Hispania*, Valencia, 137-156.
- 1992: «*Tarraco, Carthago Nova* y el problema de la capitalidad en la *Hispania Citerior* republicana», en: *Miscel·lània Arqueològica a Joseph M. Recasens*, Tarragona, 115-130.

- 1991: «Los inicios de la romanización en Occidente. Los casos de *Emporion* y *Tarraco*», *Athenaeum*, 79, 459-493.
- RUIZ DE ARBULO, J.; MAR, R.; DOMINGO, J.; FIZ, I. 2004: «Etapas y elementos de la decoración arquitectónica en el desarrollo monumental de *Tarraco* (ss. II a.C.-I d.C.)», en: RAMALLO, S. (ed.): *La decoración arquitectónica en las ciudades romanas de Occidente* (Cartagena, 2003), Murcia, 134-135.
- SALINAS DE FRÍAS, M. 1995: *El gobierno de las provincias hispanas durante la República romana (218-27 a.C.)*, Salamanca.
- SÁNCHEZ PALENCIA, F. J. 1996: *La zona arqueológica de Las Médulas* (León), Salamanca.
- SCARDIGLI, B. 2002: «Trent'anni di studi sertoriani», en: URSO, P. (ed.): *Hispania terris omnibus felicior. Atti del Convegno Internazionale* (Cividale del Friuli, 2001), 143-161.
- SCHATTNER, T. G. 2005: «La Puerta de Sevilla en Carmona y otras puertas romanas en la península ibérica», *Romula*, 4, 67-98.
- SCHULTEN, A. 1937: *Fontes Hispaniae Antiquae*, IV, Barcelona.
- SCHULZE-OBEN, H. 1989: *Freigelassene in den Städten des römischen Hispanien*, Bonn.
- SILLIÈRES, P. 1997: *Baelo Claudia. Una ciudad romana de la Bética*, Madrid.
- SILLIÈRES, P. (ed.) 2005: *L'Aquitaine et l'Hispanie septentrionale à l'époque julio-claudienne. Organisation et exploitation des espaces provinciaux. IV Colloque Aquitaine* (Saintes, 2003), Burdeos.
- SORDI, M. 2006: «La più antica iscrizione latina in Hispania», en: SARTORI, A.; VALVO, A. (eds.): *Hiberia-Italia. Italia-Hiberia*, Milán, 1-4.
- STYLOW, A. U. 1996: «De Corduba a Colonia Patricia. La fundación de la Corduba romana», en: LEÓN, M^a. P. (ed.): *Colonia Patricia Corduba. Una reflexión arqueológica* (Córdoba, 1993), Córdoba, 37-47.
- TRANOY, A. 1981: *La Galice Romaine*, París.
- TRILLMICH, W. et al. 1993: *Hispania Antiqua. Denkmäler der Römerzeit*, Mainz.
- 1983: «Iulia Agrippina als Schwester des Caligula und Mutter des Nero», *Hefte des Archäologischen Seminars der Universität Bern*, 9, 21-38.
- 1982: «Ein Kopffragment in Mérida und die Bildnisse der Agrippina Minor aus den hispanischen Provinzen», en: *Homenaje a Sáenz de Buruaga*, Badajoz, 109-121.
- 1974: «Ein Bildnis der Agrippina Minor von Milreu/Portugal», *MM*, 15, 184-202.
- TSIOLIS, V. 2008: «El modelo balnear republicano entre Italia e Hispania», en: UROZ, J.; NOGUERA, J. M.; COARELLI, F. (eds.): *Iberia e Italia: modelos romanos de integración territorial* (Murcia, 2006), Murcia, 285-306.
- URTEAGA, M. 2006: «El puerto romano de Irún», en: *Mar Exterior. El Occidente atlántico en época romana. Actas del Congreso Internacional* (Pisa, 2003), Roma-Irún-San Sebastián, 87-103.
- 2000: *Arqueología romana en Guipúzcoa*, Arkeolan, 8, Irún.
- VAQUERIZO, D. 2006: «Corduba, una ciudad puente», en: RASCÓN, S.; SÁNCHEZ, A. L. (eds.): *Civilización*, Madrid, 123-141.
- VELAZA, J. 2008: «La provincia transduriana et l'organisation augustéenne des Hispanies», en: PISO, I. (ed.): *Die römischen Provinzen. Begriff und Gründung* (Cluj-Napoca, 2006), Cluj-Napoca, 207-221.
- VENTURA, Á. 1993: *El abastecimiento de agua a la Córdoba romana*, Córdoba.
- VENTURA, A.; LEÓN, M^a. P.; MÁRQUEZ, C. 1998: «Roman Córdoba in the Light of Recent Archaeological Research», en: KEAY, S. (ed.): *The Archaeology of Early Roman Baetica*, JRA, suppl. 29, Portsmouth, 87-107.
- VENTURA, A.; MÁRQUEZ, C.; MONTERROSO, A.; CARMONA, M. A. (eds.) 2002: *El teatro romano de Córdoba*, Córdoba.
- VILLARONGA, L. 1982: «Les seques ibèriques catalanes: una síntesi», *Fonaments*, 3, 172-173.
- VIVÓ, D. 2007: «El monument de Malla», en: PALAHÍ, L.; NOLLA, J. M.; VIVÓ, D. (eds.): *De Kerunta a Gerunda. Els orígens de la ciutat*, Gerona, 21-23.
- VULLO, N. 1994: «L'impianto urbano di Cremona in età romana. Nuove considerazioni», en: *Attes del XIV Congrès Internacional d'Arqueologia Clàssica. La ciutat en el món romà* (Tarragona, 1993), vol. 2, Tarragona, 439-441.
- VV. AA. 2007: *Planimetria arqueològica de Tarraco*, Documenta 5, ICAC, Tarragona.
- 2002: «La primera Valencia», en: JIMÉNEZ, J. L.; RIBERA, A. (eds.): *Valencia y las primeras ciudades romanas de Hispania*, Valencia, 267-353.
- 1970: *Legio VII Gemina* (León, 1968), León.
- 1983: *Symposium de Arqueologia. Pollentia y la romanización de las Baleares. XXI Centenario de la fundación de Pollentia* (Alcudia-Baleares) (Alcúdia, 1997), Palma de Mallorca.
- WODKO, S. 2000: *Wörterbuch der keltiberischen Inschriften*, Wiesbaden.
- ZAMORA, D. 2006-2007: *L'oppidum de Burriac. Centre del poder polític de la Laietània ibèrica*, Laietania, 17, Barcelona.
- ZECCHINI, G. 2002: «Scipione in Spagna: un approccio critico alla tradizione polibiano-liviana», en: URSO, P. (ed.): *Hispania terris omnibus felicior. Atti del Convegno Internazionale* (Cividale del Friuli, 2001), 87-103.

HISPANIA Y SU CONQUISTA EN LOS AVATARES DE LA REPÚBLICA TARDÍA

Francisco Pina Polo
Universidad de Zaragoza / Grupo Hiberus

Resumen

El presente trabajo repasa los acontecimientos principales acaecidos en el proceso de conquista de Hispania por Roma entre el año 133 a.C. –con la toma de Numancia– y el año 44 a.C. –con el asesinato de César–. Lo hace conectándolos con el periodo de profunda transformación que vive el Estado romano en la denominada República Tardía. Se plantean, además, algunas reflexiones sobre los procesos institucionales y políticos vinculados a dichos acontecimientos, con atención especial al controvertido problema de las clientelas provinciales.

Palabras clave

Conquista de Hispania, guerras celtibéricas, guerras lusitanas, Pompeyo, Sertorio, César, clientelas provinciales.

Abstract

The following paper reviews the most important events happened in the conquest of *Hispania* by the Roman army from year 133 BC –the date of Numancia's defeat– until year 44 BC –the date of Caesar's murder. That review is done connecting this period with the very strong transformation that Roman State lived in the so-called Late Republic. Also, the paper deals with some of the institutional and political processes linked with those events, specially concentrating itself on the polemic subject of foreign *clientelae*.

Keywords

Hispania's conquest, Celtiberian wars, Lusitanian wars, Pompeius, Sertorius, Caesar, provincial *clientelae*.

En el año 133 a.C. fue elegido en Roma tribuno de la plebe Tiberio Sempronio Graco. Su intento por llevar a cabo una reforma agraria y los acontecimientos que siguieron a su forzada aprobación, significaron en última instancia su asesinato. Este episodio abrió un periodo de conflictos políticos caracterizados por la violencia multiforme (App. *BC.* 1, 2-5). Esa violencia se tradujo, en la práctica, en asesinatos de políticos reformistas como Cayo Graco, Saturnino, Livio Druso, Sulpicio, Clodio o César, y en las proscripciones tanto de Sila como de los triunviros postcesarianos, que significaron la muerte o el exilio de cientos de ciudadanos romanos. La máxima expresión de esa violencia fueron las guerras internas que se sucedieron a lo largo de un siglo, desde la guerra de los aliados entre el Estado romano y muchos de sus *socii* itálicos entre los años 91 y 88 (Wulff 2002) —el denominado *bellum Sociale*—, hasta la guerra por el poder que siguieron a la muerte de César en el año 44, pasando por la guerra civil entre cesarianos y pompeyanos entre los años 49 y 45.

El tribunado de Tiberio Graco fue considerado por Apiano, uno de los principales historiadores sobre el periodo, un punto de inflexión en la Historia de Roma. La historiografía moderna, siguiendo a Apiano, ha individualizado habitualmente el periodo comprendido entre ese año 133 y, o bien el asesinato de César en el año 44, o bien el año 30 a.C., cuando el futuro Augusto se hizo con el poder unipersonal en Roma, y lo ha denominado como República Tardía (Pina 1999). Fue sin duda una época de crisis manifestada en diversos aspectos políticos, sociales y económicos, pero fue asimismo un periodo de gran expansionismo imperial del Estado romano, que llegó, al final del periodo tardorrepublicano, a dominar todo el Mediterráneo.

La etapa postnumantina

Hispania era uno de los territorios que, parcialmente, pertenecían al Imperio romano desde el final de la guerra anibállica (Curchin 1996; Richardson 1998; Roldán/Wulff 2001; Bravo 2001, 2007; Le Roux 2006). En ese mismo año 133, en que Tiberio Graco desempeñó el cargo de tribuno de la plebe, Escipión Emiliano puso punto final a las guerras contra los celtíberos, que duraban ya veinte años, al lograr conquistar finalmente la ciudad arévaca de Numancia (Salinas de Frías 1986; García Riaza 2002). La incapacidad del poderoso ejército romano para doblegar a los numantinos durante un asedio que duró varios años, convirtió la toma de Numancia en un hito histórico que habría de ser recordado por los romanos como si se tratara de una victoria sobre uno de los más poderosos rivales a los que Roma debió enfrentarse nunca (Cic. *Phil.* 4, 13 o *Mur.* 58). En esta magnificación de Numancia como enemigo de Roma hay que ver sin

duda un elemento propagandístico de glorificación de su conquistador, Escipión Emiliano (Roldán/Wulff 2001, 173). Cuatro años antes, el ejército romano había logrado someter a los lusitanos, también en su caso, después de una larga contienda en la que Viriato había llegado a convertirse en azote de las legiones romanas (González Román 1986; Pastor 2004).

Como resultado de ambos conflictos bélicos, el control de Roma en Hispania se extendió aproximadamente hasta el río Duero. Fuera del dominio romano quedaba todavía el norte peninsular, que aún resistiría un siglo hasta quedar sometido. Los antiguos creían que los Pirineos constituían la frontera oriental entre Hispania y la Galia, y que formaban una línea continua de norte a sur (Beltrán Lloris/Pina 1994, 119-126). Si se traslada esta deficiente orientación a la cartografía (Pina 2006a, 79), parecería a los romanos que en el año 133 habían alcanzado en la península Ibérica una frontera que constituiría prácticamente una línea recta entre los Pirineos centrales y el Atlántico, pasando por el valle medio del Ebro y el Duero.

El Senado romano pensó que el año 133 significaba un punto de inflexión en Hispania. Por esa razón, decidió enviar a ella una comisión de diez senadores que debían encargarse de la reestructuración de las provincias hispanas (App. *Iber.* 99, comentado en: Prieto 1994; Pina 1997). Ésta era la costumbre cuando el Estado romano anexionaba nuevos territorios a su Imperio, y así había sucedido cuando, por ejemplo, Macedonia y el norte de África habían sido convertidas en provincias en el año 146. La presencia romana en la península Ibérica se remontaba a la guerra anibállica, pero ésta es, sin embargo y que sepamos, la primera vez que una embajada de estas características fue enviada a Hispania. El Senado no había considerado oportuno enviar una comisión senatorial a Hispania ni en el año 206, cuando los cartagineses fueron definitivamente expulsados de la península Ibérica, ni en el año 197, a partir del cual dos pretores fueron designados regularmente como gobernadores de *Hispania Citerior* e *Hispania Ulterior*. Pero la destrucción de Numancia y la consiguiente victoria sobre los celtíberos, junto con la reciente conquista de Lusitania y parte del territorio de los galaicos, fueron vistas por los romanos como el sometimiento definitivo de Celtiberia y Lusitania. Esto suponía la incorporación de ambas regiones a las provincias de *Hispania Citerior* e *Hispania Ulterior* y, en la práctica, significaba casi duplicar el territorio hispano provincializado en comparación con el que controlaba Roma cuando las guerras celtibero-lusitanas habían dado comienzo en el año 154.

En cuanto a la actividad concreta desarrollada por la comisión, solo contamos con los escasos datos proporcionados por Apiano. Como había sucedido en ocasiones semejantes con anterioridad, los legados senatoriales, junto con Escipión Emiliano, debieron de

tomar medidas en relación con los pueblos vencidos, como por ejemplo la distribución del territorio de los numantinos entre sus vecinos. La comisión decidiría asimismo sobre la tierra recién conquistada que habría de convertirse en tierra pública (*ager publicus*) y, especialmente, sobre los impuestos que las diferentes comunidades indígenas habrían de pagar a Roma, teniendo en cuenta naturalmente en cada caso la actitud que hubieran adoptado frente al ejército romano. Tal vez también fueron delimitados los ámbitos geográficos de actuación de los gobernadores de ambas provincias hispanas, teniendo en cuenta que el dominio romano se había extendido hacia el interior de la Península.

Como indica Apiano, la misión de los legados era ante todo organizar el nuevo territorio adquirido, respectivamente, por Décimo Junio Bruto contra los lusitanos, y por Escipión Emiliano contra los celtíberos. Debemos descartar, por consiguiente, una reorganización global de toda Hispania auspiciada por el Senado romano. En ese sentido, es muy improbable que se llegara a promulgar ahora una *lex prouvinciae* para Hispania, entendida como un documento o conjunto de documentos, que pretendiera establecer el marco general de la administración de las dos provincias hispanas, así como los estatutos jurídicos de todas las comunidades que las conformaban (Salinas de Frías 1995).

Sin embargo, esta reorganización hubo de afectar necesariamente también a las zonas hispanas del área de cultura ibérica próximas al mar Mediterráneo, que habían venido formando parte de la *Citerior* y de la *Vlterior* desde comienzo del siglo II a.C. Porque la caída de Numancia no supuso solo un cambio cuantitativo, sino también cualitativo. La que durante el siglo II había sido una peligrosa y fluctuante frontera con celtíberos y lusitanos en el Alto Duero y en el Guadiana, respectivamente, parecía superada, de modo que en Roma se debía de tener la impresión de que se iniciaba a partir de entonces un periodo de paz en una región rica y fértil del Imperio. Sin necesidad de que la comisión senatorial actuara directamente sobre ellas, el cambio de escenario político debió de repercutir en las tierras ya largamente pacificadas, favoreciendo en los años posteriores procesos tales como la creación de una red viaria adecuada a las nuevas necesidades, tal y como muestran algunos miliarios hallados en el nordeste de Hispania correspondientes a los mandatos provinciales de Manio Sergio y Quinto Fabio Labeón, datados entre los años 120 y 110 a.C. (Mayer/Rodà 1986), y a medio plazo una reestructuración urbana, con la creación *ex nouo* de algunas ciudades indígenas dotadas de un urbanismo a la romana, pero manteniendo su nombre indígena (Pina 1993).

La pacificación de Hispania pareció real durante los veinte años que siguieron a la toma de Numancia, en los que las fuentes antiguas no mencionan conflicto bélico alguno en la península Ibérica, si bien es cierto

que nuestra información se reduce considerablemente una vez finalizados los grandes conflictos del siglo II. En ese periodo tuvo lugar la conquista de las Baleares por parte de Q. Cecilio Metelo, en concreto en los años 123-122 (Liv. *Per.* 60; Flor. 1, 43; Oros. 5, 13, 1; Str. 3, 3, 5). La razón aparente de la conquista de las islas en ese momento fue el incremento de la piratería en la región, aunque sin duda también debió de influir de manera más general el deseo de controlar totalmente las rutas de navegación entre Italia, Galia, Hispania y el norte de África, en las que las Baleares tenían un papel estratégico de gran relevancia.

Tras ese breve periodo de paz, la inestabilidad volvió a partir del año 114 a Hispania. Desde ese momento y hasta el año 93, los enfrentamientos entre el ejército romano y pueblos indígenas hispanos fueron constantes, tanto en la *Citerior* como en la *Vlterior* (García Moreno 1987). De hecho, se puede hablar de una nueva guerra contra celtíberos y lusitanos, apenas conocida porque los autores antiguos no encontraron en ella elementos épicos de interés, tales como Viriato o el heroísmo numantino, como para narrarla en detalle. Con todo, hay indicios suficientes para afirmar que se trató de una serie de conflictos bélicos de considerable envergadura. En el año 114, el gobernador de la *Vlterior*, Cayo Mario, combatió contra lusitanos (Plut. *Mar.* 6, 1); en el año 112, otro gobernador de la *Vlterior*, en este caso L. Calpurnio Pisón Frugi, murió en un enfrentamiento contra lusitanos (Cic. *Verr.* 2 4, 56; App. *Iber.* 99; aunque García Moreno 1987, 61-62, data la pretura en Hispania de Pisón en el año 105); en 109 y 108, Q. Servilio Cepión combatió victoriosamente contra los lusitanos (Eutr. 4, 27); en 105, el ejército romano fue derrotado de nuevo por lusitanos (Obseq., 42); un año después los cimbrios que, junto con los teutones, llevaban un tiempo hostigando a los ejércitos romanos en la Galia y en Italia a la búsqueda de tierras donde asentarse, penetraron en la península Ibérica a través de los Pirineos, siendo rechazados, no por tropas romanas, sino por celtíberos, lo que puede indicar la debilidad de la posición romana en Hispania o la necesidad de ocupar las legiones en otros menesteres (Liv. *Per.* 67); Marco Mario, posiblemente en el año 100, combatió de nuevo contra los lusitanos en una guerra en la que contó con celtíberos como aliados (App. *Iber.* 100); entre 98 y 94, Tito Didio combatió contra los celtíberos, venciendo a los arévacos y destruyendo las ciudades de *Termantia* y *Colenda* (Liv. *Per.* 70; App. *Iber.* 99-100); entre 96 y 94, el procónsul de la *Vlterior*, P. Licinio Craso, combatió de nuevo contra los lusitanos (García Moreno 1987, 91-92); finalmente, Gayo Valerio Flaco aplastó una nueva revuelta de los celtíberos, de los que 20.000 murieron, según Apiano (App. *Iber.* 100).

Un importante documento epigráfico viene a complementar estos datos proporcionados por las fuentes

literarias. Se trata del denominado bronce de Alcántara, en el que se recoge la *deditio* de un pueblo indígena, por lo demás desconocido, y cuyo nombre es de difícil restitución, los *Seanoci*, según los editores de la inscripción (López Melero/Sánchez Abal/García Jiménez 1984). Este pueblo, que habría que ubicar previsiblemente entre Extremadura y Portugal, en las proximidades de la localidad cacereña de Alcántara, se rindió al *imperator* Lucio Cesio, que sería el gobernador de la *Hispania Ulterior* en ese momento. La fecha se conoce con precisión, puesto que la rendición tuvo lugar durante el consulado de Gayo Mario y Gayo Flavio, es decir, en el año 104. La *deditio* habría por lo tanto que inscribirla en el contexto de los conflictos bélicos en los que acabamos de ver que se vio envuelto el ejército romano en Lusitania en la parte final del siglo II a.C.

Muchos de los gobernadores destinados en Hispania al final del siglo II y comienzo del I a.C. se vieron obligados a permanecer en su provincia durante periodos más prolongados de lo habitual: Q. Servilio Cepión gobernó la *Hispania Ulterior* entre 109 y 107; L. Cornelio Dolabela, posiblemente, en 100-98; P. Licinio Craso en 97/96-94; T. Didio fue gobernador de la *Citerior* entre los años 98/97 y 94. Además de ellos, Valerio Flaco permaneció excepcionalmente como gobernador de la *Citerior* entre los años 93 y 81. Y llama especialmente la atención la proliferación de triunfos celebrados en Roma en este corto espacio de tiempo por algunos de esos gobernadores hispanos. En el año 107, Cepión triunfó sobre los lusitanos (Eutr. 4, 27, 5; Val. Max. 6, 9, 13); en el 98 Dolabela, «sobre la *Hispania Ulterior* y sobre los lusitanos»; en el 93 Didio, «sobre los celtíberos», tras cinco años de guerra (Liv. Per. 70; App. Iber. 99-100; Gell. NA. 2, 27, 2); también en el 93 Craso triunfó «sobre los lusitanos», después de tres años de combates; por último, Valerio Flaco celebró con retraso un triunfo a su regreso a Roma en el año 82, por su victoria contra los celtíberos en el año 93 (Gran. Licin. [ed. Flemisch], 31). La concesión de todos estos triunfos por parte del Senado romano indica la enorme importancia del conflicto, sin duda parangonable al librado contra celtíberos y lusitanos entre 154 y 133. Los datos indican que, de manera casi ininterrumpida, se libró una guerra contra los lusitanos entre los años 114 y 93, y que también los celtíberos volvieron a enfrentarse a Roma, en particular en la primera década del siglo I a.C.

En definitiva, la caída de Numancia no había significado el final de las guerras en Hispania como el Senado romano creyó en un principio. La reorganización llevada a cabo por la comisión senatorial no había tenido evidentemente el éxito esperado, y la paz establecida en el año 133 se había demostrado extraordinariamente frágil. Consecuencia de todo ello fue la necesidad de volver a conquistar toda o buena parte de la Celtiberia y de Lusitania, y el envío de una segunda

comisión senatorial a comienzo del siglo I, sin duda con una misión semejante a la que creía haber cumplido la del año 133 (Pina 1997).

La guerra contra Sertorio

A partir del año 93 se inició un nuevo periodo aparentemente pacífico, que terminó en el año 83 con la llegada de Sertorio a la península Ibérica, lo que propició un nuevo conflicto bélico. En esos diez años no hay noticia alguna de enfrentamientos militares en Hispania y, en general, escasean las informaciones sobre la región, pero se conocen en cambio dos inscripciones que muestran el avance del proceso romanizador, en particular en la cuenca del Ebro (Beltrán Lloris/Martín Bueno/Pina 2000).

El llamado bronce de Áscoli (*ILS*, 8888), conservado en los Museos Capitolinos de Roma, constituye el primer testimonio de concesión colectiva de ciudadanía romana a hispanos (Criniti 1970; Roldán 1986; Amela 2000; Roldán/Wulff 2001, 198-208). Debido al estallido en Italia, el año 91 a.C., de la guerra de los aliados, motivada por la reclamación de la mayoría de los pueblos itálicos de obtener la ciudadanía romana de pleno derecho, el Estado romano hubo de reclutar tropas auxiliares —que sustituyeran a las habituales itálicas— en algunas provincias del Imperio, entre ellas Hispania. En el bronce de Áscoli es mencionado un grupo de jinetes procedentes de la cuenca del Ebro que fueron, presumiblemente, reclutados en la ciudad de *Salduie* (la *Salduuia* romana, ubicada en el solar donde décadas más tarde se asentaría la colonia *Caesar Augusta*, hoy Zaragoza), por lo que recibieron el nombre colectivo de *turma Salluitana*, es decir, «el escuadrón de *Salduie*». Probablemente, el hecho de que *Salduie* ocupara un lugar central en la cuenca y que fuera la única ciudad de las que aportaban jinetes a la *turma* que estaba situada junto al río Ebro, explique que fuera elegida como centro de reclutamiento, al facilitar el transporte fluvial hasta *Dertosa* (Tortosa) y de ahí el viaje por mar a Italia (Pina 2003). Resulta significativo para entender el proceso de romanización en la zona, que los individuos mencionados en la inscripción —todos ellos con onomástica indígena, salvo los procedentes de *Ilerda* (Lérida), que portan nombres romano-itálicos— no aparezcan agrupados en función de su pertenencia a una etnia (ilergetes, sedetanos, etc.), sino a una ciudad determinada, convertida pues la ciudad en la célula fundamental de la administración romana (Abascal/Espinosa 1989). El mismo Valerio Flaco, que había aniquilado a los celtíberos en el año 93, y que seguía siendo gobernador de la *Hispania Citerior*, debió de reclutar a los jinetes hispanos, que combatieron en Italia en el ejército romano durante el sitio de *Asculum*, la moderna Áscoli, a las órdenes de Pompeyo Estra-

bón. Como recompensa por su valor en el combate, su general en jefe les otorgó diversas condecoraciones militares y, además, les concedió la ciudadanía romana de pleno derecho. La inscripción certifica este acontecimiento, que tuvo lugar en un acto público celebrado ante todos los soldados frente a *Asculum*, el día 17 de noviembre del año 89 a.C.

La segunda inscripción es el denominado bronce de Contrebia, procedente de la ciudad celtibérica de *Contrebia Belaisca* (Botorrita), situada a orillas del río Huerva, veinte kilómetros al sur de Zaragoza (Fatás 1980; Richardson 1983). El epígrafe está perfectamente datado en el año 87 a.C., y recoge la sentencia dictada por el *senatus Contrebiensis* en relación con un pleito de aguas surgido entre los habitantes de *Salduie* y los de *Alaun* (Alagón), a unos veinticinco kilómetros de distancia de *Salduie*, Ebro arriba, por la construcción de un canal en el territorio de la *ciuitas Sosinestana*, que estaría situado entre unos y otros, presumiblemente en la margen derecha del río. Resulta particularmente interesante el hecho de que el pleito sea juzgado por el órgano representativo de una tercera ciudad, con seguridad celtibérica. Todo parece indicar que *Salduie* sería, en cambio, una ciudad ibérica, en principio, perteneciente al territorio de los sedetanos (Fatás/Beltrán Lloris 1997). Por lo que respecta a *Alaun*, Ptolomeo —que la llama *Allauona*— la menciona como una comunidad vascona (Ptol. 2, 6, 66), pero el nombre de la ciudad es claramente céltico, y en el año 87 debía de pertenecer al ámbito celtibérico, tal vez al de los lusones. Aunque se trata de una cuestión que interesa a indígenas, el documento, pensado para ser exhibido en público, está escrito en latín, lo que indica la diversidad de culturas que confluían en el valle del Ebro (Beltrán Lloris 1993, 1995), y la sentencia fue sancionada por Valerio Flaco, todavía entonces gobernador de la *Citerior*.

La guerra sertoriana es relativamente bien conocida en sus detalles, gracias especialmente a la biografía escrita por Plutarco sobre Quinto Sertorio, considerado en la Antigüedad un personaje digno de atención, especialmente por sus cualidades como comandante militar (Spann 1976; Konrad 1985; Neira 1986; García Morá 1991; Roldán/Wulff 2001, 223-246; Bravo 2001, 37-45). Pero tanto la propia figura del líder de origen sabino, como sus propósitos, han sido objeto de todo tipo de consideraciones contradictorias hasta la actualidad, de modo que Sertorio ha sido visto como héroe *popularis*, libertador de Hispania frente al dominio romano, traidor a Roma, patriota itálico o simple aventurero en busca de gloria. Si bien la guerra se desarrolló íntegramente en Hispania, el conflicto debe ser entendido como una derivación de las guerras civiles que en la década de los ochenta enfrentaron en Italia a marionistas y cinanos contra los partidarios de Sila. Fue ante todo una reacción contra la toma del poder por parte de Sila y frente a la reorganización estatal lle-

vada a cabo por éste como dictador. Sertorio nunca intentó crear un Estado hispano independiente de Roma bajo su dirección, en ningún momento se planteó la posibilidad de que Hispania dejara de ser una provincia perteneciente al Imperio romano. Su objetivo fue siempre dirigir un movimiento, en el que se integraron exiliados supervivientes de la represión silana, que acabara con el régimen de Sila e hiciera posible recuperar el que él consideraba legítimo funcionamiento de la República romana.

Sertorio fue elegido pretor para el año 83 y se le asignó la provincia de *Hispania Citerior*, hacia la que se dirigió tras haber tomado parte en los primeros episodios de la guerra civil en suelo itálico. Una vez que Sila se hizo con el poder y asumió el cargo de dictador, destituyó inmediatamente a Sertorio como gobernador provincial. Sertorio intentó sin éxito impedir que su sustituto se hiciera cargo del gobierno en Hispania, por lo que en el año 81 se vio obligado a huir al norte de África, donde permaneció durante un corto periodo de tiempo. Sertorio consideró su relevo, en todo momento, ilegal, puesto que siempre juzgó ilícito el gobierno de Sila. De hecho, los proyectiles de bala utilizados por las tropas sertorianas que han sido hallados en diversos lugares de la península Ibérica —datados entre los años 76 y 74, cuando el conflicto alcanzó su máxima expresión—, llevan invariablemente inscrita la palabra «procónsul» tras el nombre de Quinto Sertorio (Chic 1986; Beltrán Lloris 1990). De este modo pretendía proclamar ante sus adversarios la legitimidad de su cargo: él era el gobernador legal de Hispania. Al hacer uso de su título oficial, Sertorio rechazaba explícitamente su destitución e, implícitamente, su consideración de enemigo público (*hostis*), ya que oficialmente la guerra contra Sertorio fue considerada por el Senado como una guerra exterior, no como un conflicto civil.

En el año 80, Sertorio regresó a Hispania, supuestamente, reclamado por los lusitanos para ponerse al frente de una nueva sublevación contra Roma. No están claras las circunstancias por las que los lusitanos pudieron ofrecer a Sertorio el liderazgo de su insurrección. No sorprende, en cambio, la nueva rebelión de los lusitanos, sobre los cuales apenas trece años atrás se había celebrado el último triunfo conocido, como hemos visto anteriormente. Sertorio desembarcó en el litoral gaditano con un pequeño ejército y, tras vencer sucesivamente a los propretors Cota y Fufidio, se instaló en Lusitania junto con un importante contingente de tropas lusitanas.

En el año 79 fue enviado a la *Hispania Ulterior* como procónsul Quinto Cecilio Metelo Pío. Su superioridad numérica se tradujo, en un primer momento, en un rápido e imparable avance por la Lusitania meridional, facilitado por la táctica de Sertorio, que rehuía cualquier enfrentamiento en campo abierto y prefería poner en práctica una guerra de guerrillas, mejor adaptada a las características de sus hombres,

buenos conocedores del terreno. Los éxitos de Metelo resultaron efímeros. Sertorio, tras infligir importantes bajas al ejército romano, logró en el año 78 recuperar el control sobre todo el territorio que había caído en manos del procónsul, que se vio obligado a hacerse fuerte al sur de la línea formada por el río Guadiana. Simultáneamente, el cuestor de Sertorio, Lucio Hirtuleyo, venció al gobernador de *Hispania Citerior*, logrando así impedir que sus tropas se unieran con las de Metelo y, posteriormente, derrotó cerca de *Ilerda* al gobernador de la Galia Narbonense, que había venido en ayuda de su colega de la *Hispania Citerior*.

Una vez consolidada su posición, Sertorio dejó a Hirtuleyo al mando de sus hombres en Lusitania, con orden expresa de mantenerse a la defensiva, y marchó a *Hispania Citerior*, donde obtuvo la alianza de los celtíberos y se hizo fuerte en el valle medio del Ebro, en cuyo territorio pasó el invierno entre los años 77 y 76, en un campamento instalado junto a la ciudad de *Castra Aelia*, en el cual reorganizó y rearmó a sus tropas, al tiempo que reafirmó sus relaciones de amistad con los indígenas próximos (Liv. *Per.* 91; Sall. *Hist.* 2, 98,5; Plut. *Sert.* 16). En ese mismo año 77, la cifra de soldados al mando de Sertorio se había multiplicado al unirse a su bando Marco Perperna con un importante número de soldados. Perperna había participado en el año 78 en la rebelión del cónsul Lépido contra el régimen silano, y tras el fracaso de la revuelta había huido primero a *Sardinia* y luego a Hispania. La llegada de Perperna permitía visualizar ideológicamente al movimiento sertoriano como el último reducto de resistencia política contra el régimen silano.

En ese contexto de legitimación ideológica deben entenderse una serie de medidas políticas adoptadas en ese momento. Sertorio creó un senado formado por exiliados romanos y promovió la elección de magistrados de la misma procedencia. Era la consecuencia lógica de la legitimidad con la que se consideraba investido: frente al Senado y a los magistrados gobernantes en Roma como consecuencia de la implantación del orden silano, Sertorio creó órganos de gobierno paralelos en el exilio, con el objetivo último de llegar a sustituirlos algún día. No se trataba en absoluto de instaurar un régimen de gobierno en un Estado independiente hispanorromano. *Osca* (Huesca) parece haberse convertido en ese momento en la auténtica capital sertoriana, y en ella acuñó Sertorio una importante cantidad de monedas. De acuerdo con Plutarco, fundó en dicha ciudad una escuela para difundir entre la aristocracia indígena la educación romana.

Teniendo bajo su control la mayor parte de la *Hispania Citerior* y de la Lusitania, Sertorio había alcanzado en el año 77 su máximo poder (Pina/Pérez Casas 1998). La situación era vista en Roma con gran preocupación, ante el riesgo de que el conflicto pudiera extenderse provocando una nueva guerra civil en suelo itálico. En esas

circunstancias, el Senado encargó a Pompeyo la misión de acabar con la guerra sertoriana. A tal efecto, Pompeyo recibió como procónsul un mando militar extraordinario y partió hacia Hispania con el mismo ejército con el que acababa de reprimir la revuelta de Lépido.

Sertorio situó a Perperna en curso inferior del Ebro, mientras él se asentaba con sus tropas en el valle medio, con la esperanza de frenar el avance de Pompeyo desde el norte. Mientras tanto, Hirtuleyo permanecía en Lusitania con la misión de impedir que Metelo pudiera unir sus soldados con los de Pompeyo o atacar a los sertorianos desde el sur. En un primer momento, la estrategia de Sertorio tuvo éxito, ya que, aunque Pompeyo franqueó fácilmente el Ebro, sufrió una severa derrota en Lauro, en la costa levantina, lo que dejó esta región en manos sertorianas. Sin embargo, la situación comenzó a cambiar cuando, en el año 75, Metelo logró finalmente vencer a Hirtuleyo, que pereció en la batalla, y pudo acudir en ayuda de Pompeyo, lo que obligó a Sertorio a concentrar sus tropas en el interior de Hispania, en territorio de los celtíberos.

Mientras Pompeyo escribía una carta al Senado, exigiendo en términos categóricos refuerzos que le fueron concedidos, Sertorio jugó su última baza suscribiendo un pacto con Mitridates, rey del Ponto, contra el que Roma llevaba años combatiendo para frenar su expansión en el Mediterráneo oriental. De acuerdo con el pacto suscrito, Sertorio reconocía el dominio del monarca sobre Asia Menor, a cambio de ayuda económica y del envío de cuarenta barcos con soldados que debían colaborar en la lucha contra las tropas senatoriales. El acuerdo con quien había sido en los últimos años el gran enemigo de Roma, se convirtió para la tradición adversa a Sertorio en el mejor ejemplo de su traición hacia su patria. Sin embargo, Sertorio no ofrecía en realidad más que una promesa que solo podía ser materializada en caso de que se hiciera con el poder, una meta para la que necesitaba imperiosamente la ayuda exterior. Como hasta ese momento lo habían sido los indígenas hispanos, Mitridates era simplemente un instrumento en su objetivo final de acabar con el régimen silano.

En cualquier caso, cuando los barcos del rey arribaron a la costa mediterránea hispana, las tropas sertorianas habían perdido ya cualquier posibilidad de lograr la victoria. La acción conjunta de Pompeyo y Metelo les permitió arrebatar a Sertorio, poco a poco, el control de la mayor parte de Celtiberia, lo cual se tradujo en la aparición de disensiones internas en el seno de las fuerzas rebeldes, hasta que, finalmente, una conjuración promovida aparentemente por el propio Perperna terminó con el asesinato de Sertorio en *Osca* en el año 73. En los meses siguientes resultó sencillo para Pompeyo acabar con los restos del ejército sertoriano, a cuyo frente estaba Perperna, que fue hecho prisionero y ejecutado.

Pompeyo hizo erigir trofeos conmemorativos de su victoria en los Pirineos, tanto en su extremo oriental (trofeo de Panissars: Castellví/Nolla/Rodà 1992), como posiblemente en la zona occidental (trofeo de Urkulu en el Pirineo navarro: Beltrán Lloris/Pina 1994, 115-117), tras lo cual regresó victorioso a Roma al comienzo del año 71, todavía a tiempo de acabar con los últimos grupos de esclavos rebeldes que habían luchado con Espartaco. Pero antes de abandonar Hispania se ocupó de premiar y castigar a aquellas comunidades indígenas que se habían mostrado, respectivamente, fieles u hostiles a Roma (Plut. *Pomp.* 21, 1). En ese contexto, dio nombre a la ciudad de *Pompelo* (Pamplona), que se convirtió desde entonces en la principal ciudad de los vascones, y deportó a determinadas poblaciones indígenas, con las que fundó, al menos, una ciudad al norte de los Pirineos, *Lugdunum* (Saint-Bertrand-de-Comminges). La información procede del *Contra Vigilantium* de Jerónimo (Jer. *Adu. Vigil.* 4 [ed. Migne, *Patr. Lat.* XI, 389-390]). Jerónimo descalifica a Vigilancio por ser descendiente de los *Conuenaes*, literalmente «los mezclados». De ellos afirma que Pompeyo, una vez conquistada Hispania y cuando se apresuraba para ir a Roma a celebrar su triunfo, los hizo conducir a través de los Pirineos para reunirlos en una ciudad, que adoptó por ello el nombre de *urbs Conuenaarum*, en alusión a la mezcla de sus habitantes, que procedían de diversos lugares (Str. 4, 2, 1; Plin. *HN.* 4, 108). Jerónimo especifica que esos *Conuenaes* eran vectones, es decir vettones, arrevaci, es decir areuaci, y celtíberos. Naturalmente, debe entenderse que solo una parte de estos pueblos fueron deportados: aquellos que se hubieran destacado por su apoyo a Sertorio. Probablemente, *Lugdunum* no fue la única ciudad fundada o refundada con estos deportados hispanos, que pudieron asimismo asentarse en otras poblaciones en el sur de la Galia y en el norte de Hispania (Pina 2004, 233-239).

Hispania entre César y Pompeyo

Las fuentes antiguas no proporcionan muchas informaciones sobre Hispania para el periodo comprendido entre el final de la guerra sertoriana y el comienzo de la guerra civil, es decir, entre los años 71 y 49. De hecho, ni siquiera conocemos los nombres de todos los gobernadores provinciales en ese periodo. Los autores antiguos estuvieron obviamente mucho más interesados en relatar episodios de mayor relevancia o interés narrativo, como el final de la revuelta de Espartaco (73-71 a.C.), el primer consulado de Pompeyo y Craso (70), la guerra de Pompeyo contra los piratas y sus victorias en el Mediterráneo oriental (67-63), la conjuración de Catilina (63), la conquista cesariana de las Galias (58-51), etc. Tal vez por influencia de esa

ausencia de noticias, cuando la historiografía moderna aborda esa época tiende a presentar una Hispania pacificada, generalizadamente romanizada y convertida en fuente de sólidas clientelas provinciales por las que habrían luchado, anticipadamente, César y Pompeyo, como medio de fortalecer su posición dentro del Estado romano. Sin embargo, esta imagen no se corresponde exactamente con la realidad que nos ofrecen las escasas fuentes conservadas.

Ciertamente, en los veinte años que siguieron a la guerra sertoriana no existió en Hispania una fase de violencia comparable con ella, pero eso no quiere decir que no existieran episodios bélicos de relevancia. Cuando Pompeyo abandonó Hispania en los primeros meses del año 71, la situación estaba aparentemente bajo control. Sin embargo, hay indicios de que la pacificación no era absoluta, porque Marco Pupio Pisón Calpurniano, procónsul o propretor en los años 71 y 70 en alguna de las dos provincias hispanas, celebró un triunfo a su regreso a Roma en el año 69 (Asc. *Pis.* 62). Es obvio, por lo tanto, que logró una importante victoria sobre pueblos hispanos sin especificar, algo de lo que no tenemos ninguna noticia en las fuentes literarias. Sus enemigos pudieron ser lusitanos si él fue gobernador de la *Vlterior*, pero igualmente pudieron haberlo sido, en la *Citerior*, poblaciones celtibéricas que también se destacaron por su apoyo a Sertorio hasta el final.

En el año 65 tuvo lugar en Hispania otro episodio violento pero de características diferentes. Según narra Salustio (Sall. *Cat.* 19), Cneo Calpurnio Pisón, quien supuestamente había colaborado con Catilina en la llamada «primera conjuración», fue nombrado *quaestor pro praetore* para la *Hispania Citerior*. Cuando ya se encontraba en su provincia fue asesinado por jinetes hispanos que formaban parte de sus tropas. Su muerte tuvo, lógicamente, repercusiones políticas en Roma y no parece que fuera nunca totalmente aclarada. Salustio aporta dos interpretaciones sin pronunciarse por ninguna. Una de ellas ve el episodio en clave provincial, al entender que los hispanos lo habrían asesinado por su crueldad y trato injusto, algo de lo que no se proporciona dato alguno. La cuestión se enreda aún más desde el momento en que, por lo que parece, Pisón habría tenido como objetivo levantar en armas toda Hispania para ponerla del lado de Catilina. La otra interpretación trata el asunto en clave interna de Roma. Los jinetes hispanos habrían matado a Pisón por orden de Pompeyo, y lo habrían hecho como clientes suyos, obedeciendo la orden de su *patronus*. Ese mismo año o el siguiente, otro supuesto partidario de Catilina, el gobernador Publio Sittio Nucerino, intentó, según un pasaje ciceroniano, levantar en armas la *Hispania Vlterior*, al parecer sin éxito (Cic. *Sull.* 56).

En los años 61-60 fue César quien se encargó del gobierno de la *Hispania Vlterior*. Durante su mandato

dirigió una campaña militar contra los lusitanos. Las fuentes adversas a César le atribuyen la responsabilidad del conflicto, en su afán por obtener la gloria militar que le permitiera aspirar a su vuelta al consulado, como así sucedió. La tradición más común habla sin embargo de las depredaciones llevadas a cabo por los lusitanos contra otros pueblos hispanos, que habrían solicitado por ello ayuda al gobernador romano (Plut. *Caes.* 11-12; Suet. *Iul.* 18; App. *BC.* 2, 8). Casio Dion ha transmitido los detalles de la campaña militar, que incluyó la orden a los lusitanos que habitaban en la región del *mons Herminius*, es decir, en la Sierra de la Estrella, de trasladarse a la llanura para evitar sus expediciones en busca de botín (Dio Cass. 37, 52-53). César logró vencer a los insurgentes y no solo llegó con sus tropas hasta el Duero, sino que traspasó este límite de la provincia persiguiendo a los huidos. De hecho, alcanzó el límite noroccidental de Hispania llegando hasta *Brigantium* y sometiendo a su paso a los galaicos. De esta manera, César celebró un gran triunfo a su regreso a Roma y fue elegido cónsul, por primera vez, para el año 59.

En el año 56, el procónsul de la *Citerior*, Quinto Cecilio Metelo Nepote, hubo de hacer frente a un levantamiento de los vacceos y de otros pueblos próximos, tal vez arévacos y vettones (Dio Cass. 39, 54, 1-2; Cic. *Prou. Cons.* 22-23). La lucha se centró en torno a *Clunia* (Peñalba de Castro, Burgos) y, aunque Nepote logró la victoria, no parece haber conseguido una pacificación definitiva. De hecho, el Senado no le otorgó el triunfo a su regreso.

El acuerdo de Lucca suscrito en el mismo año 56 dio nueva fuerza al pacto entre los «triunviros» César, Pompeyo y Craso, que reafirmarían de este modo su dominio sobre Roma, por encima del Senado. En el reparto de poder entre los tres líderes, a Pompeyo le correspondió el gobierno de las dos provincias hispanas, aunque prefirió permanecer en Roma mientras Hispania era gobernada por sus legados Lucio Afranio y Marco Petreyo entre el año 54 y el estallido de la guerra civil en el año 49. A pesar de la reciente revuelta de los vacceos, las fuentes no informan de ningún otro hecho de armas relevante en esos años.

Los acontecimientos narrados sucintamente indican que, si bien en Hispania no se puede hablar de guerra generalizada en ningún momento entre los años 71 y 49, tampoco se puede concluir que se trataba de un territorio totalmente pacificado. En poco más de veinte años, a pesar de la parquedad de las fuentes, sabemos que dos gobernadores celebraron sendos triunfos sobre pueblos indígenas, que lusitanos, vacceos y otros hispanos se rebelaron contra el Estado romano y que, ambas provincias, estuvieron en peligro de sufrir rebeliones generalizadas en el contexto de la lucha por el poder protagonizada por Catilina y sus seguidores en Roma. Se trata de un escenario en el fondo con

ciertas similitudes al que presentaba Hispania en los años finales del siglo II y comienzos del I a.C., cuando las diversas revueltas de celtíberos y lusitanos se habían traducido asimismo en la celebración de triunfos por parte de sus represores.

La situación muestra, en cualquier caso, que hablar de Hispania como un ente unitario y uniforme resulta ser una simplificación inaceptable. Como venía sucediendo desde hacía más de un siglo, existía una evidente diferencia entre los pueblos de la costa mediterránea, valle del Ebro y valle del Guadalquivir, por una parte, y los pueblos del interior, por otra. Mientras entre los primeros el grado de integración política y cultural en el mundo romano era bastante profundo, y se puede hablar de una pacificación total desde la campaña del cónsul Catón en el año 195, las poblaciones de la Meseta y de Lusitania seguían manteniendo una resistencia a la dominación romana y, por lo tanto, también a su integración, a pesar de que celtíberos y lusitanos habían sido derrotados en diferentes ocasiones por las legiones romanas.

Esto lleva a otra reflexión: Hispania no era una *regio* de Italia como a veces parece desprenderse indirectamente de esa imagen de territorio pacificado y romanizado que se tiende a dar de ella en el siglo I a.C. Los gobernadores venían a Hispania pensando preferentemente en Roma e Italia, donde estaba la masa de ciudadanos que votaba en las elecciones y que era susceptible de ser reclutada para las legiones. Hispania era una provincia en la que se podía obtener gloria militar, tal vez riqueza, quizá clientelas militares procedentes de un ejército cada vez más afín a sus *imperatores*, pero todo ello debía servir para lograr influencia y poder en Roma, donde estaban los órganos de decisión desde los que se administraba todo el Imperio.

En ese sentido, cabe preguntarse hasta qué punto era importante para los procónsules o propretors que gobernaban las provincias hispanas la obtención de clientelas civiles entre los provinciales (Badian 1958). Es prácticamente un lugar común ver en la presencia tanto de Pompeyo como de César en Hispania, la búsqueda de clientelas como un objetivo preferente y planificado conscientemente, con vistas a una futura guerra civil que el historiador da por supuesta, porque conoce el desenlace, pero que los protagonistas, como es lógico, no debían necesariamente dar por descontada, en lo que constituye una clara anticipación histórica. Se asume que el final del conflicto sertoriano habría sido para Pompeyo la oportunidad de obtener prestigio y poder personal entre los celtíberos, mediante una política de entrega de beneficios a los pueblos que se hubieran mostrado fieles. En el valle del Ebro y en la región levantina, la generosidad pompeyana se habría traducido en la concesión de la ciudadanía romana a determinados individuos, y lo mismo habría sucedido supuestamente incluso en la *Vlterior*, provincia en la

que Pompeyo no intervino militarmente, pero donde la concesión de ciudadanía al gaditano Lucio Cornelio Balbo y a toda su familia sería solo un ejemplo relevante de un modo de actuación mucho más amplio (Cic. *Balb.* 6). Pompeyo se habría convertido por consiguiente en el *patronus* por excelencia de un buen número de hispanos, y habría abandonado Hispania en el año 71 dejando tras de sí una considerable influencia en el conjunto de la península Ibérica (Roldán/Wulff 2001, 248-251; Bravo 2001, 45; Amela 2002).

Que, como era habitual, Pompeyo repartió beneficios entre los pueblos indígenas que se habían mostrado fieles a Roma está fuera de duda. Pero, en sentido contrario, no hay que olvidar que Pompeyo, entre los años 77 y 71, combatió a sangre y fuego no solo contra el rebelde Sertorio, sino contra muchos pueblos hispanos que adoptaron el bando sertoriano con gran fidelidad. Ciudades como *Oscá*, *Termes*, *Clunia*, *Vxama* y *Calagurris*, resistieron frente a Pompeyo hasta el final, incluso tras la muerte de Sertorio, llegando en el caso de *Calagurris* a grados de heroísmo que llamaron la atención de las fuentes antiguas (Flor. 2, 10, 9; Oros. 5, 23, 14; Sall. *Hist.* 3, 86-87; Val. Max. 7, 6, ext. 3; después comentados en: Espinosa 1984; Ramírez Sádaba 1985; Pina 2006b). Muchas poblaciones indígenas debieron de sufrir importantes daños, cuando no fueron totalmente destruidas. En concreto, en el valle del Ebro, si la cronología es correcta (Beltrán Lloris 1986: destrucción de Azaila en época sertoriana; en contra, Ribera/Martín Jordá 2005: destrucción en época cesariana), un buen número de yacimientos parecen haber sido destruidos y abandonados durante la contienda, aunque ciertamente es difícil determinar si lo fueron por el bando pompeyano o por el sertoriano. Pompeyo castigó duramente a los pueblos indígenas vencidos antes de marchar hacia Roma, y el castigo incluyó, como hemos visto, la deportación de grupos de vettones, arévacos y celtíberos. Es decir, si algunos hispanos podían ver desde entonces en Pompeyo a un *patronus*, muchos otros verían en él a un destructor y a un representante de la represión del Estado romano. Si Pompeyo dejó en Hispania clientelas, no es menos cierto que dejó sin duda resentimiento y un buen número de enemigos.

En cualquier caso, tampoco está claro que sus clientes, y los parientes de éstos, representaran una fuerza de absoluta fidelidad, si tenemos en cuenta que tanto el antes mencionado Lucio Cornelio Balbo, como su sobrino del mismo nombre, fueron ardientes cesarianos durante la guerra civil, a pesar de haber recibido la ciudadanía romana de manos de Pompeyo (Rodríguez Neila 1992). Es sin duda un ejemplo evidente de que las clientelas creadas por los *imperatores* en las provincias no eran una especie de pactos políticos inamovibles. Cuando Pompeyo, años más tarde, recibió el mando de Hispania tras el acuerdo de Lucca, prefi-

rió significativamente no abandonar Roma, antes que seguir sumando clientelas provinciales. En los cinco años en los que, teóricamente, administró Hispania a través de sus legados no hay motivos para afirmar que su prestigio entre los provinciales creciera de forma considerable y que esto se tradujera en el aumento de sus clientelas en la región.

Por su parte, según la visión tradicional, César también habría dedicado supuestamente grandes esfuerzos a lograr consolidar en Hispania un poder personal basado en amplias clientelas indígenas. Su primer contacto con Hispania se produjo en el año 69, como cuestor a las órdenes del gobernador de la *Hispania Ulterior*, Gayo Antistio Veto. Como representante del gobernador, se encargó de la administración de justicia en las ciudades donde eran convocados periódicamente los provinciales para dirimir sus querellas judiciales. Eso habría supuesto para César recorrer necesariamente algunas de las ciudades más importantes de la *Ulterior*, como *Corduba* (Córdoba), *Hispalis* (Sevilla) y *Gades* (Cádiz). Cuando, en el año 45, César convocó una asamblea en *Hispalis* para hablar a los hispanos que se habían enfrentado a sus tropas en el *bellum Hispaniense*, se lamentó de la ingratitud de los habitantes de la provincia a los que, afirmó, había concedido *beneficia* durante su cuestura (Caes. *Bell. Hisp.* 42). Fue sin duda en ese momento cuando entabló amistad con los citados Cornelio Balbo gaditanos, ya convertidos en ciudadanos romanos de pleno derecho gracias a Pompeyo. Como hemos visto anteriormente, César volvió a la *Ulterior* como procónsul en el año 61. La mayor parte de su mandato la dedicó a vencer a lusitanos y galaicos, pero también desarrolló una política favorable a muchas comunidades indígenas, con medidas de tipo fiscal con las que pretendía aliviar las cargas que soportaban muchas de ellas, como castigo por su actitud durante la guerra sertoriana. En principio, el comportamiento de César le habría permitido consolidar y ampliar sus clientelas en la *Ulterior*.

De este modo, la historia de las provincias hispanas durante los algo más de veinte años que median entre el final de la guerra sertoriana y el comienzo de la guerra civil, tiende a verse como la historia de la extensión en ellas del poder personal e influencia tanto de Pompeyo como de César (Roldán/Wulff 2001, 252). Esa tendencia a ver en realidad Hispania implícitamente como una *regio* de Italia, lleva a explicar lo que en ella sucede preferentemente en clave interna romana. César y Pompeyo habrían dedicado sus esfuerzos a ganar apoyos en Hispania de cara a un futuro enfrentamiento militar inevitable. Pompeyo habría extendido extraordinariamente su influencia en la *Citerior*. César habría cimentado su poder en la *Ulterior*, aunque el hecho de que Hispania hubiera correspondido a Pompeyo tras el acuerdo de Lucca del año 56 pudo decantar este territorio hacia su bando.

No hay razón para dudar de la existencia de tales clientelas provinciales y del prestigio que habían de suponer para sus poseedores. De hecho, el propio César afirma, en varias ocasiones, que Pompeyo tenía en la *Hispania Citerior* numerosas clientelas, y que las ciudades que lo habían apoyado en la guerra sertoriana lo veneraban, aunque también es cierto que añade que las que habían sido vencidas por él lo temían (Caes. *Bell. Ciu.* 1, 29, 3; 1, 61, 2-3; y 1, 18, 7). Lo que resulta mucho más discutible es el significado político y militar que suele darse a esas clientelas provinciales. Si el número de clientes hispanos de Pompeyo y César llegó a ser tan importante, cabe pensar que las clientelas de unos y otros habrían desempeñado un papel relevante en la guerra civil. ¿Hasta qué punto fue así?

La guerra civil y sus consecuencias

El día 10 de enero del año 49 a.C., César atravesó el Rubicón. Desde una perspectiva histórica, daba comienzo así una guerra civil, en la que César y Pompeyo lucharon por obtener el máximo poder en la República, pero que habría de poner punto final de hecho a la República romana y dar lugar a la creación de un nuevo modelo de Estado. Desde la perspectiva de los dos grandes protagonistas, la confrontación era más bien, ante todo, una cuestión de *dignitas* personal, que es en definitiva la principal razón aducida por el propio César para justificar el abandono de su *provincia* y la invasión de Italia. La guerra civil se desarrolló durante los siguientes cuatro años en diversos escenarios, a lo largo de prácticamente todo el Mediterráneo. Uno de ellos fue Hispania, que tuvo un especial protagonismo tanto en el comienzo como en la resolución final del conflicto, con una notable implicación de sectores importantes de indígenas hispanos.

Una de las claves del éxito cesariano en la primera fase de la guerra civil fue su rapidez de movimientos. Su rápido transcurrir a través del norte de Italia provocó la huida de Roma de Pompeyo y de muchos senadores que lo acompañaron, también, cuando salió de Italia. César pudo disfrutar desde ese momento de grandes recursos económicos dejados en Roma, así como del control efectivo de la *Urbs*, algo de una importancia simbólica nada desdeñable. En lugar de marchar contra Pompeyo en Grecia, prefirió acudir con su ejército a Hispania, donde los legados pompeyanos disponían de siete legiones, además de las habituales tropas auxiliares formadas por indígenas hispanos. El objetivo cesariano era no dejar a su espalda un poderoso ejército enemigo que pudiera servir de tenaza cuando él marchara contra Pompeyo.

Siguiendo órdenes de Pompeyo, sus legados Afranio y Petreyo concentraron sus tropas en la *Citerior*, en torno a la ciudad de *Ilerda*. Allí acudió César, retrasa-

do en su marcha por la hostilidad de los massaliotas. César concentró frente a *Ilerda* a seis legiones, además de las tropas auxiliares. La campaña de *Ilerda* se prolongaría durante varios meses en la primavera y verano del año 49. Según el prolijo relato del propio César, la victoria se inclinó hacia su lado en el momento en que determinados pueblos indígenas decidieron unirse a él (Caes. *Bell. Ciu.* 1, 60). Lo hicieron los tarraconenses (*Tarraco* fue una de las ciudades que más tiempo había apoyado a Sertorio contra Pompeyo), los jacetanos (¿o lacetanos?), los ausetanos y los ilurgavonenses (una cohorte de ilurgavonenses abandonó el ejército pompeyano y se pasó al cesariano). Se trata de pueblos que habitaban todos ellos en el cuadrante nororiental de la *Hispania Citerior*. Si la *Citerior* era una provincia en la que Pompeyo gozaba de tan extensas y firmes clientelas, mientras que César era prácticamente un desconocido hasta entonces, es sorprendente que esas supuestas clientelas no desempeñaran un papel decisivo a favor de Pompeyo. Sobre todo porque, dos décadas antes, muchos indígenas sí se habían implicado de un modo tan intenso en su apoyo a otro *imperator* romano, Sertorio.

Tras la capitulación de Afranio, la *Citerior* quedó en manos de César. Y poco después también cayó la provincia *Vltior*, a cuyo cargo se encontraba Marco Terencio Varrón. Ello se debió, por un lado, a la impericia de Varrón, pero también a la hostilidad de ciudades como *Corduba*, *Carmo*, *Gades* o *Italica*, que se negaron a prestarle su apoyo (Caes. *Bell. Ciu.* 2, 19-20). En este caso, sí pudo haber desempeñado un papel importante la fidelidad a César de determinadas ciudades clave, si bien en concreto en *Corduba* no fueron indígenas, sino el *conuentus ciuium Romanorum* el que decidió cerrar sus puertas a Varrón. Probablemente fue en ese año 49 cuando César concedió a *Gades* el título de *municipium*.

La guerra civil se desplazó en los años siguientes a otros escenarios del Mediterráneo, Grecia, Egipto y norte de África, para poner su epílogo en el año 45 de nuevo en Hispania. César, tras su partida en el año 49, había dejado a cargo de la provincia a Quinto Casio Longino. Longino acometió inmediatamente la enésima campaña victoriosa contra los lusitanos, una nueva prueba de que la situación y también los intereses eran muy diferentes en el este y sur de la Península en comparación con el interior. Pero Longino no hizo honor a la confianza depositada por el dictador, y provocó que las tropas a su cargo se levantaran contra él debido a su mala administración y, sobre todo, a sus arbitrariedades (*Bell. Alex.* 48-63). Longino se vio, finalmente, obligado a huir y fue sustituido como gobernador por Trebonio (*Bell. Alex.* 64). En esas circunstancias, Cneo Pompeyo, el hijo mayor de Pompeyo Magno, desembarcó en Hispania tras el desastre de Tapso en el norte de África, con la esperanza de hallar una última posibi-

lidad de vencer a César. En la *Vlterior* se encontró con una situación muy favorable. Las legiones expulsaron a Trebonio y se unieron a las tropas de Cneo Pompeyo. Además, la mayor parte de ciudades importantes de la *Vlterior* se unieron asimismo al bando pompeyano: *Corduba*, donde se hizo fuerte su hermano Sexto Pompeyo, *Vrso*, *Hispalis*, *Carteia*, Ategua, etc. El propio César se vio obligado a hacerse cargo del mando de la campaña, bien conocida gracias al *bellum Hispaniense*, obra que desde el punto de vista cesariano proporciona detallada información sobre los acontecimientos. El resultado de este conflicto fue la victoria cesariana. El día 17 de marzo del año 45, las tropas pompeyanas fueron derrotadas en la batalla de *Munda*, que prácticamente puso punto final a la guerra civil (Melchor/Mellado/Rodríguez Neila [eds.] 2005; Pina/Zanier 2006).

La *Vlterior* era aparentemente un feudo cesariano. Allí, César había logrado supuestamente amplias clientelas durante su cuestura y durante su proconsulado. Y, en el año 49, algunas importantes ciudades habían tomado el bando cesariano de manera inmediata, contribuyendo a que toda la provincia cayera rápidamente en sus manos. Sin embargo, en el año 46 y durante la campaña de *Munda*, ocurrió todo lo contrario. De repente, casi todas las ciudades adoptaron el bando pompeyano con las excepciones de *Vlia*, *Carruca* y *Gades*, donde estaba la flota cesariana, que mantenía una estrecha relación con César, personificada en la familia de los Balbo. En este proceder anticesariano pudo influir sin duda en un primer momento la rechazable conducta de Casio Longino, pero esta toma de posición se mantuvo incluso cuando ya el propio César se encontraba en la *Vlterior*. Y en ciudades como *Munda*, *Vrso*, *Hispalis* o *Corduba*, la resistencia frente a César fue tan intensa, incluso cuando todo parecía perdido, que la adscripción al bando pompeyano parece fruto de una decisión que iba más allá de la mera coyuntura. De nuevo resulta complicado entender lo sucedido si se intenta explicar exclusivamente en clave de patronazgos y clientelas o, al menos, tal y como se ha tendido a interpretar la relación entre un *patronus* y sus clientelas provinciales.

Por un lado, tal vez haya que pensar que las clientelas de Pompeyo y César en Hispania no eran tan extensas como se ha pretendido. Al hablar de clientes de uno u otro, parece darse por sobreentendido que se trata de clientelas colectivas formadas por ciudades o incluso pueblos enteros de Hispania, que pondrían al servicio de los *imperatores* toda su población, cuando más bien se trataría de relaciones personales establecidas entre los generales romanos y determinadas elites indígenas. Dar por supuesto que esos pactos personales obligarían a toda la comunidad a la que pertenecían esas aristocracias no deja de ser una conjetura difícil de demostrar, teniendo en cuenta nuestro notable desconocimiento del funcionamiento interno de las socie-

dades indígenas. Es razonable suponer, por ejemplo, que los jinetes de la *turma Salluitana* que aparecen en el antes mencionado bronce de Áscoli se sintieran obligados hacia su benefactor Pompeyo Estrabón, pero eso no quiere decir lógicamente que todos los habitantes de *Salduie*, *Ilerda*, *Segia* y demás ciudades mencionadas en la inscripción se convirtieran desde ese momento en clientes de Pompeyo Estrabón y de sus descendientes. No hay razón para pensar en la existencia de clientelas hereditarias, de modo que los indígenas se vincularan durante generaciones a una determinada *gens* a partir de una relación inicial con uno de sus miembros.

Pero aún más importante resulta poner seriamente en cuestión la idea de que las clientelas significaban alianzas estables e inamovibles entre los provinciales y un *imperator* que implicaban supuestamente un apoyo político o militar inquebrantable. Es evidente que las clientelas habían creado tradicionalmente en Roma una red vertical de relaciones que contribuía poderosamente a cohesionar la sociedad. Su importancia social está fuera de duda, y probablemente también su importancia política en la fase inicial de la Historia romana. Sin embargo, su influencia política fue ya mucho más reducida en los dos últimos siglos republicanos. En ese periodo, la política romana no puede ser vista como un simple conflicto entre clientelas, *gentes*, familias y facciones o partidos, como la presentaron en la primera mitad del siglo xx los grandes representantes del método prosopográfico, F. Münzer, M. Gelzer o R. Syme, entre otros (Hölkeskamp 2001). Del mismo modo, es preciso superar la visión de unas provincias convertidas en graneros de fidelidades inquebrantables a favor de los grandes *imperatores* romanos. En Roma, un cliente podía tener varios patronos, y no existe constancia de que su relación lo obligara a una adhesión política incondicional a favor de uno de ellos como si hubiera suscrito un contrato. De igual modo debía de suceder en las provincias, como muestra el cambiante comportamiento de pueblos y ciudades hispanos durante el conflicto militar entre cesarianos y pompeyanos o, por ejemplo, el proceder de los Balbo, en un principio próximos a Pompeyo, del que recibieron la ciudadanía romana (sin que, por cierto, adoptaran su *nomen*, siendo la transmisión del *nomen* del *patronus* al *cliens* el principal criterio que se ha manejado para identificar las clientelas provinciales), pero que fueron después fieles partidarios de César durante la guerra.

En definitiva, durante la guerra civil entre pompeyanos y cesarianos un buen número de ciudades y pueblos hispanos se involucraron voluntariamente en el conflicto tomando partido de manera muy activa por uno de los dos bandos. Las razones por las que esos hispanos combatieron en esas guerras pudieron ser diferentes en cada caso, y responderían a la situación interna y a los intereses políticos en sus respectivas comunidades. Ciertamente, uno de los motivos

pudo ser, en casos determinados, el vínculo de clientela existente entre uno de los *imperatores* combatientes y bien ocasionalmente una comunidad como tal, bien una parte de sus habitantes cuantitativa o cualitativamente relevante dentro de ella. Sin embargo, éste solo sería un factor más a tener en cuenta, no el único, y no serviría por sí mismo para explicar en su conjunto la implicación hispana. En mi opinión, ni las clientelas hispanas debieron de ser tan numerosas como para pensar en una especie de división de Hispania entre cesarianos y pompeyanos, obligados a actuar en función de las obligaciones contraídas con sus patronos, ni las clientelas provinciales deben ser vistas en general como rígidas relaciones contractuales hereditarias que implicaban necesariamente el apoyo político y militar de los clientes hacia sus patronos.

Una vez lograda la victoria, César acometió una serie de medidas con las que pretendía evitar que la *Vlterior* pudiera ser en el futuro un foco de inestabilidad. Para ello, castigó a las ciudades que habían militado en el bando pompeyano con confiscación de tierras y con medidas impositivas. Pero, al mismo tiempo, inició una ambiciosa política de colonización que no tenía precedentes, en la que no solo incluyó a veteranos del ejército, sino también a miembros de la plebe urbana de Roma. El asesinato del dictador en los *Idus* de marzo del año 44 impidió que él mismo desarrollara en la práctica la colonización que había impulsado, que quedó en manos más bien de quienes gobernaron Roma e Hispania en los años siguientes. La política de colonización fue complementada con un limitado proceso de municipalización en la *Vlterior*, donde algunas ciudades indígenas debieron de ser promocionadas al estatus de *municipium*.

Un cierto número de colonias hispanas, fundamentalmente en la *Hispania Vlterior*, son atribuibles a César, pero el problema es que, en la mayoría de ocasiones, no existen datos suficientes para determinar si fue él o su hijo adoptivo Augusto quien realmente las hizo fundar (Marín Díaz 1988). Entre otras, sabemos con seguridad que la colonia *Genetiua Iulia Vrso* (Osuna) fue fundada por Marco Antonio en el año 44, siguiendo las instrucciones del dictador ya entonces fallecido (Caballos 2006). También sería cesariana la colonia *Iulia Romula Hispal* (Sevilla). Es reseñable el hecho de que tanto *Vrso* como *Hispalis* habían sido dos de las ciudades más decididamente propompeyanas en la fase final de la guerra civil. En la *Citerior*, la política de colonización fue mucho menos extensa, teniendo en cuenta la menor participación de la provincia en la guerra. *Carthago Noua* (Cartagena), para la que recientemente se ha propuesto que Gneo Pompeyo Magno la habría convertido en colonia ya en torno al año 54 a.C. (Abascal 2002), pasó ahora a ser denominada colonia *Victrix Iulia Carthago Noua*. Por su parte, *Tarraco* (Tarragona) se convirtió oficialmente en colonia

inmediatamente o poco después de que César celebrara su triunfo en el año 45, con el nombre de colonia *Iulia Vrbs Triumphalis* (Alföldy 2000). En el valle del Ebro, la colonia *Victrix Iulia Lepida* –posteriormente llamada *Celsa*–, planificada por el triunviro Lépido, se convirtió en la primera colonia romana en la región (Beltrán Lloris 1985).

Tras la desaparición de César, Hispania se vio inmersa, en mayor o menor medida y como el resto del Imperio, en las nuevas guerras civiles que acabarían por encumbrar a Augusto como *Princeps*, además de las guerras en el norte de la Península contra cántabros y astures, que pondrían punto final a la conquista dos siglos después de su inicio (Aja/Cisneros/Ramírez Sádaba [eds.] 2007). Para entonces, Hispania era un concepto geográfico unitario, dividido oficialmente en dos provincias, que pronto se convertirían en tres, *Citerior Tarraconense*, *Vlterior Baetica* y *Vlterior Lusitania*, pero desde el punto de vista cultural y de su integración en el Imperio romano, seguía existiendo una gran diferencia entre la mitad oriental y meridional, respecto a la parte occidental y septentrional. Tarea de Augusto y de sus sucesores sería buscar nuevas formas de integración para esas regiones de Hispania.

Bibliografía

- ABASCAL, J. M. 2002: «La fecha de la promoción colonial de *Carthago Noua* y sus repercusiones edilicias», *Mastia*, 1, 21-44.
- ABASCAL, J. M.; ESPINOSA U. 1989: *La ciudad hispano-romana: privilegio y poder*, Logroño.
- AJA J. R.; CISNEROS, M.; RAMÍREZ SÁDABA, J. L. (eds.) 2007: *Los Cántabros en la Antigüedad: La historia frente al mito*, Santander.
- ALFÖLDY, G. 2000: «Wann wurde Tarraco römische Kolonie?», en: *Epigraphai. Miscellanea epigrafica in onore di Lidio Gasperini*, Tivoli, 3-22.
- AMELA, L. 2002: *Las clientelas de Cn. Pompeyo en Hispania*, Barcelona.
- 2000: «La *Turma Salluitana* y su relación con la clientela pompeyana», *Veleia*, 17, 79-92.
- BADIAN, E. 1958: *Foreign Clientelae (264-70 BC)*, Oxford.
- BELTRÁN LLORIS, F. 1995: «La escritura en la frontera. Inscripciones y cultura epigráfica en el valle medio del Ebro», en: BELTRÁN LLORIS, F. (ed.): *Roma y el nacimiento de la cultura epigráfica en Occidente*, Zaragoza, 169-195.
- 1993: «La epigrafía como índice de aculturación en el valle medio del Ebro (s. II a.e.-II d.e.)», en: UNTERMANN, J.; VILLAR, F. (eds.): *Lengua y cultura en la Hispania prerromana. Actas V Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica*, Salamanca, 235-272.

- 1990: «La pietas de Sertorio», *Gerión*, 8, 211-226.
- BELTRÁN LLORIS, F.; MARTÍN-BUENO, M.; PINA, F. 2000: *Roma en la cuenca media del Ebro. La Romanización en Aragón*, Zaragoza.
- BELTRÁN LLORIS, F.; PINA, F. 1994: «Roma y los Pirineos: la formación de una frontera», *Chiron*, 24, 103-133.
- BELTRÁN LLORIS, M. 1986: «Introducción a las bases arqueológicas del valle medio del río Ebro en relación con la etapa prerromana», en: *Estudios en Homenaje al Profesor Antonio Beltrán Martínez*, Zaragoza, 495-528.
- 1985: *Celsa*, Zaragoza.
- BRAVO, G. 2007: *Hispania. La epopeya de los romanos en la Península*, Madrid.
- 2001: *Hispania y el Imperio*, Madrid.
- CABALLOS, A. et al. 2006: *El nuevo bronce de Osuna y la política colonizadora romana*, Sevilla.
- CASTELLVÍ, J.; NOLLA, J. M^a; RODÀ, I. 1992: «Els trofeus de Pompeu i l'altar de Cèsar al coll de Pannissars», en: MAYER, M. (ed.): *Roma a Catalunya*, Barcelona, 22-25.
- CHIC, G. 1986: «Q. Sertorius, procónsul», en: *Epigrafía hispánica de época romano-republicana*, Zaragoza, 171-175.
- CRINITI, N. 1970: *L'epigrafe di Asculum di Gn. Pompeo Strabone*, Milán.
- CURCHIN, L. 1996: *España romana: conquista y asimilación*, Madrid (1ª ed., Londres 1991).
- ESPINOSA, U. 1984: *Calagurris Iulia*, Logroño.
- FATÁS, G. 1980: *Contrebia Belaisca (Botorrita, Zaragoza)*. II. *Tabula Contrebiensis*, Zaragoza.
- FATÁS, G.; BELTRÁN LLORIS, M. 1997: *Salduie, ciudad ibérica*, Zaragoza.
- GARCÍA MORÁ, F. 1991: *Un episodio de la Hispania republicana: la guerra de Sertorio*, Granada.
- GARCÍA MORENO, L. 1987: *Hispani tumultuantes*, Alcalá de Henares.
- GARCÍA RIAZA, E. 2002: *Celtiberos y lusitanos frente a Roma: diplomacia y derecho de guerra*, Vitoria.
- GONZÁLEZ ROMÁN, C. 1981: *Imperialismo y romanización en la Provincia Hispania Ulterior*, Granada.
- HÖLKESKAMP, K.-J. 2001: «Fact(ions) or Fiction? Friedrich Münzer and the Aristocracy of the Roman Republic, then and now», *IJCT*, 8.1, 92-105.
- KONRAD, CH. F. 1985: *A Historical Commentary on Plutarch's Life*, Ann Arbor.
- LE ROUX, P. 2006: *Romanos de España: ciudades y política en las provincias (siglo II a.C.-siglo III d.C.)*, Barcelona (1ª ed., París 1995).
- LÓPEZ MELERO, R.; SÁNCHEZ ABAL, J. L.; GARCÍA JIMÉNEZ, S. 1984: «El bronce de Alcántara. Una *deditio* del 104 a.C.», *Gerión*, 2, 265-323.
- MARÍN DÍAZ, A. 1988: *Emigración, colonización y municipalización en la Hispania republicana*, Granada.
- MAYER M.; RODÀ, I. 1986: «La epigrafía republicana en Cataluña. Su reflejo en la red viaria», en: *Epigrafía Hispánica de época romano-republicana*, Zaragoza, 157-165.
- MELCHOR, E.; MELLADO, J.; RODRÍGUEZ NEILA, J. F. (eds.) 2005: *Julio César y Corduba: tiempo y espacio en la campaña de Munda (49-45 a.C.)*, Córdoba.
- NEIRA, M^a. L. 1986: «Aportaciones al estudio de las fuentes literarias antiguas de Sertorio», *Gerión*, 4, 189-211.
- PASTOR MUÑOZ, M. 2004: *Viriato: el héroe hispano que luchó por la libertad de su pueblo*, Madrid.
- PINA, F. 2006b: «Calagurris contra Roma: de Acidino a Sertorio», *Kalakorikos*, 11, 25-37.
- 2006a: «Imperialismo y estrategia militar en la conquista de Hispania Citerior, 218-153 a.C.», en: BURILLO, F. (ed.): *Segeda y su contexto histórico. Entre Catón y Nobilior (195 al 153 a.C.)*, Zaragoza, 71-80.
- 2004: «Deportaciones como castigo e instrumento de colonización durante la República romana. El caso de Hispania», en: MARCO, F.; PINA, F.; REMESAL, J. (eds.): *Vivir en tierra extraña. Emigración e integración cultural en el mundo antiguo*, Barcelona, 211-246.
- 2003: «¿Por qué fue reclutada la *Turma Salluitana* en Salduie?», *Gerión*, 21, 197-204.
- 1999: *La crisis de la República (133-44 a.C.)*, Madrid.
- 1997: «Las comisiones senatoriales para la reorganización de Hispania (App. Iber. 99-100)», *DHA*, 23-2, 83-104.
- 1993: «¿Existió una política romana de urbanización en el nordeste de la península ibérica?», *Habis*, 24, 77-94.
- PINA, F.; PÉREZ CASAS, J. A. 1998: «El oppidum Castra Aelia y las campañas de Sertorius en los años 77-76 a.C.», *JRA*, 11, 245-264.
- PINA, F.; ZANIER, W. 2006: «*Glandes inscriptae* procedentes de Hispania Ulterior», *AEspA*, 79, 29-50.
- PRIETO, A. 1994: «Apiano (*Ib.* 99) y el urbanismo de Tarraco», en: SAEZ, P.; ORDOÑEZ, S. (eds.): *Homenaje al Profesor Presedo*, Sevilla, 619-622.
- RAMÍREZ SÁDABA, J. L. 1985: «Limitaciones inherentes a las fuentes literarias: consecuencias de la guerra sertoriana para Calagurris», *Gerión*, 3, 231-243.
- RIBERA, A.; MARTÍN JORDÁ, C. 2005: «Las cerámicas del nivel de destrucción de Valentia (75 a.C.) y el final de Azaila», *Kalathos*, 24, 271-300.
- RICHARDSON, J. S. 1998: *Hispania y los romanos*, Barcelona.
- 1983: «The *Tabula Contrebiensis*: Roman Law in Spain in the Early 1st Century BC», *JRS*, 73, 33-41.
- RODRÍGUEZ NEILA, J. F. 1992: *Confidentes de César: los Balbos de Cádiz*, Madrid.
- ROLDÁN, J. M. 1986: «El bronce de Ascoli en su contexto histórico», en: *Epigrafía hispánica de época*

- romano-republicana*, Zaragoza, 115-135 = 1989: *Ejército y sociedad en la España romana*, Granada, 119-148.
- ROLDÁN, J. M.; WULFF, F. 2001: *Citerior y Ulterior. Las provincias romanas de Hispania en la era republicana*, Madrid.
- SALINAS DE FRÍAS, M. 1995: *El gobierno de las provincias hispanas durante la República romana (218-27 a. C.)*, Salamanca.
- 1986: *Conquista y romanización de Celtiberia*, Salamanca.
- SPANN, P. O. 1976: *Quintus Sertorius: Citizen, Soldier, Exile*, Diss. Austin.
- WULFF, F. 2002: *Roma e Italia de la guerra social a la retirada de Sila (90-79 a. C.)*, Bruselas.

ESCRITORES HISPANORROMANOS

Antonio Alvar Ezquerra
Universidad de Alcalá

Resumen

Este trabajo repasa la nómina de autores hispanorromanos que enriquecieron el panorama de la literatura latina tanto desde mediados del siglo I d.C. como, especialmente, en los siglos IV y V d.C. Se analizan sus principales obras y se vuelve sobre el debate de sus elementos estilísticos comunes, al tiempo que se valoran sus aportaciones y el puesto que ocupan en la producción literaria de la Roma antigua.

Palabras clave

Hispania, literatura latina, Marcial, Séneca, Lucano, Prudencio, Paulo Orosio, Hidacio.

Abstract

This paper reviews the names of the hispano-roman writers that played their role in the Latin Literature from the middle of the 1st century AD until, specially, 4th and 5th centuries AD in Late Antiquity times. Here are analyzed their main works and we discuss, again, their supposed common style. At the time we value their contributions to Latin Literature and the place they have in literary production of Ancient Rome.

Keywords

Hispania, Latin Literature, Martialis, Seneca, Lucan, Prudentius, Paulus Orosius, Hydatius.

Las tierras hispanas hicieron una más que notable aportación a la literatura latina antigua, tanto por lo que se refiere al generoso número de escritores nacidos en esas provincias, como a la singular calidad de sus obras. Y esto es así hasta el punto de que hay dos momentos de la historia literaria de la Roma imperial en que el influjo de las letras latinas de cuño hispánico es incuestionable: el primero se corresponde con el siglo I d.C. y, el segundo, con los siglos IV-V. Y así, a un momento de hegemonía de Italia primero y de la *Gallia Cisalpina* después, sucede otro hispano para dejar su lugar, andado ya el siglo II d.C., a las tierras africanas; hasta que, de nuevo, Hispania, pero ya con otras provincias, recupera lugares de honor. Naturalmente, tales apreciaciones se basan en el legado literario que ha logrado sobrevivir al avaro paso del tiempo, por lo que son incluso limitadas; podrían, en efecto, formularse conjeturas —y, de hecho, se han formulado— sobre la filiación hispánica de tal o cual escritor cuyos orígenes desconocemos, o de otros cuya obra ha desaparecido y de los que tan solo nos quedan noticias indirectas. Mas no es necesario en un lugar como éste, pues la abundante y excelente literatura conservada se basta por sí sola para ofrecer una imagen bien perfilada del significado de Hispania en la historia literaria de la Roma antigua.

También conviene hacer, desde el principio de estas líneas, una nueva observación de carácter muy general pero imprescindible para comprender la naturaleza de la creación literaria en este momento. Por lo menos hasta el siglo II d.C. —y en buena medida también en los siglos siguientes— la literatura latina es esencialmente literatura romana, lo que quiere decir que la mayor parte de los escritores o bien escriben en Roma, o bien dan a conocer su obra en Roma, o bien escriben tan solo en función de Roma y lo romano. Dicho de otro modo: no existen, al menos por lo que respecta a Occidente, otros centros literarios y culturales con vida propia y, si existieron, prácticamente nada es lo que nos ha llegado a nosotros. En definitiva, la palma del éxito literario solo la daba la capital. Y en este punto, los escritores de origen hispano tampoco son una excepción a la regla. Hispania es para ellos un recuerdo visto desde Roma y, como tal, pertenece al pasado, por más que en algún caso, particularmente en el del epigramatista bilbilitano Marcial, el recuerdo diera lugar a la añoranza, y ésta a la nostalgia, de modo que el regreso se hizo inevitable.

Finalmente, es bien antigua la tentación de establecer una comunidad de motivos y gustos —lo truculento—, unas líneas de continuidad estilística e incluso lingüística —no siempre de valoración positiva—, incluso unas motivaciones creativas comunes —el didactismo— a todos los escritores de origen hispano: empeño banal. El elevado número de escritores implicados, la distancia cronológica entre unos y otros, la variedad

de géneros y registros cultivados impiden la generalización. Cualquier característica señalada es prontamente compartida por creadores de otras latitudes y ni siquiera alcanza a todos los hispanos. La razón está contenida en nuestra observación anterior: son escritores romanos. Pero, también en este caso Marcial, se muestra poseído de un profundo sentimiento patrio que lo lleva a perpetuar la memoria de ilustres paisanos que sobresalieron en el foro o en las letras —y de quienes no sabemos apenas nada más— o a evocar lugares y paisajes capaces de superar las brumas de la distancia. Nuestra sorpresa ante tales evocaciones no es muy diferente a la que sentía aquel Avito a quien Marcial responde (Mart. 10, 96, vv. 1-6):

*Saepe loquar nimium gentes quod, Auite, remotas
miraris, Latia factus in urbe senex;
auriferumque Tagum sitiam patriumque Salonem
et repetam saturae sordida rura casae.
Illa placet tellus in qua res parua beatum
me facit et tenues luxuriantur opes...*

[Que hable a menudo y mucho de pueblos, Avito, remotos, / te extraña, pues me hice en la ciudad latina anciano; / que esté sediento del Tajo aurífero y del Jalón de mi patria / y que añore los campos humildes de mi granja colmada. / Aquella tierra me gusta, en donde una cosa pequeña feliz / me hace y pocos recursos resultan un lujo...]

Sobre algunos *rheto*res hispanos

Muchos jóvenes de familias adineradas o simplemente con posibles, de todas las provincias y de todas las ciudades del mundo romano, fueron a la capital —del mismo modo que los romanos acudían a las ciudades griegas y, en particular, a Atenas— con el objetivo común y noble de completar su formación intelectual y de iniciar una carrera forense, política o administrativa, que se prometía brillante en todos los casos. Naturalmente, entre ellos abundaron los oriundos de las provincias hispanas. La península Ibérica había sufrido un lento proceso de romanización, a lo largo de varios siglos, desde la última década del siglo III a.C., pero ese proceso se había acelerado a lo largo del siglo I a.C., gracias a Pompeyo y, sobre todo, a César y a Augusto que, por razones que ahora no cuentan pero que son tratadas en otro capítulo del presente trabajo, se habían afanado por conceder generosamente el derecho de ciudadanía, por establecer nuevos municipios y colonias, y por conceder tales estatutos a algunas ciudades ya existentes.

Es de sobra sabido que el modelo civilizador romano comporta, entre otras características, la de la extensión de sus valores culturales por vía de la escuela; incluso, en algún caso, en confrontación con el sistema —como fue en el caso de Sertorio en Hispania: la

escuela siguió desempeñando un papel relevante en el proceso—. Pues bien, si la actividad del *pedagogus* o del *grammaticus* es perfectamente asumible por los municipios de provincias, la específica del *rhethor* parece reservada, sobre todo en estos siglos de romanización aún incipiente, a la capital del Imperio. Ése es el destino de tantos jóvenes hispanos que, como frutos maduros de la definitiva y profunda incorporación de la península Ibérica a la civilización romana a lo largo del siglo I a.C., se dirigieron a la Ciudad Eterna. Muchos alcanzaron renombre como hombres de letras y, sobre todo, como oradores o rétores, pero también como poetas, ya en tiempos de Augusto. Entre ellos, Séneca el Rétor, de quien luego se dirá, destaca a los dos Clodios Turrinos, padre e hijo, al tarraconense Gavio Silón —rétor a quien Augusto escuchó con frecuencia en el invierno del 26 al 25 a.C.—, a Marullo, a Marco Porcio Latrón —muerto el 4 o el 3 a.C., a quien el propio Séneca dedica encendidos elogios y lo proclama como el mejor orador de su tiempo—, a Estatorio Víctor o a un tal Cornelio el Hispano. Y, quizá, también era originario de Hispania —aunque Alejandría nos disputa ese mismo honor— el gramático, comentarista de la *Eneida* y prolífico escritor de temas astronómicos, agrícolas y otros varios, C. Julio Higino, que al igual que los anteriores ejerció su actividad, llegando a ser bibliotecario de la biblioteca palatina, en tiempos de Augusto.

A esta nómina, suficientemente nutrida, habría que añadir otros nombres de hispanos de quienes guardan memoria Marcial, Aulo Gelio y otros: muchos de ellos son apenas simples sombras en el recuerdo y tenemos derecho a dudar, al menos en algunos casos, de su presencia en Roma. El bilbilitano evoca a Materno, hombre de leyes, y a los poetas eróticos Único y su hermano (de quien ni el nombre sabemos), los tres compatriotas, coetáneos y, en el caso de los dos últimos, incluso familiares de Marcial; al orador Liciniano y al poeta Lucio (si es que no son una misma persona llamada Lucio Liciniano). Por su parte, Aulo Gelio recoge con aprecio no disimulado abundantes testimonios de Antonio Juliano, un hispano especialista en cuestiones gramaticales concernientes, particularmente, a escritores latinos de la época arcaica que debió de desarrollar su actividad a finales del siglo I d.C. o a principios del siglo II d.C.; sabemos de él que únicamente desempeñaba su magisterio de forma oral, pero sus enseñanzas eran prontamente recogidas por escrito por amigos y discípulos bien diversos. Todavía el humanista J. A. Campano insinúa en el siglo XV haber leído algunas de estas improvisaciones. De algún otro hispano dedicado a las letras y cuya obra no se conserva diremos más adelante.

Los primeros escritores hispanorromanos

No resulta ocioso subrayar ahora ese carácter generoso y sorprendentemente abierto de la Romanización, que se evidencia en este aspecto, pero también en otros muchos: bastaría con recordar que, así como en el siglo I a.C. buena parte de los senadores eran de origen itálico, un siglo después procedían de provincias extraitálicas. El proceso culminaría, desde mediados del siglo y durante el siguiente, con la designación de varios emperadores de origen provincial, entre ellos los hispanos: Trajano y Adriano. Es este ambiente de apertura en Roma hacia las provincias y, en especial, hacia Hispania, unido al profundo grado de aceptación del modelo metropolitano por parte de los municipios de la Tarraconense y, sobre todo, de la Bética, el que permite el nacimiento y el desarrollo del núcleo más importante de escritores latinos de origen peninsular durante el siglo I d.C., que no es otro que el de los Anneos cordobeses. Pertenecen a ese grupo Marco Anneo Séneca (c. 50 a.C.-c. 40 d.C.) y Lucio Anneo Séneca (c. 5 a.C.-65 d.C.), padre e hijo, respectivamente, pero también Marco Anneo Lucano (39-65 d.C.), sobrino de Lucio, todos ellos estrechamente vinculados por lazos familiares, a los que es preciso añadir los nombres de otros hispanos, amigos o protegidos del poderoso clan familiar, entre los que se contarían quizá Lucio Junio Moderato Columela (siglo I d.C.), Marco Valerio Marcial (c. 40-104 d.C.) o Fabio Rústico (muerto *post* 108). Mas, por si ello no bastara, la Roma de este siglo conoce la actividad de otros escritores hispanos, alguno de ellos tan relevante como el calagurritano Marco Fabio Quintiliano (c. 40-96 d.C.), sin olvidar a Pomponio Mela, oriundo de *Tingentera* (siglo I d.C.), o a Lucio (Cornelio) Boco, que desarrolló parte de su actividad en la *Lusitania* (siglo I d.C.); incluso es defendible la filiación hispánica, y concretamente bética, de Silio Itálico (25-101 d.C.). Entre todos ellos, marcan los caracteres dominantes de la literatura latina del momento, por cuanto ilustran con su obra, de manera arquetípica y durante todo este primer siglo de nuestra era, los géneros por ellos cultivados. Por lo que respecta a la prosa, a la actividad docente ejercida al más alto nivel, la retórica, y con indiscutible prestigio no solo entre los de su generación, sino en las siguientes también —hasta convertirse en canon imprescindible—, por parte de Marco Anneo Séneca (el Viejo o el Rétor) y por Marco Fabio Quintiliano —sin olvidar a Higino y a Antonio Juliano, de quienes ya se ha dicho—, han de sumarse los escritos historiográficos del propio Séneca el Viejo —en donde la Historia de Roma se comparaba a las diversas edades del hombre: la monarquía representaría la infancia, el periodo republicano hasta el final de las guerras púnicas, la juventud y la madurez, mientras que el último momento de la República equivaldría a la vejez, de manera que con las guerras

civiles se habría alcanzado el punto culminante de su decadencia—, de Fabio Rústico —escritor admirado por Quintiliano, amigo de Séneca y de Plinio, que parece haber compuesto una Historia limitada al reinado de Nerón, del que ofrece una imagen hostil— o de Lucio Boco —autor de una crónica, de gusto anticuario, que debía de llegar hasta el 49-48 a.C.—, los de tema corográfico de Pomponio Mela —cuya obra, la primera de tema geográfico en latín, estaba concluida el 44 d.C., en tiempos del emperador Claudio—, la literatura de técnica agrícola de Lucio Junio Moderato Columela y, por supuesto, los tratados científicos (*Naturales quaestiones* y otros no conservados) y filosóficos de Lucio Anneo Séneca, a los que es preciso añadir también su obra epistolar; mientras que por lo que respecta a los géneros poéticos, nuestros escritores cultivaron por igual el *genus superbum* de la poesía épica con resultados brillantísimos y muy personales en el caso de Marco Anneo Lucano, y con elegancia indiscutible en el de Silio Itálico, así como el de la tragedia en sus dos variantes de *cothurnata* y de *praetexta* por parte de Lucio Anneo Séneca. En cuanto al *genus humile* epigramático, encuentra su más excelso representante, no solo en la literatura latina sino quizás en la Universal, en la persona de Marco Valerio Marcial, conservándose otros atribuidos tanto a Lucio Anneo Séneca, como a Marco Anneo Lucano. Por lo que respecta a la poesía didáctica, cuenta en el libro x del tratado agrícola de Columela, sobre huertos y jardines —un tema no tratado en las *Geórgicas* virgilianas— con un modelo de buen gusto; incluso, y como si se tratara de ofrecer ilustraciones a todos los géneros, el propio Séneca es autor de la última sátira menipea (mezcla de prosa y verso) conocida: su enigmática *Apocolocyntosis Diui Claudii* o «Sobre la conversión en calabaza del divino Claudio». La nómina de escritores y la calidad de sus obras no puede ser más satisfactoria: ellos, junto a otros como Valerio Máximo, Curcio Rufo, Tácito, Manilio, Persio, Juvenal, Estacio, etc., constituyen la llamada edad de plata de la literatura latina antigua, que solo cede —y no en todos los casos— a los cicerones, céesares, salustios, tito livios, catulos, virgilio, horacios, propertios, tibulos y ovidios de las décadas precedentes.

a) ¿Elementos comunes a los escritores hispanorromanos?

A tenor de lo dicho, no ha de resultar extraño que se hayan querido descubrir unos sutiles rasgos comunes que pudieran alcanzar a caracterizar de una manera homogénea la producción literaria de estos escritores hispanos. Como se ha adelantado, uno de esos rasgos podría haber sido el didactismo: en efecto, tal característica es compartida, en grado sumo, por cuanto les interesa la teoría y la práctica docente, tanto por Séneca el Rétor, como por Quintiliano. Pero a sus nombres,

cabría sumar el del otro Séneca, preceptor de Nerón, filósofo moralista e incluso inquieto indagador de los problemas que suscita la comprensión de la naturaleza que nos rodea en sus *Naturales quaestiones*, o el de Columela, que con su tratado de agricultura sigue una vieja senda de literatura didáctica que se remonta dos siglos atrás a Catón el Viejo. Pero olvidaría esta caracterización que el didactismo es consustancial a la literatura latina antigua, que se rige universalmente por el doble precepto de *docere* y de *delectare*, de enseñar deleitando, que no otra cosa es la que, de manera prioritaria, suelen buscar historiadores, filósofos o poetas. De modo que también están preñados de didactismo los tratados filosóficos de Séneca, así como sus epístolas morales a Lucilio, la obra geográfica de Pomponio Mela o, suponemos, las historias de Fabio Rústico y de Lucio Boco. Y mucho de didactismo hay también en la *Pharsalia* de Lucano, no solo en el planteamiento general de la obra —donde la trascendencia cívica y la alarma sobre las funestas consecuencias de las guerras civiles son su mayor lección—, sino también en numerosos excursos eruditos con que adorna su poema épico; y ese mismo afán no es del todo ajeno a Marcial, por más que solo ocasionalmente pretenda dar lecciones de moral o de ética. Sin embargo, como ya se ha dicho, en esa misma medida está caracterizada también por el didactismo la mayor parte de la literatura latina en general y la de este siglo en particular, desde Persio a Tácito, de modo que únicamente forzando la apreciación podría considerarse exclusiva de nuestros escritores.

En otro orden de cosas, el gusto por lo truculento —que a los ojos de fuera de nuestras fronteras se ve como constante de esa «España negra», que en el arte conoce hitos señeros en Valdés Leal, en Goya o en Darío de Regoyos, por ejemplo— es, sin duda, evidente en el poema épico de Lucano y volverá a aflorar, siglos más tarde, en el *Peristephanon* de Prudencio, pero no es uno de los rasgos distintivos de otros autores hispanos, mientras que está presente en escritores de otras latitudes en este mismo siglo: valga como botón de muestra la descripción que de la muerte del mismo Séneca hace Tácito en sus *Annales* (Tac. *Ann.* 15, 60-64), por más que se diga que precisamente en este pasaje debió estar muy influido por el correspondiente lugar paralelo de la Historia que Fabio Rústico escribió sobre el reinado de Nerón.

Por lo demás, en no pocas ocasiones —sobre todo por parte de algunos humanistas foráneos— se ha señalado como característicamente tosco o duro el latín de nuestros escritores, mas nunca se han perfilado los contornos de esa rudeza, ni por lo que concierne al estilo, ni a la sintaxis, ni al léxico. Bien es cierto que algunos de ellos nos han legado preciosos testimonios de dialectalismos, como es el caso de ese *uolturnum* («bochorno») que Columela (*Rust.* 5, 5) dice usual

en la Bética, o como ese *gurdus* («necio») que Quintiliano (*Inst.* 1, 5, 57) cree haber oído que procede de Hispania; y más numerosos aún son, obviamente, los topónimos peninsulares que gusta de utilizar Marcial. Pero nada de todo ello, por ser claramente anecdótico, permite asegurar que existieran rasgos lingüísticos ni léxicos diferenciadores, que, de haber existido con la nitidez que se pretende, difícilmente habrían permitido triunfar a Séneca el Rétor o a Quintiliano como maestros de latinidad en la propia Roma, ni a los demás como destacados representantes de la literatura latina de la edad barroca.

b) Aportaciones y valoración del carácter romano de los escritores hispanorromanos

Son, ya se ha dicho, escritores romanos. Y lo son porque supieron aceptar lo mejor de esa civilización, al tiempo que contribuían a engrandecerla. Conocieron los problemas, las inquietudes y los gustos de su época y lograron que su obra fuera espejo de su tiempo, al que, en ocasiones, proporcionaron enseñanzas, en otras, consuelo e, incluso, diversión. De manera que, entre todos ellos y los de otros lugares, alcanzaron a crear una literatura de interés y dimensión universal, lejos de localismos terruñeros. Bastaría con subrayar la importancia de algunas de las creaciones de estos escritores hispanos.

Séneca el Viejo, por ejemplo, nos legó en sus *Oratorum et rhetorum sententiae, diuisiones, colores* —organizados en diez libros de *controuersiae* (ejercicios sobre cuestiones imaginarias de derecho privado) y uno de *suasoriae* (discursos imaginarios en boca de personajes reales o míticos)— un precioso testimonio sobre el arte y la historia de la retórica y de la oratoria en Roma, con el que se puede continuar casi sin solución de continuidad el ofrecido por Cicerón para los momentos anteriores, gracias a la cantidad de noticias recogidas y a las amplias citas de *declamationes*.

Mal se comprendería lo mejor del espíritu romano —que tanto ha influido sobre Occidente entero a lo largo de siglos y siglos, tras ser asimilado por el Cristianismo— si no se conociera la obra de Séneca, pues a su condición de hombre de Estado suma el hecho de ser uno de los escritores latinos más polifacéticos, prolíficos e interesantes, incluso para el hombre de hoy, por más que el presunto contraste entre su personalidad como político y su pensamiento suscite no pocas animadversiones: sus nueve tragedias y, en especial, su *Medea*, son una constante y profunda reflexión sobre los excesos del alma humana, sobre todo cuando ejerce cualquier forma de poder, o sobre la mudanza de la Fortuna y la debilidad del hombre, pero también saben mostrar los antídotos apropiados a través de las enseñanzas estoicas. Y esos mismos remedios se exponen con fuerza dramática y dulzura al tiempo en

sus tratados filosóficos, de elevado contenido moral y ético, y que alcanzan a buena parte de los problemas que entonces y siempre han afectado al hombre (*De beneficiis*, *De breuitate uitae*, *De clementia*, *De constantia sapientis*, *De ira*, *De otio*, *De prouidentia*, *De tranquillitate animi*, *De uita beata*), y, por supuesto, en sus *Consolationes* (*Consolatio ad Marciam*, *Consolatio ad Heluiam matrem*, *Consolatio ad Polybium*). Por si no bastara, aún tendría oportunidad el cordobés de volver sobre muchas de estas cuestiones en su obra más valiosa, las *Epistulae ad Lucilium*, compuesta al final de su vida en su retiro forzoso de la actividad pública y en la que maestro y discípulo buscan mediante la forma del diálogo la verdadera sabiduría, único camino hacia la felicidad.

Por su parte, nuestro Lucano, a pesar de su juventud, mostró un talento excepcional y una capacidad sorprendente para construir no solo sin complejos, sino incluso con un osado espíritu de rivalidad, un poema épico que no llegó a completar, la *Pharsalia*, capaz de competir en concepción con la *Eneida* virgiliar, pero situándose ahora en una dimensión antitética, pues el suyo no es un canto a la grandeza de Roma, sino más bien a su funesta capacidad de suicidarse mediante guerras civiles terribles, en las que los dioses ya no cuentan y los héroes destacan más por sus ambiciones y sus incapacidades que por sus méritos. Por lo demás, conviene advertir que la atención que demuestra hacia el trágico fenómeno de la guerra civil y hacia su tremendo poder de destrucción —en su caso, desde la perspectiva realista de la épica histórica—, es compartida por los demás escritores de su ambiente, comenzando por el propio Séneca el Rétor y por Lucio Boco, cuyas obras historiográficas incidían, como ha quedado dicho, en este aspecto, y siguiendo por su tío Séneca, que en su tragedia *Phoenissae* reflexionaba en clave poética sobre idénticos temas, ambientados ahora en el mundo de lo mítico y referidos al ciclo teban. Tras ellos, otros escritores de ese momento, como Estacio en su *Thebaida*, volverían a profundizar desde la óptica del mundo mítico sobre tan inquietante cuestión. En cualquier caso, Lucano, con su vívida habilidad para poner de manifiesto los rincones más oscuros y atormentados del alma humana, dejó una impronta estética imborrable en otros escritores de su tiempo y contribuyó con ello de manera decisiva a perfilar algunos de los más relevantes caracteres de eso que en las bellas artes, no solo en la literatura, se conoce como lo barroco.

En cuanto a los doce libros de epigramas de Marcial, llenos de ingenio y gracia, son reconocidos universalmente como modelo obligado del género, por cuanto cada una de sus composiciones es un ejemplo insuperable de cómo también la poesía de tono menor y festivo puede convertirse en una obra de arte impecable. El bilbilitano dejó sentados, definitivamente,

los requisitos formales y estructurales, temáticos y estilísticos del género, superando cuanto se había escrito desde esos mismos presupuestos artísticos anteriormente. Del conjunto de sus epigramas se ha dicho, con razón, que equivalen a un grandioso poema épico cuyos héroes son las gentes de todos los días, retratadas con todos sus claroscuros mediante un realismo pasmoso y cautivador; su tremendo éxito popular, cosechado ya en vida —cosa que ocurre tan solo a algunos privilegiados— y mantenido de modo casi ininterrumpido hasta hoy, prueba de manera fehaciente el acierto de sus fórmulas creativas.

Por último, en este apresurado repaso de los hitos literarios más señeros del momento, no podría faltar un mínimo de atención a las *Institutiones oratoriae*, del calagurritano Quintiliano, que, desde una posición intelectual claramente clasicista y conservadora, de cuño ciceroniano, influyeron de modo duradero tanto en sus contemporáneos, como en todos aquellos que, en cualquier siglo y en cualquier lugar, han deseado reproducir los modelos eternos de latinidad.

Los escritores hispanorromanos en la tardoantigüedad

a) Los grandes escritores hispanos de la tardoantigüedad

Es preciso ahora trasladarse al siglo iv. Hasta ese siglo y con la sola excepción del emperador Adriano, cuya afición a las letras incluía la creación poética al modo neotérico (recuérdese su *animula*, *uagula*, *blandula*, etc.) y también la confección de unas memorias personales que, de acuerdo con el testimonio de la *Historia Augusta* (SHA. *Hadr.* 16, 1), habrían sido publicadas bajo el título de *Libri Phlegontis*, y en las que se contendrían datos autobiográficos concernientes tanto a su vida pública, como a la privada —incluido el episodio de Antínoo— y donde no faltarían censuras a Tito y a su predecesor Trajano, así como muestras de su incommovible fe en los presagios; hasta ese siglo, pues, no se dejan conocer nuevos escritores de origen hispano. El mal no afecta tan solo a nuestras tierras: desde la segunda mitad del siglo ii y durante todo el siglo iii la literatura latina se ve abocada a una extrema postración que la sitúa en peligro cierto de desaparición; es un puro reflejo de lo que acontece en otros órdenes de la vida del Estado. Mas para cuando Roma o, mejor, el Imperio despiertan del penoso letargo cultural impuesto por continuas contiendas civiles, el mundo ha sufrido profundas transformaciones, sobre todo por lo que concierne a la vida espiritual: si el siglo iv conoce en sus inicios la aceptación oficial del Cristianismo como una religión más —lo que en la práctica iba aún más lejos pues, desde el mismo instante del edicto de Milán, su

posición resultaba ya equiparable a la de la tradicional religión pagana y superaba en consideración oficial a otras creencias religiosas—, en sus postrimerías su triunfo ha sido total, decretándose en el edicto de Tesalónica su consideración de única religión oficial.

Hispania había sido tierra de temprana evangelización y para este momento era ya capaz de ofrecer las plumas de sus espíritus más cultivados en beneficio de la difusión de la fe de Cristo. Casi todos los escritores de segura filiación hispánica a partir de este siglo son escritores cristianos y su obra está compuesta, en la mayor parte de los casos, al servicio de su fe. Cabría decir que las energías creativas del momento se disponen con ese único fin y ya apenas parecen interesar otros temas ni otras cuestiones. El hecho de que se haya encontrado en Barcelona un papiro con 124 versos, datables quizás en la primera mitad del siglo iv, que tratan el tema de Alcestris, la mítica y enamorada esposa que alcanzó la gloria tras la muerte al recuperar la vida de su marido a costa de la suya, no parece invalidar esta apreciación, por tratarse, según todos los indicios, de un simple ejercicio escolar (Burlando 2000; Musso 2003, 32). Por lo demás, el influjo de la literatura cristiana apologética parece alcanzar también a este opúsculo en algunos pasajes como el que contiene listas de dioses muertos.

Por contra, Vetio Juvenco, que desarrolló su actividad en la época de Constantino, en la primera mitad del siglo iv, proporciona un buen ejemplo de lo dicho, pues se afanó, poniendo todo su sentimiento en el esfuerzo, por verter los *Evangelios*, en particular el de Mateo, en hexámetros virgilianos, mediante la técnica de los centones, con el fin de crear así un poema capaz de parangonarse a los de Homero o Virgilio, y en el que las Musas cedieran su lugar al Espíritu Santo.

Osio (256-357), obispo de Córdoba, su ciudad natal, se distingue por haber participado activamente en distintos y cruciales momentos de la vida de la Iglesia, como en la redacción del edicto de Tolerancia de Constantino el Grande (313), en la del Símbolo de la Fe (o Credo Niceno) proclamado en el Concilio de Nicea (325), en la lucha contra la difusión del arrianismo, así como por haber convocado varios concilios (Sárdica, 343, Córdoba, poco después) y haberse opuesto con firmeza, a través de una epístola (356) dirigida al emperador Constancio, a la condena de San Atanasio, lo que le supuso tortura, destierro y muerte con más de cien años de edad.

Gregorio de Elvira, obispo de Granada en la segunda mitad del siglo iv (conocido también como Gregorio el Hispano o como Gregorio el Bético), trabajaba con especial atención sus homilías, con las que trata de explicar de forma sencilla, para hacerlas inteligibles a todos los fieles, textos del Antiguo Testamento, como base y fundamento del Nuevo; de ellas surgen varios tratados (entre otros, sobre el *Cantar de los Cantares*,

sobre el Arca de Noé o sobre la Catequesis de los principiantes) y un opúsculo titulado *De fide*, más ambicioso y muy bien argumentado, donde refuta el credo proarrianista proclamado por Constancio en Rímini (359) (Jer. *De uir. ill.* 105).

Por esas mismas fechas, componía también Potamio, obispo de Lisboa (c. 356), sermones (*De Lazaro*, *De martyrio Esaiæ prophetæ*), cuya característica más llamativa es su habilidad descriptiva de los cuerpos de Lázaro y de Isaías, que le permite subrayar los aspectos más tétricos, como si quisiera despertar los sentidos del lector (o del oyente).

Epístolas, sermones y tratados escribió también Paciano, obispo de Barcelona en esa misma segunda mitad del siglo iv (murió hacia el 392); se conoce como suyo un sermón sobre el bautismo (*Sermo de baptismo ad catechumenos*), en el que se subrayan los aspectos más relevantes del Sacramento, como son los que conciernen a la idea del pecado original y su extensión a todo el género humano, la consecuente necesidad de la redención y la identidad del Sacramento como su continuador, pues gracias a él se perdona la mancha del pecado original y se recupera el estado de gracia. En cuanto a sus epístolas, entre las que destacan tres dirigidas a un tal Simproniano (*ad Simpronianum Nouatianum*), resulta relevante su apología de la doctrina oficial frente a los novacianos, que limitaban la capacidad de la Iglesia para perdonar los pecados. En esa misma línea se conserva un importante tratado suyo sobre la penitencia (*Paraenesis, siue libellus exhortatorius ad paenitentiam*). Apenas nada se sabe de otra obra suya titulada *Ceruus* (o *Ceruulus*, como él mismo la llama), contra las desmedidas y pecaminosas celebraciones con que se recibía el año nuevo en su ciudad.

El género epistolar vuelve a ser utilizado de manera profusa en la polémica priscilianista —que estaba en plena expansión en torno al 380—, y no solo entre los responsables de las diversas diócesis hispanas, sino también entre Hidacio, el obispo metropolitano de Mérida, y Ambrosio de Milán, por ejemplo, pero tampoco faltaron tratados en donde se desarrolla el pensamiento de Prisciliano. Al propio obispo de Ávila se atribuye la redacción de no menos de once, cuyos títulos son *Liber Apollogeticus* (en el que Prisciliano defiende su ortodoxia), *Liber ad Damasum* (dirigido al Obispo de Roma, Dámaso, y en el que se insiste en lo dicho en el anterior), *Liber de fide et Apocryphis* (donde Prisciliano defiende la lectura de textos apócrifos), *Tractatus Paschæ*, *Tractatus Genesis*, *Tractatus Exodi*, *Tractatus primi Psalmi*, *Tractatus tertii Psalmi*, *Tractatus ad populum I* (incompleto) y *II*, y *Benedictio super fideles*. También parece ser Prisciliano, y no Jerónimo como se ha mantenido, el autor de los *Cánones in Pauli apostoli epistolas*, contenidos en muchas biblias europeas. De sus discípulos se sabe que también compusieron algunos tratados doctrinales; en concreto, Dictinio compuso

uno titulado *Libra*, tan solo conocido de manera indirecta a través del *Contra mendacium* de San Agustín.

Merece atención especial el caso de la escritora conocida bajo el nombre de Egeria (o Etheria, o Echeria), religiosa tal vez oriunda de Hispania (y en concreto, de la *Gallaecia*, si se han de creer algunas noticias dadas por Valerio del Bierzo), que realizó un viaje a Tierra Santa, quizás entre el 381 y el 384, y del que nos dejó un delicioso relato titulado *Peregrinatio* (o *Itinerarium*) *Aegeriae ad loca sancta*. En él, se dirige a sus «hermanas señoras venerables», a las que también llama, en otras ocasiones, «amigas de mi alma», residentes quizás en algún monasterio del noroeste peninsular, para narrarles su largo periplo (pues duró más de tres años) por el Próximo Oriente y, en particular, por tierras de Palestina. El texto se conserva con algunas mutilaciones al principio del mismo, y se divide en dos grandes partes. En la primera se describe el viaje propiamente dicho, que comienza ya cuando la viajera se dispone a subir al monte Sinaí, tras haber pasado por Jerusalén, Belén y otros santos lugares; a continuación se relatan las demás etapas, que habrán de llevarla de nuevo a Jerusalén y, más tarde, a Arabia, Tarso, Antioquia, Edesa y otros lugares de Siria y Mesopotamia, hasta regresar por fin a Tarso y de allí, por *Galatia* y *Bythinia*, a Constantinopla, donde concluye el relato, si bien se anticipa el deseo de viajar a Éfeso. La segunda parte del *Itinerarium* se dedica a la descripción de la liturgia practicada en Jerusalén. La religiosa, que debía de ser de clase social elevada, a tenor de la larga duración de su viaje y del respeto con que es acogida por obispos, monjes y militares, muestra en todo momento una ingenuidad llena de encanto, expresada en un latín con numerosos rasgos vulgares o simplemente coloquiales. Su devota curiosidad no conoce límites y considera un regalo divino la posibilidad de visitar los santos lugares: cualquier anécdota contada por sus guías la recibe con credulidad desmesurada y con infinita alegría. En definitiva, este *Itinerarium* es un documento de excepcional importancia pues no solo arroja luz sobre el estado de numerosas tradiciones cristianas a finales del siglo iv o sobre las prácticas litúrgicas en el Próximo Oriente, sino que también permite conocer mejor el latín hablado por las gentes sencillas del Occidente romano en ese momento.

b) Hispanorromanos tardoantiguos de filiación hispana dudosa

Y, junto a estos escritores cristianos cuya filiación hispana es más que probable, se encuentran otros sobre cuya hispanidad se discute. Así, aunque la familia del papa Dámaso (1 oct. 366 al 11 dic. 384) es sin duda hispana (el *Liber Pontificalis* lo califica *natione Hispanus*), no es tan seguro que él hubiera nacido en tierras peninsulares y, en cualquier caso, desempeñó su

actividad intelectual en y para la capital imperial, concebida como cabeza principal de la Iglesia. De entre los numerosos e importantes aspectos de su pontificado, merece la pena en este momento señalar que a él se debe el encargo que recibió Jerónimo para traducir convenientemente la *Biblia* al latín, con el fin de que pudiera haber un texto canónico en la parte occidental del Imperio: así nació la *Vulgata*. Como escritor de vasta cultura, a él se deben obras en prosa y obras en verso. Entre las obras en prosa, han de recordarse sus cartas conservadas entre las de San Jerónimo. De las obras en verso, gozan justa fama los *tituli* que coronaban las tumbas de los mártires, escritos por su calígrafo Furio Dionisio Filócalo en caracteres tan bellos que luego se conocieron con los calificativos de «damasianos» o «filocalianos»; y tras ellos, otros numerosos epigramas, no destinados a ser inscritos, en los que se cantan las glorias de mártires y santos, como el dedicado a San Pablo, el más extenso de todos.

Hispano era tal vez también Calcidio, discípulo de Osio de Córdoba, a quien dirige dos cartas privadas. De él se conserva también una traducción parcial al latín del *Timeo* de Platón, dedicada al mismo obispo cordobés.

c) El singular caso de Prudencio

Merece la mayor atención Aurelio Prudencio Clemente (c. 350-post 405), nacido de buena familia, quizás en Calahorra, y que dedicó buena parte de su vida al ejercicio de importantes funciones administrativas, para retirarse después a la vida ascética. En realidad, no hay pruebas definitivas sobre su lugar de nacimiento, de modo que han sido varias las ciudades que han pujado por ser su cuna. En primer lugar, Tarragona, pues es llamada en uno de sus himnos *nostra urbs* («nuestra ciudad»; *Perist.* 6, 143); pero también llama Prudencio *nostra urbs* a Zaragoza varias veces (*Perist.* 4), a Calahorra (*Perist.* 4, 31; *nostro oppido* en *Perist.* 1, 116) e incluso a Roma (*C. Symm.* 1, 36), porque se identifica plenamente con las ciudades cuyos mártires ensalza. Zaragoza vivía segura de su maternidad, pero fue Ambrosio de Morales quien la sacudió afirmando que Prudencio había nacido en Calahorra, al igual que Quintiliano y, tras él, el P. Mariana. Los Argensola terciaron en la disputa inclinándose por las tierras aragonesas y el humanista Enrique Cock (en 1592) ubicó el lugar de su nacimiento en Tarazona, posibilidad absolutamente descartada hoy. Zaragoza basa sus argumentos en el hecho de que es, en efecto, llamada varias veces *nostra* por el poeta y en la vibrante emoción con que escribe Prudencio el himno iv del *Peristephanon* («Sobre las coronas [de los mártires]»), dedicado a los mártires de la ciudad; pero Calahorra es la única ciudad que merece ese mismo calificativo en un himno dedicado a los mártires de otra ciudad, como ha quedado dicho más

arriba; y, por lo que toca a la emotividad con que están escritos los distintos himnos, cabe decir que tampoco falta en grado superlativo en otros, como los dedicados a Eulalia, Inés, Lorenzo, etc. Además, Calahorra es la única ciudad hispana cuyos mártires merecen dos himnos en el *Peristephanon*, ambos consagrados a San Emeterio y San Celedonio. A este respecto, cabe notar que en esta obra siete himnos están dedicados a santos hispanos y siete, a santos que recibieron martirio en otros lugares del Imperio. Los himnos en honor de los santos hispanos abren la serie, pero tanto en un grupo como en el otro, hay un himno fuera de lugar: en el grupo de los santos martirizados en o de Hispania hay uno, el vii, dedicado a San Quirino, obispo de *Siscia* (hoy Sisak, en Croacia); en el segundo grupo hay otro, el viii, que es uno de los dos himnos dedicados a San Emeterio y San Celedonio. Pues bien, ambos grupos van encabezados por uno de los himnos en honor de los santos calagurritanos, lo que, de acuerdo con los criterios de ordenación de las obras literarias en la Antigüedad Clásica, demuestra un indudable interés por resaltar precisamente esos dos himnos.

Sea cual fuere el lugar de su nacimiento, tampoco son muchos los datos fiables sobre su vida. Los pocos que se conocen los facilita el propio poeta en el prefacio a la edición de sus obras, escritas cuando ya la edad madura caminaba hacia la vejez. Él mismo lo hace constar con las palabras que siguen (*Perist.* 1, 23):

«Ya durante diez lustros he vivido, si no me equivoco; el solsticio hace girar el año séptimo, mientras gozo de un sol incansable. Amenaza el final y un día próximo a mi vejez Dios me concede. ¿Qué hice, en tanto tiempo, que de utilidad resulte? Mi primera edad bajo las férulas ruidosas lloró, luego me enseñó la toga, lleno de vicios, a mentir no sin maldad. Entonces la impudicia lasciva y el lujo presumido (¡ay, vergüenza y aflicción!) ensuciaron mi juventud con la ruindad de la indolencia y el lodo. Después los altercados hicieron violento mi ánimo irascible y mi terco afán por vencer aguantó mal en duros momentos. En dos ocasiones, con el timón de las leyes, sujeté los frenos de nobles ciudades; hice justicia a los buenos, causé pavor a los perversos. Finalmente elevó la generosidad del príncipe a un escalón a su servicio, ordenándome estar entonces muy cerca de él, en el rango más cercano. Mientras mi vida pasa volando, han surgido, sin esperarlas, canas en mi anciano cabello...»

Según estos datos, Prudencio era de familia acomodada, pues recibió la educación que, de acuerdo, con ello, le correspondía, y desarrolló una actividad pública de carácter civil hasta llegar a formar parte de la corte imperial, con Teodosio o sus hijos. En ese momento, a los cincuenta y siete años, visitó Roma, que lo impresionó sobremanera, tanto por la imagen de su ilustre pasado, como por las tumbas de los santos. Esa profunda conmoción espiritual le hace ver la inanidad

de su vida y decide entregarse a la religión de Cristo, a la que, con bastante seguridad, estaba ligado por el bautismo desde niño, y se entrega no como religioso –pues era casado y con hijos– sino como el más humilde de los cantores de la nueva fe. Y así, en un puñado de años que van desde el 395 al 405, Prudencio planifica y elabora toda su obra literaria, que por ello aparece trabada con suma coherencia, pues no es fruto de la creación dilatada a lo largo de una vida sino resultado de una reflexión interna en el último tramo de la misma. Es cierto que antes de ese momento debió de haber escrito algo, por más que no lo publicase, pues parece imposible, si no se posee la experiencia de la creación poética, que en diez años se puedan lograr 10.885 versos de tal calidad literaria y en tan variados metros; si lo hizo, nada se conserva. Lo último que escribió, ese magnífico conjunto de poemas líricos, épicos, didácticos y apologéticos, llegó entero y, además, tras haber causado una honda impresión en toda la literatura posterior: baste con señalar que la alegoría, manantial inagotable para la imaginación creativa, recurso predilecto de la literatura medieval, se debe en buena medida a Aurelio Prudencio.

Tampoco se sabe con certeza qué dos nobles ciudades –aludidas en el texto recogido más arriba– gobernó, pero por su fuerte vinculación a las tierras de la Tarraconense mostrada en el *Peristephanon*, no sería absurdo pensar que alguna de esas ciudades (si no las dos) fuera de la Tarraconense. Así se explicaría que llame *nostra* a Zaragoza en repetidas ocasiones o a Tarracona, al menos una. Por lo demás, es preciso señalar que el himno dedicado a los mártires de Zaragoza se basa fundamentalmente en la tradición oral, pues no se conservan las actas del martirio, como sí ocurre en otros casos, lo que podría evidenciar una cierta convicción del poeta con la ciudad.

El *corpus* poético prudenciano consta de ocho obras: *Cathemerinon*, *Peristephanon*, *Apotheosis*, *Hamartigenia*, *Psycmachia*, *Contra Symmachum*, *Dittochaeum* y *Epilogus*; gracias a ellas es considerado con justa razón el mayor poeta lírico latino tras Horacio y, por descontado, el más relevante entre los poetas cristianos.

Descontados el prefacio y el epílogo, además del *Dittochaeum*, que no es sino una colección de cuarenta y ocho (o cuarenta y nueve) breves poemas sobre personajes y situaciones del Antiguo y del Nuevo Testamento, quizá destinados a servir de pie a las correspondientes imágenes, la obra de Prudencio se abre con un conjunto de himnos dedicados a cada momento del día (*Cathemerinon*) en la línea anunciada ya por la poesía de San Hilario y de San Ambrosio, pero con más ambiciosos desarrollos. Le sigue otro himnario aún más potente –y, sin duda, el que le ha dado la fama mayor, como se habrá visto hasta aquí–, consagrado a cantar las glorias de varios mártires (*Peristephanon*), llevando en esta ocasión a las más altas cotas poéticas

lo que en los epigramas del papa Dámaso estaba tan solo de forma embrionaria y lo que en las *acta martyrum* no era sino descarnado relato. Se diría que con esta obra nace una suerte de epopeya cristiana, fuertemente dramatizada, y compuesta en metros muy variados (dáltilos, yambos, troqueos, etc.), sirviéndose de recursos tomados de Virgilio, Horacio u Ovidio, pero puestos ahora al servicio de una mentalidad novedosa y llena de *páthos*. Sin duda, aquí se anuncia mucho de lo que será luego la poesía medieval.

Las narraciones de los martirios debidas a Prudencio están construidas con todo lujo de detalles y su acendrado verismo ha despertado la aversión de lectores extranjeros por tanta truculencia y sangre. Se ha dicho que el poeta se sitúa en una larga tradición artística hispana, algunas de cuyas personalidades más representativas son Lucano, Séneca o Potamio de Lisboa, pero también Valdés Leal o Goya. Pero en Prudencio, la descripción del horror y del dolor no se hace por sí misma, sino como recurso catártico para sublimar el valor de los mártires y la fe de Cristo. En definitiva, Prudencio no hace sino aproximar a sus versos esa brutal realidad que la imaginación y morbosidad popular incrementan, con el fin de ensalzar la virtud y afirmar a los creyentes; valga este pasaje como botón de muestra (*Prudent. Perist. 4*, vv. 117-124):

«Estás viva [Engracia] y muestras de nuevo el proceso de tu tormento, y manteniendo intacto el despojo de tu carne sajada, narras cuán amargos surcos dejan tus horribles heridas. Bárbaro verdugo todo el costado te desgarró; tu sangre viva, tus miembros lacerados, tu pecho, con el seno cortado hasta el mismo corazón, quedaron al descubierto.»

No obstante, es difícil sostener que en todos los casos el poeta utilizara fuentes fiables para crear sus himnos. Desde el punto de vista historiográfico, las fuentes se encuadran en tres categorías: *a*) actas de mártires o procesos verbales oficiales del tribunal, transcritos por un estenógrafo y copiados por algún cristiano para la comunidad del martirizado; *b*) relatos de testigos, que reciben el nombre de *passiones* o *martyria*, y que pueden ser fijados por la escritura en algún momento; *c*) leyendas de martirios compuestas con fines edificantes, mezcla de fantasía y de verdad, o bien absolutamente inventadas. Prudencio en algunos casos tan solo contó con versiones de la tercera categoría (*Perist. 4*), pero en otros casos parece haber dispuesto de mejores fuentes (*Perist. 2* y *5*, por ejemplo). Él mismo se queja (en *Perist. 1*, vv. 73-81) de la destrucción de actas de persecución tras el edicto de Diocleciano del 303. Tampoco parece haber dispuesto de fuentes de la segunda categoría, pues escribe sobre hechos acaecidos unos cien años antes. De modo que sus himnos vigorosos y cautivadores deben entenderse más como productos literarios para consumo de devotos, que como relatos ciertos de los martirios en ellos recogidos. Y, sin em-

bargo, es preciso reconocer que están compuestos con una perfección formal digna de incluirse en una tradición que se remonta a la poesía de Píndaro y que tiene en Horacio uno de sus hitos más señeros.

En cuanto a *Apotheosis*, *Hamartigenia* y *Psycomachia*, cabe decir que se trata de poemas de contenidos apologeticos y dogmáticos, cuya razón de ser estriba en la lucha del Cristianismo contra el paganismo o contra alguna de las múltiples herejías que amenazaban su unidad y ortodoxia. En este sentido, es preciso subrayar los sólidos conocimientos teológicos del poeta hispano, basados no únicamente en la lectura de Tertuliano sino también en los escritos de los padres de la Iglesia de Oriente, especialmente de Gregorio Nacianceno o de Sinesio. Sorprende, por tanto, que, siendo ésta la materia tratada, Prudencio sepa convertir en auténtica poesía la exposición y defensa de conceptos abstractos, difícilmente comprensibles para el común de los fieles. Así, en la *Apotheosis* se ilustra el dogma de la Trinidad, propugnando la naturaleza divina de Cristo frente a sabelianos, patripasianos, ebionitas y otros. En *Hamartigenia* se trata sobre la naturaleza del mal y del pecado, que proceden no de Dios, sino de Satanás, aunque el hombre dispone de su libre albedrío para superarlos, refutando de este modo las posiciones marcionitas, que ya había combatido Tertuliano. Por fin, la *Psycomachia* es el poema de la lucha entre la fe cristiana y la idolatría: a aquella la asiste el ejército de las virtudes; a ésta, el de los vicios, de modo que unas y otros se emparejan (castidad contra lujuria, paciencia contra cólera, vanidad contra humildad, etc.) en un enorme esfuerzo alegórico de definitivo impacto en la mentalidad medieval. Una vez más Lucrecio, Virgilio o Lucano suministran a Prudencio léxico, expresiones y situaciones, pero la intención y los resultados resultan sumamente novedosos.

Por último, en los dos libros titulados *Contra Symmachum*, Prudencio se empeña en refutar el paganismo en un momento en que, tras la muerte de Teodosio, parecía recobrar cierta fuerza. El patriotismo romano que muestra en esta obra –y no solo en ella– el poeta hispano es similar al que por las mismas fechas evidencia el escritor galorromano Rutilio Namaciano, si bien en el caso de Prudencio ese patriotismo se conjuga sin problemas con una decidida opción por la fe de Cristo como verdadera y definitiva artífice de la grandeza de Roma. El aristócrata Símaco representaba, desde al menos dos décadas atrás, la más firme resistencia pagana contra la hegemonía cristiana y ya había sido combatido por San Ambrosio, de modo que en estas dos obras se retoma la firmeza apologetica de los viejos tiempos, para sustituir definitivamente el Altar de la Victoria –símbolo de la Roma pagana– por la Cruz de Cristo.

Para Prudencio, en definitiva, la poesía no es sino un medio, el único medio de que él dispone, para

servir a Dios; escribir alabando al supremo hacedor, cantando las glorias de sus mártires y combatiendo a los enemigos de la fe cristiana –sean paganos o sean herejes– es lo único útil que puede hacer con la vida que le resta por vivir. De modo que, frente al orgullo confesado de los grandes poetas de la clasicidad, convencidos del valor de su obra y de la eternidad de su fama, Prudencio se sitúa en la posición más humilde para levantar desde ella un poemario poderoso y lleno de convicción. Por este motivo, Prudencio es considerado como el primer poeta cristiano, en la medida en que entiende la poesía como un recurso sencillo pero necesario para servir a Dios. Y haciéndolo, logró insertar toda la tradición poética de Grecia y de Roma en la nueva civilización, de modo que, a partir de él, todo ese gigantesco acerbo formal y expresivo no fue despreciado como algo inservible, sino que se incorporó como algo vivificador y capaz de permitir la creación del nuevo lenguaje que, en su grado más elevado, precisaba el Cristianismo.

Tras él, la poesía latina producida por escritores hispanos guarda un largo silencio, tan solo interrumpido por Oriencio y Flavio Merobaudes. Ninguno de los dos escribe en Hispania: el primero lo hace en la *Gallia* y crea una poesía en dísticos elegíacos de contenido moralizante; el segundo, probablemente en Italia, donde da a conocer además de dos panegíricos –uno en prosa y otro en verso– en honor de los consulados de Aecio, algunas otras obras entre las que se recuerda una en hexámetros titulada *Carmen de Christo*.

d) El género historiográfico durante el siglo v: Paulo Orosio e Hidacio

Antes de cerrar este apartado es preciso recordar que también el género historiográfico, concebido ahora desde la perspectiva cristiana, conoce en la primera mitad del siglo v a dos ilustres representantes de origen hispano, Paulo Orosio e Hidacio, obispo de Chaves, cuyas obras gozaron de gran difusión en la Edad Media. El primero, nacido probablemente en Braga (de acuerdo con una carta enviada por San Braulio a San Fructuoso de Braga) hacia el 390 y muerto quizás en África hacia el 420, fue un entusiasta seguidor de San Agustín, a quien visitó hacia el 413 o 414 y bajo cuyas indicaciones compuso su *Historiae aduersus paganos*, la primera historia cristiana del mundo, en siete libros que narran la historia de la Humanidad desde Adán hasta el 417 d.C. El mismo San Agustín escribió, como continuación de la historia de Orosio, su *De ciuitate Dei*. De África, Orosio, ávido viajero y alumno entusiasta, pasó a Tierra Santa, para aprender de San Jerónimo todo lo preciso para poder combatir el priscilianismo, el origenismo y el pelagianismo; participó con escaso éxito, por hacer sus exposiciones en latín y no en griego, en el Concilio de Jerusalén (415), a

donde había sido invitado por el propio patriarca Juan, pero se trajo, según Genadio de Marsella, las reliquias de San Esteban a Menorca. De él se conservan varias obras; la primera, compuesta quizá durante su estancia en África, se titula *Consultatio siue commonitorium ad Augustinum de errore Priscillianistarum et Origenistarum*, que se suele imprimir con la respuesta dada por el obispo de Hipona, titulada *Contra Priscillianistas et Origenistas liber ad Orosium*. La segunda, compuesta durante su estancia en Palestina, lleva por título *Liber apologeticus de arbitrii libertate*, y en ella se contiene un duro ataque —en la línea de pensamiento de San Agustín— contra el pelagianismo, a la sazón muy extendido por Oriente.

De nuevo y al igual que ocurre en el caso de Prudencio, en su obra histórica aflora una actitud apologética en ocasiones expresada con gran violencia, por cuanto trata de refutar la imputación formulada por los paganos a propósito de que la decadencia del Imperio romano pueda ser debida a la propagación de la fe de Cristo. En un admirable esfuerzo argumentativo, explica Orosio cómo han sido cuatro los grandes imperios (Babilonia, Macedonia, Cartago y Roma) y cómo todos ellos lo han sido por deseo de la providencia divina; es esa misma providencia la que ha querido que Roma sea la culminación y síntesis de todos los imperios, de modo que, bajo su unidad política y mediante la pacificación de todas las naciones, pudiera difundirse con más facilidad el mensaje cristiano. Las calamidades presentes, sostiene Orosio, por contra, se deben a causas naturales y guerras, que siempre ha sufrido la Humanidad y frente a las que el Cristianismo, sin embargo, proporciona el consuelo y la alegría a todos los creyentes, prometiéndoles la vida eterna y la felicidad en el cielo. En realidad, la Roma pagana, la urbe, de acuerdo con las tesis de Orosio, ha hecho más daño que beneficio al orbe, pues ha sometido a los demás pueblos. Así, siente un placer especial al describir las dificultades que tuvo Roma para someter a los hispanos y relata con agrado la firme resistencia que opusieron los pueblos ibéricos a las tropas de Roma, hasta el punto de que las legiones sentían pánico al enfrentarse con los celtíberos. Tan solo la perfidia y el engaño pudieron acabar con su libertad y su heroísmo, representados de manera sublime en el episodio de Numancia.

Se percibe de este modo en la obra del historiador hispano por primera vez el sentimiento nacionalista, por más que proclame que su patria es el orbe entero, pues la verdadera patria no está en este mundo. De manera que la obra de Orosio es, al mismo tiempo, una Historia Universal, la primera Historia cristiana y el germen de una —la primera— historia de Hispania, en un momento en que la Península quedaba definitivamente desgajada del resto del Imperio. Orosio utilizó fuentes muy diversas y tratadas al mismo nivel,

como el Antiguo y el Nuevo Testamento, los escritos de los historiadores romanos (César, Salustio, Tito Livio, Justino, Tácito, Suetonio y la traducción latina de la *Historia Eclesiástica* de Eusebio de Cesarea hecha por San Jerónimo. Esta mezcla de fuentes grecolatinas y de fuentes cristianas se convertirá en modélica, de modo que durante muchos siglos todos los historiadores procederán del mismo modo con la mayor naturalidad. La influencia y el prestigio de la *Historiae aduersus paganos* fue tan grande en la Edad Media, que fue traducida al anglosajón por el rey Alfredo el Grande (siglo ix), el emperador de Bizancio la envió a Abderramán III para que fuese traducida al árabe, y Dante la consideraba al mismo nivel que la de Tito Livio.

El segundo, Hidacio, nació en torno al 390 cerca de la Limia orensana y debió de morir hacia el 470, pues su *Chronica*, que continúa la de Eusebio-Jerónimo desde el 397 alcanza hasta el año 468, sirviéndose del mismo estilo esquemático que, por lo demás, se mantendrá como propio de los cronicones durante toda la Edad Media. Él mismo nos ofrece abundantes datos sobre su biografía; por eso sabemos que también viajó a Palestina cuando aún era un niño y allí conoció, como Orosio, a San Jerónimo. Se hizo clérigo hacia el 416 y era ya obispo en el 427; poco después, en el 431, viajó a la *Gallia* a donde lo enviaron sus feligreses para que solicitara ayuda contra los suevos. Como tantos otros religiosos de su época, se vio envuelto en la polémica priscilianista y participó al lado de Toribio de Astorga en su persecución. Él fue quien convocó el sínodo galaico del 447 por orden del papa León el Magno, mas su enorme prestigio no le impidió sufrir cautiverio hacia el 462 a manos de los suevos. Su posición como historiador es sustancialmente diferente a la de su contemporáneo Orosio, pues, además de ser más humildes sus pretensiones literarias, se sitúa en una visión pesimista del mundo, condicionado quizá por las invasiones bárbaras y el derrumbamiento del Imperio que tuvo ocasión de vivir; no en vano escribe cincuenta años después que Orosio. Hay, por lo demás, en su obra —y siguiendo las huellas de Orosio— un fuerte carácter localista, pues da entrada a numerosas noticias y a abundantes datos concernientes a Hispania, hasta el punto de que resulta la fuente principal para conocer el reinado de los suevos, a pesar de sus abundantes inexactitudes cronológicas. La *Chronica* de Hidacio es, además, interesante, pues al cómputo cronológico por olimpiadas y emperadores suma el de la era hispánica, que se mantendrá durante varios siglos.

e) Otros autores

Al lado de esos grandes nombres de poetas e historiadores hispanolatinos, hay otra nómina, no menos interesante en su conjunto, de escritores y eruditos

que contribuyen a dibujar con más rigor el perfil de la cultura literaria de este momento. Así, en el 401, el hispano Torcuato Genadio publicó una importante recensión de Marcial y otro escritor de este mismo siglo v, probablemente llamado Exuperantio, escribió un opúsculo sobre las guerras civiles de Mario, Lépido y Sertorio (publicado en el siglo xvi).

Finalmente, el progresivo aislamiento de las antiguas provincias imperiales acentúa las particularidades localistas y a ello responden las motivaciones literarias de un cierto número de escritores que se afanan por refutar, en la primera mitad del siglo v, no ya las posiciones paganas, a la sazón prácticamente inexistentes en la Península, sino la herejía de Prisciliano, oriundo como sus antagonistas de la *Gallaecia*, provincia en donde sus doctrinas habían arraigado de manera firme: son Baquiaro, tal vez de Braga o irlandés, discípulo de San Patricio; y los obispos Pastor (autor de un credo antipriscilianista titulado *Libellus in modum symboli*), Siagrio (autor de unas *Regulae definitionum contra haereticos*) o Toribio de Astorga. De entre todos ellos, Baquiaro merece una atención especial. Es, probablemente, el primer monje de nombre conocido y, en una carta suya del 400, aparece por vez primera en un texto hispano la palabra «monasterio». Fue acusado, al parecer por los obispos de la Bética, de priscilianista, y tuvo que exiliarse y defenderse ante el papa Inocencio I con un opúsculo titulado *De fide*, haciendo gala de su ortodoxia, con el que consiguió su absolución. Al igual que la monja Egeria o que Orosio, viajó por todo el orbe conocido y mantuvo contactos tanto con África como con el Próximo Oriente, por lo que recibió el apelativo de «obispo peregrino», anticipando el estilo de vida que popularizarán mucho más tarde monjes mendicantes y goliardos. De hecho, narra en primera persona la toma de Roma por Alarico en el 410, lo que hace suponer que se encontraba allí en ese momento. En realidad, para él la vida es una *peregrinatio pro Christo* y, en este sentido, se distancia de otras posturas cristianas, como la de San Benito, que propugnan la *fuga mundi*. La mayor parte de las informaciones que poseemos sobre él se contiene en el *De uiris illustribus*, que compuso a finales del siglo v el marsellés Genadio, siguiendo la obra homónima de San Jerónimo. Entre sus obras, además del *Libellus de fide*, se cuentan, entre otros, una *Epistula ad Ianuarium*, donde insta al monje Januario a que se readmita en la comunidad a un hermano que había seducido a una monja; la *Cena Cipriani*, donde con sentido del humor critica al emperador Juliano, y un tratadito titulado *De reparatione lapsi*. A su pluma

se atribuyó durante mucho tiempo un prólogo a las epístolas de San Pablo (*Proemium Peregrini Episcopi in Epistulas Pauli Apostoli*), también atribuido a San Jerónimo y hoy a Prisciliano, que se incluía en los códices hispanos de la Biblia.

También Toribio de Astorga se vio mezclado en la cuestión priscilianista y contribuyó a su represión, arrebatando a los fieles cualquier escrito sospechoso y haciendo llegar al papa León el Magno un *Communitorium*, donde enumera los errores del priscilianismo, y un *Libellus* de refutación de la doctrina herética. Consecuencia de ello fue la convocatoria de un sínodo en *Aquis Caelenis* (Caldas de Reis). Aún con todo, el priscilianismo se mantuvo con cierto vigor hasta mediados del siglo vi.

De este modo concluye la aportación de las tierras hispanas a las letras latinas de la Antigüedad, dejando el camino abierto para que, poco después y en el ambiente propicio y estable de la Hispania visigótica, otros escritores, en número de nuevo elevado, creen una cultura literaria magnífica y de sabor muy singular: será el momento de Martín de Braga, Pascasio, Apringio de Beja, Juan de Biclario, Leandro de Sevilla, Braulio, Sisebuto, Eugenio, Ildefonso y Julián de Toledo, Tajón de Zaragoza o Fructuoso de Braga, entre otros, nómina extraordinaria que culmina con la máxima expresión de la cultura occidental en estos siglos, a saber, la obra variadísima de San Isidoro, obispo de Sevilla, y en especial sus veinte libros de *Etymologiae* (conocidas también bajo el nombre de *Origines*), síntesis de erudición prodigiosa y tesoro en el que se contiene una enorme cantidad de noticias preciosas sobre literatura, historia y costumbres de los romanos.

Bibliografía*

Ediciones

- COLUMELA 1988: *L. J. M. Columela. De los trabajos del campo* [edición de Antonio Holgado], Madrid.
- EGERIA 2000: *Itinerarios latinos a Jerusalén y al Oriente Cristiano (Egeria y el pseudo-Antonino de Piacenza)* [introducciones, traducción, comentario e índices de C. Arias Abellán], Sevilla.
- 1980: *Itinerario de la virgen Egeria (381-384). Constantinopla, Asia Menor, Palestina, Siria, Egipto, Arabia, Siria* [ed. crítica del texto latino, variantes, traducción anotada, documentos auxiliares, amplia

* Aunque pueda resultar tópico, la vastísima producción bibliográfica sobre la cuestión que nos ha ocupado en estas páginas nos ha llevado a ser muy prudentes en la selección bibliográfica —sucinta— que aquí proponemos al lector. Junto a las ediciones y traducciones que se consideran de referencia sobre algunos de los autores tratados, se ofrece, en un segundo apartado, una colección de los estudios —bien monografías, bien artículos en publicaciones periódicas— que pueden considerarse inexcusables como primera aproximación —siempre general— a la cuestión. Se ha preferido ofrecer solo un listado bibliográfico final antes que interrumpir el texto con continuas referencias a aquél, máxime cuando, en paralelo a una simple lectura de éstas, surgirá su evidente relación con los asuntos tratados con anterioridad.

- introducción, planos y notas por A. Arce], Madrid.
- MARCIAL 2004-2005: *Epigramas. Vols. I-II* [introducción de R. Moreno, edición de J. Fernández Valverde y traducción de E. Montero], Madrid.
- 1997: *Epigramas* [traducción, introducción y notas de J. Fernández Valverde y A. Ramírez de Verger], Madrid.
- 1996: *Epigramas completos* [introducción, traducción y notas de D. N. Estefanía], Madrid.
- OROSIO 1983: *Historia contra los paganos = Historiarum aduersum pagaonos libri septem* [traducción de E. Gallego Blanco], Barcelona.
- 1982: *Paulo Orosio, Historias* [introducción, traducción y notas de E. Sánchez Salor], Madrid.
- PACIANO 1958: *Paciano: Obras* [versión bilingüe por L. Rubio Fernández], Barcelona.
- PRUDENCIO 1997: *Prudencio. Obras completas* [introducción, traducción y notas de L. Rivero García], Madrid.
- 1981: *Aurelio Prudencio. Obras Completas* [edición bilingüe de A. Ortega e I. Rodríguez], Madrid.
- 1966: *Aurelii Prudentii Clementis carmina* [edición de M. P. Cunningham], Turnhout.
- SÉNECA 1989: *L. Annaeus Seneca Maior: Oratorum et rhetorum sententiae divisiones colores* [edición de L. Håkanson], Leipzig.
- 1976: «Romanité et hispanité dans la littérature hispano-romaine des IV^e et V^e siècles», en : *Assimilation et résistance à la culture gréco-romaine dans le monde ancien. Travaux du VI^e Congrès d'Études Classiques (Madrid 1974)*, Bucarest-París, 301-322.
- HARRISON, G. W. M. 1975: «Martialis», *Lustrum*, 18, 300-337.
- HERZOG, R. et al. 1989: *Nouvelle Histoire de la littérature latine. 5. Restauration et renouveau (284-374)*, París.
- HONORÉ, T. 1981: *Emperors and Lawyers*, Londres.
- LEÓN, P. 1982: *Séneca el Viejo. Vida y Obra*, Sevilla.
- MARROU, H. I. 1948: *Historia de la educación en la Antigüedad*, Buenos Aires.
- MARTIN, R. 1985: «État présent des études sur Columelle», *ANRW II*, 32, 3, 1959-1979.
- MORALEJO, J. L. 1980: «Literatura hispano-latina. (Siglos V-XVI)», en: Díez Borque, J. M^a. (coord.): *Historia de las literaturas hispánicas no castellanas*, Madrid, 13-137.
- MORIN, G. 1893: «Pastor et Syagrius, deux écrivains perdus du V^e siècle», *Revue Bénédictine*, 10, 385-394.
- MUSO, O. 2003: «El teatro imperial y su puesta en escena», en RODÀ, I.; MUSO, O. (dir.): *El teatro romano. La puesta en escena*, (cat. expos.), Zaragoza, 25-33.
- PASCHOUD, F. 1967: «Roma aeterna». *Études sur le patriotisme romain dans l'Occident latin à l'époque des grandes invasions*, Roma.
- PAVAN, M. 1952: *La crisi della scuola nel IV secolo d. C.*, Bari.
- RABY, F. J. E. 1967: *A History of Secular Latin Poetry in the Middle Ages (SLP)*, Oxford.
- REYNOLDS, L. D. ; WILSON, N. G. 1984: *D'Homère à Erasme. La transmission des classiques grecs et latins*, París.
- RIVERO GARCÍA, L. 1998: *Prudencio*, Madrid.
- 1996: *La poesía de Prudencio*, Huelva-Cáceres.
- SINATRA, F. 1981: *M. Valerius Martialis*, Catania.
- SULLIVAN, J. P. 1991: *Martial: the Unexpected Classic*, Cambridge.
- VON ALBRECHT, M. 1999: *Historia de la Literatura Romana. II*, Barcelona.
- VOSS, W. E. 1982: *Recht und Rhetorik in den Kaisergerichten der Spätantike*, Frankfurt.
- WIEACKER, F. 1971: «Le droit romain de la mort d'Alexandre Sévère à l'avènement de Dioclétien», *RD*, 49, 201-223.

Estudios

- BARDY, G. 1935: «L'Église et l'enseignement au IV^e siècle (II)», *RSR*, 15, 1-27.
- 1934: «L'Église et l'enseignement au IV^e siècle», *RSR*, 14, 525-549.
- BRUNHÖZL, F. 1975: *Histoire de la littérature latine du Moyen Âge. II/1. L'époque mérovingienne*, Brepols.
- BURLANDO, A. 2000: «L'Alceste di Barcellona a Teatro», *Orpheus XXI*, 1, 2, 17-25.
- CARRATELLO, V. 1972: «Settant'anni di studi italiani su Valerio Marziale», *Emerita*, 40, 177-204.
- CORSINI, E. 1968: *Introduzione alle Storie di Orosio*, Turín.
- DEN BOEFT, J. 1997: *Calcidius on Fate: His Doctrine and Sources*, Leiden.
- 1977: *Calcidius on Demons*, Leiden.
- FONTAINE, J. 1981: *Naissance de la poésie dans l'Occident chrétien. Esquisse d'une histoire de la poésie latine chrétienne du III^e au V^e siècle*, París.
- 1980: *Études sur la poésie latine tardive. D'Ausone à Prudence*, París.

HISPANOS EN EL TRONO IMPERIAL: REFLEXIONES EN TORNO A TRAJANO Y ADRIANO

Pilar Fernández Uriel
Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED)

Resumen

El presente trabajo analiza las fuentes históricas de este periodo de la Historia de Roma, a la vez que intenta ofrecer una visión actualizada de las mismas y una semblanza paralela de los principados de Trajano y de Adriano a través del repaso a sus aspectos más sobresalientes.

Palabras clave

Trajano, Adriano, Roma, fuentes históricas, Economía, política edilicia, ideología, Hispania romana.

Abstract

The following paper analyzes the historical sources of this interesting period on Roman History, trying to offer an updated vision of those and to make a summary of Traianus and Hadrianus's Empire through its more excellent and relevant aspects.

Keywords

Historical biography, Traianus, Hadrianus, Rome, Sources, Economy, Public Works Policy, Ideology, Roman *Hispania*.

Felicior Augusto, melior Traiano [Que seas más feliz que Augusto y mejor que Trajano]: así expresaba el Senado romano su deseo de un buen principado cuando un nuevo emperador accedía al poder, demostrando el magnífico recuerdo que dicha institución tenía de Trajano, a quien en el año 100 d.C., el propio Senado concedió el título de *Optimus Princeps*. Y, más aun, añade Aurelio Víctor: «Después de mucho oír y mucho leer, puedo afirmar que el mayor crecimiento de Roma fue debido al esfuerzo y valía de los extraños... ¿quién más divino que Trajano?, ¿quién más excelente que Adriano?» (Aur. Vict. *Caes.* 14, 2).

Este recuerdo que delatan las fuentes está, además, avalado por la Historiografía, tanto por la antigua, como por la moderna, que siempre ha concedido a ambos *Principes* un trato de favor. Los escritores antiguos, tanto griegos como romanos, y, desde luego, toda la historiografía posterior, desde Voltaire hasta nuestros días, han considerado, en especial a Trajano, el mejor emperador que tuvo Roma, junto a Augusto y a Constantino, para los cristianos.

Marco Vlpio Trajano (53-117 d.C.) se convertiría en el primer emperador romano provincial, es decir, con una procedencia que no tenía raíces ni en Roma ni en la península itálica. Era, pues el primer hispano que llegaba a ser emperador de Roma. Los diecinueve años de su gobierno coinciden, además, con el momento de máxima extensión territorial del Imperio romano. Su sucesor, Publio Elio Adriano (76-138 d.C.), representa, aun en mayor medida que Trajano, una época de esplendor de Roma, resaltada –en lo cultural– por historiadores y literatos de primera fila como Tácito, Plutarco, Marcial y Juvenal, y otros que, sin alcanzar la talla de los anteriores, produjeron obras importantes, como Dión Crisóstomo o Silio Itálico. Ambos emperadores presentan, pues, la consolidación de una dinastía y el poder del que podría denominarse «partido Hispano» en Roma. Su época fue el auténtico *saeculum aureum* de la Hispania romana.

Debido a los límites lógicos de esta publicación de síntesis, en ella solo nos será posible analizar en conjunto y en paralelo, algunos aspectos que, nos parece, pueden ser considerados los más sobresalientes de ambos *Principes*.

Fuentes para el estudio de la época de Trajano y Adriano

Las fuentes literarias sobre este periodo son complejas. Las fuentes directas son pocas, pero se trata de escritos contemporáneos e incluso de autores que conocieron directamente a los protagonistas y que, por tanto, pueden referirse a ellos y a su época con notable autoridad. El mejor ejemplo, en este sentido, es el de Plinio el Joven (62-113 d.C.). A él le debemos la

fuentes principal sobre Trajano: el *Panegírico*, leído por el propio autor en la sesión del Senado celebrada el 1 de septiembre del año 100 d.C. y publicado un año después. Se trata de un auténtico manifiesto de propaganda imperial, que presenta a Trajano como *Optimus Princeps* y defiende su *adoptio*, trasluciendo en cierto modo la línea política de Trajano de mantener una buena relación con el Senado respetando la tradición romana y de aferrarse al sometimiento a las leyes. También se conserva la correspondencia epistolar entre Plinio y Trajano, un total de 71 cartas de Plinio a Trajano y 51 del emperador a su amigo. Estas cartas se han conservado en el libro x de las *Epístolas* de Plinio.

No son demasiado abundantes las fuentes directas sobre Adriano. Se ha conservado un fragmento de su autobiografía, que escribió en sus últimos meses de vida, aparte de algunas citas breves en dos autores de principios del siglo III, senadores ambos, cuyas obras constituyen, directa o indirectamente, la principal fuente de información sobre él. Así, se conserva la curiosa colección de *Sententiae Hadriani*, un repertorio de sus respuestas, evidentemente improvisadas, dirigidas, sobre todo, a demandantes, conservadas como ejercicio escolar para ser traducidas al griego.

A comienzos del siglo III, Mario Máximo, biógrafo imperial, escribió las *Vitae Caesarum*, una segunda colección de vidas que continuaba la desarrollada en su día por Suetonio. Estas *Vitae* se han perdido y las conocemos casi exclusivamente por la utilización que hizo de ellas la *Historia Augusta*, escrita a finales del siglo IV, entre cuyas biografías se encontraba, la conocida como *Vita Hadriani*, con la que, de hecho, comienza dicho texto.

En este apartado de fuentes, merece ser citado Casio Dión, contemporáneo de Máximo y que escribió una Historia de Roma desde la fundación de la ciudad hasta su propia época. Hay fragmentos que se refieren a los tiempos de Trajano (Cass. Dio 1, 57) y es posible que también Casio Dión se sirviera para ellos de la biografía de Adriano escrita por Máximo.

De todos modos, se han perdido fuentes que serían notables, como las memorias de Trajano, que se referían a la guerra de Dacia, las notas de su médico particular, Critón, así como un poema épico, de Carminio Rufo. Existen, sin embargo, interesantes fuentes literarias indirectas que ayudan a recomponer la historia de este periodo del Principado romano.

Entre ellas merecen atención la obra sobre los gestos de Dión Crisóstomo (40-120 d.C.), de la que solo conocemos lo conservado en los textos de un escritor bizantino de la época de Justiniano (527-562 d.C.) –Procopio– cuando da la noticia de la construcción por Trajano del puente sobre el Danubio, obra del arquitecto Apolodoro de Damasco. Por su parte, Tácito (55-116 d.C.), en su obra *Agrícola*, publicada en el año 98 d.C., ofrece algunos comentarios sobre Trajano, del

mismo modo que hay alusiones sobre él en Apiano y en el libro I de Amiano Marcelino, fechado en torno al año 330.

Pueden considerarse también fuentes indirectas algunas de las obras de Arriano, gobernador de Capadocia —que trabó amistad con Adriano—, como la curiosa *Circunnavegación* (Periplus) del Mar Negro, los *Táctica*, así como el fragmento de una tercera obra, *Orden de batalla* (Éktaxis) contra los alanos, que estuvieron todas dedicadas al emperador, sin olvidar el relato de Arriano sobre las enseñanzas de Epicteto.

En el lado griego merecen citarse los ensayos de Plutarco, *Moralia*, y las *Noches áticas* de Aulo Gelio, donde se cita al propio Adriano en varias ocasiones, así como éste aparece referido en las *Vidas de los Sofistas*, de Filóstrato. Por su parte, los oradores Frontón y Elio Arístides, del periodo inmediatamente posterior a la muerte de Adriano, ofrecen comentarios sobre el círculo de amigos de este emperador. Pausanias, contemporáneo de ambos, enumera en su *Descripción de Grecia*, escrita a comienzos de la década del 170 d.C., varios favores realizados por el emperador a la Hélade, sobre todo a Atenas. Para conocer la sociedad del momento, son igualmente fundamentales las obras de los dos grandes satíricos de la literatura latina: Juvenal (45-128 d.C.) y el hispano Marcial (40/42-104 d.C.), además de las de Estacio, Quintiliano y Favorino de Arles.

Aspectos tan interesantes y fundamentales como la Ciencia y las técnicas, la Ingeniería y la Arquitectura —que alcanzaron notable desarrollo en la época— nos obligan a añadir a este listado la obra del arquitecto Vitruvio (siglo I) y el manual sobre asedios, *Poliorcetica*, atribuido al arquitecto Apolodoro de Damasco, entre otras obras de esta índole. A finales del mismo siglo se recogieron algunas anécdotas de la época en el voluminoso *corpus* del médico Galeno, como también en la el tratado sobre los *Deipnosophistas*, obra de Ateneo.

Otras fuentes históricas, no literarias, las constituyen las monedas, inscripciones, papiros y restos arqueológicos, así como las fuentes iconográficas, como es sabido de notable utilidad. Entre los testimonios numismáticos se cuentan no solo las emisiones de la ceca imperial de ambos principados, sino también las acuñaciones locales del este griego, donde las monedas de Alejandría de Egipto proporcionan una gran información. De igual modo, las monedas acuñadas por los rebeldes en Judea nos suministran indicaciones preciosas sobre la naturaleza del régimen de Bar Kojba.

También abundan las inscripciones. Una que A. Birley (Birley 1997) considera especialmente importante para el periodo adrianeo es la que se grabó en el pedestal de la estatua de Adriano en Atenas, donde se expone la carrera de éste hasta su primer consulado (108 d.C.). Son numerosas las inscripciones que nos proporcionan documentación de primera mano sobre este periodo de la Historia de Roma, tanto las oficiales

como las de particulares. Entre ellas, por ejemplo, se individualizan los diplomas expedidos a los veteranos, de un valor incalculable para reconstruir la historia militar, o los poemas compuestos por Julia Balbilla, amiga de la emperatriz, grabados sobre uno de los colosos de Memnón, en Tebas, con motivo de la visita imperial a Egipto y que constituyen otro ejemplo llamativo de los testimonios epigráficos de la época.

Son igualmente importantes las fuentes papirológicas, procedentes en su mayoría de Egipto, y que arrojan su principal luz sobre este territorio. Aunque la mayoría de los papiros están escritos en griego, no hay que olvidar los escritos en arameo que, aunque no están disponibles en su totalidad, nos ofrecen una visión singular del funcionamiento del Estado rebelde.

Son también notables los datos arqueológicos de que se dispone para la época. De la época trajanea tal vez habría que destacar, lógicamente, la Columna Trajana como fuente iconográfica de carácter militar y fundamental en el conocimiento de las guerras dácicas (la primera del 101 al 102 d.C. y la segunda del 105 al 106 d.C.). Igualmente importante es el *Trophaeum Traiani* de Adamklisi, en Rumanía. Otro documento excepcional de fuente iconográfica es el Arco de Trajano, en Benevento. Resulta enormemente curioso que, a diferencia de otros monumentos triunfales de esta naturaleza procedentes de Roma, como los de Tito, Septimio Severo y Constantino, que celebran la victoria, el de Trajano refleje un programa político y no militar, siendo en la Columna Trajana donde descansa todo su programa iconográfico militar. En Benevento, solo los relieves de la bóveda aluden a las victorias del emperador a través de veintisiete relieves historiados. En dos escenas de la parte inferior se representa la llegada del emperador a Roma como ciudadano privado. Los relieves de la parte superior aluden a la política interna y a las iniciativas imperiales. Los relieves de la derecha del lado situado hacia la ciudad recuerdan la economía y las construcciones de los puertos de Roma, *Ostia*, Ancona, Terracina y *Centumellis*. En dos relieves de la parte interior, Trajano actúa en público. En los de la parte central del arco se detallan la política interna y las iniciativas de Trajano que garantizan la seguridad del Imperio.

Respecto a Adriano, merecen una especial mención la reconstrucción del denominado Panteón de Agripa, en el que mandó levantar una notoria e innovadora construcción rematada en cúpula, revestida en bronce. Era la mayor y más bella bóveda del mundo. Mención especial merecen su mausoleo o la puerta de Adriano en Atenas, importantes edificios debidos al emperador o asociados a él. La gran Villa Tiburtina, en Tívoli, es aún objeto de investigación por parte de las españolas M^a. P. León y T. Nogales. Se han estudiado intensamente docenas de retratos esculpidos de Adriano, muchos de Sabina y un buen centenar de Antínoo. Sus obras, en cualquier caso, llegan hasta los confines del

Imperio, como el conocido Muro de Adriano, en las Islas Británicas.

A modo de balance, pues, abundan los testimonios sobre Trajano y Adriano. Sin embargo no es, ni mucho menos, una tarea fácil el analizarlos y estructurarlos. En las próximas líneas trataremos de obtener de ellos información suficiente para trazar una caracterización del Principado de ambos.

El Principado de Trajano y Adriano: aspectos relevantes

a) Antecedentes

A partir del siglo I d.C., tal vez podríamos poner una fecha –y sin duda ésta sería el año 68/69 d.C.– al momento álgido de la participación de las provincias hispanas en la política de Roma. El papel de Hispania en la crisis de este periodo resultó, como es sabido, decisivo. Algunas elites hispanas, fundamentalmente procedentes de la Bética, alcanzaron un gran poder y encaminaron sus pasos políticos, culturales y económicos en pro de unas mejores carreras políticas que, lógicamente, podían llevarlos al trono imperial. Como se verá someramente en otro lugar del presente volumen, la donación del derecho latino *uniuersae Hispaniae* por Vespasiano (Plin. *HN*. 3, 3, 30) tuvo algo que ver en ello.

Es posible, de hecho, que, tras Nerva, surgiera una auténtica dinastía hispánica en Roma y no una sucesión aislada de emperadores. De hecho, los historiadores no se han puesto de acuerdo en cómo agruparlos y en cómo denominarlos. La verdad es que siempre se ha dudado cómo definirlos: «los buenos emperadores», «los Antoninos...», «la dinastía antonina», «los emperadores adoptivos», etc. Algunos autores hemos intentado, incluso, dividir dicho periodo en etapas históricas, optando por una definición económica-social del periodo en lugar de dinástica, agrupándolos dentro del momento de apogeo del Imperio, al que seguía otro con claras muestras de declive y decadencia.

Es cierto que, como ha mostrado la profesora A. M^a. Canto en un documentado artículo publicado no hace mucho sobre los césares de dicha dinastía (Canto 2003), estos emperadores «no fueron ni tan buenos, ni tan adoptivos ni tan Antoninos». A. M^a. Canto ha insistido, de hecho, en que esta dinastía no debería denominarse «Antonina» sino Vlpia Aelia. Los argumentos que ha aportado son de peso y a ellos remitimos, aunque cabe reconocer la universalidad actual del término «Antonina».

b) La familia/dinastía Vlpio-Aelia

Además de en su ya citado artículo, la profesora A. M^a. Canto recoge en un libro reciente (Canto 2002)

importantes puntualizaciones sobre los diversos componentes de esta familia, planteamiento que después han seguido importantes autores (Blázquez 2003; Bandelli 2002; Sordi 2006; entre otros). Así, no se puede apuntar que dicha familia estuviera ubicada exclusivamente en *Italica*, pudiendo existir alguna rama de la misma en otras poblaciones de la Bética. Más aún, todavía se discute si Adriano nació en *Italica* o lo hizo en Roma, desde donde, al cumplir los quince años, habría partido hacia Hispania para estudiar en *Corduba*, *Gades* y en la propia *Italica*. Por otra parte, Adriano califica de *uetustior* su *origo* en su autobiografía y admite que descendía de antiguos colonos itálicos procedentes de *Adria*, afincados en la Bética en torno al año 205 a.C. Por todo ello, el debate no debe considerarse cerrado.

En todo caso, lo que no puede discutirse es que su enraizamiento familiar en Hispania era tan fuerte y la romanización de los hispanos tan acreditada que todo ello ha permitido a la profesora A. M^a. Canto una nueva lectura de la cuestión al realizar una exhaustiva revisión del *Epitome de Caesaribus*, de Aurelio Víctor, cuando se refiere (Aur. Vict. *Caes.* 13, 6) a los orígenes familiares de Trajano: *Vlpus Traianus, ex urbe Turditana, Vlpus ab auo dictus, Traianus a Traio paterni generis auctore uel de nomine Traiani patris sic appellatus, imperauit annis uiginti*, es decir, «Vlpio Trajano, nacido en la ciudad turditana, llamado Vlpio por su abuelo y Trajano por Trayo, fundador del linaje paterno o por el nombre de su padre, reinó veinte años».

En este texto la referencia *ex urbe Turditana* podría estar aludiendo a una ciudad de Turdetania, nombre que continuaba en uso y no era obsoleto para referirse a esta zona de Hispania: la Bética. Tanto la propia A. M^a. Canto (Canto 2003) como el también ya citado J. M^a. Blázquez (Blázquez 2003) consideran que el *nomen* de la *gens Hispana* de la que procedía esta familia era originariamente *Traius*, del que derivaría *Traianus*. Se trataría de una familia originaria de Hispania, de la provincia *Vlterior* o Bética y, por lo tanto, no fueron sus antecesores antiguos colonos itálicos, sino oriundos de la *prouincia* que centra las páginas de este volumen.

Estos *Traii* serían, en todo caso, un ejemplo de las elites indígenas adineradas y admitidas por Roma por su prestigio, posición y riqueza, y que pronto se romanizaron y recibieron la ciudadanía. Todo ello parece confirmado por las fuentes: Aurelio Víctor (Aur. Vict. *Caes.* 11-12) revela que los emperadores que siguen a la muerte de Domiciano, acaecida en 96 d.C., fueron considerados por los romanos como un conjunto y todos ellos como provinciales de origen con respecto a Roma e Italia. Estos césares admitieron el programa de los emperadores Flavios –que, por otra parte, se tenía como muy acertado en bastantes puntos–. Ya Nerva, que continuó y cumplió este programa político, gobernó rodeado de un clan hispano que había empezado

a actuar en la administración durante Vespasiano, y cuyos servicios siguieron siendo demandados por los dos hijos de aquél, Tito y Domiciano. El momento de más intensa actuación en la política imperial de este clan hispano son los años que Trajano estuvo al frente del Imperio. El jefe de este clan hispano fue L. Licinio Sura, que hasta su muerte fue la mano derecha del emperador. Dicho clan, que había logrado una gran experiencia en la administración imperial, pasó a acompañar también a su sucesor Adriano, que se sirvió de él durante la primera mitad de su gobierno.

c) Ideología política

Trajano, sin abandonar la imagen tradicional y augustea, representa tal vez una de las últimas manifestaciones del ideal del monarca helenístico. Al poner uno de sus mayores empeños en sus campañas militares y en la conquista de *Dacia* y del Oriente, llevó al extremo el viejo concepto de guerrero vencedor —uno de los principales caracteres de estos monarcas— como fuente de su carisma y del prestigio obtenido en sus victorias.

Era, además, el *Optimus Princeps*, el mejor de todos los ciudadanos, el que mejor representaba al Senado y al pueblo de Roma. Ello le proporcionaba no solo la *auctoritas* necesaria, sino que, además, lo colocaba por encima de todos y en relación con la divinidad en el sentido más tradicional de la *basileía* helenística. Por su parte, el término *Traianus Optimus Princeps* lo relacionaba con el *Iuppiter Optimus Maximus* del cielo al que le corresponde como su delegado en la tierra. Estos conceptos de realeza son recogidos por Plinio en el referido *Panegírico*, así como en el discurso *Peri Basileías*, de Dión de Prusa, dedicados ambos a Trajano, y en los que Dión actúa como analista político y portavoz del sector más tradicional de la aristocracia senatorial.

Así, a título de ejemplo, se expresa Dión de Prusa en los pasajes primero y segundo de los referidos discursos sobre la realeza; en ellos se destaca que el ejercicio del poder monárquico procede de la divinidad (Zeus-Júpiter), pero únicamente es buen soberano quien respeta la norma y la ley común del universo: «Yo desearía tratar del supremo y primer rey y magistrado, a quien deben imitar siempre los hombres y conformarse a él los que gobiernan las cosas humanas, dirigiéndose a él tantas veces como sea posible y teniéndolo como modelo de carácter... Es necesario, por principio, que todas estas virtudes sean inherentes al poder y título de Rey» (Dio Chrys. *Or.* 1, 37-42). Posteriormente, Dión sentencia: «De igual manera, todos aquellos reyes que tienen el poder y cargo de parte de Zeus... “el que gobernar a su pueblo con justicia y equidad de acuerdo con la ley y el ordenamiento de Zeus, ese tal alcanzará un destino dichoso y un final feliz”. Pero el

que transgrediere y deshonorare (el tirano)... se mostrará a todos los hombres de su propio tiempo y a los de la posteridad como un malvado y un desordenado» (Dio Chrys. *Or.* 1, 42-46).

Pero, además, *Optimus*, como superlativo de *magnus*, el epíteto latino aplicado a Alejandro, indicaría que Trajano asumía evidentemente la figura del macedonio como modelo de buen soberano para afianzar su imagen carismática del rey helenístico, con todas sus atribuciones como *cosmocrator* —señor del mundo—, ya que el Imperio es concebido como la *oikoumene*, como de hecho puede verse en el discurso *Peri Basileías*, de Dión de Prusa, donde se explica la realeza como un auténtico universo en armonía. El rey tiene que gobernar en sintonía con la ley y el *cosmos* para no perder la legitimidad de su gobierno.

Trajano y Adriano, como Alejandro, fueron grandes fundadores de ciudades. Así, en Tracia, hasta ocho llevan el nombre de Trajano: *Traianopolis*, *Augusta Traiana* y *Vlpia Traiana*; cuatro añadieron la palabra *Vlpia* al topónimo primitivo: *Sardita*, *Pantalia*, *Topirus* y *Bizye*. Otras fundaciones trajaneas al norte del Imperio fueron *Vlpia Nicopolis ad Istrum* y *Vlpia Marcianopolis*. Nueve de estas ciudades fueron creaciones *ex nouo*. Trajano, nuevamente como Alejandro, se sirvió de estas ciudades para difundir la cultura y la administración romanas.

Es difícil calcular el número de ciudades fundadas por Adriano, pues hubo muchas comunidades orientales que adoptaron su nombre. Al menos hay que concederle el mérito de la fundación de la colonia de *Mursa* en *Pannonia*, sin duda la última de tipo tradicional para veteranos creada en Occidente; de *Hadrianopolis*, en la Cirenaica; de *Hadrianoutherai*, en Asia Menor; de *Antinoopolis*, en Egipto, y de *Aelia Capitolina*, en Judea. Las dos últimas son un compendio del helenismo de Adriano llevado hasta el extremo. Pero, como puede suponerse, esta ideología no es nueva. Además de recoger la ideología de la realeza helenística, sin duda tiene como antecedente romano el tratado senquista *De Clementia*, dedicado a Nerón, donde se elabora todo un tratado político y una imagen de la realeza en confrontación con la tiranía, fundada sobre la idea central de una relación de subordinación y de semejanzas entre la monarquía terrestre, el *basileús*, y la monarquía de Zeus en el universo. Ya en *De Clementia*, de hecho, se utiliza una amalgama de elementos propios de la tradición histórica y mitológica que hunden sus raíces en el helenismo.

Trajano utilizó también la imagen de Heracles como liberador del mal y pacificador, contribuyendo con ello a un desarrollo del culto al emperador y reforzando su imagen semi-divina. La relación de filiación entre Zeus-Heracles tiene su réplica en Nerva-Trajano. Con este mito justifica y legitima la sucesión de Nerva a Trajano, basada en la *adoptio* y en una clara antici-

pación de la tetrarquía: *Iouius-Herculeus*. En este sentido, es conocido, además, el interés de Trajano por el culto de *Hercules Gaditanus*. La relación e identificación entre uno y otro queda enfatizada en algunas de sus acuñaciones, al tiempo que revive la imagen de su provincia natal apoyándose en la fuerza del lenguaje iconográfico. También Hércules fue elegido como símbolo de la *legio II Traiana*, creada entre 102-104 d.C. De igual manera, en el Arco de Benevento, el emperador togado se acerca a Hércules en un intento de identificación entre ambos.

El segundo emperador de Roma de origen hispano, Adriano, a grandes rasgos mantuvo las bases establecidas por Trajano de doctrina teocrática del poder. Pero tal vez por su carácter, diferente del de Trajano, fue diferenciándose de aquél, como también fueron diferentes su concepción de la vida y su propia actividad política. Analizaremos a ambos emperadores en sus puntos principales de forma paralela, reforzando nuestras afirmaciones con alusiones al modo cómo en las monedas y en las inscripciones hicieron gala de su legitimación religiosa y carismática que, desde luego, resultó indiscutible.

d) Semblanza

En un conocido trabajo Santiago Montero Díaz escribió en 1948: «Trajano es un personaje de rasgos contradictorios. Proyecta empresas temerarias, pero las realiza con prudencia. Profesa una bondad inalterable, pero castiga con rigor, parece exclusivamente guerrero, pero resulta que es también un filántropo. Esta antonimia será el resultado de su doble carácter: campesino hispano y guerrero de Roma» (Montero Díaz 1988, 103-117).

La figura de Adriano es mucho más compleja, desconcertante y, por ello, sorprendente. Así es definido en la *Historia Augusta*, atribuida —en su parte referida a Adriano— a Elio Esparciano: «Severo y jovial, afable y duro, impetuoso y dubitativo, mezquino y generoso, hipócrita y franco, cruel y compasivo, y siempre mudable en todo siendo una sola persona» (SHA. *Hadr.* 14, 10-11). Así lo describe, por su parte, el biógrafo Mario Máximo. «Aunque era voluble, complejo, inconstante, había nacido para ser juez de vicios y virtudes. Controlaba su espíritu apasionado mediante alguna especie de artificio y ocultaba diestramente su carácter envidioso, infeliz y arbitrario e inmoderado en sus ansias exhibicionistas; fingía contención, afabilidad y benignidad y disimulaba su ardiente deseo de gloria» (Barnes 1978, 128).

Al abordar las creencias más íntimas del emperador nos movemos también en terreno incierto. A. Birley ha apuntado que quienes pretenden reconstruir la religión de Adriano basándose directamente en sus propias declaraciones, aun siendo éstas escasas, llegan a

resultados diametralmente opuestos a la realidad de su pensamiento en esta materia (Birley 2003, 165). En este sentido, Casio Dión —como vimos se afirmaba en la *Historia Augusta*— atribuye a Adriano un carácter benigno, pero hace hincapié en su ambición y sus celos. «Su gran severidad, su actitud inquisitiva, su entremetimiento», afirma, caían mal en su entorno, pero «no obstante, equilibraba y compensaba esos defectos con su cuidadosa vigilancia, su prudencia, su generosidad... su habilidad... y con su política de paz» (Cass. Dio 69, 21).

Como cualidad de referencia, Adriano destacó por su afectación y por su filohelenismo. Era, incluso, apodado *Graeculus* —«el Grieguito»—. Recibió una educación más que griega, helenística. Fue considerado como precursor del despotismo ilustrado. Era, en definitiva, un filoheleno claro, a diferencia de Trajano. Más aún, Adriano era un enamorado de la cultura griega. Este amor a Grecia explica los continuos favores que concedió a Atenas. Birley, tal vez su mejor biógrafo, sugiere que intentó representar los papeles de un Pericles renacido tratando de recrear el mundo del siglo V a.C., interpretando, en cierto sentido, una especie de farsa al respecto. Aun admitiendo que su auténtica religión fuera el helenismo, las claves para entender la ideología y el pensamiento de Adriano son muchas y difíciles: su iniciación en los misterios de Eleusis, que puede deducirse del análisis de la moneda de tipo *cistophorus* con la leyenda *renatus* —«renacido»— emitida al poco de haber accedido al grado superior podría aludir a algún tipo de misticismo en este sentido. De igual modo, su relación con Pacrates, el milagrero egipcio, su reacción desmesurada ante la muerte de Antínoo y, en última instancia, su poema moribundo sobre el destino de su alma —tal vez basado en los conocidos versos de Ennio sobre el reino de los muertos *Acherunsia templa alta Orci*— podrían dar a entender una vuelta a una postura escéptica, casi epicúrea en materia religiosa.

Finalmente, los retratos de Adriano no nos dan apenas pistas sobre su ser íntimo. No muestran envejecimiento ni evolución. Sus últimas acuñaciones lo representan como un veinteañero, apuntando en una dirección todavía más desconcertante. Tal vez así deseaba ser visto, legándonos, de ese modo, una imagen sobre su auténtica naturaleza, como sugiere el veredicto de los especialistas en la iconografía de Adriano.

e) Política

Plinio el Joven, en el *Panegírico*, como apuntamos, señalaba el programa político de Trajano que en líneas generales puede resultar válido para ambos. Los puntos clave del mismo fueron: a) la práctica de la adopción (*adoptio*); b) unas óptimas relaciones entre el emperador y el Senado, si bien, durante el gobierno de Adriano éstas se deterioraron al servirse más, en la

administración, de los caballeros; *c*) sometimiento a las leyes, ampliándolas y reformándolas; y *d*) política paternalista y humanitaria.

En el aspecto jurídico, Trajano fue cumplidor exacto de toda la legislación vigente, pero, además, logró que sus mandatos y cartas fueran consideradas como auténticas leyes de Estado. Los senadoconsultos emanados del Senado y las constituciones imperiales fueron las únicas fuentes de legislación. Pero esta política exigía ciertas innovaciones y la puesta al día de las líneas fundamentales del Derecho. Ya Trajano aumentó el poder del Consejo del Príncipe, que juzgaba cuestiones personales. La obra jurídica de Adriano, sin embargo, resultó mucho más ambiciosa. Su asesor jurídico era un provincial oriundo de África, Juliano.

El gran historiador del Derecho romano, A. d'Ors (D'Ors 1955), estudió ya hace años la obra legislativa de Adriano, demostrando que ésta estableció una cesura en la historia del Derecho clásico. Su obra reformista se sitúa en los últimos años de su gobierno. Se puede aún hablar de Derecho clásico, pero Adriano inaugura un derecho sensiblemente diferente del anterior, con una serie de características clave.

Por una parte, se subrayó la importancia del Derecho provincial que se colocó al mismo nivel que el Derecho de Roma y de Italia. La política de Adriano dio como resultado una cierta uniformidad a Italia y a las provincias, al extender a Italia el régimen administrativo provincial. Por otra, se ocupó más de transformar las funciones que las estructuras administrativas. Las reformas de Adriano influyeron menos en la administración del Imperio que en el progreso del derecho.

Adriano, además, puso en marcha el proceso de la *cognitio extra ordinem* con la que los diferentes órdenes jurídicos se reunieron, se uniformizaron y se desarrollaron, constituyendo un *ius nouum*, del que la única fuente válida era el *Princeps*. Esta *cognitio* extraordinaria se caracterizó por ser un proceso escrito que podía iniciarse de oficio, que transcurría generalmente a puerta cerrada, y se desenvolvía de principio a fin ante un solo magistrado que dependía directamente del emperador. Ese magistrado reunía las funciones de investigador y sentenciador, pues instruía la causa, podía aplicar la tortura a imputados y testigos, y dictaba finalmente la sentencia. Únicamente el príncipe y sus asesores podían interpretar el *ius ciuile*, a través de sus rescriptos y de los *responsa signata*. Los senadoconsultos se convirtieron en simples expresiones de la voluntad del príncipe bajo la forma de *oratio*. La cancellería se ocupó de asuntos de Derecho fiscal y administrativo, más que de Derecho privado.

Adriano encomendó a su consejo privado la codificación de las leyes y, tras una década de trabajo, el conjunto del *corpus* legislativo estaba disponible en forma escrita, quedando el derecho de introducir nuevas leyes o enmendarlas restringido al Senado y al em-

perador. El emperador Adriano, en el año 130 d.C., encargó a Salvio Juliano que recopilara todos los edictos de los magistrados pretores y la elaboración de una redacción definitiva que recibió el nombre de *Edictum perpetuum*. Dicha obra fue uno de los fundamentos para la elaboración del *Digesto*, donde se encuentran muchos más rescriptos suyos que de todos los emperadores que lo precedieron. Es probable que se deba a una decisión arbitraria de los compiladores, pero posiblemente tenga que ver con algo que los historiadores del Derecho han sostenido con unanimidad: el primero en dictar rescriptos con intención de validez permanente fue el propio Adriano, por ello esa codificación ha llegado a nosotros como edicto perpetuo, cuya reconstrucción debemos al jurista alemán Otto Len, en el siglo XIX.

Este edicto constaba de varias partes: *a*) una introducción preliminar sobre su proceso, *b*) la exposición de los medios jurídicos ordinarios, *c*) la definición de procedimientos sumarios, *d*) la ejecución y recurso de anulación de las sentencias; y, en último lugar, *e*) trataba sobre interdictos, excepciones y estipulaciones de pretores. Este edicto ha planteado a los estudiosos diversas dudas que se han ido solventando con el avance de la investigación. Por ejemplo, se dudó si dicha reforma afectaba no solo al edicto del pretor y al de los ediles curules, sino también al edicto provincial y al edicto del pretor peregrino. Por las investigaciones que se han hecho, parece ser que fijó para cada uno de esos edictos un texto uniforme en lo esencial. También se discutía si el trabajo de Salvio Juliano fue solo de recopilación o también de reforma. Hoy parece aceptarse que corrigió y eliminó algunas disposiciones e incluso añadió algunas normas que consideró necesarias.

Respecto de la política paternalista y humanitaria, ambos césares gobernaron con un cierto paternalismo y procuraron granjearse buenas relaciones con el pueblo, intensificando las funciones de la justicia y del arbitraje. La actividad política de estos emperadores, en gran parte, se centró en los asuntos de Roma y en los problemas de avituallamiento a una población de cerca de un millón de habitantes. Su política tendió a crear la sensación entre el pueblo de confianza, seguridad y bienestar.

Las instituciones alimentarias –los *alimenta*– que funcionaban ya en época flavia, fueron consolidadas como una de las obras de asistencia más importantes. Su otro lado es que demuestran la existencia, en la época, de masas de niños desheredados que vagabundeaban por las ciudades. Se ha calculado en más de un centenar las ciudades que recibían estos beneficios de asistencia, cifra que indica una fuerte crisis en la economía itálica.

Otra demostración de la política humanitaria es el importante documento de Trajano a Plinio el Joven, gobernador de Bitinia, sobre la política a seguir

con los cristianos en los que no había encontrado crimen alguno. Trajano ordenó no perseguir de oficio a los cristianos, no aceptar denuncias anónimas y sancionar las acusaciones falsas. Se ha considerado una respuesta justa que marcó la pauta de las relaciones con los cristianos hasta la persecución de Decio (249-251 d.C.). El historiador eclesiástico Eusebio, en su *Historia Eclesiástica* (Euseb. *Hist. Eccl.* 4, 9), se refiere a un rescripto de Adriano, enviado a Minucio Fundano, gobernador de Asia, en que relataba la manera de comportarse éste con los cristianos. No prohíbe el emperador que los provinciales lleven a los tribunales a los cristianos, pero no tolera que se realicen denuncias y acusaciones sin base, ni que se cometan desmanes en este sentido. Estipula, además, que se mantengan solo aquellas acusaciones que puedan generar una instrucción debida ante el gobernador. Si el acusador prueba que los cristianos han hecho algo contra la ley se aplica la pena según la culpa. Si resulta que el acusador miente se valorará la injusticia y se lo castigará proporcionalmente. Rechaza, pues, el emperador el castigar a los cristianos por el simple hecho de serlo. Son libres de profesar su fe, si no van directamente contra las leyes. Esta medida es un gran avance hacia la tolerancia religiosa. A este respecto, el historiador Casio Dión escribe que Adriano es más tolerante que Trajano y que Marco Aurelio. De hecho, no se conoce ninguna condena de cristianos durante estos años. Sin embargo, Adriano prohibió a los judíos el rito de la circuncisión, algo que ya había hecho años antes Domiciano, aplicando la *lex Cornelia de sicariis et beneficiis*.

f) Relación con el ejército

Ya hemos apuntado que Trajano fue, ante todo, un militar. La guerra era su ambiente. Contó con treinta legiones, más las tropas auxiliares. No se tiene noticia de ninguna sublevación del ejército durante su gobierno. Su afán de gloria militar lo llevó, en opinión del gran historiador Casio Dión, a la conquista de Dacia, con la que incorporó al Imperio un territorio rico en minas, donde se asentaron gran número de colonos. Su colonización fue rápida y profunda y fue uno de los puntos fundamentales de su política, como lo había sido de la de César y de la de Augusto. Pero no olvidemos que en Oriente anexiónó el reino de los Nabateos y creó la nueva provincia de Arabia, al igual que acometió la guerra contra los Partos. Aunque las recientes conquistas eran insostenibles, como lo comprendió claramente su sucesor Adriano, que las abandonó inmediatamente.

Las guerras en Oriente —en el invierno del 104/105 d.C.— proporcionaron a Trajano el control de la ruta caravanera que atravesaba Arabia e inundaba el Imperio de productos exóticos y de lujo. El Imperio romano

no solucionó, sin embargo, con Trajano, el problema parto, que quedó pendiente de resolución hasta el final de la Antigüedad.

En cambio, Adriano no era, en absoluto, un militar nato. Se opuso decididamente a la política seguida por Trajano de guerras y de conquistas. Para controlar la crisis económica, era partidario de no hacer grandes gastos militares. En su tiempo, las legiones se redujeron a veintiocho. Sin embargo, el emperador filoheleno sabía que asegurar la paz exigía un ejército disciplinado y preparado, y que el Imperio dependía de la capacidad de dar una respuesta militar rápida a las amenazas que surgieran; respuesta que un largo periodo de inactividad podría debilitar. Adoptó varias medidas muy severas para conjurar este riesgo. Mantuvo el ejército continuamente adiestrado para la guerra, con frecuentes maniobras y restricciones de permisos; procuró mejorar la calidad de los reclutas; cuando visitó el ejército de las provincias durante sus viajes hacía la vida de soldado, de hecho, no se privó de criticar el estado del ejército cuando lo creyó oportuno. No quería «ni soldados jóvenes, que eran inexpertos, pero tampoco viejos que resultarían inútiles». En este sentido, premió a los soldados cuando lo merecían. En el año 119 d.C. reguló los derechos a sucesión de los hijos de los militares. Subió sus sueldos hasta niveles relativamente altos, se granjeó ampliamente el favor de los veteranos y se preocupó mucho del bienestar de sus tropas, de las que intentaba saber de primera mano tanto como le fuese posible. Cada vez fue más raro que las legiones fueran trasladadas de una provincia a otra. Los ejércitos comenzaron a asentarse en sus bases más de lo que lo habían hecho hasta entonces, con efectos indudables sobre el reclutamiento, que hubo de ser más local. Contaba, pues, con una gran popularidad en el ejército y gozaba de su lealtad.

g) Economía

La situación económica del Imperio fue, en general, aceptable. En las acuñaciones de monedas durante los años de Trajano, se observa un equilibrio entre reservas y finanzas. Estos emperadores fueron, en líneas generales, contrarios a una política de restricciones y tendieron hacia un proteccionismo. En esta época, las minas de *Carthago Noua*, las más ricas del todo el mundo antiguo, y las de Sierra Morena estaban agotadas, pero esta falta se compensó con las recientes explotaciones de oro de Dacia. En las minas de oro del noroeste hispano, sin embargo, se seguía trabajando.

Bajo Adriano mejoró la situación económica provincial. Se creaba una nueva clase municipal y colonial de la que salieron varios senadores. Tanto Trajano como Adriano renunciaron enseguida al *aurum coronarium*, es decir al tributo en oro que debían entregar las colonias y los municipios itálicos al subir un nuevo

príncipe al poder, y que resultaba especialmente gravoso. Esta medida muestra una gran generosidad por parte del príncipe y, sin duda, favoreció a todos los itálicos. Concretamente Adriano, en el segundo año de su gobierno, perdonó las deudas tributarias de los itálicos, que ascendían a 900 millones de sestericios. Además, se redujo el número de personas sujetas a la *uicesima hereditatum*. Otra medida positiva dada por Adriano en Italia fue la supresión de las sociedades de publicanos para la recogida de los impuestos. Sustituyó a los publicanos por contratistas de tributos.

Para la consolidación del patrimonio imperial, a partir de Adriano, los emperadores contaron con un amplio patrimonio del príncipe en fincas rústicas entregadas para su administración a un funcionario de rango ecuestre. En los territorios aptos para la recolección de cereales se asentaron colonos, que eran esclavos o libertos imperiales que dependían de la administración del patrimonio imperial. La agricultura itálica encontró una fuerte competencia en la de las provincias.

A este respecto, es importante la *lex Hadriana de agris rudibus* o *lex Manciana* que era, en realidad, una verdadera reforma agraria y que vinculaba al colono a la finca, principalmente, cuando se ponían en explotación tierras no cultivadas. El propietario de las tierras era el emperador. Las tierras no cultivadas se podían entregar en arriendo por cinco o diez años, con la condición de que no disminuyera la producción. Los colonos debían pagar solo durante algunos años, ya que, si en toda la extensión del terreno se alcanzaba cierta producción, los colonos se veían libres de pago, pero los derechos de propiedad nunca pasaban al colono. Esta ley facilitó que muchos veteranos pudieran asentarse en las tierras del norte y occidente de Italia. No se conocen los resultados de la aplicación de la *lex Manciana* en Italia, ya que muchas tierras imperiales se dedicaban al pasto o a los bosques.

b) Política edilicia: la gran huella de estos Principes

Los años de Trajano y Adriano coinciden con uno de los momentos cumbres del arte romano, sobre todo en arquitectura y en escultura. Ambos emperadores se rodearon de artistas, a los que favorecieron; en especial Adriano, cuyos años de gobierno son de un clasicismo refinado. La política edilicia de este periodo es tan notable que es necesario, al menos, resaltar los aspectos más sobresalientes de la misma.

Respecto de la escultura, si con Trajano comienza la escultura típicamente romana, los retratos de Trajano marcaron un punto de partida en la escultura romana. Adriano inauguró un periodo clasicista, tal vez por su especial y extraordinario gusto para el arte, del que, de hecho, fue un gran apasionado. De dicha pasión dan prueba no solo la alta calidad artística de algunas esculturas que adornaron la Villa Adriana (centauros

en mármol gris (“bigio”) firmados por Aristeas y Papias de Afrodiasias, o un célebre sátiro en “rosso antico”), sino también las excelentes obras de arte que se produjeron en el periodo. Los escultores de Afrodiasias demostraron una gran habilidad técnica en el trabajo del mármol. Este mismo gusto refinado expresan los retratos de Vibia Sabina y Antínoo, esculpidos en la época. Concretamente, las representaciones de Antínoo crearon un nuevo tipo de estatua de atleta según los cánones de la escultura clásica, como muestran el Antínoo Silvano, firmado por Antoniano de Afrodiasias, hoy en el Instituto de los *Fondi Rustici* de Roma y depositado en Palazzo Massimo; el Antínoo Dionysos procedente de la Villa Adriana, y la cabeza de Antínoo como Dionysos del Museo Vaticano.

En arquitectura, el arquitecto de esta época por excelencia es Apolodoro de Damasco, a las órdenes de Trajano, quien demostró con sus construcciones ser uno de los mejores de toda la Antigüedad en su disciplina, y de todos los tiempos, y considerado un hito en la arquitectura romana. Durante estos años se desarrolló mucho la arquitectura, tanto en Roma, como en Italia y en las provincias. En Roma se construyeron el foro de Trajano, la basílica Vlpia, las dos bibliotecas, la Columna Trajana, los mercados (aunque en la actualidad el famoso mercado de Trajano en Roma está interpretado como un gran centro de la administración del Estado) y las termas, además de que se concluyó la construcción del templo consagrado a *Venus Genetrix*, empezado por César, cuyo foro se embelleció.

Adriano embelleció Roma con magníficos edificios. Rehizo el panteón construido por Agripa, que había sufrido varios incendios. Construyó el templo de Venus y Roma, una magnífica residencia en Tívoli, y el ninfeo de los *Horti Sallustiani*. Al final del gobierno, se empezó a levantar el mausoleo de planta circular que sirviera de tumba al emperador y a sus sucesores, algunos de los Antoninos, Septimio Severo, Geta y Caracala.

Fuera de Roma, en Italia, los monumentos más importantes de Trajano tal vez sean los arcos de Benevento y de Ancona. En *Britannia* se restauraron los muros de *Eburacum* y a Adriano se debe el famoso muro. En el *Illyricum*, en esta época, se data la puerta monumental de *Asseria*. En *Dyrrachium*, un particular costeó la biblioteca. Por su parte, en Hispania, los puentes de Alcántara y del Segura, y el acueducto de Segovia se fechan también en este momento; en *Augustobriga* se levantó un templo del que se conserva la fachada. Entre otros monumentos citaremos el ninfeo de Nîmes, edificio que ha llegado en pie hasta el siglo XXI, lo que es, sin duda, prueba de su excelente factura.

En Oriente, a los tiempos de Trajano y Adriano se deben algunas tumbas de Petra; en *Gerasa*, un arco fechado en el año 115 d.C.; en Palmira, importante ciudad caravanera, la torre de *Alabbel*; en Antioquía,

capital de Siria, el gran conjunto de edificios públicos, como un ninfeo, un teatro, un acueducto y un canal; el templo dedicado a Trajano en *Cilicia*; el inicio del *Traianeum*, de Pérgamo; el ninfeo de tres pisos de Mileto, uno de los más importantes puertos y mercados del Oriente; la biblioteca de Éfeso, datada en el 115 d.C.; las puertas del *Artemision* de Éfeso, uno de los santuarios más famosos de la Antigüedad y otras obras imponentes que no detallaremos para no hacer la lista interminable.

Desde luego, a este respecto, Atenas fue la gran capital que se benefició del gobierno de Adriano, destacando en ella la puerta de Adriano. Pruebas de su amor a Atenas son la terminación del *Olimpeion*, comenzado en el 124-125 d.C. y consagrado en el 128 d.C. Él mismo consagró una gigantesca estatua criselefantina de Zeus en la *cella*, a imitación de la monumental estatua de la *cella* del templo de Olimpia (468-460 a.C.), de marfil, obra de Fidias, con ropaje de oro, que ocupaba un tercio del santuario. Al mismo tiempo, Adriano instituyó un sinedrio panhelénico para congregar a todas las ciudades griegas y para unir a todos los griegos. De la biblioteca queda en pie una pared con columnas y el teatro de Herodes Ático. Todavía impresionan al visitante el podio con columnas del templo dedicado a Zeus en *Aizanoi*, Frigia, y en Petra, la tumba rupestre llamada El Hama, de dos pisos.

Hasta África llegó la política edilicia de estos emperadores. En Alejandría se levantó un arco en honor de Trajano. El emperador se ocupó de los templos de Egipto. En *Esneh-Latopolis* se restauró el templo del dios Chnum. En la isla de Filé se levantó un santuario y en el 116 d.C., en el oasis de Tíbe, un templo en honor de Trajano. En la colonia *Vlpia Marciana Traiana Thamugadi* (Timgad) se construyó un arco triunfal en honor de Trajano; un capitolio se levantó en el *Municipium Vlpium Traianum Augustum Thubursicum*; en *Cirta* se reconstruyeron las termas; en *Thagura* se restauró el Capitolio y se levantó el arco triunfal de *Mactaris*.

Pero, desde luego, en este repaso a la actividad edilicia de Trajano y Adriano no podemos acabar sin al menos regresar a *Italica*, nuestro punto de partida, que no visitaron estos emperadores, pero a la que colmaron de beneficios. Aunque es predominante la idea de que Adriano fue el promotor de la gran ampliación septentrional de su ciudad patria —la llamada *noua urbs* o «*Italica* de Adriano»—, parece muy probable que el proyecto original de engrandecer la ciudad natal se debiera ya a Trajano, momento en que se comenzaron algunas obras como el templo dedicado a la *Victoria Augusta*, en su honor sin duda por su victoria en las guerras dácicas, hipótesis ya formulada, por A. M^a. Canto (Canto 1985). A comienzos del siglo II d.C., en el marco del programa de engrandecimiento de la ciudad, se produce la gran reforma trajano-adrianea,

que afectó a su teatro, construido en época augustea, remodelando los nuevos accesos laterales (*itinera*) y monumentalizando algunos sectores de la *orchestra*; a su vez el entorno del teatro experimenta una gran reforma urbanística con ornamentación de algunas de las más célebres estatuas italicenses.

La colonia de *Italica*, ha sido bipartida por los arqueólogos entre las *uetus urbs* y la *noua urbs*, donde continúan los trabajos de investigación de sus magníficas *domus*. En *Italica* trabajó un grupo de artistas orientales que dejaron obras de gran calidad, como la famosa escultura de Trajano y el retrato de Adriano que procede de un taller de Roma, así como la bellísima estatua de la denominada Venus de Itálica, orgullosamente erguida, y de la Artemis, relacionada con la obra de Damofón de *Lykousura*, escultor que trabajó en torno al 150 a.C. También son notables la escultura que representa a un atleta desnudo, con manto colgado del hombro izquierdo, o los altares cilíndricos báquicos con ménades danzando procedentes del teatro, de mármol lunense y de época augustea.

El abandono de la *noua urbs* y de sus lujosas *domus* se produjo en el siglo III d.C. y, posiblemente, a causa de un declive natural, urbanístico y económico progresivo.

La continuidad de la dinastía *Vlpia*

Hubo dos herederos de Adriano, un joven de diecisiete años y un niño de siete. Según las fuentes contemporáneas, únicamente existieron dos Antoninos: Antonino Pío y Marco Aurelio. Ambos eran legalmente *Aelii*. Antonino Pío, el continuador de esta dinastía, subió al trono imperial en el 138 d.C. y siguió vinculado al partido hispano por su matrimonio con la hija del tres veces cónsul *M. Annius Verus*, natural de Córdoba. Antonino Pío no tuvo hijos y fue sucedido su sobrino político, el verdadero heredero de Adriano, Marco Aurelio.

Como vimos, desde Nerva, los seis emperadores siguientes tienen entre sí claras pruebas de consanguinidad y parentesco, nacimiento, raíces o poderosas conexiones con la Bética. Por esta razón, podría considerarse al conjunto una dinastía iniciada por Nerva que continuó tras Adriano hasta Cómodo, muerto en 182 d.C. Según Herodiano, los romanos vieron a Cómodo (181-182 d.C.) como un emperador de la cuarta generación descendiente de Trajano. Así, los Vlpios-Elios hispanos protagonizaron una de las páginas más importantes de la Historia de Roma.

Sinesio de Cirene —hacia el 410 d.C.— escribió a un amigo en una de sus *Cartas* lo siguiente: «es cierto que algunos grandes personajes de la Historia sobresalen disparados como llamas hasta una gran altura de gloria, para apagarse luego» (Synes. *Epist. Gr.* 32). No es

el caso de Trajano y Adriano. La fama de ambos traspasó incluso la propia Historia de Roma y se proyectó en los siglos medievales, cuando ya Roma era solo un recuerdo o un símbolo.

Bibliografía*

Bibliografía general

- ALVAR, J.; BLÁZQUEZ, J. M^a. (eds.) 2003: *Trajano*, Madrid.
- ÁLVAREZ, J.M.; ALMAGRO-GORBEA, M. (comis.) 1999: *Hispania. El legado de roma*, Zaragoza.
- BENNET, J. 1997: *Trajan Optimus Princeps. A Life and Times*, Londres-Nueva York.
- BLÁZQUEZ, J. M^a. 2003: *Trajano*, Barcelona.
- BIRLEY, A. 2003: *Adriano*, Barcelona.
- CANTO, A. M^a. 1999: «Saeculum Aelium. Saeculum Hispanum: Promoción y poder de los hispanos en Roma», en: *Hispania. El legado de Roma. En el año de Trajano*, Zaragoza, 209-224.
- 1991: «CIL VI 10229: ¿El testamento de Licinio Sura?», *Chiron*, 21, 277-324.
- CASTILLO, C.; NAVARRO, F. J.; MARTÍNEZ, R. (eds.) 2001: *De Augusto a Trajano. Un siglo en la Historia de Hispania*, Pamplona.
- CIZEK, E. 1983: *L'époque de Trajan. Circonstances politiques et problèmes idéologiques*, París.
- GONZÁLEZ, J. (ed.) 2000: *Trajano, emperador de Roma*, Roma.
- (ed.) 1993: *Imp. Caes. Nerva Traianus Aug.*, Sevilla.
- 1987: «Trajano: Part(h)icus, trib. pot. XIX, imp. X», *AEA*, 60, 237-250.
- GONZÁLEZ CONDE, M^a. P. 1991: *La guerra y la paz bajo Trajano y Adriano*, Madrid.
- GRIFFIN, M. 2002: «Nerva to Adrian», en: *Cambridge Ancient History XI*, Cambridge, 84-131.
- MONTENEGRO, A. 1954: «Trajano, oriundo de España», *RABM*, 60, 155-172.
- MONTERO DÍAZ, S. 1988: «El Estado Universal de Trajano», en: *Estudios de historia antigua y medieval*, Madrid, 103-117.
- MONTERO HERRERO, S. 2000: *Trajano y la adivinación. Prodigios, oráculos y apocalíptica en el Imperio romano (98-117 d.C.)*, Madrid.
- 1998: «Optimus Princeps. Ideología, política y religión», *Historia* 16, 22, Madrid, 74-76.
- OPPER, T. 2008: *Hadrian. Empire and conflict*. Londres.
- POLVERINI, L. 2002: «Traiano e l'apogeo dell'Impero», en: *Hispania terris omnibus felicior. Premesse et esiti di un processo di integrazione*, Pisa, 303-313.
- ROLDÁN, J. M. 1998: «El siglo de Trajano», *Historia* 16, 22, Madrid, 54-62.
- POPESCU, G. A. (ed.) 1998: *Traiano ai confini dell'Impero*, Milán.
- TUDOR, D. 1966: *Traian imparat al Romei*, Bucarest.
- URSU, H. 1971: *Traian*, Bucarest.
- WATERS, K. H. 1975: «The reign of Trajan, and its place in contemporary scholarship (1960-1972)», *ANRW*, 2, 381-431.
- 1969: «Traianus Domitiani continuator», *AJPh*, 91, 385-404.

Fuentes históricas

- ARNIM, H. VON 1898: *Leben und Werke des Dio von Prusa*, Berlín.
- COMO, D. DEL 1980: «Studi recenti su Dione di Prosa», *Athenaeum*, 58, 191-193.
- BIRLEY, A. 1997: «Marius Maximus the consular biographer», *ANRW*, II, 2678-2757.
- BALDWIN, B. 1983: *Suetonius*, Amsterdam.
- BECATTI, G. 1982: «La colonna Traiana, espressione del rilievo storico romano», *ANRW*, 11, 12.1, 536-578.
- BELLONI, Y. 1973: *Le monete di Traiano. Catalogo del Civico Gabinetto Numismatico*, Milán.
- BERCAREGGI, E. 1975: «Le opere di Traiano, imperatore spagnolo, nella documentazione numismatica», *Numismatica*, 25, 255-272.
- BERNARD, A. ; BERNARD, E. 1960: *Les inscriptions du Colosse de Memnon*, París.
- BIANCHI BANDINELLI, R. 1981: «La columna Trajana: documento artístico y documento político (o de la libertad del artista)», en: *Storicità dell'arte classica. Del Helenismo a la Edad Media*, Madrid-Florencia, 113-127.
- BOLLANSÉE, J. 1994: «P. Fay 19, Hadrian's Memoirs and Imperial epistolary autobiography», *Anc. Soc.*, 25, 279-302.
- BOURGEY, L. 1954: *Monnaies de l'empereur Trajan*, París.
- BOWERSOCK, G. W. 1969: «Suetonius and Trajan», *Hommage à M. Renard I*, Bruselas, 119-125.
- BRAVO, A. 1983: «Notas sobre el tema de la concordia en Dió de Prusa», *Habis*, 4, 81-95.
- CARNEY, T. F. 1967: «The political legends on Hadrian's coinage. Policies and Problems», *Turtle*, 6, 291-303.

* En una obra de las características de ésta, se ha optado por ofrecer al lector la bibliografía imprescindible sobre Trajano y Adriano. Como se comprenderá, ésta resulta tan ingente –incluso solo en los aspectos de su relación con Hispania– que acometer una selección resulta necesariamente difícil. Se hacen constar aquí, pues, los títulos de referencia con especial atención a los más recientes, pero sin perjuicio de los trabajos clásicos lo que, entendemos, justifica una bibliografía tan amplia.

- CHAVES, F. 1993: «Amonedación de Trajano», en: GONZÁLEZ, J. (ed.): *Imp. Caes. Nerva Traianus Aug.*, Sevilla, 87-135.
- CHIC, G. 2000: «Trajano y el arte de comerciar», en: *Trajano, emperador de Roma. Congreso Internacional. Trajano, Emperador de Roma*, Sevilla, 71-101.
- CONSTANTINOPLE, G. R. 1981: *The development of Trajans political program in the coins reverses of the Roman*, Carolina del Norte.
- D'ORS, A. 1955: *Panegírico de Trajano de Plinio el Joven* [traducción y notas], Madrid.
- DURRY, M. 1933 : «Le regne de Trajan d'après les monnaies», *RH*, 57, 4-15.
- ECK, W.; ROXAN, M. M. 1995: «Two new military diplomas», en: FREI-STOBA, R.; SPEIDEL, M. A. (eds.): *Römische Inschriften – Neufunde Neulesungen und Neuinterpretationen Festschrift H. Lieb*, Basilea, 55-99.
- FLORECU, F. B. 1965: *Das Siegesdenkmal von Adamklissi Trophaeum Traiani*, Bonn-Bucarest.
- GARER, W. 1974: «Zum Bildprogramm des Trajansbogens von Benevent», *JDAI*, 89, 308-335.
- LEVICK, B. M. 1979: «Pliny in Bithynia», *G&R*, 26, 121-142.
- MARIOTTI, I. 1988: «Noti in margine ai poeti novelli», *Munus Amicitiae. Scritti in memoria di A. Ronconi II*, Florencia, 11-21.
- MELUCCO VACCARO, A. (ed.) 1985: *La colonna Traiana*, Roma.
- MOLIN, M. 1989: «Le Panegyrique de Trajan: éloquence clápparat au programe politique néo-stoicien?», *Latomus*, 48, 785-797.
- MOROCHO, G. (ed.) 1988: *Dión de Prusa. Discursos I-XI*, Madrid.
- KIENAST, D.; CASTRISTIUS, H. 1971: «Ein vernachlassigtes Zeugnis IDr die Reichspolitik Trajans: Die zweite Tarsische Rede des Dion von Prusa», *Historia*, 20, 62-83.
- RADICE, B. 1968: «Pliny and the Panegyricus», *G&R*, 15, 166-178.
- RIDLEY, R.T. 1989: «The fate of an architect Apollodorus of Damascus», *Athenaeum*, 77, 551-565.
- ROTILI, M. 1973: *L'arco di Traiano a Benevento*, Roma.
- SCHILLER, A. A. 1991: «Sententiae et Epistulae Hadriani. Vindication of a Text», en: *La crítica del testo. Atti del II Congresso Internazionale della Società Italiana di Storia di Diritto*, Florencia, 717-727.
- SCHWARTE, K. H. 1979: «Trajan's Regierungsbeginn und der "Agricola" des Tacitus», *Bonner Jahrbücher*, 179, 139-176.
- SHERWIN-WHITE, A. N. 1966: *The letters of Pliny. A historical and social commentary*, Oxford.
- SETTIS, S. et al. 1988: *La colonna Traiana*, Turín.
- SMALLWOOD, E. M. 1965: *Documents illustrating the principats of Nerva, Trajan and Hadrian*, Oxford.
- SORDI, M.; VALVO, A 2006: *Hiberia-Italia, Italia-Hiberia*, Milán.
- STEWIK, G. 1969: *Die epigraphischen Zeugnisse für die Kriege Roms von Augustus (27 v.) bis Commodus (192 n.)*, Viena.
- SYME, R. 1964: «Pliny and the dacian Wars», *Latomus*, 23, 750-759.
- TRISOGLIO, F. 1972: «Le Idee politiche di Plinio il giovane e di Dione Crisóstomo», *PPol*, 5, 3-43.
- VULPE, R. 1964: «Dion Cassius et la campagne de Trajan en Mésie Inférieure», *Stud. Clas*, 6, 205-232.
- WATERS, K. H. 1970: «Juvenal and the reign of Trajan», *Antichthon*, 4, 62-77.

Orígenes

- BANDELLI, G. 2002: «La colonizzazione romana della Penisola Iberica da Scipione Africano a Bruto Callico», en: *Hispania terris omnibus felicior. Premesse ed esiti di un processo di integrazione*, Roma, 106-116.
- CANTO, A. M^a. 2003: «La dinastía Ulpio-Aelia (96-192 d.C.): ni tan "buenos", ni tan "adoptivos" ni tan "Antoninos"», *Gerión*, 21.1, 263-305.
- 2002: *Las raíces béticas de Trajano. Los Traii de la Itálica turdetana, y otras novedades sobre su familia*, Sevilla.
- DURRY, M. 1965: «Sur Trajan père», en: *Les Empereurs romains d'Espagne*, París, 51-63.
- GIL, J. 1986: «La inscripción italicense de Trahianus», *Gerión*, 4, 325-327.
- VAISANEN, M. 1979: *Su una gens romana: gli «Ulpii»*, Helsinki.

Ideología

- BÉRANGER, J. 1965: «La notion du principat sous Trajan et Hadrien», en: *Les empereurs romains d'Espagne*, París, 27-38.
- BOER, W. DEN 1975: «Trajan's deification and Hadrian's sucesión», *Anc. Soc.*, 6, 203-212.
- COTTON, H. 1984: «The concept of *indulgentia* under Trajan», *Chiron*, 14, 245-266.
- CUMONT, F. 1940: «Trajan Kosmokrator», *REA*, 42, 408-411.
- ECK, W. 1978: «Zum neuen Fragment des sogenannten Testamentum Dasumii», *ZPE*, 30, 277-295.
- FEARS, J. R. 1977: *Princeps a Diis Electus: The Divine Election of the Emperor as a Political Concept at Rome*, Roma.
- GARCÍA Y BELLIDO, A. 1959: «La "modestia" de Trajano ante la recepción del Imperio», *Estudios Clásicos*, 111.14, 3-9.
- GUARDUCCI, M. 1965: «La religione di Adriano», en: *Les empereurs romains d'Espagne*, París, 209-219.

- HIDALGO DE LA VEGA, M^a. J. 1995: *El intelectual, la realeza y el poder político en el Imperio romano*, Salamanca, 115-116.
- MERTEN, E. 1977: *Die Adoption Hadrians*, Bonn.
- JACZYŃSKA, M. 1981: «Le culte de l'Hercule romain au temps du Haut-Empire», *ANRW*, 11, 17.2, 631-661.
- KLEINER, F. S. 1992: «The Trajanic Gateway to the Capitoline Sanctuary of Jupiter Optimus Maximus», *JDA*, 107, 149-174.
- LEVI, M. A. 1993: *Adriano Augusto. Studi e ricerche*, Milán.
- MANGAS, J. 1989: «El Hercules gaditanus dios heredero», en: *Homenaje a Marcelo Vigil*, Salamanca, 55-60.
- METCALF, W. E. 1980: *The Cistophori of Hadrian*, Nueva York.
- MONTEVECCHI, O. 1990: «Adriano e la fondazione di Antonoopolis», en: *Neronia IV. Alejandro Magno modelo de los emperadores romanos*, Bruselas, 183-195.
- SCHOWALTER, D. N. 1993: *The Emperor and the Gods. Images from the Time of Trajan*, Minneapolis.
- SYME, R. 1965: «Hadrian, the intellectual», en: *Les empereurs romains d'Espagne*, París, 243-253.
- TEMPORINI, H. 1978: *Die Frauen am Hofe Trajans. Ein Beitrag zur Stellung der Augustae im Principat*, Berlín-Nueva York.

Senadores

- CABALLOS, A. 1990: *Los senadores hispanorromanos y la romanización de Hispania, siglos I-III*, Écija.
- ÉTIENNE, E. 1965: «Les sénateurs espagnols sous Trajan et Hadrien», en: *Les Empereurs romains d'Espagne*, París, 55-72.
- PUCHEU, CH. 1962: *Étude sociologique du Sénat romain de Nerva a Hadrien*, Burdeos.

Política interior

- D'ORS, A. 1950: «La signification de l'oeuvre d'Hadrien dans l'histoire du droit romain», en: *Les empereurs romains d'Espagne*, París, 147-154.
- D'ORGEVAL, B. 1950: *L'empereur Hadriaen. Oeuvre législative et administrative*, París.
- DUNCAN-JONES, R. P. 1964: «The purpose and organisation of the Alimenta», *PBSR*, 32, 123-146.
- GARNSEY, P. 1988: *Famine and food supply in the graeco-roman world. Responses to risk and crisis*, Oxford.
- 1968: «Trajan's alimenta: Some Problems», *Historia*, 17, 367-381.
- GARZÓN, J. A. 1988: «La política alimentaria desde Trajano a Antonina Pía en la propaganda numismática», *Studia Historica*, 6, 165-174.

- PIGANIOL, A. 1965: «La politique agraire d'Hadrien», en: *Les empereurs romains d'Espagne*, 135-146.
- SCHUBERT, CH. ; SCHOLL, R. 2004: «Lex Hadriana de agris rudibus und lex Manciana», *Archiv für Papyrussforschung* 50/1, 79-84.
- VEYNE, P. 1965: «Les alimenta de Trajan», en: *Les Empereurs romains d'Espagne*, París, 163-172.

Política religiosa y el problema judío

- BARNET, T. D. 1989: «Trajan and the Jews», en: *En el año de Trajano. Hispania. El legado de Roma*, Zaragoza, 145-162.
- HENGEL, M. 1983: «Messianische Hoffnung und politisch Radikalismus in der jüdisch-hellenistischen Diaspora», en: *Zur Frage der Voraussetzungen des jüdischen Aufstandes unter Trajan*, Berlín, 115-117.
- SIAT, J. 1995: «La persécution des chrétiens au début du 11 siècle d'après la lettre de Pline le Jeune et la réponse de Trajan en 112», *LEC*, 63, 161-170.
- SHOCHAT, Y. 1985: «The Change in the Roman Religion at the Time of the Emperor Trajan», *Latomus*, 44-2, 317-336.
- TEJA, R. 1993: «Trajano y los cristianos», en: GONZÁLEZ, J. (ed.): *Imp. Caes. Nerva Traianus Aug.*, Sevilla, 187-204.
- PUCCI, M. 1989: «Greek Attacks against Alexandrian Jews during Emperor Trajan's Reign», *Journal for the Study of Judaism*, 20, 31-48.
- 1982: «La rivolta ebraica in Egitto (115-117 d.C.) nella storiografia antica», *Aegyptus*, 62, 195-217.
- 1981: *La rivolta ebraica al tempo di Traiano*, Pisa.

Política exterior y de fronteras

- ABASCAL, J. M. 1989: «Algunas observaciones sobre la participación hispana en las guerras dácicas de Trajano», en: *Anejos de Gerión 2. Homenaje al Profesor S. Montero Díaz*, Madrid, 345-355.
- BARZANO, A. 1985: «Roma e i Parti tra pace e guerra fredda nel I secolo dell'Impero», en: *La pace nel Mondo Antico*, Milán, 211-222.
- BELLONI, Y. 1982: «Prospettive ideologiche e realtà politica in Dacia nei riflessi della monetazione romana», en: *La Dacia preromana e romana, i rapporti con l'Impero*, Roma, 53-68.
- CONDURACHI, E. 1982: «La Dacia romana e i suoi problemi strategici e politici», en: *La Dacia preromana e romana, i rapporti con l'Impero*, Roma, 99-115.
- DYSON, S. L. 1985: *The creation of the Roman Frontier*, Princeton.
- GOSTAR, N. 1979a: «L'armée romaine dans les guerres daces de Trajan (101-102, 105-106)», *Dacia*, 23, 1-8.

- 1979b: «Les guerres daciques de Trajan d'après les inscriptions», en: *L'exercitus hispanus et les guerres daciques de Trajan*, Madrid, 77-97.
- MALISSARD, A. 1976: «Les guerres daces», *DossArch*, 17, 22-42.
- SHELLMAYER, E. (ed.) 1999: *Traian in Germanien, Traian in Reich Bad*, Hamburgo.
- POPESCU, G. A. 1998: *Traiano ai confine del'Impero*, Milán.
- 1997: *I Daci*, Milán.
- PETOLESCU, C. C. 1985: «L'organisation de la Dacie sous Trajan et Hadrien», *Dacia*, 29.1-2, 45-55.
- WAGNER, J. 1985: *Die Römer an Euphrat und Tigris. Geschichte und Denkmäler des Limes im Oriente*, Berlín.

Propaganda iconográfica: política edilicia

- ADEMBRI, B. 2003: *Villa Adriana*, Milán.
- CARANDINI, A. 1969: *Vibia Sabina. Funzione politica, iconografia e il problema del classicismo adrianeo*, Florencia.
- LEÓN, P. (coord.) 2007: *Teatro Greco Villa Adriana. Campaña de excavaciones arqueológicas 2003-2005*, Sevilla.
- RAEDER, J. 1984: *Villa Adriana*, Roma.
- OLIVER, J. H. 1965: «The Athens of Hadrian», en: *Les empereurs romains d'Espagne*, París, 123-133.
- SOLANA, J. M^a.; SAGREDO, L. 2006: «La política edilicia viaria en Hispania durante el reinado de Adriano», *HAnt.*, 30, 35-86.

Italica

- BLANCO, A. 1982: *La Itálica de Trajano y de Adriano. Italica (Santiponce, Sevilla). Excavaciones arqueológicas en España*, Madrid.
- CABALLOS, A. 1994: *Itálica y los italicenses. Aproximación a su historia*, Sevilla.
- CABALLOS, A.; LEÓN, P. 1997: *Italica. MMCC. Actas de las Jornadas del 2.200 aniversario de la fundación de Itálica (Sevilla 1994)*, Sevilla.
- CANTO, A. M^a. 1985: *Epigrafía romana de Itálica*, Madrid.
- GARCÍA Y BELLIDO, A. 1960: *Colonia Aelia Augusta Italica*, Madrid.
- GONZÁLEZ, J. 1991: *Corpus de las inscripciones latinas de Andalucía II/2. Sevilla. La Vega (Italica)*, Sevilla.
- PELLICER, M. et al. 1982: *Excavaciones en Itálica. Excavaciones de España n.º 121*, Madrid.
- LEÓN, P. 1995: *Traianeum de Itálica*, Sevilla.
- 1995: *Esculturas de Italica*, Sevilla.
- (ed.) 1982: *Italica (Santiponce, Sevilla)*, Madrid.
- LUZÓN, J. M. 1999: *Sevilla la Vieja. Un paseo histórico por las ruinas de Itálica*, Sevilla.
- 1979: *Arte hispalense. La Itálica de Adriano*, Sevilla.
- RODRÍGUEZ, O. 2004: *El teatro romano de Itálica. Estudio arquitectónico*, Madrid.

LA EXTRACCIÓN DE HISPANOS PARA FORMAR PARTE DE LA ARISTOCRACIA IMPERIAL: SENADORES Y CABALLEROS

Antonio Caballos Rufino
Universidad de Sevilla

Resumen

Esta aportación tiene como objetivo presentar la dinámica de la extracción de gentes oriundas de las provincias hispanas para formar parte de la aristocracia romana, y su significación para la vertebración del mundo mediterráneo y la consolidación del sistema imperial. El análisis de la temática se distribuye en tres apartados. Uno primero, dedicado a la descripción de la identidad y funcionalidad de la aristocracia imperial y a una caracterización dinámica de sus componentes. Un segundo trata de los fenómenos de la movilidad horizontal y los procesos de promoción en los *ordines* superiores. En el tercero, dividido en dos secciones, se esboza, primero, el panorama de la evolución del número de senadores y caballeros oriundos de las provincias hispanas y se analiza su significación histórica. Y, finalmente, se trata del origen local de los promovidos, comparando las tres provincias hispanas y destacando la relación entre la caracterización de las ciudades de origen y su potencial de promoción.

Palabras clave

Provincias hispanorromanas, aristocracia imperial, movilidad social, promoción estatutaria, senadores, caballeros, elites hispanorromanas.

Abstract

The aim of this contribution is to present the dynamics of the extraction of people from the Roman provinces of *Hispania* to become members of the Roman aristocracy, and also its significance for the vertebration of the Mediterranean World and the consolidation of the imperial system. The analysis of the topic is distributed in four sections. First at all, I deal with the description of the identity and functionality of the imperial aristocracy, and, furthermore, the dynamic characterization of their components. Secondly, I study the phenomena of the horizontal mobility and the processes of promotion in the superior *ordines*. In the third one, it is sketched the evolution of the number of senators and *equites* that came out from the Roman provinces of *Hispania*, and then I analyse their historical significance. Finally, in the last one, I reflect about the local origin of those promoted, through the comparison of the three provinces of *Hispania* and focusing on the relationship between the characterization of the cities in which they emerged and their potential of promotion.

Keywords

Hispano-roman Provinces, Imperial Aristocracy, Social Mobility, Statutory Promotion, Senators, *Equites*, Hispano-roman Elites.

«Oligarchy is the supreme, central, and enduring theme in Roman history.»

[La oligarquía es el argumento supremo, central y permanente de la historia romana.]

Syme, R. 1985: *Tacitus*, vol. I, v, Oxford.

Contra las leyes y desafiando al Senado, Julio César cruzó el río Rubicón al frente de sus tropas camino de Roma el 10 de enero del 49. Iniciaba así un ominoso periodo de guerra civil que llevó a la población a estimar, por su carencia, las nociones de prosperidad, estabilidad y orden como valores supremos. Tras la victoria de su sobrino nieto, adoptado testamentariamente con el nombre de Cayo Julio César Octaviano, contra Marco Antonio en Accio el 31 a.C., la propaganda imperial acertó a presentar la figura del emperador como garante de la paz y, por ende, de la estabilidad política, la concordia social y la prosperidad económica. Pero, en el cumplimiento de su papel supremo a la cabeza del Estado, el emperador no estaba solo, sino que iba a contar con el apoyo de unos estamentos políticamente dóciles por los beneficios sociales y económicos de ello derivados, los *ordines* superiores, de los que se nutrían los órganos de gobierno, auxiliados por una compleja burocracia. Copartícipes e instrumentos del poder, estas elites coincidían en que el mantenimiento de su altísima función política y el exclusivismo de sus privilegios sociales pasaban inexcusablemente por la preservación del sistema imperial.

Como artificio para la supervivencia de un esquema social de carácter fuertemente piramidal, las referencias ideológicas de la Roma imperial presentaron precisamente a estas elites como garantes de la conservación de las esencias más genuinas de Roma, las *mores maiorum*. Resultó así que, no solo el poder estaba en manos de la aristocracia, sino que asimismo los modelos de comportamiento y las pautas ideológicas de referencia también fueron generados por ella.

La aristocracia imperial

La altamente jerarquizada estructura de la sociedad romana se fundamentaba en la desigualdad intrínseca de los seres humanos, que condicionaba un reparto diferenciado de derechos y obligaciones, y en una específica concepción de la persona. Era esta última una categoría altamente restrictiva, pues, no siendo sinónimo de ser humano, en puridad correspondía solo a los ciudadanos romanos que estuviesen en posesión de la totalidad de sus derechos civiles. Excluía por tanto a aquellos que hubiesen sido teñidos por la infamia de la esclavitud, a las mujeres y a los no romanos, manteniendo incluso en una categoría no plenamente autónoma a quienes no fuesen cabeza de familia, en el sentido amplio del término con el que esta institución

era concebida en la antigua Roma. Pero, a la par, el concepto de «persona» era una categoría intrínsecamente social, pues se refería no al individuo en cuanto a tal, sino a su función en relación con el colectivo. No en vano este término (*personal-ae*) era el que servía para designar a la máscara con la que se revestía el actor identificando su papel en la escena.

El desigual reparto de funciones y atribuciones entre los ciudadanos pretendía no obstante el equilibrio, asignando para ello las cargas —*munera*— en proporción a los beneficios, como fórmula de canalizar en favor del colectivo las heterogéneas energías individuales e imbuir en la totalidad del cuerpo social una íntima solidaridad con el destino de Roma. La resultante no fue la compartimentación de la sociedad en clases, agrupaciones de hecho en el sentido técnico que le dio Gurvitch al término (Gurvitch 1967), sino de grupos de derecho, cuya adscripción era controlada por los poderes públicos mediante el ejercicio del *census*, operación por la que se vertebraba a la población en distintas categorías en función del reparto de las obligaciones fiscales, políticas y militares exigidas para la marcha del Estado.

En la vieja constitución serviana, entre los ciudadanos movilizables para el servicio en las filas del ejército se establecieron oficialmente cinco grados (*classes*), en función de criterios económicos, debiendo de disponer los de la primera de un capital de al menos 100.000 ases. Pero asimismo en ésta se estableció una división entre quienes combatían a pie y quienes lo hacían como caballeros, la elite de esta primera clase censitaria. Acabó exigiéndose para estos la disposición de 400.000 sestercios, esto es, diez veces el monto exigido para la simple pertenencia a la primera clase. Pero, siendo ya de por sí fuertemente excluyente, este requisito económico no era suficiente, sino que, para servir como caballero, se establecieron unos criterios complementarios que certificaban una exigida *dignitas*. Así seleccionados, los *equites* republicanos no solo constituían los rangos más elevados del ejército, sino que ocuparon un lugar de privilegio en los comicios, órgano de decisión política. Con ellos se constituyó un *ordo*, orden o escalón social ecuestre, como agrupación jurídicamente definida por criterios censitarios, legales, ideológicos, morales y sociales, controlados y sancionados por los censores. Componían como resultado un grupo privilegiado, restringido a unos pocos, seleccionados, estrictamente, en función de criterios multistatutarios, que gozaron de una posición especial en relación con el Estado. Este reconocimiento y esta consideración oficiales les aportaron una serie de prerrogativas, manifestadas en honores y signos estatutarios de su rango, destinándolos a la par a la participación pública.

Salvo circunstancias excepcionales, era la disposición del censo ecuestre la que facultaba para presentar

la candidatura al desempeño de las magistraturas, universal aspiración política para los capaces de ellas, y de lo que dependían poder y prestigio. Máxime si ésta era la fórmula habitual y ordinaria para el ingreso en el Senado, conformado como una asamblea compuesta por los ex-magistrados. Sus miembros no solo eran los más ricos, sino que, para ser honorable, esa fortuna debía fundamentarse en la propiedad territorial, lo que permitía un estilo de vida honroso a ojos de los romanos, posibilitando con ello una dedicación plena a los asuntos del foro, a la gestión, control y representación del Estado.

En diversos momentos a lo largo de la República, se dieron casos de promoción al Senado de personas que no habían desempeñado de antemano magistraturas. Se trataba de circunstancias excepcionales, por ejemplo, el nombramiento el 216 a.C. de nuevos senadores para sustituir a los muertos en la guerra contra Aníbal, o los que nombró Sila en el 80 a.C. como fórmula de recompensar a sus leales, tanto militares, como jurisperitos. Pero fueron los acontecimientos derivados de la crisis política y la guerra civil de finales de la República los que introdujeron una mayor distorsión en la composición del Senado, tanto en el número de miembros como en su reclutamiento.

Con relación a lo primero, desde época monárquica, el número teórico de componentes de la asamblea senatorial ascendía a 300. Ya Cayo Graco incluyó entre sus reformas la ampliación del número de senadores. El 91 a.C., para posibilitar que fuese la asamblea senatorial quien se ocupase de constituir los tribunales, consideró Livio Druso el ingreso de 300 nuevos miembros adicionales en el Senado. Este total resultante de 600 senadores fue el establecido por Sila el 81 a.C., llevando a cabo el reclutamiento extraordinario al que me he referido más arriba. Por su parte, la dictadura hizo posible que César elevase abusivamente el número de senadores hasta los 900 o incluso más, incluyendo entre estos a gentes de muy variada condición, no respetando sino el criterio de la lealtad personal y política. La situación de convulsión de valores y desorden institucional se agravó aún más durante el triunvirato, cuando se llegó a computar hasta un millar de senadores.

Una vez deshecho de sus opositores y consolidado en el poder, la reforma del Senado se convirtió en uno de los ejes de la política de Cayo Julio César Octaviano, tomando sucesivas iniciativas al respecto los años 29-28 y, ya como Augusto, los años 18 y 13 a.C., y 4 d.C. Primero la reducción del número de integrantes de la asamblea senatorial hasta reducir la cifra a 600, mantenida como referente teórico a todo lo largo del Imperio. Junto a la del número, hizo reformas en la cualificación y fórmula de selección –*lectio*– y nombramiento de senadores, así como en la definición y composición del *ordo senatorius*. Con ello éste

quedaría siempre bajo la supervisión última del emperador, *Princeps Senatus* ya desde el 28 a.C., lo que condicionaría y mediatizaría sustancialmente la acción del Senado, convirtiéndolo en un órgano subsidiario de la voluntad imperial. Transformado radicalmente, conservando la apariencia y el prestigio, se lo vaciaba así de muchas de las atribuciones de que había gozado durante la República.

Ser ciudadano romano ingenuo, tener el domicilio en la urbe, no desempeñar actividades infamantes ni dedicarse a negocios comerciales a gran escala, eran requisitos previos. También, por supuesto, y tras el desempeño de cargos preparatorios de ámbito civil y militar, el desempeño de las magistraturas seguía siendo la llave que abría la puerta a la integración en el Senado. Pero, además, Augusto, entre las reformas llevadas a cabo entre el 18 y el 13 a.C., teniendo como objetivo esta renovación del Senado, convirtió al orden senatorial en un cuerpo social aún más restringido, al incorporar la exigencia de una cualificación económica específica, que ascendía primero a 800.000 y luego a un millón de sestercios. Muy por encima de la propia del rango ecuestre, que pasaba a constituir así una categoría inferior, separada y distinta. Pero este nuevo *ordo senatorius* imperial no consistía solo en un cuerpo de plutócratas. La *idoneitas*, a la par cualificación económica y exigencia de formación y experiencia en la milicia y en la gestión pública, se veía precedida como condición para formar parte del Senado por la *dignitas*, conformada por criterios a la par morales, políticos y sociales, expresando la excelencia de las virtudes cívicas.

Junto a las anteriores, Augusto introdujo también una medida legal por la que no solo se designaría a los miembros del Senado por *ordo senatorius*, sino que este término englobaría también a sus hijos, tal vez a los descendientes por vía agnaticia y, por extensión, a la familia. Estas medidas serían completadas por el emperador Calígula, ya que, restringida la posibilidad de optar a las magistraturas solamente a los *lati-clauii*, y siendo los miembros del *ordo senatorius* los únicos que podían revestir entonces la túnica adornada con la franja ancha de púrpura, estaba configurando al senatorial como un círculo social coherente, homogéneo y cohesionado. Con ello no se había configurado, sin embargo, una casta cerrada, ni se estaba transformando la aristocracia senatorial en una estricta nobleza de sangre. Por una parte, la reducida esperanza de vida, el progresivo aumento de las tareas de gestión a desempeñar por los senadores, las medidas de contracepción tendentes a evitar la desmembración de los patrimonios con el riesgo siempre inmediato de la extinción familiar, los peligros inherentes al desempeño de cargos –los continuos viajes y los avatares de la vida militar–, las asechanzas de la política, con el riesgo de caer en la peligrosa enemistad del emperador, inversamen-

te proporcional al prestigio alcanzado, entre un sinfín de imponderables, exigían una continua renovación de las filas del Senado. Por otra, el propio carácter romano, abierto a la movilidad, propiciaba la permeabilidad de la Asamblea por la vía de la incorporación familiar o la voluntad imperial, expresada, bien por la concesión de la laticlave a quienes no fueran de antemano miembros del *ordo senatorius*, bien mediante la adlección. Ésta, la *adlectio*, procedimiento extraordinario y ligado a los poderes censoriales, ya que suponía un aumento efectivo del número de senadores, fue instituida por el emperador Claudio en el 48, y consistía en que el emperador, con ocasión del desempeño de la censura, incluyese en las diferentes categorías senatoriales a personas que no habían desempeñado con anterioridad la magistratura correspondiente, cuestura, pretura o consulado.

Pero no solo había permeabilidad vertical, con la posibilidad siempre abierta de escalar posiciones para incorporar al Senado a quienes, gozando de los requisitos exigidos, se mostrasen más hábiles, ambiciosos, capaces o afortunados en aprovechar coyunturas propicias, sino también lo que podemos designar como movilidad horizontal. La permeabilidad de la ciudadanía, permitiendo la incorporación en ésta de quienes garantizaran identidad cultural, sintonía ideológica, asimilación de los ideales, valores y formas de comportamiento romanos, lealtad política —expresada en el Imperio por una absoluta fidelidad y devoción al emperador—, abría una puerta para la paulatina promoción en los escalones de los *ordines* y, con tiempo y medida, incluso para la integración en la elite de una restringida y selecta minoría de itálicos y provinciales, absolutamente asimilable e indiferenciada del resto de la aristocracia romana.

Hemos hablado hasta ahora de las transformaciones operadas en el Senado y en sus componentes, los senadores, que habían acabado configurando con sus familias un bien cohesionado *locus* ubicado en el vértice de la pirámide social romana. Pero a Augusto también se debe la responsabilidad de la puesta en marcha de sustanciales cambios en la identidad, función y composición del estamento ecuestre.

El 13 de enero del 27 a.C. Cayo Julio César Octaviano, cónsul ese año y suficientemente consolidado en el poder ya por entonces, propuso devolver al Senado las atribuciones que había ido sucesivamente acumulando. Se daba paso así a la mitificación del argumento de la *res publica restituta*, y a la presentación del emperador como campeón de la paz, de la concordia y de la recuperación de las *mores*. La respuesta condicionada del Senado fue hecha pública el día 15 o 16 del mismo mes, por medio de un senadoconsulto, refrendado luego en forma de ley, por la que se pedía al emperador, que fue designado a continuación Augusto, que compartiera la gestión del Estado, asumiendo amplias

parcelas de la administración pública, así como el gobierno de un número elevado de provincias, entre ellas las más comprometidas y en las que estaban estacionadas tropas legionarias.

El emperador tenía, por lo tanto, que ocuparse regularmente de una tarea de gestión inconmensurable. Dispondría para ello, además del auxilio de sus familiares, de su círculo de próximos y de sus amplias clientelas, de las nuevas funciones que fueron siendo encomendadas a instancias senatoriales. Pero, junto a estos, contaría con un recurso que constituye una de las novedades más sustanciales de la gestión imperial: la reformulación del orden ecuestre como alta instancia complementaria de la administración romana, que iría paulatinamente desarrollándose a lo largo del Imperio en un complejo organigrama de procuraturas y prefecturas ecuestres.

La obtención de la categoría de caballero dependía en último extremo de la voluntad imperial y pasaba por un riguroso mecanismo de selección y control. Por lo general, la iniciativa partía de los gobernadores u otros altos magistrados o funcionarios provinciales, de miembros del Senado, de procuradores o prefectos ecuestres, a los que hay que añadir los familiares del emperador e incluso los particulares influyentes de su entorno. Ello supone que, en un sistema donde la dinámica del poder actuó libremente, la recomendación fuera elemento esencial en toda promoción.

Así, tras el cambio de era, el otrora elitista estamento ecuestre republicano se fue paulatinamente transformando en el más abierto y permeable *ordo equester* imperial. Uno de los cambios más radicales experimentados consistió en el progresivo alejamiento de los *equites* del dominio puramente político, ámbito en el que permanecieron el emperador y el Senado, por lo que el *ordo equester* no tardó en convertirse en un sostén pasivo del sistema por su papel clave desempeñado en la administración imperial. El objetivo que pretendió Augusto revitalizando el *ordo equester* y depurando su composición fue asegurar el normal desenvolvimiento de la administración de los asuntos públicos en sus vertientes judicial, militar, económica y burocrática. La honorabilidad y capacitación técnica de los componentes del *ordo* garantizaba la adecuada renovación de los gestores ecuestres, procuradores y prefectos, mediante la incorporación de savia nueva, permitiendo, a la par de forma eficaz, el reclutamiento de candidatos para el desempeño de las nuevas funciones a ellos asignadas. Pero, aceptando esta premisa, de ello no se deriva que el cuerpo de caballeros se convirtiese, como colectivo, en una aristocracia de servicio imperial. Baste como prueba aducir el relativamente escaso número de cargos de la administración encomendados a los *equites*, que ascendería hasta un total de 30 con Augusto, en torno a los 110 a mediados del siglo II, y a 188 en el III; frente a los 20.000 que había,

aproximadamente, a comienzos del Imperio (Alföldy 1987, 168). Lo normal era o bien que los promovidos con la concesión del anillo ecuestre fueran miembros de las oligarquías locales, no abandonando tras este prestigioso nombramiento su ambiente provinciano, o bien, caso de que se hubiese llegado a servir en el ejército o a formar parte de las decurias judiciales, su posterior reincorporación en la elite de las comunidades urbanas del Imperio. Solo una minoría del grupo pudo llegar a desempeñar procuratelas. Así, a título de ejemplo, de los militares únicamente un tercio habría seguido aquel excepcional camino (Devijver 1987, 107-122).

Como resultado de lo anterior, aún con la aparente unidad que marca una misma categoría estatutaria, unos mismos privilegios y signos externos de rango —*anulus aureus*, *trabea*, *angusticlauius* y *proedria* (Demougin 1988, 766 y ss.)—, unos mismos honores y la posibilidad del desempeño de cargos específicos, la falta de homogeneidad interna era una de las características más marcadas del *ordo equester*. Las diferencias entre los distintos miembros del *ordo* eran muy notorias, y no únicamente entre los componentes de la aristocracia imperial (procuradores y prefectos ecuestres) y los que formaban parte de las elites urbanas, la inmensa mayoría de los *equites*; sino que también se aprecian notables diferencias entre los diversos puestos de la administración estatal conferidos a caballeros. Si para unos, justificados por la cuna, la obtención de la categoría ecuestre sería el destino normal, para otros supondría una excepcional promoción personal, contentándose la mayoría de las veces con la obtención del rango por incapacidad de opción al desempeño de funciones ecuestres. Frente al título *clarissimus*, propio de los miembros del *ordo senatorius*, la falta de un título equivalente para los *equites* es un síntoma palpable de esta falta de cohesión. El *ordo equester* tampoco contaba con ninguna institución representativa, como lo era el Senado para los *clarissimi*, que acuñaba una conciencia de grupo entre sus miembros y manifestaba la ideología de la que todos eran partícipes y se sentían solidarios. Esta heterogeneidad en la composición, funciones y estructura interna del orden ecuestre fue un factor social de gran dinamismo, permitiendo una gran fluidez y diversidad en los procesos de promoción, y facilitando la vertebración de las capas dirigentes a todo lo largo del Imperio.

La segunda línea conductora de la evolución del orden ecuestre, de la misma manera que vimos para los senadores, se refiere a la apertura de su reclutamiento. La política de equilibrar la balanza entre italianos y provinciales es palpable conforme vamos avanzando en la época julio-claudia, por lo que se puede decir que, al final de esta etapa, un significativo porcentaje de los *equites* procedía de las provincias. Lo mismo

hizo Vespasiano tras la época de turbulencias que lo llevó al poder, ampliando significativamente el número de senadores y caballeros. Con él, el *ordo equester* adquirió sus plenas señas de identidad para la etapa altoimperial.

La permeabilidad horizontal y los procesos de promoción supraprovincial

La solidez del dominio romano sobre el mundo conocido tuvo, ciertamente, diferentes motivaciones. Pero entre éstas contó esencialmente, por una parte, el que, en el proceso de conquista de las tierras circummediterráneas, Roma supiera mantener e incluso reforzar sus fórmulas de control y administración imperial, implantándolas en la totalidad de los territorios incorporados y reproduciendo, sobre nuevas bases, sus fórmulas de vertebración social. Por otra, el que Roma, tanto durante la etapa republicana como en el Imperio, se manifestara como un sistema de organización lo suficientemente flexible como para lograr conservar sus esencias a través del notable fenómeno del cambio regular de la oligarquía gobernante. Esto se debió no a una teoría o doctrina, sino a la presión de los acontecimientos, admitida por la aristocracia conquistadora en época republicana, y también por los emperadores y los altos funcionarios de la administración del Estado durante el Imperio.

Cuando Roma extendió su dominio sobre Italia, incorporó dentro de su propio ámbito a los mejores hombres de las comunidades italianas y, de forma similar, cuando la República dejó paso al Imperio, el nuevo sistema que emergió no dejó fuera ni excluyó a las ciudades que, con sus territorios, llegaron a estar bajo el dominio de Roma. Tanto es así que Sir Ronald Syme achacaba la longevidad de que gozó la Roma imperial a su capacidad de integrar en sus estratos dirigentes a gentes procedentes de los territorios otrora sometidos por la fuerza de las armas (Syme 1993).

Pero la muy restringida, selecta y paulatina incorporación de itálicos y provinciales en las elites imperiales no habría podido evolucionar en la proporción que lo hizo si la sociedad no hubiese sido una asociación jurídico-personal de ciudadanos romanos, en la cual cualquiera, bajo determinadas condiciones y cumpliendo una serie de estrictos requisitos, podía ingresar mediante un simple acto jurídico imperial: la concesión del derecho de ciudadanía romana. Pues solo al *civis Romanus* se le abría la vía de la promoción en la jerarquía política, que, a la vez, condicionaba la social. Siguiendo a Géza Alföldy (Alföldy 1975), la Historia de Roma fue la historia de un largo y regular proceso de desarrollo de la que, idóneamente, puede ser denominada como una «sociedad abierta» o, mejor, una «sociedad en expansión».

Esta renovación de las elites y la ampliación espacial de su reclutamiento, consustanciales a la mentalidad romana, se mostraron como el mejor expediente para reforzar los vínculos de las comunidades urbanas de las provincias con Roma, integrando así los diferentes territorios que llegaron a componer el Imperio y, con ello, para extender y consolidar el dominio imperial. Pero la formación e incorporación de una elite sociopolítica dirigente que tenía su origen en las ciudades del Imperio se mostró también como una de las respuestas más operativas, utilizando a los promovidos como gestores, a las crecientes exigencias de la cada vez más compleja administración imperial.

Ideológicamente, los propios romanos eran conscientes de las ventajas derivadas de la promoción de los provinciales, y así, un escritor tan romano como Tácito se expresó de la siguiente manera: «Entonces tuvimos una paz estable en nuestra patria y un Estado floreciente frente a los extranjeros cuando recibimos como ciudadanos nuestros a los transpadanos y cuando, con el pretexto de estar esparcidos por el orbe de la tierra nuestras legiones, añadiendo a nosotros los principales de las provincias vinimos en socorro de la fatiga del Imperio. ¿Nos arrepentimos de que los Balbo hayan venido de Hispania y otros varones no menos insignes de la Galia Narbonense? Aún viven sus descendientes y no los aventajamos en amor a nuestra patria» (Tac. *Ann.* 11, 24, 3).

Para comprender en su justa medida este magno proceso de integración y vertebración social a escala imperial resulta prioritario conocer las características de la movilidad social y los criterios por los que se efectuaba el proceso de selección. Un requisito obvio para la incorporación de estas gentes procedentes de las provincias en las filas de la alta burocracia y política imperiales era el haber alcanzado un nivel de máxima asimilación cultural e ideológica, lo que se traducirá prácticamente en una profunda lealtad al sistema. Debía tratarse de hombres dignos de confianza y juiciosos. Esta sintonía implicaba, evidentemente, la adopción de nuevas formas de vida y la modificación de múltiples pautas de comportamiento. La presencia de provinciales en Roma, la promoción de estos y, como meta de las aspiraciones, la integración de unos pocos escogidos en los *ordines*, dependía de la disposición de una amplia serie de requisitos de índole legal, jurídica, familiar, moral y económica. Se necesitaba talento, bien manifestado por la capacidad militar o por el don de la oratoria –los caminos más expeditos para la promoción–, bien desarrollando una intensa actividad en todos los frentes.

Aunque todo ello, con ser mucho, no era suficiente para garantizar el ascenso social. Contaba la tipología, la continuidad y la profundidad de los contactos entablados con las altas esferas, pero también otros factores

no controlables por los candidatos, sino dependientes de las posibilidades externas de promoción. En última instancia tanto el acceso a la ciudadanía, como la integración o la permanencia en los *ordines*, así como determinados y muy significativos nombramientos, dependían de la voluntad imperial que no siempre se ejercía de forma expresa, o respondía a motivaciones o decisiones personales del príncipe. En principio, los objetivos aducidos serían los de recompensar la lealtad o méritos concretos en favor del Estado, como acciones militares, evergetismo municipal, o favores políticos o financieros. Pero en otras concesiones ni siquiera existía este trasfondo de justificaciones y eran, simplemente, la consecuencia de la presión moral ejercida por los intercesores. Es aquí donde honradez o capacidad se complementan con el oportunismo, la habilidad, las contraprestaciones y todas las otras «virtudes» exigidas en el juego de la política.

No se puede extraer una regla general del tipo y ritmo de avance social de una estirpe familiar desde la obtención de la ciudadanía hasta el ingreso en los cuerpos dirigentes del Estado romano; entre otros motivos, porque no se puede hablar de un único modelo de comportamiento y porque las bases del ascenso llegaron a ser muy heterogéneas. No obstante, el punto de partida de al menos la mayoría de las familias que llegaron finalmente a obtener un grado máximo de promoción habría estado en el desempeño de cargos políticos en su ciudad de origen. Y ello porque la ciudad era, obviamente, el marco exterior de la actividad política. Desempeñar funciones públicas en una ciudad era uno de los símbolos externos de la Romanización y la prueba palpable de la posesión de un elevado estatuto social, cuya base y condición previa era la riqueza en tierras. Lo cual es una inmediata resultante de que la comunidad urbana era el elemento básico de vertebración organizativa del territorio y de integración y homogeneización de la sociedad romana.

El estudio de la integración de las elites provinciales en la aristocracia imperial romana permite, así, no únicamente reconocer, sino incluso poder calibrar idóneamente la dimensión y ritmos del proceso de integración en la Romanidad. La promoción estamental es signo del máximo grado de asimilación de la ideología y las pautas de comportamiento romanas por las municipalidades en que se vertebra el Imperio. Las elites locales promovidas estatutariamente deben entenderse en cierta medida como representantes de sus comunidades, al menos los interlocutores deseables y deseados por Roma. Precizando aún más, estas elites son exponente del grado de aculturación y homogeneización con los criterios romanos logrados por sus respectivas patrias, pues solo partiendo de una absoluta sintonía previa con la ideología romana era posible la movilidad interestamental.

Los miembros de la aristocracia imperial oriundos de las provincias hispanas

a) Dinámica histórica

Conocemos unos 150 caballeros de origen hispano incuestionable, además de otros 70 personajes que pudieron ser hispanos, pero cuyo origen es aún incierto. Frente a este número, sabemos de unos 170/180 senadores de seguro origen hispano, más también otros 70 cuyo origen hispano no podemos certificar (Caballeros 1990, 1999a).

A partir de ahí, hay que plantear la cuestión de la representatividad; teniendo en cuenta que la información de que disponemos es parcial y que, por ello, nuestros datos distan de ser definitivos. A este respecto, la calidad y el volumen de la documentación, especialmente la epigráfica, es inversamente proporcional a la importancia numérica de los diferentes grupos sociales, y refleja el papel político, social y económico que desempeñan las elites en la sociedad romana, definida por la vertebración. El problema estriba en que solo en ámbitos restringidos se puede establecer la relación entre el número de casos conocidos y el teórico desconocido en un momento histórico dado. Por fortuna, una de estas excepciones es precisamente la del Senado, pues conocemos el número estándar de miembros de la asamblea senatorial y el de magistrados en ejercicio. Estas cifras se pueden poner en relación con el número total de senadores directamente conocidos, que fluctúa entre los 483 de la época de Augusto, y los 243 de la época de Cómodo. Con ello, podemos estimar que conocemos en torno al 50% de los senadores de los tres primeros siglos de nuestra era (Eck 1993). Si ésta es una cifra razonable en relación con nuestra capacidad de conocimiento sobre los miembros del orden senatorial en su conjunto, no podemos decir lo mismo de su origen, un dato excepcionalmente parco en las fuentes. Los problemas se complican si nos referimos al orden ecuestre, pues no solo el número de sus miembros es indeterminado y variable a lo largo del tiempo, sino que solo conocemos la adscripción al *ordo* de aquellos de quienes tenemos documentado el ejercicio de funciones administrativas de rango ecuestre, así como de aquellos otros, muy pocos, que exteriorizaron directamente su cualificación estatutaria. Del resto, y no digamos de quienes se mimetizan con las elites locales, nos pasa desapercibida su consideración de caballero.

En este punto, debe hacerse también referencia al argumento, ya descrito, de las diferentes fórmulas de incorporación a uno y otro de los *ordines* superiores: mientras que la integración en el orden senatorial implicaba —salvo motivado desclasamiento— la automática incorporación en aquél de sus descendientes por vía agnaticia, la concesión del rango ecuestre se hacía *uiritim*, esto es, a título exclusivamente individual y

no extensible a los familiares. Esta consideración afecta sustancialmente a la significación de las cifras arriba indicadas, ya que, para el estudio de las promociones de individuos procedentes de Hispania deben tomarse en consideración a la totalidad de los incluidos en el orden ecuestre, por una parte, mientras que del orden senatorial, por otra, lo que interesa es el primero incluido en el Senado y las motivaciones de esta integración, ya que sus descendientes estarían automáticamente incorporados en el *amplissimus ordo*.

Si lo que queremos tomar en consideración son las relaciones de los promovidos con sus patrias, aquí debe hacerse una distinción entre quienes constituyan, según la clasificación social por grupos estatutarios, la *Reichsaristokratie* —la aristocracia imperial— (Kolb 1982, 131 y ss.), esto es, senadores y caballeros dirigentes; y el resto de *equites*, que, como hemos visto, constituían la mayoría, integrados en las elites locales. Los senadores de extracción provincial, por definición estatutaria, estaban obligados a desvincularse de sus lugares de origen, asumiendo la imposibilidad de una ciudadanía local, siendo asimismo exigido su domicilio en Roma, así como la inversión de un alto porcentaje de sus bienes en tierras en Italia. Por su parte, los procuradores y prefectos ecuestres, si no se veían afectados por tales imperativos legales, sería el desempeño de su función la que afectaría al mantenimiento de los vínculos con la provincia originaria.

No obstante, todo lo que antecede, los datos disponibles, tal como los sintetizamos en los gráficos siguientes (figs. 1-4), resultan suficientes en su conjunto al menos para manifestar tendencias y proyectar una imagen coherente del proceso y dinámica de las promociones supraprovinciales.

Comparando sin más el gráfico de los caballeros (fig. 2) con el equivalente que refleja la evolución en el número de senadores hispanorromanos (fig. 1), podemos derivar algunas consecuencias de significación. Las curvas evolutivas de la extracción de caballeros y senadores siguen una tendencia similar, aun cuando se constata una más temprana promoción de los primeros. Los más exigentes requisitos económicos, culturales e ideológicos para el acceso al Senado constituyen una explicación adecuada para el fenómeno. De forma paralela, aparentemente también se observa un más brusco y repentino descenso del número de caballeros. Si nos referimos exclusivamente a los *equites*, su número se mantuvo estable durante toda la época julio-claudia, prácticamente se dobló con los Flavios, y llegó a adquirir un volumen triple al inicial en la época de los emperadores hispanos, donde se alcanzó el vértice de la curva. A continuación el decrecimiento fue muy rápido y progresivo hasta el siglo III.

En época de Augusto, como resultado de la gestación operativa de una concepción del Imperio integradora en contraste con la republicana, se hurtó a los

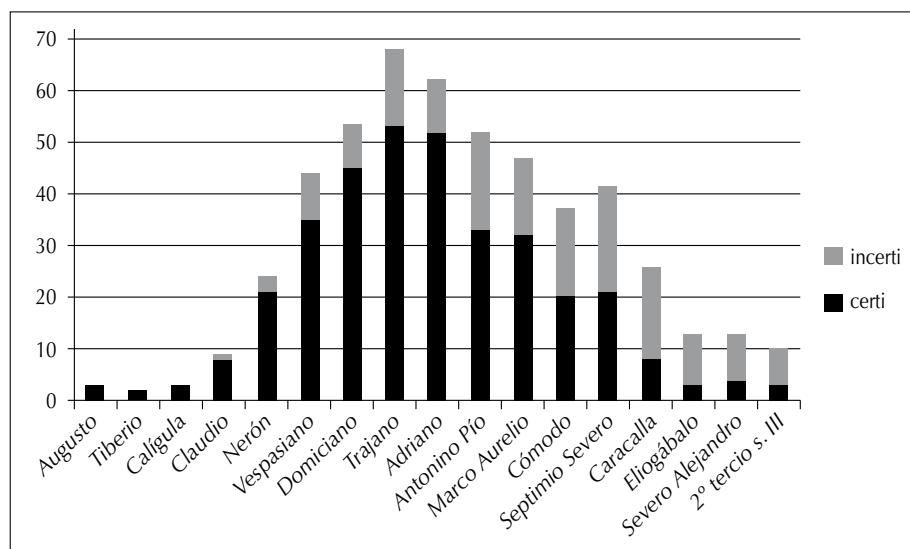


Fig. 1. Evolución del número de senadores hispanorromanos.

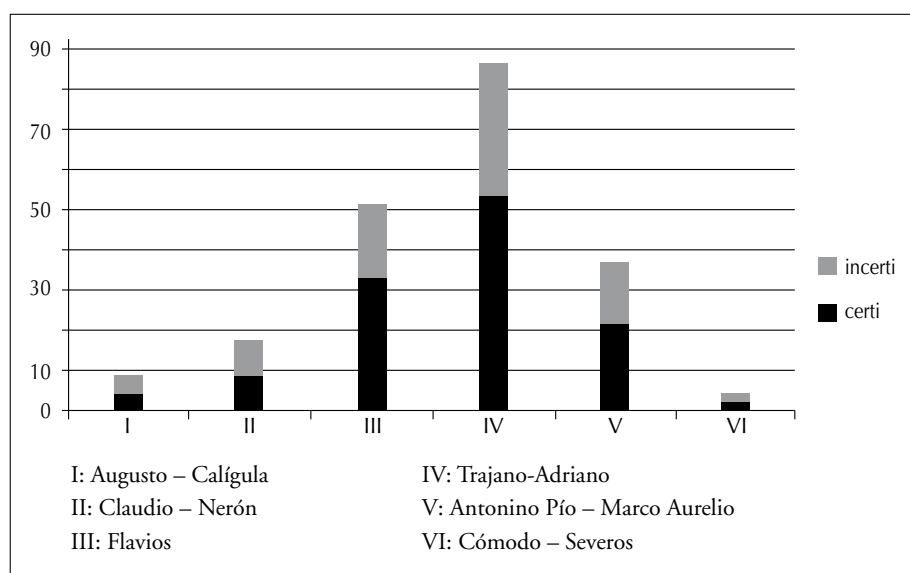


Fig. 2. Evolución del número de caballeros hispanorromanos.

provinciales del mantenimiento de vínculos personales directos con la ciudad de Roma a cambio de amplias posibilidades de promoción dentro de la provincia y la valoración de las provincias hispanas, sobre todo la más romanizada, la Bética, y la costa mediterránea de la *Citerior*, también como referentes plenamente romanos. Como contrapartida, junto a las limitadas posibilidades para los provinciales de acceso a los ámbitos de decisión capitalinos, el talante conservador de las reformas augusteas, reforzadas por Tiberio, se expresó para aquellos en la inoperatividad de la vía comicial como acceso a las magistraturas romanas, cerrada luego, definitivamente, con la pérdida de la funcionalidad política de las asambleas cívicas, los comicios. Solo por la vía de los *ordines* sería posible una lenta promoción supraprovincial, expresada en la integración en la aristocracia imperial por voluntad del príncipe, bien mediante el acceso a las carreras procuratorias ecuestres, bien por el ingreso en la aristocracia senatorial.

Para lo que solo existían dos caminos operativos: hacer méritos en la propia ciudad, trayectoria larga para aquellos que no gozaban del privilegio de la stirpe o, como alternativa o complemento, la difícil, incierta y arriesgada vía de la milicia. Esta exacerbación de los criterios de selección hizo que aquellos escasos provinciales en los que confluyeron iniciativas, recursos, prestigio, relaciones y fortuna en el aprovechamiento de una rara coyuntura positiva vieran, no únicamente abierto el camino de la promoción, sino que, en ocasiones, pudieron aspirar a niveles excepcionalmente elevados.

Como, aparte de otros requisitos, la riqueza era una de las condiciones fundamentales de la pertenencia al *ordo senatorius*, era inevitable una provincialización del Senado como consecuencia del empobrecimiento de Italia en la primera mitad del siglo I. Esta crisis italiana contrasta fuertemente con la nueva etapa de reorganización y auge económico que, por entonces, estaban

experimentando las regiones más romanizadas de las provincias hispanas, especialmente la Bética y la Tarraconense.

Cuando comenzaban a dar sus frutos las reformas de época de Augusto, paralelamente estas regiones de Hispania se beneficiaron también de forma muy especial de las medidas económicas tomadas en época de Claudio; sobre todo, como consecuencia de la importación masiva de productos para la *annona*. Ello supuso el despegue extraordinario de muchos sectores de la actividad económica, especialmente los dedicados a la explotación agraria intensiva y el comercio ultramarino, lo que, cómo no, habría de repercutir especialmente en los grupos más privilegiados de la sociedad provincial. Como consecuencia, el crecimiento proporcionalmente mayor del número de senadores de la Bética se produjo durante el reinado de Claudio.

Con Nerón, durante la privanza de Séneca y del narbonense *Afranius Burrus*, prefecto del pretorio, aumentaron las posibilidades de ascenso de los provinciales más romanizados de la Bética y la Narbonense. El resultado fueron los consulados de algunos senadores oriundos de Hispania o las jefaturas militares que situaron a algunos de estos provinciales en condiciones inmejorables para aprovechar la coyuntura de las guerras civiles del 68-69. Un acontecimiento de relevancia, el desenlace de la conjuración de C. Calpurnio Pisón en el 65, supuso la muerte de un buen número de senadores de la Bética, especialmente los vinculados a la familia de los *Annaei* cordobeses. Esta actuación de Nerón contra las más prestigiosas familias de la Bética, su inclinación hacia Oriente y la desacertada política económica habrían de restar mucho apoyo a su causa durante los acontecimientos de los años 68-69. Los desórdenes de estos años ocasionaron la extinción de algunas familias senatoriales hispanas, pero, a la par, posibilitaron la promoción extraordinaria de nuevas hornadas de hispanorromanos para el Senado.

La política y la actitud del emperador Vespasiano hacia Hispania y los hispanos fue, en gran medida, una consecuencia del papel jugado por estos en los acontecimientos de los años 68 y 69; y en muchos aspectos se puede considerar como heredera de los planteamientos esbozados durante el corto gobierno de Galba. Esta continuidad, por parte de Vespasiano, de muchos de los presupuestos de la política de Galba se hizo más evidente desde que, por presiones del Senado, fue rehabilitada su memoria a mediados de enero del 70.

Si con anterioridad a la época de los Flavios era normal, por las extinciones naturales, el ingreso de nuevas gentes en el Senado, el proceso se aceleró extraordinariamente tras los acontecimientos del 69. Tras la época de Claudio, tenemos que esperar a la censura conjunta de Vespasiano y Tito, en los años 73-74, para volver a tener documentado el procedimiento de la adlección;

pues entre el 48 y el 73 no hubo *lectio* regular. Por este método de la adlección ingresarían bastantes hispanos en el Senado en época de Vespasiano, en su mayoría los antiguos partidarios de Galba. El resultado fue que, en el 73, debieron de ingresar muchos *noui senatores* en el Senado; lo que habría de cambiar profundamente el aspecto social de este organismo. Como consecuencia, la política de equilibrio entre itálicos y provinciales, sobre todo béticos, tarraconenses y narbonenses en Occidente, remontaría sin duda a la época de Vespasiano, aunque el origen social de estos *noui senatores* de Vespasiano no diferiría en nada de los de época julio-claudia, ya que también procedían de la aristocracia municipal.

Lo que sí resultaría una novedad a partir de Vespasiano, y con carácter general, es que, por diferentes motivos, los nobles fueron apartados del gobierno de las provincias militares. Por el contrario, las funciones más importantes serían confiadas desde entonces a los miembros de las familias senatoriales recientes; en su inmensa mayoría de antiguo origen itálico. En el caso de los senadores de la Bética podemos observar, a partir de entonces, una clara continuidad en su extracción entre los diferentes reinados; y la actividad de estos senadores puede constatare a veces durante dos o, incluso, tres generaciones.

La época de Trajano se puede considerar como una continuación de la época flavia, en lo que a la significación de stirpes familiares oriundas de las provincias hispanas se refiere. Si muchas de éstas ya habrían accedido al Senado con antelación, es en época de Trajano cuando llegan al cenit de su significación, como lo manifiesta no solo el número de quienes desempeñaron el consulado por entonces, sino especialmente el número de parejas de cónsules en las que ambos tenían origen hispano (figs. 3 y 4).

Con Adriano, si bien se mantuvo aún un número elevado de gentes de extracción hispana en las filas del Senado, se constata un doble fenómeno de significación. En primer lugar, para muchas de estas gentes se habría producido hacía ya tiempo la desvinculación con su primitiva patria. Pero, sobre todo, se aprecia durante su reinado una clara quiebra en la tendencia de progresivo crecimiento en el número de senadores pertenecientes a familias oriundas de Hispania. Es doble el motivo. Por una parte es la resultante del agotamiento de las áreas de más antiguo incorporadas a Roma, debido, junto a circunstancias más generales, también a la propia emigración de lo más selecto de su aristocracia, acompañada de su más inmediata clientela, y a la sangría de capitales e iniciativa que ello llevaba emparejado. Pero también a la propia política de Adriano que, una vez consolidado en el poder con el imprescindible apoyo del prefecto del pretorio P. Acilio Atiano, se desembarazó de éste y del círculo de su antecesor Trajano, imprimiendo un sustancial cambio de

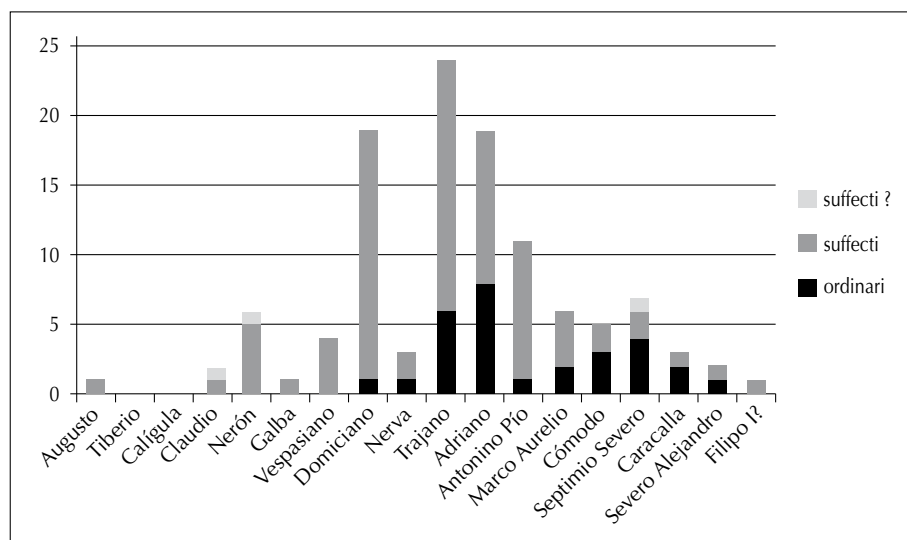


Fig. 3. Evolución del número de cónsules hispanorromanos.

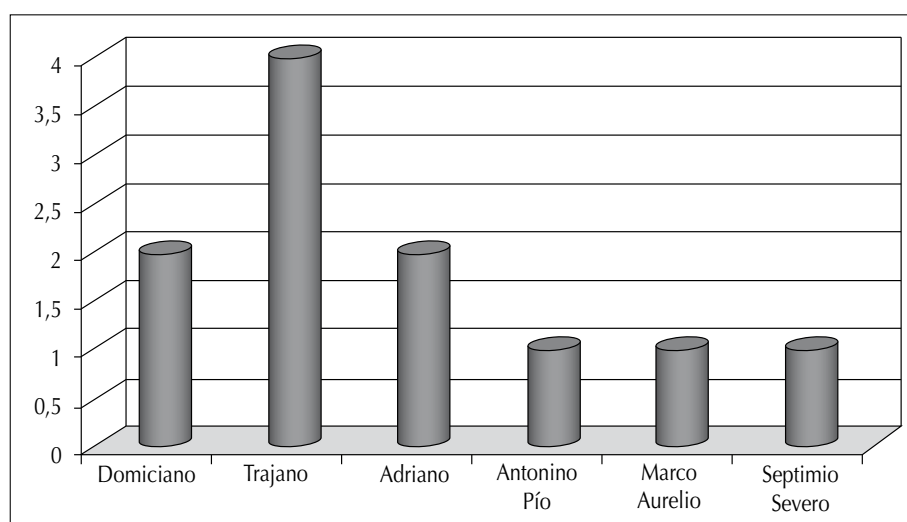


Fig. 4. Número de parejas de cónsules hispanorromanos por reinados.

rumbo a la política imperial (Caballos 1984). Seguiría habiendo senadores hispanos con posterioridad y también concretamente béticos, pero en menor número y siendo diferentes aquellas estirpes familiares que habían sido protagonistas en la etapa anterior a las que se muestran en el círculo de *amici* del nuevo emperador, como los *Annii Veri*, *Aemilii Papi* o *Messii Rustici*.

Junto a la progresiva e imparable disminución del número, primero de caballeros, luego también de senadores hispanorromanos, vemos expresarse a continuación dos tendencias consistentes, la primera, en un paulatino mantenimiento de los vínculos con los referentes provinciales, mayor de lo que había sido posible previamente, así como, en segundo lugar y para el caso de los senadores, una progresiva concentración de la propiedad en un número de manos cada vez menor.

Si esta disminución progresiva del número de senadores hispanorromanos continua hasta el final de la dinastía, con la llegada al poder de Septimio Severo tiene lugar un hecho que va a acelerar de manera

significativa la tendencia. Me refiero al apoyo de las elites hispanorromanas a Clodio Albino. El fracaso de la conjura de Albino tuvo consecuencias devastadoras para esta aristocracia, especialmente la bética. El caso de las expropiaciones de los *Valerii Vegeti*, senadores iliberritanos, es el paradigma. Tras ello el número de senadores hispanorromanos, al menos hasta lo que se nos alcanza a través de la documentación disponible, será meramente residual.

b) Origen

El *imperium* de Roma en el largo proceso de conquista se ejerció, en la península Ibérica, siguiendo las concepciones de la potencia dominadora, no sobre el territorio mismo, lo que habría sido visto entonces como una incongruencia, sino sobre las poblaciones allí asentadas, concebidas como comunidades y no como simple agregado de individuos. Hasta el punto de que, si cada unas de estas múltiples y heterogéneas

comunidades no estaban vertebradas, fue Roma quien puso en ejercicio sus recursos para que los colectivos se expresasen políticamente, bien en la fórmula de la *ciuitas*, bien en la más desarrollada de la *polis*. Solo con éstas, como unidades de vertebración comunitaria, podía y sabía relacionarse políticamente Roma. La *polis* es la unidad de referencia y, como *origo*, la que expresa la *patria*, el origen políticamente operativo de una estirpe familiar, diferente del lugar concreto en que accidentalmente un miembro de ella pudiera haber nacido.

Paralelo a la conquista, el proceso de la romanización de Hispania, si bien se inició muy pronto, fue muy largo en el tiempo. Pero no solo dilatado sino también complejo, por su falta de linealidad y desigual según las áreas geográficas, afectando de forma diferente a los distintos ámbitos peninsulares. La resultante final fue una paulatina vertebración territorial, gradual estandarización organizativa y progresiva homogeneización cultural que fructificarían desde el punto de vista político y administrativo englobando la totalidad de los

territorios peninsulares —a los que se agregó la *Mauritania Tingitana*— con el nombre de *Diocesis Hispaniarum*, ya con Diocleciano el 293 d.C.

Las características medioambientales de cada uno de los territorios sobre los que se ejerció la conquista de la península Ibérica, las peculiaridades culturales y el desarrollo de las comunidades en ellos asentadas, los precedentes históricos y el modo en que se llevaron a cabo y se fueron desarrollando los contactos con Roma, hicieron que, a pesar de unas tendencias organizativas similares, cada uno de estos territorios hispanos, política, jurídica y administrativamente individualizados y organizados en forma de *prouincia* por decisión pública, tuviera unas características y fuera desarrollando una personalidad propia.

El comportamiento de cada provincia hispana en relación con las promociones fue claramente diferente. Hasta unos 90 senadores (fig. 5) pudieron proceder de la Bética. De la *Tarraconensis* conocemos en torno a unos 50. La *Lusitania*, cuyo grado de integración fue

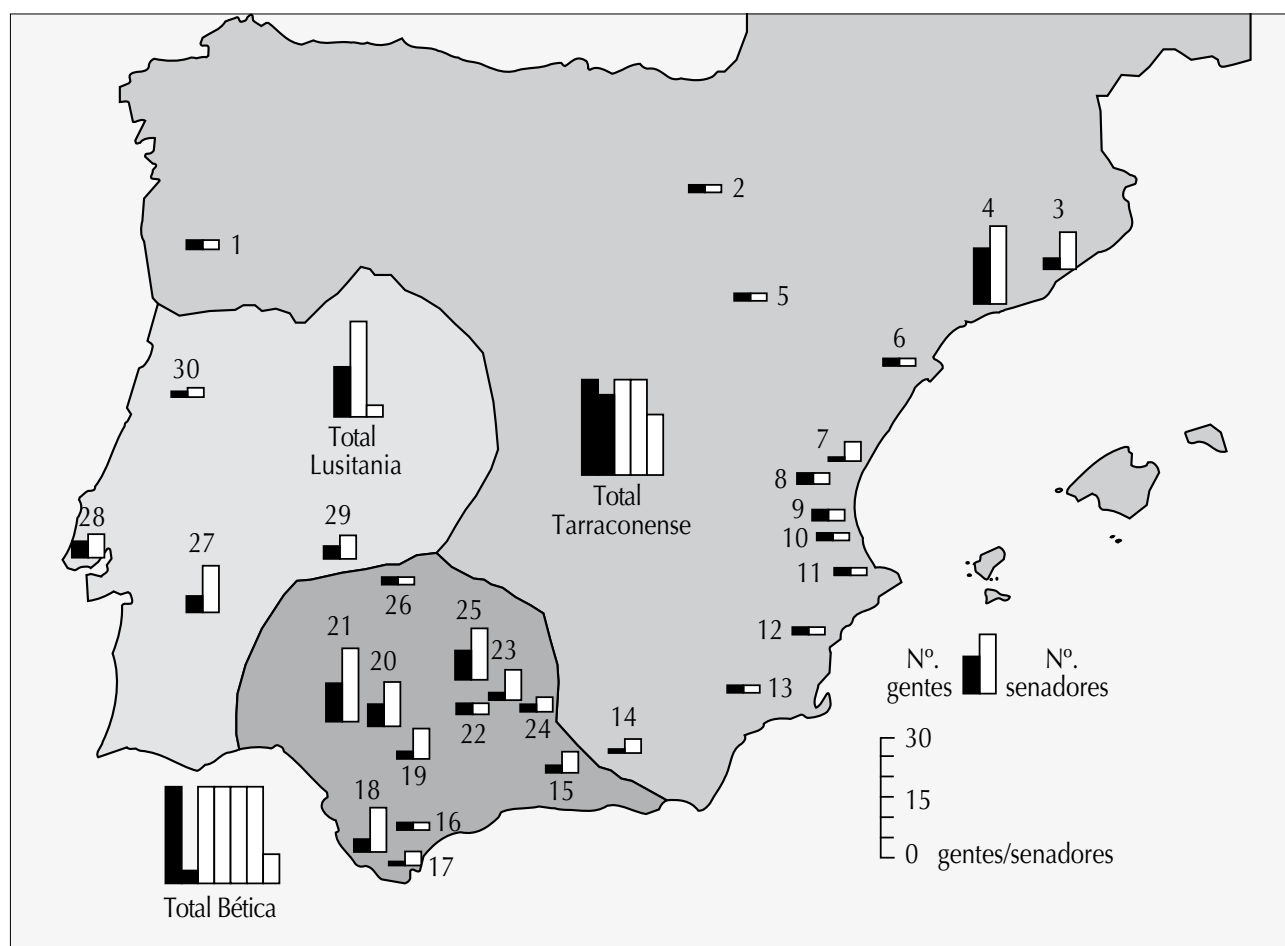


Fig. 5. Localidades de origen de los senadores hispanorromanos.

mucho menor, proporcionó un número muy inferior de promovidos y las promociones más elevadas, las que llevaron al Senado, fueron posteriores. Solo poco más de una veintena de senadores, muchos de la misma familia de los *Iulii* de *Ebora*, procedieron de la *Lusitania*.

Por su parte, en el reparto de caballeros hispano-romanos por provincias de procedencia (fig. 6), contamos con 97 personajes adscritos a la Tarraconense, 39 a la Bética y 11 a la *Lusitania*. Si lo expresamos gráficamente, nos resulta una figura en la que destaca la provincia Tarraconense, seguida a larga distancia por la Bética, mientras que, comparativamente hablando, el número de caballeros procedentes de la Lusitania conocidos hasta ahora solo supone una cifra casi testimonial.

El análisis comparativo de los mapas de extracción de senadores nos muestra, en primer lugar, que el proceso generalizado de su nombramiento se produjo con mayor antelación en la Bética que en la Tarraconense. Además, la Bética siguió siendo, a lo largo de todo el Alto Imperio, la provincia hispana de la que procedió un mayor número de senadores; y ello como fruto de sus mayores posibilidades y de su mayor grado de

romanización. En época de Vespasiano estas diferencias eran ya suficientemente significativas. Además, podemos apreciar que la evolución del número de senadores siguió una progresión más homogénea en la Bética que en la Tarraconense. En esta segunda provincia la tendencia alcista en el número de senadores se quebró en breve tiempo, una vez desaparecida la coyuntura que había originado esta alza repentina tras la crisis del 69. Además es en la Bética donde se observa un índice más alto en la proporción entre el número total de senadores y la superficie provincial. Aquí constatamos también un reparto más equilibrado que en el resto de las provincias, procediendo los senadores béticos de un grupo homogéneo de ciudades situadas, preferentemente, a lo largo del valle del Guadalquivir.

Creo que estas diferencias entre la Bética y la Tarraconense no fueron exclusivamente resultado de las diferencias de gradación en el proceso romanizador, ni de las distintas posibilidades de desarrollo, mayores y más homogéneamente distribuidas en la Bética. Aunque las motivaciones más importantes y generales habrían sido las anteriormente expuestas, las diferencias administrativas entre la Bética y la Tarraconense debieron de haber desempeñado asimismo un importante

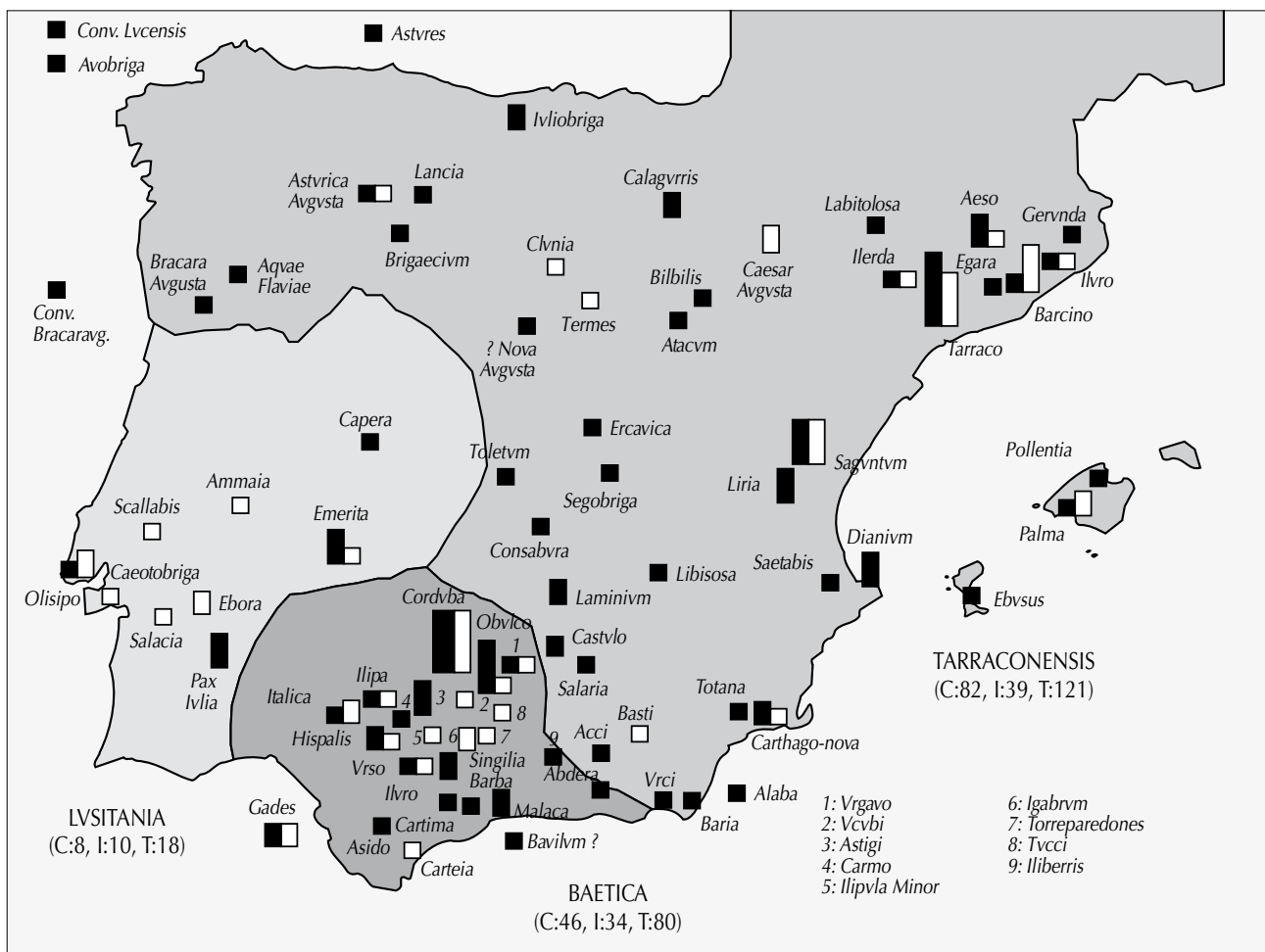


Fig. 6. Localidades de origen de los caballeros hispanorromanos

papel. Entre estas podemos destacar, por ejemplo, la diferente forma en que se nombraban sus respectivos gobernadores y las limitaciones temporales del gobernador de la Bética —de mandato anual—, frente a la teórica indefinición del periodo de mandato del gobernador de la Tarraconense.

Estas diferencias administrativas propiciaron el que una coyuntura histórica tan concreta como el gobierno tarraconense de Galba fuera tan extraordinariamente dilatada —ocho años—, y el que éste utilizara el cargo y lo que ello suponía, de fuerza y apoyos en la provincia, para su acceso al trono. Las consecuencias para la Tarraconense no se hicieron esperar, y de ahí el salto tan brusco en el número total de senadores de la provincia correspondientes a esta época. Por el contrario, no existieron estas interferencias de coyunturas concretas tan marcadas en el caso de la Bética e, incluso, durante la persecución de Nerón tras la conjura de Pisón, las condiciones y capacidades de la provincia, arraigadas de muy antiguo, propiciaron nuevas promociones, a modo de reposición de las familias extinguidas, al Senado.

Si comparamos globalmente los mapas anteriores, de nuevo observamos aquí las consecuencias de que los criterios de origen para la extracción de senadores eran más estrictos que los operantes para los *equites*. Para aquellos, se establecía una diferenciación entre comunidades en función del prestigio y la antigüedad de su fundación, tomándose en consideración de forma más selectiva este criterio, que entraba en juego junto a otros como los económicos. Como consecuencia, a pesar de que contamos con un número más elevado de senadores que de caballeros, los primeros proceden de muy pocas localidades, precisamente las de mayor rango y prestigio.

Pasando ahora a un análisis de las promociones al orden ecuestre, la dinámica concreta seguida por estas promociones en la Bética queda bien clara si comparamos su situación con la de la Tarraconense. Observamos que, durante toda la época julio-claudia, la Bética destaca sobremanera. Por entonces los caballeros jugaron en aquella provincia el mismo papel representativo que luego ostentarán los senadores. Se trata, en muchos casos, de personajes que llegaron al desempeño como funcionarios de altos y representativos puestos en el escalafón ecuestre. Frente a la Bética, *provincia populi Romani*, las provincias imperiales, Tarraconense y Lusitania, se hallan escasamente representadas, siendo similar el número de caballeros documentado para la Tarraconense, que para la Lusitania a comienzos del Imperio. Pero la primera acabará por despertar en la época de Claudio-Nerón. Con los Flavios, si el número de caballeros para la Bética se mantiene prácticamente invariable desde la época anterior, se observa un espectacular despegue de la Tarraconense, que alcanza e incluso supera algo a la Bética en número de caballeros.

Frente a las anteriores, la Lusitania sigue manteniendo una tónica languideciente. Con los emperadores hispanos, la Tarraconense manifiesta, a tenor de las fuentes, un número de caballeros comparativamente muy destacado: el doble que la Bética. No sucede lo mismo a continuación. Para entonces se observa una disminución muy destacada del número de caballeros de la Tarraconense, que seguiría estancado con los Severos, mientras que la tendencia decreciente en la Bética es muy suave, sosteniéndose su número hasta el final del periodo considerado.

La dinámica experimentada por la Tarraconense resulta, por así decirlo, «más esperada», siguiendo su representación gráfica la clásica forma piramidal. En la Bética, el número de caballeros mantiene un reparto prácticamente idéntico por épocas, desde comienzos del Imperio hasta los Severos. Ello puede deberse, simplemente, a los avatares de conservación de la documentación o a los usos epigráficos regionales, o también, complementariamente y con congruencia interna, puede que no se haya indicado el origen por la menor significación relativa de los caballeros y, por tanto, su menor impacto social, en función del aumento del correspondiente número de senadores de la provincia. En el estudio de los caballeros de la Lusitania podemos ver plasmados algunos fenómenos históricos de significación. Entre estos, por ejemplo, cómo el número de caballeros es algo mayor para épocas más antiguas, disminuyendo a continuación; cuando la tendencia esperable, al menos por el aumento exponencial del número de funcionarios ecuestres con el avance del Imperio, hubiera sido claramente la opuesta. Lo cual es un claro reflejo, o así lo entiendo yo, del desarrollo de la política atlantista julio-claudia, abandonada con posterioridad.

A modo de resumen de lo que vengo exponiendo, del análisis efectuado se puede inferir que la decisión imperial no fue arbitraria, y que la política de nombramientos de senadores y caballeros provinciales era una lógica consecuencia de un proceso muy dilatado, iniciado mucho antes de que comenzaran a nombrarse caballeros, y que dependía fundamentalmente de la asimilación ideológica resultado de los avances de la romanización, de lo que es un indicio la extensión del proceso municipalizador. Así, en palabras de H. Devijver: «A correlation between the urbanization of a territory and the supply of equestrian officers by that territory is therefore patently clear. It has been shown that it was indeed the municipal elite —that as a result of its *paideia*, its wealth, its *liberalitas* not only served as the motor of Romanization, but also constituted the reservoir from which the *ordo equester*— was replenished, particularly in the 1st and 2nd centuries» (Devijver 1991, 183). Argumentación que podemos extrapolar, sin más, al resto de los caballeros, como asimismo, *mutatis mutandis*, a los senadores.

Una evidencia resalta de los mapas que presento: el hecho de que las localidades de origen de las elites imperiales hispanas coincidan con aquellas ciudades que tuvieron una mayor significación económica, política y administrativa. Dicho de otra manera: se comprueba la existencia de una relación directa entre el número e importancia de los senadores y la categoría jurídica y antigüedad o, lo que es lo mismo, el prestigio de las ciudades de procedencia. El concepto de prestigio asociado a lo anterior se refleja como una necesidad en las promociones. Hasta lo que las fuentes nos alcanzan, solo unas pocas ciudades pueden enorgullecerse de haber sido patria de senadores. Mientras, como claro contraste y volviendo a las patrias de los caballeros hispanorromanos, éstas componen un número mucho mayor que las anteriores. De nuevo, reflejo palpable y evidente de criterios de inclusión menos exigentes que para el caso de los senadores y, a la inversa, muestra de significación como fórmula de reconocimiento de la ampliación de la «aceptabilidad» a ámbitos cada vez más amplios. Es normal que las ciudades cuna de caballeros fuesen comunidades privilegiadas y que, habitualmente, sus naturales consiguieran el rango ecuestre con posterioridad a la obtención del estatuto por parte de sus ciudades de origen. Aquí, una novedad resulta para el caso de los caballeros. Junto a las ciudades que habían sido cuna de senadores, como *Italica*, *Tarraco*, *Corduba*, *Hispalis*, *Gades* o *Barcino*, entonces, por primera vez, se añadieron municipios que habían obtenido su carta de privilegio en época flavia.

Existe una clara correlación entre categoría urbana y fecha de la obtención de la carta de privilegio –manifestación de una temprana y más profunda asimilación de los parámetros genuinamente romanos–, y número y antigüedad en la extracción de senadores y caballeros. De forma concreta, en el caso de los caballeros de la Bética, aquellos que con mayor verosimilitud tienen una cronología flavia proceden, bien de municipios antiguos, bien de colonias. A partir de Trajano ya se incorporaron gentes procedentes de municipios flavios.

La extensión de la municipalización, propiciada de forma definitiva por los Flavios, si bien testimonia el recurso a unas similares fórmulas organizativas y manifiesta un elevado grado de integración, consagrando como absolutos unos mismos referentes sociales e ideológicos, de ninguna manera desembocó en la anulación de los criterios de diferenciación y jerarquía existentes entre las diversas comunidades. La extensa homogeneización estatutaria sigue escondiendo una gran heterogeneidad de situaciones. El papel que cada ciudad juega, con los cambios y altibajos que el tiempo marca, estará condicionado no solo por el estatuto y la funcionalidad administrativa, sino también por otros parámetros entre los que cuentan la situación, los precedentes y la dinámica histórica, la riqueza, antigüedad y prestigio.

El caso más paradigmático es el de *Italica*, remontando su historia romana a la actuación de Escipión tras la Segunda Guerra Púnica. Se trata de la localidad hispana de la que procede un mayor número de senadores, siendo a la par, más aún, cuna de Trajano y patria de Adriano, aunque éste hubiese nacido en Roma. Con la llegada de Trajano al poder imperial un segundo y más trascendental arcano se había desvelado: en las provincias podían hacerse emperadores (Tac. *Hist.* 1, 4) y, además, que aquellas podían incluso aportar un dueño a Roma. Y aquí, por mucha significación que le queramos asignar al hecho concreto, lo revolucionario no era tanto que un personaje de origen provincial llegase a dominar el Imperio, como que esto pudiese ser así sin que Trajano fuese considerado ni un ápice menos romano por ello. Ésta es la historia de una larga evolución, posible siempre que no se violentasen las apariencias, porque también el cambio pertenecía a las esencias de Roma. Así lo había expresado sabiamente el emperador Claudio en un discurso al Senado: «Todas las cosas, senadores, que ahora se consideran muy antiguas fueron nuevas: los magistrados plebeyos tras los patricios, los latinos tras los plebeyos, los de los restantes pueblos de Italia tras los latinos. También esto se hará viejo, y lo que hoy apoyamos en precedentes, entre los precedentes estará algún día» (Tac. *Ann.* 11, 24).

Con la transmutación de Roma en Imperio, no solo se hizo posible ser romano fuera de Roma, sino que, más aún, los aristócratas provinciales acabaron mostrándose como los más romanos de los romanos, personalizando unas virtudes perdidas ya en la urbe. Como escribió el historiador Tácito, precisamente contemporáneo de Trajano: «Al mismo tiempo, hombres nuevos llegados de los municipios, de las colonias y también de las provincias, frecuentemente admitidos en el Senado, aportaron su moderación particular, y aunque muchos por la fortuna o por su laboriosidad llegaron a una vejez opulenta, les quedó sin embargo aquella primera disposición de ánimo» (Tac. *Ann.* 3, 5).

Estas gentes de origen provincial que representaban la nueva aristocracia romana compartían una profunda lealtad al sistema, de lo que se derivaron posibilidades de promoción y privilegios, y se habían ido aupando con el tiempo aprovechando un complejo tejido de intereses, parentescos, amistades y vínculos políticos. Precisamente, este origen provincial les aportaba la ventaja de carecer de hipotecas derivadas de lazos políticos con el inmediato pasado, mientras que el contar con viejos e ilustres ancestros itálicos –argumento puesto en valor de forma definitiva con los Flavios– les permitió incorporarse en primera fila a los procesos de promoción. Una aristocracia de extracción provincial, pero no provinciana, pues hay que notar cómo la mayoría de los vínculos políticos operativos se estableció o reforzó una vez asentados en Roma. Los miembros

de la aristocracia romana oriundos de las provincias hispanas no podían en su momento verse revestidos de otro epíteto que el de genuinos romanos, y no entraría en la consideración de estas familias, como tampoco sería ni deseable ni permisible, la exteriorización de sentimientos «nacionalistas», cualesquiera que estos fuesen, en contraposición a la idea de Roma, eso sí, ya lo suficientemente flexible como para abarcar e identificarse con todo un Imperio.

Bibliografía

- ALFÖLDY, G. 1987: *Historia social de Roma*, Madrid.
- 1986: *Die römische Gesellschaft. Ausgewählte Beiträge*, Stuttgart.
- 1975: «La sociedad romana. Problemas y posibilidades de su definición», *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 11, 407-426.
- ARMANI, S.; HURLET-MARTINEAU, B.; STYLOW, A. U. (eds.) 2003: *Epigrafía y sociedad en Hispania durante el Alto Imperio: estructuras y relaciones sociales*, Alcalá de Henares.
- BADEL, CH. 2005: *La noblesse de l'Empire romain. Les masques et la vertu*, Seyssel.
- CABALLOS, A. 2006a: «Trajano: orígenes y formación de un emperador hispanorromano», en: *Historia de Andalucía. Tomo I: La Antigüedad: del poblamiento a la madurez de los tiempos antiguos*, Sevilla, 333-341.
- 2006b: «Implantación territorial, desarrollo y promoción de las elites de la Bética», en: *Migrare. La formation des elites dans l'Hispanie romaine*, Burdeos, 241-271.
- 2004: «Raíces hispanas de la familia imperial. De Trajano a Adriano», en: *Adriano Augusto*, Sevilla, 35-55.
- 2003: «Aportaciones epigráficas al estudio del papel de los precedentes familiares en la promoción de los *Vlpii Traiani*», en: *Epigrafía y sociedad en Hispania durante el Alto Imperio: estructuras y relaciones sociales*, Alcalá de Henares, 241-267.
- 2001: «Der Aufstieg lokaler Eliten Spaniens in die Reichselite», en: *Administration, prosopography and appointment policies in the Roman Empire*, Amsterdam, 255-271.
- 1999a: «Los caballeros romanos originarios de las provincias de Hispania. Un avance», en: *L'Ordre Équestre: Histoire d'une aristocratie (I^{re} s. av.J.-C. III^{ème} s. ap. J.-C.)*, Roma (*Collection de l'École Française de Rome* n.º 257), Roma, 463-512.
- 1999b: «Preliminares sobre los caballeros romanos originarios de las provincias hispanas. Siglos I-III d.C.», en: *Elites y promoción social en la Hispania romana*, Pamplona, 103-144.
- 1998a: «Los *equites* y la dinámica municipal de la Lusitania. I: Catálogo Prosopográfico», en: *El proceso de municipalización en la Hispania romana. Contribuciones para su estudio*, Valladolid, 205-233.
- 1998b: «Cities as the basis for supra-provincial promotion: the *equites* of Baetica», en: *The Archaeology of Early Roman Baetica*, Portsmouth, Rhode Island, 123-146.
- 1995a: «Los caballeros romanos originarios de la Provincia Hispania Ulterior Bética. Catálogo prosopográfico», en: *Arqueólogos, historiadores y filólogos. Homenaje a Fernando Gascó*, Sevilla, vol. I, 289-343.
- 1995b: «Los magistrados de orden senatorio originarios de Hispania en las provincias norteafricanas durante el Alto Imperio romano», en: *Actas del II Congreso Internacional «El Estrecho de Gibraltar», Ceuta, 1990, Tomo II: Arqueología Clásica e Historia Antigua*, Madrid, 211-236.
- 1994a: *Itálica y los italicenses. Aproximación a su historia*, Sevilla.
- 1994b: «Problemática y perspectivas de la Prosopografía de la provincia de la Bética», en: *La Sociedad de la Bética. Contribuciones para su estudio*. Granada, 29-49.
- 1993: «Los miembros del Senado de época de Vespasiano originarios de la Provincia Hispania Ulterior Baetica», en: *Actas del I Coloquio de Historia Antigua en Andalucía*, Córdoba, vol. II, 7-24.
- 1990: *Los senadores hispanorromanos y la romanización de Hispania (siglos I-III). I: Protopografía*, Écija (Sevilla).
- 1989: «Los senadores de origen hispano durante la República romana», en: *Estudios sobre Urso Colonia Iulia Genetiva*, Sevilla, 233-279.
- 1986: «La romanización de las ciudades de la Bética y el surgimiento de senadores provinciales», *REA*, 6, 13-26.
- 1984: «P. Acilius Attianus», *Habis*, 15, 237-251.
- CABALLOS, A.; DEMOUGIN, S. (eds.) 2006: *Migrare. La formation des élites dans l'Hispanie romaine*, Burdeos.
- CASTILLO, C. 1993: «El Emperador Trajano: familia y entorno social», en: *Imp. Caes. Nerva Traianus Aug.*, Sevilla, 35-47.
- 1990: «Personas y familias notables en la Bética romana», en: *De la Grecia arcaica a la Roma imperial*, Madrid, 135-147.
- 1984: «Los senadores de la Bética: onomástica y parentesco», *Gerión*, 2, 239-250.
- 1982: «Los senadores béticos. Relaciones familiares y sociales», en: *Actas del Coloquio Internacional de la A.I.E.G.L. Epigrafía e Ordine Senatorio II [Tituli 5]*, Roma, 465-519.
- 1975: «Städte und Personen der Baetica», *ANRW II*, 3, 2, Berlín-Nueva York, 601-654.
- 1965: *Prosopographia Baetica*, Pamplona.

- CASTILLO, C.; NAVARRO, F. J.; MARTÍNEZ, R. (eds.) 2001: *De Augusto a Trajano: Un siglo en la Historia de Hispania*, Pamplona.
- CASTILLO, C.; RODRÍGUEZ NEILA, J. F.; NAVARRO, F. J. (eds.) 2003: *Sociedad y economía en el Occidente romano*, Pamplona.
- CHRIST, K. 1980: «Grundfragen der römischen Sozialstruktur, Studien zur antiken Sozialgeschichte», en: *Festschrift F. Vittinghoff*, Colonia-Viena, 197-210.
- DEMOUGIN, S. 1998: *L'ordre Équestre sous les Julio-Claudiens*, Roma.
- DES BOSCS-PLATEAUX, F. 2005: *Un parti hispanique à Rome? Ascension des élites hispaniques et pouvoir politique d'Auguste à Hadrien (27 av. J.-C. – 138 ap. J.-C.)*, Madrid.
- 2004: «La richesse des aristocraties de Bétique et de Tarraconaise (50 av. J.-C. fin du II^{ème} siècle ap. J.-C.): essai de synthèse», *Gerión*, 22, 305-354.
- DEVIJVER, H. 1991: «Equestrian officers from North Africa», en: *L'Africa romana. Atti dell'VIII Convegno di studio*, Sassari, 128-201.
- 1987: «La *Prosopographia Militiarum Equestrium*. Contribution à l'histoire sociale et économique du Principat», en: HACKENS, T.; MARCHETTI, P. (eds.): *Histoire Économique de l'Antiquité. Bilans et Contributions de savants belges présentés dans une réunion interuniversitaire à Anvers*, Louvain-la-Neuve, 107-122.
- ECK, W. 1997: «Italica, die bätischen Städte und ihr Beitrag zur römischen Reichsaristokratie», en: CABALLOS, A.; LEÓN, P. (eds.): *ITALICA MMCC. Actas de las Jornadas del 2200 Aniversario de la Fundación de Itálica*. Sevilla, 65-86 [con traducción castellana: «Itálica, las ciudades de la Bética y su aportación a la aristocracia imperial romana», en: CABALLOS, A.; LEÓN, P. (eds.): *ITALICA MMCC. Actas de las Jornadas del 2200 Aniversario de la Fundación de Itálica*, Sevilla, 206-219.
- 1995 y 1997: *Die Verwaltung des Römischen Reiches in der Hohen Kaiserzeit. Ausgewählte und erweiterte Beiträge*, vols. I y II, Basilea-Berlín.
- 1996: *Tra epigrafía, prosopografía e archeologia. Scritti scelti, rielaborati ed aggiornati*, Roma.
- 1993: «Überlieferung und historische Realität: ein Grundproblem prosopographischer Forschung», en: *Prosopographie und Sozialgeschichte. Studien zur Methodik und Erkenntnismöglichkeit der kaiserzeitlichen Prosopographie*, Colonia, 365-396.
- ECK, W. (ed.) 1993: *Prosopographie und Sozialgeschichte. Studien zur Methodik und Erkenntnismöglichkeit der kaiserzeitlichen Prosopographie*, Colonia.
- ECK, W.; HEIL, M. (eds.) 2005: *Senatores populi Romani. Realität und mediale Präsentation einer Führungsschicht*, Stuttgart.
- ÉTIENNE, R. 1982: «Sénateurs originaires de la province de Lusitanie», *Actas del Coloquio Internacional de la A.I.E.G.L. Epigrafia e Ordine Senatorio II [Tituli 5]*, Roma, 521-529.
- FRÉZOULS, E. (ed.) 1992: *La mobilité sociale dans le monde romain*, Estrasburgo.
- GARNSEY, P.; SALLER, R. 1991: *El Imperio romano. Economía, sociedad y cultura*, Barcelona.
- GONZÁLEZ HERRERO, M. 2006: *Los caballeros procedentes de la Lusitania romana: estudio prosopográfico*, Madrid.
- GURVITCH, G. 1967: *El concepto de clases sociales: de Marx a nuestros días*, Buenos Aires.
- JACQUES, F.; SCHEID, J. 1990: *Rome et l'intégration de l'Empire (44 av. J.-C. – 260 ap. J.-C.). T. 1. Les structures de l'empire romain*, París.
- KOLB, F. 1982: «Sozialgeschichtliche Begriffe und antike Gesellschaft am Beispiel der hohen Kaiserzeit», *Bericht über die 33. Versammlung deutscher Historiker in Würzburg 1980*, Stuttgart, 131-142.
- LAUFFER, S. 1985: «Die Terminologie zur antiken Sozialgeschichte», en: *Bericht über die 33. Versammlung deutscher Historiker in Berlin 1984*, Stuttgart, 225-248.
- LE ROUX, P. 2006: *Romanos de España. Ciudades y política en las provincias (siglo II a.C.-siglo III d.C.)*, Barcelona.
- 1982: «Les sénateurs originaires de la province d'Hispania Citerior au Haut-Empire romain», *Actas del Coloquio Internacional de la A.I.E.G.L. Epigrafia e Ordine Senatorio II [Tituli 5]*, Roma, 439-464.
- NAVARRO, F. J.: 2006a: «Senadores y caballeros hispanos de época flavia», en: *Poder central y autonomía municipal: la proyección pública de las elites romanas de Occidente*, Córdoba, 185-209.
- 2006b: «Senadores y caballeros hispanos de época julio-claudia: el nacimiento de una aristocracia», en: *Hiberia-Italia, Italia-Hiberia*, Milán, 133-156.
- 2003: «Senadores y ciudades en el Occidente romano», *Sociedad y economía en el Occidente romano*, Pamplona, 45-72.
- NAVARRO, M.; DEMOUGIN, S. (eds.) 2001: *Élites Hispaniques*, Burdeos.
- NICOLET, C. 1982: *Roma y la conquista del mundo mediterráneo (264-27 a. de J.C.). I/ Las estructuras de la Italia romana*, Barcelona.
- NICOLET, C. (ed.) 1984: *Des ordres à Rome*, París.
- RILINGER, R. 1985: «Moderne und zeitgenössische Ordnungsvorstellungen von der römischen Gesellschaft der Kaiserzeit», en: *Bericht über die 33. Versammlung deutscher Historiker in Berlin 1984*, Stuttgart, 74-82.
- RODRÍGUEZ NEILA, J. F.; MELCHOR, E. (eds.) 2006: *Poder central y autonomía municipal: la proyección pública de las elites romanas de Occidente*, Córdoba.
- RODRÍGUEZ NEILA, J. F.; NAVARRO, F. J. (eds.) 1999: *Elites y promoción social en la Hispania romana*, Pamplona.

- SARTORI, A.; VALVO, A. (eds.) 2006: *Hiberia-Italia, Italia-Hiberia*, Milán.
- SCHAFER, N. 2000: *Die Einbeziehung der Provinzialen in den Reichsdienst in augusteischer Zeit*, Stuttgart.
- SETTIPANI, CH. 2000: *Continuité gentilice et continuité familiale dans les familles sénatoriales romaines à l'époque imperiale. Mythe et réalité*, Oxford.
- SYME, R. 1993: *Elites Coloniales. Roma, España y las Américas* [edición, traducción, introducción y notas de A. Caballos Rufino], Málaga.
- TALBERT, R. J. A. 1984: *The Senate of Imperial Rome*, Princeton.
- TOBALINA, E. 2007a: El *cursus honorum* senatorial durante la época julio-claudia, Pamplona.
- 2007b: «Senadores hispanos de época julio-claudia. *Homines novi* al servicio del emperador», en: *Acta XII Congressus Internationalis Epigraphiae Graecae et Latinae. Las provincias del Imperio Romano a través de la epigrafía*, Barcelona, 1437-1445.
- 2001a: «La promoción de senadores de origen hispano bajo la dinastía julio-claudia», en: *Hispania hace 2000 años. I Congreso Peninsular de Historia Antigua*, Valladolid, 441-448.
- 2001b: «La promoción de senadores hispanos durante la crisis del 68/69 d.C.», en: *De Augusto a Trajano: Un siglo en la Historia de Hispania*, Pamplona, 93-116.
- VITTINGHOFF, F. 1990: «Gesellschaft», en: *Handbuch der europäischen Wirtschafts- und Sozialgeschichte, B. 1: Europäische Wirtschafts- und Sozialgeschichte in der römischen Kaiserzeit*, Stuttgart, 168-171.
- 1980: «Soziale Struktur und politisches System der Hohen Römischen Kaiserzeit», *Historische Zeitschrift*, 230, 31-55.
- VÖSSING, K. (ed.) 2005: *Biographie und Prosopographie. Internationales Kolloquium zum 65. Geburtstag von Anthony R. Birley*, Stuttgart.
- VV. AA. 1998: *Il Senato nella Storia. Il Senato nell'età romana*, Roma.
- WIEGELS, R. 1971: *Die römischen Senatoren und Ritter aus den hispanischen Provinzen bis Diokletian. Prosopographie und Herkunft*, Friburgo.

SOLDADOS HISPANOS EN EL EJÉRCITO IMPERIAL ROMANO

Patrick Le Roux
Université de Paris XIII-Villetaneuse

Resumen

Después de la publicación de la obra pionera de J. M. Roldán hace más de treinta años, las investigaciones sobre los ejércitos provinciales y su reclutamiento han evolucionado. Los progresos de la Epigrafía y de sus métodos de investigación han permitido profundizar en la interpretación de los documentos concretos, teniendo en cuenta los contextos en los cuales se insertaron. Diversos ejemplos seleccionados testimonian que la atención más rigurosa en cada inscripción, como paso previo a la puesta en serie documental fundamentada en el conjunto completo de todas las informaciones disponibles, constituye un logro cualitativo importante. La evolución de la mirada de los historiadores sobre la noción misma de provincia y sobre la Romanización o la integración política y cultural, autorizan nuevas orientaciones en las investigaciones. Conviene, así, añadir a la temática provincial preguntas de tipo sociológico y antropológico concernientes a la elección de una carrera militar en época altoimperial romana, lo que plantea el problema del sentido de la carrera y del oficio militar, cuyos contenidos eran muy diversos.

Palabras clave

Auxiliares, ciudadanía romana, Derecho latino, inscripciones romanas, Onomástica, provincia, reclutamiento militar.

Résumé

Depuis l'ouvrage pionnier de J. M. Roldán, il y a plus de trente ans, les recherches sur les armées provinciales et leur recrutement ont évolué. Les progrès de l'épigraphie et de ses méthodes de recherche ont permis d'approfondir l'interprétation des documents individuels en tenant compte des contextes dans lesquels ils se plaçaient. Divers exemples choisis témoignent que l'attention plus rigoureuse portée à chaque inscription, préalable à la mise en série documentaire, fondée sur le croisement de toutes les informations disponibles, constitue un gain qualitatif important. L'évolution du regard des historiens sur la notion même de province et sur la romanisation ou l'intégration politique et culturelle autorisent de nouvelles orientations des enquêtes. Il convient ainsi d'ajouter à la thématique provinciale des interrogations de type sociologique et anthropologique concernant le choix d'une carrière militaire sous le Haut-Empire romain, ce qui pose le problème du sens de la carrière et du métier militaire dont les contenus étaient très divers.

Mots-clés

Auxiliaires, citoyenneté romaine, Droit latin, inscriptions romaines, Onomastique, recrutement militaire.

La síntesis de J. M. Roldán sobre *Hispania y el ejército romano. Contribución a la historia social de la España antigua* (Roldán 1974) constituye un punto de partida cómodo para centrar la reflexión en cuestiones relacionadas con el ejército y la sociedad romana. Desde hace treinta años, no son muchos los nuevos documentos epigráficos cuyo contenido implicaría revisar fuertemente las conclusiones sobre la cronología y la geografía del reclutamiento y la utilización de soldados hispanorromanos en los ejércitos de época imperial. Releer las fuentes y recurrir a nuevos métodos es imprescindible para aportar novedades o nuevos enfoques sobre el papel de los soldados oriundos de Hispania. Hoy en día, más que antes, somos conscientes de la importancia de la interpretación de los datos disponibles por parte del historiador, sin que esto signifique una falta de objetividad o una valoración libre de la documentación.

La citada obra de J. M. Roldán, por primera vez, hizo hincapié en los aspectos sociales y políticos para hacer resaltar la progresiva mayor integración de las provincias hispanas en el Imperio romano. El ejército, escribe, «se convirtió en un instrumento de Romanización» (Roldán 1974, 291). En segundo lugar, J. M. Roldán asociaba el papel militar de las provincias con el desarrollo político y económico de las mismas. Todavía estaba vigente la idea de Th. Mommsen de una exclusión voluntaria por parte de Roma de los elementos no itálicos en las legiones. La realidad de la situación militar del Imperio y la difusión de la ciudadanía romana propiciaron el llamamiento a los jóvenes de las provincias. Este fenómeno fue definido como el principio de «conscripción territorial», es decir la costumbre de llenar las legiones «con soldados procedentes del área más cercana al lugar de servicio» (Roldán 1974, 294). El número limitado de unidades presentes en Hispania a partir de los Flavios daría cuenta de la fuerte reducción del elemento hispano en las legiones, mientras que el alejamiento de los frentes militares del Imperio explicaría la desaparición de los auxiliares reclutados en las provincias hispanas, tanto al nivel de los cuerpos de tropa como de los individuos. La contribución importante del elemento hispano al ejército romano es incuestionable. La influencia del ejército sobre Hispania no resulta tan clara, excepto en asuntos económicos, los cuales también favorecieron los contactos humanos y culturales.

Hispania, desde esta perspectiva, permanece en el centro de las preocupaciones históricas a pesar de la crítica justificada de unas interpretaciones «nacionalistas» en favor de Italia. Yo mismo (Le Roux 1982), he ido seguramente más allá de lo debido al insistir demasiado en la relación particular que habría existido entre Hispania y el ejército provincial, sin tener en cuenta, hasta cierto punto, algunos aspectos compartidos con otros ejércitos provinciales del Imperio. En

estos momentos, la cuestión para mí más clarificadora, apenas aludida por J. M. Roldán, sería determinar el porqué de la elección por parte de los jóvenes de época romana de entrar en el ejército para un largo periodo de veinticinco años o más de servicio con posibilidades limitadas de alcanzar un retiro prolongado y agradable. ¿Deberíamos hablar de políticas militares provinciales de los emperadores? En caso afirmativo, ¿se trataría de medidas encaminadas a recalcar la identidad hispana? El incremento de los estudios sobre el ejército imperial ha conllevado investigaciones dedicadas a nuevos temas, como, por ejemplo, las relaciones con las poblaciones civiles, las sociedades militares y sus ritos, las intervenciones diversificadas de los soldados al servicio del emperador y dentro de las provincias, etc. Al mismo tiempo, los métodos epigráficos han evolucionado, planteando nuevos problemas a la hora de fechar o interpretar las inscripciones.

La monografía de J. M. Roldán, interesante y novedosa en su época, en cierta medida no satisface hoy las exigencias modernas de rigor científico en la presentación del *corpus*, con la consecuencia de no ser entendida o seguida en unas conclusiones, sin embargo, válidas y valiosas. La nueva valoración de cuestiones históricas no implica elegir entre el análisis detenido de los documentos uno por uno y la revisión de las interpretaciones o conclusiones por brillantes que éstas fueran. Hasta la Historia ahora llamada «evenemenical», por no hablar de la administración provincial o del concepto mismo de provincia, han evolucionado, sin que nuevas fuentes hayan aparecido en abundancia. Las preguntas, los nuevos enfoques, los métodos renovados lo han facilitado. El asunto de los soldados hispanorromanos en el ejército imperial debería permitir ilustrar esta evolución en el ámbito de la Historia provincial de Roma.

Me propongo empezar por cuestiones epigráficas, sobre todo, a partir de la documentación más reciente, aunque no exclusivamente, para luego examinar el concepto de «hispanorromano» y al final intentar dibujar unas características del nuevo planteamiento del reclutamiento del ejército provincial en Hispania durante el Alto Imperio romano.

Documentos epigráficos y cuestiones metodológicas

Siguiendo la clasificación, aún válida, establecida por J. M. Roldán, encontramos una primera distinción obligatoria entre el ejército en Hispania y los ejércitos estacionados en otros territorios del Imperio romano. Del mismo modo, es preciso separar las tropas legionarias y los cuerpos auxiliares dentro de cada región, creando una sección aparte para las tropas de Roma y las demás cohortes urbanas (en León y Carta-

go). Podemos dejar a un lado las flotas, pues obedecen a normas peculiares y, que yo sepa, ni siquiera tenemos constancia de la existencia de un solo marinero de origen hispano. Los centuriones son oficiales subalternos o suboficiales. En su gran mayoría proceden del rango, lo que justifica que se hayan incluido en el estudio. En cuanto a la naturaleza de los epígrafes, no sorprende que en gran parte se trate de inscripciones funerarias o votivas; sin embargo, para las tropas de Roma y, sobre todo, para los cuerpos auxiliares podemos contar con los diplomas militares, cuyo número ha conocido un fuerte incremento en los últimos veinte años. Esta comprobación tiene en parte su explicación en la existencia de un mercado floreciente de antigüedades, alimentado de vez en cuando por falsarios suscitados por coleccionistas ricos e ingenuos (o no). De cualquier manera, tengo que discrepar de J. M. Roldán por incluir de toda la documentación relacionada con un cuerpo auxiliar cuando es obvio que su historia ya no tiene nada que ver con las provincias hispanas.

El *corpus* epigráfico que proporciona, ofrece numerosos casos de soldados no hispanos sirviendo en unidades de nombre hispano, mientras que se encuentran soldados oriundos de Hispania que pertenecen a una ala o una cohorte de nombre no hispano [por ejemplo, n.º 1: *CIL*, XVI, 56. Diploma militar (ejército de *Mauretania Caesarensis*), 24 de noviembre de 107 d.C.: *Coh(ortis) IIII Sug[a]mb[r]orum cui praest / Ti. Claudius [Ti. f.] Quir. Magnus, e[*x* pedit]e Louessio Ma[xi]mi [f.] Bracar[o]*]. Los debates acerca del contenido de los diplomas permanecen abiertos a pesar de resultados recientes no despreciables. Sin embargo, podemos admitir que no todos los cuerpos estacionados en una provincia se encuentran listados en el bronce, así como que los diplomas no remiten solamente a unidades de soldados premiados por su actuación durante una expedición. El diploma significa para el soldado beneficiarse de la ciudadanía romana con motivo de su *honestas missio*.

Con respecto a las inscripciones, es necesario, antes de comentar los textos, resaltar algunos problemas de alcance general. Como ya señaló J. M. Roldán, la datación de las inscripciones conlleva dificultades, a pesar de la existencia de criterios de datación cada vez mejor conocidos y adaptados a los contextos locales. Se ha comprobado que mencionar los años de servicio por *aera* y no por *stipendia* en el siglo I quiere decir que la unidad permaneció en la Península durante cierto tiempo. Como veremos más adelante, son pocos los documentos que ofrecen indicios suficientemente precisos para determinar una fecha satisfactoria. Aunque sean conocidos, los movimientos de los cuerpos auxiliares y de las legiones por los diplomas militares y por los campamentos legionarios estables, no siempre es posible proponer una datación segura con unos márgenes de diez o veinte años. Los criterios de la escritura,

de los formularios, del uso de las abreviaturas logran una eficacia completa solo si se pueden enfrentar con la clase de monumento, con su decoración y su procedencia. Desgraciadamente, son escasos los epígrafes que proporcionan todos estos datos a la vez. Ciertas fórmulas no tienen valor cronológico porque se encuentran en épocas muy diversas como lo demuestran *s(it) t(ibi) t(erra) l(euis) o h(ic) s(itus) e(st)*, esta última fórmula unida o no con *s. t. t. l.* El empleo del nominativo o del dativo para aludir al difunto, la mención de la edad o no, el uso de superlativos para resaltar el cariño o el afecto del dedicante, tampoco ofrecen con toda seguridad y sin excepciones las precisiones deseadas.

Uno de los mayores problemas, de gran importancia a la hora de determinar si un soldado era o no de origen hispano o si dentro de la Península el lugar de descubrimiento de su estela funeraria demuestra, o no, una vinculación personal con la comunidad local, estriba en la forma en que fueron registrados los datos en las inscripciones. Cuando la inscripción del difunto proporciona la matrícula completa en un sitio alejado del campamento cabe pensar, ante todo, en una misión cumplida al servicio de la unidad o del gobernador provincial mejor que en la *origo*. Tratándose de un veterano, el asunto es aún más complicado, pues entre motivos personales para asentarse en un lugar y una *missio agraria* o el regreso a su casa, no tenemos en general datos suficientes para elegir entre una u otra solución. Por último, cuando falta la fórmula *h. s. e.*, no podemos descartar que se trate de un cenotafio, es decir de una mera *memoria* para un soldado enterrado fuera de su lugar de nacimiento o *natio*. No olvidemos tampoco que los estudios epigráficos han puesto de manifiesto lo que se ha dado en llamar el *epigraphic habit* (el hábito epigráfico), concepto con el que se alude no solo a la costumbre de poner inscripciones, sino también al modo de redactar los textos epigráficos, utilizando fórmulas y usos propios (reflejo de una verdadera «cultura epigráfica») de un territorio dado, bien el de estacionamiento, bien el de origen de las personas aludidas, y que constituye un elemento a tener en cuenta respecto del material disponible.

El progreso de los estudios sobre la onomástica personal hace más complejo recurrir a sus indicios. Por un lado, nombres personales caracterizados como de uso corriente en una zona definida, cualquiera que sea su origen lingüístico, están mejor registrados, lo que no exime de una cierta prudencia como lo demuestran los documentos [n.º 2: *AE*, 1994, 1411 y 1412 de *Sirmium, Pannonia Superior*: I. O. M. / et Geniis / dd nn Augg / M. Valerius / Reburrrus / bf. cos. leg. II Ad. / Albino et Aemiliano // cos. u. s. l. m. (206 d.C.) ; I. O. M. pro / salute Impppp. Sleveri et Antonini Augg e[*l*t Getlae Caes.]] M. Valle(rus) Reburrrus / bf. cos. iteralta statione in / patria sua u. s. l. m. // Apro et Maximo cos. (207 d.C.). A pesar del *cognomen* *Reburrrus* típicamente

hispano que porta el dedicante, consta que su patria era *Sirmium*]. Por otro lado, vemos con toda claridad que ciertos nombres que, en un principio, fueron considerados como pertenecientes a una provincia o región determinada se encuentran en sitios muy diversos. Aunque no tengamos que rechazar como muy frecuentes en África los *cognomina* formados por un participio (por ejemplo, *Donatus*, *Honoratus*, *Rogatus*), su utilización por parte de soldados documentados en las inscripciones no constituye un criterio suficiente para determinar el lugar de origen de estos. El *nomen gentilicium*, el tipo de unidad, el lugar de procedencia de la inscripción, la fecha, el contenido del texto, deben influir en las conclusiones. En el caso de los auxiliares, sobre todo en el siglo I d.C., la denominación de tipo peregrino (nombre único y filiación por el nombre único del padre) ofrece una base fiable a la hora de establecer su procedencia cultural, en una época, por otra parte, que destaca por la mención bastante frecuente de la *origo* como consecuencia de la muerte del militar lejos de su tierra. A partir de los Flavios, las tropas auxiliares recibieron cada vez más reclutas ya en posesión de la ciudadanía romana. Los que, de estos, llevaban nombres imperiales (*Ti. Claudius*, *T. Flavius*) plantean problemas de índole particular. Es preciso tener en cuenta que los soldados auxiliares que denotan un acceso a la ciudadanía romana la pudieron haber recibido durante su servicio militar y no al conseguir la *honesta missio*, mientras que otros pudieron proseguir en el ejército más allá de los veinticinco años y del privilegio jurídico vinculado a la *missio*.

Hoy no sirve lamentar la ausencia de una documentación abundante y de rico contenido. Por el contrario, somos conscientes de lo provechoso que puede ser todo lo que sirve para entender mejor una época. Un documento no lo es únicamente por lo que aporta en sí mismo. Lo que no dice importa tanto como lo que dice. Informaciones que no se esperaban se encuentran tanto en fuentes conocidas como poco conocidas, a veces sin relación aparente con el tema estudiado. La obra reciente de J. Edmondson sobre los monumentos en granito de Mérida (Edmondson 2006) nos enseña cómo un estudio pormenorizado de un grupo de monumentos basado en un mismo material aprovechado para el soporte desemboca en una valoración inédita del conjunto epigráfico emeritense, tanto desde el punto de vista cronológico como cultural y social. Los comienzos de la colonia, las familias de primer plano, la aparición de los gentilicios raros, reciben un tratamiento diferente, con nuevos resultados de gran importancia. Este trabajo facilita futuras investigaciones sobre distintos temas, entre ellos el del ejército que tomó parte en la fundación de la colonia. A través de la Epigrafía surgen datos o conductas que se hacen eco de hechos parecidos o ya conocidos por otras fuentes, aunque los grandes acontecimientos de la Historia imperial no aparezcan sino

muy episódicamente. El único método posible consiste en agrupar toda la información disponible en función del contenido y del contexto (funerario, bélico, civil, votivo, honorífico, aislado, relacionado con el campamento, etc.) para extraer toda una valoración histórica que después habrá que contrastar con otros datos semejantes o iguales.

Lo que conseguimos arrancar de la Epigrafía son destinos individuales brevemente descritos. Esa dimensión personal tiene sus ventajas y sus limitaciones. Con todo, entrega algo del espesor humano en el estudio del ejército imperial de Roma. En el caso particular de los auxiliares, por el contrario, prevalece en las fuentes el aspecto colectivo a través de los nombres étnicos de los cuerpos de tropa. En suma, disponemos de una documentación de gran valor para un estudio geográfico y administrativo de la península Ibérica en época imperial romana. Solamente hace falta evitar caer en las trampas tendidas por aquellos nombres cuya referencia histórica y territorial es de utilización arriesgada. Cuando se registra en un mismo lugar una *cohors Bracarorum* y otra *Bracaraugustanorum* no podemos concluir que se trata de una sola unidad sin una investigación previa. Aunque sea posible demostrar que los dos nombres se refieren a una misma realidad étnica, falta una explicación sobre el uso de diferentes denominaciones. Una mirada a la documentación enseña que el nombre *Bracaraugustani* entra en el grupo de los territorios de reclutamiento reducidos limitados a una ciudad como en el caso de los *Astures* o los *Lucenses*, con la pequeña (o no) diferencia del nombre *Augustani*, un elemento que llevaba consigo un indudable prestigio. Según parece, las denominaciones de los cuerpos auxiliares se fundamentaban en criterios lingüísticos, políticos e históricos variables, lo que no siempre permite entender el porqué del nombre. Es evidente que Roma, a través de Augusto, impuso nuevos marcos territoriales arbitrariamente denominados en función de una u otra comunidad política o administrativa. Consta por este análisis que los *conuentus* nunca constituyeron la base del reclutamiento auxiliar en el momento de la creación de las tropas de origen local.

Con todo lo dicho presente en la mente, podemos detenernos un poco en las inscripciones mismas y plantear algunos interrogantes acerca de lo que fueron los soldados hispanorromanos y acerca del significado de este adjetivo.

Soldados hispanorromanos: una muestra epigráfica

Al hilo de los documentos ofrecidos, encontramos los grupos ya citados. Solo representan una muestra del conjunto, pero autorizan un inventario de los pro-

blemas más frecuentes a los que deben enfrentarse quienes investigan estos temas. Dejando aparte otras cuestiones que plantean las inscripciones, quiero poner en evidencia la referente a la identidad de los soldados, empezando por los pretorianos.

El texto de Cáceres [n.º 3: *AE*, 2004, 724. Cáceres (*Norba*). Placa de mármol. 67 x 82 x 6 cm. Campo epigráfico rebajado: 43,5 x 58,5 cm. *Q. Pomponius Potentinus / Ser(gia) h. s. e. / G. Pomponius Potentinus / mil. chor. IIII Prae(toriae) / test(amento) fieri iussit.* (siglo I d.C.)], por ejemplo, refleja las incertidumbres de una documentación en apariencia sencilla y clara. La mención indiscutible de la tribu indica que *Q. Pomponius* era ciudadano de la colonia romana de *Norba* aunque su *cognomen* aparece por primera vez en la península Ibérica. Lo que sorprende es la ausencia de indicación de parentesco entre los dos individuos de mismo gentilicio y *cognomen*. Por otra parte, se puede deducir del texto que solamente el primero de ellos estaba enterrado en Cáceres, mientras que fue el soldado de la *IIII cohors Praetoria* quien mandó en su testamento hacer la tumba. Entiendo que se trataba de juntar en una sola conmemoración a ambos hombres (probablemente, padre e hijo), cuando el segundo de ellos tenía que estar enterrado en otro lugar, quizás en Roma. El documento de Gafsa, en el sur de Túnez, recuerda la existencia de varios soldados de origen hispano en la *cohors I Urbana* de *Carthago* que fue sustituida por la *cohors XIII* a comienzos del siglo II d.C. [n.º 4: *AE*, 1996, 1701. Gafsa (*Capsa*), *Africa proconsularis*: [D. M.] *sacrum. L. Mes/sius L. f. Gal. Fructuls Myrtili, mil. coh. / I Urb. stip. XV uixit annis XXXIII h. s. / e. s. t. t. l. G. Ampudiul Tullenianus fral[te]r et heres f. c.* (siglo II d.C.)]. El *frater* dedicante (*G. Ampudius*) es un *commilito* en este caso y no un hermano, por lo tanto no hay que considerarlo como de origen hispano. *Myrtilis*, hoy Mértola en Portugal, era un *oppidum Latinum* desde, al menos, Augusto (Plin. *HN*. 4, 117). No sabemos si el pretoriano mencionado en Mérida [n.º 5: *ERAE*, 125 = Edmondson 2006, 207: [-] *S[e]mpronius / [Cn.] f. Niger / [p]raetorian(us) / vac.* (primera mitad del siglo I d.C.)] fue ciudadano emeritense, pues falta la tribu, así como es poco corriente el uso del adjetivo *praetorianus* sin más para un miembro del pretorio romano. Por el gentilicio (hay más *Sempronii* en Mérida, pero ninguno con el *praenomen Cnaeus/Cneius*) y el *cognomen*, podría pensarse en un soldado oriundo de la *Lusitania* y fallecido en Mérida donde se habría retirado. Se conoce por otra parte a *L. Pontius L. f. Pap. Aquila praetor(ianus) chort. IIII* [*AE*, 2000, 736 = *HEp*10, 66] y a más pretorianos lusitanos (Roldán 1974, 480-481), entre ellos uno de *Pax Iulia* (Beja) (*CIL*, VI, 32682), uno de *Colippo* (*CIL*, II, 5232 = *ILS*, 6898), dos de *Scallabis* (*CIL*, VI, 2614) y uno de *Salacia* (*CIL*, VI, 2685).

Los legionarios procedentes de las provincias de la península Ibérica fueron numerosos, reclutados bien

para tropas estacionadas en Hispania, bien para legiones que fueron mandadas fuera de ella o estuvieron distribuidas en otras provincias. En cuatro de los documentos se ha señalado la *origo* [*supra*, n.º 5: *AE*, 2004, 724; *AE*, 1996, 1701; *ERAE*, 125 = Edmondson 2006, 207. Añadir n.º 6: *AE*, 1994, 1015 = 1986, 806. *Clunia*, Burgos. *L. [V]issellius [L. f. ?] / Niger ueteranus / Aniensis Caes/araugustanus / h. [s.] e. / Publia Canin[i]a / Optata Publi / Canini liberta / d. [s. f.] c.* (época flavia)], mientras la tribu permite, unida al lugar del descubrimiento, asignar la ciudad de origen de tres soldados más [n.º 7: *AE*, 1994, 827. Lisboa (*Olisippo*): *T. Callaeus / T. f. Gal. Niger / ueter(anus) s. t. t. l.* (siglo I d.C.); n.º 8: *AE*, 1994, 885. Territorio de *Metellinum*?: [---] *linius C. / [f.] Gal. Lupus / [mi]les leg. IIII / [M]ac. eques / [h.] s. e. s. t. / t. l. (s. I d.C.)*; n.º 9: *AE*, 2000, 691. Mérida (*Augusta Emerita*): *C. Voconio C. f. Pap. patri / Caecilae Anui matri / Voconiae C. f. Mariae sorori / C. Voconius C. f. Proculus fecit.* (Claudio-Nerón)]. Como ya vimos (*supra*), el soldado del documento n.º 2, a pesar de lo que se ha escrito, no es hispano, pues menciona su *patria* como del lugar de su *iterata statio*, es decir *Sirmium*, de donde procede el ara. Deteniéndonos en las dificultades, podemos comentar el epígrafe n.º 10 de *Augusta Emerita* [*AE*, 1999, 872: *D. [M.] s. / C. Val. Flauo / centur[i]oni / leg. VII [G.] F. / Q. Fl. Restitutus / centurio heres / f. c.* (siglo II d.C.)]. Por la onomástica, los dos centuriones pueden ser de origen hispano aunque nada lo asegure, ni siquiera la legión VII Gémina, entre la cual alcanzaron el rango de centurión soldados de fuera de la península Ibérica. Nos encontramos ante uno de los casos sin solución segura. No es extraordinario encontrar centuriones y militares en la capital de la *Lusitania*. Es tentador pensar que *Flavius Restitutus* perteneciera a la misma unidad, aunque no podemos descartar que fuese *centurio* de una unidad auxiliar o de otro cuerpo. El personaje citado en el epígrafe n.º 11 [*CIL*, II, 2559. La Coruña (*Brigantium*): *Marti / Aug(usto) sac. / G. Seuius / Lupus / architectus / Aeminiensis / Lusitanus ex uo(to).* (época flavia)], no menciona claramente su estatuto militar. El voto a Marte, la denominación completa, incluyendo la ciudad y la provincia relacionadas con el oficio de *architectus* sin más, me han hecho aducir más bien un soldado arquitecto de una legión (grado atestiguado en las fuentes) que un *architectus naualis*, cuya especialización se hubiera indicado por completo. En todo caso, no hay ninguna prueba de que fuese *Lupus* el arquitecto del faro de *Brigantium*, pues la dedicatoria no es la del edificio propiamente dicho, sino que se trata de un *ex uoto* privado relacionado con un *sacellum* en la roca, en un sitio no contiguo al monumento.

Mientras el epígrafe n.º 12 [*AE*, 1990, 576. Varea (*Vareia*), La Rioja (reutilizado en época medieval): [---] */ f(ilius) Tertius u[et(eranus)] / leg. IIII Mac[ed(onicae)] / Anie(n)sis Caes[sara]ugustanus a[nn(orum)] LXX h. [s.*

e.] / *h. ex t.* (época flavia)] y, del mismo modo, el n.º 7 [supra] para *Olisippo/Lisboa*, atestigua el regreso a su provincia de un veterano de *Caesar Augusta* después de haber servido primero en Hispania y luego fuera de ella, el n.º 13 [AE, 1979, 430 = 2001, 1541. Mayence (*Mogontiacum*). *C. He[ius C. ? f.] / Qui[r. Ma]/nsu[etus] / Arc[ob(riga) mi]/l(es) leg. [I Adi.] / an. X[XVI st]/ip. VI[I h. s. e.] / t(estamento) f(ieri) i(ussit) [h. f. c.]*. (época flavia)] alude a un legionario muerto durante su servicio en la provincia de estacionamiento de la unidad. El soldado citado en la inscripción n.º 8 [supra], de la *legio IIII Macedonica*, parece ser un veterano (a pesar de la indicación de *miles* y *eques* como se observa en el siglo I), el cual se habría instalado en la colonia de *Metellinum* donde habría comprado o recibido una parcela de tierra. Es muy probable que el soldado del epígrafe n.º 5 [supra] haya servido en Hispania, escogiendo *Clunia* como su lugar de residencia. Que *L. Afinius Modestus*, veterano de la *legio VII G. F.*, fuera oriundo de la *Lusitania* [n.º 14: AE, 1997 798 = HEp5, 191. Brozas, Cáceres: *L. Afinius Modestus / uet(eranus) leg. / VII Gem. [F] elici[s] / -----* (siglo II. d.C.)] lo sugiere su nombre, si bien desconocemos su *origo* exacta (Palao 2006, 115). El individuo de n.º 9 [AE, 2000, 691. *Augusta Emerita: C. Voconio C. f. Pap. patri / Caeciliae Anui matri / Voconiae C. f. Mariae sorori / C. Voconius C. f. Proculus fecit.* (Claudio-Nerón)] empieza a ser mejor conocido a pesar de haberse publicado buenas fotografías del monumento desde los años setenta del siglo XX. Sin las condecoraciones esculpidas sería imposible darse cuenta de que el padre fue un soldado, probablemente un legionario, quien quizás alcanzó el rango de *centurio*. Por la fecha de la inscripción y del mausoleo, *C. Voconius* podría ser un descendiente directo de un veterano de los primeros tiempos de la colonia que siguió a su padre en los caminos de la gloria militar.

Una selección de diez ejemplos de soldados que sirvieron en cuerpos auxiliares permite llamar la atención sobre las fechas de los documentos, en gran parte anteriores al año 110 d.C., de acuerdo con lo que nos enseñaría el conjunto completo de las fuentes. Por otro lado, se aprecia un cierto número de ciudadanos romanos entre los soldados todavía en servicio activo y solo tres que llevan nombres característicos de los *peregrini*. Además del *miles Otonianus* [n.º 15: AE, 2000, 769. *Clunia*, Burgos: *T. Cantio / Nasonis / f. mil(iti) Otoniano.* (69 d.C.)], se identifica otro soldado que no menciona ninguna unidad al contentarse con la calidad de *missicius* [n.º 16: AE, 1994, 859b. *Augusta Emerita: L. Valerius / Reburus / missicius / ann. LXXX h. s. e. s. t. t. l. / et Attiae Libadi uxori / dulcissimae.* (¿época flavia?)], igual que el de *sesquiplacarius* [n.º 17: AE, 1992, 1458 = RIU, 1216. Dúnáujvaros (*Intercisa*): *[Ti.] Claudius / [---]onis f. Pint/[---]us (sesquiplacarius) natione / [---]a eques alae / [Astur(um) I]I ann. LIII stip. / -----* (época flavia)]. El término técnico de *missicius*

carece de un estudio definitivo. Lo encontramos tanto entre pretorianos como entre legionarios, auxiliares y marineros. La voz remite a la *missio* y —en este caso— se vale del título un difunto de ochenta años; por tanto, tuvo que tener cierto prestigio y no se confunde con *euocatus* o *ueteranus*. En la epigrafía, no se encuentra más a partir del siglo II d.C. Respecto a la *cohors Antistiana praetoria* [n.º 18: *Anas*, 1993, 85-86 = AE, 1993, 915. *Augusta Emerita: Q. Caecilius Q. f. Pap. / Varica / cohortis Antistianae / praetoriae / T. Caecilius Q. f. Pap. Caluentius / Caecilia T. l. Urbana h. s. s.* (hacia 50 d.C.)], podemos aducir que no se trata de una *cohors* del pretorio en Roma, sino de una *cohors* que ha merecido este título honorífico por su actuación en circunstancias desconocidas. *Antistius Vetus* fue seguramente su primer comandante o *praefectus*. La *cohors V Baetica* [n.º 19: AE, 1994, 913 = CIL, II²/5, 895 (*cum imagine photographa*). Los Corrales (*Ilipula Minor*), Sevilla: *[Mine]ruae Aug. sacrum / [L. Iu]nius Quir. Optatus / [---] cohortis V Baeticae / [---]ores / -----* (fin del siglo I d.C.)] lleva un nombre que indica más bien la zona geográfica en donde se reclutó en el momento de su creación, probablemente el valle del *Baetis*. En cuanto al *Astigitanus* [n.º 20: CIL, II²/5, 1284. *Ager Astigitanus* (Fuente de los Santos, Santaella): *[---]uciu] s Q. f. Pap. Aug(usta) Fir(ma) / [dec. ? alae] Parthorum (centurio) leg. VI et IV Iuir / [---]mia P. f. Polla mater / [---]ucius Q. f. frater.* (segunda mitad del siglo I d.C.)], cuyo *cursus* está incompleto, interesa aquí la denominada *ala Parthorum* cuya permanencia en la península Ibérica, en Herrera de Pisuega, durante la época de los Claudios está comprobada desde hace poco tiempo por las excavaciones arqueológicas. Su nombre sugiere una formación, al principio, con soldados partos y no la participación en una campaña contra los partos.

Entre los centuriones que sirvieron fuera de Hispania me he limitado a apuntar tres casos poco conocidos y de significado oscuro o discutido. Como he escrito en varias ocasiones, el *bellum Mauricum* en el que murió *L. Cornelius Potitus* [n.º 21: AE, 1985, 622. *Liria Edetanorum: L. Cornelio L. f. / Gal(eria) Potito / honor(e) aedil(icio) / functo qui p(rimus) p(ilus) / in bello / Maurico fuit L. Cornelius / Valerianus et Ful(uia) / Zosima fil(io) piissimo.* (siglo II d.C.)], natural de *Liria Edetanorum*, fue una guerra que tuvo lugar en el territorio de los Mauros, de modo que la legión no mencionada debe de ser la *legio III Augusta* u otra que no fuera la *legio VII Gemina*. *T. Sempronius Augustinus* [n.º 22: AE, 1991, 1543. Cerca de *Tynna*, Capadocia: *T. Sempronius / Augustinus / domo Hispani[a] / Vxama (centurio) leg. II Ad(iutricis) / et leg. III Aug(ustae) / et leg. XXI R[ap(acis)] ? / -----* (época flavia)], natural de Burgo de Osma (*Vxama*), entre los *Areuaci*, en el *conuentus Cluniensis*, falleció en Capadocia durante una *expeditio* o como veterano asentado en *Tynna*. La presencia de la *legio XXI Rapax*, desaparecida en una fecha indeterminada bajo

Domiciano o Trajano, orienta hacia la época flavia la datación de la pieza. La presentación de los centurionados puede ser completa o no, mientras no se puede afirmar si está en el orden directo o inverso. El juego epigráfico ofrecido por el epígrafe n.º 23 [CIL, II, 2572; IRPL, 22. Lugo (*Lucus Augusti*): *Augg(ustis duobus) salcrum Laribus uialibus MM(arci) / Annii Verus / et Verianus / CC(enturiones) l[e]gg(ionum duarum) palter et filius lex uoto*. (finales del siglo II d.C.)] no es nada claro y sirve de poco cuando se trata de interpretar el contenido. Lo más lógico sería pensar en un altar dedicado a dos emperadores cuyo nombre puede tener una relación con los nombres de los dos centuriones, por tanto Marco Aurelio y Lucio Vero; sin embargo, tanto la fecha del monumento como la posibilidad de que la ciudadanía proceda de Marco Aurelio joven apuntan a Septimio Severo y Caracala, padre e hijo y no hermanos. Los agradecimientos a los dos *Augusti* suponen un beneficio imperial, como una promoción al rango de *centurio*, bien del hijo, bien del padre y del hijo. Parece más probable la primera solución. Los *Lares uiales* indican con el *ex uoto* un viaje llevado a cabo exento de peligro. El ara posiblemente colocado en el santuario del culto imperial en *Lucus Augusti* puede indicar que el padre cumplió la promesa después de que el hijo hubiera llegado sano y salvo al lugar de estacionamiento de su unidad, cuya identidad desconocemos. Es cierto que los dos sirvieron entonces en legiones distintas. La elección de Lugo para el *ex uoto*, junto al juego visual sobre las letras G, sugiere dos unidades de nombre *Gemina*, quizá la VII para el padre y la X para el hijo. Los personajes imperiales, padre e hijo, entran en una construcción religiosa bajo la influencia de la Fortuna o suerte, un rasgo psicológico muy presente entre los soldados a lo largo de su carrera.

Cada documento epigráfico tiene sus peculiaridades, lo que no tiene nada de extraño. Relecturas o nuevas inscripciones implican revisar datos y detalles mal interpretados o incomprensibles antes del descubrimiento del epígrafe; sin embargo, por la amplia variedad de sus aportaciones, ninguno de los testimonios requiere una solución u otra cuando se trata de valorar un conjunto documental. El historiador hace preguntas en plena libertad para luego construir respuestas objetivas, basadas en datos establecidos. Durante esta etapa, hace falta olvidar las explicaciones de índole generalizadora cuya supuesta aportación engaña, pues inducen un modo de ver preconcebido, en gran parte ajeno al asunto examinado.

Oriundo de las provincias hispanas y soldado romano

Intentando prescindir de lo que se suele decir acerca de las relaciones entre Hispania y el ejército romano, el

enfoque aquí elegido es el punto de vista no del Estado romano, sino de los individuos deseosos de incorporarse a las tropas al servicio del emperador. El poder central hubo de fijar tanto la organización militar del Imperio como el papel y funcionamiento de cada una de las unidades. Los procedimientos de integración en el ejército implicaron la existencia de ciertas normas establecidas fuera de las cuales no se podía confiar en una aprobación final. Es verdad que los emperadores también adaptaron sus exigencias en función del estado de cada provincia. Todo ello no permite apreciar lo que en el fondo fue decisivo para que un joven se hiciera soldado.

De modo rotundo tenemos que reconocer que el soldado hispanorromano no existió como tal, tampoco el soldado hispano. ¿Por qué? Simplemente, porque la Hispania romana, un conjunto de tres provincias, no fue un «Estado-nación» moderno con el cual los ciudadanos se identificaron o tuvieron la opción de identificarse. ¿Cómo entender en este caso que la inscripción n.º 22 [*supra*] exprese la *origo* del *centurio* por *domo Hispania Vxama* o que numerosas cohortes y alas se nombraran *Hispanorum*, de los hispanos? En primer lugar, hace falta recalcar de nuevo que la geografía peninsular tal y como resulta de los nombres de las unidades auxiliares, fue construida por Roma y para Roma. Los conceptos utilizados fueron los conceptos clásicos de la geografía augustea del Imperio, para localizar sin más complicaciones un sitio, una ciudad, una etnia o una provincia. Cuando, por ejemplo, el centurio *T. Sempronius Augustinus* se identifica bajo una fórmula un poco confusa, *domo Hispania Vxama*, tiene en la mente «soy de *Vxama*, ciudad de *Hispania*, parte del Imperio de Roma». *Domus* remite a una *ciuitas* o *polis*, a una comunidad autónoma administrada como una *res publica*. Hispania ofrece un contexto general a la ciudad de origen, pues *Vxama* hubo de ser casi desconocida en Capadocia, mientras el término *Hispania*, sobre todo entre soldados y veteranos, aun entre las elites provinciales, transmitiría la imagen de la potencia de Roma. Si fuera preciso, el documento n.º 2 [*supra*] lo aclararía de modo definitivo. El *beneficiarius* habla de *Sirmium*, una ciudad de *Pannonia*, como de su *patria*, lo que significa la tierra de sus antepasados a la que se siente vinculado antes que nada, con la idea de protegerla de los peligros exteriores.

Las inscripciones reflejan la documentación oficial de los ejércitos imperiales. Un soldado aprobado para el servicio militar recibía un pequeño disco o una plaquita de plomo que llevaba en el cuello. Sobre aquella matrícula o *signaculum* estuvo grabado un extracto certificado del registro con los nombres, la *origo*, la edad y la unidad de afectación del *tiro* o quinto. En el siglo I d.C., entre los pretorianos y los legionarios, la ciudad de origen está mencionada con frecuencia como hemos podido comprobar en la lista donde en-

contramos *Myrtilis*, *Aeminium*, *Caesar Augusta* (dos veces), *Arcobriga* (topónimo en parte restituído), *Augusta Firma* (*Astigi*), *Vxama*. Entre los auxiliares, el lugar de procedencia falta o se refiere a un territorio más amplio, por ejemplo *Hispanus*, *Bracar(us)* –si es lo que cabe desarrollar cuando *Bracar(augustanus)* también parece posible, incluso preferible–. Es bien sabido que los auxiliares, durante el siglo I, fueron vecinos de pequeñas poblaciones o de territorios poco integrados desde el punto de vista político. Poner de relieve el nombre del cuerpo de tropa sería más importante que recordar un lugar remoto e ignorado por la mayoría de los que leían las inscripciones. A pesar de lo que escribe Tácito en sus *Historias* con respecto a los legionarios, de hecho, en el contexto de la guerra civil de 69 d.C., la *cohors* o el *ala* era la *patria* verdadera del soldado auxiliar. La observación no tiene nada que ver con las identidades o las etnias, pues las fuentes epigráficas atestiguan que por motivo de la inestabilidad de las tropas y de la evolución del reclutamiento las unidades integraron reclutas de varios orígenes. Tanto en las legiones como en las cohortes y las alas auxiliares se puede observar una mezcla preponderante de soldados que poseen costumbres diferentes y pertenecen a ciudades o comunidades de estatutos diversos. El uso de la voz *Hispanorum* en sustitución de otros nombres étnicos indígenas significa que al crearse las unidades agruparon gente de toda la Península o de una provincia entera.

A algunos investigadores no les parece descabellado apuntar que la atribución por Vespasiano del Derecho latino a todas las ciudades de Hispania que no lo poseían todavía tuvo entre otras metas favorecer el reclutamiento de soldados hispanos tanto para las tropas de la Península como para algunas unidades destinadas a servir fuera de ella. Planteado de esta forma, el problema tiene algo de retórico, pues el *ius Latii* consiste sencillamente y ante todo en el privilegio, para magistrados peregrinos, de hacerse ciudadanos romanos después de haber cumplido honestamente su cargo municipal. Si añadimos que el *conubium* no era necesario en aquella época por la imposibilidad para los soldados de casarse antes de la *honesta missio*, el razonamiento parece poco convincente. Por otra parte, intentar justificarlo por el principio de la «conscripción territorial» carece de fundamentos aun recurriendo al criterio del nuevo papel que Vespasiano hubiera pensado para el ejército, incluido el hispano. No creo en la existencia de una política flavia sistematizada aplicada a los ejércitos provinciales, aparte de la estabilización de las guarniciones para controlarlas mejor y evitar dentro de lo posible nuevos intentos de guerra civil. Tampoco se puede admitir el principio de la «conscripción territorial» (noción ausente de las fuentes) como un eje fijo y satisfactorio para dar cuenta del reclutamiento militar provincial. No hizo falta un edicto impe-

rial ni un reglamento idóneo para que se impusiera el reclutamiento regional y local, procedimiento que aconsejó simplemente la sensatez de los responsables. Por el contrario, llama la atención que las legiones y las otras tropas permanecieron abiertas a gente extranjera, cualesquiera que fuesen las razones, desplazamientos, *uexillationes*, preparación de una *expeditio* o de un *bellum*, situaciones de urgencia, etc. El aislamiento paulatino de los ejércitos provinciales es una «invención» de historiadores modernos que intentaron explicar las derrotas y las guerras civiles del siglo III en adelante.

Ciudadanos de ciudades latinas ingresaron en el ejército auxiliar como lo comprueban los dos diplomas militares n.º 1 [*supra*] y n.º 24 [*CIL*, XVI, 48. Diploma militar (ejército de *Britannia*), 19 de enero de 103 d.C.: *alae i Pannoniorum Tampianae, cui praest C. Valerius Celsus decurioni Reburro Seueri f. Hispan(o)*]. Puede extrañar que en el diploma cuyo contenido atestigua que los soldados son ciudadanos romanos permanezcan nombrados por su antiguo nombre: *Reburro Seueri f., decurio alae, un Hispanus* [24] y *Louessius Maximi f., ex pedite cohortis, un Bracarus* o un *Bracaraugustanus* [1]. Además, varios beneficiarios de la ciudadanía aparecen en los diplomas bajo nuevos nombres, incluso cuando llevan el gentilicio del emperador reinante. No es éste el lugar para entrar en tales aspectos apasionantes y difíciles. Baste con decir aquí que estamos enfrentados a cuestiones relacionadas con la redacción de los diplomas, tanto con los hábitos epigráficos de la administración militar como con los procedimientos cambiantes en las oficinas, por no hablar de las costumbres propias de las unidades en lo tocante a la denominación de los individuos. Los diplomas confirman en todo caso que los ciudadanos de las ciudades latinas siguen siendo peregrinos identificados por un nombre único acompañado de la filiación por el nombre único del padre.

Huelga decir que la historia del reclutamiento en las provincias hispanas es el reflejo de las modificaciones ocurridas a lo largo de las conquistas y de los cambios políticos incluso durante el Imperio. La pregunta clave sería más bien: ¿cómo valorar el papel de las provincias hispanas en aquel proceso secular y cómo interpretarlo prescindiendo, dentro de lo posible, de opiniones diversas y parciales que se han expresado desde el último siglo? Reconozco que un libro entero no bastaría para agotar este tema. Quiero limitarme a algunas orientaciones esenciales que implican dejar aparte el enfoque de la Romanización. Las necesidades de Roma enfrentada a una conquista interminable dan cuenta del desarrollo continuo del reclutamiento provincial que también afectó a otras provincias fuera de Hispania. El incremento de los efectivos globales de los ejércitos romanos y la disminución de la contribución de los ciudadanos romanos de la *urbs* obligaron a la *res publica* a contar con los recursos provinciales, mientras

Hispania había sido una de las primeras tierras provincializadas. Al promover una visión romana del mundo habitado dividido entre civilizados y bárbaros sin más, el discurso augusteo ha simplificado mucho nuestra apreciación de la realidad histórica. Los pueblos recién conquistados proceden de entidades políticas de potencia más o menos limitada en general, entre las cuales la guerra representa una actividad de prestigio. Conforme a una actitud ya antigua, Roma, durante sus guerras exteriores, supo integrar en sus tropas elementos indígenas para debilitar a sus enemigos e introducir una nueva competencia entre ellos. Desde el punto de vista estratégico, los romanos supieron perfectamente que lo importante no era controlar territorios sino poblaciones. A través de la guerra, Roma dio a las comunidades locales la impresión de que permanecían libres para mejor utilizarlas bajo el mando de sus elites. El reclutamiento local fue tanto el instrumento indispensable como el resultado lógico de la conquista romana, es decir, que nunca los problemas tácticos y técnicos o las necesidades al nivel de los efectivos estuvieron olvidados por el conquistador. La fama de algunos pueblos hispanos procedió de sus aptitudes para hacerse excelentes jinetes, mientras que otros debieron su éxito a su manera de luchar y de utilizar armas específicas.

En esta misma línea de investigación, se desprende con claridad que la dimensión provincial del reclutamiento, aun cuando Roma impuso por la fuerza su voluntad, no es el reflejo de una política hispana de Roma fundamentada en principios «nacionales», bien hostiles, bien favorables a la península Ibérica. El éxito durante el Imperio de la práctica generalizada del voluntariado, salvo en circunstancias de urgencia, requiere un cambio en los planteamientos. J. M. Roldán ha puesto de manifiesto los aspectos sociales del reclutamiento. Por desgracia, sabemos muy poco acerca de las motivaciones que pudieron empujar a los jóvenes a elegir un servicio militar que duraba veinticinco años. Adivinamos que el contexto de la familia intervino hasta cierto punto, sobre todo si el padre o un abuelo habían ya servido en el ejército. Como se desprende de las estelas funerarias, en los dos primeros siglos del Imperio, el soldado y el veterano gozaron de un innegable prestigio dentro de las sociedades provinciales. La cuestión de la condición social de los soldados sigue siendo objeto de debate y faltan datos suficientes para medir la influencia de los años de servicio sobre la posición social del soldado. A tono con la sociedad restante, la comunidad militar produjo sus elites y ofreció al soldado varias oportunidades de dar prueba de sus cualidades. ¿Hasta qué punto el valor, la habilidad en el manejo de las armas, el tener afán en la guerra, favorecieron la carrera de un joven recluta? La respuesta resulta difícil, pues está comprobado que recibir condecoraciones casi nunca significó ascender a un rango superior (n.º 9, *supra*). Unos reclutas fueron

solicitados por sus méritos personales, pero tratándose de auxiliares, no pocas veces la eficacia colectiva del grupo durante las maniobras tuvo más importancia que las dotes individuales. Cualquiera que fuese la realidad romana, los modelos modernos sobre el reconocimiento del mérito individual o el supuesto atractivo que pudieran ejercer ciertas ventajas materiales y económicas para los campesinos pobres son meras suposiciones, a mi juicio sin vínculo probado con las prácticas sociales de la época imperial romana. Lo más probable es que los motivos de unos no coincidieran con las razones de otros, y que el estacionamiento de numerosas unidades militares en un territorio facilitara los contactos de las gentes del lugar con el ejército y, por tanto, la elección de hacerse soldado. De este modo podemos entender el paralelismo entre la evolución del número de militares de origen peninsular y las fluctuaciones del ejército provincial. Sin embargo, los testimonios nunca apuntan hacia la desaparición completa de los soldados oriundos de la península Ibérica aun en las tropas de otras provincias. No olvidaremos la advertencia de Vegetio (Veg. *Ep. de r. m.* 1, 6; Davies 1989, 4) a finales del siglo iv o comienzos del siglo v: «El oficial efectuando una leva tomará en cuenta a los hombres aptos para el combate mediante el examen de la cara, de los ojos, de la forma general de los miembros. La calidad no solo de un ser humano sino también de los caballos y perros se observa por diversos signos como nos advierten los escritos de los peritos militares. Sin embargo, un joven que se presenta a la selección para servir como soldado debería tener ojos vivos, llevar la cabeza derecha, tener el pecho ancho, hombros musculosos, brazos poderosos, dedos largos, un vientre poco marcado, nalgas delgadas, pies y pantorrillas fuertes y poco gruesos. Cuando estas disposiciones se encuentran en un recluta se puede prescindir de la talla porque más vale un soldado valiente que un soldado grande». Da la sensación de que está describiendo una estatua de piedra colocada encima de una tumba. ¡Cada uno tiene sus obras de consulta!

Desde la publicación de la obra de J. M. Roldán, la historia militar de Roma y de los ejércitos provinciales ha experimentado muchos cambios debidos, en primer lugar, al desarrollo impresionante de los estudios centrados en la península Ibérica y, en segundo lugar, a la influencia de nuevos planteamientos, bien sobre el ejército romano, bien sobre el concepto de lo que fue una provincia romana. Como ya he señalado, hace más de treinta años los aspectos jurídicos, institucionales y políticos ocupaban toda la atención de la mayoría de los trabajos. El enfoque en la sociedad y en las actuaciones de los ejércitos romanos ha transformado nuestra valoración no solo del papel de los soldados, sino también de lo que fue el Imperio romano como Estado, sociedad y cultura. El ahora en parte anticuado dilema entre el «modernismo» y

el «primitivismo» amenazaba con crear dos imperios romanos incompatibles entre sí: uno definido por un estado imperial burocrático consciente de su potencia y de sus responsabilidades, organizado, capaz de producir monumentos de toda clase, duraderos y admirables desde el punto de vista técnico, entre ellos la extraordinaria máquina de guerra nacida para vencer, el ejército tal y como aparece en la Columna de Trajano en el foro de Roma; el otro, caracterizado por una economía agrícola poco desarrollada, por la falta de medios suficientes para controlar un espacio político tan grande, por la esclavitud, las desigualdades sociales y las condiciones de vida difíciles con una esperanza muy corta de vida, por la ausencia de políticas conscientes y racionalizadas, etc. Hoy en día, sabemos que escribir la Historia, cualquiera que sea, no puede prescindir de una reflexión historiográfica sobre lo que queremos saber, entender y demostrar. Con este rápido intento de releer con mayor distancia la historia del soldado hispanorromano he podido comprobar, una vez más, que la Historia Antigua sigue su camino no

solo como auxilio de la cultura moderna, sino también como fuente de experiencias humanas diversas para las gentes de hoy, es decir, como una escuela de pensamiento libre y creador, sin desistir del rigor científico indispensable.

Bibliografía*

- DAVIES, R. W. 1989: *Service in the Roman Army*, Nueva York.
- EDMONSON, J. 2006: *Granite funerary stelae from Augusta Emerita*, Mérida.
- LE ROUX, P. 1982: *L'armée romaine et l'organisation des provinces ibériques d'Auguste à l'invasion de 409*, París.
- PALAO, J. J. 2006: *Legio VII Gemina (Pia) Felix: estudio de una legión romana*, Salamanca.
- ROLDÁN, J. M. 1974: *Hispania y el ejército romano. Contribución a la historia social de la España antigua*, Salamanca.

* Lógicamente, en la elaboración de este capítulo se ha manejado más bibliografía que la que se recoge en este apartado final, circunscrita exclusivamente a las obras citadas y comentadas a través del texto. Huelga decir que en algunos de dichos trabajos (especialmente: Roldán 1974; Le Roux 1982; y en el recentísimo Palao 2006), el lector podrá obtener más bibliografía sobre la relación entre Hispania y el ejército romano. De igual modo, remitimos a la recopilación bibliográfica que, al efecto, propuso J. Cabrero en 2003: «Breve síntesis bibliográfica sobre el ejército romano», *ETF*(2), 16, 233-278.

PRODUCTOS HISPANOS EN LOS MERCADOS DE ROMA: EN TORNO AL CONSUMO DE ACEITE Y SALAZONES DE *BAETICA* EN EL ALTO IMPERIO

Lázaro Gabriel Lagóstena Barrios
Universidad de Cádiz

Resumen

La provincia romana de *Baetica* fue una de las principales regiones productoras y exportadoras de aceite de oliva y salsas y salazones de pescado durante el Alto Imperio romano. Las causas principales que conducen a la constitución de esta especialización regional en la producción alimentaria se relacionan con la disponibilidad de recursos y de buenas condiciones naturales, pero también con el proceso histórico que conoce la región durante su anexión al Imperio, paradigma de acontecimientos como la migración itálica, la colonización o la municipalización. La Bética participó tanto de los circuitos libres de distribución de productos como del circuito administrado, los derivados de pescado principalmente de los primeros, el aceite de oliva particularmente de la distribución *annonaria*. La ciudad de Roma, por su parte, y por las especiales condiciones cuantitativas y cualitativas de su población, se muestra como un espacio idóneo para el estudio del consumo de estos alimentos hispanos.

Palabras clave

Baetica, salazones de pescado, aceite de oliva, Roma, producción, comercio, *annona*, *mercatores*, *negotiatores*, epigrafía anfórica.

Abstract

The Roman province of *Baetica* was one of the main producing regions and exporters of olive oil and fish sauces and salted fish during the Roman Empire. The main causes leading to the formation of this regional specialisation in food production are related to resource availability and good natural conditions, but also with the historical process that the region known for its annexation to the empire, as the paradigm of events like italic migration, colonization or municipalization. The Bética participated both circuits free distribution of products such as managed, mainly the salted fish from the first, olive oil, particularly, in the *annona's* distribution. The city of Rome for its part, and the quantitative and qualitative special conditions of its population, is shown as space unbeatable for the study of the consumption of hispanic food.

Keywords

Baetica, salted fish, fish sauce, olive oil, Roma, production, trade, *annona*, *mercatores*, *negotiatores*, amphoric epigraphy.

Aceite de oliva y salazones de pescado: productos béticos

Situados en los años centrales de la etapa altoimperial, la provincia *Baetica* se nos mostraría como una de las principales regiones productoras y exportadoras de aceite de oliva y salsas y salazones de pescado del Imperio en toda su extensión, hasta el punto de que los sectores productivos relacionados con estos alimentos constituirían dos de los principales puntales de esta economía provincial, implicando en su desarrollo, por consiguiente, a amplias capas de sus sociedades.

Los procesos históricos que conducen a esta situación pueden ser abordados desde dos perspectivas concurrentes: en primer lugar, desde el análisis de las tradiciones económicas relacionadas con los recursos naturales de la región, anteriores a la permanencia romana, y del impacto directo sobre las mismas de su transformación en la *Hispania Vltior*, con todas las consecuencias que este acontecimiento provocó en el plano social, político y económico; en segundo lugar, desde la perspectiva de los grandes procesos económicos que se produjeron en consonancia con la propia construcción de la estructura imperial romana, el fomento de la especialización regional, la provincialización de la economía, la extensión e imbricación de las redes itálicas que la controlaron, la transformación de los mercados y la reconfiguración de los diversos circuitos distributivos.

En relación con los sectores productivos que nos ocupan, tanto el aprovechamiento de los recursos marítimo-pesqueros como la explotación oleícola parecen formar parte de las tradiciones extractivas de la región desde, al menos, la Edad del Hierro.

La producción aceitera prerromana, sin embargo, ha proporcionado hasta la fecha pocas evidencias. Un pequeño pie de prensa, por ejemplo, relacionado con la obtención de aceite y procedente de Los Castellones de Ceal (Jáen), datado en el siglo IV a.C., parece insinuar la caracterización doméstica de las formas de producción propias de estas fechas y estos espacios (Sáez 1987, 216). La excavación en 1985 del yacimiento de Cerro Naranja (Los Garcíagos, Jerez de la Frontera: González Rodríguez 1987, 90-95) proporcionó la primera prueba de una producción oleícola a cierta escala en la Baja Andalucía. En este lugar se identificó un establecimiento rural, de unos 1.300 metros cuadrados de superficie, con estructuras que se han relacionado con la molienda y el prensado de olivas, el envasado y almacenamiento de aceite, con ocupación monofásica, datada entre la segunda mitad del siglo IV y parte del III a.C., y una cultura material de tradición púnica-gaditana y turdetana, de la que destaca particularmente la abundancia de ánforas conocidas en la historiografía como tipo Tiñosa (T.8.1.1) y tipo Carmona (T.8.2.1), un asentamiento que ha sido interpretado por los ar-

queólogos como un centro de transformación y envasado de este producto agrícola.

Respecto a una de estas ánforas mayoritarias en el yacimiento de Cerro Naranja, la denominada tipo Tiñosa, una reciente tesis doctoral defiende su exclusiva vinculación con el envasado oleícola, hipótesis avalada por los análisis químicos de restos de contenidos que se han realizado sobre sus pastas cerámicas, y por tanto la dispersión de estos envases ilustraría sobre el alcance y la distribución del aceite producido en territorio turdetano, a la par que demostraría la existencia en estas fechas de estos cultivos olivareros, al menos en las actuales campiñas gaditanas (Carretero 2004; Sáez 1987, 216).

Las fuentes literarias advierten por su parte de la extensión del olivo silvestre en la región, normalmente documentada a través de alusiones toponímicas: *Kotinaï* (Str. 3, 2, 3), *Oleastrum* (Pompon. 3, 4; Plin. HN. 3, 3, 15), *Cotinusa* (Plin. HN. 4, 120), términos todos ellos que pueden ser relacionados con la existencia de acebuchales (véase: Sáez 1987, 213 y ss.). La Arqueología y la Paleoecología procuran en la actualidad una destacada aportación al conocimiento diacrónico de la importancia del acebuchal en la región, y la progresiva implantación del olivo en Andalucía, analizando contextos que se sitúan entre la Prehistoria reciente y la etapa romana, incidiendo en problemas de alcance histórico, y prospectando técnicas científicas que ayuden a resolverlos (Iborra/Grau/Pérez Jordá 2003, 33 y ss.; López Castro 2003, 100-101; Rodríguez-Ariza/Montes 2007, 221 y ss.).

En la costa sudpeninsular, por otra parte, los recursos pesqueros fueron objeto de explotación, también desde momentos protohistóricos, por parte de las comunidades aquí establecidas. A las evidencias arqueológicas detectadas en este litoral se suma un relativamente amplio elenco de referencias literarias, generadas desde los ámbitos de consumo del Mediterráneo central y oriental, enclaves insertos en los circuitos de distribución en los cuales se introdujeron, por lo menos desde el siglo V a.C., estas apreciadas mercancías occidentales (Lagóstena 2001, 203 y ss.).

Las más antiguas evidencias arqueológicas relacionadas con la explotación piscícola del sur peninsular se manifiestan relacionadas con la franja poblacional de tradición semita y el ámbito de influencia del circuito llamado Círculo del Estrecho. En relación con el espacio productivo gadirita se han documentado espacios de trabajo relacionados con el tratamiento especializado de las capturas pesqueras para la obtención de salazones, para los que se han propuesto cronologías de la V, IV y III centurias anteriores a la era (Muñoz Vicente/De Frutos/Berriatua 1987, 488-490; así como Ruiz Gil 1991). Diversos indicios implicarían también, en estas actividades y para estas cronologías, a las comunidades de *Onuba*, *Sexi*, *Abdera*, *Maenoba*, *Baria* y *Selambina*

(López Castro 1995, 63 y ss.; Lagóstena 2001, 205, n.º 1140 y ss., con las referencias oportunas).

Las conservas piscícolas de la región fueron conocidas y apreciadas en el Mediterráneo oriental y quedaron testimonios de ello en diversas obras literarias de los siglos v y iv a.C. relacionadas particularmente, bien con las prácticas medicinales, bien con la comediografía ática (Hippoc. *Int.* 25, 20 y 30, 20; Eup. fr. 186; Ar. *Ran.* 465; Antiph. *apud* Ath. *Deip.* 3, 118d; Dífilo, *apud* Athen. *Deip.* 3, 121a; véase: Curtis 1991; Lomas 1991, 96-100).

Así pues, los testimonios literarios y arqueológicos indican, como se ha avanzado con anterioridad, que la presencia y explotación de estos recursos naturales marinos y agrícolas formaban parte de la vida económica de las comunidades sudpeninsulares. Ello no implica que estas actividades extractivas y de transformación tuvieran un carácter extendido y fueran practicadas continua y sistemáticamente, pero sí parece evidente que constituyeron fundamentos del ulterior desarrollo alcanzado por estos sectores con la progresiva romanización de la región.

No puede tampoco olvidarse, aunque éste sea un aspecto que requiera de una investigación sistemática y una explicación detenida, que, entre el desembarco gaditano de Amílcar Barca en el año 237 a.C. y la salida por este mismo trayecto de las últimas fuerzas cartaginesas en suelo peninsular en el 206 a.C., este espacio conoce tres décadas de presencia conquistadora de Cartago, y que entre las estrategias desarrolladas por esta potencia, de clara inspiración helenística, se encontraban algunas destinadas al beneficio económico de los principales recursos naturales del área meridional de la península Ibérica. Numerosos indicios sugieren que la actuación cartaginesa, especialmente en el periodo de entreguerras entre las potencias centro-mediterráneas, tuvo un efecto dinamizador sobre ciertas prácticas económicas —entre las cuales figuran aquellas destinadas a la disposición de productos alimentarios transformados, susceptibles de ser incorporados a los circuitos de intercambios integrados o interesados por las comunidades de tradición fenicio-púnica— constituyendo así un referente histórico a considerar en relación con los posteriores acontecimientos económicos propios de la actuación romana republicana sobre la *Vltior* (González-Wagner 1999).

Estudios recientes tienden a matizar las consideraciones tradicionales sobre el carácter de la economía de las provincias de Hispania durante la etapa republicana, en el sentido de destacar un interés inicial de los itálicos no solo por aquellas actividades más rentables, vinculadas con la explotación minera o el comercio esclavista, por mencionar un par de ejemplos, sino también por sectores extractivos primarios, susceptibles de aportar beneficios interesantes a quien los controlase, como la pesca, la explotación salinera o los cultivos

especulativos (Marín 1988, 251 y ss.; López Castro 1995, 130 y ss.; Lagóstena 2001, 216 y ss.; 2005, 230 y ss.). En este sentido la oleicultura y, especialmente, la producción salinera y pesquero-conservera, situarían en estos momentos republicanos las bases organizativas propiamente romanas, que les permitiría alcanzar el extraordinario desarrollo que conocieron en los primeros siglos de la era y que se encuentran en la raíz de la transformación de la situación «colonial» de la economía hispana (González Román 1999, 146).

En mi opinión, la escasez de evidencias materiales significativas que puedan relacionarse con la explotación del olivar en el mediodía peninsular durante los siglos ii y i a.C. no puede ser interpretada como una ausencia de esta actividad, sino como carencias investigadoras de la Arqueología de los inicios de la agricultura bético-romana. C. González Román afirma, a tenor de los testimonios actualmente disponibles, que la difusión del cultivo del olivo en estas tierras en época republicana se encuentra muy limitada, y colaciona los pocos testimonios literarios que apuntan a la existencia de olivares en los años centrales del siglo ii a.C. en la *Carpetania*, mencionados en relación con un episodio de las guerras lusitanas (App. *Iber.* 64) o, ya en tiempos tardorrepublicanos, en el contexto de la guerra civil, en las cercanías de *Hispalis*, lugar de acampada de los ejércitos pompeyanos según el *bellum Hispaniense* (Caes. *Bell. Hisp.* 27, 1 y 27, 3: *eo die Pompeius castra movit et contra Spalim in oliueto constituit*), menciones a las que hay que sumar la iconografía de algunas emisiones monetales coetáneas de la *Vltior* que se relacionan con el olivo, como las de *Vlia* (González Román 1999, 146).

Más evidente resulta el interés y el impacto de la intervención itálica durante la ii y i centuria a.C. en los espacios productivos pesquero-conserveros del litoral, donde ya se desarrollaba con anterioridad una floreciente actividad gracias tanto a la disposición de abundantes recursos salineros —particularmente, en la costa atlántica (Lagóstena 2007, 277 y ss.)—, como pesqueros, destacando en este sentido las buenas condiciones geográficas del entorno del golfo de Cádiz y el estrecho de Gibraltar para la instalación de las lucrativas almadrabas (Fernández Nieto 2002), recursos que en absoluto fueron menospreciados por las entidades urbanas que jalonaban estas costas. Los testimonios arqueológicos, literarios, epigráficos y numismáticos constituyen una sólida prueba sobre el desarrollo del sector, y el interés que éste despertó entre los agentes itálicos se vislumbra cada vez con mayor claridad. Las fuentes grecolatinas muestran el conocimiento y valoración en la segunda centuria de las riquezas piscícolas de las costas sudhispanas (por ejemplo: Plin. *HN.* 34, 8, *apud* Athen. *Deip.* 7, 302e y 8, 330e) y, particularmente, la relación entre los integrantes de la colonia latina *Car-teia* y las actividades pesquero-conserveras (Plin. *HN.* 9, 92-93; Lagóstena 2005, 230-233).

La verdadera eclosión de la nueva economía de las provincias hispanas, sustentada sobre las bases preexistentes, se relaciona con las profundas transformaciones producidas desde los años centrales del siglo I a.C., y estuvo íntimamente conectada con los fenómenos de la emigración oficial, la colonización y la municipalización, que se constituyen por entonces en procesos paradigmáticos en la *Vlterior Baetica* (Marín 1988).

Constituyeron, Roma y sus políticas imperiales, lógicamente, los motores de estos fenómenos de gran trascendencia histórica para las regiones afectadas, cuyas riquezas naturales fueron seriamente consideradas al diseñar las estrategias oficiales de ocupación territorial. Si los criterios pragmáticos para la elección de los territorios apropiados para el desarrollo de las políticas coloniales y las actividades económicas que les son inherentes se podían percibir con cierta lógica y claridad, más difusos debían de ser para sus protagonistas los grandes fenómenos históricos que se estaban produciendo al mismo tiempo, y las consecuencias a medio plazo para la economía imperial.

El principal fenómeno que se evidenciará como un factor destacado en la configuración de la economía altoimperial relacionada con la circulación alimentaria fue la paulatina generación de un inmenso, extenso y disperso mercado de consumo, integrado, principalmente, por la red de poblaciones articuladas en comunidades cívicas que ocuparán gran parte de la geografía imperial, al amparo de sus continuadas políticas de promoción ciudadana y urbana.

Es conveniente, además, para considerar otros factores de importancia en la comprensión del papel destacado de la Bética en la distribución de aceite y salazones, observar, siquiera someramente, algunas de las consecuencias provocadas por estos fenómenos.

Una de estas consecuencias fue el desarrollo de cierta especialización económica provincial, basada en la disposición regional de determinados recursos naturales y en muchas ocasiones —como ya se ha indicado— en la existencia de prácticas previas de aprovechamientos de los mismos, recursos beneficiados desde tiempos tardorrepúblicanos por los emigrantes itálicos, ansiosos de inmiscuirse en cualquier sector productivo provincial que les permitiera colmar sus aspiraciones de promoción personal. Esta especialización regional parece determinante en una provincialización que se constituye como una característica de la economía imperial, a la que tampoco resulta ajena los intereses estratégicos del Estado romano y de la construcción de sus fronteras (Remesal 2002).

Y una segunda consecuencia guarda relación con la organización de los mecanismos de circulación y distribución de los productos del comercio interprovincial, y con las redes humanas que contribuyen a su configuración. En efecto, si los integrantes de la expansión humana protagonizada por la migración itá-

lica oficial establecieron fuertes vínculos, en primera, instancia con los artífices políticos que, desde la primera línea del Estado y empleando mecanismos variados, les facilitaban estas oportunidades de promoción, no conviene olvidar que, en otro nivel de relaciones, muchos de estos individuos mantuvieron vínculos emocionales, familiares y clientelares con sus espacios y sociedades de origen. No solo como protagonistas de la colonización oficial, sino también de la privada que le antecede, muchos colonos actuaron como agentes de los intereses de grandes potentados itálicos, que debieron de proyectar sus organizaciones y redes a través de los participantes en estos fenómenos migratorios sobre los sectores extractivos y productivos provinciales, todo ello en estrecha conexión con un fenómeno bien estudiado por E. Gabba, el de la extensión de los resortes socioeconómicos de la agricultura itálica hacia la *mercatura* marítima (Gabba 1980, 91-93).

Por tanto, el panorama en el que se insertará la circulación de aceite y de derivados piscícolas béticos se construye desde la emergencia de nuevos mercados urbanos y la extensión por los mismos de las redes organizativas de la economía transmarina itálica, un nuevo escenario que se configura al ritmo de los acontecimientos de la construcción histórica del Imperio y caracterizado por la transformación de los mercados y la reconfiguración integral de los circuitos distributivos preexistentes, todo ello respondiendo a los intereses de la clase dirigente itálica, y al valor sociopolítico que para la misma tiene la intervención y la inversión en los asuntos propios del abastecimiento alimentario (Gabba 1980, 98-99).

En lo que atañe a la economía provincial de *Baetica*, el celeberrimo testimonio de Estrabón relativo a las exportaciones turdetanas certifica, a nuestro entender, el impacto de la ya prolongada colonización itálica en estas tierras:

«De Turdetania se exporta trigo y vino en cantidad, y aceite no solo en cantidad, sino también de la mejor calidad. Se exporta asimismo cera, miel y pez, mucha cochinilla y un bermellón no inferior a la tierra sinópica. Los astilleros funcionan allí con madera del país, en su territorio hay minas de sal y no pocas corrientes de ríos salobres, y tampoco escasea la industria de salazón de pescado, procedente tanto de la zona como del resto del litoral de más allá de las Columnas, que no va a la zaga de la salazón del Ponto» (Str. 3, 2, 6).

Los vestigios materiales de aquella realidad económica, arqueológicamente conocidos, muestran el nivel de producción alcanzado en la Bética durante los primeros siglos de la era.

Las factorías salazoneras se convirtieron en un elemento esencial del paisaje litoral bético, jalonándolo prácticamente en toda su extensión (Ponsich/Tarradell 1965; Edmonson 1987; Lagóstena 2001; Étienne/Mayet 2002). Una reciente síntesis dedicada a la artesanía

de la producción cerámica en *Baetica* proporciona un balance actualizado de los alfares que en estas costas se dedicaron, diacrónicamente, a la producción de ánforas relacionadas con el envasado de productos piscícolas: ocho alfares en Huelva (Campos/Pérez Macías/Vidal 2004, 127 y ss.), ochenta y cuatro en Cádiz (Lagóstena/Bernal 2004, 86-88), quince en Málaga (Serrano Ramos 2004, 162 y ss.), seis en Granada (Fernández García: 2004a, 215 y ss.) y uno, al menos, en Almería (Fernández García 2004b, 274 y ss.) suman un total de hasta ciento catorce centros productores, localizados hasta la fecha en la costa bética, una cifra que permite siquiera calibrar la importancia de la exportación de los productos contenidos en estos envases.

De la misma manera, los alfares béticos productores de los envases olearios altoimperiales denominados Dressel 20, resultan, por el momento y en origen, los mejores testimonios de la producción y exportación aceitera, como ya pusieran de manifiesto en primera instancia G. Bonsor (Bonsor 1931) y, después, M. Ponsich (Ponsich 1974, 1979). El recuento reciente de este tipo de establecimientos arroja un balance de ciento diecisiete alfares conocidos en la actual provincia de Sevilla, de los cuales cuarenta y cuatro fueron con seguridad productores de ánforas olearias (Chic/García Vargas 2004, 282-307) y, en el territorio de Córdoba, ascienden a cuarenta y cinco los centros productores de envases olearios (Lara 1997, 83 y ss.; Remesal 2004, 350). Además de las explotaciones relacionadas con el curso del río *Baetis*, otros espacios de esta misma provincia se configuraron como regiones productoras de aceite, conocidos particularmente en este caso por los vestigios de prensas, molinos y almazaras: es el caso de la comarca de Antequera (Romero Pérez 1997-1998, particularmente, 128-129), la depresión de Ronda (Carrilero/Garrido/Nieto/Radial 1995, 89 y ss.) o la campiña y serranía gaditana (Lagóstena/Mata 2007, 159-164).

Dos pasajes de la *Historia Natural* de Plinio pueden servir de colofón para describir la situación productiva de estos alimentos en *Baetica*. Respecto a las plantaciones de olivo dice el naturalista *non alia maior in Baetica arbor* (HN. 17, 93); y, aunque no aluda expresamente a esta provincia, respecto al desarrollo alcanzado por la industria pesquero-conservera en su época sentenciaba *transiit deinde in luxuriam, creueruntque genera ad infinitum* (HN. 31, 95), aludiendo a la proliferación en las pesquerías de variados tipos de salsas y salazones elaboradas para satisfacer los gustos refinados de ciertas capas sociales de su tiempo.

La ciudad de Roma, un paradigma consumidor

El abastecimiento, el mercado y el consumo, configuran otra de las facetas en las que la ciudad de Roma

fue modelo y ejemplo a imitar en el contexto de la realidad urbana que constituía la base celular de la construcción imperial. El consumo en Roma puede ofrecer un paradigma válido para el estudio y conocimiento de este aspecto en la época altoimperial, pero también muestra peculiaridades propias y exclusivas de la capital imperial y de su población.

La cantidad y la cualidad de la población de Roma constituyen, posiblemente, los rasgos distintivos y condicionantes más significativos del abastecimiento, la demanda y el consumo generado en la sede imperial.

La ciudad de Roma pudo llegar a congregarse un millón de habitantes en los momentos de mayor concentración poblacional, según las estimaciones más aquilatadas, constituyendo este carácter demográfico de la *urbs* uno de los principales tópicos sobre la sede imperial, elemento constitutivo de su propio mito y conocido hasta los confines del imperio (Tantillo 2000, 86-93).

A esta dimensión cuantitativa, insuperable en el marco de la Antigüedad Clásica, se añaden las peculiaridades cualitativas de algunos sectores poblacionales privilegiados de la ciudad: la plebe ciudadana y los individuos vinculados a la sede imperial, a su administración y defensa.

El desmesurado crecimiento poblacional de Roma, fruto de su proceso histórico, la convirtió en el principal modelo de mercado urbano emergente al cual nos referíamos con anterioridad. Por el número de habitantes concentrados en los límites de la ciudad y sus suburbios, por su carácter capital y por la localización en este ámbito de la clase dirigente romana, la ciudad hubo de constituir el paradigma de la circulación de productos de consumo en la Antigüedad. En tiempos flavios –aludiendo a un decreto de Domiciano del año 92 d.C., que pretendía poner coto a la ocupación ilícita del espacio público por parte de los *institores*– dedica Marcial (Mart. 7, 61) un epigrama que nos acerca a la imagen cotidiana de una ciudad poblada de *tabernae*:

*Abstulerat totam temerarius institor urbem,
Inque suo nullum limine limen erat.
Iussisti tenuis, Germanice, crescere uicos,
et modo quae fuerat semita, facta uia est.
Nulla catenatis pila est praecincta lagonis,
nec praetor medio cogitur ire luto,
stringitur in densa nec caeca novacula turba,
occupat aut totas nigra popina uias.
Tonsor, copo, cocus, lanius sua limina seruant.
Nunc Roma est, nuper magna taberna fuit.*

[Se había apoderado de la ciudad el tendero temerario / y ningún dintel se mantuvo en sus propios límites / Has ordenado Germánico que crecieran los barrios / y lo que antes fue una senda se convirtió en avenida. / No hay ninguna pilastra rodeada de redomas encadenadas / ni se obliga al pretor a ir por el barro, / ni una

navaja se saca ciegamente en medio de un gran gentío, / ni negra freiduría ocupa toda la calle / Barbero, tabernero, cocinero, carnicero, respetan su propio umbral: / ahora es Roma, antes era una gran tienda.]

Por otra parte la población privilegiada de la ciudad se beneficia de distribuciones periódicas de productos, gratuitas o a precios intervenidos, una circulación política o administrada de bienes de consumo a la cual se han dedicado excelentes estudios (véase, por ejemplo: Pavis d'Ecurac 1976; Sirks 1991).

Estas circunstancias que afectan a la población romana –su cantidad y su cualidad– la convirtieron en el mejor ejemplo de un mercado peculiar, en el cual coexisten dos tipos de circulación, de demanda y de consumo, una de carácter libre, la otra de carácter administrado, constituyendo lo que podríamos denominar un mercado civil, junto a un mercado oficial.

La dualidad de las formas adoptadas por la circulación de productos en Roma resulta de especial interés para nuestra exposición dado que, por norma general, cada uno de los productos alimentarios de origen bético sobre los cuales estamos tratando circularon en Roma, preferentemente, por uno de estos circuitos: el aceite por el circuito oficial administrado bajo la organización de la *annona*; los derivados piscícolas, bajo la circulación libre de las *mercimonia*.

Así pues, estos productos alimentarios béticos dieron respuesta a las necesidades de ambos circuitos, el libre y el administrado, aunque hay que recordar que la línea divisoria entre ambas formas de distribución, física y conceptual, resulta en ocasiones difusa para el historiador.

Salazones hispanos en Roma

El consumo tanto de salsas como de salazones de pescado formaba ya en época altoimperial parte reconocida de la cocina y la dieta romana. Se han realizado estimaciones sobre el consumo de algunos productos alimentarios en la ciudad y se calcula que anualmente ésta demandaría no menos de 200.000 toneladas de trigo, unas 22.500 toneladas de aceite, y más de 1.500.000 de hectolitros de vino (datos sintetizados en: Tantillo 2000, 99). No existen en cambio estimaciones realizadas para el consumo de otros productos no básicos, como los piscícolas, aunque cabe suponer que no se trataba de importaciones menores.

Las fuentes literarias constituyen un testimonio fundamental para la percepción del conocimiento que en el mercado romano se tenía de las salsas y salazones de pescado en general, y de las de procedencia hispana y bética, en particular. Por razones variadas, un buen reflejo de ello lo encontramos en la obra de Marcial: por su inmersión personal y conocimiento de la vida cotidiana de la ciudad en época flavia, por su origen

hispano, y por la cantidad de alusiones que se encuentran en sus escritos a la presencia y la huella bética en Roma.

Los epigramas de Marcial, que configuran un excelente retrato de la actividad diaria de los espacios más íntimos y cercanos del ambiente romano, aluden con cierta frecuencia a los derivados piscícolas, muy apropiados, por sus peculiares características, para integrarse en el lenguaje de su literatura satírica, indicando a la vez cómo estos productos, en toda su variedad, eran bien conocidos por el paisanaje de la ciudad y consumidos en sus mesas asiduamente.

Aunque muchas de estas alusiones del bilbilitano al pescado salado y sus salsas derivadas no se relacionan con los lugares concretos de producción (Mart. 3, 2; 9, 52; 13, 1: *cordyla*; 3, 50: *oxygarum*; 3, 77 y 11, 27: *hallec* y *melandrya*; 6, 93; 7, 27 y 94; 11, 27 y 13, 82: *garum*), en otras ocasiones sí se expresa directamente ese origen.

Marcial alude al menos en una ocasión al *garum Sociorum*, prestigiosa denominación de la mejor calidad de salsas de pescado obtenida bien de la caballa, bien del atún rojo, pero siempre de origen hispano (Mart. 13, 102). Otro ejemplo de esta circulación de productos piscícolas hispanos en los mercados romanos aludidos por Marcial se refiere al *lacertus Saxetanus* (Mart. 7, 78), una salazón posiblemente obtenida de la cola de un escómbrido (De Saint Denis 1947, 52-53), producto epónimo del municipio bético de *Sexi*, donde producían reputadas salazones desde, al menos, el siglo iv a.C. (Dífilo de Sínope, *apud* Athen. *Deip.* 3, 121a; Str. 3, 4, 2; Lagóstena 2001, 153-154). Aunque solo en una ocasión Marcial emplea el apelativo *Saxetanus*, el *lacertus* se menciona en varios epigramas (Mart. 10, 48; 11, 27 y 52 y 12, 19). Del recurso del poeta a la salazón sexitana se desprende siempre el carácter frugal que acompaña a su consumo, pues se califica su consistencia de *tenuis* en más de una ocasión.

Marcial colaciona también, con cierta frecuencia, otra salazón bien atestiguada entre las producciones de las orillas del estrecho de Gibraltar, particularmente de las poblaciones mauritanas de *Lixus* y *Tingis*, suficientemente documentada en la epigrafía anfórica de los niveles flavios de Pompeya (*CIL*, IV, 5629-5644), obtenida de la *cordyla* o *cordula*, denominación que parece aludir a un atún joven o a un túnido de talla menor (Mart. 3, 2; 11, 52 y 13, 1). La disposición de este producto debía de ser habitual en la tabla del pescadero, pues Marcial lo menciona en varias ocasiones, en su tono sarcástico habitual, relacionándolo con el fin que podría aguardar a su obra poética, envolviendo tal pescado.

En dos ocasiones alude Marcial a las *tabernae* del pescadero, al mercado salazonero (Mart. 1, 41 y 4, 86) y, en ambas ocasiones, se emplea para ello el término *salariorum*, siendo pues las salsas y salazones más que

el pescado fresco, al parecer, los productos característicos de las mismas.

En Roma, pues, a tenor de los testimonios de los epigramas, se consumían ambos derivados. Las salazones a las que alude Marcial –particularmente de *cordyla* y *lacertus*– debían de ser aquellas de consumo más popular, de calidades y precios asequibles para buena parte de la población de la ciudad. Entre las salsas destacan, como se ha indicado anteriormente, las menciones al *garum*, generalmente de cierta calidad, y también al *hallec* y la *muria*, salsas de calidad menor.

Esta variedad de productos pesquero-conserveros también ha de relacionarse con el carácter jerárquico de la dieta romana, pues la propia estratificación social de la ciudad tenía su reflejo en el consumo alimentario, como se ha indicado (Garnsey 1999), y las convenciones jugaban un papel importante en la composición de la despensa de cada familia e individuo, circunstancia a la cual Marcial supo sacar, para nuestra fortuna, partido literario.

La importancia del consumo de los productos piscícolas béticos en Roma se atestigua, además, gracias a los vestigios de sus contenedores, las ánforas salsarias. Los hallazgos más significativos de estos envases cerámicos se produjeron en las excavaciones de los presuntos restos de los *Castra Praetoria*, en la ciudad, y en La Longarina, relacionados en este último caso con su desembarco por el puerto de *Ostia*.

El depósito anfórico de Roma fue excavado por H. Dressel en 1878, durante la construcción del nuevo barrio de Castro Pretorio, y deparó el hallazgo de un conjunto de envases fechados, por sus *tituli picti* con dataciones consulares, entre los años 34 a.C. y 45 d.C. Esta epigrafía pintada conservada en estas cerámicas fue objeto de estudio y publicación por el propio H. Dressel en el volumen xv del *Corpus Inscriptionum Latinarum*, y constituyen una insustituible fuente epigráfica para el conocimiento del consumo de estos alimentos béticos en la ciudad, informándonos, además, sobre un tracto cronológico anterior al cubierto por la obra de Marcial.

Las ánforas que componían este depósito se hallaron dispuestas bocabajo, en filas de hasta seis hiladas de altura. Formalmente mostraban una gran variedad, siendo el origen de la famosa tabla morfológica diseñada por el autor que sentó las bases de los estudios anfóricos. Los elementos epigráficos de los envases piscícolas hispanos hallados –formas 7, 8, 9, 10, 12 y 14 de la tabla– fueron recopilados por Dressel bajo los epígrafes *Amphorae in quibus fuit garum, liquamen, muria, halec*, y *Amphorae formae earum quae garum, muriam, liquamen continere solent*, y comprenden desde el número 4686 al 4806 del *CIL*, XV.

En ellos en su conjunto encontramos una relación de los productos piscícolas contenidos, llegados y consumidos en Roma: *garum scombri flos* (*CIL*, XV,

4687, 4695, 4687, 4698), *gari flos* (*CIL*, XV, 4688-4694, 4696, 4699, 4701, 4703, 4704, 4706, 4707, 4711), *garum scombri* (*CIL*, XV, 4705 y 4710), *liquamen* (*CIL*, XV, 4712-4714, 4716-4718), *liquaminis flos* (*CIL*, XV, 4715 y 4720), *liquaminis flos excellens* (*CIL*, XV, 4719), *muriae flos* (*CIL*, XV, 4721, 4722 y 4728), *muria arc. excellens flos* (*CIL*, XV, 4723), *muriae flos annorum IIII* (*CIL*, XV, 4724), *muria secunda* (*CIL*, XV, 4726), *hallec* (*CIL*, XV, 4730-4731). Otros productos, cuya relación con los piscícolas resulta aún dudosa, como *limphatum* o *laccatum*, también se encuentran documentados en el depósito, así como posibles alusiones a la salazón de *cordula* (*CIL*, XV, 4732) y la mención de la conserva de ventrecha, *abdomina membratim caesa* (*CIL*, XV, 4782).

Entre los productos piscícolas atestiguados en los hallazgos de Castro Pretorio, predominan las salsas sobre las salazones, aunque sorprende la variedad y diversa calidad de las mismas, desde la mejor de las salsas representada por la flor del *garum* de caballa, hasta variadas salsas de segunda categoría, pero bien diferenciadas entre sí, como *liquamen*, *muria*, *hallec*, que pueden a su vez ofrecer calidades diversas.

Las salazones, en cambio, están poco representadas en el depósito. Bien es cierto que los envases béticos característicos para los *salsamenta* parecen originarse ya en las primeras décadas de la primera centuria de la era. Su ausencia en este conjunto es significativa y por ello H. Dressel no pudo incluirlos con detalle en su tabla tipológica, siendo M. Beltrán quien los sistematizara en su momento (Beltrán Lloris 1970). Es muy posible que buena parte de la salazón se comercializara durante mucho tiempo en otro tipo de envase o, a la manera de la actual mojama de atún, sin envase.

Un segundo depósito anfórico, esta vez atestiguado en un contexto ostiense y datado entre los doce primeros años de la era, es el hallado en La Longarina (Hesnard 1980, 141 y ss.). La composición ofrecida por los materiales cerámicos del depósito constituye un ejemplo de la importancia del abastecimiento alimenticio hispano a la ciudad y sus mercados en tiempos de Augusto: aceite, vino y salazones, representados por trece, 58 y 104 ánforas, respectivamente, la mayoría procedente de los alfares y puertos béticos, sobre un total de 298 ejemplares recuperados. En lo que respecta a los envases piscícolas de La Longarina, en su totalidad identificados como hispánicos, se hallaron veinticinco formas Dressel 7, otras veinticinco morfológicamente muy parecidas denominadas Longarina 3, ocho Dressel 8, tres Dressel 9 tarraconenses y 25 béticas, ocho Dressel 10 y cinco Dressel 12.

Por tanto, aunque la epigrafía pintada en este caso no se conservara, puede observarse el predominio de ánforas destinadas a las salsas de pescado: los contenidos atestiguados para la forma Dressel 7 son, hasta la

fecha, *gari flos*, *garum scombri*, *liquamen*, *muriae flos*, *muriae arguta excellens flos*, *cordyla* y *cordyla arguta vetus penuaria*; para las Dressel 8, *gari flos* y *gari flos scombri*; para la Dressel 9, *gari flos*, *garum scombri*, *liquaminis flos*, *muriae flos*, *muria excellens*, *muria*, *lymphatum vetus annorum trium*, *lumpa vetus*, *abdomina membratim caesa* y *cordyla portensis arguta vetus summaur*; para las Dressel 10, *liquaminis flos*, *muria*, *muria secunda* y *hallec scombri*; y para la Dressel 12, *garum*, *gari scombri flos*, *gari flos*, *garum scombri* y *muriae flos*.

Ya A. Hesnard llamó la atención sobre el parecido entre la composición del depósito de La Longarina y el de Castro Pretorio, indicando además que no creía que, aunque los envases se reutilizaron en una obra de drenaje del terreno, estos hubieran sido objeto de una selección funcional que condicionara la muestra arqueológicamente hallada (Hesnard 1980, 142).

La epigrafía anfórica, los datos proporcionados por las fuentes literarias y las deducciones de contenidos que pueden proponerse a partir de las características formales de los envases salsarios y los estudios comparativos realizados sobre ellos, constituyen el elenco de testimonios que pueden orientar, como se ha mostrado, el conocimiento de los tipos y variedades de derivados piscícolas béticos que circularon y se consumieron en Roma, particularmente desde las últimas décadas del siglo I a.C. hasta los tiempos flavios.

Sin duda las continuas intervenciones arqueológicas en la ciudad imperial han debido de proporcionar numerosos restos anfóricos de estas mismas características, susceptibles de ser estudiados, que arrojarían un mayor conocimiento sobre este asunto y, particularmente, sobre la evolución de estas importaciones piscícolas y de su consumo, pero ese estudio de conjunto no ha sido aún abordado.

Los integrantes de las organizaciones mercantiles, que se encuentran detrás del tráfico de salsas y salazones entre las costas de la provincia *Baetica* y la ciudad de Roma, han dejado también vestigios, tanto en la epigrafía anfórica como en la lapidaria.

Aunque el propio Dressel mostró dudas en la identificación de parte del registro epigráfico de las ánforas salsarias como alusiones a los *mercatores* que traficaron con ellas, la historiografía reciente ha revalorizado la información onomástica contenida en el campo denominado K y su relación con los agentes del comercio (Corcoran 1958, 69; Zevi 1966, 234 y ss.; Étienne/Mayet 1998a, 212-213, 1998b, 153-155; Lagóstena 2004, 216-219). Desde esta consideración se ha venido ampliando, paulatinamente, nuestra nómina de *mercatores* y *negotiatores* relacionados con el comercio salsamentario en el Mediterráneo, una nómina del mayor interés para los estudios socioeconómicos de la Bética, pues estos individuos mantuvieron, sin lugar a dudas, un vínculo directo o indirecto con las actividades pesquero-conservas y mercantiles de la provincia.

En lo que respecta a Roma, identificamos, según los registros del *CIL*, XV, los siguientes personajes abasteciendo a la ciudad de productos procedentes de los saladeros piscícolas béticos: *L. Aemilius Rudens*, *D. Albucius Auctus*, *L. Annius Hymnus*, *M. Aquilius Euocatus*, *A. Atenius Crescens*, *A. Atilius Macer*, *C. Atinius*, *P. Attius Seuerus*, *L. Baebius*, *M. Baebius Claricus*, *M. Caecilius*, *Q. Caecilius*, *M. Clodius Hermes*, *P. Cordius Gratus*, *Cn. Domitius Felix*, *Q. Granius Iunius*, *P. Grattius Rufus*, *M. Licinius Mahetus*, *C. Minicius Rusticus*, *M. Numisius Nicer*, *L. Numisius Silo*, *M. Porcio Nymphodus*, *L. Purellus Gemellus*, *M. Quintillius Herma*, *L. Terentius Seuerus*, *C. Valerius Catullus*, *M. Valerius Suavis* y *L. Verrius Apro* (Étienne/Mayet 1998b, 153-155).

La relación es significativa, especialmente porque, procediendo fundamentalmente de un solo depósito anfórico, el de Castro Pretorio, atestigua un considerable número de individuos inmiscuidos en la actividad, y permite siquiera calibrar la entidad de las empresas mercantiles existentes tras esta distribución de salsas y salazones de pescado hispano en Roma.

La epigrafía lapidaria, por su parte, documenta otros *salsarii* y *salsamentarii* que desarrollaron su actividad en la ciudad, a veces indicando su vinculación con la Bética y su entorno, y en otras ocasiones aludiendo solo a su profesión. Así conocemos a *T. Claudius Docimus*, *negotians salsamentarius et uinariarius Maurarius* (*CIL*, VI, 9676) y a *P. Clodius Athenius*, integrante del *corpus negotiantium Malacitanorum* (*CIL*, VI, 9677), sobre el que sospechamos que se relaciona con las actividades pesquero-conservas por otros epígrafes malacitanos (*CIL*, II, 1970 y 1971). Otro *salsamentarius* no ya directamente relacionado con la Bética, que recibió sepultura en la Vía Apia, fue *L. Poplicius Antiochus*, liberto de *Cn. Poplicius*, activo posiblemente en el siglo I d.C. (*CIL*, VI, 9873; Ricci 1992, 140).

Estas onomásticas conservadas constituyen una interesante información, aunque muy fragmentaria, sobre la estructura organizativa de la *mercatura* de salsas y salazones entre la Bética y Roma. En ella se reflejan personajes relacionados con los fletes importantes, propios del *negotium*, agrupados empresarialmente en los *corpora* oportunos. Los responsables de las partidas fletadas, con frecuencia libertos representados individualmente o constituyendo *societates* que solían ser familiares (Lagóstena 2004, 219), y habría que pensar que actuando como agentes interpuestos de sus patronos, deben ser identificados con las onomásticas de los registros β de la epigrafía anfórica pintada sobre los envases piscícolas. Los receptores en destino de la mercancía y los vendedores al por menor en los mercados de Roma, constituyen un tercer nivel de intermediación en esta mercadería, cuya identidad se nos muestra más difícil de dilucidar.

Aceite bético en Roma

Que *Baetica* se convirtió en una de las principales regiones productoras y exportadoras de aceite de oliva –si no en la principal– es una circunstancia reconocida por todos los estudiosos. Desde esta provincia, y durante toda la etapa altoimperial, se distribuyó aceite hacia el ámbito atlántico y el mediterráneo, hacia el *limes* britano y al germánico, al oriental e incluso al mauritano, y se atendió particularmente a las necesidades específicas de Roma, su gobierno y su población.

Las bases esenciales sobre las que se sustenta este desarrollo de las exportaciones olearias béticas se han indicado con anterioridad: las condiciones naturales y la existencia de tradiciones previas en la explotación de oleáceas, las consecuencias socioeconómicas de la configuración de la provincia como escenario privilegiado para la colonización y la municipalización, y las necesidades crecientes de este producto en el marco del Imperio y sus límites. Hay que añadir, además, que la exportación oleícola bética acabó por convertirse en un asunto vital para el Estado romano y su pervivencia, y, paulatinamente, el sector fue intervenido, constituyendo históricamente uno de los mejores ejemplos de economía administrada en la cultura latina.

Las condiciones y los efectos de la intervención estatal sobre este sector agrícola, y la confluencia de intereses generados entre los productores locales y el gobierno y la administración del poder imperial, conforman elementos que deben ser suficientemente considerados en esta cuestión.

La caracterización del cultivo olivarero y de su rendimiento ha constituido una preocupación para quienes se han acercado a su estudio, pues son necesarias ciertas matizaciones al respecto para obtener una idea más fidedigna de las realidades económicas que se pretenden conocer. Sobre su cultivo se ha destacado que el olivar necesitaba escasa dedicación y poco esfuerzo, que ofrecía pocos riesgos y que satisfacía bien las necesidades del sector social representado por los colonos provinciales rentistas que constituirán el origen de las futuras elites municipales de la región (Sáez 1987, 220). Por su parte J. L. Ramírez Sádaba, partiendo de una propuesta de T. Frank y apoyado en la información proporcionada por los agrónomos latinos y otras fuentes, ha observado que el cultivo del olivar, no siendo tan rentable como el del viñedo, ocupaba un lugar intermedio entre éste y las explotaciones menos rentables, las de prados, pastos y bosques, con un margen de beneficio neto que, en las estimaciones más aquilatadas, se situarían en torno al 6% de las inversiones realizadas (Ramírez Sádaba 1980, 297-298, 1984, 465 y ss.).

La poca atención que parece necesitar este cultivo, el margen razonable de su rentabilidad, los orígenes geográficos y culturales de los *possessores* de los plan-

tíos, hubieron de conjugarse con los intereses generales del Imperio y su abastecimiento, y pueden constituir indicios de que la intervención estatal, salvo situaciones excepcionales, favorecería también los intereses de los productores béticos.

El aceite en la cultura latina cumplía una destacada función, como alimento y conservante, pero también debido a su empleo en otros usos cotidianos, desde el aseo y la cosmética, la iluminación, la medicina y veterinaria, a los ritos y cultos (Tantillo 2000, 95; Blázquez, 2001, 453 y ss.). Basta consultar el recetario de Apicio –aunque no sea un fiel reflejo de la gastronomía popular romana– para comprobar el empleo del aceite en buena parte de los platos elaborados en *De re coquinaria*, donde en alguna ocasión se cita expresamente el *oleum Spanum* (Apic. 6, 8, 15). En el mismo sentido, la obra médica de Cornelio Celso menciona con frecuencia el empleo del aceite en sus remedios, figurando como ingrediente, al menos, en treinta y cinco ocasiones. Se ha calculado que el consumo mensual *per capita* de aceite debía de ascender en aquellos tiempos a dos litros, y que a Roma arribaron anualmente unas 320.000 ánforas olearias béticas (Rodríguez Almeida 1984, 116 y ss.).

El aceite bético hubo de ser distribuido tanto mediante los mecanismos propios del comercio libre, como a través de aquellos relacionados con el tráfico administrado. Pero su importante función en relación con el abastecimiento a la *annona* estatal oscurece y minimiza el papel que el comercio de esta grasa vegetal pudo jugar en los mercados venales de Roma, cuya presencia se atestigua, por ejemplo, en la regulación establecida por el edicto de precios máximos de Diocleciano.

El reparto de alimentos subvencionados o gratuitos a la plebe ciudadana constituyó un asunto de Estado en la sede imperial desde tiempos republicanos. Las conocidas *frumentationes* –distribuciones de trigo– aparecen como un mecanismo para paliar las necesidades alimentarias de la plebe urbana, la carestía del grano, los efectos negativos de la especulación sobre el trigo, etc., tensiones económicas, en definitiva, que el proceso de expansión política y militar generaba en la base de la sociedad romana. De carácter esporádico inicialmente, estos repartos cerealísticos fueron incrementándose paulatinamente, hasta demandar la constitución orgánica, ya en tiempos de Augusto, de una *praefectura*, responsable de la *cura annonae*, que asumiera la dirección de los mecanismos de transporte, abastecimiento y –aunque existen discrepancias al respecto entre los especialistas–, posiblemente, de la distribución de alimentos públicos en la ciudad (Remesal 2000b, 389). Estas responsabilidades de la nueva prefectura excedieron los límites que la relacionaban inicialmente con la disposición y el reparto del trigo, y llegaron a convertirla en la garante del abastecimiento

de productos básicos a la ciudad, entre ellos el aceite bético.

Aunque no será hasta tiempos de Septimio Severo cuando el aceite se incorpore cotidianamente a los repartos alimentarios gratuitos en Roma (SHA. *Seu.* 18, 3 y 23, 2), se atestigua literaria y arqueológicamente su disponibilidad permanente en la ciudad y la distribución ocasional del mismo, desde al menos tiempos tardorrepblicanos. Dión Casio nos ilustra sobre uno de estos repartos excepcionales de aceite en la ciudad: César, con motivo de la celebración de su triunfo «dio a la plebe un banquete y además grano y aceite en mayor cantidad que la medida habitual» (Dio Cass. 43, 21, 3; Suet. *Iul.* 38).

Esta intervención estatal para garantizar el suministro y la disponibilidad de aceite en Roma es la que explica la existencia y el origen de nuestra principal fuente para el estudio del abastecimiento a la ciudad del aceite bético, el Testaccio.

El romano monte Testaccio constituye una colina artificial ubicada al sureste del Aventino, al interior del recinto Aureliano, y separada del cauce del Tíber por los *horrea Galbana*, los *horrea Seiana*, la *porticus Aemilia* y *Emporio*. De unos 50 metros de altura sobre el nivel del mar y 35 metros sobre el viario de la ciudad actual, con un perímetro de 1.442 metros, un volumen de 550.000 metros cúbicos y una masa calculada de unos 742 millones de kilogramos, conforma una elevación compuesta principalmente por una enorme acumulación de restos anfóricos: los fragmentos de unos 25 millones de ánforas, de las cuales aproximadamente el 85% podrían ser identificadas como envases olearios procedentes de *Baetica* (Blázquez 2000, 29-42). Su localización funcional se ha de relacionar particularmente con la ubicación de los *horrea Seiana*, quizá pensados desde su origen para el almacenamiento de aceite destinado a regular oficialmente el mercado de este producto en la ciudad (Aguilera 2002, 206-208).

La generación histórica de esta enorme acumulación de envases cerámicos que es el Testaccio se relaciona con dos circunstancias principales: en primer lugar, con un intenso trasiego fluvial por el Tíber de contenedores olearios desde el puerto de *Ostia* hasta las instalaciones portuarias y almaceneras de Roma, donde se procedería, según las necesidades, al trasvase de sus contenidos; y, en segundo lugar, con el carácter oficial e intervenido tanto de esta circulación, como del vertedero en el que se depositaron a lo largo de siglos los restos anfóricos desechados (Aguilera 2002, 206).

A lo largo de su vida útil, las ánforas que envasaron y transportaron el aceite andaluz, desde su origen, en las *figlinae* localizadas, a lo largo del *Baetis* hasta su depósito final, en el gran vertedero a orillas del Tíber, constituyeron el soporte epigráfico de diversos tipos de registros de gran interés para el estudio histórico de

variados sectores de la economía agraria y mercantil de la provincia *Baetica*. Esta epigrafía puede relacionarse con la producción cerámica artesanal, con la explotación olivarera y oleícola en origen, con el transporte y la distribución del aceite, y con los diversos mecanismos de control sobre el mismo implantados por el Estado romano; es decir, se trata de testimonios escritos relativos a diversas fases de los procesos productivos y distributivos relacionados con el *oleum Baeticum*.

Esta circunstancia convierte al monte Testaccio en un valiosísimo archivo histórico documental. El hecho de que este vertedero anfórico prolongase su actividad quizá desde el primer cuarto del siglo I a.C. hasta mediados del siglo III d.C., le confiere también un valor diacrónico para el estudio de este abastecimiento provincial en natura, y de la evolución de la intervención imperial sobre el mismo.

El registro epigráfico contenido sobre los soportes anfóricos béticos que pueden hallarse en el monte Testaccio se compone, principalmente, de grafitos, sellos impresos y rótulos pintados.

Los grafitos *ante cocturam* suelen relacionarse con los ámbitos de producción artesanal de elaboración de los envases en el marco de la *figlina*, y registran con frecuencia elementos onomásticos, numerales o caracteres letrados, símbolos y, en ocasiones, dataciones calendariales. Con toda probabilidad, es un elemento epigráfico que alude en origen a procesos de elaboración de la producción cerámica y de control de sus procesos de trabajo, y para cuyo estudio sería de enorme interés poder vincularlos individualmente con las alfarerías del valle del *Baetis* (véase, al respecto: Remesal/Rovira/García Brosa/Ozcáriz 2003, 263-397).

Por otra parte, las ánforas olearias béticas Dressel 20 presentan, si las comparamos con el resto de las series anfóricas, un elevado índice de marcado por sellado, un rasgo que, posiblemente, se relacione con el carácter annonario del destino de su contenido o bien con la relación peculiar entre la disposición geográfica fluvial de sus centros de producción y las explotaciones agrarias que generaron su contenido. Habitualmente, el sellado se produce sobre las asas del envase, pero también puede localizarse sobre el cuello, el labio, el fondo o el cuerpo del ánfora. Estos sellos suelen mostrar onomásticas, más o menos abreviadas y combinadas, y relativas a personajes de diversa entidad y categoría social. Con cierta frecuencia, aluden también a los centros de producción y, ocasionalmente, a elementos topográficos y toponímicos béticos. No hay acuerdo entre los especialistas sobre el exacto significado de esta epigrafía sellada, aunque siempre su contenido histórico ha de remitir necesariamente al tejido social y productivo de la Bética implicado en la producción y distribución de su aceite, así como a rasgos de la topografía y del ordenamiento territorial de la provincia. Dada la frecuencia excepcional, en este caso,

del empleo de estos registros impresos, el vertedero del Testaccio ofrece una enorme cantidad de información contenida en los sellos sobre Dressel 20, de gran utilidad para el conocimiento detallado de la implicación bética en la producción y el suministro de aceite annonario, siendo además una fuente informativa que multiplica su valor si se la relaciona con los ejemplares salidos del mismo cuño, localizados en los vertederos cerámicos de las propias alfarerías de origen.

El tercer y más destacado conjunto epigráfico presente en el monte Testaccio es el de los *tituli picti* o rótulos pintados. Estos registros se relacionan con la circulación del envase y su contenido en las distintas fases de control por las que debía pasar, desde el llenado del ánfora oleícola, hasta la recepción final del cargamento en los *horrea* romanos, pasando por los controles fiscales y portuarios oportunos, es decir, se trata de una epigrafía de la distribución más que de la producción. Cada *titulus* suele expresar una información concreta que se ubica siempre en una parte determinada del envase, conformando un registro donde hallamos datos sobre el peso neto y bruto del ánfora y su contenido, la *statio* donde ha sido controlada por los *actores fisci*, el nombre de estos, la datación consular de la temporada en la que el aceite circuló, los *mercatores* que participaron en la expedición de la mercancía y, en ocasiones, datos relativos a su recepción y almacenamiento en destino. Dado que buena parte de la información contenida en esta epigrafía pintada está relacionada con la intervención estatal en el control de la circulación olearia y su llegada a Roma, y que este tipo de registros parecen emplearse durante más de dos centurias, los investigadores más vinculados con este yacimiento trabajan para comprender tanto la estructura interna a la que responde la información escrita registrada, como su evolución a lo largo de la etapa imperial, ya que, indefectiblemente, estos registros se han de relacionar con las cambiantes políticas oficiales relativas al abastecimiento annonario de aceite que cada emperador pudo determinar a lo largo de su gobierno (Remesal 1986, 22, 2000a; Aguilera 2000, 1231 y ss.).

Este cúmulo de información epigráfica relacionada siempre con distintos aspectos de un mismo sector económico de *Baetica*, el amplio marco cronológico que los depósitos abarcan, la presencia de dataciones consulares que permiten comprender el orden de las deposiciones de los vertidos anfóricos procedentes de los *horrea* y su contenido epigráfico, las numerosas alusiones a los individuos que participaron en las distintas fases de los mecanismos de abastecimiento aceitero a la ciudad, y la relación de todo ello con la sociedad bética, explica la enorme importancia del Testaccio y su investigación para el conocimiento de algunos aspectos de la economía imperial romana.

El monte Testaccio ha atraído la atención de los investigadores desde el siglo XIX, siendo figura esencial

en su estudio H. Dressel, quien prospectó, excavó y sistematizó la información que obtuvo sobre el monte y sus vestigios. Sus publicaciones en general, y la del volumen xv del *Corpus Inscriptionum Latinarum* en particular, sentaron las bases no solo para el desarrollo de los estudios anfóricos y de su epigrafía, sino también para el de la economía oleícola hispanorromana. Tras un largo paréntesis, el monte fue objeto de la investigación de E. Rodríguez Almeida, desarrollada especialmente entre 1968 y 1979, de cuyos resultados cabe destacar la publicación de sendas monografías (Rodríguez Almeida 1984, 1989). Desde 1989 y hasta la actualidad, el monte Testaccio acoge una misión arqueológica dirigida por los profesores J. M^a. Blázquez y J. Remesal. Las campañas anuales de excavaciones están permitiendo la recopilación, el análisis y la publicación, en las memorias correspondientes recogidas en la *Col·lecció Instrumenta* de la Universidad de Barcelona, de una gran cantidad de información epigráfica, históricamente novedosa, relativa al aceite bético; constituyendo actualmente las intervenciones desarrolladas en el monte el principal suministro de nuevos datos para estos estudios de economía antigua; y esta misión arqueológica, un marco inmejorable para la promoción de la formación de especialistas en la materia (Blázquez 2000; Aguilera 2002, 162 y ss.).

Para garantizar el abastecimiento de este producto bético a Roma se fueron desarrollando, desde posiblemente los tiempos de Augusto, mecanismos que velaron por el mantenimiento de toda una infraestructura organizativa que garantizara la existencia permanente de una verdadera ruta o pasillo circulatorio fluvial-marítimo-fluvial (*Baetis-mare nostrum-Tiberis*), conectando las zonas productoras y la capital imperial. En el funcionamiento de este circuito meticulosamente diseñado intervienen tanto el poder político, a través de la potestad y los recursos humanos y materiales vinculados a la *praefectura annonae*, como el sector privado interesado en el *negotium* y la *mercatura* alimenticia, articulado a través, posiblemente, de los *collegia* del ramo.

Esta dualidad del funcionamiento del circuito oleícola, administrado y con participación privada, contribuye a la explicación, por una parte, de la existencia de un *corpus* epigráfico lapidario, localizado tanto en Roma y sus espacios portuarios, como en las provincias implicadas, que alude a diversos elementos relacionados con la organización y las actividades necesarias para la garantía del abastecimiento; y por otra parte, la presencia de ambas instancias, con fronteras un tanto difusas, ha contribuido también a cierta incompreensión global de esta fragmentaria información epigráfica sobre las estructuras, relativamente complejas, relacionada con el tráfico aceitero.

La participación del sector privado en el comercio del aceite —hasta donde puedan ser correctamente em-

pleados estos conceptos en el estudio de la economía antigua— queda documentada en el llamado registro K de la epigrafía pintada sobre los envases Dressel 20, que proporcionan, al igual que ocurría en las ánforas salazoneras, una creciente nómina de individuos, solos o asociados, que la historiografía actual considera mayoritariamente *mercatores olearii*. Serían estos individuos aquí registrados los representantes más genuinos de la participación de los intereses particulares en este tráfico del aceite. La epigrafía mayor nos presenta, en ocasiones, a los mismos personajes atestiguados en los registros K del Testaccio, ejerciendo no solo como *mercatores*, también como *negotiatores* y *naucularii*. Así por ejemplo el *seuir augustalis* P. Olitius Apollonius, a quien se dedica una estatua en Narbona, donde se designa como *naucularius* (CIL, XII, 4406), se halla también presente en *tituli picti* del monte, que posiblemente remitan a los años centrales del siglo II d.C. (CIL, XV, 3974-3975; Remesal 2000a, 794, n.º 30; sobre esta terminología, véase la síntesis de García Brosa 1999).

Posiblemente, aunque la inscripción no lo indica expresamente, constituyeran un *collegium* los *negotiatores olearii ex Baetica* responsables de la honra a M. Petronius Honoratus, quien ocupó la prefectura de la *annona* entre los años 144 y 147 d.C. (CIL, VI, 1625b; Pavis d'Escurac 1976, 46). El papel de los *collegia* y su relación con las funciones propias del Estado es un asunto sujeto al debate historiográfico. Frente a quienes los consideraron organizaciones eminentemente comerciales, J. -P. Waltzing los trató como una extensión de la administración romana, especialmente de la vinculada a la *annona* y, lógicamente, al abastecimiento oficial (Waltzing 1895-1900). Matizando esta postura, se plantea el ejercicio de un papel auxiliar del Estado para estas corporaciones, llegándose a afirmar que los *collegia*, y otros grupos comerciales, tuvieron una parte en la administración de los puertos romanos, complementando, si no reemplazando, al servicio imperial (Houston 1980, 165-166). Esta perspectiva nos parece particularmente interesante si la relacionamos con el abastecimiento del aceite hispano, sus condiciones y los testimonios epigráficos de carácter corporativo que vinculados al mismo se conocen.

Es, precisamente, la expresión epigráfica —en Roma, en la Bética o en otras provincias— de la gratitud de distintos profesionales del sector, agrupados corporativamente, hacia agentes de la administración imperial que mediante el ejercicio de sus prerrogativas los beneficiaron, o favorecieron su actividad, el fenómeno cultural que nos proporciona, como hemos visto, mayor información sobre esta organización estatal del tráfico oleario bético.

Contamos, tanto en Roma como en provincias, con otros testimonios que aluden a individuos interesados

en la circulación del aceite bético que se denominan *diffusores olearii*. Conocemos a D. Caecilius Abascantus, quien dedica en Roma una inscripción funeraria a su esposa, en la que se presenta como *diffusor olearius* (CIL, VI, 1885), y al lugdunense C. Sentius Regulianus, *diffusor olearius ex Baetica* y *curator* de diversos *collegia* profesionales, entre los que están el de los propios *diffusores* béticos que se muestran aquí, organizados corporativamente, así como el de los *negotiatores uinarii* y el de los *nautae* de Lugdunum (CIL, VI, 29722). Muy posiblemente relacionado con el anterior, conocemos a Cn. Sentius Felix, quien hubo de ejercer una importante influencia en Ostia y que se atestigua como patrono de, entre otros muchos gremios que desempeñan sus tareas en este *portus*, el *corpus oleariorum* (CIL, XIV, 409).

En la Bética, relacionado posiblemente con el municipio de Oducia, se documenta al olisiponense M. Cassius Sempronianus, también expresamente constatado como *diffusor olearius* (CIL, 2, 281; González Fernández 1983). También en esta provincia M. Iulius Hermesianus recibe honores en Astigi de su hijo y de su nieto, y se lo califica en la inscripción como *diffusor olearius* (CIL, II, 1481). Y en otro epígrafe hallado en Hispalis, el *corpus oleariorum* homenajea al mismo individuo como *diffusor olei ad annonam urbis* y *curator* del *corpus oleariorum* de la *statio Romulensis* (HEp, 10, 576; Chic/García Vargas/Romo/Tabales 2001) o bien, como propone una reciente relectura del epígrafe más ajustada a lo que sabemos de la administración portuaria de la procuratura de la *annona*, *curator* del *corpus oleariorum* de las *stationes* de Roma y Puteoli (Remesal 2008, 351).

Así pues, el ejercicio de la *diffusio olearia* se muestra como otra actividad relacionada con la circulación del aceite bético, aunque sobre su exacta función no hay acuerdo, y se han planteado hipótesis diversas y dispares sobre la identidad profesional de quienes la practicaban: comerciantes distribuidores de aceite, intermediarios entre productores y comerciantes, sinónimo de *negotiator*, armadores al servicio de *mercatores* más modestos o incluso, atendiendo a la etimología del término, responsables portuarios del control del trasvase del aceite al envase cerámico (González Fernández 1983; Loyzance 1986, 280-283; Remesal 2000a, 796; Chic/García Vargas/Romo/Tabales 2001, 362 y ss.). En cualquier caso las evidencias epigráficas indican que estos *diffusores* jugaron un papel muy destacado en los engranajes propios del tráfico oleario, y el último testimonio hallado en Hispalis denota su relación con los mecanismos propios de la abastecimiento annonario a Roma y constituye una muestra más del difuso límite entre lo privado y lo estatal en estos asuntos del mercadeo aceitero.

Otros *collegia*, muy interesados en el transporte fluvial por el *Baetis* y beneficiados por la circulación del

aceite a través del río, testimonian también epigráficamente su agradecimiento a un poder estatal cuyas medidas, destinadas fundamentalmente a la garantía del abastecimiento annonario, los alcanzaba. Es el caso de los *scaphari qui Romulae negotiantur* (CIL, II, 1168), que homenajean en el año 146 al emperador Antonino Pío y, según otro documento, también a Marco Aurelio (CIL, II, 1169). Pero el testimonio más jugoso que hasta la fecha nos ofrecen los *scaphari* del Guadalquivir se le dedicó a *Sextus Iulius Possessor* (CIL, II, 1180), personaje con un destacado *cursus honorum*, y sobre quien, en lo que al tráfico oleario respecta, la inscripción nos dice que ejerció como *adiutor* del *praefectus annonae, ad oleum Afrum et Hispanum recensendum item solamina transferenda item uecturas nauiculariis exsoluendas procuratori Auggustorum ad ripam Baetis*. Así pues, *Iulius Possessor*, como proveedor de servicios de la *annona*, tuvo responsabilidades relacionadas con el control contable del aceite africano e hispano, con su transporte, con los pagos que habían de recibir por sus servicios los *nauicularii*, y ejerció una procuratela dedicada al mantenimiento de las condiciones fluviales del *Baetis* (Remesal 1991).

El aceite consumido en la ciudad de Roma fue, principalmente y durante siglos, de origen bético, particularmente desde que con la creación del *limes danubiano*, éste constituyera el nuevo destino de la producción oleícola itálica (Sáez, 1987, 220; Chic 1983, 166-167). «¡Que tu aceite no ceda ante las prensas tartésicas!», deseaba Marcial a Fusco (Mart. 7, 28), ejemplificando el arrollador predominio de la presencia del mismo en Roma. Tanto el tráfico del *oleum Baeticum*, como las intervenciones oficiales, que se concretaron geográficamente desde la región productora hasta su destino final y tenían por objeto prioritario garantizar el abastecimiento, generaron, como hemos visto, una importante cantidad de información epigráfica, plasmada sobre ánforas en grafitos, sellos y rótulos pintados, y sobre soportes pétreos de contenido fúnebre u honorífico. Todo ello informa al historiador de numerosos y variados aspectos que conciernen a la producción, a la distribución, la presencia y el consumo de aceite hispano en Roma, y ofrece al estudioso un ámbito paradigmático de reflexión sobre la economía antigua.

Pero pocas provincias tienen el privilegio de constituir al mismo tiempo el más importante ámbito de producción de alimentos que tuvieron un papel singular en la historia imperial, bien en el comercio venal, bien en el administrado, como ocurre con la *Baetica*, que durante siglos suministró a Roma, a la vez, del aceite del valle del Guadalquivir y de las más variadas salsas y salazones de pescado de sus costas atlánticas y mediterráneas.

Bibliografía

- AGUILERA, A. 2002: *El monte Testaccio y la llanura subaventina. Topografía extra Portam Trigeminam*, Roma.
- 2000: «Los *tituli picti* δ del convento Astigitano en el primer tercio del siglo III d.C.», en: *Actas del Congreso Internacional Ex Baetica Amphorae. Conservas, aceite y vino de la Bética en el Imperio romano. IV*, Sevilla, 1231-1240.
- BONSOR, G. 1931: *The archaeological expedition along the Guadalquivir (1889-1901)*, Nueva York.
- BELTRÁN LLORIS, M. 1970: *Las ánforas romanas en España*, Zaragoza.
- BLÁZQUEZ, J. M^a. 2001: «Usos religiosos del aceite en el Próximo Oriente en la Antigüedad Tardía y sus precedentes», en: BLÁZQUEZ, J. M^a.; REMESAL, J. (eds.): *Estudios sobre el monte Testaccio (Roma) II*, Barcelona, 453-473.
- 2000: «Las excavaciones españolas en el monte Testaccio», en: *Actas del Congreso Internacional Ex Baetica Amphorae. Conservas, aceite y vino de la Bética en el Imperio romano. I*, Sevilla, 29-56.
- CAMPOS, J. M.; PÉREZ MACÍAS, J. A.; VIDAL, N. 2004: «Alfares y producciones cerámicas en la provincia de Huelva. Balance y perspectivas», en: BERNAL, D.; LAGÓSTENA, L. (eds.): *Figlinae Baeticae. Talleres alfareros y producciones cerámicas en la Bética romana (ss. II a.C.-VII d.C.)*, Oxford, 125-160.
- CARRETERO, P. 2004: *Las ánforas tipo «Tiñosa» y la explotación agrícola de la campiña gaditana entre los siglos V y III a.C.* [tesis doctoral inédita], Madrid.
- CARRILERO, M.; GARRIDO, O.; NIETO, B.; RADIAL, B. 1995: «La villa romana de Las Viñas (Cuevas del Becerro, Málaga) y el poblamiento rural romano en la depresión de Ronda», *Florentia Iliberritana*, 6, 89-118.
- CHIC, G.; GARCÍA VARGAS, E. 2004: «Alfares y producciones cerámicas en la provincia de Sevilla. Balance y perspectivas», en: BERNAL, D.; LAGÓSTENA, L. (eds.): *Figlinae Baeticae. Talleres alfareros y producciones cerámicas en la Bética romana (ss. II a.C.-VII d.C.)*, Oxford, 279-347.
- 1983: «El estado y el comercio aceitero durante el Alto Imperio», en: BLÁZQUEZ, J. M^a. (coord.): *Producción y comercio del aceite en la Antigüedad. Segundo Congreso Internacional*, Madrid, 163-182.
- CHIC, G.; GARCÍA VARGAS, E.; ROMO, A.; TABALES, M. A. 2001: «Una nueva inscripción annonaria de Sevilla: *M. Iulius Hermesianus, Diffusor olei ad annonam urbis*», *Habis*, 32, 353-374.
- CORCORANT, T. H. 1958: «Pliny's garum castimonia-rum», *ClB*, 34, 69.
- CURTIS, R. I. 1991: *Garum and Salsamenta. Production and commerce in Materia Medica*, Leiden.

- DE SAINT DENIS, E. 1947: *Le vocabulaire des animaux marins en latin classique*, París.
- EDMONSON, J. C. 1987: *Two industries in roman lusitanian: mining and garum production*, Oxford.
- ÉTIENNE, R.; MAYET, F. 2002: *Trois clés pour l'économie de l'Hispanie romaine. Salaisons et sauces de poison hispaniques*, París.
- 1998a: «Le garum a Pompéi. Production et commerce», *REA*, 100, 199-215.
 - 1998b: «Les mercatores de saumure hispanique», *MEFRA*, 110, 1, 147-165.
- FERNÁNDEZ GARCÍA, M. I. 2004a: «Alfares y producciones cerámicas en la provincia de Granada. Balance y perspectivas», en: BERNAL, D.; LAGÓSTENA, L. (eds.): *Figlinae Baeticae. Talleres alfareros y producciones cerámicas en la Bética romana (ss. II a.C.-VII d.C.)*, Oxford, 195-238.
- 2004b: «Alfares y producciones cerámicas en la provincia de Almería. Balance y perspectivas», en: BERNAL, D.; LAGÓSTENA, L. (eds.): *Figlinae Baeticae. Talleres alfareros y producciones cerámicas en la Bética romana (ss. II a.C.-VII d.C.)*, Oxford, 273-278.
- FERNÁNDEZ NIETO, F. J. 2002: «Hemeroskopeion = Thynnoskopeion. El final de un problema histórico mal enfocado», *Mainake*, 24, 231-255.
- GABBA, E. 1980: «Riflessioni antiche e moderne sulla attività commerciali a Roma nei secoli II e I a.C.», en: D'ARMS, J. H.; KOPFF, E. C. (eds.): *The Seaborne Commerce of the Ancient Rome: Studies in Archaeology and History*, Roma, 91-102.
- GARCÍA BROSÁ, G. 1999: «Mercatores y negotiatores: ¿simples comerciantes?», *Pyrenae*, 30, 173-190.
- GARNSEY, P. 1999: *Food and Society in Classical Antiquity*, Cambridge.
- GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, J. 1983: «Nueva inscripción de un *diffusor olearius* en la Bética», en: BLÁZQUEZ, J. M^a. (coord.): *Producción y comercio del aceite en la Antigüedad. Segundo Congreso Internacional*, Madrid, 183-191.
- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, R. 1987: «Excavaciones de urgencia en el Cerro Naranja (Jerez de la Frontera, Cádiz), 1985», *AAA'85*, 3, 90-96. Sevilla.
- GONZÁLEZ ROMÁN, C. 1999: «El trabajo en la agricultura de la Hispania Romana», en: RODRÍGUEZ NEILA, J. F.; GONZÁLEZ ROMÁN, C.; MANGAS, J.; OREJAS, A.: *El trabajo en la Hispania romana*, Madrid, 119-206.
- GONZÁLEZ-WAGNER, C. 1999: «Los bárquidas y la conquista de la península ibérica», *Gerión*, 17, 263-294.
- HESNARD, A. 1980: «Un dépôt augustéen d'amphores à La Longarina, Ostie», en: D'ARMS, J. H.; KOPFF, E. C. (eds.): *The Seaborne Commerce of the Ancient Rome: Studies in Archaeology and History*, Roma, 141-156.
- HOUSTON, G. W. 1980: «The administration of Italian seaports during the first three centuries of the roman empire», en: D'ARMS, J. H.; KOPFF, E. C. (eds.): *The Seaborne Commerce of the Ancient Rome: Studies in Archaeology and History*, Roma, 157-171.
- IBORRA, M^a. P.; GRAU, E.; PÉREZ JORDÁ, G. 2003: «Recursos agrícolas y ganaderos en el ámbito fenicio occidental: estado de la cuestión», en: GÓMEZ BELLARD, C. (ed.): *Ecohistoria del paisaje agrario. La agricultura fenicio-púnica en el Mediterráneo*, Valencia, 33-55.
- LAGÓSTENA, L. 2007: «Sobre la elaboración del *garum* y otros productos piscícolas en las costas béticas», *Mainake*, 29, 273-289.
- 2005: «Aportación al conocimiento de la sociedad de la costa de la *Ulterior* en época republicana y julio-claudia. El registro δ en los *tituli picti* de las ánforas salsarias de Castra Praetoria», *Lucentum*, 21-22, 227-236.
 - 2004: «Las ánforas salsarias de *Baetica*. Consideraciones sobre sus elementos epigráficos», en: REMESAL, J. (ed.): *Epigrafía anfórica*. Barcelona, 197-220.
 - 2001: *La producción de salsas y conservas de pescado en la Hispania romana (II a.C.-VI d.C.)*, Barcelona.
- LAGÓSTENA, L.; BERNAL, D. 2004: «Alfares y producciones cerámicas en la provincia de Cádiz. Balance y perspectivas», en: BERNAL, D.; LAGÓSTENA, L. (eds.): *Figlinae Baeticae. Talleres alfareros y producciones cerámicas en la Bética romana (ss. II a.C.-VII d.C.)*, Oxford, 39-124.
- LAGÓSTENA, L.; MATA, E. 2007: «Oleicultura romana en la cuenca del Guadalete. La almazara de Fuente Grande, Alcalá del Valle», en: *Actas del I Congreso de Cultura del Olivo*, Jaén, 157-176.
- LARA, J. M. 1997: «Testimonios sobre los centros de producción cerámica de época romana y Antigüedad Tardía en la provincia de Córdoba», *Antiquitas*, 8, 83-96.
- LOMAS SALMONTE, F. J. 1991: «Cádiz en la Antigüedad», en: LOMAS SALMONTE, F. J.; SÁNCHEZ SAUS, R.: *Historia de Cádiz. Entre la leyenda y el olvido. Épocas Antigua y Media*, Cádiz, 13-164.
- LÓPEZ CASTRO, J. L. 2003: «Baria y la agricultura fenicia en el Extremo Occidente», en: GÓMEZ BELLARD, C. (ed.): *Ecohistoria del paisaje agrario. La agricultura fenicio-púnica en el Mediterráneo*, Valencia, 93-110.
- 1995: *Hispania Poena. Los fenicios en la Hispania romana*, Barcelona 1995.
- LOYZANCE, M. F. 1986: «A propos de Marcus Cassius Sempronianus olisiponensis, *diffusor olearius*», *REA*, 88, 1-4, 273-284.
- MARÍN, A. 1988: *Emigración, colonización y municipalización en la Hispania republicana*, Granada.
- MUÑOZ VICENTE, A.; FRUTOS, G. DE; BERRIATUA, N. 1987: «Contribución a los orígenes y difusión comercial de la industria pesquera y conservera ga-

- ditana a través de las recientes aportaciones de las factorías de salazones de la Bahía de Cádiz», en: *Actas del I Congreso Internacional El Estrecho de Gibraltar*, Ceuta, 487-508.
- PAVIS D'ESCURAC, H. 1976: *La prefectura de l'annone. Service administratif imperial d'Auguste à Constantin*, Roma.
- PONSICH, M. 1979: *Implantation rurale antique sur le Bas-Guadalquivir II*, Madrid.
- 1974: *Implantation rurale antique sur le Bas-Guadalquivir I*, Madrid.
- PONSICH, M.; TARRADELL, M. 1965: *Garum et industries antiques de salaison dans le Méditerranée Occidentale*, París.
- RAMÍREZ SÁDABA, J. L. 1984, «Metodología para cuantificar la rentabilidad del olivo en Roma», en: BLÁZQUEZ, J. M^a. (coord.): *Producción y comercio del aceite en la Antigüedad. Segundo Congreso Internacional*, Madrid, 465-481.
- 1980: «La rentabilidad del olivo en el mundo romano», en: BLÁZQUEZ, J. M^a. (coord.): *Producción y comercio del aceite en la Antigüedad. Primer Congreso Internacional*, Madrid, 283-299.
- REMESAL, J. 2008: «Olearii», en: *Epigrafía 2006. Atti della XIVe Rencontre sur L'épigraphie in onore di Silvio Panciera*, Roma, 349-373.
- 2004: «Alfares y producciones cerámicas en la provincia de Córdoba. Balance y perspectivas», en: BERNAL, D.; LAGÓSTENA, L. (eds.): *Figlinae Baeticae. Talleres alfareros y producciones cerámicas en la Bética romana (ss. II a.C.-VII d.C.)*, Oxford, 349-361.
- 2002: «Baetica and Germania. Notes on the concept of provincial interdependence in the Roman Empire», en: ERDKAMP, P. (ed.): *The Roman Army and the Economy*, Amsterdam, 293-308.
- 2000a: «*L. Marius Phoebus mercator olei Hispani ex Provincia Baetica*. Consideraciones en torno a los términos *mercator*, *negotiator* y *diffusor olearius ex Baetica*», en: PACI, G. (ed.): *Epigraphai. Miscellanea epigrafica in onore de Lidio Gasperini*, Roma, 637-652.
- 2000b: «*Oleum Baeticum*. Consideraciones y propuestas para su estudio», en: *Actas del Congreso Internacional Ex Baetica Amphorae. Conservas, aceite y vino de la Bética en el Imperio Romano. I*, Sevilla, 373-392.
- 1986: *La annona militaris y la exportación de aceite bético a Germania*, Madrid.
- 1991: «*Sextus Iulius Possessor* en la Bética», en: *Homenaje al Dr. Michel Ponsich*, Madrid, 281-295.
- REMESAL, J.; ROVIRA, R.; GARCÍA BROSA, G.; OZCÁRIZ, P. 2003: «Los grafitos del siglo II (Campañas de 1993 y 1994)», en: BLÁZQUEZ, J. M^a; REMESAL, J. (eds.): *Estudios sobre el monte Testaccio (Roma) III*, Barcelona, 263-397.
- RICCI, C. 1992: «Hispania a Roma», *Gerión*, 10, 103-143.
- RODRÍGUEZ ALMEIDA, E. 1989: *Los tituli picti de las ánforas olearias de Baetica I*, Madrid.
- 1984: *Il Monte Testaccio. Ambiente, storia, materiali*, Roma.
- RODRÍGUEZ-ARIZA, M. O.; MONTES, E. 2007: «Origen y domesticación del olivo en Andalucía (España) a partir de los hallazgos arqueológicos de *Olea Europea L.*», en: *Actas del I Congreso de Cultura del Olivo*, Jaén, 221-243.
- ROMERO PÉREZ, M. 1997-1998: «Algunas reflexiones sobre la producción de aceite en las *villae* de la comarca de Antequera», *Mainake*, 19-20, 115-142.
- RUIZ GIL, J. A. 1991: «Cronología de las factorías de salazones púnicas de Cádiz», en: *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici. III*, Roma, 1211-1241.
- SÁEZ, P. 1987: *Agricultura romana de la Bética I*, Sevilla.
- SERRANO RAMOS, E. 2004: «Alfares y producciones cerámicas en la provincia de Málaga. Balance y perspectivas», en: BERNAL, D.; LAGÓSTENA, L. (eds.): *Figlinae Baeticae. Talleres alfareros y producciones cerámicas en la Bética romana (ss. II a.C.-VII d.C.)*, Oxford, 161-194.
- SIRKS, B. 1991: *Food for Rome: the Legal Structure of the Transportation and Processing of Supplies for the Imperial Distributions in Rome and Constantinople*, Ámsterdam.
- TANTILLO, I. 2000: «Gli uomini, le risorse», en: GIARDINA, A. (coord.): *Storia di Roma dall'Antichità a oggi. Roma Antica*, Bari, 85-111.
- WALTZING, J. -P. 1895-1900: *Étude historique sur les corporations professionnelles chez les Romains : depuis les origines jusqu'à la chute de l'Empire d'Occident*, Lovaina.
- ZEVI, F. 1966: «Appunti sulle anfore romane. La tavola tipologica del Dressel», *ArchClass*, 18, 208-247.

LA IMPORTACIÓN DE *MARMOR* EN HISPANIA Y LAS PIEDRAS LOCALES. APORTACIONES AL CASO DE *TARRACO* Y SU TERRITORIO EN ÉPOCA ALTOIMPERIAL

Pedro Otiña Hermoso
Arxiu Municipal de Cambrils

Resumen

La importación de mármol en Hispania durante la época romana es uno de los fenómenos más extraordinarios para conocer la evolución social de una ciudad y sus elites. Asimismo, constituye un importante complemento a los estudios de comercio. Con el presente trabajo pretendemos ofrecer una visión general de la importación de mármol en la ciudad de *Tarraco*, así como del uso de las piedras locales. Algunas de estas piedras (Santa Tecla) gozaron de gran prestigio en la Antigüedad, siendo utilizadas en un ámbito regional que abarca toda la actual Cataluña y buena parte del levante peninsular.

Palabras clave

Mármol, *marmor*, Hispania, *Tarraco*, Santa Tecla, comercio.

Abstract

The marble import in *Hispania* in the Roman period is one of the most extraordinary events to learn about the social evolution of one city and its elites. Likewise, it is a very important tool that complements the studies about trade. This article tries to show a general view of the marble import in the city of *Tarraco*, and of the use of the local stones. Some of these local stones so-called «Santa Tecla», had a great prestige in ancient times, being used in a regional ambit that includes all current Catalonia and a big part of the peninsular Levant.

Keywords

Marble, *marmor*, *Hispania*, *Tarraco*, Santa Tecla, Ancient Trade.

La utilización de piedras susceptibles de ser pulidas con el fin de obtener una superficie regular y brillante, *marmor*, fue introducida de una manera esporádica en Roma en el periodo republicano. Durante ese periodo, fue escasa la utilización del mármol y, puntualmente, se importaron esculturas de mármol pentélico (Pensabene 2002). Las grandes construcciones arquitectónicas realizadas por la sociedad tradicionalista de la República romana se realizaban casi siempre en tufo, *peperino* y *sperone*. Estas piedras, abundantes en los alrededores de Roma, se caracterizan por presentar una excelente calidad para el uso edilicio aunque, desde un punto de vista estético, son poco vistosas. De esta manera, esta arquitectura funcional marca una clara contraposición con la arquitectura en la Grecia del momento, caracterizada por la utilización de unos tipos de piedra de una gran belleza, vistosidad e igualmente resistentes.

No será hasta el periodo tardorrepublicano y como consecuencia de la expansión político-económica romana por la cuenca mediterránea —especialmente, la oriental—, cuando de una manera progresiva se irá introduciendo la utilización del mármol en Roma. Este fenómeno responde a una serie de acontecimientos que, en gran medida, también tienen que ver con la expansión militar: la destrucción de Cartago en el 146 a.C., la conquista de Grecia por parte de los generales Metelo Macedónico y L. Nummio, la cesión a Roma del reino de Pérgamo en el 133 a.C. y la conquista de Egipto en el 31 a.C., son algunos de los acontecimientos que provocan el inicio de la importación de mármol hacia Roma. Estas primeras importaciones hacia la Ciudad Eterna responden a encargos privados de mármol pentélico, insular y “africano”, que tienen como objeto decorar complejos residenciales de altos cargos de la jerarquía militar y administrativa de la ciudad (Ortolani 1989; Pensabene 1989). Así pues, la llegada de *marmor* a Roma se debe vincular a la necesidad de prestigio de las élites sociales. Buen ejemplo del primitivo uso privado del mármol nos lo ofrecen los textos de Plinio, en los que se menciona a importantes personajes de la sociedad romana del siglo I a.C. que ya utilizan mármoles importados decorando sus estancias o admirando su suntuosidad y belleza (Plin. HN. 36, 4, 5, 7).

El inicio de la extracción masiva de mármol coincide con el ambicioso proyecto de monumentalización que inicia Augusto en Roma. A partir de este momento y sobre todo durante el reinado de Tiberio, se establece un efectivo monopolio imperial de la extracción, distribución y utilización del mármol. Se establecerá un sistema fuertemente centralizado bajo el control de un alto funcionario, el *procurator marmorum*. De este alto funcionario dependía una serie de *procuratores* de las canteras, como, por ejemplo, el caso de C. *Cerialis*, *procurator* de los mármoles de Eubea en Roma, y de Sergio Longo, interpretado como el administra-

dor de las canteras de “cipollino” en Karistos (Pensabene 1989, 1996). Evidentemente no faltaban otros *procuratores* de menor graduación que aseguraban la producción, transporte, fiscalización y distribución en función de las necesidades del emperador o de las emergentes ciudades, y de la dinámica comercial que se establece con los «minoristas» como consecuencia de la intensa explotación de las canteras.

Entre el reinado de Augusto y la dinastía Flavia, la producción de mármol era absorbida por la ciudad de Roma y por los diferentes proyectos urbanísticos y edificios llevados a cabo en otras ciudades del Imperio, como pueden ser Cherchel, Arles, Nîmes y Tarragona. Durante este periodo, las canteras más importantes fueron incorporadas a la propiedad imperial y se marcaron precios de venta oficiales, a los que se debía sumar los gastos del transporte (Mayer/Rodà 1991). Será a partir de época augustea cuando se inicie el proceso de máxima extracción, distribución y empleo del mármol blanco, especialmente, el procedente de las canteras de Luni-Carrara, llegando a dominar una buena cantidad del mercado occidental, estando de esta manera a pleno rendimiento desde que se inició su actividad extractiva en época cesariana. Pero el empleo del mármol blanco de Luni-Carrara, como ya se ha indicado, no queda reducido a la capital, sino que también es igualmente destinado a los grandes proyectos edilicios que proliferan en las principales ciudades del Imperio, como, por ejemplo, el recinto monumental situado en la parte alta de la ciudad de Tarragona (Pensabene 1993; Macías *et al.* 2007). Esta situación hegemónica del mármol lunense con respecto al resto de los mármoles blancos se vio compartida con el auge de la explotación y comercio de los de la zona oriental. En la parte occidental del Imperio se utilizarán grandes cantidades de mármol, así como se potenciará el uso de las piedras locales. A partir del siglo III cuando se documenta un importante descenso de bloques con inscripciones procedentes de las canteras imperiales. Este hecho ha llevado a pensar en un cambio radical en el sistema de distribución y administración del mármol, que se sometería ahora a las leyes de mercado. Durante el siglo III, la cantidad de mármol estacionado en la *statio marmorum* era la justa para cubrir las necesidades de la ciudad de Roma (Pensabene 1989 y 1996).

El proceso de orientalización al que se ve sometido el Imperio tras la fundación de Constantinopla provoca que en el siglo IV se viva un trascendental giro comercial. Los productos manufacturados, incluyendo las piedras nobles, llegan a viajar directamente a los centros de recepción, sin pasar necesariamente por el control establecido en Roma. De esta manera encontramos unas nuevas redes de distribución de una gran parte de la producción marmórea, especialmente la de origen oriental (Proconeso) que entre finales del siglo IV y el siglo VI estuvo destinada a grandes obras

edilicias que se realizaron en la parte oriental del Imperio, como pueden ser las basílicas cristianas de ese momento. En contraposición al periodo altoimperial, el mármol lunense se utilizará de una manera más local y regional, exportándose en raras ocasiones (Pensabene 1989, 1996). Como se ha dicho, el occidente romano pasará ahora a depender en estos siglos (IV - VI d.C.) en buena medida de la reutilización de viejos materiales constructivos y de las piedras locales, siendo más reducido el volumen de mármol que se importa.

El comercio del mármol en Hispania

La documentación de mármoles de origen extrapeninsular en los yacimientos peninsulares va siendo más abundante. Este hecho, sin duda, responde en gran medida a la necesidad de identificar estos materiales como elemento complementario a los estudios de dinámica comercial globales, cada vez más frecuentes, y a la necesidad de conocer el volumen de material lapídeo importado, contrastando de esta manera los datos con las producciones locales. Un rápido repaso a los principales núcleos romanos de la península Ibérica, nos permite ver que en las zonas costeras o próximas a importantes cauces fluviales localizamos los ejemplares importados de material lapídeo más antiguos conocidos hasta la fecha, así como las mayores concentraciones de material con su consecuente diversidad geográfica. En este sentido, buenos ejemplos son las ciudades de Sagunto, Cartagena, *Tarraco* —a la que, posteriormente, dedicaremos un apartado exclusivo—, y la colonia *Victrix Iulia Lepidal Celsa*.

Los datos conocidos para Cartagena nos indican, por ejemplo, que ya en un momento avanzado de la segunda mitad del siglo I a.C., en época protoaugustea, se documentan las primeras importaciones de *marmor* en la *domus* de la calle Soledad, bajo la *porticus post scaenam* del teatro (Soler 2003). La excavación de esta *domus* permitió identificar fragmentos y piezas pertenecientes a producciones de Carrara junto con piedras tan significativas como el «giallo antico», «pavonazzetto», «africano», cipollino» y posiblemente «portasanta». En época augustea y coincidiendo con la construcción del teatro, se constatan nuevamente los *marmora* anteriormente citados, junto con la presencia de elementos escultóricos y arquitectónicos en mármol de Carrara. A partir de la primera mitad del siglo I d.C. es cuando se ha documentado un importante aumento de las importaciones y, por extensión, del empleo de material lapídeo: nuevamente se utilizan piedras como «portasanta», «africano», «giallo antico» o «bardiglio» de Carrara, tanto en construcciones privadas —la *domus* de la calle Duque y Molinete—, como en públicas. En la segunda mitad del siglo I d.C. se detecta un aumento de las importaciones, así como un

crecimiento notable de la utilización de piedras locales y regionales. En este caso es extremadamente significativa la *domus* de la calle Saura, con cronología de época flavia. En ella se han documentado las piedras ya anteriormente comentadas —conocidas desde el cambio de era en Cartagena—, junto con la introducción de nuevas piedras como, por ejemplo, la brecha coralina, la brecha dorada, el «greco scritto» o el «rosso antico». Entre las piedras locales debemos destacar la piedra de Buixarró y la de Santa Tecla, de origen tarraconense (Soler 2005; Álvarez *et al.* 2009a).

Una segunda ciudad significativa para ilustrar la importación de materiales lapídeos es Sagunto. En el estudio realizado por M. Mayer e I. Rodà (Mayer/Rodà 1991) podemos observar que para las construcciones públicas se utilizan mármoles o piedras locales, como la piedra de Buixarró, procedente de la zona de Játiva, para la zona del foro. De esta zona, las importaciones más notables son una columna de «cipollino» de Karistos, piezas escultóricas en mármol de Luni-Carrara y una cabeza colosal que representa a Tiberio o a Calígula, confeccionada en mármol de Paros (Rodà 1990). De otras zonas del foro conocemos placas de revestimiento procedentes de la basílica, en mármol de Carrara, «pavonazzetto» y, posiblemente, alabastro egipcio. Por lo que se refiere al ámbito privado, la representación de material lapídeo importado es mucho mayor: se conocen mosaicos con láminas de pórfido rojo egipcio, «pavonazzetto», «giallo antico», «serpentino», «portasanta» y rosso «antico.»

En la colonia *Victrix Iulia Lepidal Celsa*, fundada el año 44 a.C. por Marco Emilio Lépido, el estudio realizado por M. Cisneros sobre un conjunto de algo más de trescientas piezas lapídeas procedentes de placas de revestimientos, pavimentos y, en menor medida, de capiteles, árnulas o fragmentos escultóricos, revela que más del 30% de las muestras se identifican con mármol de Carrara. También, aunque menos, se documentan el «giallo antico», el «rosso antico», el «portasanta», el «africano» y, desde luego, el proconesio, la brecha de Alepo, el «alabastro fiorito», el «cipollino mandolato» y el «cipollino». En conjunto, los materiales estudiados hasta la fecha en *Celsa* nos ofrecen un arco cronológico que oscila entre el reinado de Augusto y el reinado de Nerón (Cisneros 2000), momento en que, además, la *colonia* parece entrar en declive.

La importación de *marmor* en *Tarraco* y el *ager Tarraconensis*

Desde los primeros momentos de la llegada de las tropas militares a la región que posteriormente ocupará la ciudad de *Tarraco* y su territorio, se constata la utilización de la piedra conocida como del tipo Mèdol en sus construcciones (Gutiérrez 2009) (fig. 3) y

también el uso de las calizas del propio suelo. En este sentido, la muralla que defendía el campamento militar, ubicado en la actual parte alta de la ciudad, es el mejor ejemplo de su explotación y utilización. A partir de la época republicana, la piedra del Mèdol gozó de un gran prestigio a pesar de su tosco aspecto, mejorado por el revestimiento en estuco. Ha sido utilizada en un sinnúmero de edificios tanto de carácter público como privado, a lo largo de dos milenios, en la ciudad de Tarragona y fuera de ella. Al margen de su empleo edilicio, podemos destacar su utilización en la confección de esculturas, sarcófagos y elementos arquitectónicos. Un buen ejemplo de ello son los capiteles: diversos estudios realizados (Recasens 1979, 1985; Domingo 2004) ponen de manifiesto que la mayoría de los capiteles fechados entre época republicana y el periodo julio-claudio están fabricados en piedras locales del tipo Mèdol u otras variantes de lumaquelas (Domingo 2004). A pesar de ello, las importaciones de mármol ya se evidencian en el periodo protoaugusteo o augusteo, tal y como lo demuestra el hallazgo de una vasija, realizada en mármol del Proconeso y conservada parcialmente (Koppel/Rodà 1996) que, posiblemente, formaba parte del grupo decorativo del teatro o edificios adyacentes.

La importación de mármol de una manera masiva en la ciudad de *Tarraco* se documenta, en función de los datos de que disponemos actualmente, a partir de finales de los Julio-Claudios y la época flavia, coincidiendo con la gran construcción del recinto monumental de la parte alta de la ciudad. En este sentido, con anterioridad a esta fecha, los documentos conocidos son escasos. Entre los capiteles corintios, recientemente estudiados por J. A. Domingo, encontramos un único ejemplar fechado en momentos iniciales de la dinastía Julio-Claudia (Domingo 2004), mientras que M. Recasens, en su estudio global de los capiteles conservados en el Museu Nacional Arqueològic de Tarragona, indica la presencia de, al menos, tres capiteles de mármol lunense fechados durante la primera mitad del siglo I d.C. (Recasens 1979, 1985). Pero como decíamos, coincidiendo con la construcción del gran recinto foral tarraconense, se documentan las primeras importaciones de mármol en cantidades realmente importantes como para que podamos considerar una potentísima dinámica comercial de *marmor* hacia *Tarraco*, consistente, especialmente, en material de origen itálico de las canteras de Luni-Carrara manufacturado *in situ*. El estudio realizado por P. Pensabene sobre piezas procedentes del recinto foral es bastante significativo: el análisis de capiteles, frisos, arquitrabes y otros elementos arquitectónicos constructivos o decorativos permitieron comprobar que la mayoría de estas piezas proceden de Luni-Carrara, documentando únicamente un par de capiteles de origen proconeso (Pensabene 1993).

En el sector urbano de las calles Castaños, Dr. Zamenhoff y Sant Miquel se han realizado, en los últimos años, una serie de intervenciones arqueológicas que han permitido documentar dos conjuntos termales. Estas calles se localizan en la zona baja de la actual ciudad, próximas al mar y al teatro romano. Se trata de una área urbana que se caracteriza por un relieve abrupto del terreno ya que existe un importante desnivel entre la calle Dr. Zamenhoff, situada en una plano alto, con respecto de Sant Miquel y Castaños, existiendo aproximadamente unos once metros de desnivel. El año 1995 se realizó una intervención arqueológica en la calle Dr. Zamenhoff n.º 2 a través de la cual se pudo documentar un conjunto termal que ocupaba la mitad superior de la elevación a la que hacíamos referencia anteriormente. El acceso a estas termas se realizaba por la parte alta de la elevación, que coincide con la ya citada calle Zamenhoff. Desafortunadamente, las limitaciones físicas de la intervención, condicionadas por los límites del solar, no permiten determinar si se trata de unas termas públicas o privadas. Fueron fechadas en segunda mitad del siglo I d.C. En la parte baja de la elevación, correspondientes hoy día con las calles Sant Miquel y Castaños, se localizó, en torno al año 1999, un nuevo conjunto termal de grandes proporciones (Macias 2004). En función de la excavación y, por tanto, de las evidencias estratigráficas se concluyó que la construcción del edificio termal localizado en la parte baja de esta elevación se realizó hacia finales del siglo II o hacia la primera mitad de la centuria siguiente. No se conocen apenas datos de las reformas que sufrió el edificio y por lo que respecta a su abandono definitivo, se fecha en torno a la primera mitad del siglo V (Macias 2004). El material lapídeo localizado en este edificio podemos dividirlo en dos conjuntos: por un lado, un primer conjunto localizado a los pies del promontorio, sin relación alguna con las construcciones anteriores al conjunto termal y que ha sido interpretado como procedente de las termas localizadas en la parte alta del promontorio. El segundo conjunto de material lapídeo procede ya de este importante edificio y se asocia a la construcción y reformas del mismo (Macias 2004).

Del primer conjunto disponemos de una gran cantidad de material lapídeo que, en la mayoría de los casos, parecen responder a placas de revestimiento. Predominan, en conjunto, las piedras locales y, en especial, la de Santa Tecla. Entre el material importado destacamos la presencia de placas de Luni-Carrara. En menor medida, se documentan fragmentos y placas de «africano», «giallo antico», «greco scritto», «pavonazeto» y, de una manera testimonial, se identificaron «portasanta», «cipollino» o «bassanita» verde. En conjunto, estos materiales nos hablan de un importante revestimiento en el conjunto termal que nos hace suponer una naturaleza pública de uso para el edificio de la calle Zamenhoff. Por otro lado, comprobamos que

el mármol importado mayoritario es el de Luni-Carrara, lo que encaja perfectamente con lo anteriormente expuesto para la zona del recinto foral provincial. Si atendemos a la cronología propuesta para estas termas, tercer cuarto del siglo I d.C., nos encontramos con que en *Tarraco*, en esos momentos, se está iniciando la construcción de ese gran recinto foral en el que se utilizan ingentes cantidades de mármol lunense.

El segundo conjunto de material lapídeo documentado en estas intervenciones arqueológicas procede de los niveles constructivos y de reforma del conjunto termal público localizado entre las calles Castaños y Sant Miquel. Para la fase constructiva constatamos que el material lapídeo es escaso y destaca la completa ausencia de mármol de Carrara. Los escasos restos conocidos nos muestran un predominio, nuevamente, de las piedras locales. Las importaciones quedan reducidas a

«pavonazzetto», «africano», «cipollino» y «portasanta». Por el contrario, el registro documentado en los niveles de reforma del edificio nos indica, en referencia al material importado, que predomina el «greco scritto», el mármol blanco indeterminado, el «cipollino» y el «pavonazzetto». En menor medida se documentan el «giallo antico», la «breccia corallina», el «bardiglio» de Carrara, el «portasanta» o el «verde antico». Las piedras locales igualmente se documentan, si bien en porcentajes inferiores al conjunto anterior. Cabe también mencionar la importación de sarcófagos áticos manufacturados como el de Hipólito (fig. 2) (Claveria 2001).

Del *ager Tarraconensis* podemos destacar una importante cantidad de villas, la mayoría de ellas pendientes de estudios monográficos, que nos han aportado material de mármol como para iniciar una primera aproximación (fig. 1). En este sentido, la suntuosa y



Fig. 1. Mapa con los principales yacimientos citados en el texto.

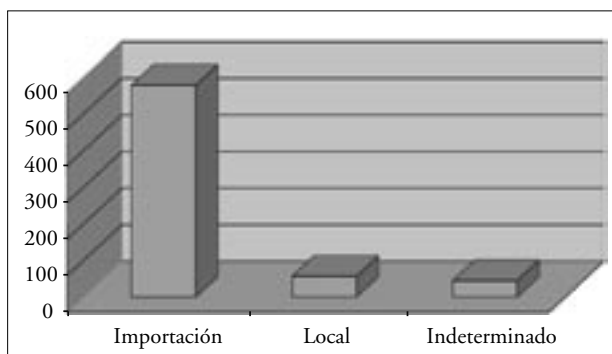


Fig. 2. Sarcófago de Hipólito (foto: Pedro Otiña).

lujosa villa de Els Munts (Altafulla) es nuestro mejor ejemplo. Construida en torno a mediados del siglo I d.C. en una pequeña elevación próxima al mar, se ha documentado en ella una zona de carácter residencial adornada con ricas pinturas murales y pavimentos de mosaico de temáticas y motivos bien diversos. La zona rústica y de cisternas, localizada a espaldas de la zona residencial, mirando a la Vía Augusta, es un magnífico exponente de la explotación de la ecología del entorno, mientras que en la parte baja de la elevación del pequeño montículo que alberga el yacimiento, se encuentra un conjunto termal excavado en su totalidad por Pedro Manuel Berges, director del entonces Museo Arqueológico Provincial de Tarragona, en la década de los años setenta del siglo pasado (Otiña 2005).

El análisis de los materiales lapídeos de esta lujosa villa nos revela que para su construcción fueron utilizadas piedras locales de las canteras próximas a la villa (Gutiérrez 2009). Estas piedras, conocidas genéricamente con el nombre de piedra del tipo Mèdol, por estar en esta partida, próxima a la ciudad de Tarragona, su principal cantera, fue utilizada para la construcción de los edificios principales de la villa, tal y como demostró Del Amo (Amo 1981). Para los revestimientos y placados fue utilizada una gran variedad de mármoles y piedras susceptibles de ser pulidas y de origen extrapeninsular (gráfica 1).

Gráfica 1. Relación mármol/piedra de importación y mármol/piedra local de la villa de Els Munts

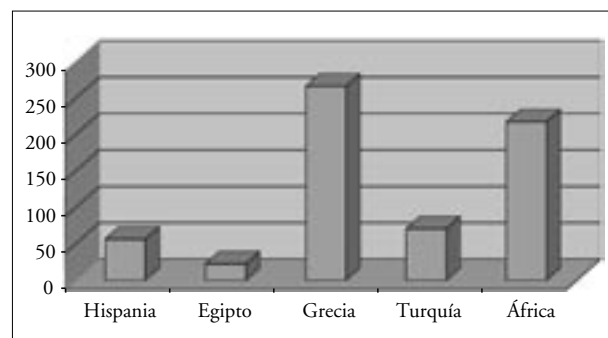


Por áreas geográficas (gráficas 1 y 2), predomina de una manera abrumadora el mármol procedente de Grecia («portasanta», «cipollino»), siendo el mármol africano («giallo antico») y el asiático («pavonazzeto») el segundo en cantidad de fragmentos. La presencia de mármol y piedra hispana queda reducida a la piedra de Santa Tecla y a la de Alcover, cuyas canteras se localizan cerca de la ciudad de Tarragona, y al «broccatello» de Dertosa o jaspe de La Cinta. Por último encontraríamos los mármoles de origen egipcio (alabastro y pórfido «rosso») que se documentan en proporciones muy bajas, prácticamente insignificantes (fig. 4).

Por lo que se refiere propiamente al material estudiado de esta villa (Otiña 2002 y 2003), podemos

indicar que algunas de las pequeñas y medianas placas documentadas pudieron ser utilizadas como revestimientos de paredes, quizá de la zona termal, mientras que otras, de dimensiones más pequeñas, localizadas formando parte de un vertedero, podrían corresponder a los restos sobrantes del corte de placas de mayores dimensiones. Estas últimas pudieron ser tiradas sin más o bien reutilizadas como teselas para la confección de mosaicos. Cronológicamente, poco podemos decir respecto a este material ya que, en ocasiones, no está clara la procedencia topográfica dentro del yacimiento. Sabemos, eso sí, que el conjunto procedente del depósito Castel se encuentra formando, en parte, de un importante vertedero fechado en la segunda mitad del siglo II d.C., pero para el resto del material disponemos de escasos datos cronológicos.

Gráfica 2. Procedencia del material lapídeo de la villa romana de Els Munts por origen geográfico



Las importantes reformas que se realizaron en la villa, coincidiendo con la llegada de *Caius Valerius Auitus*, debieron de requerir importantes cantidades de mármol para recubrir, pavimentar y decorar los nuevos ámbitos que se crearon o se reformaron. El estatus social y la relevancia política del propietario de la finca le permitían acceder a un mercado altamente restringido y sometido a un estricto control estatal como lo es la compra y venta de *marmor*.

El esplendor del que gozaba la villa a partir de la llegada de *Auitus* desaparecerá con el incendio que se documenta de una manera generalizada por todo el yacimiento y que está fechado en torno al año 260 d.C. Después de este acontecimiento la villa de Els Munts no volverá a adquirir la magnificencia de la que había gozado hasta ese momento. Tanto la revisión de los materiales recuperados durante las campañas que realizó P. M. Berges (Otiña 2005), como los datos aportados en las últimas intervenciones (Tarrats *et al.* 1998a, 1998b, 2000), nos revelan que no será hasta la segunda mitad del siglo IV cuando se vuelva a documentar algún tipo de actividad en el yacimiento, nivelando diferentes ámbitos con el fin de regularizar el terreno para su posterior ocupación. En esta ocasión nos encontramos ante una villa mucho más mo-



Fig. 3. Cantera del Mèdol, Tarragona (foto: Pedro Otiña).



Fig. 4. Detalle de las letrinas de la villa de Els Munts. Zócalo del *labrum* y revestimiento en piedra de Alcover (foto: Pedro Otiña).

desta que, probablemente, reduce su espacio, y que está claramente enfocada a la explotación de los recursos próximos que ofrecen la tierra y el mar. A todo ello debemos añadir que, a partir del siglo IV, se produce en el entorno un importante giro comercial, de tal manera que se nos hace imposible suponer que el conjunto de material que presentamos en este trabajo pueda llegar al yacimiento en un momento posterior a la segunda mitad del siglo III d.C.

Una segunda villa del *ager Tarraconensis*, significativa por su evolución histórica así como sus materiales,

es la de La Llosa (Cambrils). Igual que en el caso anterior, nos encontramos delante de una villa situada en primera línea de costa y cerca de un barranco. Las intervenciones realizadas en este yacimiento han permitido documentar hasta cuatro fases de ocupación, que abarcan desde mediados del siglo I a.C. hasta el siglo VI d.C. (García *et al.* 2001). De esta villa proceden una colección de placas de revestimiento arquitectónico (*crustae*) y un pavimento de *opus sectile*. En esta ocasión, y a diferencia de la villa de Els Munts, predominan ampliamente los materiales de procedencia his-

pana y, más concretamente, de origen local o regional. Así pues, destacamos la presencia de la llamada piedra de Santa Tecla, la piedra de Alcover, originaria de la región del Alt Camp tarragonés, la piedra de Mont-roig, de color rojizo, y el jaspe de La Cinta o «broccatello» de *Dertosa* ya antes citado. Entre el poco material de mármol importado podemos destacar la presencia de diversos fragmentos, igualmente de *crustae*, de «greco scritto», un fragmento de pórfido verde de Lacedemonia, un posible fragmento de africano verde y mármoles de color blanco de difícil identificación macroscópica... La excavación del edificio principal de la villa ha permitido documentar un pavimento de *opus sectile*, fuera de su contexto original, en el que se combinan placas marmóreas (*crustae*) cortadas con una morfología y dimensiones heterogéneas. En general, son piezas geométricas –cuadradas, rectangulares y triangulares– de morfología muy sencilla. Los tipos de piedra utilizados son el «greco scritto» y mármol blanco, muy posiblemente originario de Luni, y piedras locales como la de Santa Tecla y el «broccatello» de Tortosa. Los paralelos estilísticos de este *sectile* permiten fecharlo entre los siglos I y II d.C. (García *et al.* 2001).

Las piedras locales

Las referencias aportadas por los autores latinos y griegos respecto a los *marmora* son muy abundantes, si bien, por lo que respecta a la península Ibérica tan solo se conoce una única referencia de Plinio y, como se verá, es muy genérica: «metallis plumbi, ferri, aeris, argenti, auri tota ferme Hispania scatet, Citerior et specularis lapidis, Baetica et minio. Sunt et marmorum lapidicidinae» (Plin. *HN.* 3, 3, 30). Esta carencia de datos historiográficos no debe llevarnos a interpretar que no hubiese piedras susceptibles de ser utilizadas con un fin arquitectónico-decorativo en la península Ibérica. Los datos aportados por la Arqueología han revelado todo lo contrario: una notable explotación de piedras locales en la vertiente mediterránea y también en el interior y sur de la península Ibérica.

La existencia de canteras en el territorio próximo a *Tarraco* constituye, de hecho, uno de los aspectos socioeconómicos más interesantes y a los que se han dedicado los estudios recientes. Por todos es conocida la gran cantidad de canteras de piedra llamada popularmente Mèdol, presente en los principales monumentos romanos de la ciudad como ya se ha comentado. En la actualidad, disponemos de un trabajo que analiza minuciosamente no solamente la existencia física y el volumen de piedra extraída de las diferentes canteras conocidas, sino también los aspectos socioeconómicos que comporta el trabajo de la piedra, como pueden ser la ubicación de las canteras respecto a las principales vías de comunicación existentes en la zona, la propie-

dad de las mismas o qué tipo de personas y en qué régimen trabajaban en ellas (Álvarez *et alii* 2009a, y 2009b; Gutiérrez 2009). Cabe señalar que las piedras extraídas en la zona de Tarragona y sus alrededores gozaron de un gran prestigio desde época tardorrepública romana hasta nuestros días, siendo utilizadas tanto en construcciones públicas como privadas, tanto en la ciudad de Tarragona como fuera de ella, tal y como nos lo indica Pons d'Icart en el capítulo XLIII de su libro (Pons d'Icart 1752):

«Una entre las otras cosas dignas de alabanza que se halla en la ciudad de Tarragona son las piedras, y así dize Hieronymo Paulo en el libro que hizo de las casas de Barcelona en la pagina doze que las piedras de Tarragona para hazer pavimentos son mejores que las de Barcelona y por el color de cielo que tienen son reputadas por mas graciosas. Unas minas hay de piedras blancas, otras encarnadas, otras pardas, otras de piedra jaspeada, otras de que estan matizadas de colores que las unas tienen dos tres colores de los sobredichos viendolas limpias y obradas estan muy hermosas como parece en el suelo pavimento de la iglesia mayor de Tarragona y destas piedras ay mucha abundancia, son muy fuertes e de mal labrar. Otras minas de piedras de buen labrar ay la mejor y mas fuerte es la piedra del muelle.»

Al margen de la piedra conocida como Mèdol, debemos indicar que ha sido posible identificar la presencia de tres tipos de piedras nobles de origen local/regional en el conjunto estudiado, y que ya han sido citadas en este trabajo. La primera de ellas es la piedra conocida popularmente como Santa Tecla (Álvarez *et alii* 2009a, Gutiérrez 2009). Queremos prestarle una atención especial puesto que se trata de la piedra noble local por excelencia, siendo muy utilizada a lo largo de la época romana. Las canteras se localizan cerca de la ciudad, en la partida de La Budallera, y la piedra toma su nombre del empleo en la decoración de la capilla consagrada a la patrona de la ciudad, Santa Tecla, en la catedral de Tarragona. Se caracteriza por ser una piedra calcárea cretácica muy bien compactada y bastante homogénea. Presenta venas blancas de calcita recristalizada con estilolitos rellenos de óxidos de hierro. Se pueden observar en ella una gran variedad de colores, que pueden ir desde tonos rosados hasta diferentes tonos amarillentos (Álvarez 1989; Álvarez *et alii* 2009).

Se utilizaba para la confección de piezas de *opus sectile*, inscripciones, basas, dinteles, jambas, arquitec-
bas, pavimentos, placas de revestimientos de paredes, zócalos así como pequeñas molduras. Hasta la fecha no conocemos la utilización de la piedra de Santa Tecla en la confección de esculturas. Igualmente parece bastante claro que la comercialización de la piedra de Santa Tecla en época romana sobrepasó el mercado regional, situando sus límites, *grosso modo*, al sur de

Saguntum —donde se documentan canteras de caliza gris azulada—, mientras que por el norte aquél se situaría en la zona de *Aquae Calidae* (Rodà 1994), estando atestiguada su presencia en puntos más distantes, como por ejemplo Zaragoza y Cartagena, ciudades en las que se ha documentado recientemente (Soler 2005; Álvarez *et alii* 2009a).

Una segunda piedra local documentada que aquí presentamos es la de Alcover (fig. 4) (Gutiérrez 2009). Este tipo de piedra presenta un color predominantemente gris, con diferentes tonalidades. Se caracteriza por ser una roca calcárea altamente compactada, estratificada, que se separa en losas de un amplio variable que en pocas ocasiones sobrepasa los 10 cm. Debido a esta regularidad de la estratificación, prácticamente horizontal, se extrae y modela fácilmente. Su nombre le viene dado por encontrarse las canteras en la zona de los actuales términos municipales de Alcover y Montral. Conocemos su utilización desde época prehistórica, puesto que se empleaba para la fabricación de herramientas de piedra tallada. Por lo que respecta al asunto que nos ocupa en el presente trabajo, sabemos hoy en día que ya en época tardorrepública y augustea se utiliza como soporte de inscripciones (RIT 1-2). Tuvo un uso frecuente como revestimiento de paredes, pavimentos y soportes epigráficos (Roig 2000). A diferencia de la piedra de Santa Tecla, la piedra de Alcover parece estar destinada a abastecer únicamente el mercado local, puesto que no hemos encontrado indicios de su comercialización más allá del área de influencia directa de *Tarraco*. Dentro de este ámbito regional es significativo constatar la utilización de la piedra de Alcover en forma de losas en

las termas de la villa de Centcelles (Constantí), como teselas de mosaicos en la villa de Paret Delgada (La Selva del Camp) (Roig 2000) o en diferentes ámbitos de las termas inferiores de la villa de Els Munts (Berges 1977).

La tercera y última variante de piedra local identificada de una manera relativamente abundante en Tarragona es el «Jaspi de la Cinta» o «broccatello» de *Dertosa*. Se trata de una piedra calcárea empleada frecuentemente desde época romana, siendo igualmente utilizada durante el Renacimiento y el Barroco (Muñoz 2005). Presenta un fondo amarillento con nódulos de color gris y diferentes tonos violáceos (Gnoli 1989; Álvarez *et alii* 2009b). Tuvo una gran difusión en el mundo romano, especialmente en época bajointerperial, utilizándose en Roma en pavimentos y en diferentes elementos arquitectónicos. Igualmente ha servido de soporte para inscripciones, como la documentada en Arcaya, en el País Vasco (Mayer-Rodà 1999).

Consideraciones finales

El estudio de la importación de mármoles y piedras nobles en la ciudad de Tarragona ha avanzado notablemente. En origen, los elementos más antiguos, igual que sucede en Cartagena, parecen estar vinculados a la decoración del teatro romano, si bien algunas de las piezas conocidas, como aquellas a las que hemos hecho referencia en este trabajo, fueron recuperadas fuera de su contexto original. Parece claro que estas primeras importaciones convivieron con



Fig. 5. Detalle del placado de una sala de las termas inferiores de la villa de Els Munts. Placas de revestimiento de «cipollino» (foto: Pedro Otiña).

las piedras locales en las primeras composiciones decorativas.

El verdadero auge de la importación de mármol en *Tarraco*, como hemos visto, se produce a partir de la época Julio-claudia y sobre todo flavia, coincidiendo con las construcciones del recinto monumental de la parte alta de la ciudad. Es a partir de este momento cuando se constata una presencia masiva de mármol lunense, aunque se usó con anterioridad desde los comienzos del Imperio, tal y como demostró J. A. Domingo (Domingo 2004) en su estudio sobre capiteles. Vinculada a esta monumentalización de la ciudad parece evidente la utilización de *marmor* en los revestimientos y pavimentos de los principales edificios públicos. Ya hemos comentado los casos del recinto foral provincial, el teatro romano y las termas de Sant Miquel. A ellos debemos añadir, por ejemplo, el *sectile* pavimental documentado por Serra Vilaró en la estancia identificada como la *aedes Augusti* del foro de la colonia (Serra 1932; Pérez 1996).

A partir de mediados del siglo III d.C. la importación de mármol parece disminuir progresivamente. Los datos conocidos desde este momento son más escasos. Los conjuntos conocidos parecen responder a la reutilización de elementos que han entrado en desuso o han cambiado su funcionalidad. Igualmente se incrementa en el registro arqueológico la presencia de piedras locales, fenómeno altamente significativo, puesto que, entre otras cosas, nos indican una interrupción del comercio estable con centros exportadores de mármol. En este sentido, constituyen un ejemplo bastante claro las intervenciones realizadas en el suburbio occidental de la ciudad de *Tarraco* (López 2006). En este sector se localizó un conjunto arqueológico formado por una vía y, como elemento principal, una basílica paleocristiana. Los materiales lapídeos recuperados en estas intervenciones revelan una reutilización de mármol en la zona de la necrópolis como cubiertas de tumbas, mientras que se aprecia un significativo aumento del uso de piedras locales respecto a las importaciones en las zonas domésticas y decorativas de los diferentes edificios fechados a partir del siglo IV d.C. En cambio se introducen otros *marmora* hasta entonces no atestiguados como lo prueba la importación de sarcófagos manufacturados en Cartago (Rodà 1990a, 2001).

Bibliografía

- ÀLVAREZ, A. 1989: «La procedència dels materials lapidis», en: *Un abocador del segle v d.C. en el Fòrum Provincial de Tàrraco*, Tarragona, 394-402.
- ÀLVAREZ, A. et al. 2009a: *El marmor de Tarraco. Explotació, utilització i comercialització de la pedra de Santa Tecla en època romana*, Hic et Nunc 6, Tarragona.
- 2009b: *Marbles and Stones of Hispania. Exhibition catalogue*, Tarragona.
- ÀLVAREZ, A.; MAYER, M. 1998: «Aproximació als materials lapidis decoratius presents al jaciment de Can Modolell (Cabrera de Mar, Maresme). Estudi volumètric i comparatiu», en: *De les estructures indígenes a l'organització provincial romana de la Hispania Citerior. Homenatge a Josep Estrada i Garriga*, Barcelona, 43-49.
- AMO, M^a. D. DEL 1981: «Aportación al estudio de las canteras romanas de la zona arqueológica de Els Munts», *Estudis Altafullencs*, 5, 5-25.
- BERGES, P. M. 1977: «Nuevo informe sobre Els Munts», *Estudis Altafullencs*, 1, 27-47.
- CLAVERIA, M. 2001: *Los sarcófagos romanos de Cataluña*, CSIR - España I-1, Murcia.
- CISNEROS, M. 2000: «El empleo privado del mármol en el valle del Ebro: la colonia Victrix Iulia Lepida/Celsa (Velilla de Ebro, Zaragoza)», *Caesaraugusta*, 74, 13-36.
- DOMINGO, J. A. 2004: *Capitells corintis a la província Tarraconense (s. I-III d.C.)*, Tarragona.
- GARCÍA, M.; MACIAS, J. M.; MENCHON, J.; PUCHE, J. M.; RAMON, E.; REMOLÀ, J. A. 2001: *La vil·la romana de La Llosa. Deu anys d'investigació arqueològica*, Cambrils.
- GNOLI, R. et al. 1989: «Repertorio», en BORGHINI, G. (ed.): *Marmi antichi* Roma, 133-302.
- GUTIÉRREZ GARCIA-MORENO, A. 2009: *Roman Quarries in the Northeast of Hispania (Modern Catalonia)*, Documenta 10, Tarragona.
- KOPPEL, E.; RODÀ, I. 1996: «Esculturas decorativas de la zona nororiental del conventus Tarraconensis», en: *Actas II Reunión sobre escultura romana en Hispania*, Tarragona, 135-181.
- LÓPEZ, J. 2006: *Les basíliques paleocristianes del suburbi occidental de Tarraco. El temple septentrional i el complex martiriàl de Sant Fructuós*, Tarragona.
- MACIAS, J. M. (ed.) 2004: *Les termes públiques de l'àrea portuària de Tàrraco. Carrer de Sant Miquel de Tàrraco*, Tarragona.
- MACIAS, J. M.; MENCHON, J. J.; MUÑOZ, A.; TEIXELL, I. 2007: «Excavaciones en la catedral de Tarragona y su entorno: avances y retrocesos en la investigación sobre el culto imperial», en: NOGALES, T.; GONZÁLEZ, J. (eds.): *Culto imperial: política y poder. Actas del Congreso Internacional (Mérida, 2006)*, Roma, 765-787.
- MACIAS, J.M. et al. 2007: *Planimetria arqueològica de Tàrraco*, Tarragona.
- MAYER, M.; RODÀ, I. 1999: «El broccatello de Tortosa: testimonios arqueológicos», en: *Mélanges C. Domergue, Pallas*, 50(2), 43-52.
- MAYER, M.; RODÀ, I. 1991: «El comercio del mármol en el Mediterráneo y su reflejo en la ciudad romana de Sagunt», *Saguntum y el Mar*, 37-45, Sagunto.

- MUÑOZ, J. H. 2005: «Sobre la indústria del Jaspi de Tortosa durant els segles XVI i XVII», *Estudis històrics i documents dels Arxius de Protocols*, XXIII, 193-209.
- ORTOLANI, G. 1989: «Lavorazione di pietre e marmi nel mondo antico», en BORGHINI, G. (ed.): *Marmi antichi*, Roma, 19-42.
- OTIÑA, P. 2005: *La vil·la romana dels Munts (Altafulla). Excavacions de Pedro Manuel Berges Soriano*, Reus.
- 2003: «La importación de mármol en la villa romana de Els Munts (Altafulla, Tarragona)», *Anales de Arqueología Cordobesa*, 13-14, 147-166.
- 2002: «Los materiales lapídeos de la villa de Els Munts (Altafulla)», *Butlletí Arqueològic*, 111-130.
- PENSABENE, P. 2002: «Il fenomeno del marmo nel mondo romano», en: *I marmi colorati della Roma imperiale*, Roma, 3-68.
- 1996: «Il fenomeno del marmo nella Roma tardo-repubblicana e imperiale», en *Marmi antichi 2, Studi Miscellanei*, Roma, 31, 333-372.
- 1993: «La decorazione architettonica dei monumenti provinciali di Tàrraco», en: *Els monuments provincials de Tàrraco. Noves aportacions al seu coneixement*, Tarragona, 33-105.
- 1989: «Amministrazione dei marmi e sistema distributivo nel mondo romano», en BORGHINI, G. (ed.): *Marmi antichi*, Roma, 43-54.
- PÉREZ, E. 1996: *Revestimientos de opus sectile en la península ibérica*, Tarragona.
- PONS D'ICART, L. 1572: *Libro de las grandezas y cosas memorables de la metropolitana insigne y famosa ciudad de Tarragona*, Tarragona.
- RECASENS, M. 1985: «Tarraco y el comercio del mármol en época romana, a través del estudio de sus capiteles», *Pyrenae*, 21, 123-128.
- 1979: «Los capiteles romanos del Museu Nacional Arqueològic de Tarragona», *Butlletí Arqueològic*, 1, 43-143.
- RIT = ALFÖLDY G. 1975: *Die römischen Inschriften von Tarraco*, Berlín.
- RODÀ, I. 2004: «El mármol como soporte privilegiado en los programas ornamentales de época imperial», en: *La decoración arquitectónica en las ciudades romanas de Occidente (Cartagena 2003)*, Cartagena, 405-420.
- RODÀ, I. 2001: «Producción, materiales y circulación de sarcófagos en el Imperio romano», en: NOGUEIRA, J. M.; CONDE, E. (eds.): *El sarcófago romano. Contribuciones al estudio de su tipología, iconografía y centros de producción*, Murcia, 51-77.
- 1997: «Los mármoles de Itálica: su comercio y origen», en: *Itálica como excepción. Jornadas del MMCC Aniversario de la fundación de Itálica*, Sevilla, 157-180.
- 1994: «Los materiales de construcción en Hispania», en: *La ciudad en el mundo romano (XIV Congreso Internacional de Arqueología Clásica)*, Tarragona, 171-185.
- 1990a: «Sarcófagi della bottega di Cartagine a Tarraco», en: MASTINO, A. (ed.): *L'Africa Romana. Atti del VII Convegno di studio (Sassari, 15-17 dicembre 1989)*, Sassari, 727-736.
- 1990b: «Retrato fragmentario de Tiberio o de Calígula» en ARANEGUI, C. (dir.): *Espai públic i espai privat. Les escultures romanes del Museu de Sagunt*, Sagunto, 35-40.
- ROIG, J. F. 2000: «Inscripcions romanes sobre pedra d'Alcover», *Butlletí del Centre d'Estudis Alcoverencs*, 95, 20-46.
- SERRA, J. 1932: *Excavaciones en Tarragona*, Madrid.
- SOLER, B. 2005: «Hacia una sistematización cronológica sobre el empleo del marmor y su comercialización en Carthago Noua», *Mastia*, 4, 29-64.
- 2003: «Algunas consideraciones sobre el empleo privado del mármol en Carthago Nova», *Mastia*, 2, 156-160.
- TARRATS, F.; RAMON, E.; MACIAS, J. M. 1998: «Noves intervencions a la vil·la dels Munts (Altafulla, Tarragonès)», en: *Tribuna d'Arqueologia, 1996-1997*, Barcelona, 35-56.
- TARRATS, F.; MACIAS, J. M.; RAMON, E.; REMOLÀ, J. A. 2000: «Nuevas actuaciones en el área residencial de la villa romana de "Els Munts"» (Altafulla, Ager Tarraconensis) [estudio preliminar], *MM*, 41, 358-379.
- 1998: «Excavacions a l'àrea residencial de la vil·la romana dels Munts (Altafulla, Tarragonès)», *Empúries*, 51, 197-223.

PARS III. ROMA EX HISPANIA
LAS HISPANIÆ COMO PROVINCIÆ DEL IMPERIO

ORGANIZACIÓN ADMINISTRATIVA Y TERRITORIAL DE LAS PROVINCIAS HISPANAS DURANTE EL ALTO IMPERIO*

Pablo Ozcáriz Gil
Universidad Rey Juan Carlos

Resumen

El presente capítulo traza un panorama de la organización administrativa de las provincias hispanas durante el Alto Imperio. En su primera parte se analizan diferentes aspectos a nivel provincial, como la división en provincias de la Península y sus cambios territoriales, para pasar, a continuación, a analizar las peculiaridades de cada provincia y las de su personal administrativo. Finalmente, trataremos las subdivisiones provinciales, centrándonos en los *conuentus*, en su organización, cronología y funciones.

Palabras clave

Administración provincial, Alto Imperio, *Hispania Citerior*, Bética, *Lusitania*, *conuentus*, diócesis.

Abstract

This chapter reflects the administrative organization of the Hispanic provinces during the Roman High Empire. In the first part we deal with different aspects regarding the province like the division into provinces of the Iberic peninsula and its territorial changes. Afterwards we analyze the peculiarities of every province and of their administrative staff. We finish with the provincial subdivisions, focusing in the *conuentus*, their organization, chronology and functions.

Keywords

Provincial Administration, High Empire, *Hispania Citerior*, *Baetica*, *Lusitania*, *conuentus*, dioikesis.

* Nota de los editores: dada la importancia que los estudios sobre administración provincial romana ha alcanzado en nuestro país en los últimos años, el presente volumen ofrece dos contribuciones de estructura semejante —ésta y la de J. Navarro—, pero con enfoques ligeramente diferentes sobre la cuestión. En esta primera, P. Ozcáriz se detiene en las estructuras administrativas en sí mismas, detallando sus peculiaridades y el cuadro de gobierno que las regía. En cambio, J. Navarro aborda la cuestión desde una perspectiva más prosopográfica, valorando, además, lo que el gobierno y administración de las provincias hispanas pesaba en las carreras políticas de quienes lo desempeñaron, y deteniéndose, de igual modo, en las cuestiones referentes a la organización del aparato fiscal y tributario, obviando, en cualquier caso, la organización conventual. Ésta es tratada en detalle en la contribución de P. Ozcáriz, experto, por otra parte, en el tema.

En el año 27 a.C. Augusto emprendió una política legislativa dirigida a renovar las estructuras de la administración provincial que, tras numerosos años de guerras civiles, se habían mostrado insuficientes e inadecuadas. Estas labores organizativas respondían al diseño político que se encuentra presente en las *Res Gestae* del *Monumentum Ancyranum*. Tal y como explica Estrabón (Str. 17, 3, 25), Augusto reorganizó el sistema de administración de las provincias romanas de la siguiente manera: aquellas pacificadas siguieron perteneciendo nominalmente al Senado, quien elegía a sus gobernadores. Eran conocidas como provincias senatoriales; el resto, aquellas que todavía necesitarían de una acción del ejército, o un control más directo, fueron asignadas al emperador, y fueron conocidas como provincias imperiales. Éstas, a su vez, se dividían entre aquellas que eran gobernadas por un senador con el cargo de *legatus Augusti pro praetore* (que, a su vez, podían estar gobernadas por un senador de rango pretorio o senatorial) y aquellas gobernadas por un ecuestre, con el cargo de *procurator*. Pese a esta división teórica, el emperador controlaba también las provincias del Senado, en virtud de su *imperium proconsulare maius*, que lo situaba por encima de cualquier procónsul.

Organización a nivel provincial

a) Evolución del territorio y las provincias hispanas durante el Alto Imperio

La división provincial de Hispania en época altoimperial es consecuencia del proceso de conquista de la Península durante la etapa republicana. A medida que ésta se incorporaba al territorio conquistado, Roma estableció una frontera que coincidía, *grosso modo*, con una diagonal de la Península.

Según Casio Dión, en el año 27 a.C. Augusto habría decretado la división de la *Hispania Vltior* en dos provincias independientes: la Bética y la Lusitania (Dio Cass. 53, 12, 4-5). Sin embargo, esta fecha resulta difícil de asumir, ya que carecemos de fuentes epigráficas que la acrediten, y en la conocida y ya citada inscripción del *Monumentum Ancyranum* Augusto afirma: «colonias in (...) utraque Hispania (...) militum deduxi» (c. 28), es decir, «fundé ciudades militares coloniales (...) en ambas Hispanias» (trad.: Blanco/Fatás 1985, 23). No puede, pues, referirse en este caso a otra cosa que a la *Hispania Citerior* y la *Vltior*. R. Syme sugirió que la división se habría producido durante la segunda venida de Augusto a la *Citerior*, entre los años 16 y 13 a.C. (Syme 1970, 79 y ss.; aunque tras la aparición del bronce del Bierzo se habría limitado al 15-13 a.C.). G. Alföldy precisó más, señalando el año 13 a.C. como la fecha en cuestión (Alföldy 1969, 224, n.º 9). La frontera entre ambas provincias se habría

situado, en cualquier caso, al sur del Guadiana (Sáez 1990).

Durante las guerras cántabras, el noroeste peninsular fue atacado por dos frentes: los cántabros desde la *Citerior* y los astures desde la *Vltior* (Jones 1976, 45 y ss.; Roldán 1974, 179 y ss.; Rodríguez Colmenero 1979, 52 y ss., y 1996, 251 y ss.; Le Roux 1982, 52-77; Tranoy 1991, 146-147). Esta circunstancia explicaría que, en un primer momento, el territorio al norte del Duero hubiese formado parte o hubiese estado en la órbita de control de la provincia *Vltior*, ya que Estrabón afirma que los habitantes del norte del Duero eran llamados lusitanos y, posteriormente, galaicos (Str. 3, 3, 3). Esta zona coincide con el territorio de la sorprendente *Hispania Transduriana*, cuya problemática analizaremos más adelante.

La siguiente redistribución territorial destacable fue la integración en la *Citerior* de dos zonas de gran importancia minera: todo el territorio al norte del Duero y el *saltus Castulonensis* (porción oriental de Sierra Morena), más el territorio entre el alto Guadalquivir y el Mediterráneo. Está generalmente aceptado que la doble anexión habría sido contemporánea, en relación con la reducción de tropas en la Península. Sin embargo, existen discrepancias en cuanto a la fecha en la que se produjo. En cualquier caso, tuvo que suceder antes del 2 a.C., fecha en la que el gobernador de la *Citerior*, *Paullus Fabius Q. f. Maximus*, aparece citado en varias inscripciones del noroeste (*CIL*, II, 2518 = Alföldy 1969, 9; *IRG*, 2, 55 = *HAE* 1726 = Alföldy 1969, 8; *EE*, VIII, 280 = *ILS*, 8895 = Alföldy 1969, 9) y en la que se erigen varios miliarios en la zona de *Castulo* que reflejan ya el cambio territorial (*CIL*, II, 4701, 4702, 4703, 4704, 4705, 4706, 4707, 4708, 4709, 4710, y 4711). Para algunos autores, el cambio se habría producido ya en el 13 a.C., junto con la división de la *Lusitania* (Syme 1970, 849-850; Alföldy 1969, 207; Roldán 1974, 183; Le Roux 1982, 75; Domergue 1990, 200; Tranoy 1991, 146-147) y, para otros, en algún momento posterior al año 7 a.C. (Albertini 1923, 34-36; García y Bellido 1961, 130; Rodríguez Colmenero 1979, 148-150; Keay 2001, 131-132). La razón principal de esta unión habría sido la de concentrar bajo el mando del gobernador de la *Citerior* todos aquellos territorios que requerían una presencia militar estable y aquéllos que incluían la mayor parte de las minas de la Península con una importancia estratégica. Esta decisión tuvo enormes consecuencias al crear la provincia más extensa y, probablemente, más diversa de todo el Imperio romano (Ozcáriz 2002, 48-49).

Entre la etapa de Augusto y la de Caracala existen pocas rectificaciones de los límites administrativos de las provincias hispanas. Parece posible que una parte de la *regio de Baeturia Turdulorum* pasase de la Bética a formar parte de la *Citerior* (Plin. *HN*. 3, 3, 14; frente a Ptol. 2, 6, 58). De igual modo, está en discusión si la

parte de *Vettonia* perteneciente al territorio de la *Citerior* podría haber pasado a la provincia lusitana (McElderry 1918, 85; Albertini 1923, 115; Bonnaud 2002, 193-194; y, en contra: Mackie 1983, 17, n.º 23; Hernando 1995, 84 y ss.). En el año 171 y hacia el 177, grupos de *Mauri* cruzaron el Estrecho y penetraron en la Bética realizando incursiones (SHA. *Marc.* 21, 1; *CIL*, II, 1120 = *AE*, 1961, 339 = *CILA*, 2, 378; *CIL*, II, 2025 = *CIL*, II^{2/5}, 788). Esto provocó la unión coyuntural de las provincias *Baetica* e *Hispania Citerior* bajo un mismo gobernador-legado propretor con un marcado carácter militar (Alföldy 1969, 38-42; 1985, 91 y ss.) que respondiese a una coyuntura tan grave que llegó a provocar serias consecuencias económicas, sobre todo, en la Bética.

Ya desde el siglo I d.C. el noroeste peninsular (los *conuentus* *Lucensis*, *Bracaraugustanus* y *Asturum*) llevó un proceso progresivo de administración diferenciada respecto al resto de la provincia *Citerior*. Se fueron creando, de manera progresiva, cargos específicos para la zona, aunque parece que con Septimio Severo estos cargos fueron suprimidos: primero los *iuridici* y luego los *procuratores* (Alföldy 2000, 43-44). Pero bajo el mandato de Caracala, entre los años 214 y 216 d.C., los dos *conuentus* más occidentales (el *Lucensis* y

el *Bracaraugustanus*) fueron extraídos de la *Citerior* y conformaron la provincia *Hispania Superior* (Alföldy 2000, 28-34). Esta provincia duró, con bastante probabilidad, hasta el año 235 (Ozcáriz 2007, 33-47). Durante este tiempo, el resto de la *Hispania Citerior* habría pasado a llamarse *Hispania noua Citerior Antoniniana* (*CIL*, II, 2661 = Alföldy 1969, 49; *CIL*, II, 5680 = Alföldy 1969, 49).

A partir del 235 disponemos de muy pocos datos para poder aclarar la situación en el noroeste hispano: no podemos descartar que el territorio ocupado por la *Hispania Superior* volviese a conformar una provincia, aunque los testimonios son contradictorios. A favor de la posibilidad de una nueva división se encuentra G. Alföldy (Alföldy 2000, 55-56). Pero las inscripciones *AE*, 1930, 148 = *RIT*, 156 y *CIL*, II, 2408 presentan una situación de la Península –hacia la segunda mitad del siglo III d.C.– dividida en tres provincias. De todos modos, no puede descartarse alguna breve separación. La identificación del nombre de la nueva provincia de Diocleciano (*Gallaecia*), con el del territorio de los *conuentus* galaicos que componían la *Hispania Superior*, resulta una coincidencia solo nominal, ya que las provincias dioclecianeas no respetaron la división coyuntural (fig. 1).



Fig. 1. División provincial de Hispania durante el Alto Imperio, a excepción de las posibles divisiones de la *Hispania Citerior*.

b) Las provincias hispanas, su organización administrativa y sus funcionarios principales

La administración de Hispania o de las provincias hispanas podría considerarse el paradigma de la evolución de la administración provincial romana. La reforma organizativa realizada por Augusto en la Península coincidió, con una pequeña diferencia temporal, con el final de la conquista peninsular. Su evolución histórica contó con la mayoría de formas organizativas que se aplicaron a las diversas provincias imperiales. La *Baetica* como provincia senatorial, la *Hispania Citerior* y la *Lusitania* como provincias «imperiales», gobernadas por senadores consulares y pretorios, y la *Hispania Superior* como provincia ecuestre.

1. La Hispania Citerior, provincia imperial

Con capital en *Tarraco*, la provincia *Hispania Citerior* era la más extensa y —como ya se ha anotado—, probablemente, la más diversa de todo el Imperio romano. Su capitalidad está hoy día fuera de duda, a pesar de que el gobernador pasaba largas temporadas en *Carthago Noua* (Str. 3, 4, 20). Formaba parte de las provincias que pertenecían al emperador (Dio Cass. 53, 12) y se encontraba dividida en siete *conuentus*: *Tarraconensis*, *Carthaginensis*, *Caesar Augustanus*, *Clunien-sis*, *Asturum*, *Bracaraugustanus* y *Lucensis* (Plin. *HN*. 3, 23-28). El *conuentus Arae August(a)e* (AE, 1984, 553 = AE, 1987, 561) también existió durante un breve espacio de tiempo durante la dinastía julio-claudia. Desde comienzos de la época imperial fue conocida también como *prouincia Tarraconensis* (Pompon. 2, 87; Plin. *HN*. 3, 1, 6; Ptol. 2, 6; y Suet. *Galb.* 8). A pesar ser un nombre arraigado, en pocas ocasiones pasa a formar parte de las titulaturas oficiales (por ejemplo: *CIL*, XII, 3167 = *ILS*, 1016; *CIL*, VIII, 21826), y en algunos casos éstas podrían hacer referencia al territorio más cercano a *Tarraco*, frente a los tres *conuentus* del noroeste (*CIL*, VIII, 2747 = *ILS*, 1070; AE, 1985, 374). Por esta razón, el nombre más correcto seguirá siendo el de *Hispania Citerior* (Ozcáriz 2002a, 284 y ss.).

A lo largo de los trescientos años que duró el Alto Imperio romano, la *Hispania Citerior* tuvo una importancia de primer rango dentro del concierto del Imperio romano. Los cargos administrativos más importantes estaban reservados a aquellos personajes que llevaban a cabo un *cursus honorum* de prestigio (Alföldy 1969, 193-206), algo en lo que se abundará en el capítulo que dedica a la cuestión J. Navarro.

El territorio citerior contenía dos elementos clave que determinaron una configuración geográfica tan extensa y tan particular: numerosas minas fundamentales para el Imperio y una zona de gran importancia militar, ambas localizadas en el territorio más alejado de la capital. Esta circunstancia se debió a que resultaba estratégica la localización del noroeste peninsular, la

zona de Cástulo y de la capital, *Tarraco*, bajo el mando de un mismo gobernador. Todo este territorio incluía un panorama muy heterogéneo: desde zonas con un modo de vida semejante al de Italia, como la franja mediterránea o el valle del Ebro, hasta otras donde el modo de vida prerromano siguió contando con una gran aceptación, como el noroeste peninsular. Esto se debió a que la entrada de Roma en estos dos ámbitos se produjo con casi doscientos años de diferencia y a que, en consecuencia, la recepción de la cultura romana fue muy diferente en cada territorio.

La *Citerior* era una provincia «imperial», gobernada por un *legatus Augusti pro praetore*, es decir, un «legado propretor del Augusto». Según el Derecho romano, al tratarse de un legado, no podía a su vez delegar su poder en otra persona, y por esta razón sus subordinados, aunque estuviesen a sus órdenes, no eran nombrados por él, sino por el emperador (Seeck 1901). Por la importancia de la provincia y porque el cargo conllevaba el mando de legiones, el legado tenía el rango consular, es decir, era indispensable que hubiese ocupado el cargo de cónsul anteriormente. La importancia de este cargo queda reflejada en el estatus de los gobernadores que lo ocuparon: senadores con un largo recorrido en la carrera administrativa romana, de edad avanzada, y de gran confianza del emperador (Ozcáriz 2002a, 214-219). En los siglos I y II solo el gobierno de *Syria* fue considerado superior al de esta provincia (Alföldy 1969, 205, 217). Un ejemplo que nos hace ver su relevancia es el episodio en el que Vespasiano, para asegurarse la fidelidad de un senador del que albergaba dudas sobre su posible aspiración al trono, lo tentó con el gobierno de esta provincia (Tac. *Hist.* 4, 39). Además, fueron gobernadores de la *Citerior* dos futuros emperadores como Galba y Decio Trajano, escritores como *Chuius Rufus*, expertos militares como *C. Aufidius C. f. Maec. Victorinus*, o famosos personajes como *Cn. Calpurnius Piso*, quien será acusado por Tiberio de organizar la muerte de Germánico (Alföldy 1969, 10-11). Aunque su identificación no resulta totalmente concluyente, los nombres de los gobernadores *Q. Iunius Rusticus* y *---¿Fuldanus Augustanus Alpinus* podrían coincidir con los de dos filósofos de su época. El cargo de gobernador de la *Citerior* fue estudiado de manera encomiable por G. Alföldy (Alföldy 1969), hasta el punto que veintiocho años después, la mayor parte de las conclusiones de dicha obra sigue vigente, a excepción de los gobernadores identificados en los últimos años (Eck 1983, 197; Alföldy/Abascal/Cebrián 2003, 261-265; Abad 1996, 100-102; Sánchez-Lafuente 2003, 557 y ss.; Beltrán Lloris 2006).

Como en el resto de provincias romanas, el gobernador era la máxima autoridad administrativa y jurídica de la provincia. Al igual que sucedía en *Lusitania*, a la llegada del gobernador a la provincia, su primera

acción debía ser la promulgación de un edicto en el que se incluirían las directrices de su gobierno mientras estuviese en el cargo. Normalmente, este edicto era una copia de aquel del gobernador anterior o, al menos, muy semejante, a no ser que el gobernador recién llegado tuviese *mandata* (órdenes) específicos del emperador (Burton 2002, 266). La duración media del cargo era de tres años (Alföldy 1969, 215-216).

A diferencia del resto de provincias hispanas, la *Citerior* era la única en la que el gobernador, además, contaba con una o varias legiones bajo su mando, dependiendo del momento histórico. Por tanto, en su caso, la función militar tenía especial relevancia. Durante el invierno, el gobernador permanecía en *Tarraco* y *Carthago Noua*, mientras que en primavera, iniciaba un recorrido por el resto de la provincia (Str. 3, 4, 20). No entraremos en profundidad sobre sus funciones, ya que el asunto es tratado en otro capítulo de este volumen (puede verse, especialmente: Burton 2002, 249-280). Este viaje tendría como destino principal el noroeste de la provincia, dada la importancia que dicha zona tenía para numerosas cuestiones administrativas ocasionadas por las minas y el ejército. En los viajes de ida y vuelta entre la costa mediterránea y el noroeste, el gobernador se encargaría de visitar varias poblaciones con el fin de comprobar sus finanzas, sus construcciones y cualquier otra cuestión que requiriese su atención, además de acudir a las capitales conventuales para administrar justicia. A su cargo le correspondían cinco *fascēs* otorgados por el emperador, y su vestimenta oficial era el traje militar con la espada que representaba el *ius gladii*. A partir de la muerte de Severo Alejandro, el cargo será ocupado exclusivamente por *homines noui* (Alföldy 1969, 218).

El legado jurídico (*legatus iuridicus*) actuaba en la *Hispania Citerior*, no existiendo este cargo para la *Lusitania*. Su función principal era la de ayudar a administrar justicia al gobernador. Al principio, los jurídicos eran jóvenes senadores que comenzaban su carrera, mientras que los más tardíos eran experimentados senadores en el ámbito de la administración civil (Alföldy 1969, 246-247). Este cargo solo es conocido en las provincias de *Hispania Citerior*, *Britannia*, *Cappadocia-Galatia* y *Pannonia*. Según las cronologías que conservamos de todos ellos, y a falta de nuevos testimonios, podemos afirmar que este cargo se creó para la provincia *Citerior* —como una solución a la gran extensión de la misma— durante el mandato de Augusto (Ozcáriz 2002, 302-304). Sin su presencia, al gobernador le habría resultado muy difícil administrar justicia de manera adecuada. No resulta sorprendente, por tanto, que el mayor número de inscripciones que mencionan a *iuridici* se hayan encontrado en el *conuentus Caesaraugustanus*, precisamente aquel en el que en la actualidad solo se conserva una referencia a un gobernador. Esta circunstancia revela un posible re-

parto territorial en la acción de la administración de la justicia. Encontramos al legado jurídico, por un lado, impartiendo justicia él mismo (*CIL*, II, 2959) y, por otro, aconsejando al gobernador cuando era este otro el que la impartía (*AE*, 1952, 122). En casos de falta del gobernador o de un gobierno *in absentia* (en el que el gobernador nombrado a tal efecto no se desplazaba a su provincia), era el jurídico el que asumía sus funciones, como habría ocurrido con *L. Calpurnius Piso*, asesinado en el año 25 d.C. (*Tac. Ann.* 4, 45). Además, el legado ejercía como representante del gobernador en actos oficiales (*HEp*2, 62; Haensch 1997, 171-175). El legado no podía ser nombrado directamente por el gobernador, ya que éste, al tener un poder delegado por el emperador, no lo podía transmitir a nadie, como sí ocurría con los legados de las provincias senatoriales.

Al menos entre Adriano y Septimio Severo, el reparto de funciones entre el gobernador y el jurídico cambió, ya que el segundo centró su labor en el noroeste, cambiando su titulación por la de *legatus iuridicus Asturiae et Callaeciae*. Su labor se limitaría a ese ámbito, mientras que el gobernador administraría justicia en el resto (Alföldy 2000a, 42-45). A finales del siglo II d.C., el cargo de jurídico se llevó a cabo de manera contemporánea con el de legado de legión, creando una figura con un poder considerable en el noroeste (Alföldy 1969, 243-244). Según algunos autores, pudo existir un jurídico para los tres *conuentus* del noroeste y otro para el resto, aunque sigue pareciendo más razonable la opción de que hubiese existido un único jurídico de forma contemporánea (Alföldy 2002a, 41-45; Ozcáriz 2002, 283-292; y, en contra: Haensch 1997, 403, n.º 21; o Navarro 1999, 456).

El legado de legión (*legatus legionis*) era el cargo de general de una legión y otro elemento primordial en el gobierno provincial. A partir de Vespasiano, en la *Citerior* existirá solo uno, el legado de la *legio VII Gemina*. Esta legión no tuvo como misión principal la de entrar en combate, a diferencia de las legiones de *Germania* o las localizadas en Oriente. Su función fue la de generar estabilidad en la zona, y su papel en la administración de la provincia fue notable. En el siglo III d.C. esta labor administrativa se incrementó, principalmente en el ámbito del noroeste. Como hemos visto en el caso del jurídico, durante una etapa comprendida entre finales del siglo II y principios del III, encontramos a un mismo senador ocupando el cargo de legado jurídico y de legado de la *legio VII*. Probablemente se trató de una medida destinada a compensar el poder del gobernador, después de los acontecimientos ocurridos a raíz del levantamiento de Clodio Albino.

Por último, el *procurator* —a diferencia de los *procuratores* de las provincias senatoriales como la Bética— estaba encargado de controlar todos los asuntos financieros de la provincia (Ojeda 1993). El cargo de la *Citerior* era ocupado por una persona de ran-

go ecuestre, tenía un carácter ducenario (remunerado con 200.000 sestericios) y no estaba supeditado al gobernador, así que el emperador podía utilizarlo para controlar su labor y tener un elemento de confianza en momentos en los que pudiese dudar de la fidelidad del gobernador. Un episodio reseñable en este sentido se produjo durante el gobierno de Galba, en el que los *procuratores* de Nerón maltrataban la provincia. Según Plutarco, Galba no podía hacer nada más que consolar a los provinciales y mostrarles su dolor por las condenas que imponían los procuradores. Esto le supuso muchas simpatías a la hora de lograr apoyos para su proyecto imperial (Plut. *Galb.* 4). Cuando Nerón conoció las verdaderas intenciones de Galba, mandó órdenes a sus *procuratores* hispanos para que terminasen con su vida (Suet. *Galb.* 9). El procurador de una provincia imperial tenía como función controlar la fiscalidad de la misma, controlar el suministro de todo tipo de productos a Roma, así como ejercer la justicia en el ámbito fiscal. Los procuradores presidían juicios sobre cuestiones fiscales, lo que bajo el mandato de Nerón derivó en una usurpación de las funciones del gobernador y del jurídico de la *Citerior*. Sorprendentemente, cuando el gobernador y el procurador entraban en conflicto, el gobernador se solía encontrar en inferioridad de condiciones (Dig. 1, 16, 9). Además de la diferencia de extensión territorial, el procurador de la *Citerior* tenía dos grandes diferencias respecto al de la *Lusitania*. En primer lugar, el primero tenía la función y responsabilidad de la adquisición y transporte de mercancías para el abastecimiento del ejército (Str. 3, 4, 20; Remesal 1990, 59-65). En segundo lugar, era el encargado del control de la extracción del metal de minas estratégicas y de su envío a Roma. De este modo, en el caso de que el gobernador *citerior* se rebelase contra el emperador, tenía en su mano la capacidad de cortar el suministro a los rebeldes.

Desde finales del siglo I d.C. encontramos en la *Citerior* una división en el cargo. Surge la figura del *procurator Asturiae et Callaeciae* de rango ducenario para los tres *conuentus* del noroeste, mientras que el *procurator Hispaniae Citerioris* o *Tarraconensis* se ocuparía de los cuatro restantes. En época de Septimio Severo se eliminó la procuratela del noroeste, para volver a un solo procurador provincial (Alföldy 2002a, 45-51).

2. La Bética, provincia senatorial

La *Hispania Vltior Baetica* fue el resultado de la división, en época augustea, de la *Hispania Vltior* republicana. Tenía su capital en *Corduba*. La Bética era una provincia «senatorial», es decir, encomendada al Senado romano, frente a aquellas controladas directamente por el emperador. Esta adscripción se debió a que se trataba de una provincia totalmente pacificada a comienzos del Imperio, y que no requería de presencia

militar. Fue la única provincia «senatorial» de Hispania en época altoimperial.

La Bética comprendía –*grosso modo*– los territorios de la antigua Turdetania, muy asimilados al modo de vida de Italia, con una sólida estructura social urbana, lo que influyó sin duda alguna en el modo de administrarla (Cortijo 1993, 27 y ss.). Se encontraba articulada por el Guadalquivir y sus afluentes, y contaba con cuatro *conuentus*: *Astigitanus*, *Hispalensis*, *Cordubensis* y *Gaditanus*.

El gobernador, que recibía el título de procónsul, era un cargo que se elegía entre los senadores romanos que hubiesen cumplido al menos cinco años desde el cargo de pretor. El mandato duraba un año, aunque a menudo era prolongado por un periodo igual o mayor. A diferencia del gobernador de las provincias dependientes directamente del emperador, no recibía *mandata*, es decir, órdenes por parte de la máxima autoridad imperial. Su vestimenta oficial era la toga, y su cargo conllevaba seis *fascios* portados por lictores, uno más que los gobernadores de las provincias imperiales. Sus funciones se centraban en la administración de justicia y en la resolución de asuntos administrativos. Carecía de poder militar, y de los asuntos fiscales se ocupaban el cuestor y el procurador.

Dentro de las provincias «senatoriales» del Imperio, el cargo de gobernador de la Bética estaba relativamente bien considerado, a la altura del de otras como la Narbonense o Sicilia. Pero no alcanzaba el estatus de África y Asia, cuyo procónsul era de rango consular, es decir, que debía haber ocupado el cargo de cónsul para optar a su gobierno. Si bien las fuentes reflejan que el gobernador era elegido mediante sorteo (*sortitio*, como afirman Tac. *Agr.* 42, 1; Plin. *Ep.* 6, 22, 7; Dio Cass. 53, 14, 1-4), un vistazo a la carrera de los mismos hace poner en duda esta circunstancia, al igual que sucede en otras provincias (Alföldy 1969, 267-271; Eck 1972, 32). En general, el cargo fue ocupado por senadores de origen muy diverso, muchos de los cuales llegaron a ocupar posteriormente el consulado y otros cargos superiores, mientras que otros no llegaron a lograr el rango consular (Alföldy 1969, 269). Hay que reseñar que en un momento cercano al mandato de Severo Alejandro, la Bética pudo pasar a depender del emperador, al igual que la *Lusitania* o la *Citerior*, a raíz de las enormes consecuencias que tuvieron las ya aludidas invasiones de los *Mauri* (Eck 1974, 533-540; Alföldy 1995, 29-42).

En lo que respecta al legado, los gobernadores de las provincias senatoriales ostentaban directamente el *imperium* (al contrario que los gobernadores de las provincias dependientes directamente del emperador) y designaban este tipo de legados que dependían directamente de ellos y los acompañaban durante su estancia en la provincia (Alföldy 1969, 275). De este modo, generalmente, solían ser elegidos entre los familiares o

amigos del propio gobernador. Era un cargo de confianza del gobernador, a quien ayudaba y aconsejaba cuando lo requería. Su labor principal era la de apoyarlo en la administración de justicia en la provincia.

El *quaestor* era el encargado de la administración financiera. Vigilaba los gastos de la administración y recibía los tributos. Era designado por el Senado, al igual que el gobernador, y se trataba de un joven senador al comienzo de su carrera (veinticinco años aproximadamente) o de un personaje de un *cursus* de tercer o cuarto nivel. Generalmente, los jóvenes senadores de familias importantes solían cumplir el cargo en la capital, Roma, mientras que los menos favorecidos podían acceder a los cargos de cuestor de provincias. De esta manera, nos encontramos en la Bética con algunos cuestores *homines novi* o antiguos caballeros, y parece claro que el haber llevado a cabo este cargo en la Bética tenía poca influencia, positiva o negativa, en la deriva posterior del *cursus honorum* (Alföldy 1969, 279-280). Dependían jerárquicamente del mando directo del gobernador.

Por último, respecto del *procurator*, habría que anotar que su función, a diferencia de la del cargo con el mismo nombre de las provincias imperiales, se limitaba a la de ocuparse y velar por las propiedades del emperador en la provincia. Era un cargo administrativo llevado a cabo por un ecuestre. Las propiedades imperiales en la Bética tuvieron gran importancia, especialmente en época de los Severos, con motivo de las numerosas confiscaciones (Remesal 1996).

3. Lusitania, provincia imperial

La *Hispania Vltior Lusitania* fue, junto con la Bética, una provincia resultante de la división, en época augustea, de la *Hispania Vltior* republicana. *Lusitania* tuvo su capital en *Emerita Augusta*. Era una provincia imperial, al igual que la *Citerior*, pero de una entidad muy distinta. A diferencia de ésta, carecía de minas significativas, carecía de tropas, a excepción de una pequeña guardia en *Emerita*, era geográficamente mucho más reducida y culturalmente, más homogénea. Existieron varios motivos para la creación de la provincia lusitana. En primer lugar, separar una provincia republicana que constaba de dos ámbitos muy diferenciados entre sí. Frente a la Bética, *Lusitania* estaba menos integrada en el modo de vida romano y no tenía una estructura urbana madura. En segundo lugar, se quiso evitar que el gobernador de la Bética controlase un espacio demasiado amplio. En tercer lugar, Augusto quiso tener controlada —bajo un legado nombrado directamente por él— la zona de retaguardia de los territorios del noroeste peninsular, recientemente pacificados en el momento de su creación. Su papel en el concierto del Imperio romano fue inverso al de la *Citerior*, es decir, que conforme el Imperio se fue desarrollando, la provincia *Lusitania* fue adquiriendo

una importancia mayor, hasta el punto de que Diocleciano estableció en *Emerita* la capitalidad de la nueva diócesis hispana.

La *Lusitania* comprendía el territorio situado entre el río Guadiana y el Duero. Su importancia económica era menor que la de la *Citerior* o la de la Bética, pero su localización en la fachada atlántica le permitió tener un papel importante en el comercio marítimo. Se encontraba dividida en tres *conuentus*: *Emeritensis*, *Scallabitanus* y *Pacensis*.

El cargo de gobernador de la *Lusitania*, a diferencia del de la *Citerior*, no era un cargo especialmente prestigioso al comienzo del Imperio: al contrario que otros gobiernos de rango pretorio, no tenían legiones a su mando. Lo ocupaban senadores de origen humilde y con un futuro no demasiado prometedor que, además, tenían que ocupar un segundo cargo pretorio antes de llegar al consulado (Alföldy 1969, 295). Un episodio que nos puede ilustrar el estatus de este cargo es aquél en el que Nerón, para librarse del futuro emperador Otón, marido de Popea, su amante, lo humilló «desterrándolo» como gobernador a esta provincia (Plut. *Otho* 20, 1; estudiado por Fernández Uriel 2001, 65).

Sus funciones serían las mismas que las del gobernador de la *Citerior*, pero en un territorio —como se ha dicho— sin una legión y sin grandes minas. Por esta circunstancia, su labor de administrar justicia y controlar el correcto funcionamiento de los municipios de su provincia adquiriría una especial importancia. A la hora de ejercer la labor de administración sobre el terreno, la menor extensión geográfica hacía más fácil los trayectos por la provincia.

El procurador de la *Lusitania* tenía las mismas funciones que las que acumulaba el procurador de la *Citerior*. Como todos los procuradores, se trataba de un personaje del rango ecuestre. Contaba con el mismo rango salarial que el de la *Citerior* y el de la Bética, 200.000 sesteracios anuales.

4. La Hispania Superior, provincia ecuestre

No hace muchos años se descubrió la primera referencia a la provincia *Hispania Superior* (fig. 2). Esta provincia habría sido creada por el emperador Caracala entre los años 211 y 217 d.C. En opinión de G. Alföldy, autor de la única monografía sobre el tema hasta la fecha (Alföldy 2000), comprendía únicamente los dos *conuentus* de *Callaecia*: el *conuentus Bracaraugustanus* y el *Lucensis*. Su capital se encontraría en *Lucus Augusti* (la actual Lugo) y habría sido la única provincia hispana gobernada por un procurador de rango ecuestre. Es decir, que se habría tratado de un caballero y no de un senador, como ocurría en la *Citerior*, la *Lusitania* y la Bética. El gobernador tuvo un rango ducenario, con un sueldo de 200.000 sesteracios por ocupar el cargo.

De ser esta hipótesis correcta, la *Hispania Superior* habría sido durante años confundida con la *prouincia Hispania Noua Citerior Antoniniana*. Sin embargo, esta provincia *Noua Citerior* sería la propia provincia *Hispania Citerior* con un título que reflejó las actividades de reorganización provincial de la época. Conoceríamos a un solo gobernador de la *Hispania Superior*, Cayo Servilio Diodoro. Las razones que habría utilizado Caracala para crear esta nueva provincia (reducción del poder del gobernador citerior y un mayor control de las minas) no debieron de resultar suficientemente eficaces, ya que en el 235 d.C. Maximino vuelve a incorporarla al territorio de la *Hispania Citerior* (Ozcáriz 2007, 33-46). No está descartado que el noroeste volviese a conformar una provincia independiente entre el 238 y la reforma de Diocleciano.

5. La Hispania Transduriana

En una polémica inscripción hallada en el Bierzo y publicada en 1999 —a la que, por otra parte, se dedica atención en otro lugar de este volumen— aparece mencionada por primera vez una *Transduriana prouincia*. Por su nomenclatura no cabe duda de que se trata de los territorios localizados al norte del río Duero, y su nombre está aplicado desde una perspectiva del sur del

río Duero (desde la *Vlterior*). Desde el momento de su descubrimiento, la bibliografía publicada sobre el tema ha sido abundantísima, al contrario de lo ocurrido con la *Hispania Superior* (entre otros trabajos, y con más bibliografía en el capítulo correspondiente, puede verse: Balboa 1999; Alföldy 2000b y 2007, 8-9; Costabile/Licandro 2000; Grau/Hoyas 2001; Sánchez Palencia/Mangas 2000, etc.).

Durante la conquista del noroeste peninsular existió, pues, una *Transduriana prouincia*, probablemente en referencia a la *Asturia et Callaecia*. Algunos de los autores han visto en ella una provincia creada y estructurada al igual que cualquier otra, con la particularidad de que su duración habría sido breve. Sin embargo, parece más probable que, en este caso, se hubiese entendido por *prouincia* otra de las acepciones que tenía esta palabra: una «misión militar especial desarrollada en una zona», el «ámbito de competencia de un funcionario, dentro de una auténtica provincia» o, en definitiva, una encomienda restringida a un territorio (Martín 2003, 606-609). Por lo tanto, no deberíamos entender la *Transduriana* como la cuarta provincia de Augusto, sino como un ámbito de actuación durante las guerras cántabras y durante el posterior periodo de organización del territorio. De este modo, el goberna-



Fig. 2. División provincial de Hispania a comienzos del siglo III d.C.

dor de la *Transduriana prouincia* habría sido el mismo que el de la provincia de la que hubiese dependido la zona conocida como *Asturia et Callaecia*.

c) Burocracia y otros cargos de la administración imperial

Una vez analizadas las provincias hispanas y su personal administrativo más representativo, cabe señalar que el resto de la administración provincial no se caracterizaba por una excesiva complejidad. Pese a ello, una provincia romana contaba con numerosos funcionarios, tanto libres, como libertos o esclavos imperiales que llevaban a cabo labores principalmente burocráticas y administrativas, aunque también ocupaban cargos excepcionales que requerían de un nombramiento para una situación puntual. La labor judicial era una de las que más burocracia producía. Debemos pensar que ésta sería la labor principal del gobernador y que, en muchos casos, existían recogidas de datos previas al juicio. Todas las sentencias quedaban anotadas y archivadas. El área fiscal también requería de una importante labor administrativa. Gracias a fuentes como las inscripciones de las ánforas del Testaccio (Roma) sabemos que cada una de los millones de ánforas que exportaba la Bética por todo el mundo antiguo pasaba un control fiscal, que era recogido en los archivos de la administración (Remesal 2004, 127-148). Además, debemos tener en cuenta que los censos identificaban a todos los habitantes de la provincia y sus datos quedaban archivados en la capital provincial y en la capital del Imperio, Roma. Conocemos relativamente bien los cargos administrativos menores que llevaban a cabo todas estas actividades. Algunos de ellos eran ocupados por ecuestres, miembros del ejército (sobre todo en la *Hispania Citerior*) y otros, por esclavos y libertos de la familia *Caesaris*.

Dentro de la otra serie de puestos administrativos reservados a personajes de rango ecuestre podemos destacar los siguientes (Ojeda 1993): *a*) en primer lugar, para defender los asuntos de interés del fisco romano en los asuntos judiciales, estaba el *aduocatus fisci*, llevado a cabo por un ecuestre que trabajaba junto a los *procuratores*. El cargo fue creado por Adriano y existía un único *aduocatus fisci* para las tres provincias hispanas (*CIL*, VIII, 11341 = 23219 = *ILS*, 9016). Era de categoría sexagenaria, por tanto, con un salario de 60.000 sesteracios anuales; *b*) las luchas de gladiadores tenían la suficiente importancia como para justificar la existencia de un *procurator familiae gladiatoriae*, para un ámbito en el que se encontraban integradas las tres provincias hispanas (*CIL*, III, 6753 = *ILS*, 1396). Era un cargo sexagenario; *c*) el *procurator XX hereditarium* era el encargado de recaudar el impuesto sobre las herencias, que era un 5% de lo heredado (*CIL*, VI, 1633 = *ILS*, 1426). Era un cargo sexagenario y en Hispania

existía uno para la *Citerior* y otro para la Bética y la *Lusitania*; *d*) el *procurator kalendarii Vegetiani* estaba encargado de administrar los bienes de la familia de los *Valerii Vegeti*, en la Bética (*AE*, 1978, 400; Remesal 1996). Tenía categoría centenaria, es decir, contaba con un salario anual de 100.000 sesteracios; por último, *e*) el *procurator ad ripam Baetis* debía encargarse del mantenimiento y limpieza de las orillas del Guadalquivir (*CIL*, II, 1177). Era un cargo sexagenario.

También existían otros cargos ecuestres de carácter más circunstancial, como *adiutor ad census* («ayudante en la realización del censo»: *AE*, 1939, 60), *censitor conuentus Caesaraugustani* («censor del convento caesaraugustano»: *CIL*, VIII, 7070), *praefectus Asturiae* (*CIL*, II, 4616 = *ILS*, 6948 = *IRC*, I, 101), *praefectus Callaeciae* (*CIL*, II, 3271 = *CILA*, 3, 92), *adiutor praefecti annonae* («ayudante del prefecto de la *annona*»: *CIL*, II, 1180 o *AE*, 1983, 973), *subprocurator prouinciae Lusitaniae* (*CIL*, XII, 2327 o *AE*, 1935, 4) o *missus pro censore ad Lusitanos* (*CIL*, X, 680), entre otros.

Dentro de un ejército como el hispano existían numerosos soldados o militares de diferente graduación que llevaban a cabo labores administrativas. Su carácter marcial les hacía seguir una estricta jerarquía, y su función no se limitaba a aspectos militares sino también civiles, ya que, como destacaron J. M. Roldán (Roldán 1974) o P. Le Roux (Le Roux 1982), el ejército fue una de las piezas más importantes de la administración romana en Hispania. El ocupar cargos de este tipo servía para ascender en el escalafón del ejército. En la *Hispania Citerior* tenemos documentos testimonios, entre otros, de *beneficiarii consularis* o *procuratoris* (cargos militares al servicio de las órdenes del gobernador o del *procurator*, para realizar funciones como, entre otras, el control de las mercancías en tránsito, por ejemplo en *CIL*, II, 4144 = *RIT*, 185), *commentariensis* (funcionarios encargados de los diarios oficiales, como en: *CIL*, II, 4179 = *ILS*, 2384 = *RIT*, 229), *cornicularii* (debieron de realizar funciones de ordenanza, escritura y archivos, además de redactar, al igual que los *commentariensis*, las sentencias y los escritos oficiales: *CIL*, II, 4155 = *RIT*, 201), *frumentarii* (llevaban a cabo misiones de especial dificultad, como la búsqueda de criminales: *CIL*, II, 4150 = *RIT*, 203), *quaestionarii* (encargados de llevar a cabo las ejecuciones ordenadas por el gobernador, así como las torturas que se tuviesen que realizar cuando fuese necesario: *CIL*, II, 4156 = *ILS*, 2383 = *RIT*, 200), *speculatores* (encargados del servicio postal en el *cursus publicus*, escoltas, espías y encargados también de llevar a cabo ejecuciones: *CIL*, II, 4143 = *RIT*, 205), *stratores* (encargados de los caballos y establos del gobernador, además de servir como escolta privada: *CIL*, II, 4114 = *ILS*, 1140 = *RIT*, 130) y un largo etcétera.

La familia *Caesaris* era otro de los pilares de la administración inferior de las provincias. Estaba formada

por los esclavos y libertos imperiales que el emperador empleaba con el fin de cubrir las funciones administrativas, generalmente, de carácter menor. Este grupo de funcionarios pudo servir al emperador, por un lado, para realizar las labores más básicas de la administración, pero, por otro lado, para pulsar la situación social y política de la provincia. Su fidelidad al emperador era muy fuerte, por lo que le eran extremadamente útiles. Al contrario de lo que se suele afirmar, existía un tipo de *cursus honorum* también para los esclavos imperiales. A los veinte años habrían llevado a cabo labores como *Caesaris serui* y, a los treinta, como *Augusti liberti*. A los cuarenta llegarían a los cargos más conocidos por la Epigrafía (Weaver 1972, 224-225). Antes de la liberación, debían haber cumplido al menos diez años de servicio con el rango de esclavos. Su labor era principalmente burocrática.

Algunos de estos cargos con testimonios en Hispania fueron los siguientes: *arkarii* (encargados de una caja: *HAE*, 863 = *RIT*, 239), *a commentariis* (encargados de redactar los protocolos, registros y demás *commentarii*; también actuaban como archiveros y eran los encargados de organizar las cartas, documentos, etc., así como las *epistulae* que mandaban los emperadores a los gobernadores: *AE*, 1930, 152 = *RIT*, 233), *dispensatores* (encargados de hacer pagos de diferentes cajas: *AE*, 1983, 532 = *CIL*, II²/7, 189), *procuratores liberti* (los *procuratores* libertos se encontraban bajo el mando de los *procuratores* ecuestres y realizaban tareas subalternas. Su cargo se encontraba muy relacionado con el ejército, bien por el pago de la soldada, bien por otras cuestiones como la extracción minera: *IRMataró*, 35 = *AE*, 1983, 630 = *IRC*, I, 89 = *HEp*12, 47, comentados en: Alföldy 2000a, 48-51; y Ozcáriz 2002b, 191-194), *tabellarii* (encargados de los correos: *RIT*, 244), *tabularii* (guardaban las *tabulae* de cera y llevaban la contabilidad de los impuestos directos e indirectos, el balance de la caja provincial, así como se encargaban de enviar el balance a la caja central de Roma: *AE*, 1982, 537 = *CIL*, II²/7, 290).

d) El *concilium* provincial

Desde época augustea, una vez al año se reunían los representantes de las comunidades de cada una de las provincias para celebrar un *concilium*. En el caso de las provincias hispanas, el *concilium* tenía lugar en cada una de las capitales provinciales. Esta reunión tenía una finalidad principalmente religiosa. En ella se nombraba un *flamen* provincial, que era el representante de la provincia para el culto imperial. Como afirma Plinio, durante el siglo I d.C., en *Hispania Citerior* el cargo de *flamen* provincial tenía una importancia especial, y podía servir para ascender en el escalafón político imperial (Plin. *Ep.* 2, 13, 4). Por esta razón, la mayoría de personajes que ocupan el cargo proceden de *Tarra-*

co y pertenecen a importantes familias provinciales. A partir del siglo II d.C., su importancia va decreciendo y sirve a familias de otras zonas de la provincia para alcanzar un importante estatus, pero siempre a nivel provincial (Alföldy 1973).

Con el tiempo, estas reuniones fueron teniendo una importancia mayor, ya que llegaron a servir a los provinciales para elevar quejas al emperador de actuaciones poco éticas del gobernador en la provincia, como ocurrió en la Bética. También sabemos que podían mandar embajadores a los emperadores, como en el caso de la *Citerior*, que envió a un *Pompaelonensis* a *Sirmium*, en el siglo II d.C. (*CIL*, II, 4252, 973 = *ILS*, 6941 = *RIT*, 327). Sabemos, por tanto, que sirvieron como un elemento de cohesión y de representación de los territorios para la administración romana. Tenemos noticia de un *concilium* extraordinario de las tres provincias hispanas en *Tarraco*, convocado por el emperador Adriano con motivo de solicitar un aumento de la tributación durante su visita a la Península (SHA. *Hadr.* 12).

Organización conventual de las provincias hispanas

a) Las supuestas diócesis

Durante casi un siglo, los investigadores de la Antigüedad han trabajado sobre la hipótesis de que en la provincia *Citerior* existieron dos divisiones administrativas durante el Alto Imperio: los *conuentus* y las diócesis. Así, la provincia estaría dividida en tres diócesis y al mando de cada una de ellas habría un legado; afirmación basada en un texto de Estrabón (Str. 3, 4, 20) y en una inscripción del siglo III d.C. (*EE*, IV, 224 = *ILS*, 8842 = *AE*, 1911, 136). Sin embargo, resulta imposible la yuxtaposición de estas dos estructuras administrativas paralelas. Todo se debió a una artificial construcción historiográfica de largo recorrido (Ozcáriz 2006, 117-139). El comienzo de esta trayectoria se encuentra en una simple reflexión de Th. Mommsen, en la que afirmaba que la presencia de un funcionario de la «diócesis» tarraconense de la inscripción a la que nos hemos referido podría estar en relación con los territorios controlados por los legados a los que se refiere Estrabón (Mommsen 1881, 224-225). No existe ningún otro dato. Hoy resulta claro que la citada inscripción del siglo III d.C. hace referencia bien al *conuentus* tarraconense, bien a toda la provincia *Citerior*. Las circunscripciones de Estrabón son los ámbitos de acción de los legados jurídicos y de legión, y se limitaron al periodo de las guerras cántabras y a un breve momento posterior, si bien en ningún caso se les puede aplicar el término de «diócesis», que proviene de una inscripción realizada doscientos años después. Toda la construcción historiográfica empezó a derrumbarse cuando,

en 1923, E. Albertini (Albertini 1923) señaló que no existían las diócesis, pero todavía hoy día no resulta extraño encontrar referencias literales o reducidas a estas circunscripciones en manuales o historias generales de Hispania.

b) La división conventual

Las provincias hispanas, al igual que muchas otras como *Asia*, *Macedonia*, *Creta-Cyrene*, *Achaia*, *Lycia-Pamphylia*, *Arabia* o *Pannonia*, estaban divididas en subdivisiones menores. Pese a ser conocidas con términos diferentes, como *conventus*, *pagi*, *pagi*, etc., todas ellas hicieron referencia a una misma realidad administrativa (Haensch 1997; Ozcáriz 2006, 19-26). La existencia de los *conventus* hispanos es conocida principalmente gracias a Plinio, quien, detalladamente, señala la capital y las ciudades que pertenecen a cada uno. El caso de la *Citerior* resulta especial, por las numerosas referencias epigráficas relativas a estas subdivisiones administrativas que son muy escasas para otros lugares. Estos *conventus* son conocidos como *conventus iuridicus* –en singular–, por su función principal de ser circunscripciones jurídicas. Cada cierto tiempo (en Hispania podría ser de manera anual, aunque en otros lugares como Egipto sabemos que era cada dos años) y durante la época del año más favorable para ello, el gobernador realizaba un viaje por la provincia, con unas etapas seriadas en fechas preestablecidas en las capitales de cada *conventus* (Cortijo 2007, 271 y ss.). En ese lugar, durante tres días, juzgaba los asuntos que se presentaban, según un orden también establecido. La palabra *conventus* (que significa «reunión») se utilizaba para identificar tanto el juicio, como el día del juicio, así como el territorio que englobaba (Burton 1975, 92-97; Eck 1989, 204-224 y 1995, 337-338; Haensch 1997, 28 y ss.). Pero los *conventus* de Hispania –al menos los de la *Citerior*, como veremos más adelante– tuvieron más funciones que la judicial.

La *Citerior* estuvo dividida en siete *conventus* (Plin. HN. 3, 3, 18): *conventus Tarraconensis*, con capital en *Tarraco*; *conventus Carthaginensis*, con capital en *Carthago Noua*; *conventus Caesaraugustanus*, con capital en *Caesar Augusta*; *conventus Cluniensis*, con capital en *Clunia*; *conventus Asturicensis*, con capital en *Asturica Augusta*; *conventus Lucensis*, con capital en *Lucus Augusti*; y *conventus Bracarenensis*, con capital en *Bracara Augusta*.

La *Baetica* estuvo dividida en cuatro *conventus* (Plin. HN. 3, 1, 7): *conventus Gaditanus*, con capital en *Gades*; *conventus Astigitanus*, con capital en *Astigi*; *conventus Cordubensis*, con capital en *Corduba*; y *conventus Hispalensis*, con capital en *Hispalis*.

La *Lusitania* estuvo dividida en tres *conventus* (Plin. HN. 4, 113, 117-118): *conventus Emeritensis*, con capital en *Emerita Augusta*; *conventus Pacensis*, con capi-

tal en *Pax Iulia*; y *conventus Scallabitanus*, con capital en *Scallabis*.

Hoy día está generalmente aceptado que la red conventual fue establecida por Augusto, probablemente en su segunda venida a la Península, en torno al año 13 a.C. (Sancho 1981, 31-32; Alföldy 2002b; Le Roux 2004). Pero creemos razonable precisar que la creación de la disposición de la red conventual habría sido anterior a la incorporación del territorio al norte del Duero a la provincia *Citerior*. El lector puede observar una gran diferencia de configuración entre de los *conventus* de *Lusitania* y Bética por un lado, y los cuatro *conventus* más orientales de la *Citerior* por otro (fig. 3). Sin embargo, los tres *conventus* del noroeste de la *Citerior* (probablemente cuatro, si tenemos en cuenta que el *Asturum* pudo estar dividido en dos) tienen una configuración mucho más reducida, a semejanza de aquellos de *Lusitania* o Bética. Podría argumentarse que esta diferencia de amplitud se debía a la especificidad de un territorio recién conquistado. Sin embargo, el territorio de los *Cantabri* estaba también recién incorporado y fue incluido en el *conventus Cluniensis*, mucho más amplio que su propia *regio*.

Como ocurre en otras provincias, los *conventus* y sus capitales no tuvieron porqué ser invariables, y por esta razón nos encontramos con referencias epigráficas a un *conventus arae Augustae*, probablemente una división temprana del *conventus Asturum*, que podría responder a la diferencia entre los astures augustanos y los transmontanos, aunque existen dudas al respecto (Alföldy 2007b). La veracidad de la inscripción que nos transmite este nuevo *conventus* no es aceptada por todos los investigadores, aunque por ahora parece más razonable defender su autenticidad.

Si bien la creación de la estructura conventual se la debemos a Augusto, resulta muy probable que, con posterioridad (probablemente bajo Vespasiano [69-79 d.C.], momento en el que escribe Plinio), la red conventual se modificase, ya que a partir de entonces las divisiones conventuales cobran un mayor protagonismo. Quizá no fue el último momento en el que se produjo una reordenación de la red conventual. Como ha señalado también U. Espinosa, la sorprendente presencia de tres jurídicos diferentes en la ciudad de *Calagurris* podría indicar que en dicha ciudad hubo un centro estable para la administración de justicia en la zona (Espinosa 1983).

Los criterios de la división territorial en *conventus* son varios. Cada uno tenía que tener una capital y unos límites que, en los territorios bien romanizados como la Bética, eran principalmente geográficos, como ríos o cadenas montañosas (Cortijo 2007). En otros lugares, donde la presencia romana era mucho más débil, se respetaban las divisiones culturales. Éste fue el caso de la división entre los astures y cántabros, o entre los vándulos y vascones.

La estructura conventual fue utilizada con varios fines. En primer lugar, como hemos visto, la función principal de los *conuentus* era la de administrar justicia en la forma citada. Sin embargo, como veremos, al menos en el caso de la *Citerior*, el calificativo de *iuridici* no resulta de todo exacto, ya que los *conuentus* fueron utilizados para otras cuestiones. En segundo lugar, eran circunscripciones para organizar el culto imperial. A semejanza del concilio provincial, también se celebraba un *concilium* con representantes de todo el *conuentus* (CIL, VI, 1454). En él, entre otras cosas, se elegía un *sacerdos* o un *flamen* y flamínica del *conuentus*, encargados del culto imperial (asunto tratado de forma monográfica en otro lugar del presente volumen). En tercer lugar, son circunscripciones (al menos de forma circunstancial) para la realización del censo. Gracias a una inscripción que menciona a un *censor conuentus Caesaraugustanus*, sabemos que, al menos en ese momento concreto, la división conventual sirvió en la *Citerior* para organizar la realización del censo (CIL, VIII, 7070). Esta función pudo no ser permanente, a raíz de la inscripción CIL, VI, 1453 (Sayas 1989). A ese cargo del *conuentus Caesaraugustanus* hay que añadir el dato que Plinio nos ofrece de las cifras de los hombres libres de los tres *conuentus* del noroeste (Plin. HN. 3, 3, 28). Aunque no ha sido destacado, tanto la datación de la inscripción del *censor conuentus Caesaraugustanus*, como las cifras de Plinio, nos remiten a la época flavia, con lo que tendríamos testimonio en cuatro de los siete *conuentus* de que este censo se realizó de acuerdo a la estructura conventual. En cuarto lugar, tenemos que apuntar que los *conuentus* habrían tenido una función relacionada con la administración fiscal. Más precisamente, como circunscripciones de control del impuesto del *portorium*. En la *Hispania Citerior* todos los *conuentus* tienen una salida al mar, lo que provoca una disposición geográfica muy particular: habitantes del *conuentus Carthaginiensis* tenían que hacer hasta 500 kilómetros para llegar a *Carthago Noua*. Otros ciudadanos de los *conuentus Cluniensis* y *Caesaraugustanus* también tenían que hacer largas jornadas para acceder a su capital, aunque ciertamente no tantas como los del primer caso. Si en el criterio de organización territorial hubiese primado la facilidad de acceso de los habitantes del *conuentus* hacia la capital para que se les administrase justicia, habría sido mucho más lógico establecer otro *conuentus* en el centro de la Península, por ejemplo, en torno de *Segobriga*. Pero tuvo que existir otro criterio más importante. Éste —como se ha anticipado— tuvo que guardar relación con el hecho de que todos los *conuentus* tuviesen una salida al mar. La salida al mar de unas subdivisiones provinciales solo puede estar en relación con el control fiscal de los productos que partían o llegaban a la provincia. La posible «función» fiscal de los *conuentus* no es novedosa del todo: se había propuesto, gracias al *censor conuentus Caesaraugustanus*

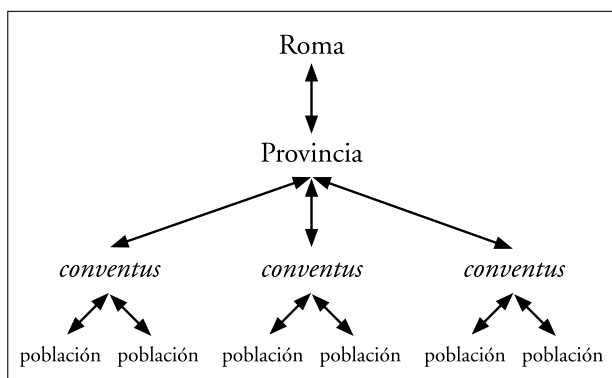
mencionado anteriormente, y a que dicha función ya había sido defendida para los *conuentus* asiáticos (Cortijo 1993, 136; y sobre la función fiscal de *conuentus* de otras provincias: Ozcáriz 2006, 91-108). En una simple observación del mapa (fig. 3) podemos comprobar que la salida «directa» al mar se habría establecido solo en la provincia *Citerior*. Pero todos los *conuentus* béticos y lusitanos que carecían de ella (*Emeritensis*, *Cordubensis* y *Astigitanus*) contaban con vías fluviales que, en la práctica, eran salidas al mar y que, en lo referente al control fiscal, resultaban igual de válidas que si se hubiesen encontrado en la propia costa. En los *tituli delta* del monte Testaccio, en los que se encuentra señalado el control fiscal que pasaban las ánforas béticas de tipo Dressel 20, se encuentra detallado el lugar en el que se realizaba dicho control. Éste (*Corduba*, *Hispalis* y *Astigi*), probablemente, no se refiere a la ciudad sino al territorio conventual (Remesal 1979). A esta circunstancia hay que añadir que se han podido apreciar diferencias paleográficas y de formulario dependiendo de si el *titulus delta* fue realizado en un *conuentus* o en otro (Aguilera 2001).

A menudo se ha afirmado que los *conuentus* tenían como función el lograr integrar en el mundo romano a las comunidades recientemente conquistadas (Lomas 1999, 172-173). Esta opinión resulta lógica solo en el caso de que se refiera a los tres *conuentus* del noroeste más el cluniense, y nunca puede ser una explicación a la creación de la red conventual en Hispania, como se ha afirmado, ya que en ese caso no tendría lógica que los *conuentus* se aplicasen también a béticos, lusitanos o tarraconenses. Algo distinto es que los *conuentus* sirviesen de referencia administrativa a aquellas comunidades que carecían de ella, y que hubiesen sido utilizados como un ámbito de referencia que compensase la falta de una estructura urbana madura.

Los *conuentus* también sirvieron, sin duda alguna, para que Roma pudiese acceder de manera más eficaz a todos los puntos de las provincias, tal y como sucedía en Asia (Deininger 1965, 15; y Merola 2001, 146-147). En esta provincia, sabemos que el emperador escribía al gobernador para mandarle una orden, y le indicaba que la trasladase a cada capital conventual con el fin de que desde ahí llegase a todos sus puntos. El funcionamiento se produciría conforme algo parecido al esquema de la página siguiente.

Esta utilidad también sería de doble vía, al menos en lo que respecta a las instancias judiciales y el sacerdocio del culto imperial.

Hoy día está prácticamente descartada cualquier relación entre la estructura conventual y la organización militar. Los trabajos iniciales de J. de Castro (Castro 1950) y de D. Estefanía (Estefanía 1958) que apuntaban la posibilidad de que los *conuentus* pudiesen tener una función en la construcción de infraestructuras no han tenido ninguna continuidad.



Reflexión final

Ha quedado suficientemente reflejado en las páginas anteriores que el sistema administrativo de un territorio como la península Ibérica dista mucho de ser calificado de «propio de aficionados» como, de hecho, ha definido algún autor a la administración imperial de las provincias (Garnsey/Saller 1991, 39). Como se ha visto, se trataba de una estudiada organización administrativa que mantuvo a lo largo de tres siglos, con mayor o menor éxito, la prosperidad y el *statu quo* de estas tierras. La reforma administrativa desarrollada por Augusto se convirtió en un sistema sólido que so-

brevió en su esencia principal durante toda esta etapa histórica. Sin embargo, en contra de lo que suele ser reflejado por gran parte de los manuales, esto no quiere decir que se tratase de un sistema férreo e inamovible, que permaneciese en su forma original desde su creación hasta su final, provocado por Diocleciano.

Así, situaciones excepcionales como el final de la conquista del noroeste, invasiones de pueblos del norte de África o el simple cambio producido en la evolución histórica de la *Callaecia* produjeron modificaciones naturales en el sistema: provincias que no llegaron a cuajar, gobiernos conjuntos de dos provincias, o nuevas provincias de breve duración. Roma consiguió establecer un cuerpo sólido, dotado de la suficiente flexibilidad como para evitar su anquilosamiento. Esta práctica ya era puesta de manifiesto desde el siglo I d.C., cuando Estrabón afirma que «las variadas divisiones administrativas establecidas por los jefes de Estado cambian según las circunstancias» (Str. 4, 1, 1).

Para finalizar, quisiéramos dejar constancia de que la administración de las provincias hispanas no era una cuestión aislada ni independiente respecto al resto del Imperio. Las diferentes provincias formaban parte de una red interprovincial en la que cada una de ellas tenía su papel que aportar al común del Imperio. La Península, en el contexto pacificado del Alto Imperio,



Fig. 3. Red conventual de la península Ibérica, superpuesta a la actual red provincial.

recibió de Roma un legado de prosperidad en todos los ámbitos económicos y sociales. Por su parte, la Península aportó a Roma otro legado que estuvo a la misma altura que el recibido. En definitiva, la administración romana de las provincias hispanas permitió la total integración de la Península en un Imperio romano que podemos considerar como el primer entorno globalizado a nivel internacional.

Bibliografía

- ABAD, L. 1996: «La epigrafía del Tolmo de Minateda (Hellín, Albacete) y un nuevo municipio romano del *conventus Carthaginensis*», *AEspA*, 69, 77-108.
- AGUILERA, A. 2001: «Los *tituli picti* delta del convento astigitano en el primer tercio del s. III d.C.», en: *Congreso Internacional Ex Baetica Amphorae. Conservas, aceite y vino de la Bética en el Imperio romano (Écija y Sevilla, 17 al 20 de diciembre de 1998)*, Écija, 1231-1240.
- ALBERTINI, E. 1923: *Les divisions administratives de l'Espagne romaine*, París.
- ALFÖLDY, G. 2007a: «Allocutio congressui inaugurando habita», en: MAYER, M.; BARATTA, G.; GUZMÁN, A. (eds.): *XII Congressus internationalis epigraphiae graecae et latinae*, Barcelona, 3-14.
- 2007b: «Fasti und Verwaltung der hispanischen Provinzen: zum heutigen Stand der Forschung», en: HAENSCH, R.; HEINRICHS, J. (eds.): *Der Alltag der römischen Administration. Kolloquium zu Ehren von Werner Eck, Köln 28.-30.1.2005*, Colonia.
- 2000a: *Provincia Hispania Superior*, Heidelberg.
- 2000b: «Das neue Edikt des Augustus aus El Bierzo», *ZPE*, 131, 177-205.
- 1995: «Der Status der Provinz Baeticae um Mitte des 3. Jh.», en: FREI-STOLBA, R.; SPEIDEL, M. A. (eds.): *Römische Inschriften: Neufunde, Neulesungen und Neuinterpretationen, Festschrift für Hans Lieb*, Basilea, 29-42.
- 1985: «Bellum Mauricum», *Chiron*, 15, 91-109.
- 1973: *Flamines provinciae Hispaniae citerioris*, Madrid.
- 1969: *Fasti Hispanienses. Senatorische Reichsbeamte und Offiziere in den spanischen Provinzen des römischen Reiches von Augustus bis Diokletian*, Wiesbaden.
- ALFÖLDY, G.; ABASCAL, J. M.; CEBRIÁN, R. 2003: «Nuevos documentos epigráficos del foro de Segobriga. Parte primera: inscripciones votivas, imperiales y de empleados del Estado romano», *ZPE*, 143, 255-274.
- BALBOA, J. A. 1999: «Un edicto del emperador Augusto hallado en El Bierzo», *Estudios Bercianos*, 25, 45-53.
- BELTRÁN LLORIS, F. 2006: «An Irrigation Decree from Roman Spain: The Lex Rivi Hiberiensis», *JRS*, 96, 147-197.
- BLANCO, A.; FATÁS, G. 1985: *Augusto*, Madrid.
- BONNAUD, CH. 2002: «Vettonia Antiqua: les limites ethniques et administratives d'un peuple de l'ouest de la Meseta dans l'Antiquité», *Estudia Historica. Historia antigua*, 20, 171-199.
- BURTON, G. P. 2002: «The Roman Imperial State (AD 14-235): Evidence and Reality», *Chiron*, 32, 249-280.
- 1975: «Proconsuls, Assizes and the Administration of Justice under the Empire», *JRS*, 65, 92-106.
- CASTRO, J. DE 1950: «Os miliários de Nerva na Gallaecia», *Cuadernos de Estudios Gallegos*, 16, 161-174.
- CORTIJO, M^a. L. 2007: «El papel del *conventus iuridicus* en la descripción geográfica de Plinio el Viejo. El caso bético», en: CRUZ, G.; LE ROUX, P.; MORET, P. (eds.): *La invención de una geografía de la península ibérica. II. La época imperial. L'invention d'une géographie de la péninsule Ibérique. II. L'époque impériale*, Málaga-Madrid, 271-304.
- 1993: *La administración territorial de la Bética romana*, Córdoba.
- COSTABILE, F.; LICANDRO, O. 2000: *Tessera Paemeiobrigensis. Un nuovo editto di Augusto dalla Transduriana provincia e l'imperium proconsulare del Princeps*, Roma.
- DEININGER, J. 1965: *Die Provinziallandtage der römischen Kaiserzeit von Augustus bis zum Ende des dritten Jahrhunderts n. Chr.*, Munich-Berlin.
- DOMERGUE, C. 1990: *Les mines de la péninsule Ibérique dans l'antiquité romaine*, Roma.
- ECK, W. 1995: «Die Leitung und Verwaltung einer prokuratorischen Provinz», en: *Die Verwaltung des römischen Reiches in der Hohen Kaiserzeit. Ausgewählte und erweiterte Beiträge*, vol. 1, Berlin, 327-340.
- 1989: «Die staatliche Administration des römischen Reiches in der hohen Kaiserzeit: Ihre strukturellen Komponenten», en: *100 Jahre Neues Gymnasium Nürnberg, 1889-1989. Festschrift hg. von R. Klein*, Nurenberg, 204-224.
- 1983: «Jahres- und Provinzialfasten der senatorischen Statthalter von 69/70 bis 138/139 (2)», *Chiron*, 13, 147-237.
- 1974: «Ein senatorischer Cursus honorum aus der Mitte des 3. Jahrhunderts n. Chr.», *Chiron*, 4, 533-540.
- 1972: «Zu den prokonsularen Legationen in der Kaiserzeit», *Epigraphischen Studien*, 9, 24-36.
- ESPINOSA, U. 2006: *Administración y control territorial en el Imperio romano. Una aproximación histórica*, Logroño.
- 1983: «Iuridici de la Hispania Citerior y patroni en Calagurris», *Gerion*, 1, 305-326.

- ESTEFANÍA, D. 1958: «Notas para la delimitación de los conventus jurídicos en España», *Zephyrus*, 9, 49-57.
- FERNÁNDEZ URIEL, P. 2001: «Otón, gobernador de Lusitania», *Anas*, 14, 53-76.
- FISHWICK, D. 1987-2005: *The Imperial Cult in the Latin West. Studies in the Ruler Cult of the Western Provinces of the Roman Empire*, Leiden-Nueva York-Colonia.
- GARCÍA Y BELLIDO, A. 1961: «El *Exercitus hispanicus* desde Augusto a Vespasiano», *AEspA*, 34, 114-160.
- GARNSEY, P.; SALLER, R. 1991: *El Imperio romano: economía, sociedad y cultura*, Barcelona.
- GRAU, L.; HOYAS, J. L. (coords.) 2001: *El bronce de Bembibre. Un edicto del emperador Augusto del año 15 a.C.*, Valladolid.
- HAENSCH, R. 1997: *Capita provinciarum. Statthaltersitze und Provinzialverwaltung in der römischen Kaiserzeit*, Mainz am Rhein.
- HERNANDO, M. R. 1995: «La integración del territorio oriental de los Vettones en el marco administrativo provincial romano», *HAnt.*, 19, 77-94.
- JONES, R. F. J. 1976: «The Roman Military Occupation of North-West Spain», *JRS*, 66, 45-66.
- KEAY, S. 2001: «Romanization and the *Hispaniae*», en: KEAY, S.; TERRENATO, N. (eds.): *Italy and the West. Comparative Issues in Romanization*, Exeter, 117-144.
- MCELDERRY, R. K. 1918: «Vespasian's Reconstruction of Spain», *JRS*, 8, 53-102.
- LE ROUX, P. 2004: «La question des conventus dans la péninsule Ibérique d'époque romaine», en: AULIARD, CL. ; BODIOL, L. (eds.): *Au jardins des Hespérides. Histoire, société et épigraphie des mondes anciens. Mélanges offerts à Alain Tranoy*, Rennes, 337-356.
- 1982: *L'armée romaine et l'organisation de provinces ibériques. D'Auguste à l'invasion de 409*, París.
- LOMAS SALMONTE, F. J. 1999: «Consideraciones sobre las *civitates* del cuadrante noroccidental de la península ibérica», en: RODRÍGUEZ COLMENERO, A. (ed.): *Los orígenes de la ciudad en el noroeste hispánico, Actas del Congreso Internacional. Lugo 15-18 de mayo 1996*, Lugo, 171-192.
- MACKIE, N. 1983: *Local Administration in Roman Spain AD 14-212*, Oxford.
- MARTÍN, F. 2003: «Sobre el significado de *provincia*», en: *Vrbs aeterna*, Pamplona, 593-609.
- MEROLA, G. D. 2001: *Autonomia Locale, Governo Imperiale. Fiscalità e amministrazione nelle province asiatiche*, Bari.
- MILLAR, F. 1967: *The Roman Empire and its neighbours*, Londres.
- MOMMSEN, TH. 1881: «Observationes epigraphicae», *EE*, 4, 213-252.
- NAVARRO, F. J. 1999: «Nuevos magistrados senatoriales en la península ibérica. Un complemento a los *Fasti Hispanienses*», en: GONZÁLEZ, J. (ed.): *Ciudades privilegiadas en el Occidente romano*, Sevilla, 443-465.
- OZCÁRIZ, P. 2007: «Algunas consideraciones acerca de la provincia *Hispania Superior* y su administración», *Pyrenae*, 38.2, 33-49.
- 2006: *Los conventus de la provincia Hispania Citerior*, Madrid.
- 2002a: *La provincia Hispania Citerior en el concierto del Imperio romano: la administración civil* [tesis doctoral inédita en proceso de publicación], Universitat de Barcelona.
- 2002b: «El testimonio más antiguo de un procurador liberto de la provincia Hispania Citerior», *Laietania*, 13, 191-194.
- REMESAL, J. 2004: «Las ánforas Dressel 20 y su sistema epigráfico», en: REMESAL, J. (ed.): *Epigrafía anfórica*, Barcelona, 127-148.
- 1996: «*Mummius Secundinus*. El *Kalendarium Vegetianum* y las confiscaciones de Severo en la Bética (HA Severus 12-13)», *Gerión*, 14, 195-221.
- 1990: «Die procuratores Augusti und die Versorgung des römischen Heeres», en: *Akten des 14. Internationalen Limeskongresses 1986 in Carnutum*, Viena, 55-65.
- 1986: *La annona militaris y la exportación de aceite bético a Germania*, Madrid.
- 1979: «D. Colls *et alii*, L'Epave Port -Vendres II et le commerce de la Bétique à l'époque de Claude», *Archaeonautica* 1, 1977» [recensión], *ArchClass*, 31, 379-389.
- RODRÍGUEZ COLMENERO, A. 1996 «Integración administrativa del noroeste peninsular en las estructuras romanas», en: RODRÍGUEZ COLMENERO, A. (coord.): *Lucus Augusti. I. El amanecer de una ciudad*, Lugo, 265-299.
- 1979 *Augusto e Hispania. Conquista y organización del norte peninsular*, Bilbao.
- ROLDÁN, J. M. 1974: *Hispania y el ejército romano. Contribución a la historia social de la España Antigua*, Salamanca.
- SÁEZ FERNÁNDEZ, P. 1990: «Estudio sobre una inscripción catastral colindante con Lacimurga», *Habis*, 21, 205-227.
- SÁNCHEZ-LAFUENTE PÉREZ, J. 2003: «Q. Iunius Rusticus, gobernador de Hispania Citerior bajo Antonio Pío», en: NIETO SÁNCHEZ, J. M. (coord.): *Lógos Hellenikós: Homenaje al Dr. Gaspar Morocho Gayo*, León 557-578.
- SÁNCHEZ PALENCIA, F. J.; MANGAS, J. (coords.) 2000: *El edicto del Bierzo. Augusto y el noroeste de Hispania*, Ponferrada.
- SANCHO, L. 1981: *El convento jurídico Caesaraugustano*, Zaragoza.

- SAYAS, J. J. 1989: «Ad census accipiendos de ciudades vasconas y várdulas y la legatio censualis de un pamplonés», *ETF*(2), 2, 137-152.
- SEECK, O. 1901: «Delegatio (s.v.)», *RE*, IV, cols. 2429-2432.
- SYME, R. 1970: «The Conquest of North-West Spain», en: *Legio VII Gemina*, León, 79-108.
- TRANOY, A. 1991: *La Galice Romain. Recherches su le Nord Ouest de la péninsule Ibérique dans l'Antiquité*, París.
- WEAVER, P. H. R. 1972: *Familia Caesaris, a Social study of the Emperor's Freedmen and Slaves*, Cambridge.

LUCES Y SOMBRAS DEL EDICTO DE AUGUSTO HALLADO EN EL BIERZO (LEÓN): *ERPL*e, 304*

Carmen Castillo García
Universidad de Navarra

Resumen

El bronce de El Bierzo, seguramente grabado para ser expuesto en la ciudad de los *Pamaeiobrigenses*, contenía dos disposiciones sucesivas dadas por Augusto en relación con la situación de privilegio concedida a este pueblo por el emperador. La primera de ellas les concedía la *immunitas* y les restituía sus antiguos territorios. En la segunda, se recogían las consecuencias de esta disposición imperial, que afectaban al pueblo vecino de los *Allobrigaecini*, que quedaban «adscritos» a la *gens* de los primeros, a efectos administrativos. Este nuevo documento descubre la existencia de una demarcación provincial, llamada *Transduriana*, que estuvo vigente solo algunos años y que, geográficamente, coincidiría con la región astur-galaica. Además, la *tabula* da razón de la ya conocida existencia de las tres aras llamadas *Sestianae* en la costa occidental de Galicia, bien documentadas en la literatura antigua, cuyo carácter no estaría necesariamente unido al culto imperial, sino que conmemorarían la victoria de Augusto en las guerras cántabras.

Palabras clave

Augusto, bronce de El Bierzo, *immunitas*, *prouincia Transduriana*, *arae Sestianae*, culto imperial, guerras cántabras.

Abstract

The so-called «Bronce de El Bierzo», probable inscribed to be exposed in the city of the *Pamaeiobrigenses* provides us information of two consecutive dispositions given by Augustus and related with the privileged situation given to this village by the Emperor himself. The first of those granted *immunitas* and restored ancient territories to them. The second one was related with the consequences of such an imperial disposition in its relationship with the village of the *Allobrigaecini*, from then linked to the *gens* of the *Pamaeiobrigenses*, at least for administrative purposes. So, this new document discovers the existence of a new provincial district, named *prouincia Transduriana*, that was in function only for a few years and that, geographically, maybe was coincident with the astur-galaic region. The *tabula* gives us also information on the already known existence of the *arae Sestianae*, located in the occidental coast of Galicia and well documented in ancient literature. Maybe their character is not linked with imperial cult but with the commemoration of Augustus' triumph in the Cantabrian wars.

Keywords

Augustus, *tabula* from El Bierzo, *immunitas*, *prouincia Transduriana*, *arae Sestianae*, Imperial Cult, Cantabrian Wars.

* *HEp*7, 378; *AE*, 1999, 915; *AE*, 2000, 760; *HEp*8, 325: con reseña de estudios hasta 2002.

Presentación del documento

A finales de 1999 se encontró de manera casual —es el modo casi eufemístico de decir que el hallazgo no procede de una excavación arqueológica en regla— una plancha de bronce de forma rectangular de unos 25 cm. de altura por 16 de ancho, que contiene un epígrafe de 27 líneas, cuyo carácter es jurídico, y que, seguramente, estaba hecha para ser expuesta en público —colgada— como indica la anilla que conserva en su parte superior (para fotografías y datos materiales del soporte y la paleografía remitimos a: Sánchez-Palencia/Mangas [coords.] 2000, fig. 1).

Contrariamente a lo que suele ocurrir, la noticia y una primera transcripción del texto se hicieron públicas inmediatamente. Se suscitó así una avalancha de escritos, reuniones científicas y artículos reunidos más tarde en libros: en poco tiempo, apareció una literatura abrumadora de la que se recoge una selección en la bibliografía final. La explicación de este *boom* no es solo el interés del documento, sino las discusiones suscitadas por su interpretación. Porque, si bien la lectura no ofrece grandes dificultades, éstas aparecen a la hora de su interpretación. Baste decir que en el volumen titulado *El Bronce de Bembibre. Un edicto del emperador Augusto* (Grau/Hoyas 2001), se recogen hasta seis traducciones distintas al castellano a las que hay que añadir una traducción italiana.

Ya se suscita una primera cuestión cuando se trata del nombre que debe darse al nuevo hallazgo y al que se ha llamado con una variedad de denominaciones sin precedentes: El Bronce del Bierzo, o bien *Aes Bergidense*, pero también el Edicto del Bierzo, el nuevo Edicto de Augusto de El Bierzo, o *Tessera Paemeiobrigensis*. Las vacilaciones proceden de dos incertidumbres: la localización exacta de los pueblos a que el documento se refiere, y el carácter del mismo, que no es una *tessera* sino una *tabula*, que contiene una doble disposición de Augusto, lo que ha retraído a algunos de optar por el título de «edicto», ya que parece que no se trata de uno sino de dos.

Desechadas las dudas acerca de su autenticidad (Alföldy 2000), podemos afirmar que estamos ante un documento de Augusto por el que el emperador concede privilegios a pueblos que le han sido fieles durante las guerras cántabras. La cronología, además, está explícita: corresponde al 14 y 15 de febrero del año 15 a.C. (datación consular), si bien la *tribunicia potestas* del emperador, que no coincide, hace suponer un error de grabación en la placa.

La fórmula inicial *dicit* señala que se trata, sin duda, de un edicto. La peculiaridad está en la repetición de la expresión *iubeo* (ll. 14 y 22), que hace ver que se trata de una doble disposición, idea que se refuerza con el hecho de que sean dos los días en que se fecha el documento (14 y 15 de febrero, en l. 25). Adelanto que mi

opción sería la de entender que la segunda parte es una disposición adicional, pero esto lo expondré en detalle más adelante. El lugar en que se fecha —dado en la capital de la Narbonense (l. 24)— nos da a conocer que en el momento de dictado del documento, Augusto no estaba en Hispania, como a veces se ha sugerido, sino en la vecina provincia Narbonense.

El hallazgo ocurrió en la comarca de El Bierzo, en la provincia de León. Y el texto se refiere a dos grupos distintos de población: los principales, que son los *Pamaeiobrigenses* (ll. 3 y 15: en las dos partes del documento), pertenecientes a la *gens* de los *Susarri*, y los *Allobrigiacini*, mencionados solo en la l. 19, pertenecientes a la *gens* de los *Gigurri*.

Digo *Allobrigiacini*: 2ª y 3ª letra como «l» a pesar de la precisión hecha en su momento por G. Alföldy tras la autopsia del bronce, en el que dice leerse una doble «i»: *Aiiobrigiacini*, porque pienso que —aunque esto sea así— debe de tratarse de un error de grabación (no sería el único: el numeral de la *tribunicia potestas*, en l. 3, la «m» final en l. 12...). Creo que debe tenerse en cuenta una posible relación etimológica de este nombre —la región penetrada por los celtas— con el de los *Allobroges* que conocemos por los comentarios de César.

El texto y su traducción

Hecha la presentación del documento, pienso que llega el momento de aportar aquí una nueva traducción, cuyos puntos «conflictivos» trataré de justificar después.

- Imp(erator) Caesar Diui fil(ius) Aug(ustus)*
trib(unicia) pot(estate)
VIII[I] et pro co(n)s(ule) dicit:
Castellanos Paemeiobrigenses ex
 5 *gente Susarriorum desciscentibus*
ceteris permansisse in officio cog-
noui ex omnibus legatis meis, qui
Transdurianae prouvinciae prae-
fuerunt. Itaque eos uniuersos im-
 10 *munitate perpetua dono; quosq(ue)*
agros et quibus finibus possede-
runt Lucio Sestio Quirinale leg(ato)
meo eam prouinciam optinente[m],
eos agros sine controuersia possi-
dere iubeo.
 15 *castellanis Paemeiobrigensibus ex*
gente Susarriorum, quibus ante ea
immunitatem omnium rerum dede-
ram, forum loco restituo castellanos
 20 *Aiiobrigiacinos ex gente Gigurro-*
um uolente ipsa ciuitate; eosque
castellanos Aiiobrigiacinos om-

*ni munere fungi iubeo cum
Susarris.
Actum Narbone Martio*

25 *XVI et XV K(alendas) Martias
M(arco) Druso Li-
bone, Lucio Calpurnio Pisone
co(n)s(ulibus).*



Fig. 1: El bronce de El Bierzo con el edicto de Augusto (*ERPL*, 304). Foto: Universidad Complutense.

[El emperador César Augusto, hijo del divino (Julio) en su octava potestad tribunicia, y procónsul, dice: «He sabido por todos los legados míos que han estado al frente de la *prouincia Transduriana* que los castellanos Paemeiobrigenses, de la *gens* de los Susarros, han permanecido fieles a su deber mientras otros desertaban. Así pues, a todos ellos concedo la inmunidad perpetua y dispongo que los territorios y la delimitación que ocupaban cuando mi legado Lucio Sestio Quirinal tenía el mando de esta provincia, esos territorios los ocupen sin litigio. Respecto a los castellanos Paemeiobrigenses, de la *gens* de los Susarros a quienes antes he concedido la inmunidad de todos los bienes, en su lugar restablezco a los castellanos Allobrigiacinos, de la *gens* de los Gigurros, según la voluntad de la propia comunidad; y dispongo que estos castellanos Allobrigiacinos cumplan todas sus obligaciones públicas con los Susarros». Dado en Narbona, en los días 14 y 15 de febrero del Consulado de M(arco) Druso Libón y Lucio Calpurnio Pisón.]

Texto latino (Alföldy 2000 y 2001)

Esta traducción exige, en cualquier caso, algunas aclaraciones. En primer lugar, a la *immunitas* (exención de cargas) concedida a los *Pamaeiobrigenses* se refiere dos veces: en la l. 9 se habla de perpetuidad (extensión en el tiempo) y en las ll. 17-18: *omnium rerum* se dice que esta dispensa afecta a toda clase de cargas. Pero entiendo que se refiere a la misma medida; son los mismos beneficiarios: los *castellani Pamaeiobrigenses*; esto indica que *ante ea* está por *antea* y que este «antes» es la primera parte del documento (como si dijera: «más arriba»). Este *antea*, unido al pluscuamperfecto *dederam*, que indica de por sí anterioridad, me hace pensar —como ya adelanté— que la segunda parte del documento es una disposición adicional que completa el alcance de las consecuencias de la primera parte.

En segundo lugar, se ha dicho que se devuelvan a los *Pamaeiobrigenses* sus antiguas tierras. Esta disposición llevaría consigo un traslado, un cambio de límites (*et quibus finibus*). Se atiende en la segunda parte a las consecuencias de ese cambio: *forum loco restituo castellani Allobrigiacinos*; en el lugar que estaba ocupado por los *Pamaeiobrigenses* restituye a los *Allobrigiacinos*. ¿Por qué dice *restituo*? («vuelvo a poner», «devuelvo», «restituyo»...): indica que también estos habían sido desplazados. Entiendo que el nombre *Allobrigiacinos*, como ya he dicho antes, tiene la misma etimología que *Allobroges* y, por lo tanto, significa en lengua celta «los de otro territorio». Es éste un apoyo más para la lectura que propongo.

Entiendo, pues, que la expresión *loco restituo* debe interpretarse como orden de restablecer en el lugar que estaban ocupando —indebidamente— los *castellani Paemeiobrigenses* a los *castellani Allobrigiacini*, que más que «reclamar un derecho», como piensan algu-

nos, creo que debe entenderse simplemente que «estén de acuerdo» con la medida tomada por el emperador. (Este es el sentido que ordinariamente tiene la expresión «*uolente (aliquo / aliqua)*» *uolente ipsae ciuitate* (entiéndase los Allobrigiacinos). Este cambio llevaba consigo la contrapartida de que los Allobrigiacinos debían, a partir de entonces, asimilarse en sus obligaciones (¿de carácter administrativo?) a los Susarros, porque su nueva ubicación los situaba precisamente en el territorio correspondiente a estos.

Hay, sin embargo, una dificultad: *loco restituo* no es la construcción que, en casos similares a éste, se encuentra en los textos literarios contemporáneos. He indagado sobre el texto de Tito Livio, en el que he encontrado una serie de expresiones asimilables a la que aquí nos ocupa: «*restituatur legiones intra saltum quo sceptrae fuerunt*» (9, 11, 4), «*Megapolitanos... pulsos ab Lacedaemoniis restituerat in patriam Antigonos*» (32, 22, 10), «*ut uindicarent sese ab impotenti dominatione Philippi et restituerent in patrium ac legitimum regnum*» (38, 1, 9), en las guerras macedónicas, «*et a Pisistrato se restitui in patriam posse*» (37, 10, 3), «*de prouincia decedere, quam deditos in sedem suam Ligures restituisset*» (42, 8, 8), etc.

Está claro que no es el ablativo sino el acusativo con *in* la construcción que usa Livio; pero se sabe que estas construcciones son en algunos casos intercambiables y, por otra parte, no cabe duda de que la referencia se hace siempre al restablecimiento en un lugar del que injustamente un pueblo o un grupo había sido expulsado.

Por último, *uolente ipsa ciuitate*, se refiere a la voluntad de los propios *Allobrigiacini*: esta disposición adicional se ha hecho contando con el parecer favorable del pueblo afectado por ella. La nueva situación los obliga, no obstante, a aceptar las mismas condiciones (obligaciones) que tienen los *Susarros* (una *gens* distinta de la suya, pero que es la que les correspondería al cambiar de territorio).

Interpretación: las novedades de la *tabula*

Tras este preámbulo, en una rápida ojeada podemos pasar ya revista a las noticias que proporciona la *tabula*.

La primera, lógicamente, afecta a la *prouincia Transduriana*, que ha sido objeto de tratamiento por gran parte de los expertos que se han ocupado del documento, tal como se recoge en la bibliografía final. Resueltas las dudas respecto al significado de *prouincia* a favor de la interpretación territorial, nos enteramos ahora de la existencia de una *prouincia Transduriana* en esta zona: una *prouincia* que tuvo varios años de vida: «*ex omnibus legatis meis qui Transdurianae Prouinciae prae fuerunt*» (ll. 4-6), aunque quizá no muchos.

Un dato que viene a indicar el acierto de la hipótesis de que la división administrativa de *Hispania* en tres provincias –*Baetica*, *Lusitania*, *Tarraconensis*– ocurrió entre los años 16-13 a.C. Aunque la mención de la *Transduriana* aquí no indique necesariamente que la provincia perviviera en la fecha del edicto (*prae fuerunt* es pasado).

Respecto a la división provincial de *Hispania*, es sabido y comúnmente aceptado que es posterior a la disposición general de reorganización que Dió Cassio (Dio Cass. 53, 12, 5) sitúa en el 27 a.C., el año de «Restauración de la República». Da la impresión de que el bronce refleja una situación provisional. Por otra parte, se ha hecho notar que en la *Res Gestae* de Augusto se habla de las dos *Hispanias* colonias in utraque *Hispania deduxi* (Aug. *RG.* 27) –*Citerior* y *Vlterior*–: ésta era la división tradicional que se mantuvo en época republicana desde el 186 a.C. Que en el año 14 a.C. en que se redactaron las *Res Gestae* se hable todavía de las dos Hispanias es un dato más acerca de la pervivencia de las antiguas denominaciones cuando la realidad vigente es ya otra. Tenemos en la epigrafía hispana menciones a *Hispania Vlterior* hasta la época de Adriano.

La referencia al momento del mandato de L. Sestio Quirinal plantea por otra parte otras cuestiones: la cronológica, ligada a datos prosopográficos (¿quién era este L. Sestio Quirinal?, ¿a qué momento de su carrera corresponde este cargo?, etc.); de otro lado, una cuestión de límites geográficos: ¿qué territorio correspondía a la provincia *Transduriana*? De la exposición que hace P. López Barja (López Barja 2000, 38 y ss.) parece deducirse que sus límites corresponderían a la zona de *Gallaecia* y *Asturia*, una circunscripción cuya peculiaridad se deduce de la existencia de *legati iuridici per Asturiam et Gallaeciam*, dependientes del gobernador de la *Tarraconense* en época altoimperial. Y, secundariamente, dentro de la *prouincia*, ¿qué parte era la ocupada por los *Pameiobrigenses*? Cuestión ésta que podría también formularse así: ¿cuáles eran los límites entre el *ager* de los *Susarri* y el correspondiente a la *gens* vecina de los *Gigurri* a la que pertenecían los *Allobrigiacini*?

Las *arae Sestianae*

El gobierno de L. Sestio Quirinal es, decíamos, una novedad de carácter prosopográfico: la presencia de un *Sestius* en la zona cántabro-astur se deducía hasta ahora del topónimo *arae Sestianae*. Ahora podemos atribuir la elevación de esos altares a este L. Sestio Quirinal, legado de Augusto en una fecha anterior al 15 a.C. Seguramente el monumento en honor de Augusto tenía carácter conmemorativo: señalaba el final de las guerras en aquel territorio, la pacificación, un aspecto

emblemático del significado histórico del reinado de Augusto y uno de los tópicos preferidos de la propaganda imperial.

Respecto a la cronología, los gobernadores de provincias solían tener, en el momento que nos ocupa, rango consular. L. Sestio Quirinal fue cónsul sufecto en el a. 23 a.C. Esta fecha marca por tanto el término *post quem* de su gobierno, que hay que insertar entre el 22 y el 16 a.C., con una probable duración de tres años, según las hipótesis de G. Alföldy, generalmente admitidas. Este especialista da como fecha probable del gobierno de Sestio el periodo que va del año 22 al año 19 a.C. En este caso, parece probable que su sucesor en el gobierno de la mencionada provincia fuera P. Silius Nerua, cónsul en el año 20 a.C. (al respecto, puede verse: López Barja 2000, 42).

La consecuencia más inmediata de este dato es la que permite suponer la existencia de unas aras seguramente dedicadas al culto imperial, en fecha muy temprana, en esta zona. Las *arae Sestianae* son tres, como sabemos por el geógrafo Pomponio Mela: *tres arae quas Sestianas uocant in paeninsula sedent et sunt Augusti nomine sacrae* (Pompon. 3, 13). La dedicación a Augusto está confirmada por Plinio (Plin. *HN.* 3, 4, 3). La fecha atribuida al gobierno de Sestio Quirinal permitiría situarlas, cronológicamente, como el segundo monumento en la Península relacionado con el culto imperial. El más antiguo conocido es el altar que dedicó a Augusto la ciudad de *Tarraco* (la capital de la *Citerior*, después *Tarraconensis*) en el año 26 o 25 a.C., según el conocido y muy citado testimonio de Quintiliano (*Inst.* 6, 3, 77).

A la tradicional interpretación de las *arae Sestianae* como monumento unido a las manifestaciones del culto imperial se opone ahora una sugerente hipótesis presentada por F. J. Fernández Nieto (Fernández Nieto 2003). Recuerda este autor la costumbre de erigir un trofeo como símbolo de la *felicitas* de un general, después de terminar la campaña militar y en el límite de los pueblos vencidos. Esta costumbre, que habría que retrotraer a una influencia de Alejandro Magno, fue instaurada en el mundo romano por Pompeyo. Cita como paralelo el altar erigido a Augusto por Domicio Enobarbo, a orillas del Elba, entre los años 6 y 1 a.C., según testimonio de Casio Dió (Dio Cass. 55, 10, 2-3). De este modo, las *arae Sestianae* serían el trofeo erigido a Augusto en el límite occidental del Imperio, y estarían en el mismo emplazamiento que la Torre de Hércules, que no se situó, como hubiera sido de esperar, en la boca del puerto. La sugerente hipótesis de este investigador es que el famoso monumento, erigido entre los años 19 y 16 a.C., tendría una inscripción en la que se mencionaría al propio Sestio Quirinal y no tendría carácter de monumento relacionado con el culto imperial, sino de trofeo-límite: «las aras del ocaso».

Bibliografía

- ALFÖLDY, G. 2001: «El nuevo edicto de Augusto de El Bierzo en Hispania», en: GRAU, J.; HOYAS, J. L. (eds.): *El bronce de Bembibre. Un edicto del emperador Augusto*, Ponferrada, 17-28.
- 2000: «Das neue Edikt des Augustus aus El Bierzo in Hispanien», *ZPE*, 131, 177-205.
- BALBOA DE PAZ, J. A. 1999: «Un edicto del emperador Augusto hallado en El Bierzo», *Estudios Bercianos*, 25, 45-53.
- COSTABILE, F.; LICANDRO, O. 2000: *Tessera Paemeiobrigensis. Un nuovo editto di Augusto dalla Transduriana provincia e l'imperium proconsulare del Princeps. Minima Epigraphica et Papyrologica*, Roma.
- DIEGO SANTOS, F. 2002: «La provincia Transduriana y la provincia Hispania Nova Citerior Antoniniana», *Bidea*, 159, 249-263.
- FERNÁNDEZ NIETO, F. J. 2003: «El trofeo de Augusto en Occidente: la evocación de Alejandro y la ocupación de la Hispania Extrema», en: *Vrbs Aeterna*, Pamplona, 43-63.
- GÓMEZ-PANTOJA, J.; MARTÍN, F. 2000: «Notas sobre el edicto del Bierzo a la luz de otras constituciones de Augusto», en: SÁNCHEZ-PALENCIA, F. J.; MANGAS, J. (coords.): *El edicto del Bierzo. Augusto y el noroeste de Hispania*, Ponferrada, 123-138.
- GRAU, J.; HOYAS, J. L. (eds.) 2001: *El bronce de Bembibre. Un edicto del emperador Augusto*, Valladolid.
- LÓPEZ BARJA, P. 2000: «La provincia Transduriana», en: SÁNCHEZ-PALENCIA, F. J.; MANGAS, J. (coords.): *El edicto del Bierzo. Augusto y el noroeste de Hispania*, Ponferrada, 31-45.
- LÓPEZ MELERO, R. 2002: «*Restituere* y *contribuere* (?) en las disposiciones de la *tabula* de El Bierzo», *ZPE*, 138, 23-45.
- MARTÍN, F. 2003: «Sobre el significado de provincia», en: *Vrbs Aeterna*, Pamplona, 593-609.
- MARTÍN, F.; GÓMEZ PANTOJA, J. 2001: «El *aes Bergidense*, ¿documento singular?», en: *El bronce de Bembibre*, Ponferrada, 57-66.
- RABANAL ALONSO, M. A.; GARCÍA MARTÍNEZ, S. 2001: *Epigrafía Romana de la provincia de León, revisión y actualización (ERPL)*, León.
- SÁNCHEZ-PALENCIA, F. J.; MANGAS, J. (coords.) 2000: *El edicto del Bierzo, Augusto y el noroeste de Hispania*, Ponferrada.
- VILLANUEVA ACUÑA, M.; CAVADA, M. 2001: «El edicto de Bembibre, los distritos estrabonianos y los territorios de las comunidades indígenas», en: HERNÁNDEZ GUERRA, L.; SAGREDO, L.; SOLANA, J. M^a. (eds.): *La península ibérica hace 2000 años*, Valladolid, 409-415.

LA ORGANIZACIÓN PROVINCIAL DE HISPANIA DURANTE EL IMPERIO ROMANO (SIGLOS I-III)

Francisco Javier Navarro
Universidad de Navarra

Resumen

Uno de los aspectos fundamentales que configuró el Imperio romano fue su sistema provincial. Roma consiguió unir todo el Mediterráneo a través de una cultura común que fue fruto, en buena medida, de las aportaciones de cada una de sus partes. El sistema administrativo creado por Augusto logró la integración y modernización de un mundo roto y desunido. En la península Ibérica, la creación y organización de tres provincias (*Baetica*, *Lusitania* y *Citerior*) facilitó la profunda transformación y romanización de sus habitantes.

Palabras clave

Hispania romana, provincias, Imperio romano, Bética, *Lusitania*, *Citerior*, gobierno y administración.

Abstract

One of the most important aspects of the Roman Empire was its provincial administration. Rom was able to unit the whole Mediterranean through a common culture, which was the consequence of the addition from every part and every country of its territory. The Augustan administration got the integration and modernization of a world broken by different languages, religions, races, traditions, etc. In Spain, the creation and organization of the three imperial provinces: *Baetica*, *Lusitania* and *Citerior*, made easier the transformation and romanization of its inhabitants.

Keywords

Roman *Hispania*, provinces, Roman Empire, *Baetica*, *Lusitania*, *Citerior*, Government and Administration.

El estudio y análisis de la administración provincial romana ha sido uno de los grandes temas que ha centrado la investigación de muchos especialistas en Historia del Imperio romano. Su estudio comenzó a dar sus primeros pasos a la vez que nacía la ciencia histórica en el siglo XIX, y desde entonces no ha perdido su vigor, ocupando muchísimas de las energías de la investigación posterior; porque, en el fondo, la Historia del Imperio romano es la historia de sus provincias. El motivo fundamental de ello es que a través de la administración provincial puede observarse uno de los logros fundamentales, si no el más importante, del pueblo romano: la capacidad que siempre demostró para integrar y unir a pueblos y culturas muy distintos. El gigantesco fenómeno político que construyó Roma fue la consecuencia de una enorme flexibilidad y sentido práctico nacidos de la conciencia de que lo propio de los romanos era gobernar el mundo con imperio, y no «perder el tiempo» con las artes o las letras. La difusión por toda la cuenca del Mediterráneo de una compleja arquitectura administrativa también llevó consigo la transformación profunda de los pueblos gobernados, de tal manera que, gracias al gobierno provincial, Roma salvó la brecha que había dividido el Mediterráneo en un Oriente civilizado y culto y un Occidente atrasado, roto en miles de tribus y sin fuerzas para avanzar. Roma logró que todo el Mediterráneo, y en particular la península Ibérica, se beneficiara de los avances logrados en otras partes y disfrutara del mejor futuro que aportó la Romanización.

Las provincias hispanas sirvieron a Roma como un excelente espacio para la innovación y experimentación del gobierno provincial. La *Citerior* y la *Vlterior*, creadas el año 197 a.C., fueron realmente los primeros territorios de ultramar, ya que, aunque la provincia de Sicilia nació al poco de acabar la Primera Guerra Púnica, este espacio se consideraba una auténtica proyección de Italia, no solo por la proximidad física, sino porque el paisaje humano y cultural no distaba mucho de ser el mismo a un lado y a otro del estrecho de Mesina. Las luces y sombras de la administración romana en la península Ibérica durante la República sirvieron a sus instituciones para ir mejorando en otras partes el régimen provincial; por ello no es de extrañar que sea otra vez Hispania, a comienzo de la época imperial, el sitio propicio para experimentar el nuevo modelo ideado por Augusto.

Fundamentos del sistema provincial romano

a) Las herencias del régimen provincial

Como ya hemos indicado, la Historia de Roma es la historia de sus provincias. Sería un grave error, por lo tanto, reducir su régimen provincial a las cuestio-

nes más visibles o legales, pues con ello se pierde la perspectiva de la tarea de transformación que Roma afrontó a través de dichos aspectos. Ningún especialista de la Historia de Roma ni tampoco un simple lector puede llegar a pensar que se entiende completamente su sistema político si solo se fija en la organización y administración provincial, en el cobro de tributos o impuestos, en la defensa de las fronteras, en la red de calzadas y en la seguridad en las comunicaciones, ni tan siquiera en la relación con las comunidades locales, que era el aspecto que más absorbía el tiempo de un gobernador provincial. Todos estos aspectos, aun siendo realmente importantes, no concluían todo el trabajo que levantó Roma a lo largo del Mediterráneo.

El régimen provincial suponía más, pues el papel de Roma en la Historia fue mucho mayor. Uno de los méritos de Roma fue el de asumir en sí toda la Antigüedad, especialmente la cultura griega, y hacerla fructificar. El pueblo romano fue siempre consciente de que lo habían aprendido todo de otros, de que habían recibido los fundamentos de su civilización y de que nunca habían llegado a desarrollar una cultura auténticamente original. Además, también eran conscientes de que había surgido como fruto de una amalgama de culturas, de una hibridación de procesos muy diversos que se habían operado en los orígenes de su conciencia. La percepción de una especie de «secundariedad» cultural dotó a los romanos de una flexibilidad intelectual de la que anteriormente no habían gozado otros pueblos. Dicha peculiaridad permitió a Roma asumir el papel de puente entre dos mundos que hasta ese momento se despreciaban: lo griego y lo bárbaro, que serán vistos por Roma de una manera muy próxima. Así, los romanos asumieron la selecta y exclusiva cultura griega o, lo que es lo mismo, las ventajas de la civilización, para extenderla a todos aquellos pueblos que no habían tenido la suerte de disfrutar de ella. Roma convirtió el Mediterráneo de un espacio roto entre un Oriente civilizado, con tradiciones culturales milenarias y que apenas se había difundido más allá de sus fronteras, y un Occidente atrasado y desorganizado, en un espacio único e integrado, llevando la cultura de los primeros como beneficio para los segundos.

El régimen provincial romano generó un mundo interconectado que hasta entonces había permanecido roto en múltiples pedazos. Ello fue fruto de la creación de un flujo de ideas de Roma hacia la periferia y de la periferia hacia la urbe, que denominamos Romanización. Porque este proceso de transformación cultural no fue exclusivamente aquello que exportó Roma hacia los territorios sometidos, visión por otro lado muy sostenida por la investigación; la Romanización fue un proceso mucho más rico y elaborado en el que la corriente opuesta: de las provincias hacia Roma, también tuvo su peso sustancial. Lo que Roma difundió por el Mediterráneo no fue una italianización en sentido

estricto: una civilización mezcla de griego, etrusco y latín, por señalar los elementos más importantes. La Romanización es más bien una «mediterraneización» de los provinciales. En este proceso más complejo de evolución un elemento imprescindible fue lo que los provinciales enviaron a Roma en cuanto a sociedad, cultura, arte, religión, etc. En el centro del Imperio, ese cúmulo de tradiciones diversas se mezclaron llegando a generar la auténtica Romanización que es en el fondo una universalización de la cultura, y así transformada pudo volver a las provincias, provocando que nadie en ellas se sintiese extraño y rebelde a su aceptación. La «secundariedad» cultural de la que antes hablábamos favoreció que Roma nunca tuviera problemas en asumir y elaborar todo aquello que pudiera ser aprovechable.

Esta especie de flexibilidad intelectual condicionó enormemente el esquema final del sistema administrativo romano, pues éste no fue nunca un sistema unitario porque la sociedad romana no lo fue tampoco. La falta de unidad se percibe claramente en dualismos o duplicidades, en soluciones muy variadas y no unitarias, en la provisionalidad casi permanente de algunas medidas, etc. Ejemplo de esta situación fue el mantenimiento durante los primeros siglos del Imperio del dualismo Roma-Italia (sin apenas desarrollo administrativo) en contraposición a las provincias con una estructura más compleja. En segundo lugar, la contraposición entre provincias orientales, siempre distintas a las occidentales y sobre todo a las fronteras; con el añadido de provincias procuratorias y el mantenimiento de la situación excepcional de Egipto. También la propia pervivencia de elementos indígenas o la supervivencia de estructuras propias de la conquista como las ciudades libres, federadas, etc. En fin, el mantenimiento de la autonomía municipal fue sin duda un obstáculo al desarrollo del poder imperial, pues limitaba la capacidad de acción de los gobernadores provinciales. Y sin embargo y a pesar de todo, el Imperio buscó la máxima eficacia y eficiencia en sus decisiones. Qué duda cabe que, a pesar de tanta complejidad, el éxito y el prestigio que alcanzó el gobierno imperial se basó en que logró que la mayor parte de sus súbditos se sintieran razonablemente satisfechos de sus resultados.

b) El modelo de Augusto para el Imperio romano

Toda la investigación ha sido consciente de que el régimen que se desarrolló en Roma durante los siglos I al III fue diseñado en sus elementos esenciales por Augusto. Quizá no tanto por las soluciones concretas que tomó en tal o cual provincia, sino especialmente por el núcleo conceptual con que dotó a su sistema. Augusto no fue completamente libre a la hora de crear el nuevo sistema administrativo. Sobre él pesaban tanto

la tradición republicana, como los acontecimientos vividos en Roma en las últimas décadas: el ciclo final de disolución de la República provocó que las principales decisiones estuvieran marcadas por la inseguridad y el temor al error.

Inseguridad, en primer lugar, como herencia del régimen republicano, que nunca se decidió a crear un auténtico régimen provincial. No es este espacio el lugar para ahondar en la cuestión, pero la República romana, que era un régimen esencialmente aristocrático, temió enormemente generar un sistema burocrático que asegurase el buen gobierno de sus súbditos por todo el Mediterráneo. Siempre estuvo más preocupada por controlar el *imperium* de sus magistrados que por la buena gestión de éstos. Ello provocó que, hasta la llegada de Augusto, la administración provincial fuese muy imperfecta, pues faltó valentía y decisión para saber hasta dónde llegar.

Inseguridad también por parte de Augusto en los primeros momentos, que lo llevó a crear un régimen extraño, basado en la distinción entre las provincias del emperador y las provincias del pueblo romano. Muchos especialistas han juzgado esta decisión como un acto de hipocresía de Augusto, como la solución para mantener la apariencia de modo ficticio de que la República seguía existiendo como siempre, a la vez que se introducía una auténtica monarquía. Sin embargo, quizá la medida responda más a la inseguridad de qué hacer en los trascendentales años posteriores al segundo triunvirato, que a un pretendido engaño colectivo. Los años finales de la República habían contemplado cómo surgían diversas opciones y alternativas de gobierno que pretendían solucionar el grave caos en el que se había sumido la sociedad romana. Para unos, había que mantener el esquema de Roma como *polis* o ciudad-estado en el que la ciudadanía era el sujeto de la actividad política y tenía el control sobre las instituciones a través del régimen asambleario. Esta opción propugnaba seguir como siempre, pues la República había entregado a Roma los mayores éxitos de su historia y quinientos años de desarrollo no podían suprimirse de la noche a la mañana. Frente a esta opción continuista se agruparon aquellos que pensaban en un cambio más profundo. Los que creían que el esquema ciudadano de *polis* era ya cosa del pasado y que las nuevas circunstancias del Imperio obligaban a la instauración de un régimen absoluto de tipo oriental. Como es sabido, ambas opciones llevaron a la República a una serie de cruentas guerras civiles, a las que puso fin el propio Augusto.

La decisión final del primer *Princeps* fue optar por las dos soluciones: seguir manteniendo el modelo de ciudad-estado en torno al *populus* y a la vez introducir una monarquía en la que todos debían someterse a la voluntad del nuevo rey. Esta falta de decisión por uno u otro sistema, a todas luces incompatibles,

provocó la duplicidad de competencias de la primera hora entre el príncipe y el pueblo. Hace ya tiempo que la investigación ha rechazado la visión de Mommsen que creía que el Principado había surgido como una nueva magistratura que arrebataría poderes al Senado y que la evolución del Imperio fue la resultante del enfrentamiento entre ambos. Ahora estamos mucho más seguros de que lo que realmente sucedió fue que el emperador surgió frente al *populus* y acabó por desplazarlo completamente.

Esta duplicidad se mostró muy evidente en los primeros años, generando situaciones ilógicas como la división entre provincias del emperador y provincias públicas, o la existencia de varios tipos de sistemas fiscales: el que se organizaba en torno al *aerarium populi Romani*, luego llamado *aerarium Saturni*, y el *fiscus Caesaris*. La tendencia fue la progresiva exclusión del *populus* y de las «competencias» a él reservadas, frente a la omnicompreensiva presencia del emperador. Éste hallará a lo largo de los primeros siglos del Imperio romano un nuevo *populus Romanus* para reemplazar al republicano, ya viejo y caduco; *populus* que estará integrado por los provinciales.

Las provincias hispanas

El comienzo de la reforma administrativa de Augusto tiene una fecha señalada: el 13 de enero del año 27 a.C. En ese día, Augusto hizo entrega al Senado romano de los poderes triunvirales de que había gozado desde el año 44 gracias a la *Lex Titia* y que se habían justificado a fin de salvar a la República, como él mismo dirá, oprimida por la ambición de distintas facciones (RG. 1, 1), pero que una vez concluida la guerra contra Marco Antonio y reparado el cuerpo ciudadano con un censo el año 28, ya no se podían mantener más. Seguidamente, el Senado, en agradecimiento, le concedió el gobierno de tres grandes provincias: Hispania, la Galia y Siria –las que habían tenido Pompeyo, César y Craso–, aunque propiamente Augusto ya se había hecho cargo de las provincias hispanas tras la batalla de Filipos (App. BC. 5, 10 y Dio Cass. 48, 1). Ese *imperium* extraordinario tendría una duración de diez años, y podría ser renovado continuamente. El pueblo de Roma se reservaba el gobierno de las otras provincias no adscritas directamente al *Princeps*.

Augusto llegó a Hispania a finales del año 27 y permaneció en suelo peninsular hasta comienzos de 25 a.C. dirigiendo personalmente la guerra contra los cántabros. En esos meses pondrá en marcha sus proyectos provinciales para la Península. Él se reservará directamente el gobierno de la vieja provincia de *Hispania Citerior*, mientras que una parte de la *Vlterior*, la más desarrollada y productiva, la entregará al pueblo de Roma, mientras que la otra parte de aquella, la

provincia *Vlterior Lusitania*, quedará bajo su control directo. Entre los años 15 y 13 a.C. debieron de realizarse algunos retoques de fronteras que llevaron a estos territorios a su configuración definitiva.

Uno de los mejores resúmenes que las fuentes antiguas han dejado sobre esta tarea se contiene en la *Geografía* de Estrabón, el cual señala: «Actualmente, de las provincias asignadas al pueblo y al Senado por una parte y al emperador romano por otra, la Bética corresponde al pueblo y se envía a ella un pretor asistido por un cuestor más un legado; han establecido su límite oriental cerca de Cástulo. El resto pertenece al César. Éste manda legados, uno pretoriano y otro consular, estando el pretoriano asistido a su vez de otro legado, y tiene la misión de administrar justicia a los lusitanos [...] El resto, que constituye la mayor parte de Iberia, se halla bajo el gobernador consular, que dispone de un considerable ejército de tres legiones y de tres legados, de los cuales uno, al mando de dos legiones, ejerce vigilancia sobre todo el territorio al norte del Duero [...] La región que viene a continuación, paralela a las montañas hasta el Pirineo, la tiene a su cargo el segundo de los legados con otra legión. El tercero ejerce su vigilancia sobre el interior y gobierna los asuntos de los llamados ya togados, que es como decir que son pacíficos [...] Hay también procuradores del César, del orden ecuestre, que son los que distribuyen a los soldados las cantidades necesarias para su mantenimiento» (Str. 3, 4, 20).

La primera impresión que se observa de este texto es la existencia de un cierto caos, pues ninguna de las tres provincias se gobernará de forma semejante: dos son atendidas por pretores, pero el gobernador será elegido de forma distinta: el emperador nombrará al gobernador de la *Lusitania*, que nunca llegó a mandar un cuerpo legionario en la provincia, mientras que las *sortes* entre expretores decidirán quién viaja a gobernar la Bética. El tercer gobernador, el de la *Citerior*, en cambio, es un excónsul que, como veremos, tenía ya muchos años de prestigio y un poderoso ejército a su disposición. Tampoco en los ayudantes del gobernador se asemejan las provincias. El procónsul de la Bética contaba con dos ayudantes según Estrabón: un cuestor y un legado que lo asistía en sus tareas. En cambio, el gobernador de la *Lusitania* no llegó a contar con una ayudante de rango senatorial debido a lo escasamente romanizadas que estaban esas tierras; le bastaba con uno ecuestre. Por último, el gobernador de la *Hispania Citerior* tenía a su disposición a dos legados de legión, que comandaban las tres legiones acantonadas en la Península y un tercer ayudante, también legado pretorio, que con el nombre de *iuridicus* se encargaba de atender a los ciudadanos romanos en las tareas que el gobernador quisiera encomendarle, especialmente la administración de justicia. Por último, todo se complica en el texto de Estrabón con la aparición de los

procuradores, de rango ecuestre, a diferencia de los anteriores, y con tareas económicas, especialmente la de mantener en funcionamiento a las legiones.

Este desorden fue constante a lo largo del Principado, pues el esquema inicial de Augusto apenas fue retocado en los sucesivos periodos: a lo sumo intentó paliar los efectos por la vía de afirmar el poder del emperador en las provincias del pueblo romano. Aunque la península Ibérica no se vio afectada por ello, Augusto también desarrolló las provincias procuratorias, gobernadas por caballeros nombrados directamente por el emperador. Estas provincias solían ser poco prestigiosas para asignarlas a un senador, bien porque no tenían ciudades ni desarrollo económico, bien porque se encontraban en ella inmensas propiedades imperiales que hacían más conveniente que el gobernador fuera un procurador. Además, el gobernador nunca disponía de tropas legionarias y debía mantener el orden a través de fuerzas auxiliares, mucho menos eficaces. Por lo que respecta al *imperium*, estos gobernadores tenían los mismos poderes que los de rango senatorial salvo el *ius gladii*.

a) El gobierno de la Bética

La Bética fue el resultado de la partición en dos de la vieja provincia republicana de la *Vlterior*. En sus orígenes su nombre oficial fue *prouincia Hispania Vlterior Baetica*, que mantuvo hasta finales del siglo I o comienzos del II en que el nombre se simplificó como *prouincia Baetica*. La separación de la *Lusitania* y su conversión en una provincia del pueblo romano debió de operarse hacia el año 13 a.C., al acabar Augusto su viaje por Occidente. Como todas las provincias públicas, para la provisión de sus gobernantes se recurría al viejo sistema republicano basado en las *sortes*, o sea, en el sorteo de los puestos entre expretres, aunque serán las provincias de Asia y África, también del pueblo romano, las únicas gobernadas por procónsules elegidos entre senadores de rango consular (Dio Cass. 54, 14, 2); de tal manera que era el azar el que distribuía el *imperium* de los candidatos. Todavía sigue siendo cuestionado por la investigación el procedimiento real del sorteo, porque aunque en muchas inscripciones se menciona la condición de *proconsul sortitio* de algún gobernador provincial, la presencia de gobernadores con el mismo perfil político en muchas provincias públicas ha sembrado dudas sobre el tipo de *sortes* que se usaban para la selección de los procónsules. Solo constan dos procónsules de la Bética que hayan hecho mención expresa de las *sortes*, *Cn. Baebius Silanus* (CIL, II²/14, 330) y *Cn. Baebius* (CIL, VI, 136). El nombre que recibían los gobernantes era el de procónsul y su tarea se extendía durante un año, normalmente desde el 1 de julio al 30 de junio siguiente, pudiendo prorrogarse el cargo en caso de ser necesario; sin embargo, no nos

consta de ningún procónsul de la Bética ni de ningún otro magistrado senatorial con tareas de gobierno en ella que haya sido prorrogado en sus funciones. Dado el escaso número de provincias públicas, así como la escasa repercusión en la marcha del Imperio de estas provincias, no solía haber motivos para prorrogar a algún procónsul en el cargo. La práctica más frecuente fue, en caso de grave necesidad, el paso temporal de la provincia a la jurisdicción del emperador.

El procónsul de la Bética era el responsable de la administración civil y judicial de la provincia. No tenía competencias militares, pues en este tipo de provincias no solía haber acantonado ningún cuerpo legionario, salvo el caso excepcional del procónsul de África, en cuyo territorio estuvo acantonada la legión III Augusta hasta la creación de la provincia de *Numidia*. Durante muchos años ha sido una cuestión disputada si los poderes del procónsul se basaban o no en un edicto provincial que, a modo del edicto pretorio en Roma para la organización de los tribunales, establecía sus normas del gobierno en la provincia. Independientemente de ello, lo cierto es que el procónsul tenía una gran libertad para fijar las reglas de su administración, lo que no quería decir que gozara de amplios poderes, pues la presencia en la Bética de un gran número de ciudades autónomas con competencias judiciales, lógicamente iba en detrimento y limitaba el poder del gobernador.

El estudio de los procónsules de la Bética ha sido un tema relativamente reciente en la investigación. El primer estudio sistemático es fruto de A. Balil (Balil 1962), que publicó un breve artículo sobre este tema. Pero realmente hay que esperar hasta finales de la década de 1960 para encontrar un trabajo sistemático sobre los magistrados de esta provincia; se trata de la obra de G. Alföldy, *Fasti Hispanienses* (Alföldy 1969), en la que se contemplaba el estudio sistemático de los senadores activos en la península Ibérica en los tres primeros siglos del Imperio romano. Más recientemente ha aparecido un trabajo de actualización y estudio de los procónsules de la Bética, obra del autor de este capítulo, en donde, además de actualizar la información sobre el *cursus honorum* de los procónsules, se afronta el estudio de su *origo*, de las relaciones sociales, familiares y con el mundo urbano de estos importantes miembros del *ordo senatorius* (Navarro 2004).

Las fuentes no han sido muy generosas a la hora de recoger la información sobre los procónsules de la Bética. Hasta ahora se han conservado los nombres de cuarenta y tres gobernadores de entre los siglos I al III, lo que supone un cifra ridícula, pues en ese tiempo tuvieron que haber sido nombrados unos trescientos procónsules —uno cada año— y lo que se ha transmitido es, por tanto, poco más del 10%. Ello ha creado un enorme problema para la investigación, pues hasta cierto punto pesa sobre los estudios que se hagan a partir de los *cursus honorum* el dilema de la represen-

tatividad. Sin embargo, se pueden establecer algunas características de este grupo reducido de personas.

Pese a lo que se ha pensado en otros momentos de que una magistratura en el ámbito del pueblo romano suponía un parón en la carrera política de un senador y evidenciaba un alejamiento del emperador, que no lo escogía como legado suyo, hoy sabemos que el gobierno de la Bética podía formar parte de un *cursus* de prestigio. Aunque algunos desarrollaron carreras más modestas, como los casos de *Proculus*, que fue únicamente legado de los procónsules de Ponto y Bitinia y de la Narbonense (*CIL*, XI, 5173), y *P. Statius Paulus*, también legado del procónsul del Ponto y Bitinia (*CIL*, V, 4129 y 4359); sin embargo, más de la mitad de los procónsules de la Bética cuyo *cursus* se ha conservado alcanzaron el consulado tras haber ejercido una magistratura más: el gobierno de una provincia imperial o la administración de algunas de las haciendas del Estado. Por ejemplo, fueron gobernadores de provincias imperiales tras el proconsulado de la Bética, *C. Cornelius Gallicanus* (*AE*, 1962, 288), que gobernó la Lugdunense; *P. Cornelius Anullinus* (*CIL*, II, 2073, y 5506), que hizo lo mismo en una provincia desconocida, y *C. Memmius Fides Iulius Albinus* (*CIL*, VIII, 12442; 15208), que se encargó del Nórico. Administraron la prefectura del ya aludido erario de Saturno *L. Antistius Rusticus* (*AE*, 1925, 126) y *P. Tullius Varro* (*CIL*, XI, 3364), mientras que *Galeo Tettius Seuerus* (*CIL*, V, 5813 y *CIL*, XI, 14) se hizo cargo del erario militar. Con frecuencia la secuencia solía ser: tras gobernar la Bética con unos 36 o 37 años, se procedía a estar tres más al servicio de emperador en tareas civiles o militares, por ello estos personajes alcanzaban el consulado a partir de los 40 años. El dominio de consulares entre los procónsules hace pensar que el paso por la provincia y su buena administración era un elemento a tener en cuenta para la futura promoción del candidato.

Estos argumentos permiten concluir que la *sortitio* no jugaba un papel decisivo en la selección de los procónsules, ya que de haber dependido su selección del mero azar, hubiera sido imposible que se diera tanta coincidencia en los *cursus* de la mayor parte de los procónsules. Es una pena que ninguna fuente haya detallado el procedimiento de sorteo de los puestos proconsulares, pues ello habría arrojado luz sobre toda la selección de candidatos. La otra conclusión que se debe obtener es el peso del emperador en la selección de los procónsules, pues muchos de ellos tuvieron carreras perfectamente dirigidas por los monarcas. El emperador tenía muchas maneras de intervenir en las provincias públicas; la primera y más radical era el traspaso de la provincia a su ámbito de competencia. La provincia Bética sufrió en cinco ocasiones, al menos, este proceso: con seguridad durante los gobiernos de *C. Iulius Proculus* (118-122 d.C.), *C. Aufidius Victorinus* (171-172 d.C.) y *Rutilius Pudens Crispinus*

(Filipo el Árabe); pero es probable que también mientras gobernaron *A. Caecina Tacitus* (Severo Alejandro) y *Q. Pomponius Munatianus Clodianus* (en algún momento del siglo III); la segunda y más frecuente era la intervención indirecta, bien a través de su *imperium maius*, que le otorgaba ventaja en cualquier conflicto de competencias, o por medio de la gestión de algunos recursos financieros gestionados directamente por sus procuradores en las provincias del pueblo. Pero además participaba también en la selección de los candidatos, promoviendo a unos sobre otros, hasta tal punto que la praxis hizo que no hubiera mucha diferencia en la selección entre los procónsules y sus propios legados: quizás el caso más obvio lo supone la elección de los procónsules de África y Asia, las únicas provincias públicas reservadas a consulares. Estas provincias, por la dignidad que conferían, solían ser un premio para aquellos senadores que habían servido durante largo tiempo y con eficacia al emperador.

El gobernador de la Bética contaba con dos ayudantes de rango senatorial: un legado y un cuestor. El primero de ellos era conocido oficialmente como *legatus pro praetore prouvinciae Baeticae* o, simplemente, *legatus prouvinciae Baeticae* (Thomasson 1991). Las fuentes nos han transmitido únicamente los nombres de trece de los posibles trescientos legados que ejercieron funciones en la Bética. Su tarea era, en esencia, la de auxiliar al gobernador: principalmente en la administración de justicia, pero también en todas aquellas funciones que pudiera asumir el procónsul, como los actos religiosos, recibir embajadas, atender al *concilium* provincial, etc.

Tradicionalmente, la investigación ha defendido que este cargo no era el más atractivo de la carrera de los honores y que era evitado por todos aquellos que aspiraban a largos años de servicio al Estado. Se creía que su nominación dependía más de relaciones personales que de méritos propios, pues su selección sería realizada por el procónsul al que acompañaría a la nueva provincia; con lo que en su promoción intervendrían más los intereses particulares o de familia que los propios méritos del candidato. Además, también se pensaba que eran cargos ejercidos al poco de la pretura, por lo que estarían realizados por gente inexperta y en proceso de formación.

Sin embargo, cada día estamos más seguros de que ello no fue así (Navarro 2007). El estudio de la carrera de esos pocos legados nos muestra otra tendencia bien distinta. En el caso de que el legado lo fuera también de otras provincias públicas, la Bética solía ser la última, como sucedió con *M. Aedius Celer*, que fue legado en el Ponto-Bitinia, África, procónsul de Creta y legado en la Bética; con *Ti. Iulius Frugi*, legado en Asia, Macedonia, Ponto-Bitinia y por último en la Bética; e igual circunstancia se percibe, aunque con menos magistraturas, en los caso de *Q. Caecilius*

Marcellus, que fue legado en la Narbonense y luego en la Bética; el del anónimo senador que fue legado en Acaya y Bética, y también en el caso de *Q. Caecilius Marcellus Dentilianus*, legado en Creta y luego en la Bética. Era también muy frecuente que, tras la legación en la Bética, el senador pasara al ámbito de jurisdicción del emperador y ejerciera, bien el comando de una legión o una tarea civil en Italia como la curatela de una calzada. Comandaron legiones *A. Larcius Priscus*, *C. Iulius Eurycles Herculanus*, *T. Iulius Frugi* y *L. Marius Vegetinus*, mientras que *C. Oppius Sabinus* fue *curator* de la vía Clodia. Otros recibieron responsabilidades en el gobierno provincial: así, por ejemplo *Q. Caecilius Marcellus* fue después procónsul de Sicilia y, por último, *Q. Caecilius Marcellus Dentilianus* asumió el gobierno de Creta. La mayor parte de ellos, siete legados en concreto, completan la carrera con el consulado, como se demuestra en los casos de *A. Larcius Priscus* (cos. 110), *C. Oppius Sabinus Iulius Nepos* (cos. ¿140?), *Q. Caecilius Marcellus Dentilianus* (cos. ¿149-150?), *Ti. Iulius Frugi* (cos. ¿178?), *C. Caesonius Macer Rufinianus* (Septimio Severo), *P. Alfius Maximus Numerius Auitus* (Septimio Severo) y *L. Marius Vegetinus Marcianus Minicianus Myrtil[us]ianus*, que vivió a finales del siglo II o comienzos del III. Este esquema, que se repite insistentemente, pone en duda que el legado fuera elegido por el procónsul, debido a que si su promoción dependía de la promoción de otros, sería muy difícil de explicar las secuencias y constantes en las carreras de estos personajes. Pero es que, además, habría que pensar también en este caso que la Bética y el ejercicio de una legación en ella constituía un cierto premio para el candidato y no mermaba en absoluto su prestigio. Entre los legados de la Bética abundan los *triumviri monetales* y los *Xviri stlitibus iudicandis*, magistraturas iniciales del *cursus honorum* senatorial, reservado de ordinario a patricios y a hijos de consulares significativos; muchos de ellos ejercen magistraturas en el ámbito del emperador y no solo del pueblo romano, y, por último casi la mitad, seis de los trece, coronan su carrera con el consulado. Todo ello lleva a pensar que la Bética estaba considerada un destino atractivo para aquellos que buscaban progresar en la carrera de los honores.

El *quaestor prouvinciae Baeticae* era el segundo colaborador del procónsul miembro del orden senatorial. En época imperial, al igual que durante la República, fue el primer puesto del *cursus honorum* y su ejercicio daba derecho a un asiento en el Senado. La mayor parte de ellos ejercían esta tarea con unos veinticinco años de edad. Anualmente se escogían veinte cuestores, que se repartían en diversas tareas, según la posición y dignidad de la familia: dos eran nombrados *quaestores Augusti*, sin duda el cargo de mayor prestigio, otros dos eran cuestores urbanos y asistían al Senado en tareas de apoyo, cuatro eran destinados a colaborar con los

dos cónsules (*quaestores consulum*), y los doce restantes partían a alguna de las diez provincias públicas, entre las que se encontraba la Bética. Sicilia, como durante la República, recibía dos cuestores en lugar de uno como las demás provincias del pueblo romano. Según este reparto, queda un cuestor sobrante que la investigación no ha sido capaz de asignar a ningún puesto. Como una herencia republicana, los cuestores mantuvieron durante mucho tiempo competencias fiscales en la provincia y su principal tarea era la de controlar a los publicanos y otros recaudadores de impuestos. Como los emperadores se reservaron desde muy pronto, a través de sus procuradores, los impuestos directos que iban destinados al *fiscus*, el cuestor provincial acabó atendiendo aquellas tasas reservadas al *aerarium*, procedentes como veremos de los impuestos indirectos. La evolución general, sobre todo a partir del siglo II, llevó a un control mayor del emperador de todo el sistema impositivo, lo que provocó un cierto vaciado de tareas de los cuestores.

De los trescientos posibles cuestores que ejercieron su cargo durante los tres primeros siglos del Imperio, nos han quedado únicamente los nombres de veintinueve, una cifra escasísima, como sucede también con los procónsules y sus legados. Por ello es bastante difícil hacer un balance sobre la significación de esta magistratura para la carrera de un senador, pues escasean los datos y cuando se ha conservado un mínimo de información, ésta es muy somera. Los pocos *cursus honorum* que se han transmitido de los cuestores de la Bética contienen básicamente el arranque de sus respectivas carreras, lo que impide evaluar en las siguientes fases la experiencia del paso por Hispania. En general, son *cursus* normales que podrían derivar en muy variadas direcciones.

Por último, en la Bética, como en todas las provincias, existían otros personajes que sin encargo oficial del Estado en ellas, sin embargo ayudaban al procónsul en sus tareas de gobierno. Todo gobernador romano tenía derecho a disponer de una *cohors amicorum*, un grupo de personas de muy variada condición que lo podían asesorar o aconsejar en las cuestiones fundamentales o constituir el aparato que se encargaba de cuestiones más administrativas o burocráticas; en definitiva, podía constituir su *concilium* y su equipo de trabajo. A esta *cohors* pertenecían los escribas, *apparitores*, *praecones*, etc.

La Bética, como las otras provincias hispánicas, se dividía en *conuentus iuridici*, como bien recoge Plinio en su descripción de Hispania (Plin. *HN.*, 3, 7 y 10-15, 9). Estas subdivisiones provinciales tenían como finalidad facilitar el funcionamiento de la provincia y hacerla más eficaz. Los cuatro centros conventuales en que se estructuró la Bética fueron: el *conuentus Cordubensis*, el *Hispalensis*, el *Gaditanus* y el *Astigitanus*, nombrados en función de su respectiva capital (*Cor-*

duba, Hispalis, Gades, Astigi). Dichas unidades gestionaban mejor la administración de justicia, pues hasta ahí se desplazaba el gobernador o el legado para impartirla, que fue sin duda el principal objetivo de estos centros territoriales. De esta manera, se hacía innecesario que la población tuviera que trasladarse hasta la capital para obtener justicia, lográndose un mejor y más eficaz acceso a este servicio y mayor comodidad para las personas que lo demandaran. Aunque la causa fundamental de la existencia de los *conuentus* fue la mejor administración de justicia, al convertirse sus capitales en focos de atracción de la población del territorio, acabaron transformándose en puntos neurálgicos para otras tareas igualmente importantes, como las religiosas, las fiscales, las económicas o las artísticas y culturales.

La provincia también contaba con su *concilium*, que se reunía normalmente en la ciudad de *Corduba*, capital de la provincia (Panzram 2003, 121-130). Como veremos un poco más adelante, la península Ibérica fue también pionera en este tipo de institución, pues el primer *concilium* provincial hispano surgió el año 15, cuando Tiberio lo concedió para la provincia *Citerior*. La Bética tuvo que esperar mucho más tiempo debido a que su iniciativa de enviar una embajada el año 25 a Tiberio para solicitar la erección de un templo a Augusto, a imitación de la provincia de Asia, fue rechazada por el emperador: *Per idem tempus Hispania Vltior missis ad senatum legatis orauit, ut exemplo Asiae delubrum Tiberio matrique eius extrueret* (Tac. *Ann.* 4, 37). Este tipo de asamblea anual, en la que cada ciudad estaba representada a través de sus legados, debió de iniciarse en la Bética con Nerón o ya en época flavia. En general, casi todas las provincias públicas lo hicieron con más retraso que las imperiales, pues no tenían la necesidad que las hicieron surgir. La razón última de esta asamblea era el culto al emperador, inicialmente a Augusto, y mostrar la lealtad al monarca reinante: ello las convirtió en un magnífico instrumento identitario y de cohesión. En cambio, las provincias del pueblo romano, más romanizadas y con menos diferencias entre sus territorios, requerían menos de este tipo de soluciones, por ello tardaron mucho más que las imperiales en introducir el *concilium* provincial, como sucedió en la provincia Narbonense y en el África proconsular, que introdujeron este tipo de institución con Vespasiano.

Esta asamblea provincial tuvo una repercusión social de primera magnitud, pues reunía anualmente en Córdoba a los legados de las ciudades béticas, que solían ser los personajes más influyentes y de mayor peso dentro del *ordo decurionum*. Su participación en las deliberaciones del *concilium* otorgaba prestigio social y cercanía al gobernador, lo que se podría ver acrecentado con la elección del *flamen* provincial, o sea, el máximo encargado del culto al emperador de la provincia.

Las elites béticas rivalizaron a lo largo de los siglos I y II por que algunos de sus miembros fueran elegidos para este prestigioso puesto. El primer *flamen* provincial del que tenemos constancia es un anónimo caballero que, aunque vivió en *Castulo*, ostentó el título de *flamen Augustalis in Baetica primus* (CIL, II, 3271). De *Obulco* proceden dos caballeros que en época flavia mostraron este precioso título: *Quintius Hispan[us]* (CIL, II²/7, 97) y *M. Valerius Paulinus* (CIL, II²/7, 100).

b) La *Lusitania*, una provincia olvidada

La provincia *Lusitania* fue la parte restante de la *Vltior* tras la separación de la Bética. En consecuencia, su nombre oficial fue en los primeros momentos *prouincia Hispania Vltior Lusitania* hasta acabar simplificándose con el tiempo, como la Bética, en *prouincia Lusitania*. Sus gobernadores recibían el título de *legatus Augusti pro praetore* y eran escogidos por el emperador entre antiguos pretores. La *Lusitania* se constituyó desde el principio como una provincia imperial *inarmis*, en cuyo suelo no se encontraba asentado ningún cuerpo legionario, como también sucedió en Aquitania, Bélgica y Lugdunense; a diferencia de *Nu-midia* y Panonia Superior, que, gobernadas por expretores, contaban cada una con una legión acantonada. El motivo de ello era que en caso de necesidad podían ser socorridas por un contingente legionario próximo, de alguna provincia vecina, y su condición de provincia imperial facilitaba el rápido traslado de tropas de una zona a otra, sin entrar en conflicto con otras competencias. La *Lusitania* tenía muy cerca las legiones de la *Citerior* como para necesitar de guarniciones propias. Los gobernadores solían permanecer por regla general un trienio en ellas y con frecuencia eran premiados con el consulado al acabar dicha estancia.

Los gobernadores de la *Lusitania* tenían el *imperium* en plenitud. Poseían plena libertad para establecer las reglas de su administración, pero siempre dentro de los *mandata* que el emperador les entregaba antes de salir de Roma o pudieran recibir durante el ejercicio de sus funciones. Igualmente tenían plenos poderes judiciales que incluían el *ius gladii*, o sea, el de aplicar la pena de muerte. Sus veredictos se apelaban en Roma ante el emperador. Para la administración de justicia, este gobernador no contaba con ningún ayudante y poseía escasos poderes financieros, ya que toda la cuestión fiscal y tributaria de la provincia estaba a cargo de un procurador. Los primeros procuradores conocidos de la *Lusitania* fueron *T. Decidius Domitianus*, atestigüado hacia el año 64 en *Emerita* (AE, 1935, 5), y *M. Vettius Valens*, que porta el título de *procurator Imperatoris Caesaris Augusti prouinciae Lusitaniae* y fechado entre el año 64-66 (CIL, XI, 6059).

Las fuentes nos han transmitido el nombre de veintidós senadores que desempeñaron este cargo en los tres

primeros siglos del Imperio; otra vez una cifra ridícula para poder evaluar con precisión el tipo de senador que la cancillería imperial solía enviar a la *Lusitania*, lo que se agrava si añadimos que de ellos solo se conserva el *cursus* completo o casi completo de diez. En general, los *cursus* son un poco contradictorios, pues entre los gobernadores de *Lusitania* se dan las carreras largas, con muchas magistraturas antes y después de la pretura, de cuatro y hasta cinco cargos pretorios, los que supondría que alcanzarían el consulado con más de cuarenta años, como sucedió con *C. Vmmidius Durmius Quadratus* (HEp4, 1079; CIL, X, 5180, 5181 y 5182); *C. Oppius Sabinus*, que ejerció cinco puestos pretorios antes del consulado (PIR² O 123); también los sorprendentes seis puestos de *C. Caesonius Macer Rufinianus* (PIR² C 210) y los de *Rutilius Pudens Crispinus* (PIR² R 257); y junto a ellos también se dan gobernadores que tuvieron una evolución política más veloz y gozaron del favor del emperador, y por ello coronaron sus carreras con el consulado mucho antes que sus otros colegas, a la edad de 35-36 años. A este grupo pertenecieron *L. Caluentius Vetus Carminius*, que ejerció dos puestos pretorios antes del consulado (PIR² C 428); *C. Iauolenus Caluinus*, que fue *legatus legionis III Galicae*, *legatus Augusti pro praetore prouvinciae Lusitaniae*, *proconsul prouvinciae Baeticae*, *consul suffectus* (CIL, XIV, 2499); o también el hermano menor del emperador Septimio Severo, que antes del consulado fue *legatus legionis I Italicae*, probablemente entre el 184-187, *proconsulis Siciliae*, quizás entre el 187-188, *legatus Augustorum* (?) *prouvinciae Lusitaniae*, en el trienio 188-191 (AE, 1946, 131 = IRT, 541). Y es que casi todos fueron recompensados con el consulado. De los veintidós gobernadores conocidos, catorce fueron cónsules con seguridad y de los ocho restantes poseemos tan escasa información que no podemos afirmarlo, pero que a tenor de tratarse de una provincia imperial, y siguiendo la tendencia de las demás de este rango, habría que afirmar que el premio final, tras el gobierno de la *Lusitania*, era el consulado.

La enorme falta de información sobre los gobernadores de la *Lusitania*, la alternancia de *cursus* brillantes con otros más modestos, la ausencia en su territorio de cuerpos legionarios, lo apartada que se encontraba la provincia con respecto a los centros de poder, la escasa urbanización del territorio, induce a pensar que la provincia *Lusitania* pudiera ser considerada como una provincia olvidada y poco atractiva, que había que gobernar por el premio posterior y no como fruto de éxitos anteriores; sería una especie de antesala sin más al consulado. La mejor prueba de ello se refleja en la biografía de uno de sus más ilustres gobernadores: el emperador M. Salvio Otón, que prácticamente fue recluido en la *Lusitania* por Nerón por diez años, del 58/59 al 68, para mantenerlo así alejado de Roma (PIR² A 486).

Al igual que la Bética y la *Citerior*, *Lusitania* se dividía en *conuentus iuridici* para la administración de justicia; estos eran: el *conuentus Emeritensis*, con capital en *Augusta Emerita*, el *Pacensis*, cuyo nombre procedía de su ciudad más importante, *Pax Iulia*; y por último el *conuentus Scallabitanus*, con centro en *Scallabis*. Igualmente, la provincia contaba con su *concilium* provincial, que se reunía periódicamente en *Emerita* (Delgado 1999, 433-461). Como en otros aspectos de esta provincia, la información que poseemos de esta asamblea es reducidísima y confusa. Desconocemos con exactitud si se inició al poco de morir Augusto, como el *concilium* de la *Citerior*, o ya entrado el reinado de su sucesor. Conservamos la inscripción de un lusitano procedente de *Salacia* en época de Tiberio, que ostenta el título de *flamen prouvinciae*, de nombre *C. Cornelius Boccus* (CIL, II, 2479 = CIL, II, 5617 = IRCP, 189), título que luego poseerán un hijo suyo y un sobrino ya en época de Claudio: *L. Cornelius C. f. Bocchus*, fue *flamen prouvinciae* (CIL, II, 35), al igual que su primo *L. Cornelius L. f. Bocchus* (CIL, II, 5184 = IRCP, 207). Es muy probable que el culto al emperador comenzara a organizarse durante el reinado de Claudio, pues durante su gobierno contamos con una alusión directa, en la que aparece un *flamen diuae Augustae prouvinciae Lusitaniae* (AE, 1946, 201), que pudo erigir esta inscripción poco después del año 42 cuando se decretó la apoteosis de Livia (Kienast 1990, 84). No sería, pues, de extrañar que fuera con Claudio cuando se dieron los primeros pasos hacia este culto, ahora a un miembro de la *domus Augustea*, y que haya que esperar hasta época de Vespasiano para que el proceso se generalice a todo el culto imperial. Será en época flavia cuando las noticias abunden un poco más y podamos fijar mejor los perfiles del *concilium* de la *Lusitania* (CIL, II, 160; CIL, II, 396; CIL, II, 5184; al respecto, puede verse: Étienne 1958, 122).

Sobre la actividad del *concilium* de la *Lusitania* apenas ha quedado ninguna referencia a excepción de la inscripción erigida por la provincia en honor a Tito y fechada el año 77 para el pedestal que soportaba una estatua de oro de cinco libras de peso. En ella se alude al gobernador de la provincia, *C. Arruntius Catellius Celer* y al *flamen* provincial *L. Iunius Latro*, procedente de *Conimbriga* (AE, 1999, 870).

c) La provincia *Hispania Citerior*

Fue sin duda la provincia más extensa del Imperio romano y una de las más prestigiosas en la administración del Estado. Se constituyó a partir de la provincia republicana, con los añadidos de la *Gallaecia*, obtenidos de la *Lusitania*, y toda la franja que iba desde *Castulo* al Mediterráneo, siguiendo la parte oriental de Sierra Morena, arrebatado a la Bética. Esta remodelación de los límites debió de realizarse entre el año 27 y

el año 13 a.C. En esta última fecha se retiraron la mayor parte de las legiones que habían combatido en las guerras cántabras que fueron destinadas, en general, a las campañas de Druso en Germania. La Península quedará todavía con cuatro legiones, número que irá disminuyendo con el tiempo (Alföldy 1969, 224-225). Dada su extensión, el territorio fue dividido en siete *conuentus iuridici* a fin de facilitar su mejor gobierno. Los más desarrollados fueron los *conuentus* del levante como el *Tarraconensis*, *Cesaraugustanus* y *Cartaginensis*, mientras que el interior y el noreste fueron divididos entre los *conuentus* *Cluniensis*, *Asturum*, *Lucensis* y el *Bracaraugustanus*. El nombre oficial de la provincia fue variando con el tiempo; durante todo el siglo I solo se empleó el término *prouincia Hispania Citerior* y así se recoge en las inscripciones de sus gobernantes, tanto de rango senatorial como ecuestre. A partir del siglo II se va haciendo más frecuente añadir *Tarraconensis* hasta que se convierte en un hecho habitual: serán especialmente los *legati iuridici* y los procuradores los que más van a usar la denominación completa, mientras que ninguno de los gobernadores de la provincia llegó a lo largo de los tres primeros siglos otra titulación que la de *legatus Augusti pro praetore prouvinciae Hispaniae Citerioris*.

Los límites provinciales se mantuvieron inamovibles hasta el siglo III, salvedad hecha de las cinco ocasiones en que la Bética se incorporó temporalmente a la *Citerior*. Sin embargo, durante el reinado de Caracala, la provincia fue remodelada en profundidad, dividiéndose en dos a resultas de la decisión del emperador. En fechas no muy seguras, pero tal vez hacia el 214, se creó la *prouincia Noua Citerior Antoniniana* que incluía los tres *conuentus* del noroeste: el *Asturum*, el *Lucensis* y el *Bracaragustanus*. De ello solo tenemos noticias por las inscripciones del que fuera su único gobernador, *C. Iulius Cerialis*. De él se conocen dos epígrafes erigidos a Juno y a Júpiter *pro salute* de Caracala y Julia Domna, en donde se indica que fue *legatus Augusti pro praetore prouvinciae Hispaniae nouae Citerioris Antoniniana* (CIL, II, 2661; CIL, II, 5680). Probablemente fue el primer y único gobernador de esta provincia desgajada de la *Citerior* (PIR² I 262). Debió de tratarse de una provincia imperial de rango pretorio, ya que contaría con una única legión acantonada en su territorio. Esta experiencia duró muy poco, pues desaparecido Caracala la provincia volvió a sus límites anteriores.

La provincia *Citerior*, dada su complejidad y el rango que ostentaba, disponía de un alto y variado número de magistrados que la administrarán: contaba con un gobernador de rango consular, varios comandantes de legión, un legado jurídico, varios tribunos militares y un procurador ecuestre para la administración económica de la provincia. El *curriculum* de los cuarenta y tres gobernadores de la provincia que se nos ha

transmitido deja claro que se trataba de gente de alto prestigio y posición, procedentes en su mayoría de las familias más prominentes de Roma. Durante la dinastía julio-claudia todos los gobernantes procederán de la *nobilitas* romana, con parientes que habían ejercido anteriormente el consulado (Tobalina 2007). A partir de los Flavios, comenzarán a entrar los primeros *homines noui*, o sea, senadores prominentes y de alta posición que habían recibido el consulado recientemente y que habían sido premiados con el gobierno de Hispania. Esta tendencia se mantuvo a lo largo del siglo II y a partir del siglo III contaremos con gobernantes de orígenes más modestos, que alcanzaron el puesto tras largos años de servicio al emperador (Eck 1974, 158-228; Alföldy 1977).

La carrera política de los gobernadores de la *Citerior* fue bastante espectacular, ya desde los primeros pasos antes de la pretura. Pero va a ser después de esta significativa magistratura cuando las carreras se decanten y se descubra a personas que cuentan con el apoyo del emperador y constituyen el círculo de sus próximos. Durante los siglos I y II la mayoría de las carreras pretorias consistieron en dos puestos de alta responsabilidad, casi siempre entre tres alternativas: un mando legionario, el gobierno de una provincia imperial pretoria o la administración de alguna de las dos cajas del Estado: el *aerarium militare* o el *aerarium Saturni*. A partir del siglo III las carreras se hacen más largas y menos brillantes. Por ello, la mayoría de estos personajes alcanzaron el consulado muy pronto con 37 o 38 años de vida.

Como queda dicho, todos los gobernadores de la *Citerior* fueron cónsules, excepción hecha de *L. Aelius Lamia* (24-22 a.C.) y *C. Furnius* (22-19 a.C.), que fueron cónsules tras abandonar Hispania, y en su conjunto ocuparon la provincia *Citerior* al final de una serie de cargos públicos previos: bien tras alguna curatela en la ciudad de Roma, bien al acabar el mando de una provincia consular con más de dos legiones acantonadas en ella. Siempre ha quedado la duda de si los gobernadores de la *Citerior* seguían un esquema fijo de promoción, porque con mucha frecuencia, antes de llegar a la Península, el futuro gobernador lo había sido o bien de alguna de las dos Germanias, bien de Pannonia o de Mesia Inferior. Todo ello supone que los *legati* enviados a Hispania tenían más de cincuenta años de edad y se encontraban al final de una larga carrera de servicio y cercanía al emperador. Ello evidencia la alta consideración que tenía la provincia hispana para el gobierno del Imperio y para el prestigio del *ordo senatorius*. Hispania no contaba con grandes destacamentos legionarios: tres con Augusto, dos legiones a partir de Claudio y solo una tras la guerra civil; además, su lejanía de las fronteras hacía que su valor estratégico fuera escaso; y, sin embargo, se envía a la Península a gente de confianza, experimentada en el mando de legiones

y en manejar situaciones difíciles. Ello se debía a que, al tratarse de la provincia más antigua y más grande del Imperio, gozaba de un prestigio digno de coronar una carrera brillante al servicio del emperador.

El gobernador de la provincia *Citerior* contaba con un valioso ayudante en la persona del *legatus iuridicus*. Ésta fue siempre una figura extraña en la administración del Imperio, pues solo gozaron de ella *Britannia* y Capadocia, además de la *Citerior*. En la provincia hispana no sabemos exactamente cuándo aparece y cómo evoluciona. El origen de una larga polémica historiográfica, que se inicia con Mommsen, se encuentra en torno a las competencias de estos magistrados en la Península, pues las fuentes no son muy precisas. Desde el siglo XIX se pensaba que en la Tarraconense existieron inicialmente tres *legati iuridici*, a tenor del confuso texto de Estrabón a propósito de los pretores que acompañaba al gobernador: dos con mando legionario y uno sin él (Str. 3, 4, 2). La interpretación de Mommsen fue la de creer que *Hispania Citerior* se había dividido en tres grandes circunscripciones o diócesis, al frente de las cuales se encontraba uno de estos legados; estructura que sobrevivió hasta época de Vespasiano. Al problema del texto de Estrabón se añadía que la titulación de los legados jurídicos era muy variada, agravando con ello la confusión. Unas veces se llamaban *legatus iuridicus* sin más, otras veces *legatus iuridicus Hispaniae Citerioris*, e incluso *legatus iuridicus Austuriae et Gallaeciae*.

Con el tiempo la investigación ha acabado por estar más segura de que no existía nada de esto: ni tres circunscripciones o diócesis, ni tres *legati iuridici*. Alföldy ha llegado a proponer una solución bastante aceptable a partir de la propia titulación de estos magistrados (Alföldy 1969, 241-246). Según el autor húngaro, la titulación se dispone según el territorio administrado: con Augusto habría dos comandantes de legión, como indica Estrabón, pero un solo *legatus iuridicus*, cuyo ámbito de acción sería básicamente la costa levantina más romanizada y parte del interior: el *conuentus Carthaginensis* y la parte oriental del *Cluniensis*. El centro y el noroeste de la Península serían competencia de los comandantes de legión, que asumirían tareas civiles y militares (Haensch 1997, 171-174).

Esta situación inicial fue evolucionando con los años y a lo largo del siglo I el *iuridicus* asumirá tareas judiciales para todo el ámbito de la provincia, incluso en el noroeste, como se muestra en la inscripción de *C. Caetronius Miccio*, honrado por los *ciues Romani* comerciantes de *Bracara Augusta* años después de haber abandonado la Península. Su presencia en la *Citerior* como *iuridicus* se fecha entre los años 25 y 33 (CIL, II, 2432 = AE, 1966, 186). A partir de Antonino Pío las competencias de este magistrado se restringirán al ámbito del noroeste, a los *conuentus Asturum*, *Lucensis* y *Bracaraugustanus*, titulándose a partir de entonces

legatus iuridicus Austuriae et Gallaeciae. Ello provocó que no se nombrase otro legado para la parte oriental de la provincia, cuyas competencias asumió plenamente el gobernador. Con Caracala se llevó a sus últimas consecuencias la tendencia de la administración romana a considerar un ámbito singular los *conuentus* del noroeste. Como ya señalamos, hacia el año 214 debió de crearse la *prouincia Noua Antoniniana*, en la que su primer y único gobernador debió de asumir las competencias del *legatus iuridicus* y las del comandante de la legión VII Gemina. Pero esta reforma no sobrevivió al emperador que la había promovido y hacia el 218 fue reintegrada a la vieja provincia *Citerior*. Desde ese momento, los *legati iuridici* volvieron a la situación anterior a Antonino Pío, siendo competentes para administrar justicia en todo el territorio provincial.

De los treinta y ocho *legati iuridici* conocidos, se puede comprobar que la mayoría de ellos pertenecían a familias modestas y no demasiado prestigiosas dentro del *ordo senatorius*. Sin embargo sus carreras fueron más brillantes de lo que se podía esperar a tenor de los orígenes. En los primeros años del Principado esta magistratura solía ejercerse inmediatamente después de la pretura y sin apenas otra experiencia anterior. Como tales, estos senadores tendrían unos 32-33 años y habría que entender que el puesto no estaba especialmente bien considerado dentro de *cursus* senatorial, a pesar de estar dentro del ámbito del emperador. Sin embargo, a partir de Antonino Pío se eleva el rango de estos legados, y se instauro el hábito de ejercerse este puesto tras dos o tres magistraturas previas y a la edad de 35 años. Pero lo especialmente significativo es que, tras el paso por Hispania, todos estos magistrados son promovidos muy rápidamente, llegando pronto al consulado y ejerciendo, incluso después, importantes carreras consulares, que incluían el gobierno de las provincias más importantes del Imperio. Da toda la impresión de que en Hispania estos personajes adquirirían experiencia de gobierno y el prestigio suficiente para convertirse en próximos del emperador.

Comandantes de legión en la península Ibérica solo conocemos a quince que lo fueron de la *legio VII Gemina*. Con Augusto las legiones hispanas quedaron establecidas en tres (*IV Macedonica*, *VI Victrix* y la *X Gemina*), hasta el reinado de Claudio, que envía la *IV Macedonica* a reforzar la frontera del Rin en *Germania Superior*. Con Nerón, el número de legiones se reduce a uno, la *VI Victrix*, al partir la *X Gemina* hacia su nueva provincia en Panonia. La guerra civil obligó a retirar la *VI Victrix* de Hispania, que fue sustituida, a partir de entonces, por la *legio VII Gemina*. De sus potenciales comandantes solo conocemos a uno, a *T. Vinus Rufinus* que, siendo comandante de la *legio VI Victrix*, se proclamó a favor de Galba en el verano de 68. Casi todos los legados de la *legio VII Gemina* tuvieron un origen modesto, tratándose en su mayoría de *noui se-*

natores, salvo un par de casos de patricios o senadores procedentes de familias prestigiosas, como fueron *M. Vlpus Traianus*, el futuro emperador que muy probablemente era patricio, al igual que *Q. Hediús Lollianus Plautius Auitus*, que permaneció en la Península entre 202-205. Lo normal entre los comandantes de esta legión era el ejercer dicha función tras dos o tres cargos previos. Durante la mayor parte del Principado se consideraba que un senador avanzaba rápidamente en el *cursus* si tras la pretura le era encomendado un mando legionario de tres años de duración y, tras el gobierno de una provincia imperial, alcanzaba el consulado. Este no es el caso de los legados de la legión VII: da toda la impresión de que a pesar de ser un cargo de designación imperial, y por tanto gozar del favor del monarca, el mando de esta legión no era tan prestigioso como el de aquellas otras legiones que se encontraban en primera línea de frontera y por tanto con mayores responsabilidades militares. Si no atendiéramos al hecho de que tenemos muy pocos *cursus* de los comandantes de esta legión y de pocos *legati iuridici*, podría sacarse la conclusión de que los *legati legionis* tenían en Hispania menos categoría que los otros magistrados y que ocupaban un puesto en el *cursus* de menor prestigio. A pesar de todo ello, los comandantes de la legión VII terminaban su *cursus* pretorio con el consulado, como era casi corriente en los senadores que recibían esta misión. Sin embargo, salvo unas pocas excepciones, ninguno de ellos desarrolló una carrera consular posterior, como si hicieron, por ejemplo los *legati iuridici* de la *Hispania Citerior*. Por último, las fuentes han transmitido los nombres de once tribunos militares de rango senatorial que formaron parte del estado mayor de la legión VII. Dado su escaso número y lo poco que se conoce de ellos, es muy precipitado intentar sacar conclusiones de ellos.

Como se estudiará en otro capítulo específico de este volumen, la *Hispania Citerior* fue también pionera en la organización del culto al emperador y en la formación de concilios provinciales. Este tipo de institución provincial nació en Oriente con ocasión de la visita que hizo Augusto a la provincia de Asia, tras derrotar a Marco Antonio y Cleopatra en Alejandría. Dicha visita tuvo lugar en el año 29 a la ciudad de Pérgamo y el *koinon* provincial, que ya tenía una larga tradición con su Asiarca y sus festivales, decidió honrar a Octaviano de la misma forma que había hecho años atrás con Antíoco I Soter (268 o 282): la erección de un templo en su honor y el comienzo de unos juegos anuales destinados a exaltar dicho evento (*OGIS*, 222; Habicht 1956, 91). El *koinon* de Bitinia en seguida se sumó a las decisiones del de Asia con un templo dedicado a Augusto (Dio Cass. 51, 20, 7).

A Occidente la nueva tendencia, pronto generalizada, llegó 17 años más tarde, hacia el año 12. Desconocemos el proceso exacto y los argumentos que lleva-

ron a la decisión de extender el culto a Augusto a las provincias occidentales, donde no existía la tradición helenística ni oriental del culto a la monarquía. Lo que está claro es que, a diferencia de Oriente, donde las iniciativas corrieron a cargo de los propios provinciales, en el mundo latino fueron las autoridades las que se encargaron de promover lo que pronto se convertiría en un gran instrumento político al servicio del poder central y medio de integración de todo el Imperio.

Fue, en particular, en la ciudad de *Lugdunum* donde se erigirá el primer altar en honor del monarca reinante. La decisión del *concilium Galliarum* (CIL, XIII, 3162), o sea de las tres provincias galas de *Belgica*, *Aquitania* y *Lugdunensis*, que compartían capital, fue la de elevar votos por la amenaza que para las Galias suponía la campaña de Druso contra los Sugambros y otras tribus del Rin. Por ello legados de toda la Galia se reunieron en 12 a.C. en *Lugdunum* para proceder al nombramiento del primer *flamen* provincial, el aeduo *C. Iulius Vercondaridubnus*, y a la consagración de un altar dedicado a Roma y a Augusto: «Ar(a) d(e) i Caesaris ad confluentem Araris et Rhodani dedicata, sacerdote creato C. Iulio Vercondaridubno Aeduo» (Liv. *Per.* 139).

No pasó mucho tiempo hasta que Hispania se viera inserta en estas innovaciones como, de hecho, se ve en otro capítulo de este volumen. La ocasión la supuso la muerte de Augusto, el año 14, lo que provocó la rápida expansión de su culto y de los *concilia provinciales*. Tenemos datos suficientes para saber cómo fue el proceso de introducción de dicho culto en la Península. Según cuenta Tácito, el año 15, una embajada de la ciudad de *Tarraco* solicitó oficialmente de Tiberio permiso para levantar un altar al monarca fallecido. El Senado, de acuerdo con el emperador, concedió este privilegio, lo que supuso el inicio del culto imperial y la constitución del *concilium* provincial encargado de su realización (Tac. *Ann.* 1, 79). La popularidad de este templo creció notablemente cuando al poco de su dedicación y de forma milagrosa le creció una palmera junto al altar de Augusto, representada profusamente en las acuñaciones monetarias de la propia ciudad. A finales del siglo I en la misma *Tarraco* se volvió a erigir otra estatua dedicada a Augusto (*RIT*, 65).

Gracias al *concilium* provincial se logró que la provincia se cohesionara en torno a la capital: *Tarraco*. La *Citerior* era sin duda uno de los territorios más complejos del Imperio, pues las desigualdades entre sus partes eran muy notables. Gracias al naciente culto imperial, en el foro alto de *Tarraco* se congregaron las elites de la mayor parte de las ciudades hispanas, lo que sirvió, dentro de la lógica rivalidad para lograr el preciado título de *flamen provincialis*, que implicaba la erección de una estatua en su honor (*RIT*, 250-405), como un punto de encuentro y de contacto profundo con la cultura romana y con su sistema administrativo,

que facilitó la transformación interna de la provincia y contribuyó a su unidad e identidad (Deininger 1965; Alföldy 1973).

La gestión económica y fiscal de las provincias hispanas

Como no podía ser menos, el nuevo sistema imperial alteró la fiscalidad que se había desarrollado durante el régimen republicano. En la República, la recaudación se organizaba según un doble parámetro: Italia, lugar propio donde residía la ciudadanía romana, y las provincias que por derecho de conquista debían contribuir con un *tributum soli* como prueba de sometimiento; en cambio Italia estaba libre de este impuesto. Como muchas otras cosas del régimen republicano, su sistema fiscal estaba relativamente desestructurado, ya que se fue creando y modificando según progresó la conquista y sin unos criterios recaudatorios fijos y eficaces. La obtención del *stipendium* que debía pagar la provincia, y en concreto las comunidades que había en ellas, era responsabilidad de cada ciudad, que lo recaudaba y aportaba a las autoridades, y a Roma no le interesaba en absoluto cómo habían contribuido a ello los individuos singulares. Por otro lado, el sistema podía basarse bien en la *decima*, o sea, el tributo que grava a la producción agrícola, bien en el *stipendium* propiamente dicho. Este sistema otorgaba a Roma enormes ventajas, pues podía desentenderse de la recaudación y de lo más difícil, que es evaluar las rentas de sus contribuyentes, contentándose con unos ingresos fijos con los que atender sus necesidades.

Augusto supuso el primer intento serio de racionalizar este aspecto tan importante en la vida de los habitantes del Imperio romano. Por ello creará una nueva caja central a la que llamará el *fiscus* y que será la que coordine y centralice todos los impuestos directos, derivados fundamentalmente de la tierra. Con el fisco, Augusto fue logrando suprimir la intermediación entre el contribuyente y el Estado, tanto de los municipios que recaudaban, como de las sociedades de publicanos, que también recaudaban y luego transportaban a Roma. Para ello se procedió a la realización de un censo provincial a fin de evaluar las posibilidades reales de los contribuyentes, y en función de ellas exigir la tasa apropiada. Este censo se realizó de manera muy rápida en las provincias imperiales, aunque desgraciadamente las fuentes no nos han transmitido información suficiente ni de cómo se hizo ni de los resultados obtenidos. En cambio, la manera en la que se recaudaba el *tributum capitis* sigue siendo aún hoy muy discutida, pues no se sabe exactamente qué se pagaba y por qué: ¿una cantidad general por persona?, ¿una tasa por la actividad económica? Lo que sí sería extraño es que se pagara dos veces por la posesión de

la tierra. Las sociedades de arrendatarios continuaron más tiempo por la peculiaridad de algunos impuestos, sobre todo los indirectos, como los *portoria* o aquellos que pagaban exclusivamente los ciudadanos romanos, que quedaron reducidos a tres: la *uicesima hereditarium*, que grababa la transmisión de bienes; la *centesima rerum uenaliū*, por la que pagaba el 1% sobre la venta de productos; y, por último, la *quinta et uicesima uenaliū mancipiorum*, sobre la venta de los bienes de los esclavos. Estos últimos ingresos mantuvieron viva la vieja caja republicana, o *aerarium populi Romani*, que a partir de época de Claudio tomará definitivamente el nombre de *aerarium Saturni*.

Sin embargo, el Imperio tuvo al principio un problema organizativo cuya solución tardó en llegar. Como hemos señalado, el fisco se creó con la aparición de la figura del *Princeps*, cuando fueron llegando a Roma los ingresos procedentes de las provincias del emperador. A partir de ese momento, la nueva caja asumió aquellos gastos que antes pesaban sobre el erario, como, por ejemplo, las necesidades militares. Pero en seguida surgió una cierta confusión entre los bienes públicos procedentes de dichas provincias imperiales y los bienes privados, propios del emperador, originados de los mismos sitios. La cuestión no era fácil, pues muchos bienes privados del emperador tenían un origen público. Ello llevó a la creación del *patrimonium*, que se constituyó como otra caja central, a veces administrada por similares personas que el fisco. En definitiva, el sistema fiscal romano descansará sobre tres cajas: fisco, patrimonio y erario, que sin duda supuso una dificultad en el sistema recaudatorio.

Todas las provincias imperiales contaban con un procurador con amplias competencias financieras. Se puede decir perfectamente que se trataba del recaudador general: tanto de los impuestos directos dirigidos al *fiscus*, como del cobro de los arriendos de los dominios imperiales, de los bienes públicos, y de regular las concesiones a nuevos arrendatarios para su explotación. También presidía un tribunal de arbitrio en todo lo referente al cobro de impuesto y de derechos de explotación. Asiste al gobernador de la provincia para las cuestiones de herencia que pudieran llevar implícitas cambios en el pago de impuestos; o bien para dirimir los pleitos entre ciudades por cuestiones de límites, bienes comunales, infraestructuras, etc. Además del cobro de impuestos, el procurador era también responsable de los gastos fundamentales de la provincia, entre los que se encontraban los gastos militares y el salario de los soldados. Otros gastos podrían ser los derivados del paso del emperador por la provincia, embajadas, etc.

Su prestigio y consideración solía ser muy altos. En el caso de las provincias hispanas casi todos ellos eran ducenarios, la categoría más alta entre los procuradores durante buena parte del Principado, solo superada por los *trecenarii* (Ojeda Torres 1993). Por ello conta-

ba con un nutrido equipo de asistentes que le permitían atender a sus obligaciones. El más importante, sin duda, era el *dispensator*, que era como el cajero y el que realizaba físicamente los pagos ordenados por el procurador. La administración fiscal romana preveía, para evitar la corrupción, que uno fuera el que mandara los gastos y otro el que los realizara. Completaban el personal subalterno el *subprocurator* o *adiutor procuratoris*, como por ejemplo, *T. Pompeius Albinus*, que fue *adiutor* del procurador de la *Lusitania*; *T. Decidius Domitianus* (AE, 1935, 5), cuyas funciones están muy bien conocidas, el *negotiator*, el *suptuarius*, *ab argento*, *ab ueste*, *a cubiculo*, los *tabularii*, etc.

Una de las singularidades de la provincia *Hispania Citerior* fue la de contar con un procurador especial para una de sus partes. Desde la época de Vespasiano está atestiguado un procurador, inicialmente ducenario, exclusivo para los *conuentus* del noroeste, lo que las fuentes llaman *Asturia et Gallaecia*. La tarea de estos funcionarios no era otra que la de administrar las ricas minas de los montes de León. El primer procurador fechado es un personaje ignoto, pero viene situándose su actuación en Hispania entre el 71 y 79, con el título de *praefectus Gallaeciae* (CIL, II, 3271).

Las tres provincias hispanas, incluyendo la Bética, contaron desde muy pronto con un procurador destinado a cobrar uno de los impuestos indirectos que afectaban a los ciudadanos romanos. Cuando el año 6 d.C. Augusto creó el *aerarium militare*, para recompensar a los veteranos de las legiones romanas, destinó la *uicesima hereditatium* a este fin y por ello lo apartó de la caja pública o *aerarium Saturni*. Desde ese momento será el único impuesto republicano que se cobre de esta manera, y para ello se destinará un procurador especial, muy bien atestiguado en la Península: *P. Cominius Clemens* lo fue para *Hispania Citerior* (CIL, V, 8659); *P. Magnius Rufus Magonianus* (CIL, II, 2029) y *M. Lucretius Iulianus* (AE, 1972, 250) lo fueron conjuntamente para la Bética y *Lusitania*. A través de este magistrado imperial, el monarca se aseguraba cierto control financiero en aquellas provincias denominadas públicas y que por ello no estaban bajo su control directo.

En la Bética, la gestión financiera estaba a cargo del cuestor y bajo la supervisión del Senado. Durante buena parte del siglo I las provincias públicas mantendrán el viejo sistema republicano del arriendo de la recaudación a sociedades privadas o publicanos, tanto si se trataba del *stipendium* como de los otros *uectigalia* indirectos. El cuestor era el encargado de supervisar y exigir responsabilidades a estas sociedades de publicanos. Sin embargo, con el paso del tiempo esta tarea irá desapareciendo de las competencias del cuestor en la medida en que el *fiscus* y los procuradores imperiales tengan más competencias fiscales.

Existían además otros impuestos de menor cuantía, pero que afectaban a la vida económica de las provincias

hispanas y que llevaban pareja su propia organización. Uno de estos impuestos era el *portorium*, o servicio de aduanas, que grababa todas las mercancías que pasaban a través de los límites del Imperio o de una provincia a otra. Desde Augusto hasta Trajano su cobro estuvo en manos de publicanos, pero a partir de Adriano, unos oficiales *conductores* se encargaron de fijar el arrendamiento de estos impuestos a privados y establecerán los beneficios, que iban directamente al *fiscus*. A partir de Marco Aurelio el Estado se encargó de recaudar directamente estos impuestos. Se desconoce también el valor de las tasas, pero se ha llegado a afirmar que ascendían a un 2% del valor de las mercancías si transitaban dentro del Imperio y de un 5% en el caso de proceder del exterior. Aunque no se puede afirmar con seguridad, Hispania formaba una única circunscripción, de tal manera que el *portorium* se cobraba en los Pirineos y no entre las tres provincias hispanas, por donde circulaban libremente las mercancías.

Igualmente, las minas exigían de las autoridades una cierta atención. En Hispania existían muchas y de muy variados tipos. Si se trataba de minas particulares, éstas pagaban un impuesto al procurador provincial. En cambio, las minas del Estado, según se recoge en las tablas de *Vipasca*, estaban dirigidas directamente por un procurador local que controlaba la explotación y que daba cuenta al procurador provincial. La explotación podía realizarse por colonos o por arriendo y, en este caso, los beneficios iban directamente al fisco.

Por último, vale la pena mencionar el caso del *procurator Kalendarii Vegetiani*, específico de la Bética y que estuvo activo entre el año 164 y 198, y cuyo primer procurador conocido fue *Ti. Claudius Proculus Cornelianus*, atestiguado hacia el 166 (AE, 1956, 123). No se conoce exactamente cómo surgió esta tarea y cómo se organizaba. Es muy probable que los *Valerii Vegeti* de *Illiberis* legaran su fortuna al emperador, y en la transmisión se estipulara la presencia de un procurador que administrase los bienes donados. De lo que no tenemos duda es de que estos bienes debieron de ser muy altos, pues el procurador centenario encargado de ellos tenía un altísimo nivel.

Bibliografía

- ALFÖLDY, G. 1977: *Konsular und Senatorenstand unter den Antoninen*, Bonn.
- 1973: *Flamines provinciae Hispaniae Citerioris*, Madrid.
- 1969: *Fasti Hispanienses. Senatorische Reichsbeamte und Offiziere in den Spanischen Provinzen des römischen Reiches von Augustus bis Diokletian*, Wiesbaden.
- BALIL, A. 1962: «Los procónsules de la Bética», *Zephyrus*, 13, 75-89.

- DEININGER, J. 1965: *Die Provinziallandtage der römischen Kaiserzeit, von Augustus bis zum Ende des dritten Jahrhunderts n. Chr.*, Munich.
- DELGADO DELGADO, J. A. 1999: «Flamines Provinciae Lusitaniae», *Gerion*, 17, 433-461.
- ECK, W. 1974: «Beförderungskriterien innerhalb der senatorische Laufbahn, dargestellt an der Zeit von 69 bis 138 n. Chr.», *ANRW*, II-1, 158-228.
- ÉTIENNE, R. 1958: *Le culte impérial dans la Péninsule Ibérique d'Auguste à Dioclétien*, París.
- HABITCH, CHR. 1956: *Gottmeschmentum und griechische Städte*, Munich.
- HAENSCH, R. 1997: *Capita provinciarum, Statthalterstze und Provinzialverwaltung in der römischen Kaiserzeit*, Mainz am Rhein.
- KIENAST, D. 1990: *Römische Kaisertabelle*, Darmstadt.
- LOTHROE, L. C. 1928: «Roman Governors of Spain under the Empire», *Revue Hispanique*, 72, 412-459.
- NAVARRO, F. J. 2007: «Los legados del procónsul de la Bética durante el Imperio romano», en: *Acta XII Congressus internationalis Epigraphiae Graecae et Latinae, Barcelona del 3 al 8 de septiembre de 2002*, Barcelona, 993-998.
- 2004: «El proconsulado de la Bética en el *cursus honorum* senatorial», *Gerión*, 22-1, 379-402.
- OJEDA TORRES, J. M. 1993: *El servicio administrativo imperial ecuestre en la Hispania romana durante el Alto Imperio*, Sevilla.
- PANZRAM, S. 2003: «Los *flamines provinciae* de la Bética, autorrepresentación y culto imperial», *AEspA*, 77, 121-130.
- THOMASSON, B. E. 1991: *Legatus. Beiträge zur römischen Verwaltungsgeschichte*, Estocolmo.
- TOBALINA, E. 2007: *El cursus honorum senatorial en época julio-claudia*, Pamplona.

VIDA MUNICIPAL Y ORDENAMIENTO POLÍTICO DE LAS COMUNIDADES HISPANORROMANAS

Juan Francisco Rodríguez Neila
Universidad de Córdoba

Resumen

Este trabajo estudia la administración de las ciudades hispanorromanas y la proyección pública de las sociedades municipales desde cinco perspectivas: los senados locales y las magistraturas; la gestión financiera; el control oficial sobre el espacio económico urbano; la presencia en la vida comunal de los sectores populares; y, finalmente, las relaciones públicas y la política «exterior» de los gobiernos locales.

Palabras clave

Hispania romana, política y administración local, aristocracias municipales, Senado y magistrados, sectores populares y vida pública.

Abstract

This paper deals with the administration of the towns in Roman Spain, and the public projection of the municipal societies, in five perspectives: the Senates and the magistrates; the finances of the communities; the official control of the urban economic space; the presence of the popular groups in the community life; and, finally, the public relations and the foreign policy of the local governments.

Keywords

Roman Spain, Local Politics and Administration, Municipal Aristocracies, Senate and Magistrates, Common People and Public Life.

Un destino histórico sin precedentes convirtió a Roma en centro de un vasto y complejo imperio. Pero ese mismo desarrollo histórico exigió para su propia supervivencia acometer mecanismos de descentralización política y administrativa que facilitaran su gestión. Ese proceso tuvo en la difusión de la municipalización uno de sus soportes fundamentales. Una de las principales aportaciones de Roma a la forja de Europa y al modelo de civilización occidental fue, precisamente, su densa red de ciudades, y que fueran gobernadas bajo racionales principios administrativos. La conversión de los «súbditos» peregrinos en auténticos «ciudadanos de Roma» fue un proceso de integración que, como se ha dicho, tuvo en la municipalización uno de sus motores más eficaces. César y Augusto sentaron en Hispania sus bases, los Flavios le dieron un impulso decisivo. Pero lo importante en el concepto romano de «ciudad» no es tanto la dimensión urbanística, por lo demás espectacular, sino la noción de comunidad regida por patrones jurídicos y un determinado universo de valores. Un buen ciudadano de Roma era también un ciudadano orgulloso de su colonia o de su municipio.

Por ello conviene empezar destacando un concepto importante para entender cómo funcionaban las comunidades romanas y qué capacidad de gestión tenían entonces los políticos locales: el nivel de autonomía que Roma les reconoció. Hasta cierto punto podían hacer su propia política, siempre que se adecuara a las normas de la *lex* municipal, carta magna que regulaba todos los ámbitos de la vida pública. De algunas de tales leyes nos han llegado parcialmente los textos, que fueron fijados en tablas de bronce. Los ejemplos más importantes proceden de la Bética: la colonia cesariana de *Vrso* y los municipios flavios de *Malaca*, *Salpensa* e *Irni*.

Tales reglamentos locales nos muestran sobre qué principios jurídicos y a través de qué espacios institucionales, los dirigentes debían regir sus comunidades. Nos dan, pues, la normativa teórica, las reglas oficiales de la gestión pública. Pero, realmente, la imagen que podemos hacernos del día a día del gobierno municipal se basa esencialmente en la epigrafía honorífica, funeraria y monumental. Las inscripciones aportan otras dimensiones de la misma realidad. Nos acercan a las instituciones municipales en su funcionamiento «efectivo». Y nos presentan a muchos dirigentes locales ejerciendo sus responsabilidades: podemos saber cómo fueron sus carreras públicas, qué expectativas de promoción albergaban, cuál era el marco institucional en el que se desenvolvían sus actuaciones oficiales o cómo recibían reconocimiento público por ello.

El ordenamiento institucional

La administración de las colonias y municipios romanos solo exigió un escaso aparato de cargos ofi-

ciales y personal burocrático. Pero esa gestión pública no estuvo exenta de cierta complejidad, y a su mejor desarrollo se aplicaron racionales y eficientes fórmulas, con aquel sentido práctico siempre consustancial al alma romana. Esa importante dimensión del gobierno y progreso del orbe lo dejó Roma en manos de las aristocracias locales, que recibieron una «delegación de poder» del régimen imperial, que abarcaba también todo el *territorium* asignado a cada comunidad política o *ciuitas*. Dicha autoridad se ejerció a través de dos espacios institucionales, cuyas competencias son ampliamente ilustradas por las leyes municipales de Hispania: un órgano corporativo o senado llamado *ordo decurionum* o *curia*, formado por un número variable de decuriones, quienes tomaban todas las decisiones importantes (Mentxaka 1993); y unos magistrados encargados de ejecutar las decisiones adoptadas por el referido consejo decurional (Curchin 1990).

Los decuriones configuraban en cada comunidad un *ordo* o estamento. El estatuto de *Irni* establece que ningún año debía haber una cifra inferior a sesenta y tres, debiendo revisarse periódicamente la lista decurional para suplir las bajas (Mentxaka 1993, 86 y ss.; Lamberti 1993, 32 y ss.). Cuando había vacantes, la esencia aristocrática de la corporación estaba garantizada mediante la selección de los nuevos decuriones por quienes ya eran miembros, procedimiento denominado *cooptatio* (*Lex Irn.* 30, 31). Por lo que respecta a la colonia de *Vrso*, su reglamento, cuando señala los «quorums» de asistencia a las sesiones del *ordo decurionum*, aporta cifras de veinte, treinta, cuarenta y cincuenta decuriones, o determinados porcentajes (dos tercios, tres cuartos o simple mayoría). Estos datos indirectos podrían sugerir un senado de unos cien decuriones. No obstante, el número de decuriones debió variar según la entidad de las comunidades, quedando fijado en la ley municipal (Nicols 1988). Además de los decuriones regulares también existían otras categorías, como los admitidos excepcionalmente a título honorífico por encima del cupo oficialmente establecido (*adlectio*), y quienes lo fueron por *nominatio* imperial. Debemos pensar que, en su mayoría, pertenecerían a *gentes* bien arraigadas en su comunidad.

Los decuriones disfrutaban de especiales honores y privilegios, pero también debían cumplir unos selectivos requisitos, que filtraban a los potenciales candidatos (Garnsey 1970; Laffi 2000, 125 y ss.). Fundamental era, en este sentido, el estatus económico. Podemos imaginarlos como individuos de alto nivel material, aunque podían darse diferencias importantes en riqueza entre distintos *ordines decurionum* según la categoría y prosperidad de sus ciudades, y también entre las familias dentro de un mismo estamento decurional. La sociedad romana funcionaba sobre criterios timocráticos, y para hacer carrera política había que disfrutar de una posición desahogada. Poseer un apre-

cialable patrimonio, sobre todo inmobiliario, definía al notable municipal. Y no solo por una cuestión de *dignitas*. También la riqueza le permitía ofrecer las fianzas que, según las leyes de *Irni* y *Malaca*, debían exigirse a quienes aspiraban a algunas magistraturas municipales (*Lex Irn.* y *Mal.* 60).

Asimismo, podían invertir su fortuna en actos de mecenazgo, una forma de conducta social propia de las aristocracias locales, bien documentada epigráficamente en muchas ciudades hispanas en época altoimperial, y con apreciable incidencia política y social (Melchor 1994; Navarro 1997; Andreu 2004). A través de ella, la sociedad municipal podía apreciar el grado de compromiso de sus notables con el bienestar general. Pues a menudo los donantes fueron individuos que revistieron magistraturas y sacerdocios en sus comunidades, lo que señala la importante dimensión política del fenómeno entre unas oligarquías romanizadas deseosas de promocionarse en sus comunidades. Entre otros beneficios, los evergetas costearon edificios y monumentos, lo que indudablemente evitó gastos a los tesoros municipales. Y financiando espectáculos o banquetes comunales, contribuyeron a afianzar la solidaridad social y el sentimiento cívico.

El poder e influencia de los decuriones en su ciudad se apoyaba en su fuerte espíritu corporativo, su cohesión ideológica, el carácter vitalicio de su condición y el nivel de experiencia práctica que poseían en los asuntos municipales, ya que muchos también desempeñaban magistraturas. Asimismo, disfrutaban de algunos privilegios especiales que realzaban su estatus superior. Por ejemplo, las insignias exteriores de su rango (*ornamenta*) o puestos reservados en los espectáculos públicos, cuestiones todas reguladas en los estatutos locales (*Lex Vrs.* 125-127). Aunque dentro del senado municipal no todos los decuriones tenían la misma categoría. Entre ellos había un selecto grupo configurado por quienes habían revestido la más alta magistratura local, el duunvirato (*Lex Irn.* 40). Sin duda los ex-duunviro tendrían un peso especial por su experiencia y dignidad, y debemos suponer que sus opiniones influirían poderosamente sobre el resto del consejo.

La corporación decurional se reunía periódicamente, habitualmente convocada y presidida por los duunviro, aunque también podían hacerlo ediles y prefectos (Talbert 1989; Rodríguez Neila 1999b). La ley de *Vrso* establecía sesiones específicas para ciertas cuestiones, aunque no en fechas fijas. Los magistrados preparaban la *relatio* o informe sobre los temas a tratar por el consejo decurional (*Lex Vrs.* 92 y 97). Se exigían diferentes «quorums» de asistencia y votos favorables según los asuntos, lo que daba mayor respaldo a las decisiones tomadas. Los decuriones emitían sus opiniones (*ius sententiae dicendae*) y luego decidían votando (*suffragium*). El orden de votación guardaba

relación con el estatus dentro del *ordo decurionum*. No sabemos qué criterio jerárquico se seguía en *Vrso*. Pudo ser el mismo establecido en la lista o *album* decurional (*Dig.* 50, 3, 1-2, Vlp.), en cuyo caso se votaría según la categoría de las magistraturas ejercidas y su antigüedad en ellas, haciéndolo en primer lugar los ex-duunviro. En *Irni*, al parecer solo existían dos rangos decurionales: los ex-duunviro y el resto de la corporación, observándose como norma jerárquica el número de hijos (*Lex Irn.* 40). Posiblemente, el método habitual de votación sería *per discessionem*, como en el Senado de Roma, separándose los partidarios y opositores de cada propuesta. Los estatutos hispanos solo prescriben el voto secreto mediante tablillas (*per tabellam*) para contados asuntos.

Una vez adoptadas las resoluciones, éstas se hacían oficiales mediante decretos que tanto decuriones como magistrados debían cumplir escrupulosamente (*Lex Vrs.* 129). Los reglamentos municipales flavios recogen el procedimiento de elaboración. Su redacción debía hacerla quien presidía la sesión, ayudado por un pequeño grupo de decuriones, como en el Senado de Roma. La ley de *Irni* exigía que el texto fuera leído ante todo el consejo para su definitiva aprobación y posterior registro en las *tabulae publicae*. Era posible revocar o anular un decreto si se consideraba que tenía defectos legales o había caducado (*Lex Irn.* 41-42). Dentro del reducido número de decretos decurionales romanos de cuyo contenido nos han llegado extractos, no hay ninguno de Hispania (Sherk 1970). Pero la labor administrativa de los decuriones hispanos se aprecia en numerosas inscripciones que, con fórmulas como *ordo decrevit, d(ecreto) d(ecurionum)* o *ex decreto ordinis*, aluden a acuerdos tomados por los senados locales de Hispania.

Según las leyes municipales los decuriones eran competentes en una amplia gama de asuntos (Laffi 2000): ingresos y gastos del erario municipal; bienes comunales; contratas para obras y servicios públicos; nombramientos de patronos, sacerdocios y otros cargos; calendario de fiestas; envío de *legationes*; honores oficiales; normas urbanísticas; contratación de *apparitores*; esclavos públicos; espectáculos (*ludi*), etc. En cualquier caso, las inscripciones no reflejan toda su actividad cotidiana, pues solo se centran en ciertos temas, como concesión de honores a personas eméritas, cesión de *loca publica* donde ubicar estatuas o mausoleos, construcción o restauración de obras y monumentos públicos, nombramientos para algunos cargos, etc. (Camodeca 2003).

Las magistraturas en los municipios flavios de Hispania eran tres: duunvirato, edilidad y cuestura. El estatuto de la colonia de *Vrso* solo cita el duunvirato y la edilidad. Eran cargos de duración anual; colegiados, es decir, había dos individuos por magistratura y cada uno tenía unas competencias específicas (*Lex Irn.*

18-20). Para reforzar su autoridad, duunviros y ediles tenían capacidad de *coercitio*, que les permitía imponer multas y embargos (*pignoris capio*). Tales funciones se consideraban *honores* no retribuidos, y para desempeñarlas no se exigían conocimientos especializados. De hecho, la valoración que excepcionalmente se hace de algunos magistrados municipales se basa más en cualificaciones morales que en su competencia «técnica», pesando igualmente el prestigio de su *gens* (Rodríguez Neila 1987-1988). Debemos pensar que buena parte de la preparación procedería de su experiencia previa como decuriones o del ejercicio de otros cargos, lo que pudo valorarse especialmente en aquellos duunviros reelegidos una o más veces, de los que tenemos muchos ejemplos en Hispania.

Los magistrados eran ayudados por un equipo de subalternos o *apparitores* contratados por la ciudad, cuyas ocupaciones, número y escala de sueldos son detalladas en la ley de *Vrso* (*Lex Vrs.* 62-63 y 81; y *Lex Irn.* 73). Eran hombres libres, que posiblemente serían reclutados entre los clientes plebeyos de las familias decurionales, promocionándose socialmente por tal vía (Fear 1989; Rodríguez Neila 1997). Las ciudades contaban también con esclavos públicos (*serui publici* o *communes*), colectivamente conocidos como *familia publica*. Su compra y gastos de alimentación y vestido corrían a cargo del tesoro municipal (*Lex Irn.* 79). Entre ellos había una categoría especial de *limocincti* al servicio de los magistrados. Podían ser adscritos a ocupaciones (*negotia*) específicas (*Lex Vrs.* 62 o *Lex Irn.* 19, 20 y 78), y también ser manumitidos bajo ciertas condiciones (*Lex Irn.* 72), transformándose en libertos públicos.

Ya se ha advertido que para hacer política en el mundo romano había que tener un «perfil» aristocrático. Pero a diferencia de los nuevos decuriones, que accedían al *ordo* nombrados por los miembros de la corporación, los magistrados eran elegidos por toda la ciudadanía local en unos *comitia* abiertos (Staveley 1972), cuya normativa jurídica tenemos en los estatutos de *Vrso*, *Malaca* e *Irni* (*Lex Vrs.* 68 y 101; *Lex Mal.* 51-60; o *Lex Irn.* 50 y 59-60). Como refleja la expresiva propaganda electoral conservada en Pompeya (Franklin 1980; Mouritsen 1988), quienes aspiraban a las magistraturas debían competir entre sí en una campaña electoral, donde debían movilizar sus apoyos familiares, clientelas y amigos.

La función municipal más alta era el duunvirato, constatado en muchas colonias y municipios de Hispania, no solo a través de la documentación epigráfica, sino en las series monetales de algunas ciudades (García y Bellido/Blázquez 1995). Los duunviros poseían *imperium* y *potestas*, debían hacer respetar las leyes y castigar las infracciones, y tenían derecho de veto entre sí y sobre los magistrados inferiores. Dicho honor fue, sin duda, la máxima ambición para muchos notables,

junto a los principales sacerdocios locales (pontificado, flaminado), lo que marcaba diferencias de rango dentro del *ordo decurionum*. Y a ello apuntan también dos hechos. No tenemos casos de repetición de otras magistraturas, así la edilidad, pero sí conocemos muchos duunviros que lo fueron más de una vez. Y es la única dignidad municipal que las ciudades ofrecieron honoríficamente a miembros de la casa imperial (*Lex Irn.* o *Lex Salp.* 24). Los duunviros eran los únicos magistrados que iban escoltados por *lictors* portando las *fascas*, símbolo de su autoridad (*Lex Vrs.* 62). Muchos se distinguieron también por importantes actos evergéticos (Rodríguez Neila/Melchor 2000), recibieron homenajes públicos otorgados por el *ordo decurionum* o el *populus*, e incluso fueron nombrados patronos de sus comunidades.

Los duunviros tenían una amplia gama de responsabilidades. Una de las más importantes era la *iurisdictio* o facultad de administrar justicia en ciertas materias de derecho privado (Torrent 1970; Johnston 1989), enmarcada dentro de ciertos límites de valor, aunque por acuerdo de las partes podía ampliarse (Laffi 1988). Fue uno de los principales capítulos de la descentralización experimentada por el Estado romano en época imperial. Los duunviros eran considerados una instancia inferior de la justicia (*Lex Irn.* 84). También les correspondía elaborar anualmente la lista de *iudices* (*Lex Irn.* 86), nombrándolos entre los decuriones y el resto de los *municipes* que fueran ingenuos y ciudadanos romanos, con edad entre 25-65 años, y patrimonio mínimo de 5.000 sesteracios (Le Roux 1989).

Los estatutos locales hispanos dan la impresión de que su trabajo era muy denso, sobre todo para quienes ejercían en ciudades importantes. Tenían también competencias en administración financiera, obras públicas, contrataciones oficiales, organización de los *comitia*, archivo público, subalternos municipales, embajadas, fiestas religiosas y espectáculos, etc. (Mackie 1983; Curchin 1990; Lamberti 1993). En la práctica, los decuriones debían aceptar a menudo sus opiniones y decisiones, dejándoles amplia capacidad de acción. Aunque era el *ordo* quien tomaba las principales decisiones de la política municipal, debiendo los magistrados someter a su aprobación todas sus actuaciones. En algunas ciudades eran distinguidos como *quinquennales*, duunviros elegidos cada cinco años para asumir tareas muy especiales, así la revisión de la lista decurional y del censo local. En casos de ausencia o emergencia podían ser sustituidos temporalmente por prefectos *pro Iuuro* (*Lex Irn.* 25).

Magistrados inferiores eran los ediles y cuestores. Las competencias de los ediles se indican en diversos apartados de las leyes municipales, sobre todo la de *Irni* (*Lex Irn.* 19). Además de poseer una *iurisdictio* limitada (Andrés 1998), se ocupaban del mantenimiento y limpieza de edificios públicos, calles y cloacas; de

que los pesos y medidas de los productos vendidos en el mercado fueran legales; de ofrecer espectáculos; de organizar las prestaciones personales para trabajos de interés comunal (*munitiones*), etc. A su vez, los cuestores tenían competencias en la gestión de la caja pública: cobrar (*exigere*), por ejemplo, multas o tributos; gastar (*erogare*), guardar (*custodiare*), administrar (*administrare*) y pagar (*dispensare*). Aunque actuando siempre a las órdenes de los duunviros (*Lex Irn.* 20).

De acuerdo con una disposición de Antonino Pío (*Dig.* 50, 4, 14; y 50, 4, 11), los cargos municipales debían revestirse de forma secuencial, empezando por los inferiores, cuestura y edilidad. No obstante, las leyes municipales hispanas, que son anteriores, no contienen ninguna disposición al respecto. Incluso muchos individuos solo reflejan en su *cursus honorum* el duunvirato, quizá porque accedieron a él directamente sin pasar por las magistraturas inferiores o porque, habiendo desempeñado la edilidad, estimaron suficiente mencionar la más alta magistratura municipal. Pero cuando en el *cursus honorum* se citan la edilidad y el duunvirato, siempre aparecen en dicho orden cronológico.

Caso singular es el de la cuestura. A diferencia del duunvirato y de la edilidad, ampliamente documentados en Hispania, es una función escasamente constatada. Era, evidentemente, un oficio ingrato ante la ciudadanía, pues se encargaba de cobrar las multas. Quizá muchas ciudades, como *Vrso*, no tuvieron cuestores. O bien muchos entre quienes lo fueron prefirieron omitirlo en su *cursus honorum*. Pero cuando aparece suele ocupar una variable posición, e incluso, a veces, culmina la carrera de ciertos notables, como vemos en algunas ciudades de la *Hispania Citerior*, donde pudo considerarse un *munus* que exigía cierta experiencia en asuntos públicos (Mayer/Rodà 1989). Esas singulares características de la cuestura municipal se observan también en Italia (Petraccia 1988) y África (Jacques 1984b).

Lo que los aristócratas municipales no olvidaban mencionar en su *cursus honorum* eran las funciones religiosas. Religión y política fueron factores íntimamente relacionados en el mundo romano. De ahí que los depositarios a nivel local de la autoridad de Roma asumieran también el control de los asuntos religiosos. Muchas de las dedicatorias votivas a dioses del panteón romano fueron hechas por quienes alcanzaron en sus comunidades las dignidades civiles y religiosas (Rodríguez Cortés 1991). Y, con frecuencia, las acciones evergéticas de dichos notables estuvieron conectadas con la religión pública, financiando la construcción de templos, la celebración de *ludi*, estatuas de divinidades, etc.

Los principales cargos religiosos municipales eran *pontifex*, *augur* y *flamen* (Delgado Delgado 1998). En principio, la función de *pontifex* estuvo conectada con los *sacra* adscritos a los cultos romanos tradicionales, cuyos gastos eran sufragados por el erario municipal

(*Lex Irn.* 77 y 79), mientras que el cargo de *flamen* correspondió al naciente culto imperial, cuyas festividades eran también celebradas en las ciudades hispanas (*Lex Irn.* 92). En *Vrso*, *pontifices* y *augures* constituían sendos colegios a los que se pertenecía vitaliciamente (*Lex Vrs.* 67). Es factible que otras colonias fueran dotadas de forma similar. En la Bética, algunos *pontifices* locales asumieron las competencias del culto imperial (Canto 1981; Castillo 1993). Los sacerdocios no eran requisito para acceder a las magistraturas, ni éstas condición para obtener aquellos. Tampoco ocupaban una posición regular en el *cursus honorum*. Pero habitualmente recayeron en los mismos individuos, pertenecientes a las *gentes* más importantes de la oligarquía municipal, quienes a menudo alcanzaron también el duunvirato y otras funciones civiles.

La administración financiera

La administración financiera fue un aspecto importante de la autonomía política de colonias y municipios, con vistas a sostener su progreso material. Pero el Estado romano no aportaba regularmente a las ciudades dinero de sus presupuestos, solo las auxiliaba en casos excepcionales. Otro dato a tener en cuenta: en la fiscalidad local predominó la imposición indirecta sobre la directa —las comunidades cobraban tasas por muy diversos conceptos.

Los reglamentos municipales prestan gran atención a todo lo relacionado con el tesoro público (*pecunia publica* o *communis*), cuya gestión era una importante responsabilidad de decuriones y magistrados, pues las comunidades dependían esencialmente de sus propios recursos (Rodríguez Neila 2003a). De su mayor o menor honestidad y acierto dependía que la hacienda local estuviera saneada. En principio, los dirigentes de las ciudades no poseían formación específica en materias financieras, si bien la experiencia podía compensar tal carencia. En decisiones delicadas, por ejemplo, las costosas obras públicas, no siendo tampoco especialistas en temas edilicios, cabe suponer que se asesorarían convenientemente.

Algunas instancias políticas superiores, como el emperador o los gobernadores provinciales, podían controlar el estado de las finanzas locales. Pero solo aparecen en las fuentes interviniendo ocasionalmente. Dos conocidos ejemplos ofrecen las *epistulae* imperiales enviadas a las ciudades béticas de *Sabora* y *Munigua*, con resoluciones contrarias a sus intereses. Vespasiano le negó a *Sabora* una subida de impuestos locales (*uectigalia*), y Tito obligó a *Munigua* a que saldara una deuda que tenía contraída con un arrendador del cobro de impuestos (*CIL*, II²/5, 871; *AE*, 1962, 288). En ambos casos, los emperadores remitieron a las sentencias emitidas por los procónsules provincia-

les. Otras veces se trató de pleitos entre comunidades por motivos territoriales, cuestión que tenía importantes implicaciones fiscales (Burton 2000).

Las decisiones del *ordo* sobre la *pecunia publica* debían ser ejecutadas por los magistrados, especialmente los duunviros. Éstos, más en contacto con las necesidades de la ciudad, podían presentar propuestas al Senado que implicaran gastos, o bien, cuando los decuriones lo demandaban, debían informarlos sobre las finanzas municipales. Así debía hacerse en *Vrso* respecto a tres capítulos económicos: la *pecunia publica* en general, la recaudación de multas y las propiedades inmobiliarias de la colonia, descritas como *loca*, *agri* y *aedificia*, de cuyo alquiler se obtenían ingresos (*Lex Vrs.* 96). Una vez que los decuriones decidían cualquier desembolso, los magistrados tenían amplio margen de actuación, siempre que se ajustaran estrictamente a los objetivos y sumas oficialmente aprobados.

El nivel de ingresos y gastos del tesoro municipal dependía de la importancia de la ciudad, la extensión y riqueza de su territorio, y la calidad del patrimonio comunal. También de la categoría económica de sus elites, que por diversas vías (*munera*, *summae honorariae*, evergetismo) contribuían con fondos privados al desarrollo comunal. Sin embargo, los estatutos municipales no ofrecen una imagen coherente de lo que pudo ser un presupuesto ordenadamente dispuesto en entradas y salidas, aunque la información fiscal que aportan permite reconstruir, parcialmente, el cuadro básico de inversiones que una comunidad debía asumir para funcionar correctamente (*Lex Irn.* 79). Otra importante limitación es que apenas tenemos información cuantificable sobre las finanzas locales, ni sobre los criterios con que se gestionaban.

El capítulo de gastos de personal, al ser las magistraturas *honores* revestidos gratuitamente, se limitaba al pago de los *apparitores* que servían a los magistrados, concepto previsto en las leyes de *Vrso* e *Irni*, pero solo cuantificado en la primera; y al abono de honorarios de médicos y profesores, que podían ser contratados por las ciudades para que prestaran sus servicios públicamente (Rodríguez Neila 1999a). Otra singularidad es que los gobiernos municipales asumían entonces los gastos de la religión oficial, se tratara de templos y recintos sagrados, *sacra* o *ludi*, como reflejan numerosas disposiciones de las leyes municipales de Hispania. Aunque en esto las haciendas locales se vieron aliviadas frecuentemente por las evergesías de muchos notables, e incluso por colectas públicas.

Algunas formas de control presupuestario existían cuando el estatuto determinaba cantidades y fines de algunas expensas ordinarias, lo que obligaba a decuriones y magistrados a no gastar más de lo oficialmente previsto. Solo tenemos dos casos en la ley de *Vrso*: el dinero que los magistrados podían gastar en *ludi* durante las fiestas en honor de la Tríada Capitolina

y Venus, que ascendía a 6.000 sestercios, poniendo duunviros y ediles 6.000 más de su bolsillo (*Lex Vrs.* 70-71); y los 16.800 sestercios anuales fijos para pagar sus sueldos a los treinta *apparitores* de la colonia (*Lex Vrs.* 62), lo que suponía un gasto total anual de 22.800 sestercios. Pero en las leyes municipales flavias, sin embargo, no se concreta ninguna partida económica. Las cantidades a gastar en *ludi* o en sueldos de *apparitores* debían ser decididas en cada momento por los decuriones (*Lex Irn.* 77 y 79). Otra fórmula era reservar ciertos ingresos para fines predeterminados. Por ejemplo, en *Vrso* el importe de las multas impuestas a quienes arrendaban bienes públicos, si incumplían las cláusulas del contrato, debía emplearse únicamente en costear los *sacra* oficiales (*Lex Vrs.* 65). También en el caso de los legados dejados por munificentes notables a algunas ciudades de Hispania, los decuriones debían respetar escrupulosamente las disposiciones de los donantes, no desviando tales sumas para otros objetivos.

Los erarios municipales podían ingresar, habitualmente, numerario en efectivo por diversos conceptos (Le Roux 1999): tasas (*uectigalia*), que debían pagar periódicamente quienes tenían arrendados bienes públicos, o abonadas por otros conceptos (derechos de aduana, de mercado, uso privado del *aqua publica*, etc.); cobro de multas por diversos delitos, cuantificadas en sestercios en las leyes municipales, entre diez mil y veinte mil la mayoría; venta de bienes hipotecados en favor de la ciudad, etc. Si el estado de la *pecunia publica* era boyante, las ciudades podían negociar con su dinero prestando a interés, posibilidad confirmada por la legislación imperial, y también por la ley de *Irni* (Rodríguez Neila 2003a).

Pero también podía ocurrir que las haciendas locales fueran deficitarias, si los dirigentes municipales no las gestionaban correctamente. A Roma le preocupó mucho esta cuestión. Para ello era importante mantener intacto el patrimonio inmobiliario comunal, que constituía una reserva de capital. Por ello la ley de *Vrso* prohibía la enajenación de bienes públicos (*agri*, *silvae*, *aedificia*), limitándose también el arrendamiento de los mismos por más de un quinquenio, para evitar que se convirtieran en concesiones a perpetuidad (*Lex Vrs.* 82). Impedimento que no existe en las leyes municipales flavias, que permitían la venta de bienes comunales bajo ciertas condiciones (*Lex Irn.* 48 y 79). Las autoridades municipales debían procurar que la ciudad obtuviera en tales operaciones las mayores ganancias. Los ingresos ordinarios de las ciudades estaban destinados a atender necesidades concretas y previsibles. Pero cualquier gasto inesperado, cualquier proyecto que desbordara los cálculos económicos iniciales, así las costosas obras públicas, o si los fondos públicos eran malversados, tales situaciones podían obligar a los decuriones a recurrir a expedientes financieros de urgencia.

Uno podía ser solicitar el permiso imperial para elevar las tasas locales (*uectigalia*), expediente que Vespasiano negó a *Sabora*. Roma no veía bien que los ciudadanos pagaran por tal vía las «alegrías» financieras de sus dirigentes. Otra salida podía ser solicitar un préstamo (*pecunia mutua*), posibilidad regulada en la ley de *Irni* aunque con condiciones, a fin de que las comunidades no se endeudaran alegremente (*Lex Irn.* 80). Pero desconocemos si los municipios recurrieron con frecuencia a tan arriesgada opción. Aunque sí sabemos que algunas localidades hispanas con apuros económicos evitaron endeudarse gracias al evergetismo de sus notables.

Además de honradez y eficacia, la gestión de la *pecunia publica* requería cierta infraestructura técnica. Por ejemplo, personal especialmente dedicado a ello. Tal era la responsabilidad, donde los había, de los cuestores. También los magistrados eran ayudados por los escribas, los *apparitores* que más cobraban, cuyas obligaciones y competencias aparecen detalladas en las leyes de *Vrso* e *Irni* (*Lex Vrs.* 62 y *Lex Irn.* 73). Dominaban capítulos importantes de la gestión pública, como contabilidad, redacción de documentos y organización de archivos. A esa nómina se sumaban algunos esclavos públicos, como aquel *ser(uus) tabul(arius)* citado en un epígrafe de *Astigi*, donde estaría adscrito al archivo público de dicha colonia bética (*CIL*, II²/5, 1176).

Poco sabemos de los usos administrativos vigentes en los erarios municipales, tema escasamente documentado también en el caso de la hacienda estatal (Rodríguez Neila 2005). Para que decuriones y magistrados hicieran previsiones sobre el gasto público, sería conveniente disponer de registros de caja fidedignos que ofrecieran una contabilidad clara y al día. Posiblemente se siguieron en ello los usos vigentes en Roma, inspirados a su vez en los de la banca privada. De hecho, en las leyes municipales flavias se alude a la contabilidad con el término *rationes*, y la expresión *rationes communes gerere* sugiere el uso de ciertos procedimientos de gestión financiera (*Lex Vrs.* 81; o *Lex Irn.* 67 y 73). También era preciso conservar la documentación y clasificarla en un archivo (*tabularium*), donde trabajarían habitualmente los escribas y copistas (*librarii*) (Rodríguez Neila 1991-1992).

Los estatutos locales de Hispania dan mucha importancia al manejo de la *pecunia publica* y a la obligación de rendir cuentas (*reddere rationem*), que afectaba a todos los magistrados. Dentro del reglamento irnitano hay una serie de rúbricas que forman una sección coherente sobre la gestión del dinero público (*Lex Irn.* 67-71). Evidentemente, la ineficacia, la arbitrariedad o incluso la corrupción debieron darse a menudo entre los decuriones y los magistrados. Fueron males que afectaron a la burocracia estatal de Roma, no hay razones para pensar que las administraciones municipales fueran diferentes, teniendo en cuenta el amplio marco

autonómico de que gozaban sus dirigentes para gobernar sus comunidades (Rodríguez Neila 2003a).

Para Hispania conocemos las *difficultates* y la *infirmitas* a que apelaron las autoridades de *Sabora* para solicitar a Vespasiano la aprobación de *noua uectigalia*. Y también la situación de *tenuitas publica* que alegaron las de *Munigua* para eludir sus obligaciones con un *conductor uectigalium* al que la ciudad debía dinero. Tales expedientes revelan situaciones de emergencia financiera, aunque desconocemos si las autoridades locales fueron responsables. Pero es probable que la ausencia de controles directos y continuos por parte del poder central y provincial, favoreciera conductas irresponsables, e incluso delictivas, que pusieran en apuros a algunas haciendas municipales.

No tenemos casos concretos que ilustren toda esta casuística en Hispania. Pero es evidente que los casos de malversación de fondos municipales debían darse, a tenor de la preocupación que muestran los estatutos locales por la administración del patrimonio público. En *Vrso*, quien hubiera llevado algún *negotium* aprobado por los decuriones, y los magistrados lo hacían habitualmente, debía rendir cuentas en un plazo de ciento cincuenta días tras finalizar el asunto (*Lex Vrs.* 80). En los municipios flavios, en un plazo de treinta días a contar desde el momento de recepción del dinero o de finalización de su gestión (*Lex Irn.* 45 y 67), debían hacerlo quienes hubieran utilizado la *pecunia communis*, se hubieran encargado de algún *negotium* municipal o hubieran llevado las *rationes communes*,

La rendición de cuentas (*rationem reddere*) debía hacerse ante el senado local, como vemos en *Vrso*, aunque en los municipios flavios los decuriones podían delegar dicha tarea en tres de ellos, que debían revisar las cuentas y, en su caso, sugerir las acciones judiciales a emprender, dando paso al procedimiento penal previsto (*Lex Irn.* 68-69). En casos extremos de incumplimiento de dicha obligación o de corrupción comprobada, se era reo del denominado *crimen de residuis* (Mentxaka 1990). Que esta figura jurídica apareciera no solo en varios reglamentos locales hispanos, sino también de Italia, así la *Lex Tarentina*, sugiere que las conductas delictivas entre los dirigentes municipales eran previsibles, y que Roma las estimaba gravemente lesivas para los intereses de las ciudades.

Política municipal y espacio económico local

Ciertas decisiones financieras adoptadas por los gobiernos municipales podían influir en la dinámica económica de sus comunidades. Así, algunas inversiones de la *pecunia communis* suponían interesantes negocios para algunos sectores, como ocurría con las contrataciones para prestación de servicios y realización de obras públicas (*Lex Vrs.* 69; o *Lex Irn.* 48 y 79). Por ejemplo,

el cobro de los tributos municipales (*uectigalia*), cuyo incremento, como vimos, negó Vespasiano a *Sabora*. A su vez, la *epistula* de Tito a *Munigua* confirma cómo esa comunidad tenía arrendada la percepción de dichos impuestos a un *conductor uectigalium*.

Un capítulo importante de la vida municipal, el desarrollo edilicio, podía suponer importantes inversiones económicas. Muchas colonias y municipios de Hispania experimentaron un notable progreso urbanístico y monumental en época altoimperial. Pero tales proyectos solo fueron costeados excepcionalmente por la hacienda imperial y cuando se habla de ciudades importantes, como *Italica*, *Corduba*, *Tarraco* o *Emerita* (Jouffroy 1977). También el mecenazgo privado sufrió en buena parte ese progreso edilicio. En ello los evergetas debieron actuar en sintonía con los *ordines decurionum*, que tenían competencias en materias urbanísticas (*Lex Vrs.* 75 y *Lex Mal. e Irni.* 62), y que a menudo debieron ofrecerles el suelo público necesario, como expresamente indica un epígrafe de *Obulco* (*CIL*, II²/7, 97).

Pero las ciudades no tenían por qué depender únicamente de las generosidades privadas para sufragar sus planes urbanísticos. En los reglamentos de *Vrso* e *Irni*, los magistrados aparecen conectados con la construcción y mantenimiento de obras públicas (*Lex Vrs.* 77 y 99 y *Lex Irni.* 82). Y hasta un pequeño municipio como *Irni* tenía previstos gastos por tal concepto, lo mismo se tratara de acometer (*facere*) obras nuevas, como de restaurar (*reficere*) las ya existentes (*Lex Irni.* 79). Por ello, junto al evergetismo privado, las administraciones municipales podían dar trabajo al sector de la construcción dinamizando, al menos periódicamente, el mercado laboral local, y favoreciendo la redistribución social de capitales públicos (Rodríguez Neila 1999a).

En ambas vías de financiación edilicia estarían interesados los empresarios del sector (*redemptores* o *conductores*). Y posiblemente no se trataría siempre de ricos plebeyos, con recursos para asumir los encargos de trabajo público, adelantando gastos y haciendo frente a las garantías personales y patrimoniales que las leyes municipales exigían para hacerse con las contratas. En tales negocios, que exigían determinados trámites recogidos en las leyes municipales (*Lex Mal. e Irni.*, 63-65), pudieron estar también interesados miembros de las oligarquías decurionales, dada su solvencia económica. Es cierto que el estatuto de *Irni* prohibía a los magistrados locales, allegados y subalternos a sus órdenes, implicarse en la gestión de negocios municipales (*Lex Irni.* 48). Pero tales impedimentos legales solo les afectaban mientras estuvieran en funciones, y siendo extensivos al resto de los decuriones.

Además, la ejecución de tales proyectos debía tener apreciables repercusiones en el *populus*, al dar trabajo a artesanos de diversa índole, y a sectores más humildes que podían proporcionar mano de obra, atenuan-

do así la inquietud social. En el mapa laboral de la Hispania romana observamos cómo las ciudades más importantes por su categoría administrativa, prosperidad económica, nivel de sus oligarquías locales y desarrollo monumental, destacaron por concentrarse en ellas gran cantidad de trabajos especializados, funcionando como polos de atracción laboral para gentes de otras regiones (Rodríguez Neila 1999a). También el gasto público municipal beneficiaba, como hemos visto, a quienes podían ser contratados como *apparitores* al servicio de los magistrados, cobrando por ello un sueldo (*merces*) que les permitía complementar sus ingresos (*Lex Vrs.* 62; y *Lex Irni.* 79). O también a algunos médicos y enseñantes que recibieron sueldos de ciudades que alquilaron sus servicios.

La implicación de la administración municipal en el espacio económico local era también importante en cuanto al tema de los mercados, aunque tenemos escasa información para Hispania (De Ruyt 1983). Los había periódicos y permanentes. Los primeros, a los que acudía la población rural para comprar y vender, se denominaban *nundinae*, y su existencia está confirmada por la ley de *Vrso* (*Lex Vrs.* 81). Pero había también un mercado urbano estable y diario, el *macellum*, y muchas ciudades tuvieron edificios específicos para ello. En tales mercados se desenvolvían comerciantes de muy diversa índole (Chioffi 1999), siendo igualmente el ámbito apropiado para gente relacionada con la banca y el cambio de moneda, los *argentarii*, *coactores argentarii* y *nummularii*, documentados epigráficamente en localidades importantes (Andreau 1987).

Los magistrados locales debían supervisar el funcionamiento del *macellum* local para evitar ciertas irregularidades. Según el estatuto de *Irni*, una de las responsabilidades de los ediles era el control de pesos y medidas para que se ajustaran a la legalidad (*Lex Irni.* 19). También debían vigilar los precios para evitar abusos, multando a quien incurriera en tal delito (*Lex Irni.* 75). Y velar para que los comerciantes abonaran al erario municipal la tasa de mercado (*mercatus*). Por lo que reflejan algunas fuentes, las situaciones de tensión entre ediles y vendedores serían frecuentes (Rodríguez Neila 2003b).

Las autoridades municipales, para vigilar mejor los precios, debieron favorecer las actividades mercantiles centradas en las ciudades, allí donde se concentraba una población que podía verse perjudicada por la escasez de suministros y el alza de su importe (De Ligt 1993). En efecto, que el mercado local estuviera bien abastecido de los productos básicos, la *annona*, era una preocupación importante para los gobiernos municipales, y en especial para los ediles, competentes en dicho asunto. Un aumento desorbitado de los precios podía provocar revueltas populares, que ponían en peligro la paz ciudadana, proyectando ante las administraciones central y provincial una negativa imagen de

la capacidad de decuriones y magistrados para gestionar sus comunidades.

Pero la legislación ponía en manos de los gobiernos municipales ciertos instrumentos para contrarrestar tan críticas situaciones. Uno de carácter coactivo, la prohibición de acaparar o retirar del mercado cualquier producto, con la intención de que escaseara y aumentara desmesuradamente su precio. Tales conductas estaban penalizadas (*Lex Irn.* 75). Pero si la situación de la *annona* local llegaba a extremos preocupantes, las autoridades locales podían encontrar la espontánea ayuda del mecenazgo privado. Algunos epígrafes hispanos recuerdan evergesías annonarias de ciertos notables (Melchor 1994), y proceden de localidades situadas en zonas trigueras del sur, como *Vcubi*, *Anticaria* y *Vlia*, y sobre las que se comentan algunos aspectos en el trabajo de E. Melchor en este volumen. No debieron ser, pues, falta de producción o problemas de distribución lo que generara tales crisis de subsistencia, sino otras causas, como plagas o sequías. O incluso actitudes especulativas, como las que el estatuto irnitano trataba de conjurar y que afectaban, sobre todo, a los menos pudientes.

Dos capítulos más del gasto municipal podían suponer ganancias extras para ciertos productores y comerciantes del *macellum*. En primer lugar, las contratas para el suministro regular de todos los productos necesarios para los *sacra* oficiales, en especial, las víctimas de los sacrificios. La ley colonial de *Vrso* regulaba la contratación del suministro de todo lo necesario para los *sacra*. Los magistrados debían abonar a los *redemptores* periódicamente el importe de los servicios acordados en el contrato de arrendamiento (*Lex Vrs.* 69), lo que indica que varios proveedores podían aspirar a tales negocios. Esta fórmula evitaba ciertos monopolios o favoritismos por parte de la administración municipal, y repartía más el trabajo financiado con la *pecunia communis*. También en el reglamento de *Irni* estaban previstas expensas públicas en concepto de *sacra* (*Lex Irn.* 77). En segundo lugar, hay que considerar los banquetes comunales. La ley de *Irni* observaba la organización de *epula*, *cenae* y repartos de carne (*uescerationes*), con cargo al tesoro municipal, en los que solo participaban los *municipes* (*Lex Irn.* 77 y 92). Los magistrados encargados de organizar tales eventos tendrían que adquirir los alimentos, habitualmente, en el mercado local, dando así oportunidad a los comerciantes (*tabernarii*, *macellarii*) de incrementar sus ventas.

Relaciones públicas y política «exterior» de los gobiernos locales

En las ciudades romanas tenía mucha importancia la concesión de honores oficiales por el *ordo decurio-*

num, para recompensar servicios prestados a la ciudad. Esta faceta de su actividad institucional constituye uno de los aspectos de la vida municipal mejor ilustrados epigráficamente en Hispania en época altoimperial (Melchor/Pérez Zurita 2003). Las personas honradas solían ser gente rica, evergetas distinguidos por sus liberalidades hacia sus comunidades, magistrados y decuriones sobresalientes por su gestión pública, e incluso jóvenes y mujeres de ilustres familias locales (Mirón 1996), y libertos de alta posición social (Serrano 1988). Con tales reconocimientos, además de exaltar a sus respectivas *gentes*, se buscaba afianzar los lazos corporativos dentro de la aristocracia local y con otros grupos sociales. La expresión genérica *ob merita*, a veces usada como móvil del homenaje, indica cómo las virtudes personales eran valoradas por la ciudadanía local, no como meros adornos individuales, sino por su proyección al ámbito público, con acciones que favorecían a la población, estimulando al mismo tiempo conductas similares por parte de otros miembros de la oligarquía local (Forbis 1996).

La concesión de honores públicos debía ser aprobada por los decuriones mediante decreto. De hecho, la mayoría de los pocos decretos decurionales romanos epigráficamente conservados corresponden a distinciones honoríficas, que los beneficiarios quisieron perpetuar en memoriales públicos (Sherk 1970; Camodeca 2003). Tales honores municipales eran de muy diverso tipo. Consistían habitualmente en estatuas e inscripciones honoríficas (Melchor 1994). Una distinción que debía ser muy apreciada por quienes estaban incapacitados jurídicamente para entrar en el *ordo decurionum* o revestir magistraturas eran los *ornamenta*, que permitían compartir con decuriones y magistrados algunos de sus privilegios, por ejemplo, los lugares reservados en espectáculos y banquetes públicos (*Lex Vrs.* 125-127; *CIL*, II²/7, 139). Tal fue el caso de algunos libertos ricos que, bien conectados con la aristocracia decurional, contando con influyentes patronos, y realizando actos evergéticos, ascendieron socialmente (Serrano 1988 y 1996).

Un capítulo muy apreciado eran los honores funerarios, que en Hispania se documentan mayoritariamente en la Bética (Dardaine 1992; Melchor 2006). Los más usuales eran el funeral con carácter oficial (*funus publicum*), el pago de su importe con cargo a la *pecunia publica* (*impensa funeris*), una *statua* en sitio público, el derecho a recibir una *laudatio publica*, la concesión de un *locus sepulturae*, la donación de incienso para los funerales (*tur[is] p[ondo] [tot]*) entre otros. Los decuriones podían conceder uno o varios honores de este tipo, amortizando los espacios públicos que fueran necesarios, lo que se expresa en las inscripciones con la fórmula *locus datus decreto decurionum*. Especialmente apreciados entre la aristocracia local serían el *funus publicum*, la pompa oficial de las exequias celebradas

ante toda la sociedad municipal, y la oportunidad de entonar una *laudatio publica*, que no solo servía para enaltecer al homenajeado, sino también a toda su *gens* (Rodríguez Neila 2002). Otra cuestión importante era la financiación de tales distinciones. En principio, corrían a cargo del erario municipal. Pero a menudo los homenajeados o sus familias asumieron sus costes.

Otra dimensión importante de la política municipal fueron las relaciones de las ciudades y, concretamente, de sus dirigentes, con las altas esferas del poder. El *ordo decurionum* y los magistrados eran los principales interlocutores de la comunidad con el régimen imperial, con el que tuvieron en general fuerte conexión política y sintonía ideológica. De hecho, algunas *epistulae* imperiales, que recuerdan *legationes* de ciertas localidades béticas (*Sabora*, *Munigua*, *Obulcula*) recibidas en Roma, van dirigidas a sus magistrados y decuriones, confirmando su cualidad de máximos representantes de la ciudad. En sus manos, además del gobierno y progreso de sus comunidades, Roma dejó también la responsabilidad de dos importantes capítulos de la administración imperial que se descentralizaron: la elaboración de los censos, una información básica para que el Estado estableciera las obligaciones fiscales de sus súbditos; y el cobro de los impuestos directos, actividades en las que las autoridades municipales debían actuar en estrecha relación con los gobernadores provinciales (Eck 2000).

Las comunidades mantenían habitualmente contactos con los distintos niveles de la administración imperial. En primera instancia, los gobernadores provinciales, que eran sus representantes más cercanos. Si los temas eran de más trascendencia se acudía al Senado y el propio emperador (Millar 1977). Según las leyes municipales flavias, los gobernadores podían intervenir ocasionalmente en asuntos internos de las ciudades. Por ejemplo, en el nombramiento de los *iudices* locales, fijando su cantidad (*Lex Irn.* 86); o autorizando que las comunidades pudieran pedir préstamos por encima de ciertas sumas (*Lex Irn.* 80). También debían estar en contacto con las autoridades municipales, para transmitirles órdenes propias o disposiciones legales y normas emitidas desde Roma. Lo que exigiría a los duunviros, cuyas ausencias temporales están previstas en los reglamentos locales (*Lex Irn.* y *Salp.* 25, 29), o a otros *legati* de la ciudad, acudir periódicamente a la capital provincial para informarse (*Lex Irn.* 85 y 95).

La intervención del gobernador provincial podía ser también necesaria si había problemas de orden público o, como ya hemos visto, en ciertos temas fiscales. Así lo recuerdan las citadas epístolas enviadas por Vespasiano a *Sabora*, negándole una subida de impuestos locales, y por Tito a *Munigua*, obligando a dicha localidad a saldar una deuda que tenía contraída. En las cuestiones planteadas, las misivas imperiales remiten a las sentencias emitidas por los procónsules de la

Bética. Otra cuestión que podía exigir una actuación del gobernador eran los conflictos de límites entre localidades próximas. En tal caso, las ciudades afectadas podían enviar delegaciones ante el emperador o el gobernador provincial (Millar 1977; Burton 2000). Así debió de ocurrir en un litigio entre *Cisimbrium* y una localidad vecina, que resolvió el procónsul Antistio Rústico en el 84 d.C. (*CIL*, II²/5, 302); o la disputa territorial reflejada en un *trifinium* de Villanueva de Córdoba en tiempos de Adriano, resuelta con el envío de un *iudex* imperial.

Las *legationes* eran asunto importante para las «relaciones exteriores» de una ciudad, reglamentado con detalle en colonias y municipios, como vemos en los estatutos de *Vrso* e *Irni* (*Lex Vrs.* 92 o *Lex Irn.* 44-47). Participar en ellas daba también oportunidad a los notables locales para estrechar vínculos con miembros de los estamentos senatorial y ecuestre, o la propia *domus Augusta*, forjándose lazos personales e influencias oficiales. Oportunidades que podían consolidarse cuando el gobernador visitaba la ciudad en el curso de sus giras periódicas por la provincia para impartir justicia en las capitales de los *conuentus* (Burton 1975), y tenía como principales anfitriones a sus notables. Tales *legationes* estaban constituidas por un número variable de decuriones, que ostentaban la representación delegada del *ordo decurionum*, cuyas directrices debían fielmente acatar, teniendo la obligación de informarle al regreso.

El *patronatus* fue otro importante instrumento político a través del cual las comunidades, pero muy especialmente sus oligarquías, pudieron establecer lazos con personajes influyentes (Balbín 2006). Se buscaban patronos con gran prestigio social y proyección política, a los que pudiera recurrirse si debían solventarse asuntos importantes ante las autoridades estatales (Millar 1977). Había plena libertad para escogerlos y debía cuidarse mucho la designación. Su nombramiento era un tema delicado, que aparece regulado en los estatutos locales hispanos (*Lex Vrs.* 97, 126, 130, 131; o *Lex Mal.* e *Irn.* 61). Los más importantes patronos municipales documentados en Hispania tuvieron rango imperial. Augusto y diversos miembros de la familia Julio-Claudia lo fueron de algunos municipios, como *Vlia*, *Italica* o *Gades*. Tras los patronazgos imperiales los patronos más cotizados serían personajes de rango senatorial y ecuestre.

Otro recurso usado por algunos gobiernos municipales para consolidar relaciones y obtener beneficios de la casa imperial, fue conferir a sus miembros, a título honorífico, la más importante magistratura local: el duunvirato. Aunque en la práctica eran reemplazados por *praefecti Imperatoris* o *Caesaris* sin colega, que eran elegidos entre los más influyentes miembros de la aristocracia local, quizás a propuesta del *ordo*. Esta función, regulada en los estatutos flavios (*Lex Salp.* e

Irn. 24), y documentada en época altoimperial en el *cursus honorum* epigráfico de algunos notables hispanos y también en ciertas acuñaciones locales, daba sin duda mucho prestigio a quienes la ejercían, gente que ya tenía cierta experiencia administrativa (Mennella 1988 y 1989).

Dirigentes y sectores populares

Hasta ahora el *populus* ha estado casi ausente en esta panorámica de la vida municipal. ¿Fue así en realidad? No exactamente. La implicación de la población plebeya está documentada en ciertos espacios públicos y parece contradecir la impresión que a primera vista ofrecen las fuentes, sobre todo las leyes municipales: la de que toda la política local era asunto exclusivo de los grupos aristocráticos (Jacques 1984a; Rodríguez Neila 2001). Cuando se hacen presentes tales sectores populares suelen actuar de forma colectiva y en relación de subordinación respecto a la oligarquía imperante. La documentación epigráfica alude a ellos con términos genéricos (*populus*, *plebs*, *ciues*, *municipes*, *coloni*), que homologan realidades sociales y jurídicas diferentes. A menudo, la proyección política estaba reservada solo a quienes disfrutaban de la ciudadanía local. De todas formas, el dominio de los dirigentes decurionales sobre los asuntos públicos, a través de senados y magistraturas, dejaba a la población común un limitado margen de influencia en la política en sus comunidades. Esa controlada presencia se expresó a través de ciertos cauces, unos institucionalizados en las leyes municipales, otros más espontáneos.

En primer lugar, tenemos la organización del cuerpo social a efectos electorales. Tal como reflejan los estatutos de una colonia, *Vrso*, y de los municipios flavios de *Irni* y *Malaca*, los magistrados locales eran anualmente elegidos en *comitia* abiertos a quienes tenían la *ciuitas* local, encuadrados en unidades cívicas, las *curiae*, aunque no sabemos exactamente bajo qué criterios se organizaban (*Lex Irn.* 50; *Lex Mal.* 52, 53, 55-57 y 59; *Lex Vrs.* 68 y 101). En *Vrso* había veinticuatro curias y en *Irni* pudieron ser once (Caballo 2006). Quizá su existencia no se limitara a los *comitia* y tuvieran funciones más amplias en la vida pública, que contribuyeran a consolidar la solidaridad cívica. Así ocurría con las *curiae* de las ciudades africanas, las mejor conocidas, donde actividades religiosas y festivas formaban parte de su identidad (Kotula 1968; Amodio 1998). A lo mismo podría apuntar la presencia en la ciudad bética de *Acinipo* de un *pontifex sacrarum curiarum Acinipponensium* (*CIL*, II, 1346), que estaría al frente de los *sacra publica* de las *curiae* locales. Asimismo, tales agrupaciones pudieron facilitar una conexión fluida entre toda la población, con el fin de tomar decisiones comunes que, en el lenguaje

epigráfico, aparecen como emanadas del *populus*, *ciues*, *municipes*, etc. Así, los frecuentes homenajes a personas eméritas promovidos por tales colectivos. Poner de acuerdo a todos en tales iniciativas exigiría mecanismos de consulta y decisión, así como fórmulas de contribución pecuniaria, que podían canalizarse a través de tales cuadros cívicos. Así se desprende de alusiones a homenajes que fueron sufragados *aere conlato* o *pecunia collata*. Por ejemplo, en *Singilia Barba*, donde una interesante inscripción honorífica evoca los homenajes que *ciues et incolae* tributaron al duunviro *M. Valerius Proculinus* (*CIL*, II²/5, 789). Se le concedió una estatua sufragada por colecta pública (*ex aere conlato*). Y también por consenso de todos (*consensu omnium*), se acordó manifestarle público agradecimiento y donarle las víctimas para que hiciera sacrificios el último día en el cargo, el treinta y uno de diciembre.

Testimonios de tal clase refuerzan la impresión de que la ciudadanía municipal funcionaba con ciertas estructuras organizativas y que a veces tomaba decisiones, incluso calificadas como decretos, que podían ser asumidas oficialmente por las autoridades locales (Rodríguez Neila 2001). Así, una inscripción de Arcos recuerda cómo el homenaje tributado a *Calpurnia Galla* fue decidido *d(ecreto) d(ecurionum) et populi* (*CIL*, II, 1364). Y en *Acinipo*, la *plebs* decretó (*decreuit*) una estatua, costeada *d(e) s(ua) p(ecunia)*, a un patrono de la ciudad (*CIL*, II, 1347 y add., 701).

Otro espacio de participación ciudadana lo constituían las asambleas o *contiones*. En general, el sistema municipal no otorgaba al *populus* iniciativa en asuntos políticos, administrativos o jurídicos. Pero su teórica soberanía se reconocía cuando era convocado por los magistrados para sancionar ciertos actos oficiales (*contio*). Las fuentes se hacen escaso eco de esta institución, cuyo funcionamiento conocemos bien en Roma (Pina 1989). Pero la ley de *Vrso* indica que los escribas que servían a los magistrados debían prestar juramento en una *contio* celebrada en el foro (*Lex Vrs.* 81), que sería el espacio habitual para tales convenciones. También en los municipios flavios los magistrados elegidos en *comitia* debían prestar juramento públicamente *in contione* (*Lex Mal.* e *Irn.* 26 y 59; y *Lex Salp.* 26). Aunque es probable que tales reuniones, si se escogían fechas en las que podía acudir la población rural, se aprovecharan para otras cuestiones.

La presencia de la ciudadanía plebeya en la vida pública resultaba más activa y decisiva cuando era convocada anualmente a los *comitia*. El reglamento colonial de *Vrso* establecía su celebración tanto para elegir magistrados (*Lex Vrs.* 101 y 105), como pontífices y augures (*Lex Vrs.* 67 y 68). Pero el proceso electoral se conoce con más detalle a través de los estatutos municipales flavios (*Lex Mal.* y *Lex Irn.* 50-60 y 62). Aunque la calidad «democrática» del sistema era muy relativa, pues los candidatos procedían de las filas de la aristocracia

municipal que, como vemos en la propaganda electoral de Pompeya, movilizaba en tales ocasiones sus redes clientelares, y además solo participaban en él quienes poseían la ciudadanía local (*Lex Mal.* 55).

Más influyente se nos muestra la iniciativa popular en el caso de los homenajes públicos tributados a personas eméritas. Como hemos visto, tales distinciones fueron habitualmente otorgadas por los *ordines decurionum*. Pero lo que interesa ahora destacar es que los promotores de tales homenajes fueron en ciertas ocasiones los sectores populares, cuyo espontáneo reconocimiento hacia magistrados o evergetas podía potenciar su prestigio social y el de sus familias, por encima de las expectativas de otros colegas. Pese a su poder municipal, expresado a través de los ámbitos institucionales ya indicados, la aristocracia decurional debía tener en cuenta las consecuencias «políticas» de tales manifestaciones populares (Jacques 1984a).

Unas veces, los testimonios epigráficos indican que la dinámica política entre *ordo* y *populus* podía expresarse en una acción convergente para conseguir objetivos de interés común. Por ejemplo, presionando a los evergetas para que remediaran con su dinero necesidades públicas. Así ocurrió en *Oretum*, cuando un notable local, *petente ordine et populo*, pagó la construcción de un puente por importe de ochenta mil sesteracios (*CIL*, II, 3221). Pero en otras circunstancias la iniciativa partió únicamente de la ciudadanía plebeya, aunque el *ordo decurionum* la asumió como propia, como sucedió en *Aurgi* cuando dos seviros, motivados *secundum petitionem m(unicipum) m(unicipii)*, pagaron los costes de doscientos *loca spectacul(orum)*, donación aceptada oficialmente *decreto optimi ordinis* (*CIL*, II²/5, 31). O en *Iliturgi*, donde otro sevir, respondiendo a la presión popular (*petente populo*), costeó *de sua pecunia* un *donum* (dedicación a Póllux) al que sumó un *epulum* y *ludi circenses* ofrecidos a la ciudadanía, pero también a los residentes (*incolae*) (*CIL*, II²/7, 28-29).

En ocasiones, la determinación popular actuó en favor de mujeres o libertos, grupos excluidos de la política oficial, pero a los que se quiso reconocer determinados *merita*. Así, en *Lucurgentum*, el sevir *M. Heluius Anthus* recibió los *ornamenta decurionatus* por decreto del *ordo*, como era el preceptivo trámite oficial, pero la petición partió del *populus* (*petente populo*) (*AE*, 1953, 21). Y en *Iliipa*, el *populus*, deseando honrar a una dama de la aristocracia local, *Dasumia Turpilla*, debió presionar a los decuriones para que éstos, haciéndose eco de tal demanda, aprobaran por decreto tres «honores funerarios»: *laudatio publica, impensa funeris* y *locus sepulturae* (*CIL*, II, 1089).

Otras veces *ordo* y *populus* coincidieron en distinguir públicamente a las mismas personas, pero actuando de forma independiente. En *Salpensa*, *L. Marcius Saturninus*, fallecido a los 18 años, fue reconocido *post mortem* con varios honores decretados por el *ordo*: *lau-*

datio, locus sepulturae, impensa funeris, clupeus, statua pedestris y los *ornamenta decurionatus* (*CIL*, II, 1286). Pero en el mismo epígrafe, erigido por su padre, se hace constar que también a ese mismo joven *omnes honores a populo et incolis habiti sunt*. *Ordo* y *populus* no aparecen actuando de forma coordinada en tales reconocimientos.

Los estatutos municipales de Hispania nada regulan sobre estas formas de actuación del *ordo* y del *populus* en las concesiones de honores. Pero los memoriales epigráficos recuerdan que, al menos en ciertas ocasiones, el *populus* podía influir sobre los dirigentes locales, bien asociándose a ellos para fines comunes o tomando iniciativas autónomas, que luego el Senado, por conveniencia política, podía asumir como propias, respaldándolas oficialmente por decreto. Las oligarquías municipales, cuya propensión natural, dada su superioridad en todos los órdenes, era controlar la vida pública como un coto de su exclusiva pertenencia, no podían menospreciar la movilización de los plebeyos en ciertos asuntos. Que tales manifestaciones fueran valoradas y reflejadas en inscripciones públicas, indica que el *populus* no siempre actuaba de forma pasiva en la vida municipal, que podía manifestar su voluntad en ciertos asuntos, y que ello podía ser asumido de modo normal por sus dirigentes. Y podría confirmar, por añadidura, la funcionalidad de los cuadros cívicos indicados en cuestiones no estrictamente electorales.

Había otros escenarios públicos con presencia popular más reglamentados. En los municipios flavios podían ofrecerse banquetes (*epula, cenae*) y *uiscerationes* (repartos de carne), costeados con la *pecunia communis*, a los que eran invitados exclusivamente los *municipes* (*Lex Irn.* 77, 79 y 92). Quedaban fuera de tales beneficios otros sectores sociales sin la ciudadanía local, así los *incolae*, que sin embargo compartían a menudo con los *ciues* otras actividades comunales (*comitia*, homenajes públicos, etc.). Tales comidas públicas, al igual que las ofrecidas por los evergetas a sus expensas, eran celebraciones sociales importantes, que la población plebeya compartía con la oligarquía decurional. Y brindaban un oportuno espacio de sociabilidad, que contribuía a consolidar la conciencia comunitaria, en un ambiente de armonía y solidaridad que atenuaba, al menos temporalmente, las diferencias jurídicas, económicas y culturales entre los diversos grupos sociales.

Otro espacio público compartido por la aristocracia decurional y la ciudadanía plebeya, fue el de los jurados locales. Según la ley de *Irni*, una de las atribuciones de los duunviros consistía en designar los miembros del *album iudicum* (*Lex Irn.* 86). Roma consideraba, pues, que solo una actividad judicial que funcionara en las ciudades con eficacia y neutralidad podía asegurar la armonía cívica y la paz social. Por ello los *iudices* no solo debían ser elegidos entre los miembros de la aristocracia decurional, sino también entre los ciudadanos

plebeyos que acreditaran ciertas condiciones (Le Roux 1989).

Y hablando del mantenimiento de la paz ciudadana, surge otro tema importante de la vida municipal: el orden público, una grave responsabilidad confiada por Roma a las autoridades locales (Nippel 1995). De hecho, el *populus* de las ciudades, si aparece en las fuentes literarias de vez en cuando, lo es como protagonista de situaciones conflictivas. Tales sucesos debían inquietar mucho a las autoridades locales, pues su imagen podía deteriorarse ante el gobierno provincial e imperial (Rodríguez Neila 2003b). Los amotinamientos, altercados, destrucciones y muertes violentas provocadas por multitudes incontroladas, fueron un fenómeno frecuente tanto en la *urbs* como en muchas ciudades del Imperio, aunque lo tenemos mejor ilustrado en la parte oriental (Vanderbroeck 1987; Aja 1998).

Pero los tumultos populares podían surgir. Por ejemplo, en una situación de carencia o carestía de víveres, de ahí la preocupación que muestra la ley de *Irni* por el tema de la *annona* y los precios de los productos (*Lex Irn.* 75). Otras veces, la tensión aparecía en los *comitia* para elegir magistrados que, tal como sugiere la propaganda pompeyana, podían celebrarse con gran apasionamiento del electorado. Quizá por ello el estatuto de *Malaca* establecía penas contra quienes alteraran su normal desarrollo (*Lex Mal.* 58).

Cuando se alteraba el orden público, ¿qué medidas se tomaban? Poco sabemos al respecto para las ciudades de Hispania. Tratándose de Italia, y en casos de extrema gravedad, Roma enviaba fuerzas militares, lo que confirma la falta de medios policiales de las autoridades municipales. En general, no tenemos idea clara sobre su nivel de eficacia y los recursos que tenían para garantizar la seguridad ciudadana (Nippel 1995). Los magistrados podían persuadir a los alborotadores apelando a su *imperium* y capacidad de *coercitio*, actuando coactivamente con la ayuda de sus *apparitores* o amenazando con recurrir al gobernador provincial. Pero los representantes de Roma, cuyos efectivos militares eran muy variables, y a veces inexistentes, raramente se implicaban en dichos problemas. En ciertos casos, las ciudades podían recurrir a sus propios medios. Por ejemplo, en la colonia de *Vrsó* los decuriones tenían potestad para movilizar militarmente a la población bajo el mando de los duunviros (*Lex Vrs.* 103). Y en los municipios flavios los ediles quizá podían disponer de la ciudadanía para tareas de vigilancia; las *uigiliae cum res desiderabit* a que alude el estatuto irnitano (*Lex Irn.* 19).

Conclusión

He dejado para el final una cuestión importante que la documentación, salvo casos excepcionales, no permite responder: ¿cómo ejercían los notables mu-

nicipales, en la práctica, la gran autoridad que Roma les reconocía?, ¿cuáles eran realmente sus «hábitos» de gobierno cotidianos? No podemos evaluar hasta qué punto cumplían lo establecido en las leyes municipales y estatales. Máxime cuando el régimen imperial no tenía un sistema de supervisión directa para comprobar si las disposiciones de los estatutos eran observadas. Posiblemente, los gobiernos locales tuvieron amplio margen de libertad en su gestión cotidiana. Al menos, las fuentes no señalan para Hispania ningún caso en que el gobernador provincial u otra autoridad central debieran intervenir para corregir desviaciones o interpretaciones abusivas de las normas oficiales por parte de los dirigentes locales.

Obviamente, los casos concretos de conductas irregulares se nos escapan. Pero quizá no esté de más recordar que, al menos en teoría, los plebeyos disponían de ciertos recursos legales para contrarrestar hipotéticos abusos de poder. Así lo ilustran dos procedimientos penales incluidos en las leyes municipales hispanas, y que pudieron estar auspiciados por Roma para frenar actuaciones injustas de decuriones y magistrados. Uno, el trinomio *actio petitio persecutio*, figura jurídica que facultaba a cualquier *municeps* o *colonus* para denunciar las infracciones que se cometieran, reclamando las correspondientes sanciones (Murga 1987, 1989). Otro, el código de multas según los tipos de infracciones, que podían imponer los magistrados para reforzar su autoridad, y que afectaba a toda la sociedad sin distinciones. Si se cometían atropellos, al menos en los municipios flavios (*Lex Mal. e Irn.*, 66), el senado local podía actuar como tribunal de apelación contra las sanciones estimadas injustas (Laffi 1989).

Pero no nos engañemos: el poder siempre ha sido el poder y lo han dominado las mismas tentaciones. Evidentemente, prevenciones como las que acabo de indicar, o el mismo régimen de rendición de cuentas ya citado, sugieren que el régimen imperial quiso erradicar del gobierno municipal, lo mismo que del aparato burocrático del Estado, la corrupción presente en los tiempos finales de la República. Pero teniendo en cuenta que la «política municipal», como toda política en aquellos tiempos, fue asunto de elites, y recordando las grandes desigualdades vigentes en la jerarquizada sociedad de entonces, quizá no debamos ser muy optimistas sobre las bases éticas que pudieron inspirar las conductas de los políticos municipales romanos.

Bibliografía

- AJA, J. R. 1998: *Tumultus et urbanae seditiones: sus causas. Un estudio sobre los conflictos económicos, religiosos y sociales en las ciudades tardorromanas (s. IV)*, Santander.

- AMODIO, G. 1998: «Alcune osservazioni sulle curie municipali nelle città dell'Occidente romano», *ZPE*, 120, 233-249.
- ANDREAU, J. 1987: *La vie financière dans le monde romain. Les métiers de manieurs d'argent (IV^e siècle av. J.C.-III^e siècle ap. J.-C.)*, Roma.
- ANDRÉS, F. J. 1998: «Función jurisdiccional de los ediles en las ciudades hispanorromanas según las leyes municipales», *HAnt.*, 22, 157-174.
- ANDREU, J. 2004: *Munificencia pública en la provincia Lusitania (siglos I-IV d.C.)*, Zaragoza.
- BALBÍN, P. 2006: *Hospitalidad y patronato en la península ibérica durante la Antigüedad*, Salamanca.
- BURTON, G. P. 2000: «The Resolution of Territorial Disputes in the Provinces of the Roman Empire», *Chiron*, 30, 195-215.
- 1975: «Proconsuls, assizes and the administration of justice under the Empire», *JRS*, 65, 92-106.
- CABALLOS, A. 2006: *El nuevo bronce de Osuna y la política colonizadora romana*, Sevilla.
- CAMODECA, G. 2003: «L'attività dell'ordo decurionum nelle città della Campania dalla documentazione epigrafica», *Cahiers Glotz*, 14, 173-186.
- CANTO, A. M^a. 1981: «Notas sobre los pontificados coloniales y el origen del culto imperial en la Bética», en: *Actas del Simposio «La Religión Romana en Hispania»*, Madrid, 143-153.
- CASTILLO, C. 1993: «Los pontífices de la Bética», en: *Religio Deorum. Actas del Coloquio Internacional de Epigrafía «Culto y Sociedad en Occidente» 1988*, Sabadell, 83-93.
- CHIOFFI, L. 1999: *Caro: il mercato della carne nell'Occidente romano. Riflessi epigrafici ed iconografici*, Roma.
- CURCHIN, L. A. 1990: *The Local Magistrates of Roman Spain*, Toronto.
- DARDAINE, S. 1992: «Honneurs funèbres et notables municipaux dans l'Épigraphie de la Bétique», *Ha-bis*, 23, 139-151.
- DE LIGT, L. 1993: *Fairs and markets in the Roman Empire*, Amsterdam.
- DELGADO DELGADO, J. A. 1998: *Elites y organización de la religión en las provincias romanas de la Bética y las Mauritánias: sacerdotes y sacerdocios*, Oxford.
- DE RUYT, C. 1983: *Macellum. Marché alimentaire des romains*, Louvain-la-Neuve, 1983.
- ECK, W. 2000: «Provincial administration and finance», en: *The Cambridge Ancient History. XI. The High Empire AD 70-192*, Cambridge, 266-292.
- FEAR, A. T. 1989: «La Lex Ursonensis y los apparitores municipales», en: *Estudios sobre Urso Colonia Iulia Genetiva*, Sevilla, 69-78.
- FORBIS, E. 1996: *Municipal Virtues in the Roman Empire. The Evidence of Italian Honorary Inscriptions*, Stuttgart-Leipzig.
- FRANKLIN, J. L. 1980: *Pompeii: the electoral program-mata, campaigns and politics, AD 71-79*, Roma.
- GARCÍA Y BELLIDO, M^a. P.; BLÁZQUEZ, C. 1995: «Formas y usos de las magistraturas en las monedas hispánicas», en: *La moneda hispánica. Ciudad y territorio*, Madrid, 381-428.
- GARNSEY, P. 1970: *Social Status and Legal Privilege in the Roman Empire*, Oxford.
- JACQUES, F. 1984a: *Le privilège de liberté. Politique impériale et autonomie municipale dans les cités de l'Occident romain (161-244)*, Roma-París.
- 1984b: «La questure municipale dans l'Afrique du Nord romaine», *BCTH*, fasc.17 B, 211-224.
- JOHNSTON, D. 1989: «The conduct of trials at Urso», en: *Estudios sobre Urso Colonia Iulia Genetiva*, Sevilla, 11-22.
- JOUFFROY, H. 1977: «Le financement des constructions publiques en Italie: initiative municipale, initiative impériale, évergétisme privé», *Ktema*, 2, 329-337.
- KOTULA, T. 1968: *Les curies municipales en Afrique romaine*, Breslavia.
- LAFFI, U. 2000: «Los senados locales en el estado municipal y en el siglo I d.C.», en: *Sociedad y política en la Roma republicana (siglos III-I a.C.)*, Pisa, 117-134.
- 1989: «Le funzioni giudiziarie dei senati locali nel mondo romano», en: *Estudios sobre Urso Colonia Iulia Genetiva*, Sevilla, 23-40.
- 1988: «I limiti della competenza giurisdizionale dei magistrati locali», en: *Estudios sobre la Tabula Siarensis*, Madrid, 141-156.
- LAMBERTI, F. 1993: «*Tabulae Irnitanae*. Municipalità e «Ius Romanorum»», Nápoles.
- LE ROUX, P. 1999: «*Vectigalia* et revenus des cités en Hispanie au Haut-Empire», en: *Il capitolo delle entrate nelle finanze municipali in Occidente ed in Oriente*, Roma, 155-173.
- 1989: «Le juge et le citoyen dans le municipe d'Irni», *Cahiers Glotz*, 2, 99-124.
- MACKIE, N. 1983: *Local Administration in Roman Spain. A.D. 14-212*, Oxford.
- MAYER, M.; RODÀ, I. 1989: «La cuestura municipal en la costa oriental de la Hispania Citerior», en: *Actas del Coloquio A.I.E.G.L. «Epigrafía Jurídica Romana»*, Pamplona, 77-87.
- MELCHOR, E. 2006: «*His ordo decrevit*: honores fúnebres en las ciudades de la Bética», *AAC*, 17-I, 115-144.
- 1994: *El mecenazgo cívico en la Bética. La contribución de los evergetas a la vida municipal*, Córdoba.
- MELCHOR, E.; PÉREZ ZURITA, A. D. 2003: «La concesión de honores públicos a magistrados y decuriones en las ciudades de la Bética», *Flor. Il.*, 14, 173-233.
- MENNELLA, G. 1989: «I prefetti municipali degli imperatori e dei Cesari nella Spagna romana», en: *Actas*

- del Coloquio A.I.E.G.L. «Epigrafía Jurídica Romana»*, Pamplona, 377-389.
- 1988: «Sui prefetti degli imperatori e dei Cesari nelle città dell'Italia e delle province», *Epigraphica*, 50, 65-85.
 - MENTXAKA, R. 1993: *El senado municipal en la Bética hispana a la luz de la Lex Irnitana*, Vitoria.
 - 1990: «Algunas consideraciones sobre el crimen de residuis a la luz de la legislación municipal», *RIDA*, 37, 247-334.
 - MILLAR, F. 1977: *The Emperor in the Roman World (31 BC-AD 337)*, Nueva York.
 - MIRÓN, M^a. D. 1996: *Mujeres, religión y poder: el culto imperial en el Occidente mediterráneo*, Granada.
 - MOURITSEN, H. 1988: *Elections, magistrates and municipal élite. Studies in Pompeian Epigraphy*, Roma.
 - MURGA, J. L. 1989: «Las acciones populares en la *lex coloniae Genetivae Iuliae*», en: *Estudios sobre Urso Colonia Iulia Genetiva*, Sevilla, 377-447.
 - 1987: «Posible significación del trinomio *actio petitio persecutio* en las leyes municipales romanas», en: *Estudios de Derecho Romano en honor de Alvaro D'Ors*, Pamplona, 889-913.
 - NAVARRO, M. 1997: «Les dépenses publiques des notables des cités en *Hispania Citerior* sous le Haut-Empire», *REA*, 99, 1-2, 109-140.
 - NICOLS, J. 1988: «On the standard size of the *ordo decurionum*», *ZSS*, 105, 712-719.
 - NIPPEL, W. 1995: *Public order in ancient Rome*, Cambridge.
 - PETRACCIA, M. F. 1988: *I questori municipali dell'Italia antica*, Roma.
 - PINA, F. 1989: *Las «contiones» civiles y militares en Roma*, Zaragoza.
 - RODRÍGUEZ CORTÉS, J. 1991: *Sociedad y religión clásica en la Bética romana*, Salamanca.
 - RODRÍGUEZ NEILA, J. F. 2005: «*Tabulae Publicae*». *Archivos municipales y documentación financiera en las ciudades de la Bética*, Madrid.
 - 2003a: «*Pecunia communis municipum*. Decuriones, magistrados y gestión de las finanzas municipales en Hispania», en: *Sociedad y economía en el Occidente romano*, Pamplona, 111-198.
 - 2003b: «Política y políticos municipales romanos: una visión desde las fuentes literarias latinas», en: *Vrbs Aeterna*, Pamplona, 101-154.
 - 2002: «La ciudad como “espacio de representación” de las elites municipales en la Bética romana», en: *Estudios sobre las ciudades de la Bética*, Granada, 341-388.
 - 2001: «Estructura social e instituciones municipales en las ciudades de Hispania romana», en: *Actas del I Congreso Internacional de Historia Antigua. «La península ibérica hace 2000 años»*, Valladolid, 25-60.
 - 1999a: «El trabajo en las ciudades de la Hispania romana», en: *El trabajo en la Hispania romana*, Madrid, 9-118.
 - 1999b: «Elites municipales y ejercicio del poder en la Bética romana», en: *Elites y promoción social en la Hispania romana*, Pamplona, 25-102.
 - 1997: «*Apparitores* y personal servil en la administración local de la Bética», *Studia Historica, Historia Antigua*, 15, 197-228.
 - 1991-1992: «Archivos municipales en las provincias occidentales del Imperio romano», *Veleia*, 8-9, 145-174.
 - 1987-1988: «Elogio público de un magistrado municipal romano», *Habis*, 18-19, 407-435.
 - RODRÍGUEZ NEILA, J. F.; MELCHOR, E. 2000: «Evergetismo y *cursus honorum* de los magistrados municipales en las provincias de Bética y Lusitania», en: *De Augusto a Trajano. Un siglo en la Historia de España*, Pamplona, 139-238.
 - SERRANO, J. M. 1996: «Consideraciones sociales acerca de los *ornamenta* municipales con especial referencia a los libertos», en: *Splendidissima civitas. Études d'Histoire Romaine en hommage à F. Jacques*, París, 259-271.
 - 1988: *Status y promoción social de los libertos en Hispania romana*, Sevilla.
 - SHERK, R. K. 1970: *The Municipal Decrees of the Roman West*. Buffalo.
 - STAVELEY, E. S. 1972: *Greek and Roman Voting and Elections*, Londres.
 - TALBERT, R. J. A. 1989: «The decurions of *colonia Genetiva Iulia* in session», en: *Estudios sobre Urso Colonia Iulia Genetiva*, Sevilla, 57-67.
 - TORRENT, A. 1970: *La «iurisdictio» de los magistrados municipales*, Salamanca.
 - VANDERBROECK, P. J. J. 1987: *Popular leadership and collective behavior in the late Roman Republic (c. 80-50 BC)*, Ámsterdam.

REFLEXIONES SOBRE LA LATINIZACIÓN DE HISPANIA EN ÉPOCA REPUBLICANA

Estela García Fernández
Universidad Complutense de Madrid

Resumen

El presente trabajo realiza algunas valoraciones genéricas sobre la incidencia del derecho latino en Hispania en la época republicana. Desde una nueva perspectiva, sustentada en la práctica política de la República romana respecto del expediente colonial latino en Occidente, se plantea un estado de la cuestión y nuevas hipótesis sobre las colonias latinas peninsulares.

Palabras clave

Derecho latino, colonias latinas, municipalización, República romana.

Abstract

The aim of this paper is to design a general evaluation on the incidence of Latin Right in *Hispania* in Republican Times. From a new point of view, related on the political praxis of the Roman Republic linked with the Roman colonization habits, a new approach to the question is done and some new hypothesis are analyzed all about the Latin colonies in the Iberian Peninsula.

Keywords

Latin Right, Latin Colonies, Municipalization, Roman Republic.

Si algún rasgo característico posee Hispania frente a otros territorios provinciales es el temprano uso que en la misma hizo Roma del derecho latino. A la hora de hablar de la historia de este derecho la referencia primera y principal, por su impacto e importancia, es el edicto general de latinidad concedido a *uniuersa Hispania* por el emperador Vespasiano en el año 70 d.C. (Andreu 2004, 14-18). Sus efectos se reflejan de forma especialmente generosa en la documentación epigráfica: ciudades que abandonan su condición peregrina y adquieren titulación municipal, magistraturas romanas, cargos religiosos, senados locales, actos evergéticos, vida ciudadana, en suma, que se regula además a través de legislación emitida al efecto y que se conserva en un volumen inusual tratándose de documentos provinciales (Mangas 2001). Este edicto convierte a Hispania, prácticamente, en una provincia latina, pues hasta que el emperador Caracala no concedió la ciudadanía en el año 212 d.C. a todo el orbe romano, el número de ciudades que disfrutaban de *ius Latii*, municipios latinos, era mucho mayor en relación a las comunidades que poseían ciudadanía romana, ya fueran éstas colonias o municipios.

Esta latinización masiva realizada durante el dominio flavio, constituye en cierta manera el punto final de un largo y complejo proceso constitucional que se inicia en época republicana. Es una ardua tarea, sin embargo, intentar reconstruir y definir las líneas del desarrollo de la latinidad en Hispania, y esto por dos razones principales que derivan una de la otra: la escasa documentación disponible puede hacer dudar de la existencia misma de la latinidad como objeto verosímil de estudio en la República hispana. La latinidad, entonces, es asunto que no solo debe ser documentado, sino también construido. De hecho, dejando aparte el solitario y algo peculiar episodio de *Carteia*, apenas hay documentos que de forma fehaciente nos informen sobre la existencia de latinidad y latinos en épocas anteriores a César, ya sea un epígrafe o una moneda donde figure, como es el caso de Sagunto, la categoría administrativa de la ciudad, o un texto literario cuyo autor haya tenido la gentileza de informar sobre el derecho y estatus de esta o aquella ciudad o población. Ahora bien, si se suelta el manillar de los hechos «irrefutables», las circunstancias históricas que definieron la conquista de Hispania, la propia experiencia romana y los numerosos indicios dispersos en la documentación, permiten entrever la existencia de una densa trama histórica tejida en torno a la latinidad; una latinidad tan antigua como la presencia romana en la península Ibérica. De hecho, esta idea no es nueva, ha estado presente de forma latente o expresa en gran parte de la investigación española, donde de la mano de uno u otro autor, se ha sugerido unas veces y defendido enérgicamente otras el carácter latino y colonial de las fundaciones romanas hispanas de época republicana,

ya sea *Italica* (Canto 1991, 145-182), *Corduba* (Rodríguez Neila 2004, 8), *Valentia* o *Palma* y *Pollentia* (Pena 2002, 275-76 y 2004, 76, respectivamente).

La deducción de la colonia latina de *Carteia* sobre una antigua e importante ciudad púnica en el año 171 a.C. no solo se erige como el testigo de cargo de la existencia de tal tipo de colonización en Hispania, sino que también demuestra, aunque a veces se ha sostenido lo contrario, que el uso del expediente colonial latino fuera de Italia era una idea perfectamente presente en los modos de actuación romanos. De hecho, Roma ya había fundado colonias latinas en la Galia Cisalpina, territorio que en el siglo III a.C. no puede considerarse precisamente *terra Italia*. También se suele leer que dicha ciudad fue la primera colonia latina en Hispania (primera y última si el criterio es estrechamente positivista), aunque el pasaje de Tito Livio donde se menciona la fundación (Liv. 43, 3, 1-4) no permite afirmar tal cosa: «Llegó también de Hispania una embajada enviada por una nueva clase de gente. Haciendo hincapié en que eran más de cuatro mil los que habían nacido de la unión de soldados romanos con mujeres hispanas con las que no existía derecho de matrimonio, pedían que se les diera una ciudad donde vivir, el Senado dispuso que dieran a Lucio Canuleyo su nombre y el de aquellos a los que hubieran manumitido, en caso de que hubiera alguno; su deseo era que fueran a asentarse en Carteya, junto al Océano; a los carteyenses que quisieran continuar residiendo allí se les ofrecería la posibilidad de formar parte de la colonia, asignándoles las tierras. Sería una colonia latina y se llamaría “colonia de los libertos”» (Trad. J. A. Villar Vidal, ed. Gredos).

A T. Livio bien pueden gustarle las novedades, como afirma P. López Barja, pero, a la vista del texto, no parece que su interés por *Carteia* se deba a que considere su condición colonial un *prodigium* administrativo, un *unicum* en territorio extraitálico; de hecho a dicha condición colonial se hace referencia al final del pasaje y no parece merecer al autor mayores explicaciones, así como tampoco su denominación como *colonia Libertinorum*, apelativo que, sin embargo, sigue provocando todavía algún que otro quebradero de cabeza pues plantea arduos problemas jurídicos (y textuales) relativos al estatus o condición de ese *nouum genus hominum*, objetivo principal y causa del comentario liviano (López Barja 2007, 97-100). Esta nueva clase de personas, los hijos de soldados romanos (y, posiblemente también, de itálicos y latinos) habidos con mujeres indígenas no son más que el efecto imprevisto de una conquista ultramarina al que Roma se enfrenta por primera vez y que, con el tiempo, tendrá presente, tal como demuestra la concesión del derecho de matrimonio legítimo (*conubium*) a los soldados licenciados que recogen los *diplomata militaria*, con el fin de proteger jurídicamente a la descendencia habida

con mujeres no romanas. Es más, dado que a Livio no le causa extrañeza alguna la condición colonial de *Carteia*, podría aventurarse que la rápida respuesta y mejor solución brindada por el Senado a los más de cuatro mil individuos que lo solicitaban, pudo haber estado dictada precisamente por la existencia de un primer expediente similar en el territorio hispano, Itálica. Nombre con excesivas resonancias ideológicas, políticas y culturales como para ser impuesto no solo a un simple *uicus*, sino a una fundación sin privilegios. De hecho, más allá de su referencia al origen itálico de su población, es innegable su vinculación e inserción ideológica en el desarrollo mismo de la noción de Italia, entendida como unidad cultural, idea que surge y se desarrolla a lo largo de los siglos III a.C. y II a.C. (Cat. *Orig.* 3, 9), y que es preludio de la unificación jurídica *de iure* que en Italia se va a producir en el siglo I a.C. (Catalano 1978, 537-542; Gabba 1994, 19; Tisé 2002, 64).

Por ejemplo H. H. Scullard (Scullard 1970, 239-240) vincula la decisión de asentar veteranos en la ciudad bética con el plan escipiónico de convertir a Roma en la potencia dominante en el Mediterráneo occidental, subrayando así la importancia revolucionaria de este asentamiento «in the general context of Roman colonisation», hecho que generalmente se pasa por alto o se minimiza. Aunque se le quiera atribuir una coloratura no técnica a la expresión, la interpretación de H. H. Scullard se mueve sin duda dentro de esquemas coloniales, porque en estas fechas y en territorios sometidos a ocupación, son los que conoce y utiliza el Estado romano o, que, a fin de cuentas, piensa siempre en términos de instituciones latinas, con independencia de la adecuación de las mismas al medio y a las circunstancias.

Precisamente, la naturaleza esencialmente jurídica y política de la latinidad permitió su apertura a nuevas extensiones y asimilaciones, desde su concesión a los estados hénicos en el siglo V a.C., hasta la creación en época de Augusto de una condición latina individual destinada a población liberta, la latinidad juniana, en contraposición a la cual surgió la expresión *Latini coloniarii* para denominar a los habitantes de las colonias latinas (Catalano 1978, 513-516; López Barja 2007, 71-82). Y esta naturaleza jurídica, que no étnica, de la latinidad hizo factible su utilización en territorios ultramarinos, como ocurrió en *Carteia*, donde descendientes de romanos y población púnica se transformaron en *Latini*, en una nueva muestra de la ductilidad del expediente y como anticipo de la futura vocación provincial del mismo.

El derecho latino fue mudando sus características a medida que el Estado romano hacía frente a nuevas asimilaciones. Así, bajo el término «colonia latina» se puedan ocultar realidades constitucionales dispares que conviene tener presente a la hora de atribuir unas

u otras características a un núcleo latino. La importancia de este expediente y su gran rentabilidad, tanto militar como social (las colonias latinas se nutrían principalmente de población proletaria, ahora propietaria, reconvertidos en soldados al servicio de Roma a través de la *formula togatorum*), la demuestra el hecho de que durante mucho tiempo fue el expediente colonial por antonomasia del Estado romano, lo que explica su utilización en Hispania y probablemente también en la Galia Narbonense. De hecho, hasta tiempo después de la Segunda Guerra Púnica, Roma no empieza a deducir colonias romanas de grandes proporciones, prefiriendo mientras tanto utilizar un tipo de colonia romana que, por su escasa población (E. T. Salmon habla de no más de trescientas familias) y su exiguo tamaño, se asemejaban más a bastiones o a guarniciones costeras, que era realmente su función. Eran éstas las denominadas colonias romanas o marítimas por su ubicación en la costa, de las que posiblemente no se dedujeron más de diez (Salmon 1969, 70-81, 95-111). Hasta bien entrado el siglo II a.C. Roma no tiene, por tanto, otro expediente colonial *sensu stricto* que el latino.

Se pueden distinguir dos tipos de colonias latinas: unas denominadas de tipo itálico o colonias latinas «efectivas», y otras de tipo transpadano, o colonias latinas «ficticias». La distinta adjetivación hace referencia, por un lado, al territorio donde primero se aplicó el expediente colonial y, por otro, a la presencia o no de deducción de población en las mismas. Ambas categorías difieren entre sí en cuanto a época de aparición, historia constitucional y función respecta.

Las colonias latinas de tipo itálico, grupo al que habría que asimilar las fundaciones *ex nouo* realizadas por Roma en Hispania durante el siglo II a.C., como *Itálica*, *Carteia* o *Corduba*, entre otras, son aquéllas que siguen el modelo colonial empleado en Italia hasta la fundación de *Aquileia*, en el año 181 a. C., momento en que quizá se abandonó este expediente. De carácter militar y deducidas en posiciones estratégicas eran utilizadas por el Estado romano para estabilizar una conquista territorial y suministrar tropas, habida cuenta de que sus contingentes militares nutrían la *formula togatorum*, como ya se ha señalado, al constituir, junto a las antiguas ciudades latinas federadas, como Tíbur y Preneste, el *nomen Latinum*.

Respecto a su procedimiento fundacional, se discute todavía si era preceptivo el mandato del pueblo de Roma para proceder a la deducción de una colonia latina. Sin embargo, aunque algunos textos dejan ver la intervención de los comicios tribados (por ejemplo: Liv. 34, 53, 1-2), lo cierto es que en la mayoría de los casos parece que un *senatus consultum* poseía la suficiente capacidad legal para ordenar la fundación (Kremer 2006, 46 y n.º 19). Todo parece indicar que con el abandono del expediente latino y la utilización creciente de la colonización romana desde mediados

del siglo II a.C., el protagonismo de los comicios tribados en la política colonial fue en aumento, quizá por el mayor peso político que una colonia romana tenía en relación a una latina.

Constitucionalmente, poseían una serie importante de peculiaridades en las que es necesario detenerse. A pesar de estar originadas desde el propio Estado romano y ser romana de origen también su población, estas colonias fueron consideradas formalmente soberanas, como demuestra la circunstancia de poseer su propia ciudadanía y de ser considerados sus habitantes ciudadanos de otro Estado, como expresamente señala Gayo (Gai. *Inst.* 1, 131): «los que por orden del ascendiente se incorporasen a una colonia latina dejaban de estar bajo la potestad de ese ascendiente, pues se convertían en ciudadanos de otra ciudad». En consecuencia, estos latinos colonarios («qui proprios populos propriasque ciuitates habebant») estaban incluidos *in numero peregrinorum* (Gai. *Inst.* 1, 79; Liv. 43, 13, 6, para *Fregellae*). Conviene explicar que la expresión *in numero* se utiliza para asimilar una categoría determinada a un grupo de población, sin que ello suponga la total identificación con la misma (Sherwin White 1973, 355). Esto no significa que la condición jurídica latina sea equivalente a la peregrina *sensu stricto*; en todo caso podrían ser entendidos como una clase de peregrinos con privilegios, en la medida en que es inherente a su condición la posibilidad de establecer relaciones legales en un medio romano.

La población que en Italia nutría estas colonias era de origen mayoritariamente romano, condición que perdían inevitablemente al convertirse en ciudadanos de otra ciudad, puesto que el *ius ciuile* romano impedía ser ciudadano de dos ciudades a la vez (Cic. *Caec.* 100; *Balb.* 28 y 30). Para compensar esta pérdida, Roma, además de los generosos lotes de tierra que distribuía en estas fundaciones, concedía a los latinos de estas colonias una serie de derechos de carácter compensatorio denominados: *conubium*, *commercium*, *ius suffragii* y *ius migrandi*. Los dos primeros derechos, que no son privativos de la latinidad, permiten a un latino relacionarse legalmente en un entorno romano. El *conubium* tiene como efecto hacer legítimo, de acuerdo a la ley romana, una unión mixta que se situaría bajo el *ius ciuitatis* del marido, perfectamente rastreable en las comunidades latinas imperiales; mientras que el *commercium* concede a los latinos la capacidad de participar en un acto de *ius ciuile* con un ciudadano romano, aunque no la capacidad general y global de utilizar las instituciones del *ius Quiritium* (Humbert 1981, 212-216; Kremer 2006, 9-15, 27-30). En cuando al *ius suffragii* y *ius migrandi*, se consideran derechos propios de la condición latina republicana. El *ius suffragii* o derecho a voto, permitía a los latinos votar en los comicios tribados romanos en una sola tribu decidida a suerte. Lógicamente, dada la forma en que se

realizaba el cómputo en esta asamblea donde la tribu era la unidad de voto y no el voto individual, el peso político del voto latino había de ser insignificante. Un eco de este derecho se puede ver en el capítulo 53 de la ley de *Malaca*, donde se permite votar a los residentes (*incolae*) *qui ciues R(omani) Latiniue ciues erunt* en una curia extraída a suerte.

Especialmente importante era el *ius migrandi*, dado que permitía a los latinos cambiar su ciudadanía de origen por la romana, trasladándose a Roma e inscribiéndose en el censo. Como afirma M. Humbert, este derecho es la principal fuente individual de adquisición de ciudadanía romana que estaba a disposición de un *ciuis* no romano. Su uso, sin embargo, fue sometido a severas restricciones en Italia en el primer tercio del siglo II a.C.: en el año 187 a.C. (Liv. 39, 3, 4-6) y en el 177 a.C. (Liv. 41, 8, 6-12 y 41, 9, 9-12) se producen dos grandes expulsiones de latinos de Roma a instancias mismas de los magistrados de las colonias, que se quejaban de la despoblación creciente de sus ciudades, en perjuicio además de la prestación militar obligatoria que todos los años habían de hacer al Estado romano (Humbert 1978, 98-122). Estas expulsiones, de dudosa legalidad, en la medida que hacen inutilizable el *ius migrandi*, cierran a los latinos su vía de acceso específica a la ciudadanía romana, señalan el cierre de la ciudadanía romana y anuncian futuros problemas con los aliados que habrán de desembocar en la guerra social del año 91 a.C.

No tendrán, pues, estas colonias ninguna otra vía institucionalizada de acceso a la ciudadanía romana, hasta que, quizá después de la revuelta de la colonia latina de *Fregellae* (125 a.C.) y con el fin de conjurar la amenaza de una revuelta de mayores proporciones, se crea un nuevo derecho que permitirá a las oligarquías locales latinas obtener la ciudadanía romana sin necesidad de trasladarse a Roma, desempeñando simplemente una magistratura en sede local. Conceptualmente, el avance es importante, pues se concede por vez primera a las colonias latinas la capacidad de generar sus propios ciudadanos romanos. Este derecho, denominado *ius adipiscendi ciuitatem Romanam per magistratum*, será el contenido nuclear del *ius Latii* y característica definitoria de la latinidad de época imperial.

A pesar de su importancia, no hay ninguna fuente que de forma directa nos confirme la aparición del *ius adipiscendi ciuitatem* en estas fechas, aunque su existencia es segura en el 89 a.C., ya que en dicho año fue concedido a los galos transpadanos (Asc. *Pis.* 3C). Aunque no se acepte la presencia implícita de este derecho en la *lex Acilia de repetundis* (ll. 78-79) de los años 123/122 a.C. (Crawford 1996, 111; Brunt 1988, 511-512), como proponía G. Tibiletti (Tibiletti 1953, 46-63), su propuesta de situar la aparición del *ius adipiscendi ciuitatem* después y a causa de la revuelta de *Fregellae* sigue siendo la más plausible históricamente;

si se atiende al comportamiento de las colonias latinas durante la guerra social en el año 91 a.C. se puede observar que todas, salvo la oscarizada *Venusia*, se mantuvieron neutrales, lo que sugiere que sus oligarquías poseían ya la ciudadanía romana o, al menos, contaban con una fácil vía para obtenerla que ya no requería ni el traslado a Roma, ni emprender el camino de una laboriosa acusación.

Es importante también tener presente que será ahora y no antes cuando las colonias latinas tengan necesidad de tener una tribu asignada en la que inscribir a los magistrados salientes. Este tipo de colonia habría de desaparecer de manera definitiva en Italia con la *lex Iulia de ciuitate* del año 90 a.C., que convirtió, como es sabido, a dichas colonias en municipios de derecho romano; ley de la que, por cierto, también sabemos muy poco a pesar de su importancia.

Solo un año después de que la *lex Iulia* pusiera punto final a la historia de estas colonias en Italia, el Estado romano recuperaba el expediente colonial latino profundamente mutado. En el año 89 a.C. Pompeyo Estrabón concedía a las comunidades indígenas de la Galia Transpadana el derecho del Lacio, convirtiendo a las mismas en colonias latinas. Sabemos de esta concesión por un pasaje de un comentarista de Cicerón, Asconio (Asc. *Pis.* 3C), en el que, a propósito de la deducción de la colonia latina de *Placentia*, nos dice que las colonias del mismo derecho «deducidas» por Pompeyo Estrabón en la Transpadana lo fueron por un procedimiento distinto al habitual, ya que no hubo traslado alguno de población, sino que fueron creadas a través de la concesión del *ius Latii* a las comunidades indígenas de la zona, que por esta vía adquirieron titulación colonial latina. El interés del pasaje merece su reproducción: «No puede decirse que esta colonia [Placentia] se haya deducido del mismo modo que tiempo después C. Pompeyo Estrabón, padre de Cn. Pompeyo Magno, dedujo las colonias traspadanas. Pues Pompeyo no las fundó con nuevos colonos sino que concedió el derecho del Lacio a los antiguos habitantes allí domiciliados (*ueteribus incolae manentibus ius dedit Latii*) para que pudiesen de esta forma tener el derecho de las demás colonias latinas, esto es, que si desempeñaban una magistratura pudieran obtener la ciudadanía romana. *Placentia* sin embargo fue deducida con seis mil colonos entre los que había doscientos equites».

Estas nuevas colonias, que serán el modelo de toda la latinidad posterior, poco tienen que ver, sin embargo, con sus homónimas republicanas, ya que su creación fue ideada desde esquemas municipales y ya no coloniales: ya no se trataba de trasladar población, ni de redistribuir tierras, ni tampoco era necesario el nombramiento de comisiones triunvirales que dieran leyes a la colonia, sino de promocionar jurídicamente a unas *ciuitates* galas que, como tales, tenían ya su propia población y su propio *ius ciuitatis*. Solo el expediente

municipal hacía posible la promoción de una comunidad indígena sin tener que recurrir a reordenamiento constitucional alguno, ni a reorganizaciones territoriales, al menos, con carácter inmediato. Estas colonias latinas surgidas en la Transpadana tendrán, pues, un carácter mixto, al confluir en su diseño jurídico características de dos expedientes administrativos de muy distinto signo. De las colonias latinas republicanas adoptarán la condición no romana de su población y el derecho recientemente atribuido a las mismas, poder acceder a la ciudadanía romana tras desempeñar una magistratura en la propia comunidad; a su vez, de los municipios de derecho romano se tomó el procedimiento por el que éste se generaba (es decir, la simple concesión de ciudadanía romana a una comunidad peregrina) y su autonomía organizativa. Y también la noción de *origo*, cuyas características compartió esta nueva *Latinitas* que perdió así la condición real de ciudadanía que tenía durante la República romana, para adquirir una nueva existencia, ahora meramente territorial y administrativa: transformación necesaria para poder municipalizar la latinidad (sobre la génesis y características del municipio romano son fundamentales: Humbert 1978, 287-333; y García Fernández 2001, 156-163).

Este modelo colonial ya no obedece a necesidades militares, sino que ha de ser entendido como un expediente de integración de las poblaciones provinciales destinado, por otro lado, a tener una larga vida. De hecho, se ideó con el fin de promocionar a un territorio donde la pervivencia y vitalidad del mundo indígena desaconsejaba el acceso directo a la ciudadanía romana que en estas fechas se estaba concediendo, a latinos e itálicos, a través de distintas leyes *de ciuitate* (Luraschi 1978).

Ambos tipos de latinización se documentan en Hispania en muy distintas circunstancias históricas, ya que diferente es también la función de una y otra latinidad. También en la Galia Narbonense (aunque en menor medida en el caso de las colonias de tipo itálico), si atendemos a los argumentos esgrimidos para *Aquae Sextiae* por D. Roman (Roman 1987, 185-190) y a la información de Tito Livio que califica a la misma de colonia desde su fundación por *C. Sextius Caluinus*, en el año 122 a.C. (Liv. *Per.* 61.). La afirmación puede parecer rotunda, pero *Carteia* (Liv. 43, 3, 1-4), por un lado, y Sagunto y *Carthago Noua*, por otro, pueden testimoniar la existencia de ambos tipos de latinidad en Hispania (Ripollès/Velaza 2002, 285-291; Abascal 2002, 21-44). Asunto distinto es que la escasa documentación disponible llene de dificultades el camino para reconstruir y diferenciar las distintas facies latinizadoras, cuyo distinto diseño constitucional ha de ser tenido en cuenta. Esto evitaría comparar el estatus colonial de Sagunto con *Carteia* o *Corduba*, con las que poco tiene que ver, o atribuir tribus a las colonias

latinas republicanas de tipo itálico, como suele ocurrir con *Corduba*.

Antes de pasar a exponer mis propuestas sobre la latinización de Hispania quisiera advertir que éstas tienen un carácter general, siguiendo en esto la recomendación de los editores. Obviamente, un tema de estas características requiere un tratamiento más técnico y pormenorizado e, inevitablemente, también abierto, que desbordaría los límites e intención de este escrito.

Mientras las tropas romanas evacuaban Grecia y se declaraba en Corinto libres a sus ciudades (196 a.C.), el sistema magistratual romano hacía sitio a dos nuevos pretores con destino a Hispania (197 a.C.). Estas decisiones indican la diferente percepción que de uno u otro territorio tenían el Senado romano y sus generales, y el distinto tratamiento que se pensaba aplicar. En Hispania, corazón del dominio cartaginés, no se hizo sino seguir la línea trazada por los Escipiones: la Península había de ser tratada como un territorio de guerra, lo que significaba la presencia permanente de tropas, la imposición asimismo de una economía de guerra que obliga a las ciudades, convertidas en estipendiarias previa *deditio in fidem*, a subvenir las necesidades del ejército, la ausencia de una política fiscal, la imposición de guarniciones a las ciudades, el reclutamiento de tropas auxiliares. Durante mucho tiempo, Hispania, en expresión de T. Naco del Hoyo, fue un territorio «gestionado militarmente», como corrobora el hecho de que la pretura hispana hasta el estallido de la guerra en Grecia era el mando más apetecido por todos los aspirantes al consulado (Richardson 1986, 95-104; Naco del Hoyo 2003, 127-151). En este contexto, no solo parece verosímil, sino también necesario, el uso de la colonización latina, uno de los principales instrumentos militares de control y estabilización territorial con que contaba el Estado romano a finales del siglo III a.C. y comienzos del II a.C., y cuyo rendimiento, además, fue puesto a prueba durante la Segunda Guerra Púnica con excelentes resultados. No parece sorprendente, pues, el recurso a este expediente, habida cuenta además que está documentado en Hispania en fechas tempranas.

De hecho, la posición estratégica de *Italica*, *Corduba* o *Gracurris*, por ejemplo, o de *Palma* y *Pollentia*, ya hayan tenido como fin estas últimas la lucha contra los piratas o la necesidad de asegurar la ruta marítima entre *Tarraco* y Roma durante el periodo de conquista de la Narbonense, se acomoda perfectamente a la función de control territorial inherente a las fundaciones coloniales (Pena 2004, 70). En el caso de *Gracurris* su excepcional posición cubre todas las exigencias requeridas como ha señalado J. A. Hernández Vera: un eficaz sistema de defensas naturales, vías seguras de avituallamiento y escape, detección de cualquier movimiento de tropas en un amplio radio de acción y control de una importante red de caminos naturales que propor-

cionaban acceso rápido al interior. En definitiva, «reunía (*Gracurris*) las características que convienen a los núcleos que como cabeza de penetración, surgen en la fase de los procesos de conquista y colonización» (Hernández Vera 2002, 176).

Ahora bien, la latinidad, en cualquiera de sus facies, fue sometida a constantes reajustes a la hora de ser aplicada en función de las distintas circunstancias y territorios. Por ello no debe esperarse la traducción literal de los esquemas coloniales latinos tal y como fueron utilizados en Italia y en la Galia Cisalpina. De hecho, lo que sugiere la documentación disponible es que la aplicación del expediente itálico en Hispania (y, posteriormente, la latinización de tipo transpadano) fue sometido a algunas adecuaciones deudoras de las circunstancias históricas en las que se inicia la presencia romana en la Península.

En primer lugar, hay indicios suficientes en las fuentes para defender que el perfil poblacional de estas comunidades varió, porque ya no fueron nutridas exclusivamente de población romana, sino, probablemente, de población itálica o latina y contingentes indígenas de población que se habían de incorporar en calidad de colonos a estas fundaciones. De hecho se suele afirmar, aunque esta explicación empobrece las evocaciones del nombre, que la denominación de la primera fundación romana fuera de Italia, esto es *Italica*, obedece al origen itálico de su población (Galsterer 1997, 196-97); y es que, en realidad, a las fundaciones hispanas no vinieron a dar muchos ciudadanos romanos (que en cualquier caso perderían su ciudadanía al adquirir necesariamente la de la colonia, como es de rigor en este tipo de ciudades).

La Segunda Guerra Púnica fue un importante punto de inflexión para el Estado romano en todos los órdenes. La colonización se había detenido lógicamente en el transcurso del conflicto y, tras su conclusión, la fuerte recesión demográfica sufrida en Italia y el desenlace mismo de la guerra, iban a mutar de forma sustancial el planteamiento colonizador del Estado romano. El efecto inmediato de la guerra nos lo describe Veleio Patérculo (Vel. Pat. 1, 15, 1): «Tras la guerra anibálica Roma necesitó aunar sus fuerzas y no dispersarlas», lo que se tradujo en la práctica en una política de «ahorro» de población romana que apenas iba a estar siquiera disponible para repoblar las diezmadadas colonias latinas. Las cifras que suministra Polibio (Polyb. 2, 24) son suficientemente precisas: de 273.000 ciudadanos censados en el año 225 a.C. se desciende a 237.108 en el año 209 y, posteriormente, a 214.000 en el 204 (Brunt 1971, 44-83: sobre los problemas referentes a estas cifras).

A esto cabe añadir la impopularidad creciente de la colonización latina entre la población romana, a cuyos oídos llegaban noticias de grandes devastaciones sufridas por los enclaves coloniales, inevitables además,

puesto que eran fruto de su función no agraria, sino militar. A su vez, la nueva posición de poder que en el Mediterráneo occidental adquiría Roma tras la derrota de Cartago no compensaba la pérdida de ciudadanía romana; ni los derechos específicos de los latinos, que iban a ser drásticamente recortados, ni los generosos lotes de tierras repartidos entre la población colonial, eran ya incentivos suficientes para los ciudadanos de Roma. La cuestión es que, por razones de seguridad territorial no solo externa, sino también interna (la vigilancia del territorio campano o picentino por ejemplo), no se podía prescindir de la colonización. Se dedujo entonces *Puteoli* y *Salernum* (199), *Volturnum* y *Linternum* (197), a las que seguirían *Sipontum* y *Buxentum*, *Crotona* y *Tempa* (194 a.C.), sin embargo afectadas estas fundaciones por la escasez de población romana y la reluctancia a la colonización latina, fueron colonias ciudadanas pero de pequeño tamaño y escasa población, resultando en este aspecto similares a las antiguas colonias marítimas. De hecho, señala E. T. Salmon, haciendo uso de las cifras de población suministradas por T. Livio en estas deducciones (Liv. 32, 29, 3-4 y 34, 45, 1-5), que estas ocho fundaciones coloniales sumarían entre todas unos 2.400 colonos, un número menor al que nutrió la primera colonia latina fundada en el 334 a.C., *Cales* (Salmon 1969, 98, 95-109). Incluso en las escasas colonias latinas fundadas en estas fechas (el expediente había de desaparecer definitivamente en Italia con la fundación de *Aquileia*, en el 181 a.C., o quizá con *Luca*, en el 180 a.C.: Laffi 2002, 23) la población era menor a la habitual. Así, *Copia* se fundó con un menor número de colonos del que hubieran podido asentarse en su territorio en optimista espera de posteriores deducciones (Liv. 9, 7-8).

Roma tenía, pues, escasa disponibilidad de efectivos romanos, de hecho comenzó a ser frecuente la admisión de población no romana en los enclaves coloniales latinos, como atestigua el repoblamiento de *Cosa* y *Narnia*, y probablemente también en las colonias romanas de nueva fundación como *Potentia* y *Pisaurum* (184 a.C.), al menos así lo cree E. T. Salmon (Salmon 1969, 101, 105). En cualquier caso, si Roma ya no pensaba destinar los efectivos disponibles a las colonias latinas en Italia por temor a un menor control de los mismos, mucho menos habrían de ir a parar a las fundaciones realizadas en territorio hispano.

Es por ello que una de las características que se observan en las primeras fundaciones romanas en Hispania, es la modificación del perfil poblacional al nutrirse éstas con población proveniente de Italia, no mayoritariamente romana, y a buen seguro del mundo indígena hispano. En realidad, no es más que la aplicación de la dinámica impuesta por los efectos de la guerra contra Cartago. La inclusión de efectivos locales es expresa en el caso de la fundación de la colonia latina de *Carteia*. Afirma Tito Livio (Liv. 43, 3, 4) que el Senado romano

dio la posibilidad a la población púnica de esta ciudad de enrolarse como colonos si era su deseo, en cuyo caso tan solo debían dar su nombre al pretor como el resto de los colonos. Puede ser también el caso de *Gracurris*, cuyo topónimo se construye con sufijación indígena y raíz romana en alusión al nombre de su fundador, Tiberio Sempronio Graco (Liv. *Per.* 41; Fest. *Gloss. Lat.* 86L), y donde la arqueología documenta abundantes fragmentos de cerámica de barniz negro, cuya cronología abarca desde la etapa de fundación hasta el siglo I a.C., junto a numerosas cerámicas indígenas (Hernández Vera 2002, 179-180). R. López Melero ha sugerido la posible instalación de población vascona como habitantes de *Gracurris*, habida cuenta de que no hay indicio alguno de que los gracurritanos fueran celtíberos (López Melero 1987, 174-177; Jordán 2006, 96, n.º 47).

Asimismo, volvemos a encontrarnos con la admisión, parece que normalizada, de población indígena en el texto de Estrabón (Str. 3, 2, 1) relativo a la fundación de *Corduba*, en la cual desde el principio se nos dice que la habitaron «gentes escogidas (*andres epilektoi*) de los romanos y los indígenas». No sabemos los criterios de selección que fueron empleados para escoger a la población de la zona, quizá censitarios si tenemos en cuenta que la constitución de estas ciudades de cierto aroma arcaico se regía por criterios timocráticos y militares (Liv. 27, 50, 6; 31, 49, 6; 34, 56, 8; 36, 2, 9). En cualquier caso, lo cierto es que el procedimiento fundacional de *Corduba* recuerda al de Aix-en-Provence, donde a la guarnición romana allí instalada por Sextio Calvino en el 122 a.C. (Liv. *Per.* 61), se añadió la población indígena de la zona, como indica la presencia del etnónimo *Saluuii* en su denominación ciudadana (*Aquae Sextiae Salluuiorum*: Plin. *HN.* 3, 3, 36). El carácter mixto de origen de la población de Córdoba o de cualquier otro núcleo no permite hablar de la existencia de una dípolis, concepto que nunca existió en el mundo romano. Romanos o itálicos de origen y los indígenas escogidos pasarían todos a ser *ciues Cordubenses*, pues la ciudadanía romana se pierde, como ha sido señalado, al adquirir la propia de la comunidad receptora (Cic. *Caec.* 98; y *Dom.* 78). Otra cuestión es que los romanos con *domicilium* en Córdoba pero con *origo* foránea en calidad de simples residentes, no como ciudadanos, podrían conservar su ciudadanía de procedencia y organizarse en *conuentus* como el que se testimonia en *Corduba*, de los que no hay que pensar necesariamente que sean ex-magistrados (Rodríguez Neila 2005, 320-325).

El material arqueológico no solo corrobora esta mixtura original, sino que indica que, al menos en sus más antiguas fundaciones, Roma utilizó la infraestructura urbana que tenía disponible, que en el caso del territorio bajo control cartaginés era importante y desarrollada (como se puede observar en las distintas

contribuciones recogidas en: Castro 2007). El caso paradigmático es *Carteia*, esta poderosa ciudad púnica, que ya había sido sometida a una ambiciosa remodelación urbana en su etapa fenicia, fue convertida en una colonia latina sin que de momento fuera necesario realizar mayores reajustes y sin perjuicio de su carácter técnicamente *ex nouo*. Las excavaciones arqueológicas en curso –sobre las que aporta algunos datos la contribución de M. Bendala a este volumen– demuestran no solo la ausencia de modificaciones urbanas en la primera fase de su historia republicana, sino incluso reconstrucciones parciales de muros púnicos y el mantenimiento de su perímetro murario original. La conversión de *Carteia* en colonia latina no parece entonces que haya supuesto en un principio reformas urbanísticas o arquitectónicas significativas y, de hecho, habrá que esperar a finales del II a.C. para empezar a detectar cambios en la estructura de la ciudad (Roldán *et al.* 1998, 160, 169-170). El aprovechamiento y continuidad de la realidad urbana heredada por Roma es una característica de la actuación romana e incluso un elemento condicionador de la misma, como ha venido señalando M. Bendala en numerosos trabajos (Bendala 1998, 309; 2000-2001, 428; 2002, 165). De hecho, esta fórmula parece haber sido ya ensayada en *Italica*, fundada sobre un núcleo preexistente, arqueológicamente difícil de detectar dado el nivel de arrasamiento de la *vetus urbs* (Caballos 1994, 22 y ss.; Canto 1999, 145-172). Pero también del propio texto apiano (App. *Iber.* 38) puede deducirse la reutilización de algún centro turdetano, pues el autor griego da a entender que a los soldados heridos se los asentó en una ciudad preexistente (*sunoikise... es polin*) a la que se llamó *Italica* (Galsterer 1997, 196). Igualmente, en el material arqueológico de la *Corduba* republicana se detecta en la zona norte de la ciudad romana un «horizonte fundacional» con materiales itálicos fechables en el segundo cuarto del siglo II, y lo que es más importante, se presentan asociados a construcciones que muestran una técnica edilicia de raigambre turdetana, que quizá corresponda a las primeras unidades de habitación estables construidas tras la fundación. El mantenimiento del topónimo indígena en esta importante fundación colonial, además de la inclusión de los mencionados «indígenas selectos», demuestra la pujanza del elemento local turdetano (Murillo/Jiménez 2002, 184-85). Y todo ello es compatible, a su vez, también desde el momento mismo de su fundación, con una articulación del espacio urbano y una morfología ciudadana similar a la de las colonias latinas de Italia, con las que expresamente se compara *Corduba* (Murillo/Jiménez 2002, 187-189; Murillo 2004, 44).

La presencia en un mismo núcleo de restos arqueológicos de tradición local e itálicos no es más que el reflejo material del nuevo perfil poblacional que caracteriza a las fundaciones coloniales en Hispania, sin

que sea necesario recurrir, como se ha dicho, a la idea de dípolis. *Carteia* demuestra que una ciudad púnica puede convertirse jurídicamente en una ciudad latina sin que sea necesario, en principio, proceder a grandes modificaciones morfológicas. Hay que tener en cuenta que no se está ante ciudades con población romana, es más, ni siquiera los habitantes de estas ciudades son romanos de origen, como ocurría en las colonias de Italia, sino indígenas y a buen seguro itálicos. Además, en tanto que no romanas, estas ciudades y sus habitantes fueron técnicamente considerados peregrinos, con una relación de privilegio respecto a Roma, pero extranjeros finalmente. Y esto se traduce en una menor exigencia normativa, que permite al expediente colonial latino (no así al romano) adaptarse «al terreno» y a las circunstancias tanto en Hispania como en la Galia Narbonense.

Respecto a los derechos jurídicos que disfrutaban las fundaciones hispanas en relación a las itálicas, también cabe esperar importantes modificaciones en relación al modelo itálico. Más allá de unos derechos imprescindibles e inherentes a la condición latina por su función cohesionadora como son el *conubium* y *commercium* con los romanos nada sabemos, pero no cabe pensar que estuvieran en posesión del *ius migrandi*, dadas las enérgicas restricciones, ya mencionadas, a las que fue sometido este derecho en Italia a comienzos del siglo II a.C. A su vez, respecto al *ius suffragii* o derecho de voto, su ejercicio estaría sometido a obvias dificultades dada la lejanía de Roma. Pero además, estos dos derechos, específicos de la latinidad, estaban diseñados como derechos compensatorios concedidos a ciudadanos romanos de origen, destinados a las colonias latinas de Italia, no a población púnica o turdetana a la que nada había que compensar. Tampoco parece probable que las colonias latinas hispanas de tipo itálico hubieran recibido el *ius Latii* en el año 124 a.C. como sus homónimas de Italia, quedando entonces durante toda la República como unas colonias de tipo antiguo y residual hasta su promoción en época de César. Sin embargo, M^a. J. Pena (Pena 2004) ha defendido recientemente que la *tribus Velina*, documentada en *Palma* y *Pollentia*, obedece a la fundación de ambas comunidades en la fecha de aparición del *ius Latii* en Italia. Aún siendo posible, la cuestión exige despejar otros factores: por ejemplo, intentar concretar los destinatarios de la legislación romana. Si bien no parece que haya habido una limitación de la misma a *terra Italia*, habida cuenta de que las colonias cisalpinas recibieron tanto el *ius Latii* como las distintas leyes *de ciuitate*, cabe pensar en una limitación de tipo jurídico. Podrían ser entonces los estados miembros de la *formula togatorum* los destinatarios de la legislación ciudadana, como cree P. Brunt (Brunt 1971, 169), con lo que quedan excluidas las fundaciones hispanas. Una mi-

rada a la fundación contemporánea de *Aquae Sextiae* (122 a.C.), en la Galia Transalpina, no ayuda a resolver la cuestión, pues su epigrafía documenta la *tribus Voltinia*, la misma que habrían de recibir las colonias narbonenses, cuya promoción es muy posterior (García Fernández 2001, 41-48, 150-154).

A este respecto, es interesante volver sobre el texto de Estrabón (Str. 3, 2, 1) relativo a la fundación de *Corduba*: «desde un principio la habitaron gentes escogidas (*andres epilektoi*) de los romanos y los indígenas; y además (*kai de kai*) fue ésta la primera colonia (*proten apoikian*) que enviaron a estos lugares los romanos (*eis tousde tous topous*)» (trad. M^a. J. Meana y F. Piñero, ed. Gredos). De forma unánime se atribuye toda la información estraboniana al momento fundacional de Córdoba como colonia latina por el cónsul M. Claudio Marcelo, en la época de su primer mando en Hispania 169-168 a.C. (sobre las diferentes fechas de fundación propuestas: García Fernández 2002, 268-270). La colisión con *Carteia*, fundada ya en el 171 a.C., se sortea circunscribiendo la expresión «a estos lugares» (*eis tousde tous topous*) al valle del Guadalquivir. De este modo la existencia previa de *Carteia* (por ceñirse a comunidad cuya condición colonial es segura) no entra en contradicción con la afirmación estraboniana, puesto que, dentro de la Bética, sería distinta la ubicación geográfica de una y otra ciudad (Galsterer 1971, 9, n.º 21; Canto 1991, 847-848, n.º 13-14; y Stylow 1996, 80). Se suele aducir como prueba adicional del carácter colonial y latino de Córdoba la presencia de doble *tribus*, *Sergia* y *Galeria*, en su epigrafía. La primera sería la tribu propia de la etapa latina de la comunidad en la que se inscribirían los magistrados salientes, mientras que la tribu *Galeria* sería la correspondiente a la deducción realizada por Augusto, que convertiría a Córdoba en colonia romana (Rodríguez Neila 2004, 7-8).

El problema de esta interpretación no reside, desde luego, en la adscripción de una condición colonial a *Corduba* desde el momento mismo de su fundación, sino en el hecho de no discriminar el tipo de fundación colonial latina al que pertenece la ciudad. Si *Corduba* es una fundación colonial de tipo itálico esto implica que carece de tribu alguna asignada, al no poseer *ius Latii*, dado que este derecho aún no había sido creado en la época en la que esta colonia fue deducida. No cabe, por tanto, esperar tribus en ciudades hispanas en estas fechas, lo que significa que la tribu *Sergia* que documenta *Corduba* habrá de pertenecer a otra fase constitucional de la ciudad. Por su parte, A. U. Stylow (Stylow 1995, 119) ha propuesto la promoción de Córdoba a colonia romana en época de Augusto, momento en que se le asignaría la tribu *Galeria*, siendo la *tribus Sergia* de época precesariana. De ser así, no podría mantenerse entonces su condición de primera colonia (romana) «enviada a estos lugares».

El texto griego quizá pueda dar la clave. En realidad, el pasaje constituye un apretado resumen de las fases constitucionales por las que pasó la ciudad: un primer momento (*ex arches*), en el que se convierte en colonia latina, y un segundo momento, en el que esta ciudad pasa a ser la primera colonia (romana) deducida en estos lugares. Esta lectura la permite la partícula *kai de kai*, que introduce la segunda fase constitucional de la colonia y que no tiene carácter explicativo, como se interpretaba en la antigua traducción de A. García Bellido (García y Bellido 1986), sino que señala una segunda acción, relacionada pero distinta, que se añade a la primera. De hecho, el término *apoikia* que se utiliza, lo aplica Estrabón a colonias romanas y no latinas. El autor informa así de la personalidad del fundador de la colonia latina de *Corduba* y del carácter mixto de su contingente poblacional, para luego señalar su condición de primera colonia romana enviada a estos lugares. Esta interpretación evita, en mi opinión, contradicciones con otros datos de que disponemos, y permite seguir manteniendo el carácter colonial latino más antiguo de otras fundaciones como *Italica* o *Carteia*, sin tener que recurrir a restricciones geográficas para salvar la contradicción a que nos lleva considerar a *Corduba* la primera colonia latina y no romana en Hispania.

Respecto a los dos derechos indispensables, *conubium* y *commercium*, se podría encontrar en las fuentes relativas a *Italica* un indicio de la existencia del primero. Así, en un conocido pasaje de Apiano (App. Iber. 66) donde se hace referencia a un episodio datable en el año 143 a.C., se afirma que un ibero, entendido no en sentido étnico sino en el de *Hispanus*, procedente de la ciudad de *Italica*, un tal Gayo Marcio, vino en ayuda del incompetente gobernador de la *Vlterior* (Caballos 1989, 265; 2006, 412-413, no cree verosímil la condición de cuestor de *C. Marcius*). Es significativa la coincidencia de *nomen* con el lugarteniente de Escipión, Lucio Marcio, encargado *ducto auspicioque* del Africano (Liv. 28, 38, 1) de la puesta en marcha de Itálica una vez realizada la fundación. De hecho, según A. Caballos (Caballos 1989, 264), *C. Marcius* habría sido muy posiblemente descendiente, en tercera generación, de los colonos asentados en Itálica por Escipión, e incluso cree que no habría que descartar alguna relación de parentesco con *L. Marcius*.

Pero lo verdaderamente sorprendente es que el *nomen Marcius*, si se vincula además al legado de Escipión, lo porte un ciudadano de *Italica* sesenta años después de su fundación, lo que estaría indicando la existencia de unos canales jurídicos que hacen posible la transmisión, y por tanto pervivencia, de los *nomena* latinos. En estas fechas, dichos canales solo puede poseerlos una comunidad de derecho latino, pues en un medio peregrino la ciudadanía romana se extingue inevitablemente al no poder ser transmitida (salvo que

se practique constantemente una política matrimonial endogámica), como les ocurrió a los soldados romanos que tuvieron hijos con mujeres hispanas. Es más, incluso la alusión a Marcio como italicense e «íbero» que nos transmite Apiano, quizá se acomode mejor a una condición latina que no romana de Marcio, habida cuenta de la pérdida de ciudadanía romana a que estaban avocados los colonos latinos. En cualquier caso, la presencia (transmisión y por tanto pervivencia) de onomástica latina a lo largo de toda la República hispana de la que rara vez se obtienen conclusiones, advierte de la necesidad de atender a otros criterios de valoración que no sean estrictamente positivistas.

Una tercera característica que se observa en la colonización latina ultramarina es la informalidad de su procedimiento fundacional, rasgo que suele ser aducido para negar precisamente el carácter colonial de las fundaciones hispanas. Se afirma que los generales romanos no tendrían competencias para realizar estas fundaciones, que solo puede autorizarlas el Senado o el pueblo (Galsterer 1997, 197). Es cierto que hay obstáculos constitucionales que deben ser tenidos en cuenta y valorados, pero también hay que tener presente que las fuentes no especifican las órdenes de actuación que portan los mandos provinciales, que según las circunstancias podrán ser más o menos específicas. Los generales, una vez en su destino, tienen cierto margen de maniobra (y de manipulación si cuentan con apoyos en Roma), como fue el caso de Quintio Flaminio, pero siempre dentro de unas líneas generales de actuación marcadas por el Senado y autorizadas (Eckstein 1987, 268-317). El hecho de realizar una fundación ciudadana donde se van a asentar soldados, ya sean estos legionarios romanos o miembros de la *formula togatorum*, tiene la suficiente entidad e importancia como para no ser dejada exclusivamente a la voluntad del procónsul de turno. Y, que sepamos, desde la fundación de Itálica, ninguna fundación hispana fue desautorizada por el Senado, ni vio extinguirse su vida como ciudad, ni esta primera fundación fue un hecho aislado, sino que, al contrario, fue seguida de un rosario de fundaciones que no son sino reflejo de una determinada política de control territorial que el Senado romano, a través de la acción de sus generales, aplicó en Hispania. De hecho, si hay dudas respecto a si los pactos concluidos entre Tiberio Sempronio Graco y los distintos pueblos celtíberos fue de exclusiva iniciativa individual o no, las despeja desde luego Polibio (Polyb. 35, 2, 15): «[los arévacos] acabaron diciendo que... exigirían atenerse de nuevo a los acuerdos que, en tiempos de Tiberio, ellos habían concluido con el Senado» (trad. M. Balasch, ed. Gredos).

Por otro lado, hay pasajes en Livio que permiten entrever que los trámites constitucionales habituales, es decir, la necesidad de un mandato previo del Senado y el nombramiento de una comisión encargada de

la deducción, solo se sigue escrupulosamente cuando la población que se deduce es romana; si no es así, parece que el proceso fundacional de una colonia se vuelve constitucionalmente más informal, quizá porque desde el punto de vista romano se considera que técnicamente no se asiste a una deducción. Un indicio revelador de este comportamiento se puede ver en el repoblamiento de *Cosa*. En el año 199 a.C. esta colonia, junto con *Narnia*, solicita del Senado el envío de suplementos de colonos al ser insuficientes los que poseen. Mientras que la petición de esta última es atendida y se nombra para ello la comisión habitual de triunviros, a *Cosa*, por el contrario, se le niega el refuerzo poblacional (Liv. 32, 2, 6-7); la petición de esta colonia será renovada nuevamente en el 196 a.C., ocasión en que será atendida. No se nombró en este caso la comisión habitual, quizá porque se solucionó el asunto permitiendo simplemente que dicha colonia reclutase por su cuenta mil colonos de cualquier parte de Italia, siempre y cuando no hubiesen sido enemigos de Italia desde el 218 a.C. (Liv. 33, 24, 8). Desde el punto de vista romano no hubo entonces deducción alguna, al menos técnicamente, pues la población no era romana y por ello no se nombró la comisión habitual de triunviros. Este es posiblemente el motivo, como ha observado Salmon, por el cual Asconio (Asc. Pis. 3C) no incluye este reforzamiento *sui generis* de *Cosa* entre las 53 fundaciones coloniales existentes en el momento de la segunda *deductio* de *Placentia*, en el año 190 a. C (Salmon 1969, 67-68). Igualmente, en la fundación de *Carteia* (que tampoco es citada por Veleyo Patérculo y está probada su condición colonial latina) se prescindió de todo nombramiento de comisión alguna, se encargó simplemente al pretor L. Canuleyo que procediera a registrar como *coloni* a los hijos de soldados romanos habidos con mujeres indígenas, y también a la población indígena que lo deseara (Liv. 43, 3, 1-4).

Esta informalidad, o ausencia de los protocolos constitucionales habituales, no solo parece detectarse en el caso de las fundaciones latinas cuando concurren en éstas circunstancias determinadas, sino también en la conclusión de un tratado de federación entre Roma y una ciudad de la importancia de *Gades*, cerrado en las mismas fechas en que se procede a la fundación de Itálica. Por Cicerón, nuestro informador principal, sabemos que el tratado fue suscrito por el legado de Escipión, L. Marcio Séptimo, al que el abogado presenta como centurión primipilo, aunque probablemente en el 206 a.C. estaba actuando como legado *ducto auspicioque* del Africano (Brunt 1982, 138). Este tratado, sin embargo, no recibió nunca la ratificación del pueblo de Roma, a pesar de haberla solicitado formalmente en el 78 a.C. En este año la recibe únicamente del Senado, y es en referencia a este hecho cuando Cicerón afirma, pues él mismo no está muy seguro,

que el tratado fue en ese momento «renovado o hecho» (*tum est cum Gaditanis foedus uel renouatum uel ictum*: Cic. *Balb.*, 34). La ausencia de un sólido fundamento legal en este tratado lo expresa claramente Cicerón cuando se refiere al mismo como «illa species foederis» (Cic. *Balb.* 39). Contrastan, desde luego, las vacilaciones ciceronianas respecto al *foedus* gaditano, con los legítimos *foedera* que disfrutaban las ciudades itálicas como *Camerinum* (Cic. *Balb.* 46) o *Heraclea* (Cic. *Balb.* 50), *Neapolis* o *Velia* (Cic. *Balb.* 55), y que Cicerón se complace en destacar. No hace falta pensar que el abogado esté argumentando de forma torticera para restar intencionadamente validez al tratado concluido con Marcio, pues la acusación contra Balbo podía haberse amparado exclusivamente en la renovación o conclusión del año 78 a.C. y el razonamiento de Cicerón hubiera sido el mismo, ya que tampoco obtuvo *Gades* en dicho año la ratificación del pueblo de Roma.

Todo ello sugiere que los procedimientos legales formales habituales en Italia no se aplicaron en Hispania, que debió contar tan solo con refrendos senatoriales, lo que no impidió que, en la práctica, el orden político que se iba tejiendo gozase de estabilidad. Del mismo modo que *Italica*, cualquiera que hubiera sido el amparo legal más o menos precario bajo el cual fue fundada, poseyó la personalidad jurídica suficiente como para ser merecedora de una donación del botín procedente de la toma de Corinto (*CIL*, II, 1119; Canto 1985, 9-19, propone que los despojos no provienen de la toma de Corinto, sino de Zakyntho o Perinto, y los ofrenda no *L. Mummius*, sino *L. Aemilius Paullus*), o que *Gades* pudiera hacer valer su condición federal, de titubeante legalidad, para quejarse de la presencia de un prefecto en la ciudad, hecho que a juicio de los gaditanos contravenía lo acordado con L. Marcio. Y la reclamación, además, parece que fue atendida (Liv. 32, 2, 5).

Estas colonias hispanas no se vieron afectadas por las emisiones legislativas del Estado romano responsables de promocionar las comunidades de Italia. Lo cierto es que las comunidades latinas provinciales ni estaban implicadas en el conflicto que provocó estas concesiones, ni eran miembros de la *formula togatorum* cuya composición parece ya cerrada en el 225 a.C., si bien los estados miembros del *nomen Latinum* continuaron aumentando (por ejemplo *Placentia* y *Cremona*, fundadas en el 218 a.C.). Las fundaciones hispanas habían de quedar, probablemente, como un grupo antiguo y residual, al menos hasta época de César, momento en que algunas acceden a la condición colonial o municipal romana, a no ser que en una fecha posterior al 89 a.C. y de la mano de Pompeyo Magno, se introdujera el *ius ciuitatis per honorem* o *ius Latii* en las colonias latinas hispanas. Pero, de momento, es este un asunto difícil de resolver.

Sin embargo, la historia de la latinidad en Hispania es bastante más compleja, porque también lo fue en Italia. El expediente latino de tipo municipalizante creado en la Transpadana que de momento iba a generar colonias latinas ficticias, se introdujo en Hispania quizá de la mano de Pompeyo Magno, como se ha dicho, con motivo de la tarea reorganizadora que llevó a cabo a finales del año 72 a.C. y quizás a comienzos del 71 a.C., después de acabar con la resistencia sertoriana en Hispania, desgraciadamente muy mal conocida y que habría que analizar conjuntamente con su labor realizada de manera simultánea en la Galia Transalpina (para esta última: Ebel 1976, 96-102; la labor pompeyana en Hispania ha sido analizada recientemente por: Olesti 2005, 9-33; y Amela 2002; 2000, 7-41). Fue, precisamente, en Saint-Bertrand-de-Comminges, que en época de Augusto pasaría a formar parte de la Galia Aquitana, donde Pompeyo fundó con efectivos procedentes de la guerra sertoriana, *Lugdunum Convenarum* que habría de poseer *ius Latii* (Str. 4, 2, 2). Fundación que quizá haya que poner en relación con *Pompelo*, también creada por Pompeyo en las mismas fechas, como informa Estrabón (Str. 3, 4, 10). No hay indicios sobre el carácter colonial latino de origen de ambas fundaciones y, es más, *Pompelo* figura como estipendiaria en Plinio (Plin. *HN*. 3, 24), hecho que difícilmente puede atribuirse al propio Pompeyo, quien no impondría su nombre a una comunidad de cuya condición administrativa solo deviene desprestigio (sobre ambas fundaciones: Amela 2000, 10-29). Quizá tal condición haya podido ser producto de un desclasamiento jurídico generado por la defensa de la causa de su fundador en las guerras civiles, similar a la supresión de derechos con que *Volterra* fue castigada por Sila (Cic. *Caec.* 102). Pero no es más que una hipótesis. No pueden deducirse grandes cosas de ambas fundaciones pero no está de más recordar que no es ajena a la labor pompeyana la creación de colonias latinas, si efectivamente *Alba Pompeia* o *Laus Pompeia*, ambas fundadas en la Galia Cisalpina, deben al hijo de Pompeyo Estrabón su nombre (Luraschi 1979, 209-210).

A diferencia de lo que ocurre en la Galia Narbonense, es muy difícil rastrear en Hispania la presencia de colonización latina de tipo traspadano, dado que apenas se documenta la titulación colonial. Sin embargo, recientemente se ha defendido dicha condición para Sagunto (Ripollès/Velaza 2002, 285-290), que pertenecería por la fecha de promoción (entre el 56 a.C. y el año 4/3 a.C., momento en que Sagunto es un municipio romano) al tipo colonial creado en el 89 a.C. La condición colonial de esta *ciuitas* es muy diferente, por tanto, a la poseída por *Carteia*, *Corduba* o *Palma*, pues no sería una fundación colonial *sensu stricto*, al pertenecer a una latinidad de carácter municipalizante. Esto significa que estas colonias surgen

sin necesidad alguna de deducción de población, ni de reorganización territorial, ni de leyes o constitución, necesitando tan solo, en principio, algunos reajustes constitucionales como la adaptación de su senado o de sus cargos locales, cualquiera que estos fueran, a la carrera de magistraturas romana. Pero incluso a veces podría mantenerse durante un tiempo cargos de carácter local, como ocurre en la Galia Narbonense, donde la mención de un *praetor* preaugústeo en sus colonias latinas se interpreta como la traducción de una magistratura indígena destinada a desaparecer en beneficio del cuatorvirado, que se generaliza a partir de Augusto en la zona (*CIL*, XII, 517, Aix; 1028, *Auenio*; 5371, *Carcassum*; 3215, *Nemausus*; 1371, *ciuitas Vocontiorum*, la única pretura que no desaparece). El derecho característico de estas colonias será el *ius Latii*, que permitirá a sus oligarquías acceder a la ciudadanía romana y tendrán, por tanto y desde el principio, una *tribus* asignada en la que inscribir a los magistrados salientes.

Esta condición cabe esperarla en aquellas comunidades hispanas cuya promoción latina sea preaugústea. Posiblemente, todas aquellas comunidades mencionadas por Plinio como poseedoras de antiguo lacio han podido poseer en algún momento condición colonial, como, por ejemplo, aquéllas cuya titulación permite vincular su promoción a César, como *Ebora Liberalitas Iulia*, *Myrtilis Iulia* o *Salacia Vrbs Imperatoria* (Le Roux 1996, 245: para la adscripción cesariana de estas ciudades); porque la concesión de *ius Latii* se asoció a un estatus colonial hasta época de Augusto, como demuestra la Galia Narbonense, momento en que, a juzgar por el comportamiento de la documentación hispana, surgiría el municipio latino. La documentación de *Ercauica*, en la que se combina su condición latina proporcionada por Plinio (Plin. *HN*. 3, 24) y la posesión de un estatus municipal registrado en su fondo documental epigráfico y numismático, de datación augústea (Alföldy 1987, 69-74; Gomís 1997, 289-300), permite concluir su temprana condición municipal latina. Este puede ser también el caso de *Saetabis*, también de condición latina y cuya promoción por Augusto la confirma su *cognomen*: *Saetabini qui Augustani* (Plin. *HN*. 3, 25), además de poseer numerosos indicios de condición municipal (*CIL*, II, 3625; 3623; 3621, entre otros). Otros núcleos también de antiguo lacio, como *Gerunda* o *Iesso* (Plin. *HN*. 3, 23), *Cascantum* (Plin. *HN*. 3, 24) o *Valeria* (Plin. *HN*. 3, 25), entre otros, tienen probada su condición municipal o registran al menos abundantes signos de promoción en época julio-claudia, lo que confirmaría el cambio administrativo operado en la latinidad. En algún momento impreciso del gobierno de Augusto, quizá para proteger el prestigio inherente a la titulación colonial romana y dar a las colonias latinas de tipo traspadano un título que se adecuase a sus verda-

deras características constitucionales, se decidió que, en adelante, todas aquellas comunidades beneficiadas con el *ius Latii* adquirirían titulación municipal latina y no colonial. Surge así la última de las categorías administrativas creadas por el Estado romano y que, en Hispania, habrían de potenciar los emperadores flavios hasta convertirla en la provincia latina por antonomasia del Imperio romano.

Bibliografía

- ABASCAL, J. M. 2002: «La fecha de la promoción colonial de *Carthago Noua* y sus repercusiones edilicias», *Mastia*, 1, 21-44.
- 1996: «Derecho latino y municipalización en levante y Cataluña», en: *Teoría y práctica del ordenamiento municipal en Hispania*, Vitoria, 255-283.
- ALFÖLDY, G. 1987: *Römisches Städtewesen auf der neukastilischen Hochebene*, Heidelberg.
- AMELA, L. 2002: *Las clientelas de Cneo Pompeyo Magno en Hispania*, Barcelona.
- 2000: «Las ciudades fundadas por Pompeyo Magno en Occidente: *Pompaelo*, *Lugdunum Convenarum* y *Gerunda*», *Polis* 12, 7-41.
- ANDREU, J. 2004: *Edictum, Municipium y Lex: Hispania en época flavia (69-96 d.C.)*, Oxford.
- BERNARDI, A. 1973: *Nomen Latinum*, Pavia.
- BENDALA, M. 2000-2001: «Estructuras urbanas y modelos urbanos en la Hispania antigua», *Zephyrus* 53-54, 413-432.
- 1998: «Fórmulas de promoción y desarrollo urbano y urbanístico en la Hispania tardorrepublicana», en: MANGAS, J. (ed.): *Italia e Hispania en la crisis de la República romana*, Madrid, 307-312.
- BENDALA, M. et al. 2002: «*Carteia*: de ciudad púnica a colonia latina», en: JIMÉNEZ, J. L.; RIBERA, A. (coords.): *Valencia y las primeras ciudades romanas de Hispania*, Valencia, 157-172.
- BERNADETTE, T. 2002: *Imperialismo romano e imitatio Alexandri. Due studi di storia politica*, Lecce.
- BRUNT, P. A. 1988: «Italian Aims at the time of the Social War», en: *The Fall of the Roman Republic*, Oxford, 93-143.
- 1982: «The legal Issue in Cicero, Pro Balbo», *CQ*, 32, 1, 136-147.
- 1971: *Italian Manpower. 225 BC-AD 14*, Oxford.
- CABALLOS, A. 2006: *El nuevo bronce de Osuna y la política colonizadora romana*, Sevilla.
- 1994: *Itálica y los italicenses*, Sevilla.
- 1989: «Los senadores de origen hispano durante la República romana», en: GONZÁLEZ, J. (ed.): *Estudios sobre Urso. Colonia Iulia Genetiva*, Sevilla, 233-279.
- CANTO, A. M^a. 1999: «La *vetus urbs* de Itálica, quince años después. La planta hipodámica de D. De-

- metrio de los Ríos, y otras novedades», *CuPauAm*, 25.2, 145-191.
- 1991: «*Colonia Patricia Corduba*: Nuevas hipótesis sobre su fundación y nombre», *Latomus*, 50, 846-857.
 - 1985: «Un nuevo documento de Paulo Emilio en la *Hispania Citerior*: CIL, I, 546 = CIL, II, 1119», *Epigraphica*, 42, 9-19.
- CASTRO, J. L. (ed.) 2007: *Las ciudades fenicio-púnicas en el Mediterráneo occidental*, Almería.
- CATALANO, P. 1978: «Aspetti spaziali del sistema giuridico-religioso romano. Mundus, templum, urbs, ager, Latium, Italia», *ANRW*, 2, 440-553.
- CRAWFORD, M. H. (ed.) 1996: *Roman Statutes*, Londres.
- EBEL, CH. 1976: *Transalpine Gaul. The Emergence of a Roman Province*, Leiden.
- ECKSTEIN, A. M. 1987: *Senate and General. Individual decision making and Roman foreign relations 264-194 BC*, Berkeley-Los Angeles-Londres.
- GABBA, E. 1994: «Il problema dell'«unità» dell'Italia romana», en: *Italia Romana*, Roma, 17-31.
- GALSTERER, H. 1997: «La ciudad de Itálica: estatuto y administración», *Italica*, MMCC, Sevilla.
- 1971: *Untersuchungen zum römischen Städtewesen auf der iberischen Halbinsel*, Berlín.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, E. 2002: «Observaciones jurídicas sobre la fundación de *Corduba* y la *tribus Sergia*», *Scripta Antiqua in honorem Ángel Montenegro Duque et José M^a. Blázquez Martínez*, Valladolid, 265-272.
- 2001: *El municipio latino. Origen y desarrollo constitucional*, Madrid.
- GARCÍA RIAZA, E.; SÁNCHEZ LEÓN, M^a. L. 2000: *Roma y la municipalización de las Baleares*, Palma de Mallorca.
- GARCÍA Y BELLIDO, A. 1986: *España y los españoles hace dos mil años*, Madrid.
- GOMÍS JUSTE, M. 1997: «Las monedas de Erkauika/Ergavica», en: *Ciudades romanas en la provincia de Cuenca. Homenaje a Francisco Suay Martínez*, Cuenca, 289-345.
- GONZÁLEZ, J. 2004: «Colonización y municipalización cesariana en la Ulterior», en: MELCHOR, E.; MELLADO, J.; RODRÍGUEZ NEILA, J. F. (eds.): *Julio César y Corduba. Tiempo y espacio en la campaña de Munda (49-45 a. C.)*, Córdoba, 397-412.
- 1989: «Urso, ¿tribu Sergia o Galeria?», en: GONZÁLEZ, J. (ed.): *Estudios sobre Urso. Colonia Iulia Genetiva*, Sevilla, 133-153.
- GONZÁLEZ ROMÁN, C.; MARÍN DÍAZ, A. 1994: «Prosopografía de la Hispania meridional en época republicana», en: GONZÁLEZ ROMÁN, C. (ed.): *La sociedad de la Bética. Contribuciones para su estudio*, Granada, 241-318.
- HERNÁNDEZ VERA, J. A. 2002: «La fundación de *Gracurris*», en: JIMÉNEZ, J. L.; RIBERA, A. (coords.): *Valencia y las primeras ciudades romanas de Hispania*, Valencia, 173-182.
- HUMBERT, M. 1981: «Le droit latin impérial: cités latines ou citoyenneté latine?», *Ktema*, 6, 207-226.
- 1978: *Municipium et civitas sine suffragio. L'organisation de la conquête jusqu'à la guerre Sociale*, París.
- JIMÉNEZ, J. L.; RIBERA, A. (coords.) 2002: *Valencia y las primeras ciudades romanas de Hispania*, Valencia.
- JORDÁN, Á. A. 2006: «La expansión vascónica en época republicana: Reflexiones en torno a los límites geográficos de los Vascones», en: ANDREU, J. (ed.): *Navarra en la Antigüedad. Propuesta de actualización*, Pamplona, 81-110.
- KNAPP, R. 1977: *Aspects of the Roman Experience in Iberia, 206-100 BC*, Vitoria-Valladolid.
- KREMER, D. 2006: *Ius Latinum. Le concept de droit latin sous la république et l'empire*, París.
- LAFFI, U. 2002: «La colonización romana desde el final de la guerra de Aníbal a los Gracos», en: JIMÉNEZ, J. L.; RIBERA, A. (coords.): *Valencia y las primeras ciudades romanas de Hispania*, Valencia, 19-26.
- LE ROUX, P. 1996: «Droit latin et municipalisation en Lusitanie sous l'Empire», en: *Teoría y práctica del ordenamiento municipal en Hispania*, Vitoria, 239-253.
- LÓPEZ BARJA, P. 2007: *Historia de la manumisión en Roma*, Madrid.
- LURASCHI, G. 1979: *Foedus, ius Latii, civitas: aspetti costituzionali della romanizzazione in Transpadana*, Padua.
- 1978: «Sulle «leges de civitate» (*Iulia, Calpurnia, Plautia Papiria*)», *SDHI*, 44, 321-370.
- MANGAS, J. 2001: *Leyes municipales y coloniales de la Hispania romana*, Madrid.
- MARÍN DÍAZ, A. 1988: *Emigración, colonización y municipalización en la Hispania republicana*, Granada.
- MELCHOR, E.; MELLADO, J.; RODRÍGUEZ NEILA, J. F. (eds.) 2005: *Julio César y Corduba: tiempo y espacio en la campaña de Munda (49-45 a. C.)*, Córdoba.
- MURILLO, J. F. 2004: «Topografía y evolución urbana», en: *Las capitales provinciales de Hispania. Colonia Patricia Corduba*, Roma, 39-54.
- MURILLO, J. F.; JIMÉNEZ, J. F. 2002: «Nuevas evidencias sobre la fundación de *Corduba* y su primera imagen urbana», en: JIMÉNEZ, J. L.; RIBERA, A. (coords.): *Valencia y las primeras ciudades romanas de Hispania*, Valencia, 183-193.
- ÑACO DEL HOYO, T. 2003: *Vectigal incertum. Economía de guerra y fiscalidad republicana en el Occidente romano: su impacto histórico en el territorio (218-133 a. C.)*, Oxford.

- OLESTÍ, O. 2005: «Hipània i Cn. Pompeu Magne», en: *La moneda al final de la República: entre la tradició i la innovació*, Barcelona, 9-33.
- ORTIZ DE URBINA, E. 2000: *Las comunidades hispanas y el derecho latino*, Vitoria.
- PENA, M^a. J. 2004: «La tribu Velina en Mallorca y los nombres de Palma y Pollentia, Faventia», 26/4, 69-90.
- 2002: «Problemas históricos en torno a la fundación de Valencia», en: JIMÉNEZ, J. L.; RIBERA, A. (coords.): *Valencia y las primeras ciudades romanas de Hispania*, Valencia, 267-278.
- RICHARDSON, J. S. 1986: *Hispaniae. Spain and the development of Roman Imperialism (218-82 BC)*, Cambridge.
- RIPOLLÈS, P. P.; VELAZA, J. 2002: «Saguntum, colonia latina», *ZPE*, 141, 285-291.
- RODRÍGUEZ NEILA, F. J. 2005: «Corduba entre cesarianos y pompeyanos durante la Guerra Civil», en: MELCHOR, E.; MELLADO, J.; RODRÍGUEZ NEILA, J. F. (eds.): *Julio César y Corduba. Tiempo y espacio en la campaña de Munda (49-45 a.C.)*, Córdoba, 313-362.
- 2004: «Introducción histórica», en: DUPRÉ RAVEN-TÓS, X.: *Las capitales provinciales de Hispania, Córdoba. Colonia Patricia Corduba*, Roma, 7-20.
- ROMAN, D. 1987: «Aix-en-Provence et les débuts de la colonisation de droit Latin en Gaule du Sud», *RAN*, 20, 185-190.
- ROLDÁN GÓMEZ, L. et al. 1998: *Carteia*, Madrid.
- SALMON, E. T. 1969: *Roman Colonization under the Republic*, Londres.
- SCULLARD, H. H. 1970: *Scipio Africanus. Soldier and Politician*, Londres.
- SHERWIN-WHITE, A. N. 1973: *The Roman Citizenship*, Oxford.
- STYLOW, A. N. 1996: «De Corduba a Colonia Patricia. La fundación de la Córdoba romana», en: LEÓN, P. (ed.): *Colonia Patricia Corduba*, Córdoba, 77-85.
- 1995: «Apuntes sobre las tribus romanas en Hispania», *Veleia*, 12, 105-123.
- TIBILETTI, G. 1953: «La politica delle colonie e delle città latine nella guerra sociale», *Rendiconti dell'Istituto Lombardo di Scienze e Lettere (RIL)*, 86, 45-63.

LAS ELITES MUNICIPALES HISPANORROMANAS A FINES DE LA REPÚBLICA Y EN EL ALTO IMPERIO: IDEOLOGÍA Y CONDUCTAS SOCIOPOLÍTICAS

Enrique Melchor Gil
Universidad de Córdoba

Resumen

En este trabajo estudiamos las oligarquías municipales hispanorromanas, los procesos de formación de las elites ciudadanas, su composición interna, los instrumentos empleados para controlar la vida pública de sus comunidades (desempeño de magistraturas y sacerdocios, evergetismo, honores municipales), sus fuentes de riqueza; así como las principales manifestaciones que prueban que las elites hispanas asumieron plenamente los valores y conductas sociales característicos de la sociedad romana: sus actividades munificentes, sus formas de autorrepresentación (estatuas, monumentos honoríficos, etc.), su vinculación a la religión oficial romana y al culto imperial. Finalmente, analizamos las causas que llevaron a las elites locales a perder buena parte de su interés en participar en la vida pública municipal.

Palabras clave

Hispania romana, elites locales, vida pública municipal, evergetismo, honores, valores y conductas sociales.

Abstract

In this work, we study the hispano-roman municipal oligarchies, the processes of formation of the civic elites, their internal composition, the instruments used to control the public life of their communities (performance of magistracies and priesthoods, evergetism, municipal honours), their sources of wealth, as well as the main manifestations which show that the hispanic elites adopted completely the social values and behaviours typical of the roman society: its munificent activities, its autorepresentational forms (statues, honorific monuments, etc.), its connection with the official roman religion and with the imperial cult. Finally, we analyze the causes which led to local elites to losing much of their interest in participating in the public municipal life.

Keywords

Roman Spain, Local Elites, Municipal Public Life, Evergetism, Honours, Social Values and Behaviours.

La integración. Colonias y municipios

En el primer siglo de nuestra era terminó de configurarse una elite hispanorromana compuesta por descendientes de emigrantes italo-romanos e indígenas romanizados. Ambos grupos, fusionados, constituyeron las aristocracias locales que gobernaron las ciudades hispanas durante el Alto Imperio, de las que pronto comenzaron a surgir «hombres nuevos», deseosos de promocionar a los *ordines* superiores y de ocupar puestos de responsabilidad en la administración imperial.

Previamente, se había desarrollado un largo proceso romanizador caracterizado por la llegada de numerosos colonizadores romanos e itálicos, que proporcionaron modelos de vida y conducta a imitar por las elites indígenas más romanizadas. Igualmente, fue necesario que Roma cambiase la política de conceder la ciudadanía romana de forma restrictiva e individual (viritana) por otra que afectaba a comunidades enteras. César fue el primero en establecer un programa de integración jurídica de los núcleos de población indígenas más romanizados. Las comunidades hispanas que lo habían apoyado en la guerra civil fueron promocionadas jurídicamente, recibieron un estatuto municipal y sus habitantes obtuvieron la ciudadanía romana (*Gades, Vllia*) o latina (*Obulco, Castulo, Carmo, Asido, Nertobriga, Seria*, etc.). Por el contrario, las que le habían ofrecido mayor resistencia, por apoyar a los hijos de Pompeyo, fueron convertidas en colonias romanas (*Hispalis, Vrso, Vcubi*, etc.) y en ellas se asentó a veteranos de guerra y a plebe urbana de Roma, junto con grupos de indígenas originarios de estas mismas ciudades que habían permanecido fieles a César durante el conflicto armado (Olivares 1998, 105-177). La tarea de promover comunidades estipendiarias al rango municipal y de fundar nuevas colonias (*Caesaraugusta, Augusta Emerita, Acci*, etc.) fue continuada por Augusto, su heredero político, quien extendió notablemente el proceso municipalizador por el este peninsular, el valle del Ebro y la meseta sur (*Saguntum, Lucentum, Ilerda, Baetulo, Bilbilis, Turiaso, Segobriga, Valeria*, etc.); estableciendo además otras vías de obtención de la ciudadanía romana para los peregrinos, mediante el servicio en las legiones como tropas auxiliares (Abascal/Espinosa 1989, 59-67). El impulso definitivo a esta política de integración lo proporcionó Vespasiano en el 70-71 o 73-74 d.C., al conceder el *ius Latii* a toda Hispania, pues éste permitirá transformar numerosas *ciuitates stipendiariae* en nuevos municipios de derecho latino y conceder la ciudadanía romana a todas aquellas personas que hubiesen desempeñado cualquier magistratura en uno de estos municipios flavios, así como a sus familiares directos (*Lex Irn.* 21). El edicto de latinidad permitió completar el proceso municipalizador en el sur y este peninsulares, a la par que lo extendió por zonas de *Lusitania* septentrional,

de la Meseta y del noroeste (*Conimbriga, Aeminium, Numantia, Segontia, Complutum, Tritium Magallum, Bracara Augusta, Aquae Flaviae, Asturica Augusta*, etc.), donde, con anterioridad, existían muy pocas ciudades indígenas que disfrutasen de un estatuto jurídico privilegiado (Andreu 2004a).

Unos buenos y tempranos ejemplos de la integración y promoción lograda por algunos hispanos los encontramos en Lucio Cornelio Balbo, quien en el año 40 a.C. fue el primer provincial que desempeñó el consulado en Roma (Plin. *HN.* 7, 43); y en su sobrino, Cornelio Balbo el Menor, quien fue el primer provincial que recibió, como premio por su victoria sobre los garamantes, el triunfo y su inclusión en los *Fasti Triumphales* (19 a.C.). Los Balbos, que habían obtenido la ciudadanía romana gracias a la concesión realizada por Cneo Pompeyo Magno, simbolizan a la perfección el asalto de los provinciales a las estructuras de poder político y social romanas (Rodríguez Neila 1992). Junto a ellos, muchos hispanos pertenecientes a comunidades de derecho latino debieron de alegrarse con la obtención de la ciudadanía romana y con el desempeño de magistraturas y sacerdocios en sus ciudades, logros que en sí mismos debían considerarse un gran premio para familias indígenas que poco tiempo antes carecían de cualquier derecho dentro de la estructura social romana. Éste sería el caso de la familia *Pompeia*, cuyo sepulcro familiar se encontró en *Ituci* (Torreparedones). En la tumba aparecieron doce urnas que portaban los nombres y cargos desempeñados por los difuntos (*CIL*, II²/5, 409-420). En este excepcional conjunto cerrado se puede ver la evolución de una familia de origen hispano en torno al cambio de era (últimos decenios de la segunda mitad del siglo I a.C. e inicios del I d.C.), pues encontramos a individuos con nombres indígenas y con una estructura onomástica claramente peregrina (*Ildróns Velaunis filius; Igalghis Ildróns filius*); a otros con *tria nomina* pero sin indicación de estar inscritos en una tribu romana (*Q. Pompeius Q. f. Velaunis; Q. Pompeius Q. f. Sabinus*); y a un tercer grupo que desempeñaron magistraturas, probablemente en *Iptuci*, y que eran ciudadanos romanos de pleno derecho, como muestra su adscripción a la tribu Galeria (*M. Pompeius Q. f. Gal. Icstnis II uir primus de familia Pompeia; C. Pompeius Cn. f. Gal. Afer aedilis Iluir*). En época flavia, otra serie de inscripciones vuelven a mostrarnos la integración de miembros de las elites indígenas, como miembros de pleno derecho, en la estructura social romana. En ellas encontramos a varios hispanos dedicando estatuas a divinidades grecorromanas y señalando orgullosos que habían obtenido, junto a sus familiares (esposa e hijos), la ciudadanía romana *per honorem*, tras el desempeño del duunvirato o de la edilidad en sus ciudades, convertidas desde el 70/74 d.C. en municipios de derecho latino (*CIL*, II²/5, 291, 292 y 304, de *Cisimbrium*; *CIL*, II²/5, 308, de *Igabrum*).

El proceso descrito permitió el acceso de los hispanos a la ciudadanía latina o romana, y que el modelo municipal se implantase en numerosas comunidades indígenas donde previamente existían elites romanizadas. Igualmente, el desarrollo de la colonización en época cesariano-augustea supuso la llegada de importantes contingentes de ciudadanos romanos que se asentaron en Hispania y que contribuyeron a difundir la cultura romana, proporcionando modelos de comportamiento que rápidamente fueron imitados por los indígenas. Por lo señalado, las numerosas comunidades cívicas surgidas de los procesos de municipalización y colonización fueron los crisoles en los que se forjó la nueva sociedad hispanorromana. En las antiguas *ciuitates stipendiariae* se encontraban asentados emigrados itálicos que proporcionaron modelos de conducta romana a las elites indígenas. Igualmente, las primeras fundaciones romanas (*Italica, Carteia, Corduba, Palma, Pollentia*, etc.) y las colonias cesaro-augusteas actuaron como potentes focos romanizadores, no solo por aportar modelos urbanísticos, culturales o de organización político-social que fueron imitados por numerosas ciudades de Hispania, sino también porque admitieron entre su población a grupos de indígenas que rápidamente debieron asumir como propios las costumbres y valores romanos, contribuyendo de esta forma a la aparición de una sociedad hispanorromana (González Román 2002, 327-329). Todos estos cambios permitieron que la estructura social y los modos de vida romanos se implantasen definitivamente en las provincias hispanas. Las elites de origen indígena, progresivamente, fueron adoptando el uso del latín, el empleo de los *tria nomina* y de la toga, símbolos de la ciudadanía romana recientemente adquirida; el hábito epigráfico, que permitía inmortalizar sus éxitos en la vida pública; el gusto por los espectáculos públicos (*ludi*), la devoción hacia dioses del panteón romano, así como las formas de vida civilizada en confortables *domus* y en ciudades que imitaban el modelo de *urbs* romana, dotadas con murallas, templos, edificios públicos para el ocio o para el desarrollo de funciones administrativas y económicas (termas, teatros, basílicas, curias, mercados, etc.), acueductos y redes de saneamiento.

El marco municipal y el *ordo decurionum*

En nuestro trabajo nos centraremos en el estudio de las oligarquías locales, grupo al que podemos adscribir la mayoría de las elites dirigentes hispanas, quienes se encargaron de gobernar sus ciudades ocupando puestos en los senados locales y asumiendo el desempeño de magistraturas y sacerdocios. La participación en el gobierno de sus comunidades cívicas y el desempeño de sacerdocios del culto imperial permitió a algunos miembros varones de importantes *gentes* locales pro-

mocionar al *ordo equester*, aunque la mayoría tuvieron que conformarse con desarrollar carreras políticas de ámbito municipal, y con mantener su preeminencia social y política dentro de sus ciudades. Es más, buena parte de los que lograron acceder al desempeño de las milicias ecuestres terminaron volviendo a sus ciudades, donde pudieron aprovechar el prestigio que les proporcionaba su rango para intervenir en la vida pública municipal (Rodríguez Neila 1981, 113-114).

Los estatutos municipales y coloniales otorgados por Roma establecían un marco jurídico e institucional que permitía organizar el funcionamiento de la vida pública en las diferentes ciudades privilegiadas del Imperio, que ha sido sobradamente explicado en este volumen en un capítulo anterior de J. F. Rodríguez Neila. Todas ellas poseían unas instituciones de gobierno inspiradas en el modelo romano republicano, pues contaban con un consejo local de notables (*senatus* o *curia*), que tomaba las decisiones importantes para el gobierno de la ciudad; con unos magistrados, que asumían la función ejecutiva; con unos colegios sacerdotales, encargados de mantener la *pax deorum*, y con unos jueces que intervenían en litigios privados de pequeña cuantía (Mangas 2001, 31-63). El *populus*, entendido como conjunto de personas poseedoras de la ciudadanía local, debía elegir anualmente, mediante la realización de comicios electorales, a los magistrados encargados del gobierno de cada ciudad, que en su mayoría procederían de las principales familias locales, las que disfrutaban de mayor prestigio social y poder económico en sus respectivas comunidades. Las más importantes *gentes* de cada municipio o colonia intentarían controlar los órganos de gobierno de sus ciudades y buscarán ganarse el apoyo del *populus* para así lograr imponer a sus candidatos en los procesos electorales que anualmente se celebraban en sus ciudades. Ellas no solo buscarían que sus miembros varones detentasen magistraturas y sacerdocios, sino que también apoyarían a candidatos de otras familias a los que estarían vinculados por lazos de parentesco, *amicitia* o por relaciones de patronazgo.

Buena parte de los miembros de las elites de los municipios y colonias formaban parte de un grupo social privilegiado llamado *ordo decurionum*. Este orden estaba compuesto por todas aquellas personas que eran miembros (decuriones) de alguna de las curias o senados locales existentes en las diferentes ciudades del Imperio romano, y por sus familias. El número de miembros de los senados locales era variable. En las grandes ciudades, el senado local solía tener cien decuriones, pero en las pequeñas su número era menor, como se atestigua en *Vrso* y en *Irni*, con 75 y 63 miembros, respectivamente.

Para poder ser decurión se necesitaba ser varón, de nacimiento libre, poseer la ciudadanía local o la residencia en la ciudad, no haber desempeñado oficios

indignos, contar con veinticinco años de edad (treinta en época republicana), vivir en el municipio o en un radio máximo de una milla romana (1.481 m) y tener un nivel de riqueza determinado, que podía oscilar entre los cien mil y veinte mil sestercios, según la importancia de la ciudad, aunque la promoción al orden decurional no dependía únicamente de la riqueza, sino de otros factores como el prestigio de la familia, las actuaciones de los individuos y sus liberalidades (Langhammer 1973, 191-195; Mackie 1983, 55-57; Alföldy 1987, 175; Curchin 1990, 27). La condición de decurión era vitalicia, pero podía perderse por recibir una acusación de indignidad o por perder el censo exigido para acceder al *ordo decurionum*. Pese a que el rango de decurión no era hereditario, los descendientes varones de los miembros de los senados locales, al heredar la fortuna y la posición social de sus padres, solían reemplazarlos en el gobierno de sus ciudades; de hecho, ya antes de cumplir la edad legal para ingresar en las curias se les permitía acudir a las reuniones del senado como *praetextati*, en calidad de oyentes, sin voz ni voto. Igualmente, hemos de señalar que de este grupo social salían los candidatos al desempeño de las magistraturas y sacerdocios municipales.

Los decuriones se distinguían externamente por unas insignias que marcaban su estatus (*ornamenta decurionalia*) y gozaban de una serie de privilegios derivados de su rango: tenían reservados asientos en la primera fila de los edificios de espectáculos, como se refleja en el capítulo 127 de la *Lex Vrsonensis*, que indica que solo ellos, junto con los senadores y magistrados del pueblo romano, podían presenciar los juegos escénicos desde la *orchestra* del teatro; disfrutaban de agua corriente gratuita en sus casas y participaban en *cenae* (banquetes reservados a los decuriones) pagadas por el municipio, como se señala en el capítulo 92 de la *Lex Irnitana*, donde se alude a la organización de *epula* para el *populus* y de *cenae* para los decuriones. Por otra parte, como los otros grupos de *honestiores* (senadores y caballeros), los decuriones recibieron un tratamiento privilegiado por parte de la ley, recibiendo penas menos duras que los *humiliores* cuando cometían delitos graves (destierro, confinamiento o confiscación de bienes en sustitución de la pena de muerte), estando exentos de castigos corporales y no pudiendo ser sometidos a tortura ni condenados a trabajar en las minas (Garnsey/Saller 1990, 141-142).

Las oligarquías municipales estuvieron formadas por los decuriones y sus familias, junto con algunos miembros del orden ecuestre (*equites*) que habían salido de las filas del *ordo decurionum* y que, generalmente, se limitaron a desempeñar algún puesto de oficial en el ejército, para después regresar a sus ciudades, ya que no pudieron o no quisieron continuar progresando en el servicio de la administración imperial. Con frecuencia, miembros de distinguidas familias decurio-

nales que aspiraban culminar sus carreras públicas con la obtención del *equus publicus*, recibieron el nombramiento de *eques* como un honor y se conformaron con ostentar su nuevo rango, que los colocaba socialmente por encima de sus antiguos colegas del *ordo decurionum*, sin asumir cargo alguno del *cursus honorum equester* (Rodríguez Neila 1981, 77-78, 92, 115; Caballos 1999, 134).

Un régimen de notables

Junto a las manifestaciones externas de la cultura romana, las elites hispanas adoptaron una serie de valores y de conductas sociales característicos de la sociedad romana como la *filotimia*, o deseo de obtención de gloria y honores; el afán por perpetuar la memoria individual y familiar en sus comunidades cívicas mediante inscripciones y estatuas que recordasen los méritos de los honrados, lo que contribuía a mantener la preeminencia social de determinadas *gentes*; el concepto de *existimatio* (estima, reputación), que dependía de los atributos personales y de los logros obtenidos por cada individuo en la vida pública, así como del prestigio familiar acumulado durante generaciones; o la *honoris aemulatio*, que llevaba a las familias de notables a competir entre ellas por el desempeño de magistraturas y sacerdocios, ya que estos cargos proporcionaban gloria y honor a quienes los detentaban, permitiéndoles mantener y acrecentar tanto el prestigio como el estatus heredado de sus ancestros.

Otro elemento ideológico que se manifiesta de forma constante entre las elites municipales durante el Alto Imperio fue la fidelidad al régimen establecido por el *Princeps* y la defensa de los valores y creencias que sustentaban al sistema, especialmente, del culto imperial y de la religión oficial romana, que actuaban como aglutinadores de todos los pueblos y regiones en los que imperaba la *pax* romana. Con la llegada del Imperio, las elites hispanorromanas lograron alcanzar la ciudadanía romana; comenzaron a disfrutar de un amplio periodo de paz y orden que les garantizaba el mantenimiento de sus fortunas, de su estatus social y el control político de sus comunidades cívicas; se les permitió satisfacer sus deseos de honor y gloria detentando magistraturas y sacerdocios locales o provinciales que, en determinadas circunstancias, podían convertirse en la vía de acceso al orden ecuestre; y, además, se beneficiaron de la política económica impulsada por el gobierno imperial, que necesitaba estimular la producción y el comercio con el fin de abastecer a Roma y al ejército. Todos estos beneficios convirtieron a las aristocracias locales en firmes defensoras de Roma y del sistema imperial, como podemos ver claramente en los programas monumentalizadores y escultóricos que desarrollaron en sus ciudades, en los que la dedicación

de templos y estatuas a divinidades grecorromanas y a miembros de la casa imperial ocupan un lugar muy destacado (Melchor 2001, 167-168). A cambio de mantener esta situación de privilegio, las oligarquías locales tuvieron que hacerse cargo de la administración municipal y asumir en sus ciudades una serie de funciones que en Roma eran realizadas por el emperador. Concretamente, nos referimos a la inversión de parte de su riqueza en ayudar a financiar los gastos generados por el desarrollo de la vida municipal (pago de *summa honoraria*, de programas de monumentalización de sus ciudades, de deudas públicas, etc.) y en ofrecer periódicamente y de forma gratuita, a la plebe, determinados dones y servicios (espectáculos, banquetes, distribuciones de dinero o comida, acceso gratuito a las termas, etc.), con lo que garantizaban su tranquilidad y hacían posible la paz y el consenso social a nivel municipal.

Serán estos valores e intereses, así como los deseos de controlar el poder político en sus comunidades cívicas y de promocionar a alguno de los *ordines* superiores, los que determinarán que, desde fines de la República y, especialmente, durante el Alto Imperio, las familias más destacadas de las diferentes ciudades hispanas, por su riqueza o por su influencia social y política, se impliquen notablemente en el gobierno de los municipios y colonias, así como en el desarrollo de la vida pública municipal, buscando de esta forma obtener gloria y honor. Estas familias lograron alcanzar un prestigio y una *dignitas* que se fue formando durante generaciones gracias al desempeño continuado de magistraturas y sacerdocios en sus comunidades, pero este prestigio debía ser mantenido y acrecentado por las nuevas generaciones familiares, lo que generó una continua competencia entre los miembros de las elites municipales por acceder a los cargos públicos.

Junto al desempeño de magistraturas y sacerdocios, otro de los medios que utilizaron las elites municipales para adquirir honor fue la realización de donaciones a la comunidad cívica, pues gracias a ellas acrecentaban su prestigio ante sus conciudadanos y obtenían el reconocimiento público de su generosidad, que solía plasmarse en epígrafes y monumentos honoríficos. La erección de estatuas y de epígrafes en los que se concedían diversos honores a destacados ciudadanos acrecentaba la *existimatio* del homenajeado, la de los demás miembros de su familia y la de sus descendientes, quienes podrían utilizar el prestigio familiar adquirido a la hora de iniciar sus carreras políticas. Los servicios prestados a la *res publica*, la realización de donaciones y la acumulación de honores fueron configurando una imagen pública de determinadas *gentes* locales que pervivió en la memoria colectiva de las comunidades cívicas, y que sirvió para que aquéllas se perpetuasen en los órganos de gobierno de sus ciudades, manteniendo así su poder y alto estatus durante varias generacio-

nes. Los descendientes de las más destacadas familias municipales, al igual que habían hecho en Roma los miembros de la *nobilitas*, legitimaron sus aspiraciones de gobierno de sus comunidades apelando a los méritos acumulados por sus antepasados, que podían ser evocados en la competencia política que anualmente se desarrollaba por la obtención de las magistraturas y sacerdocios ciudadanos. Tales méritos, que permanecían vivos en la memoria cívica, también eran visibles para el *populus* en los grupos estatuarios gentilicios de carácter honorífico o en los epígrafes monumentales que conmemoraban la donación de determinados edificios públicos, e incluso podían ser recordados en determinadas ceremonias como la *laudatio funebris* (elogio fúnebre), que tenía lugar en los funerales de destacados ciudadanos pertenecientes a las oligarquías locales. En una sociedad como la romana, donde no existió una nobleza de sangre que justificase el predominio político de determinados grupos sociales, la memoria pública del pasado fue el instrumento utilizado por las elites para mantener su estatus y para controlar el poder en sus respectivas comunidades cívicas. De esta forma se configuró un «régimen de los notables» (Veyne 1976, 110-114), en el que las familias más importantes, más ricas y con mayor prestigio dentro de cada comunidad ciudadana, lograron controlar el poder político durante varias generaciones, ocupando las magistraturas, los sacerdocios y los puestos existentes en las curias o senados locales.

Las elites municipales no solo detentaron el poder político en sus comunidades, sino también el económico. La base de su riqueza fue la propiedad de tierras, aunque también recurrieron a otras fuentes de ingresos, como el arrendamiento de inmuebles urbanos, la obtención de contratos para efectuar obras públicas, la realización de préstamos de dinero o creando en sus *fundi* talleres cerámicos y de fabricación de materiales de construcción. La epigrafía anfórica nos muestra a diferentes notables locales de la Bética que estuvieron implicados en la producción de aceite de oliva, y los *tituli picti* rotulados sobre las ánforas nos confirman que algunos de ellos, o sus familiares, también se implicaron en su comercialización (Chic 1988, 2001; Melchor 1993-1994; Haley 2003; Remesal 2004). Es el caso de *C. Iuventius Albinus*, edil, duunviro y patrono de *Axati* (CIL, II, 1054); de *L. Aelius Aelianus*, duunviro y evergeta de *Naeua* (CIL, II, 1191); de *M. Cassius Caecilianus*, flamen y evergeta de *Italica* (CILA, 2, 343), o de *Q. Fulvius Carisianus*, pontífice y patrono de *Arua* (CIL, II, 1064). Igualmente, en la *Hispania Citerior* encontramos a miembros de la oligarquía municipal que fueron dueños de predios rústicos dedicados a la elaboración de vino layetano, como es el caso de la *gens Pedania*, que aportó varios magistrados y sacerdotes a la colonia de *Barcino*, o la *Licinia*, que posteriormente promovió al *ordo senatorius* (Rodà et al. 2005 y

2007; Berni *et al.* 2005). Otros miembros de las elites hispanas obtuvieron ingresos de la producción de salazones y salsas de pescado, como el *flamen* provincial de la Bética *C. Aemilius Niger* que debió poseer una factoría en *Sexi*; de la fabricación y comercialización de *terra sigillata*, como *T. Mamilius Praesens*, magistrado en *Tritium Magallum* y *flamen* provincial de la *Hispania Citerior*; de la explotación de minas y canteras, como el duunviro y *eques* de *Corduba* *T. Mercello Persinus Marius*; o del transporte fluvial y portuario, como pudo ser el caso de *M. Iulius Marcellus*, edil y duunviro de *Mirobriga* (Étienne 1999; Espinosa 1988; Ventura 1999, 69-72; Edmonson 1987, 154-155). Todas estas actividades permitieron que algunos de ellos alcanzasen el censo de riqueza del orden ecuestre.

Como ya hemos señalado, la propiedad de la tierra fue la tradicional fuente de riqueza de las elites decurionales, pues la agricultura era considerada el medio más seguro y honorable para invertir. Conocemos a diferentes magistrados y sacerdotes hispanos que fueron propietarios de *fundi*, en los que frecuentemente fueron enterrados, erigieron monumentos funerarios e incluso recibieron homenajes estatuarios (Melchor 2006a). En otros casos, la epigrafía nos informa de la existencia de caminos privados que atravesaban las propiedades rústicas de importantes familias, como los *Baebii* de *Saguntum* (*CIL*, II²/14, 275); o de evergetas que donaron grandes cantidades de cereal a sus ciudades, que, en época de escasez, solo pudieron salir de las fincas y almacenes que estos poseyesen (*CIL*, II²/5, 457, de *Vcubi*). Todos estos testimonios ponen de manifiesto la existencia de una oligarquía municipal terrateniente que controló también la vida política de las comunidades cívicas hispanas y explican la existencia, en las leyes municipales, de normas que permitían suspender hasta treinta días al año las reuniones del senado —en tiempos de cosecha y recolección—, para que de esta forma los decuriones pudiesen atender sus posesiones en los periodos de máxima actividad agrícola (*Lex Irn.* 49).

Entre las elites decurionales existieron importantes diferencias de riqueza y estatus. Dentro de los senados de cada ciudad encontramos decuriones y familias que formaban un grupo selecto de reconocido prestigio, que contaban con influencias y apoyos dentro del *ordo* para controlar el acceso al duunvirato de otros candidatos, que a lo largo de su vida política obtenían los mayores honores dentro de su comunidad (reiteración de magistraturas, concesión de honras fúnebres, etc.), y que en materia económica debían de poseer amplios patrimonios territoriales o importantes fortunas personales (Rodríguez Neila 1999, 60). Estas familias formaban la «crema» dentro de la elite decurional; su número era bastante reducido y sus miembros se esforzaban por perpetuar su posición social preeminente dentro de la vida política local ganándose el favor del *populus* y estableciendo complejas redes sociales que

reforzasen las posibilidades de sus miembros de mantenerse en el poder, mediante alianzas matrimoniales, adopciones o relaciones de *amicitia* y patronazgo.

La tendencia de esta *nobilitas* municipal a transmitir a sus descendientes el control del poder político en sus comunidades cívicas se pone claramente de manifiesto simplemente con analizar los *alba* decurionales (listados de decuriones organizados según rango) de *Canusium* (Apulia) o *Thamugadi* (Numidia). En la primera ciudad, dos tercios de los decuriones eran miembros de una *gens* representada por, al menos, dos personas en el *ordo*, y veintisiete magistrados son asociables por el gentilicio con otros miembros del senado local que también detentaron magistraturas; en la segunda, la media de decuriones por familia era de 2,3, encontrándonos con once familias a las que pertenecían 56 de los 108 decuriones de los que se ha conservado su gentilicio (Jacques 1984, 517 y 521). Igualmente, podemos apreciarla en ciudades hispanas de tipo mediano o pequeño, como *Saguntum*, *Aeso*, *Vlia* o *Munigua*. En estas comunidades cívicas, la epigrafía nos permite constatar la existencia de un reducido y selecto grupo de familias que lograron ejercer un importante control sobre la vida pública municipal, ya que sus miembros desempeñaron las principales magistraturas y sacerdocios durante varias generaciones, recibieron importantes homenajes públicos, concedidos por las curias o el *populus*, realizaron importantes donaciones y se esforzaron por establecer alianzas familiares con otras destacadas *gentes* para así mantener su posición preeminente dentro de sus comunidades. No obstante, este fenómeno no se dio tan abiertamente en las ciudades costeras o en las capitales administrativas como *Barcino*, *Tarraco* o *Corduba*, pues tales ciudades ejercieron como centros de atracción donde acudían miembros de las elites municipales de poblaciones «secundarias», para integrarse en su vida política o para obtener el desempeño del flaminado provincial (Alföldy 1984; Fabre/Mayer/Rodà 1990; Melchor 2006b).

Pese a todo lo comentado, el *ordo decurionum* no fue un estamento local totalmente cerrado y nuevas familias podían entrar en él si reunían los requisitos oficialmente exigidos. Hemos de tener en cuenta que la promoción de algunos decuriones al orden ecuestre o la extinción de determinadas familias decurionales dejaba vacantes en los *ordines decurionum* que eran cubiertas por *homines noui*, generalmente, descendientes de libertos o *ingenui* que habían logrado alcanzar cierto nivel patrimonial. Los libertos que lograron enriquecerse con el desarrollo de determinadas actividades económicas, como el comercio, la banca o la artesanía, no podían ingresar en las curias o senados locales ni acceder a las magistraturas a causa de su origen servil. Ellos buscaron mejorar su estatus reinvertiendo buena parte de su patrimonio en la compra de propiedades fundiarias, dado que la explotación de la tierra era con-

siderada una actividad económica digna y acorde con la forma de vida de las elites. Igualmente, buscaron obtener prestigio invirtiendo también en la realización de actos de munificencia cívica, que les permitiesen obtener reconocimiento popular o ser recompensados por los senados locales con la concesión de honores o con la designación para desempeñar el *sevirato* augustal, único sacerdocio al que podían acceder por su origen *servil*. Al asumir este sacerdocio del culto imperial, los libertos podían ofrecer juegos públicos y acceder a dignidades muy similares a las de los *decuriones*, como vestir la toga *praetexta*, ocupar un asiento de honor en los edificios de espectáculos, ser atendidos por los esclavos públicos y presidir ceremonias religiosas. Entre los honores más ambicionados por los libertos se encontraban los *ornamenta decurionalia*, distinción que les permitía disfrutar de las insignias externas y de los privilegios reservados a los *decuriones* (Serrano Delgado 1988, 97-134, 208-220). De esta forma mejoraban su posición social y preparaban el acceso de sus descendientes, que carecían del estigma *servil*, a los senados locales y a la carrera de los honores. Aunque se conocen ejemplos de hijos de libertos que lograron pasar a formar parte de las aristocracias municipales y desempeñar magistraturas (*CIL*, II, 3708, de *Mago*; 4524 y 4527, de *Barcino*), parece que su integración no fue tan rápida como generalmente se había admitido, y que la primera generación descendiente de libertos raramente logró entrar en las *curias* locales; siendo la segunda la que lo consiguió con más facilidad y la tercera la que tuvo más posibilidades de ocupar las magistraturas de su ciudad, siempre que hubiera mantenido un notable potencial económico e invirtiese parte de él en la realización de donaciones (Serrano Delgado 1988, 201; Demougin 1994). También fueron frecuentes los casos de *ingenui* (hombres libres por nacimiento) enriquecidos, que promocionaron, ellos mismos o sus hijos, al orden *decurional*. En Italia, podemos destacar el testimonio de *A. Vmbrius Scaurus*, miembro de una familia de fabricantes de *garum*, que logró ocupar el *duunvirato* en Pompeya y ser honrado por el *ordo* tras su muerte, con la concesión de un lugar de sepultura, con el pago de los gastos del funeral y con una estatua ecuestre (*CIL*, X, 1024). En Hispania, un caso similar pudo ser el del cordobés *L. Lucretius Seuerus* que, tras establecerse en *Axati* (Lora del Río) como *incolae* (residente), probablemente para desarrollar actividades económicas, logró ser nombrado *decurión* en la ciudad que lo había acogido (*CIL*, II, 1055).

Elites y evergetismo

El mecenazgo cívico o evergetismo debe entenderse como un comportamiento social característico de las elites urbanas grecorromanas consistente en reali-

zar donaciones a la comunidad cívica (Veyne 1976, 9). Esta conducta social desarrollada por los notables no se concibe fuera del marco político-administrativo autónomo que constituye la ciudad grecorromana, donde los ciudadanos podían obtener prestigio, gloria y honor, a cambio de invertir parte de su riqueza en ayudar a financiar los gastos generados por el desarrollo de la vida cívica (Jacques 1984, 688).

El evergetismo no existió en Occidente antes de la conquista de Roma. Como conducta social importada por los colonizadores romanos e itálicos comenzó a desarrollarse en Hispania tras la implantación de la estructura social, de las formas de explotación económica y de los modos de vida romanos. Para que la munificencia cívica comenzase a desarrollarse se necesitaba la presencia de elites romanizadas deseosas de promocionarse y de recibir honores, así como el establecimiento de gobiernos locales, que canalizasen las aspiraciones de promoción de los notables, que «premiasen» su munificencia con la emisión de decretos honoríficos y que tuviesen poder y responsabilidad para aceptar donaciones y para administrarlas. También era necesario que las elites locales hubieran asumido una serie de valores y de conductas sociales característicos de la sociedad romana que actuaron generalmente como estimuladores de las conductas evergéticas: nos referimos a los ya mencionados deseos de obtener honor y gloria (*filotimia*), de acrecentar la estima o reputación personal y familiar, o de perpetuar la memoria en la comunidad cívica, así como al interés por controlar la vida política municipal, por ocupar magistraturas y sacerdocios, o por obtener una promoción social (Melchor 1994, 187-189).

Igualmente, la generalización del sistema de administración municipal romano fue fundamental para el desarrollo de las conductas munificentes, pues posibilitó la creación de comunidades autónomas donde un ciudadano podía aspirar a promocionarse desempeñando cargos políticos o religiosos, así como alcanzar reconocimiento y prestigio social ante sus conciudadanos. Dentro del marco municipal, uno de los instrumentos de promoción empleados va a ser el evergetismo. Esto explica que las conductas munificentes se desarrollen generalmente en colonias o municipios. Ocasionalmente, podemos encontrar actos evergéticos en *ciuitates stipendiariae*, aunque generalmente fueron desarrollados por personas de origen itálico o por indígenas romanizados: así, en el *oppidum* de La Rambla (Córdoba) dos magistrados premunicipales financiaron *de sua pecunia* (con su dinero) la construcción de una puerta de la muralla (*CIL*, II²/5, 521) o en la *Ciuitas Igaeditanorum* un ciudadano de *Emerita* donó un *orarium* o reloj (*HEp*2, 770).

Tradicionalmente se distinguen dos tipos de evergetismo: uno «político», ligado al desempeño de magistraturas y sacerdocios, así como a la realización de promesas electorales (*ob honorem*); y otro «privado»

(*ob liberalitatem*), que surgiría del deseo de ostentación de los notables (Viene 1976, 20-21 y 281-283); no obstante, uno y otro son manifestaciones de los mismos grupos sociales y responden a la misma motivación: permiten a las aristocracias municipales controlar la vida política de sus comunidades, afirmar su preeminente posición social y ganarse el afecto de los conciudadanos, con el fin de poder perpetuarse en los órganos de gobierno que controlaban la vida pública municipal. Si analizamos la documentación epigráfica conservada en diferentes municipios hispanos de tamaño mediano (*Saguntum*, *Obulco*, *Castulo*, etc.) o pequeño (*Munigua*, *Labitolosa*, etc.), podemos apreciar como un número reducido de familias son las que asumieron magistraturas y sacerdocios, las que recibieron honores municipales y las que realizaron actos de evergetismo. Estas aristocracias municipales no hicieron muchas de sus donaciones condicionadas por la inmediatez de unas elecciones, pues conocemos numerosos casos en que los actos de evergetismo fueron realizados al culminar las carreras políticas personales, en agradecimiento a los honores recibidos de sus comunidades cívicas. Las donaciones realizadas por las elites municipales se irían acumulando en la memoria colectiva y permitirían que determinadas familias pudiesen mantener su poder y prestigio en sus comunidades durante varias generaciones, pues esta memoria cívica sería aprovechada por los miembros de las familias de notables para obtener el apoyo popular en los comicios electorales que anualmente se celebraban (Melchor 2001, 160-162). Pese a lo señalado, en determinadas circunstancias, cuando la competencia electoral fuese muy fuerte o en el caso de que alguno de los candidatos fuese un *homo nouus*, se recurrió a la realización de promesas electorales (*ob honorem*), que serían de obligado cumplimiento para quienes, tras haberlas hecho, saliesen elegidos en los comicios como magistrados o sacerdotes (Dig. 50, 12, 1, 1).

El evergetismo permitió a las aristocracias locales legitimar el control que ejercían sobre el gobierno de sus ciudades, pues el mecenazgo cívico era uno de los deberes que las clases superiores tenían con su comunidad y a los políticos se les exigió que fuesen benefactores. De esta forma se facilitaba a unas pocas familias el control político del municipio o colonia, pues solo los ricos podían aspirar a ingresar en el *ordo decurionum*, principal órgano de gobierno de la ciudad, y a ocupar las magistraturas y sacerdocios ciudadanos.

a) Contribución de los evergetas a la financiación de la vida municipal

Como consecuencia de la colonización y de la municipalización, en Hispania se había creado una extensa red de ciudades a las que se había dotado de unas fuentes de financiación para que pudiesen hacer frente

a los costes generados por el desarrollo de la vida urbana. Las imposiciones directas fueron escasas y de carácter extraordinario en los municipios romanos. Buena parte de los ingresos de las ciudades procedían de las rentas proporcionadas por el alquiler de las tierras (*agri uectigales*) y edificios públicos (termas, tiendas, almacenes, etc.), de las tasas exigidas por la realización de actividades comerciales y artesanales en la ciudad, de la explotación de los monopolios municipales y de las *summae honorariae*, cantidades de dinero que debían entregar obligatoriamente al tesoro público municipal todas las personas que accediesen a una magistratura, sacerdocio o al senado local. También hemos de incluir como fuentes de financiación municipal el dinero recaudado por el pago de multas y los capitales donados por particulares al municipio (Rodríguez Neila 2003, 111-191; Melchor 2003, 199-226).

Con sus ingresos, los municipios tuvieron que pagar los gastos generados por la administración, entre los que podemos destacar los sueldos de empleados o subalternos, el mantenimiento de esclavos públicos y los costes de las legaciones. Igualmente, tuvieron que asumir la organización de ceremonias religiosas, de *ludi*, de banquetes públicos y debieron afrontar los costes derivados de la urbanización y monumentalización de la ciudad (*Lex Vrs.* 62; *Lex Irr.* 79). Las ciudades necesitaron cubrir parte de sus necesidades, especialmente las lúdicas y edilicias, con aportaciones de las elites municipales, quienes al pagar las *summae honorariae* y al realizar numerosas donaciones, contribuyeron a la financiación de la costosa vida municipal. Los evergetas también asumieron servicios que los municipios no ofrecían generalmente a sus administrados, como distribuciones de dinero y alimentos, entrada gratuita a los baños, etc. Incluso, en determinadas ocasiones en que los municipios fueron incapaces de solucionar problemas acuciantes, como el abastecimiento de grano, fue el evergetismo el que logró hacerles frente, convirtiéndose en la principal protección del pueblo contra la adversidad.

El modelo romano de ciudad fue organizado, pues, contando con la ayuda de las elites municipales, a las que Roma y el *Princeps* habían concedido importantes beneficios, tal como hemos explicado más arriba. Gracias al evergetismo de los notables locales y a sus contribuciones obligatorias, como el pago de la *summa honoraria*, pudo difundirse por Occidente el modelo romano de ciudad en el que se intentaba mantener un elevado y confortable nivel de vida que posibilitase la paz y el consenso social dentro de las numerosas comunidades cívicas existentes.

b) Tipos de actos evergéticos atestiguados

Pasemos ahora a analizar las principales actividades evergéticas que se desarrollaron en las diferentes comu-

nidades cívicas de Hispania, agrupándolas según los servicios que cubrieron dentro de la vida municipal.

1. *Evergetismo annonario*

Asegurar el abastecimiento de trigo a las ciudades y mantener su precio a un nivel asequible para el pueblo era fundamental, pues la falta de grano o su carestía podía ocasionar revueltas de la plebe urbana. Generalmente, los municipios contaron con servicios annonarios encargados del aprovisionamiento de trigo a la ciudad, que eran dirigidos por los ediles. No obstante, en casos de escasez de grano, destacados ciudadanos pudieron ayudar aportando dinero para comprar cereal, como ocurrió en *Pax Iulia*, donde la plebe homenajeó a un notable local por haber auxiliado a la *annona* con numerario (*CIL*, II, 53). En otras ocasiones, los evergetas colaboraron realizando distribuciones gratuitas de grano a la población (*CIL*, II, 2044, de *Anticaria*), entregando cereal a la *annona* local o prestándolo (*CIL*, II, 1573, de *Ipsca*), para así lograr bajar su precio. En Hispania todas las donaciones frumentarias fueron realizadas por notables locales que vivían y tenían sus propiedades en los lugares donde se producía la falta de cereal, por lo que suponemos tendrían facilidad para conseguirlo de sus propias reservas. *Lucius Valerius Faentinus*, decurión de rango duunvirilicio, que socorrió a los habitantes de *Aeso* (Isona, Lérida) con la compra de grano (*CIL*, II, 4468 = *IRC* II, 32), pertenecía a una familia que tenía extensas propiedades en la región, como nos lo confirma la inscripción *CIL*, II, 4125 = *RIT*, 143 de *Tarraco*, en que se hace referencia a un pleito entre *Valeria Faentina* y los *compagani riui Lauarensis*, quienes habían ocupado parte de sus propiedades.

El temor a revueltas de la plebe debió de ser un poderoso incentivo para que los grandes propietarios de tierras entregasen cereal en los momentos de necesidad, pues eran ellos mismos los que solían crear la falta de trigo y su carestía al atesorarlo con fines especulativos (Garnsey 1988, 83, 257). A modo de ejemplo, recordemos que un evergeta de *Ipsca* donó trigo por valor de ciento cincuenta mil denarios en la segunda mitad del siglo II o en el III d.C. (*CIL*, II, 1573), hecho que muestra la gran cantidad de cereal que podían tener almacenado en sus propiedades algunos miembros de las elites municipales de la Bética, así como su capacidad para solventar los problemas de abastecimiento de las *annonae* locales.

2. *Subvenciones para la alimentación y la higiene*

Distribuciones y banquetes fueron frecuentemente organizados por munificentes ciudadanos debido a diferentes motivos:

- Acompañaban la dedicación de estatuas, edificios o altares que habían sido donados por los mismos evergetas o la erección de inscripciones honoríficas en las que se recordaba a destacados ciudadanos.

De esta forma, los evergetas se aseguraban la asistencia de abundante público a actos en los que se exaltaba su figura y que contribuían a dar prestigio a su familia. En este contexto, los banquetes (*epulae*, *cenae* y *uiscerationes*) y las distribuciones de dinero (*sportulae*) servían para destacar la posición social que ocupaban los evergetas en su comunidad, así como para acrecentar el prestigio del donante y de su familia. Numerosos epígrafes señalan la estrecha relación existente entre la *dedicatio* y la organización de distribuciones. Así, por ejemplo, una inscripción de *Murgi* nos muestra al séviro *L. Aemilius Daphnus* organizando una *sportula* y un *epulum* para celebrar la donación a su cargo de unas termas (*CIL*, II, 5489).

- Permitían mantener en la memoria colectiva el recuerdo de personas difuntas. La organización de distribuciones y banquetes era un medio de recordar colectivamente a miembros de la comunidad fallecidos y de perpetuar su memoria con la participación de la comunidad en tales actos. Frecuentemente, miembros de las elites municipales recurrieron a establecer fundaciones destinadas a perpetuar su memoria mediante la organización periódica de actos públicos como espectáculos, banquetes y distribuciones de dinero (*CIL*, II, 3415, 4514, 5941). Estos actos solían celebrarse el *dies natalis* (cumpleaños) del fundador y la distribución gratuita de comida o dinero garantizaba la asistencia de buena parte de la ciudadanía. De esta forma, la persona que establecía una fundación permanecía viva en el recuerdo de la comunidad cívica, asegurándose la única forma conocida de inmortalidad.
- Eran dados por los miembros de las elites municipales para celebrar acontecimientos destacados de su vida familiar, como el matrimonio y la toma de la toga viril, o para conmemorar y agradecer los éxitos obtenidos en la vida pública, como la concesión de *honores* o la designación para ocupar magistraturas y sacerdocios locales (*CIL*, II, 13, 2100, o 5514).

La costumbre de celebrar *epula* o banquetes públicos arraigó con fuerza en las ciudades del Occidente romano, alcanzando especial desarrollo en las provincias del norte de África y en la Bética. Además del *epulum* o banquete, existieron otros tipos de distribuciones, como el *crustulum et mulsum*, que era un reparto de una pasta crujiente y de vino mezclado con miel; el *panis et uinum*, que consistía en una donación de pan y vino que completaba a un reparto de dinero; las *uiscerationes* o banquetes en los que se comía carne, y las *cenae* o banquetes, restringidos a los decuriones y a algún liberto rico al que se le concedía el honor de poder participar en ellos.

La epigrafía hispana nos ofrece muy poca información sobre los aspectos organizativos de los banquetes.

Dos epígrafes de *Naeua* nos indican que *Lucius Aelius Aelianus* y su esposa organizaron un *epulum* para celebrar la dedicación de un conjunto de estatuas destinadas a decorar los pórticos de la ciudad. El banquete pudo darse en el foro —desde donde se contemplarían las nuevas estatuas—, que estaría entoldado y presentaría el suelo ornamentado con espejuelo triturado (*HEp*8, 396). Los costes de los *epula* debieron de ser muy variados, como nos muestra la epigrafía italiana, donde encontramos banquetes con precios comprendidos entre 84.000 y 200 sestercios. El precio de cada *epulum* dependería del número de comensales y del menú ofrecido. En las inscripciones donde se indica cuánto dinero se empleó en dar de comer a cada invitado encontramos variaciones que oscilan entre dos y treinta sestercios, aunque las sumas más frecuentemente gastadas por persona fueron las comprendidas entre cuatro y ocho sestercios (Duncan-Jones 1974, 201-203; Donahue 2004, 142-143).

Las *sportulae* o distribuciones de dinero a los ciudadanos estuvieron vinculadas en sus orígenes a los banquetes públicos organizados por particulares en la Roma republicana. La dificultad de organizar tales *epula* pudo imponer en determinadas ocasiones una simplificación de las costumbres, pasándose a repartir la comida en *sportellae* o canastillas que se llevarían los invitados. Posteriormente, los alimentos fueron reemplazados por la entrega de una suma de dinero que permitiese a cada beneficiario la adquisición individual de la comida.

Las distribuciones se efectuaban en momentos concretos del día y solo los presentes tenían derecho a ellas. Este requisito aparece claramente establecido en una fundación de *Barcino* (*CIL*, II, 4511 = *IRC* IV, 33), donde se indica que solo los decuriones y augustales presentes recibirían la *sportula*. Si los 5.000 sestercios destinados al reparto anual no eran gastados en su totalidad por falta de asistencia, estaba previsto que el capital sobrante fuese distribuido entre los decuriones y augustales presentes. Tales disposiciones debieron de establecerse no para limitar el gasto, sino con el fin de que la población acudiese a ceremonias de diverso tipo donde el donante y su familia adquirían prestigio, o en las que se recordaba a miembros destacados de la comunidad, lo que permitía la constitución de una memoria cívica que contribuía a autoperpetuar a los evergetas en el poder.

El coste total de una *sportula* variaría en función de los grupos de beneficiarios y de las cantidades asignadas, aunque frecuentemente alcanzaba los 5.000 sestercios (Mrozek 1987, 79). Un buen ejemplo lo encontramos en *Barcino*, donde *L. Minicius Natalis* dejó un capital de 100.000 sestercios, que, colocados a un interés del 5%, proporcionaban anualmente unas rentas de 5.000 sestercios, los cuales debían ser empleados en organizar anualmente una *sportula* (*CIL*,

II, 4511 = *IRC* IV, 33). La cantidad de numerario a distribuir, por persona, en una *sportula* podía ser muy variable, aunque la suma más frecuentemente repartida en Hispania fue de cuatro sestercios. Además, las cantidades de dinero a entregar no siempre eran homogéneas, pues podían variar según el estatus social de los beneficiarios y según la voluntad del evergeta. Así, en un epígrafe de *Siarum* se indica que los decuriones recibieron tres denarios; los augustales, dos; y la plebe, uno (*CIL*, II, 1276). La epigrafía nos muestra cómo el grupo social más influyente de la ciudad era, generalmente, el más beneficiado en las distribuciones, pues los miembros del *ordo decurionum* suelen aparecer recibiendo las cantidades de dinero más altas y participando en la mayoría de las *sportulae*. Los organizadores de *sportulae* no buscaron mitigar la pobreza de las capas sociales más desfavorecidas, pues el pueblo llano siempre recibía una suma de numerario inferior a la que percibían decuriones y augustales, y en ocasiones era excluido de estas distribuciones. Así, en la mencionada fundación testamentaria de *Barcino*, se establece repartir anualmente cuatro denarios a los decuriones y tres a los augustales, mientras que el pueblo no recibe ninguna cantidad de dinero.

Otra distribución característica del mundo romano fue la de aceite para los baños y gimnasios (denominada *olea* o *gymnasia*). El aceite proporcionado por los evergetas era empleado en las termas para la realización de ejercicios físicos y en la higiene corporal. Las distribuciones gratuitas de aceite solían acompañar a otras donaciones, como la apertura gratuita de las termas (*balinea*), y ambas acostumbraban a realizarse en días que los evergetas ofrecían al pueblo espectáculos públicos. En *Lucurgentum*, un séviro ofreció juegos escénicos durante cuatro jornadas, acompañándolos con una distribución de aceite y la entrada gratuita a las termas para las mujeres (*CILA*, 2, 1209). *M. Valerius Proculinus*, duunviro de *Singilia Barba*, organizó *ludi*, ofreció a todos los habitantes del municipio aceite y financió la apertura gratuita a los baños (*CIL*, II²/5, 789); posteriormente, el día que dio a los jóvenes juegos en el teatro, proporcionó a los hombres y mujeres aceite y baños gratuitos. En Hispania, todos los repartos de *olea* y las concesiones de entrada gratuita a los baños fueron dadas los días en que se organizaban espectáculos públicos. Probablemente, los evergetas intentaron dar realce a los *ludi* proporcionando estas distribuciones y entradas gratuitas. Tales jornadas serían las más apropiadas para organizar este tipo de donaciones, ya que buena parte de la población rural del municipio se habría desplazado a la ciudad para asistir a los espectáculos.

La organización de distribuciones permitía a los evergetas obtener de un modo rápido gran popularidad y garantizarse el favor del pueblo en las elecciones municipales. De hecho, el gran efecto propagandístico que podían producir los *epula* sobre la masa

de ciudadanos con derecho a voto, determinó que los estatutos de ciudades como *Vrso* prohibiesen celebrar banquetes a aquellas personas que pensasen presentarse a una magistratura (*Lex Vrs.* 132). Sin embargo, en la realización de estas donaciones incidieron otras motivaciones, como la de acrecentar el prestigio de los evergetas y de sus familias. Este factor permitiría explicar por qué las mujeres costearon el 43% de las distribuciones hispanas. Por otra parte, la organización de fiestas era uno de los medios de legitimar el orden social existente, pues servía para manifestar el rango de los evergetas ante los demás miembros de su comunidad y favorecía la creación de una memoria cívica que revertiría política o socialmente en beneficio del donante y de su familia (Donahue 2004, 50).

3. Organización de espectáculos públicos

Las colonias creadas por Roma comenzaron a celebrar anualmente *ludi* oficiales, comparables en pequeña escala a los dados en la capital, y pronto la organización de espectáculos públicos se difundió por las provincias hispanas. En un principio, era obligatorio que los magistrados aportasen dinero para la organización anual de juegos escénicos o combates gladiatorios de cuatro días de duración, como puede deducirse de los capítulos 70 y 71 de la *Lex Vrsonensis*. No obstante, nada se indica en la *Lex Irnitana*, ni en ningún otro fragmento de ley municipal de época flavia, sobre la obligación de los magistrados de aportar sumas de dinero para organizar los *ludi* oficiales de cada comunidad cívica; probablemente porque las mismas ciudades estaban intentando sustituir tal obligación por el ingreso de una suma de dinero en las arcas municipales, la *summa honoraria* (Melchor/Rodríguez Neila 2002, 139-140). De hecho, como señala el capítulo 92 de la *Lex Irnitana*, desde el último tercio del siglo I d.C., los senados locales se encargaron de financiar los juegos oficiales de cada ciudad, aunque nada impidió a los magistrados ayudar al municipio a financiar unos *ludi* reglamentarios, complementando las cantidades destinadas a ser invertidas en la organización de espectáculos públicos.

En una inscripción de *Singilia Barba* (*CIL*, II²/5, 789), datada en el 109 d.C., el referido duunviro *M. Valerius Proculinus* hace constar que ofreció, durante el desempeño de su cargo, «juegos públicos» y durante el mismo número de días «juegos privados» (Le Roux 1987, 271-278). Los magistrados solo acostumbraban a indicar que habían financiado espectáculos públicos cuando estos eran actos evergéticos, pues en caso de ser una carga derivada del desempeño de magistraturas, tal actuación no era destacable en los epígrafes honoríficos. Por tanto, suponemos que *M. Valerius*, tras pagar la *summa honoraria*, debió de ofrecerse para asumir los costes de organización de los *ludi* reglamentarios de su municipio (*ludi publici*). Tal liberalidad fue comple-

mentada con la financiación de otros *ludi* libres (no oficiales, es decir, *ludi priuati*), con repartos de aceite para los baños, con la apertura gratuita de las termas y con la organización de juegos para jóvenes en el teatro (*lusus iuuenalis*).

En época imperial los *ludi* habían perdido su antigua dimensión religiosa y comenzaron a ser organizados libremente por ricos particulares, pues nada impedía a un evergeta ofrecer unos juegos en su ciudad. Estos actos munificentes alcanzaron gran difusión por todo el mundo romano y dieron popularidad a los individuos que los financiaron, quienes intentaron rentabilizar política y socialmente tales gastos evergéticos. Pese a lo señalado, queremos destacar que entre los magistrados hispanos no fueron los individuos que iniciaban su carrera política quienes ofrecieron los *ludi* libres, sino los que previamente habían ocupado las más altas magistraturas de las colonias y municipios. Los motivos por los que munificentes ciudadanos organizaron espectáculos fueron muy variados: en agradecimiento por haber sido designados magistrados o sacerdotes (*CIL*, II, 13, 1108, 5523); para celebrar la dedicación de una estatua a una divinidad, al emperador o a un miembro de la comunidad (*CIL*, II, 1471, 1663); al inaugurar una obra pública financiada por particulares (*CIL*, II, 1685, 3221); para recordar la memoria de una persona difunta (*CIL*, II, 4514, 3664) o para honrar a la casa imperial y a los emperadores (*CIL*, II, 1305, 5354).

La epigrafía hispana nos ofrece muy poca información sobre el nivel de los *ludi* organizados por los evergetas. Algunas inscripciones indican la duración de los espectáculos celebrados, probablemente para dejar testimonio de su categoría. Así, frente a los *ludi* organizados en un único día, encontramos otros desarrollados durante dos o cuatro jornadas (*CIL*, II, 3270, de *Castulo*; *CILA*, 2, 1209, de *Lucurgentum*). Otro indicador de la calidad de los *ludi* ofrecidos pudo ser el programa presentado. Sin duda, los que integraban varios espectáculos diferentes debían de ser mucho más valorados: en Hispania encontramos programas con *ludi scaenici et circenses* (*CIL*, II, 1663, 1685; *CIL*, II²/14, 376); con combates gladiatorios y representaciones teatrales (*CIL*, II, 5523); con naumaquias y combates de púgiles (*CIL*, II, 13).

El coste de los *ludi* debió de variar mucho en función del programa presentado y su duración. Los combates de gladiadores debieron de ser los espectáculos más caros, quizás esto explique que no encontremos en Hispania ninguna mención de *munera* de una duración superior a un día. La *Lex Vrsonensis* (70 y 71) obligaba a gastar anualmente 8.000 y 6.000 sesteracios en la organización de *ludi scaenici* o *munera* durante cuatro días. Estas cifras son muy bajas si las comparamos con los precios de los *ludi* testimoniados en Italia y en el norte de África, donde un combate gladiatorio podía costar entre 5.000 y 100.000 sesteracios por día, mien-

tras que el precio de unos juegos escénicos oscilaba entre 5.000 y 8.000 sestericios día (Duncan-Jones 1974, 104-105, 200-201). No obstante, hemos de tener en cuenta que los precios fijados por la *Lex Vrsonensis* son de la segunda mitad del siglo I a.C., mientras que los proporcionados por la epigrafía Italiana y del norte de Africa son en su mayoría del siglo II d.C. o de la primera mitad del III. Una orientación puede proporcionarla un senadoconsulto encontrado en *Italica*, donde aparecen los diferentes precios que debían de tener los combates gladiatorios en el último tercio del siglo II. Estos aparecen clasificados en cuatro categorías, que oscilan entre *munera* de 30.000 a 60.000 sestericios y *munera* de más de 150.000 sestericios (*CIL*, II, 6278, VIII, I, 27-44).

La organización de *ludi circenses* debió de ser más costosa que la de *ludi scaenici*, como parece deducirse de una inscripción de *Tucci*, donde se indica que fueron dadas representaciones teatrales por cuatro días y solo unos juegos de circo (*CIL*, II²/5, 69). Los *ludi scaenici* debieron de ser los espectáculos más baratos de entre los tradicionalmente ofrecidos, pues no habría que realizar grandes desembolsos para contratar a una compañía teatral. Su precio más asequible debió de permitir que, en ocasiones, fuesen organizados por los evergetas durante más de un día. En una inscripción de *Saguntum* se indica que un particular organizó, en el siglo II, juegos escénicos y circenses empleando 1.250 sestericios (*HEp*5, 827). En otro epígrafe de *Oducia* se indica que otro evergeta dejó, en la segunda mitad del siglo II, un capital de 100.000 sestericios para que con sus intereses (de cinco o seis mil sestericios) se organizaran anualmente representaciones teatrales (*CIL*, II²/5, 1330).

4. Financiación de obras públicas

El proceso de colonización y de municipalización desarrollado en Hispania trajo consigo la aparición de importantes programas de monumentalización en los que colaboraron activamente las elites municipales. Las viejas ciudades estipendiarias quisieron dotarse de un urbanismo acorde con su nuevo estatuto municipal y contar con templos, espacios y edificios públicos donde desarrollar la vida cívica; pero para desarrollar estos programas constructivos era necesario contar con abundantes fondos en el tesoro público o conseguir que los miembros de las aristocracias locales se implicasen en la financiación de los programas de monumentalización. Igualmente, las colonias creadas en época cesariana y augustea necesitaban dotarse de los edificios e infraestructuras característicos de toda ciudad romana.

Los recursos financieros de las ciudades eran limitados y, aunque permitían afrontar los principales gastos de la vida municipal, no podían hacer frente a los importantes programas de renovación urbana que exigían realizar, en un corto periodo de tiempo, grandes

desembolsos de carácter extraordinario. Por tanto, la acción de los evergetas fue destinada a complementar la financiación pública en materia urbanística. Ellos proporcionaron a sus comunidades cívicas una serie de edificios que, sin su ayuda, habrían tardado años en construirse. Los trabajos de R. Duncan-Jones muestran que la financiación pública cubrió el 42% de la construcción de edificios públicos en las ciudades del norte de Africa, mientras que la privada financió el 58% de estas obras (Duncan-Jones 1985, 31-33). No obstante, este porcentaje no es determinante, pues en otras poblaciones de Italia y la Galia Cisalpina, como *Pompeii* o *Brixia* (Brescia), buena parte de las obras públicas fueron financiadas con recursos propios de las ciudades (Eck 1997, 323). Hemos de tener en cuenta que los actos evergéticos tuvieron mayor «publicidad epigráfica» que las obras municipales, pues uno de los objetivos de los evergetas era hacer ostentación de sus liberalidades y, por tanto, es normal que se conserven mayor proporción de inscripciones referentes a donaciones de edificios públicos que de epígrafes que señalen la existencia de obras públicas financiadas por la comunidad cívica. Mientras no tengamos estudios más concretos que aborden el problema de la financiación de la construcción pública municipal, teniendo en cuenta el volumen total de las obras realizadas en diferentes provincias, solo podemos señalar que tanto la iniciativa municipal como la desarrollada por evergetas fueron fundamentales para afrontar la urbanización y la monumentalización de las ciudades hispanas. En Hispania, de hecho, podemos señalar, al menos, una veintena de obras públicas que fueron financiadas por diferentes comunidades cívicas: fortificaciones (*CIL*, II, 3425, 3426 y *AE*, 1975, 525, de *Carthago Noua*; *CIL*, II, 3561, de *Lucentum*; *CIL*, II²/14, 361, de *Saguntum*; *IRC*, IV, 57, de *Barcino*; *IRC*, I, 104, de *Iluro*), vías y puentes (*CIL*, II, 760, de Alcántara, *CIL*, II, 2478, de *Aquae Flaviae*; *CIL*, II, 2886, de las inmediaciones de *Vxama* y *Segeda*; *HAE*, 971, de Jaca; *AE*, 1985, 523, de Vila Nova de Foz Côa); obras hidráulicas (*CIL*, II, 2992, de *Caesar Augusta*; *CIL*, II, 3541, de Archena), templos (*CIL*, II, 3541, de *Lucentum*; *CIL*, II, 4202, de *Tarraco*; *CIL*, II²/7, 976, de *Regina*; *CIL*, II²/14, 656, del territorio de *Saguntum*); o baños (*CIL*, II, 4610 = *IRC* I, 141), de *Baetulo*; *CIL*, II²/7, 5354, de Villafranca de Los Barros [Badajoz]). No obstante, sí podemos afirmar que, en determinadas ocasiones, la intervención de un solo evergeta pudo modificar de manera importante el panorama urbanístico de una ciudad. Éste sería el caso de *L. Valerius Firmus*, que construyó en *Munigua* un templo, el foro de la ciudad, un pórtico, una exedra y un archivo (*CILA*, 2, 1076, 1077); o el de *C. Valerius Valerianus*, que financió en *Cisimbrium* la pavimentación del foro y de cinco templos con sus respectivas estatuas (*CIL*, II²/5, 294).

De entre todos los tipos de obras públicas costeadas por los evergetas hispanos, fueron las construcciones sacras las que recibieron mayor atención. Tal preferencia solo puede ser explicada por factores morales, como la *pietas*, e ideológicos, como el sistema de creencias religiosas. Las donaciones de edificios o espacios sagrados estaban encaminadas a asegurar a la ciudad la benevolencia divina, así como paz y prosperidad para sus habitantes. Los munificentes ciudadanos financiaron construcciones religiosas de diverso tipo (Melchor 1994, 147-151; Navarro 1997, 114-115; Andreu 2004b, 71-77): templos (*CIL*, II, 3563, de *Lucentum*; *CIL*, II, 964, de *Arucci*; *HEp*9, 585a y 585b, de *Valentia*), capillas (*CIL*, II, 1939, de *Barbesula*; *CIL*, II, 5943, de Mazarrón), áreas sacras (*CIL*, II, 3279, de *Castulo*), fuentes dedicadas a divinidades (*CIL*, II, 2419 y 2420, de *Bracara Augusta*; *CIL*, II²/5, 912, de Alameda) y recintos destinados al desarrollo del culto imperial (*CIL*, II, 3428, de *Carthago Noua*; *AE*, 1981, 504, de *Lacipo*). Entre todos ellos destacó, sin duda, *C. Cantius Modestinus*, hombre libre del que no consta el desempeño de magistratura o sacerdocio alguno, que financió la construcción de cuatro templos: dos en Idanhã-a-Velha (*HEp*2, 773; *ILER*, 2078, *Ciuitas Igaeditanorum*), uno en Bobadela (*CIL*, II, 401) y otro en Midões (*CIL*, II, 402). Probablemente, *Modestinus* tendría vínculos familiares o intereses económicos en las dos ciudades vecinas. Con su actuación, los evergetas estaban contribuyendo a difundir la religión oficial romana, que era uno de los pilares del régimen que tantos beneficios reportaba a los notables locales.

Las obras cívicas pagadas por particulares fueron muy variadas (Melchor 1994, 151-160; Navarro 1997, 113-119; Andreu 2004b, 77-93) y entre las testimoniadas por la epigrafía podemos destacar la construcción de foros, como los de *Munigua*, *Saguntum* o *Segobriga* (*CILA*, 2, 1076, 1077; *CIL*, II²/14, 374; *HEp*10, 210); murallas, como las de *Hasta Regia* y *Castulo* (*CIL*, II, 5405 y 3270); curias, como la de Peñarrubia (*CIL*, II, 3358, 3359); basílicas, como la de *Singilia Barba* (*HEp*5, 572); termas, como las de *Cartima* y *Aurgi* (*CIL*, II, 1956, 3361); edificios para espectáculos, como el teatro de *Italica* (*CILA*, 2, 382, 383), el anfiteatro de *Tarraco* (*HEp*4, 841) o el circo de *Balsa* (*CIL*, II, 5165, 5166). Para poder desarrollar algunas de estas empresas edilicias se necesitaron grandes sumas de dinero y, en ocasiones, se tuvo que recurrir a buscar una cofinanciación entre varios evergetas, quienes se encargaron de aportar los fondos necesarios para erigir tramos o partes concretas de los edificios. Así, en el circo de *Balsa* encontramos a dos munificentes ciudadanos costeados tramos de *podium* de cien pies de longitud.

Los evergetas también financiaron la construcción de obras de ingeniería (Melchor 1994, 161-165; Na-

varro 1997, 119; Andreu 2004b, 81-83), como acueductos (*CIL*, II²/7, 798, de *Mellaria*; *CIL*, II²/5, 316, de *Igabrum*), fuentes (*CIL*, II, 1478, de *Astigi*; *CIL*, II²/7, 218 y 219, de *Corduba*), vías (*CIL*, II, 3270, de *Castulo*; 3167, de *Ercauica*) y puentes (*CIL*, II, 3221, de *Oretum*; *CIL*, II, 5690, de *Legio VII*). Todas estas obras formaban parte de las infraestructuras básicas de las ciudades y eran muy costosas. Generalmente, fueron financiadas por las mismas ciudades, como la conducción de aguas de *Caesar Augusta*, o por emperadores, como los acueductos de *Corduba* y Segovia, y solo ocasionalmente fueron realizadas con aportaciones económicas de ricos particulares. Con frecuencia, las mismas ciudades pudieron pedir a munificentes ciudadanos que asumiesen los costes de realización de estas obras, como ocurrió en *Oretum*, donde *P. Baebius Venustus* pagó la construcción de un puente a petición de los decuriones y del pueblo (*CIL*, II, 3221).

5. Ornato urbano: donaciones de estatuas

La donación de estatuas es el acto de evergetismo que más veces tenemos atestiguado en Hispania. Los senados locales, conscientes del valor ornamental de estas donaciones, autorizaban a los particulares a colocar estatuas en lugares públicos. Con el paso del tiempo, en las ciudades se crearon programas iconográficos en los que quedaba reflejado el orden estatal: estos estaban presididos por los emperadores, sus familias y los dioses y, tras ellos, aparecían representados los miembros de los tres *ordines* privilegiados (senadores, caballeros y decuriones).

En las ciudades, el grupo más numeroso de estatuas estaba dedicado a miembros de las elites municipales que fueron honrados, mediante decreto decurional, con la concesión de un pedestal y una escultura que los representase en un espacio público urbano. Generalmente, este honor fue respondido por la persona homenajead, o por un familiar de ésta, con la remisión del dinero necesario para levantar la estatua. Los evergetas también donaron numerosas estatuas de dioses. Su finalidad era doble: embellecer la ciudad y obtener para ella la protección de las divinidades honradas. La mayoría de estas estatuas estaban dedicadas a divinidades grecorromanas como el genio de la colonia o del municipio; los dioses y virtudes augusteos y los componentes de la Tríada Capitolina. En ocasiones estas estatuas fueron ornamentadas con joyas (*CIL*, II, 1663, 2326, etc.), lo que provocaría un notable aumento del coste de la donación. El número de estatuas de emperadores donadas por particulares es muy escaso, pues la mayoría de las estatuas dedicadas a miembros de la familia imperial fueron financiadas por ciudades, corporaciones profesionales, unidades militares y por funcionarios imperiales y, por tanto, no fueron actos munificentes atribuibles a una determinada persona o familia.

6. Financiación de deudas públicas y servicios municipales

Los evergetas también ayudaron a solventar los problemas económicos de sus ciudades donando dinero a las arcas públicas o asumiendo ellos mismos los costes generados por determinados servicios municipales.

Destacados ciudadanos pudieron pagar parte de los tributos que sus comunidades adeudaban a Roma (*CIL*, II, 1956 y 3664), legar dinero a las ciudades con el fin de dotarlas de unas rentas con las que pudiesen financiar parte de sus gastos o mantener determinados edificios públicos (*CIL*, II, 1936, 3435, 5489), afrontar con sus recursos deudas municipales (*CIL*, II, 1957) y perdonar créditos que los municipios habían contraído con ellos (*CIL*, II, 1957). Entre estas donaciones destacan los legados dejados por particulares a los municipios, pues ellos generaban unas rentas que supondrían una importante fuente auxiliar de ingresos para las arcas municipales. De los trece legados conocidos en Hispania, dos pertenecieron a *Carthago Noua* (*CIL*, II, 3415, 3435) y dos a *Barcino* (*CIL*, II, 4511, 4514 = *IRC* IV, 33, 45); por tanto, podemos suponer que algunas ciudades lograrían acumular importantes sumas de dinero procedentes de diferentes donaciones realizadas a lo largo del Alto Imperio.

Por último, otro gasto público asumido frecuentemente por generosos particulares consistió en costear las, a veces continuas, legaciones o embajadas que sus comunidades enviaban al emperador, a otras ciudades, a sus patronos o a miembros de la administración. En Hispania contamos con varios epígrafes que hacen referencia a personas que actuaron como legados de forma gratuita y que, con frecuencia, pudieron recibir como recompensa la erección de una estatua (*CIL*, II, 4201, 4208).

c) La actividad evergética de las elites municipales y de otros grupos sociales

En las ciudades hispanas fueron los decuriones, los augustales y los ciudadanos ricos quienes mayor número de donaciones realizaron. Los miembros del *ordo decurionum* aparecen financiando el 34% de las evergesías que tenemos atestiguadas. Los siguen los augustales y libertos ricos, que patrocinaron el 16% de los actos de munificencia cívica. Por debajo, y a cierta distancia, se encuentran los caballeros y senadores, quienes asumieron conjuntamente un 7% de las donaciones hispanas. Los miembros de los dos *ordines* superiores realizaron actos de munificencia cívica de forma esporádica. La desvinculación entre las elites rectoras del Imperio y sus ciudades de origen fue un fenómeno normal. Sus miembros gozaban de un prestigio que les venía dado por el propio estatus social y no necesitaban buscarlo ante sus conciudadanos. No obstante, los senadores, como notables que eran, practicaban la generosidad

hacia las comunidades cívicas en las que desarrollaban sus carreras administrativas. Entre los miembros de la clase ecuestre que realizaron evergesías encontramos dos tipos claramente diferenciados. Por un lado están los caballeros que han desempeñado altos cargos de la administración, que se suelen desvincular de sus comunidades de origen y realizan donaciones en las provincias donde han desarrollado su carrera; por otro, los *equites* que solo alcanzaron las milicias ecuestres o que renunciaron a intentar promocionar, conformándose con el prestigio y los honores que les confería el título. Los integrantes de este segundo grupo acostumbraban a participar en la vida pública municipal, se comportaban como notables locales, ocupaban magistraturas o sacerdocios, y realizaban actos de evergetismo (Melchor 1992, 469-476).

El 58% de las evergesías realizadas por miembros del *ordo decurionum* fueron financiadas por personas que habían desempeñado magistraturas o sacerdocios municipales y provinciales, hecho que no debe extrañarnos pues, como ya señalamos, las elites utilizaron el evergetismo como un medio de perpetuarse en el poder. La inmensa mayoría de los actos de munificencia cívica realizados por magistrados y sacerdotes fueron efectuados tras culminar su carrera política, confirmándonos que las donaciones sirvieron más para pagar honores que para buscarlos. De esta forma agradecerían a la comunidad los honores recibidos, aumentarían su prestigio y el de su familia, y prepararían la futura carrera política de sus descendientes.

Los libertos y augustales aparecen organizando un importante porcentaje de actos de evergetismo, pues buscaban alcanzar prestigio y la integración de sus descendientes en los senados locales. La institución del sevirato augustal, así como la concesión de honores sirvieron para integrar a los ricos libertos en la vida pública municipal (Melchor 1994, 201; Andreu 2004b, 160-165). De esta forma, las ciudades pudieron obtener nuevas fuentes de ingresos, pues los libertos tuvieron que «comprar» con donaciones y pagos de *summae honorariae* su promoción social.

Un importante número de las donaciones conocidas en todo el Imperio fueron realizadas por personas libres que no indican su posición social (el 38,5%). Sería muy tentador pensar que sectores importantes de población libre utilizaron el evergetismo como un medio de promoción social. Como ya hemos señalado anteriormente, las personas libres enriquecidas y los libertos con dinero encontraron en el evergetismo un medio para alcanzar prestigio y estatus, buscando así su propia integración o la de sus hijos y nietos en el *ordo decurionum*.

En los porcentajes de actos de evergetismo atribuidos a los miembros de los tres *ordines* privilegiados, a los libertos e ingenuos, hemos incluido las donaciones realizadas por sus esposas, hijas y hermanas. Las

mujeres, independientemente del grupo social al que perteneciesen, financiaron el 21% de las donaciones hispanas. La epigrafía nos muestra a los miembros femeninos de las elites desarrollando una importante actividad en la vida pública de sus ciudades durante el Alto Imperio, colaborando activamente en el mantenimiento y acrecentamiento del prestigio familiar mediante la realización de donaciones, la recepción de honores públicos, el desempeño de sacerdocios y la conmemoración de otros miembros de su *gens*. Las mujeres con patrimonio, al realizar actos de evergetismo, buscarían adquirir reconocimiento social y prestigio para ellas y su familia. Como no podían participar en la vida política, intentaron ejercer su influencia en favor de las carreras de sus esposos e hijos. Por tanto, al realizar donaciones estaban defendiendo los intereses de su familia y actuando como cualquier miembro masculino perteneciente a las elites municipales (Navarro 2001, 191-199).

Elites y honores públicos municipales

La participación activa en la vida pública de Roma o de cualquiera de los municipios y colonias del Imperio reportaba gloria y honor a las elites, cuyos miembros podían ver recompensada su dedicación mediante decretos honoríficos emanados del mismo Senado de Roma o de cualquiera de los *ordines decurionum* existentes en Italia y en las provincias.

Descendiendo al ámbito municipal, podemos señalar que –como se ha dicho– la *filotimia*, o deseo de obtener gloria y honores, fue uno de los principales estímulos que impulsó a los notables locales a participar en la vida política de sus comunidades y a realizar actos de evergetismo. En sí, el desempeño de una magistratura o sacerdocio era un *honos* que acrecentaba la *dignitas* de toda aquella persona que detentaba uno de estos cargos; no obstante, las elites municipales también buscaron obtener decretos honoríficos y homenajes estatuarios en los que se reconocieran de forma pública y permanente sus méritos. De esta forma, las aristocracias locales acrecentaban su *existimatio* («estima», «reputación») ante sus conciudadanos, pero también la de los demás miembros de su familia y, especialmente, la de sus descendientes.

Los municipios y colonias, conscientes de la existencia de tales deseos de honor y gloria entre las elites, generaron, a imitación de Roma, un sistema de honores destinado a recompensar a los conciudadanos más destacados, que a su vez sirvió para configurar una «memoria cívica colectiva». Miembros de las principales *gentes* de cada comunidad fueron representados en diferentes monumentos honoríficos, y sus méritos, así como los servicios prestados a la *res publica*, se grabaron en inscripciones. De esta forma, los homenajes

públicos contribuyeron a afirmar el denominado –y ya arriba comentado– «régimen de los notables», pues los honrados pasaron a la posteridad como modelos ciudadanos y sus descendientes pudieron beneficiarse política y socialmente del prestigio familiar acumulado, utilizándolo a la hora de iniciar sus carreras políticas. Por otra parte, toda estatua o epígrafe honorífico levantado en un espacio público permitía perpetuar la memoria del honrado dentro de su ciudad y conferirle cierta forma de inmortalidad, lo que era muy valorado por los miembros de las elites, pues de esta forma podían garantizarse su pervivencia dentro de la memoria colectiva de sus respectivas comunidades cívicas. Las ciudades, conscientes de la alta valoración que los notables dieron a los honores, los utilizaron tanto para recompensar los servicios que les habían prestado determinados particulares (desempeño de magistraturas y sacerdocios, realización de importantes donaciones, defensa de los intereses de la comunidad, etc.), como para estimular a los honrados a actuar en beneficio de ellas. Dicho de otra forma, las ciudades honraban a quienes les habían dado algo o a aquellas personas de las que esperaban obtener futuros beneficios.

Los senados locales eran las instituciones que tenían autoridad y capacidad legal para conceder, mediante la emisión de *decreta decurionum*, honores públicos, aunque frecuentemente se encuentra al cuerpo cívico (*populus, plebs, municipales, ciues et incolae*) promoviendo determinados homenajes que debieron contar con la autorización de la curia (Jacques 1984, 421; Melchor 1997, 226-227; Rodríguez Neila 2001, 49-50). Esta dinámica podemos apreciarla en una inscripción procedente de *Ipsca*. En ella la plebe aparece dedicando una estatua al liberto *Q. Manlius Paris*, que fue pagada mediante la realización de una colecta pública y del *ordo decurionum*, que concedió el lugar público donde erigirla (*CIL*, II²/5, 389). La participación del *populus* en los homenajes públicos fue muy destacada. En numerosas ocasiones aparece en las inscripciones, asociado o no a los *incolae* (residentes), honrando a importantes miembros de la comunidad mediante la erección de estatuas o pidiendo al senado que conceda honores públicos a determinadas personas (*postulatio populi*). Ante la presión popular, los senados debieron limitarse a ratificar la mayoría de los homenajes que fueron promovidos directamente por el colectivo de ciudadanos o a sumarse a la iniciativa mediante la concesión de nuevos honores, pues tales actuaciones solían emprenderse para honrar a miembros de las elites locales, lo que contribuía a afirmar el sistema social vigente y, generalmente, no suponían gasto alguno para las arcas municipales, ya que solían financiarse mediante suscripción popular (*aere conlato*).

Los honores concedidos por los municipios y colonias fueron muy variados, aunque el más comúnmente otorgado fue el espacio público para erigir una estatua.

Este honor podía ser completado con la concesión de una o varias estatuas financiadas por el tesoro público municipal, que podían ser pedestres o ecuestres. Los homenajes estatuarios municipales fueron dedicados a miembros de la familia imperial, a altos cargos de la administración, a patronos de las ciudades, a grandes evergetas locales, a miembros del *ordo decurionum* que habían alcanzado las máximas magistraturas y sacerdocios en su ciudad, a algunos séviros augustales, a mujeres pertenecientes a las aristocracias locales y a jóvenes miembros de importantes familias locales que, a causa de su muerte prematura, habían visto truncadas sus prometedoras carreras municipales.

La mayoría de estas estatuas estaban dedicadas a los ciudadanos más ilustres de la comunidad, a los que se solía representar con la toga, vestimenta de Estado para todos los romanos y símbolo del derecho de ciudadanía, que había sido adquirido por los provinciales con enormes esfuerzos (Zanker 1992, 197). Si el uso de la toga en Hispania fue un signo externo de la Romanización, como parece señalar Estrabón (Str. 3, 2, 15), la aparición de gran número de togados, en los programas estatuarios de las ciudades, fue fruto del desarrollo de la municipalización y de la integración de los provinciales en las estructuras de gobierno del Imperio. Las elites ciudadanas de provincias comenzaron a sentirse miembros de pleno derecho del Imperio y buscaron satisfacer sus deseos de honor y gloria mediante el desarrollo de programas escultóricos, de los cuales tenemos abundantes testimonios, gracias a las inscripciones y a las numerosas estatuas conservadas en Hispania (Melchor 1997, 228-229). Junto a ellos, los miembros femeninos de sus familias también comenzaron a recibir estatuas públicas que, en un principio, formaban parte de grupos escultóricos dinásticos en los que se representaba a diferentes miembros de las más destacadas familias de notables locales (Navarro 2003, 120-125). No obstante, conforme avanza el siglo I d.C. y la mujer comienza a ser representada con más frecuencia en espacios públicos de las ciudades, a la par que aumenta su capacidad de heredar, de gestionar personalmente su patrimonio y su independencia respecto a la tutela de los varones, las féminas irán obteniendo homenajes estatuarios individuales.

Otros honores frecuentemente recogidos por la epigrafía hispana y muy valorados por los ciudadanos fueron los de carácter funerario. Los senados de los municipios y colonias podían conceder diferentes honores *post mortem*, entre los que podemos citar el pago de los gastos del funeral (*funeris impensa*), la organización de una elogio fúnebre (*laudatio funebris*) en el foro, la participación de todo el cuerpo cívico en el cortejo fúnebre (*exequiae publicae*), el lugar público para colocar una estatua (*locus statuae*), la erección de una estatua pagada con fondos municipales, el lugar de sepultura (*locus sepulturae*), incienso para el funeral,

un clípeo o escudo con la imagen del honrado, o el rango honorífico y las insignias externas de determinados cargos públicos (*ornamenta decurionalia, aedilicia o duumviralia*). Todos los honores funerarios que acabamos de enumerar no fueron nunca otorgados conjuntamente. Como máximo, solían concederse entre tres y cinco, cantidad que ya marcaba la importancia del homenajeado y de su familia. La concesión de honores fúnebres, como la *laudatio*, los gastos del funeral o el lugar de sepultura, fue un instrumento empleado para exaltar a los miembros más destacados de las elites municipales mediante complejos ceremoniales que contribuían a afirmar su prestigio y el de sus familias. Como ocurría con los grupos estatuarios familiares, en una sociedad donde no existió una nobleza de sangre, los funerales públicos, y en especial las *laudationes*, permitieron mostrar al pueblo los servicios prestados a la comunidad por determinadas *gentes*, así como su preeminencia, contribuyendo a fijar en la memoria colectiva el recuerdo de destacados ciudadanos y legitimando a sus descendientes para que los sucediesen en las tareas de gobierno y administración de sus ciudades (Dardaine 1992, 139-151; Arce 2000, 111-114; Melchor 2006c, 121-125).

Frecuentemente, las personas que recibieron honores municipales, lo que implicaba un gasto para las arcas municipales, o sus familiares, asumieron los costes derivados de los honores que les habían sido decretados, remitiendo al tesoro municipal el dinero necesario para su ejecución. Tales actos de evergetismo aparecen expresados con distintas fórmulas epigráficas (*honore usus impensam remisit; honore accepto impensam remisit*) que señalan la misma idea: a los homenajeados fundamentalmente les interesaba recibir honores, que acrecentasen su prestigio ante sus conciudadanos, y obtener una estatua colocada en un espacio público, para poder así ser recordados por las generaciones venideras; una vez conseguidos estos objetivos, y como muestra de agradecimiento, podían asumir los gastos, liberando a los municipios de tales cargas y aumentando así su *existimatio* ante la comunidad.

Los *ornamenta* municipales también fueron concedidos a personas vivas, lo que permitía a los beneficiarios utilizar las insignias externas que marcaban el estatus de los decuriones, así como disfrutar de los privilegios de este grupo social. Los libertos enriquecidos buscaron especialmente la obtención de un decreto decurional que les concediese los *ornamenta decurionalia*, pues era el único honor que les permitía cierta equiparación, en cuanto a dignidad, con el colectivo de los decuriones y un reconocimiento explícito de la posición social alcanzada. En ocasiones, los senados locales fueron reacios a otorgar a los libertos todas las prerrogativas que comportaban los *ornamenta* y decidieron recurrir a la concesión parcial y limitada de algunos de los privilegios tradicionalmente reservados

a los miembros del *ordo decurionum*. Este sería el caso del séviro augustal *M. Valerius Phoebeus*, al que el senado de *Epora* (Montoro) concedió, por sus méritos, el derecho a participar en los banquetes públicos sentado entre los decuriones (*CIL*, II²/7, 139).

Igualmente, jóvenes miembros de importantes familias fueron honrados con la concesión de honores decurionales o edilicios, con el fin de integrarlos antes de la edad reglamentaria en los senados locales o para lograr que pudiesen presentarse directamente al cargo de duunviro, evitándoles tener que ascender desde los escalones inferiores del *cursus honorum* (cuestura, edilidad), competir con otros candidatos «plebeyos» en las elecciones locales o una espera de tres años, más la anualidad de la edilidad, para poder acceder al duunvirato (Kleijwegt 1992, 138-139).

Los senados locales concedieron otros honores públicos relacionados con el desempeño de magistraturas y sacerdocios. Nos referimos a la exención del pago de la *summa honoraria* y a la concesión de determinado sacerdocio municipal a perpetuidad. La primera distinción evitaba pagar al tesoro municipal la cantidad de dinero estipulada por el desempeño de un cargo o por el ingreso en la curia; la segunda era puramente honorífica, se concedía al finalizar el ejercicio anual del sacerdocio y, probablemente, solo implicaba el mantenimiento de la dignidad sacerdotal y de los privilegios que reportaba el desempeño del cargo.

Como ya hemos señalado en el caso de los homenajes estatuarios, entre los beneficiados por los honores públicos municipales encontramos a miembros de la casa imperial y de los tres *ordines* superiores, así como a libertos y a numerosas personas libres de las que desconocemos el estatus. No obstante, los miembros de las familias decurionales fueron los principales receptores de los honores, pues eran ellos quienes, con sus actos de evergetismo, ayudaban a la financiación de los municipios y los que asumían la dirección de la vida pública. De hecho, la concesión de honores públicos era uno de los principales estímulos para lograr que los ricos ciudadanos se implicasen en la administración municipal y contribuyesen a financiarla.

Los cambios del siglo III: su repercusión en las elites locales y en la vida urbana

Tradicionalmente se ha defendido la decadencia y el empobrecimiento, durante el siglo III, de los miembros del *ordo decurionum*. Esta afirmación se ha fundamentado en determinadas fuentes escritas y arqueológicas que mostraban una decadencia de la vida urbana basándose en factores muy concretos, como la fuerte caída que experimentó la construcción pública a nivel municipal; la práctica desaparición de las conductas munificentes entre las elites decurionales; la

caída notable que experimentó el hábito epigráfico en este periodo; o en la aparición de normas legislativas que convirtieron el cargo de decurión en una obligación hereditaria para las principales familias de notables locales, las cuales debieron asegurar a costa de sus fortunas personales determinados servicios, como el pago de impuestos al Estado, el abastecimiento de grano y agua a sus ciudades o la compra de madera para el caldeoamiento de las termas públicas. Estos síntomas de crisis, según numerosos investigadores, comenzaban a manifestarse desde finales del siglo II y se acentuaba plenamente durante el III (Garnsey 1974).

Pese a lo señalado, las teorías sobre la decadencia de las ciudades y de sus elites municipales comenzaron a verse afectadas por nuevos estudios sobre la cuestión, que pusieron de manifiesto el mantenimiento de la estructura urbana y de las instituciones de gobierno en numerosas ciudades durante la tercera y cuarta centurias (Arce 1986, 93-100; Curchin 1990, 116-120). La escasez de testimonios referentes a la realización de construcciones públicas, que era una de las principales pruebas aportadas por quienes defendían la existencia de una crisis de la vida urbana en el siglo III, puede explicarse parcialmente por un cambio de los hábitos epigráficos. Así, desde época Severa se detecta una disminución progresiva del número de inscripciones en todo el mundo romano. Por otra parte, buena parte de los recursos dedicados anteriormente a la construcción pública pudieron ser empleados en costear labores de fortificación de las ciudades, mientras que los fondos tradicionalmente aportados por los munificentes ciudadanos a este fin pudieron ser desviados a la construcción de mansiones privadas. También hemos de tener en cuenta que la monumentalización de numerosas ciudades se desarrolló durante el último siglo de la República o los dos primeros siglos del Imperio y, por tanto, los posibles testimonios, epigráficos o arqueológicos, referentes al desarrollo de la actividad edilicia durante la tercera centuria deben ser mucho menores. En numerosas ciudades del Imperio van a continuar viviendo unas elites ciudadanas capaces de afrontar importantes gastos en materia de construcciones privadas (residencias), pero que parecen haber dejado de tener interés por invertir parte de su patrimonio en la realización de construcciones públicas (Melchor 1994, 192-193; Le Roux 2006, 154-155). Por otra parte, la disminución de las conductas evergéticas desde el final de la dinastía de los Severos pudo tener su origen en el cambio de mentalidades experimentado por las oligarquías locales y no necesariamente en su hipotético empobrecimiento, pues una situación de crisis económica pudo influir en la disminución general del número de donaciones en beneficio de la colectividad, pero nunca hasta el punto de casi hacerlas desaparecer. P. Brown ha defendido que las fortunas de los notables locales se vieron poco afectadas por la crisis económica

de la segunda mitad del siglo III, aunque éstas dejaron de invertirse en donaciones o ayudas a las ciudades y fueron empleadas en empresas o actuaciones privadas como puede ser la construcción de residencias urbanas o de villas rurales (Brown 1989, 81-82).

Normalmente, se acepta que durante el siglo III comienzan a aparecer medidas autoritarias destinadas a imponer a las elites municipales las funciones y cargas que anteriormente se asumían libremente como un honor (ingreso en los senados locales, desempeño de magistraturas y sacerdocios, mantenimiento de determinados servicios municipales). Este proceso terminó en el siglo IV al convertirse el honor en un *munus* o carga de obligado cumplimiento. Según la interpretación tradicional, como consecuencia de las pesadas obligaciones que recayeron sobre los curiales, estos comenzaron en el siglo IV a abandonar las ciudades y se refugiaron en sus propiedades rústicas, aunque en Hispania no tenemos ningún testimonio que lo confirme (Curchin 1990, 118). Es verdad que los notables locales fueron obligados a asumir los cargos políticos y una serie de responsabilidades financieras en sus ciudades, pero hemos de tener en cuenta que desde la dinastía de los Antoninos se comenzó a desarrollar una normativa legal, acrecentada durante los siglos III y IV, que permitía a los miembros más ricos de las elites municipales quedar exentos de las funciones y cargas municipales mediante su participación en el abastecimiento de Roma, o por su ingreso en la administración imperial, civil o militar (Chic 1988, 55-57).

La concesión de exenciones sí pudo afectar fuertemente al desarrollo de la vida municipal. El funcionamiento de las ciudades durante el Alto Imperio se basó en la existencia de unas elites que, atraídas por los honores, participaban en su gobierno y las ayudaban financieramente mediante el pago de *summae honorariae* y con la realización de actos de evergetismo. El crecimiento del ejército y el interés del Estado por dirigir los mecanismos que posibilitaban el abastecimiento de Roma y de los ejércitos, hicieron que éste entrase en competencia con las ciudades para obtener el control de los mismos recursos humanos y financieros. Los emperadores, al recompensar a las personas que estaban a su servicio con exenciones, asestaron un duro golpe a las fuentes de financiación de las ciudades, ya que éstas quedaron privadas de parte de sus «fuerzas vivas». También contribuyeron a quebrar el espíritu de solidaridad ciudadana y la idea de «cuerpo cívico» que existía entre los habitantes de las ciudades. Los notables comenzaron a buscar el medio de escapar a las cargas municipales y a tomar conciencia de que toda promoción o cambio de estatus debía buscarse sirviendo al Estado, por medio del ingreso en el ejército, en la administración, en los colegios de navicularios, etc. Estos fueron los sistemas empleados para lograr la exención de los *munera* y otros privile-

gios legales, que eran concedidos a título personal por el emperador y que marcaban verdaderas diferencias de estatus.

Desde los Antoninos empieza a establecerse en el Imperio un nuevo sistema de valores y de mentalidades que se corresponde con la estructura social y política establecida por Augusto, y que supone una superación del concepto de *ciuitas* (Cizek 1990, 37-41). Los Antoninos, especialmente Adriano, comenzaron a unificar criterios de actuación entre Italia y las provincias; reorganizaron la administración colocándola en manos de los miembros del orden ecuestre; limitaron la autonomía municipal con la imposición de *curatores rei publicae*; en resumen, intentaron imponer la idea unitaria y ecuménica del *Imperium* sobre la particularista de la *ciuitas*. El honor y el prestigio que anteriormente se adquirían sirviendo a la *ciuitas* pasaron a obtenerse por medio del servicio al Estado, ya fuese desempeñando puestos en la administración civil o en la militar. Ante esta nueva situación, las elites decurionales dejaron de valorar los antiguos honores que otorgaban las ciudades en las que invertían parte de su tiempo y patrimonio sirviendo a sus comunidades cívicas. Las ciudades ya no podrán ofrecer a sus miembros más destacados la gloria y preeminencia que buscaban y, por tanto, estos van a perder su interés por participar activamente en la vida pública municipal, así como por realizar actos de evergetismo.

Los cambios operados en la estructura del Imperio y en la mentalidad de sus elites nos permiten explicar la decadencia de la vida municipal en el siglo III. Los grupos urbanos que no pudieron promocionar en la administración del Estado comenzaron a infravalorar las magistraturas locales y dejaron de estar interesados en la carrera de los honores municipales, especialmente cuando tomaron conciencia de que ésta solo les reportaba cargas. Además, estas cargas debieron de verse aumentadas por la exención de los miembros más ricos de la comunidad, quienes contaban con recursos para ingresar en las corporaciones de *navicularii* y *negotiatores* que trabajaban para el abastecimiento de Roma. Si a este panorama se añade la limitación de la autonomía municipal, el resultado lógico debía ser que los notables locales dejaran de interesarse por los asuntos públicos y por cuestiones como el embellecimiento de sus ciudades, prefiriendo ocuparse de sus negocios y de su propio bienestar. Por todo lo señalado, es difícil aceptar la existencia de una profunda crisis entre los miembros de las familias decurionales durante la tercera centuria, aunque debemos reconocer que aquellas familias que no lograron las mencionadas exenciones debieron de verse afectadas por el aumento de la presión fiscal ejercida por un Estado que se encontraba en bancarrota (Melchor 1994, 191-195).

El proceso que hemos descrito se inició a mediados del siglo II. A lo largo del siglo III se impuso el

cambio de mentalidad de las elites municipales y esto pudo llevar al Estado a establecer medidas coercitivas, destinadas a mantener la participación de las elites municipales en la vida pública, como la obligatoriedad de asumir las magistraturas o el hacer hereditario el cargo de decurión. Estos cambios experimentados en la mentalidad de las elites decurionales repercutieron notablemente en pequeñas ciudades que habían surgido durante las dos primeras centurias y que se vieron privadas de las aportaciones económicas realizadas por los notables locales para obtener cargos y honores. Si a ello sumamos la mala coyuntura económica que se atravesó durante el siglo III o la crisis demográfica constatada, que provocaron un descenso de la productividad y consecuentemente una notable reducción de los ingresos que obtenían las ciudades, así como la alta tasa de inflación existente, que redujo a la nada los posibles capitales de reserva acumulados por las ciudades, podemos comprender mejor la desaparición o estancamiento de determinados núcleos urbanos, aunque debemos resaltar que las ciudades que contaron con una base económica sólida lograron superar la crisis, experimentando cierta recuperación e incluso prosperidad durante el siglo IV.

Bibliografía

- ABASCAL, J. M.; ESPINOSA, U. 1989: *La ciudad hispanorromana: privilegio y poder*, Logroño.
- ALFÖLDY, G. 1987: *Historia social de Roma*, Madrid.
- 1984: «Drei städtische Eliten im römischen Hispanien», *Gerión*, 2, 193-237.
- ANDREU, J. 2004a: *Edictum, Municipium y Lex: Hispania en época Flavia (69-96 d.C.)*, Oxford.
- 2004b: *Munificencia pública en la provincia Lusitania (siglos I-IV d.C.)*, Zaragoza.
- ARCE, J. 2000: *Memoria de los antepasados. Puesta en escena y desarrollo del elogio fúnebre romano*, Madrid.
- 1986: *El último siglo de la España romana (284-409)*, Madrid.
- BERNI, P. et al. 2005: «La gens Licinia y el nordeste peninsular. Una aproximación al estudio de las formas de propiedad y de gestión de un rico patrimonio familiar», *AEspA*, 78, 167-187.
- BROWN, P. 1989: *El mundo en la Antigüedad Tardía. De Marco Aurelio a Mahoma*, Madrid.
- CABALLOS, A. 1999: «Preliminares sobre los caballeros romanos originarios de las provincias hispanas. Siglos I-III d.C.», en: RODRÍGUEZ NEILA, J. F.; NAVARRO, F. J. (eds.): *Elites y promoción social en la Hispania romana*, Pamplona, 103-144.
- CHIC, G. 2001: *Datos para un estudio socioeconómico de la Bética. Marcas de alfar sobre ánforas olearias, II vols.*, Écija.
- 1988: *Epigrafía anfórica de la Bética, II. Los rótulos pintados sobre ánforas olearias. Consideraciones sobre la annona*, Sevilla.
- CIZEK, E. 1990: *Mentalités et institutions politiques romaines*, París.
- CURCHIN, L. A. 1990: *The local magistrates of roman Spain*, Toronto.
- DARDAINE, S. 1992: «Honneurs funèbres et notables municipaux dans l'épigraphie de la Bétique», *Habis*, 23, 139-151.
- DEMOUGIN, S. 1994: «À propos des élites locales en Italie», en: *L'Italie d'Auguste à Dioclétien*, París-Roma, 353-376.
- DONAHUE, J. F. 2004: *The Roman Community at Table During the Principate*, Michigan.
- DUNCAN-JONES, R. P. 1985: «Who paid for public buildings in roman cities?», en: *Roman Urban Topography in Britain and the Western Empire*, Londres, 28-33.
- 1974: *The Economy of the Roman Empire*, Cambridge.
- ECK, W. 1997: «Der evergetismus im funktionszusammenhang der Kaiserzeitlichen Städte», en: *Actes du X^e Congrès International d'Épigraphie Grecque et Latine*, París, 305-331.
- EDMONSON, J. C. 1987: *Two industries in roman Lusitania. Mining and garum production*, Oxford.
- ESPINOSA, U. 1988: «Riqueza mobiliaria y promoción política de los Mamiliii de Tritium Magallum», *Gerión*, 6, 263-272.
- ÉTIENNE, R. 1999: «Un nouveau prêtre provincial du culte imperial de Bétique», *Pallas*, 50, 141-152.
- FABRE, G.; MAYER, M.; RODÀ, I. 1990: «Recrutement et promotion des «élites municipales» dans le Nord-Est de l'Hispania Citerior sous le Haut-Empire», *MEFRA*, 102/2, 525-539.
- GARNSEY, P. 1988: *Famine and food supply in the Graeco-Roman world. Responses to risk and crisis*, Cambridge.
- 1974: «Aspects of the decline of the urban aristocracy in the Empire», *ANRW*, II. 1, 229-252.
- GARNSEY, P.; SALLER, R. 1990: *El imperio romano. Economía, sociedad y cultura*, Barcelona.
- GONZÁLEZ ROMÁN, C. 2002: «La expansión de la ciudadanía romana en la Bética», *Studi Classici e Orientali*, 48, 307-339.
- HALEY, E. W. 2003: *Baetica Felix. People and prosperity in Southern Spain from Caesar to Septimius Severus*, Austin.
- JACQUES, F. 1984: *Le privilège de liberté. Politique impériale et autonomie municipale dans les cités de l'Occident romain (161-244)*, Roma-París.
- LANGHAMMER, W. 1973: *Die rechtliche und soziale Stellung der Magistratus Municipales und der Decuriones*, Wiesbaden.
- KLEIJWEGT, M. 1992: «The value of empty honours», *Epigraphica*, 54, 131-142.

- LE ROUX, P. 2006: *Romanos de España. Ciudades y política en las provincias (siglo II a.C.-siglo III d.C.)*, Barcelona.
- 1987: «Cité et culture municipale en Bétique sous Trajan», *Ktema*, 12, 271-284.
- MACKIE, N. 1983: *Local administration in roman Spain AD 14-212*, Oxford.
- MANGAS, J. 2001: *Leyes coloniales y municipales de la Hispania romana*, Madrid.
- MELCHOR, E. 2006a: «Las propiedades rústicas de las elites hispanorromanas: un intento de aproximación a través de la documentación epigráfica», en: RODRÍGUEZ NEILA, J. F.; MELCHOR, E. (eds.): *Poder central y autonomía municipal: la proyección pública de las elites romanas de Occidente*, Córdoba, 241-280.
- 2006b: «Corduba, caput provinciae y foco de atracción para las elites locales de la Hispania Ulterior Baetica», *Gerión*, 24, 251-279.
- 2006c: «His ordo decrevit: honores fúnebres en las ciudades de la Bética», *Anales de Arqueología Cordobesa*, 17/1, 115-144.
- 2003: «Aportaciones pecuniarias de los notables locales a las finanzas municipales de las ciudades hispanas», en: CASTILLO, C. et al. (eds.): *Sociedad y economía en el Occidente romano*, Pamplona, 199-230.
- 2001: «Consideraciones sobre la munificencia cívica en la Bética romana», en: NAVARRO, M.; DEMOUGIN, S. (eds.): *Élites hispaniques*, Burdeos, 141-171.
- 1997: «La concesión de “honores públicos municipales en Hispania”», en: *Hispania romana. Desde tierra de conquista a provincia del Imperio*, Madrid, 223-237.
- 1994: *El mecenazgo cívico en La Bética*, Córdoba.
- 1993-1994: «Las elites municipales de Hispania en el Alto Imperio: un intento de aproximación a sus fuentes de riqueza», *Florentia Iliberritana*, 4-5, 335-349.
- 1992: *Evergetismo en la Hispania romana*, Córdoba.
- MELCHOR, E.; RODRÍGUEZ NEILA, J. F. 2002: «Sociedad, espectáculos y evergetismo en Hispania», en: NOGALES, T. (ed.): *Ludi romani. Espectáculos en Hispania romana*, Mérida, 135-156.
- MROZEK, S. 1987: *Les distributions d'argent et de nourriture dans les villes du Haut-Empire Romain*, Bruselas.
- NAVARRO, M. 2003: «Mujer de notable: representación y poder en las ciudades de la Hispania imperial», en: *Acta Antiqua Complutensia*, IV, Epigrafía y sociedad en Hispania durante el Alto Imperio: estructuras y relaciones sociales, Alcalá de Henares, 119-127.
- 2001: «Les femmes de l'élite hispano-romaine, entre la famille et la vie publique», en: NAVARRO, M.; DEMOUGIN, S. (eds.): *Élites Hispaniques*, Burdeos, 191-199.
- 1997: «Les dépenses publiques des notables des cités en Hispania Citerior sous le Haut-Empire», *REA*, 99, 109-140.
- OLIVARES, J. C. 1998: *Conflicto político y promoción jurídica de comunidades en el Occidente romano (133 a.C.-174 d.C.)*, Alicante.
- REMESAL, J. 2004: «Promoción social en el mundo romano a través del comercio», en: MARCO, F. et al. (eds.): *Vivir en tierra extraña: emigración e integración cultural en el mundo Antiguo*, Barcelona, 125-136.
- RODÀ et alii. 2007: «Cella vinaria de Vallmora (Teià, Barcelona). Un modelo de explotación vitivinícola intensiva en la Layetania, Hispania Citerior, S. I a.C.-S. V d.C.)», *Historia Antiqua* 15, 195-211.
- 2005: «Personatges de Barcino i el vi laietà», *Quadràis*, 1, 47-58.
- RODRÍGUEZ NEILA, J. F. 2003: «*Pecunia communis municipum*. Decuriones, magistrados y gestión de las finanzas municipales en Hispania», en: CASTILLO, C. et al. (eds.): *Sociedad y economía en el Occidente romano*, Pamplona, 111-198.
- 2001: «Estructuras sociales e instituciones municipales en las ciudades de Hispania romana», en: HERNÁNDEZ, L.; SAGREDO, L.; SOLANA, J. M^a. (eds.): *Actas del I Congreso Internacional de Historia Antigua, La península ibérica hace 2000 años*, Valladolid, 25-60.
- 1999: «Elites municipales y ejercicio del poder en la Bética romana», en: RODRÍGUEZ NEILA, J. F.; NAVARRO, F. J. (eds.): *Elites y promoción social en la Hispania romana*, Pamplona, 25-102.
- 1992: *Confidentes de César. Los Balbos de Cádiz*, Madrid.
- 1981: *Sociedad y administración local en la Bética romana*, Córdoba.
- SERRANO DELGADO, J. M. 1988: *Estatus y promoción social de los libertos en Hispania romana*, Sevilla.
- VENTURA, Á. 1999: «El teatro en el contexto urbano de Colonia Patricia (Corduba): ambiente epigráfico, evergetas y culto imperial», *AEspA*, 72, 57-72.
- VEYNE, P. 1976: *Le pain et le cirque. Sociologie historique d'un pluralisme politique*, París.
- ZANKER, P. 1992: *Augusto y el poder de las imágenes*, Madrid.

*IMAGO ROMAE: AUTORREPRESENTACIÓN DE LA SOCIEDAD A TRAVÉS DEL RETRATO**

Trinidad Nogales Basarrate
Museo Nacional de Arte Romano de Mérida
UNED de Mérida

Resumen

Visión general sobre el origen, evolución y caracteres del retrato como forma de autorrepresentación en Hispania romana. Desde los albores del proceso de Romanización de la península Ibérica tanto los colonos venidos de Italia como las poblaciones autóctonas hallan en el retrato un vehículo de presencia social de enorme repercusión, y adoptan los distintos formatos y tipos para perpetuar su imagen. Las series oficiales dinásticas, exportadas en los programas públicos imperiales, son a lo largo de todo el siglo I el espejo en el que se mirarán los particulares, plenamente integrados en la aculturación romana. En los siglos II y III los retratos verán transformar sus variantes y cederán paso a otros soportes, tanto pictóricos como musivos. La paulatina ruptura de los circuitos artísticos y las constantes reorganizaciones administrativas de los siglos IV y V, darán al traste con la uniformidad de este género artístico genuinamente romano.

Palabras clave

Hispania romana, escultura romana, retrato hispanorromano, evolución social de modelos y talleres, decadencia y desaparición del retrato.

Abstract

This paper offers a general view about the origin, evolution and characters of the Roman portraits as form of self-representation in Roman *Hispania*. From the beginning of the romanisation process of Iberian Peninsula Italians colons and also local populations find the portrait as a social vehicle with a ground impact, and they adopted different formats and types to perpetuate their image. The official dynastic series, exported in the imperial public programmes, are along the 1st century the mirror where particular people will be reflected, absolutely integrated in the Roman culture. During the 2nd and 3rd century the portraits will be transformed in their variants and will give way to others supports, as much pictorials as mosaics. The rupture of the artistic circuits and the continuous administrative reorganizations of the 4th and 5th centuries were ready to ruin the uniformity of this genuine Roman artistic genre.

Keywords

Roman *Hispania*, Roman Sculpture, Hispano-Roman Portrait, Social Evolution of Models and Workshops, Decline and Disappearance of the Portrait.

* Trabajo que se inscribe en los proyectos I+D de la Consejería de Infraestructuras y Desarrollo Tecnológico de la Junta de Extremadura: 3PR05B003, «Lusitania Romana: Investigación para la difusión del pasado cultural del Occidente de la península Ibérica»; y PRI06B286, «Foros Romanos de Extremadura. Análisis y Difusión del Patrimonio Extremeño».

Las jornadas desarrolladas en Tudela –cuyas actas recoge este volumen de alcance y temática peninsulares– nos dieron en su día la oportunidad –que actualizamos en estas líneas– de volver a reflexionar sobre el fenómeno retratístico hispano, al respecto del cual ya planteamos hace algunos años ciertas consideraciones (Nogales 1997a) que, a grandes rasgos, siguen bastante vigentes.

No es tarea sencilla determinar cuáles son los parámetros que conforman los orígenes y evolución del retrato en Hispania –objetivo fundamental de estas páginas–, género éste que ha sido definido en la investigación tradicional peninsular como propio dentro del amplio panorama de la escultura hispanorromana (García y Bellido 1949; Balil 1977; Blanco 1978).

Los albores del retrato hispano fueron magistralmente acuñados y sistematizados por P. León y por W. Trillmich hace más de dos décadas (León 1980; Trillmich 1988). De entonces hasta ahora poco se ha avanzado al respecto, si bien es cierto que se han realizado monografías territoriales que han ahondado en el fenómeno y, desde luego, en su mejor conocimiento (León 1995, 2001; Nogales 1997).

El concepto de perpetuación de la propia imagen que Roma poseía (Nista 1992) nada tenía que ver con la tradición plástica prerromana en la península Ibérica, que concebía la imagen humana más como concepto figurativo que como realidad individualizada para el prestigio y exhibición social.

El valor del retrato romano lo conocemos, no solo porque su abundancia sea sinónimo de estima, sino porque las obras y las propias fuentes escritas de la época (Pékary 1995) nos refieren su consideración y papel en una sociedad muy ligada a la imagen (Zanker 1992 y 2002).

El proceso de colonización que Roma efectuó en suelo hispano supuso, en el terreno iconológico e iconográfico, una transformación lenta pero eficaz, y el retrato se impuso paulatinamente como fenómeno y símbolo de afirmación social (Nogales 1997).

La imagen personal en la sociedad prerromana

Como se ve en otros capítulos de este volumen, la llegada de Roma impactó profundamente en las culturas peninsulares (Schulten 1958-1963; Almagro/Ruiz Zapatero 1992) que, de ningún modo, tenían unos criterios estético-artísticos homogéneos; antes al contrario, el territorio peninsular era una amalgama de manifestaciones que el proceso romanizador logra unificar solo bien entrado el siglo I d.C. (Almagro 1998). Pero el peso de las tradiciones locales, en ocasiones forjadas durante siglos, se mantuvo latente en buena parte de estas nuevas formas de mostrar las imágenes (García y Bellido 1949; Balil 1977; Blanco 1978).

Apenas intuimos las huellas que los fenicios y pueblos orientales dejaron en la creación de la imagen personal hispana si no es por los materiales suntuarios y exóticos importados, en los que las representaciones personales son meramente testimoniales. La tendencia a la ornamentación y los valores de piezas tan señeras como los sarcófagos antropoides gaditanos (Moscati 1988, 292-299) (fig. 1a) –resultado de la importación de sus iconos sociales de prestigio– nos dan idea de cómo las fórmulas de autorrepresentación fueron forjándose durante siglos en un universo plural y escasamente definido en estos términos.

Desde el punto de vista de la creación de la imagen personal, focos de entidad propia fueron los núcleos del levante, centro y área meridional hispana (León 1980), donde los talleres escultóricos ibéricos (Olmos/Iguácel/Tortosa 1992; León 1998; Aranegui/Mohen/Rouillard 1998; Almagro/Moneo 2000; Abad 2003; Corzo 2006; Aranegui 2006), con «damas» como las de Elche o Baza (fig. 1b), y las series de relieves asociados al universo de las creencias (Moneo 2003), plasaban la imagen personal en los formatos oferentes, labrados en piedras locales policromadas, quizá referentes de la tradición plástica en madera y terracota con apliques en otras materias, dando como resultado un espléndido vehículo de comunicación de aquella sociedad que, sin duda, había establecido contactos con los patrones griegos (León 1998; Cabrera/Sánchez 1998) y orientales. La huella helenizante en el terreno plástico dejará en estas zonas una marcada impronta (Jaeggi 1999, 96-141, donde se trata, especialmente, la plástica peninsular). Los personajes representados, especialmente en la relivaria, forman parte de ciclos narrativos donde el individuo es el actor de las escenas, algunas mitológicas o heroicas, quizás en línea con los textos y epopeyas que la tradición oral y literaria debió de forjar también en aquellos siglos (Olmos/Iguácel/Tortosa 1992).

Buena parte del espacio central y norte de la Meseta y de los territorios occidentales de la futura provincia de *Lusitania* (De Francisco 1989; Martín Bravo 1999; Álvarez Sanchís 2003; Pérez Vilatela 2004) escaparon, en los primeros siglos de conquista y Romanización, a los modelos romanos, pues ni existía una tradición propia, ni se daban las circunstancias favorables para asimilar lo foráneo (Nogales/Gonçalves 2004, 2008; Gonçalves 2007). No existen, en la plástica, obras antropomorfas de envergadura, apenas unas «percepciones humanoides» que en nada se asemejan a la idea que Roma importará de plasmar la efigie fisonómica plenamente detallada.

Ante esta pluralidad de mensajes plásticos la sociedad más romanizada introdujo con cierta premura los esquemas llegados del suelo itálico; por otra parte, las tierras menos permeables al proceso externo no aceptaron estos patrones hasta no recibir a los nuevos ha-

bitantes itálicos que traían consigo la *consuetudo* propia de sus ancestros y bajo la que se deseaban mostrar como superiores.

Retratos de los primeros romanos de Hispania

Una importante producción escultórica de los siglos en los que se fragua la plena romanización de Hispania se conserva en nuestros museos y colecciones, huella de este alborear del retrato. Son muchas estatuas completas, las más acéfalas, obras la mayoría en materiales locales, calizas que, cubiertas del pertinente enlucido de estuco, adoptan una dignidad casi marmórea (fig. 1c). Su destino casi mayoritario es el funerario, homenaje al difunto en el lenguaje de su época y bajo la tradición itálica de siglos; desean estos retratos diferenciar a las aristocracias y elites emergentes locales frente a los indígenas. Se trata de piezas nacidas, sin duda, de la mano de artesanos foráneos que llegan a nuestro solar hispano con los primeros contingentes colonizadores, y con los que pasan a trabajar mano a mano los talleres locales, aprendiendo los nuevos usos y formas. Bajo esa aparente modestia, impuesta sin duda por el material, se aprecian los modelos republicanos (Papini 2004; Megow 2005) de tradición helenística. Las referencias epigráficas, cuando las hay, ayudan a determinar el rol de estas obras y su entidad.

En este universo balbuceante, la llegada del retrato «a la romana» es perceptible por doquier (Nogales 1997a). En todas estas obras se ve que, manteniendo muchos rasgos propios, los locales quieren asemejarse a los foráneos, que aceptan a los artesanos peninsulares en sus modos, pero imponen sus formas externas de vestido, peinado y «pose».

La *Baetica* será referencia de esta temprana producción plástica peninsular (León 1990, 2001). Se han analizado talleres como los de *Vrso* (Osuna), donde se documenta un nutrido elenco de relivaria de tipo funerario; hay pervivencias técnicas en el modelado, un tanto lineal y abiselado, que remiten a los talleres prerromanos, pero las obras ya hablan de nuevos esquemas, donde se vislumbra un deseo e intencionalidad de identificación personalizada. ¿Son estas escenas funerarias verdadero reflejo de la identidad del difunto? o ¿se trata simplemente de escenas alegóricas de las secuencias vitales de los círculos más destacados socialmente? Haya o no deseo de mostrar la verdadera efigie del individuo particular, es claro que estos conceptos artísticos se dejarán sentir en piezas como el Cazador de Mulva o las figuras sedentes de Las Cabezas (Sevilla), vestidas ya a la usanza «clásica».

Los *palliat* de Mulva o El Coronil, lamentablemente acéfalos, significan en aquella sociedad la plena aceptación de un lenguaje en imágenes netamente romano, son —pues— un avance en este denso proceso



Fig. 1. a) Sarcófago antropoide fenicio gaditano (según Moscati 1988); b) Dama de Baza (según Aranegui/Mohen/Rouillard 1998); y c) Estatua del Cerro de los Santos (según Trillmich 1993).

de renovación iconográfica. Por su parte, los retratos de la interesante necrópolis de *Carmona* (Carmona) dan idea de la rapidez con que la población local, manteniendo sus materiales y técnicas, incorporó los retratos a la vida cotidiana y a los ritos funerarios (León 2001, 35-39, con atención especial a los talleres béticos) (fig. 2a). Pero, del mismo modo, la *Citerior* es muy rica en obras ilustrativas de esta fase de asimilación de modelos y posterior realización de obras locales inspiradas en aquellos esquemas, presumiblemente ya conocidos desde hacía tiempo (Rodà 1988). De Ampurias, por ejemplo, procede una interesante cabeza juvenil en terracota (fig. 2b), de esquemas lisipeos y fechada en el siglo II a.C., que nos evidencia este conocimiento de los cánones clásicos, que pasarían a la obra privada. Es una cabeza ideal, pero estas formas debían de imitarse en los particulares, conocedores de los valores estéticos de estos talleres (Koppel 2009).

El proceso de paulatina asimilación se localiza, como es lógico, en los núcleos urbanos, algunos bien singulares: *Tarraco*, *Barcino* o *Baetulo* (Guitart/Padrós 1990; Koppel 2009; Rodà 2009). En el primer caso, la estatuaría de *Tarraco* en material local estucado ocupa este inicial proceso de asimilación de patrones y fórmulas escultóricas, dentro de los repertorios tipificados de raigambre helenística (Koppel 1985, 1990). El taller estatuario de *Baetulo* se aproxima tipológicamente al de *Tarraco*: se aprecian estas similitudes tanto en aspectos formales como iconográficos, especialmente en las piezas elaboradas en calizas locales cubiertas de estuco. *Saguntum*, otro temprano centro urbano romanizado (Aranegui 1990, 2004), posee igualmente obras de material local estucado, muy similares a las citadas anteriormente (Aranegui 1990, 247, lám. 17c). Similar fenómeno se aprecia en *Ilici* (Noguera 1996).

Carthago Nova, que viene revelándose como un centro de importantes programas públicos en materia estatuaría, no permaneció ajena a este desarrollo de talleres locales de retratos al servicio de esa emergente clase romanizada (Noguera 1991), a pesar de la parquedad de los hallazgos, quizá como consecuencia de la amortización y escaso conocimiento de las áreas de necrópolis.

Como ya hemos advertido en otros trabajos monográficos (Nogales/Gonçalves 2004, 2008), en el Occidente, lo que sería *Lusitania*, parece que su más lenta y tardía romanización aceleró la llegada de talleres que respondieran con agilidad a la demanda de los nuevos núcleos urbanos y de sus habitantes, ante la inexistencia de artesanos locales, formados acorde a las exigencias de la clientela emergente (Nogales 2009). Las pocas manifestaciones de estatuaría en material local no permiten definir con precisión el fenómeno. Las huellas que podrían ser el sustrato indígena de la imagen personal se focalizan en piezas como los guerreros del noroeste o la plástica menor de tradición vetona y celta (Nogales/Gonçalves 2004). El proceso de penetración

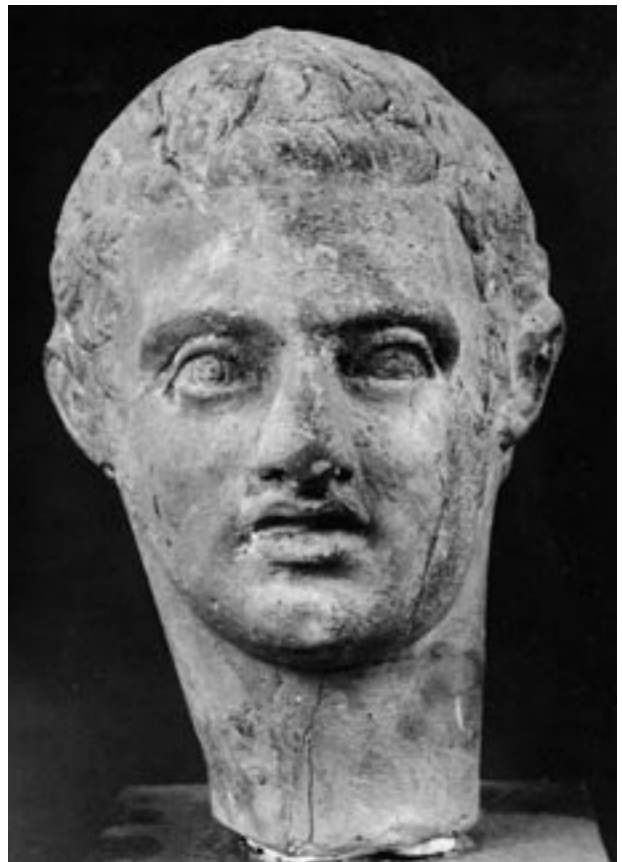
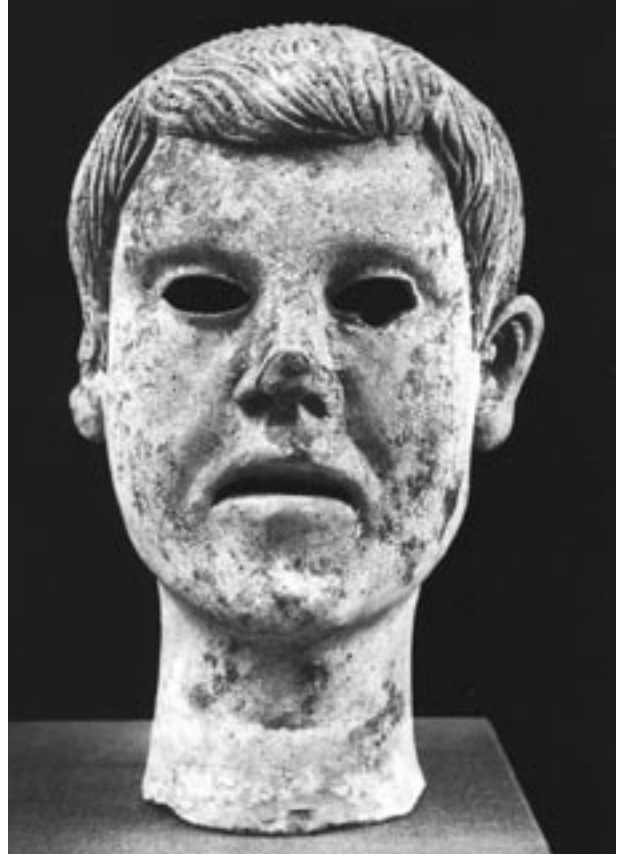


Fig. 2. a) Urna cineraria en forma de cabeza-retrato de *Carmona* (Carmona) (según León 2001) y b) cabeza juvenil en terracota de Ampurias, Museu d'Arqueologia de Catalunya-Empúries (foto: DAI).

de los modelos se desarrolla lenta, pero progresivamente (Alarcão 2006).

La capital occidental, *Augusta Emerita* (Dupré 2004a; Nogales 2004), introduce el mármol desde temprana etapa colonial, en los fines del siglo I a.C., estando tan solo documentada una cabeza-retrato masculina con acabado en estuco (Trillmich 1990, lám. 29a; Nogales 1997), que bien pudiera testimoniar la temprana etapa inicial o tratarse de una obra trasladada por los primeros colonos, habida cuenta de la facilidad de transporte de un retrato (Nogales/Gonçalves/Lapiente 2009).

Es curioso que, si el granito había sido el material fundacional por antonomasia para los edificios coloniales (Nogales 2003), en la estatuaria debió de ser el mármol la materia prima empleada en este ámbito particular, tal como demuestran las series de retratos más tempranas emeritenses (Trillmich 1988; Nogales 1997).

La mayoría de estas piezas proceden de ambiente funerario, de las numerosas necrópolis que –en la época– se pueblan de estatuas de estos habitantes (Nogales/Márquez 2002; Vaquerizo 2002). No tenemos una clara presencia de retratos en ambientes que pudiéramos considerar públicos o, al menos, no han llegado hasta nosotros con tanta abundancia como el resto. Los modelos de tradición republicana dejan sentir su peso entre los primeros colonos (fig. 3).

A partir de Augusto, el lenguaje del retrato no tiene cabida si no es en mármol, y así se producen series ancladas en los tradicionales valores republicanos (Papini 2004; Megow 2005), como bien analizó en su día P. León (León 1980), y se perpetúan los rasgos fisonómicos muy reales, en parte secos y austeros si los comparamos con los retratos que llegaron tras el cambio de era.

El dinamismo de estos talleres peninsulares no es sino el fruto del deseo de una población emergente de seguir las pautas de las elites itálicas, pautas que se habían quedado ancladas en los severos gustos de la República; rostros de personajes maduros, poco dados al adorno y a las veleidades de la moda en sus peinados, compuestos por superficies capilares muy ralas o de cortos mechones, que atestiguan el apego a las tradiciones de los mayores, de aire un tanto cesariano. Con cierta timidez –y así, por la evidencia epigráfica, lo atestiguamos– las elites locales dejan su impronta también en imágenes (Saquete 1997; Nogales 2001, 2002), aunque muchas de ellas debieron de ser desplazadas por las generaciones futuras, particularmente las destinadas a recibir honores y reconocimientos en los espacios públicos. Se trata, sin duda, de evergetas y patronos (sobre el tema puede verse: Melchor 1999; Andreu 2004; además de las consideraciones hechas en un capítulo del presente volumen) que desean ser admirados por sus conciudadanos y que encuentran en la propia imagen el mejor vehículo de expresión de su sentimiento de clase.

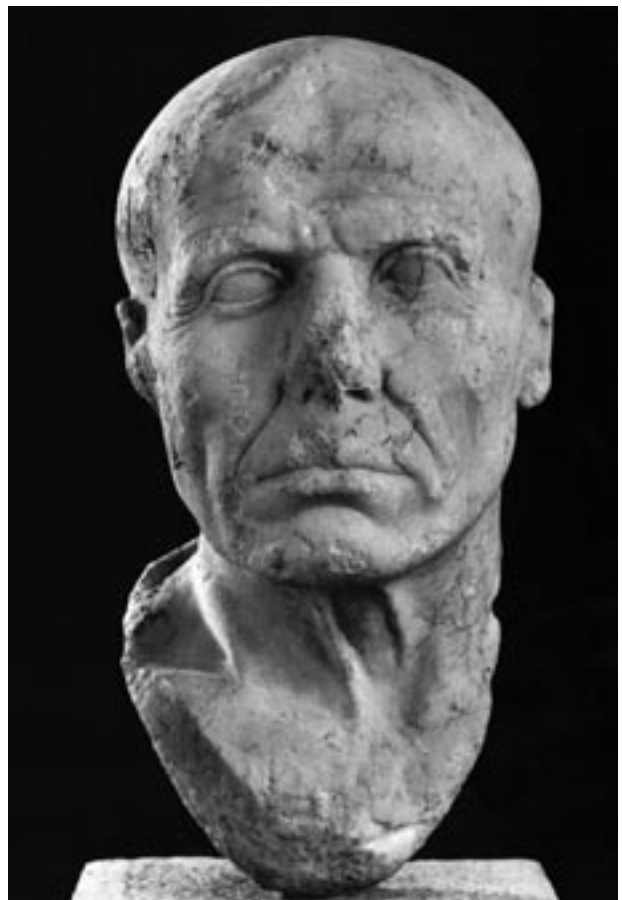
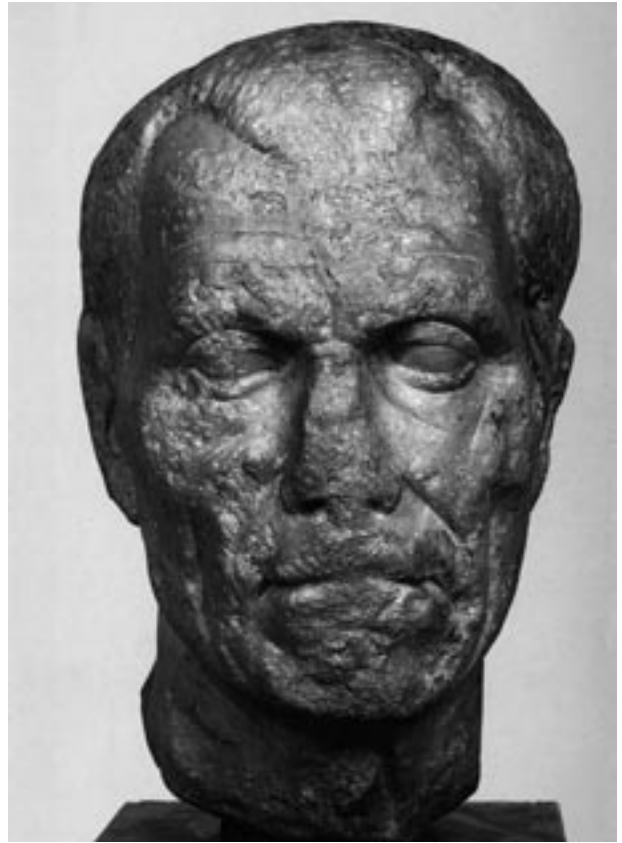


Fig. 3. Cabezas-retrato de tradición republicana emeritense, ambas hoy en el Museo Nacional de Arte Romano de Mérida (foto: DAI).

La importante demanda que el proceso de colonización acarrea, obliga a trabajar a destajo a artistas y artesanos, dando como resultado unos niveles de calidad muy distintos, aunque los modelos que subyacen bajo todos ellos sean los mismos que los que impregna las obras de la propia Roma y que sus círculos estaban produciendo.

La diversidad de calidad de estas obras, que marcan el final del tiempo de colonización, ha sido sucesivamente tratado por muchos de nosotros (León 1980; Rodà 1988; Trillmich 1988; Nogales 1997), y la conclusión que podemos inferir es que los distintos niveles de las obras no son sino el reflejo de los numerosos talleres que debieron de estar al servicio de una imparable demanda social, que cada día se ampliaba a más capas urbanas. Desde las esferas más privilegiadas, el retrato se fue extendiendo y popularizando hasta los estratos más sencillos y, lógicamente, los talleres al servicio de unos y otros clientes no eran los mismos, aunque todos buscaban los mismos resultados: acercarse con fidelidad a la verdadera imagen del retratado.

Los retratos imperiales como paradigma de las efigies privadas

Los centros urbanos de la península Ibérica iniciaron, a partir de época de Augusto (Trillmich/Zanker 1990; Bendala 1990; Ramallo 2004), un proceso de monumentalización en sus espacios públicos, activados por la presencia cada vez más rotunda del culto al emperador y de las manifestaciones urbanas de éste (véase, al respecto: Nogales/González 2007, con distintas contribuciones al respecto, y toda la bibliografía), tras la muerte del *Princeps*, en un fenómeno muy semejante al acaecido en la propia Italia (Gros 2000), quizás algo más prematuro allí. Los modelos metropolitanos se plasmaban por doquier de Hispania (Trillmich 1997, 1998; Ruiz de Arbulo 2004; Nogales/Álvarez Martínez 2006).

La renovación y marmorización de los complejos públicos ya existentes y la construcción de otros imponentes nuevos recintos a lo largo de la dinastía Julio-Claudia, hicieron necesario el concurso de maestranzas foráneas, sin duda de Roma y, quizá, de otros centros destacados de producción artística, como algunos talleres de *Augusta Emerita* que creemos vinculados a la Escuela de Afrodisias (Nogales/Álvarez Martínez 2006).

La estatuaría y retratística imperial, como reflejan las esculturas y epígrafes conservados (Garriguet 2001, 2006; Rosso 2006), especialmente los ciclos dinásticos (Rose 1997; Boschung 2002), inundaron todos los lugares de representación pública de las ciudades: teatros, templos, basílicas, complejos forenses en general, convirtiéndose de este modo las imágenes de los

emperadores y emperatrices en efigies muy familiares e identificables para todos los habitantes del Imperio.

Los modelos estatuarios para toda la sociedad, tanto personajes públicos como privados, eran los que imponían emperadores y emperatrices, que se distribuían y popularizaban, además, mediante el eficaz vehículo de las monedas. Peinados, vestimentas, posturas, tipos estatuarios en suma, fueron reproduciéndose miméticamente gracias al sistema de copias que conocemos al respecto de los retratos (Pfanner 1989).

Si en los primeros siglos de la colonización peninsular los retratos eran realistas, sobrios y, en bastante medida, muy personales, a partir de Augusto y a lo largo de todo el periodo julio-claudio, los retratos dan un aire de época (Kiss 1975; Fittschen/Zanker 1985; Boschung 2002) —el denominado *Zeitstil*— y existe una perenne semejanza entre los particulares y los emperadores y emperatrices. No hay que olvidar que, además, el hecho de que los privados se vistieran y peinaran a la moda de su tiempo, y la casa imperial fuera el icono de cada época, favorecía este «aire de familia» que se detecta a lo largo de todo el siglo I d.C.

Las características fisonómicas de los Julio-Claudios (Kiss 1975), desde la marcada triangulación del rostro de Tiberio a la exagerada mandíbula de Nerón, eran la «marca de la casa» que nos hace reconocer con cierta agilidad las series, no obstante la dificultad patente que produce ese parecido dinástico. Los peinados, con una ordenación casi milimétrica de los mechones, de su número y disposición, eran muy conocidos, no solo por los particulares, sino especialmente por los artistas.

En *Augusta Emerita* hay varias muestras de ese apego a los modelos por parte de los particulares, tanto femeninos como masculinos. El busto-retrato de un varón maduro (Nogales 1997, 29-30, lám. XVIII A-D) (fig. 4a), denominado popularmente como «el general» por su prestancia, casi arrogancia, se puede fechar sin problemas en época de Claudio, no solo porque el peinado siga las pautas del que caracteriza al emperador, sino que, además, este emeritense se asemeja en los rasgos fáciles al propio Claudio (Fittschen/Zanker 1985) (fig. 4b), aunque presumiblemente era más agraciado.

Es cierto que cuanto mayor rango tenía el particular retratado, y dependiendo de la ubicación de su efigie, mayor solía ser su apego a la fisonomía del emperador. La semejanza del particular con lo oficial, la adopción de los gustos y modas elegidos por el *Princeps* eran sin duda una manifestación de adhesión al régimen, del mismo modo que en el presente las diferentes tribus urbanas se identifican tanto en su apariencia externa como en los valores que ésta simboliza, ya sean de plena identificación como de rechazo al sistema.

Por todos estos motivos, la mimetización de los retratos de una época, oficiales y privados, ha complica-

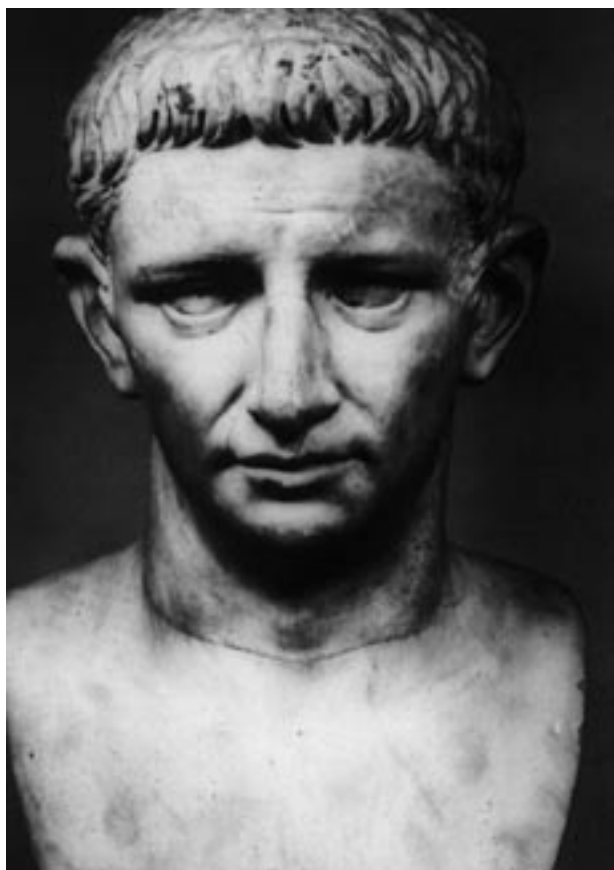
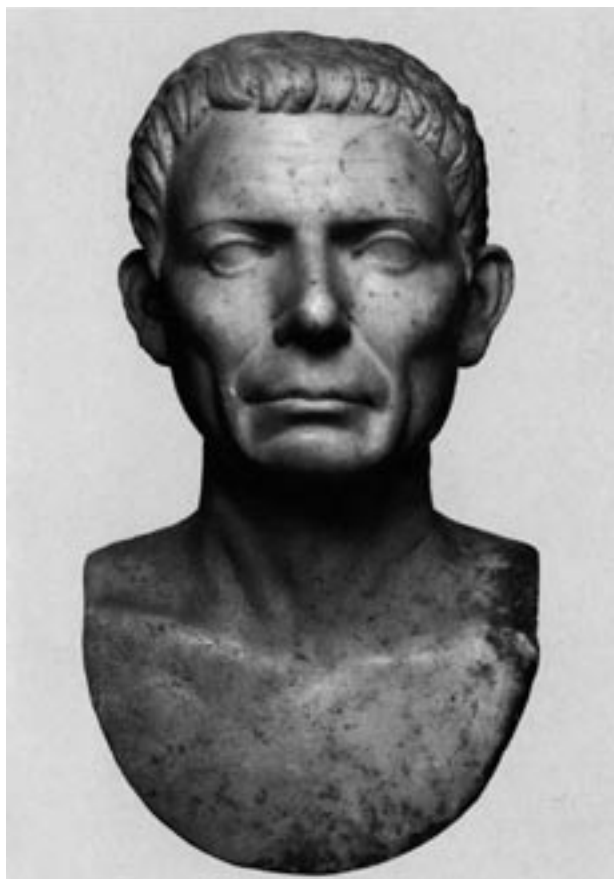


Fig. 4. a) Busto-retrato masculino emeritense (foto: DAI); y b) retrato de Claudio del Louvre (foto: Museo del Louvre).

do a veces la identificación de los hallazgos, y la eficaz ayuda epigráfica ha salvado en más de una ocasión a las piezas de una errónea denominación. Son retratos que denominamos de «época de...», amparando bajo esta terminología todos los detalles de estilo que marcan su momento. Las denominaciones tiberiano, claudio o neroniano expresan esos rasgos que hacen identificable el retrato en su contexto. No son solo los aspectos meramente ornamentales o externos los que se adoptan: detrás de las efigies imperiales subyacía el sentir y pensar del momento.

Si Augusto transforma su imagen con respecto a los patrones de tradición republicana (Boschung 1993), concediendo a su retrato ese aspecto de modernidad y lozanía que tanto los organizados mechones como los rasgos faciales nos quieren transmitir, no es por mera casualidad. Augusto quiere mostrarse como un renovador frente a la República, como un hombre que mira las grandes empresas políticas a la manera de su modelo, Alejandro. De la misma manera su esposa, Livia (Bartels 1963; Winkes 1995; Bartmann 1999), transforma el retrato femenino, abandonando la casta pose republicana e introduciendo, con dignidad, nuevas formas de presentarse la mujer del emperador en sociedad, no ya en un segundo plano, sino de pleno derecho.

Los Flavios (Wegner 1966; Cain 1993), tras el declive del final julio-claudio, quieren simbolizar el regreso a las costumbres de tradición republicana. La sencillez casi caricaturesca de los rostros de Vespasiano o Tito no dejan lugar a concesiones precedentes, son hombres del pueblo que quieren ser reconocidos como tales. Los retratos femeninos, mucho más artificiosos y elaborados, no renuncian a una moda barroca y recargada, quizá porque la posición femenina ya había avanzado lo suficiente como para no tener que regresar a la púdica imagen de la matrona romana de los tiempos de la República. Estos artificiosos peinados de «nido de avispa» flavios se verán muy popularizados en las emergentes clases sociales provinciales. El busto en bronce femenino de Ampurias (García y Bellido 1949, 73-74), retrato de una señora particular, es un claro exponente de esta popularidad de los ampulosos tocados de los últimos decenios del siglo I d.C.

Cada una de las sagas imperiales irá devanando nuevos elementos de personalidad propia. Los peinados de los Julio-Claudios cederán el testigo a la sequedad capilar flavia, que vemos en sus emperadores, no así en las representaciones femeninas.

Los inicios de las dinastías de Trajano y Adriano marcarán nuevos rumbos en el retrato (Bergmann 1997a y 1997b). Trajano mantiene el pulso de realismo en su efigie, procurando combinar tradición altoimperial y nuevos tiempos.

Los formatos del retrato privado se verán renovados con la presencia del busto-retrato con peana, de gran popularidad en la época. Esta nueva modalidad,

los bustos-retrato con peana, se ponen de moda en la segunda centuria, a partir de época de Trajano. Son obras que pueden colocarse en cualquier ambiente, no necesariamente funerario y, además, poseen un valor ornamental muy acorde con los gustos sociales de aquellos personajes «venidos a más», los *equites*.

Son los retratos imperiales del siglo II los que imponen el formato de busto-retrato, generando esas galerías familiares (Reggiani 2006), en las que el propio busto se efectúa en un mármol coloreado, mientras el rostro y manos se mantienen en tonalidad blanquecina, para otorgar ese aspecto más vital a la obra. Estos tipos, que se expondrán en grandes espacios imperiales, serán directamente «adaptados» a los gustos y formas de los clientes menos potentes, obviamente empleando diferentes materiales, pero copiando las formas de estos grandes retratos imperiales.

En la colección italicense se conserva un busto-retrato sobre peana de un personaje popular, el llamado «Viejo de la verruga» (León 1995, 92-95). Como bien analiza León en su obra sobre Itálica, este producto mantiene latente el peso del realismo fisonómico que impregna el retrato del siglo I a.C. hasta el cambio de era. Este particular italicense, probablemente, compra una obra seriada, tipificada en un taller especializado en estos soportes, y el artista simplemente remata el rostro del cliente una vez que ha elegido el formato de la obra, por lo común realizadas en serie (fig. 5a).

Adriano (Wegner 1956; Fittschen/Zanker 1985, n.º 45-47; Fittschen 1994; Evers 1994, 1999, 2000), quien introduce la barba, hasta entonces meramente testimonial y muy del gusto de seres ideales, legendarios o filósofos, supone un notable punto de inflexión en la imagen personal del emperador y, por ende y como se ha explicado, del resto de los individuos. El hecho de trabajar el iris y la pupila hará que los retratos de esta segunda centuria tengan unas expresiones más rotundas, a veces casi patéticas, como es perceptibles en los magníficos retratos de época antonina (Wegner 1939; Rodà 1988) (fig. 5b).

Muchos ciclos, espléndidos, de retratos de particulares son los que han llegado hasta nosotros. Si tenemos presente que buena parte de ellos se destruirían, se perderían o se reemplazarían, la proporción numérica altoimperial es la más abundante, con diferencia, respecto de las series de los siglos II, III y IV d.C., que ven mermar la producción de retratos, quizá como consecuencia de la conjugación de múltiples factores que, de manera secuencial y concurrente, se producen.

Los tipos populares de retrato: nuevas formas y nuevos clientes

Los retratos de todo el siglo I y II d.C. mantendrán este seguimiento formal a los modelos estable-



Fig. 5. a) Busto-retrato sobre peana (según León 1995); y b) busto-retrato de época antonina del Museo de Historia de Barcelona (foto: DAI).

cidos desde el poder. Pero, evidentemente, a medida que avanzaban los tiempos el retrato era más popular y los artistas iban creando nuevos soportes que, abaratando el retrato-estatuario, adquirieran otra forma más rápida y económica: busto, altar, relieve o simple estela con retrato (Braemer 1959), y de este modo se insertarán en la tipología monumental funeraria al uso (Eisner 1986; Boschung 1987; Hessberg 1992, 1993; Edmonson/Nogales/Trillmich 2001; Nogales/Márquez 2002).

En ciudades itálicas, como Pompeya (Döhl/Zanker 1979; Kockel 1984, 1993), hasta los no nacidos libres poseían retratos (Bonifacio 1997), y llegaron a tener en sus necrópolis varias filas de sus toscos rostros encastrados en sus nichos, de tal forma que el difunto se asomaba literalmente a la calle, como se aprecia en la popular serie de relieves de los libertos pompeyanos (Zanker 1975).

Cabe suponer que estos modestos monumentos funerarios con los retratos de los difuntos, que se difunden en suelo itálico en los siglos II-I a.C. (Pfanner 1989), llegarían a otros territorios, aunque quizá con cierto retraso. Se trataba de sencillos productos artesanales que competían con los monumentos más prestigiosos, pero mucho más costosos. Desde Roma iban llegando a provincias nuevas maneras de colocar un retrato sin necesidad de poseer una gran estatua, y este era el caso de los monumentos emeritenses, que siguen el patrón de Roma, pero bajo reinterpretación local (Edmonson/Nogales/Trillmich 2001).

En la propia *Emerita* se realizaron estelas funerarias, en material local granítico (Edmonson 2006), que, al parecer, no tuvieron el retrato del difunto. En las estelas meseteñas (Abásolo 2008), sin embargo, en la figuración genérica del jinete desean mostrar los valores del guerrero: su destreza ecuestre, su valentía y poder.

Toda una amplia gama de monumentos funerarios, en los que los retratos son un componente esencial, hacen acto de presencia en estos talleres peninsulares, desde mediados del siglo I d.C. hasta bien avanzado el siglo III d.C. Los talleres locales van definiendo sus patrones, que obviamente suelen estar tomados de otros talleres y escuelas. La contaminación de los tipos originales, los que dieron lugar al modelo local, se produce sin parar, por lo que a veces es harto complejo rastrear la procedencia del esquema inicial (fig. 6a).

En los talleres emeritenses del siglo III es visible una producción seriada de las llamadas estelas, placas fu-

nerarias con el retrato del difunto en su frente, que de modo más esquemático que los altares de la colonia, de mediados del siglo II d.C., siguen un diseño que parece generalizarse entre militares y artesanos, y que se aproximan de manera más que evidente a los patrones del sur de la *Gallia* (Braemer 1959). Son momentos



Fig. 6. a) Estela emeritense con retrato de la joven *Lutatia Lupata*, hoy en el Museo Nacional de Arte Romano de Mérida, al igual que las otras piezas (foto: DAI); b) y c) estelas emeritenses del siglo III d. C. con retratos (fotos: M. de la Barrera, Archivo Fotográfico del Museo Nacional de Arte Romano de Mérida).

en que estas dos provincias, *Lusitania* y *Narbonense*, poseían muchos puntos en común desde un punto de vista político-administrativo (figs. 6b y 6c).

De este modo, van apareciendo nuevos formatos de retratos, adscritos a las clases emergentes, lejos de aquellos retratos privativos de las elites locales y de los grandes clanes familiares. Son retratos de formato medio y pequeño, para colocar en las casas, *uillae* (Neudecker 1988; Koppel 1993), o en los nichos funerarios de los complejos de *collegia* o columbarios (Hessberg 1993; Nogales/Márquez 2002; Vaquerizo 2002).

Como contrapunto de estos bustos, altares y estelas, todos con los retratos más modestos en soportes más accesibles y populares, seguimos teniendo obras de tipo tradicional que siguen siendo codiciadas por esas aristocracias locales de los siglos III y IV d.C., muchos de ellos en plena conexión con el poder.

La lenta desaparición del retrato: los siglos III y IV

A pesar de que desde el siglo III d.C. el retrato exento, más tradicional en su forma, va —como describimos en otra ocasión, bajo el término «lenta desaparición del retrato» que hemos recuperado para el título (Nogales 1997)— paulatinamente desapareciendo, aún las elites locales se apegan a esos patrones tradicionales, sin escatimar esfuerzos a la hora de recurrir a talleres, muchos sin duda foráneos.

Un ejemplo paradigmático es el busto-retrato de un varón desconocido joven, localizado en el contexto de una gran villa privada del territorio emeritense (Nogales/Creus 1999, 511-516) (fig. 7a). El joven retratado, que debía de ser el hijo del propietario, dada su joven fisonomía, o quizá el mismo propietario, mantiene el estilo áulico de la dinastía severiana, empleando el patrón de vestimenta de época, la toga *contabulata* y mostrando el característico peinado de estos convulsos momentos. La calidad de la pieza pone de manifiesto la presencia de talleres de primera magnitud, aun en territorios que podrían resultar periféricos a los ojos de un metropolitano.

Algunos soportes, como los sarcófagos (Noguera/Conde 2001; Claveria 2001; Beltrán Fortes/García/Rodríguez Oliva 2006), incluyen en sus frentes los retratos de los difuntos, desplegando, además, toda una recurrente simbología funeraria en sus relieves, que ha sido ampliamente analizada. Se trata, por lo general, de talleres foráneos que exportan a la Península sus obras, a través de los todavía vigentes circuitos comerciales, especialmente activos con los focos orientales, desde donde seguirán llegando nuevos productos artísticos en estos momentos de paulatina transformación.

No debemos olvidar, además, que los retratos cambian ineludiblemente de soportes. Tenemos constancia de las imágenes musivas que parecen representar en primera persona a los protagonistas de sus escenas, aludiendo a su *uirtus* como miembro de una sociedad de elegidos (Morand 1994). La inclusión del nombre del propietario, a veces con una más que torpe grafía, revela el deseo intencionado de ser reconocido, de «retratarse» ante los suyos. Es cierto que, si no se posee una pericia notable, destacar los rasgos fisonómicos y personales de cualquiera en un *opus tessellatum* no es fácil. Los resultados suelen ser estereotipados rostros de grandes y desvirtuadas facciones combinados de manera mecánica y casi artificial (Lancha 1989). Un modelo ya avanzado es la lápida musiva de *Optimus* de *Tarraco*, con el retrato del difunto (fig. 7b).

Es evidente que el retrato entre los siglos IV y V d.C. ve declinar su poder de atracción. ¿Cabe pensar en una sola causa? Es obvio que no. Fueron muchos los factores que desencadenaron este proceso: un cambio de mentalidad, arropado por transformaciones económicas que dificultaban la distribución y acceso a los materiales y productos, una ruptura de los circuitos y nuevas formas que suplantaban a la estética tradicional clásica (Vidal 2005). Son tiempos de cambio (Arce 1986), son ya los albores del mundo medieval.

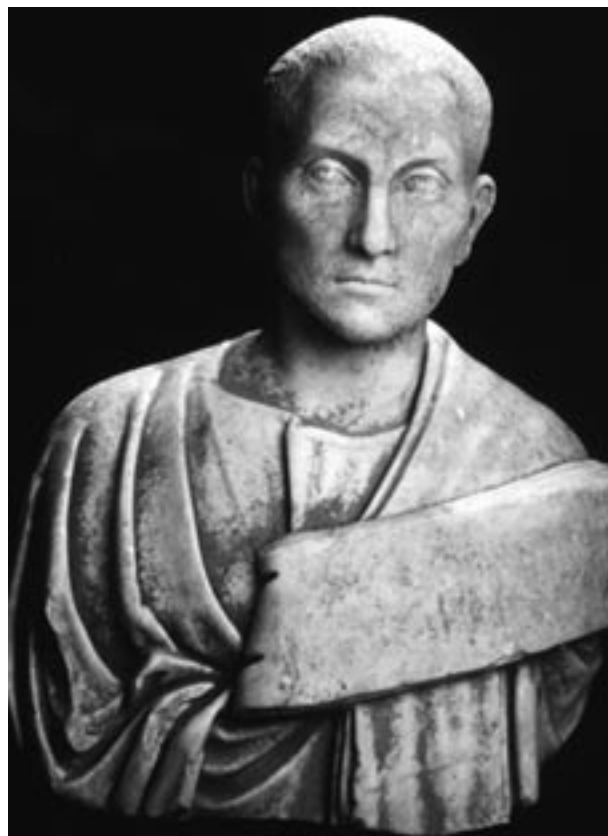


Fig. 7. a) Busto-retrato de un joven del siglo III d.C. procedente de la villa romana de La Majona, en Don Benito (foto: L. Uclés).



Fig. 7. b) Lauda sepulcral de *Optimus*, sobre mosaico, procedente de Tarraco (foto: Museu Nacional Arqueològic de Tarragona).

Bibliografía

- ABAD, L. (ed.) 2003: *De Iberia in Hispaniam. La adaptación de las sociedades ibéricas a los modelos romanos*, Alicante.
- ABÁSULO, J. A. 2008: «El primer horizonte de escultura romana en la meseta: las estelas de guerrero», en: NOGUERA, J. M. (ed.): *Actas de la V Reunión de Escultura Romana en Hispania*, Murcia, 151-163.
- ALARCÃO, J. 2006: «Os modelos romanos e os traslados provinciais na Lusitânia», en: VAQUERIZO, D.; MURILLO, J. F. (eds.): *El concepto de lo provincial en el mundo antiguo. Homenaje a la Profesora Pilar León*, Córdoba, 175-188.
- ALMAGRO, M.; RUIZ ZAPATERO, G. 1992: *Paleoetnología de la península ibérica. Complutum* 2-3, Madrid.
- ALMAGRO, M. 1998: «Hispania a la llegada de Roma», en: ÁLVAREZ MARTÍNEZ, J. M.^a; ALMAGRO, M. (eds.): *Hispania, el legado de Roma. En el año de Trajano*, Zaragoza, 39-51.
- ALMAGRO, M.; MONEO, T. 2000: *Santuarios urbanos en el mundo ibérico*, Madrid.
- ÁLVAREZ MARTÍNEZ, J. M.^a; ALMAGRO, M. (eds.) 1998: *Hispania, el legado de Roma. En el año de Trajano*, Zaragoza.
- ÁLVAREZ SANCHÍS, J. R. 2003: «La Edad del Hierro en la Meseta occidental», *MM*, 44, 346-386.
- ANDREU, J. 2004: *Munificiencia pública en la provincia Lusitania (siglos I-IV)*, Zaragoza.
- ARANEGUI, C. 2006: «Imaginario ibérico», en VAQUERIZO, D.; MURILLO, J. F. (eds.): *El concepto de lo provincial en el mundo antiguo. Homenaje a la Profesora Pilar León*, Córdoba, 113-124.
- 2004: *Sagunto. Oppidum, emporio y municipio romano*, Barcelona.
- 1990: «Sagunto», en: TRILLMICH, W.; ZANKER, P. (eds.): *Stadtbild und Ideologie. Die Monumentalisierung hispanischer Städte zwischen Republik und Kaiserzeit*, Munich, 241-250.
- ARANEGUI, C.; MOHEN, P.; ROUILLARD, P. (eds.) 1998: *Los Iberos: príncipes de Occidente*, Barcelona.
- ARCE, J. 1986: *El último siglo de la España romana (284-409)*, Madrid.
- BALIL, A. 1977-1978: *Esculturas romanas de la península ibérica, I-VIII*, Valladolid.
- BARTELS, H. 1963: *Studien zum Frauenporträt der augusteischen Zeit. Fulvia, Octavia, Livia, Julia*, Munich.
- BARTMAN, E. 1999: *Portraits of Livia. Imaging the Imperial Woman in Augustan Rome*, Cambridge.
- BELTRÁN FORTES, J.; GARCÍA, M. A.; RODRÍGUEZ OLIVA, P. 2006: *Los sarcófagos romanos de Andalucía. CSIR-España*, I, 3, Murcia.
- BENDALA, M. 1990: «El plan urbanístico de Augusto en Hispania: precedentes y pautas macroterritoriales», en: TRILLMICH, W.; ZANKER, P. (eds.): *Stadtbild und Ideologie. Die Monumentalisierung hispanischer Städte zwischen Republik und Kaiserzeit*, Munich, 25-42.
- BERGMANN, M. 1997a: «Zu den Porträts des Trajan und Hadrian», en: *Itálica MMCC. Actas de las jornadas del 2200 aniversario de la fundación de Itálica, (Sevilla 8-11 noviembre 1994)*, Sevilla, 137-153.
- 1997b: «Sobre los retratos de Trajano y Adriano», en: *Itálica MMCC. Actas de las jornadas del 2200 aniversario de la fundación de Itálica, (Sevilla 8-11 noviembre 1994)*, Sevilla, 234-240.
- BLANCO, A. 1978: *Historia del Arte Hispánico I. La Antigüedad* 2, Madrid.
- BONIFACIO, R. 1997: *Ritratti romani da Pompei*, Roma.
- BOSCHUNG, D. 2002: *Gens Augusta. Untersuchungen zu Aufstellung, Wirkung und Bedeutung der Statuengruppen des julisch-claudischen Kaiserhauses*, Mainz am Rhein.
- 1993: *Die Bildnisse des Augustus*, Berlín.
- 1987: *Antike Grabaltäre aus den Nekropolen Roms*, Berna.

- BRAEMER, F. 1959: *Les stèles funéraires à personnages de Bordeaux I-III^e siècles*, París.
- CABRERA, P.; SÁNCHEZ, C. (eds.) 1998: *Los griegos en España. Tras las huellas de Heracles*, Madrid.
- CAIN, P. 1993: *Männerbildnisse neronisch-flavischer Zeit*, Munich.
- CERRILLO, E.; CRUZ, M. 1993: «La plástica indígena y el impacto romano en la Lusitania», en: NOGALES, T. (ed.): *Actas de la I Reunión sobre Escultura Romana en Hispania*. Mérida, 159-180.
- CLAVERIA, M. 2001: *Los sarcófagos romanos de Cataluña*. CSIR-España. I, 1, Murcia.
- CORZO, R. 2006: «Adquisición y comunicación de modelos en la escultura ibérica», en: VAQUERIZO, D.; MURILLO, J. F. (eds.): *El concepto de lo provincial en el mundo antiguo. Homenaje a la Profesora Pilar León*, Córdoba, 101-112.
- DE FRANCISCO, J. 1989: *Conquista y romanización de Lusitania*, Salamanca.
- DÖHL, H.; ZANKER, P. 1979: «La scultura», en: ZEVI, F. (ed.): *Pompei 79*, Nápoles, 177-210.
- DUPRÉ, X. (ed.) 2004a: *1. Córdoba. Colonia Patricia Corduba*, Roma.
- 2004b: *2. Mérida. Colonia Augusta Emerita*, Roma.
- 2004c: *3. Tarragona. Colonia Urbs Triumphalis Tarraco*, Roma.
- EDMONSON, J. 2006: *Granite funerary stelae from Augusta Emerita*, Mérida.
- EDMONSON, J.; NOGALES, T.; TRILLMICH, W. 2001: *Imagen y Memoria. Monumentos funerarios con retratos en la colonia Augusta Emerita*, Madrid.
- EISNER, M. 1986: *Zur Typologie der Grabbauten im Suburbium Roms*, Mainz am Rhein.
- EVERS, C. 2000: «I ritratti di Adriano: “varius, multiplex, multiformis”», en: ADEMBRI, B.; MELUCCO, A.; REGGIANI, A. M. (eds.): *Adriano, architettura e progetto*, Milán, 20-22.
- 1999: «Les portraits d’Hadrien: “varius, multiplex, multiformis”», en: GAFFIOT, J. CH.; LAVAGNE, H. (eds.): *Hadrien, Trésors d’une villa impériale*, Milán, 13-16.
- 1994: *Les portraits d’Hadrien. Typologie et ateliers*, Bruselas.
- FITTSCHEN, K. 1994: s.v. «Adriano», *EAA supp*, 1971-1994.
- FITTSCHEN, K.; ZANKER, P. 1985: *Katalog der römischen Porträts in den Capitolinischen Museen und den anderen kommunalen Sammlungen der Stadt Rom, Kaiser- und Prinzenbildnisse*, Mainz am Rhein.
- GARCÍA Y BELLIDO, A. 1949: *Esculturas romanas de España y Portugal*, Madrid.
- GARRIGUET, J. A. 2006: «¿Provincial o foráneo? Consideraciones sobre la producción y recepción de retratos imperiales en Hispania», en: VAQUERIZO, D.; MURILLO, J. F. (eds.): *El concepto de lo provincial en el mundo antiguo. Homenaje a la Profesora Pilar León*, Córdoba, 143-194.
- 2001: *La imagen del poder imperial en Hispania. Tipos estatuarios*. España. CSIR II, 1, Murcia.
- GONÇALVES, L. J. 2007: *Escultura romana em Portugal: uma arte do quotidiano*, Mérida.
- GORGES, J. G.; RODRÍGUEZ, G. (eds.) 1999: *Économie et territoire en Lusitanie romaine*, Madrid.
- GROS, P. 2000: «L’évolution des centres monumentaux des cités italiennes en fonction de l’implantation du culte impérial», en: CEBÉILLAC-GERVASONI, M. (ed.): *Les elites municipales de l’Italie péninsulaire de la mort de César à la mort de Domitien. Entre continuité et rupture. Les classes sociales dirigeantes et pouvoir central*, Roma, 316-318.
- GUITART, J.; PADRÓS, P. 1990: «Baetulo, Cronología y significación de sus monumentos», en: TRILLMICH, W.; ZANKER, P. (eds.): *Stadtbild und Ideologie. Die Monumentalisierung hispanischer Städte zwischen Republik und Kaiserzeit*, Munich, 165-177.
- HESSBERG, H. VON 1992: *Römischen Grabbauten*, Darmstadt.
- 1993: «Römische Grabbauten in den hispanischen Provinzen», en: TRILLMICH, W. (ed.): *Hispania Antiqua. Denkmäler der Römerzeit*, Mainz am Rhein, 159-181.
- JAECCI, O. 1999: *Der Hellenismus auf der Iberischen Halbinsel*, Mainz am Rhein.
- KISS, Z. 1975: *L’iconographie des princes julio-claudiens au temps d’Auguste et de Tibère*, Varsovia.
- KOCKEL, V. 1984: *Die Grabbauten von der Herkulaner Tor in Pompeji*, Mainz am Rhein.
- 1993: *Porträtreliefs stadtrömischer Grabbauten: ein Beitrag zur Geschichte und zum Verständnis des spätrepublikanisch-frühkaiserzeitlichen Privatporträts*, Mainz am Rhein.
- KOPPEL, E. M. 2004: «9. La escultura», en: DUPRÉ, X. (ed.): *3. Tarragona. Colonia Urbs Triumphalis Tarraco*, Roma, 111-122.
- KOPPEL, E. M. 2009: «Los retratos funerarios en piedra de los talleres locales en Tarraco», en *X Colloque sur l’Art Provincial romain (Arles-Aix-en-Pce 2007)*, Arles-Aix, 505-511.
- 1985: *Die römischen Skulpturen von Tarraco*, Berlín.
- 1990: «Relieves arquitectónicos de Tarragona», en: TRILLMICH, W.; ZANKER, P. (eds.): *Stadtbild und Ideologie. Die Monumentalisierung hispanischer Städte zwischen Republik und Kaiserzeit*, Munich, 327-340.
- KLEINER, D. E. E. 1977: *Roman Group Portraiture. The Funerary Reliefs of the Late Republic and Early Empire*, Nueva York-Londres.
- LANCHA, J. 1989: «Le rinceau aux médaillons de la mosaïque d’Achille (Pedrosa de la Vega): essai d’interpretation», en: VV. AA.: *Mosaicos romanos. In Memoriam Manuel Fernández-Galiano*, Madrid, 169-180.

- LEÓN, P. 2001: *Retratos romanos de la Bética*, Sevilla.
- 1998: «La imagen en la cultura ibérica. La escultura», en: *Los Iberos: príncipes de Occidente*. Barcelona, 153-169.
- 1995: *Esculturas de Itálica*, Sevilla.
- 1990: «Ornamentación escultórica y monumentalización en las ciudades de la Bética», en: TRILLMICH, W.; ZANKER, P. (eds.): *Stadtbild und Ideologie. Die Monumentalisierung hispanischer Städte zwischen Republik und Kaiserzeit*, Munich, 366-380.
- 1980: «Die übernahme des römischen Porträts in Hispanien am Ende der Republik», *MM*, 21, 165-179.
- MARTÍN BRAVO, A. M. 1999: *Orígenes de Lusitania. El I Milenio a.C. en la Alta Extremadura*, Madrid.
- MEGOW, W. -R. 2005: *Republikanische Bildnis-Typen*, Frankfurt.
- MELCHOR, E. 1999: *La munificentia cívica en el mundo romano*, Madrid.
- MONEO, T. 2003: *Religio ibérica. Santuarios, ritos y divinidades (siglo VII-I a.C.)*, Madrid.
- MORAND, I. 1994: *Idéologie, culture et spiritualité chez les propriétaires ruraux de l'Hispanie romaine*, París.
- MOSCATI, S. 1988: *Los Fenicios*, Barcelona.
- NEUDECKER, R. 1988: *Die Skulpturen-Ausstattung römischer Villen in Italien*, Mainz am Rhein.
- NISTA, L. 1992: *Imagines. Opere del Museo Nazionale Romano al San Michele a Ripa*, Roma.
- NOGALES, T. 2007: «Culto imperial en Augusta Emerita: imágenes y programas urbanos» en: NOGALES, T.; GONZÁLEZ, J. (eds.): *Culto imperial: política y poder*, Roma, 447-539.
- 2004: *Augusta Emerita. Territorios, espacios, imágenes y gentes en Lusitania Romana*, Mérida.
- 2003: «*Colonia Augusta Emerita* (Mérida): Von der Granitstadt zur Marmorstadt», en: TRILLMICH, W. (ed.): *Die Stadt als GrossBaustelle, von der Antike bis zur Neuzeit*, Berlín, 83-87.
- 2001: «Autorrepresentación de las elites provinciales: el ejemplo de Augusta Emerita», en: DEMOUGIN, S.; NAVARRO, M. (eds.): *Les elites hispano-romaines*, Burdeos, 121-139.
- 1998: «El retrato en Hispania», en: ÁLVAREZ MARTÍNEZ, J. M^a; ALMAGRO, M. (eds.): *Hispania, el legado de Roma. En el año de Trajano*, Zaragoza, 313-320.
- 1997a: «Ritratti di provinciali. Imagini dei nuovi coloni nelle nuove colonie», en: ARCE, J.; ENSOLI, S.; LA ROCCA, E. (eds.): *Hispania Romana. Da terra di conquista a provincia dell'Impero*, Roma, 112-115.
- 1997b: *El retrato privado en Augusta Emerita*, I-II, Badajoz.
- NOGALES, T.; ÁLVAREZ MARTÍNEZ, J. M^a. 2006: «*Fora Augustae Emeritae*. La interpretatio provincial de los patrones metropolitanos», en: VAQUERIZO, D.; MURILLO, J. F. (eds.): *El concepto de lo provincial en el mundo antiguo. Homenaje a la Profesora Pilar León*, Córdoba, 419-450.
- NOGALES, T.; CREUS, M. L. 1999: «Escultura de villae en el territorio emeritense: nuevas aportaciones», en: GORGES, J. G.; RODRÍGUEZ, G. (eds.): *Économie et territoire en Lusitanie romaine*, Madrid, 499-523.
- NOGALES, T.; GONÇALVES, L. J. 2008: «Programas decorativos públicos en Lusitania: Augusta Emerita como paradigma en algunos ejemplos provinciales», en: NOGUERA, J. M. (ed.): *Actas de la V Reunión de Escultura Romana en Hispania*, Murcia, 145-178.
- 2004: «*Imagines Lusitaniae*: la plástica oficial de Augusta Emerita y su reflejo en algunas ciudades lusitanas», en: NOGALES, T. (ed.): *Augusta Emerita. Territorios, espacios, imágenes y gentes en Lusitania Romana*, Mérida, 285-338.
- NOGALES, T.; GONÇALVES, L. J.; LAPUENTE, P. 2009: «Materiales lapídeos, mármoles y talleres en Lusitania», en: NOGALES, T.; BELTRÁN, J. (eds.): *Marmora Hispana: explotación y uso de los materiales pétreos en Hispania romana*, Roma, 407-466.
- NOGALES, T.; GONZÁLEZ, J. (eds.) 2007: *Culto imperial: política y poder*, Roma.
- NOGALES, T.; MÁRQUEZ, J. 2002: «Espacios y tipos funerarios en Augusta Emerita», en: VAQUERIZO, D. (ed.): *Espacios y usos funerarios en el Occidente romano*, Córdoba, 113-144.
- NOGUERA, J. M. 2008 (ed.): *Actas de la V Reunión de Escultura Romana en Hispania*, Murcia.
- 1996: «Aproximación a un primer Corpus de la plástica romana de época imperial de la Colonia Iulia Ilici Augusta (Elche, Alicante)», en: *Actas de la II Reunión de Escultura Romana en Hispania*, Tarragona, 285-318.
- 1991: *La ciudad romana de Carthago Noua: la escultura*, Murcia.
- NOGUERA, J. M.; CONDE, E. (eds.) 2001: *El sarcófago romano. Contribuciones al estudio de su tipología, iconografía y centros de producción*, Murcia.
- OLMOS, R.; IGUACEL, P.; TORTOSA, P. (eds.) 1992: *La sociedad ibérica a través de la imagen*, Barcelona.
- PAPINI, M. 2004: *Antichi volti della Repubblica. La ritrattistica in Italia centrale tra IV e II secolo AC*, Roma.
- PÉKARY, TH. 1995: «Lo que nos cuentan las fuentes antiguas sobre los retratos romanos», en: VV. AA: *La mirada de Roma. Retratos romanos de los museos de Mérida, Toulouse y Tarragona*, Tarragona, 260-271.
- PÉREZ VILATELA, L. 2004: *Lusitania: Historia y Etnología*, Madrid.
- PEANNER, M. 1990: «Modelle römischer Stadtentwicklung am Beispiel hispaniens und der westlichen Provinzen», en: TRILLMICH, W.; ZANKER, P. (eds.): *Stadtbild und Ideologie. Die Monumentalisierung hispanischer Städte zwischen Republik und Kaiserzeit*, Munich, 59-116.

- 1989: «Über das Herstellen von Porträts. Ein Beitrag zu Rationalisierungsmassnahmen und Produktionsmechanismen von Massenware im späten Hellenismus und in der römischen Kaiserzeit», *JdI*, 104, 157-257.
- RAMALLO, S. (ed.) 2004: *La decoración arquitectónica en las ciudades romanas de Occidente*, Murcia.
- REGGIANI, A. M. 2006: «La galería laudatoria de la dinastía *Ulpia Aelia* en la Villa Adriana», en: VAQUERIZO, D.; MURILLO, J. F. (eds.): *El concepto de lo provincial en el mundo antiguo. Homenaje a la Profesora Pilar León*, Córdoba, 87-102.
- RODÀ, I. 2009: «Los talleres de la ciudad de *Barcino* (Barcelona)», en: *X Colloque sur l'art provincial romain (Arles-Aix-en-Pce 2007)*, Arles-Aix-en-Pce, 513-529.
- «El retrato romano en el noroeste de la Tarraconense», en: *Quaderni de «La Ricerca Scientifica»*, 116. *Atti della II Conferenza Internazionale sul Ritratto Romano*, Roma, 453-462.
- ROSE, CH. B. 1997: *Dynastic Commemoration and Imperial Portraiture in the Julio-Claudian period*, Nueva York.
- ROSSO, E. 2006: *L'image de l'empereur en Gaule romaine*, París.
- RUIZ DE ARBULO, J. (ed.) 2004: *Simulacra Romae. Roma y las capitales provinciales del Occidente europeo. Estudios Arqueológicos*, Tarragona.
- SAQUETE, J. C. 1997: *Las elites sociales de Augusta Emerita*, Mérida.
- SCHULTEN, A. 1958-1963: *Geografía y etnología antiguas de la península ibérica I-II (Iberische Landeskunde)*, Madrid.
- SOUZA, V. DE 1990: *Corpus Signorum Imperii Romani. Portugal*, Coimbra.
- TRILLMICH, W. 2006: «La contemporaneidad de lo heterogéneo: continuidad formal y transformación estilística del modelo urbano en la escultura "provincial" emeritense», en: VAQUERIZO, D.; MURILLO, J. F. (eds.): *El concepto de lo provincial en el mundo antiguo. Homenaje a la Profesora Pilar León*, Córdoba, 233-247.
- 2004a: «Monumentalización del espacio público emeritense como reflejo de la evolución histórica colonial: el ejemplo del teatro emeritense y sus fases», en: NOGALES, T. (ed.): *Augusta Emerita. Territorios, espacios, imágenes y gentes en Lusitania romana*, Mérida, 275-284.
- 2004b: «Los programas arquitectónicos de época julio-claudia en la colonia *Augusta Emerita*», en: RAMALLO, S. (ed.): *La decoración arquitectónica en las ciudades romanas de Occidente*, Murcia, 321-335.
- 1998: «Las ciudades hispanorromanas: reflejos de la metrópoli», en: ÁLVAREZ MARTÍNEZ, J. M^a; ALMAGRO, M. (eds.): *Hispania, el legado de Roma. En el año de Trajano*, Zaragoza, 183-195.
- 1997: «Il modello della metropoli», en: ARCE, J.; ENSOLI, S.; LA ROCCA, E. (eds.): *Hispania Romana. Da terra di conquista a provincia dell'Impero*, Roma, 131-141.
- 1993: *Hispania Antiqua. Denkmäler der Römerzeit*, Mainz am Rhein.
- 1988: «Abhängigkeit und Entfernung des hispanischen Privatporträts vom Vorbild Roms», en: *Quaderni della Ricerca Scientifica* 116. *Atti della II Conferenza Internazionale sul Ritratto Romano*, Roma, 527-534.
- TRILLMICH, W.; ZANKER, P. (eds.) 1990: *Stadt und Ideologie. Die Monumentalisierung hispanischer Städte zwischen Republik und Kaiserzeit*, Munich.
- VAQUERIZO, D. 2002: *Espacios y usos funerarios en el Occidente romano*, Córdoba.
- VIDAL, S. 2005: *La escultura hispánica figurada de la Antigüedad Tardía (siglos IV-VII)*. España, CSIR, II, 2, Murcia.
- WEGNER, M. 1966: *Das römische Herrscherbild. Die Flavien*, Berlín.
- 1956: *Hadrian, Plotina, Marciana, Matidia, Sabina. Das römische Herrscherbild II*, 3, Berlín.
- 1939: *Das römische Herrscherbild. Die Herrscherbildnisse in antoninischer Zeit*, Berlín.
- WINKES, R. 1995: *Livia, Octavia, Iulia. Porträts und Darstellungen*, Louvain-la-Neuve.
- ZANKER, P. 2002: *Un arte per l'Impero. Funzione e intenzione delle immagini nel mondo romano*, Milán.
- 1992: *Augusto y el poder de las imágenes*, Madrid.
- 1975: «Grabreliefs römischer Freigelassener», *JdI*, 90, 267-315.

EL CULTO IMPERIAL Y SU PROYECCIÓN EN HISPANIA

Fernando Lozano Gómez

Universidad de Sevilla

Jaime Alvar Ezquerra

Universidad Carlos III de Madrid

Resumen

El presente trabajo ofrece una introducción general a los aspectos más importantes del culto imperial en las provincias hispanas. Se atiende, especialmente, a su significado, a su cronología y, por supuesto, a las pautas que siguió en su desarrollo e implantación. Así, se plantea la cuestión de la relación entre la *deuotio iberica* y los orígenes del culto al emperador, el verdadero alcance cívico y contenido de su ritual, y los principales agentes dinamizadores del mismo; todo ello desde el prisma de la revisión de la vastísima producción historiográfica vertida sobre la cuestión en los últimos años.

Palabras clave

Culto imperial, *deuotio iberica*, sacerdocios, culto oficial, cronología del culto imperial, ritual.

Abstract

This paper presents a general introduction to central aspects of Emperor Worship in the Hispanic Provinces. The paper deals with the significance, chronology and development of such an important ritual in roman public life. In this way, the article reflects on the question of the relationship between the *deuotio iberica* and the origins of imperial cult in *Hispania*, on its true civic and political importance and on the main agents that revitalized it. All these aspects are studied taking in consideration the substantial historiographical production of the past few years.

Keywords

Imperial Cult, *Deuotio iberica*, Priesthoods, Official Cult, Imperial Cult Chronology, Rituals.

Poco después de la batalla de Accio (31 a.C.), en la que Octavio había derrotado a Marco Antonio, el nuevo gobernante de Roma reorganizó las provincias orientales. Entre las acciones que emprendió se encuentra la regulación del culto imperial. El historiador griego Casio Dión explica en qué consistieron las medidas (Dio Cass. 61, 20, 6-8):

«Octavio mientras tanto, además de organizar muchas cuestiones, ordenó que fuera erigido un templo en honor de Roma y de su padre César, al que denominó Héroe Julio, tanto en Éfeso como en Nicea, las dos ciudades más ilustres de Asia y Bitinia y ordenó a los ciudadanos romanos que habitaban allí a rendirle los honores debidos. Por otra parte, permitió a los extranjeros, llamados griegos, la erección de un templo en su honor: los asiáticos en Pérgamo y los bitinios en Nicomedia. Estos hechos, que comenzaron en este momento, se repitieron con otros emperadores, no solo entre los griegos sino entre todas las poblaciones sometidas a Roma.»

Como indica Casio Dión al final de la cita anterior, estas prácticas rituales se siguieron llevando a cabo durante todo el Principado y se convirtieron, de hecho, en una de las manifestaciones religiosas más frecuentes en el Imperio y en la única compartida plenamente por el conjunto de las comunidades sometidas a Roma. La historiografía moderna ha dado el nombre de culto imperial a este conjunto de rituales de carácter divino consagrados a los emperadores y sus familiares (Scheid 2001, 85-105). Se trata, con todo, de una denominación que no se acuñó en la Antigüedad, pero que resulta explicativa y útil para el investigador actual (Bickerman 1973, 26). La importancia de este tipo de culto en el Imperio ha sido destacada por numerosos investigadores (Alföldy 1996), aunque no hay acuerdo sobre su alcance y significado, pues mientras unos mantienen que jamás hubo una divinización oficial del emperador viviente (Fishwick 1991), otros sostienen lo contrario, pues consideran probado el hecho incluso en Occidente, desde el primero de los emperadores (Clauss 1999), y hasta se ha buscado una solución intermedia, según la cual no se habría formulado la idea de un emperador-dios, pero sí la de un súper-hombre, asistido por los propios dioses que lo hacen copartícipe de sus poderes divinos (Panciera 2003, 215-239). El interés que despierta en la actualidad, fruto en parte de la propia alienidad con la que el moderno observador contempla unas prácticas religiosas que convertían a hombres en dioses, en muchos casos, durante su propia vida, se plasma en la abundancia de estudios sobre este fenómeno, tanto en obras generales sobre la religión romana, como en monografías que, de un modo u otro, penetran en el conocimiento de esta expresión cultural (Hopkins 1978, 197-242; Price 1984; Fishwick 1987-2004; Clauss 1999). Muchas regiones y provincias cuentan con estudios particulares sobre la

forma en la que se llevó a cabo en ellas el culto imperial (Étienne 1958; Liertz 1998; Villaret 1999; Sastre 2001; Gradel 2002; Herrmann 2002). El número de estudios locales, en el marco de la religión cívica, es aún más abundante (Friesen 1993; Hoskins-Walbank 1996; Spawforth 1997; Campanile 2001; Lozano 2002a; Strubbe 2006).

El presente trabajo es una introducción al culto imperial en su plasmación concreta en las provincias hispanas durante el Principado. Nuestra intención es apuntar las características generales de esta manifestación religiosa, dando un énfasis específico a la explicación de la organización territorial del culto, las valoraciones que se han realizado sobre su surgimiento y los elementos principales que implicaba. La discriminación de estos asuntos frente a otros posibles temas se debe a que el culto imperial en Hispania, en su totalidad, resulta demasiado amplio como para abordarlo en estas páginas, debido al incremento de información en las últimas décadas por la magnitud de estudios locales. El tema reclama una inmediata tesis doctoral de actualización.

El punto de partida sigue siendo la monografía del investigador francés R. Étienne (1958), que debe acompañarse necesariamente del amplio trabajo de D. Fishwick (1987-2004) sobre el culto a los emperadores en el Occidente romano: la obra fundamental de referencia en este ámbito, en la que se dedica gran atención a los desarrollos propios de Hispania. Recientemente el Congreso de 2006 en Mérida, ha sido editado por Nogales/González 2007. Junto a estos trabajos monumentales, destacan los estudios regionales o locales a los que hacíamos referencia con antelación. Muchas ciudades cuentan con análisis particulares muy detallados. Entre ellas destacan las capitales provinciales (Garriquet 1997): *Emerita* (Mateos 2007; Saquete/Álvarez Martínez 2007; Trillmich 2007; Nogales 2007), *Corduba* (Ventura 2007; Garriquet 2007) y *Tarraco* (Fishwick 1996); pero también otros núcleos, como *Segobriga* (Abascal/Almagro-Gorbea/Noguera/Cebrián 2007), *Italica* (Luzón/Castillo 2007; Peña 2007) o *Astigi* (García-Dils/Ordóñez 2007), por citar solo algunos casos señalados que han recibido atención recientemente. También existen valoraciones regionales como el reciente trabajo de M. Carrilero y M. J. López sobre la expansión del culto imperial en la campaña de Córdoba (Carrilero/López Medina 2002).

Otros aspectos de estas prácticas, como la problemática de los sacerdocios y la prosopografía de los próceres que los ocuparon, han recibido, asimismo, la atención de los investigadores (Delgado 1998; así como la contribución de M. González en este mismo volumen). Junto a estos asuntos, también ha sido objeto de análisis la función que tuvieron los libertos en el culto imperial (Serrano Delgado 1988; Rodríguez Cortés 1991; Jordán 2003, 2004; Castillo 2003).

Una nueva religión para el Imperio: el culto a los emperadores

El surgimiento del culto imperial —es decir, de la realización de culto divino en honor a los gobernantes del Mediterráneo, ya fuera al César en persona o a las potencias divinas asociadas a él, como el Genio o los Lares o sus familiares— se debe entender, en primera instancia, como reflejo en el imaginario religioso de las transformaciones sociales y políticas propias del Principado; se trata, por tanto, de un claro ejemplo de una institución religiosa que, mediante la sacralización del poder político, naturaliza un sistema socioeconómico, en este caso, el de la Roma imperial (Alvar 1999a). Una naturalización que resultaba explicativa tanto para el gobierno central, como para las poblaciones del Imperio. Así, en palabras de K. Hopkins (Hopkins 1978, 242), «los rituales del culto imperial proporcionaron el contexto en el que los habitantes de ciudades extendidas por miles de kilómetros a lo largo de todo el Imperio podían celebrar su pertenencia a una única entidad política y mostrar el lugar que ocupaban dentro de ella».

La labor declarativa que es característica del culto imperial (Price 1984), sin embargo, no justifica únicamente el desarrollo de esta nueva religión del poder. También es necesario contemplar las posibilidades políticas que ofreció el nuevo sistema de rituales, tanto para los gobernantes romanos, como para los oligarcas locales que fueron, en definitiva, los máximos beneficiarios de la ruptura del sistema republicano anterior. El culto imperial, pues, es la naturalización en el ámbito religioso de las transformaciones que se produjeron en Roma en el paso de la República al Imperio, pero fue, a su vez, herramienta ideológica para el mantenimiento del sistema que lo vio nacer. Recientemente, R. Gordon ha realizado un estudio sobre la iconografía imperial y el culto a los Césares, en el que ha prestado especial interés a este factor particular de la adoración a los Césares. Sus conclusiones resultan especialmente interesantes: «Podemos considerar los testimonios iconográficos conservados (e incluso los epigráficos) no solo muestras de un proceso de naturalización, sino testimonios o afirmaciones en sí mismas del inabarcable abanico de posibilidades de actuación que tuvo el emperador: una abundancia de opciones comparable a la que tradicionalmente era propia de los dioses. Independientemente de la propia humanidad de los emperadores, de las elecciones políticas reales que estuvieran a su alcance y de sus responsabilidades administrativas, la imaginaria del culto imperial sugiere que los Césares gozaron de una libertad ilimitada de acción y, en ese sentido, de un poder sin límite» (Gordon 2001, 113). Precisamente, al desarrollo de este estudio se dedica un volumen en el que se analizan las manifestaciones materiales del

poder con sus mecanismos de autorrepresentación y de percepción (De Blois *et al.* 2003).

Las transformaciones que se produjeron en el Principado a las que se viene haciendo referencia tienen que ver, fundamentalmente, con los cambios políticos y, más en concreto, con la aparición de la figura del emperador. A las novedades más patentes en el ámbito político, entre las que destacan el control del ejército y los órganos de decisión principales (Crook 1996), se deben sumar las mutaciones en la religión tradicional, pues durante este periodo los Césares se convirtieron, además, en los benefactores principales de los dioses y en los garantes últimos de la correcta relación de los romanos con sus divinidades; del mantenimiento, en definitiva de lo que Max Weber denominó la teodicea de la Buena Fortuna. Esta tarea se plasmó en una amplia política de construcción y mantenimiento de las creencias tradicionales, así como en la dirección de la religión romana mediante el desempeño de los sacerdotes principales. La labor de Augusto en la creación de este sistema es básica, ya que a él se debe la reconstrucción religiosa —denominada con frecuencia «renacimiento»— que acompañó a los cambios políticos introducidos al comienzo del Principado. Sin duda, uno de los objetivos principales de esta reforma religiosa, que se camufló de quimérica vuelta a los orígenes primitivos de las tradiciones de la ciudad, fue el sustentar la nueva figura del emperador y el sistema político en el que se apoyaba (Liebeschuetz 1979, 55-100; Beard/North/Price 1998, 181-206). La actividad edilicia del primero de los Césares ocupó un lugar fundamental en su política y así se plasmó en la relación que realizó de sus acciones en sus *Res Gestae* (19, 1; trad. de A. Alvar):

«Construí la Curia y junto a ella el Calcídico y el templo de Apolo, con pórticos, en el Palatino y el templo del Divino Julio, el Luperkal, el pórtico junto al Circo Flamínio, que permití se le llamara Octavio por el nombre del que primero lo edificara sobre este solar, el pulvinar frente al Circo Máximo, los templos de Júpiter Feretrio y de Júpiter Tonante en el Capitolio, el templo de Quirino, los templos de Minerva, de Juno Regina y de Júpiter Libertas en el Aventino, un templo a los Lares en lo más alto de la Vía Sacra, un templo de los dioses Penates en Velia, el templo de Iuventus y el templo de Mater Magna en el Palatino.»

En paralelo a esta política masiva de construcciones, el emperador Augusto comenzó a acaparar las dignidades religiosas más elevadas de la República (Gordon 1990, 179-198). De forma paulatina, se hizo con los sacerdocios más importantes; se situó a la cabeza de la religión familiar, al convertirse en *Pater Patriae*, y consiguió el control de los colegios religiosos principales: «Se convirtió en *pontifex* el año 48 a.C., *augur* en el 41-40 a.C., *quindecimuir sacris faciundis* en torno al año 37 a.C., y *septemuir epulonum* en 16 a.C. [...]

Además, Augusto fue miembro de tres de los colegios inferiores: *frater Arualis, sodalis Titius y fetialis*» (Beard/North/Price 1998, 186. Véase: Aug. *RG.* 7, 3). El más importante de todos los sacerdocios, el puesto de *Pontifex Maximus*, también cayó en sus manos y se convirtió en el referente fundamental de la situación de los Césares al frente de la religión tradicional romana (Beard 1990, 34-48). Este cargo, además, pasó a ser patrimonio exclusivo de los emperadores y no dejó ya la familia imperial hasta la renuncia expresa del cargo por Graciano a finales del siglo IV.

El emperador se convirtió, así, en el máximo dirigente político y religioso del Mediterráneo. Y, por tanto, también se presentó como la instancia suprema para otorgar bienes a los hombres y al mundo; en especial, la permanencia de la vida política y social del Imperio. Esta doble potencialidad de los emperadores es evidente, por ejemplo, en el decreto que aprobó la ciudad de Acrefia, en Beocia, en honor a Nerón por haber liberado Grecia (c. 66 d.C.) (*IG*, VII, 2713, ll. 31-46; trad. J. M. Cortés Copete):

«Puesto que el señor de todo el Universo, Nerón, el más grande de los emperadores, designado para su decimotercera potestad tribunicia, padre de la patria, Nuevo Helios que resplandece sobre los griegos, ha preferido convertirse en el benefactor de la Hélade, correspondiendo y dando muestras de piedad para con nuestros dioses que siempre han estado a su lado por su providencia y salvación, la libertad, un bien propio de nuestro país por siempre y autóctono pero en el pasado arrebatada a los helenos, el único y el más grande de los emperadores de toda la eternidad, convertido en amante de Grecia, Nerón, Zeus Libertador, nos la ha concedido y otorgado graciosamente, y ha restablecido a la Hélade en su antigua autonomía y libertad añadiendo a este gran e inesperado don también la exención de todos los tributos, lo que ninguno de los anteriores Augustos concedió completamente.»

Este decreto constituye un buen ejemplo de la complejidad inherente al culto imperial puesto que menciona al emperador como sacerdote (*pontifex maximus*) y, por tanto, como fiel devoto de los dioses («correspondiendo y dando muestras de piedad para con nuestros dioses») y receptor de la ayuda de las propias divinidades con las que se le estaba comparando («nuestros dioses que siempre han estado a su lado por su providencia y salvación»); pero, también, como dios en sí mismo («Nuevo Helios que resplandece sobre los griegos», «Nerón, Zeus Libertador»), ya que él mismo puede conceder beneficios a los hombres, comparables a los que aportaban los dioses tradicionales, en este caso, la libertad de los griegos. Por ello, el documento termina con la instauración de un culto divino en honor del emperador (*IG*, VII, 2713, ll. 46-55; trad. J. M. Cortés Copete):

«Por todo esto sea decretado por los arcontes, los miembros del Consejo y el Pueblo que se consagre un altar junto al existente consagrado a Zeus Salvador con la siguiente inscripción: “A Zeus Eleuterio Nerón por toda la eternidad”; que se consagren también unas estatuas, en el templo de Apolo Ptoio, de Nerón Zeus Eleuterio y de la divina Augusta Mesalina, compartiendo la dedicación del templo con nuestros dioses patrios, para que cuando se celebren los misterios también nuestra ciudad se muestre completamente llena de honor y piedad hacia el [...] de nuestro señor Augusto Nerón; que este decreto, grabado sobre una estela, se coloque en el ágora junto a la estatua de Zeus Salvador y en el templo de Apolo Ptoio.»

El emperador, por tanto, recibe culto, principalmente, por dos motivos. Por una parte, es adorado en tanto que encarnación y símbolo de la sociedad imperial romana. Por otra, recibe culto por su capacidad para mantener el sistema en su equilibrio y por la posibilidad eventual de que realice nuevas y más impresionantes evergesías o proezas en pro de los romanos, los provinciales y el propio sistema al que representaba. En Hispania, aunque la documentación no es tan abundante ni detallada como en el Oriente griego, está presente la misma concepción del poder y el emperador. De esta forma, por ejemplo, la pequeña ciudad de *Aratispi*, la actual Cauche el Viejo, en la provincia de Málaga, dedicó una estatua al recientemente divinizado Trajano como «salvador del género humano» (*CIL*, II²/5, 730; Le Roux 2006, 115; sobre los cultos romanos en la región malacitana, véase: Martínez Maza/Alvar, en prensa):

Imp(eratori) Caesari Diui Neruae f(ilio) / Diuo Traiano Optumo / Aug(usto) Germ(anico) Dacico Parthico pontifici) max(imo) trib(unicia) potest(ate) XXI imp(eratori) / XIII co(n)s(uli) VI pater patriae optumo / maxumoque principi con(servatori) generis humani / res publica Aratipitanorum / decreuit Diuo dedicauit.

[Al emperador César, hijo del divino Nerva, el divino Trajano, óptimo Augusto, Germánico, Dácico y Pártico, pontífice máximo, en su vigésimo primer año como tribuno de la plebe, trece veces aclamado emperador, seis veces cónsul, padre de la patria, bondadosísimo y grandísimo príncipe, salvador del género humano (...)]

En íntima relación con el culto a los emperadores se encuentran otras dos manifestaciones religiosas de suma importancia en el Principado y que merecen ser destacadas aquí. Por un lado, la situación especial del emperador al frente de la religión tradicional de los romanos y, por otro, su posición como detentador supremo de poder político convirtieron a los Césares en los máximos receptores teóricos de la ayuda y el favor divino. De esta forma, una de las prácticas religiosas más frecuentes entre las comunidades sometidas a Roma fue la de realizar todo tipo de sacrificios,

libaciones y plegarias a los dioses para que mantuvieran con vida y salud a los emperadores. Es decir, los Césares otorgaban los mayores bienes a la humanidad y, por ello, recibían los honores divinos que se le acordaban a las entidades más poderosas, los dioses. Pero, a la vez, las otras divinidades también recibían con profusión la adoración de los fieles para que apoyaran, guiaran y, finalmente, concedieran el éxito al emperador y al sistema general de gobierno del que era la encarnación principal y su símbolo más visible.

Junto a estos rituales, otros cultos también se consagraron a la salud del emperador y la perduración de su gobierno, tanto el taurobolio cibélico (Alvar 2001, 2008), como los propios juegos gladiatorios (Lozano 2002a, 71-76). Los Césares se convirtieron en la encarnación más patente del sistema político del Principado y, muy especialmente, en los garantes de la correcta relación entre la comunidad de los romanos y sus dioses tutelares. Su permanencia y su salud, por tanto, pasaron a ser consideradas –con el beneficio obvio que esto suponía para los Augustos– en las garantías más claras del correcto desarrollo de la vida de los hombres y del estado. Por ello, las noticias de la recuperación de Germánico al llegar a Roma hicieron exclamar al pueblo: «Roma está a salvo, la patria está a salvo, porque se ha salvado Germánico» (Suet. *Calig.* 4, 1; trad. F. Lozano).

Por último, la segunda manifestación religiosa que se encuentra en íntima relación con el culto imperial es la adoración a las virtudes imperiales. Esta vinculación estrecha se debe a que las virtudes imperiales y su culto son el reflejo más claro de los deseos que los emperadores y los habitantes del Imperio observaban –o pretendían comunicar– acerca del gobierno y el sistema imperial del Principado (Fears 1981b). Las virtudes imperiales son, en este sentido, la plasmación de las beneficiencias que el régimen imperial pretendía otorgar al Imperio. Son, por tanto, propaganda y deseo de perduración; naturalización y expectativas futuras. Las bondades principales que quiere destacar el emperador aparecen muy prematuramente. Sobresalen entre ellas, ya desde época de Augusto, la virtud, la clemencia, la justicia y la piedad del emperador. Junto a éstas, se encuentra toda una amplia serie de virtudes imperiales, entre las que ocupa un lugar principal, desde luego, la *Victoria* (Fears 1981a, 804-824) –en estrecha relación con su *Virtus*–. Según J. R. Fears, el medio fundamental para el conocimiento de este culto es la iconografía imperial, en especial a través de la numismática, que ha conservado los temas fundamentales de una propaganda mucho más amplia que contaría asimismo con otros medios de difusión más deleznales. Su función principal era la creación consciente de una opinión pública en relación con el gobierno de los Césares: «Las fiestas públicas de todo tipo, las celebraciones locales, los festejos religiosos y,

muy particularmente, los aniversarios y otros eventos y ceremonias imperiales daban muchas oportunidades cada año para la realización de oraciones públicas, proclamas y salutations que celebraran las virtudes del emperador. Estas ocasiones, junto con las actividades del emperador y su cancellería, eran las herramientas fundamentales para dar forma a la opinión pública» (Fears 1981b, 910).

Un buen ejemplo de la diversidad de la religión asociada a los emperadores, y del culto imperial en particular, se encuentra en la capital de *Lusitania*, la actual Mérida, donde aparecen tanto un templo de la *Aeternitas Augusti*, en la que recibían también culto Augusto y sus sucesores, como un altar consagrado a la *Providentia Augusta* y otro al *Genius Augusti*. Y esto no fue óbice para que los emperadores también se mostraran ante sus súbditos, dentro de la lógica que se ha explicado con antelación, con la vestimenta propia de los sacerdotes –*capite uelato*– (Saquete/Álvarez Martínez 2007). El culto imperial fue, por tanto, una manifestación religiosa rica en matices y diversa, pero común, en sus diferentes conformaciones concretas, al conjunto de los habitantes del Imperio. En este sentido, la adoración a los Césares se asemeja al conjunto de religiones esotéricas, denominadas comúnmente «misterios», pues, como éstas, trascendió el ámbito de lo local y se adaptaron en muchas comunidades de naturaleza cultural bien dispar gobernadas por los Césares. (Sobre los misterios en Hispania, véanse: Alvar 1981, 1993a, 1993b, 1993c, 1993d, 1994, 1998, 1999c, 2005, 2006, 2008; Bendala 1981; González Wagner/Alvar 1981; Muñoz/Alvar 2002, 2004). Tanto el culto imperial, como los dioses orientales romanizados fueron instrumento del poder central mediante el que el nuevo aparato del Estado buscaba su personificación y sus formas simbólicas para lograr una unidad a partir de la diversidad, que los viejos sistemas simbólicos republicanos eran incapaces de cohesionar (De Blois/Hekster 2003, VIII.)

El surgimiento de los rituales imperiales en Hispania: *deuotio iberica* y fuerzas dinamizadoras del culto

Como se expondrá en el siguiente apartado, el culto a los emperadores comenzó en Hispania durante el reinado de Augusto. Esta prematura adopción, así como su extensión, se ha querido vincular con la costumbre de algunos pueblos peninsulares por la que los guerreros se consagraban a la defensa de su jefe militar hasta la muerte. Una tradición conocida con la denominación de *deuotio iberica* (Ramos y Loscertales 1924; Rodríguez Adrados 1946; Prieto 1978; Dopico 1994; Alvar 2004). El vínculo entre la tradición hispana y el culto a los emperadores quedó definitivamente

te establecido por Étienne (Étienne 1958, 75) en su obra fundamental sobre los rituales imperiales en la península Ibérica, ya antes referida. Desde entonces, la propuesta del historiador francés fue aceptada por la mayor parte de los investigadores, entre los que cabe señalar a L. Curchin y a D. Fishwick. El primero, por ejemplo, señala que «el culto al líder estaba bien establecido en la Hispania prerromana, donde la *deuotio iberica* implicaba no solo respetar al jefe, sino adorarlo e, incluso, morir por él [...] Bajo el Imperio, los españoles adoraron a los emperadores romanos de la misma forma que habían adorado a otros líderes anteriores» (Curchin 1991, 162).

A. Prieto (Prieto 1978) intentó penetrar en las condiciones sociales que permitían la existencia de tal institución; M^a. D. Dopico (Dopico 1994) discutió los fundamentos de la construcción, y J. Alvar (Alvar 2004) ha insistido en que se trata de una construcción historiográfica como forma de propaganda en la literatura de conquista. De ser así las cosas, la práctica apenas tendría presencia en el periodo del imperialismo republicano, por lo que no podría haber sido modelo ni estímulo en la creación del culto imperial en Hispania. Por tanto, en nuestra opinión, y a pesar de lo sugerente que pueda resultar esta reconstrucción, no existió tal relación entre surgimiento del culto imperial y *deuotio iberica*. Ésta es una práctica social sacralizada, pero sin una ritualización específica y sistemática, por lo que se mantiene más en la esfera de los deberes éticos, es decir, como potencial ideológico ya en desuso, que como realidad histórica operativa. Por tanto, la *deuotio* no forma parte del entramado religioso, prerrogativa que, en cambio, sí tiene el culto imperial. Éste, comparte el carácter de práctica social sacralizada, pero inserta en el escenario de la ritualidad pública de carácter religioso. Se trata, en consecuencia, de dos fenómenos completamente distintos. En efecto, las diferencias son notables, tanto desde la perspectiva conceptual, como de la ritual. De un lado, la *deuotio iberica* no implicó la celebración de culto religioso al jefe (Greenland 2006, 241-245). Es más, admitiendo la ideología potenciadora del liderazgo que tuvo la *deuotio iberica*, sorprende que las zonas en las que se documenta esta práctica no fueran en absoluto las primeras en acceder a los rituales consagrados a los emperadores, ni las más ricas en su formulación. En este sentido es elocuente el trabajo sobre la Romanización de la Celtiberia de M. Salinas, puesto que si existiera relación entre la adoración a los emperadores romanos y este culto al jefe «sería entonces de esperar un mayor florecimiento de aquél en la región donde la *deuotio* y la *clientela* indígenas eran instituciones características» (Salinas 1986, 196-197). Y aunque L. Curchin ha reaccionado en contra de los postulados de M. Salinas, Celtiberia sigue presentando un desarrollo menor del culto a los Césares que otras regiones más afines a Roma durante el Prin-

cipado (Curchin 1996). De otro lado, las expresiones materiales de la *deuotio* no implican el nombramiento de sacerdotes, ni la construcción de templos y altares, ni la celebración de fiestas periódicas en honor a los caudillos. En consecuencia, ni desde el punto de vista de las creencias, ni desde el los rituales, ni desde la dinámica social, se percibe conexión entre la institución peninsular y la práctica cultural romana.

Al hilo de este argumento, resulta importante señalar que el culto a los emperadores romanos es, como se mostró con anterioridad, una práctica religiosa que surge por los cambios que se producen en Roma con el final de la República y la instauración del Principado. Se trata de rituales que, pese a su heterogeneidad, compartieron la mayor parte de las poblaciones sometidas a Roma, y su carácter es, más allá de su capacidad adaptativa y localista, profundamente romano. Por tanto, no se sostiene que los habitantes de la península Ibérica adoraran a los emperadores como supuestamente habían hecho con los líderes locales anteriores; más bien, comenzaron a prestar culto a los gobernantes romanos como resultado de un profundo cambio cultural en el que fueron transformando sus costumbres pretéritas para crear una nueva cultura que era fruto de la sociedad híbrida en la que se hallaban inmersos. En este sentido, el uso de la *deuotio iberica* no aclara ni explica el surgimiento del culto imperial. Lo contrario lleva a plantear reconstrucciones históricas insostenibles, constituyendo un ejemplo capital la descripción que realizó D. Fishwick sobre el profundo desarrollo del culto a los emperadores en *Tarraco* como una clara muestra del tremendo resurgir de la *deuotio iberica* (Fishwick 1996, 184).

Si se descarta la supuesta influencia de la *deuotio* en el surgimiento y conformación del culto a los emperadores en Hispania, convendrá indicar cuáles fueron las fuerzas dinamizadoras y el motivo de la pronta adopción de estas prácticas y de su profundo calado en la sociedad hispanorromana de la época. En este sentido, el trabajo de S. Price (Price 1984) vuelve a ser sumamente esclarecedor, pues señala, con acierto en nuestra opinión, que el culto a los emperadores es, como se ha indicado antes, una manifestación propia de la nueva cultura romana forjada en los últimos tiempos de la República y durante el principado de Augusto: se trata, en efecto, de la naturalización en el ámbito religioso de los cambios que llevaron al surgimiento de la figura de los Césares.

Por tanto, el impacto y seguimiento de estos nuevos rituales estuvo en estrecha relación con la proximidad cultural y política de las distintas provincias con Roma y su nuevo sistema de gobierno. Una práctica cultural que, al ser fruto de la proximidad a los nuevos gobernantes del Mediterráneo, estuvo principalmente circunscrita al ámbito urbano. En los lugares en los que la nueva ecúmene romana no había calado pro-

fundamente, la presencia del culto imperial fue menor y requirió una mayor implicación de las autoridades centrales para que se llevara a cabo. En estos lugares, el éxito y salud de los rituales dependía fundamentalmente de la capacidad impositiva de los gobernantes romanos. Sin embargo, en las regiones donde el contacto cultural y el cambio de los usos tradicionales habían tenido mayor fortuna, el culto imperial se adoptó como otra muestra de una transformación cultural más amplia. Las provincias hispanas presentan ejemplos que ilustran ambos supuestos. Así, las zonas más urbanizadas de la Bética (González 2007), la *Tarracensis* (Mangas 2007; Martín-Bueno 2007) y la *Lusitania* (Encarnação 2007; Saquete/Álvarez Martínez 2007) introdujeron las nuevas pleitesías muy pronto, de forma casi sincrónica a la parte oriental del Imperio. Pero también en Hispania hay noticias de zonas menos cercanas cultural y políticamente a Roma, en las que la autoridad tuvo que esforzarse para conseguir la implantación de estos rituales. El caso más claro es el de las *arae Sestianae*, cuyo propio nombre, que hace relación al general romano *L. Sestius Quirinalis*, indica la implicación directa de la autoridad central en la creación de este primer culto en el noroeste peninsular. Se trata de una medida que pretendía asociar al emperador con la conquista de esta zona, a la vez que servía para sustentar la organización e integración posterior en el sistema imperial de las distintas tribus recientemente sometidas (Tranoy 1981, 327-329).

En este contexto de contacto cultural, pueden distinguirse varias fuerzas dinamizadoras o agentes en la aceptación, conformación concreta y extensión de la adoración a los Césares: el emperador, los gobernadores provinciales y los notables locales. La implicación de los oligarcas hispanos resulta especialmente importante, pues fueron ellos los beneficiarios fundamentales del nuevo sistema, en el que la vinculación al príncipe garantizaba en buena medida su preeminencia local en las comunidades. El culto a los emperadores se convirtió, además, en una herramienta para la promoción social (Lozano 2007b). No es de extrañar, por tanto, que existan numerosos testimonios de esta estrecha relación entre los próceres hispanos y los emperadores, articulada a través del culto a los Césares, tanto en forma de evergesías dedicadas a los emperadores, como de creación de nuevas fiestas y celebraciones para los Césares (véase, especialmente: Andreu 2007, con amplia bibliografía adicional).

En efecto, fueron en su mayoría impulsos locales —que, en nuestra opinión, no se benefician de la etiqueta de «espontáneos» que se les suele atribuir (Lozano 2002b)— los que animaron y dieron forma a los rituales de culto imperial. Estas decisiones colectivas emanadas de los distintos municipios, colonias o reuniones supra-ciudadanas, se solían comunicar a Roma ya fuera por mediación del gobernador provin-

cial o por el envío de una embajada a la capital. Se establecía, así, un diálogo entre las poblaciones locales y la capital del Imperio. El emperador podía refrendar o redirigir los acontecimientos. Este mecanismo está presente, por ejemplo, en la embajada que envió la *Hispania Ulterior* para pedir a Tiberio que se le permitiera seguir el ejemplo de la provincia de Asia, que había erigido un templo al emperador y su madre. El emperador decide no acceder a los ruegos de los provinciales y se dirige al Senado con estas palabras (Tac. *Ann.* 4, 37-38):

«Sé, padres conscriptos, que muchos querrían que fuera constante en mis decisiones, pues hace poco tiempo las ciudades de Asia hicieron una petición igual a esta y no mostré ninguna oposición. Por lo tanto, dejaré claro tanto los motivos de mi anterior silencio como la norma que he establecido para el futuro. Ya que el Divino Augusto no prohibió la construcción de un templo en Pérgamo consagrado a él y a la ciudad de Roma, y como considero que todas sus acciones y palabras son ley, he seguido el precedente que él mediante su aprobación había establecido. Además, me place en gran medida seguir su ejemplo puesto que junto a mi culto se venerará al Senado. Sin embargo, aunque puede perdonarse que se acepten estos honores una vez, ser consagrado como divinidad en todas las provincias sería ambicioso y arrogante. Y los honores concedidos a Augusto se desvanecerían, si se vulgarizaran con frecuentes muestras de adulación. En cuanto a mí, padres conscriptos, soy mortal y llevo a cabo una labor humana; me sentiría satisfecho con ser el primero entre los hombres.»

La contención de Tiberio en cuanto a su divinización está presente también en la carta que envió el emperador a los habitantes de la ciudad griega de Gitio en el Peloponeso. La respuesta se grabó en una inscripción que acompañaba al texto con las normas que regían la celebración de unas fiestas de culto imperial. En la misiva se lee: «Creo que es apropiado que toda la humanidad en general y vuestra ciudad en concreto establezca honras excepcionales, que son adecuadas a los dioses, en consideración a las grandes evergesías que realizó mi padre a todo el mundo; pero yo personalmente me contento con honores más moderados del tipo que son apropiados para los hombres» (*SEG*, 11, 922, ll. 16-20).

Junto con el propio emperador, también fueron fundamentales las acciones de los gobernadores provinciales. Los gobernadores fueron los encargados de presenciar el juramento de fidelidad al emperador que llevaban a cabo de forma periódica los provinciales. Este día era un momento ideal para la celebración de rituales de culto imperial, como indica Plinio el Joven en una de sus cartas al emperador Trajano (Plin. *Ep.* 10, 52):

«Hemos celebrado, Señor, con la alegría debida, el día en el que salvaste el Imperio al aceptarlo. Y hemos

implorado a los dioses que conserven vuestra salud y prosperidad ya que la seguridad y el reposo de la humanidad dependen de ellas. He tomado juramento de fidelidad a los soldados que están a mis órdenes y los provinciales han seguido su ejemplo al realizar el juramento con la misma lealtad.»

Aunque los ejemplos más claros de la vinculación de los gobernadores en el culto imperial provienen en su mayoría de Oriente (Lozano 2002a, 62), numerosos estudios prueban que la misma dinámica estuvo presente en el Occidente romano. Los conocidos ejemplos de *L. Sestius Quirinalis*, con la creación de las *arae Sestianae*, y *Cn. Calpurnius Piso* (*CIL*, II, 2703), ya han sido señalados. A estos se debe sumar el caso de la *Lusitania*, en el que un reciente estudio ha sugerido, con acierto en nuestra opinión, la implicación directa de *L. Fulcinius Trio*, gobernador de la provincia en época tiberiana, en la dinamización y, sobre todo, en la conformación concreta de las prácticas de culto imperial (Saquete 2005).

La adoración a los Césares en Hispania: organización y evolución

El culto imperial compartió las características típicas de otras manifestaciones religiosas romanas y, por ello, para honrar a los emperadores se celebraron fiestas, se nombraron sacerdotes y se llevaron a cabo sacrificios y libaciones. En Roma, estas prácticas surgieron y, sobre todo, se concretaron con Augusto en honor de Julio César. El surgimiento de las prácticas de adoración imperial en Hispania se produjo muy pronto, pues tuvo lugar también bajo el reinado del primero de los Césares (Trillmich 1993).

En efecto, los ejemplos de cultos locales consagrados a Augusto son abundantes; así, en *Bracara Augusta* se le dedicó una ara en 3-2 a.C. (*ILS*, 8895). En *Vrgauo*, un magistrado construyó un altar a Augusto y Victoria en torno a 11-12 d.C. (*CIL*, II, 2106). Otros ejemplos se encuentran en *Salacia* (Alcácer de Sal) y en Trigueros (Huelva), donde fueron particulares quienes costearon la acción (*CIL*, II, 5182; Beltrán/Stylow 2007), mientras que en Cabo Torres, lo hizo el gobernador *Cn. Calpurnius Piso* (*CIL*, II, 2703). También muy inicial es la aparición de las *arae Sestianae*, construidas al comienzo del reinado de Augusto en la actual Galicia, seguramente en 22-19 a.C. (Fishwick 1987-2004, vol. III, 1, 6-9). A estos casos se une el famoso altar de *Tarraco* (datado c. 25 a.C.) que aparece representado en las monedas de la colonia con una palmera que surge de él. Imagen que concuerda con un famoso fragmento de Quintiliano en el que se recoge el comentario irónico de Augusto sobre el poco uso que se hacía del altar (Quint. *Inst.* 6, 3, 77):

«A los habitantes de *Tarraco* que le anunciaron que había nacido una palmera en el altar a él consagrado, Augusto dijo: ¡Parece que no le prendéis fuego muy a menudo!»

Aunque la existencia de altares y templos no implica necesariamente el nombramiento de sacerdotes cívicos, es bastante probable que estos también aparecieran en época de Augusto. R. Étienne, sin embargo, defendió una fecha más tardía, ya en el principado de Tiberio (Étienne 1958, 204). Con todo, J. A. Delgado ha sugerido que la datación podría adelantarse hasta el reinado de Augusto (Delgado Delgado 1998, 56), siendo el controvertido caso de Itálica el primero de los conservados en la provincia de la Bética (Delgado Delgado 1998, 59-62). El auge de esta institución o, al menos, la aparición de testimonios que prueben su desarrollo, coincide con la época de Tiberio en la que se extiende a un buen número de comunidades. Siguiendo con el caso de la Bética, pueden mencionarse cuatro: *Anticaria*, *Ossigi*, *Vrgauo* y *Carmo* (sobre *Carmo*, véase: Alvar 2001b). También las sacerdotisas locales aparecen mencionadas desde época julio-claudia.

La aparición de sacerdotes cívicos de culto imperial es paralela a la construcción de templos para estos rituales en Hispania. Gracias a las acuñaciones de *Tarraco* (Fishwick 1987-2004, 43-52) y *Augusta Emerita* (Saquete 2005, 292-299) puede inferirse que los grandes espacios culturales se construyeron en época tiberiana. El ejemplo de la capital de la *Citerior* vuelve a ser especialmente interesante porque la fundación del templo fue mencionada por Tácito quien la consideró una acción que «sirvió de precedente en el resto de las provincias» (*Tac. Ann.* 1, 78).

Tanto altares como templos y sacerdotes muestran claramente que los rituales hispanos se insertan en el desarrollo inicial de este tipo de culto que también apareció pronto en la vecina Narbonense, en la propia Italia y en el norte de África (Hänlein-Schäfer 1985, 5-6; Gradel 2002; Rives 2001). El objeto de culto, como se ha señalado, fue en principio el emperador reinante y su antecesor divinizado, aunque, sobre todo a partir de los reinados de Claudio y Nerón, se fueron desarrollando fórmulas generales que englobaban al César vivo y a los Augustos anteriores, de tal forma que con frecuencia dejó de emplearse, o se asoció, el título individual de cada emperador con el concepto de *Diui Augusti* («dioses Augustos») cuya propia semántica, amplia y no específica, parece haber sido el fruto de su éxito. Se trata, por otra parte, de una evolución que no es exclusiva de Hispania, sino que se dio en todos los territorios sometidos a Roma (Lozano 2007a).

Al desarrollo local de la adoración a los Césares siguió también pronto el surgimiento de manifestaciones organizadas a una escala superior, de carácter supracívico, que se estructuró en torno a dos instituciones: el *conuentus* y la provincia. Es especialmente interesante

el caso de los cultos conventuales de la *Citerior*, atestiguados gracias a la Epigrafía para cinco de los siete *conuentus* de la provincia, pues se trata de manifestaciones únicas en el Occidente romano (Ozcáriz 2006, 67-71). Pero los rituales más importantes fueron los provinciales, tanto desde el punto de vista político, por su valor en la relación de las ciudades de cada provincia con Roma, como social, por las posibilidades de promoción que otorgaron a los próceres hispanos. Prueba de ello es la preeminencia de los individuos que ocuparon estos puestos, que tiene su correlato en los numerosos trabajos consagrados a establecer la lista de los sacerdotes provinciales: *a) Hispania Citerior* (Alföldy 1973, 61-97; Fishwick 1987-2004, vol. III.2, 104-125); *b) Baetica* (Étienne 1958, 126-130; Deininger 1964, 1965, 128-130; Castillo 1975, 610-614; 1998, 1999; Delgado 1998, 41-53; Panzram 2003; Fishwick 1987-2004, vol. III.2, 242-247); y *c) Lusitania* (Étienne 1958, 122-126; 1990, 219-221; Deininger 1965, 130-131; Edmonson 1997; Fishwick 1987-2004, vol. III.2, 151-154).

En cuanto a la evolución cronológica de este puesto, parece seguro afirmar actualmente que el flaminado provincial apareció por primera vez en Hispania, en época de Tiberio, en *Lusitania* (véase en última instancia la aportación de M. González a este volumen, con bibliografía) y la *Citerior* (Fishwick 1987-2004, vol. III.1, 52). El caso de la Bética es completamente distinto, pues en virtud de los testimonios epigráficos conservados, la datación del sacerdocio se debe retrasar hasta época flavia. Esta aparición tardía se ha relacionado con la actividad de Vespasiano, que instauró cultos análogos en la Galia Narbonense y el África Proconsular (véase la discusión al respecto en: Delgado 1998, 43-44). Aunque la diferencia cronológica del surgimiento de este tipo de culto entre las distintas provincias hispanas parece excesiva, siguiendo a Delgado, «ante la falta de otra documentación» se puede admitir provisionalmente esta reconstrucción (Delgado 1998, 44).

Epílogo: religión y política en el culto imperial

En su influyente obra sobre el evergetismo, el historiador francés P. Veyne afirmó que «nadie creyó jamás que su soberano era un dios, ya fuera el más primitivo de los primitivos o el último de los vasallos del faraón» (Veyne 1976, 561). Esta opinión sirve para ilustrar una de las ortodoxias académicas más frecuentes en cuanto a la valoración de la religiosidad de los rituales de culto imperial. De hecho, la investigación tradicional ha circunscrito generalmente estas prácticas al ámbito de la política. No se veía en ellos ninguna característica de las que el moderno investigador relaciona con la religión.

Con todo, recientes trabajos han modificado en buena medida este paradigma explicativo (Price 1984; Hopkins 1979; Alföldy 1996; Gradel 2002); hasta tal punto que a las palabras citadas de P. Veyne pueden enfrentarse en la actualidad los comentarios, por ejemplo, de G. Alföldy: «Aunque la adoración de los emperadores pudo en ocasiones no ser más que una mera adulación política, o incluso en ocasiones fue solo una acción hipócrita, no cabe duda de que existió una convicción muy difundida en que el gobernante era un dios, o en que era, al menos, algo parecido a un dios» (Alföldy 1996, 255). Es decir, algo así como el súper-hombre de S. Panciera (2003), con las prerrogativas que le otorgan los dioses para que sea emanación de un poder sobrenatural y al que imploran los súbditos para que les preste ayuda, pues creen, verdaderamente, que esa eventualidad es posible.

Existen, en efecto, numerosos casos que atestiguan cómo el culto a los emperadores fue algo más que una mera pleitesía política, y gozó del aprecio de los habitantes del Imperio y del tipo de aproximación afectiva que relacionamos habitualmente con la religión. La muestra más palpable de que este postulado es correcto se encuentra en los abundantes testimonios conservados en los que no se distingue entre emperadores y dioses. Tanto los templos, como los altares y las estatuas de culto imperial son muestras claras de que el lenguaje empleado era el mismo que para las demás divinidades, y no podemos dudar libremente de que el sentimiento que se encerrara tras ellos fuera diferente. Las fuentes literarias también apuntan en esta dirección y nos muestran la vitalidad de un culto que pasó a convertirse en una de las manifestaciones religiosas más importantes del Imperio romano (Alföldy 1996). Desde la crítica, el escritor cristiano Tertuliano describe la implicación en las fiestas de culto imperial y el seguimiento que tenían entre las poblaciones gobernadas por los Césares (Tert. *Apol.* 35, 2-3):

«¡En verdad es todo un honor sacar a la calle braseros y mesas, celebrar festines en todos barrios de la ciudad, hacer que la ciudad parezca una taberna, embarrar el suelo con el vino, merodear en grupos para buscar el desenfreno, las indecencias y los placeres del libertinaje! ¿Acaso la alegría pública se manifiesta a través de la deshonra pública? ¿Acaso lo que no es decente los demás días de fiesta, es decente durante las fiestas consagradas al emperador? Los hombres que mantienen la disciplina por respeto al César, ¿deben abandonarla ahora por el César? ¿Acaso la desvergüenza será piedad y una ocasión para el desenfreno será considerada religión?»

La correcta comprensión del culto a los emperadores pasa, por tanto, por entenderlo como una manifestación cultural que fue, a un tiempo, política y religiosa, y que fue aceptada y practicada en el seno de

una sociedad en la que estas esferas, que resultan cruciales para el investigador actual, no estaban disociadas. Por ello, se definió a los gobernantes romanos con un lenguaje simbólico igual al que se empleaba con las deidades. Un sistema que permitía consolidar y explicar la posición política y religiosa del emperador; un mandatario que aunaba las prerrogativas y funciones de caudillo militar, máximo dignatario político, sumo sacerdote y dios.

Bibliografía

- ABASCAL, J. M.; ALMAGRO-GORBEA, M.; NOGUERA, J. M.; CEBRIÁN, R. 2007: «Segobriga. Culto imperial en una ciudad romana de la Celtiberia», en: NOGALES, T.; GONZÁLEZ, J. (eds.): *Culto imperial: política y poder*, Mérida, 685-704.
- ALFÖLDY, G. 2000: *Provincia Hispania Superior*, Heidelberg.
- 1996: «Subject and ruler, subjects and methods: an attempt at a conclusion», en: SMALL, A. (ed.): *Subject and Ruler: The Cult of the Ruling Power in Classical Antiquity*, Ann Arbor, 254-261.
- 1973: *Flamines Provinciae Hispaniae Citerioris*, Madrid.
- ALVAR, J., en prensa: «Le pouvoir des concepts et la valeur de la taxonomie: religions orientales et cultes à mystères», *Les religions orientales dans le monde grec et romain: cent ans après Cumont (1906-2006). Bilan historique et historiographique. Academia Belgica - Institut Suisse de Rome - Accademia dei Lincei*, Roma, 16-18 noviembre 2006, s. pp.
- 2008: *Romanising Oriental Gods. Myth, Salvation and Ethics in the Cults of Cybele, Isis and Mitras*, RGRW, Leiden.
- 2006: «Historiografía de los cultos orientales en la península ibérica hasta García y Bellido», en: BENDALA, M. et al. (eds.): *La Arqueología Clásica Peninsular ante el Tercer Milenio. En el centenario de A. García y Bellido (1903-1972)*, Madrid (2005), 65-74.
- 2005: «Los misterios en la Hispania Antonina», en: HERNÁNDEZ GUERRA, L. (ed.): *La Hispania de los Antoninos. Actas del II Congreso Internacional de Historia Antigua*, Valladolid, 363-371.
- 2004: «Discusión sobre las instituciones ibéricas», en: GARRIDO-HORY, M.; GONZALES, A. (eds.): *Histoire, Espaces et Marges de l'Antiquité, vol. 3. Hommages à Monique Clavel-Lévêque*, Besançon, 11-31.
- 2002: «Los misterios en la construcción de un marco ideológico para el Imperio», en: MARCO, F.; PINA, F.; REMESAL, J. (eds.): *Religión y propaganda política en el mundo romano*, Barcelona, 71-81.
- 2001a: *Los Misterios. Religiones «orientales» en el Imperio romano*, Barcelona.
- 2001b: «El panteón de Carmona: destellos de la vida religiosa en una ciudad hispanorromana», en: CABALLOS, A. (ed.): *Carmona romana*, Carmona, 477-489.
- 1999a: «Religión, política y cohesión social: el culto al emperador», en: *Historia del mundo clásico a través de sus textos*, Madrid, 272-280.
- 1999b: «Arquitectura religiosa e integración social: Aspectos de la romanización de la Bética», en: *Ciudades privilegiadas en el Occidente romano*, Sevilla, 101-116.
- 1999c: «Las religiones místicas en Hispania», en: *Religión y magia en la Antigüedad*, Valencia, 35-47.
- 1998: «Los santuarios místicos en la Hispania republicana», en: *Italia e Hispania en la crisis de la República Romana. Actas del III Congreso Hispano-Italiano (Toledo, 20-24 de septiembre de 1993)*, Madrid, 413-423.
- 1994: «La sociedad y el culto: Isis en la Bética», en: GONZÁLEZ ROMÁN, C. (ed.): *La sociedad de la Bética. Contribuciones para su estudio*, Granada, 9-28.
- 1993a: «Cinco lustros de investigación sobre cultos místicos en la península ibérica», *Gerión*, 11, 313-326.
- 1993b: «Los cultos místicos en la Tarraconense», en: *Religio Deorum*, Sabadell, 27-46.
- 1993c: «Los cultos místicos en la Bética», en: *Actas del I Coloquio de Historia Antigua de Andalucía*, Córdoba, 225-236.
- 1993d: «Los cultos místicos en Lusitania», en: *Actas. II Congreso Peninsular de Historia Antigua*, Coimbra, 789-814.
- 1981: «El culto a Isis en Hispania», en: *La religión romana en Hispania*, Madrid, 309-319.
- ALVAR, J.; MUÑIZ, E. 2004: «Les cultes égyptiens dans les provinces romaines d'Hispanie», en: BRICAULT, J. (ed.): *Isis en Occident. Actes du II^{ème} Colloque International sur les Études Isiaques, Lyon III, mai 2002*, Leiden-Boston, 69-94.
- ANDREU, J. 2007: «Apuntes en torno al culto imperial y a la conducta munificente de las elites en Lusitania», en: NOGALES, T.; GONZÁLEZ, J. (eds.): *Culto imperial: política y poder*, Mérida, 613-640.
- BEARD, M. 1990: «Priesthood in the Roman Republic», en: BEARD, M.; NORTH, J. (eds.): *Pagan Priests. Religion and Power in the Ancient World*, Londres, 34-48.
- BEARD, M.; NORTH, J.; PRICE, S. 1998: *Religions of Rome*, vols. I y II, Cambridge.
- BELTRÁN, J.; STYLOW, A. U. 2007: «Un aspecto del culto imperial en el suroeste bético: el «puteal» de Trigueros (Huelva), un altar dedicado a Augusto», en: NOGALES, T.; GONZÁLEZ, J. (eds.): *Culto imperial: política y poder*, Mérida, 240-249.
- BENDALA, M. 1981: «Las religiones místicas en la España romana», en: *La religión romana en Hispania*, Madrid, 283-299.

- BICKERMAN, E. 1973: «Consecratio», en: BOER, W.: *Le Culte des Souverains dans l'Empire Romain*, Ginebra, 1-37.
- CAMPANILE, D. 2001: «Ancora sul culto imperiale in Asia», *Mediterraneo Antico*, 4, 473-488.
- CANTO, A. M^a. 1981: «Notas sobre los pontífices coloniales y el origen del culto imperial en la Bética», en: *La religión romana en Hispania*, Madrid, 141-153.
- CARRILERO MILLÁN, M.; LÓPEZ MEDINA, M. J. 2002: «La expansión del culto imperial en la Campiña de Córdoba», *ARYS*, 5, 65-86.
- CASTILLO, C. 2003: «Sevirato y augustalidad: un estamento intermedio en la vida ciudadana», en: CASTILLO, C.; RODRÍGUEZ NEILA, J. F.; NAVARRO, F. J. (eds.): *Sociedad y economía en el Occidente romano*, Pamplona, 73-89.
- 1999: «Los flamines provinciales. El caso de la Bética», en: RODRÍGUEZ NEILA, J. F.; NAVARRO, F. J. (eds.): *Elites y promoción social en la Hispania romana*, Pamplona, 201-218.
- 1998: «Los flamines provinciales de la Bética», *REA*, 100, 437-460.
- 1975: «Städte und Personen der Baetica», *ANRW*, II, 3, 601-654.
- CEREAUX, L.; TONDRIAU, J. 1957: *Le culte des souverains dans la civilisation greco-romaine*, París.
- CID, R. 1986: *El culto al emperador en Numidia*, Oviedo.
- CLAUSS, M. 1999: *Kaiser und Gott: Herrscherkult im Römischen Reich*, Stuttgart-Leipzig.
- CROOK, J. A. 1996: «Augustus: Power, authority, achievement», en: *Cambridge Ancient History*, vol. x, 2ª ed., Cambridge, 113-146.
- CURCHIN, L. A. 1996a: *España Romana*, Madrid.
- 1996b: «Cult and celt: indigenous participation in emperor worship in Central Spain», en: SMALL, A. (ed.): *Subject and Ruler: The Cult of the Ruling Power in Classical Antiquity*, Ann Arbor, 143-152.
- 1991: *Roman Spain. Conquest and Assimilation*, Londres-Nueva York.
- 1990: *The Local Magistrates of Roman Spain*, Toronto.
- DE BLOIS, L.; ERDKAMP, P.; HEKSTER, O.; DE KLEIJN, G.; MOLS, S. (eds.) 2003: *The representation and perception of Roman Imperial Power. Proceedings of the third workshop of the International Network Impact of the Empire (Roman Empire, c. 200 BC-AD 476). Netherlands Institute in Rome, March 20-23, 2002*, Ámsterdam.
- DE BLOIS, L.; HEKSTER, O. 2003: «Introduction», en: DE BLOIS, L. et al. (eds.): *The representation and perception of Roman Imperial Power. Proceedings of the third workshop of the International Network Impact of the Empire (Roman Empire, c. 200 BC-AD 476). Netherlands Institute in Rome, March 20-23, 2002*, Ámsterdam.
- DEININGER, J. 1965: *Die Provinziallandtage der römischen Kaiserzeit*, Munich-Berlín.
- 1964: «Zur Begründung des Provinzialkultes in der Baetica», *MDAI(M)*, 5, 167-179.
- DELGADO DELGADO, J. A. 1998: *Elites y organización de la religión en las provincias romanas de la Bética y las Mauritánias: sacerdotes y sacerdocios*, Oxford.
- DOPICO, M^a. D. 1994: «La devotio ibérica: una revisión crítica», en: MANGAS, J.; ALVAR, J. (eds.): *Homenaje a J.M^a. Blázquez*, vol. II, Madrid, 181-193.
- EDMONSON, J. C. 1997: «Two Dedications to Divus Augustus and Diva Augusta from Augusta Emerita and the early development of the Imperial Cult in Lusitania re-examined», *MDAI(M)*, 38, 89-105.
- ENCARNACIÓN, J. D' 2007: «O culto imperial na epigrafia da Lusitania occidental: Novidades e reflexões», en: NOGALES, T.; GONZÁLEZ, J. (eds.): *Culto imperial: política y poder*, Mérida, 349-368.
- ÉTIENNE, R. 2002: «Du nouveau sur le culte impérial en Lusitanie», en: *Religiões da Lusitânia*, Lisboa, 97-104.
- 1996: «Du nouveau sur les débuts du culte impérial municipal dans la Péninsule Ibérique», en: SMALL, A. (ed.): *Subject and Ruler: The Cult of the Ruling Power in Classical Antiquity*, Ann Arbor, 153-163.
- 1990: «Le culte impérial, vecteur de la hiérarchisation urbaine», en: *Les villes de la Lusitanie romaine. Hiérarchies et territoires*, Burdeos, 215-231.
- 1958: *Le culte impérial dans la Péninsule Ibérique d'Auguste à Diocletien*, París.
- FEARS, J. R. 1981a: «The Theology of Victory at Rome: Approaches and Problems», en: *ANRW*, II, 17.2, 736-826.
- 1981b: «The Cult of Virtues and Roman Imperial Ideology», en: *ANRW*, II, 17.2, 827-948.
- FINK, R. O. 1971: *Roman Military Records on Papyrus*, Cleveland.
- FISHWICK, D. 1987-2004: *The Imperial Cult in the Latin West*. Leiden, vols. I (1987), II (1991), III (2004).
- 1996: «Four temples at Tarraco», en: SMALL, A. (ed.): *Subject and Ruler: The Cult of the Ruling Power in Classical Antiquity*, Ann Arbor, 165-184.
- FRIESEN, S. J. 1993: *Twice Neokoros. Ephesus, Asia and the Cult of the Flavian Imperial Family*, Leiden.
- GARCÍA DE CASTRO, F. J. 1999: «Epigrafía y culto imperial en la provincia Tarraconense durante el Bajo Imperio», *HAnt.*, 23, 251-260.
- 1998: «El culto imperial en Hispania tardorromana a través de la epigrafía. Las provincias de Baetica, Lusitania y Carthaginensis», *HAnt.*, 22, 333-341.
- GARCÍA-DILS DE LA VEGA, S.; ORDOÑEZ AGULLA, S. 2007: «Nuevos datos para el estudio del culto imperial en la colonia Augusta Firma (Écija-Sevilla)», en: NOGALES, T.; GONZÁLEZ, J. (eds.): *Culto imperial: política y poder*, Mérida, 275-298.

- GARRIGUET, J. A. 2007: «La decoración escultórica del templo romano de las calles Claudio Marcelo-Capitulares y su entorno (Córdoba). Revisión y novedades», en: NOGALES, T.; GONZÁLEZ, J. (eds.): *Culto imperial: política y poder*, Mérida, 299-322.
- 1997: «El culto imperial en las tres capitales provinciales hispanas: fuentes para su estudio y estado actual del conocimiento», *Anales de Arqueología Cordobesa*, 8, 43-68.
- GONZÁLEZ, J. 2007: «El origen del culto imperial en la Bética según la documentación epigráfica», en: NOGALES, T.; GONZÁLEZ, J. (eds.): *Culto imperial: política y poder*, Mérida, 173-190.
- GONZÁLEZ ROMÁN, C.; PADILLA, A. (eds.) 2002: *Estudios sobre las ciudades de la Bética*, Granada.
- GONZÁLEZ WAGNER, C.; ALVAR, J. 1981: «El culto de Serapis en Hispania», en: *La religión romana en Hispania*, Madrid, 321-333.
- GORDON, R. 2001: «The Roman imperial cult and the question of power», en: GOLDEN, L. (ed.): *Raising the Eyebrow: John Onians and World Art Studies. An Album Amicorum in His Honour*, Oxford, 107-22.
- 1990: «From Republic to Principate: priesthood, religion and ideology», en: BEARD, M.; NORTH, J. (eds.): *Pagan Priests. Religion and Power in the Ancient World*, Londres, 179-98.
- GRADEL, I. 2002: *Emperor Worship and Roman Religion*, Oxford.
- GREENLAND, F. 2006: «*Devotio Iberica* and the Manipulation of Ancient History to suit Spain's Mythic Nationalist Past», *GeR*, 53, 235-251.
- HANLEIN-SCHAFER, H. 1985: *Veneratio Augusti. Eine Studie zu den Tempeln des ersten römischen Kaisers*, Roma.
- HERRMANN, P. 2002: «Das *Koinon ton Ionon* unter römischer Herrschaft», en: EHRHARDT, N.; GUNTHER, L.-M. (eds.): *Widerstand, Anpassung, Integration. Die griechische Staatenwelt und Rom: Festschrift für Jürgen Deininger zum 65. Geburtstag*, Stuttgart, 223-240.
- HOPKINS, K. 1978: *Conquistadores y esclavos*, Cambridge.
- HOSKINS-WALBANK, M. E. 1996: «Evidence for the imperial cult in Julio-Claudian Corinth», en: SMALL, A. (ed.): *Subject and Ruler: The Cult of the Ruling Power in Classical Antiquity*, Ann Arbor, 201-213.
- JORDÁN, A. A. 2004: «Algunas reflexiones en torno a la distribución geográfica de los *Augustales* en la península ibérica», en: *Jerarquías religiosas y control social en el mundo antiguo*, Valladolid, 337-346.
- 2003: «El hábito epigráfico funerario de los *Augustales* béticos. Entre el mito y la realidad», en: ALONSO DEL REAL, C.; GARCÍA RUIZ, P.; SÁNCHEZ OSTIZ, A.; TORRES, J. B. (eds.): *Vrbs Aeterna. Actas y colaboraciones del coloquio internacional «Roma entre la literatura y la historia. Homenaje a la profesora Carmen Castillo»*, Pamplona, 531-542.
- KEAY, S. J. 1988: *Roman Spain*, Londres.
- LAFFI, U. 1967: «Le iscrizioni relative all'introduzione nel 9 a.C. del nuovo calendario della provincia d'Asia», *SCO*, 16, 5-98.
- LE ROUX, P. 2006: *Romanos de España. Ciudades y política en las provincias [siglo II a.C.-siglo III d.C.]*, Barcelona.
- 1994: «L'Évolution du culte impérial dans les provinces occidentales d'Auguste à Domitien», en: *Les Années Domitien: Pallas*, Toulouse, 397-411.
- LIEBESCHUETZ, J. H. W. G. 1979: *Continuity and Change in Roman Religion*, Oxford.
- LIERTZ, U. M. 1998: *Kult und Kaiser. Studien zu Kaiserkult und Kaiserverehrung in den germanischen Provinzen und in Gallia Belgica zur römischen Kaiserzeit*, Roma.
- LOZANO, F. 2007a: «*Divi Augusti* and *Theoi Sebastoi*: Roman Initiatives and Greek Answers», *CQ*, 57.1, 1-14.
- 2007b: «La promoción social a través del culto imperial: el caso de Tiberio Claudio Novio en Atenas», *Habis*, 38, 185-203.
- 2004: «Thea Livia in Athens: Redating IG II2 3242», *ZPE*, 148, 177-180.
- 2002a: *La religión del poder. El culto imperial en Atenas en época de Augusto y los emperadores Julio-Claudios*, Oxford.
- 2002b: «El surgimiento y desarrollo de la adoración imperial: la dicotomía explicativa imposición-espontaneidad», en: *Jerarquías religiosas y control social en el mundo antiguo*, Valladolid, 433-439.
- LUZÓN, J. M.; CASTILLO, E. 2007: «Evidencias arqueológicas de los signos de poder en Itálica», en: NOGALES, T.; GONZÁLEZ, J. (eds.): *Culto imperial: política y poder*, Mérida, 191-214.
- MANGAS, J. 2007: «El culto imperial en el noroeste de Hispania», en: NOGALES, T.; GONZÁLEZ, J. (eds.): *Culto imperial: política y poder*, Mérida, 705-720.
- MARTÍN-BUENO, M. 2007: «El culto imperial en el valle del Ebro», en: NOGALES, T.; GONZÁLEZ, J. (eds.): *Culto imperial: política y poder*, Mérida, 721-738.
- MARTÍNEZ MAZA, C.; ALVAR, J., en prensa: «El mundo de las creencias en la Málaga romana», en: *First Symposium Málaga in the Antiquity*, Málaga, s. pp.
- MATEOS, P. 2007: «El conjunto provincial de culto imperial de *Augusta Emerita*», en: NOGALES, T.; GONZÁLEZ, J. (eds.): *Culto imperial: política y poder*, Mérida, 369-394.
- MIERSE, W. E. 1999: *Temples and Towns in Roman Iberia*, Berkeley-Los Angeles-Londres.
- MUÑIZ, E.; ALVAR, J. 2002: «Testimonios del culto a Isis en Hispania», en: FERRER ALBELDA, E. (ed.): *Ex Oriente lux: las religiones orientales antiguas en la península ibérica*, Sevilla, 245-258.

- NOGALES, T. 2007: «Culto imperial en *Augusta Emerita*: imágenes y programas urbanos», en: NOGALES, T.; GONZÁLEZ, J. (eds.): *Culto imperial: política y poder*, Mérida, 447-540.
- 2000: «Un altar en el Foro de *Augusta Emerita*», en: *Actas de la III Reunión sobre escultura romana en Hispania*, Madrid, 25-46.
- OZCÁRIZ, P. 2006: *Los conventus de la Hispania Citerior*, Madrid.
- PANCIERA, S. 2003: «Umano, sovrumano o divino? Le divinità auguste e l'imperatore a Roma», en: DE BLOIS, L. et al. (eds.): *The representation and perception of Roman Imperial Power. Proceedings of the third workshop of the International Network Impact of the Empire (Roman Empire, c. 200 BC-AD 476). Netherlands Institute in Rome, March 20-23, 2002*, Amsterdam, 215-239.
- PANZRAM, S. 2003: «Los *flamines provinciae* de la *Baetica*: autorrepresentación y culto imperial», *AEA*, 76, 121-130.
- 2002: *Stadtbild und Elite: Tarraco, Corduba und Augusta Emerita zwischen Republik und Spätantike*, Stuttgart.
- PENA, A. 2007: «Reflejos del *Forum Augustum* en *Italia*», en: NOGALES, T.; GONZÁLEZ, J. (eds.): *Culto imperial: política y poder*, Mérida, 323-348.
- PRICE, S. R. F. 1984: *Rituals and Power. The Roman imperial cult in Asia Minor*, Cambridge.
- PRIETO, A. 1978: «La *devotio* ibérica como forma de dependencia en la Hispania prerromana», *MHA*, 2, 131-136.
- RAMOS Y LOSCERTALES, J. M. 1924: «La *devotio* ibérica», *AHDE*, 1, 7-44.
- RIVES, J. B. 2001: «Imperial cult and native tradition in Roman North Africa», *CJ*, 96.4, 425-436.
- RODRÍGUEZ ADRADOS, F. 1946: «La *fides* ibérica», *Emerita*, 14, 128-209.
- RODRÍGUEZ CORTÉS, J. 1991: «Los *seviros augustales* y las divinidades romanas en la Bética», *Flor. Il.*, 2, 435-441.
- RODRÍGUEZ NEILA, J. F. 1978a: «Observaciones en torno a las magistraturas municipales de la Bética romana», en: *Actas del I Congreso de Historia de Andalucía*, Córdoba, 203-210.
- 1978b: «Sobre los procesos de la Bética contra los gobernadores romanos», en: *Actas del I Congreso de Historia de Andalucía*, Córdoba, 231-238.
- 1981: *Sociedad y administración local en la Bética romana*, Córdoba.
- SALINAS, M. 1986: *Conquista y romanización de Celtiberia*, Salamanca.
- SAQUETE, J. C. 2005: «L. Fulcinius Trio, Tiberio y el gran templo de culto imperial de *Augusta Emerita*», *Epigraphica*, 67, 279-308.
- 1997: *Las élites sociales de Augusta Emerita*, Mérida.
- SAQUETE, J. C.; ÁLVAREZ MARTÍNEZ, J. M. 2007: «Culto imperial en *Augusta Emerita*: complejos monumentales y documentos epigráficos», en: NOGALES, T.; GONZÁLEZ, J. (eds.): *Culto imperial: política y poder*, Mérida, 395-414.
- SCHEID, J. 2001: «Honneurs le prince et vénérer les dieux: culte public, cultes de quartier et culte imperial dans la Rome augustéenne», en: *Rome, les Césars et la Ville aux deux premiers siècles de notre ère*, Rennes, 85-105.
- SERRANO DELGADO, J. M. 1988: *Status y promoción social de los libertos en Hispania romana*, Sevilla.
- SMADJA, E. 1980: «Remarques sur le débuts du culte impérial en Afrique sous le règne d'Auguste», en: *Religions, pouvoir, rapports sociaux*, París, 151-169.
- SPAWFORTH, A. J. S. 1997: «The Early Reception of the Imperial Cult in Athens: Problems and Ambiguities», en: HOFF, M. C.; ROTROFF, S. I. (eds.): *The Romanization of Athens*, Oxford, 183-201.
- STRUBBE, J. H. M. 2006: «The Imperial Cult at *Pessinus*», en: DE BLOIS, L.; FUNKE, P.; HAHN, J. (eds.): *The Impact of Imperial Rome on Religions, Ritual and Religious Life in the Roman Empire*, Leiden-Boston, 106-121.
- TAEGER, F. 1957: *Charisma. Studien zur Geschichte des antiken Herrscherkultes*, Stuttgart.
- TRANOY, A. 1981: *La Galice romaine. Recherches sur le nord-ouest de la péninsule ibérique dans l'Antiquité*, París.
- TRILLMICH, W. 2007: «Espacios públicos de culto imperial en *Augusta Emerita*: entre hipótesis y dudas», en: NOGALES, T.; GONZÁLEZ, J. (eds.): *Culto imperial: política y poder*, Mérida, 415-446.
- 1993: «“Foro provincial” und “foro municipal” in den Hauptstädten der drei hispanischen Provinzen», en: *Ciudad y comunidad cívica en Hispania (siglos II y III d.C.)*, Madrid, 115-124.
- VERSNEL, H. S. 1981: «Self-sacrifice, compensation and the anonymous gods», en: *Le sacrifice dans l'Antiquité*, Ginebra, 135-194.
- VILLARET, A. 1999: «L'association de l'empereur et des dieux en Aquitaine. Son rôle dans la société et les mentalités», *Aquitania*, 16, 127-151.

LA ORGANIZACIÓN SACERDOTAL DEL CULTO IMPERIAL EN HISPANIA

Marta González Herrero
Universidad de Oviedo

Resumen

Este trabajo pretende ofrecer una visión de conjunto sobre los distintos cargos sacerdotales creados para supervisar el culto imperial en las provincias, *conuentus* y ciudades de Hispania. Se repasan las características de cada sacerdocio, la evolución que experimentó el objeto de culto imperial según las titulaturas de sus sacerdotes, así como el perfil social de las personas elegidas para oficiar como tales, pertenecientes siempre a elites deseosas de promoción social.

Palabras clave

Hispania romana, culto imperial, sacerdocios; *flamen*, *flaminica*, *pontifex*, *sacerdos*, *augustales*; promoción social, elites provinciales.

Abstract

This paper goes over the different priesthoods created for overseeing the Imperial Cult in provinces, *conuentus* and cities in Roman Spain. It pays attention to the characteristics of each one, the titles and the social profile of people who held them. The priests were usually members of provincial elites eager to promotion.

Keywords

Roman *Hispania*, Imperial Cult, priesthoods; *flamen*, *flaminica*, *pontifex*, *sacerdos*, *Augustales*; promotion, provincial elite.

En los territorios pertenecientes al Imperio romano, la ciudad es el principal foco difusor de la religión, lo que se explica porque el modelo religioso que se extiende por las provincias bajo el dominio de Roma equipara la comunidad cívica con la comunidad religiosa, dirigida por un cuerpo sacerdotal.

La escasez de fuentes complica a los historiadores la tarea de precisar qué funciones desempeñaban los sacerdotes en las provincias, tanto los dedicados al culto tributado a los dioses tradicionales del panteón romano, como los que supervisaban el culto imperial en el ámbito provincial, conventual y local. La organización sacerdotal estaba concebida para celebrar el culto por medio de ceremonias y procesiones, así como para ejecutar rituales de sacrificio, correspondiendo además a los sacerdotes tomar auspicios y actuar como representantes de las funciones divinas en la esfera pública (Delgado Delgado 1998, 9-10). En estos actos colectivos, quienes ocupaban cargos sacerdotales asumían una competencia específicamente religiosa: actuar como intermediarios entre los dioses y los hombres, quienes por medio de los rituales de culto se aproximaban a los primeros. También los sacerdotios de tradición romana tuvieron una función política, ya que a través de ellos las elites rectoras animaban a sus comunidades a mostrar adhesión a Roma, a fomentar el sentimiento de cohesión mediante la pertenencia a un colectivo protegido por los dioses y a marcar lealtad al propio emperador.

Prueba de la estrecha vinculación entre la esfera política y religiosa es que la organización de los actos religiosos públicos (*sacra publica*) correspondía a las autoridades civiles, siendo su financiación prevista por el senado local. Esta institución y los magistrados electos intervenían en el ámbito religioso hasta tal punto que los sacerdotes estaban sometidos a la jurisdicción civil, y únicamente tenían plena autoridad e independencia en la interpretación del derecho sagrado (Scheid 1991, 75). Así se recoge en los fragmentos de las leyes coloniales y municipales hallados en Hispania, documentos grabados sobre tablas de bronce en los que se regulaba la vida pública a todos los niveles. Por ejemplo, en la ley de la colonia cesariana de *Vrso* (Osuna) se contemplaba que «los duunviros [...] durante los diez primeros días en el cargo deberán preguntar a los decuriones, en presencia de al menos dos tercios de ellos, qué días y cuántas jornadas serán festivas, qué sacrificios se llevarán a cabo en público y quién los ejecutará. Lo que decreten aquellos que estuvieron presentes en la asamblea, será legal y válido, y dichos sacrificios y días festivos se observarán en la colonia» (*Lex Vrs.* 64). Este fragmento del estatuto de *Vrso* revela la importancia que en las ciudades se otorgaba a la fijación del calendario religioso y el valor de la normativa sobre los rituales y sacrificios ejecutados por los sacerdotes, mecanismos destinados a controlar ideológicamente —como se ha dicho— a la comunidad cívica.

Antes de repasar las características que presentan los diversos cargos sacerdotales de culto imperial documentados en Hispania, conviene aclarar que Roma no imponía esta manifestación religiosa a los pueblos que sometía, sino que la iniciativa de implantarla y organizarla partió de las propias elites romanizadas, colaboradoras con la potencia dominante. El culto imperial (recientemente objeto de revisión en un volumen colectivo de Nogales/González 2007) representó para los notables provinciales una forma de reconocimiento del poder de Roma y una vía para manifestar fidelidad al emperador como representante del Estado. No obstante, Roma no permaneció completamente al margen de su difusión, a la que contribuyó desde el principado de Augusto mediante la decisiva intervención de los representantes del poder central en las provincias. En definitiva, en la difusión del culto imperial se produce una situación un tanto ambigua, ya que, sin imponerlo abierta e intencionadamente, el Estado romano permitió a las elites interesadas fomentarlo, mientras él mismo lo impulsaba. Se trata del modelo de préstamo religioso denominado «inducido» (Alvar 1992), en el que «Roma carece tanto de modelo propio y alternativo en el ámbito religioso como de voluntad, en la mayor parte de los casos, para imponer su religión de forma violenta. Tampoco se trata de un cambio de tipo espontáneo, pues la relación entre las sociedades en contacto no es armónica, ni entre sociedades independientes, sino que está definida por la sujeción de una frente a la otra» (Lozano 2004, 438).

La consecuencia de esta actuación por parte del Estado romano fue una relativa permisividad que también se aprecia en la organización sacerdotal del culto imperial. En este aspecto, la intervención de Roma fue ciertamente discreta, lo que constituye una prueba más de su afortunado sentido práctico a la hora de gobernar y administrar el Imperio. Hasta el principado de los Flavios, el Senado se limitó a decretar la divinización de ciertos emperadores y miembros de la familia imperial, mientras las elites provinciales organizaban sacerdotalmente el culto que se les tributaba y solicitaban a Roma, por medio de *legationes*, el permiso para construir los templos consagrados al culto imperial. Con los Flavios, el Estado intervino expresamente en la organización sacerdotal del culto imperial en su dimensión provincial, cuando se asoció al culto que hasta entonces se tributaba a los *Diui* y *Diuae* (emperadores y mujeres de la casa imperial divinizados), el culto a los emperadores reinantes (*Augusti*) y a las emperatrices vivas (*Augustae*). Por lo que se refiere al ámbito local, donde inicialmente el culto imperial tuvo por objeto de culto al emperador reinante y a los miembros de su familia, la flexibilidad fue absoluta, como revela la variabilidad de situaciones que encontramos en Hispania en lo que se refiere a la organización sacerdotal.

Los diversos cargos sacerdotales de culto imperial conocidos en Hispania a través de la documentación epigráfica son: el flaminado provincial, el sacerdocio conventual y, en el ámbito local, flaminados, pontificados y sacerdocios de culto imperial. Completa el cuadro sacerdotal la augustalidad, cuya concepción como sacerdocio no está clara. Como a continuación se expone al comentar la situación en Hispania, el cuerpo sacerdotal se ocupó de custodiar las diversas expresiones que tuvo el culto imperial: adoración a la diosa *Roma*, a los emperadores vivos y divinizados, a los miembros de la casa imperial (*domus Augusta*), a las denominadas divinidades augustas, a las abstracciones de las personas divinizadas —como es el caso de las virtudes—, al espíritu protector del emperador (*genius Augusti*) y a los dioses custodios de su casa (*Lares Augustorum*).

La organización sacerdotal del culto imperial en el ámbito provincial

a) El flaminado provincial

Lusitania es la única provincia hispana donde sabemos de flámines provinciales que oficiaron durante época julio-claudia (Étienne 1958, 122-126; Delgado Delgado 1999). El culto imperial ya contaba con organización sacerdotal en el ámbito provincial en una provincia hispana bajo el principado de Tiberio, cuando *L. Cornelius L. f. Gal. Bocchus*, originario del municipio lusitano de *Salacia* y miembro del *ordo equester*, fue designado *flamen prouvinciae Lusitaniae*, lo mismo que su pariente *L. Cornelius C. f. Bocchus* (González 2002a). Aunque en *Hispania Citerior* (Alföldy 1973) y en *Baetica* (Castillo 1998; Delgado Delgado 1998, 41-52) no existen testimonios de flámines provinciales anteriores a época flavia, sabemos por Tácito que, no muchos años después de la divinización de Augusto en el año 14 d.C. (Dio Cass. 56, 46, 2), ambas provincias estuvieron interesadas en disponer de templos consagrados al culto imperial, necesariamente ligados, por tanto, a un sacerdocio provincial.

Tácito (*Ann.* 1, 78) relata que, en el año 15 d.C., una *legatio* fue enviada a Roma en representación de los *Hispani* de la *Citerior* con el objetivo de solicitar permiso para construir un templo consagrado a Augusto, cuya existencia confirman las series monetales acuñadas en *Tarraco* bajo Tiberio, en cuyos anversos podemos contemplar a Augusto con la cabeza radiada y la leyenda *DIVVS AVGVSTVS PATER* o bien su figura sedente identificada como *DEO AVGVSTO*, y, en los reversos, un templo octástilo con la leyenda *AETER-NITATIS AVGVSTAE* (Beltrán Lloris 1953; Gimeno 1994; Burnett/Amandry/Ripollès 1992, I, 104).

En el año 25 (*Ann.* 4, 37, 1), *Hispania Vltior* también demandó permiso para construir un edificio

consagrado a Tiberio y a su madre, pero el emperador no lo concedió. No existen acuñaciones emitidas durante época tiberiana en *Corduba* que confirmen la construcción de un templo de culto imperial, lo que, unido a la inexistencia de testimonios de flámines provinciales en *Baetica* que oficiaran durante época julio-claudia, ha llevado a atribuir a Vespasiano la implantación del culto imperial en esta provincia, al igual que en la Galia Narbonense y en el África Proconsular. El objetivo político de esta medida habría sido el de exaltar el prestigio de la *gens Flauia*, donde ni Augusto ni sus sucesores habían sido adorados en el ámbito provincial, puesto que ahora se habría incluido al emperador reinante como objeto de un culto asociado al que durante época julio-claudia se venía rindiendo a los emperadores y mujeres de la casa imperial divinizados por decreto del Senado (Fishwick 1987-2005, I [2], 273-274).

Cierto es que la embajada enviada por la *Vltior* a Roma solicitó la construcción de un templo, no consagrado al *Diuus Augustus*, sino a Tiberio y a Livia en vida, y que, a día de hoy, no existen pruebas definitivas de que el culto al *Diuus Augustus* estuviera implantado en *Baetica* durante época tiberiana. Ahora bien, tampoco existe una razón de peso que justifique retrasar hasta el principado de Vespasiano su implantación. El culto imperial constituyó un interesante instrumento de promoción social para las elites provinciales, a la que los notables béticos no estarían dispuestos a renunciar desde el momento que el culto al *Diuus Augustus* fue creado por el Estado e implantado por los notables en el resto de Hispania bajo el principado de Tiberio. Según dos textos antes aludidos de Tácito (*Ann.* 1, 78 y 4, 37, 1), en la construcción de los templos de culto imperial las provincias seguían el ejemplo unas de otras. Resultaría verdaderamente chocante que en la capital de *Hispania Vltior Baetica* no se consagrara un templo al *Diuus Augustus*, tal como ocurrió en las capitales de *Lusitania* e *Hispania Citerior*, según muestran las acuñaciones monetales emitidas en estas ciudades durante época tiberiana (Burnett/Amandry/Ripollès 1992, I, 72-73, 104) y a las que ya nos hemos referido. Por otra parte, no parece tener sentido que *Baetica* deseara organizar a nivel provincial un culto al emperador vivo y a su madre, manifestación religiosa carente de reconocimiento oficial, y no haber implantado el culto al *Diuus Augustus* creado oficialmente en el año 14 d.C.

Por lo que se refiere al sacerdocio provincial oficiado por mujeres, al menos en *Lusitania* todavía no existía en el año 48 d.C. Así se desprende de la información contenida en una base de estatua hallada en *Scallabis*, datada mediante formulario consular, en la que se recuerda el *cursus honorum* de un *flamen prouvinciae Lusitaniae Diui Augusti et Diuae Augustae* (González 2006, 23-30). Los escasos testimonios de *flamini-*

cae provinciales recogidos en Hispania, uno en *Baetica* (Delgado Delgado 1998, 52-53), doce en la *Citerior* (Alföldy 1973, 94-97) y cinco en *Lusitania* (Delgado Delgado 1999, 453-458), se datan a partir de época flavia, de igual modo que en el resto de las provincias del Occidente romano tampoco existen testimonios de flaminicas provinciales que oficiaran durante época julio-claudia (Mirón 1996, 329-331). Las fuentes parecen, pues, indicar que el aumento de *Diuae* y la inclusión de las augustas como objeto de culto a partir de época flavia, requirieron crear el flaminado provincial oficiado por mujeres.

La titulación original del sacerdocio provincial fue *flamen Augustalis*, con indicación del nombre de la provincia a continuación, aunque, desde que el culto imperial contó con organización sacerdotal bajo Tiberio, en *Lusitania* esta titulación se abrevió sencillamente como *flamen prouvinciae* (González 2002b). Durante época julio-claudia, a esta versión abreviada se podía añadir la mención del objeto de culto, como muestran dos ejemplos de *flamines* provinciales que oficiaron bajo el principado de Claudio en esta provincia. A partir de época flavia, también se podía ampliar ésta mencionando a la diosa *Roma* –solo documentada en *Hispania Citerior*– y/o a los *Augusti* y/o a los *Diui*. En definitiva, los flamines provinciales son identificados en la epigrafía con una arbitrariedad absoluta, sin que la aparente diversidad de las titulaturas del flaminado provincial responda a una evolución cronológica, ni a diferencias en cuanto al objeto de culto. Evidencia de ello encontramos en dos documentos epigráficos en los que un mismo *flamen* provincial es identificado con dos titulaturas diferentes: *flamen Romae Diuor(um) et August(orum)* (RIT, 92) y *flamen p(rouincia) H(ispaniae) C(iterioris)* (HEp6, 898). Es posible que la variabilidad se explique por los gustos de los dedicantes (Alföldy 1973, 46-49, 57), aunque los ejemplos de *Lusitania* datados durante el principado de Claudio muestran que la mención del objeto de culto respondía al deseo por parte de los flamines de publicitar en la provincia las novedades que sobre el culto imperial se producían en Roma (González 2002b), por lo que es de suponer que lo mismo ocurriría a partir de época flavia. En cuanto a las flaminicas provinciales, en la documentación epigráfica se titulan *flaminicae prouvinciae*, si exceptuamos a la única conocida en *Baetica*, *flaminica Diuarum Augustarum prouvinciae Baeticae* (Delgado Delgado 1998, 52-53). La mención del objeto de culto confirma que la labor de las flaminicas provinciales consistió en vigilar el culto colectivo a las Augustas y mujeres divinizadas pertenecientes a la casa imperial. La mención del objeto de culto por parte de algunos flamines y flaminicas provinciales permite concluir que, a partir del principado de los Flavios, los flamines provinciales designados en Hispania estaban dedicados al culto a la diosa *Roma*, a los *Augusti* (empe-

radores vivos) y a los *Diui* (emperadores divinizados). En *Lusitania*, estos sacerdotes también supervisaron el culto a Livia, convertida en *Diua Augusta* en el año 42 (CIL, VI, 2032), hasta la creación del sacerdocio provincial oficiado por mujeres, todavía inexistente en la provincia –como se ha hecho constar más arriba– en el año 48 d.C.

El flaminado provincial era un cargo anual (Étienne 1958, 164-165), se podía reiterar (Alföldy 1973, n.º 46) y su titular era designado por el concilio provincial, tal como se recuerda en el homenaje que *Hispania Citerior* tributó a uno de sus sacerdotes provinciales (RIT, 294, *electo a concilio prouinc(iae)*). Hasta que el elegido tomaba posesión del cargo se convertía en *flamen designatus* (CIL, II²/7, 294, 3873; Alföldy 1973, n.º 8, 32) y, si tras haber sido designado no llegaba a ocuparlo, era considerado un *flaminialis prouvinciae* (AE, 1983, 519). La *flaminica* provincial también era elegida por el *concilium* (RIT, 327), sin que la elección recayera necesariamente en la esposa de quien ese año oficiaba como *flamen* provincial, aunque esto ocurrió frecuentemente en *Hispania Citerior*, donde nueve de las doce flaminicas provinciales conocidas hasta hoy (Alföldy 1973, 94-97; Hoyo 1987, 142; Mirón 1996, 162-164) estaban unidas en matrimonio a los flamines provinciales. La *lex de flamonio prouvinciae Narbonensis* (CIL, XII, 6038) otorga a la esposa del *flamen* provincial electo (*uxor flaminis*) un estatuto similar al que tenía la esposa del *flamen Dialis*, quien no era solo una consorte, sino que desempeñaba funciones sacerdotales propias como flaminica de Juno (Boels 1973).

Por lo que se refiere a las competencias de flamines y flaminicas provinciales, la principal fuente de información es la *lex de flamonio prouvinciae Narbonensis* (CIL, XII, 6038), *institutio* de Vespasiano o Domiciano, en la que se recogen normas sobre el flaminado provincial en la Galia Narbonense. Los fragmentos conservados correspondientes a sus cinco cláusulas nos informan sobre la obligación que tenía el *flamen* de organizar los rituales religiosos en la capital provincial. También se contemplan los privilegios que le correspondían, de manera que en las reuniones de los decuriones o del Senado, tenía derecho a expresar su opinión, participar en la votación y presentar propuestas, y podía ocupar un sitio en la primera fila durante la celebración de los juegos. Estos privilegios son similares a los del *flamen Dialis*, quien supervisaba el culto a Júpiter en Roma (Marco 1996). La ley también reconoce al *flamen* saliente potestad para erigir bustos o imágenes imperiales haciendo uso de los fondos públicos, así como el derecho a ser honrado con una estatua sobre cuyo pedestal se debía grabar un formulario específico. La ley, además, describe el procedimiento a seguir si el *flamen* provincial abandonaba la capital provincial. A pesar de la limitación impuesta por el estado fragmentario del texto, este estatuto muestra cómo bajo los Flavios

se definió el flaminado provincial a partir del modelo del flaminado oficiado por el *flamen Dialis* (Marco 2004), pero con la lógica adaptación que requería la situación en las provincias (González, en prensa). Así, mientras que el *flamen Dialis* tenía prohibido abandonar la *urbs*, el *flamen prouvinciae* podía ausentarse de la capital provincial, momento en que era nombrado un *flamen* en funciones, hasta elegir a un sustituto. El estatuto institucionaliza, además, la práctica de honrar al *flamen* saliente con una estatua en la capital provincial. Homenajear al *flamen* con una estatua es una práctica espontánea documentada ya durante época julio-claudia en *Lusitania*, donde ciertos sacerdotes fueron honrados cuando ocupaban el flaminado en distintas ciudades de la provincia. Mientras que en la capital de *Lusitania* no ha sido recogido ningún pedestal de estatua erigida en honor de un *flamen* saliente, estos sí han sido hallados en la capital de *Baetica* (Panzram 2003) y en la de *Hispania Citerior* (Alföldy 1973), aunque no siempre su formulario se ajusta al descrito en la ley.

Otros documentos epigráficos también nos permiten aproximarnos a las actuaciones oficiales protagonizadas por los flámines y flamínicas provinciales en Hispania. El sacerdocio provincial es un cargo religioso creado para supervisar el culto imperial en su dimensión provincial y difundir por toda la provincia la imagen del emperador divinizado y reinante, representante del Estado. En *Lusitania*, encontramos ejemplos interesantes (González, en prensa): el *flamen Albinus Albui f.* consagró un altar al *Diuus Augustus* y a la *Diua Augusta* en *Emerita Augusta*, la capital provincial, destinado a soportar imágenes imperiales; por su parte, el *flamen L. Papirius L. f.* (CIL, II, 41*) promovió una consagración al *Diuus Augustus* en *Conimbriga*; la flamínica *Flauia L. f. Rufina* consagró en *Salacia* un ara a Júpiter (CIL, II, 32) en el lugar donde pudo existir un santuario, etc.

Además, el flaminado provincial también tenía una dimensión política importante, puesto que quien lo ocupaba actuaba de mediador entre las ciudades cuando entre ellas surgía algún conflicto (Hardy 1910). El emperador utilizaba el *concilium*, presidido por el *flamen prouvinciae*, como canal de comunicación entre Roma y la administración local, institución donde se daban cita los representantes enviados por todas las ciudades de la provincia, para debatir y solucionar problemas, además de decidir el envío de *legationes* que expusieran peticiones y quejas ante el emperador, informado previamente por el gobernador provincial.

Llama la atención la diversidad que presentan los lugares de origen de los flámines y flamínicas provinciales que oficiaron en Hispania entre los siglos I y III (Alföldy 1973, 20-23; Castillo 1998, 439; Delgado Delgado 1999, 435-436), sin que su peso político-administrativo condicionara la elección que de estos sacerdotes llevaba a cabo el concilio provincial. Las fla-

mínicas provinciales son originarias, mayoritariamente, de ciudades de estatuto privilegiado, salvo dos que oficiaron en *Hispania Citerior*, originarias de *ciuitates* estipendiarias (Mirón 1996, 138). Parece haber un interés expreso en que el flaminado provincial fuese ocupado por personas de todas las ciudades y centros urbanos. ¿Se buscaba así contribuir a la difusión del culto imperial en los territorios menos romanizados, utilizando a los *flamines* y *flaminicae* originarios de estas regiones para hacerlo? Sabedores del papel que desempeñaba el *flamen* provincial en el ámbito local, parece comprensible que los notables que elegían a estos sacerdotes en el *concilium* buscaran un *status quo* en cuanto al lugar de origen de los designados, en un intento por crear un mecanismo compensatorio de beneficios. Cuando un *flamen prouvinciae* intervenía en favor de una ciudad determinada, se esperaba de un *flamen prouvinciae* originario de la ciudad favorecida un trato mejor para la de origen del benefactor (González, en prensa). En este sentido, resulta significativo que, durante época julio-claudia, los *flamines* de *Lusitania* fueran honrados con estatuas en distintas ciudades de la provincia, no necesariamente en las de origen de los sacerdotes, y que reciban homenajes en su *patria* patrocinados por otras ciudades. De especial interés resulta la estatua erigida en honor de *L. Cornelius C. f. Bocchus* en *Salacia* (González 2006, 33-38) por una ciudad vecina: la *colonia Scallabitaná*. Este *flamen* provincial de *Lusitania* era originario del municipio donde *Scallabis* lo homenajó *ob eius merita in coloniam*, es decir, por los servicios prestados a la ciudad como sacerdote. La figura del *flamen prouvinciae* actúa como vertebradora en la jerarquía urbana provincial, puesto que su intervención favorece la integración –tanto de las ciudades principales como de las secundarias– en el sistema administrativo implantado por Roma en las provincias, al mismo tiempo que dinamiza las relaciones entre ellas.

Mientras Roma utilizaba el sacerdocio provincial para evitar que los conflictos locales llegaran a instancias mayores, las elites que lo ejercían se promocionaban socialmente dentro del sistema político-religioso romano. Lo habitual era que, antes de ser elegidos por el concilio, los *flamines* hubieran acumulado honores civiles y religiosos (duunvirado, sacerdocios locales o el conventual). Una minoría había protagonizado carreras mixtas que alternan honores locales y funciones ecuestres, y también se da el caso de *equites* que lo ocuparon tras regresar a sus provincias de origen, después de desempeñar tareas como oficiales del ejército o emplearse en la alta administración (Pflaum 1965, 92). Por su parte, las *flaminicae* habían actuado como sacerdotisas, algunas en varias ciudades donde los *ordines* decretaron la perpetuidad de los flaminados. El flaminado provincial daba a los notables la oportunidad de proyectar su imagen más allá del ámbito local, tan-

to en las ciudades de la provincia, como en la capital provincial, de manera que el cargo puede considerarse un honor de culminación de la promoción social en el marco provincial (Delgado Delgado 1998, 48; Fishwick 2000) y no un eslabón entre la carrera local y la ecuestre (Étienne 1958).

La acumulación de honores en el ámbito público local, junto a la riqueza indispensable para recibirlos eran aspectos valorados por el concilio en el momento de la designación. En cuanto a si también se exigía la ciudadanía romana para ocupar el sacerdocio provincial, la quinta cláusula correspondiente a la *lex de flamonio prouinciaie Narbonensis* nada aclara, puesto que en ella se está haciendo referencia a las medidas que debían tomarse en caso de que el *flamen* abandonase la capital provincial, no si perdía la ciudadanía. Entre los *flamines* de Hispania, únicamente un testimonio invita a la duda, el del *flamen* de *Lusitania Albinus Albui f.* (Edmondson 1997), el único que se identifica con el sistema de nomenclatura de tipo peregrino. Teniendo en cuenta el uso de los *tria nomina* por los flámenes provinciales, así como el perfil social de los conocidos hasta hoy, parece que lo habitual era que el concilio eligiera a ciudadanos romanos. Los *flamines* de *Lusitania* que, junto a *Albinus Albui f.*, ocuparon el sacerdocio durante época julio-claudia, fueron *honorati* en el ámbito local, algunos pertenecientes al *ordo equester*. La elección de *Albinus Albui f.*, *flamen prouinciaie* bajo Claudio, no parece que deba explicarse por lo temprano del momento en que ocupó el sacerdocio, cuando todavía no se exigía la ciudadanía para hacerlo. Su excepcionalidad tal vez se deba a la escasa presencia de ciudadanos romanos en la región de donde era originario (González, en prensa). Dada la practicidad de Roma, es posible que en aquellos lugares donde la presencia de población ciudadana era menos numerosa, algunos *flamines* pudieron haber sido seleccionados entre *peregrini* romanizados.

b) Flaminado / sacerdocio conventual

El culto imperial también contó con organización sacerdotal en los *conuentus*, aunque solo existe confirmación epigráfica para algunos de la *Hispania Citerior*: los tres que englobaban el territorio del noroeste peninsular (*conuentus Bracaraugustanus*, *Lucensis* y *Asturum*), además del *Cluniensis* y el *Carthaginensis*.

En el santuario de las Tres Galias, un *sacerdos* elegido por la asamblea federal servía el ara de Lyon, fundada por Druso y consagrada a la diosa *Roma* y al emperador Augusto (Fishwick 1987-2005, I [1], 131). En *Hispania Citerior* hay indicios de que en cada *conuentus* también existiría una ara de este tipo. Se conoce una en *Lucus Augusti* consagrada por un *legatus Caesaris* (CIL, II, 2581), y otra en *Bracara Augusta* dedicada por *Gallaecia* (CIL, II, 2422). Además, en la *tabula Lougeiorum*, grabada en el año 1 d.C. y cuya autenti-

cidad ha sido objeto de una dilatada discusión entre los historiadores (Pereira 1984; Dopico 1986, 1988; Enríquez 1989; Canto 1990; Rodríguez Colmenero 1996, 1997; Le Roux 2004), se menciona un *conuentus arae august<a>e*, nombre que sugiere que, en la capital del mismo, había una ara. En un texto de procedencia desconocida (Eck 1997) figura un *quaestor gentium araugustanorum*, cuestura que remite a los habitantes de dicho *conuentus*. Su localización es desconocida, aunque se han propuesto varias hipótesis al respecto: el ara sería centro de un *conuentus* donde más tarde se creó *Asturica Augusta*, capital del *conuentus Asturum* (Dopico 1986, 61); el *conuentus* mencionado en la *tabula* sería uno de los dos en que estaba organizado el territorio astur, con el ara ubicada en el castro de la Campa de Torres, una de las «aras sestianas» a las que se refieren Pomponio Mela, Plinio y Ptolomeo (Rodríguez Colmenero 1997, 217), símbolo del distrito que abarcaba el territorio adscrito a los tres *conuentus* del noroeste a partir del principado de Tiberio (Fernández/Morillo 2002).

Atendiendo a la mención del objeto de culto, los sacerdotes conventuales de la *Hispania Citerior* estaban dedicados a la diosa *Roma* en asociación con el emperador reinante y desempeñaban un papel similar al de los *sacerdotes* que servían el ara en el santuario federal de las Tres Galias. La existencia del sacerdocio conventual revela que las capitales conventuales actuaron en Hispania como focos de difusión del culto al emperador en el poder, al menos a partir de Vespasiano, ya que todos los testimonios se datan bajo su principado o son posteriores a él (Étienne 1958, 181-184). La duda que se plantea es si esta situación es extensible a *Lusitania* y *Baetica* o si el Estado romano, exclusivamente, vio la necesidad de potenciar la difusión del culto imperial a partir de la división administrativa intermedia entre la provincia y la ciudad, en la provincia de mayor extensión territorial, dando así continuidad a una política emprendida bajo Augusto, consistente en fomentar el culto al *Princeps* mediante la consagración de altares con la intervención de los gobernadores de la *Hispania Citerior*.

El sacerdocio conventual podía ser ejercido tanto por hombres como por mujeres, aunque, entre los testimonios recogidos, solo contamos con el de una mujer, una *sacerdos perpetua Romae et Augusti* a quien el *conuentus Bracaraugustanus* homenajeó en la capital conventual, *Bracara Augusta* (CIL, II, 2416). Algunos sacerdotes conventuales llegaron a ocupar el flaminado provincial tras ser elegidos por el concilio de *Hispania Citerior*, con sede en *Tarraco*. Conocemos esta circunstancia porque fueron homenajeados con una estatua en la capital provincial como flámenes salientes (Alföldy 1973, 5, 24, 25, 35, 36) o porque el flaminado provincial formaba parte de sus *cursus honorum* (Alföldy 1973, 32, 45).

Entre los lugares de origen de los sacerdotes conventuales —a menudo indicados a través de la *origo* en los pedestales de las estatuas erigidas en su honor en *Tarraco*— encontramos a personas vinculadas jurídicamente a las *ciuitates* estipendiarias de la *Hispania Citerior*, promovidas a municipios como consecuencia de la concesión del derecho latino por Vespasiano. Su onomástica revela, además, que algunos habían accedido a la ciudadanía romana recientemente (Étienne 1958, 181-185).

Por lo que se refiere a las características del cargo, poco es lo que sabemos. Se supone que correspondía a la asamblea conventual designar a sus titulares, hasta hoy no se conoce reiteración del mismo, pero sí la concesión de la perpetuidad a la única mujer que ofició como sacerdote conventual (*CIL*, II, 2416, ya antes citada). Llama la atención que la persona que lo ocupaba se denomine tanto *sacerdos* como *flamen*, este último título documentado únicamente en el *conuentus Carthaginensis* (*CIL*, II, 3418). Además de desempeñar funciones religiosas, posiblemente flámenes y sacerdotes conventuales tuvieron también competencias administrativas, tal como sugiere el caso de un *sacerdos Romae et Augusti* homenajeado por la *Hispania Citerior* (*RIT*, 333) *ob curam tabulari censualis fideliter administr(atam)*, algo nada sorprendente teniendo en cuenta las funciones fiscales que hoy sabemos que tuvieron los *conuentus* (Ozcáriz 2006, 85-86, 91-108).

La organización sacerdotal en el ámbito local

a) El pontificado del culto imperial

La documentación epigráfica hallada en Hispania muestra que, inicialmente, los pontífices se ocuparon de organizar y celebrar los actos sagrados relacionados con los cultos tradicionales de la religión romana (Canto 1981; Castillo 1993; Delgado Delgado 1998, 55-72). Su existencia parece haber sido anterior a la de los *flamines*, puesto que en la ley fundacional de la colonia cesariana de *Vrso* no aparece mencionado el flaminado y sí el pontificado, aunque no asociado todavía al culto imperial. Gracias a dicho estatuto, sabemos que en esta ciudad de *Baetica*, los pontífices constituían un colegio de tres miembros y que ingresaban en él con carácter vitalicio (*Lex Vrs.* 67).

Cuando el culto imperial se difunde en las ciudades, el concepto de divinidad imperial se integra en la esfera sagrada (Étienne 1958, 231-235), de manera que las funciones de los *pontifices* acabarán confundándose con las asignadas a los *flamines*, sacerdotes que, específicamente, se encargaban de supervisarlos. En Hispania, este fenómeno solo está documentado en la *Baetica*, única provincia hispana donde sabemos que algunos pontífices también se dedicaban al culto

imperial. Pontífices y flámenes convivieron como sacerdotes de culto imperial, al menos, durante los siglos I y II. La mayoría de los pontífices conocidos oficiaron durante el principado de Tiberio (Delgado Delgado 1998, 60), aunque es posible que dos pontífices *primi creati Augusto* (*AE*, 1993, 26 = *Lex Irn.* 18) y el pontífice *creatus Augusto primus municipio* (*AE*, 1983, 522), mencionados en dos inscripciones halladas en el teatro de *Italica*, desempeñaran sus funciones sacerdotales ya bajo Augusto. Sin duda, se trata de los primeros pontífices de culto imperial designados en dicho municipio, pero el problema reside en poder precisar la datación de estos epígrafes y decantarse por el principado de Augusto o por el de Tiberio, cuestión dependiente de cómo se interprete el término *Augusto*, si con un significado genérico referido a Tiberio como emperador reinante (Castillo 1993, 85-86) o al propio Augusto en el poder (Delgado Delgado 1998, 61; Caballos 2003, 254-255).

Las menciones del objeto de culto por parte de los pontífices de culto imperial, en la documentación epigráfica hallada en la *Baetica* (Delgado Delgado 1998, 60), confirman que no existía diferencia alguna entre las funciones sacerdotales que éstos desempeñaban y las que correspondían a los flámenes. Algunos se identifican como supervisores del culto al emperador reinante (*pontifex primus creatus Augusto*, *pontifex Aug[usti]*, *pontifex Caesaris Augusti* y *pontifex Caesaris*). Otros, en cambio, estaban dedicados al culto de ciertos miembros de la casa imperial (*pontifex Caesarum*), a la casa imperial en su conjunto (*pontifex domus Aug[ustae]*), al emperador divinizado (*pontifex Diui Aug.*), y a los emperadores divinizados y vivos en su conjunto (*pontifices Diuorum Aug[ustorum]*).

b) Los flaminados

Originariamente, en el ámbito local, los sacerdotes asignados al culto imperial fueron los flámenes y fláminicas, títulos que hunden sus raíces en los tradicionales flaminados romanos, consistentes en la elección de parejas sacerdotales (Vangaard 1988). El *flamen Dialis* sirvió de modelo al culto imperial, de manera que fue, precisamente, un *flamen* quien atendió el culto al divino César y a los primeros emperadores divinizados.

Únicamente en la *Baetica*, ciertos flámenes añadieron al título la expresión *sacrorum publicorum* (*CIL*, II²/5, 330; *CIL*, II²/7, 68) para indicar su dedicación a los asuntos sacros de dimensión pública, lo que muestra la fusión de las funciones de los sacerdotes de culto imperial y las asignadas a los pontífices. Con menor frecuencia, los flámenes especifican el objeto de culto que custodian. Gracias a esta práctica, sabemos que en las ciudades de Hispania fueron elegidos flámenes dedicados al culto que se tributaba, individual o colectivamente, tanto a los emperadores reinantes como a los

divinizados tras su muerte. Otros se identifican como supervisores del que se tributaba individualmente al emperador divinizado o a miembros vivos de la casa Julio-Claudia.

El sacerdote dedicado al culto al emperador reinante figura en las inscripciones como *flamen Aug. / August.*, lo que plantea la duda sobre cómo desarrollar la abreviatura, optándose por *Augusti* («flamen de Augusto») como término genérico referido al emperador en vida. Más excepcionalmente, se precisa el nombre del emperador (*IRCP*, 236 = *flamen Ti[berii] Caesaris Aug[usti]*, *RIT*, 145 = *flamen Imp[eratoris] Vesp[asiani] Caes[aris] Aug[usti]*). Cuando son varios los emperadores en el poder, el sacerdote de culto imperial es designado *flamen Augustorum*, con el término *Augustorum* habitualmente abreviado bajo diferentes formas (*Augg. / Aug. / August. / Augustor.*).

Cuando se quiere precisar que el *flamen* vela el culto dirigido al emperador divinizado, se indica añadiendo la expresión *Diui Augusti* («flamen del Divino Augusto»), con *Augusti* frecuentemente abreviado como *Aug.* (*HEp*10, 302; *CIL*, II²/5, 495; y *AE*, 1987, 478a). También es posible mencionar expresamente el nombre del emperador divinizado cuyo culto se custodia (*RIT*, 316 = *flamen Diui Claudii*; *HEp*2, 816 = *flamen Diui Vesp[asiani]*; *AE*, 1983, 519 = *flamen Diui Traian*). Para indicar la supervisión del culto al conjunto de los emperadores divinizados se utiliza el término *Diuorum* (*flamen Diuorum* = *CIL*, II²/5, 188).

Algunos flámenes mencionan como objeto de culto a los *Augusti* y a los *Diui* (*IRC*, IV, 67; y *CIL*, II²/5, 1171) y, únicamente en la *Hispania Citerior*, también se incluye a la diosa *Roma*, asociada al culto tributado al emperador o a los emperadores reinantes y/o divinizados (*HEp*9, 237 = *flamen Romae et Augusti*; *CIL*, II, 3033 = *flamen Romae et Aug[ustorum]*; *CIL*, II, 2782 = *flamen Romae et Diui Augusti*; *IRC*, IV, 45 = *flam[en] Romae Diuorum et Augustorum*). Como esta particularidad también se observa en el culto imperial de dimensión provincial, es evidente que la diosa *Roma* tuvo mayor calado. Desde la República, *Roma* fue convertida en personificación del Estado, pero será con Augusto cuando cobre protagonismo, al ser asociada con la persona del gobernante, lo que implicaba la unión simbólica del Estado y del *Princeps*, si bien no alcanzó gran difusión en las provincias de Occidente (Fishwich 1987-2005, I [2], 127-131). Posiblemente, la mayor repercusión ideológica que sabemos tuvo este culto en la *Hispania Citerior* esté relacionada con el hecho de que, desde el principado de Augusto, en esta provincia el Estado contribuyó activamente a fomentar el culto a Augusto en vida en asociación con la diosa *Roma*, en un primer momento, a través de los altares y, después, mediante la designación de *sacerdotes Romae et Augusti*, quienes servían las aras en las capitales conventuales.

Al menos durante época julio-claudia, ciertos flámenes mencionan como objeto de culto a miembros vivos de la casa imperial (*CIL*, II, 194 = *flamen Germ[anicii] Caesa[ris]*; *AE*, 1915, 95 = *flamen Iuliae Augustae*). Llama la atención que en esta provincia hayan sido flámenes y no flaminicas, quienes por entonces se encargaron de vigilar el culto a una mujer, Livia, la viuda de Augusto, divinizada por decreto de Claudio (Dio Cass. 60, 5, 2-3). Esta particularidad que *Lusitania* presenta en la organización sacerdotal dentro del Occidente romano pudo ser consecuencia de la novedad que representó el desarrollo del culto a la familia imperial, con mayor tradición en Oriente, y de la poco clara división según el género que presenta el objeto de culto en el sacerdocio romano (Mirón 1996, 144-145).

Por lo que se refiere a los flaminados locales ejercidos por mujeres, en la mayor parte de los casos las flaminicas se titulan simplemente *flaminicae*, aunque en la *Baetica* conocemos a una *flaminica Aug.* (*CIL*, II²/5, 624). La interpretación más aceptada para la abreviatura es *Aug[ustae]*, en alusión al culto a la emperatriz viva («de la Augusta»), aunque es posible que, cuando a partir del siglo II d. C., hubo más de una Augusta viva, indicara el tipo de sacerdocio, es decir, «flaminica augusta» (Mirón 1996, 153). También en la *Baetica*, la epigrafía nos da a conocer a dos flaminicas *domus Augustae* (*CIL*, II²/5, 69 y 89), supervisoras del culto a la casa imperial en su conjunto. Finalmente, en *Tarraco*, algunas flaminicas se identifican como asignadas al culto a la *Concordia Augusta* (*RIT*, 344 y 347).

¿Cómo interpretar esta enorme variabilidad en la mención del objeto de culto que custodiaban los flámenes y flaminicas locales? Desconocemos cuántos flámenes serían elegidos en cada ciudad, pero teniendo en cuenta que los cultos a los *Diui* y a los *Augusti* fueron asociados, no tendría sentido que hubiera un *flamen* especializado en el culto que se rendía al emperador reinante, otro para cada *Diuus* y cada miembro vivo de la casa imperial, y otro para los *Diui*, distinto del *flamen Augusti* o *Augustorum*. Puesto que algunos flámenes provinciales de *Lusitania* que oficiaron durante el principado de Claudio, añadieron a la titulación de su sacerdocio los nombres del *Diuus Augustus* y de la *Diua Augusta* para publicitar la incorporación de Livia al culto imperial como *Diua Augusta* en el año 42 d.C., tal vez ocurriera lo mismo en el ámbito local. Es posible que todo *flamen* estuviera dedicado al culto imperial en su conjunto, siendo el encargado de celebrar cualquier acto relacionado con él. Una inscripción hallada en La Guardia, Jaén (*CIL*, II²/5, 4), resulta significativa al respecto al recordar que corresponde al *flamen Augusti* promover una dedicatoria a Agripina, madre de Cayo César Augusto Germánico. Este documento muestra que los *flamines Augusti* se encargaban de honrar a los miembros de la casa impe-

rial. Tal vez, únicamente, cuando se producía una novedad que afectaba al culto propiamente dicho, como una divinización, o cuando algún miembro de la casa imperial era asociado al poder del emperador o tenía especial significación en la cuestión sucesoria, el *flamen Augusti* optaba por identificarse como *flamen Diui* ..., *flamen Diuorum* o *flamen*, seguido del nombre de la persona en cuestión.

La epigrafía confirma la designación de flámenes y flaminicas entre los siglos I y III d.C. Los primeros ejemplos corresponden a flaminados de culto imperial ejercidos por hombres en las tres provincias hispanas y datan del principado de Tiberio, mientras que el flaminado más temprano oficiado por mujeres se data entre Augusto y Tiberio y se documenta en la *Baetica* (Delgado Delgado 1998, 73). No obstante, algunos flaminados ocupados por hombres son mencionados en epígrafes que ofrecen una temprana y poco precisa datación, de comienzos del Imperio. Hasta hoy no hay prueba definitiva de que el culto a Augusto en vida contara con organización sacerdotal bajo su principado, aunque las fuentes epigráficas, numismáticas y arqueológicas muestran que estaba bien arraigado, tanto en el ámbito público como privado. La existencia de templos consagrados al culto imperial en las ciudades de las tres provincias hispanas, cuya construcción se emprendió desde finales de la época republicana y durante el principado de Augusto, siguiendo los modelos de la arquitectura tardorrepública (Ribeiro 2002; Nogales/González 2007), constituye prueba indirecta de que tuvo que existir algún tipo de organización sacerdotal.

c) El sacerdocio de culto imperial

En su origen, la palabra *sacerdos* fue usada por los romanos para denominar a quienes detentaban un cargo sacerdotal de origen griego u oriental, si bien, desde fines de época republicana, comenzó a utilizarse para designar a personas que ocuparon sacerdocios romanos, práctica que se extendió a las provincias durante la época imperial (Beard 1990, 46). En Hispania, ciertas mujeres se identifican como *sacerdotes*, aunque solo una minoría se vincula al culto imperial, todas ellas conocidas por epígrafes hallados en ciudades de la *Baetica* y uno en *Emporiae* (IRC III, 199 en IRC V). Conocemos esta circunstancia, bien porque precisaron el objeto de culto, bien porque realizaron dedicatorias o protagonizaron actuaciones que las relacionan con esta manifestación religiosa.

La forma de indicación del sacerdocio de culto imperial es similar a la del flaminado ocupado por mujeres, aunque no parece que ambos cargos sacerdotales sean equivalentes (Toutain 1967, I, 153; Étienne 1958, 247-248; Fishwick 1987-2005, I (1), 166, nota 109), puesto que algunas fueron flaminicas y *sacerdotes* en la misma ciudad (Delgado Delgado 1998, 77, 82-

84). No está clara la diferenciación entre ambos, aunque es posible que el contacto intenso entre la *Baetica* y la helenizada península itálica hiciera más popular en esta provincia el término *sacerdos*, especialmente ligado a sacerdocios locales femeninos de una divinidad femenina. Pudo ocurrir, como en el caso de los pontífices, que con el desarrollo del culto imperial, su objeto de culto se confundiera con el propio de las *sacerdotes* que se ocupaban del culto público local en general (Mirón 1996, 147-148).

Por lo que se refiere a la datación de los testimonios, la *sacerdos* más antigua ofició bajo el principado de Vespasiano, primera en ocupar el sacerdocio en su municipio de origen (ILS, 5512), aunque la mayor parte figuran en epígrafes que se datan durante el siglo II. En cuanto al objeto de culto, las menciones son: *sacerdos domus D(iuinae)*, *sacerdos domus Aug(ustae)*, *sacerdos Diuarum Augustarum*, *sacerdos Diua Augusta* y *sacerdos Diuarum Augustarum* (Delgado Delgado 1998, 86). Hasta hoy nos consta que estas mujeres custodiaban el culto colectivo a la casa imperial, así como el que se tributaba a las emperatrices vivas, en asociación al que se rendía a las mujeres divinizadas.

d) Características de los cargos sacerdotales de culto imperial

Los epígrafes en los que son mencionados los cargos sacerdotales de culto imperial en el ámbito local nos informan sobre algunas de sus características.

Desde el punto de vista de su elección, como sacerdocios públicos que son, los titulares de estos cargos eran elegidos por el *ordo*, como se deduce de que correspondiera a esta institución decretarles honores, según consta en algunas inscripciones grabadas en *Baetica*: a una *sacerdos* (CIL, II, 5488), a una *flaminica* (AE, 1984, 528).

En lo relativo a la duración de los sacerdocios, la epigrafía revela que los cargos sacerdotales de culto imperial tenían una duración imprecisable y solo ocasionalmente se indica la temporalidad (*sacerdos annua* = CIL, II, 3279; *flamen quinquenalis* = CIL, II²/5, 198). Considerando la excepcional mención de la anualidad, es posible que ésta no fuera habitual y que los sacerdotes permanecieran durante más de un año en el cargo, circunstancia que podría explicarse por la dificultad en ciertas ciudades para encontrar a gente rica que ocupara los sacerdocios anualmente (Cid 1981).

Los sacerdocios, además, podían reiterarse, circunstancia que se indica añadiendo a su mención la expresión *bis* o un numeral que indica las veces en que éste se ejerció (IRCP, 239).

Flaminado, pontificado y sacerdocio de culto imperial se podían ejercer a perpetuidad, lo que se indica en los epígrafes añadiendo al título la abreviatura del término *perpetuus* / *a* (*perp.*) (CIL, II²/5,

69, *pontifex*; *IRCP*, 186, *flamen*; *IRCP*, 183, *flaminica*; *CIL*, II, 5488, *sacerdos*). Se piensa que era un honor vitalicio decretado por el *ordo* a la salida del cargo sacerdotal, aunque su significado no ha podido ser convenientemente aclarado. Tal vez fuera un título honorífico (Étienne 1958, 237) que implicaba el desempeño de actividades religiosas, como la presidencia de las celebraciones más importantes, lo que supondría mantener el vínculo del sacerdote con la ciudad donde había oficiado como tal (Mirón 1996, 157; Delgado Delgado 1998, 152-154). Como honor vitalicio, la perpetuidad era compatible con el ejercicio de otro cargo sacerdotal, tal como revelan algunos testimonios recogidos en Hispania. Por ejemplo, sobre el ara que la emeritense *Flauia L. f. Rufina* consagró a Júpiter en *Salacia*, ésta es identificada como: *FLAMINICA PROVINC(iae) LVSITANIAE ITEM COL(oniae) EMERITENSIS PERPET(ua) ET MVNICIPI(i) SALACIEN(sis)* (en: *IRCP*, 183). Nótese que el término *perpetua* califica únicamente al flaminado oficiado en *Augusta Emerita*, cargo unido al flaminado provincial con la partícula *item* («igualmente», «así como») para indicar la simultaneidad en el ejercicio. Esta simultaneidad no afectaba al segundo flaminado mencionado, el de *Salacia*, unido a los otros con la preposición *et* («y»). Consecuentemente, la actividad sacerdotal de *Flauia L. f. Rufina* bien pudo comenzar con el flaminado en el lugar al que estaba vinculada jurídicamente, como parece lógico, continuar con el de *Salacia* y culminar con el de *Lusitania*. La consagración del ara en *Salacia* obedecería a una actuación suya como flaminicia provincial y respondería al deseo de autorrepresentación, es decir, al interés por publicitar su promoción al acceder al cargo en una ciudad donde ya era conocida por haber oficiado antes como flaminicia (González, en prensa).

e) Perfil social de quienes ocuparon cargos sacerdotales

Aunque no es lo habitual, el nombre de la ciudad donde los sacerdotes oficiaron o su categoría jurídica (municipio o colonia) se indica, a veces, tras el título sacerdotal. Cuando no es así, se interpreta que el sacerdocio se ejerció en el lugar donde fue hallado el epígrafe en el que es mencionado. En la *Baetica*, y como ejemplo excepcional, también sabemos de la existencia de un *flamen* que vigilaba el culto imperial tributado por un concilio integrado por las colonias inmunes de la provincia (*CIL*, II²/5, 69).

Un repaso de los lugares de origen de los sacerdotes elegidos en Hispania revela, como cabría esperar, que oficiaron en colonias y municipios de derecho latino o romano, aunque también lo hicieron en lugares sin estatuto privilegiado, como *Anticaria*, promovida a

municipio con Vespasiano (Delgado Delgado 1998, 55). Algunas inscripciones muestran que la necesidad de crear un sacerdocio específico para el culto imperial fue un fenómeno ligado precisamente a la constitución del municipio (*CIL*, II, 895, 1956). Además, no ser originario del lugar donde se designaba al sacerdote no era impedimento para obtener el cargo (*IRCP*, 183; *HEp*11, 472).

Los cargos sacerdotales no exigían vocación alguna a quienes los ocupaban, simplemente se requería ser capaz de repetir rituales y, muy especialmente, de ejecutar convenientemente los sacrificios. Como acontece con las magistraturas y otros cargos civiles, ocupar un sacerdocio constituía un *honos* más a acumular por los notables hispanos en su carrera pública (*cursus honorum*) y, en el caso de flaminicias y sacerdotisas, en su trayectoria pública, puesto que el ejercicio del poder no estaba al alcance de las mujeres.

Los sacerdocios no eran requisito para acceder a las magistraturas, ni éstas condición para obtener aquellos, y tampoco ocupaban una posición regular en los *cursus honorum*. Habitualmente, los cargos sacerdotales recayeron en las personas pertenecientes al *ordo decurionum*, es decir, a las familias que componían el grupo de notables en las ciudades. Tanto flámines como pontífices solían protagonizar una carrera pública que no superaba el ámbito local, compuesta fundamentalmente por magistraturas civiles y otros sacerdocios. No obstante, se conocen casos de sacerdotes pertenecientes al *ordo equester*, normalmente *praefecti fabrum*, y, más excepcionalmente, oficiales del ejército o empleados en la burocracia imperial. Quienes habían ocupado las magistraturas locales y los sacerdocios podían convertirse en *flamines* provinciales u obtener el sacerdocio/flaminado conventual. Por su parte, flaminicias y *sacerdotes* solían obtener varios cargos sacerdotales, y nos consta que, en muchos casos, pertenecían a las elites locales, puesto que se relacionan con varones y familias del *ordo decurionum*, bien por matrimonio o porque eran hijas de los magistrados (Mirón 1996, 162).

Lo que era indispensable para ser designado por el *ordo* para desempeñar funciones sacerdotales era disponer de un nivel de riqueza notable, del que es buena muestra el gran dinamismo por parte del colectivo sacerdotal como benefactores en las ciudades de Hispania. Los sacerdocios en general, y los del culto imperial en particular, sirvieron a las personas que los ocuparon para adquirir prestigio en una sociedad fuertemente jerarquizada. Representaban una vía para satisfacer el deseo de autorrepresentación ante la comunidad, de manera que los sacerdotes no desperdiciaban la oportunidad de publicitar su imagen mediante actos de beneficencia pública, sobre todo financiación de *opera publica*, espectáculos o banquetes comunales, actos sociales con los que contribuirían a

fomentar la cohesión del *populus* (Melchor 1994; Andreu 2004).

f) *Augustales* y *Magistri Larum*

No está claro cuál era el papel en la vida urbana de quienes aparecen identificados como *augustales* y *seuiri augustales* en la documentación epigráfica, aunque hay indicios de que los primeros ejercían labores sacerdotales en el ámbito público.

Originalmente, los *augustales* constituyeron una corporación con características similares a la de una asociación cultural o profesional, relacionada con las medidas de promoción del culto imperial tomadas cuando Augusto asumió el cargo de *pontifex maximus*. Su función concreta no está clara, aunque parece que están asociados con el *genius* y *numen Augusti* y con los *lares Augustorum* (Duthoy 1978). Desconocemos si los *magistri augustales* constituían una organización aparte (Duthoy 1978) o si presidían la corporación de *augustales* (Premenstein 1895).

Por su parte, los *seuiri augustales* formaban un *collegium* de número variable tras ser nombrados por el senado local para ejercer durante un año el sevirato. Sin embargo, a comienzos del siglo II (Taylor 1914; Duthoy 1978) ambos grupos comienzan a asimilarse, de manera que los *seuiri augustales* se integran en la asociación de *augustales* a la salida del cargo, aunque la variedad de situaciones en las diferentes ciudades es notable (Duthoy 1978).

El perfil social de *augustales* y *seuiri augustales* es completamente diferente al de quienes ocuparon los sacerdocios de culto imperial comentados hasta aquí, puesto que solo una minoría escasamente representativa en todo el Imperio se convirtió en decurión o fue elegido magistrado, predominando el sector libertino enriquecido. Debían conformarse con obtener del *ordo* los *ornamenta decurionalia* y concesiones que los asimilaban a los decuriones, y constituían una agrupación jurídica organizada a imitación del *ordo decurionum*, que ocupaba un escalafón intermedio entre el senado local y la plebe: el *ordo augustalium* (Abramenko 1993).

La distribución geográfica de los *augustales* y *seuiri augustales*, en Hispania, muestra que lo habitual es que no coexistan en la misma ciudad (Jordán 2004). En *Lusitania*, la augustalidad está documentada en la capital provincial, *Augusta Emerita*, además de en *Mirobriga*, *Pax Iulia* y *Olisipo*; mientras que el sevirato se recoge únicamente en *Balsa* y *Ossonoba*, centros portuarios cuya base económica se fundamentaba en la producción y exportación de *garum* y otros preparados piscícolas, lugares atractivos para el establecimiento de libertos. En la *Baetica*, las inscripciones que mencionan a *augustales* y *seuiri augustales* se localizan en el valle del Guadalquivir y en su franja izquierda, re-

gió esta última donde se concentra la augustalidad que únicamente convive con el sevirato en *Corduba*, *Celti* y *Vgultunia*. En la *Hispania Citerior*, se constata la presencia casi exclusiva de *seuiri augustales*, puesto que tan solo se ha recogido un caso de *augustalidad* en *Viuetia*, municipio en el área de influencia bética, donde coexiste con el sevirato. Hasta hoy no existen testimonios en el noroeste peninsular, el valle del Ebro y el interior del *conuentus Carthaginensis*.

Este colectivo también constituye un grupo muy activo en la dinámica de la vida urbana en Hispania, con notables manifestaciones de riqueza a través de actos de beneficencia pública, promovidos a veces con motivo de la obtención del sevirato (Rodà 1993; Andreu 1998). Entre ellos, cabe destacar la financiación de *opera publica*, como el templo consagrado al culto imperial en la ciudad lusitana de *Ossonoba* durante del siglo II, costeado por *Marcus Cornelius Eridanus* y *Caius Iunius Receptus* (IRCP, 11) *ob honorem IIIIuir(atus)*.

Las dedicatorias que los *augustales* y *seuiri augustales* patrocinan en Hispania son muy variadas: no muchas al emperador, más frecuentemente a las virtudes imperiales divinizadas (*Fortuna*, *Pax*, *Virtus*, *Victoria*, *Concordia*, *Salus*, *Tutela*, *Bonus Euentus*, *Aequitas*), a dioses tradicionales del panteón romano, a otros de particular arraigo local y al *genius municipii* (Serrano 1988, 106-107). Se les podía reconocer la perpetuidad (CIL, II²/7, 77; CIL, II²/5, 790) y recibían del *ordo* honores propios de duunviros y ediles, como ocurrió en *Dertosa*, donde miembros de la familia *Porcia* llegaron a obtener los edilicios *in perpetuum* (Castillo 2003, 85-86).

Bibliografía

- ABRAMENKO, A. 1993: *Die munizipale Mittelschicht im kaiser-zeitlichen Italien. Zu einem neuen Verständnis von Sevirat und Augustalität*, Frankfurt-Berlín-Berona-Nueva York-París-Viena.
- ALFÖLDY, G. 1973: *Flamines provinciae Hispaniae citerioris*, Madrid.
- ALVAR, J. 1992: «Problemas metodológicos sobre el préstamo religioso», en: *Formas de difusión de las religiones antiguas*, Madrid, 1-33.
- ANDREU, J. 2004: *Munificencia pública en la provincia Lusitania (siglos I-IV d. C.)*, Zaragoza.
- 1998: «Augustalidad, sevirato y evergetismo: aproximación a la promoción social de los libertos en Lusitania», *Vipasca*, 7, 43-50.
- BEARD, M. 1990: «Priesthood in the Roman Republic», en: *Pagan Priests. Religion and Power in the Ancient World*, Londres, 17-48.
- BELTRÁN LLORIS, F. 1953: «Los monumentos romanos en las monedas hispanorromanas», *AEA*, 26, 39-66.

- BOELS, N. 1973: «Le statut religieux de la *flaminica Dialis*», *REL*, 51, 77-99.
- BURNETT, A. M.; AMANDRY, M.; RIPOLLÈS, P. P. 1992: *Roman Provincial Coinage*, Londres.
- CABALLOS, A. 2003: «Aportaciones epigráficas al estudio del papel de los precedentes familiares en la promoción social de los *Vlpri Traiani*», en: *Epigrafía y sociedad en Hispania durante el Alto Imperio: estructuras y relaciones sociales*, Alcalá de Henares, 241-267.
- CANTO, A. M^a. 1990: «La *tabula loungeiorum*: un documento a debate», *CuPAUAM*, 17, 267-274.
- 1981: «Notas sobre los pontificados coloniales y el origen del culto imperial en la Bética», en: *La religión romana en Hispania*, Madrid, 142-153.
- CASTILLO, C. 2003: «Sevirato y Augustalidad: un estamento intermedio en la vida ciudadana», en: *Sociedad y economía en el Occidente romano*, Pamplona, 73-89.
- 1998: «Los flámines provinciales de la Bética», *REA*, 100(3-4), 437-460.
- 1993: «Los pontífices de la Bética», en: *Religio Deorum*, Sabadell, 83-93.
- CID, R. 1981: «Los *flamines annui* del norte africano. Notas sobre la duración del sacerdocio municipal del culto al emperador», *SHHA*, 6, 157-164.
- DELGADO DELGADO, J. A. 1999: «*Flamines prouvinciae Lusitaniae*», *Gerión*, 17, 433-461.
- 1998: *Elites y organización de la religión en las provincias romanas de la Bética y las Mauritánias: sacerdotes y sacerdocios*, Oxford.
- DOPICO, M^a. D. 1988: *La tabula loungeiorum. Estudios sobre la implantación romana en Hispania*, Vitoria.
- 1986: «Los *conuentus iuridici*. Origen, cronología y naturaleza histórica», *Gerión*, 4, 265-283.
- DUTHOY, D. 1978: «Les Augustales», *ANRW*, II, 16, 2, 1254-1309.
- EDMONSON, J. 1997: «Two dedications to *Diuus Augustus* from *Augusta Emerita* and the early development of the imperial cult in Lusitania re-examined», *MM*, 38, 89-105.
- ENRÍQUEZ, J. A. 1989: «Una nueva *tabula patronatus*», en: *Epigrafía jurídica romana*, Pamplona, 299-306.
- ÉTIENNE, R. 1958: *Le Culte Impérial dans la péninsule ibérique d'Auguste à Dioclétien*, París.
- FERNÁNDEZ OCHOA, C.; MORILLO, Á. 2002: «El convento Araugustano y las aras sestianas: reflexiones sobre la primera organización administrativa del noroeste hispano», *Latomus*, 61, 889-910.
- FISHWICK, D. 2000: «The later Careers of provincial Priests in the Western Roman Empire», *Epigraphica*, 62, 87-100.
- 1987-2005: *The Imperial Cult in the Latin West. Studies in the Ruler Cult of the Western Provinces of the Roman Empire*, Leiden-Nueva York-Colonia.
- GIMENO, J. 1994: «Plinio, *Nat. Hist.*, III. 3. 21: reflexiones acerca de la capitalidad de *Hispania Citerior*», *Latomus*, 53 (1), 39-79.
- GONZÁLEZ, M., en prensa: *Implantación y organización del culto imperial en Hispania* (ICAC, col. *Hic et nunc*), Tarragona.
- 2006: *Los caballeros procedentes de la Lusitania romana. Estudio prosopográfico*, Madrid.
- 2002a: «Contribución al estudio prosopográfico de los equites lusitanorromanos: el *cursus honorum* del tribuno *Lucius Cornelius Lucii filius Galeria Bocchus*», *Aquila Legionis*, 2, 33-57.
- 2002b: «La titulación del flaminado provincial en las provincias hispanas», *Epigraphica*, 64, 69-83.
- HARDY, E. G. 1910: «The provincial concilia from Augustus to Diocletian», en: *Studies in Roman History*, Londres, 235-282.
- HOYO, J. DEL 1987: *La importancia de la mujer hispanorromana en la Tarraconense y Lusitania a la luz de los documentos epigráficos. Aspectos religiosos y socioeconómicos*, Madrid.
- JORDÁN, Á. A. 2004: «Algunas reflexiones en torno a la distribución geográfica de Augustales en la península ibérica», en: *Jerarquías religiosas y control social en el mundo antiguo*, Valladolid, 337-346.
- LE ROUX, P. 2004: «La question des *conventus* dans la péninsule ibérique d'époque romaine», en: *Au Jardin des Hespérides – Histoire, Société et Épigraphie des Mondes Anciens*, París, 337-356.
- LOZANO, F. 2004: «El surgimiento y desarrollo de la adoración imperial: la dicotomía explicativa imposición-espontaneidad», en: *Jerarquías religiosas y control social en el mundo antiguo*, Valladolid, 433-439.
- MARCO, F. 2004: «*Lex Narbonensis* y *agon Capitolinus*. El sacerdote de Júpiter en la política religiosa de los Flavios», en: *Jerarquías religiosas y control social en el mundo antiguo*, Valladolid, 417-422.
- 1996: *Flamen Dialis: el sacerdote de Júpiter en la religión romana*, Madrid.
- MELCHOR, E. 1994: *El mecenazgo cívico en la Bética. La contribución de los evergetas a la vida municipal*, Córdoba.
- MIRÓN, M^a. D. 1996: *Mujeres, religión y poder: el culto imperial en el Occidente mediterráneo*, Granada.
- NOGALES, T.; GONZÁLEZ, J. (eds.) 2007: *Culto imperial: política y poder*, Roma.
- OZCÁRIZ, P. 2006: *Los conventus de la Hispania Citerior*, Madrid.
- PANZRAM, S. 2003: «Los *flamines prouvinciae* de la *Baetica*: autorrepresentación y culto imperial», *AEA*, 76, 121-130.
- PEREIRA, G. 1984: «La formación histórica de los pueblos del norte de Hispania: el caso de *Gallaecia* como paradigma», *Veleia*, 1, 271-288.
- PFLAUM, H. -G. 1965: «La part prise par les chevaliers romains originaires d'Espagne à l'administration

- impériale», en: *Les Empereurs romains d'Espagne*, París, 87-121.
- PREMERSTEIN, A. VON 1895: «Augustales», en: RUGGIERO, E. DI: *Dizionario Epigrafico di Antichità Romana*, I, Roma, 824-877.
- RIBEIRO, J. C. (ed.) 2002: *Religiões da Lusitania. Loquuntur saxa*, Lisboa.
- RODÀ, I. 1993: «Consideraciones sobre el sevirato en Hispania. Las dedicaciones *ob honorem seviratus* en el *conuentus Tarraconensis*», en: *Religio Deorum*, Sabadell, 399-404.
- RODRÍGUEZ COLMENERO, A. 1997: «La nueva *tabula hospitalitatis* de la *ciuitas Lougeiorum*. Problemática y contexto histórico», *ZPE*, 117, 213-225.
- 1996: «La *tabula hospitalis* de la *ciuitas Lougeiorum*. ¿Documento genuino o falsificación?», en: *Lucus Augusti. I: El amanecer de una ciudad*, Lugo, 301-315.
- SCHEID, J. 1991: *La religión en Roma*, Madrid.
- SERRANO, J. M. 1988: *Estatus y promoción social de los libertos en Hispania romana*, Sevilla.
- TAYLOR, L. R. 1914: «Augustales, seviri Augustales and Seviri», *TAPhA*, 45, 231-253.
- TOUTAIN, J. 1967: *Les cultes païnes dans l'empire romain*, Roma.
- VANGAARD, J. H. 1988: *The Flamen. A Study in the History and Sociology of Roman Religion*, Copenhagen.

ORGANIZACIÓN Y GESTIÓN DEL TERRITORIO HISPANO

M^a. Carmen Santapau Pastor
Universidad de Alicante

Resumen

Tras la fase de conquista militar en Hispania, la administración romana procedió a la organización y gestión de los nuevos territorios provinciales. Se puso en práctica un sistema ya conocido en suelo itálico: la *centuriatio* y la perfecta delimitación de los diferentes territorios urbanos y rurales. Para ello, se aplicaron en Hispania los preceptos del Derecho romano, atendiendo a la realidad provincial y concediendo privilegios adicionales a determinadas comunidades cívicas que se habían mostrado del lado de Roma durante la contienda. El catastro, la gestión de las vías o la delimitación de territorios entre áreas militares y ciudades, son claros ejemplos del proceso. Sobre todo ello, la epigrafía hispana ofrece una valiosa información que ahora analizamos.

Palabras clave

Conquista, Hispania, *centuriatio*, catastro, vías, epigrafía latina.

Abstract

After the phase of military conquest in Roman Spain the Roman administration proceeded to the organization and management of the new provincial territories. There was put into practice a system already known in italic soil: the *centuriatio* and the perfect delimiting of the different urban and rural territories. For it the rules of the Roman law were applied in Roman Spain attending to the provincial reality and granting additional privileges to certain civic communities that had appeared of the side of Rome during the conquest. The cadaster, the management of the routes or the delimiting territory between military areas and cities they are clear examples of the process. Especially in the Hispanic inscriptions we receive a valuable information that now we analyze.

Keywords

Conquest, Roman Spain, *centuriatio*, Cadaster, Routes, Latin Inscriptions.

Cuestiones preliminares

En la cultura romana, el fundamento económico de la potencia gentilicia era la propiedad de la tierra (De Martino 1985, 53; Capogrossi 1988, 156-161; Rodríguez Neila; Navarro 1999, 13). La tierra aparece como símbolo de lo permanente, de lo inalterable. Se presenta como un elemento rentable a manos de su propietario. La idea de perpetuidad, de elemento que se enraizaba con las tradiciones mismas de una familia, hacía de la tierra no solo una forma de supervivencia, sino una actividad económica perfectamente asentada en el imaginario cultural de la sociedad romana (Santapau 2002, 195). La tierra era, pues, vista en la Antigüedad como símbolo de estatus. Cuando se alcanzaba su propiedad, el individuo no solo gozaba de una economía privilegiada, sino que la posesión de este elemento entroncaba con las más arcaicas tradiciones socioeconómicas, convirtiéndose en símbolo de la organización familiar y de todo aquello que tenía más importancia en la vida de una persona.

La tierra y su posesión tuvieron valores diversos dependiendo de cada momento histórico. La propiedad de un objeto iba más allá de la simple tenencia material del mismo, era parte consustancial del ideario cultural romano; de ahí que se propusiesen modelos socioeconómicos relacionados con la propiedad de la tierra, que tendían a consolidarse. La diferencia entre los propietarios y los no propietarios era grande, insalvable, por ello el derecho sobre la tierra fue uno de los aspectos que marcó y determinó las relaciones sociales en Roma (Santapau 2005, 561).

Por todo ello, Hispania jugó, desde los primeros momentos de contacto con los colonizadores itálicos, un papel fundamental en cuanto al desarrollo y consolidación de las grandes explotaciones agropecuarias en ese tiempo. La agricultura y la producción rural eran las bazas más importantes para el sector económico en la Antigüedad (Duncan-Jones 1980, 3-23; Finley 1985; Mattingly/Salmon 2001, 3-14) e Hispania presentaba amplias posibilidades para reforzar este potencial económico, que ya venía expandiéndose por todo el territorio itálico.

A partir, sobre todo, del siglo II a.C., Hispania ofrecía unas condiciones favorables para trabajar el campo en sus fértiles tierras del valle del Ebro y del Guadalquivir (Greene 1990, 110-111; Santos Yanguas 1998, 19), un panorama político más tranquilo que en tiempos anteriores y una gran riqueza mineral. Estas situaciones propiciarían el inicio y desarrollo de un vasto proyecto colonizador, encontrándose la posesión de la tierra entre los objetivos primarios de la empresa (Roldán 1989, 24; Ariño/Díaz 1999, 153-192).

Conquista y formación de *ciuitates*

Durante los siglos de conquista y de progresivo establecimiento de gentes itálicas, la península Ibérica conoció la fundación *ex novo* de ciudades o la reorganización de antiguos núcleos urbanos.

Tanto en Italia como en las provincias, la creación de las diversas *ciuitates* seguía unas directrices pautadas y claras: una vez que el ejército romano se adueñaba de un territorio, se procedía a tomar datos para la elaboración de un censo que cuantificaba la población y los recursos. Tras esta primera fase del proceso, entraban en escena los técnicos en agrimensura, que medían y valoraban la tierra. Con las informaciones vertidas al respecto, se fijaban los límites territoriales de cada *ciuitas* a las que se concedía un territorio de explotación, disponiéndose así de los medios precisos para aplicar las cargas impositivas correspondientes. Durante todo este proceso organizativo, el Estado romano era libre de respetar la realidad prerromana, así como de remodelarla para adaptarla a su propio modelo de *ciuitas*, como hizo muy a menudo (Keay 1996, 162). En un principio, al menos hasta el siglo II a.C., el principal papel de las nuevas ciudades era militar y estratégico, y se situaban en zonas fronterizas o en áreas sometidas tempranamente (Gabba 1988, 20; Coarelli 1992, 27; Ribera 1998, 16).

La primera fase significativa de creación de colonias y municipios en Hispania ocupa un periodo iniciado por César, continuado por sus seguidores del segundo triunvirato y por Augusto (Nicolet 1993, 673). Un rasgo observable durante el desarrollo del proceso colonizador es la tendencia a la simplificación de estatutos, de modo que a comienzos del siglo II d.C. las diferencias entre municipios y colonias se reducían casi exclusivamente al nombre (Mangas 2001, 14).

Ahora bien, de la misma manera que el territorio de todas las *ciuitates* no fue siempre el mismo a lo largo de toda la historia del dominio romano (Poma 2002, 158-166), las diferencias entre los distintos estatutos jurídicos tampoco tuvieron una misma aplicación en los periodos republicano y altoimperial.

Entre mediados del siglo I a.C. y principios del siglo I d.C., conocemos un periodo de cambio decisivo en Hispania en las tierras sometidas bajo control del Senado romano. Los motivos de tales transformaciones se originaron fuera de Iberia, a raíz de los importantes acontecimientos de orden político e ideológico que se produjeron en Roma. Tras los conflictos políticos y las guerras civiles que tuvieron lugar en la segunda mitad del siglo I a.C., Augusto asume el título de *Princeps* y asistimos al establecimiento de un nuevo orden político y social (Syme 1983), de ahí que no podamos perder de vista el hecho de que en las colonias, además de existir tierras propiedad de dicha ciudad, también podían existir propiedades del príncipe, es decir, del

Estado. Esta propiedad imperial no estaría regida por las legislaciones locales, sino por los edictos o las constituciones imperiales (López Paz 1994, 267).

Todas las cuestiones señaladas hasta aquí nos permiten apreciar con claridad que la organización, distribución y gestión del territorio –al que se procura dotar, como hemos visto, de tierra suficiente– responde a una minuciosa y cuidada planificación. En ella son tomados en consideración tanto los intereses públicos como los privados, ya que ambos son imprescindibles a la hora de garantizar el correcto funcionamiento de la comunidad.

En el caso hispano destaca un momento decisivo en el acceso de las ciudades peregrinas al rango de privilegiadas, que se produjo a partir de los emperadores flavios, más exactamente a partir del año 73-74 d.C., cuando Vespasiano y su hijo Tito desempeñaron conjuntamente la censura, concediendo el primero el *ius Latii* a *Hispania* (Plin. *HN*. 3, 30).

Como consecuencia de las nuevas concesiones de municipios flavios, en Hispania se conoció aún más la simplificación de las titulaciones de las ciudades, observándose cómo todas las ciudades federadas y amigas, junto con muchas de las estipendiarias, pasaron a ser municipios, quedando reducidas a estipendiarias unas pocas ciudades peregrinas (Mangas 2001, 15). Con el edicto de latinidad y la promoción de las comunidades peregrinas en municipios latinos, muchas de estas ciudades adaptarían la legislación romana a las particularidades locales, siendo desde este escenario jurídico desde el que, por ejemplo, se evaluarían las propiedades y se delimitase el *ager publicus* para recaudar impuestos (Abascal/Espinosa 1989, 102). La situación descrita sufrirá un cambio radical en la primera mitad del siglo III d.C. A partir de la Constitución de Caracala de 212 d.C., cuando se borre la diferencia entre los distintos estatutos jurídicos de las ciudades, adquirirá toda la población libre del Imperio el derecho de ciudadanía romana (Ortiz de Urbina/Santos Yanguas 1996, 8).

Ordenación del territorio tras la conquista: organización y gestión de la tierra. El catastro

El estudio de la métrica agraria nos ayuda a la hora de establecer y sopesar la capacidad por parte de un grupo social de imponer una organización concreta del paisaje (Favory 1983, 52; Chouquer/Favory 1991, 69).

La idea de delimitar los confines de un territorio es un reflejo del trasfondo ideológico y político de la conquista (Gabba 1985, 265-284). Tanto la confiscación de tierras y su acondicionamiento, como la redistribución de la propiedad, se acompañan entonces de una

división del suelo y de un amojonamiento de las parcelas, necesitando para ello instrumentos de medida de precisión (Moatti 1993, 3).

Sobre el origen de la asignación de tierras tenemos un documento, la *lex Agraria*, donde se definían los territorios que se tenían que dividir, los beneficiarios, las modalidades de la distribución (número de medidas para cada lote, estatuto jurídico de las tierras), cargo y nombre de los encargados político-administrativo de llevar a cabo el proceso y de los técnicos que los acompañarían (Moatti 1993, 7).

La ley agraria era promulgada por iniciativa del Senado o, simplemente, a partir de la proposición de un magistrado. Por lo general, las distribuciones propuestas en la *lex* son para recompensar a los veteranos de guerra (Gabba 1951, 215-272). La asignación de tierras sería una política generadora de fama y seguidores para sus promulgadores, de ahí que muchas veces resultase una baza para los máximos responsables del gobierno del Estado. Durante el Imperio, la iniciativa partiría del *Princeps*, que figuraba en primera y última instancia como el *deductor* o creador de la colonia (Moatti 1993, 9).

Con la *adscriptio*, comenzaría verdaderamente el proceso de organización y gestión de las tierras. Los futuros colonos se registraban dando su nombre para optar a un lote de tierra. El vínculo entre la inscripción y la pertenencia a la colonia sería estrecho, ya que el término *adscriptus* designaba al que se alistaba y el que sería colono. A su vez, el término *adscriptio* suponía un acuerdo teórico con el Estado, que se plasmaba en una lista definitiva de voluntarios (Moatti 1993, 11-12). Tras esto, se promulgaría la *lex coloniae*, que constituye el último elemento en este proceso de fundación (Hig. *De cond. Agr.* 117, 15 y ss., La).

La plasmación del catastro suponía la creación de un mapa del territorio o *forma* y de unos libros de comentarios, donde se especificaban los tipos de tierras que componían dicho territorio (Castagnoli 1943, 83-118). Desde esta óptica, la centuriación sería un instrumento para definir jurídicamente la tierra. Por tanto, entendemos que el catastro, además de ser un sistema con el que organizar grandes superficies de territorio y uno de los elementos claves de la Romanización, sería el instrumento para gestionar el asentamiento de la población y la explotación económica del territorio y a partir del cual recaudar los impuestos (Déléage 1934, 73-228; López Paz 1994, 264-265).

Todo indica que fue precisamente en época de Augusto cuando se trató de sistematizar toda la información gráfica y escrita relativa tanto al suelo provincial como al itálico, cuando aparece el *tabularium principis* y se generaliza un doble sistema de archivo: en Roma y en los archivos locales (Orejas/Sastre/Sánchez-Palencia/Plácido 2000, 88). Así, una vez se había fundado o reorganizado una determinada ciudad, junto al centro

urbano, se la dotaba de un *territorium* perfectamente delimitado. Este dominio territorial se traducía en un control de un espacio estratégico —el *ager*— por la significación de su valor socioeconómico (Simmel 1983, 221-242; Zaccaria 1995, 9-54).

La delimitación del territorio era un procedimiento imprescindible para evitar la confusión, en materia de tierra, con las comunidades circundantes y entre las mismas fincas de los particulares de la ciudad. Toda comunidad urbana, independientemente de la categoría jurídica que tuviese, contaba con un *territorium*. Los límites de este territorio marcaban la *iuris dictio* de los magistrados de cada comunidad y definían también las zonas en que podían ser exigidos los *munera* (Clavel-Lévêque 1983, 184-251; Ariño/Gurt/Martín-Bueno 1994, 309; Pérez Centeno 1999, 7).

Sabemos que el territorio de la ciudad romana era organizado y distribuido mediante el sistema de la *ratio pulcherrima* o, dicho de otra forma, el cruce de los ejes de la centuriación en el centro del núcleo urbano. Este método de organización era posible siempre y cuando no existiesen unos condicionamientos orográficos del terreno que dificultasen su ejecución.

Este sistema se basaba en el cruce de líneas y ángulos rectos, obteniendo una distribución de los territorios «cuadrículados». La *centuriatio* como sistema de división agraria, evidentemente, buscaba el equilibrio en el interior de cada comunidad eliminando cualquier controversia que pudiera surgir por el reparto de tierras. Relacionado con esto, los límites entre ciudades, planteados normalmente después de la negociación entre las diferentes comunidades afectadas, se materializaban tras la aprobación imperial con la designación de hitos terminales —*terminus augustalis*— (Curchin 1994, 99; IRC I, 200 en IRC V).

Asimismo, para señalar la ubicación de los límites entre centurias, se colocaban diversos *termini*, consiguiendo de esta manera la protección y el control de uno de los puntos básicos de una comunidad frente a otra: la red viaria del territorio. Sabemos que existía una preocupación real por mantener una anchura entre las parcelas para facilitar el acceso a las mismas, y también procurando que no se produjese una ocupación indebida del suelo (Jiménez Salcedo 1999, 10-11).

Hemos de tener en cuenta que todas estas operaciones destinadas a estructurar y definir el territorio de la *ciuitas* no solo eran emprendidas en las ciudades con más rango jurídico, como serían las colonias de ciudadanos romanos —donde sería más claro y evidente el proceso—. La gestión y supervisión del territorio, por todo aquello que implicaba, era una situación extrapolable a cualquier otro tipo de comunidad, fuese cual fuese su estatuto jurídico (López Paz 1994, 165).

La experiencia romana en la península Ibérica se basó en la implantación de prototipos de organización administrativa y espacial, adaptando sus moldes

teóricos a realidades físicas, sociales y culturales, propias de cada uno de los ámbitos sometidos a su onda política.

Tras la centuriación, la categoría de las tierras y su estatuto jurídico era distinta, dependiendo de la comunidad a que estuviesen adscritas. Y dependiendo de ello, variaría el pago de impuestos. El abanico más amplio de posibilidades, en cuanto a los diferentes tipos de tierras, lo encontraríamos, principalmente, en las colonias. De ello se da amplia cuenta en la obra de los agrimensores, es decir, los textos de los expertos en la medición y la reestructuración de las propiedades rurales (López Paz 1994, 165-255). La tipología puede resumirse en:

- El *ager diuisus et adsignatus* es el conjunto de tierras centuriadas por el Estado romano para ser posteriormente repartidas entre colonos que, posiblemente, optaban por una de las parcelas en propiedad privada o, cuando menos, en posesión.
- Las *siluae et pascua*, los bosques y pastos, que se asimilaban a la categoría jurídica de su propietario o propietarios. Estas tierras actuaban como complemento de las tierras de cultivo.
- Por otro lado, las *siluae et pascua colonorum* eran tierras asignadas al senado de la colonia y al conjunto de colonos —que los utilizarían a cambio del pago de un *uectigal*—, aunque en determinadas situaciones podían ser vendidos.
- Igualmente, las *siluae et pascua coloniae* eran bosques y pastos que pertenecían a la categoría de suelo público de la colonia. Estas tierras, a diferencia de las anteriores, en principio solo se destinarían a fines de utilidad pública, pudiendo ser vendidas si los magistrados de la colonia así lo estipulaban en caso de necesidad.
- Los *agri uectigales* eran una parte de las tierras públicas que quedaban en el interior del territorio y que eran concedidas a las colonias, que, como persona con autoridad jurídica, las arrendaban a cambio de un *uectigal*.
- Con el nombre de *communia*, *communalia* o *compascua*, o también *pro indiuiso*, los agrimensores designaban una categoría de pastos y bosques que serían designados a varios poseedores vecinos para disfrute común.
- Los *montes populi romani* son una última categoría de bosques en manos del pueblo romano.
- Los *fundi redditus et commutati pro suo* eran terrenos que podían encontrarse al lado de las parcelas asignadas a los colonos y que, por gesto del emperador o del encargado de realizar la división agraria, se habían devuelto a sus antiguos propietarios.
- Los *fundi excepti et fundi concessi* eran las tierras que en los textos aparecen como no asignadas en el interior de una centuriación, reservándose para concesiones posteriores o, sencillamente, para acre-

centar las propiedades fundiarias del encargado de organizar los repartos de tierra.

- Con el nombre de *subseciua* se entenderían todas aquellas tierras que no pudieron ser objeto de asignación por las condiciones del suelo –si era estéril, por ejemplo– (Mateo 2001, 180-181) y aquellas otras que, por sus características orográficas, no posibilitaban el trazado de centurias completas; a su vez, también se empleaba para denominar las tierras que tras el final de la asignación sobraban, no siendo entonces necesarias.
- Los *loca extra clusa* et *loca relictas* son dos categorías de tierras en el exterior del territorio –*loca extra clusa*– o en interior de la red catastral –*loca relictas*– que quedaron sin asignar por su situación en las montañas o en bosques, o por la poca calidad del suelo (Chouquer/Favory 1991, 140).
- Con el nombre de *loca sacra*, se aludía a las tierras que se adscribían a los templos o a aquellos bosques pertenecientes a los dioses.
- Las *praefecturae* son el último tipo de tierras que encontraremos citado por los gromáticos, definido como aquellas tierras que una colonia tenía en una ciudad vecina.

El *ager prouincialis*

El desarrollo de los nuevos modelos de *ciuitas* no fue la única innovación introducida por Roma durante el proceso colonizador sino que, a la par y de manera selectiva, se fueron concediendo a partir de inicios del Principado dos privilegios complementarios que tan solo poseerían un reducido número de ciudades provinciales en contraste con su difusión generalizada en Italia.

Estamos hablando de la concesión de la *immunitas* y del *ius Italicum*; el primero de estos privilegios implicaba que aquellas ciudades provinciales que lo tuviesen, al igual que las itálicas, no pagarían el *tributum*, un impuesto extraordinario relacionado con las necesidades de la guerra, que se pagaba por la posesión de propiedades inmuebles en porcentaje variable. Por su parte, el *ius Italicum* ampliaba aún más los privilegios complementarios de las ciudades provinciales al hacerlos equivalentes a los que tenían las ciudades itálicas; con este privilegio, no solo se concedía la inmunidad, sino también se otorgaba el derecho sobre la propiedad de la tierra.

Evidentemente, tanto las tierras de propiedad pública como las de uso privado ya existían en las comunidades indígenas antes de la llegada de los romanos. Pero es a partir de ese momento cuando se produce una reorganización de la realidad fundiaria existente, y tras una delimitación y un nuevo reparto de las tierras se constituye el pago de un vectigal por el uso y disfrute de las mismas (Santapau 2004, 105).

Una forma común para la tenencia de estas tierras por parte de los indígenas fue mediante el sistema de *locatio-conductio*, ya que al tratarse de *ager publicus*, los indígenas no mantendrían sobre sus tierras conquistadas el derecho de propiedad; si querían continuar trabajando la tierra, viviendo del cultivo de los campos, cabría esa posibilidad siempre que pagasen, como ya se ha apuntado, un vectigal (Dopico/Pereira 1993, 633-642). Sobre esto, tanto Gayo, en sus *Institutiones*, como un pasaje del *Digesto*, nos muestran que estos arrendatarios no podrían ser expulsados y desposeídos de estas tierras mientras pagasen el cánón estipulado por las autoridades (Gai. *Inst.* 3, 145; *Dig.* 6, 3, 1, pr.). Así, las fuentes jurídicas dejan muy claro que los arrendatarios de los *agri uectigales* tenían la *possessio* de estos fundos (*Dig.* 2, 8, 15, 1; y *Dig.* 6, 3, 1, 1), pudiendo cultivarlos a perpetuidad e, incluso, pudiendo transmitirlos a sus herederos.

Estas diferencias entre Hispania y la península itálica se deben a las particularidades de este *ager prouincialis* (Gai. *Inst.* 2, 7). En el aspecto fiscal, por el disfrute del *ager prouincialis* se pagaría el *tributum soli* y el *tributum capitis*, hecho que contrasta con la *immunitas* propia del *ager Romanus* (García Garrido 1993, 31). Pero, evidentemente, esta situación no sería la misma en todas las ciudades fundadas o reorganizadas tras la conquista, ya que también sabemos el nombre de un grupo de ciudades hispanas que gozaron de la *immunitas* e incluso del *ius Italicum* (González Román 1994, 131-145).

En concreto, en Hispania nos encontramos con:

- a) Colonias que poseen el *ius Italicum*, de las que Plinio (*HN.* 3, 3, 25) menciona las colonias *Iulia Gemella Acci* (Guadix) y *Libisosa Forum Augustana* (Lezuza); y Paulo (*Dig.* 50, 15, 8), *Pax Iulia* o *Pax Augusta* (Beja), *Augusta Emerita* (Mérida), *Ilici* (Elche) y *Valentia* (Valencia).
- b) Colonias que gozan del privilegio de la *immunitas*, de las que Plinio (*HN.* 3, 3, 19; 3, 3, 24) menciona *Caesar Augusta* (Zaragoza), *Ilici* (Elche), *Tucci* (Martos), *Iptuci* (Baena), *Vcubi* (Espejo), *Viso* (Osuna) y, por el contexto, puede aceptarse que también *Astigi* (Écija) tuvo el privilegio. El *Digesto* añadiría el caso de *Barcino* (Barcelona), citada por Paulo (*Dig.* 50, 15, 8).

La información de las inscripciones

Como se anotó más arriba, para el caso hispano contamos con un importante conjunto epigráfico que proporciona información acerca de las pautas de organización y gestión de la tierra, que se llevan a cabo durante las diversas fases de conquista, y de creación de ciudades. Hablamos de la implantación de diferentes formas de propiedad y/o posesión de la tierra tras la conquista de las tierras hispanas.

Analizaremos este tema extrayendo del conjunto mencionado una selección de inscripciones que hacen referencia a la organización del suelo público hispano. En este caso, centraremos nuestra atención en aquellas referencias epigráficas que aluden a las tierras gestionadas por Roma en Hispania, pertenezcan a la metrópoli o sean propiedad de determinadas ciudades provinciales, no analizando el caso de las controversias desatadas por la distribución y administración del suelo perteneciente a particulares hispanos.

a) Las inscripciones catastrales

Contamos con dos ejemplos de inscripciones catastrales de época romana. Se trata de la inscripción de *Ilici* (Elche, Alicante) y la de *Lacimurga* (al noroeste de la provincia de Badajoz, en el Cerro de Cogolludo, Navalvillar de Pela-Puebla de Alcocer). Ambas, placas de bronce, muestran gráficamente la distribución del *ager prouincialis* centuriado, es decir, parcelado y preparado para ser repartido a particulares.

El caso de *Ilici* es el más claro, puesto que se centuria terreno de la colonia que será destinado a los colonos romanos, veteranos de guerra, que se asentarán en suelo de la *Hispania Citerior*. La cronología propuesta (Ramos/Uroz 1992, 98-100; Chao/Mesa/Serrano 1999, 417-424; Mayer/Olesti 2001, 114) podría ir del año 43 a.C. hasta una posterior *deductio* augustea (Solana Sainz 1989, 84). La cronología de la primera fundación y de este primer catastro podría encuadrarse en torno al año 43 a.C., teniendo en cuenta que la paleografía del bronce y la onomástica parecen apuntar a esta datación.

El texto que aparece en la placa, distribuido en dos columnas, puede leerse del modo siguiente (Mayer/Olesti 2001, 111-112 = *HEp*9, 27 y 11, 11):

Col. A: *Sicci · iug(era) · CXXX et · traiect(us) / Ex · l(imite decumano) V c(ardine) III iug(era) VI s(enis) · et ex / l(imite) IIII c(ardine) III iug(era) VI s(enis) · H(ominibus) X / superest · iug(era) · XI · in sin(gulos) · iug(era) XIII / C(aius) · Annius · C(ai) · f(ilius) Gal(eria tribu) Seneca Icosi / C(aius) · Aufustius · C(ai) · f(ilius) Gal(eria tribu) Icosi / C(aius) · Tettius · C(ai) f(ilius) Sca(ptia tribu) Praeneste / M(arcus) · Marius · M(arci) · f(ilius) Gal(eria tribu) Vibone / L(ucius) · Aemilius · L(uci) · f(ilius) Hor(atia tribu) Vlia / P(ublius) · Horatius · P(ubli) f(ilius) Qui(rina tribu) Malaca / C(aius) · Marius · C(ai) · f(ilius) · Vet(uria tribu) Corduba.*

Col. B: *L(ucius) · Valerius · L(uci) · f(ilius) · Fal(erna tribu) / Aurelia Cariss(a) L(ucius) · Fabius · L(uci) · f(ilius) Gal(eria tribu) / Icosi / Q(uintus) · Fufius · Q(uinti) · f(ilius) · Mae(cia tribu) / Ballaricus.*

La inscripción da cuenta de un contingente de hispanos e itálicos con una antroponimia interesante tanto por sus procedencias de tribus distintas, como por la ausencia de *cognomina* en la mayor parte de los

personajes (Corell 1990, 46-47). Los diez individuos asentados, con toda probabilidad, serían veteranos de guerra. A la confirmación de este dato ayuda el método utilizado para organizar y repartir el territorio colonial: el método de la *sortitio* es el propio de las fundaciones coloniales con veteranos. Además, el tamaño igual de los lotes es también el típico de las colonias de derecho romano (Moatti 1993, 24-27). Con todo, sabemos que la fundación de *Ilici* debe entenderse en el contexto marcado por el fin de las guerras civiles, momento en el que asentarían gran cantidad de veteranos en suelo provincial, en este caso en Hispania, y por tanto vemos en la placa posibles miembros de la *legio uernacula* (Mayer/Olesti 2001, 115).

La centuriación de *Ilici* podría considerarse dentro de las llamadas de «módulo clásico» con centurias de 20 x 20 *actus* y un *modus* de 710 metros, es decir, siguiendo las medidas del pie romano de época avanzada (Ramos/Uroz 1992; Gurt/Palet 1996, 215-226; Guillaumin 2002, 113-134). Los cálculos efectuados a partir del estudio del territorio y de la placa, arrojan los siguientes datos: la *deductio* de *Ilici* proporcionó tierras a 30 veteranos por cada dos centurias (se habla de unas 60 centurias), lo que muestra una cifra de 900 soldados asentados, más sus respectivas familias (Keppe 1984, 65; Mayer/Olesti 2001, 129).

A todo ello hay que sumar dos datos que se desprenden de las fuentes literarias y jurídicas. Como antes hemos indicado, por Plinio sabemos que, con anterioridad al año 77 a.C., *Ilici* habría alcanzado la *immunitas*, y por el jurista Paulo sabemos que, posiblemente a comienzos del siglo III d.C. (o quizás un tiempo antes), obtuvo el privilegio o la categoría del derecho itálico. En *Ilici* estamos, pues, ante un caso en el que, en sucesivos momentos, la comunidad va adquiriendo los dos privilegios jurídicos que desembocarían en la consecuencia de la propiedad privada de la tierra. Puesto que la ciudad cuenta con el rango de *colonia ciuium Romanorum*, y obtiene la *immunitas* y el *ius Italicum*, sabemos que la gente allí asentada disfrutará de la propiedad privada de sus tierras (San tapau 2004, 106).

El caso de *Lacimurga* es más complejo, ya que la *forma* expone el nombre de este municipio romano en la parte superior de la placa, restando en la parte baja de la misma el terreno centuriado junto al Guadiana; por esta razón se arguyen diferentes posibilidades a la hora de adscribir la pertenencia de este terreno, a la ciudad de *Lacimurga*, o a cualquiera de las *ciuitates* vecinas, como *Emerita*, *Metellinum* o *Vcubi*.

El fragmento de inscripción catastral en bronce nos presenta también parte de lo que fue un territorio centuriado. Se trata de un fragmento de *forma* o mapa del territorio que se repartiría en parcelas en el río Guadiana, junto a la población de *Lacimurga* (Sáez 1990, 205-227; 1994, 99-108; Sáez/Pérez Paz 1993,

643-654). La placa nos proporciona el límite de dos centurias completas, indicándose la medida de superficie de ambas, 275 *iugera*, y el fragmento de una tercera cruzada por el río. Además, en una de las centurias completas un trazo atraviesa parcialmente la parcela, posiblemente, haciendo referencia también a un curso de agua (Sáez 1990, 207).

Esta inscripción plantea de un modo patente el problema de la ordenación territorial en esta zona de *trifinium* o límite fronterizo entre las provincias Bética, *Tarraconensis* y *Lusitania* (Sayas 1979, 737-752; Alarcão/Gorges 1990, 319-327; Gorges 1993, 8). Respecto a los límites de Bética-*Lusitania*, los autores antiguos establecían la frontera entre territorios en el río *Anas* (Str. 3, 1, 6 y 3, 2, 1; Pompon. 2, 87; 3, 6; Plin. *HN*. 3, 3, 66 y 3, 4, 116; Ptol. 2, 4, 2-4; 2, 5, 2), adecuándose al gusto romano en el momento de utilizar los ríos como fronteras naturales entre áreas geopolítica diferentes. Sin embargo, no todos los autores clásicos, ni la epigrafía, ni la arqueología, nos muestran que esta frontera fuera tan evidente, ya que existen, a lo largo del *Anas*, varios puntos en los que aquella no seguía el curso del río (Cortijo Cerezo 1993, 68).

A través de una serie de trabajos que se han realizado sobre la inscripción catastral de *Lacimurga* podemos pensar que la centuriación que se observa en la placa catastral pertenecería al territorio de *Vcubi* (Stylov 1983, 294). Pero la cuestión no parece demasiado clara, aun después de muchos trabajos que aportan datos al respecto. La alusión clara y directa a *Lacimurga* en la inscripción catastral ha llevado a plantearse a algunos investigadores la posibilidad de que la *forma* representase el territorio de esta ciudad (Sáez 1994, 105-106).

La *colonia Claritas Iulia Vcubi* (Espejo, Córdoba), para algunos autores, es una fundación cesariana (Wiegels 1978, 60) y, para otros, octaviana (Galsterer-Kröll 1975, 127). Acerca del territorio de esta ciudad contamos con tres importantísimos vestigios epigráficos: tres cipos delimitadores del terreno aparecidos en las inmediaciones de Valdecaballeros (Badajoz) dan cuenta de este núcleo poblacional. El primero de ellos (*CIL*, II, 656, estudiado por: Caballos 1978, 287; Stylov 1986, 23), de época de Domiciano, recoge los límites entre los territorios de *Augusta Emerita* y de *Vcubi*. El segundo cipo es de época de Vespasiano, separando también los territorios de *Emerita* y de *Vcubi* (Álvarez Sáenz de Buruaga 1976, 23). El tercero, que es quizás el que más interesa por el tema que tratamos, recoge el ejemplo de un *terminus* entre los territorios de *Vcubi* y *Lacimurga*, lo que aproxima el territorio de *Vcubi* a la zona representada en la inscripción (Stylov 1986, 285-311; Sáez 1990, 222 = *CIL*, II²/7, 870).

Probablemente, *Vcubi* mantuviese relaciones con la zona donde ha aparecido la inscripción catastral con motivo de sus actividades ganaderas. Podríamos estar,

pues, ante la centuriación de tierras pertenecientes a *Vcubi* destinadas a trabajos agropecuarios o, sencillamente, nos encontraríamos ante uno de los casos de *prefecturae* de *Vcubi* en la zona, que, como sabemos por los textos gromáticos, serían también éstas tierras centuriadas (Hig. *De cond. Agr.* 171, 5-13 La; Sic. Flac. 159, 26 y 161, 2 La).

Si suponemos que las tierras centuriadas pertenecen a *Vcubi*, no tenemos precisado por las fuentes si la ciudad fue una colonia romana con pobladores que gozaban de los privilegios propios del derecho romano o, más bien, se trató de una colonia de derecho latino. En Hispania no eran frecuentes las primeras, siendo la mayoría de derecho latino.

Las tierras asignadas a colonos ucubitano junto al río *Anas*, en las inmediaciones de la ciudad de *Lacimurga*, no serían concedidas en propiedad, sino bajo el régimen de *possessio*. Esto quiere decir que los particulares no contarían con la propiedad privada de sus fincas. Así pues, la disponibilidad del particular sobre su parcela de terreno, considerada la tierra *ager publicus* al no tener el *ius Italicum*, nunca se configuraba como dominio o propiedad, sino como posesión, como usufructo o arrendamiento. Ahora bien, para el caso de *Vcubi*, como sucede en *Ilici*, al contar con la *immunitas* (Plin. *HN*. 3, 3, 19; 3, 3, 24), no tendrían que pagar tributo por la tierra. Esta situación un tanto ambigua, con el tiempo conduciría, sino de derecho, sí a una situación de propiedad de hecho (Santapau 2004, 106).

b) Las inscripciones viarias

Igualmente, en este caso nos centraremos en el análisis de una inscripción que hace referencia a los acuerdos o contratos que establece una comunidad o un colectivo hispano con Roma por el uso de una vía. Tenemos un epígrafe de extraordinario valor, puesto que nos habla de la existencia de un cipo de un camino minero que quedaba bajo control de la *societas Sisaponensis* en Córdoba. La inscripción documenta la existencia de una *servitus viae* impuesta por la *societas Sisaponensis* (Ventura 1993, 49 = *CIL*, II²/7, 699a).

El texto dice (Ventura 1993, 50-51): *[Hi]c · viae / servitus limposita / est · ab · soc(ietate) / Sisap(onensi) · susum / ad · montes / s(ocietatis) · S(isaponensis) · lat(a) · ped(es) XIV*.

El análisis paleográfico permite asignar una cronología antigua para la inscripción, dentro del siglo I a.C. y muy posiblemente, se trate de una pieza preaugustea (Batlle 1963, 11-16). Nos encontramos, pues, ante una de las más antiguas inscripciones de *Corduba*, que documenta epigráficamente, por vez primera, una *servitus viae* de un camino minero, sin paralelos en el campo de la epigrafía viaria y que constituye, además, una de las pocas menciones que existen de la *societas*

Sisaponensis. Por tanto, estamos ante una inscripción latina que aporta datos muy interesantes para la Historia del Derecho romano en aspectos relacionados con la adquisición y la propiedad de las servidumbres de paso (Ventura 1993, 52).

La mención de la *societas Sisaponensis* hace referencia a una sociedad de publicanos, de individuos que arrendaban al Estado romano la explotación de unas minas de cinabrio y mercurio de la región de Almadén, en el territorio de la ciudad de *Sisapo* –La Bienvenida, Ciudad Real– (Domergue 1990, 270, 274; Chic 1991, 18-29; Fernández Ochoa *et al.* 2002).

Como la vía más rápida para que estos productos llegasen a Roma era saliendo desde el puerto fluvial de *Corduba*, podemos pensar que la función esencial de la servidumbre de paso en cuestión sería, precisamente, el transporte de mineral. La concreción de este derecho con el término *uia* tiene un preciso significado en nuestro caso y lo más probable es que la servidumbre de *uia* estuviese ya en uso desde mediados del siglo I a.C., que es la cronología que los estudiosos de la inscripción proponen (Ventura 1993, 54).

Nos tenemos que plantear por qué motivo en la segunda mitad del siglo I a.C. se hace necesaria la delimitación de esta servidumbre con el cipo inscrito. Hemos de pensar que la *societas Sisaponensis* estaba en funcionamiento, explotando minas con anterioridad a esta fecha, y que también la ruta ya existiría. A los estudiosos de la inscripción les resulta tentador relacionar la constitución expresa de esta servidumbre con el cambio de estatus de *Corduba*. Apuntan que, tras la destrucción sufrida por la ciudad en el año 45 a.C. a manos de las tropas de César, entre las guerras civiles y el principado de Augusto, la *colonia latina Corduba* pasa a ser *colonia ciuium Romanorum*, de nombre *Patricia*, recibiendo además una *deductio*, probablemente durante los años 15-14 a.C. (Stylov 1990, 262-263). Recientemente, se han detectado trazas de centuriación del territorio cordobés, con lo que se reafirma la idea de que, entonces, se produjese también una reordenación del territorio con un reparto de tierras (Ventura 1993, 56).

Por otra parte, la *uia* a la que hace referencia el epígrafe, evidentemente, sería transitada sobre todo por los trabajadores de las minas y por los transportistas del mineral. De ahí que el derecho sobre la vía fuese fundamental para garantizar el mantenimiento y buen uso de la misma, y de esa manera facilitar los trabajos de extracción y posterior transporte del material. Es posible que por cuestiones de necesidad, buscando el desarrollo más idóneo de las actividades mineras, en lugar de continuar en manos del Estado, la vía fuese una especie de concesión, a modo de privilegio particular, a la *societas Sisaponensis*, ya que serían sus usuarios más comunes y los que ejercerían más control sobre este camino.

Por tanto, si se apunta que la concesión de la servidumbre puede relacionarse con los cambios que conoce la colonia tras la *deductio* del 15-14 a.C., es posible que se cediese este privilegio a la *societas Sisaponensis*. Muy posiblemente, la *societas Sisaponensis*, al igual que los veteranos asentados en suelo cordobés, disfrutaría del uso prolongado y sin interrupción en el tiempo del terreno que les fue concedido, en este caso, la vía de acceso a las minas. Por tanto, la *seruitus uiae* que refleja la inscripción pudo ser una concesión de un derecho de paso, a modo de privilegio para la *societas Sisaponensis*.

c) Epigrafía relacionada con disputas por la tierra entre comunidades indígenas y Roma

Contamos con más de un ejemplo epigráfico para ilustrar las confrontaciones mantenidas y avivadas cada cierto tiempo, entre comunidades hispanas y Roma, por la gestión y tenencia de tierras públicas. Analizaremos seguidamente varios ejemplos.

En primer lugar, nos encontramos con un caso en que el estatuto jurídico de la tierra era el de *ager stipendiarius*, es decir, aquellos terrenos que se cedían a las comunidades indígenas en régimen de *possessio* (García Garrido 1993, 31). Es el caso del decreto de Emilio Paulo relativo a la situación en la que queda el *agrum* y el *oppidum* de la *Turris Lascutana* cuando son liberados del dominio de la ciudad de *Hasta* (CIL, II, 5041; Galsterer 1986, 22; García Moreno 1986, 195-218; Fatás 1989, 230-231; González Román 1999, 137). Y también el de la *deditio* de Alcántara (López Melero 1984, 265-323; García Moreno 1989, 243-256; Mariner 1989, 257-265), en la que se reafirma el uso de la tierra por parte de la comunidad indígena en los términos establecidos mientras así lo quisiese el pueblo de Roma.

Asimismo, queremos destacar, especialmente, la importancia del edicto de El Bierzo (proximidades de Bembibre, León), que se trata monográficamente en otro capítulo de este volumen. En la primera parte del edicto se hace referencia a los *castellani Paemeiobrigenses* de la *gens* de los *Susarri*. Esta comunidad se ve recompensada por permanecer fiel a la causa romana. Parece claro que esa situación se produjo a raíz de la ocupación romana y del sometimiento de las comunidades a una determinada ordenación territorial impuesta por la propia Roma y, más concretamente en el caso al menos de los Susarros, dentro de unos límites territoriales fijados. La inmunidad que se les otorga es por lo tanto solo una parte del reconocimiento romano; la otra parte es la restitución de unos territorios delimitados ya previamente por Roma.

Este documento está plenamente relacionados con la organización político-administrativa del norte peninsular que lleva a cabo Augusto (Orejas/Sastre/Sán-

chez-Palencia/Plácido 2000, 64). El edicto del Bierzo permite documentar claramente la desigualdad en el trato que recibieron las distintas comunidades (*castella*) por razones claramente políticas, en el contexto de las tensiones que surgieron de la imposición del nuevo marco administrativo basado en la *ciuitas*.

Este edicto entra también en relación con los llamados hitos terminales o delimitadores del territorio entre tierras pertenecientes a campamentos romanos y tierras pertenecientes a una ciudad cercana. Igualmente, alguna de estas ciudades tienen su origen precisamente en la consolidación en ciertas áreas de zonas campamentales que se solidifican, incluido el territorio que les estaba adscrito, y dan posteriormente lugar a una *ciuitas* con centro urbano, y por supuesto con su *ager* circundante, como ya se ha explicado anteriormente.

La epigrafía ha proporcionado varios ejemplos de inscripciones destinadas a marcar los límites de los territorios de comunidades: los *termini* entre los *prata* de la *legio X* y la *ciuitas* de los *Luggoni* (Quintana y Congosto), entre los *prata* de la *cohors IV Gallorum* y la *ciuitas Baeduniensium*, o los *termini augustales* que marcaron los fines de los territorios de *Mirobriga*, *Bletissa*, o *Salmanica*, entre otros (Orejas/Sastre/Sánchez-Palencia/Plácido 2000, 89).

Destacaremos en este caso los ejemplos cántabros, por su relación con la conquista, pacificación, organización y posterior gestión de dicho territorio. Dicho conjunto de términos augustales de Cantabria es de época de Augusto. Deben de ser posteriores al año 19 a.C., cuando finalizaron las guerras cántabras, pues reflejan la coexistencia de la legión con *Iuliobriga*, ciudad fundada al término de la conquista. Podríamos destacar, como ejemplo, el texto de uno de estos *termini*: *Ter(minus) August(alis) di(lu)idit prat(a) leg(ionis) / IIII et agrum Iuliobrig(ensium)* (ERCan, 16). Este hito hace referencia a la demarcación fronteriza entre el suelo militar asignado a una unidad del ejército y el territorio civil perteneciente a una ciudad. El propio epígrafe da cuenta de dos situaciones fiscales diferentes: una militar, correspondiente a los *prata legionis*, exentos de tributación; y otra civil, el *ager Iuliobrigensium*, sometido a tributo por derecho de *occupatio*.

Es muy probable que el estatuto jurídico de *Iuliobriga* en el momento de su fundación fuese el de ciudad estipendiaria; en época flavia, con motivo del edicto de latinidad de Vespasiano, recibiría, junto a otras ciudades hispanas, el derecho latino y, posiblemente a partir de ese momento obtuviese el reglamento municipal. Los *termini Augustales* de Cantabria constituyen un ejemplo de las reformas realizadas por Augusto tras el final de las guerras cántabras y la consiguiente culminación de la conquista romana de la península Ibérica.

Parece evidente que el mantenimiento de un ejército permanente en la *Hispania Citerior* y la necesidad de perpetuar en piedra la delimitación de dos territorios colindantes obedecía a la necesidad de un control espacial de ciertas regiones conflictivas. Esta parece ser la explicación para la permanencia de la *legio IIII* al sur del territorio cántabro.

La propiedad de la tierra: reflexiones

El Derecho romano proporciona una base teórica desde la que entender ciertas conductas socio-económicas que se dieron en la Antigüedad, en concreto, para analizar la cuestión de las tierras que entraron a formar parte del control romano. La adquisición de tierras, la posesión o propiedad de las mismas, no se entiende únicamente desde las acciones políticas proyectadas en las empresas coloniales dirigidas por la metrópolis. La esfera de actuación desde la que emanaban decisiones como la de fundar nuevas ciudades, limitar y organizar los terrenos circundantes, o la de repartir en parcelas el campo una vez delimitados sus confines, cobra sentido cuando se analizan los preceptos legislativos que dieron luz verde a todas esas acciones estatales.

Las actuaciones jurídicas que se emprendían durante los periodos de colonización se encuadran dentro del denominado derecho público, ya que se regulaba la estructura y las atribuciones de las autoridades y sus relaciones con los ciudadanos particulares. Por tanto, pensamos que, cuando se limitaban los campos y se asignaban a particulares, dicho proceso tenía lugar dentro de la órbita del derecho público, puesto que la decisión de proceder a la repartición de tierra venía dada por el poder político del Estado, siendo también éste —y, por extensión, el senado local— quien tomaría cartas cuando existiesen conflictos con tierras no centuriadas y que le pertenecían.

Si bien este dato es cierto, no podemos olvidar que cuando se trataba de tierras coloniales de uso comunal o particular, en la resolución de conflictos o en la elaboración de disposiciones jurídicas, podría intervenir tanto el derecho privado como el derecho público. Sin embargo, una vez que las tierras eran distribuidas y a cada particular le había sido otorgada una determinada parcela de suelo cultivable, era el derecho privado el encargado de regular las relaciones entre los propietarios de la tierra.

En el Derecho romano quedaba contemplado el perfil del individuo que podía adquirir la titularidad de la *propietas*, interesándonos ahora la relativa a la tierra (*dominium ex iure Quiritium*): los ciudadanos romanos por un lado y, por otro, los latinos y *peregrini* que tuviesen el *ius commercii*, siendo a éstos a los únicos a los que se reconocía el derecho exclusivo de disponer de una cosa, disfrutar de defensa judicial, pudiendo

además ejercer todos los actos necesarios para transmitir la propiedad a otros individuos (Volterra 1986, 314; Gómez Royo 1997, 36).

En el caso de la propiedad de tierra hispana, ya hemos visto que con la conquista del *ager publicus prouincialis*, la tierra normalmente era gestionada en régimen de *possessio* y explotada por indígenas y por romanos (Pena 1994, 329).

Exceptuando la tierra con *ius Italicum*, el término de dominio –*dominium*– o propiedad no sería aplicable a los fundos provinciales que, por su titularidad pública, únicamente conocerían el régimen de la posesión (Bozza 1952, 66-85; 1953, 13-20; Orejas/Sastre 1999, 160-161). La figura jurídica más extendida en las tierras provinciales será la que consideraba ese suelo como *ager uectigalis* y sobre el que habría que pagar, a cambio de su uso y disfrute, un canon o *uectigal*.

El tributo al que estaban sometidos los fundos provinciales (*stipendium* para las provincias senatoriales y *tributum* para las imperiales) era considerado por la jurisprudencia imperial como el reconocimiento del dominio que ejercía el *populus Romanus* en la disponibilidad del particular sobre el fundo provincial.

Por último, es necesario remarcar que estas organizaciones y repartos del suelo en época colonial actuaron como estructuradores de la realidad prerromana y de la presencia del elemento itálico en Hispania, siendo la figura del catastro y de la reestructuración del esquema viario instrumentos efectivos para implantar, progresivamente, las diferentes fases de dicho proceso. Los ejemplos epigráficos seleccionados dan cuenta de diversas etapas o episodios dentro de la secuencia de reestructuración territorial en Hispania, con los repartos de tierras centuriadas, con la gestión de las vías, con la delimitación de tierras entre asentamientos militares y comunidades cívicas o con la concesión de privilegios territoriales a ciertas comunidades indígenas en su posicionamiento favorable a Roma.

Bibliografía

- ABASCAL, J. M.; ESPINOSA, U. 1989: *La ciudad hispanorromana. Privilegio y poder*, Logroño.
- ALARÇÃO, J.; GORGES, J. G. 1990: «Appendice. Propositions pour un nouveau tracé des limites anciennes de la Lusitanie romaine», en: *Les villes de Lusitanie romaine. Hiérarchies et territoires. Table ronde internationale du CNRS (Talence, 8-9 décembre, 1988)*, París, 319-327.
- ÁLVAREZ SÁENZ DE BURUAGA, J. 1976: «La fundación de Mérida», en: *Augusta Emerita. Actas del Simposio Internacional conmemorativo del Bimilenario de Mérida*, Madrid, 19-30.
- ARIÑO, E.; GURT, J. M.; MARTÍN-BUENO, M. 1994: «Les cadastres romains d'Hispanie: état actuel de la recherche», en: *Structures rurales et sociétés antiques. Actes du Colloque de Corfou (14-16, mai 1992)*, París, 309-328.
- ARIÑO, E.; DÍAZ, P. 1999: «La economía agraria de la Hispania romana. Colonización y territorio», *SHHA*, 17, 153-192.
- BATLLE, P. 1963: *Epigrafía latina*, Barcelona.
- BLÁZQUEZ, J. M. 1986: *La Romanización, I y II*, Madrid.
- BOZZA, F. 1943: «Gaio II, 7 e la proprietà provinciale», *Athenaeum*, 21, 13-20.
- 1942: «Gaio II, 7 e la proprietà provinciale», *Athenaeum*, 20, 66-85.
- CABALLOS, A. 1978: «Colonia Claritas Iulia Ucubi», *Habis*, 9, 273-291.
- CAPOGROSSI, L. 1988: «*Dominium e possessio* nell'Italia romana», en: *La proprietà e le proprietà*, Milán, 141-182.
- CASTAGNOLI, F. 1943: *Le formae delle colonie romane e le miniature dei gromatici*, Roma.
- CHIC, G. 1991: «Estrabón y la práctica de la amalgama en el marco de la minería sudhispánica: un texto mal interpretado», en: *La Bética en su problemática histórica*, Granada, 7-29.
- CLAVEL-LÉVÊQUE, M. 1983: «Pratiques impérialistes et implantations cadastrales», *Ktèma*, 8, 185-251.
- COARELLI, F. 1992: «Colonizzazione e municipalizzazione: tempi e modi», *DdA*, 10, 21-30.
- CORELL, J. 1990: *Inscripciones romanas d'Ilici, Lucentum, Allon, Dianium i els seus respectius territoris*, Valencia.
- CORTIJO CEREZO, M^a. L. 1993: *La administración territorial de la Bética romana*, Córdoba.
- CURCHIN, L. A. 1994: «Juridical Epigraphy and Provincial Administration», en: *Roma y las provincias. Realidad administrativa e ideología imperial*, Madrid, 87-102.
- CHAO, J.; MESA, J. F.; SERRANO, M. 1999: «Un nuevo bronce hallado en La Alcadia», en: *Ciudades privilegiadas en el Occidente romano*, Sevilla, 417-424.
- CHOUQUER, G.; FAVORY, F. 1991: *Les paysages de l'antiquité. Terres et cadastres de l'occident romain*, París.
- DÉLÉAGUE, A. 1934: *Les cadastres antiques jusqu'à Dioclétien. Études de Papyrologie*, II, El Cairo.
- DE MARTINO, F. 1985: *Historia económica de la Roma antigua*, I y II, Madrid.
- DOMERGUE, C. 1990: *Les mines de la Péninsule Ibérique dans l'Antiquité Romaines*, Roma.
- DOPICO, M^a. D.; PEREIRA, G. 1993: «La gran inscripción de Remeseiros (CIL, II, 2476). Sobre la forma jurídica de tenencia de la tierra entre los indígenas bajo dominio romano», en: *II Congreso Peninsular de Historia Antigua (Coimbra, 18-20 octubre)*, Coimbra, 633-642.

- DUNCAN-JONES, R. P. 1980: «Alcune conformazioni della proprietà della terra nell'Impero Romano», en: *La proprietà a Roma. Guida storica e critica*, Roma, 3-32.
- FATÁS, G. 1989: «Breve crónica de novedades de epigrafía jurídica romano-republicana de Hispania (1976-1986)», en: *Epigrafía jurídica romana. Actas del Coloquio Internacional A.I.E.G.L.*, Pamplona, 229-242.
- FAVORY, F. 1983: «Propositions pour une modélisation des cadastres ruraux antiques», en: *Cadastres et espace rural. Approches et réalités antiques. Table ronde de Besançon*, París, 51-135.
- FERNÁNDEZ NIETO, F. J. 1982: «El Derecho en la Hispania romana», en: *Historia de España*, II, 2, Madrid, 159-213.
- FERNÁNDEZ OCHOA et al. 2002: *Arqueominería del sector central de Sierra Morena. Introducción al estudio del área Sisaponense*, Anejos de *AEArq.* 26, Madrid.
- FINLEY, M. I. 1985: *The Ancient Economy*, Londres.
- GABBA, E. 1988: «Aspetti militari e agrari», *DdA*, 2, 19-22.
- 1985: «Per una interpretazione storica della centuriazione romana», *Athenaeum*, 73, 265-284.
- 1951: «Ricerche sull'esercito professionale romano da Mario ad Augusto», *Athenaeum*, 29, 171-272.
- GALSTERER, H. 1986: «Roman Law in the Provinces: some problems of Transmission», en: *L'impero romano e les strutture economiche e sociali delle province*, Como, 13-25.
- GALSTERER-KRÖLL, B. 1975: «Zu den Spanischen städteverzeichnissen des Plinius», *AEA*, 48, 120-128.
- GARCÍA GARRIDO, M. J. 1993: *Diccionario de jurisprudencia romana*, Madrid.
- GARCÍA MORENO, L. A. 1986: «Sobre el decreto de Emilio Paulo y las *Turris Lascutana* (CIL, 12, 614)», en: *Epigrafía hispánica de época romano-republicana*, Zaragoza, 195-218.
- 1989: «Reflexiones de un historiador sobre el bronce de Alcántara», en: *Epigrafía jurídica romana. Actas del coloquio internacional A.I.E.G.L.*, Pamplona, 243-255.
- GÓMEZ ROYO, E. 1997: *El régimen de las aguas en las relaciones de vecindad en Roma*, Valencia.
- GONZÁLEZ ROMÁN, C. 1999: «El trabajo en la agricultura de la Hispania romana», en: *El trabajo en la Hispania romana*, Madrid, 119-206.
- 1994: «*Ius Italicum* e *Immunitas* en las colonias romanas de Hispania», en: *Roma y las provincias. Realidad administrativa e ideología imperial*, Madrid, 131-145.
- GORGES, J. G. 1993: «Nouvelle lecture du fragment de forma d'un territoire voisin de *Lacimurga*», *MCV*, 7-23.
- GREENE, K. 1990: *The Archaeology of the Roman Economy*, Berkeley-Los Angeles.
- GUILLAUMIN, J. Y. 2002: «Note sur le document cadastral romain découvert à la Alcudia (Elche, province d'Alicante)», *DHA*, 28/1, 113-134.
- GURT, J. M.; LANUZA, A.; PALET, J. M. 1996: «Revisión del catastro romano de Ilici», *Pyrenae*, 27, 215-226.
- IGLESIAS, J. M.; RUIZ, A. 1998: *Epigrafía romana de Cantabria (E.R.Can)*, Burdeos-Santander.
- JIMÉNEZ SALCEDO, M. C. 1999: *El régimen jurídico de las relaciones de vecindad en derecho romano*, Córdoba.
- KEAY, S. J. 1996: «La romanización en el sur y el levante de España hasta época de Augusto», en: *La romanización en Occidente*, Madrid, 147-177.
- KEPPIE, L. 1984: *The making of the Roman Army*, New Jersey.
- LÓPEZ MELERO, R. 1984: «El territorio de Lusitania en sus aspectos jurídicos», en: *Actas de las II Jornadas de Metodología y Didáctica de la Historia*, Cáceres, 76-86.
- LÓPEZ PAZ, P. 1994: *La ciudad romana ideal, 1. El territorio*, Santiago de Compostela.
- MANGAS, J. 2001: *Leyes coloniales y municipales de la Hispania romana*, Madrid.
- MARINER, S. 1989: «La *Tabula Alcantarensis* entre la epigrafía jurídica arcaica de Hispania», en: *Epigrafía jurídica romana. Actas del Coloquio Internacional A.I.E.G.L.*, Pamplona, 243-255.
- MATEO, A. 2001: *Observaciones sobre el régimen jurídico de la minería en tierras públicas en época romana*, Santiago de Compostela.
- MATTINGLY, D. J.; SALMON, J. (eds.) 2001: *Economies beyond agriculture in the Classical World*, Londres.
- MAYER, M.; OLESTI, O. 2001: «La *sortitio* de Ilici. Del documento epigráfico al paisaje histórico», *DHA*, 27/1, 109-130.
- MOATTI, C. 1993: *Archives et partage de la terre dans le monde Romain (1^{er} siècle avant - 1^{er} siècle après J.-C.)*, Roma-París.
- NICOLET, C. 1993: *Rome et la conquête du monde méditerranéen*, 2, París.
- OREJAS, A.; SASTRE, I. 1999: «Fiscalité et organisation du territoire dans le Nord-Ouest de la Péninsule Ibérique: *civitates*, tribut et *ager mensura comprehensus*», *DHA*, 25/1, 159-188.
- OREJAS, A.; SASTRE, I.; SÁNCHEZ-PALENCIA, F. J.; PLÁCIDO, D. 2000: «El edicto de Augusto del Bierzo y la primera organización romana del noroeste peninsular», en: SÁNCHEZ-PALENCIA, F. J.; MANGAS, J. (coords.): *El edicto del Bierzo. Augusto y el noroeste de Hispania*, Ponferrada, 63-112.
- ORTIZ DE URBINA, E.; SANTOS, J. (eds.) 1996: *Teoría y práctica del ordenamiento municipal en Hispania*, Vitoria.
- PENA, M^a. J. 1994: «Importance et rôle de la terre dans la première période de la présence romaine dans la Péninsule Ibérique», en: *Structures rurales et sociétés antiques*, París, 329-337.

- PÉREZ CENTENO, M^a. R. 1999: *Ciudad y territorio en la Hispania del siglo III d.C.*, Valladolid.
- POMA, G. 2002: *Le istituzione politiche nel mondo romano*, Bolonia.
- RAMOS FERNÁNDEZ, R.; UROZ SÁEZ, J. 1992: «Ilici», en: *La conquista romana y modos de intervención en la organización urbana y territorial* [DdA, 1-2], 95-104.
- RIBERA, A. 1998: *La fundació de València*, Valencia.
- RODRÍGUEZ NEILA, J. F.; NAVARRO, F. J. (eds.) 1999: *Elites y promoción social en la Hispania romana*, Pamplona.
- ROLDÁN, J. M. 1989: «Colonización y municipalización durante la República (de la Segunda Guerra Púnica hasta César)», en: *Aspectos de la colonización y municipalización de Hispania*, Mérida, 13-31.
- SÁEZ FERNÁNDEZ, P. 1997: «Las tierras públicas en la *Lex Ursonensis*», *SHHA*, 15, 137-152.
- 1994: «Nuevas perspectivas en relación a la ordenación territorial del sur de la *Lusitania* española», en: *Les campagnes de Lusitanie romaine. Occupation de sol et habitats*, Madrid-Salamanca, 99-108.
- 1990: «Estudio sobre una inscripción catastral lindante con *Lacimurga*», *Habis*, 21, 205-227.
- SÁEZ FERNÁNDEZ, P.; PÉREZ, A. 1993: «Noticia sobre una inscripción catastral de la zona de *Lacimurga*», en: *II Congreso Peninsular de Historia Antigua (Coimbra, 18-20 octubre)*, Coimbra, 643-654.
- SANTAPAU, M^a. C. 2005: «Actos ilícitos contra la propiedad de los bienes inmuebles. Acciones penales derivadas en el derecho romano», en: CALZADA, A.; CAMACHO DE LOS RÍOS, F. (coords.): *El derecho penal: De Roma al derecho actual, VII Congreso Internacional y X Iberoamericano de Derecho romano*, Madrid, 561-569.
- 2004: «Fuentes literarias y jurídicas para el estudio de la propiedad de la tierra en Hispania romana. El caso de las asignaciones de Ilici y *Lacimurga*», *Revista de Historiografía*, 1-I, 102-108.
- 2002-2003: «La categoría jurídica de la tierra en Hispania romana», *Lucentum*, 21-22, 191-205.
- SANTOS YANGUAS, J. 1998: «Comunidades indígenas y centros urbanos en Hispania en el proceso de conquista y organización de los territorios conquistados», en: *El proceso de municipalización en la Hispania romana*, Valladolid, 11-38.
- SAYAS, J. J. 1979: «Algunas consideraciones sobre el origen de *Lusitania* como provincia», en: *Estudios dedicados a C. Callejo Serrano*, Cáceres, 737-752.
- SIMMEL, G. 1983: «Soziologie des Raumes», en: *Schriften zur Soziologie. Eine Auswahl*, Frankfurt, 221-242.
- SOLANA SÁINZ, J. M^a. 1989: «Colonización y municipalización bajo César y Augusto: *Hispania Citerior*», en: *Aspectos de la colonización y municipalización de Hispania*, Mérida, 73-106.
- STYLOW, A. U. 1990: «Apuntes sobre urbanismo de la *Corduba* romana», en: *Kolloquium Stadtbild und Ideologie. Die Monumentalisierung hispanischer Städte zwischen Republik und Kaiserzeit*, Munich, 259-282.
- 1986: «Apuntes sobre epigrafía de época flavia en Hispania», *Gerión*, 4, 285-311.
- 1983: «Inscripciones latinas del sur de la provincia de Córdoba», *Gerión*, 1, 267-303.
- SYME, R. 1983: *The Roman Revolution*, Oxford.
- VENTURA, A. 1993: «*Susum ad montes s(ocietatis) S(isaponensis)*: Nueva Inscripción tardorrepública de *Corduba*», *Anales de Arqueología Cordobesa*, 4, 49-61.
- VOLTERRA, E. 1986: *Instituciones de derecho privado romano*, Madrid.
- WIEGELS, R. 1976: «Zum Territorium des Augusteischen kolonie Emerita», *MDAI(M)*, 17, 258-284.
- ZACCARIA, A. 1995: *Spazio privato e spazio pubblico nella città romana*, Roma.

ASPECTOS DA RELIGIOSIDADE VERNÁCULA NA HISPÂNIA ROMANA

José d'Encarnação
Universidade de Coimbra

Resumen

En el presente trabajo se discuten algunas cuestiones metodológicas a la vez que se da cuenta de las líneas más recientes de investigación respecto de la religiosidad vernácula e indígena en la Hispania romana. Se aborda, además, el tema del sincretismo entre las divinidades indígenas y las divinidades traídas por los romanos a la península Ibérica, especialmente, a partir de los testimonios de la parte más occidental de dicho territorio: los teónimos, los rituales, la decoración de los monumentos, etc. Se muestra, por tanto, como en el mundo global en el que vivimos en los albores del siglo XXI, el debate sobre los cultos indígenas asume, por su carácter local, un protagonismo cada vez mayor.

Palabras clave

Divinidades indígenas, sincretismo, rituales, *Lusitania*.

Resumo

Discutem-se questões de método e dá-se conta da investigação mais recente acerca da religiosidade vernácula. Aborda-se o tema do sincretismo entre as divindades indígenas e as divindades trazidas pelos Romanos para a Península Ibérica, nomeadamente na sua parte mais ocidental: os teónimos, os rituais, a decoração dos monumentos... Mostra-se, enfim, como, no mundo global em que nos inserimos no dealbar do século XXI, o debate sobre os cultos indígenas assume, pelo seu carácter local, cada vez maior protagonismo.

Palavras-chave

Divindades indígenas, sincretismo, rituais, Lusitânia.

Introdução

A proposta, que aceitei, para reflexão aqui, neste volume, foi que eu tratasse de aspectos da religiosidade vernácula na Hispânia romana.

1) «Religiosidade»: o que é? Decerto, o sentimento religioso, ou seja, de ligação entre o Homem e os seres seus superiores.

Religiosidade é diferente de:

- «religiões»;
- «manifestações religiosas», que são os testemunhos visíveis desse sentimento;
- «divindades»: os seres superiores que se veneram;
- «religião», enfim, que implica um pensamento organizado (uma doutrina, uma mitologia, um livro!...) e rituais (um corpo sacerdotal).

2) «Vernácula»: qual o significado do termo? Autêntica (não artificial)? Mais próxima do povo (não erudita)? Creio ser adjectivo não adequado neste domínio, porque se pretende referência ao que se conhece do mundo que os Romanos vieram encontrar.

José M^a. Blázquez (Blázquez 1962) utilizou o termo «primitivas». A minha proposta, em 1971 (Encarnação 1971), foi «indígena». Julgo, ainda hoje, que é o que melhor se adapta.

3) «na Hispânia»: um largo panorama, para que poderíamos lançar mão do volume das *Inscriptiones Latinas de la España Romana*, de José Vives, primeiro grande apanhado, depois das citadas *Religiones primitivas de Hispania*, do professor Blázquez. Aliás, os incessantes trabalhos consecutivos de J. M^a. Blázquez neste domínio constituem uma actualização constante do que se vai conhecendo. Um domínio em que –mais do que em qualquer outro– a Epigrafia e a História sempre estiveram de mãos dadas com a Linguística (sublinho aqui o excelente relacionamento que sempre tive com D. António Tovar e sua discípula María Lourdes Albertos, ambos de mui saudosa memória). Agora, justamente, por via da Linguística, é de realçar a investigação de Blanca Prósper (Prósper 2002) e de Juan Carlos Olivares (Olivares 2002), que comigo estagiou em Coimbra.

O catálogo da recente exposição do Museu Nacional de Arqueologia, de Lisboa, *Religiões da Lusitânia, Saxa Loquuntur* (Ribeiro 2002), assinala um marco fundamental nestes estudos e tanto os colóquios sobre Línguas e Culturas Paleo-hispânicas como o projecto FERCAN dão conta de uma pesquisa inigualável.

Os primeiros têm-se realizado com regularidade e as suas actas editadas também sem detença, constituindo agora obras de referência muito úteis. O I foi em Salamanca, em maio de 1974: *Actas del I Colóquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la península Ibérica*, Salamanca, 1976; o II em Tübingen, em 1976: *Actas del II Colóquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la península Ibérica*, Salamanca, 1979; o III em Lis-

boa (novembro de 1980): *Actas del III Colóquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispanicas*, Salamanca, 1985; o IV em Vitória: actas publicadas no volume 2-3 (1985-1986) da revista *Veleia*, editada pela Universidade do País Basco. O V realizou-se em Colónia (setembro 1989): *Lengua y Cultura en la Hispania Prerromana*, Salamanca, 1993; o VI em Coimbra (outubro 1994): *La Hispania Prerromana*, Salamanca, 1996; o VII em Saragoça (março 1997): *Pueblos, Lenguas y Escrituras en la Hispania Prerromana* (Salamanca, 1999); o VIII em Salamanca (maio 1999): *Religión, Lengua y Cultura Prerromanas de Hispania* (Salamanca, 2001); o IX em Barcelona (outubro 2004): *Acta Palaeohispanica IX* (n.º 5, 2005, da revista *Palaeohispanica*, de Saragoça); e anuncia-se para Portugal o X, a realizar em 2009.

No que diz respeito ao projecto FERCAN, é coordenado pelo professor Dr. Manfred Hainzmann, do Institut für Alte Geschichte und Altertumskunde, da Universidade de Graz (Áustria), o FERCAN –*Fontes Epigraphici Religionis Celticae Antiquae* (<http://www.oeaw.ac.at/praehist/fercan/>)– reúne investigadores de diversos países europeus, que prosseguem a tarefa de reunirem documentação –nomeadamente epigráfica– sobre a religião dita «céltica» antiga, ou seja, as divindades que os Romanos encontraram nos territórios aonde chegaram.

Mesmo assim, integrando um e outro destes projectos, eu jamais ousaria abalar-me à pretensão de traçar aqui, mesmo que em pinceladas largas, o que hoje se conhece já acerca do mundo da religião dos povos peninsulares anteriores aos romanos.

Nunca, aliás, será demasiado salientar que datam do período romano –e em roupagens romanas– os vestígios capazes de nos trazer algum esclarecimento sobre o panteão indígena e os rituais que o terão acompanhado.

Deu-me a Comissão Editora deste volume o espinhoso encargo de escrever quase o último capítulo, na expectativa de que a religião encerraria com chave de ouro as temáticas mui sabiamente trazidas por peritos que tanto nos vieram ensinar nas páginas anteriores. Sim, a religião –para os crentes– será a abóbada que tudo coroa; trazida, porém –era preciso!– pela mão do mais diligente estudioso (que eu não sou!). Sugeriram-me que escrevesse de aspectos. Assim. Sem rigor nem grande lógica... Escolhi, por isso, salientar aqui, de novo, precisamente quatro ou cinco aspectos que –apesar de já sobejamente tratados– poderão ser motivo de maior consciencialização quanto a estas difíceis problemáticas.

O sincretismo

Tive ocasião de abordar tema idêntico na comunicação feita em Salamanca (Encarnação 2001a), assim

como no citado catálogo da exposição do Museu Nacional de Arqueologia (Encarnação 2002).

Escusar-me-ão se, naturalmente, vou privilegiar a Lusitânia, que melhor conheço, ainda que pouco, e se retomo questões já resolvidas umas, sem solução à vista outras, porque... não há solução!

E se é com todo o gosto que dedico ao meu querido Amigo José María Blázquez este capítulo, permitam-me que lhe associe o nome de Robert Étienne, historiador e arqueólogo a cujo labor a Hispânia tanto deve. Por ele começaria, pois se me afigurou de interesse repensarmos quanto foi escrito e pensado há quase três décadas atrás. Refiro-me ao que se disse a propósito do sincretismo, numa época em que o vocábulo estava na moda.

Vejamos o essencial do que, neste âmbito, escreveu Robert Étienne (Étienne 1973, 154), numa tentativa de descortinar como tudo naturalmente se passou: «Chaque conquérant amène en même temps que ses colons, ses marchands ou ses soldats, son panthéon qui se fixe sur une terre déjà bénie par les dieux indigènes. Le premier problème qui se pose est alors de savoir justement comment va se faire la rencontre entre les deux types de panthéon, si, sur le plan religieux, l'esprit de conquête ne fait pas place à un processus créateur qui permet de replacer les syncrétismes dans la perspective plus large des phénomènes d'acculturation. Il est bien évident que les réalités indigènes se sont transformées au contact de Rome sans que les progrès de la romanisation aient significé leur disparition».

Robert Étienne analisa esse sincretismo –que hoje chamaríamos também «aculturação»– do ponto de vista das divindades indígenas, do culto imperial e das divindades orientais. E, no que concerne às primeiras, fala de «baptismo linguístico»: «Le premier niveau de syncrétisme est représenté par le baptême linguistique qui, grâce à une langue véhiculaire, fait sortir la divinité indigène celtique de son unicité, puisqu'elle protège souvent un lieu, le toponyme se retrouvant dans le nom de la divinité : la ville de Tameobriga et le dieu Tameobrigus, par exemple» (Étienne 1973, 155).

No fundo, um grande espírito de tolerância, que radica, sem dúvida, em três plataformas bem claras:

- a) Dum lado, a crença de que cada território –urbano ou rural– está sob a dependência de um espírito, dum totem protector; e nada se deverá fazer sem primeiro o identificar e sem lhe ser prestada homenagem. O romano que chega pergunta ao indígena –por gestos mais do que por palavras, decerto– que divindade venera, que ser supremo ali governa. E tenta passar para a sua fonética o nome que lhe parece ouvir.
- b) Em segundo lugar, uma norma de convivência social: a relação com as divindades é algo (por menos que se queira) que está desde sempre bem arraigado

no espírito humano; por isso, a fim de evitar conflitos e para gerar cumplicidades, há que começar por mostrar-se sensível ao que, para o «outro», é de mais sagrado –os deuses que venera.

- c) Finalmente, não será de omitir-se aqui alguma directriz política, quer oficialmente expressa (e creio que, neste domínio, ainda se não investigou o suficiente, embora o espírito que se desprende das *Res Gestae* o deixe claramente transparecer) quer tacitamente aceite por ambas as partes e bem consensualizada pelos agentes do poder –de ambas as partes. Convivência religiosa que facilita e prepara a convivência política –para Roma, não se duvide, a mais importante.

E o exemplo aduzido por Robert Étienne pode ser, neste âmbito, deveras elucidativo – *Tameobrigus*, a divindade que protege uma (eventual) *Tameobriga*. Em vestes latinas, note-se bem: «L'adoption du simple nom romain marque le triomphe d'une certaine conception abstraite du divin, sans la couper définitivement du milieu indigène» (Étienne 1973, 156).

Regista-se, depois, a comparação com divindades de idênticas características que fazem parte do panteão do colonizador. São deuses ou deusas, *dii*, *deae* –e esse vocábulo poderá, na verdade, ter sido um dos veículos da melhor compreensão, por parte dos indígenas, do carácter sagrado de nomes que eles também desconheciam, tal como os Romanos desconheciam os seus teónimos e a forma como eles se escreviam. Foi a palavra *deus* esse elo de ligação que facilitou o que, desde há muito, se tem designado como *interpretatio*, ocorrida (note-se) nos dois sentidos: romano / indígena, indígena / romano.

É o que Robert Étienne designa de segundo nível do sincretismo, usando, para o efeito, a imagem duma divindade, Marte, que –de guerreira, militar– poderá ter assumido, a dado passo, as virtudes do que combate, sim, mas não apenas o inimigo político, alheio ao povo, mas também os inimigos quotidianos de quem labuta pela subsistência. Assim, aliás, se tem interpretado –e, a meu ver, bem– o baixo-relevo achado em pleno contexto agrícola, numa fértil *villa* romana do Sul da Lusitânia: «[...] Mars, non pas toujours le dieu guerrier, mais une divinité agricole combattant le grêle et l'inondation», escreve Robert Étienne (Étienne 1973, 155). E o baixo-relevo (fig. 1) foi, por isso, mui justamente usado na capa do catálogo duma exposição cujo tema era... a exploração dos recursos naturais!

À adopção da língua seguiu-se, necessariamente, a adopção da tipologia dos monumentos, mais ou menos fielmente copiada, com requinte estético ou com alguma ingenuidade do ateliê local, e dos formulários consecratórios, pois desde cedo se compreendeu que as estranhas siglas *A · L · V · S*, *A · L · P* detinham significado mágico (dir-se-ia), porque a promessa assim

cumprida dissolvía compromissos e tudo importava ser feito de livre vontade.



Fig. 1. IRCP, 568.

Os atributos das divindades

Vimos a importância do veículo linguístico e facilmente daí deduzimos como a análise e a percepção dos atributos destas divindades indígenas passa –verosimilmente– pela comparação com o fundo linguístico indo-europeu (chame-se-lhe celta, ibero, celtibérico...) que está na origem etimológica destes teónimos, de significado concreto, dado o carácter escassamente abstracto do falar de então.

Contudo, se há uma divindade do rio, da fonte, daquele lugar... estou em crer que, acima de tudo, o carácter tutelar das divindades é predominante. Daí a fácil junção de vocábulos associados pelos Romanos e prontamente transmitidos aos indígenas a esta ideia de protecção: *Lares, Genii, Tutelae*...

É ainda Robert Étienne (Étienne 1973, 156) quem o afirma: «Les Lares sont dans la péninsule Ibérique des divinités protectrices des lieux, villes, fleuves, pays». A este tipo de divindades tenho sempre associado *Banda*, que assim venho designando independentemente da terminação do seu dativo: *Bandeī Brialeacui, Bandi Vorteaecio, Bandu Vordeaeco*...

Ora sucede que esta divindade tutelar assume, em termos gramaticais (digamos assim) e em registo iconográfico, uma «roupagem» cujos atributos –masculinos ou femininos– ficam longe de estar claramente definidos.

Este, o terceiro aspecto sobre que gostaria de reflectir, na sequência do que recentemente escrevi após as –quiçá controversas– páginas de *El Sexo Divino*, de Sabino Perea (Perea 1999): a questão do «sexo» dos

deuses (sobre este tema também se pronunciou Marco 2002).

Se não parece arrojado atribuir carácter dominantemente masculino à divindade que, numa pátera que lhe é oferecida, se designa pela abreviatura *SAVR* (Encarnação 1975, 270-274), dada a sua semelhança com um militar homem, como interpretar uma dedicatória com a que *Montanus Tangini filius* manda fazer *Arentiae et Arentio* (fig. 2), divindade que, para além de aparecer isolada, assume, sozinha ou em parceria, carácter protector (Encarnação 2006, 140-142)?

Escreveu-se: «Estamos perante um par divino!». Creio bem que não: trata-se da mesma divindade nas suas vestes masculina e feminina –*sive deus sive dea*... Há, pois, em meu entender, que modificar algumas das frases exaradas a este propósito, nos livros sobre religião indígena e... romana (porque não?).



Fig. 2. AE, 1941, 120.

O culto a *I. O. M.*

Retomemos a ideia de sincretismo, servindo-nos agora do testemunho de Alain Tranoy (Tranoy 1981, 119), que não hesita em afirmar que o culto às divin-

dades clássicas constitui «une étape de l'assimilation et du syncrétisme entre les religions locales et la religion romaine; des divinités comme Jupiter, les Lares viales ou les Nymphae sont autant de point d'appui sur lesquels Rome se fonde pour tenter d'unifier la vie religieuse de la Galice». E o autor assinala como o culto a Júpiter detém significativa extensão no conventus Bracaraugustanus, exactamente aquele em que «les cultes indigènes sont les mieux représentés.»

Aliás, já em publicação datada de dois anos antes, preparada em colaboração com Patrick Le Roux, essa ideia de assimilação estava claramente expressa: «Jupiter ne se manifeste donc comme un rival, car son culte se développe en même temps que les cultes locaux. Il est probable que les dédicaces à Jupiter masquent en réalité une divinité indigène assimilée à ce grand dieu classique» (Le Roux/Tranoy 1979, 59).

Adorado numa área rural específica, como é o caso do termo de *Ammaia*, onde, por exemplo, *Fusca Vituli*

liberta lhe dedica um altar (*IRCP*, 608, fig. 3); colocado como divindade principal, no momento em que a *ciuitas* indígena erige o altar fundacional –temos o caso da *civitas Cobelcorum* (Frade/Caetano 2002)– o certo é que também se verificam aqui dois ritmos de aculturação: enquanto a onomástica de tipo indígena se mantém –*Dobiteina Doquiri f.*– a divindade maior deixa de ser *IOM* para ser *Ioui Supremo Summo* (fig. 4), uma designação copiada, sem dúvida, da tradição literária, erudita (Encarnação/Geraldes 1982).

Aliás, este altar da região da Covilhã saiu seguramente da mesma oficina do de *Bandeí Brialeaicui* (Encarnação 1975, 125-126) atrás citado, com eles não podendo deixar de relacionar os *puluini* provenientes da mesma zona da Lusitânia a que recentemente Pedro Carvalho e eu próprio tivemos ocasião de nos referir (Encarnação/Carvalho 2006). Uma tipologia surpreendentemente romana em pleno coração da Lusitânia!



Fig. 3. *IRCP*, 608.



Fig. 4. *AE*, 1982, 473.

Os rituais

O último aspecto que se me afigura interessante referir é o dos rituais.

Na Lusitânia haveria santuários, alguns vindos já da Idade do Ferro, como o de Garvão, dedicado a uma divindade protectora da visão, como no-lo fazem crer as oferendas nele depositadas: para além dos recipientes usados, quiçá, nas libações ou simbolizando as libações, as placas de prata e de ouro, com representação de olhos (Correia 1996). Do que se passou na época romana não sabemos. Só mais tarde, em pleno Cristianismo, Santa Luzia veio santificar o sítio, sagrado desde longa data.

Existiu perto um outro santuário, mas esse muito provavelmente não radica em tradição pré-romana: Santa Bárbara de Padrões (Castro Verde). É um depósito imenso de lucernas, inúmeras são as divindades nelas representadas, com especial destaque para Mitra (48 testemunhos!). Daí que os arqueólogos (Maia 1997) o hajam datado predominantemente do século III da nossa era, segunda metade do século II.

De ter havido um santuário a Endovéllico em S. Miguel da Mota (Terena, Alandroal), hoje ninguém duvida, ainda que de concreto, no âmbito arquitectónico, nada subsista. Contudo, recentes escavações na capela de S. Miguel deram a conhecer mais vestígios insuspeitados (Guerra *et al.* 2003; Schattner *et al.* 2009). E à mesma divindade (creio eu), com o nome de *Vellicus*, terá sido consagrado um outro, em Postoloboso, como se sabe (Encarnação 1988, 272-273).

Por essas bandas –mais propriamente onde hoje está a igreja visigótica de Santa Lucía del Tampal (Alcuéscar, Cáceres)– se situava o santuário da Deusa Santa Atégina Turobrigense (*HEp*5, 175-189).

É conhecido igualmente o achado, em 2003, de 60 altares no Castro de Facho (Donón, paróquia de Híó, Cangas de Morrazo, Pontevedra), dedicados à divindade *Berobronis* ou *Breobus*, acompanhado, às vezes, dos epítetos *Deus Lar* (*AE*, 1994, 942-953).

Contudo, o santuário mais famoso será, sem dúvida, o de Panóias, conhecido desde há muito e onde se pensa que houve continuidade de culto desde tempos pré-romanos até aos primórdios do século III, em que um senador decidiu reabilitar o sítio (discute-se o significado indígena, ou não, dos *numina Lapitearum* aí referidos. Géza Alföldy [Alföldy 2002] apresentou uma breve síntese de como, em seu entender, deve ser interpretado o monumento. Refira-se, também, o contributo de Alain Tranoy [Tranoy 2004]).

Haveria, pois, sacerdotes, de que há memória aqui e além. Independentemente de sabermos se esta *dea* cujo altar apareceu em Talaíde, no *ager Olisiponensis* (*FE*, 1983, n.º 24), é, ou não, uma divindade indígena (eu creio que sim, pois são predominantemente indígenas as divindades veneradas na região –*Aracus Arantoni-*

ceus, Triborunnis...), o que verificamos é que os dois dedicantes, *Augus et Hermes*, se intitulam como seus *magistri* (sobre estas divindades: Encarnação 2001b, 19-29).

Foi defendida em 2005, na Faculdade de Letras da Universidade de Lisboa, sob a direcção de Amílcar Guerra, uma dissertação de mestrado (ainda inédita), da autoria de Maria João Delgado Correia dos Santos, intitulada *O Sacrifício Animal no Ocidente da Hispânia Romana. Para uma Nova Análise dos Ritos de Tradição Indo-Europeia no Contexto da Religiosidade Indígena*. A sua autora demora-se sobretudo na análise da ara de Marecos (Penafiel), bem conhecida de Patrick Le Roux, que, em 1994 (*HEp*6, 1069), da sua epígrafe sugeriu nova interpretação, e dos exemplos de *suovetaurilia* atestados em Cabeço das Fráguas e Lamas de Moledo (Untermann 2002; Curado 2002). Um tema que nos levaria longe, até porque se encontra eivado de dificuldades de interpretação na leitura das epígrafes.

Não queria, porém, terminar sem aduzir a importância que detém a cuidadosa análise da decoração das epígrafes dedicadas a divindades indígenas.

Dou o exemplo de Endovéllico:

– Um dos altares (*IRCP*, 495), dedicado por *M. Fannius Augurinus*, tem como decoração, além da pátera e de uma grinalda (a apontar horizontes funerários...), nada menos do que um javali posto como que em pedestal! Não creio ser o símbolo da divindade; porque não o animal que lhe é dedicado e que, em tempo oportuno, lhe é sacrificado?

– O altar *IRCP*, 556 mostra, à esquerda, uma ave (cabeça com uma vista frontal, bico para a esquerda, pescoço comprido, uma asa aberta) palmípede; à direita, um punhal de antenas (o cutelo do sacrifício, fig. 5); atrás, o bico de uma ave de rapina. Que significado poderão ter estas representações?

Acaba de se descobrir, na região da Beira Alta, uma epígrafe –inédita– que apresenta nas faces laterais estes elementos. Não aponta tudo para uma referência ao sacrifício? A vítima, o estoque e a pátera para receber o sangue?...

Em conclusão

Nunca chegaremos a conhecer em plenitude o que está por detrás do mundo que as epígrafes nos revelam. Pontas são dum icebergue impossível de explorar por completo. Creio que cada vez mais teremos menos divindades, porque –com outras grafias, talvez– mais testemunhos vão surgindo, mas o panteão vai-se compondo. Não temos uma infinidade de *Banda*, ainda que assumam características locais –como temos Nossa Senhora de Lurdes, Nossa Senhora de Fátima, Nossa Senhora do Pilar e é só a mesma senhora, em vestes... «regionais» (diríamos hoje!).



Fig. 5. *IRCP*, 556.

Uma dúvida, porém, não subsiste: é a de que, no mundo globalizante em que vivemos, o particular, o típico, o regional assume dimensões maiores. Não nos admira, portanto, que o tema das divindades indígenas (ou, se se preferir, da «religiosidade vernácula») seja cada vez mais promissor.

Bibliografia

- ALFÖLDY, G. 2002: «Panóias: o santuário rupestre», em: RIBEIRO, J. C. (coord.): *Religiões da Lusitânia – Loquuntur Saxa*, Lisboa, 211-214.
- BLÁZQUEZ, J. M^a. 1991: *Religiones en la España Antigua*, Madrid [com abundante bibliografia, substituiu os seus anteriores trabalhos sobre este tema].
- 1962: *Religiones Primitivas de Hispania, vol. I – Fuentes Literarias y Epigraficas*, Roma.
- CORREIA, V. 1996: «O sítio arqueológico de Garvão e o seu depósito ritual», em: ALARCÃO, J.; SANTOS, A. (coord.): *De Ulisses a Viriato – O Primeiro Milénio a. C.*, Lisboa, 101-106.
- CURADO, F. 2002: «A “ideologia tripartida dos indo-europeus” e as religiões de tradição paleohispânica no Ocidente peninsular», em: RIBEIRO, J. C. (coord.): *Religiões da Lusitânia – Loquuntur Saxa*, Lisboa, 71-77.
- ENCARNAÇÃO, J. D' 2006: *Epigrafia – As Pedras que Falam*, Coimbra.
- 2002: «Das religiões e das divindades indígenas na Lusitânia», em: RIBEIRO, J. C. (coord.): *Religiões da Lusitânia – Loquuntur Saxa*, Lisboa, 11-16.
- 2001a: «Teonímia da Lusitânia romana», em: VILLAR, F.; FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M^a. P. (eds.): *Religión, Lengua y Cultura Prerromanas de Hispania*, Salamanca, 363-372.
- 2001b: *Roteiro Epigráfico Romano de Cascais*, Cascais.
- 1988: «Divindades indígenas peninsulares: problemas metodológicos do seu estudo», em: *Estudios sobre La Tabula Siarensis*, Madrid, 261-276.
- 1984: *Inscrições Romanas do Conventus Pacensis. Subsídios para o Estudo da Romanização*, Coimbra [= *IRCP*].
- 1975: *Divindades Indígenas sob o Domínio Romano em Portugal*, Lisboa.
- 1971: «O conceito de divindade indígena sob o domínio romano na Península Ibérica», em: *Actas do II Congresso Nacional de Arqueologia*, 2, Coimbra, 347-351.
- ENCARNAÇÃO, J.; CARVALHO, P. C. 2006: «O monumento romano da Quinta da Caneca (Salgueiro, Fundão)», *Eburobriga*, 4, 91-98.
- ENCARNAÇÃO, J.; GERALDES, F. 1982: «Júpiter Supremo Sumo – uma inscrição inédita de Orjais (Covilhã)», *Conimbriga*, 21, 35-142.
- ÉTIENNE, R. 1973: «Les syncrétismes religieux dans la péninsule ibérique à l'époque impériale», em: *Les Syncrétismes dans les Religions Grecque et Romaine*, Paris, 153-163.
- FRADE, H.; CAETANO, J. C. 2002: «Os cultos na *civitas Cobelcorum*», em: RIBEIRO, J. C. (coord.): *Religiões da Lusitânia – Loquuntur Saxa*, Lisboa, 227-230.
- GUERRA, A.; SCHATTNER, T.; FABIÃO, C. 2002: «As recentes descobertas em S. Miguel da Mota (Alandroal) nas imediações do santuário de Endovéllico», *Conimbriga*, 41, 295-297.
- GUERRA, A.; SCHATTNER, T.; FABIÃO, C.; ALMEIDA, R. 2003: «Novas investigações no santuário de Endovéllico (S. Miguel da Mota, Alandroal): a campanha de 2002», *Revista Portuguesa de Arqueologia*, 6, n.º 2, 415-479.
- LE ROUX, P. 1994: «Cultes indigènes et religion romaine en Hispanie sous l'Empire», em: LE BOHEC, Y. (coord.): *L'Afrique, la Gaule, la Religion à l'Époque Romaine (Mélanges à la mémoire de Marcel Le Glay)*, Bruxelas, 560-567.
- LE ROUX, P.; TRANOY, A. 1979: «Nouveau témoignage du culte de Jupiter dans le *conventus Bracarum*», *Minia*, 2^a série, 3, 57-60.
- MAIA, M. G. P.; MAIA, M. 1997: *Lucernas de Santa Bárbara*, Castro Verde.
- MARCO, F. 2002: «*Diis Deabusque*. A indefinição primordial do divino», em: RIBEIRO, J. C. (coord.):

- Religiões da Lusitânia – Loquuntur Saxa*, Lisboa, 17-19.
- OLIVARES, J. C. 2002: *Los Dioses de la Hispania Céltica*, Madrid.
- PEREA, S. 1999: *El Sexo Divino (Dioses hermafroditas, bisexuales y travestidos en la Antigüedad clásica)*, Madrid.
- PRÓSPER, B. 2002: *Lenguas y religiones prerromanas del Occidente de la península ibérica*, Salamanca.
- RIBEIRO, J. C. (coord.) 2002: *Religiões da Lusitânia – Loquuntur Saxa*, Lisboa.
- SCHATTNER, T., GUERRA, A., FABIÃO, C. 2009: “Die Ideal Köpfe des Endovellicus, eine Zwischenbilanz”, em: *X Colloque l’Art Provincial Romain (Arles-Aix-en-Pce 2007)*, Aix-en-Pce - Arles, 483-494.
- TRANOY, A. 2004: «Panóias ou les rochers des dieux», *Conimbriga*, 43, 85-97.
- 1981: «Romanisation et monde indigène dans la Galice antique: problèmes et perspectives», em: *Primera Reunión Gallega de Estudios Clásicos* (Santiago-Pontevedra, 2-4 julio 1979), Santiago de Compostela, 105-121.
- UNTERMANN, J. 2002: «A epigrafia em língua lusitana e a sua vertente religiosa», em: RIBEIRO, J. C. (coord.): *Religiões da Lusitânia – Loquuntur Saxa*, Lisboa, 67-70.
- VIVES, J. 1971: *Inscripciones latinas de la España romana*, Barcelona.

HISPANIA EN EL SIGLO III*

Christian Witschel
Universität Heidelberg

Resumen

Este artículo trata algunos aspectos relevantes de la historia de la península Ibérica durante el siglo III d.C., desde los Severos hasta Constantino I. Específicamente, son abordadas las transformaciones en el llamado *epigraphic habit*, las invasiones y disturbios internos en territorio hispano, la evolución de la administración provincial, así como la situación de las ciudades hispanas en el siglo III. Finalmente, nos interrogamos sobre la conveniencia o no de explicar las indiscutibles transformaciones evidenciadas durante el siglo III d.C. en la Península a través del modelo de una profunda «crisis» que habría afectado todos los ámbitos de la vida.

Palabras clave

Hispania, siglo III d.C., crisis, Epigrafía, administración, ciudades.

Zusammenfassung

Dieser Aufsatz behandelt einige wichtige Aspekte der Geschichte der iberischen Halbinsel während des 3. Jhs. n. Chr., das hier als eine Epoche aufgefaßt wird, die von den Severern bis Constantinus I. reichte. Eingegangen wird auf die Veränderungen im *epigraphic habit*, auf die Invasionen und inneren Unruhen in Hispanien, auf die Entwicklung der Provinzialverwaltung sowie auf die Situation des hispanischen Städtewesens im 3. Jh. Zum Schluß soll gefragt werden, inwieweit die unbestreitbaren Transformationen, die sich auf der iberischen Halbinsel im Laufe des 3. Jhs. beobachten lassen, mit dem Modell einer tiefgreifenden ‚Krise‘ aller Lebensbereiche adäquat erfaßt werden können.

Schlagwörter

Hispanien, 3. Jh. n. Chr., Krise, Epigraphik, Verwaltung, Städte.

* Agradezco a Javier Andreu Pintado el invitarme a participar en este volumen con una contribución. Mi reconocimiento, asimismo, para Sebastian Schmidt-Hofner por su exhaustiva lectura del manuscrito, así como para Judit Végh, por su ayuda en la recopilación del material epigráfico. Muchas gracias doy también a Marta García Morcillo y Alexander Puk por la traducción y corrección de mi manuscrito alemán.

El siglo III d.C. representó una de las fases más importantes del Imperio romano. En esta época, durante la que el Imperio, sin duda, sufrió considerables dificultades militares y políticas, se detectan numerosos procesos de transformación que, finalmente, a finales del siglo III, conducirían hacia el inicio de una nueva época, la Antigüedad Tardía. Para explicar los principales fenómenos de este periodo, la Historiografía ha recurrido tradicionalmente a un modelo de «crisis» (Gerhardt 2006; Liebeschuetz 2007), desarrollado progresivamente hasta convertirse en una devastadora «crisis mundial» (Alföldi 1969) o en una «crisis del sistema» global, que habría afectado a todos los ámbitos de la vida (Alföldy 1989). En los últimos años, se ha cuestionado cada vez más este modelo (Strobel 1993, 2001; así como Witschel 1999, 2004). En este sentido, se ha insistido especialmente en la dificultad de ajustar la imagen de una «crisis» uniforme, aplicada a los diferentes ritmos de las transformaciones detectadas durante el siglo III, y a las divergentes evoluciones y experiencias regionales en un territorio de enormes dimensiones como fue el Imperio romano. El concepto «crisis» solía, además, llevar implícito una perspectiva negativa, que no parece uniformemente aplicable a todos los ámbitos. Estas ideas han creado un intenso debate aún latente, reflejado en varias obras colectivas de reciente publicación (Swain/Edwards 2004; John/ Gerhardt/Hartmann 2006; Hekster/De Kleijn/Slootjes 2007; que pude confrontarse con Hekster 2008, 82-86). Junto a ellas, han emergido una serie de visiones globales sobre el siglo III, que ubican la historia de acontecimientos de este periodo en terreno seguro (Christol 1997a; Carrié/Roussel 1999; Potter 2004; Bowman/Garnsey/Cameron 2005; y, recientemente, John 2008). Finalmente, cabe considerar las fuentes sobre este periodo disponibles, incluidas en diversas obras de gran utilidad (como, por ejemplo: Lorient/Nony 1997; Badel/Béregner 1998).

En el marco del debate sobre la situación del Imperio romano en el siglo III, los estudios regionales han ido ganando cada vez más espacio, al considerar sobre todo las grandes diferencias detectadas en la evolución de áreas particulares. No es por ello sorprendente que el debate sobre la «crisis del siglo III», en los últimos años, se haya extendido también a la Hispania romana (ver el enfoque global de la investigación propuesto por: Cepas 1997, 13-27). Hasta los años ochenta del siglo XX, era dominante en relación a la península Ibérica un paradigma científico que puede resumirse de forma siguiente: tras la época de esplendor del siglo I y de principios del siglo II, Hispania habría experimentado una forma de «pre-crisis» a partir de la dinastía Antonina. Posteriormente, impulsos negativos desde el exterior, como las medidas penalizadoras de Septimio Severo y, particularmente, la supuesta asoladora invasión franca en torno al 260, habrían causado da-

ños irreversibles, de los que la vida en las provincias hispánicas nunca se habría recuperado. La gran crisis del siglo III, habría provocado una decadencia constante durante los siglos siguientes, afectando especialmente a las ciudades hispanas: éstas habrían perdido progresivamente su pasada influencia, al retirarse las elites a sus lujosas y cada vez más autónomas propiedades rurales, mientras que el resto de la población —cada vez más marginada por la expansión del latifundio— se preocupaba por sobrevivir. Asimismo, la economía de exportación hispana se habría colapsado a consecuencia de estos procesos, de forma que la península Ibérica, desde finales del siglo III habría presentado la imagen de una región empobrecida, cuya característica principal habría sido la «ruralización» de la mayoría de sectores de la vida.

Desde entonces, esta visión unilateral ha sido sustancialmente modificada o, incluso, totalmente reconsiderada en una serie de recientes trabajos. En consecuencia, la tesis del inicio de la «decadencia» de Hispania hacia mitad del siglo II, iniciada con una «pre-crisis» en época antonino-severa, ya no es sostenible, si bien es cierto que hacia finales del siglo II, son atestiguados relevantes procesos de transformación (Alföldy 1998a). Más específicamente, el modelo de una asoladora «crisis estructural» que habría afectado por igual a todos los ámbitos de la vida de las provincias hispanas hacia mediados del siglo III, ha sido reexaminada varias veces (ver la cuestión resumida en: Cepas 1997; Pérez 1999; Kulikowski 2004, 66-71). A pesar de que aún hoy no exista un consenso definitivo al respecto (ver, por ejemplo, la discusión en: Arce 1998; Bravo 1998; Panzram 2002, 121-127), es posible constatar que una perspectiva unilateralmente negativa o incluso determinista en relación a la evolución de la península Ibérica en el siglo III, apenas puede sostenerse en nuestros días. A ello hay que añadir una revalorización de la situación de Hispania en la Antigüedad Tardía (del siglo IV al VI): frente a los modelos predominantes del pasado, que pregonaban una decadencia irreversible de la vida romana en la península Ibérica, se señala y acentúa hoy, de forma cada vez más enérgica, la continuidad de importantes estructuras, que habrían mantenido a Hispania, a pesar de las innegables transformaciones evidenciadas entre el siglo II y el IV, como una región próspera y unida a la estructura del Imperio romano también en la Antigüedad Tardía (Arce 1993a; Teja/Pérez 1997; Teja 2002; Kulikowski 2004).

El presente trabajo tiene como objeto, considerando los nuevos enfoques de la investigación, ofrecer una visión global de la evolución de Hispania durante el siglo III. Con el fin de incluir en ella transformaciones estructurales de largo alcance, se ha optado por escoger un marco cronológico más amplio, que abarca desde la época severa hasta la Tetrarquía y, en ocasio-

nes, también el reinado de Constantino I —un «extenso siglo III», por lo tanto (Rodà 1997; Alföldy 1998a)—. No todos los fenómenos relacionados con el tema pueden ser aquí tratados por igual. Mi interés se centra, sobre todo, en una categoría de fuentes que, a pesar de los problemas asociados a ella (ver, al respecto, la sección: «La evolución del *epigraphic habit*...», de esta contribución), resulta válida para iluminar, al menos de forma más precisa, ciertos aspectos de los complejos procesos de transformación documentados durante el siglo III: las inscripciones. Antes de abordar este argumento, es preciso una aclaración: las fuentes literarias, que hasta hoy han influido la visión global proyectada por la historiografía moderna sobre el siglo III, no solo son mayormente fuentes poco fiables (como es el caso de nuestra mayor fuente, la *Historia Augusta*), sino que además han sido generalmente interpretadas de forma muy discutible. Esto es válido, sobre todo, para el caso de los pasajes encendidamente retóricos de los Padres de la Iglesia y de los panegiristas, en los que se quiso reconocer una específica «conciencia de crisis» entre los contemporáneos (Alföldy 1975), algo que difícilmente puede asumirse (Strobel 1993). Al caso de Hispania, se añade la dificultad de la limitada cantidad de fuentes literarias referidas directamente a esta región en el siglo III (en particular, para mediados y finales de siglo), que además se ocupan de hechos puntuales —es precisamente de estos testimonios limitados de donde la investigación tradicional ha pretendido extraer demasiado—. Como creciente contrapunto a este panorama, nos encontramos con las evidencias arqueológicas, aunque también aquí son reconocibles ciertos problemas: hasta no hace mucho tiempo, la última fase de la Hispania romana ha sido tratada con cierta negligencia, y los testimonios arqueológicos existentes han sido interpretados, en su mayoría, bajo la premisa de una supuesta «decadencia» visible globalmente (ver, por ejemplo, la mayoría de las contribuciones recogidas en: Nünnerich-Asmus 1993). Este panorama ha cambiado en los últimos tiempos y la investigación arqueológica de la Antigüedad Tardía hispana ha hecho progresos evidentes. Solo en un pequeño porcentaje, es cierto, pero el cual, sin embargo, ha sido aplicado a iluminar los procesos de transformación durante el siglo III —que, por lo general, sigue siendo representado arqueológicamente hoy en día como una especie de gran laguna (Cepas 1997, 224-225, sobre las ciudades; confróntese, en este sentido, con Arce 1998, 361), donde son testimoniadas escasas actividades y sobre las que además resulta difícil profundizar, especialmente si se pretende evitar acudir automáticamente al modelo simple de una «crisis» global—. Actualmente, por esta razón, las inscripciones representan la mejor forma de aproximación a la historia de Hispania en el siglo III. En consecuencia, el presente trabajo aborda ciertos fenómenos particularmente iluminados por las

inscripciones: las transformaciones en el *epigraphic habit* (apartado 1), la historia militar y de los principales acontecimientos (apartado 2), la administración de las provincias hispanas en el siglo III (apartado 3), así como el destino de las ciudades (apartado 4). Otros aspectos relevantes como la evolución de los asentamientos rurales o la historia económica son solo tratados de forma marginal (ver síntesis de la cuestión en: Witschel 1999, 175-178, 264-271; sobre la evolución de la agricultura hispana y del comercio de productos hispanos puede verse: Sillières 1993a; Étienne/Makaroun/Mayet 1994; Carreté/Keay/Millett 1995; Berni 1998; Remesal 1998; Gorges/Rodríguez 1999; Étienne/Mayet 2000, 2002).

1. La evolución del *epigraphic habit* en Hispania durante el siglo III

Precisamente por el hecho de que este trabajo se asienta, principalmente, en la interpretación de las fuentes epigráficas, debemos ante todo considerar las innegables transformaciones de la cultura epigráfica de las provincias hispanas durante el siglo III. La costumbre de erigir inscripciones y comunicar o conmemorar a través de ellas importantes mensajes sociales, no se extendió de la misma forma y medida en todas las épocas de la Antigüedad. El *epigraphic habit* estuvo más bien sometido a considerables fluctuaciones. Al lanzar una mirada sobre el conjunto del Imperio romano, se comprueba que el número de inscripciones disminuyó fuertemente a partir de mediados del siglo III (Mrozek 1973, 1998; Witschel 1999, 60-84, y 2006a). En ello hay que tener en cuenta, sin embargo, diferencias regionales: en áreas particulares, como África o Siria, se observa, hacia finales del siglo III, una recuperación en el número de inscripciones documentadas (Lepelley 1979, 72-120; Tate 1996). Diferente es la situación que presenta Hispania, donde, al menos en la zona este y sur de la Península y desde finales de la República, había existido una rica y diversa cultura epigráfica (Alföldy 1995a, 1998b), y donde se vislumbra, ya desde principios del siglo III, un claro e irreversible cambio en el *epigraphic habit* (Arce 1988; Borg/Witschel 2001, 56-60; Kulikowski 2004, 28-38). Éste implicaba sobre todo a las llamadas *civic inscriptions*, es decir, a aquellas inscripciones honoríficas y monumentales erigidas en los espacios públicos de las ciudades, dedicadas, principalmente, a la conmemoración de méritos públicos, así como a la autorrepresentación de las elites locales.

Dentro de ellas, no todos los tipos de inscripciones fueron afectados de la misma forma. Muy extendido es el retroceso del número de inscripciones que mencionaban a miembros de las elites locales. Así, inscripciones posteriores al 180 referentes al *cursus honorum* de funcionarios municipales son solo atestiguadas oca-

sionalmente y, a partir de época severa, el hallazgo de equivalentes inscripciones honoríficas, generalmente sobre bases de estatuas, resulta cada vez más esporádico (Alföldy 1979; Curchin 1990, 116; Kruse 1995, 471). A partir del año 230, este tipo de inscripciones prácticamente deja de producirse. A lo largo del siglo III, también se reduce progresivamente el número de inscripciones honoríficas dedicadas a miembros de la aristocracia imperial y de la administración provincial. Del periodo entre mediados del siglo III y principios del IV, son conocidas muy pocas inscripciones de este tipo, casi todas atestiguadas en las capitales provinciales (por ejemplo: *RIT*, 129, 132, 136, 146, 151, 155, en *Tarraco*; *CIL*, II²/7, 270 y 271; así como *AE*, 2003, 931 = *HEp*13, 276, en *Corduba*; *CIL*, II²/5, 1167, en *Astigi*; *HEp*10, 55b, en *Augusta Emerita*; para el siglo IV: Stylow 2000). Finalmente, desde finales de época severa, inscripciones monumentales son realizadas en las ciudades hispanas solo de forma esporádica, la mayoría por iniciativa del emperador o del gobernador de turno (*RIT*, 91, de *Tarraco*; *CIL*, II²/14, 789, de *Dertosa*; *HEp*4, 516, de *Complutum*; *CIL*, II²/7, 321, de *Corduba*; *CILA*, 2, 438 = *AE*, 2002, 712, de *Italica*; *IRCP*, 149 = *AE*, 1991, 944, de *Mirobriga*; *CIL*, II, 191 = *ILS*, 5699, de *Olisipo*; *CIIAE*, 62/63, de *Augusta Emerita*). Tras la rápida fase de expansión de las ciudades hispanas en el siglo I e inicios del siglo II, es evidente que en esta época no parecían existir más necesidades en ese sentido (ver apartado 4). En este punto, cabe señalar un claro contraste con África, donde sí aparecen documentadas inscripciones municipales, incluso a mediados del siglo III, con clara progresión en época tetrárquica (Waldherr 1989; Dupuis 1992; Witschel 2006b).

Por contra, en la Hispania del siglo III siguen realizándose un número aún relativamente numeroso de inscripciones dedicadas al emperador –por lo general, vinculadas a monumentos con estatuas (ver el catálogo de Cepas 1997, 119-133; que puede complementarse con los siguientes testimonios: *AE*, 1980, 555, procedente de las inmediaciones de *Mirobriga*, dedicado a *Maximinus Thrax*; *CIL*, II, 4688 = *HEp*8, 357, de *Malaca* para *Decius*[?]; *CIIAE*, 56 = *AE*, 2003, 873, de *Augusta Emerita* para *Herennius Etruscus*; Sáez *et al.* 2005, de *Astigi* para *Volusianus*, y otra inscripción dedicada a un emperador desconocido; *HEp*11, 251, de *Corduba* para *Salonina*; *CIIAE*, 57, de *Augusta Emerita* para *Gallienus*; *HEp*10, 374, de *Malaca* para *Carinus*; así como un grupo de inscripciones dedicadas a emperadores indeterminados de finales del siglo III o principios del IV: *AE*, 2003, 980, procedente de *Segobriga*; *CIL*, II²/5, 779, de *Singili Barba*; *CILA*, 2, 373, de *Italica*; y *CIIAE*, 59 = *AE*, 2003, 874, de *Augusta Emerita*). Estas evidencias permiten observar que, desde un punto de vista puramente cuantitativo, los monumentos erigidos al emperador en el siglo III,

comparados con épocas anteriores, incluso parecen aumentar (por lo menos en la *Hispania Citerior*); siendo esto aplicable no solo a principios del siglo III, sino también para la fase entre 249 y 284, por lo demás, escasamente documentada a nivel de fuentes (ver la visión global ofrecida por: Cepas 1997, 109-118). En las ciudades hispanas, son incluso documentadas estatuas erigidas a emperadores de breve reinado, como el caso de Florianio en *Italica* (*CILA*, 2, 370), cuyo gobierno en el año 276 duró menos de tres meses (Sauer 1998). Se observan, además, formas no convencionales de dedicatorias imperiales, como la designación de Aureliano como *deus* tanto en *Saguntum* (*CIL*, II²/14, 317), como en *Valentia* (*CIL*, II²/14, 19). Igualmente significativo es el hecho de que tales inscripciones imperiales fueran realizadas no solo en las metrópolis hispanas, sino también en numerosas pequeñas ciudades, que representaban la cara de Hispania desde principios del Principado (ver, en este mismo texto el apartado: «Las ciudades de Hispania en el siglo III»).

Aproximadamente desde mediados del siglo III, las bases utilizadas como soportes para inscripciones imperiales son, a menudo, no nuevas, sino reutilizadas, lo que puede fácilmente falsear la estadística, ya que inscripciones imperiales más antiguas suelen ser de esta forma suprimidas (Mayer 1992; Alföldy 2000, 53-54). Ésta es, de hecho, una práctica que puede observarse a lo largo de todo el Imperio, y no necesariamente debe valorarse como un indicio de desfallecimiento de la economía o de decadencia cultural. Durante el siglo III, se detecta una clara evolución entre los benefactores que realizaban inscripciones imperiales (Saquete/Márquez 1997, 49-50; Stylow 2001, 144-148). Ya desde finales del siglo I, resultaba poco común –y tan solo en determinadas regiones– que individuos privados erigieran estatuas del emperador. A principios del siglo III, los responsables casi exclusivos de la realización de monumentos en honor a la casa imperial eran comunidades cívicas o sus instituciones, principalmente el *ordo decurionum*. Las más modernas estatuas imperiales erigidas por autoridades públicas ciudadanas son de época de la primera y segunda Tetrarquía (*IRC*, IV, 27, para Maximiano[?] del *ordo Barc(inonensium)*; *IRC*, I, 18 = *HEp*12, 72, así como para Maximiano del *ordo Segarrensensis*; *CILA*, 1, 13, para Constancio I. *Caesar* de la *res p(ublica) Hispal(ensis)*, o *CIL*, II, 5293, para Constancio I. *Augustus* de la *[ciu]itas Aeminiens(ium)*). Junto a ellas, encontramos documentada, por lo menos en la Bética, a la *prouincia* entera como benefactora de estatuas imperiales (por ejemplo: *CIL*, II²/7, 255, de *Corduba*, para Filipo el Árabe, erigida por la *prou(incia) Baet(ica)*; véase Stylow 1989, 399-405; y además *CIL*, II²/7, 258/59, para *Salonina* y para un emperador desconocido de finales del siglo III, igualmente de *Corduba*; así como dos nuevas inscripciones de *Astigi*, erigidas por la *prouincia (Baetica) immunis* en 252/53; Sáez

et al. 2005). Muy esporádicamente son atestiguadas unidades militares, posteriores a la época severa, documentadas como donantes de una estatua imperial (este es el caso de: *AE*, 1976, 288, de *Petaunium*, para Treboniano Galo[?]). A partir de mediados del siglo III, la construcción de monumentos en honor al emperador llega a limitarse más y más a la iniciativa de representantes de la administración provincial, principalmente del gobernador (tempranos ejemplos son: *CIIAE*, 57, para Gallieno; o *RIT*, 87, para Ulpia Severina, la mujer de Aureliano). Desde principios del siglo IV solo tales funcionarios son documentados como benefactores de estatuas imperiales y, desde el último periodo constantiniano, se detecta una clara disminución del número de inscripciones imperiales y una limitación de los lugares en los que se erigían estos monumentos a los grandes centros administrativos hispanos (Arce 1977-1978; Hidalgo/Méndez 2005, 552-554).

Durante el siglo III, también se erigieron en Hispania un gran número de miliarios, distribuidos por las tres provincias (para la *Hispania Citerior* ver: *MPT*, 95-167; *MINOH*, 779-792, 807-814; para la Bética: Sillières 1990, 63-170; ver, además: Cepas 1997, 61-107; Solana/Hernández 2002). Desde el Alto Imperio, sin embargo, el carácter de estas inscripciones había cambiado considerablemente (Witschel 2002): a partir de ahora, solo ocasionalmente, el nombre del emperador es mencionado en nominativo y asociado a un verbo referido a la construcción de una vía. Así, por ejemplo, en época de Maximino el Tracio, fueron erigidos un amplio número de miliarios en diferentes vías de la *Hispania Citerior*, cuyas inscripciones informan de que el emperador y su hijo *uias et pontes tempore uetustatis conlapsos restituerunt* (*MPT*, 105-115; *MINOH*, 782-784). A pesar de la aparente claridad del mensaje, nos queda sin embargo la duda de si el repetido texto de los numerosos miliarios, con sus expresiones estereotípicas, habría conmemorado efectivamente medidas de restauración en cada tramo de la vía referido. Mucho más habituales llegaron a ser los miliarios en los que el nombre del emperador aparece en dativo, y en los que se omite el verbo. Así, los miliarios parecen concebirse, cada vez más, como una especie de monumentos honoríficos que, a lo largo de las vías de larga distancia, celebraban a la figura del emperador reinante, sin que ello estuviera asociado a grandes medidas infraestructurales —los numerosos miliarios del siglo III representan, más que testimonios de la ayuda imperial a la red viaria (aunque ésta fuera sin duda mantenida a lo largo del siglo III), una nueva evidencia del esfuerzo por expresar lo más extensamente posible la lealtad de los súbditos hacia el emperador—. Junto a las mencionadas inscripciones honoríficas imperiales, los miliarios muestran que los numerosos cambios de emperador durante el siglo III eran registrados en Hispania de forma detallada, de modo que, siempre

que era posible, cada príncipe que llegaba al poder era inmediatamente conmemorado con un monumento. De este modo, se comprende el hecho de que la mayoría de emperadores del siglo III, incluso de breve reinado, estén representados epigráficamente. Así, por ejemplo, Tácito (testimoniado en toda una serie de miliarios sobre todo en *Lusitania*, ver: *IRCP*, 665-666a; y también *MINOH* 370, 548) y Floriano (ver más arriba), quienes, entre finales de 275 y octubre de 276, respectivamente, se mantuvieron en el poder durante pocos meses. Existen pocos emperadores del siglo III que no hayan sido registrados epigráficamente en Hispania. Este es, por ejemplo, el caso de Emiliano. Con ello se muestra que la península Ibérica, durante esta época políticamente turbulenta, no se mantuvo aislada en absoluto, sino que permaneció firmemente integrada en la estructura del Imperio. Desconocemos, sin embargo, quién tomaba la iniciativa en la realización de miliarios, ya que los responsables no suelen ser mencionados en la mayoría de formularios hispanos. El impulso para la construcción de tales monumentos —sobre todo cuando se trataba de series enteras— provenía, con frecuencia, supuestamente de la administración provincial o del mismo gobernador. Éste es el caso de los mencionados miliarios hispanos de Maximino el Tracio, que a menudo contenían referencias adicionales poco habituales en Hispania, como *curante Q(uinto) Decio Valeri(a)no leg(ato) Augg(ustorum) pr(o) pr(aetore) c(larissimo) u(iro)* (ver el apartado 2 de esta contribución: «Invasiones, agitación interna...»). Las comunidades cívicas podían igualmente ser partícipes en la concepción y realización de miliarios, como ocurría por ejemplo en la Galia en el siglo III, donde las *ciuitates* solían aparecer a menudo como dedicantes.

Mucho más difíciles de juzgar que los mencionados grupos epigráficos, es la evolución cronológica de las numerosas inscripciones votivas y funerarias, que, sobre todo en el norte y oeste de la península Ibérica, reflejaban la imagen de las culturas epigráficas locales. Las dificultades residen, sobre todo, en las deficitarias posibilidades de datación exacta de las inscripciones. Según los convencionales criterios de datación, el número de inscripciones funerarias se habría reducido de forma significativa durante los finales del siglo III, siendo casi inexistente a principios del siglo IV, antes de que, con la formación de una nueva cultura epigráfica funeraria influida por el Cristianismo, éste experimentara, al menos en determinadas regiones hispanas, un considerable crecimiento a finales del siglo IV, en el V y, sobre todo, en el siglo VI (Handley 2003). La aparente impresión de que entre mediados del siglo III y mediados del IV, hubiera existido un gran vacío en la realización de inscripciones funerarias resulta cuestionable. Las inscripciones votivas paganas conservan, a mediados del siglo III, su significado (como, por ejemplo, los altares-*taurobolium* de los años 233, 234 y 238,

hallados en *Corduba*: *CIL*, II²/7, 233-235) y son documentadas aún a finales del siglo III y principios del IV (*CIIAE*, 58, en *Augusta Emerita*, e *IRPLE*⁴, en *Asturica Augusta*, dedicadas respectivamente a Júpiter por un gobernador). Respecto a la gran cantidad de inscripciones votivas de la zona oeste de la península Ibérica y su datación, surge el problema de que hasta el momento muy pocos santuarios en esta región han sido realmente investigados, de modo que la cronología de muchos altares de simple realización, generalmente no puede ser determinada. Recientes estudios arqueológicos, como, por ejemplo, los llevados a cabo en el Monte do Facho, en Galicia, han aportado, sin embargo, interesantes evidencias (Schattner/Suárez/Koch 2005): del santuario de *deus Lar Berobreus*, localizado en este lugar, son conocidos hasta la fecha unos cien altares votivos, la mayoría de los cuales presentan una breve inscripción. Gracias a los hallazgos arqueológicos, el uso de este santuario puede datarse con seguridad en los siglos III y IV, por lo que al menos una parte de las inscripciones votivas son igualmente datables en este periodo.

Como resumen, puede concluirse que, durante el siglo III, se produjeron cambios evidentes en la cultura epigráfica de las provincias hispanas. Esto debe ser considerado en las siguientes observaciones, ya que el retroceso de determinados grupos de inscripciones tiene como consecuencia que instituciones específicas ya no sean tan bien documentadas como antes en las inscripciones conservadas –esto no significa, sin embargo, que éstas desaparecieran automáticamente de la vida real o perdieran su importancia–. Hay que ser igualmente cautelosos a la hora de interpretar unilateralmente la transformación del *epigraphic habit* como un indicio de una supuesta decadencia de la vida social y cultural en la península Ibérica a partir de principios del siglo III. La comunicación social o la necesidad de representación de las elites, podían reflejarse también a través de otras formas de expresión, siendo diferentes de inscripciones o estatuas, como por ejemplo el mundo visual de los mosaicos (Guardia 1992; Morand 1994; Muth 2001), o diversas formas de escenificación performativa que, en efecto, parecen haber jugado un papel más importante en el mundo tardoantiguo que en épocas anteriores (Borg/Witschel 2001). De este modo, es posible aclarar las transformaciones en el *epigraphic habit*, no tanto a través de factores económicos y políticos, como a través de una profunda –eso sí– transformación de las mentalidades (Alföldy 1998b, 298; Panzram 2002: 126-127).

2. Invasiones, agitación interna y estructuras militares en la Hispania del siglo III

En la fase entre finales del siglo II y principios del siglo IV, Hispania no se libró enteramente de ame-

nazas externas y conflictos internos. Sin embargo, desde el punto de vista metodológico –a tenor de la tendencia de la historiografía tradicional a asignar a los procesos documentados consecuencias de gran alcance– es necesario considerar tan solo aquellas incidencias que afectaron con seguridad a la península Ibérica, además de asegurar que la reconstrucción de tales acontecimientos no conlleve una amplificación de sus efectos más allá de la segura medida establecida por las fuentes.

Ya en los años setenta del siglo II, el sur de Hispania fue sacudido en dos ocasiones por invasiones (Le Roux 1982, 374-377; Alföldy 1985; Gutsfeld 1989, 114-118; Arce 1998, 355-356). Sus responsables eran grupos de *Mauri* de las poblaciones indígenas del norte de África, llegados por barco a través del estrecho de Gibraltar, y que atacaron lugares específicos de la provincia Bética. El gobierno central de Roma se vio entonces obligado a aplicar amplias contramedidas (así: *SHA. Marc.* 21, 1: «cum Mauri Hispanias prope omnes uastarent, res per legatos bene gestae sunt»). Durante la primera invasión, en el año 171-172, la Bética estuvo durante un corto periodo de tiempo bajo la soberanía directa del emperador, siendo administrada conjuntamente con la provincia *Hispania Citerior* por el gobernador *C. Aufidius Victorinus* (*CIL*, VI, 41140: *leg[atus] Au[gusti] pr[o] pr[etore] provinciarum Hispania[e] citer[ior]is et Baeticae [simul]*), mientras que el anterior *proconsul Baeticae*, *P. Cornelius Anullinus* (*CIL*, II²/5, 623 = *ILS*, 1139; Alföldy 1969, 122-123), como nuevo comandante de la *legio VII Gemina*, conduciría la lucha contra los mauros, apoyado por *uexillationes* provenientes de otras partes del Imperio (*CIL*, VI, 41271 = *ILS*, 1327, sobre un *pra[ep]ositus uexillationis ... in Hispanias aduersus ... Mauros rebelles*). Durante la segunda invasión maura, sobre 177-178, fue llevada a cabo una segunda medida: en esta ocasión, el gobernador de la vecina provincia Mauretania Tingitana, *C. Vallius Maximianus*, fue destacado con sus tropas a la Bética, donde se distinguió como *defensor* de la provincia (*CILA*, 2, 378 = *ILS*, 1354 de *Italica*, erigida para el *fortissimus dux Maximianus ob merita et quot(!) prouinciam Baetic(am) caesis hostibus paci pristinae restituerit*), y donde liberó la ciudad de *Singili Barba* de un largo asedio (así *CIL*, II²/5, 783 = *ILS*, 1354a: «ob municipium diutina obsidione et bello Maurorum liberatum»). A pesar de estos testimonios referidos a episodios de lucha de cierta significación en el sur de la península Ibérica (ver también *CIL*, II²/14, 131; sobre un *primus pilus*, que *in bello Maurico periit*), que provocarían las necesarias reacciones por parte del lado romano, no deben sobrevalorarse los efectos a largo plazo de las invasiones maura de finales del siglo II. Así, por ejemplo, la afirmación contenida en la *Historia Augusta* de que estas penetraciones habrían devastado casi toda Hispania (ver más arriba), sin duda, es muy exa-

gerada. Al contrario, el hecho de que los mauros ni siquiera fueran capaces de conquistar una ciudad relativamente pequeña como *Singili Barba*, indica que su fuerza militar no debería exagerarse. Más bien parece que, a través de su movilidad, los *Mauri* habrían extendido en realidad más miedo y terror en la Bética (que, como *prouincia inermis*, no disponía de tropas propias) que causado grandes destrucciones —no es posible por ejemplo asegurar que el retroceso de la producción minera de Río Tinto fuera provocado por la invasión maura (así lo ve, sin embargo, Jones 1980)—. Al contrario, es posible asumir que la Bética habría recuperado de forma rápida la estabilidad de la situación.

Resulta, además, poco probable que el levantamiento de Materno en el año 185-186, aparentemente limitado a *Germania Superior* (el llamado *bellum desertorum*: Hdn. 1, 10, 1-7; SHA. *Const.* 16, 2; *CIL*, XI, 6053; Alföldy 1971), tuviera incidencia alguna en Hispania. El siguiente acontecimiento de consecuencias relativamente graves para la península Ibérica fue la guerra civil del año 197 entre Septimio Severo y Clodio Albino. Este último había atraído a su lado a la provincia *Hispania Citerior*, gobernada por *L. Nouius Rufus*. Tras la derrota de Clodio Albino cerca de León en 197, Septimio Severo impuso un nuevo gobernador en *Hispania Citerior*, *Tib. Claudius Candidus*, que se enfrentó con Rufus y venció a partidarios de Albino en Hispania en una gran campaña terrestre y marítima (SHA. *Seu.* 12, 5: «multi sane post Albinum fidem ei seruantes bello a Seuero superati sunt»). Más adelante, sería conmemorado en una inscripción (*RIT*, 130 = *ILS*, 1140) como *dux terra marique aduersus rebelles hb(ostes) pp(ublicos)*. Candidus pudo, sobre todo, apoyarse en la *legio VII Gemina*, que había permanecido leal a Septimio Severo, siéndole otorgada por ello con posterioridad el atributo *Pia*. La legión era comandada en aquel momento por *Q. Mamilius Capitolinus*, quien, en tanto *legatus iuridicus per Asturiam et Gallaeciam*, era asimismo llamado *dux* de la tropa (*IRPLE*, 1 = *ILS*, 2299). En épocas siguientes, se daría el caso en repetidas ocasiones de una misma persona al mando tanto del poder jurídico como del comando de la legión (Alföldy 1970, 2000, 25, con nota 36; diferente es la opinión de: Le Roux 1982, 366-368).

La represión de los seguidores de Albino fue seguida por un juicio: Rufus fue ejecutado (SHA. *Seu.* 13, 7), y el mismo destino siguieron otros miembros de la aristocracia hispana, cuyos bienes fueron confiscados (SHA. *Seu.* 12, 1: *interfectis innumeris Albini partium uiris, inter quos multi principes ciuitatis, multae feminae inlustres fuerunt, omnium bona publicata sunt aerarumque auxerunt, cum et Hispanorum et Gallorum procures multi occisi sunt*; ver, también: Hdn. 3, 8, 2; Remesal 1996; Arce 1998, 357). Al mismo tiempo, se produjo una reforma administrativa de la exportación de aceite de oliva de la Bética, sometiéndola a un fuer-

te control o influencia estatal (Padilla 1989, 31-39; De Salvo 1992, 183-224). Los efectos a largo plazo de estas medidas no deberían, sin embargo, ser sobrevaluados, ya que, en parte, no tuvieron una gran continuidad (sobre las confiscaciones ver: Alföldy 1998a, 31-32; sobre las medidas económicas: Witschel 1999, 264-266).

El primer tercio del siglo III transcurrió en Hispania relativamente tranquilo. No fue hasta principios del año 238, en el que Hispania se vio nuevamente amenazada por una guerra civil, cuando el veloz y extendido alzamiento contra el emperador Maximino el Tracio en diversos puntos del Imperio condujo a diversas operaciones militares. El gobernador de *Hispania Citerior*, *Q. Decius Valeri(a)nus*, se mantuvo fiel a Maximino durante bastante tiempo. En la primavera del año 238, aún erigiría una serie de miliarios en su provincia, los cuales conmemoraban los (supuestos) esfuerzos del emperador por restaurar calzadas y puentes (Solana/Hernández 2002, 141-160; ver el apartado anterior de esta misma contribución). Además de ello, para proteger la costa oriental de Hispania, habría instalado divisiones militares en puntos estratégicos de particular importancia, con el fin de impedir el desembarco de fuerzas enemigas, que apoyaban a los adversarios de Maximino en Italia. A ello parece referirse una inscripción hallada en la entrada de una cueva en la montaña de Montgó junto a *Dianium*, que fue encomendada por el comandante de una *uexillatio* de la *legio VII Gem(ina) P(ia) F(elix) [[M[a]xim[i]n(iana)]]*, la cual fue enviada por el gobernador Decius Valerianus a esos puestos con misión de vigilancia (*AE*, 1978, 440; ver la interpretación de Alföldy 1978; distinta de la de Le Roux 1982, 381-382). Debido al hecho de que, poco después, Maximino el Tracio fue asesinado por sus propios soldados durante el asedio de *Aquileia*, no se produjeron los temidos enfrentamientos en Hispania.

El sur de la península Ibérica pudo haber sufrido justo antes de mediados de siglo una nueva amenaza de piratas mauritanos. Esto explicaría por qué el gobierno central decidió cambiar hacia 245 el estatus de la provincia Bética, para asignarle a partir de entonces un gobernador directamente nombrado por el emperador (ver el siguiente apartado: «La administración de las provincias...», en esta misma contribución). No disponemos, sin embargo, de otros testimonios sobre esta cuestión (Panzram 2002, 206-207). En este punto, debe evitarse exagerar el peligro provocado por los supuestamente siempre agresivos *Mauri*, procedentes de África y particularmente de la Mauretania Tingitana (Arce 1998, 356). En África hubo, durante el siglo III, varios disturbios entre la población autóctona, ciertamente, pero fueron breves y de carácter regional —se produjeron en gran medida en la mitad este de la provincia *Mauretania Caesariensis*, así como en el

oeste de Numidia, en regiones, por lo tanto, bastante alejadas de la península Ibérica (Witschel 2006b, 146-149, 164-172)–. En la *Mauretania Tingitana*, por contra, la situación se mantuvo más o menos estable hasta finales del siglo III, y el retroceso de las tropas romanas de la parte sur de la provincia hacia 285/90 no parece haber sido la consecuencia de una gran catástrofe militar, sino que se trató claramente de una medida romana acorde con una determinada planificación, que solo sería acompañada de forma ocasional por disturbios (IAM, 55; Gutsfeld 1989, 145-146; López 1991; Witschel 2006b, 176-177).

Algo más factible de resumir, aunque no de forma detallada, son los acontecimientos que afectaron a partir del 260 al noreste de *Hispania Citerior*. Ellos forman parte de los fenómenos estudiados con mayor profundidad en la historia de la Hispania del siglo III. Precisamente por ello es sin embargo importante interpretar con cautela las pocas fuentes existentes y salvaguardarse de explicaciones exageradas (Arce 1978; Le Roux 1982, 377-382; Pérez 1998). Las informaciones que refieren esta invasión provienen todas de fuentes escritas de finales del siglo IV y principio del V, que además dependen entre sí. La más completa descripción de los acontecimientos se encuentra en Aurelio Víctor (Aur. Vict. *Caes.* 33, 3). De él conocemos que, bajo el emperador Galieno –retratado de forma particularmente negativa por las fuentes–, se produjeron en el Imperio romano graves asaltos provocados por los bárbaros. Entre ellos se encontraban los *Franci*, que tras un saqueo en Galia, se dirigieron a Hispania y allí asolaron y casi desvalijaron por completo la ciudad de *Tarraco*. Parte de ellos habrían llegado hasta África en barcos apresados ([...] *Francorum gentes direpta Gallia Hispaniam possiderent uastato ac paene direpto Tarracensis oppido, nactisque in tempore nauigiis pars in usque Africam permearet*). Una descripción muy similar se encuentra en Eutropio (Eutr. 9, 8, 2; el autor habla de *Germani*), mientras que Orosio, que provenía de Hispania y escribió bajo el influjo de las grandes invasiones bárbaras de 409, ilustraba los acontecimientos de forma drástica (Oros. 7, 22, 7-8): las consecuencias del ataque de los *Germani* en Hispania habrían seguido siendo evidentes en su propia época, especialmente en *Tarraco*, donde las ruinas de la ciudad y las miserables viviendas habrían recordado la terrible desgracia (*exstant adhuc per diuersas prouincias in magnarum urbium ruinis paruae et pauperes sedes, signa miseriarum et nominum indicia seruantes, ex quibus nos quoque in Hispania Tarraconem nostram ad consolationem miseriae recentis ostendimus*). Al respecto, encontramos en Orosio (Oros. 7, 41, 2) tan solo la referencia de que los germanos se habrían quedado en Hispania bajo Galieno durante casi doce años –esta afirmación no

puede verificarse a través de ninguna otra fuente, y posiblemente es falsa (ver, no obstante: Kulikowski 2004, 68).

Los problemas a la hora de valorar estos acontecimientos empiezan con su cronología, ya que ninguna de las mencionadas fuentes facilita una fecha exacta de la invasión de los germanos (solamente Hier. *Chron.* 2280 menciona el año 264, pero esta información no es realmente fiable). Los intentos de la historiografía moderna de extraer datos más exactos de la datación de los tesoros monetarios o de los estratos de destrucción de edificios, han de ser observados con gran escepticismo (ver más abajo). Las fuentes indican tan solo que la incursión de los francos en Hispania formaba parte del contexto de los dramáticos episodios que conmocionaron el Imperio romano en el año 260, y cuyo punto culminante representó la captura del emperador Valeriano por los persas, que desencadenaría numerosas usurpaciones y asaltos (Christol 1997a, 137-151). En consecuencia, los francos habrían penetrado hacia 260-262 (o quizás algo más tarde) en el noreste de Hispania. La duración de la invasión no puede establecerse de forma segura, aunque seguramente no habría sobrepasado unos pocos años. Nada se conoce de las contramedidas emprendidas por los romanos, dando la impresión de que los invasores habrían sido un pequeño grupo de aventureros ansiosos de botín, cuyas acciones habrían sido referidas en las fuentes precisamente a causa de su temeraria penetración hasta Hispania, donde incluso habrían atacado la capital de la provincia, *Tarraco*. Este episodio muestra hasta qué punto las fronteras romanas eran permeables hacia la mitad del siglo III, siendo fácilmente traspasadas hasta el interior del Imperio por grupos de atacantes aislados. No debemos, sin embargo, sobrevalorar la importancia de estos hechos puntuales para la vida de la península Ibérica.

Particular cautela metodológica requiere el intento de reconstruir la ruta de los invasores y reconocer los destrozos por ellos provocados. En este punto, investigaciones anteriores han caído en ocasiones en la ligereza de señalar cada estrato con evidencias de incendios y fases de destrucción con una cronología aproximada del siglo III como la consecuencia de la invasión germana, que habría sido igualmente responsable de los numerosos tesoros monetarios de mitad del siglo III hallados en lugares dispersos de Hispania. Hoy en día, resulta evidente que la mayoría de indicios de destrucción y sus consiguientes medidas de reconstrucción, documentados, por ejemplo, en numerosas villas de la actual Cataluña, deben aclararse o datarse proponiendo otra explicación (Witschel 1999, 267, con nota 26). Especial cuidado requiere la interpretación de tesoros monetarios, ya que estos, en ningún caso, fueron enterrados –y nunca más recuperados–, a causa exclusivamente de invasiones enemigas. Más parece que, al contrario, hacia finales del siglo III, la especu-

lación habría jugado un rol importante, acrecentada por las turbulencias monetarias de la época (Witschel 1999, 94-99, y 2004, 258-259; Haupt 2001). Gran parte de tales tesoros se encuentran en el oeste de Hispania (Pereira/Bost/Hiernard 1974, 231-233, nota 25 y mapa 6). Es, sin embargo, muy poco probable que esta zona se hubiera visto afectada por los saqueos germanos y, asimismo, resulta poco plausible la tesis de que ataques piratas provenientes del Atlántico hubieran sido los responsables de esta situación. Es posible afirmar, por lo tanto, que una amplia parte de Hispania, aparentemente, no sufrió los efectos de la invasión germana bajo Galieno. Esta conclusión puede, de todas maneras, aplicarse al oeste y sur de la península Ibérica (sobre el noroeste, ver: Tranoy 1981, 400; y, sobre la Bética: Padilla 1989, 25-31). Incluso en *Tarraco*, único lugar hispano explícitamente mencionado en las fuentes como víctima de la invasión germana, las destrucciones –al contrario de lo que afirma Orosio– no parecen haber tenido ninguna consecuencia a largo plazo, habida cuenta de que la vida de la ciudad pareció restablecerse de forma relativamente rápida (Keay 1981, 476-480; Ruiz de Arbulo 1993; Panzram 2002, 95-107), e incluso solo muy pocas villas de los alrededores parecen haber sido afectadas por grandes saqueos de efectos tales que no volverían a habitarse (Kulikowski 2001, 148-149; Ariño/Díaz 2002, 69-70). Algo parecido puede decirse en el caso de otras ciudades de la región, como *Barcino* (Bonneville 1982, 379-385). Los cambios en la imagen urbana de *Tarraco*, que pueden observarse de forma general, deben ser más bien interpretados como una transformación paulatina de las estructuras urbanas, ya iniciada a lo largo del siglo II, y que se prolongaría hasta la Antigüedad Tardía (ver apartado 4 de este capítulo, consagrado a «Las ciudades de Hispania en el siglo III»). En este sentido, la devastación causada por los francos habría jugado tan solo un papel secundario.

Partes de Hispania se verían, no obstante, afectadas por otra subversión sobre todo política, ya que, supuestamente en relación con la invasión franca, la provincia *Hispania Citerior* se habría incorporado consecutivamente al llamado «Imperio Galo», creado por Póstumo en el verano de 260, tras su usurpación contra el emperador Galieno en Colonia (König 1981; Drinkwater 1987; Cepas 1997, 16-17). Siguiendo el testimonio de tres miliarios (*MPT*, 127-129; ver, además, la inscripción funeraria: *CIL*, II, 5738), que mencionan a Póstumo –uno de ellos hallado en *Acci*, al sur de la provincia–, la anexión de la *Hispania Citerior* a Póstumo habría acontecido a más tardar en el año 262 (Drinkwater 1987, 27-28, 116). Posiblemente, también la provincia *Lusitania* habría cambiado brevemente de bando: aún en 261-262, el gobernador *P. Clodius Laetus Macrinus* erigiría en la capital de la provincia, *Augusta Emerita*, una inscripción dedicada a

Galieno (*CILAE*, 57; Ramírez/Velázquez/Gijón 1993; así como Panzram 2002, 290; la datación de esta inscripción no es completamente segura, ya que también podría pertenecer al periodo entre 257 y 260: John 2008, 1132), cuyo nombre fue, sin embargo, borrado poco después, lo que podría indicar que personajes con poder de decisión en *Lusitania* también se decantaron poco después por Póstumo. Todo se quedaría, no obstante, en un breve episodio (incierto sigue siendo la lectura de un miliario erigido supuestamente para Victorino: *MPT*, 130), pues, ya en 269, todas las provincias hispanas, tal como indican varias inscripciones dedicadas al nuevo emperador Claudio II (así: *IRC*, IV, 24, de *Barcino*; *CIL*, II²/14, 18, de *Valentia*; *CIL*, II², 14, 315/16 = *HEp*12, 470, de *Saguntum*; *IRST*, 3, de *Saetabis*; *CIL*, II²/5, 79, de *Tucci*; ver también: *MINOH*, 787; la información contenida en *SHA. Claud.* 7, 5, es, por el contrario, falsa), pertenecerían de nuevo al gobierno central. La *Hispania Citerior*, y quizá también *Lusitania*, habrían entonces decidido, tras la muerte de Póstumo, al principio del verano del 269, renunciar a la lealtad al escindido «Imperio Galo» (König 1981, 140; Drinkwater 1987, 36-37). No está claro, sin embargo, si este proceso estuvo acompañado de conflictos militares, ya que no disponemos de referencias a este episodio en las fuentes antiguas. No parece, en cualquier caso, que Claudio II estuviera activo en Hispania.

Para el periodo tras 270 hasta finales del siglo III, solo existen vagos indicios sobre incidencias en la vida de las provincias en relación a la península Ibérica. Sobre la pretendida suposición de que en 275-276 se habría producido en Hispania una segunda gran invasión germana, que incluso habría afectado las provincias de Bética y *Lusitania*, no existen evidencias seguras. Igualmente incierta es la cuestión de si el rápidamente derrotado alzamiento de Próculo y Bonoso contra el emperador Probo, en torno al 280 (vagamente recogido en las fuentes), habría propagado desde el Rhin hasta Hispania (así: *SHA. Prob.* 18, 5: *deinde cum Proculus et Bonosus apud Agrippinam in Gallia imperium arripuissent omnesque sibi iam Brittannias, Hispanias et bracatae Galliae prouincias uindicarent, barbaris semet iuuantibus uicit*), hubiera realmente tenido mayores efectos en la Península.

A partir de finales del siglo III, nuevas e imponentes murallas fueron construidas en diferentes ciudades del norte de Hispania, y fortificaciones ya existentes fueron ampliadas (Kulikowski 2004, 101-109; Morillo/Aurrecoechea 2006, 359-381). Este fenómeno ha sido interpretado como una reacción directa causada por el miedo a los ataques enemigos, concretamente vinculada a las invasiones del siglo III. Una interpretación de este tipo es, por razones diversas, problemática. Así, no puede asegurarse que todas las murallas con datación aproximada en esta época fueran erigidas en el marco

de un «programa de defensa» dirigido por el gobierno provincial, aunque esta hipótesis haya sido a menudo propuesta (por ejemplo: Hauschild 1993; Fernández-Ochoa/Morillo 2006, 202-209; ver, también: Campomanes 1998, 1073). Con frecuencia, la construcción de las murallas solo puede ser datada de forma poco aproximada (García/Mordillo/Campomanes 1997). Algunas de ellas parecen, efectivamente, haber sido iniciadas a finales del siglo III (así en *Lucus Augusti*, después de 270: González/Carreño 1998, 1179, con nota 40), aunque la construcción de otras pudo haberse prolongado durante un largo periodo, como en el caso de *Barcino*, hasta el siglo V (Járrega 1991; Fernández-Ochoa/Morillo 2006, 190-202). Estas evidencias dejan, en mi opinión, la hipótesis de un «programa» uniforme como algo cuanto menos cuestionable. Las murallas fueron, en su mayoría, programadas y realizadas con esmero y, a pesar del habitual empleo de material reutilizado, éstas no fueron construidas bajo la presión del pánico. Un motivo esencial para su construcción fue claramente —como en la vecina Galia— el incremento del prestigio urbano, asociado a estos poderosos e impresionantes monumentos. En contraste, no disponemos de evidencias de una grave sensación de amenaza entre la población, por mucho que el aspecto de una mejor defensa contra invasores habría sido seguramente tenido en cuenta en la concepción de las murallas.

Podemos, por lo tanto, afirmar que Hispania en el siglo III continuó siendo una región tranquila, manteniéndose, en lo esencial, a salvo de los grandes acontecimientos bélicos que sacudieron el Imperio romano en esta época. Ciertos disturbios puntuales, como la invasión franca de principios de los años 60, no habrían tenido efectos dramáticos, siendo además limitados en su extensión geográfica. En contra de la suposición de que Hispania durante el siglo III estuvo sometida a grandes amenazas externas, habla el hecho de que ninguno de los emperadores, desde Septimio Severo a Carino, visitara personalmente la península Ibérica (ver el análisis general en: Halfmann 1986, 216-242; Bowman/Garnsey/Cameron 2005, 714-723) —otras regiones del Imperio fueron focos mucho más importantes de los conflictos militares de la época—. No es antes de la Tetrarquía que encontramos nuevamente la presencia de un emperador en Hispania, Maximiano, quien, en invierno de 296-297 es documentado en el sur de Hispania, posiblemente en *Corduba* (ver apartado último de esta contribución; y Haley 1994). También en este caso, se trataba solamente de un viaje de paso hacia Mauretania, donde se habían desatado importantes disturbios que requerían la presencia del emperador (Witschel 2006b, 169). A menudo se asume que Maximiano se habría visto obligado con anterioridad a afrontar significativas operaciones militares contra los piratas francos en Hispania (Seston 1946, 117; Barnes

1982, 59). Las escasas y poco esclarecedoras fuentes (P. Argent. 480, 1; *Pan. Lat.* 8 [5], 18, 5; al respecto: Arce 1982, 19-22 y 1998, 360; Haley 1994, 212-213; sobre un supuesto monumento dedicado a la Victoria en *Augusta Emerita* ver: Panzram 2002, 291-292) no permiten, sin embargo, asegurar esta suposición.

Finalmente, a favor de un siglo III relativamente tranquilo, habla la evolución de la estructura militar en la península Ibérica entre finales del siglo II y el siglo IV que, al menos, podemos reconstruir en parte (Le Roux 1982, 363-385; Kulikowski 2004, 76-82). La disposición básica del ejército hispano, establecido desde época flavia con una legión y solamente cinco unidades auxiliares, todas estacionadas en el noroeste de la Península (Le Roux 1982, 144-153), apenas sufrió cambios aparentes durante el siglo III. Hasta mediados del siglo III, podemos, a través de testimonios epigráficos y de sellos en *tegulae*, atestiguar la presencia de la *legio VII Gemina* (ver: *RIT*, 128; así como la inscripción —de incierta reconstrucción sin embargo— *AE*, 1976, 277, que posiblemente hace referencia a la legión con el sobrenombre *De[ciana]*), así como de algunas tropas auxiliares (así, en: *AE*, 1976, 288 de *Petauonium* se menciona el *ala II Fl[auia] H[ispanorum] c[ivium] R[omanorum] Galliana Volu[sia]na*). Posteriormente, debido a los cambios en el *epigraphic habit*, la evidencia epigráfica se interrumpe casi por completo. Para la reconstrucción de las estructuras militares de finales del siglo III y principios del IV, hemos de remitirnos a un testimonio considerablemente más tardío, la *Notitia Dignitatum*, elaborada entre los años 400-420. En ella continúan siendo citadas para las provincias de *Gallaecia* y *Tarraconensis* la *legio VII Gemina*, con sede en *Le-gio*, y cinco cohortes, de las cuales todas parecen haber surgido de unidades imperiales (*Not. Dign.* 42, 25-32; al respecto: Arce 1980; Le Roux 1982, 370-373). Entre principios del siglo III y principios del siglo V, parecen haberse sucedido ciertos cambios en las denominaciones de las tropas (así, por ejemplo, el *ala II Flauia Hispanorum* se había convertido en una *cohors secunda Flauia Pacatiana*, que continuó sin embargo estando asentada en *Petauonium*), así como en los tipos de estacionamientos (como en el caso de la *cohors Celtibera*, de la que se dice: «*Brigantiae, nunc Iuliobriga*»). Hasta el momento no ha sido posible, no obstante, calcular el momento exacto en que tuvieron lugar estas transformaciones. Los hallazgos arqueológicos de *castella* en el norte de España son poco esclarecedores para la época a partir de finales del siglo II (Morillo/Aurrecoechea 2006, 290-358; así como, sobre *Petauonium*: Romero/Carretero 1998, 1101-1103). A partir de principios del siglo IV, las ciudades habilitadas en esa época con nuevas murallas parecen haber jugado un papel cada vez más importante para el estacionamiento de unidades militares en el norte de España (ver más arriba), tal como puede apreciarse en la *Notitia Dignitatum* para el

caso de *Brigantium*, *Lucus Augusti* y *Veleia* (Fernández-Ochoa/Morillo 2006). Desde una perspectiva general, sin embargo, el testimonio de la *Notitia Dignitatum* refleja una relativamente alta estabilidad de las estructuras militares hispanas durante el siglo III.

A partir de estas observaciones, se transmite globalmente la imagen de una considerable continuidad en relación a las unidades militares romanas en Hispania entre los siglos II y IV. El número de soldados estacionados en Hispania parece haber descendido a lo largo del siglo III, ya que la región no se encontraba entre las zonas del Imperio fuertemente amenazadas. Algo parecido puede observarse, para el mismo periodo, en *Britannia* (Witschel 1999, 183-190) y África (Witschel 2006b, 149-153, 173-188; esto concierne particularmente a la Mauretania Tingitana: López 1991). A partir de aquí, puede concluirse que, a lo largo del siglo III, el gobierno central habría trasladado parcialmente tropas desde regiones consideradas poco amenazadas hacia los focos de conflictos militares.

Invasiones externas y tensiones internas habrían tenido, al parecer, durante el siglo III, una influencia en la vida de las provincias hispanas más limitada de lo que se ha sostenido tradicionalmente. Muchas regiones de Hispania ni siquiera se vieron afectadas directamente por ellas. Los innegables cambios que pueden observarse a lo largo del siglo III, y que procederé a describir a continuación, no pueden por lo tanto ser esclarecidos a través de factores exógenos o de acontecimientos concretos y puntuales, sino que deben entenderse prevalentemente como procesos de transformación endógenos, desarrollados durante un largo espacio de tiempo.

3. La administración de las provincias hispanas en el siglo III

Hasta principios del siglo III, el sistema de administración provincial establecido a mediados de época augustea permaneció inalterado (Alföldy 1969, 2007; Ojeda 1993; Navarro 1999). La península Ibérica estaba dividida tan solo en tres provincias: (*Hispania Vltior*) *Baetica*, *Lusitania* e *Hispania Citerior*. Estas provincias fueron a su vez —como solía suceder en todo el Imperio— atendidas por un relativamente pequeño aparato administrativo. En cada provincia existían los siguientes altos cargos administrativos: la Bética, que desde época de Augusto fue encomendada a la soberanía del pueblo romano, estaba regida por un gobernador senatorial con el título de *proconsul*, al que se le asignaba un *quaestor* encargado de la administración financiera, así como un *procurator Augusti* de rango ecuestre (responsable, sobre todo, de las propiedades imperiales en la provincia). *Lusitania* dependía directamente del emperador y era administrada en su

nombre por un *legatus Augusti pro praetore*, senador de rango pretorio; la administración financiera estaba en manos de un *procurator Augusti provinciae Lusitaniae*, de rango ecuestre. La mayor provincia de la península Ibérica (y de todo el Imperio romano), la *Hispania Citerior*, donde se concentraban las tropas en Hispania, era asimismo una provincia imperial, aunque, como consecuencia de su importancia, era administrada por un senador *legatus Augusti pro praetore* de rango consular. En su cargo era ayudado por un (quizá también dos) subordinado igualmente senador *legatus Augusti iuridicus*. Éste se encargaba de apoyar al gobernador en el campo de la jurisprudencia en todo el territorio de la provincia y, a partir de época tardoadriana, especialmente en las zonas bastante alejadas del noroeste de la Península, es decir en la región de *Asturia et Gallaecia*, que correspondía a los tres distritos jurídicos (*conuentus*) de *Asturica Augusta* (Astorga), *Lucus Augusti* (Lugo) y *Bracara Augusta* (Braga). La única legión de Hispania, la *legio VII Gemina*, estacionada en *Legio* (León), era comandada por un *legatus legionis* senatorio. La administración financiera de la provincia corría a cargo, como era habitual, de funcionarios ecuestres, dos en este caso: un ducenario *procurator Augusti provinciae Hispaniae Citerioris/Tarraconensis*, así como (muy tarde, desde finales del siglo I) un igualmente ducenario *procurator Augusti Asturiae et Gallaeciae*, quien era particularmente responsable de las regiones del noroeste, con sus importantes distritos mineros, y que tuvo supuestamente su sede en *Asturica Augusta*.

A lo largo del siglo III, se produjeron no pocas transformaciones en la estructura de la administración provincial hispana, muchas de las cuales han sido descubiertas recientemente gracias a nuevas evidencias y, en particular, a nuevas interpretaciones de testimonios epigráficos (Cepas 1997, 29-59). La primera reforma importante tuvo lugar en época severa, afectando a la extensa provincia *Hispania Citerior* (básico, al respecto: Alföldy 2000 y 2007, 328-329; trabajos que superan todos los estudios anteriores sobre esta cuestión). Ya desde el siglo II, existía en esta provincia una intensa atención particular a la región de *Asturia et Gallaecia*, que se manifestó en la introducción de magistraturas especialmente creadas para este contexto. Bajo el emperador Caracala (quizás en el año 214) tales esfuerzos se sistematizaron en la escisión de *Gallaecia* (es decir, los *conuentus Lucensis* y *Bracaraugustanus*) de la *Hispania Citerior* y su constitución como provincia independiente. Tal como se ha conocido recientemente gracias al hallazgo de una inscripción proveniente de *Lauinium* (AE, 1998, 282), esta provincia llevaba el nombre de *Hispania Superior* (posiblemente con el epíteto *Gallaecia*; Alföldy 2000, 28-34). Habida cuenta de las pequeñas dimensiones de su territorio, la provincia no fue asignada a un gobernador senatorio, sino a un procurador ecuestre de rango ducenario. Hasta

el momento, conocemos el nombre tan solo de uno de estos magistrados, *C. Seruilius Diodorus*, quien, según la mencionada inscripción de *Lauinium*, datada en el año 227, es mencionado como *u(ir) e(gregius) proc(urator) CC prouinciaie Hispaniae Superioris. Lucus Augusti* parece haber sido elegida como residencia del gobernador de la nueva provincia, tal como refieren varios testimonios epigráficos de principios del siglo III (Le Roux 1977; Alföldy 2000, 49-51, y 2001). Asimismo, la ahora reducida provincia *Hispania Citerior*, que todavía albergaba el *conuentus Asturum* y a la *legio VII Gemina*, fue reconstituida, portando el nuevo nombre de *Hispania noua Citerior Antoniniana*, tal como conocemos a través de dos inscripciones votivas erigidas en *Legio* por el gobernador de la provincia, *C. Iulius Cerealis, post diuission(em) (!) [o diuisam] prouinc(iae) primus ab eo* [sc. Caracala] *m[issus]* por el bienestar del emperador y de su madre (*IRPLe*, 21/22; al respecto: Alföldy 2000, 19-27). La residencia del gobernador se mantuvo en *Tarraco*, aunque a su disposición tenía ahora solamente un *legatus iuridicus* y un *procurator prouinciaie Hispaniae Citerioris* (éste seguiría ejerciendo, supuestamente, en *Asturica Augusta*; Alföldy 2000, 40-49, 63-67). Esta importante reforma, en la que se tendía claramente hacia una administración mucho más directa de la económicamente relevante –aunque bastante alejada del centro del Imperio– región noroeste de Hispania (Alföldy 2000, 35-38), no habría tenido sin embargo una larga duración, produciéndose hacia 235 una reunificación de *Gallaecia* con la *Hispania Citerior*. Ésta parece indicada por el hecho de que el gobernador *Q. Decius Valeri(a)nus* (ver más arriba), entre 235 y 238, estuvo nuevamente activo en ambas regiones. Su sucesor directo, *Rutilius Pudens Crispus*, llevó el significativo título de *leg(atu)s Aug(usti) pr(o) pr(aetore) prou(inciae) [Hispaniae] Cite(rioris) et Callacia[e]* (*CIL*, VI, 41229), a través del cual se expresaba claramente que la escisión ordenada por Caracala había sido abolida poco antes. Esta situación se mantendría aparentemente hasta finales del siglo III; poco convincentes resultan ciertas vagas referencias a una posible nueva división de la provincia durante el siglo III (Alföldy 2000, 52-59).

Poco antes de mediados del siglo III, se producirían importantes transformaciones en el estatus de la provincia Bética (Padilla 1989, 22-25; Alföldy 1995b; Navarro 2004, 384; y John 2008, 1128-1129). Al parecer, el gobierno central se habría decidido a confiar la provincia a un legado imperial en lugar de un próconsul elegido por el Senado, posiblemente a causa de una nueva amenaza provocada por los piratas mauros (ver, más arriba, apartado 2), o por la continuada relevancia económica de la provincia. Sobre este cambio de estatus nos informa una inscripción de Roma (*CIL*, VI, 41229), que, hacia el año 245, indica al mencionado senador *Rutilius Pudens Crispus* como *[leg(atu)s*

A]ug(usti) pr(o) pr(aetore) ad [cen]sus accepta[n]d[os] prou(inciae) Lugdunens[is] et p[ro]rou(inciae) [H]isp(aniae) [B]a[e]ticae. El cargo del *censitor* –vinculado al gobierno de la provincia– era desempeñado por norma solo en las provincias imperiales, a las que habría entonces pertenecido la Bética en aquella época. Evidentemente, no se trataba solamente de una medida temporal, ya que para este mismo periodo son testimoniados otros gobernadores en la Bética, quienes, como *praesides*, habrían dependido directamente del emperador (Alföldy 1995b, 38-41): hacia 230/240, *Q. Pomponius Munatianus Clodianus* (*AE*, 1974, 129); así como *A. Caecina Tacitus* (*IAM*, 306), en torno a mediados del siglo III. Por el contrario, hacia finales del siglo III, los *proconsules* dejan de ser atestiguados, por lo que cabe suponer que la Bética ya nunca más volvería a estar bajo la protección del Senado.

Hacia el 250, la Bética se vería afectada, de nuevo, por una importante transformación, conocida recientemente gracias al hallazgo de dos inscripciones de *Astigi* (Sáez *et al.* 2005). Éstas refieren la conversión de la Bética en una *prouincia immunis* bajo el emperador Treboniano Galo (quizás incluso con poca anterioridad, aunque ciertamente después del 245), lo que implica de forma patente que la provincia habría estado exenta del pago de los impuestos territoriales gracias al privilegio imperial. Aunque desconocemos el proceso que llevaría a esta reforma, éste pudo haber estado de algún modo relacionado con la decisión algo anterior de que la administración Bética pasara a depender directamente del emperador y con la realización de un *census* provincial que le seguía. Es posible quizá, que la exención de impuestos habría hecho posible una mayor libertad de la economía oleícola bética, que se hallaba en aquellos momentos en una difícil fase de reestructuración, relacionada con la caída de la producción y la regresión de la exportación (en este sentido, convincentemente: Sáez *et al.* 2005, 310-311). Todo parece indicar, sin embargo, que ésta hubiera sido una medida provisional, habida cuenta de que, pocos años más tarde, en una inscripción nuevamente dedicada por la provincia a la emperatriz Salonina, no se vuelve a mencionar la *immunitas* (*CIL*, II²/7, 258).

Muy pronto, poco después de mediados del siglo III, Hispania notaría también los efectos de la llamada «reforma de Galieno» (Aur. Vict. *Caes.* 33, 34; 37, 6; Cosme 2007; Hekster 2008, 41-43), que llevaría a cabo, desde principios de los años sesenta, la progresiva sustitución de gobernadores senatoriales por ecuestres en las provincias senatorias, particularmente, en aquellas de importancia militar (Pflaum 1976; Christol 1999). Tal como han señalado recientes estudios, no se trató sin embargo de una novedad introducida de forma contemporánea en todas las provincias, sino de un proceso gradual que alcanzó regiones particulares en momentos diversos. Las provincias hispanas, que

desde mediados del siglo III dependían todas directamente del emperador, representan un buen ejemplo de este proceso. La primera provincia cuyo gobierno fue traspasado a un *eques* fue la Bética (Stylow 2000, 434), inicialmente siguiendo una medida *ad hoc* —tal como era habitual a mediados del siglo III (Christol 1997b)— a través de la sustitución temporal del *praeses* senatorio por un funcionario ecuestre, recurriéndose por lo general al *procurator prouvinciae Baeticae*. Así, supuestamente entre 253 y 260, *M. Aurelius Alexander* es atestiguado como *p[rocurator] Augg[ustorum] nn[on]ostrorum u[ir] e[gregius] agens uice praesidis* (CIL, II²/7, 259); y algo más tarde *[Ma]gnius Donatus* habría ejercido como *[procurator] Aug[usti] n[on]o[stri] [agens uice] praesidis [in prouincia] B[aetica]* (CIL, II²/5, 1167). Desde aproximadamente 270-275, como muy tarde, la Bética parece haber sido administrada regularmente por *praesides* ecuestres, ya que en el año 276 encontramos en dos inscripciones de *Italica* a un *u[ir] p[er]fectissimus a[gens] u[ir]ice p[raesidis]* llamado *Aurelius Iulius* (CIL, 2, 370 y 371). De la época de la primera Tetrarquía no se conoce ningún gobernador, aunque poco después del año 305 son documentados varios *praesides prouvinciae Baeticae* ecuestres (CIL, II²/7, 261 y 264).

En *Lusitania*, que eventualmente habría formado parte del «Imperio Galo» hasta el 269 (ver el apartado anterior de esta contribución), la reforma parece haberse aplicado por el contrario algo más tarde. En 261/262 la provincia es administrada aún por un *u[ir] c[larissimus] leg[atus] ... pr[etor] pr[etore]* (CIIAE, 57; Ramírez/Velázquez/Gijón 1993). Los años posteriores apenas aparecen reflejados en las fuentes, por lo que aún no es posible aclarar la cuestión del momento exacto desde que *Lusitania* llegó a ser administrada por *equites*. Hasta ahora, no disponemos de evidencias de *agentes uices praesidis* en *Lusitania*. Los siguientes gobernadores documentados son, en cualquier caso, *uiri perfectissimi* de rango ecuestre con el título de *praeses*. A esta categoría perteneció *Aurelius Vrsinus*, testimoniado en una inscripción de *Ossonoba* (IRCP, 5) como *u[ir] p[er]fectissimus pr[etore] prouinc[iae] Lusitani[ae]*. La reconstrucción de las primeras líneas de la inscripción, referidas a los emperadores de la Tetrarquía, no es del todo segura, por lo que *Vrsinus* podría haber ya ejercido como gobernador sobre el 280, hipótesis asumible si el personaje documentado en el año 276 como *curator rei p[ublicae] Italicensium* (CIL, 2, 370) se tratara de la misma persona (Saquete 2001; escéptico al respecto, sin embargo: HEp11, 471 y AE, 2001, 1130). *Aemilius Aemilianus*, quien en una inscripción votiva de *Augusta Emerita* consagrada a Júpiter (CIIAE, 58) es documentado como *u[ir] p[er]fectissimus p[raeses] p[rouincia] u[ltioris?] L[usitaniae?]*, pertenece con toda probabilidad ya al gobierno de Diocleciano (Saquete/Mosquera/Márquez 1991-92); así como también *G. Sulpicius*

[---]us, testimoniado en una inscripción imperial de *Augusta Emerita*, posiblemente dedicada a Maximiano y con datación del año 294 (CIIAE, 60). Finalmente, en la misma época (entre 286 y 293), *P. Datianus* pudo haber actuado como *praeses*, si asumimos que este personaje, mencionado en las fuentes hagiográficas y en una inscripción supuestamente falsa (CIL, II, 17*, de *Ebora*) fue efectivamente una figura histórica (Arce 1982, 39, Anm. 18; Garrido 1987, 68-70, 75-76).

Hispania Citerior, reunificada hacia el 235 y que formó parte desde aproximadamente 260/262 hasta 269 del área dominada por Póstumo, fue gobernada por un senador durante mucho más tiempo que las otras dos provincias. Las informaciones específicas para el periodo de tiempo entre 244 y 280 son, sin embargo, casi inexistentes, aunque sabemos que en el año 283 *M. Aurelius Valentinianus* desempeñó el cargo de *u[ir] c[larissimus] praeses prou[incia]e Hisp[aniae] cit[er]ioris leg[atus] Augg[ustorum] pr[etor] pr[etore]* (RIT, 89/90). Para los años 280 y 282 son, además, testimoniados dos *legati iuridici* senatorios (CIL, II²/14, 20; IRPL, 69; CIL, II²/14, 789). Poco después, el gobierno de *Hispania Citerior* se traspasaría al *ordo* ecuestre, tal como revela para el año 288/289 la presencia de *Postumius Lupercus* como *u[ir] p[er]fectissimus praes(es) prou[incia]e Hisp[aniae] Cit[er]ioris* (RIT, 92); y entre 286 y 293, de *Iulius Valens* con el mismo título (RIT, 91). Asimismo, el senatorio *legatus legionis VII Geminae* tuvo que haber sido sustituido a más tardar sobre esa época, quizás algunos años antes, por un *praefectus legionis* de rango ecuestre. Sobre este cargo disponemos, sin embargo, de muy pocas evidencias (ver, al menos: CIL, V, 5835 sobre un *u[ir] p[er]fectissimus praefectus leg[ionis] VII Gem[inae] Span[iae]*).

La siguiente transformación de importancia de la estructura administrativa en Hispania tuvo lugar en el marco de los esfuerzos reformadores del emperador Diocleciano a finales del siglo III (básicamente, sobre los aspectos tratados a continuación, puede verse: Arce 1982, 31-62, 1999; Garrido 1987, 58-91; Chastagnol 1994; Lomas 2002; Kulikowski 2004, 71-76, 313-315). Como consecuencia de ellos, muchas provincias fueron parceladas con el fin de crear pequeñas unidades administrativas, lo que debía aportar a la administración provincial un mejor control sobre las regiones de ella dependientes. En Hispania solo se vio afectada la enorme provincia *Hispania Citerior*, mientras que la Bética y *Lusitania* permanecieron territorialmente inalteradas. De la *Hispania Citerior* se crearon tres nuevas provincias: *(Hispania) Tarraconensis*, *Carthaginiensis* y *Gallaecia*. Las existentes unidades administrativas dentro de la provincia y, particularmente, los distritos jurídicos (*conuentus*) creados por Augusto no parecen haber sido muy considerados en esta reforma, pues, según las informaciones disponibles —en gran parte de época muy posterior— la nueva reestructuración de

la provincia seccionaba reiteradamente los antiguos límites conventuales (Albertini 1923, 117-126). Así, parece que la parte sur del *conuentus Tarraconensis*, cerca de *Valentia*, habría sido adjuntada a la provincia *Carthaginiensis*, que también abarcaba el completo *conuentus Carthaginiensis* tal como las partes sur de los *conuentus Caesaraugustanus* y *Cluniensis*. La nueva provincia *Gallaecia*, que en cierta forma continuaba el proyecto, llevado a cabo ya a principios del siglo III, de una separación administrativa de las regiones nor-occidentales de Hispania, era bastante mayor que la provincia *Hispania Superior*, creada por los Severos (ver más arriba), pues a ella se le asignaron igualmente el antiguo *conuentus Asturum* y, supuestamente, partes del *conuentus Cluniensis* (Tranoy 1981, 402-403, según Oros. 5, 7, 2; 6, 21, 2; así como Hyd. Chron. 2; ver también, sin embargo: Arce 1999, 78-79, nota 55). En la provincia *Tarraconensis* permanecieron tan solo gran parte del *conuentus Tarraconensis*, las regiones del norte del *conuentus Caesaraugustanus*, así como una parte del *conuentus Cluniensis*.

Es necesario analizar el momento exacto en que estas medidas fueron llevadas a cabo. Debido a que el modelo de una «reforma global» por parte de Diocleciano, frecuentemente recurrida por la historiografía moderna, y supuestamente ocurrida en los años 293 o 297 (Barnes 1982, 224-225), es, por razones diversas, problemático (en este sentido, ya Anderson 1932, 30-31; pero también: Bowman/Garnsey/Cameron 2005, 705-713), la pregunta debe ser tratada de forma separada para cada región del Imperio romano. En general, puede decirse que el catálogo provincial del *laterculus Veronensis*, datado sobre el 314 (con respecto a la parte occidental del Imperio), representa un seguro *terminus ante quem*, al incluir las nuevas provincias hispanas. Un *terminus post quem* para la división de la *Hispania Citerior* es aportado por dos inscripciones que mencionan a *Flaminius Priscus* (IRPLE, 69; CIL, II²/14, 789), quien ejerció en el año 282, tanto en *Asturica Augusta* (es decir en la región de la futura provincia *Gallaecia*), como en *Dertosa* el cargo de *leg(atus) iur(idicus) totius prouvinciae Tarraconensis*. No puede asegurarse que el cambio de gobierno senatorio a ecuestre en la *Hispania Citerior*, ocurrido entre 283 y 288 (ver más arriba), fuera acompañado de la creación de las nuevas provincias, tal como ha sido diversamente postulado (Chastagnol 1994, 13-14; en contra: Arce 1982, 38-41). El hecho de que el nombre tradicional de la provincia (*Hispania Citerior*) continuara utilizándose en la titulación del gobernador, al menos, hasta principios de los años 90 del siglo III y fuera sustituido algo después por el de *prouincia Tarraconensis* (documentado por primera vez en el año 312: RIT, 94) parece, en cualquier caso, un argumento en contra de una temprana división de la provincia; sin embargo, el nombre de provincia *Tarraconensis* aparece ya en la titulación de los *legati iuridici*

y los *procuratores* algunos años antes (Alföldy 2000, 33-34). La evidencia más antigua para la existencia de la nueva provincia *Gallaecia* tampoco despeja lamentablemente todas las dudas: en una de las dos versiones de la *passio* de Marcelo (*acta Marcelli, recensio* N; ver Musurillo 1972, xxxvii-xxxix, 255-259) se informa de que el martirio de Marcelo, en el año 298, se produjo *apud Legionem* (respectivamente *apud legionem septimam geminam prouvinciae Gallaeciae sub Manilio Fortunato praeside*). En la otra versión, más fiable (*recensio* M), *Fortunatus* (referido aquí con el *nomen* Astasius) ejerce, por el contrario, como *praeses* en la *Tingi mauritana*. No está del todo claro entonces, si deberíamos utilizar esta fuente como indicio de la existencia de la provincia independiente de *Gallaecia* en el año 298 y con ello de la división de la *Hispania Citerior* antes de este momento (Balmes 1982, 182; Garrido 1987, 61-63). En cualquier caso, los dos siguientes gobernadores de *Gallaecia* están documentados con seguridad, por primera vez, en época constantiniana (Tranoy 1981, 404-405; Chastagnol 1994, 29-30), mientras que apenas disponemos de informaciones sobre la provincia *Carthaginiensis* o sobre sus administradores. En consecuencia, no es posible averiguar la fecha exacta de la aplicación de esta parte de las reformas dioclecianas en Hispania. Resulta sin embargo probable, que la división de la *Hispania Citerior* en tres nuevas provincias habría tenido lugar hacia mitad de los años 90 del siglo III. Si este proceso tiene relación con la visita, aunque siendo a corto plazo, del emperador Maximiano (ver, más arriba, el apartado anterior) a la península Ibérica en invierno de 296/297, es un hecho que queda en duda (Seston 1946, 325-326).

La segunda importante medida de época de la Tetrarquía afectó a la creación de una instancia superior a las provincias en Hispania: la diócesis. Ésta también se documenta por primera vez en el *laterculus Veronensis* (Lat. Ver. 11), gracias al cual conocemos, además, que a la *diocesis Hispaniarum* fueron asignadas no solo las ahora cinco provincias hispanas, sino también la provincia *Mauretania Tingitana* —ubicada en África pero vecina directa del sur de Hispania y de gran importancia para la seguridad de la península Ibérica (Kulikowski 2004, 72-76; Witschel 2006, 191)—. Al cargo de la diócesis estaba un funcionario que en los documentos más antiguos conservados es designado con el título de *agens uices praefectorum praetorio* y, más tarde —sobre todo en las fuentes jurídicas y literarias—, como *uicarius* (Hidalgo/Méndez 2005, 56-58). Las más antiguas evidencias referidas a la actuación de este cargo administrativo en las regiones hispanas son, nuevamente, las dudosas *acta Marcelli* (*recensio* M 2; este documento es aceptado por Barnes 1982, 181 y 224; Kulikowski 2004, 72). En ellas se informa de que Marcelo fue trasladado por el gobernador *Fortunatus* (ver más arriba) *ad dominum meum Aurelium Agri-*

colanum agentem uice praefectorum praetorio en *Tingi* (en la *recensio* N 2 se refiere por contra: *ad auditorium domini Aurelii Agricolani praefecti praetorii*). Con ello tendríamos una evidencia favorable de la presencia ya en el año 298 de un alto funcionario en el ámbito de la *diocesis Hispaniarum*, que sería más adelante esbozada por el *laterculus Veronensis*. A su vez, la anexión de la Mauritania Tingitana a las diócesis hispanas podría datarse igualmente a mediados de los años noventa del siglo III. Los siguientes *uicarii* hispánicos son documentados por primera vez en época constantiniana. Así, *Q. Aeclanius Hermias, u(ir) p(er)fectissimus a(gens) u(ices) praef(ectorum) praet(orio)*, erigiría una estatua de Constantino I en *Corduba* entre 312/315 y 324 (*CIL*, II²/7, 263), mientras que *Septimius Acindynus, u(ir) c(larissimus) agens per Hispanias V c(um) p(rouincia) T(ingitana) uice sacra cognoscens* (sobre la correcta reconstitución de las abreviaturas: Alföldy 2007, 329), haría instalar en *Tarraco* igualmente una estatua para un miembro de la casa imperial de Constantino (*RIT*, 97; supuestamente entre 324 y 326), siendo él mismo honrado con una inscripción en *Augusta Emerita* (*HEp*10, 55b; Saquete 2000). La designación del cargo de *Acindynus* indica, junto al testimonio proporcionado por el *laterculus Veronensis*, que a más tardar a principios del reinado de Constantino I, el ámbito de actuación del *a(gens) u(ices) praef(ectorum) praet(orio)* en Hispania era una unidad territorial claramente definida. Todo habla a favor (en contra: Noethlichs 1982) de que esta situación ya habría existido bajo Diocleciano. Tal como demuestran los testimonios mencionados y otros documentos, el *uicarius* habría ejercido a principios del siglo IV en diversos lugares de la diócesis hispana, como por ejemplo en *Tingi*, *Tarraco*, *Corduba* (*CIL*, II²/7, 270), *Hispalis* (*Cod. Theod.* 3, 5, 6 [a. 332?]) y *Augusta Emerita*.

Una importante consecuencia de las reformas dioclecianas fue el establecimiento o ampliación de centros administrativos. Así, ciudades como *Carthago Noua* y –también supuestamente– *Bracara Augusta* (*EE*, VIII, 2, 117; Tranoy 1981, 404; según Haensch 1997, 173-174, es más probable, sin embargo, que se tratara de *Asturica Augusta*; ver *IRPL*e, 4), se convertirían, dentro de las recién creadas provincias *Carthaginensis* y *Gallaecia*, en residencias del gobernador. Junto a ellas se mantuvieron las antiguas capitales de provincia existentes en época altoimperial: *Tarraco* para la *Tarracensis*, *Augusta Emerita* para *Lusitania* y seguramente también *Corduba* para la Bética; habida cuenta de que no existen indicios convincentes de que, según se suponía tradicionalmente (ver, por ejemplo: Albertini 1923, 123-125), la sede del gobernador se hubiera trasladado a *Hispalis* a lo largo del siglo IV. Las evidencias epigráficas parecen señalar claramente lo contrario (*CIL*, II²/7, 261-265; así como: *HEp*8, 180 = *AE*, 2000, 735; al respecto: Stylow 2000). Gracias a nuevos

hallazgos epigráficos es posible igualmente determinar el lugar donde se encontraba la sede del *uicarius Hispaniarum* tras la estabilización del sistema de diócesis a principios del siglo IV (*HEp*10, 55b; y, especialmente: Hidalgo/Méndez 2005). Si éste, tal como hemos visto, parece haber ejercido en lugares diversos, su residencia principal se hallaba, como muy tarde desde mediados de época constantiniana, sin duda en *Augusta Emerita* y no en *Hispalis*, como sostenía parte de la historiografía anterior, que se basaba sobre todo en el testimonio de Ausonio (Auson. *Ordo nob. Urb.* 81-85). Ausonio proporciona una lista de los centros administrativos más importantes de Hispania en el siglo IV (son mencionadas *Corduba*, *Tarraco* y *Bracara*), destacando entre ellos, particularmente, una ciudad *submittit cui tota suos Hispania fasces*. El nombre de esta ciudad aparece referido en los manuscritos transmitidos del autor por una parte como *Hispalis* (Green 1991, 172, 577-587, se inclina aún por esta lectura, aunque su explicación resulta poco convincente) y, por la otra, como *Augusta Emerita*. A la luz de los testimonios epigráficos y arqueológicos, ésta última es seguramente correcta (en este sentido: Étienne 1982).

Al dirigir finalmente la mirada hacia las estructuras organizativas interprovinciales, en primer lugar hacia el *concilium prouvinciae*, cuya cúpula estaba ocupada por un sacerdote superior provincial (*flamen prouvinciae*), responsable de la organización del culto imperial (Deininger 1965, 121-131), así como hacia los distritos jurídicos (*conuentus*), que disponían en general igualmente de sus propias instituciones (Ozcáriz 2006), podemos divisar un alto grado de continuidad al menos hasta mediados del siglo III. Especialmente bien documentada es la persistencia del funcionamiento de la organización provincial en la Bética: en el año 245, la *prou(incia) Baet(ica)* erigió en *Corduba* una estatua del emperador Filipo el Árabe *ex decret(o) concili* (*CIL*, II²/7, 255; sobre esto véase: Stylow 1989, 403-405); otros honores a miembros de la familia imperial, igualmente realizados por la provincia en su conjunto (aunque sin la referencia explícita al *concilium*), se llevaron a cabo en *Corduba* y *Astigi* entre 250 y 260 (*CIL*, II²/7, 258 y 259; Sáez *et al.* 2005, 304-305; ver más arriba el apartado 1 de esta contribución). De la *Hispania Citerior*, no se conocen inscripciones imperiales comparables, aunque allí el *concilium p(rouincia) H(ispaniae) C(iterioris)* alabó a mediados del siglo III a un senador, que supuestamente habría acudido a *Tarraco* en ejercicio de su cargo (*RIT*, 146). Sobre la misma época, el *eques M. Bombius Rusticus*, que desempeñaba el cargo de *aduoc(atus) fisci sacrar(um) cogn(itionum) Hisp(aniarum) trium*, fue nombrado *patronus prouvinciae* en la *Hispania Citerior* (*RIT*, 156; Alföldy 2000, 53-54). No conservamos testimonios de finales del siglo III y principios del IV; sin embargo, casi con toda seguridad, los concilios provinciales fueron

mantenidos también en época tardoantigua. Así, una inscripción honorífica de *Malaca*, informa sobre una estatua ecuestre que fue erigida por el *ordo* de la ciudad sobre 357 para el gobernador de la Bética [*co]n-sensu totius prouinciae* (CIL, II, 1972; Stylow 2000, 432-433, 436). Algo más tarde, en el año 364, *Flavius Sallustius, uicarius Hispaniarum* sería honrado por el conjunto de las provincias hispanas con una estatua en Roma (CIL, VI, 1729 = ILS, 1254: *missis legat(is) ... Hispaniae dicauerunt*).

Durante el siglo I y II, los *flamines prouinciae* eran frecuentemente honrados con monumentos estatuarios. En este sector, los cambios en el *epigraphic habit* en la península Ibérica son especialmente visibles (consúltese el apartado 1 de esta contribución). Así, ninguna de las numerosas estatuas dedicadas a un *flamen* en la *Hispania Citerior* parecen ser erigidas posteriormente al año 200 (Deininger 1965, 127-128; Alföldy 1973, 14-17). De igual modo, todas las inscripciones de este tipo provenientes de *Lusitania* son datadas en los siglos I y II (Lefebvre 2001). Solamente en la Bética, a principios del siglo III, algunos *flamines* son aún honrados con una estatua en *Corduba* (CIL, II²/7, 292 y 297; y particularmente: CIL, II²/7, 295 del año 216; Panzram 2003). Esta costumbre igualmente parece haber desaparecido poco después; sin embargo, los sacerdotes superiores provinciales siguieron siendo elegidos, tal como puede observarse en la Bética, donde éstos aparecen aún en dos inscripciones imperiales de mediados del siglo III como sistema de datación (CIL, II²/7, 255 y 259; ambos con la expresión *flamonio*...). Se trata de los testimonios epigráficos más tardíos de *flamines* provinciales en Hispania. Es no obstante probable que esta institución —como en otras provincias del Imperio— siguiera existiendo a finales del siglo III y durante el siglo IV (Stylow 2001, 148). Así, una prescripción del concilio de *Iliberris* de principios del siglo IV (ver capítulo siguiente), en la cual son referidos *sacerdotes qui... coronas portant (conc. Iliberr. can. 55)*, remite supuestamente a los sacerdotes superiores provinciales.

Menos continuidad hubo en el ámbito del *conuentus*. Éstos son documentados como unidades en funcionamiento por última vez a final de época severa: el 13 de abril de 222, un antiguo legado de la *legio VII Gemina* fue nombrado *patronus* de la institución por el *concilium conuentus Clunien[s(is)]* (CIL, VI, 1454 = ILS, 6109; al respecto: Ozcáriz 2006, 67-68), y entre 222 y 235 el *conuentus Karthag(inensis)* erigió en *Carthago Noua* una estatua a *Iulia Mamaea* (DECAR, 44). En los siguientes años, los *conuentus*, que en esta época ya no aparecen referidos en las inscripciones, parecen haber perdido importancia en la administración provincial. En cualquier caso, hacia finales del siglo III y como consecuencia de las reformas diocleciáneas, que llevarían a la división de la *Hispania Citerior* (ver

más arriba), los antiguos límites de los *conuentus* ya no parecen ser considerados. Menciones posteriores aisladas de *conuentus*, como en Hidacio (Hyd. Chron. 172, sobre el *conuentus Bracarensis*, o 189, sobre el *conuentus Lucensis*; Kulikowski 2004, 62-63) o en algunos documentos eclesiásticos (Lomas 2002, 29) resultan más bien anacrónicas.

Al ensayar un breve resumen de las referidas evoluciones, en general, no es posible afirmar que las reformas administrativas durante el siglo III en Hispania —como en todo el Imperio— se hubieran llevado a cabo siguiendo un ritmo uniforme y un «plan maestro» que habría afectado a todas las provincias. Más bien, hay que asumir que el gobierno central reaccionaba en situaciones y casos específicos, lo que podría explicar una forma de proceder diferenciada para cada región. En este sentido, medidas individuales, como la creación de una provincia independiente como *Hispania Superior* a principios del siglo III, podían ser revocadas por necesidad. Desde una perspectiva global, la impresión es la de una evolución paulatina de largo alcance desde principios del siglo III hasta principios del siglo IV. Las intervenciones del gobierno central en la estructura de las provincias hispanas (como en el noroeste de la *Hispania Citerior* bajo los Severos o en el caso de la Bética a mediados del siglo III) refieren el continuado interés del Estado en estas regiones, relevantes desde el punto de vista económico, aun al considerar el hecho de que tanto la actividad minera en *Asturia et Gallaecia* (Domergue 1990, 215-223, 309-314; Witschel 1999, 176-177; esto no significaría, sin embargo, el final definitivo de las minas de la Hispania nordoccidental: Edmondson 1989; Alföldy 2000, 37, 40, 48-49), como el abastecimiento de la *annona* estatal con aceite de oliva proveniente del sur de Hispania, retrocedieron aparentemente a lo largo del siglo III (Arce 1998, 358-359), a consecuencia de lo cual Hispania, en general, no siguió siendo tan importante como al principio del Alto Imperio. En vista de las medidas tetrárquicas, es posible afirmar que no se aplicó ningún «modelo global» válido para todo el Imperio, ya que la división de la *Hispania Citerior* en varias provincias se habría producido claramente en un momento anterior a otras reformas provinciales similares en África (a mediados de los años 90 del siglo III en Hispania, supuestamente en el año 303 en África: Di Vita-Evrard 1985; y Witschel 2006b, 190-191). Finalmente, es importante destacar que las reformas diocleciáneas llevaron a cabo y continuaron medidas anteriores, aunque, en parte, de forma diversa: así, se concluyó la instauración de la provincia autónoma de *Gallaecia*, que ya se había intentado a principios del siglo III, ampliándose sustancialmente el territorio de la provincia en comparación con el precedente. Pero también la anexión de la *Mauretania Tingitana* a la diócesis hispana no haría sino culminar un largo pro-

ceso de necesaria y cada vez más estrecha colaboración entre ambas regiones, ya iniciado con las invasiones maurus bajo Marco Aurelio, anteriormente tratadas (ver apartado 2 de esta contribución).

4. Las ciudades de Hispania en el siglo III

Las comunidades cívicas auto-administrativas (*ciuitates*) conformaron una de las piedras angulares en que se sostuvo el Imperio romano. En Hispania existían excepcionalmente muchas de estas corporaciones territoriales autónomas, particularmente fuertes en el urbanizado oriente y sur de la península Ibérica. Su número no es exactamente conocido, aunque pudo sobrepasar las 400. La mayoría de ellas disponían del estatus de *colonia* o de *municipium*, por lo menos desde la época flavia, cuando el emperador Vespasiano concedió a toda Hispania el *ius Latii*. Para evaluar de forma adecuada la evolución de la Hispania romana en los siglos III y IV, es esencial apreciar la situación de las comunidades cívicas en esta época. Durante mucho tiempo, los paradigmas de «crisis» y «decadencia» generales afectaron especialmente esos ámbitos: es opinión de muchos investigadores que las ciudades hispanas se habrían visto inmersas, desde principios del siglo III, en un imparable proceso de decadencia, que finalmente habría provocado que apenas sobrevivieran como unidades funcionales en la Antigüedad Tardía —solo unos pocos habitantes habrían vivido entre sus ruinas, mientras que las elites se habrían retirado a sus suntuosas villas rurales—. Recientes investigaciones han modificado sustancialmente esta imagen, de modo que las ciudades hispanas en la Antigüedad Tardía aparecen ahora bajo una luz más positiva (Arce 1993b, 2002; Fuentes 1997; García Moreno/Rascón 1999; Kulikowski 2004, 2006). En consecuencia, la evolución de las comunidades cívicas durante el siglo III debe ser interpretada desde una perspectiva diferente (Cepas 1997, 135-248; Pérez 1999, 421-433; Witschel 1999, 273-284).

Así, es posible señalar, ante todo, algunos elementos de continuidad entre el siglo II y el siglo IV, que habrían evitado el colapso del orden habitual en la mayoría de ciudades hispanas durante el siglo III. Las numerosas inscripciones imperiales de mediados del siglo III (asunto tratado anteriormente, en el apartado 1 de esta contribución), muestran la continuidad en muchos lugares de órganos ciudadanos como el consejo ciudadano (*ordo decurionum*). La mayoría de estas inscripciones y de las estatuas a ellas asociadas fueron erigidas en nombre de la ciudad por decreto del consejo o de los decuriones (así, por ejemplo, la base CIL, II²/5, 620, para Tranquillina, la mujer del emperador Gordiano III, la cual *ordo m[unicipii] Flor[entini] Iliberritani ... sumptu publico posuit d[ecreto] d[ecurionum]*; IRCP, 3,

para el emperador Valeriano, erigida por parte de la *res p[ublica] Osson[obensis] ex decreto ord[inis] ... d[ecreto] d[ecurionum]*; CILA, 3, 86, igualmente para el emperador Valeriano, realizada por la *res publica Ca[st]ul[onensium] ... ex d[ecreto] d[ecurionum]*; o IRC, IV, 24, para el emperador Claudio II por parte del *ordo Barc[inonensium]*). Este tipo de evidencias no solo se encuentran en grandes centros urbanos, sino también en pequeñas ciudades, como *Sigarra* (IRC, I, 18 = HEp12, 72), *Saetabis* (IRST, 3), *Ebusus* (CIL, II, 3660 = HEp2, 52), *Baria* (CIL, II, 5947), *Tutugi* (CILA, 4, 157), *Tucci* (CIL, II²/5, 79-80), *Singili Barba* (CIL, II²/5, 577-579) o *Callet* (CILA, 4, 1219). Junto a la continuidad de estructuras municipales, estos testimonios constatan asimismo la voluntad de las comunidades de aparecer, a través de la concesión de honores al emperador de turno —a pesar de los numerosos cambios de gobierno—, como parte del Imperio (Kulikowski 2004, 32). En la denominación de las comunidades cívicas, es posible observar desde principios del siglo III una cierta nivelación, ya que en muchos lugares, el término *colonia* o *municipium* (incluyendo los respectivos títulos) fue sustituido por una combinación entre la denominación *res publica* (Dardaine 1993) y los antiguos toponímicos, mayormente pre-romanos. Así, la *colonia Patricia* se convirtió en la *res publica Cordubensis* (CIL, II²/7, 257); la *colonia Augusta Gemella*, en la *res publica Tuccitanorum* (CIL, II²/5, 74; el antiguo nombre de la ciudad *Augusta Gemella Tuccitana* es, sin embargo, aún testimoniado en el siglo VI: CIL, II²/5, 156), mientras que la *colonia Claritas Iulia* se convirtió en *res publica Vcubitanorum* (CIL, II²/5, 442, así como 446, sobre un *decurio Vcubitanorum*). A diferencia de África, donde la lucha por los respectivos títulos jurídicos municipales continuó asumiendo una gran importancia durante todo el siglo III (Kotula 1974; Witschel 2006b, 192-211), en Hispania, ya municipalizada casi por completo hacia finales del siglo I, ésta ya no parece haber tenido más un valor creciente —lo cual no quiere decir, sin embargo, que por ello el orgullo ciudadano hubiera sufrido retrocesos relevantes.

A partir de mediados del siglo III, a causa de la transformación de la cultura epigráfica en Hispania (ya analizada en un apartado anterior de este capítulo), otras instituciones centrales y elementos de la vida ciudadana dejan de ser bien documentados. En este punto, sin embargo, es necesaria una gran cautela y evitar llegar a la conclusión de que la ausencia de evidencia epigráfica debe automáticamente interpretarse como la desaparición de un fenómeno tan arraigado. Tales argumentos *e silentio* son de todos modos peligrosos, si bien en el caso de las ciudades hispanas existen positivos indicios de una continuidad institucional (ver síntesis en: Kulikowski 2004, 39-49), que demuestran en qué medida resulta a menudo problemático basarse en exceso en un único tipo de fuente. Así, en

las inscripciones hispanas, magistrados municipales, sacerdotes y otros titulares de cargos, como *Ilviri, flamines, principales* e, incluso, *curatores rei publicae* solo aparecen esporádicamente a partir de época severa (así: *CIRG*, I, 87, sobre *principales*; o *RIT*, 155, sobre un *cur(ator) r(ei) p(ublicae) Tarraconensis*; Curchin 1990, 115-122; Arce 2002, 45-47). A pesar de estas evidencias, no podemos asumir, de todos modos, que en la Hispania tardorromana las instituciones municipales fueran considerablemente marginalizadas o desaparecieran por completo. En contra de esta postura, otras fuentes mencionan la continuidad de estas estructuras. Un testimonio destacable al respecto son los *canones* del concilio de *Iliberris*, que tuvo lugar a principios del siglo IV y que, por primera vez, reunió a un gran número de representantes de las comunidades cristianas hispanas, especialmente de la Bética (Panzram 2002, 212-216; Kulikowski 2004, 39-43). Entre otras cosas, se abordaron los problemas derivados de la conversión, cada vez mayor, de familiares de las elites ciudadanas al Cristianismo y, particularmente, el tratamiento que debían recibir los magistrados locales convertidos. Esta problemática afectaba ante todo a los sacerdotes del culto imperial (*flamines*), que seguían participando en sacrificios (*conc. Ilib. can. 2*) o, por lo menos, celebraban juegos (*munera*) según la antigua tradición (*ibid. can. 3*). Asimismo, se acordó que un magistrado local en el año en que ejercía como *Ilvir* no tuviera contactos con la Iglesia (*ibid. can. 56*). Todo ello permite afirmar que la vida urbana –por lo menos en el ámbito político-administrativo– a principios del siglo IV, en muchos lugares de la Bética, habría seguido transcurriendo por las vías tradicionales. Otras fuentes del siglo IV pueden confirmar esta impresión. Éstas afectan sobre todo a los *ordines* o a las *curiae*, que –tal como hemos visto anteriormente– son aún bien testimoniados epigráficamente a finales del siglo III y que, desde principios del siglo IV desaparecerían de las cada vez más escasas inscripciones de carácter público. Así, uno de los pocos textos jurídicos tardoantiguos referidos a Hispania (*Cod. Theod.* 12, 1, 4, del año 317), confirma que los consejos ciudadanos (*concilia*) siguieron celebrándose de forma regular en la península Ibérica y que aún existía un regulado *cursus* de magistraturas municipales. Finalmente, un discurso de Símaco (*Simm. Or.* 8) muestra que el *Emeritensis ordo* siguió siendo, a finales del siglo IV, una institución influyente, que intentó en la medida de lo posible no perder a sus miembros.

La inversión financiera de las elites locales en las ciudades tuvo una importante función durante el Alto Imperio. El llamado evergetismo (en latín *munificentia* o *liberalitas*) contribuyó principalmente a elevar el prestigio social del benefactor que, a menudo, aparecía referido en las inscripciones. Objeto de donaciones eran sobre todo edificios públicos, aunque también

juegos o alimentos para la población urbana. No puede dudarse del hecho de que el número de inscripciones que halagan tales actos de munificencia disminuyó claramente desde finales del siglo II. Las inscripciones monumentales urbanas (ver más arriba) son, a mediados del siglo III, prácticamente desconocidas, mientras que los pocos *tituli* conservados de finales del siglo III y principios del siglo IV, atestiguan una implicación cada vez más intensa del emperador o de la administración provincial en el ámbito de la construcción. Así, entre 286 y 293, los emperadores Diocleciano y Maximiano erigieron (*feri iusserunt*) en Tarraco la *porticus Iouiae [basilicae?]*, cuya supervisión era responsabilidad del gobernador de la *Hispania Citerior* (*curavit et de[dica]uit*; ver *RIT*, 91). En la misma ciudad, es celebrado otro gobernador de principios del siglo IV como *restitutor thermarum Montanarum* (*RIT*, 155), y en *Olisipo*, en el año 336, fueron reconstruidas completamente las *thermae Cassiorum*, siguiendo las instrucciones (*iuxta iussionem*) del gobernador de la *Lusitania* (*CIL*, II, 191 = *ILS*, 5699; Andreu 2001). Esta fuerte influencia de la administración provincial y, particularmente, del gobernador en la construcción de obras municipales era habitual desde finales del siglo III y puede constatararse asimismo en otras provincias. Esto no significaba, sin embargo, que con ello las instituciones ciudadanas hubieran perdido su influencia en las actividades constructivas –ahora en gran parte centradas en trabajos de restauración–. Éstas encargaban a menudo a un supervisor local y asumían, por norma, también los costes de los trabajos. Sin embargo, para ello ya no se recurría generalmente a fundaciones, sino a fondos público acumulados en el tesoro de la ciudad (ver síntesis en: Lepelley 1999). Menciones epigráficas de tales medidas se habrían realizado al parecer, tan solo, en muy contados casos. En este punto, es además necesario indicar que la dependencia por parte de las comunidades cívicas de la munificencia de sus acaudalados ciudadanos ha sido tradicionalmente sobrevalorada por la Historiografía (Eck 1997): tales donaciones contribuyeron en gran medida a la ampliación de centros urbanos, pero tras el retroceso del *boom* de la construcción –en Hispania, desde principios del siglo II– se dio preferencia esencialmente al mantenimiento de los edificios, que fue financiado fundamentalmente por medios ciudadanos.

También las celebraciones lúdicas, que habían sido financiadas por ricos evergetas (ver *CIL*, II²/7, 221, de *Corduba*: un *Ilvir* y *flamen* de época severa erigió estatuas *edito ob honorem flaminatus munere gladiatorio et duabus lusionib(us)* y las dedicó *factis circiens(ibus)*), dejan prácticamente de atestiguiarse en la epigrafía hispana desde principios del siglo III. Análisis arqueológicos indican, en este sentido, que a partir de finales del siglo II, edificios lúdicos como teatros y anfiteatros decayeron progresivamente, o fueron totalmente

abandonados, en no pocos lugares (ver más abajo). Es necesario, sin embargo, optar por la cautela, ante la tendencia a interpretar esta evidencia como el agotamiento definitivo de la actividad lúdica de las ciudades. Hemos podido ya observar que, aún a principios del siglo IV, los *munera* organizados por los *flamines* eran, para los obispos reunidos en *Iliberris*, suficientemente importantes como para mencionarlos explícitamente; y otra ordenación del concilio abordó la cuestión del ingreso de *aurigae* y *pantomimi* en la comunidad cristiana (*conc. Ilib. can.* 62). En *Augusta Emerita*, es conocida, además, la inscripción funeraria de un *auriga* cristiano (*CICMe*, 51; ver, sin embargo, las observaciones críticas de Arce 2001, 273-277). Además, el motivo de los juegos aparece representado en algunos mosaicos tardoantiguos hispanos. Finalmente, éste es referido en una carta de principios del siglo V dirigida a los obispos hispanos por parte de Inocencio I, quien se queja de los clérigos y obispos, quienes, con anterioridad, habían ofrecido al pueblo *uoluptates et editiones* ejerciendo como *curiales* o *flamines* (epist. 3, 4-5 [*Pan. Lat.* 20, 491-492]; sobre ello: Lepelley 1997, 347). Todo ello indica que la celebración de juegos, a través de los cuales se obtenía, también en la Antigüedad Tardía, un prestigio social considerable, no se detuvo por completo en Hispania durante los siglos III y IV. Lo que sí cambió fue la conmemoración de tales prácticas para la comunidad: mientras que ésta era durante el Alto Imperio a menudo perpetuada en las inscripciones, se tendía ahora hacia formas temporales de agradecimiento, como aclamaciones en los edificios lúdicos. Esta costumbre no está directamente atestiguada en Hispania, aunque sí es conocida en otras regiones del Imperio romano en época tardoantigua (Borg/Witschel 2001, 93-104). No se puede, en todo caso, afirmar un declive absoluto de las elites municipales en la Hispania tardorromana (Le Roux 2001).

Al lanzar una mirada al conjunto de la red de ciudades de las provincias hispanas, es posible asimismo observar un alto grado de continuidad más allá del siglo III. Esto no es solo válido para los grandes centros, sino también para muchas pequeñas ciudades, que imprimían la imagen de Hispania. Diferentes indicios, como las mencionadas inscripciones imperiales de mediados y finales del siglo III, nuevos datos arqueológicos, que confirman en muchos lugares la continuidad de asentamientos hasta época visigoda, o documentos cristianos, como las actas del concilio de *Iliberris*, en el cual participaron también obispos y sacerdotes de pequeñas comunidades de la Bética como *Iliturgi*, *Igabrum*, *Carbula*, *Singili Barba* o *Epora* (aunque el número de sedes episcopales en época tardoantigua era en Hispania claramente inferior al de África: Lepelley 1993, 22-23), indican que la mayoría de comunidades sobrevivirían por lo menos como unidades político-administrativas, a menudo también como centros de

asentamientos regionales, hasta el siglo V o VI. Así, aparentemente, el número de comunidades cívicas autónomas en el siglo IV no habría sufrido una reducción decisiva respecto a la situación en el Alto Imperio (Kulikowski 2004, 47-48, 83, con nota 95).

Esta (relativa) estabilidad de la red urbana queda reflejada en el caso concreto del *conuentus Tarraconensis* (Pérez 1999, 20-63). Actualmente se conocen, para la época altoimperial, 19 o 20 ciudades autónomas. Las evidencias permiten constatar una continuidad de la vida urbana durante los siglos III y IV, no solo en grandes centros como *Tarraco* (ver más arriba), *Barcino* (*IRC*, IV, 24-27; Gurt/Godoy 2000), *Saguntum* (*CIL*, II²/14, 314-318; Aranegui 1992) o *Valentia* (*CIL*, II²/14, 16-20; Ribera i Lacomba *et al.* 1989), sino también en pequeñas ciudades como *Iesso* (*IRC*, II, 73; Pera/Uscatescu 2007), *Baetulo* (*IRC*, I, 135-137; Padrós 1985), *Iluro* (Cela/Revilla 2004) o *Emporiae* (Nolla 1993; Aquilué *et al.* 1999a, 106-115), en las que testimonios epigráficos, la mención a la sede episcopal o evidencias arqueológicas, indican la continuidad de ciertas actividades ciudadanas. No obstante, los estudios arqueológicos en estos lugares muestran también considerables cambios en la imagen externa de los asentamientos, que, a través de procesos a largo plazo de transformación desde los siglos II y III hasta V y VI, habían perdido el monumental urbanismo que caracterizaba el dibujo de las ciudades en época altoimperial (ver más arriba).

Similares resultados ha aportado el análisis de la vida urbana romana en el meseta sur (la parte sur de la provincia *Hispania Citerior*): en este contexto, muchos municipios continuaron existiendo como unidades administrativas hasta época visigoda, durante la que las sedes obispaes seguirían desempeñando una importante función. Solamente unas pocas comunidades cívicas parecen haber perdido su autonomía en época tardoantigua, siendo anexionadas a centros más grandes (Alföldy 1987b, 118-119). Algunas inscripciones de mediados y finales del siglo III testimonian de nuevo una continuidad de las instituciones municipales (*AE*, 1987, 662 = *HEp*2, 367, de *Ercauica*; *AE*, 1982, 607 = *HEp*2, 391, de *Valeria*; *AE*, 2003, 980 = *HEp*10, 295, de *Segobriga*; *CIL*, II, 3073, de *Toletum*). Entre finales del siglo II y el siglo IV, esta región también se vería afectada por un importante proceso de transformación urbanística. El elemento más llamativo es el abandono o reestructuración de la mayoría de edificios o espacios públicos, como por ejemplo el foro de *Valeria*. En algunos casos, como en *Ercauica*, el asentamiento se trasladaría por completo. Especialmente bien excavado es el centro urbano de *Segobriga*: allí se abandonaron, a principios del siglo IV, importantes estructuras lúdicas como el teatro y el anfiteatro, siendo más tarde reformadas como edificios de viviendas; sin embargo, la presencia de una gran iglesia y una relevante necró-

polis en la Antigüedad Tardía indican que el número de habitantes de la ciudad siguió siendo significativo (Almagro/Abascal 1999; Abascal/Almagro/Cebrián 2005). Otra importante evolución de esta época fue que solo algunos lugares se distinguían por su relevancia y consiguieron superar a otras ciudades. Este fenómeno puede comprobarse en el caso de *Complutum*, donde a finales del siglo III y en el siglo IV, tuvieron lugar numerosas actividades constructivas, tanto en el sector público (la restauración del foro, por ejemplo: *HEp*4, 516), como en el de viviendas privadas (Rascón 1999). Peor documentado arqueológicamente, pero relativamente bien conocido en las fuentes históricas, es la ascensión de *Toletum* (Carrobbles 1999). En síntesis, puede afirmarse que en el sur de la meseta la mayoría de ciudades romanas continuaron siendo importantes centros de asentamiento hasta, por lo menos, el siglo VI-VII (Fuentes 1993, 187).

Finalmente, cabe indicar una cierta continuidad funcional incluso para aquellas ciudades que a finales del siglo II sufrirían una clara transformación, como fue el caso de *Italica* (Bética). A principios del siglo II, la construcción de la *urbs noua* de *Italica* se convirtió rápidamente en un proyecto demasiado grande, que provocó que una parte de los edificios se desmoronaran poco después (León 1992). Toda una serie de inscripciones de finales del siglo III indica que las instituciones municipales se mantuvieron sin embargo intactas (*CILA*, 2, 370-375). Otro fragmento (*CILA*, 2, 438 = *AE*, 2002, 712; Cimarosti 2002) puede interpretarse como el resto de una inscripción monumental que parece evidenciar que los miembros de la casa imperial de Constantino habrían donado un edificio en *Italica*. La ciudad habría así seguido siendo un centro vital a principios del siglo IV. Si bien otras ciudades siguen adoleciendo de la falta de testimonios explícitos de continuidad de la vida ciudadana a finales del siglo III y en el siglo IV, este problema es no pocas veces una consecuencia de la transmisión de las evidencias y del estado de la investigación. Existen, por el contrario, relativamente pocos casos en los cuales se puede afirmar que una comunidad cívica hispana se encontrara completamente en el ocaso ya durante el siglo III (ver más arriba). En general, puede asumirse una relativamente alta estabilidad de la red urbana en la Hispania tardorromana.

Otro paradigma, establecido durante mucho tiempo por la historiografía de la Hispania tardorromana, ha sido también considerablemente modificado. Se trata de la supuesta ruralización, extendida en amplias zonas de la península Ibérica a partir del siglo III, y que habría provocado, supuestamente, la pérdida de importancia de los centros urbanos de los alrededores, que se habrían convertido, a la postre, en estrechos paisajes ruinosos escasamente habitados. Resulta hoy en día indiscutible que, a partir de finales del siglo III, las

elites hispanas invirtieron considerables medios en la construcción de (en gran parte ya existentes) enormes y ostentosas villas rurales, localizadas en casi todas las regiones de las actuales España y Portugal, en parte en las inmediaciones de los centros urbanos, como en Centcelles, cerca de *Tarraco* (Hauschild/Arbeiter 1993), en parte bastante alejadas de éstos, como en la región de la meseta norte (ver, en síntesis: Ariño/Díaz 2002). Estas *uillae* contenían unas *partes urbanae* ricamente equipadas, que evocaban, a través de sus mosaicos la lujosa vida y el elevado nivel cultural de sus propietarios, creando con ello un ambiente «urbano» en el campo. Las villas desempeñaban asimismo la función de representar socialmente a sus propietarios. No pocas veces, éstas contenían, además, estructuras religiosas como templos y, más tarde, iglesias. Todos estos elementos indican un cierto traslado del significado de la relación entre ciudad y campo. No es posible, sin embargo, afirmar a partir de esta evidencia, que esta transformación hubiera desprendido la cultura de la *uilla* del dominio de las ciudades, creando una autonomía de las regiones agrícolas. Ante todo, hay que señalar que los centros urbanos siguieron siendo los focos principales de la vida política y religiosa, ya que en ellos residían los magistrados de la administración provincial, los magistrados de la ciudad, así como los obispos. En el sector económico puede igualmente observarse que las villas, con frecuencia, no eran autárquicas, sino que siguieron estando orientadas hacia los mercados urbanos y dependieron de ellos (este es el caso, por ejemplo, de la gran *uilla* de São Cucufate: Alarcão/Étienne/Mayet 1990, 235-255, 298f.; ver, en general: Witschel 1999, 270-271, con nota 35 y 38; Ariño/Díaz 2002, 71-76). La función central de las ciudades se mantuvo, pues, en sus sectores más importantes. Algo parecido puede observarse en la vecina Aquitania: también allí muchas estructuras rurales fueron convertidas en lujosas residencias de la elite (Balmelle 2001; Witschel 2004-2005, 256-258). Los miembros de la elite aquitana del siglo IV no vivían, no obstante, exclusivamente en sus villas rurales. Más típico parece el comportamiento descrito por el senador y poeta Ausonio: «transeo et alternis rure uel urbe fruor» (Auson. *Hered.* 29-32; al respecto: Sivan 1993, 66-73). Así, dependiendo de la necesidad, las elites se aferraban en parte al campo, en parte a la ciudad (donde era necesario, consecuentemente, poseer una *domus* representativa) –tal como había ocurrido siempre entre los nobles romanos–. Las elites de la Hispania tardorromana parecen, a partir de lo que conocemos, haberse comportado de la misma forma (Kulikowski 2001; 2004, 130-150). Las ostentosas residencias urbanas de la Antigüedad Tardía no son tan bien conocidas en España como las villas rurales; las evidencias de *Barcino* (Gurt/Godoy 2000, 430-434), *Complutum* (Rascón 1995, 173-182 y 1997) y *Augusta Emerita* (Panzram 2002, 293-297; Dupré 2004, 67-

83), demuestran, con todo, que la existencia de tales *domus* no era tan limitada.

Además de las líneas de continuidad de la vida urbana en la península Ibérica más allá del siglo III, no hay que infravalorar la transformación de la red urbana de la Hispania romana, sobre todo visible en la estructura interna de los centros urbanos a partir de finales del siglo II. Ante todo, hay que constatar que, a lo largo del tiempo, se produjo una progresiva jerarquización del paisaje de las ciudades, a través de la cual los centros políticamente más importantes y grandes se despegarían cada vez más del resto de la comunidad. La reforma provincial emprendida por Diocleciano (ya analizada en el apartado anterior) reforzaría esta tendencia, a través de la cual unas pocas ciudades, actuando ahora como antiguos o nuevos centros administrativos, serían particularmente privilegiadas. En estos lugares, se documenta una considerable actividad constructiva a finales del siglo III y principios del IV, que no encontramos en la mayoría de asentamientos más pequeños. Un buen ejemplo lo constituye *Augusta Emerita*, que, sobre el año 300, se convertiría en la capital de la recién creada diócesis hispana (ver, en síntesis: Mateos 1995, 2000 y 2001; Panzram 2002, 287-305; Dupré 2004). A principios del siglo IV, como consecuencia de una iniciativa estatal, fueron restaurados tanto el teatro como el circo, tal como evidencian algunas inscripciones monumentales (*CIIAE*, 62-65; al respecto: Chastagnol 1976; Mateos 2001, 198-202; Arce 2001, 280-282; Dupré 2004, 55-65). Los diferentes espacios públicos de la ciudad parecen haber sido intensamente utilizados a finales del siglo III y principios del IV, tal como evidencian algunos hallazgos de bases de estatuas en esta época. Particularmente, el llamado Foro de la Colonia constituía un relevante lugar para la instalación de tales monumentos (*CIIAE*, 56-59; Saquete/Márquez 1997, 50-51; Hidalgo/Méndez 2005, 553-554). También en *Corduba*, la capital de la Bética, a finales del siglo III, se llevó a cabo un importante proyecto arquitectónico: la impactante estructura palaciega de Cercadilla (Hidalgo 1996), construida en la zona suburbana al noroeste de la ciudad, quizás en las cercanías de un circo ya existente (Hidalgo 1999). La finalidad de esta impresionante representación arquitectónica es un tema controvertido. Como consecuencia del hallazgo de un fragmento epigráfico con la mención de los *Caesares* Constancio I y Galerio, así como unas letras en bronce doradas (*CIL*, II²/7, 260a y 596a), se ha propuesto que el edificio pudo haber sido erigido en ocasión de la visita del emperador Maximiano (ver más arriba), quien pasó el invierno de 296/297 en el sur de España (Hidalgo/Ventura 1994; Haley 1994). Contra las interpretaciones del palacio como residencia imperial habla, sin embargo, el hecho que el edificio fue utilizado durante largo tiempo, pudiendo haber servido como sede administrativa del *praeses* de

la provincia Bética (Arce 1997; fuera de lugar me parece, por el contrario, la propuesta de un palacio episcopal: Marfil 2000, 120-123). En *Tarraco* (ver síntesis en: Keay 1991, 1996; Aquilué *et al.* 1999b; Panzram 2002, 82-107), ya a principios del siglo III, el anfiteatro fue completamente restaurado a iniciativa del emperador Eliogábalo (*AE*, 1990, 654; Alföldy 1997, 59-92). Hacia finales del siglo III, los emperadores Diocleciano y Maximiano donarían una *porticus* (*RIT*, 91), que supuestamente se habría erigido cerca del foro municipal de *Tarraco*. En el propio foro, entre finales del siglo III y principios del IV, se instalaron frecuentemente estatuas imperiales (*RIT*, 85-88 y 93). Lo mismo puede decirse de la gran plaza situada en la parte superior de la ciudad (*RIT*, 89-90, 92, 94-97; TED'A 1989, 446-448). En la primera mitad del siglo III, fue construida una nueva instalación termal (Macías 2004), mientras que a principios del siglo IV, las *thermae Montanarum* fueron sometidas a una restauración (*RIT*, 155). En *Bracara Augusta* puede igualmente observarse, que en los años en torno al 300, se llevó a cabo un importante programa de restauración de la ciudad (Martins *et al.* 1998; algo parecido puede afirmarse de *Lucus Augusti*: González/Carreño 1998). Una cierta excepción dentro de las capitales de provincia hispanas en la Antigüedad Tardía es la constituida por *Carthago Nova*, ya que no se conocen en este lugar inscripciones de finales del siglo III o del siglo IV (*DECAR*, 26-39, 51-52; Kulikowski 2004, 35). La propia ciudad había sido, a partir de finales del siglo II, sometida a considerables transformaciones urbanísticas (ver más abajo). Pero también aquí es posible detectar en el siglo IV un renacer o una continuidad de sectores específicos (Ruiz Valderas *et al.* 1993, 59-60).

En las principales sedes de los *conuentus* son constatadas, por el contrario, claras transformaciones, lo cual podría estar relacionado con el hecho de que, desde finales del siglo III, habían perdido su función en la administración provincial (ver más arriba, el apartado anterior). Algunas de estas ciudades perderían así, de forma progresiva, su pasada importancia como centros administrativos regionales. Este proceso puede observarse, por ejemplo, en *Clunia*, el centro del *conuentus Cluniensis*. Los testimonios epigráficos hallados en este lugar alcanzan solo hasta principios del siglo III. No disponemos de inscripciones más tardías, particularmente aquellas de carácter oficial (ver *ERClu*). A ello hay que añadir que la ciudad nunca fue elevada a sede episcopal. Los estudios arqueológicos en *Clunia* han demostrado, además, que algunos de los grandes edificios destruidos del centro del asentamiento, causados probablemente por los incendios de finales del siglo III, nunca más fueron reparados. Por otro lado, los hallazgos indican que *Clunia* tuvo, hasta, al menos, el siglo V, un considerablemente alto número de habitantes, entre los cuales debieron de contarse ricos ciudadanos,

tal como muestran las correspondientes residencias privadas, ampliadas a principios del siglo IV. La relativa importancia de *Clunia* como centro económico también parece haber continuado, de modo que no puede hablarse de una decadencia completa de la ciudad en la Antigüedad Tardía (Palol 1994). En otros *conuentus*, los antiguos centros regionales fueron, a lo largo del siglo III, perceptiblemente sustituidos por otras ciudades en su significado político-administrativo, lo que puede comprobarse relativamente bien a través de la distribución de inscripciones oficiales (*civic inscriptions*; tratadas en el apartado consagrado al *epigraphic habit*, en este mismo capítulo), aunque hay que tener en cuenta aquí el componente de casualidad en los hallazgos. Resulta así llamativo que en *Gades*, capital del *conuentus Gaditanus*, no se haya encontrado ninguna *civic inscription* datada con seguridad en el siglo III o IV (el *titulus* más tardío de este tipo es *IRPCádiz*, 121, una inscripción dedicada al *Diuus Commodus* erigida por la *res p(ublica) Gaditan(a) d(ecreto) d(ecurionum)*). Varias inscripciones de este tipo son, por el contrario, conocidas en *Malaca* (*CIL*, II, 1969; *CIL*, II, 4688 = *HEp*8, 357; *HEp*10, 374; *CIL*, II, 1972), lo que podría indicar que este lugar habría desempeñado la función de centro regional en el sur de la Bética a partir del siglo III. Algo parecido parece haber acontecido en *Lusitania* en los *conuentus Pacensis* y *Scallabitanus*, donde al parecer *Pax Iulia* pudo haber sido sustituida por *Ossonoba* (*IRCP*, 3-5), y *Scallabis* por *Olisipo* (*CIL*, II, 259; *CIL*, II, 188; *CIL*, II, 191 = *ILS*, 5699; Andreu 2001, 248).

Tal como se ha comentado más arriba, los centros urbanos hispanos sufrieron, desde finales del siglo II (en parte, incluso, con anterioridad), una transformación considerable de su imagen urbana. Este proceso se reforzaría en muchos lugares a lo largo del siglo III, alargándose durante toda la tardoantigüedad, viviendo a menudo una nueva fase de aceleración en el siglo V. Si bien este proceso no transcurrió de forma uniforme o al mismo ritmo en cada lugar, una visión de conjunto permite constatar, sin embargo, que casi en todos los sitios se produjo un retroceso de la monumentalidad urbana. Los generosos planes urbanos de principios de época imperial, realizados entre época augustea y principios del siglo II, tenían como principal finalidad la urbanización y la monumentalización del espacio público (Trillmich/Zanker 1990). Como resultado de ello, la mayoría de ciudades hispanas disponían de un gran número de edificios públicos, construcciones lúdicas y plazas. Tras el desinfe de la fase de expansión económica y social en Hispania, estas estructuras se revelaron como algo claramente sobredimensionado, de modo que en muchas ocasiones se optó por renunciar a parte de estas instalaciones, otorgándoles una nueva función o abandonándolas definitivamente. Esto no quiere decir, sin embargo, que las elites locales perdie-

ran todo interés en el mantenimiento de sus ciudades, ya que otras estructuras arquitectónicas sí fueron conservadas. Hay que asumir, más bien, que desde finales del siglo II, se estableció un proceso de selección, a través del cual las instituciones urbanas –aún en funcionamiento (ver más arriba)– tuvieron que decidir qué edificios o lugares todavía eran necesarios y cuáles no. Lamentablemente, no disponemos de fuentes que documenten tales deliberaciones, aunque éstas tuvieron que haber existido necesariamente, tal como evidencian los hallazgos arqueológicos.

La consecuente transformación urbanística es evidente incluso en los grandes centros hispanos. Así, en *Tarraco*, el teatro fue abandonado a finales del siglo II, y cubierto por pequeños edificios, probablemente utilizados como viviendas (Mar 1992, 163-172; Witschel 1999, 277-278; Panzram 2002, 91-92). También en *Corduba* se produjeron transformaciones del centro urbano ya en una época temprana, que comportaron el descuido de ciertas estructuras arquitectónicas (Ventura 1996, 147-148; Marfil 2000). Particularmente significativo es el proceso de transformación sufrido por *Carthago Noua*, donde ya a finales del siglo II, barrios enteros fueron abandonados, lo que provocó una clara reducción del espacio habitado durante la Antigüedad Tardía. También aquí el teatro fue recubierto de pequeños edificios que servían como viviendas (Ruiz Valderas *et al.* 1993; Ramallo/Ruiz/Berrocal, 1996; Ramallo 2000).

Mucho más fuerte fue la transformación del aspecto externo detectada en muchas pequeñas ciudades, existentes en gran número tanto en el este como en el sur de Hispania. También aquí, en la fase de expansión del urbanismo hispano de la segunda mitad del siglo I, se construyeron complejos públicos que, en parte, dominaban completamente los centros urbanos, pero que a menudo, tras dos o tres generaciones, resultaban demasiado grandes y costosos de mantener, en especial, cuando se producían catástrofes naturales, como terremotos. Con frecuencia, además, no resultaban absolutamente necesarios para la vida de las pequeñas comunidades. En consecuencia, estos edificios fueron relativamente pronto abandonados o reestructurados. Las nuevas imágenes urbanas surgidas a partir de finales del siglo II ya no estaban, por lo tanto, caracterizadas por la impresionante monumentalidad visual, sino que aparecían más bien –en contraste con lo que había sido estándar en el Alto Imperio– como ciudades «desordenadas», habida cuenta de que, a menudo, los residuos se abandonaban directamente en la ciudad, que algunos edificios se dejaron en ruinas y que, en ocasiones, incluso los muertos eran enterrados en áreas adyacentes (Sillières 1993b). A ello hay que añadir que tras la ola de inscripciones documentadas entre finales del siglo I y el siglo II en muchos de estos lugares, entre el III y el IV no se conocen *civic inscriptions*. Las

evidencias arqueológicas, y en ocasiones también las fuentes literarias, indican sin embargo, que muchas de estas pequeñas ciudades habrían sobrevivido tras estas transformaciones hasta, al menos, el siglo V-VI. En ellas seguían viviendo muchas personas y los asentamientos podían ser relevantes como centros artesanales y comerciales, pero también como sedes de instituciones políticas y eclesiásticas.

Un ejemplo significativo de las evoluciones descritas lo representan tres pequeñas ciudades, arqueológicamente bien estudiadas: *Baelo*, *Munigua* y *Celti*, en la Bética. Las tres vivieron en época altoimperial un importante desarrollo urbanístico, reflejado en las inscripciones que atestiguan la responsabilidad de las elites municipales en este fenómeno. Estos testimonios no superan, sin embargo, el siglo II (Bonneville/Dardaine/Le Roux 1988, para *Baelo*; *CILA*, 4, 1052-1115, para *Munigua*; Keay/Creighton/Remesal 2000, 141-175, para *Celti*), detectándose por la misma época importantes procesos de transformación en la estructura urbana. Así, en *Baelo*, el *macellum*, construido sobre el año 100 d.C. sobre un complejo de viviendas anterior, fue de nuevo abandonado a finales del siglo II —tras una fase de uso de pocas generaciones, aunque este proceso se prolongó durante un largo periodo—. A mediados del siglo IV, el área fue de nuevo reutilizada con viviendas. La construcción de un edificio representativo constituyó, por lo tanto, una fase efímera en la vida de la ciudad, si bien ésta se mantuvo hasta el siglo V-VI como un vital centro económico (Didierjean/Ney/Paillet 1986; Sillières 1995, 51-63, 120-125). En *Munigua*, a lo largo del siglo III, fueron abandonadas paulatinamente una serie de construcciones (sobre todo suntuosas viviendas, así como edificios públicos); en este caso hay que asumir que las destrucciones causadas por un terremoto en la segunda mitad del siglo III habrían tenido cierta incidencia. No obstante, la vida del asentamiento tras una fase de reconstrucción, hacia finales del siglo III, continuó existiendo, aunque a un nivel urbanístico moderado, durante la Antigüedad Tardía (Eger/Panzram, 2006). En *Celti*, a principios del siglo III, un complejo público (supuestamente el foro de la ciudad) fue reestructurado como viviendas, aunque la vida urbana continuó más o menos intacta hasta al menos el siglo V (Keay/Creighton/Remesal 2000, 193-211).

Las evidencias existentes indican solamente pocas veces, al contrario, que una pequeña comunidad cívica durante el siglo III tuviera que afrontar dificultades tan graves que provocaron la disolución total de sus estructuras municipales, despoblando más o menos completamente el centro urbano. También se dieron casos como el de la pequeña ciudad de *Labitolosa* en el Prepirineo, al parecer ampliamente abandonada hacia mediados del siglo III (Sillières/Magallón/Navarro 1995), aunque éstos fueron más bien una excepción.

En no pocos lugares, sobre los cuales no disponemos hasta la fecha de informaciones sobre la vida urbana en época tardoantigua, ésta podría quizás aclararse a través de las lagunas de la investigación (particularmente arqueológica). Otras pequeñas ciudades en la misma región sobrevivirían en cualquier caso, con toda seguridad, hasta el siglo V-VI. Este es el caso del asentamiento sobre el monte Cillas, en Coscojuela de Fantova, que supuestamente habría que identificar con la antigua *Barb(otum?)* (Navarro/Magallón/Sillières 2000).

Como resumen, puede concluirse que la relativa estabilidad de la red urbana en Hispania durante el siglo III fue acompañada por una considerable transformación de la estructura interna de los centros urbanos, que se manifestó, sobre todo, en un cambio más o menos drástico de la imagen de la ciudad en muchos lugares. Hay que destacar, sin embargo, que a menudo se trató de un proceso relativamente largo, ya iniciado a finales del siglo II y prolongado en muchos casos hasta principios del siglo IV. No nos encontramos, por lo tanto, ante una «crisis» desatada de repente en el siglo III, sino ante una reestructuración paulatina, a través de la cual las estructuras urbanas se adaptaron a nuevas necesidades, lo que implicaría, además, la renuncia de aquellos edificios que no eran absolutamente imprescindibles o que habían sido sobredimensionados con anterioridad (ver, al respecto, las buenas observaciones de: Ramallo 2004).

Conclusiones

Al ensayar un breve resumen, es necesario constatar, en primer lugar, que la imagen de Hispania a principios del siglo IV no fue la misma que la ostentada por la región a mediados del II (Arce 1993a, 388-398). Al principio de la Antigüedad Tardía, la península Ibérica parece ya alejada del rol predominante detentado en la administración central romana de época flavia y antonina —Hispania se había convertido entretanto en una especie *backwater* de la estructura global del Imperio—. Esto se debió, en fin, a que —tras el retroceso de las explotaciones mineras y de la producción de aceite del sur de la Península— Hispania ya no se encontraba entre las principales regiones exportadoras del Imperio. Las ciudades hispanas igualmente vivieron múltiples y considerables transformaciones, mientras que la cifra de inscripciones muestra una rápida disminución. En consecuencia, desde la perspectiva exterior, la península Ibérica podía aparecer en el siglo IV, vista por algún contemporáneo que observara la región desde la distancia, incluso como «empobrecida». De esta manera es presentada Hispania en la *Expositio totius mundi*, donde, tras un elogio basado en la recopilación de *topoi*, se afirma lo siguiente: «apud multos autem debilis esse uidetur» (*Expos.* 59; una observación similar se

encuentra también en Hier. *C. Lucif.* 15 [*Pan. Lat.* 23, 177]). Hay que destacar, sin embargo, que a pesar de las evidentes transformaciones habidas en Hispania a lo largo del siglo III, de ningún modo debe hablarse de una inevitable decadencia de la región. Ciertamente es que a mediados del siglo III, un periodo particularmente difícil afectó a todo el Imperio, incluida Hispania, que vivió, al menos desde el punto de vista económico, una fase de estancamiento o incluso de depresión en ciertos sectores, habiéndose invertido aparentemente poco en la ampliación de estructuras agrarias o en el mantenimiento de las ciudades. Importantes ramas de la economía hispana muestran en esta época una fuerte recesión o incluso, durante algunos años, suspendida la producción. Esto puede observarse, por ejemplo, en la producción de cerámica hispana o de productos piscícolas en *Lusitania* (Juan 1997, 548-550; Étienne/Makaroun/Mayet 1994, 36, 82-83, 109, 113, 165). Pero incluso en esta época, fueron exportados productos hispanos, tal como muestra el pecio Cabrera III, descubierto cerca de Mallorca. Este barco, que debió de hundirse poco después del año 257 y que, aparentemente, se dirigía a Roma, transportaba junto a ánforas africanas otras procedentes de la Bética y *Lusitania* (Bost *et al.* 1992). No es posible, por lo tanto, hablar de una crisis general de la economía hispana. Además, el interés del gobierno central en Hispania se mantuvo inalterado, tal como demuestran las diversas reestructuraciones de las provincias entre época severa y la Tetrarquía, antes estudiadas. A ello hay que añadir que la mayoría de sectores económicos volverían a recuperarse, a más tardar, hacia finales del siglo III, de modo que Hispania permanecería en el siglo IV como una región próspera, tal como revelan las numerosas villas suntuosas de la época (Witschel 1999, 262-284). También en otras áreas han de ser señalados aspectos de estabilidad y continuidad, que vincularían el siglo II con el IV, lo que comportaría que durante el siglo III Hispania no sufriera el colapso total de las estructuras establecidas durante el alto imperio. Así, la mayoría de comunidades cívicas mantuvieron un papel central en la estructura administrativa de las provincias hispanas, a pesar de las, en parte, considerables transformaciones que afectarían a la apariencia externa de sus centros urbanos (ver el apartado anterior, donde la cuestión se ha tratado en detalle).

Los numerosos procesos de transformación ocurridos durante el siglo III cambiaron de forma considerable la imagen de la Hispania romana, aunque no consiguieron eliminar elementos estructurales fundamentales. Es necesario destacar, sobre todo, que esta transformación se produjo paulatinamente y a largo

plazo, y que en muchos aspectos se había ya iniciado a mediados o finales del siglo II (Alföldy 1998a), prolongándose hasta la Antigüedad Tardía. Este proceso se vio afectado tan solo de forma parcial por influencias externas, ya que Hispania siguió siendo, durante todo el siglo III, en gran parte, una región tranquila, agitada solo en escasas ocasiones por las turbulencias político-militares de la época. En ningún caso, las invasiones de los mauros o francos, cuyo impacto ha sido exagerado por la historiografía tradicional, deben ser vistas como los detonantes únicos o determinantes de las transformaciones estructurales en las provincias hispanas; más bien sus importes deben de haber sido de una dimensión limitada. Como elementos determinantes de los cambios, deben entonces ser considerados procesos de adaptación mental, cultural y económica que —con ritmos locales diferenciados— se fueron desarrollando en Hispania durante generaciones (Witschel 1999, 177-178; 2006b, 162-163). Un proceso de este tipo no puede comprenderse adecuadamente a través del modelo —al que se prefiere recurrir aún hoy— de una «crisis global» en el siglo III.

Bibliografía*

- ABASCAL, J. M.; ALMAGRO GORBEA, M.; CEBRIÁN, R. 2005: *Segobriga. Guía del Parque Arqueológico*, Madrid.
- ALARÇÃO, J.; ÉTIENNE, R.; MAYET, F. 1990: *Les villas romaines de São Cucufate, Portugal*, París.
- ALBERTINI, E. 1923: *Les divisions administratives de l'Espagne romaine*, París.
- ALFÖLDY, A. 1969: *Studien zur Geschichte der Weltkrise des 3. Jhs. n. Chr.*, Darmstadt.
- ALFÖLDY, G. 2007: «Fasti und Verwaltung der hispanischen Provinzen: zum heutigen Stand der Forschung», en: HAENSCH, R.; HEINRICHS, J. (eds.): *Herrschen und Verwaltung. Der Alltag der römischen Administration in der römischen Kaiserzeit*, Colonia-Weimar-Viena, 325-356.
- 2001: «Eine *clarissa femina* in Lucus Augusti», *ZPE*, 136, 233-238.
- 2000: *Provincia Hispania Superior*, Heidelberg.
- 1998a: «Hispania bajo los Flavios y Antoninos: consideraciones históricas sobre una época», en: MAYER, M.; NOLLA, J. M.; PARDO, J. (eds.): *De les estructures indígenes a l'organització provincial romana de la Hispània Citerior. Homenatge a J. Estrada i Garriga*, Barcelona, 11-32.
- 1998b: «La cultura epigráfica de la Hispania romana: inscripciones, autorrepresentación y orden social»,

* Los *corpora* epigráficos españoles y portugueses son citados según el registro de abreviaturas de la *Hispania Epigraphica*. Con respecto a los demás *corpora* refiérase a la lista en BÉRARD, F. *et al.* 2000: *Guide de l'épigraphiste. Bibliographie choisie des épigraphies antiques et médiévales*, París, 17-18. En general, se cita solamente la publicación más reciente o estándar de una inscripción.

- en: ALMAGRO GORBEA, M. (ed.): *Hispania – el legado de Roma*, Zaragoza, 289-301.
- 1997: *Die Bauinschriften des Aquäduktes von Segovia und des Amphitheaters von Tarraco*, Berlín-Nueva York.
 - 1995a: «Die Entstehung der epigraphischen Kultur der Römer an der Levanteküste», en: BELTRÁN LLORIS, F. (ed.): *Roma y el nacimiento de la cultura epigráfica en Occidente. Actas del Coloquio Zaragoza 1992*, Zaragoza, 121-137.
 - 1995b: «Der Status der Provinz Baetica um die Mitte des 3. Jhs.», en: FREI STOLBA, R.; SPEIDEL, M. A. (eds.): *Römische Inschriften – Neufunde, Neulesungen und Neuinterpretationen. Festschrift für H. Lieb*, Basel, 29-42.
 - 1989: *Die Krise des römischen Reiches. Geschichte, Geschichtsschreibung und Geschichtsbetrachtung. Ausgewählte Beiträge*, Stuttgart.
 - 1987a: *Römische Heeresgeschichte. Beiträge 1962-1985*, Ámsterdam.
 - 1987b: *Römisches Städtewesen auf der neukastilischen Hochebene. Ein Testfall für die Romanisierung*, Heidelberg.
 - 1985: «*Bellum Mauricum*», *Chiron*, 15, 87-105 [= *id.*: 1987a, 463-481].
 - 1979: «Bildprogramme in den römischen Städten des *conventus Tarraconensis*. Das Zeugnis der Statuenpostamente», en: *Homenaje a García Bellido IV. Rev. Univ. Complutense*, 18, 177-275.
 - 1978: «Eine Inschrift auf dem Montgó bei Dianium an der spanischen Ostküste», *Epigraphica*, 40, 59-90 [= *id.*: 1987a, 430-462].
 - 1975: «Historisches Bewußtsein während der Krise des 3. Jhs.», en: ALFÖLDY, G. (ed.): *Krisen in der Antike. Bewußtsein und Bewältigung*, Düsseldorf, 112-132 [= *id.*: 1989, 319-342 (ingl.)].
 - 1973: *Flamines provinciae Hispaniae Citerioris*, Madrid.
 - 1971: «*Bellum desertorum*», *BJ*, 171, 367-376 [= *id.*: 1989, 69-80].
 - 1970: «Die senatorischen Kommandeure der *legio VII Gemina*», en: *Legio VII Gemina*, León, 385-399 [= *id.*: 1987a, 413-429].
 - 1969: *Fasti Hispanienses. Senatorische Reichsbeamte und Offiziere in den spanischen Provinzen des römischen Reiches von Augustus bis Diokletian*, Wiesbaden.
- ALMAGRO GORBEA, M.; ABASCAL, J. M. 1999: «Segóbriga en la Antigüedad Tardía», en: GARCÍA MORENO, L.; RASCÓN MARQUÉS, S. (eds.): *Complutum y las ciudades hispanas en la Antigüedad Tardía. Actas del I Encuentro Hispania en la Antigüedad Tardía*, Alcalá de Henares, 143-159.
- ANDERSON, J. G. C. 1932: «The genesis of Diocletian's provincial re-organization», *JRS*, 22, 24-32.
- ANDREU, J. 2001: «*Thermae Cassiorum*: ocio y evergetismo en la *Olisipo* tardoantigua», en: *Hispania en la Antigüedad Tardía. Ocio y espectáculos. Actas del II Encuentro Hispania en la Antigüedad Tardía, Alcalá de Henares 1997*, Alcalá de Henares, 239-353.
- AQUILUÉ, X. et al. 1999a: *Empúries. Guies del Museu d'Arqueologia de Catalunya*, Tarragona.
- 1999b: *Tàrraco. Guies del Museu d'Arqueologia de Catalunya* (2ª ed.), Tarragona.
- ARANEGUI, C. 1992: «Evolución del área cívica Saguntina», *JRA*, 5, 56-68.
- ARCE, J. 2002: «Las ciudades», en: TEJA, R. (ed.): *La Hispania del siglo IV. Administración, economía, sociedad, cristianización*, Bari, 41-58.
- 2001: «*Ludi circenses* en Hispania en la Antigüedad Tardía», en: NOGALES, T.; SÁNCHEZ PALENCIA, F. J. (eds.): *El circo en Hispania romana*, Madrid, 273-283.
 - 1999: «Los gobernadores de la *dioecesis Hispaniarum* (ss. IV-V d.C.) y la continuidad de las estructuras administrativas romanas en la península ibérica», *AntTard*, 7, 73-83.
 - 1998: «El siglo III d.C.: los preludios de la transformación de Hispania», en: ALMAGRO GORBEA, M. (ed.): *Hispania – el legado de Roma*, Zaragoza, 353-361.
 - 1997: «Emperadores, palacios y *villae*. A propósito de la villa romana de Cercadilla, Córdoba», *AntTard*, 5, 293-302.
 - 1993a: «La península ibérica», en: *Storia di Roma III 2: I luoghi e le culture*, Torino, 379-404.
 - 1993b: «¿La ciudad en la España tardorromana: continuidad o discontinuidad?», en: *Ciudad y comunidad cívica en Hispania, siglos II y III d.C. Actes du Colloque Madrid 1990*, Madrid, 177-184.
 - 1988: «Epigrafía de la Hispania tardorromana de Diocleciano a Teodosio: problemas de historia y de cultura», en: DONATI, A. (ed.): *La terza età dell'epigrafia. Colloquio Bologna 1986*, Faenza, 211-227.
 - 1982: *El último siglo de la España romana: 284-309*, Madrid.
 - 1980: «La *Notitia Dignitatum* et l'armée romaine dans la *dioecesis Hispaniarum*», *Chiron*, 10, 593-608.
 - 1978: «La crisis del III siglo d.C. en Hispania y las invasiones bárbaras», *HAnt*, 8, 257-269.
 - 1977-1978: «Retratos imperiales tardo-romanos de Hispania: la evidencia epigráfica», *AEspA*, 50/51, 253-267.
- ARIÑO, E.; DÍAZ, P. C. 2002: «El campo: propiedad y explotación de la tierra», en: TEJA, R. (ed.): *La Hispania del siglo IV. Administración, economía, sociedad, cristianización*, Bari, 59-96.
- BADEL, C.; BÉRENGER, A. 1998: *L'Empire romain au III^e siècle après J.-C. Textes et documents*, París.

- BALMELLE, C. 2001: *Les demeures aristocratiques d'Aquitaine. Société et culture de l'antiquité tardive dans le Sud-Ouest de la Gaule*, Burdeos-París.
- BARNES, T. D. 1982: *The new Empire of Diocletian and Constantine*, Cambridge/MA.
- BERNI, P. 1998: *Las ánforas de aceite de la Bética y su presencia en la Cataluña romana*, Barcelona.
- BONNEVILLE, J. N. 1982: «Les inscriptions imperiales de *Barcino* (Barcelona), un reflet de l'histoire de la colonie», en: *Homenaje a Sáenz de Buruaga*, Madrid, 365-388.
- BONNEVILLE, J. N.; DARDAINE, S.; LE ROUX, P. 1988: *Belo V: L'épigraphie. Les inscriptions romaines de Baelo Claudia*, Madrid.
- BORG, B. E.; WITSCHER, C. 2001: «Veränderungen im Repräsentationsverhalten der römischen Eliten während des 3. Jhs. n. Chr.», en: ALFÖLDY, G.; PANCIERA, S. (eds.): *Inchriftliche Denkmäler als Medien der Selbstdarstellung in der römischen Welt*, Stuttgart, 47-120.
- BOST, J. P. et al. 1992: L'épave Cabrera III (Majorque). Échanges commerciaux et circuits monétaires au milieu du III^e siècle ap. J.-C., París.
- BOWMAN, A. K.; GARNSEY, P.; CAMERON, AV. (eds.) 2005: *The Cambridge Ancient History (second edition) XII: The crisis of Empire, AD 193-337*, Cambridge.
- BRAVO, G. 1998: «Para un nuevo debate sobre la crisis del siglo III (en Hispania), al hilo de un estudio reciente», *Gerión*, 16, 493-500.
- CAMPOMANES, E. 1998: «Nuevas perspectivas sobre el recinto amurallado romano de León», en: RODRÍGUEZ COLMENERO, A. (ed.): *Los orígenes de la ciudad en el noroeste hispánico II. Actas del Congreso Internacional Lugo 1996*, Lugo, 1057-1076.
- CARRETÉ, J. M.; KEAY, S.; MILLETT, M. 1995: *A Roman provincial capital and its hinterland. The survey of the territory of Tarragona, Spain, 1985-1990*, Ann Arbor.
- CARRIE, J. M.; ROUSSEL, A. 1999: *L'Empire romain en mutation des Sévères à Constantin, 192-337*, París.
- CARROBLES, J. 1999: «La ciudad de Toledo en la Antigüedad Tardía», en: GARCÍA MORENO, L.; RASCÓN MARQUÉS, S. (eds.): *Complutum y las ciudades hispanas en la Antigüedad Tardía. Actas del I Encuentro Hispania en la Antigüedad Tardía*, Alcalá de Henares, 193-200.
- CELA, X.; REVILLA, V. 2004: *La transició del municipium d'Iluro a Alarona (Mataró). Cultura material i transformacions d'un espai urbà entre els segles V i VII d.C.*, Laietania, 15, Mataró.
- CEPAS, A. 1997: *Crisis y continuidad en la Hispania del siglo III*, Madrid.
- CHASTAGNOL, A. 1976: «Les inscriptions constantiniennes du cirque de Mérida», *MEFRA*, 88, 259-276.
- 1994: «Les Espagnols dans l'aristocratie gouvernementale à l'époque de Théodose», en: CHASTAGNOL, A.: *Aspects de l'antiquité tardive*, Roma, 11-42.
- CHRISTOL, M. 1999: «L'ascension de l'ordre équestre. Un thème historiographique et sa réalité», en: DEMOUGIN, S. (ed.): *L'ordre équestre. Histoire d'une aristocratie (I^{er} siècle av. J.-C. - III^e siècle ap. J.C.)*, Actes du Colloque Bruxelles/Leuven 1995, Roma-París, 613-628.
- 1997a: *L'Empire romain du III^e siècle. Histoire politique de 192 à 325 après J.-C.*, París.
- 1997b: «M. Simplicinius Genialis: ses fonctions (*vir perfectissimus, agens vice praesidis*)», *CCG*, 8, 231-241.
- CIMAROSTI, E. 2002: «Costantino e Crispo a *Italica*?», *Epigraphica*, 64, 107-112.
- COSME, P. 2007: «A propos de l'édit de Gallien», en: HEKSTER, O.; DE KLEIJN, G.; SLOOTJES, D. (eds.): *Crises and the Roman Empire. Proceedings of the 7th International Workshop Impact of Empire*, Leiden-Boston, 97-109.
- CURCHIN, L. A. 1990: *The local magistrates of Roman Spain*, Toronto.
- DARDAINE, S. 1993: «Une image des cités de Bétique aux II^e et III^e siècles après J.-C.: l'emploi du terme *respublica* dans les inscriptions de la province», en: *Ciudad y comunidad cívica en Hispania, siglos II y III d.C. Actes du Colloque Madrid 1990*, Madrid, 47-58.
- DEININGER, J. 1965: *Die Provinziallandtage der römischen Kaiserzeit von Augustus bis zum Ende des 3. Jhs. n. Chr.*, Munich.
- DE SALVO, L. 1992: *Economia privata e pubblici servizi nell'impero romano. I corpora naviculariorum*, Messina.
- DIDIERJEAN, F.; NEY, C.; PAILLET, J. P. 1986: *Belo III: Le macellum*, Madrid.
- DI VITA-EVRARD, G. 1985: «L. Volusius Bassus Cerealis, légat du proconsul d'Afrique T. Claudius Aurelius Aristobulus, et la création de la province de Tripolitaine», en: *L'Africa Romana 2, Atti del II Convegno di Studio, Sassari 1984*, Sassari, 149-177.
- DOMERGUE, C. 1990: *Les mines de la péninsule ibérique dans l'antiquité romaine*, Roma-París.
- DRINKWATER, F. J. 1987: *The Gallic Empire. Separatism and continuity in the north-western provinces of the Roman Empire, AD 260-274*, Stuttgart.
- DUPRÉ, X. (ed.) 2004: *Las capitales provinciales de Hispania 2: Mérida – Colonia Augusta Emerita*, Roma.
- DUPUIS, X. 1992: «Constructions publiques et vie municipales en Afrique de 244 à 276», *MEFRA*, 104, 233-280.
- ECK, W. 1997: «Der Euergetismus im Funktionszusammenhang der kaiserzeitlichen Städte», en:

- CHRISTOL, M.; MASSON, O. (eds.): *Actes du X^e Congrès International d'Épigraphie grecque et latine, Nîmes 1992*, París, 305-331.
- EDMONSON, J. C. 1989: «Mining in the later Roman Empire and beyond: continuity or disruption?», *JRS*, 79, 84-102.
- EGER, C.; PANZRAM, S. 2006: «Michael Kulikowski und die spätrömische Stadt in Spanien. Kritische Anmerkungen zum Fallbeispiel *Munigua*», *EAZ*, 47, 267-280.
- ÉTIENNE, R. 1982: «Mérida, capitale du vicariat des Espagnes», en: *Homenaje a Sáenz de Buruaga*, Madrid, 201-207.
- ÉTIENNE, R.; MAKAROUN, Y.; MAYET, F. 1994: *Un grand complexe industriel à Tróia, Portugal*, París.
- ÉTIENNE, R.; MAYET, F. 2002: *Salaisons et sauces de poisson hispaniques*, París.
- 2000: *Le vin hispanique*, París.
- FERNÁNDEZ OCHOA, C.; MORILLO, A. 2006: «The army and the urban walls in late Roman Spain: defense and strategy», en: MORILLO, A.; AURRECOECHEA, J. (eds.): *The Roman army in Hispania. An archeological guide*, León, 189-209.
- FUENTES, A. 1997: «Aproximación a la ciudad hispana de los siglos IV y V d.C.», en: TEJA, R.; PÉREZ, C. (ed.): *La Hispania de Teodosio I-II. Congreso Internacional, Segovia/Coca 1995*, Salamanca, 477-496.
- 1993: «The Roman towns of the southern plateau», en: *The Hispano-Roman town*, Barcelona, 161-189.
- GARCÍA MARCOS, V.; MORILLO, A.; CAMPOMANES, E. 1997: «Nuevos planteamientos sobre la cronología del recinto defensivo de *Asturica Augusta* (Astorga, León)», en: TEJA, R.; PÉREZ, C. (eds.): *La Hispania de Teodosio I-II. Congreso Internacional, Segovia/Coca 1995*, Salamanca, 513-531.
- GARCÍA MORENO, L.; RASCÓN MARQUÉS, S. (eds.) 1999: *Complutum y las ciudades hispanas en la Antigüedad Tardía. Actas del I Encuentro Hispania en la Antigüedad Tardía, Alcalá de Henares 1996*, Alcalá de Henares.
- GARRIDO, E. 1987: *Los gobernadores provinciales en el Occidente bajoimperial*, Madrid.
- GERHARDT, T. 2006: «Zur Geschichte des Krisenbegriffs», en: JOHNE, K. P.; GERHARDT, T.; HARTMANN, U. (eds.): *Deleto paene imperio Romano. Transformationsprozesse des Römischen Reiches im 3. Jahrhundert und ihre Rezeption in der Neuzeit*, Stuttgart, 381-410.
- GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, E.; CARREÑO, M. C. 1998: «La capital del extremo noroeste hispánico: *Lucus Augusti* y su tejido urbano a la luz de las últimas intervenciones arqueológicas», en: RODRÍGUEZ COLMENERO, A. (ed.): *Los orígenes de la ciudad en el noroeste hispánico II. Actas del Congreso Internacional Lugo 1996*, Lugo, 1171-1208.
- GORGES, J. G.; RODRÍGUEZ MARTÍN, F. G. (eds.) 1999: *Économie et territoire en Lusitanie romaine*, Madrid.
- GREEN, R. P. H. 1991: *The works of Ausonius*, Oxford.
- GUARDIA, M. 1992: *Los mosaicos de la Antigüedad Tardía en Hispania. Estudios de iconografía*, Barcelona.
- GURT, J. M.; GODOY, C. 2000: «*Barcino*, de sede imperial a *urbs regia* en época visigoda», en: RIPOLL, G.; GURT, J. M. (eds.): *Sedes regiae (ann. 400-800)*, Barcelona, 425-466.
- GUTSFELD, A. 1989: *Römische Herrschaft und einheimischer Widerstand in Nordafrika. Militärische Auseinandersetzungen Roms mit den Nomaden*, Stuttgart.
- HAENSCH, R. 1997: *Capita provinciarum. Statthaltersitze und Provinzialverwaltung in der römischen Kaiserzeit*, Mainz.
- HALEY, E. W. 1994: «A palace of Maximianus Herculeus at *Corduba*?», *ZPE*, 101, 208-214.
- HALFMANN, H. 1986: *Itinera principum. Geschichte und Typologie der Kaiserreisen im Römischen Reich*, Stuttgart.
- HANDLEY, M. A. 2003: *Death, society and culture: inscriptions and epitaphs in Gaul and Spain, AD 300-750*, Oxford.
- HAUPT, P. 2001: *Römische Münzhorte des 3. Jhs. in Gallien und den germanischen Provinzen*, Grunbach.
- HAUSCHILD, T. 1993: «Traditionen römischer Stadtbefestigungen der *Hispania*», en: NÜNNERICH-ASMUS, A. (ed.): *Hispania antiqua. Denkmäler der Römerzeit*, Mainz, 217-231.
- HAUSCHILD, T.; ARBEITER, A. 1993: *La villa romana de Centcelles*, Madrid.
- HEKSTER, O. 2008: *Rome and its Empire, AD 193-284*, Edimburgo.
- HEKSTER, O.; DE KLEIJN, G.; SLOOTJES, D. (eds.) 2007: *Crises and the Roman Empire. Proceedings of the 7th International Workshop Impact of Empire*, Nijmegen 2006, Leiden-Boston.
- HIDALGO, L. A.; MÉNDEZ, G. 2005: «*Octavius Clarus*, un nuevo *vicarius Hispaniarum* en *Augusta Emerita*», *Mérida – Excavaciones Arqueológicas 2002. Memoria*, 8, 547-564.
- HIDALGO, R. 1999: «La incorporación del esquema palacio-circo a la imagen de la *Corduba* bajoimperial», en: GONZÁLEZ, J. (ed.): *Ciudades privilegiadas en el occidente romano*, Sevilla, 379-396.
- 1996: *Espacio público y espacio privado en el conjunto palatino de Cercadilla (Córdoba): el aula central y las termas*, Sevilla.
- HIDALGO, R.; VENTURA, A. 1994: «Sobre la cronología e interpretación del palacio de Cercadilla en *Corduba*», *Chiron*, 24, 221-240.
- JÁRREGA, R. 1991: «Consideraciones sobre la cronología de las murallas tardorromanas de Barcelona: ¿una fortificación del siglo V?», *AEA*, 64, 326-335.

- JOHNE, K. P. (ed.) 2008: *Die Zeit der Soldatenkaiser. Krise und Transformation des Römischen Reiches im 3. Jahrhundert n. Chr.* (235-284), Berlín.
- JOHNE, K. P.; GERHARDT, T.; HARTMANN, U. (eds.) 2006: *Deleto paene imperio Romano. Transformationsprozesse des Römischen Reiches im 3. Jahrhundert und ihre Rezeption in der Neuzeit*, Stuttgart.
- JONES, G. D. B. 1980: «The Roman mines at Río Tinto», *JRS*, 70, 146-163.
- JUAN, L. C. 1997: «Las industrias cerámicas hispanas en el Bajo Imperio. Hacia una sistematización de la Sigillata Hispánica Tardía», en: TEJA, R.; PÉREZ, C. (eds.): *La Hispania de Teodosio I-II. Congreso Internacional, Segovia/Coca 1995*, Salamanca, 542-568.
- KEAY, S. J. 1996: «Tarraco in Late Antiquity», en: CHRISTIE, N.; LOSEBY, S.T. (eds.): *Towns in transition. Urban evolution in late antiquity and the early middle ages*, Aldershot, 18-44.
- 1991: «New Light on the *colonia Iulia Urbs Triumphalis Tarraco* (Tarragona) during the Later Empire», *JRA*, 4, 387-397.
- 1981: «The *conventus Tarraconensis* in the third century AD: crisis or change?», en: KING, A.; HENIG, M. (eds.): *The Roman west in the third century. Contributions from archaeology and history II*, Oxford, 451-486.
- KEAY, S. J.; CREIGHTON, J.; REMESAL, J. 2000: *Cel-ti (Peñaflor). The archaeology of a Hispano-Roman town in Baetica*, Oxford.
- KÖNIG, I. 1981: *Die gallischen Usurpatoren von Postumus bis Tetricus*, Munich.
- KOTULA, T. 1974: «Snobisme municipale ou prospérité relative? Recherches sur le statut des villes nord-africaines sous le Bas-Empire romain», *AntAfr*, 8, 111-131.
- KRUSE, T. 1995: «Lokale Eliten, Migration und Ökonomie: zu zwei Büchern über das römische Hispanien», *JRA*, 8, 465-479.
- KULIKOWSKI, M. 2006: «The late Roman city in Spain», en: KRAUSE, J. U.; WITSCHER, C. (eds.): *Die Stadt in der Spätantike: Niedergang oder Wandel? Akten des internationalen Kolloquiums München 2003*, Stuttgart, 129-149.
- 2004: *Late Roman Spain and its cities*, Baltimore-Londres.
- 2001: «The interdependence of town and country in late antique Spain», en: BURNS, T. S.; EADIE, J.W. (eds.): *Urban centers and rural contexts in late antiquity*, East Lansing, 147-161.
- LEFEBVRE, S. 2001: «Q. (Lucceius Albinus), *flamen provinciae Lusitaniae*? L'origine sociale des flamines provinciaux de Lusitanie», en: NAVARRO, M.; DEMOUGIN, S. (eds.): *Elites hispaniques*, Burdeos, 217-239.
- LEÓN, P. 1992: «Zur Neustadt von Italica», en: SCHALLES, H. J.; HESBERG, H. VON; ZANKER, P. (eds.): *Die römische Stadt im 2. Jahrhundert n. Chr. Der Funktionswandel des öffentlichen Raumes*, Colonia-Bonn, 87-97.
- LEPELLEY, C. 1999: «Témoignages épigraphiques sur le contrôle des finances municipales par les gouverneurs à partir du règne de Dioclétien», en: *Il capitolio delle entrate nelle finanze municipale in occidente ed in oriente. Actes de la X^e rencontre franco-italienne sur l'épigraphie du monde romain*, Roma 1996, Roma-París, 235-247.
- 1997: «Évergétisme et épigraphie dans l'antiquité tardive: les provinces de langue Latine», en: CHRISTOL, M.; MASSON, O. (eds.): *Actes du X^e Congrès International d'Épigraphie grecque et latine*, Nîmes 1992, París, 335-352.
- 1993: «Introduction générale: universalité et permanence du modèle de la cité dans le monde romain», en: *Ciudad y comunidad cívica en Hispania, siglos II y III d.C. Actes du Colloque Madrid 1990*, Madrid, 13-23.
- 1979: *Les cités de l'Afrique romaine au Bas-Empire I: la permanence d'une civilisation municipale*, París.
- LE ROUX, P. 2001: «La "crise" des elites hispano-romaines (III^e-IV^e siècles)», en: NAVARRO, M.; DEMOUGIN, S. (eds.): *Elites hispaniques*, Burdeos, 45-61.
- 1982: *L'armée romaine et l'organisation des provinces ibériques d'Auguste à l'invasion de 409*, París.
- 1977: «Lucus Augusti, capitale administrative au Haut-Empire», en: *Actas del Coloquio Internacional sobre el Bimilenario de Lugo*, Lugo, 83-105.
- LIEBESCHUETZ, W. 2007: «Was there a crisis of the Third Century?», en: HEKSTER, O.; DE KLEIJN, G.; SLOOTJES, D. (eds.): *Crises and the Roman Empire. Proceedings of the 7th International Workshop Impact of Empire*, Leiden-Boston, 11-20.
- LOMAS SALMONTE, F. J. 2002: «El marco político-administrativo: de la provincia a la diócesis», en: TEJA, R. (ed.): *La Hispania del siglo IV. Administración, economía, sociedad, cristianización*, Bari, 19-40.
- LÓPEZ PARDO, F. 1991: «Los problemas militares y la inclusion de Mauretania Tingitana en la *diocesis Hispaniarum*», en: *Actes du IV^e Colloque International sur l'Histoire et Archéologie de l'Afrique du Nord II: L'armée et les affaires militaires*, París, 445-453.
- LORIOT, X.; NONY, D. 1997: *La crise de l'Empire romain*, 235-285, París.
- MACIAS, J. M. (ed.) 2004: *Les termes publiques de l'area portuaria de Tarraco*, Documenta 2, Tarragona.
- MAR, R. 1992: «El teatro de Tarragona y el santuario de Hércules en Ostia: dos elementos en la transformación de las ciudades del occidente romano durante los siglos II y III d.C.», en: SCHALLES, H. J.; HESBERG, H. VON; ZANKER, P. (eds.): *Die römische Stadt im 2. Jahrhundert n. Chr. Der Funktionswandel des öffentlichen Raumes*, Colonia-Bonn, 163-181.

- MARFIL, P. 2000: «Córdoba de Teodosio a Abd al-Rahmán III», en: CABALLERO, L.; MATEOS, P. (eds.): *Visigodos y Omeyas. Un debate entre la Antigüedad Tardía y la Alta Edad Media, Coloquio Mérida 1999*, Madrid, 117-141.
- MARTINS, M. et al. 1998: «Bracara Augusta, capital da Gallaecia meridional: história, urbanismo e arquitectura», en: RODRÍGUEZ COLMENERO, A. (ed.): *Los orígenes de la ciudad en el noroeste hispánico II. Actas del Congreso Internacional Lugo 1996*, Lugo, 735-749.
- MATEOS, P. 2001: «Augusta Emerita. La investigación arqueológica en una ciudad de época romana», *AEspA*, 74, 183-208.
- 2000: «Augusta Emerita, de capital de la *diocesis Hispaniarum* a sede temporal visigoda», en: RIPOLL, G.; GURT, J. M. (eds.): *Sedes regiae (ann. 400-800)*, Barcelona, 491-520.
- 1995: «Arqueología de la tardoantigüedad en Mérida: estado de la cuestión», en: VELÁZQUEZ, A.; CERRILLO, E.; MATEOS, P. (eds.): *Los últimos romanos en Lusitania*, Mérida, 125-152.
- MAYER, M. 1992: «Epigrafía tardía y reutilización de soportes: el ejemplo de la zona norte del *conventus Tarraconensis*», en: *Miscel·lània arqueològica a J. M. Recasens*, Tarragona, 75-82.
- MORAND, I. 1994: *Idéologie, culture et spiritualité chez les propriétaires ruraux de l'Hispanie romaine*, París.
- MORILLO, Á.; AURRECOECHA, J. (eds.) 2006: *The Roman army in Hispania. An archeological guide*, León.
- MROZEK, S. 1998: «La répartition chronologique des inscriptions latines datées au III^e siècle ap. J.-C.», en: FRÉZOULS, E.; JOUFFROY, H. (eds.): *Les empereurs illyriens. Actes du Colloque Strasbourg 1990*, Estrasburgo, 11-20.
- 1973: «A propos de la répartition chronologique des inscriptions latines dans le Haut-Empire», *Epigraphica*, 35, 113-118.
- MUSURILLO, H. 1972: *The acts of the Christian martyrs*, Oxford.
- MUTH, S. 2001: «Eine Kultur zwischen Veränderung und Stagnation. Zum Umgang mit den Mythenbildern im spätantiken Haus», en: BAUER, F. A.; ZIMMERMANN, N. (eds.): *Epochenwandel? Kunst und Kultur zwischen Antike und Mittelalter*, Mainz am Rhein, 95-116.
- NAVARRO, F. J. 2004: «El proconsulado de la Bética en el *cursus honorum* senatorial», *Gerión*, 22, 379-402.
- 1999: «Nuevos magistrados senatoriales en la península ibérica. Un complemento a los *Fasti Hispanienses*», en: GONZÁLEZ, J. (ed.): *Ciudades privilegiadas en el occidente romano*, Sevilla, 443-465.
- NAVARRO, M.; MAGALLÓN, M^a. A.; SILLIÈRES, P. 2000: «*Barb(otum?)*: una ciudad romana en el somontano pirenaico», *Salduie*, 1, 247-271.
- NOETHLICH, K. L. 1982: «Zur Entstehung der Diözesen als Mittelinstanz des spätrömischen Verwaltungssystems», *Historia*, 31, 70-81.
- NOLLA, J. M. 1993: «Ampurias en la Antigüedad Tardía. Una nueva perspectiva», *AEspA*, 66, 207-224.
- NÜNNERICH-ASMUS, A. (ed.) 1993: *Hispania antiqua. Denkmäler der Römerzeit*, Mainz.
- OJEDA TORRES, J. M. 1993: *El servicio administrativo imperial ecuestre en la Hispania romana durante el Alto Imperio I: Prosopografía*, Sevilla.
- OZCÁRIZ, P. 2006: *Los conventus de la Hispania Citerior*, Madrid.
- PADILLA, A. 1989: *La provincia romana de la Bética (253-422)*, Écija.
- PADRÓS, P. 1985: *Baetulo. Arqueologia urbana (1975-1985)*, Badalona.
- PALOL, P. DE 1994: *Clunia. Historia de la ciudad y guía de las excavaciones*, Burgos.
- PANZRAM, S. 2003: «Los *flamines provinciae* de la Bética: autorrepresentación y culto imperial», *AEspA*, 76, 121-130.
- 2002: *Stadt und Elite: Tarraco, Corduba und Augusta Emerita zwischen Republik und Spätantike*, Stuttgart.
- PANZRAM, S.; ISERN, J.; USCATESCU, A. 2007: «La Antigüedad Tardía en la ciudad de Iesso (Guissona, Lérida). Una aproximación a través del análisis de algunos contextos estratigráficos», *MDAI(M)*, 48, 204-266.
- PEREIRA, J.; BOST, J. P.; HIERNARD, J. 1974: *Fouilles de Conimbriga III: Les monnaies*, París.
- PÉREZ CENTENO, M. R. 1999: *Ciudad y territorio en la Hispania del siglo III d.C.*, Valladolid.
- 1998: «Las invasiones del siglo III: un mito historiográfico», *HAnt*, 22, 343-360.
- PFLAUM, H. G. 1976: «Zur Reform des Kaisers Gallienus», *Historia*, 25, 109-117.
- POTTER, D. S. 2004: *The Roman Empire at bay, AD 180-395*, Londres.
- RAMALLO, S. F. 2004: «Pròleg», en: CELA, X.; REVILLA, V.: *La transició del municipium d'Iluro a Alarona (Mataró). Cultura material i transformacions d'un espai urbà entre els segles V i VII d.C.*, Laietania, 15, Mataró, 5-10.
- 2000: «*Carthago Spartaria*, un núcleo bizantino en Hispania», en: RIPOLL, G.; GURT, J. M. (eds.): *Sedes regiae (ann. 400-800)*, Barcelona, 579-611.
- RAMALLO, S. F.; RUIZ VALDERAS, E.; BERROCAL, M. C. 1996: «Contextos cerámicas de los siglos V-VII en Cartagena», *AEspA*, 69, 135-190.
- RAMÍREZ SÁDABA, J. L.; VELÁZQUEZ, A.; GIJÓN, E. 1993: «Un nuevo pedestal de Galieno en Mérida», *Anas*, 6, 75-84.
- RASCÓN, S. 1999: «La ciudad de *Complutum* en la tardoantigüedad: restauración y renovación», en:

- GARCÍA MORENO, L.; RASCÓN MARQUÉS, S.: *Complutum y las ciudades hispanas en la Antigüedad Tardía. Actas del I Encuentro «Hispania en la Antigüedad Tardía»*, Alcalá de Henares, 51-70.
- 1997: «La ciudad de *Complutum* y su comarca en los siglos IV y V d.C.», en: TEJA, R.; PÉREZ, C. (eds.): *La Hispania de Teodosio I-II. Congreso Internacional, Segovia/Coca 1995*, Salamanca, 649-661.
- 1995: *La ciudad hispanorromana de Complutum*, Alcalá de Henares.
- REMESAL, J. 1998: «Baetican olive oil and the Roman economy», en: KEAY, S.J. (ed.): *The archaeology of early Roman Baetica*, Portsmouth, 183-199.
- 1996: «Mummius Secundinus. El *kalendarium Vegetianum* y las confiscaciones de Severo en la Bética (HA Severus 12-13)», *Gérion*, 14, 195-221.
- RIBERA, A. et al. 1989: *Guía arqueológica de Valencia*, Valencia.
- RODÀ, I. 1997: «*Hispania* from the second century AD to Late Antiquity», en: DÍAZ-ANDREU, M.; KEAY, S. (eds.): *The archaeology of Iberia. The dynamics of change*, Londres-Nueva York, 211-234.
- ROMERO, M. V.; CARRETERO, S. 1998: «Los campamentos y la ciudad de *Petavonium*», en: RODRÍGUEZ COLMENERO, A. (ed.): *Los orígenes de la ciudad en el noroeste hispánico II. Actas del Congreso Internacional Lugo 1996*, Lugo, 1077-1108.
- RUIZ DE ARBULO, J. 1993: «Edificios públicos, poder imperial y evolución de las elites urbanas en Tarraco (s. II-IV d.C.)», en: *Ciudad y comunidad cívica en Hispania, siglos II y III d.C. Actes du Colloque Madrid 1990*, Madrid, 93-113.
- RUIZ VALDERAS, E. et al. 1993: «Transformaciones urbanísticas de *Carthago Noua* (siglos III-XIII)», en: *Sociedades en transición. Actas del IV Congreso de Arqueología Medieval Española II: Comunicaciones*, Alicante, 59-65.
- SÁEZ FERNÁNDEZ, P. et al. 2005: «*Hispania Baetica, provincia immunis*», *ZPE*, 154, 299-311.
- SAQUETE, J. C. 2001: «La carrera de Aurelius Ursinus y el gobierno de *Lusitania* a finales del siglo III d.C. (a propósito de *CIL* II, 1115 y 5140)», *Habis*, 32, 477-494.
- 2000: «Septimius Acindynus, *corrector Tusciae et Umbriae*. Notes on a new inscription from *Augusta Emerita* (Mérida, Spain)», *ZPE*, 129, 281-286.
- SAQUETE, J. C.; MÁRQUEZ PÉREZ, J. 1997: «Un fragmento de pedestal descubierto en Mérida: a propósito del foro y de la colonia *Augusta Emerita* en los s. III-IV», en: *Mérida – Ciudad y Patrimonio: Revista de Arqueología, Arte y Urbanismo*, 1, 45-53.
- SAQUETE, J. C.; MOSQUERA, J. L.; MÁRQUEZ PÉREZ, J. 1991-1992: «*Aemilius Aemilianus*, un nuevo gobernador en *Lusitania*», *Anas*, 4-5, 31-43.
- SAUER, E. 1998: «*M. Annius Florianus*: Ein Drei-Monate-Kaiser und die ihm zu Ehren aufgestellten Steinmonumente (276 n. Chr.)», *Historia*, 47, 174-203.
- SCHATTNER, T.; SUÁREZ, J.; KOCH, M. 2005: «Monte do Facho 2003. Bericht über die Ausgrabungen im Heiligtum des Berobreus», *MDAI(M)*, 46, 135-183.
- SESTON, W. 1946: *Dioclétien et la tétrarchie*, París.
- SILLIÈRES, P. 1995: *Baelo Claudia. Une cité romaine de Bétique*, Madrid.
- 1993a: «La péninsule ibérique», en: LEVEAU, P.; SILLIÈRES, P.; VALLAT, J. P. (eds.): *Campagnes de la méditerranée romaine*, París, 201-249.
- 1993b: «Vivait-on dans des ruines au II^e siècle ap. J.-C.? Approche du paysage urbain de l'Hispanie d'après quelques grandes fouilles récentes», en: *Ciudad y comunidad cívica en Hispania, siglos II y III d.C. Actes du Colloque Madrid 1990*, Madrid, 145-152.
- 1990: *Les voies de communication de l'Hispanie méridionale*, París.
- SILLIÈRES, P.; MAGALLÓN, M^a. A.; NAVARRO, M. 1995: «El *municipium Labitulosanum* y sus notables: novedades arqueológicas y epigráficas», *AEspA*, 68, 107-130.
- SIVAN, H. S. 1993: *Ausonius of Bordeaux. Genesis of a Gallic aristocracy*, Londres-Nueva York.
- SOLANA SÁINZ, J. M.; HERNÁNDEZ GUERRA, L. 2002: *La política viaria en Hispania, siglo III d.C.*, Valladolid.
- STROBEL, K. 2001: «Das Imperium Romanum 180-284/85 n. Chr. – Kontinuitäten, langfristiger Wandel und historische Brüche», en: ERDMANN, E.; UFFELMANN, U. (eds.): *Das Altertum. Vom Alten Orient zur Spätantike*, Idstein, 239-278.
- 1993: *Das Imperium Romanum im «3. Jahrhundert».* *Modell einer historischen Krise? Zur Frage mentaler Strukturen breiterer Bevölkerungsschichten in der Zeit von Marc Aurel bis zum Ausgang des 3. Jh. n. Chr.*, Stuttgart.
- STYLOW, A. U. 2001: «Las estatuas honoríficas como medio de autorrepresentación de las elites locales de Hispania», en: NAVARRO, M.; DEMOUGIN, S. (eds.): *Elites hispaniques*, Burdeos, 141-155.
- 2000: «Nuevo gobernador de la Bética del siglo IV», *Gérion*, 18, 425-437.
- 1989: «Änderungen in Kaiserinschriften. Zwei Beispiele aus Hispanien», *Chiron*, 19, 387-405.
- SWAIN, S.; EDWARDS, M. (eds.) 2004: *Approaching late antiquity. The transformation from early to late Empire*, Oxford.
- TATE, G. 1996: «A titre de comparaison, les manifestations économiques de la crise dans le nord de la Syrie», en: FICHES, J. L. (ed.): *Le III^e siècle en Gaule Narbonnaise. Données régionales sur la crise de l'Empire*, Antibes, 71-81.
- TED'A (Taller Escola d'Arqueologia) 1989: *Un abocador del segle V d.C. en el fórum provincial de Tàrraco*, Tarragona.

- TEJA, R. (ed.) 2002: *La Hispania del siglo IV. Administración, economía, sociedad, cristianización*, Bari.
- TEJA, R.; PÉREZ, C. (eds.) 1997: *La Hispania de Teodosio I-II. Congreso Internacional, Segovia/Coca 1995*, Salamanca.
- TRANOY, A. 1981: *La Galice romaine. Recherches sur le nord-ouest de la péninsule ibérique dans l'antiquité*, París.
- TRILLMICH, W.; ZANKER, P. (eds.) 1990: *Stadtbild und Ideologie. Die Monumentalisierung hispanischer Städte zwischen Republik und Kaiserzeit, Kolloquium Madrid 1987*, Munich.
- VENTURA, Á. 1996: *El abastecimiento de agua a la Córdoba romana. Acueductos, ciclo de distribución y urbanismo*, Córdoba.
- WALDHERR, G. 1989: *Kaiserliche Baupolitik in Nordafrika. Studien zu den Bauinschriften der diokletianischen Zeit und ihrer räumlichen Verteilung in den römischen Provinzen Nordafrikas*, Frankfurt.
- WITSCHHEL, C. 2006a: «Der epigraphic habit in der Spätantike: Das Beispiel der Provinz Venetia et Histria», en: KRAUSE, J. U.; WITSCHHEL, C. (eds.): *Die Stadt in der Spätantike: Niedergang oder Wandel? Akten des internationalen Kolloquiums München 2003*, Stuttgart, 359-411.
- 2006b: «Zur Situation im römischen Africa während des 3. Jahrhunderts», en: JOHN, K. P.; GERHARDT, T.; HARTMANN, U. (eds.): *Deleto paene imperio Romano. Transformationsprozesse des Römischen Reiches im 3. Jahrhundert und ihre Rezeption in der Neuzeit*, Stuttgart, 145-221.
- 2004-2005: «Trier und das spätantike Städtewesen im Westen des römischen Reiches», *TZ*, 67/68, 223-272.
- 2004: «Re-evaluating the Roman West in the 3rd c. AD», *JRA*, 17, 251-281.
- 2002: «Meilensteine als historische Quelle? Das Beispiel Aquileia», *Chiron*, 32, 325-393.
- 1999: *Krise – Rezession – Stagnation? Der Westen des römischen Reiches im 3. Jh. n. Chr.*, Frankfurt.

ÍNDICES ANALÍTICOS

Índice geográfico

a) Etnias y pueblos antiguos

Allobrigaecini 339-340, 342-343
Arévacos 24, 225, 229-231, 288, 386
Astures 111, 181, 184, 187, 204-205, 234, 286, 324
 Augustanos 333
 Transmontanos 111
Ausetanos 57, 194, 232
Autrigones 190
Cántabros 177, 181, 190, 204-205, 234, 324, 333, 348, 461
Carpetanos 22
Cartagineses/Púnicos 21, 29, 34-35, 40-41, 49, 51-64, 70, 72-73, 77-78, 154, 160, 175, 180-181, 195-198, 224, 294-295, 378-379, 382-384
Celtiberos 22-24, 38, 41, 56-58, 70, 72-73, 174, 182, 196, 199-202, 223-231, 247, 383, 386, 430, 468, 482
Cessetanos 56-57
Cimbrios 200, 202, 225
Contestanos 56, 198
Edetanos 56-57, 198
Etruscos 178, 195, 347

Francos 480-482, 496
Galaicos 189, 205-206, 224, 230-231, 247, 324-325
Galos 52, 56, 246, 380, 481, 485
Garamantes 392
Germanos 480-481
Gigurri 340, 342-343
Iberos 22, 34, 56
Ilergetes 57, 195, 226
Ilurgavonenses 232
Indiketes 36, 52
Itálicos 35, 65, 71, 239, 254, 258-259, 268-269, 273, 278, 284, 295-296, 312, 378-379, 381-385, 392-393, 397, 412-413, 419, 453, 455, 458, 462
Jacetanos 57, 232
Lacetanos 195, 232, 395
Latinos 41, 278, 377, 379-388, 461
Layetanos 23, 57
Ligures 342
Lusitanos 19, 196, 199-201, 203, 223, 226-227, 229-232, 287, 324, 334, 348, 353
Lusones 227

Mauri 325, 328, 478-479
Nabateos 258
Oretanos 22, 178
Pamaeiobrigenses 339-340, 342
Partos 258, 288
Pelendones 24
Persas 185-186, 480
Seanoci 226
Sedetanos 57, 189, 226-227
Suessetanos 57
Sugambros 356
Susarri 340-341, 343, 460
Teutones 225
Turdetanos 20, 22-23, 34, 39-40, 197, 254, 294, 296
Turduli 324
Turmogios 190
Vacceos 190, 230
Várdulos 333
Vascones 22, 57, 143, 177, 186, 229, 333
Vettones 42, 229-231
Visigodos 108, 178, 187, 491

b) Topónimos y accidentes geográficos antiguos

Abdera 61, 66, 73-74, 126, 146, 276, 294
Abellinum 132
Acci 36-37, 68, 74-76, 275-276, 392, 357, 481
Achaia 131, 333
Acinipo 63, 71, 74, 371
Adria 254
Aeminium 290, 392
Aeso 202, 276, 396, 399
Africa Proconsularis 287, 352, 433, 441
Aizanoi 260
Alaun 73, 227
Alba Longa 129
Alba Pompeia 387
Alexandria 179, 203, 239, 253, 260, 356

Ammaia 276, 469
Anas 22, 459
Anticaria 369, 399, 432, 448
Antinoopolis 255
Antiochia 243, 259
Aphrodisias 259, 416
Apulia 396
Aquae Calidae 317
Aquae Flaviae 134, 143, 148, 392
Aquae Sextiae 381, 383, 385
Aquileia 197, 379, 383, 479
Aquae Querquennae 205
Aquitania 352, 386, 492
Arabia 19, 243, 258, 333
Aratispi 428
Arcobriga 290
Arelate 203

Arua 144, 395
Arucci 403
Asculum 201, 226-227, 233
Asia 130, 136, 181-182, 184, 228, 258, 328, 333-334, 349-350, 352, 356, 426, 431
Asido 61, 73, 129, 144, 276, 392
Asseria 259
Astigi 37, 127, 276, 290, 304, 333-334, 352, 367, 403, 426, 457, 476, 484, 487
Asturia et Gallaecia 330, 331, 358, 483, 488
Asturica Augusta 35, 333, 392, 444, 478, 483, 484, 486-487, 488
Augusta Emerita 35, 37-39, 42, 67-69, 75-76, 129, 134, 140, 146, 161, 204, 275-276, 287-

288, 329, 333, 352-353, 368, 392, 397, 415-416, 419, 426, 432, 443, 448-449, 457-459, 476, 478, 481-482, 485, 487, 491-493

Augusta Traiana 255- 256, 260

Augustobriga 105, 115, 168, 259

Aurgi 372, 403

Auso 200

Auennio 388

Axati 395, 397

Baelo 38, 61, 71, 183, 197, 208, 495

Baetica 10, 65-69, 87- 89, 136, 140, 143, 150, 183, 204, 210, 234, 276, 288, 293, 296, 297, 300-305, 316, 323, 325-326, 328, 333, 343, 345, 349, 350-353, 413, 433, 441-448, 476, 478, 483, 485

Baetis 61-62, 64, 196-197, 288, 297, 302-305, 331

Baetulo 38, 144, 202, 392, 402, 414, 491

Baeturia Turdulorum 324

Balsa 72, 74, 403, 449

Barbesula 403

Barbotum 495

Barcino 38, 128, 143, 151, 204-205, 275-276, 278, 395-397, 400, 402, 404, 414, 457, 481-482, 491-492

Baria 136, 276, 294, 489

Beotia 428

Biblos 31

Bilbilis 38, 57, 65, 68, 73-75, 207, 216, 275-276, 392

Bizye 255

Bletissa 461

Bracara Augusta 35, 148, 205, 276, 333, 392, 403, 432, 444, 483, 487, 493

Brigantium 135, 177, 203, 230, 287, 483

Britannia 151, 183, 259, 290, 327, 355, 483

Brixia 402

Bursau 73, 201

Buxentum 383

Bythinia et Pontus 243

Caesar Augusta 35, 42, 68-69, 74-76, 149, 189, 226, 288, 290, 333, 392, 402-403, 457

Caesarobriga 38, 41, 116, 144

Calagurris 68, 74-75, 183, 202, 231, 275, 333

Cales 383

Callaecia 19, 20, 189, 205, 243, 248, 325, 329-331, 335, 343, 353, 444, 482, 485-488

Callet 74, 489

Camerinum 387

Canusium 396

Capera 42, 178, 276

Cappadocia 253, 288- 289, 327, 355

Capsa 287

Carcassum 388

Carthaginensis 326, 333-334, 355, 444- 445, 449, 485-487

Carruca 149, 233

Carmo 39-40, 54, 62-64, 74, 197, 232, 276, 392, 414, 432

Carseoli 132

Carteia 34, 37, 39-40, 64-66, 74-75, 187, 197, 233, 275-277, 295, 378-379, 381, 383-387, 393

Carthago Noua 22, 24, 55, 66, 68, 74-76, 117, 130, 183, 198, 209-210, 234, 258, 326-327, 333-334, 381, 402-404, 414, 487-488, 493-494

Cartima 276, 403

Cascantum 68, 74-75, 149, 201, 209, 388

Castellum Paemeiobrigense 340, 342, 460,

Carpetania 295

Castulo 61-62, 64-65, 70-71, 74, 106, 144, 168, 175, 178-179, 188, 326, 348, 352-353, 392, 398, 401, 403

saltus Castulonensis 324,

Caurium 148

Celsa 38, 65, 74-75, 204, 234, 311

Celti 39, 40, 63, 74, 183, 449, 495

Centumellis 253

Cirta 130, 260

Cisimbrium 130, 370, 392, 402

Citerior (Tarraconense) 10, 35, 53, 55-59, 64-65, 70, 73, 77-81, 86, 131, 149-150, 182, 185, 196, 198-201, 204-205, 208, 224-232, 234, 272, 316, 322, 324-334, 343, 345, 346, 348, 352-356, 358, 365, 395-396, 414, 432-433, 441-446, 449, 458, 461, 476-481, 483-488, 490-491

Ciuitas Baeduniensium 461

Ciuitas Cobelcorum 469

Ciuitas Igaeditanorum 146, 397, 403

Ciuitas Lingonum 142

Ciuitas Luggonorum 461

Ciuitas Sosinestana 227

Ciuitas Vocontiorum 388

Clitumnus 134

Clunia 65, 71, 74-75, 135, 149, 208, 230-231, 287-288, 333, 493-494

Colenda 225

Collippo 287

Complutum 201, 392, 476, 492

Conimbriga 71, 275, 353, 392, 443

Constantina 130

Contrebia Belaisca 189, 201, 227

Copia 383

Cosa 195, 383, 386

Cotta 197

Corduba 37-38, 63-65, 71, 74, 144, 147, 183, 197, 203, 208, 231-233, 254, 275, 278, 328, 333-334, 352, 368, 378-379, 381-385, 387, 393, 396, 403, 426, 441, 449, 458-460, 476, 478, 482, 487-488, 490, 493-494

Corticata 149

Cremna 132

Creta et Cyrene 27, 333, 350-351

Crotona 383

Cuicul 129-131, 133

Dertosa 66, 74-75, 226, 275, 314, 316-317, 449, 476, 486,

Danium 182, 201, 275, 479

Didyme 36

Dyrachium 259

Ebora 67-68, 73, 75, 275-276, 388, 485

Eburaeum 259

Ebusus 54-56, 69, 73, 75, 489

Edeba 151

Elia Capitalina 255

Emporiae 32, 36, 75, 131, 146, 151, 198, 201-203, 210, 491

Ephesus 134, 243, 260, 426

Epora 407, 491

Ercauica 68, 75, 110, 388, 403, 491

Esneh-Latopolis 260

Fregellae 380

Gabii 41

Gades 36, 65, 68, 73, 75-76, 187-188, 197, 231-233, 254, 275-276, 278, 333, 352, 370, 386-387, 392, 494

Galia Belgica 352, 356
Galia Lugdunensis 356
Galia Narbonensis 201, 442, 444
Gerasa 259
Germania Superior 209, 327, 354-355, 479
Gerunda 199, 201-202, 388
Gracurris 75, 196, 201

Hadrianopolis 255
Hadrianuteras 255
Hasta Regia 187, 403
Heraclea 387
Herculaneum 132, 163
Hispalis 75, 144-145, 179, 231, 233, 275-276, 278, 295, 304, 333-334, 352, 392, 487

Iberia 18-20, 22-23, 25, 34-35, 51, 72, 185-186, 194, 348, 454
Iesso 38, 202, 388, 491
Igabrum 392, 403, 491
Iguuium 132
Ilerda 68, 75, 197, 203, 226, 228, 232-233, 276, 392
Iliberris 62, 275-276, 488, 490-491
Ilici 65-66, 68, 75-76, 115, 198, 275, 414, 457-459
Ilipa 54-55, 63-64, 74, 195, 276, 372
Ilipula 288
Iliturgi 64, 74, 129, 372, 491
Iluro 130, 199, 201-202, 402, 491
Ilyricum 131
Intercatia 24
Intercisa 288
Ipolcobulcula 130, 146
Iporca 145
Iptuci 61, 73, 392, 457
Ipsca 399, 405
Irippa 63, 66, 74-75
Irni 126, 129, 149, 362-364, 366-373, 393-394, 401
Italica 36, 68, 75-76, 115, 127, 145-146, 187, 195-196, 206, 208-209, 232, 254, 260, 275-276, 278, 293, 368, 370, 378-379, 382, 384-387, 393, 395, 402-403, 418, 426, 432, 445, 476, 478, 485, 492
Ituci 61, 73, 187, 392
Iuliobriga 116, 184, 190, 461, 482
Ager Iuliobrigensium 461

Labitolosa 134, 136, 204, 208, 276, 398

Lacimurga 458-459
Lacipo 74, 403
Laelia 63-64, 74-75, 187
Lamasba 142
Laminium 145
Lastigi 63-64
Lauinium 483-484
Laus Pompeia 387
Legio VII 42, 151, 403
Libisosa 276, 457
Linternum 383
Liria Edetanorum 275-276, 288
Lixus 197, 298
Luca 203, 383
Lucentum 108, 146, 198, 392, 402-403
Lucurgentum 372, 400-401
Lucus Augusti 35, 67, 189, 289, 329, 333, 444, 482-484, 493
Lucus Feroniae 132
Lugdunum Conuenarum 387
Lusitania 10, 20, 22-23, 39, 42, 67-68, 87-88, 141, 147, 150, 201, 204-205, 224, 226-228, 230, 234, 239, 275-277, 287-288, 323-324, 326-329, 331, 333, 343, 345, 348-349, 352, 353, 358, 392, 412, 414, 419, 429, 431-433, 441-444, 446, 448-449, 459, 465-467, 469-470, 477, 481, 483, 485, 487-488, 490, 494, 496

Macedonia 185-186, 196, 194, 247, 333, 350
Mactaris 260
Madaura 136, 177
Maenoba 294
Mago 135, 397
Malaca 60, 73, 92, 126, 148-149, 276, 362-364, 371, 373, 380, 458, 476, 488, 494
Marcianopolis 255
Massalia 51, 56
Mauretania Tingitana 197, 208, 239, 275, 478-480, 483, 486-488
Mellaria 403
Metellinum 287-288, 458
Mirobriga 396, 449, 461, 476
Mons 133
Moesia Inferior 354
Mogontiacum 288
Munda 203, 233
Munigua 105, 130, 365, 367-368, 370, 396, 398, 402-403, 495
Murgi 399
Mursa 255

Naeua 395, 400
Narbo Martius 200
Narbonensis 201, 442, 444
Narnia 383, 386
Narona 132-134, 207
Neapolis 387
Nemausus 128, 131, 203
Nertobriga 392
Nicaeia 242, 426
Nicomedeia 426
Nicopolis 255
Noega 206
Norba 42, 287
Noricum 350
Noua Citerior Antoniniana 325, 330, 354, 484
Numantia 23-25, 178, 199-200, 223-226, 247, 392
Numidia 142, 349, 352, 396, 480

Obulco 61-65, 70-71, 74, 90, 352, 368, 392, 398
Obulcula 370
Oducia 304, 402
Oleastrum 294
Olisipo 35, 199, 275-276, 449, 476, 490, 494, 497
Ager Olisiponensis 470
Onuba 63, 74, 294
Oretum 372, 403
Osca 65, 75, 201-202, 228, 231
Osicerda 65, 75
Osset 63, 66, 74-75
Ossigi 432
Ossonoba 74, 449, 485, 494
Ostia 132, 134-136, 142, 253, 299, 302, 304
Ostippo 149
Ostur 63-64, 74

Palma 198, 276, 378, 382, 384, 387, 393
Pannonia Superior 131, 255, 285, 289, 327, 333, 352, 354-355
Parentium 132
Pax Iulia 67, 75, 107, 287, 333, 353, 399, 449, 457, 494
Pergamon 136, 260, 310, 356, 426, 431
Petauonium 135, 477, 482
Petra 259-260
Philippos 129, 133
Picentum 254
Pisaurum 383
Placentia 195, 381, 386-387
Pompeia 134-136, 151, 163, 298, 364, 372, 397, 419
Pompelo 149, 201, 229, 387

- Pollentia* 198, 276, 378, 382, 384, 393
Potentia 383
Praeneste 135, 379, 458
Puteoli 151, 304, 383
- Qart Hadasht* 34, 195, 198
- Regina* 146, 402
Roma 10, 12-13, 19, 25-27, 29, 31-36, 38, 41-42, 50, 55-56, 58-66, 68, 70, 104, 126-128, 130, 132-133, 136, 140-142, 144, 146-151, 160-161, 163-169, 174-187, 193-201, 204, 208-209, 223-234, 237-239, 241-244, 246-248, 251-257, 259-261, 266, 269-275, 278-279, 284-292, 293, 296-305, 310-311, 315, 317, 324, 326, 328-329, 331-332, 334-336, 345-349, 352, 354, 356-357, 362-363, 365-373, 378-384, 386-387, 392-395, 397-398, 400-401, 404-405, 408, 412, 416, 419, 426-427, 429-433, 440-444, 446, 453-455, 457-460, 467, 478, 484, 488, 496
- Sabora* 365, 367, 368, 370
Saepo 275
Saetabis 111, 118, 198, 276, 388, 481, 489
Saguntum 36, 75, 129-130, 135-136, 275, 392, 396, 398, 402-403, 414, 476, 481, 491
Salacia 63, 74-75, 144, 276, 287, 353, 388, 432, 441, 443, 448
Salduie 74, 189, 226-227, 233
Salernum 383
Salmantica 42, 461
Salpensa 74, 362, 372
Sardinia 228
Sardita 255
Scallabis 203, 276, 287, 333, 353, 441, 443, 494
Segeda 41, 57-58, 65, 74, 199, 402
- Segia* 58, 74, 233
Segobriga 24, 38, 65, 68, 75, 108-110, 127, 129-130, 132, 140, 161, 182, 206, 276, 334, 392, 403, 426, 476, 491
Segontia 392
Selambina 294
Septem Fratres 197
Seria 391
Sexi 75, 294, 298, 396,
Siarum 144, 149, 207, 275, 400
Sicilia 25, 51-52, 55, 328, 346, 351
Sigarra 489
Singilia Barba 37, 127-128, 132, 276, 371, 400-401, 403, 476, 478-479, 489, 491
Sipontum 383
Sirmium 285-287, 289, 332
Sisapo 74, 206, 460
Siscia 244
Superaequum 132
Superior (Hispania) 325-326, 329-330, 483, 486, 488, 496
- Tameobriga* 467
Tarraco 10, 25, 35-36, 38, 56, 68, 75-76, 136, 143, 145-146, 148, 151-152, 183, 194-195, 197-198, 201, 203, 207-209, 232, 234, 259, 275-276, 278, 309, 311-313, 315-318, 326-327, 332-333, 343, 356, 368, 382, 396, 399, 402-403, 414, 420, 426, 430, 432, 441, 444-446, 476, 480-481, 484, 487, 490-494
Ager Tarraconensis 311, 313, 315
Tempsa 383,
Termantia 41, 225, 231, 276
Thagura 260
Thamugadi 129-133, 260, 396
Thuburbo Maius 133
Thubursicum 260
Tifernum Tiberinum 145-146
Tingis 298
Toletum 65, 491-492
- Traducta* 68, 75
Traianopolis 255
Trebula 136
Tres Galliae 444
Tritium Magallum 392, 396
Transduriana (prouincia) 140, 206, 324, 330-331, 339, 342-343
Troia 20, 31
Tucci 36-37, 275, 402, 457, 481, 489
Turgalium 42
Turris Lascutana 149, 460
Turris Libisonis 132
Turiaso 57-58, 65, 74-75, 392
Tutugi 489
Tynna 288
- Valentia* 37, 59, 75, 143, 189, 198-199, 275, 378, 403, 457, 476, 481, 486, 491
Valeria 201, 388, 392, 399, 491
Vareia 287
Veleia 132, 466, 483
Velia 387, 427
Venusia 381
Vettonia 325
Vcubi 275, 369, 392, 396, 457-459
Vgultunia 449
Vlia Fidentia 127, 130
Villona 149
Vindolanda 151
Vipasca 358
Viuatia 449
Vlia 62-63, 127, 130, 233, 275, 295, 369-370, 392, 396, 458
Vlpia Traiana 255
Volterra 387
Volturnum 383
Vrgauo 432
Vrso 36, 62, 64, 133, 149, 233-234, 276, 362-371, 373, 392-394, 401-402, 413, 440, 445, 457
Vxama 41, 145, 168, 231, 288-290, 402

c) Topónimos y accidentes geográficos actuales

- Adra* 73-74
África 19-20, 25, 55, 60, 104, 112, 180, 183, 224-225, 227, 232, 246-248, 257, 260, 286-287, 314, 328, 335, 349-350, 352, 365, 399, 401-402, 432-433, 441, 475-476, 478-480, 483, 486, 488-489, 491
Agatocín 73
Aix-en-Provence 383, 388
Alagón 73, 227
Alameda 403
Alandroal 470
Albacete 73, 114, 180, 182, 186
Alcalá de Henares 73, 141, 177
Alcalá del Río 74
Alcalá de los Gazules 73, 149
Alcácer do Sal 63, 74-75, 432

- Alcántara 112, 149, 226, 259, 402, 460
 Alcázar del Rey 40
 Alcohujate 110
 Alcover 309, 314-317
 Alcubilla del Marqués 108
 Alcudia, La 115, 135, 198
 Alcuéscar 470
 Aldeahermosa de Montizón 114
 Alfaro 75, 196, 201
 Algarve 23
 Algeciras 41, 197
 Aljarafe 64, 74
 Alicante 34, 75, 108, 115, 117, 182, 185, 198, 458
 Almadén 206, 460
 Almedina 114
 Almería 73-74, 297
 Almodóvar del Campo 74
 Almodóvar del Río 74
 Almuñecar 73, 75
 Alt Camp 316
 Altafulla 209, 313
 Amaya 116
 Ampurias 32, 36, 74-75, 194, 196, 414
 Ancona 253, 259
 Andalucía 39, 54, 60-63, 65, 103-105, 115, 181, 188, 196-197, 208, 294
 Antequera 297
 Aranda de Moncayo 73
 Aragón 56, 74, 100, 107, 112, 174, 187, 189, 190, 204, 244
 Aranjuez 107
 Arcaya 317
 Arconada 116
 Archena 402
 Arganda 116
 Arlés 203, 253, 310
 Arcos 371
 Arre 149
 Astorga 35, 115, 147, 184, 205, 247-248, 483,
 Asturias 115, 175, 177, 180, 184, 187
 Ategua 233
 Ávila 41, 140, 243
 Azaila 201, 231
 Aznalcazar 73
 Azuara 73

 Badajoz 73, 75, 107-108, 185, 402, 458-459
 Badalona 38, 73, 202
 Baena 457
 Baeza 117
 Bailén 116
 Baleares 107, 115, 178, 198, 225

 Barbate 74
 Barcelona 38, 49, 72-74, 112, 141, 175-177, 181-183, 195, 199, 200, 204, 242-243, 303, 316, 418, 457, 466
 Baza 187, 412-413
 Beira Alta 470
 Bembibre 340, 460
 Beja 75, 107, 248, 287, 457
 Belén 243
 Bermillo de Sayago 116
 Bienvenida, La 74, 460
 Bierzo, El 12-13, 140, 149, 206, 243, 324, 330, 339, 340, 341, 460-461
 Bobadela 403
 Bolonia 38, 73, 197, 208
 Bonanza 151, 174
 Borja 73, 201
 Bornos 74
 Botija 74
 Botorrita 73, 189, 201-202, 227
 Briviesca 74, 174
 Brozas 288
 Burgo de Osma 74, 288
 Burgos 57, 73-74, 116, 180, 230, 287-288
 Burguillos 107
 Burriac 73, 199, 202

 Cabeço das Fráguas 470
 Cabeza del Griego 75, 108-110
 Cabezas, Las 74, 413
 Cabezas de San Juan 106
 Cabo de Palos 117
 Cabrera de Mar 73, 199
 Cáceres 74, 178, 186, 287-288, 470
 Cádiz 20-22, 31, 33-34, 38-39, 53, 61, 73-75, 106, 111, 180, 187-188, 196-197, 203-204, 208, 231, 295, 297
 Calahorra 73-74, 186, 244
 Calatayud 38, 73-74, 207
 Calatorao 73, 116
 Caldas de Reis 248
 Cambrils 315
 Caminreal 73, 202
 Campa Torres 206
 Cancho Roano 54
 Cangas de Morrazo 470
 Cantabria 116, 184, 188, 205, 461
 Cañaveras 110
 Cañaveruelas 73, 75
 Cañizares 110
 Caravaca 198
 Carmona 34, 39-40, 74, 197, 205, 294, 414

 Cartagena 31, 34, 74, 107-108, 117, 134, 175, 186, 195-196, 198, 205-206, 234, 311, 317
 Carranque 135
 Casares 74
 Casariche 74
 Casas de Reina 73
 Cascais 148
 Cascante 73-74, 201, 209
 Casillas de Martos 74
 Castellón 56
 Castellones de Ceal 294
 Castellet de Banyoles 194
 Castilla León 190
 Castilla La Mancha 104
 Castillo de Doña Blanca 33
 Castro de Facho 470
 Castro del Río 106, 143
 Castro Marim 74
 Castro Verde 470
 Cataluña 10, 50, 56, 70, 105, 107, 112, 114-115, 183, 195-196, 201, 309, 480
 Caudete de las Fuentes 73
 Cauche el Viejo 428
 Cazlona 74
 Centcelles 317, 492
 Cercadilla 493
 Cerro del Prado 34
 Ceuta 104, 197
 Cherchel 310
 Cinta, La 314, 316-317
 Ciudad Real 74, 114, 180, 206, 460
 Comillas 116
 Congosto 461
 Constantí 317
 Corbones, río 64
 Córdoba 22, 31, 40, 74-75, 105-107, 112, 116-117, 168, 179-181, 187-188, 197, 205, 231, 242, 244, 260, 297, 352, 383, 385, 397, 426, 459
 Coria del Río 74
 Corinto 198, 382, 387
 Coronil, El 74, 413
 Cortijo de la Toscana 116
 Cortijo de Periate 37
 Coscojuela de Fantova 495
 Covilhã 469
 Croacia 207, 244
 Cuenca 38, 73, 75, 109-110, 179-180, 182, 190, 206
 Cueva Negra de Fortuna 148, 186

 Débanos 74
 Donón 470
 Dos Hermanas 74

- Duero, río 73, 174, 190, 199, 203, 224-225, 230, 324, 329-330, 333, 348
Dúnáujvaros 288
- Écija 457
Edesa 243
Egipto 140, 177, 182, 187, 206, 232, 253, 255, 260, 310, 314, 333, 347
Ejea de los Caballeros 74
Elche 75, 108, 115, 135, 182, 198, 412, 457-458
Els Munts 209, 313-317
Elvas 74
Escacena del Campo 34
Espejo 112, 457, 459
Estrecho de Gibraltar 60, 64, 197, 208, 294-295, 298, 325, 478
Évora 75
Extremadura 61, 65, 103-104, 115, 161, 226
- Faro 74
Filé 260
Filipos 348
Fluvià, río 33
Frómista 116
Fuentebravía 53
Fuente de los Santos 288
Fuentes de Andalucía 54
Fuentes de Ebro 73
- Gafsa 287
Galicia 22, 67, 110-111, 115, 184, 188-189, 339, 432, 478
Gandul, El 54
Garona, río 56
Garvão 470
Gascuña 110
Gaucín 73
Gerena 74
Gibraltar 22, 61, 75, 197, 208, 295, 298, 307, 478
Gijón 177, 205-206, 481, 485
Golfo de Cádiz 33, 295
Granada 36-37, 73-75, 103, 105, 114, 116, 140-141, 162, 168, 176-177, 180, 185, 188, 242, 297
Guadalajara 73-74, 182
Guadarranque, río 34, 41
Gadiana, río 22, 64, 225, 228, 324, 329, 458
Guadiela, río 110
Guadix 36-37, 74, 457
Guardia, La 446
Guissona 38, 73, 202
- Herrera de Pisuergra 149, 205, 288
Hinojosa de Jarque 74
Huelva 34, 73-74, 178-179, 297, 432
Huerva, río 227
Huete 73, 110
- Ibiza 73, 75, 207
Idanhã-a-Velha 403
Isona 73, 202, 399
Italia 19-20, 59, 105, 163, 176, 178, 184, 194-196, 198, 209, 225-227, 230-232, 238, 246, 254, 257, 259, 269, 271-272, 278, 284, 326, 328, 346-347, 351, 357, 365, 367, 373, 378-384, 386-387, 397, 401-402, 405, 408, 411, 416, 432, 454, 457, 479
Iznalloz 37
- Jaca 73, 402
Jaén 34, 36, 74, 106, 114, 117, 177, 179-181, 294, 446
Játiva 74, 198, 311
Jávea 135
Jerez de la Frontera 74, 294
Jerusalén 113, 243, 246
Jimena de la Frontera 73
- Karistos 311
- L'Aldea 194
La Coruña 115, 185, 189, 203, 287
La Encarnación 198
La Laguna 117, 186
La Palma 194
Laderón, El 147
Lamas de Moledo 470
Languedoc 56
Las Redes 53
Lebrija 74
Ledesma 73
León 38, 42, 104, 115, 140, 175-176, 181, 184-185, 205-206, 284, 339-340, 358, 460, 479, 483
Lezuza 457
Limia 247
Lyon 444
Lisboa 31, 35, 199, 243, 245, 287-288, 466, 470
Lleida 73, 75, 180, 200, 203, 226, 399
Llerena 107
Llerona 73
Llobregat, río 56
- Logroño 73-75
Los Corrales 288
Lucca 203, 230-231,
Luni-Carrara 40, 208, 310-313, 316
Luzaga 73
- Madrid 50, 73, 100, 102-105, 109-113, 115-116, 166-168, 175-178, 181, 185-186, 188
Magallón 73
Málaga 50, 73-74, 103-104, 115, 162, 174, 176, 180, 185, 297, 428
Malla 200
Mallorca 177, 198, 496
Marchena 74, 104
Marruecos 211
Martos 36, 457
Mataró 199, 202
Mazarrón 49, 206, 403
Medina Sidonia 73
Medinet-Habu 140
Mediterráneo 12-13, 18, 20-21, 51-52, 54-55, 59, 63, 179, 180-183, 185, 198, 200, 224-225, 228-229, 232, 294-295, 300, 324, 345-347, 353, 379, 383, 427-428, 430
Mèdol 311-312, 314-316
Médulas 206
Mengíbar 74
Mérida 31-32, 35, 75, 107, 117, 161, 168, 185, 204, 207, 209, 243, 286-287, 415, 419, 429, 457
Mértola 36, 74, 287
Meseta, La 18, 23-24, 41, 115, 181, 190, 200, 230, 392, 412
Mesina, estrecho de 346
Midões 403
Montmeló 203
Montral 317
Mont-roig 316
Monte Cildá 116, 184
Montejo de Tiermes 41
Montemayor 74, 117
Monte do Facho 478
Montes de León 358
Montgó 479
Montgròs 195
Montornès del Vallès 203
Montoro 105, 112, 407
Montseny 195
Moral de Sayago 116
Mulva 413
Murcia 74, 115, 148, 175, 180, 186

Narbona 73-74, 200, 304, 342
 Navalvillar de la Pela 458
 Navarra 9, 73-74, 102, 180, 189, 202
 Niebla 74
 Nîmes 203, 259, 310
 Noroeste hispánico 23, 35, 40, 42, 115, 140, 147, 181, 189, 205-207, 245, 258, 324-330, 333-335, 354-355, 358, 392, 414, 431, 444, 449, 458, 481-484, 488, 493, 498
 Nubia 176, 187

 Olérdola 198
 Oliete 73
 Oliva 100-101, 103
 Olivares 74-75
 Olleros de Pisuerga 116, 184
 Olmeda, La 151
 Oncala 73
 Oral, El 34
 Orense 115, 205
 Osera 74
 Osma 41, 74
 Osuna 36, 74, 187, 234, 413, 440, 457
 Otañes 147

 País Vasco 180-181, 317
 Palencia 115-116, 184
 Pamplona 73, 115, 174, 201, 229
 Panóias 148, 189, 470
 Paredes de Nava 149
 Paros 311
 Pedro Abad 74
 Penafiel 470
 Peña de Amaya 116
 Peñafior 39, 74, 183
 Peñalba de Castro 73-74, 230
 Peñarrubia 403
 Perales de Tajuña 116
 Perinto 387
 Pinos Puente 74
 Pirineos 19, 26, 196, 200-202, 224, 225, 229, 358
 Plasencia 108
 Plaza de Armas 34
 Pontevedra 470
 Porcuna 74, 108, 116
 Portimão 74
 Portugal 10, 13, 32, 35-36, 72, 74-75, 102, 105, 110-111, 115, 161, 179, 189, 194, 226, 287, 446, 492
 Posadas 74
 Postoloboso 470
 Puebla de Híjar 75

Prado del Rey 73
 Preneste 379
 Priego de Córdoba 105
 Priego de Cuenca 110
 Proconeso 312
 Puebla de Alcocer 458
 Puente de Tablas 34
 Puerto de Santa María 33

 Quintana 461
 Quintana del Marco 135

 Raso de Candeleda 41
 Retortillo 116, 184
 Río Tinto 479
 Ronda 74, 297
 Rosellón 56
 Rozalén 110
 Rubicón, río 203, 232, 266

 Saelices 75, 108-110, 182
 Sagunto 25-26, 54, 75, 115, 198, 200, 311, 378, 381, 387, 421
 Saint-Bertrand-de-Comminges 229, 387
 Salamanca 104-105, 108, 118, 140, 176-178, 181, 185, 188, 466
 San Fulgencio 34
 San Juan de Aznalfarache 74-75
 Sant Martí d'Empúries 33
 San Roque 34, 39, 74
 Sanlúcar de Barrameda 74
 Sant Julià de Ramis 199, 202
 Santaella 288
 Santander 106
 Santarêm 74, 203
 Santiago de Compostela 116, 188, 189
 Santiponce 75
 São Cucufate 492
 São Miguel da Mota 470
 Segovia 75, 115, 140, 146, 168, 181, 209, 259, 403
 Selva del Camp 317
 Serpa 74
 Sesa 74
 Setefilla 105
 Seu d'Urgell 73
 Sevilla 24, 27, 31, 34, 36, 39-40, 49-51, 54, 63-64, 73-75, 102, 104-106, 115, 149, 161, 176-177, 180, 182, 187, 197, 209, 231, 234, 248, 288, 297, 413
 Sierra del Cadí 208
 Sierra de la Estrella 230
 Sierra Morena 60, 206, 258, 324, 353
 Sigüenza 74, 112

Silves 74
 Sissek 244
 Solsona 73
 Soria 41, 73-74, 180, 182, 199

 Talaíde 470
 Talavera de la Reina 38, 41, 116
 Tarazona 74-75, 244
 Tarragona 10, 23, 26, 31-32, 48, 73-75, 107, 114, 194-195, 204, 234, 244-245, 310, 312, 314-317, 417, 421
 Tarso 243
 Tebas 27, 253
 Tejada la Nueva 73
 Tejada la Vieja 34
 Terena 470
 Terracina 253
 Teruel 73-75, 202
 Tibe, oasis de 260
 Tíbur 379
 Tíjola 73
 Tierga 74
 Tierra Santa 243, 246
 Tivissa 183, 194
 Toledo 38, 41, 75, 106
 Tona 200
 Torrenueva 114
 Torreparedones 276, 392
 Tortosa 73-75, 226, 316
 Tossal de Manises 34, 198
 Trasobares 74
 Tricio 74
 Tudela 9-13, 108, 412
 Túnez 287
 Turquía 314
 Trigueros 105-106, 112, 432

 Úbeda la Vieja 168
 Uclés 108-110, 112-113
 Ullastret 196
 Utrera 74
 Urci 74

 Valdecaballeros 459
 Valdeherrera 73
 Valencia 50, 57, 73-75, 100, 105, 115, 186, 188, 457
 Valle del Ebro 73, 177, 179, 194, 196, 201, 224, 226-228, 230-231, 234, 326, 392, 449, 454
 Valle del Guadalquivir 63, 182, 196, 199, 230, 276, 305, 331, 385, 449, 454
 Varea 74, 287
 Vejer de la Frontera 74
 Velilla de Ebro 38, 73-75, 204
 Vellisca 110
 Vic 73, 200

Vid 207	Villanueva de Córdoba 370	Zaragoza 35, 38, 73-75, 108,
Vila Nova de Foz Côa 402	Villasviejas de Tamuja 74	110, 113, 116, 174, 188-189,
Vila-Viçosa 148	Villava 149	201-202, 204, 209, 226-227,
Villafranca de los Barros 402		244-245, 248, 457
Villalba de Alcor 74	Zamora 116-117, 140	

Índice de fuentes

a) Fuentes literarias

<i>Act.</i> 19, 24-28 133	<i>Ordo nob. urb.</i> 81-85 487	58 224
<i>Apollod. Bibl.</i> 2, 5, 10 20	<i>Av. Or.</i> 90-97 22 248-251 21 265-274 21 280-287 21	<i>Nat. D.</i> 1, 4 133
<i>Apic.</i> 6, 8, 15 301		<i>Phil.</i> 4, 13 224
<i>App.</i> <i>BC.</i> 1, 2-5 224 2, 8 230 5, 10 348	<i>Bell. Alex.</i> 48, 63 232 64 232	<i>Prou. Cons.</i> 22-23 230
	<i>Caes.</i> <i>Bell. Ciu.</i> 1, 18, 7 232 1, 29, 3 232 1, 60 232 1, 61, 2-3 232 2, 18, 7 201 2, 19, 20 232 3, 4, 1 37	<i>Rep.</i> 6, 13 37
<i>Iber.</i> 38 384 44-45 199 47 23 64 295 66 385 89 24 99 224-226 100 225-226	<i>Bell. Hisp.</i> 27 295 34 203 42 231	<i>Sull.</i> 56 229
<i>Ar. Ran.</i> 465 295		<i>Verr.</i> 2, 4, 56 225
<i>Arr. Anab.</i> 2, 16, 5-6 20	<i>Cassiod. Var.</i> 7, 13 144	<i>Cod. Theod.</i> 3, 5, 6 487 12, 1, 4 490
<i>Asc. Pis.</i> 3C 380-381, 386 62 229	<i>Cat. Orig.</i> 3, 9 379	<i>Columella, Rust.</i> 5, 5 240
<i>Ath. Deip.</i> 3, 118d 295 3, 121a 295, 298	<i>Cic.</i> <i>Balb.</i> 6 231 28 380 30 380 34 387 39 387 46 387 50 387 55 387	<i>Dig.</i> 1, 16, 7 146 1, 16, 9 328 2, 8, 15 457 6, 3, 1 457 34, 2 127 41, 1, 41 128 42, 5, 29 128 42, 12, 2-3 144 43, 9, 2 145 44, 1, 23 128 47, 12, 11 144 50, 3, 1, 2 363 50, 4, 11 365 50, 4, 14 365 50, 10, 3 146 50, 10, 7 146 50, 12, 1 398 50, 15, 8 457 56, 25, 6 128
<i>Aug. RG.</i> 1, 1 348 7, 3 428 19, 1 427 27 343		<i>Dio Cass. o Cass. Dio</i> 1, 57 252 37, 52-53 230 39, 54, 1-2 230 43, 21, 3 302 48, 1 348 51, 20, 7 356
<i>Aur. Vict. Caes.</i> 11, 12 254 13, 6 254 14, 2 252 33, 3 480 33, 34 484 37, 6 484	<i>Caec.</i> 98 383 100 380 102 387	
<i>Auson.</i> <i>Hered.</i> 29-32 492	<i>Dom.</i> 78 383	
	<i>Har. resp.</i> 9, 10 147	
	<i>Mur.</i>	

- 53, 2, 4 128
 53, 12, 4 324, 326
 53, 12, 5 324, 326, 343
 53, 14, 1-4 328
 53, 27 132
 54, 23, 7 205
 54, 25 205
 54, 14, 2 349
 55, 10, 2-3 343
 56, 46, 2 441
 60, 5, 2-3 446
 61, 20, 6-8 426
 69, 21 256
- Dio Chrys. *Or.*
 1, 37-42 255
 1, 42-46 255
- Diod. Sic.
 5, 32 24
 5, 33 24
 5, 34 24
- Eup. fr. 186 295
- Euseb. *Hist eccl.*
 4, 9 258
- Eutr.
 4, 27 225
 4, 27, 5 226
 9, 8, 2 480
- Fest. *Gloss. Lat.*
 86L 383
 177L 145
 262L 145
- Flor.
 1, 39, 11 24
 1, 43 225
 2, 10, 9 231
 5, 37 26
- Gai. *Inst.*
 1, 79 380
 1, 131 380
 2, 7 457
 3, 145 457
- Gell. *NA.*
 2, 22, 29-31 23
 2, 27, 2 226
 16, 13 145
- Hdn.
 1, 10, 7 479
 3, 8, 2 479
- Hier. *Chron.*
 2280 480
- Hig. *De cond. Agr.*
 171, 5-13 La 455, 459
- Hippoc. *Int.*
 25, 20 295
 30, 20 295
- Hyd. *Chron.*
 2 486
 172 488
- Hor. *Carm.*
 1, 10 148
- Isid. *Hist. Goth.*
 1, 1-4 27
- Iuv.
 1, 4, 81 132
 12, 100-101 135
- Jer.
Adu. Vigil.
 4 229
- De uir ill.*
 105 243
- Just. *Epit.*
 44, 1-2 19
 44, 4, 1 20
- Lactant. *De mort. Pers.*
 8, 30 146
- Lat. Ver.*
 11 486
- Lucian. *Hist. Conscr.*
 41 152
 59 152
 62 152
- Liv.
 8, 11, 6 149
 9, 7, 8 383
 21, 60 194
 27, 50, 6 383
 28, 38, 1 385
 28, 39 25
 31, 49, 6 383
 32, 2, 5 386-387
 32, 2, 6-7 386
 32, 29, 3-4 383
 33, 24, 8 383
 34, 9 36, 203
 34, 45, 1-5 383
 34, 53, 1-2 379
 34, 56, 8 383
- 36, 2, 9 383
 36, 41, 7 24
 39, 3, 4-6 380
 41, 8, 6-12 380
 41, 9, 9-12 380
 43, 2 25
 43, 3, 1 64, 378
 43, 3, 1-4 197, 378, 381, 386
 43, 3, 4 383
 43, 13, 6 380
- Per.*
 41 383
 60 225
 61 381, 383
 67 225
 70 225-226
 91 24, 228
 139 356
- Mart.
 1, 41 298
 1, 44 23
 3, 2 298
 3, 50 298
 3, 77 298
 4, 55 24
 4, 86 298
 5, 9 23
 6, 93 298
 7, 27 298
 7, 28 305
 7, 61 297
 7, 78 298
 7, 94 298
 9, 52 298
 10, 48 298
 10, 96 238
 11, 27 298
 11, 52 298
 12, 19 298
 13, 1 298
 13, 82 298
 13, 102 298
- Not. Dign.*
 42, 25-32 482
- Oros.
 5, 7, 2 24, 486
 5, 13, 1 225
 5, 23, 14 231
 6, 21, 2 486
 7, 22, 7-8 480
 7, 41, 2 480
- Ov. *Tr.*
 5, 5, 9 148

- Pan. Lat.*
8, 18, 5 482
20 491
23 496
- Paul. Carm.*
27 151
- Petron. Sat.*
29, 1 142
58, 7 142
71 142
- Philo Leg.*
149 145
- Plin. Ep.*
3, 4, 2 145
2, 13, 4 332
4, 1, 5 145
6, 10 143
6, 22, 7 328
8, 8, 7 134
10, 8, 2 145
10, 52 431
- Plin. HN.*
3, 1, 6 326
3, 1, 7 333
3, 3, 7 351
3, 3, 14 324
3, 3, 15 294
3, 3, 18 333
3, 3, 19 457, 459
3, 3, 23 326, 388
3, 3, 24 326, 387-388, 457, 459
3, 3, 25 326, 388, 457
3, 3, 28 326, 334
3, 3, 30 254, 316, 455
3, 3, 36 383
3, 3, 66 459
3, 4, 3 343
3, 4, 116 459
3, 7, 43 392
3, 10-15, 9
3, 21 198
4, 108 229
4, 113, 117-118 333
4, 117 287
4, 120 294
9, 92-93 295
14, 149 24
17, 93 297
31, 95 297
34, 17, 2 140, 144
35, 13 132
36, 4, 5, 7 310
36, 160 24
- 37, 203 20
- Plut.*
Caes.
11-12 230
Galb.
4 328
Mar.
6, 1 225
Otho 20, 1 329
Pomp.
21, 1 229
Sert.
16 228
- Pompon.*
2, 86 23
2, 87 326, 459
3, 4 294
3, 6 459
3, 13 343
3, 47 23
- Polyb.*
2, 24 382
3, 40, 2 195
35, 2, 15 386
- Prudent.*
C. Symm.
1, 36 244
Perist.
1, 23 244-245
1, 116 244
2 245
4 244-245
4, 31 244
5 245
6, 143 244
- Ptol.*
2, 4, 2-4 459
2, 5, 2 459
2, 6 326
2, 6, 58 324
2, 6, 66 227
- Quint. Inst.*
1, 5, 57 241
6, 3, 77 343, 432
- Sall.*
Cat.
19 229
Hist.
2, 98, 5 228
3, 86-87 231
- SHA.*
Claud.
7, 5 481
Const.
16, 2 479
Hadr.
12 332
12, 2 132
14, 10-11 256
16, 1 242
Marc.
18, 5 130
21, 1 325, 478
Maxim. et Balb.
1, 14 131
Prob.
18, 5 481
Seu.
12, 1 479
12, 5 479
13, 7 479
18, 3 302
23, 2 302
- Sic. Flac.*
159, 26 459
161, 2 La 459
- Simm. Or.*
8 490
- Str.*
3, 1, 2 22, 194
3, 1, 6 22, 459
3, 2, 1 197, 383, 385, 459
3, 2, 3 294
3, 2, 6 296
3, 2, 7 22
3, 2, 8 22
3, 2, 13 20
3, 2, 15 406
3, 3, 3 324
3, 3, 5 225
3, 4, 2 298, 355
3, 4, 8 36
3, 4, 10 387
3, 4, 12 23
3, 4, 13 23
3, 4, 20 326-328, 348, 352
4, 1, 1 335
4, 2, 1 229

4, 2, 2 387	32 261	Tert. <i>Apol.</i>
12, 5, 3 133		35, 2-3 433
17, 3, 25 324		
Suet.	Tac.	Val. Max.
<i>Aug.</i>	<i>Agr.</i>	6, 9, 13 226
28, 3 127	42, 1 328	7, 6 231
59 135	<i>Ann.</i>	Varro,
101, 4 140	1, 74 128	<i>Ling.</i>
<i>Calig.</i>	1, 78 26, 432	2, 127 150
4, 1 429	1, 79 356	5, 25 143
41 128	3, 5 278	<i>Rust.</i>
<i>Galb.</i>	3, 18 136	3, 21, 5 24
8 326	3, 63 134	
9 328	3, 72 131	Veg. <i>Ep. de r. m.</i>
<i>Iul.</i>	4, 37, 1 352	1, 6 291
18 230	4, 37-38 431	
38 302	4, 45 327	Vel. Pat.
<i>Tib.</i>	11, 14 134	1, 15, 1 382
13 128	11, 24, 3 270, 278	
Synes. <i>Epist. Gr.</i>	15, 60-64 240	Vitr. <i>De arch.</i>
	<i>Hist.</i>	1, 2 127
	1, 4 278	5, 1, 6-10 132
	1, 78 13	
	4, 39 326	

b) Fuentes epigráficas

AE = *L'Année Épigraphique*, París, 1888-2004.

<i>AE</i> , 1894, 138 132	<i>AE</i> , 1962, 288 350, 365	<i>AE</i> , 1984, 454 149
<i>AE</i> , 1898, 79 132	<i>AE</i> , 1963, 16 135	<i>AE</i> , 1984, 528 447
<i>AE</i> , 1911, 92 148	<i>AE</i> , 1966, 186 355	<i>AE</i> , 1984, 553 326
<i>AE</i> , 1911, 93 148	<i>AE</i> , 1967, 239 149	<i>AE</i> , 1985, 374 326
<i>AE</i> , 1911, 136 332	<i>AE</i> , 1972, 250 145, 358	<i>AE</i> , 1985, 523 402
<i>AE</i> , 1915, 33 146	<i>AE</i> , 1972, 257 149	<i>AE</i> , 1985, 622 288
<i>AE</i> , 1915, 95 446	<i>AE</i> , 1974, 129 484	<i>AE</i> , 1986, 806 287
<i>AE</i> , 1916, 12 133	<i>AE</i> , 1975, 525 402	<i>AE</i> , 1987, 423 132
<i>AE</i> , 1916, 17 133	<i>AE</i> , 1976, 263 147	<i>AE</i> , 1987, 478a 446
<i>AE</i> , 1916, 70 151	<i>AE</i> , 1976, 277 482	<i>AE</i> , 1987, 561 326
<i>AE</i> , 1921, 6-9 147	<i>AE</i> , 1976, 288 477, 482	<i>AE</i> , 1987, 562m 148
<i>AE</i> , 1925, 126 350	<i>AE</i> , 1977, 351 148	<i>AE</i> , 1987, 662 132, 491
<i>AE</i> , 1930, 148 325	<i>AE</i> , 1978, 400 331	<i>AE</i> , 1988, 214 136
<i>AE</i> , 1930, 152 332	<i>AE</i> , 1978, 440 479	<i>AE</i> , 1988, 712 144
<i>AE</i> , 1934, 49 133	<i>AE</i> , 1979, 430 288	<i>AE</i> , 1989, 450 149
<i>AE</i> , 1935, 4 331	<i>AE</i> , 1980, 555 476	<i>AE</i> , 1990, 536 128
<i>AE</i> , 1935, 5 352, 358	<i>AE</i> , 1981, 504 403	<i>AE</i> , 1990, 576 287
<i>AE</i> , 1939, 60 331	<i>AE</i> , 1982, 473 469	<i>AE</i> , 1990, 654 146, 493
<i>AE</i> , 1941, 120 468	<i>AE</i> , 1982, 537 332	<i>AE</i> , 1991, 944 476
<i>AE</i> , 1946, 131 353	<i>AE</i> , 1982, 554 144	<i>AE</i> , 1991, 1116 146
<i>AE</i> , 1946, 201 353	<i>AE</i> , 1982, 607 491	<i>AE</i> , 1991, 1543 288
<i>AE</i> , 1952, 122	<i>AE</i> , 1983, 515 149	<i>AE</i> , 1992, 1458 288
<i>AE</i> , 1953, 21 372	<i>AE</i> , 1983, 519 442, 446	<i>AE</i> , 1992, 9151 146
<i>AE</i> , 1955, 258 148	<i>AE</i> , 1983, 522 445	<i>AE</i> , 1992, 1817 132
<i>AE</i> , 1956, 123 358	<i>AE</i> , 1983, 532 332	<i>AE</i> , 1993, 26 445
<i>AE</i> , 1961, 279 131	<i>AE</i> , 1983, 630 332	<i>AE</i> , 1993, 915 288
<i>AE</i> , 1961, 339 325	<i>AE</i> , 1983, 973 331	<i>AE</i> , 1993, 1043 140

<i>AE</i> , 1994, 827 287	<i>AE</i> , 1997, 857 148	<i>AE</i> , 2001, 1541 288
<i>AE</i> , 1994, 859b 288	<i>AE</i> , 1997, 882 146	<i>AE</i> , 2002, 6 149
<i>AE</i> , 1994, 885 287	<i>AE</i> , 1998, 282 483	<i>AE</i> , 2002, 65 146
<i>AE</i> , 1994, 913 288	<i>AE</i> , 1999, 870 353	<i>AE</i> , 2002, 663 148
<i>AE</i> , 1994, 937 148	<i>AE</i> , 1999, 872 287	<i>AE</i> , 2002, 706 147
<i>AE</i> , 1994, 942-953 470	<i>AE</i> , 1999, 915 339	<i>AE</i> , 2002, 712 476, 492
<i>AE</i> , 1994, 1015 287	<i>AE</i> , 1999, 1365 136	<i>AE</i> , 2002, 796 146
<i>AE</i> , 1994, 1411 285	<i>AE</i> , 2000, 691 287-288	<i>AE</i> , 2003, 873 476
<i>AE</i> , 1994, 1412 285	<i>AE</i> , 2000, 709 147, 339	<i>AE</i> , 2003, 874 476
<i>AE</i> , 1995, 111b 146	<i>AE</i> , 2000, 735 487	<i>AE</i> , 2003, 903 145
<i>AE</i> , 1995, 892 134	<i>AE</i> , 2000, 736 287	<i>AE</i> , 2003, 931 476
<i>AE</i> , 1995, 897 134	<i>AE</i> , 2000, 760 339	<i>AE</i> , 2003, 980 476, 491
<i>AE</i> , 1996, 1701 287	<i>AE</i> , 2000, 769 288	<i>AE</i> , 2004, 724 287
<i>AE</i> , 1997, 798 288	<i>AE</i> , 2001, 1130 485	

BJRA = GONZÁLEZ, J. 1990: *Bronces jurídicos romanos de Andalucía*, Sevilla.

BJRA, 8 149

BJRA, 9 149

CICMe = RAMÍREZ SÁDABA, J. L.; MATEOS, P. 2000: *Catálogo de las inscripciones cristianas de Mérida*, Mérida.

CICMe, 51 491

CIIAE = RAMÍREZ SÁDABA, J. L. 2003: *Catálogo de las inscripciones imperiales de Augusta Emerita*, Mérida.

<i>CIIAE</i> , 56 476, 493	<i>CIIAE</i> , 59 476, 493	
<i>CIIAE</i> , 57 476-477, 481, 485, 493	<i>CIIAE</i> , 60 485	<i>CIIAE</i> , 64 493
<i>CIIAE</i> , 58 478, 485, 493	<i>CIIAE</i> , 62 476, 493	<i>CIIAE</i> , 65 493
	<i>CIIAE</i> , 63 476, 493	

CIL, I = HENZEN, W.; HUELVSSEN, CH. 1893: *Corpus Inscriptionum Latinarum, I. Inscriptiones Latinae Antiquissimae ad C. Caesaris mortem*, Berlín.

CIL, I, 587 135

CIL, II = HÜBNER, E. 1869: *Corpus Inscriptionum Latinarum, II. Inscriptiones Hispaniae Latinae*, Berlín.

<i>CIL</i> , II, 13 399, 401	<i>CIL</i> , II, 468 134	<i>CIL</i> , II, 1168 305
<i>CIL</i> , II, 17* 485	<i>CIL</i> , II, 656 459	<i>CIL</i> , II, 1169 305
<i>CIL</i> , II, 32 443	<i>CIL</i> , II, 760 402	<i>CIL</i> , II, 1177 331
<i>CIL</i> , II, 35 353	<i>CIL</i> , II, 799 148	<i>CIL</i> , II, 1180 305, 331
<i>CIL</i> , II, 41* 443	<i>CIL</i> , II, 857 147	<i>CIL</i> , II, 1185 145
<i>CIL</i> , II, 53 399	<i>CIL</i> , II, 859 147	<i>CIL</i> , II, 1191 385, 395
<i>CIL</i> , II, 160 353	<i>CIL</i> , II, 895 448	<i>CIL</i> , II, 1235 144
<i>CIL</i> , II, 188 494	<i>CIL</i> , II, 900 144	<i>CIL</i> , II, 1256 127
<i>CIL</i> , II, 191 476, 490, 494	<i>CIL</i> , II, 964 403	<i>CIL</i> , II, 1276 400
<i>CIL</i> , II, 194 446	<i>CIL</i> , II, 1054 395	<i>CIL</i> , II, 1286 372
<i>CIL</i> , II, 231* 100	<i>CIL</i> , II, 1055 397	<i>CIL</i> , II, 1302 106
<i>CIL</i> , II, 259 494	<i>CIL</i> , II, 1064 395	<i>CIL</i> , II, 1305 401
<i>CIL</i> , II, 302 106	<i>CIL</i> , II, 1065 144	<i>CIL</i> , II, 1346 371
<i>CIL</i> , II, 396 353	<i>CIL</i> , II, 1089 372	<i>CIL</i> , II, 1347 371
<i>CIL</i> , II, 401 403	<i>CIL</i> , II, 1108 401	<i>CIL</i> , II, 1364 371
<i>CIL</i> , II, 402 403	<i>CIL</i> , II, 1119 387	<i>CIL</i> , II, 1471 127, 401
<i>CIL</i> , II, 460 147	<i>CIL</i> , II, 1120 325	<i>CIL</i> , II, 1478 403

<i>CIL</i> , II, 1481 304	<i>CIL</i> , II, 2917 147	<i>CIL</i> , II, 4468 399
<i>CIL</i> , II, 1525 127	<i>CIL</i> , II, 2935b 148	<i>CIL</i> , II, 4511 400, 404
<i>CIL</i> , II, 1527 127	<i>CIL</i> , II, 2958 149	<i>CIL</i> , II, 4514 404
<i>CIL</i> , II, 1528 127	<i>CIL</i> , II, 2959 149, 327	<i>CIL</i> , II, 4524 397
<i>CIL</i> , II, 1529 127	<i>CIL</i> , II, 2960 149	<i>CIL</i> , II, 4527 397
<i>CIL</i> , II, 1573 399	<i>CIL</i> , II, 2992 402	<i>CIL</i> , II, 4555 128
<i>CIL</i> , II, 1649 130	<i>CIL</i> , II, 3033 446	<i>CIL</i> , II, 4610 402
<i>CIL</i> , II, 1663 401, 403	<i>CIL</i> , II, 3073 491	<i>CIL</i> , II, 4616 331
<i>CIL</i> , II, 1685 401	<i>CIL</i> , II, 3167 403	<i>CIL</i> , II, 4688 476, 494
<i>CIL</i> , II, 1936 404	<i>CIL</i> , II, 3221 372, 401, 403	<i>CIL</i> , II, 4701 324
<i>CIL</i> , II, 1939 403	<i>CIL</i> , II, 3228 145	<i>CIL</i> , II, 4702 324
<i>CIL</i> , II, 1963 149	<i>CIL</i> , II, 3270 401, 403	<i>CIL</i> , II, 4703 324
<i>CIL</i> , II, 1964 149	<i>CIL</i> , II, 3271 331, 352, 358	<i>CIL</i> , II, 4704 324
<i>CIL</i> , II, 1956 403-404, 448	<i>CIL</i> , II, 3279 403, 447	<i>CIL</i> , II, 4705 324
<i>CIL</i> , II, 1957 404	<i>CIL</i> , II, 3317 144	<i>CIL</i> , II, 4706 324
<i>CIL</i> , II, 1965 148	<i>CIL</i> , II, 3358 403	<i>CIL</i> , II, 4707 324
<i>CIL</i> , II, 1969 494	<i>CIL</i> , II, 3359 403	<i>CIL</i> , II, 4708 324
<i>CIL</i> , II, 1970 300	<i>CIL</i> , II, 3415 399, 404	<i>CIL</i> , II, 4709 324
<i>CIL</i> , II, 1971 300	<i>CIL</i> , II, 3418 445	<i>CIL</i> , II, 4710 324
<i>CIL</i> , II, 1972 488, 494	<i>CIL</i> , II, 3425 402	<i>CIL</i> , II, 4711 324
<i>CIL</i> , II, 1981 126	<i>CIL</i> , II, 3426 402	<i>CIL</i> , II, 4935 114
<i>CIL</i> , II, 2006 131	<i>CIL</i> , II, 3428 403	<i>CIL</i> , II, 5041 149, 460
<i>CIL</i> , II, 2014 128	<i>CIL</i> , II, 3435 404	<i>CIL</i> , II, 5042 151
<i>CIL</i> , II, 2025 325	<i>CIL</i> , II, 3361 403	<i>CIL</i> , II, 5489 399, 404
<i>CIL</i> , II, 2029 358	<i>CIL</i> , II, 3541 402	<i>CIL</i> , II, 5165 403
<i>CIL</i> , II, 2044 399	<i>CIL</i> , II, 3561 402	<i>CIL</i> , II, 5166 403
<i>CIL</i> , II, 2073 350	<i>CIL</i> , II, 3563 146, 403	<i>CIL</i> , II, 5182 432
<i>CIL</i> , II, 2098 130	<i>CIL</i> , II, 3621 388	<i>CIL</i> , II, 5184 353
<i>CIL</i> , II, 2100 399	<i>CIL</i> , II, 3623 388	<i>CIL</i> , II, 5232 287
<i>CIL</i> , II, 2106 432	<i>CIL</i> , II, 3625 388	<i>CIL</i> , II, 5293 476
<i>CIL</i> , II, 2326 403	<i>CIL</i> , II, 3660 489	<i>CIL</i> , II, 5354 401
<i>CIL</i> , II, 2408 325	<i>CIL</i> , II, 3664 401, 404	<i>CIL</i> , II, 5405 403
<i>CIL</i> , II, 2416 444-445	<i>CIL</i> , II, 3706 135	<i>CIL</i> , II, 5488 447, 448
<i>CIL</i> , II, 2419 403	<i>CIL</i> , II, 3708 397	<i>CIL</i> , II, 5489 399, 404
<i>CIL</i> , II, 2420 403	<i>CIL</i> , II, 3786 135	<i>CIL</i> , II, 5506 350
<i>CIL</i> , II, 2422 444	<i>CIL</i> , II, 3820 136	<i>CIL</i> , II, 5514 399
<i>CIL</i> , II, 2432 355	<i>CIL</i> , II, 3836 129	<i>CIL</i> , II, 5523 401
<i>CIL</i> , II, 2478 402	<i>CIL</i> , II, 3869 130	<i>CIL</i> , II, 5617 353
<i>CIL</i> , II, 2479 353	<i>CIL</i> , II, 4114 331, 401	<i>CIL</i> , II, 5680 325, 354
<i>CIL</i> , II, 2518 324	<i>CIL</i> , II, 4125 399	<i>CIL</i> , II, 5690 403
<i>CIL</i> , II, 2534 143	<i>CIL</i> , II, 4143 331	<i>CIL</i> , II, 5738 481
<i>CIL</i> , II, 2559 287	<i>CIL</i> , II, 4144 331	<i>CIL</i> , II, 5837 145
<i>CIL</i> , II, 2572 289	<i>CIL</i> , II, 4150 331	<i>CIL</i> , II, 5941 399
<i>CIL</i> , II, 2581 444	<i>CIL</i> , II, 4155 331	<i>CIL</i> , II, 5943 403
<i>CIL</i> , II, 2660 135	<i>CIL</i> , II, 4156 331	<i>CIL</i> , II, 5947 489
<i>CIL</i> , II, 2661 325, 354	<i>CIL</i> , II, 4179 331	<i>CIL</i> , II, 6022 130
<i>CIL</i> , II, 2703 432	<i>CIL</i> , II, 4201 404	<i>CIL</i> , II, 6252, 1 151
<i>CIL</i> , II, 2782 446	<i>CIL</i> , II, 4202 402	<i>CIL</i> , II, 6252, 32 151
<i>CIL</i> , II, 2822 145	<i>CIL</i> , II, 4208 404	<i>CIL</i> , II, 6278 402
<i>CIL</i> , II, 2886 402	<i>CIL</i> , II, 4252 332	<i>CIL</i> , II, 6349, 30 135

CIL, II²/5 = ALFÖLDY, G.; STYLOW, A. U. 1995: *Corpus Inscriptionum Latinarum*, II. *Editio altera, fasciculus 5. Conventus Astigitanus*, Berlín.

<i>CIL</i> , II ² /5, 4 446	<i>CIL</i> , II ² /5, 79 481, 489	<i>CIL</i> , II ² /5, 188 446
<i>CIL</i> , II ² /5, 31 372	<i>CIL</i> , II ² /5, 80 489	<i>CIL</i> , II ² /5, 198 447
<i>CIL</i> , II ² /5, 69 447	<i>CIL</i> , II ² /5, 89 446	<i>CIL</i> , II ² /5, 276 130
<i>CIL</i> , II ² /5, 74 489	<i>CIL</i> , II ² /5, 156 489	<i>CIL</i> , II ² /5, 291 392

<i>CIL</i> , II ² /5, 292 392	<i>CIL</i> , II ² /5, 490 127	<i>CIL</i> , II ² /5, 789 371, 400
<i>CIL</i> , II ² /5, 294 130	<i>CIL</i> , II ² /5, 495 446	<i>CIL</i> , II ² /5, 790 449
<i>CIL</i> , II ² /5, 302 370	<i>CIL</i> , II ² /5, 521 397	<i>CIL</i> , II ² /5, 794 132
<i>CIL</i> , II ² /5, 304 392	<i>CIL</i> , II ² /5, 577 489	<i>CIL</i> , II ² /5, 799 128
<i>CIL</i> , II ² /5, 308 392	<i>CIL</i> , II ² /5, 578 489	<i>CIL</i> , II ² /5, 838 131
<i>CIL</i> , II ² /5, 316 403	<i>CIL</i> , II ² /5, 579 489	<i>CIL</i> , II ² /5, 871 149
<i>CIL</i> , II ² /5, 330 445	<i>CIL</i> , II ² /5, 620 489	<i>CIL</i> , II ² /5, 895 288
<i>CIL</i> , II ² /5, 343 147	<i>CIL</i> , II ² /5, 623 478	<i>CIL</i> , II ² /5, 912 403
<i>CIL</i> , II ² /5, 389 405	<i>CIL</i> , II ² /5, 624 446	<i>CIL</i> , II ² /5, 959 149
<i>CIL</i> , II ² /5, 403 143	<i>CIL</i> , II ² /5, 633 132	<i>CIL</i> , II ² /5, 1022 149
<i>CIL</i> , II ² /5, 409 420	<i>CIL</i> , II ² /5, 634 132	<i>CIL</i> , II ² /5, 1145 149
<i>CIL</i> , II ² /5, 442 489	<i>CIL</i> , II ² /5, 730 428	<i>CIL</i> , II ² /5, 1162 127
<i>CIL</i> , II ² /5, 446 489	<i>CIL</i> , II ² /5, 775 128	<i>CIL</i> , II ² /5, 1167 476, 485
<i>CIL</i> , II ² /5, 457 396	<i>CIL</i> , II ² /5, 776 128	<i>CIL</i> , II ² /5, 1171 446
<i>CIL</i> , II ² /5, 486 127	<i>CIL</i> , II ² /5, 779 476	<i>CIL</i> , II ² /5, 1176 367
<i>CIL</i> , II ² /5, 487 127	<i>CIL</i> , II ² /5, 783 478	<i>CIL</i> , II ² /5, 1284 288
<i>CIL</i> , II ² /5, 488 127	<i>CIL</i> , II ² /5, 786 128	<i>CIL</i> , II ² /5, 1330 402
<i>CIL</i> , II ² /5, 489 127	<i>CIL</i> , II ² /5, 788 325	

CIL, II²/7 = ALFÖLDY, G.; STYLOW, A. U. 1995: *Corpus Inscriptionum Latinarum*, II. Editio altera, fasciculus 7. *Conventus Cordubensis*, Berlín.

<i>CIL</i> , II ² /7, 28 372	<i>CIL</i> , II ² /7, 235 478	<i>CIL</i> , II ² /7, 288 144
<i>CIL</i> , II ² /7, 29 372	<i>CIL</i> , II ² /7, 255 476, 487- 488	<i>CIL</i> , II ² /7, 290 332
<i>CIL</i> , II ² /7, 32 129	<i>CIL</i> , II ² /7, 257 489	<i>CIL</i> , II ² /7, 292 488
<i>CIL</i> , II ² /7, 68 445	<i>CIL</i> , II ² /7, 258 476, 484, 487	<i>CIL</i> , II ² /7, 294 442
<i>CIL</i> , II ² /7, 77 449	<i>CIL</i> , II ² /7, 259 476, 485, 487- 488	<i>CIL</i> , II ² /7, 295 488
<i>CIL</i> , II ² /7, 97 352	<i>CIL</i> , II ² /7, 260a 493	<i>CIL</i> , II ² /7, 297 488
<i>CIL</i> , II ² /7, 100 352	<i>CIL</i> , II ² /7, 261 485, 487	<i>CIL</i> , II ² /7, 321 476
<i>CIL</i> , II ² /7, 127a 149	<i>CIL</i> , II ² /7, 262 487	<i>CIL</i> , II ² /7, 596a 494
<i>CIL</i> , II ² /7, 139 369, 407	<i>CIL</i> , II ² /7, 263 487	<i>CIL</i> , II ² /7, 699a 459
<i>CIL</i> , II ² /7, 189 332	<i>CIL</i> , II ² /7, 264 485, 487	<i>CIL</i> , II ² /7, 798 403
<i>CIL</i> , II ² /7, 218 403	<i>CIL</i> , II ² /7, 265 487	<i>CIL</i> , II ² /7, 870 459
<i>CIL</i> , II ² /7, 219 403	<i>CIL</i> , II ² /7, 270 476, 487	<i>CIL</i> , II ² /7, 976 146, 402
<i>CIL</i> , II ² /7, 221 490	<i>CIL</i> , II ² /7, 271 476	<i>CIL</i> , II ² /7, 3873 442
<i>CIL</i> , II ² /7, 233 478	<i>CIL</i> , II ² /7, 276 146	<i>CIL</i> , II ² /7, 5354 402
<i>CIL</i> , II ² /7, 234 478		

CIL, II²/14 = ALFÖLDY, G.; MAYER, M.; STYLOW, A. U. 1995: *Corpus Inscriptionum Latinarum*, II. Editio altera, fasciculus 14. *Conventus Tarraconensis, pars meridionalis*, Berlín.

<i>CIL</i> , II ² /14, 16 491	<i>CIL</i> , II ² /14, 131 478	<i>CIL</i> , II ² /14, 327 129
<i>CIL</i> , II ² /14, 17 491	<i>CIL</i> , II ² /14, 292 136	<i>CIL</i> , II ² /14, 330 349
<i>CIL</i> , II ² /14, 18 481, 491	<i>CIL</i> , II ² /14, 314 491	<i>CIL</i> , II ² /14, 361 402
<i>CIL</i> , II ² /14, 19 476, 491	<i>CIL</i> , II ² /14, 315 481, 491	<i>CIL</i> , II ² /14, 374 130
<i>CIL</i> , II ² /14, 20 485, 491	<i>CIL</i> , II ² /14, 316 481, 491	<i>CIL</i> , II ² /14, 376 401
<i>CIL</i> , II ² /14, 113 143	<i>CIL</i> , II ² /14, 317 476, 491	<i>CIL</i> , II ² /14, 656 402
<i>CIL</i> , II ² /14, 121 135	<i>CIL</i> , II ² /14, 318 491	<i>CIL</i> , II ² /14, 789 476, 485-486

CIL, III= MOMMSEN, TH. 1973: *Corpus Inscriptionum Latinarum*, III. *Inscriptiones Asiae, provinciarum Europae Graecarum, Illyrici Latinae*, Berlín.

<i>CIL</i> , III, 30-66 140	<i>CIL</i> , III, 1933 134	<i>CIL</i> , III, 6874 132
<i>CIL</i> , III, 304 132	<i>CIL</i> , III, 6753 331	

CIL, IV = ZANGEMEISTER, K. 1887-1970: *Corpus Inscriptionum Latinarum*, IV.
Inscriptiones parietariae Pompeianae Herculaneses Stabianae, Berlín.

CIL, IV, 1904 140
CIL, IV, 5629-5644 298

CIL, V = MOMMSEN, TH. 1872: *Corpus Inscriptionum Latinarum*, V.
Inscriptiones Galliae Cisalpinae Latinae, Berlín.

<i>CIL</i> , V, 4129 350	<i>CIL</i> , V, 5813 350	<i>CIL</i> , V, 8659 358
<i>CIL</i> , V, 4359 350	<i>CIL</i> , V, 5835 485	

CIL, VI = BORMANN, E.; HENZEN, W. 1876-1926: *Corpus Inscriptionum Latinarum*, VI. *Inscriptiones urbis Romae Latinae*, Berlín.

<i>CIL</i> , VI, 8 201	<i>CIL</i> , VI, 1658a-d 132	<i>CIL</i> , VI, 29722 304
<i>CIL</i> , VI, 136 349	<i>CIL</i> , VI, 1729 488	<i>CIL</i> , VI, 30837 134
<i>CIL</i> , VI, 358 135	<i>CIL</i> , VI, 1885 304	<i>CIL</i> , VI, 30973 132-133
<i>CIL</i> , VI, 712 136	<i>CIL</i> , VI, 2032 442	<i>CIL</i> , VI, 31191
<i>CIL</i> , VI, 882 130	<i>CIL</i> , VI, 2614 287	<i>CIL</i> , VI, 32098 146
<i>CIL</i> , VI, 1453 334	<i>CIL</i> , VI, 2685 287	<i>CIL</i> , VI, 32682 287
<i>CIL</i> , VI, 1454 334, 488	<i>CIL</i> , VI, 9676 300	<i>CIL</i> , VI, 41140 478
<i>CIL</i> , VI, 1625 304	<i>CIL</i> , VI, 9677 300	<i>CIL</i> , VI, 41229 484
<i>CIL</i> , VI, 1633 331	<i>CIL</i> , VI, 9873 300	<i>CIL</i> , VI, 41271 478

CIL, VIII = WILMANN, G. 1881-1859: *Corpus Inscriptionum Latinarum*, VIII.
Inscriptiones Africae Latinae, Berlín.

<i>CIL</i> , VIII, 794 132	<i>CIL</i> , VIII, 7070 331, 334	<i>CIL</i> , VIII, 21826 326
<i>CIL</i> , VIII, 2353 133	<i>CIL</i> , VIII, 11341 331	<i>CIL</i> , VIII, 23219 331
<i>CIL</i> , VIII, 2747 326	<i>CIL</i> , VIII, 12442 350	
<i>CIL</i> , VIII, 7046 130	<i>CIL</i> , VIII, 15208 350	

CIL, IX = MOMMSEN, TH. 1883: *Corpus Inscriptionum Latinarum*, IX.
Inscriptiones Calabriae, Apuliae, Samnii Sabinorum, Piceni Latinae, Berlín.

<i>CIL</i> , IX, 1729 136	<i>CIL</i> , IX, 3513 133	<i>CIL</i> , IX, 4881 136
<i>CIL</i> , IX, 1811 140	<i>CIL</i> , IX, 4063 132	

CIL, X = MOMMSEN, TH. 1883: *Corpus Inscriptionum Latinarum*, X.
Inscriptiones Bruttiorum, Lucaniae, Campaniae, Siciliae, Sardiniae Latinae, Berlín.

<i>CIL</i> , X, 680 331	<i>CIL</i> , X, 825 136	<i>CIL</i> , X, 5180 353
<i>CIL</i> , X, 787 135	<i>CIL</i> , X, 1024 397	<i>CIL</i> , X, 5181 353
<i>CIL</i> , X, 802 135	<i>CIL</i> , X, 1120 132	<i>CIL</i> , X, 5182 353
<i>CIL</i> , X, 820 134	<i>CIL</i> , X, 1425 132	<i>CIL</i> , X, 7946 132

CIL, XI = BORMANN, E. 1888-1901: *Corpus Inscriptionum Latinarum*, XI.
Inscriptiones Aemiliae, Etruriae, Umbriae Latinae, Berlín.

<i>CIL</i> , XI, 14 350	<i>CIL</i> , XI, 1185 132	<i>CIL</i> , XI, 5173 350
<i>CIL</i> , XI, 289 132	<i>CIL</i> , XI, 1186 132	<i>CIL</i> , XI, 5820a-c 132
<i>CIL</i> , XI, 1024	<i>CIL</i> , XI, 3364 350	<i>CIL</i> , XI, 6053 479
<i>CIL</i> , XI, 1182 132	<i>CIL</i> , XI, 4819 132	<i>CIL</i> , XI, 6059 352

CIL, XII = HIRSCHFELD, O. 1888: *Corpus Inscriptionum Latinarum*, XII.
Inscriptiones Galliae Narbonensis Latinae, Berlín.

<i>CIL</i> , XII, 517 388	<i>CIL</i> , XII, 1371 388	<i>CIL</i> , XII, 3167 326
<i>CIL</i> , XII, 1028 388	<i>CIL</i> , XII, 2327 331	<i>CIL</i> , XII, 3215 388

CIL, XII, 4406 304
CIL, XII, 5371 388

CIL, XII, 5708 142
CIL, XII, 6038 442

CIL, XIII = HIRSCHFELD, O.; ZANGEMEISTER, K. 1905-1907: *Corpus Inscriptionum Latinarum. XIII. Inscriptiones trium Galliarum et Germaniarum Latinae, pars 2, fasc. 1. Inscriptiones Germaniae Superioris et Inferioris*, Berlín.

CIL, XIII, 20 201
CIL, XIII, 65 201
CIL, XIII, 66 201
CIL, XIII, 70 201
CIL, XIII, 236 201

CIL, XIII, 237 201
CIL, XIII, 315 201
CIL, XIII, 3162 356
CIL, XIII, 950-954 132

CIL, XIV = WICKERT, L. 1887: *Corpus Inscriptionum Latinarum. XIV. Inscriptiones Latii Veteris Latinae*, Berlín.

CIL, XIV, 409 304

CIL, XIV, 2499 353

CIL, XIV, 2855 135

CIL, XV = DRESSEL, H. 1891: *Corpus Inscriptionum Latinarum, XV. Inscriptiones urbis Romae Latinae. Instrumentum domesticum*, Berlín.

CIL, XV, 3974 304
CIL, XV, 3975 304
CIL, XV, 4686-4806 299
CIL, XV, 4688-4694 299
CIL, XV, 4696 299
CIL, XV, 4699 299
CIL, XV, 4701 299
CIL, XV, 4703 299
CIL, XV, 4704 299
CIL, XV, 4705 299

CIL, XV, 4706 299
CIL, XV, 4707 299
CIL, XV, 4710 299
CIL, XV, 4711 299
CIL, XV, 4712-4714 299
CIL, XV, 4715 299
CIL, XV, 4716-4718 299
CIL, XV, 4719 299
CIL, XV, 4720 299
CIL, XV, 4721 299

CIL, XV, 4722 299
CIL, XV, 4723 299
CIL, XV, 4724 299
CIL, XV, 4726 299
CIL, XV, 4728 299
CIL, XV, 4730-4731 299
CIL, XV, 4732 299
CIL, XV, 4782 299

CIL, XVI = NESSELHAUF, H. 1936: *Corpus Inscriptionum Latinarum, XVI. Diplomata militaria*, Berlín.

CIL, XVI, 48 290

CIL, XVI, 56 285

CILA = GONZÁLEZ, J.; GONZÁLEZ ROMÁN, C.; MANGAS, J. 1989-2002: *Hábeas de Inscripciones Latinas de Andalucía*, Sevilla.

CILA, 1, 13 476
CILA, 2, 281 304
CILA, 2, 370 476, 485, 492
CILA, 2, 343 395
CILA, 2, 371 485, 492
CILA, 2, 372 492
CILA, 2, 373 476, 492
CILA, 2, 374 492

CILA, 2, 375 492
CILA, 2, 378 325, 478
CILA, 2, 382 146, 403
CILA, 2, 383 403
CILA, 2, 399 127
CILA, 2, 438 476, 492
CILA, 2, 1076 130, 402-403
CILA, 2, 1077 130, 402-403

CILA, 2, 1209 400-401
CILA, 3, 86 489
CILA, 3, 92 331
CILA, 3, 225 129
CILA, 4, 157 489
CILA, 4, 1052 495
CILA, 4, 1115 495
CILA, 4, 1219 489

CIRG = BOUZA, F.; VÁZQUEZ, F.; FILGUEIRA, J.; LORENZO, J. 1949-1968: *Inscripciones Romanas de Galicia*, Santiago de Compostela.

CIRG, I, 87 490

CLE = BÜCHELER, F. 1895-1897: *Carmina Latina Epigraphica*, Leipzig.

CLE, 225 142

DECar = ABASCAL, J. M.; RAMALLO, S. 1997: *La ciudad de Carthago Noua. La documentación epigráfica*, Cartagena.

DECar, 26-39 493 DECar, 44
488

DECar, 51 493

DECar, 52 493

EE = *Ephemeris Epigraphica*, Roma, 1872-1913.

EE, VIII, 280 324

EE, VIII, 2, 117

487

EJER = ORS, Á. D' 1953: *Epigrafía jurídica de la España romana*, Madrid.

EJER, 16bis 149

EJER, 21 149

ERAE = GARCÍA IGLESIAS, L. 1953: *Epigrafía romana de Augusta Emérita* [tesis doctoral inédita], Madrid.

ERAE, 2 134
ERAE, 47 129

ERAE, 125 287
ERAE, 503 129

ERCan = IGLESIAS, J. M.; RUIZ, A. 1998: *Epigrafía romana de Cantabria*, Burdeos.

ERCan, 16 461

ERPLe = RABANAL, M. A.; GARCÍA MARTÍNEZ, S. M^a. 2001: *Epigrafía romana de la provincia de León. Revisión y actualización*, León.

ERPLe, 22 135

ERPLe, 32 135

ERPLe, 304 339, 341

HAE = *Hispania Antiqua Epigraphica*, Madrid, 1950-1969.

HAE, 863 332

HAE, 971 402

HAE, 1726 324

Hep = *Hispania Epigraphica*, Madrid, 1989-2005.

HEp2, 52 489
HEp2, 62 327
HEp2, 367 491
HEp2, 391 491
HEp2, 485-505 148
HEp2, 770 397
HEp2, 773 403
HEp2, 816 446
HEp2, 843 134
HEp4, 445bis 149
HEp4, 516 476, 492
HEp4, 837 149
HEp4, 841 403
HEp4, 1079 353
HEp5, 175-189 470
HEp5, 191 288
HEp5, 553 135
HEp5, 572 403
HEp5, 576 128

HEp5, 765 136
HEp5, 780 135
HEp5, 827 402
HEp6, 600 134
HEp6, 604 134
HEp6, 678-680 148
HEp6, 876 149
HEp6, 881 140
HEp6, 898 442
HEp6, 1069 470
HEp7, 109 129
HEp7, 378 140, 339
HEp8, 180 487
HEp8, 276 132
HEp8, 325 339
HEp8, 357 476, 494
HEp8, 396 400
HEp9, 27 458
HEp9, 50 135

HEp9, 64 146
HEp9, 237 446
HEp9, 534 128
HEp9, 585a y b 403
HEp10, 5 136
HEp10, 55b 476, 487
HEp10, 66 287
HEp10, 149 129
HEp10, 210 403, 130
HEp10, 295 491
HEp10, 302 446
HEp10, 321 36
HEp10, 374 476, 494
HEp10, 576 304
HEp11, 11 458
HEp11, 84 151
HEp11, 251 476
HEp11, 471 485
HEp11, 472 448

*HEp*12, 47 332
*HEp*12, 72 476, 489

*HEp*12, 470 481
*HEp*13, 276 476

*HEp*13, 309 135
*HEp*13, 453 130

IAM = EUZENAT, M.; MARION, J. 1982: *Inscriptiones Antiquae du Maroc, 2. Inscriptiones Latines*, París.

IAM, 55 480

IAM, 306 484

IG, VII = DITTENBERGER, W. 1892: *Inscriptiones Graecae, VII. Inscriptiones Megaridis et Boeotiae*, Berlín.

IG, VII, 2713 428

IGRRP = CAGNAT, R. 1911-1927: *Inscriptiones Graecae ad res Romanas pertinentes*, París.

IGRRP, III, 159 128

ILAlg = PFLAUM, H. 1957: *Inscriptions latines de l'Algérie. Inscriptions de la confédération cirtéenne, 1. Rusicade et région de Rusicade Cirta*, París.

ILAlg, 2131 136

ILER = VIVES, J. 1975: *Inscriptiones latinas de la España romana*, Barcelona.

ILER, 2078 403

ILS = DESSAU, H. 1892-1962: *Inscriptiones Latinae Selectae*, Berlín.

ILS, 900 132
ILS, 1016 326
ILS, 1070 326
ILS, 1139 478
ILS, 1140 331, 479
ILS, 1254 488
ILS, 1327 478
ILS, 1354 478
ILS, 1354a 478

ILS, 1396 331
ILS, 1426 331
ILS, 2299 479
ILS, 2383 331
ILS, 2384 331
ILS, 5512 447
ILS, 5699 476, 490, 494
ILS, 6109 488
ILS, 6898 287

ILS, 6941 332
ILS, 6948 331
ILS, 8110 136
ILS, 8390 136
ILS, 8842 332
ILS, 8888 226
ILS, 8895 324, 432
ILS, 9016 331

Inscr. It. = BRACCO, V. 1981: *Inscriptiones Italiae, vol. 1, regio I, fasc. 1. Salernum*, Roma.

Inscr. It. 1, 1, 27-38 135

IRC = FABRE, G.; MAYER, M.; RODA, I. 1984-2002: *Inscriptions romaines de Catalogne*, París.

IRC, I, 18 476, 489
IRC, I, 89 332
IRC, I, 101 331
IRC, I, 104 402
IRC, I, 135 491
IRC, I, 137 491
IRC, I, 162b 144
IRC, I, 175 200
IRC, I, 176 200
IRC, I, 181 200
IRC, I, 214 130
IRC, II, 26 202
IRC, II, 27 202

IRC, II, 28 202
IRC, II, 29 202
IRC, II, 38 202
IRC, II, 73 491
IRC, II, 89 200
IRC, III, 19 131
IRC, III, 24 131, 203
IRC, III, 25 131, 203
IRC, III, 26 131, 203
IRC, III, 27 203
IRC, III, 28 203
IRC, III, 29 131, 203
IRC, III, 31 131

IRC, III, 32 131
IRC, III, 79 201
IRC, III, 80 201
IRC, III, 188 201
IRC, IV, 24 481, 489, 491
IRC, IV, 25 491
IRC, IV, 26 491
IRC, IV, 27 476, 491
IRC, IV, 45 446
IRC, IV, 57 402
IRC, IV, 67 446
IRC, IV, 131 128

IRCP = ENCARNACÃO, J. D' 1984: *Inscrições romanas do Conventus Pacensis*, Coimbra.

IRCP, 3 489, 494	IRCP, 189 353	IRCP, 556 470-471
IRCP, 5 485, 494	IRCP, 207 353	IRCP, 568 468
IRCP, 11 449	IRCP, 236 446	IRCP, 608 469
IRCP, 149 476	IRCP, 239 447	IRCP, 665 477
IRCP, 183 448	IRCP, 483-492 148	IRCP, 666 ^a 477
IRCP, 186 448	IRCP, 495 470	
IRCP, 187 144	IRCP, 513 148	

IRMataró = FABRE, G.; MAYER, M.; RODÀ, I. 1983: *Inscripciones romanes de Mataró i la seva àrea (epigrafia romana del Maresme)*, Barcelona.

IRMataró, 35 332

IRPCádiz = GONZÁLEZ, J. 1982: *Inscripciones romanas de la provincia de Cádiz*, Cádiz.

IRPCádiz, 121 494

IRPLé = DIEGO, F. 1986: *Inscripciones romanas de la provincial de León*, León.

IRPLé, 1 479	IRPLé, 21 484	
IRPLé, 4 487	IRPLé, 22 484	IRPLé, 69 485-486

IRST = CORELL, J. 2006: *Inscripciones romanes del País Valencià, I. Saetabis i el seu territori*, Valencia.

IRST, 3 481, 489

IRT = REYNOLDS, J. M.; WARD-PERKINS, J. B. 1952: *The Inscriptions of Roman Tripolitania*, Roma.

IRT, 541 353

OGIS = DITTENBERGER, W. 1903-1905: *Orientis Graecae Inscriptiones Selectae*, Leipzig.

OGIS, 222 356

RIT = ALFÖLDY, G. 1975: *Die römischen Inschriften von Tarraco*, Berlín.

RIT, 1 201	RIT, 97 487, 493	RIT, 205 331
RIT, 2 203	RIT, 128 482	RIT, 229 331
RIT, 34 148	RIT, 129 476	RIT, 233 332
RIT, 59 136	RIT, 130 331, 479	RIT, 239 332
RIT, 65 356	RIT, 132 476	RIT, 244 332
RIT, 85 493	RIT, 136 476	RIT, 250 356
RIT, 86 493	RIT, 145 446	RIT, 294 442
RIT, 87 477, 493	RIT, 146 476, 487	RIT, 316 446
RIT, 88 493	RIT, 151 476	RIT, 327 332, 442
RIT, 89 128, 485, 493	RIT, 155 476, 490, 493	RIT, 333 445
RIT, 90 485, 493	RIT, 156 325, 487	RIT, 344 446
RIT, 91 476, 485, 490, 493	RIT, 171 128	RIT, 347 446
RIT, 92 442, 485, 493	RIT, 185 331	RIT, 369 151
RIT, 94 128, 486, 493	RIT, 200 331	RIT, 405 356
RIT, 95 128, 493	RIT, 201 331	RIT, 610 143
RIT, 96 493	RIT, 203 331	

RIU = VV. AA. 1972-1981: *Die Römischen Inschriften Ungarns (RIU)*, Bonn.

RIU, 1216 288

SEG = *Supplementum Epigraphicum Graecum*, Leiden, 1923-2003.

SEG, 11, 922 431

TPSulp = CAMODECA, G. 1999: *Tabulae Pompeianae Sulpiciorum*, Roma.

TPSulp, 13 128

TPSulp, 14 128

c) Fuentes numismáticas

<i>Abariltur</i> 73	<i>Celti</i> 39, 63, 74	<i>Kelin</i> 73
<i>Abdera</i> 61, 66, 73-74, 76	<i>Ceret</i> 74	<i>Kelse</i> 57, 65, 73
<i>Abra</i> 62, 74	<i>Cilpes</i> 74	<i>Kertekunte</i> 56
<i>Acinipo</i> 63, 71, 74	<i>Corduba</i> 63-65, 71, 74	<i>Kese</i> 56-58, 73
<i>Aibora</i> 74	<i>Cumbaria</i> 74	<i>Kili</i> 65, 73
<i>Alaun</i> 73	<i>Dipo</i> 74	<i>Kolounioku</i> 58, 73
<i>Aratis</i> 73	<i>Ebusus</i> 56, 69, 73, 75	<i>Kontebakom Bel</i> 73
<i>Arekoratas</i> 57, 73	<i>Ekualakos</i> 73	<i>Konterbia Belaisca</i> 57
<i>Arkailikos</i> 73	<i>Emporion</i> 51-53, 55-57, 65, 68, 70, 73	<i>Konterbia Karbika</i> 57, 73
<i>Arketurki</i> 73	<i>Erkauika</i> 73	<i>Kueliokos</i> 73
<i>Arsa</i> 61, 73	<i>Eso</i> 73	<i>Kurukuruatin</i> 73
<i>Arsaos</i> 57, 73	<i>Eusti</i> 57, 73	<i>Lacipo</i> 74
<i>Arse</i> 36, 54-56, 59, 65, 73	<i>Florentia</i> 62, 74	<i>Laelia</i> 63-64, 74-75
<i>Asido</i> 61, 73	<i>Gadir</i> 53-55, 60, 66, 73	<i>Laiesken</i> 57, 73
<i>Ausesken</i> 57-58, 73	<i>Halos</i> 63, 74	<i>Lakine</i> 57, 73
<i>Baesuri</i> 74	<i>Ieso</i> 73	<i>Lascuta</i> 61, 73
<i>Baicipo</i> 74	<i>Ikalesken</i> 57-58, 73	<i>Lastigi</i> 63-64
<i>Bailo</i> 73	<i>Ikesankom Kombouto</i> 73	<i>Lauro</i> 57-58, 73
<i>Baitolo</i> 57, 73	<i>Ilercaunia</i> 66, 74-75	<i>Letaisama</i> 73
<i>Balsa</i> 72, 74	<i>Iliberris</i> 62	<i>Loutiskos</i> 73
<i>Barkeno</i> 56	<i>Ilipa</i> 54-55, 63-64, 74	<i>Lutiakos</i> 73
<i>Baskunes</i> 57-58, 73	<i>Ilipla</i> 63-64, 74	<i>Malaka</i> 54, 60
<i>Basti</i> 73	<i>Iliturgi</i> 64, 74	<i>Masonsa</i> 73
<i>Belaiskom</i> 73	<i>Ilse</i> 74	<i>Massalia</i> 51, 56
<i>Belikiom</i> 73	<i>Ilurco</i> 74	<i>Metuainum</i> 73
<i>Bentian</i> 57, 73	<i>Iltiraka</i> 74	<i>Murtili</i> 64, 74
<i>Bilbilis</i> 38, 57, 65, 68, 73-75	<i>Iltirkesken</i> 73	<i>Nabrissa</i> 74
<i>Biluaon</i> 73	<i>Ilirta</i> 56-58, 73	<i>Neronken</i> 73
<i>Birikantin</i> 73	<i>Itukoite</i> 73	<i>Nertobis</i> 73
<i>Biurbi</i> 73	<i>Ituro</i> 57, 73	<i>Oba</i> 61, 73
<i>Bolskan</i> 57-58, 65, 73	<i>Ipolka</i> 74	<i>Obulco</i> 61-63, 65, 70-71, 74
<i>Bora</i> 63, 74	<i>Ipora</i> 63, 74	<i>Oialunes</i> 73
<i>Borneskon</i> 73	<i>Ipses</i> 72, 74	<i>Okalakom</i> 73
<i>Brutobriga</i> 74	<i>Iptuci</i> 61, 73	<i>Olkairun</i> 73
<i>Bursau</i> 73	<i>Irippo</i> 63, 66, 74-75	<i>Olontigi</i> 61, 73
<i>Callet</i> 74	<i>Ituci</i> 61, 73	<i>Ontikes</i> 73
<i>Carbula</i> 62-63, 74	<i>Kaio</i> 73	<i>Onuba</i> 63, 74
<i>Carissa</i> 63, 74	<i>Kaisesa</i> 73	<i>Ore</i> 73
<i>Carmo</i> 39-40, 54, 62-64, 74	<i>Kaiskata</i> 73	<i>Orippo</i> 63, 74
<i>Carteia</i> 34, 37, 39-40, 64-66, 74-75	<i>Kalakorikos</i> 73	<i>Orosis</i> 57, 73
<i>Castulo</i> 61-62, 64-65, 70-71, 74	<i>Karalus</i> 73	<i>Oskunken</i> 74
<i>Caura</i> 64, 74	<i>Karaues</i> 73	<i>Osset</i> 63, 66, 74-75
	<i>Kastilo</i> 74	<i>Ostur</i> 63-64, 73
		<i>Otobesken</i> 74

Rhode 52, 56, 73
Sacili 63, 74
Saitabi 54, 57, 59, 74
Salacia 63, 74-75
Salpensa 74
Saltuie 74
Samala 74
Searo 63-64, 74
Sekaisa 57-58, 65, 74
Sekia 58, 74
Sekisanos 74
Sekobirikes 57, 74
Sekotias 74
Selonken 74
Sesars 57, 74

Seteis 74
Sexs 71
Sirpens 74
Sisapo 74
Sisipo 63, 74
Soturkom 74
Tagilit 55, 73
Tabaniu 74
Tamaniu 74
Tamusia 57, 74
Tarakonsalir 56
Teitiakos 57, 74
Terkakom 74
Tirsos 74
Turiasu 57-58, 74

Turirecina 73
Uarkas 74
Uirouias 74
Unambaate 74
Untikesken 52, 57-58, 74
Usamus 74
Usekerte 65, 74
Urkesken 74
Valentia 59, 75
Ventipo 63, 74
Vesci 61, 73
Vgia 63
Vlia 62-63
Vrso 36, 62, 64

Índice onomástico

P. Acilio Atiano 273
Adriano 13, 24-27, 128, 131, 161, 193, 207, 209-210, 239, 242, 251-261, 272-274, 278, 327, 331-332, 343, 358, 370, 408, 417-418
Q. Aeclanius Hermias 487
M. Aedius Celer 350
L. Aelius Aelianus 395, 400
L. Aelius Lamia 354
P. Aelius Venerianus 136
Aemilii Papi 274
Aemilius Aemilianus 485
L. Aemilius Daphnus 399
L. Aemilius L. f. Hor(atia tribu) 458
C. Aemilius Niger 396
L. Aemilius Paulus 205, 460
L. Aemilius Rudens 300
L. Afinius Modestus 288
L. Afranio 230, 232
Afranius Burrus 273
L. Agrius 64
Agripina 69, 446, 481
Agustín de Hipona 243, 246-247
Alarico 248
Albinus Albui f. 443-444
D. Albucius Auctus 300
Alejandro Magno 54, 177, 185, 255, 343, 417
P. Alfius Maximus Numerius Auitus 351
Ambrosio de Milán 243, 245-246
Amiano Marcelino 253
Amílcar Barca 53-55, 295
G. Ampudius Tullenianus 287
Annii Verii 274, 289
C. Annius Hispanus 126
L. Annius Hymnus 300
C. Annius C. f. Gal(eria tribu) Seneca 458
M. Annius Verus 260
Antínoo 209, 242, 253, 255-256, 259
G. Antistio Veto 231, 288
L. Antistius Rusticus 350, 370
M. Antonio 234, 266, 348, 356, 426
M. Antonio Rufino 132
Antonio Juliano 239
Antonino Pío 133, 260, 272, 274, 305, 355, 365
Apiano 18, 23-24, 199, 224-225, 253, 385-386
Apolodoro de Damasco 20, 252-253, 259
Aponia Montana 127
Apringio de Beja 248
M. Aquilius Euocatus 300
Aristeas 259
Arriano 20, 253
C. Arruntius Catellius Celer 253
Asdrúbal 34, 195
A. Atenius Crescens 300
A. Atilius Macer 300
C. Atinius 300
L. Atinius 64
Attia Libadis 288

P. Attius Seuerus 300
C. Aufidius Victorinus 326, 350, 378
C. Aufustius C. f. Gal(eria tribu) 458
Augustus 470
Augusto 19, 24-26, 35-36, 38-41, 59, 65, 66-69, 75, 126-128, 131-136, 140, 144, 176-177, 183, 187-189, 198, 203-209, 234, 238-239, 252, 258, 267-268, 271-274, 286-289, 291, 299, 301, 303, 310-311, 324, 326, 328-330, 333, 335, 339-343, 345-349, 351-358, 362, 370, 379, 385, 387-388, 392, 400, 408, 415-417, 427-432, 440-441, 444-447, 449, 454-455, 460-461, 483, 485
Aulo Gelio 23, 239, 253
Aureliano 302, 476-477
M. Aurelius Alexander 485
Aurelius Iulius 485
M. Aurelius Valentinianus 485
Aurelius Vrsinus 485
Avieno 21, 181
Baebii (gens Baebia) 396
Cn. Baebius 130, 349
L. Baebius 300
Cn. Baebius Cn. f. Gal(eria tribu) Geminus 130
M. Baebius Claricus 300
Cn. Baebius Silanus 349
P. Baebius Venustus 403
Baquiaro 248
M. Bombius Rusticus 487
Bonoso 481
Braulio de Zaragoza 246, 248
Caecilia Anua 287-288
Caecilia T. l. Urbana 288
L. Caecilius L. f. Pom(prina tribu) Long[ino] 136
M. Caecilius 300
Q. Caecilius 300
D. Caecilius Abascantus 304
Q. Caecilius Marcellus 350-351
Q. Caecilius Marcellus Dentilianus 351
Q. Caecilius Q. f. Pap(iria tribu) Varica 288
T. Caecilius Q. f. Pap(iria tribu) Caluentius 288
A. Caecina Tacitus 350, 484
C. Caesonius Macer Rufinianus 351, 353
C. Caetronius Miccio 355
Calcidio 244
Calígula 66, 68-69, 75, 128, 267, 272, 274, 311
T. Callaeus Niger 287
Calpurnia Galla 371
Calpurnio Fabato 145
L. Calpurnius Piso 225, 327, 341-342
Cn. Calpurnio Pisón 132, 206-207, 229, 273, 326, 432
L. Caluentius Vetus Carminius 353
P. Cannin[i]a Optata 287
C. Cantius Modestinus 403
T. Cantius Nasonis f. 288

- L. Canuleyo 378, 386
 Caracalla 259, 272, 274, 289, 324-325, 329-330, 334, 355, 378, 455, 484-485
Carinus 476, 482
 P. Carisio 67
 Carminio Rufo 252
 Q. Casio Longino 205, 252-253
M. Cassius Caecilianus 395
M. Cassius Sempronianus 304
 Catilina 229, 230
 Catón 36, 196, 230, 240
 Cecilio Macrino 145
 Q. Cecilio Metelo 198, 201, 225, 227
 Q. Cecilio Metelo Nepote 230
 Cécina Severo 136
 Gayo César 131, 295, 446
 César 22, 36-37, 66, 118, 134, 183, 187, 194, 201, 203-204, 206, 223-224, 229-234, 238, 247, 258-259, 266-268, 302, 340, 348, 378, 384, 387-388, 392, 426, 432, 445, 454, 460
 L. Cesio 226
 Claudio 23, 54, 69, 127, 207-208, 240, 268, 272-274, 277-278, 287-288, 353-355, 357, 416-417, 432, 442, 444, 446
 Claudio II 481, 489
 M. Claudio Marcelo 385
 A. Claudio Pulcro 131
Tib. Claudius Candidus 479
T. Claudius Decimus 300
T. Claudius Magnus 285
[Ti.] Claudius [---]onis f. Pint [---]us 288
T. Claudius Proculus Cornelianus 358
 Cleopatra 356
 Clodio Albino 274, 327, 479
 Clodio Turrino 239
 L. Clodio Montano 132
P. Clodius Athenius 300
M. Clodius Flaccus 134
M. Clodius Hermes 300
Clodius Florentinus 136
P. Clodius Laetus Macrinus 431
T. Cl(odius) Loquella 136
Cluuius Rufus 326
 Columela 239-240
P. Cominius Clemens 358
 Cómodo 128, 261, 271-272, 274
 Constancio 242-243, 476, 493
 Constantino 132, 242, 252-253, 473, 475, 487, 492
P. Cordius Gratus 300
 Cornelio Celso 301
 L. Cornelio Balbo 231, 239, 391
 L. Cornelio Dolabela 133-134, 226
P. Cornelius Anullinus 350, 478
C. Cornelius Bocchus 353
L. Cornelius C. f. Bocchus 239, 353, 441, 443
M. Cornelius Eridanus 449
C. Cornelius Cn. f. Gallus 130
C. Cornelius Gallicanus 350
L. Cornelius L. f. Gal(eria tribu) Potitus 288
L. Cornelius Valerianus 288
 Curcio Rufo 240
 Craso 225-226, 229-230, 348
 Critón 252
 Dámaso 243, 245
 Damofón de Lykousura 260
Dasumia Turpilla 372
P. Datianus 485
T. Decidius Domitianus 352, 358
 Decio Trajano 258, 326
Q. Decius Valeri(a)nus 479, 484
 Dictinio 243
 T. Didio 225-226
 Dión Casio 205, 230, 252, 256, 258, 302, 324, 343, 426
 Dión Crisóstomo 252
 Dionisio Filócalo 244
 Diocleciano 245, 275, 301, 325, 329-330, 335, 485-487, 490, 493
Dobiteina Doquiri f. 469
 Domiciano 208, 254-255, 258, 272, 274, 289, 297, 442, 459
 Domicio Enobarbo 200, 343
 Cn. Domicio Calvino 65, 131, 203
Cn. Domitius Felix 300
 Druso 67-69, 75, 354, 356, 444
M. Drusus Libonis 342
 Egeria 245, 248
Egnatia A. f. Aull[ina] 136
 Elio Aristídes 253, 256
 M. Emilio Lépidio 65, 131, 196, 204, 228, 234, 238, 311
 L. Emilio Paulo 205
 Eneas 129, 204
 Eratóstenes 22
 Escipiones 25
 Escipión Emiliano 18, 199-200, 224-225, 278
 Escipión Africano 24, 52, 54, 56, 129, 193-195, 385-386
 Espartaco 229
 Estacio 240-241, 253
 Estatorio Víctor 239
 Eugenio de Toledo 248
 Exuperantio 248
 Q. Fabio Labeón 200, 225
 Q. Fabio Máximo 59
 Fabio Rústico 239-240
L. Fabius L. f. Gal(eria tribu) 458
P. Falcidius 64
M. Fannius Augurinus 470
 Favorino de Arlés 253
 Fídias 260
 Filippo el Arabe 274, 350, 476, 487
 Filóstrato 253
Flaminius Priscus 486
Flauia L. f. Rufina 443, 448

- Flavio Merobaudes 246
Q. Fl(auius) Restitutus 287
Flavius Sallustius 488
 Floriano 476-477
Fortunatus 486
 Frontón 253
 Fructuoso de Braga 246, 248
Q. Fufius Q. f. Mae(cia tribu) 458
Fuluia Zosima 288
Q. Fuluius Carisianus 395
M. Fuluius Nobilior 23, 134
L. Fuluius Numisianus 128
 --- *Fu]ndanus Augustanus Alpinus* 326
C. Furnius 354
Fusca Vituli l. 469
- Galba 25-26, 207-208, 273-274, 277, 326, 328, 355
 Galeno 255
Galeo Tettieus Seuerus 350
Gallienus 476
 Gavio Silón 239
 Genadio de Marsella 247-248
 Germánico 67-69, 75, 149, 207, 297, 326, 428-429, 446
 Geta 259
 Gordiano III 489
 Graciano 428
 Granio Marcelo 128
Q. Granius Iunius 300
P. Gratius Rufus 300
 Gregorio de Elvira 242
 Gregorio Nacianceno 246
- Q. Hedi]us Lollianus Plautius Auitus* 356
 Heliogábalo 146
M. Heluius Anthus 372
Herennius Etruscus 476
Hermes 470
 Herodiano 261
 Hidacio 237, 243, 246-247, 488
 Hierón de Siracusa 57
M. Hirrius M. f. Quir(ina tribu) Annianus 128
M. Hirrius Prolixus 128
 L. Hirtuleyo 201, 228
 Horacio 245-246
P. Horatius P. f. Quir(ina tribu) 458
- C. Iauolenus Caluinus* 353
Igalghis Ildrons f. 392
 Ildefonso de Toledo 104, 248
Ildrons Velaunis f. 392
 Indíbil 195
Infantius 132
Innocentia 132
 Isidoro de Sevilla 19, 24, 27, 248
Iulia Mammaea 488
Iulius Valens 485
C. Iulius Cerialis 354, 484
C. Iulius Eurycles Herculanus 351
- T. Iulius Frugi* 350-351
M. Iulius Hermesianus 304
M. Iulius Marcellus 395
S. Iulius Possesor 305
C. Iulius Proculus 350
C. Iulius Vercondaridubnus 356
L. Iunius Latro 353
[L. Iu]nius Quir(ina tribu) Optatus 288
C. Iunius Receptus 449
Q. Iunius Rusticus 326
C. Iuuentius Albinus 395
- Juan de Bíc]aro 248
 Julia Balbila 253
 Julián de Toledo 248
 Juliano 248
 C. Julio Higino 239
 D. Junio Bruto 59, 199, 225
 M. Junio Silano 131
 Justiniano 252
 Juvenal 132, 135, 240, 252-253
- Larcius Priscus* 351
 Leandro de Sevilla 248
 León Magno 247-248
Licinii (gens Licinia) 395
 Liciniano 23, 239
 L. Licinio Sura 209, 255, 260
M. Licinius Mahetus 300
 Livia 68-69, 353, 417, 441-442, 446
Louessius Bracar[us] 290
 Lucano 237, 239-241, 245-246
 Lucio Vero 289
M. Lucretius Iulianus 358
L. Lucretius Seuerus 397
- [Ma]gnius Donatus* 485
P. Magnius Rufus Magonianus 358
C. Maius Pollio 64
Q. Mamilius Capitolinus 479
T. Mamilius Praesens 396
 Mandonio 195
 Manilio 240
 Manio Sergio 200, 225
Q. Manlius Paris 405
 Marcial 23-24, 237-241, 248, 252-253, 297-299, 305
 L. Marcio Séptimo 386-387
 G. Marcius 385
L. Marcius Saturninus 372
 Marco Aurelio 130, 258, 260, 272, 274, 289, 305, 358, 489
 Mario 201, 225-226, 248,
 Mario Máximo 252
M. Marius M. f. Gal(eria tribu) 458
C. Marius C. f. Vet(uria tribu) 458
L. Marius Vegetinus Marcianus Minicianus
Myrti[l]ianus 351
 Martín de Braga 248

- Marullo 239
 Materno 239, 479
 Maximiano 476, 482, 485-486, 490, 493
 Maximino el Tracio 330, 477, 479
C. Memmius Fidus Iulius Albinus 350
T. Mercello Persinus Marius 396
 Mesalina 428
Messii Rustici 274
L. Messius L. f. Gal. Fructus 287
 Metello Macedonico 310
C. Minicius Rusticus 300
L. Minicius Natalis 400
C. Minius 64
 Minucio Fondano 258
 Mitrídates 228
Montanus Tangini f. 468
 P. Mucio Escévola 203
L. Mummius 387

 Nerón 39, 208, 240, 255, 272-274, 277, 287-288, 311, 328-329, 252-353, 355, 416, 428, 432
 Nerva 209, 254-255, 260-261, 274, 428
 Nigrino, obispo 109
 M. Nonio Balbo 132
L. Nouius Rufus 479
 Numerio Vibio Sabino 207
[Numisia] Perpernia 128
L. Numisius Atticus 128
L. Numisius Silo 300
M. Numisius Nicer 300
 L. Nummio 310

C. Obulnius 151
Q. Octavius Daphnicu[s] 136
P. Olitius Apollonius 304
Optimus 420-421
C. Oppius Sabinus Iulius Nepos 351, 353
Q. Opsilius 64
 Oriencio 246
 Osio de Córdoba 242, 244
 Ovidio 245

 Paciano de Barcelona 243
 Papias de Afrodiasias 259
L. Papirius L. f. 443
 Pascasio 248
 Pastor 248
 C. Paullo Aemilio Lépidio 131
Paullus Fabius Q. f. Maximus 324
 Paulo 457-458
 Paulo Orosio 246, 316
 Pausanias 253
Pedanii (gens Pedania) 395
Q. Pedecaius 64
Q. Pedius 135
 Pericles 256
 Perperna 201, 228
 Persio 240
 M. Petreyo 230, 232

M. Petronius Honoratus 304
 Pisístrato 342
 Plinio el Joven 134, 145, 252, 255-257, 431
 Plinio el Viejo 20-21, 24, 140, 144, 146, 182, 198, 240, 297, 310, 316, 332-334, 343, 351, 387-388, 444, 457-458
 Plotina 131
 Plutarco 227-228, 252-253, 328
M. Poblicius Hilarus 132
 Polibio 18, 21-23, 382, 386
C. Pompeius Cn. f. Afer 392
T. Pompeius Albinus 358
M. Pompeius Q. f. Icstnis 392
Q. Pompeius Q. f. Velaunis 392
Q. Pompeius Q. f. Sabinus 392
 C. Pompeyo Estrabón 226, 381, 387
 Cn. Pompeyo Magno 22, 37, 65, 183, 196, 201-203, 223, 228-233, 238, 343, 348, 381, 387, 392
 Pomponio Mela 23, 239-240, 343, 444
Q. Pomponius Munatianus Clodianus 350, 484
G. Pomponius Potentinus 287
Q. Pomponius Potentinus 287
L. Pontius L. f. Pap. Aquila 287
 Popea 329
L. Poplicius Antiochus 300
 M. Porcio Latrón 239
L. Porcius Quir(ina tribu) Quietus 130
M. Porcio Nymphodus 300
 Posidonio 22
Postumius Lupercus 485
 Póstumo 481, 485
 Potamio de Lisboa 243, 245
 Prisciliano 243, 248
 Probo 481
 Procopio 252
 Próculo 481
Proculus 287, 250
[Pro]culus Spantamicus 130
 Prudencio 237, 240, 244-247
 M. Pupio Pisón Calpurniano 229
L. Purellus Gemellus 300

 Quintiliano 161, 239-242, 244, 253, 343, 432
M. Quintilius Herma 300
 Quintio Flaminio 386
Quintius Hispan[us] 352

Reburus Seueri f. 290
L. Roscius Paculus 134
 Rutilio Namaciano 246
Rutilius Pudens Crispus 350, 353, 484

 Salonina 476, 484
 Salvio Juliano 257
 M. Salvio Otón 353
Cn. Satrius Cn. f. Rufus 132
 Sefronio, obispo 108-109
S[e]mpronius [Cn.] f. Niger 287
T. Sempronius Augustinus 288-289

- Séneca 161, 181, 208, 237, 239-241, 245, 273
Septimio Severo 128, 253, 259, 272, 274, 289, 302, 325, 327-328, 351, 355, 474, 479, 482
Septimius Acindinus 487
Sertorio 24-25, 58-59, 65, 71, 178, 201-203, 223, 226-229, 231-232, 238, 248
Símaco 23, 246, 490
P. Sitio Nucерino 229
Sisebuto 248
C. Sentius Felix 304
C. Sentius Regulianus 304
Cn. Sentius Saturninus 128
Q. Servilio Cepión 225-226
C. Seruilius Diodorus 330, 484
L. Sestius Quirinalis 340, 342-343, 431-432
Severo Alejandro 210, 272, 274, 327-328, 350
G. Seuius Lupus 287
C. Sextius Caluinus 381
Siagrio 248
Sila 63, 65, 201, 206, 224, 227, 267, 387
Sileno 18, 63
Silio Itálico 239-240, 252
P. Silius Nerua 343
Sósilo 18
L. Statius Faustus 136
P. Statius Paulus 350
Sulpicii 128, 151
G. Sulpicius [---]us 485
- Tácito 26, 207, 240, 247, 252, 270, 278, 290, 336, 432, 441, 477
Tajón de Zaragoza 248
Teodosio 26, 161, 164, 244, 246
M. Terencio Varrón 24, 232
L. Terentius Seuerus 300
Tertuliano 246, 433
C. Tettius C. f. Scap(tia tribu) 458
Tiberio 25, 59, 61, 66-69, 75, 128, 130-131, 136, 207, 272, 274, 310-311, 326, 352-353, 356, 416, 431-433, 441, 442, 444-445, 447
Tiberio Sempronio Graco 129, 196, 224, 383, 386
Tito 146, 242, 253, 255, 273, 353, 365, 368, 370, 417, 455
Tito Livio 21, 23-25, 33, 36, 194, 197, 203, 224, 247, 342, 378-379, 381, 383, 386
Torcuato Genadio 248
Toribio de Astorga 247-248
Trajano 11, 13, 26, 134, 145, 161, 166, 176, 180, 207, 209, 239, 242, 251-261, 272-274, 278, 289, 292, 338, 417-418, 428, 431
Tranquillina 489
Treboniano Galo 477, 484
Trogo Pompeyo 19
M. Tullius 135-136
P. Tullius Varro 350
- Valeria Fauentina* 399
Valerii Vegeti 274, 331, 358
Valerianus 130
Valerio del Bierzo 243
G. Valerio Flaco 201, 225-227
Valerio Máximo 240
Valerio Mesalino 136
C. Valerius Auitus 314
C. Valerius Catullus 300
C. Valerius Celsus 290
L. Valerius L. f. Fal(erna tribu) 458
L. Valerius Fauentinus 399
L. Valerius Firmus 130, 402
M. Valerius Paulinus 352
M. Valerius Phoebeus 407
M. Valerius Proculinus 127, 352, 371, 400-401
M. Valerius Reburus 285
L. Valerius Reburus 288
M. Valerius Suauis 300
C. Valerius Valerianus 130, 402
C. Vallius Maximinus 478
L. Verrius Apro 300
Vespasiano 190, 208, 254, 269, 272-274, 276, 290, 326-327, 333, 352-353, 355, 358, 365, 367-368, 370, 378, 392, 417, 433, 441-442, 444-445, 447-448, 455, 459, 461, 489
Vetio Juvenco 242
Vettila 134
G. Vettius Probianus 132
M. Vettius Valens 352
Vibia Sabina 259
T. Vinus Rufinus 355
Virgilio 163, 190, 242, 245-246
Viriato 199, 224-225
L. [V]isselius Niger 287
Vitrubio 253
M. Vmbilius M. f. Arn(ensi tribu) Maximinus 136
Vlpia Severina 477
A. Vmbricius Scaurus 397
C. Vmmidius Durmius Quadratus 353
Único 239
Voconia Maria 287-288
C. Voconius C. f. Pap(iria tribu) 287-288
C. Voconius C. f. Proculus 287-288
Volusianus 476

Índice de materias

a) Acontecimientos y categorías históricas

- Actium* 266, 426
- Alto Imperio 38, 42, 140, 163, 177, 178, 180, 184, 193-194, 210, 225, 276, 284, 293, 323-326, 332, 335, 391-392, 394-395, 404-405, 408, 477, 488, 490-491, 494
- Antigüedad Tardía 39, 131, 162, 176-178, 180, 187, 242, 494
- Antoninos 24, 178, 188, 254, 259-260, 408
- Bellum Maricum* 288, 325, 328, 380-381, 478-479
- Bellum Sociale* 201, 224, 226, 233
- Cristianismo primitivo 167, 184, 187-188
 - Concilios 242, 246, 488, 490-491
 - Mártires 161-162, 177, 244-246
 - Actas de mártires 245, 486
 - Emeterio y Celedonio 244
 - Mártires de Zaragoza 245
 - Origenismo 246
 - Padres de la Iglesia 475
 - Pelagianismo 246-247
 - Priscilianismo 243, 246-248
- Dictadura de César 234, 267
- Dictadura de Sila 63, 65, 201, 206, 224, 227, 267, 387
- Dinastía Flavia 39, 147, 149, 204, 208, 254, 257, 271-273, 275, 277-278, 284, 286-290, 298, 310-312, 318, 334, 352-354, 362, 392, 401, 417, 433, 440-442, 461, 482, 489, 495
- Dinastía Julio-Claudia 40, 132, 207-208, 210, 269, 271, 277, 312, 326, 349, 354, 370, 388, 416-417, 432, 441-444, 446
- Edad del Hierro 186, 294
- Guerras cántabras 23, 25, 67, 204-205, 324, 330, 332, 339-340, 354, 461
- Guerras celtibéricas 41, 199, 223, 225-226, 229,
- Guerras civiles 22, 37, 41, 187, 203, 224, 227-234, 240-241, 248, 266-267, 273, 290, 295, 324, 347, 354-355, 387, 392, 408, 454, 458, 460
- Guerras dácicas 253, 260
- Guerra de las Galias 229
- Guerras lusitanas 59, 199, 223-224, 227, 295
- Guerras púnicas
 - Primera Guerra Púnica 53, 189
 - Segunda Guerra Púnica 19, 239, 383
- Guerras sertorianas 55-56, 58, 65, 201-202, 227-229, 231-232, 387
- Monarquía 239, 255
- Principado 33, 36, 39, 42, 65, 67, 105, 126, 129-130, 176, 252, 254, 348-349, 355-357, 426-430, 457, 476
- República 24, 33, 59, 66, 69, 130, 185, 189, 193, 267, 269, 310, 351, 357, 378, 384, 386, 415, 417, 446
 - República Tardía 12, 36, 59, 74, 126, 151, 177-178, 223-224, 227, 232, 239, 343, 346-348, 373, 381, 390, 395, 407, 427, 430, 475
- Revuelta de Espartaco 229
- Severos 179, 183, 272, 277, 329, 407, 473, 486, 488
- Siglo III 272, 330, 470, 473
- Tetrarquía 474, 476, 482, 485-486, 496
- Triunvirato
 - Primer triunvirato 230-231
 - Segundo triunvirato 234

b) Actividades económicas

- Aceite 19-20, 22, 24, 181, 182-183, 293, 297, 400-401
 - Comercialización 39, 140, 209, 294, 296, 298-299, 301-305, 479, 488
 - Diffusores olearii* 304

- Naucularii* 304, 408
- Producción 395, 495
 - Almazara 297
 - Molino 297
 - Prensa 297
- Agricultura 19-20, 30, 39, 71, 240, 259, 295-296, 396, 454, 475
 - Esparto 19-20, 23
 - Trigo 19, 22, 24-26, 296, 298, 301, 399
 - Vino 19-20, 22, 24, 296, 298-299, 395, 399, 433
- Comercio 12, 30-31, 39, 66, 180, 183, 185, 196, 197, 273, 293, 295-296, 300-301, 303, 305, 309, 311, 318, 394, 396, 475
 - Fluvial 197, 226, 302-304, 396, 460
 - Portuario 36, 38, 60, 66, 198, 206, 299, 302-303, 329, 343, 396
- Contratas 300, 363-364, 367-369, 395
- Corporaciones 38, 304, 403, 408, 489
 - Naucularii* 304, 408
 - Negotiatores* 150, 293, 300, 304, 408
- Figlinae* 302
 - Cerámicas 39, 135, 150-151, 182-183, 294, 297, 299, 302, 383, 496
 - Material de construcción 150-151, 395, 482
- Ganadería 20, 24, 30, 176
- Minería 19, 23-24, 26, 61, 64, 70-71, 179, 181, 184, 216, 258, 296, 316, 324, 326-330, 358, 394, 396, 460, 488
 - Canteras 310, 312, 314, 316-317, 396
 - Castulo* 61-62, 64, 143, 179, 187, 324
 - Hierro 19-20, 22-24, 208, 316
 - Lapis specularis* 206, 316
 - Lex metallum Vipascense* 358
 - Marmor* 12, 27, 40, 129, 132, 196, 208, 259, 287, 309-316, 318, 415, 418
 - Minio 19, 22, 316
 - Oro 18-20, 22-23, 26, 54, 136, 184, 206, 238, 258, 260, 353
 - Societas Sisaponensis* 459-460
- Propiedad de la tierra 38, 396, 454, 457, 460-461
- Salazones 197, 293-294, 296-300, 305, 396
 - Garum* 298-300, 397, 449,
- Sector inmobiliario 146, 363, 366
- Trashumancia 39, 41

c) Administración romana

- Administración provincial
 - Censo 266, 331, 334, 348, 357, 364, 380, 394, 396, 454, 484
 - Concilio provincial 209, 332, 334, 350-353, 356, 442-444, 448, 487-488
 - Concilium Galliarum* 356
 - Conuentus iuridici* 179, 189-190, 206, 286, 323, 325-328, 332-334, 351-355, 358, 370, 383, 432-433, 439, 444-445, 483-488, 493-494
 - Arae Augustae* 205-206, 326, 333, 444
 - Astigitanus* 328, 333-334, 351
 - Asturum* 325-326, 333, 354-355, 444, 483-484, 486
 - Bracaraugustanus* 325-326, 329, 333, 354-355, 444, 483, 488
 - Caesaraugustanus* 140, 149, 326-327, 331, 333-334, 486
 - Carthaginiensis* 326, 333-334, 355, 445, 449, 486, 488
 - Cluniensis* 143, 288, 326, 333, 354-355, 486, 488, 493
 - Cordubensis* 328, 333-334, 351
 - Emeritensis* 329, 333-334, 353
 - Gaditanus* 328, 333, 351, 494
 - Hispalensis* 328, 333, 351
 - Lucensis* 325-326, 329, 333, 354-355, 444, 483, 488
 - Pacensis* 143, 329, 333, 353, 494

- Scallabitanus* 329, 333, 353, 494
Tarraconensis 326, 332, 333, 486, 491
Diocesis 162, 243, 275, 323, 329, 332-333, 355, 486-488, 493
 Gobernadores 117, 131, 134, 196, 198, 201, 203, 207-208, 225-226, 227-232, 253, 257-258, 277, 285, 324-334, 343, 346, 348-356, 370, 373, 385, 431-432, 443, 476-479, 481, 483-490
Censitor 331, 334, 484
 Clientelas 183, 201, 223, 229-234, 268, 273, 364, 414, 430
Cohors amicorum 351
 Edicto 140, 149, 242, 245, 257, 290, 301, 327, 339-341, 343, 349, 378, 392, 455, 460, 461
Familia Caesaris 127, 207, 254, 331, 370, 403, 406, 428, 440, 446, 487
Legatus Augusti 67, 130-131, 209, 324-326, 328-329, 332, 342-343, 348, 350-355, 444, 483-484
Legatus iuridicus 327, 355, 479, 484
Praetores 224, 227, 229-230, 257, 259, 273, 287-289, 297, 324-326, 328-329, 348-349, 352-355, 382-383, 386, 388, 483
Proconsules 131-132, 199-201, 225, 227-231, 233, 324, 328, 342, 348-353, 358, 365, 370, 386, 433, 441, 478, 483-484
Procurator 268-269, 271-272, 305, 310, 324-325, 327-329, 332, 347-352, 354, 357-358, 483-486
 Ad ripam Baetis 331, 395
 Asturiae et Callaeciae 328
 Familiae gladiatoriae 331
 Kalendarii Vegetiani 331, 358
 XX hereditatium 331, 357-358
 Quaestores prouinciae 65, 68, 229, 329, 351, 444, 483
Leges 21, 128, 129, 136, 148-149, 208, 239, 244, 252, 257-259, 266, 268, 362-373, 380-381, 384, 388, 394, 396, 401, 431, 440, 442-443, 445, 455
 Lex Acilia de repetundis 380
 Lex agraria 455
 Lex coloniae 455
 Lex Cornelia de sicariis et beneficiis 258
 Lex Eurfensis 133
 Lex Hadriana de agribus rudibus 259
 Lex Iulia de ciuitate 381
 Lex Luci Spolentina 133
 Lex Manciana 259
 Lex prouinciae 225
 Lex Titia 348
 Tabula Veliterana 133
 Régimen fiscal 179, 231, 257, 328, 331, 334, 352, 357-358, 366, 382, 408, 457
 Aduocatus fisci 331
 Aerarium militare 354, 358
 Aerarium populi Romani 348
 Aurum coronarium 258
 Centesima rerum uenaliuum 357
 Decima 357
 Dispensator 332, 358
 Fiscus Caesaris 348
 Negotiator 150, 293, 300, 304, 358, 408
 Portoria 334, 357-358
 Stipendium 357-358, 462
 Subprocurator 331, 358
 Suptuarii 358
 Tabularii 332, 358,
 Vicessima hereditatium 331, 357-358
 Senado 13, 25, 41, 127-128, 131, 133, 137, 145, 148, 150, 201, 224-228, 230, 252, 255-257, 266-269, 271-273, 275, 277-278, 324, 328-329, 348, 351, 356, 358, 361-363, 367, 370, 372-

- 373, 378-379, 382-383, 386, 388, 393-394, 396, 398, 405, 407, 431, 440-442, 449, 454-456, 461, 484,
 Senadoconsultos 126, 140, 148, 187, 207, 268, 402
 Acilianum 127
 De Cneo Pisón padre 126, 140, 149, 187
 Hosidianum 127
 Volusianum 127
Sortes 348-349
Tabula Lougeiorum 444
Tabularium Principis 130, 149, 367, 455
Tribunos de la plebe 224, 428
Triunviros 224, 230, 386
Administración cívica
 Castella 42, 342, 460-461, 482
Ciudadanía 31, 131, 238, 271, 283, 289-290, 347, 364, 369, 371-372, 383, 393, 399, 406
 Ciudadanía latina 208, 290, 378, 380-381, 384-385, 387-388, 392-393, 455, 489
 Ciudadanía romana 201, 204, 208, 226-227, 230-231, 233, 254, 268-270, 284-286, 357, 378, 380-383, 385-386, 388, 392-394, 444-445, 455
Ciuitates 29, 37, 41-42, 125-127, 129, 131, 133, 275, 289, 362, 371, 380-381, 408, 454, 456-458, 461, 469, 477, 489
 Ciudades estipendiarias 37, 382, 392-393, 397, 402, 443, 445, 455
 Ciudades federadas 60, 198, 347, 379, 455
 Ciues 145, 269, 355, 371-372, 380, 383, 405
Colonias 37, 48, 59-61, 69, 164, 166, 168, 195, 204, 234, 238, 258, 278, 324, 343, 362, 364-365, 368, 370, 377-388, 392-393, 395, 397, 401-402, 405-406, 431, 448, 454, 456-458
 Colonias romanas 234, 287, 379-380, 383, 385, 392, 459
 Colonias latinas 64, 197, 295, 378-381, 383-385, 460
 Deductio 37, 42, 198, 203, 386, 458, 460
 Praefecturae 301, 303, 457
Conuentus ciuium Romanorum 232
Ius Latii 208, 290, 378, 380-381, 384-385, 387-388, 392, 455, 489
 Ius commercii 461
 Ius conubii 290, 378, 380, 384-385
 Ius migrandi 380, 384
 Ius suffragii 363, 380, 384
Legationes 363, 370, 440-441, 443
Leges municipales 128-129, 136, 208, 362-373, 396, 401
 Lex Irnitana 126, 129, 149, 362-364, 366-373, 393-394, 401
 Lex Malacitana 126, 149, 362-364, 371, 373, 380
 Lex Salpensana 149, 362
 Lex Tarentina 367
 Lex Vrsenensis 133, 149, 362-371, 373, 393-394, 401-402, 440, 445
Origo 145, 150, 254, 275, 285-289, 349, 381, 383, 445
Incolae 371-372, 380, 397, 405
Magistraturas 38, 59, 64, 267, 272, 351-353, 355, 361, 363-366, 369, 371, 378, 388, 391-399, 401, 404-409, 448, 483, 490
 Aediles 59, 62-63, 68, 133, 136, 257, 288, 363-364, 366, 368, 373, 392, 395-396, 399, 406, 449
 Album municipal 133, 363, 372
 Apparitores 351, 363-364, 366-368, 373
 Lictores 328, 364
 Curatores rei publicae 408, 485, 490
 Cursus honorum 133-134, 145-146, 150, 288, 305, 326, 329, 331-332, 349-351, 353, 355-356, 365, 371, 394, 407, 441, 444, 448, 475, 490
 Huius 128, 130, 288, 371, 392, 395-396, 400-401, 407, 490
 Huius quinquenales 66, 364
 Honos 144-146, 207, 266, 269, 304, 350-351, 362-364, 366, 369, 372, 391, 394-399, 404-409, 415, 426, 429, 431, 443-444, 447-449, 487, 489
 Jueces/iudices 364, 370, 372, 393

- Munera* 145, 266, 366, 401-402, 408, 456, 490-491
Decuriones 133, 362, 363-370, 373, 393-394, 396-397, 399-400, 403-404, 406-407, 440, 442, 449, 489
Ornamenta 363, 369, 372, 394, 397, 406, 449
Patroni 66, 131-132, 136, 203, 233-234, 300, 363-364, 369-370, 404, 406, 415
Praefecti 288, 305, 331, 338, 370, 448, 485, 487
Quaestor 63-65
Senadolordo decurionum 126-127, 129, 131, 144-145, 352, 362-364, 368-370, 372, 393-394, 396, 398, 400, 404-407, 448-449, 476, 489
Summa honoraria 366, 395, 398, 401, 404, 407-408
Municipios 48, 69, 145, 166, 168, 238-239, 258, 278, 329, 357, 362-365, 367-368, 370-373, 378, 381, 392-393, 395, 397-399, 401, 404-407, 441, 445, 448, 454-455, 491
Municipalización 29, 169, 178, 202, 207, 234, 278, 293, 296, 301, 362, 377, 393, 398, 402, 406
Patronatus 149, 196, 370
Tabulae 72, 174, 190
Plebs 234, 278, 297, 301-302, 364, 368, 371, 395, 399, 400, 405, 407, 428, 449
Populus 144, 347-348, 364, 368, 371-373, 393-396, 405, 449, 462
Municipes 364, 369, 371-372, 405
Res publica 145, 268, 289-290, 395, 405, 408, 428, 489-490
Sistema electoral 129, 230, 364, 371-372, 398, 400, 407, 427
Comitia 266, 272, 364, 371-373, 379-380, 393, 398
Contiones 371
Curiae 191, 371, 490
Propaganda electoral 151, 364, 372
Suffragium 363
Voto *per tabellam* 363
Tabularium 130, 149, 367, 455
Tesoro público 364-366, 369, 398, 402, 406-407, 490
Impuestos 55, 58, 128, 225, 259, 332, 346, 351, 357-358, 365, 368, 370, 407, 455-456, 484
Multas 55, 364-366, 373, 398
Territorium 147, 149, 362, 456
Colonización 29, 40, 178, 180, 182, 185-186, 234, 258, 293, 296, 301, 378-379, 382-383, 386-387, 393, 398, 402, 412, 416, 461
Edictos imperiales 128, 290, 455
Edicto de El Bierzo 12-13, 140, 206, 339, 340-341, 460
Edicto de latinidad 378, 389, 392, 455, 461
Gestión de la tierra 455, 457
Adscriptio 455
Ager 225, 288, 311, 315, 343, 455-462, 470
Ager diuisus et adsignatus 456
Ager prouincialis 457
Ager publicus 225, 331, 394, 455, 457, 459, 462
Ager stipendiarius 257
Ager uectigalis 462
Agrimensores 32, 456
Catastro 453, 455, 458, 462
Centuriación 32, 453, 455-456, 458-460
Communia 456
Fundus 395-396, 456
Fundus redditus et commutatus 456
Fundus concessus 456
Fundus exceptus 456
Inmunitas 339, 457
Ius Italicum 457-459, 462
Ius Quiritium 380, 461
Ius soli 357, 457
Loca 148, 243, 363, 366, 372, 457

Loca extra clusa 457
Loca relictia 457
Loca sacra 148, 457
Montes populi Romani 456
Prata 461, 470
 Prata legionis 461
Siluae et pascua 366, 456
Terminus augustalis 456, 459
Tributa 457, 462
 Tributum capitis 357, 457
 Tributum soli 357, 457
Seruitus uiae 459-460
Sortitio 328, 458
Vectigalia 358, 365-368

d) Cerámica romana

Ánforas 150, 179, 182-183, 195, 209, 294, 297, 299, 300-302, 304-306, 331, 334, 395, 496
 Dressel 20 182, 297, 299-300, 302-304, 334
 Campaniense 179
Dolia 150
 Lucernas 470
 Terra sigillata 135, 396

e) Ciencias auxiliares

Arqueología 10, 13, 18, 29-30, 32, 53, 60, 72, 114, 165, 167-168, 175-176, 178-180, 182-184, 187-188, 194, 200, 204-205, 207-208, 294-295, 316, 383, 459, 466-467
 Escultura 200, 207, 259, 260, 403, 411-412
 Retrato
 Privado 143, 411-421
 Oficial 65, 68, 260
 Talleres 411-416, 419-420
 Murallas 22, 33-34, 37, 39, 41, 189, 195, 197-199, 202, 311, 393, 397, 403, 481-482
 Epigrafía 18, 38, 68, 99-104, 106-108, 111-112, 114-115, 117, 125, 139-142, 144-152, 168, 178, 181-185, 188-189, 202, 205, 207, 282, 286, 288, 293, 298-300, 302-304, 332, 343, 362, 385, 395-396, 399-403, 405-406, 433, 442, 446-447, 453, 459-461, 466, 473, 490
 Autorrepresentación 125, 140, 144, 391, 411-413, 427, 448, 475
 Epigrafía anfórica 150, 183, 188, 293, 298, 300, 395
 Monte Testaccio 140, 179, 181-183, 209, 302-304, 331, 334
 Tituli picti 140, 150, 186, 299, 303-304, 395
 Epigrafía jurídica 142, 144, 148-150, 207
 Epigrafía rupestre 189
 Hábito epigráfico 99, 139-144, 148, 151, 285, 393, 407, 475, 478, 482, 488, 494
 Inscripciones funerarias 142-144, 149, 285, 291, 419, 477
 Inscripciones honoríficas 128, 130, 132, 136, 142-145, 369, 399, 475-477
 Inscripciones monumentales 132, 146, 395, 475-476, 490, 493
 Inscripciones votivas 135, 142, 147-148, 285, 365, 476-477, 484
 Instrumentum domesticum scriptum 142, 150
 Litterae aureae 130, 146
 Onomástica personal 184, 190, 226, 282, 285, 287, 300, 386, 392, 445, 458, 469
 Cognomina 128, 202, 285-287, 388, 458
 Natio 285
 Nomen gentilicium 65, 233, 254, 286, 379, 385, 387, 392-393, 444, 486
 Onomástica latina 386
 Tribu 208, 287, 380-381, 384-385, 388, 392, 416, 458
 Aniensis tribus 287
 Galeria tribus 130, 287-288, 385, 392, 441, 458
 Papiria tribus 287-288

- Quirina tribus* 128, 130, 208, 285, 288
- Sergia tribus* 385
- Velina tribus* 384
- Voltinia tribus* 385
- Pactos de hospitalidad 196, 205
- Historiografía 47, 72, 107, 139, 148, 159-163, 165-169, 173-174, 176, 181, 183, 185-186, 224, 229, 252, 294, 300, 304, 316, 426, 474-475, 478, 480, 486-487, 490, 492, 496
 - Academia de la Historia 12, 48-50, 98, 101-108, 110, 112-118, 161, 165-168, 174-175, 180-182
 - Bibliotecas 100, 102, 106, 111 165, 184-185, 259
 - Biblioteca de El Escorial 101-103, 105, 112
 - Geografía antigua 103-104, 110-111, 113, 118, 161, 164
 - Historia Nacional 162, 165-166
 - Historiografía del Antiguo Régimen 160
 - Mitología 20, 163, 186, 188-189, 466
 - Columnas de Hércules 18, 21-22, 343
 - Gerión 20, 178
 - Habis 20-21
 - Hespérides 20
 - Museos 49, 50, 108, 114-115, 117, 145, 149-150, 165, 167-168, 178, 180, 182, 201, 204, 206, 226, 259-260, 314, 413, 415, 417, 419
 - Recepción del mundo clásico 184
 - Siglo XVIII 48, 100-102, 104-105, 107-108, 110-111, 160-162, 165, 183
 - Siglo XIX 30, 48, 50, 103, 111-114, 118, 126, 159, 160, 162, 165, 167-168, 173-174, 178, 257, 303, 346, 355
 - Viajes eruditos 101-105, 108, 110, 115, 146, 160, 162, 164, 174, 258, 267, 327
- Lingüística 99, 190, 238, 466
- Numismática 18, 26, 47, 49-50, 70-72, 102, 108, 114, 162, 168, 178, 182, 184, 429
 - Catálogos 48, 117
 - Cecas 51-52, 54-55, 57-59, 61-69, 71-72, 199, 207, 253
 - Colecciones 48-50
 - Magistrados monetales 59, 62, 75-76
 - Moneda griega 51
 - Moneda indígena 56-65, 73-75
 - Moneda romana 65-69
 - Tesorillos 49, 51, 179, 182
 - Auriol 51
 - Tipos 47-48, 51-70
 - Águila 54, 62
 - Apolo 51, 63
 - Ara 61, 68
 - Aretusa 51-52
 - Atenea 20, 51-52, 54
 - Atunes 53, 60-61, 63
 - Augusto 66, 68-69
 - Baal 61
 - Bellota 63
 - Bes 54
 - Caballos 55, 63
 - Cabeza masculina barbada 56-58, 61-62, 65
 - Cabeza femenina 51-52, 54, 57, 59, 62-66
 - Cabeza radiada 441
 - Cornucopia 59, 61, 63, 65
 - Corona egipcia 54
 - Delfines 52-53, 57, 60-63, 65
 - Elefantes 55
 - Esfinge 61-62, 64
 - Espigas 25, 27, 52, 61-64

- Estrella 54, 68
- Falcata 61
- Gallo 51, 57
- Genio 68
- Heracles 53-54, 63-64
- Jabalí 58
- Jinete con palma 56-59, 62, 65-66, 68, 75
- Juno 63
- Lira 62-64
- Loba 68
- Lobo 57
- Melkart 53, 60-61, 63-64, 66
- Mercurio 63-64
- Neptuno 65-66
- Naves 66
- Olivos 26-27, 63-64
- Osos 64
- Palmeras 55
- Pegaso 52, 57-58
- Perséfone 52
- Pescador 65
- Proas 59
- Puerta 68, 76
- Racimos de olivo 63
- Racimos de vid 63
- Rodela 61
- Rosa 52
- Rueda 54, 61
- Sábalo 63-64
- Sileno 65
- Templos 68
- Tiberio 59, 61, 66-69
- Timones 65
- Toro androcéfalo 54
- Toros 50-52, 54, 57, 59, 61-62, 68-69
- Triquetra 62
- Turriricina* 61
- Venus 65
- Victoria 51, 62, 65
- Unidades
 - Ases 59, 66-67, 69, 266
 - Cuadrantes 65-66
 - Cuadrigatos 55
 - Denarios 57-59, 61, 65, 67, 70, 179, 207, 399-400
 - Dracmas 51-52, 54-56, 59, 70
 - Didrácmas 54-55
 - Dupondios 66-69
 - Estáteras 54
 - Quinarios 57-58, 67
 - Semises 59, 66, 69, 71
 - Sestercios 66, 182, 259, 266-267, 328-329, 331, 364, 366, 372, 394, 400- 402
 - Shekel 54-55

f) Ejército

- Beneficarii* 289, 331
- Campamentos 23-24, 54-55, 194, 205, 228, 285-286, 311-312, 461
- Centurio* 285, 287-289, 386
- Cohortes* 284, 289-290, 351, 482

- Cohors Antistiana Prateoria* 288
Cohors Bracarorum 286
Cohors Celtibera 482
Cohors I Urbana 287
Cohors II Flavia 482
Cohors IV Gallorum 461
Cohors V Baetica 288
Cohors III Praetoria 287
Legiones 36-37, 52, 62, 64, 68-69, 204-205, 224-225, 230, 232-233, 247, 258, 270, 284-285, 297, 289-290, 326-327, 329, 342, 348-349, 351-352, 354-356, 358, 392
Legatus legionis 253, 327, 356, 483, 485
Legio I Italica 353
Legio II Traiana 256
Legio III Augusta 288, 349
Legio III Gallica 253
Legio IV Macedonica 116, 205, 288, 355
Legio V Alauda 37
Legio VI Victrix 205, 355
Legio VII Gemina 42, 151, 176, 184, 287-288, 327, 355-356, 403, 478-479, 482-485, 488
Legio X Gemina 37, 205, 355, 461
Legio XI Rapax 288
Miles 208, 288, 346
Tropas auxiliares 226, 232, 258, 283-286, 288-291, 349, 382, 392, 482
Ala Parthorum 288
Ala I Pannoniorum Tampiana 290
Veteranos 42, 59, 183, 195, 204, 234, 253, 255, 258-259, 287-289, 358, 379, 392, 455, 458, 460

g) Obras públicas y topografía urbana

- Altar 76, 135-136, 196, 246, 289, 343, 356, 419, 428-429, 432, 434, 443, 469-470
Arae Sestiana 205-206, 326, 333, 339, 343, 431-432, 444
Domus 39, 142, 260, 289, 311, 353, 370, 393, 441, 445-447, 492-493
Edificios civiles
 Básilicas 109, 129, 131-133, 208, 259, 311, 318
 Basilica Aemilia (Roma) 132
 Basilica de Constantino (Roma) 132
 Basilica de *Baelo* 208
 Basilica de *Cremona* 132
 Basilica de *Ercauica* 132
 Basilica de Herculano 132
 Basilica de *Iliberri* 132
 Basilica de Neptuno (Roma) 131
 Basilica de *Ostia* 132
 Basilica de *Thamugadi* 132-133
 Basilica de *Veleia* 132
 Basilica *Hilariana* (Roma) 132-133
 Basilica Julia 132
 Basilica *Vlpia* (Roma) 259
 Bibliotecas 259
 Biblioteca de Éfeso 260
Curia 125, 127-129, 133, 362, 380, 393, 427
Foro 31, 36, 3941, 117, 125, 127-133, 135, 146, 206, 258, 267, 311, 371, 400, 406, 492, 495
 Foro de *Augusta Emerita* 129, 493
 Foro de *Carthago Noua* 117, 130
 Foro de *Cuicul* 129-131
 Foro de *Munigua* 402
 Foro de *Narona* 207
 Foro de *Saguntum* 130, 198
 Foro de *Segobriga* 130

- Foro de *Tarraco* 145, 194, 318, 336, 493
 - Foro de *Thamugadi* 129-130
 - Foro de Trajano (Roma) 259, 292
 - Foro de *Valeria* 491
 - Forum Augustum* (Roma) 208
 - Forum Iulii* (Roma) 130
- Mercados/*Macella* 129, 259-260, 298-300, 368-369, 393, 492, 495
 - Mercados de Trajano (Roma) 259
 - Tabernae* 129-130, 297-298
- Edificios conmemorativos
 - Arcos 146, 259
 - Arco de Ancona 259
 - Arco de Barà (Tarragona) 209, 259
 - Arco de *Mactaris* 260
 - Arco de Medinaceli 146, 182
 - Arco de Trajano en Alejandría 260
 - Arco de Trajano en Benevento 253, 256
 - Arco de Trajano en *Thammugadi* 260
 - Columna Trajana 253, 259, 292, 343
 - Trofeos 202, 229
 - Adamklisi 253
 - Panissars 229
 - Urkulu 229
- Edificios de espectáculos
 - Anfiteatros 127, 146, 490-491, 493
 - Coliseo 146
 - Segobriga* 127
 - Tarraco* 146, 403, 493
 - Circos 146, 402-403, 493
 - Circo de *Augusta Emerita* 146, 493
 - Circo de *Tarraco* 208
 - Circo Flaminio 427
 - Circo Máximo 427
 - Teatros 42, 127, 205-206, 260, 311-312, 317-318, 393-394, 400-401, 416, 490-491, 493-494
 - Orchestra* 394
 - Proscenium* 260, 318
 - Summa cauea* 260
 - Teatro de Antioquia 260
 - Teatro de *Italica* 403, 445
- Estatuas 128-133, 135-136, 145, 146, 206, 363, 369, 391-392, 399-400, 402-403, 405-406, 413, 489-490, 493
 - A divinidades 131, 134, 365, 392, 395, 403
 - A emperadores 128, 130-134, 428, 433, 476-477, 493
 - A *flamines* 131, 445, 476, 488
 - Togados 37, 256, 348, 406
- Fortificaciones 195, 402, 407, 481
 - Murallas 22, 34, 189, 195, 197-198, 202, 393, 403, 481-482
 - Muro de Adriano 254
- Monumentos funerarios 143, 200, 259-260, 287-288, 291, 363, 392, 396, 419
 - Mausoleo de Adriano 253, 259
 - Tumbas de Petra 259-260
- Obras hidráulicas
 - Acueductos 42, 68, 393, 403
 - Acueducto de Antioquía 260
 - Acueducto de Segovia 146, 168, 209, 259
 - Cisternas 314
 - Ninfeos 134, 259-260
 - Horti Sallustiani* (Roma) 259
 - Ninfeo de Éfeso 134

- Ninfeo de Mileto 260
- Ninfeo de Nîmes 259
- Riui* 201, 227, 260, 399
 - Canal de Antioquía 260
 - Riuus Hiberiensis* 140, 149, 209
 - Riuus Lauarensis* 399
- Saneamiento 393
- Termas 199, 259-260, 312-313, 317-318, 393, 395, 398-401, 403, 407
 - Termas de *Cirta* 260
- Pavimentos 311, 313, 315-318, 202
 - Mosaicos 132, 134, 151, 179-180, 202, 311, 314, 317, 478, 491-492
 - Opus Sectile* 315-316, 318
- Puentes 31, 38, 41-42, 252, 259, 372, 402-403, 479
 - Puente de Alcántara 259
- Sarcófagos 109, 310, 312-313, 412-413, 420
- Templos 20, 26, 33, 40-41, 53, 60-61, 66, 76, 125, 129-130, 133-136, 145-146, 197, 199, 202, 207-209, 259-260, 352, 356, 402, 426-429, 431-432, 441, 449
 - Artemision de Éfeso 260
 - Augusteion* de Pérgamo 136, 260, 431
 - Capitolio de *Thagura* 260
 - Capitolio de *Thubursicum* 260
 - Culto Imperial (templos)
 - Augusta Emerita* 432, 481
 - Italica* 395, 426, 445
 - Lucus Feroniae* 132
 - Narona* 132-134, 207
 - Segobriga* 130, 132, 426
 - Tarraco* 356, 426, 430, 432, 441, 444-446, 476
- Panteón de Agripa 253, 259
- Serapeion de Ostia 134, 136
- Templo de Apolo (Cirene) 135
- Templo de Apolo (Mileto) 136
- Templo de Apolo (Roma) 134, 427
- Templo de Apolo (Pompeya) 135
- Templo de Apolo Ptoio (Acrefia) 428
- Templo de Fortuna (Pompeya) 134-136
- Templo de *Iuuentus* (Roma) 427
- Templo de Juno Regina (Roma) 427
- Templo de Júpiter Feretrio (Roma) 427
- Templo de Júpiter *Libertas* (Roma) 427
- Templo de Júpiter Tonante (Roma) 427
- Templo de *Mars Vltor* (Roma) 135
- Templo de *Mater Magna* (Roma) 427
- Templo de Minerva (Roma) 427
- Templo de Quirino (Roma) 427
- Templo de *Venus Genetrix* (Roma) 259
- Templo de Victoria Augusta (Italica) 260
- Templo de Zeus (Olimpia) 26
- Templo del divino Julio (Roma) 427
- Traianaeum de Pérgamo 260, 431
- Palatino 128, 427
- Propaganda imperial 25, 67, 252, 266, 343
- Torre de Hércules 343
- Vías 18, 23, 51, 60, 115, 168, 174-175, 182, 185, 189-190, 200, 204, 316, 334, 366, 268, 382, 392, 402-403, 453, 462, 477, 490
 - Miliarios 114-115, 140, 147, 189, 200, 225, 281, 324, 477, 479, 481
 - Red viaria 147, 189-190, 204, 225, 456, 477
 - Via Augusta* 14, 200, 202, 204, 208, 314
 - Via Domitia* 200, 202

Villas 135, 151, 200, 209, 253, 259, 313-317, 408, 420, 467, 480-481, 489, 492, 496
 Villa Adriana 259

b) Religión

Culto imperial 13, 148, 204, 206, 208, 260, 289, 332, 334, 339, 343, 353, 356, 365, 391, 393-394, 397, 403, 425-436, 439-450, 467, 487, 490

Deuotio 425, 429-430

Lex de flamonio 442, 444

Objetos de culto

Augustilae 132, 318, 429, 432, 440-442, 444-447, 449

Genius Augusti 429, 441, 449

Lares Augustorum 441, 449

Diuilae 353, 432, 440-442, 445-447

Divinidades augustas 133, 441

Roma 259, 441-442, 444, 446

Virtutes imperiales 403, 429, 441, 449

Procesiones 129, 135, 440

Bustos 442

Imágenes 127, 133, 416, 442-443

Sacerdotes 363-365, 391-399, 401, 404-408, 425-430, 432-433, 438-440, 441-449, 470, 488, 490-491

Augustales/Seuiri 206, 304, 352, 400, 404, 406, 439, 442, 449

Flamines 136, 445-448, 490-491

Flamen conventual 334, 445

Flamen designatus 442

Flamen Dialis 442-443, 445

Flamen municipal 133, 136, 332, 365, 395, 446, 490

Flamen provincial 206, 352-353, 356, 396, 441-444, 448, 487-488

Flaminialis 442

Flaminica 136, 334, 439, 442-443, 446-448

Magistri Larum 449

Pontifices 136, 206, 365, 371, 427-428, 439, 445, 447-449

Sacerdotes 490

Divinidades griegas

Zeus Salvador 255, 260, 428

Divinidades indígenas

Aracus Arantoniceus 148, 470

Arentialus 468

Bandua 148

Berobronis/Breobus 470

Endovélico 148, 470

Nabia 148

Numina Lapitearum 470

Rebe 135

Selatse 148

Tameobrigus 467

Triborunnis 470

Divinidades romanas

Cibeles 429

Diana 135-136, 148

Genius 429, 441, 449

Hércules 18, 20-22, 27, 135, 200, 256, 343

Juno 41, 63, 148, 334, 427, 442

Júpiter 27, 64, 134-135, 148, 208, 255, 354, 427, 442-443, 448, 469, 478, 485

Lares 289, 427, 441, 449, 468-469

Liber pater 148

Marte 134-136, 287, 467

Mitra 470

- Póllux 372
Salus 68, 147, 449
 Tríada Capitolina 148, 366, 403
Tutela 449
 Venus 65, 206, 259-260, 366
 Victoria 133, 246, 260, 429, 432, 449, 482
- Ritual
- Altar 76, 135-136, 196, 246, 289, 343, 356, 419, 428-429, 432, 443, 469-470
 Calendario 129, 136, 363, 440
 Libación 429, 432
 Ofrenda 25, 136, 147, 387
 Pátera 135, 147, 468, 470
Sacra publica 371, 440
 Sacerdotes
 Augur 31, 365, 371, 427
 Collegia 137, 304
 Aruales 428
 Fetiales 428
 Pontifex Maximus 428, 449
 Vltuir epulonum 427
 XVuir sacris faciundis 427
 Sacrificio 69, 135, 369, 371, 429, 432, 440, 448, 470, 490
 Sincretismo 148, 465-468
 Taurobolio 429
 Voto 148, 287, 289, 363, 380, 384, 394, 401

i) Sociedad

- Elites locales 13, 42, 57, 66, 68, 138, 145, 156, 188, 195, 204, 209, 233, 254, 265-266, 269-271, 274, 278, 289, 291, 301, 309-310, 352, 356, 366, 373, 391-399, 401, 403-409, 413, 415, 420, 439, 440, 441, 443, 448, 474-475, 478, 489-492, 494-495,
 Espectáculos (*ludi*) 140, 363-366, 369, 372, 393-395, 397-403, 448
 Juegos gladiatorios 401-402, 429
- Ideales sociales
 Aemulatio 63, 146, 394
 Dignitas 42, 232, 266-267, 363, 395, 405
 Existimatio 394-395, 405-406
 Filotimia 394, 397, 405
- Indígenas romanizados 392, 397
Ingenui 396-397
Laudatio funebris 369-370, 372, 395, 406
 Libertos 128, 181, 204, 259, 300, 331-332, 364, 369, 372, 378, 396-397, 399, 404-407, 419, 426, 449
 Mujeres 64, 184, 202, 266, 369, 372, 378-379, 386, 400-401, 405-406, 440-442, 444, 446-448
 Munificencia cívica 145-146, 209, 270, 366-368, 391, 397-399, 403-408, 433, 449, 490
 Alimenta 257
 Frumentationes 301
 Banquetes 19, 145-146, 363, 369, 372, 394-395, 398-399, 400-401, 448
 Distribuciones de dinero 395, 398-401
 Donaciones edilicias 146, 365-368, 395, 398, 402-403
 Donaciones estatutarias 145, 395, 399-400, 403, 405, 477
 Donaciones *ob honorem* 127, 397-398, 449, 490
 Gratuidad en baños 394-395, 398, 400-401
 Remisión de gastos de homenajes 403, 406
 Repartos de cereal (servicio *annonario*) 368-369, 399
- Nobilitas* 145, 354, 395-396
 Homines noui 327, 329, 354, 396, 398
- Ordines superiores* 37, 150, 265-266, 268, 270-272, 392, 395, 403-404, 407, 443, 490
 Ordo equester 150, 206, 256, 265-266, 268-269, 271-272, 272, 276-278, 329, 349, 352, 393-394, 403-404, 441, 444, 448

- Equus publicus* 394
- Ordo senatorius* 131, 187, 208, 224, 232, 239, 252, 258, 265, 267-269, 271-278, 326-329, 349-350, 352, 354-356, 394-395, 403-404
- Adlectio* 268, 362
- Consules* 179, 273-274, 326, 328, 343, 348-349, 351, 353-354, 356, 483
- Triumviri monetales* 351
- Xuiri stilitibus iudicandis* 351
- Organización familiar 454

